DEL MISMO AUTOR
EN OTRAS COLECCIONES

En la Colección Joya:

OBRAS ESCOGIDAS.

En la Colección Crisol:

CANAIMA / LA REBELIÓN / EL PIANO VIEJO
(Núm. 340)

POBRE NEGRO / PATARUCO / PEGUJAL / MARINA
(Núm. 344)

EL FORASTERO / EL MILAGRO DEL AÑO / LOS INMIGRANTES
(Núm. 348)

LA BRIZNA DE PAJA EN EL VIENTO
(Núm. 382)

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MODERNOS

Esta edición de las

OBRAS COMPLETAS DE ROMULO GALLEGOS

contiene:

TOMO I

REINALDO SOLAR.
LA TREPADORA.
DOÑA BÁRBARA.
CANTACLARO.
CUENTOS.

TOMO II

CANAIMA.
POBRE NEGRO.
EL FORASTERO.
SOBRE LA MISMA TIERRA.
LA BRIZNA DE PAJA EN EL VIENTO.
LA DESVIACIÓN.
EL TRÁGICO ENCARGO.

AGUILAR

ROMULO GALLEGOS

OBRAS COMPLETAS

Prólogo de
JESUS LOPEZ PACHECO

TOMO II

CANAIMA / POBRE NEGRO / EL FORASTERO
SOBRE LA MISMA TIERRA
LA BRIZNA DE PAJA EN EL VIENTO
LA DESVIACIÓN / EL TRÁGICO ENCARGO

AGUILAR

En la presente edición, las obras de Rómulo Gallegos están ordenadas cronológicamente, en conformidad con el autor.

Rómulo Gallegos, además, hizo para esta edición muchas y minuciosas correcciones en sus obras, de carácter ortográfico y textual; entre las textuales, la más importante afecta a las últimas páginas de «Reinaldo Solar».

DEPÓSITO LEGAL. M. 10856.—1958 (II).

Reservados todos los derechos.
Copyright © 1958, by Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid.

Printed in Spain. Impreso en España por Tipografía Artística, Palleter, 28, Valencia.

NOVELAS

CANAIMA

I

PÓRTICO

BARRA del Orinoco. El serviola de estribor lanza el escandallo y comienza a vocear el sondaje:

—¡Nueve pies! ¡Fondo duro!

Bocas del Orinoco. Puertas, apenas entornadas todavía, de una región donde imperan tiempos de violencia y de aventura... Una ceja de manglares flotantes, negros, en el turbio amanecer. Las aguas del río ensucian el mar y saturan de olores terrestres el aire yodado.

—¡Ocho pies! ¡Fondo blando!

Bandadas de aves marinas que vienen del Sur, rosarios del alba en el silencio lejano. Las aguas del mar aguantan el empuje del río y una cresta de olas fangosas corre a lo largo de la barra.

—¡Ocho pies! ¡Fondo duro!

Destellos de aurora. Arreboles bermejos... ¡Y eran verdes los negros manglares!

—¡Nueve pies! ¡Fondo blando!

De la tierra todavía soñolienta, hacia el mar despierto con el ojo fúlgido al ras del horizonte, continúan saliendo las bandadas de pájaros. Los que madrugaron ya revolotean sobre aguas centelleantes: los alcatraces grises, que nunca se sacian; las pardas cotúas, que siempre se atragantan; las blancas gaviotas voraces del áspero grito; las negras tijeretas de ojo certero en la flecha del pico.

—¡Nueve pies! ¡Fondo duro!

A los macareos han llegado millares de garzas: rojas corocoras, chusmitas azules y las blancas, de toda blancura; pero todas albean los esteros. Ya parece que no hubiera sitio para más y aún continúan llegando en largas bandadas de armonioso vuelo.

—¡Diez pies! ¡Fondo duro!

Acaban de pronto los bruscos maretazos de las aguas encontradas, los manglares se abren en bocas tranquilas, cesa el canto del sondaje y comienza el maravilloso espectáculo de los caños del Delta.

Término fecundo de una larga jornada que aún no se sabe precisamente dónde empezó, el río niño de los alegres regatos al pie de la Parima, el río joven de los alardosos escarceos de los pequeños raudales, el río macho de los iracundos bramidos de Maipures y Atures, ya viejo y majestuoso sobre el vértice del Delta, reparte sus caudales y despide sus hijos hacia la gran aventura del mar; y son los brazos robustos reventando chubascos, los caños audaces que se marchan decididos, los adolescentes todavía soñadores que avanzan despacio y los caños niños que se quedan dormidos entre los verdes manglares.

Verdes y al sol de la mañana y flotantes sobre aguas espesas de limos, cual la primera vegetación de la tierra al surgir del océano de las aguas totales; verdes y nuevos y tiernos, como lo más verde de la porción más tierna del retoño más nuevo, aquellos islotes de manglares y borales componían, sin embargo, un paisaje inquietante, sobre el cual reinara todavía el primaveral espanto de la primera mañana del mundo.

A trechos, apenas divisábase alguna solitaria garza inmóvil, como en espera de que acabase de surgir aquel mundo retardado; pero, a trechos, caños dormidos de un laberinto silencioso, la soledad de las plantas era absoluta en medio de las aguas cósmicas.

Mas el barco avanza y su marcha es tiempo, edad del paisaje.

Ya los manglares son matorrales de ramas adultas, maraña bravía que ha perdido la verde piel niña y no mama del agua, sino muerde las savias de la tierra cenagosa. Ya hay pájaros que ensayan el canto con salvajes rajeos; huellas de bestias espesura adentro: los arrastraderos de los caimanes hacia la tibia sombra internada, para el letargo después del festín que ensangrentó el caño; senderos abiertos a planta de pie, las trochas del indio habitador de la marisma; casas, tarimbas de palma todavía sobre estacas clavadas en el bajumbal. Ya se oyen gritos de un lenguaje naciente.

Son los guaraúnos del bajo Orinoco, degenerados, descendientes del bravo caribe legendario, que salen al encuentro de las embarcaciones en sus diminutas curiaras, por los caños angostos, sorteando los islotes de borales florecidos, bogando sobre el aguaje de los caimanes que acaban de zambullirse. Se acercan a los costados del vapor en marcha y en jerga de gerundios proponen comercio:

—¡Cuñao! Yo dándote moriche canta bonito, tú dándome papelón.

—Yo dándote chinchorro, tú dándome sal.

Pero a veces los gritos son alaridos lejanos, sin que se acierte a descubrir de dónde salen, y quizá no sean proposiciones amistosas, sino airadas protestas del indio indómito, celoso de la soledad de sus bajumbales.

¡Caños! ¡Caños! Un maravilloso laberinto de calladas travesías de aguas muertas con el paisaje náufrago en el fondo. Hondas perspectivas hacia otros caños solitarios, misteriosas vueltas para la impresionante aparición repentina, que a cada momento se espera, de algún insólito morador de aquel mundo inconcluso. Islotes de borales en flor, crestas de caimanes. Un brusco chapoteo estremece el florido

archipiélago, y turba la paz del paisaje fantástico invertido en el espejo alucinante del caño.

A vuelta encontrada aparece una piragua navegando en bolina. Un cargamento de plátanos vuelco del cuerno de la abundancia del Delta; tres hombres, guayqueríes de rostro atezado, buena cara para el mal tiempo de mar y de río; un perro que se empina en la borda, nocturno guardián de la casa flotante en el aduar de las barcas fondeadas, y un gallo, caracol para el alba marina.

Y ya el paisaje es de tiempos menos remotos.

Palmeras: temiches, caratas, moriches... El viento les peina la cabellera india y el turupial les prende la flor del trino... Bosques. El árbol inmenso del tronco velludo de musgo, del tronco vestido de lianas floridas. Cabimas, carañas y tacamahacas de resinas balsámicas, cura para las heridas del aborigen y lumbre para su churuata. La mora gigante del ramaje sombrío inclinado sobre el agua dormida del caño, el araguaney de la flor de oro, las rojas marías. El bosque tupido que trenza el bejuco... Plantíos. Los conucos de los margariteños, las umbrosas haciendas de cacao, las jugosas tierras del bajo Orinoco enterneciendo con humedad de savias fecundas las manos del hombre del mar árido y la isla seca.

Ya se ven caseríos.

Pero allá viene el chubasco que nunca falta en aquella zona de bruscas condensaciones atmosféricas. Es un ceño amenazante el largo nubarrón por detrás del cual los rayos del sol, a través del aguacero en marcha, son como otra lluvia, de fuego. La brisa marina y los gozosos escarceos se detienen de pronto asustados ante aquello que avanza de tierra, se queda inmóvil el aire un instante, vibra de súbito como una plancha de acero golpeada, se acumulan tinieblas, se estremece el caño herido por los goterones de la lluvia recia y caliente y pasa el chubasco borrando el paisaje.

Ya vuelve, con la prodigiosa riqueza de sus matices envueltos en la suave tonalidad de una luz incomparable, hecha con los más vivos destellos del sol de la tarde y la sustancia más transparente del aire. Y en el aire mismo cantan y aturden los colores: la verde algarabía de los pericos que regresan del saqueo de los maizales; el oro y azul, el rojo y azul de los guacamayos que vuelan en parejas gritando la áspera mitad de su nombre; el oro y negro de los moriches, de los turpiales del canto aflautado, de los arrendajos que cuelgan sus nidos cerca de las colmenas del campate y los arpegios matizados al revuelo de la bandada de los azulejos, verdines, cardenales, paraulatas, curruñatás, siete colores, gonzalitos, arucos, güiriríes. Ya regresan también, hartas y silenciosas, las garzas y las cotúas que salieron con el alba a pescar, y es una nube de rosa la vuelta de las corocoras.

De pronto huyen las riberas que encajonaban el caño, y ante la vista se extienden, pasmo de serenidad, las bolinas del Delta.

¡Agua de monte a monte! ¡Agua para la sed insaciable de las bocas ardidas por el yodo y la sal! ¡Agua de mil y tantos ríos y caños por donde una inmensa tierra se exprime para que sea grande el Orinoco!

Las que manaron al pie de los páramos andinos y perdieron la cuenta de las jornadas atravesando el llano; las que vinieron desde la remota Parima, de raudales en chorreras, de cataratas en remansos, a través de la selva misteriosa y las que acababan de brotar por allí mismo, tiernas todavía, olorosas a manantial. Todas estaban allí extendidas, reposadas, hondas y eran todo el paisaje venezolano bajo un trozo de su cielo.

Término sereno, como el acabar de toda grandeza, ya próximo al mar inevitable, el Orinoco se ensimisma en los anchos remansos de las bolinas del Delta para arreglar sus cuentas confusas, pues junto con las propias, que ya no

eran muy limpias, trae revueltas las que le rindieron los ríos que fue encontrando a su paso. Rojas cuentas del Atabapo, como la sangre de los caucheros asesinados en sus riberas; turbias aguas del Caura, como las cuentas de los sarrapieros, a fin de que fuese riqueza de los fuertes el trabajo de los débiles por pobres y desamparados; negras y feas del Cunucunuma, que no es el único que así las entrega; verdes del Ventuari y del Inírida, que se las rindió el Guaviare; revueltas del Meta y del Apure, color de la piel del león; azules del Caroní, que ya había expiado sus culpas en los tumbos de los saltos y con las desgarraduras de los rápidos... Todas estaban allí cavilosas.

Ya declinaba la tarde. Detrás de las costas del río, las hondas lejanías de las tierras llanas, las profundas perspectivas de las tierras montuosas, sin humos de hogares ni tajos de caminos, vastos silencios para inmensos rumores de pueblos futuros; arriba, la mágica decoración de la puesta del sol: celajes de oro y lagos de sangre y lluvias de fuego por entre grandes nubarrones sombríos, y bajo la pompa dramática de estos fulgores en aquellos desiertos, ancho, majestuoso, resplandeciente, ¡Orinoco pleno, Orinoco grande!

GUAYANA DE LOS AVENTUREROS

La de los innumerables ríos de ignotas fuentes que la atraviesan sin regarla—aguas perdidas sobre la vasta tierra inculta—, la de la trocha de sabana y la pica de montaña al rumbo incierto por donde debieran ser ya los caminos bien trazados, la de las inmensas regiones misteriosas donde aún no ha penetrado el hombre, la del aborigen abandonado a su condición primitiva, que languidece y se extingue como raza sin haber existido como pueblo para la vida del país. Venezuela del descubrimiento y la colonización inconclusos. Pero la de la brava empresa para la fortuna rápida: selvas caucheras desde el alto Orinoco y sus afluentes hasta el

Cuyuni y los suyos y hasta las bocas de aquél, sarrapiales del Caura, oro de las arenas del Yuruari, diamantes del Caroní, oro de los placeres y filones inexhaustos del alto Cuyuni... Guayana era un tapete milagroso donde un azar magnífico echaba los dados y todos los hombres audaces querían ser de la partida.

Y eran, junto con los de presa—mayorazgo de la violencia que allí encontraría impunidad—, los segundones de la fortuna o del mérito: el ambicioso, el manirroto, el tarambana, el que se llenó de deudas y el que se dio a la trampa, los desesperados y los impacientes, uno que necesitaba rehacer su vida—torpemente malograda—con la reputación que le devolviera la riqueza por la que le quitaran las horas menguadas del pobre y otro que para nada quería la suya si no podía vivirla intensamente en las aventuras y ante el peligro.

Porque junto al tesoro vigilaba el dragón. El mortífero beriberi de los bajumbales caucheros, las fiebres fulminantes que carbonizan la sangre, las fieras, la arañamona y el veinticuatro de las mordeduras tremendas, la culebra cuaima del veneno veloz, el raudal que trambuca y vuelve astillas la frágil curiara que se arriesga a correrlo, el hombre de presa, fugitivo de la justicia o campante por sus fueros, el Hombre Macho, semidiós de bárbaras tierras, sin ley ni freno en el feudo de la violencia y el espectáculo mismo de la selva antihumana, satánica, de cuyo fascinante influjo ya más no se libra quien la ha contemplado. Pero Guayana era una palabra mágica que enardecía los corazones.

Tumeremo de los purgüeros; El Callao de los mineros y lavadores de arenas auríferas que arrastraba el Yuruari; Upata de los carreros; El Dorado, fénix de la leyenda que ilusionó a los segundones de la Conquista y ahora renacía en un caserío a orillas del turbio Yuruán, cerca del correntoso Cuyuni; San Fernando de Atabapo de los caucheros; Ciudad Bolívar de los sarrapieros y grandes comerciantes

explotadores de casi todas aquellas empresas, y la inmensa selva pródiga para la aventura de la fortuna lograda y tirada, una y otra y otra vez... Guayana era una tierra de promisión.

Sobre la margen derecha del Orinoco, en la parte más angosta de su curso, peñusco de fronda de plazas, patios y corrales y de viejas casas coronadas de azoteas, se empina Ciudad Bolívar para contemplar su río. Frente a ella, en la mitad del cauce, la Piedra del Medio mide la oscilación periódica del nivel de las aguas y cuando éstas comienzan a descender, al retirarse las lluvias que riegan la inmensa hoya, dice la ciudad:

—Ya está cabeceando el Orinoco.

Y a un tiempo agregaba, anuncio de buen suceso:

—Ya los rionegreros estarán saliéndose de la montaña. Pronto correrán por aquí los ríos de oro.

Hasta que un día se propagaba la noticia:

—¡Por ahí vienen ya los rionegreros!

Y las azoteas se llenaban de gente atalayando el río.

Eran los de la brava empresa, los hombres animosos vencedores de la selva. Se había dicho que ya regresaban, pero aún no se sabía cuántos ni quiénes se quedarían allá para siempre. Mas era también el Orinoco mismo triunfador de la recia aventura del raudal y retardando el secreto que querían arrebatarle las miradas ansiosas, el gran río avanzaba solo, callado y solemne ante la expectación de la ciudad.

Por fin aparecían los esquifes, las piraguas, las falcas, las chalanas. Eran muchas las velas inclinadas bajo el barinés que de pronto doblaban la vuelta solitaria. Ciudad Bolívar gritaba su júbilo y se echaba a la calle y corría a la playa.

Ya estaba allí fondeada la selva. La savia del árbol del caucho convertida en planchas de fabuloso precio; los pájaros cautivos dentro de las toscas jaulas, la pluma de mil

colores ya que negado todavía el canto arisco; las bestias raras, venteando hurañas el olor a la ciudad; los hombres mismos, que ya eran otros, con una extraña manera de mirar, acostumbrados los ojos a la actitud recelosa ante los verdes abismos callados, con otro dejo en la voz, musgo de las resonancias que le nacieron en el húmedo silencio silvestre.

—Dame razón de Maradé—inquieren desde la playa.

—Está bueno—contestan de las barcas—. En el costo del Ventuari lo dejé el año pasado. Te manda memorias.

¡Las riberas del Ventuari, centenares de leguas, un año, mil peligros de muerte a diario! Pero como el interesado no habría de obtener noticias más recientes, ya podía decir que había sabido de Maradé.

La descarga de las chalanas entre el bullicio del gentío. La afanosa hilera de los caleteros, de la playa a la casa de Blohm. Los empleados de ésta que allí recibían las planchas, voceando las pesadas. La muchedumbre de curiosos afuera, en el corredor pintado de verde sombrío, color de la selva, haciendo comentarios, entusiasmados por la abundancia que nada les reportaría, y los que se burlaban de esta alegría inconsciente y lo hacían de esta manera:

—No te vistas que no vas, zambo parejero. ¿Quién te ha invitado a esa fiesta de los musiúes?

Los rionegreros ya arreglando sus cuentas. El sonido milagroso del oro acuñado apilándose frente a ellos. Las charlas estrepitosas, costumbre del hombre que vuelve de los vastos espacios callados. Las anécdotas del Territorio, las regocijadas solamente, pues de las trágicas mejor era no hablar, allí en la ciudad. Las risas, sonoras carcajadas y rotundas exclamaciones criollas en boca de los alemanes rubicundos de cerveza y satisfacción, porque el dinero de los avances venía multiplicado.

Las fiestas, los bailes, las parrandas. Las noches del club

y del garito con luz encendida hasta el alba, sonando el dinero entre el toctoc de los cubiletes. Y los comentarios admirativos después:

—Anoche perdió Continamo todo lo que ganó en tres meses de montaña. Esta mañana fue donde Blohm a avanzarse otra vez para el caucho del año que viene.

—Pues ya se lo está bebiendo. Escúchale ahí.

—¡No hay curiá, muchachos, que to es bongo! De aquí no se va nadie hasta que esté borracho. ¡Echa más champaña, botiquinero, que ésa la paga Blohm!

Las tardes de la alameda, a la brisa tibia del río, llena de muchachas risueñas recorriéndola de punta a punta, cogidas del brazo, charlando, chispeantes las amorosas miradas del rionegrero sentado en torno a la mesa donde se bebía y se celebraban las ocurrencias del Territorio. Y los círculos de muchachos embelesados oyendo las estupendas aventuras.

¡Amanadona, Yavita, Pimichín, el Casiquiare, el Atabapo, el Guainía!... Aquellos hombres no describían el paisaje, no revelaban el total misterio en que habían penetrado; se limitaban a mencionar los lugares donde les hubiesen ocurrido los episodios que referían; pero toda la selva fascinante y tremenda palpitaba ya en el valor sugestivo de aquellas palabras. Los muchachos de Ciudad Bolívar, del pueblo y de la burguesía, oyendo aquellos relatos y contemplando aquellos ojos que habían visto el prodigio, experimentaban emoción religiosa, y de este modo, de los mayores a los chicos, se pasaba la consigna Guayana de los aventureros.

MARCOS VARGAS

Fue allí donde adquirió desde niño y con la eficacia de un vigoroso instinto aplicado a su objeto propio, los únicos conocimientos que le interesaban. La geografía de la vasta

región que luego sería el escenario fugitivo de su vida de aventurero de todas las aventuras.

El curso de los grandes ríos de Guayana y la manera de pasar de unos a otros por el laberinto de sus afluentes, caños y arrastraderos que los entrelazan, las escasas vías transitables a través de bosques intrincados y sabanas desiertas, el incierto derrotero, ya sólo conocido por los indios y apenas indicado por el arestín que crece sobre los antiguos caminos fraileros para ir hasta Rionegro evitando los grandes raudales del Orinoco y todos los rumbos que los aborígenes saben tirar desde un extremo a otro de aquella inmensa región salvaje y cuáles de estos indios eran buenos gomeros, cuáles mañoqueros y en las riberas de qué ríos o cabeceras de qué caños habitaban. La geografía viva, aprendida a través de los relatos de los caucheros, mientras que para la muerta que podían enseñarle en la escuela, así como para todo lo que allí quisieran meterle en la cabeza, no demostraba interés alguno.

Un día, como uno de los rionegreros se trajese consigo a un indio maquiritare de las riberas del Padamu para que conociese Angostura—como todavía llaman a Ciudad Bolívar los aborígenes para quienes no ha pasado el siglo y pico de la república—, y estando el indio sin tomar parte en la tertulia, azorado por la curiosidad muchacheril de que era objeto:

—Yéndote con Marcos, que no siendo maluco—díjole el cauchero, imitándole su manera de emplear los verbos castellanos—. El sirviéndote de baquiano y tú conociendo Angostura.

Y luego a Marcos:

—Llévatelo a pasear por ahí, tú solo.

Era el maquiritare un hombre joven, de aspecto manso y bondadoso, pero de expresión hermética. Vestía como los hombres del pueblo de Ciudad Bolívar y sin muestras de no estar acostumbrado a tal indumentaria, que acaso por

primera vez usaba. No soltaba palabra, se fijaba mucho en todo, a ratos sonreía y entonces su rostro enjuto y lampiño, adquiría cierto aire infantil. Nada de misterioso había en su apariencia, pero, sin embargo, Marcos Vargas sentía que iba al lado de un misterio viviente y procuraba sondearlo.

—¿Cómo llamándote tú?—le preguntó, a la manera aprendida del cauchero.

—Federico Continamo—repuso el maquiritare.

—Sí—dijo Marcos, mostrándose conocedor del caso—. Ya sé. Como el racional que te trajo a conocer Angostura. Tu padrino, seguramente.

—Racional no siendo padrino mío, pero gustándome su nombre. El prestándomelo, y yo poniéndomelo.

—Sí, sí. Pero tu verdadero nombre, el que usas entre tu gente, ¿cuál es?

—Yo diciéndotelo—contestó evasivo, con la sonrisa niña en la faz hermética—. Yo diciéndotelo.

Y Marcos, para sus adentros de persona enterada de costumbres y supersticiones indígenas:

—No me lo dirá por nada del mundo. Ellos creen que entregan algo de su persona cuando dan su nombre verdadero.

Dejaron la ciudad por las afueras, más allá de los morichales y atravesando una sabana solitaria y melancólica fueron a sentarse sobre una gran laja que por allí afloraba del suelo. Negros arabescos de ramas y follaje repujaban el bronce candente de la puesta del sol, cantaba entre la hierba el diostedé y el silbo quejumbroso hacía triste la serenidad de la tarde.

Callaba el indio enigmático, y Marcos Vargas, suponiéndolo añorante del paisaje vesperal de su remoto Padumu, y, por otra parte, pensando en que aquella laja sobre la cual estaban sentados fuese uno de esos afloramientos del sistema orográfico de la Parima, típicos de las sabanas guayanesas—única cosa que había logrado enseñarle su profesor

de geografía—, se entregó a componer su ilusión de hallarse ante aquellos salvajes panoramas oyendo el canto del yacabó.

Ya oscurecía cuando el maquiritare, sin quitar la vista del punto incierto donde la tenía fija, murmuró:

—Cuando tú yendo allá, Ponchopire enseñándote las cosas.

Ponchopire, que era su nombre y en su dialecto significa váquiro bravo, lo daba ahora como una muestra especial de simpatía hacia su joven baquiano.

—¿Cómo sabiendo tú que yo yendo allá?—inquirió Marcos, con emoción de alma en el umbral del misterio.

—Tú yendo, tú yendo. Yo mirándotelo en los ojos.

Y aquella tarde Marcos regresó a su casa como bajo el influjo de un hechizamiento.

Pero Marcos Vargas no era propiamente un soñador, ni tampoco los criaba aquel medio caldeado por el dinamismo de la aventura. Hacia la acción desbordada tiraban las inclinaciones de su espíritu y su escuela verdadera, de lucha y de endurecimiento, había sido el arrabal y el campo circundante, a la cabeza de su pandilla de chicos del pueblo, cacique querido por su carácter expansivo y franco, al par que respetado por la fuerza de sus puños.

Para apartarlo de este ambiente plebeyo y desmoralizador, y sobre todo del camino de la aventura cauchera o minera, que ya le había arrebatado dos hijos—Pedro Francisco, el mayor, a quien se le trabucó la curiara en el raudal de Samborja, yendo para el Atabapo, y Enrique, el segundo, asesinado por un tal Cholo Parima, la "noche en que los machetes alumbraron el Vichada", como solía aludirse por allí a la espantosa degollina, una de tantas que ya ensangrentaban la selva—, doña Herminia tomó la determinación de enviarlo interno a un colegio de Trinidad, donde con disciplina inglesa se lo sacasen hombre formal. Y así se lo manifestó al marido la tarde aquella del embrujamiento producido por las palabras del indio.

—Pedro, hay que tomar una determinación respecto a la educación de Marcos. Ahí está como alelado y es que seguramente ha estado oyendo los cuentos de los rionegreros. El otro día me ibas a proponer, si no me equivoco, que hipotecáramos esta casa, lo único que nos queda, tal vez para pagar algunas deudas apremiantes de *Salsipuedes*.

Salsipuedes era una tienda detrás de cuyo mostrador venía arruinándose, cándida y sistemáticamente el bueno de Pedro Vargas, por vender a precios de coste, cuando más, telas y quincallas con la idea de atraerse clientela. El nombre quería decir: de aquí no te irás sin comprar algo; pero lo que realmente no salía de aquella tienda era el dinero del patrimonio de doña Herminia que para atender a las deudas se fue metiendo allí.

—Sí—balbució Pedro Vargas, enrojeciendo hasta el occipucio, que era donde le quedaban algunos pelos—. Esos judíos de...

—Ya, ya—repuso la esposa—. Judíos son para ti todos los que cobran lo que se les deba. Pero judíos o no, hay que pagarles. Hipotequemos la casa; mas desde ahora te advierto que del producto de esa hipoteca apartaré una cantidad, que será sagrada, para dedicarla a la educación de Marcos, porque he resuelto que lo enviemos interno al colegio inglés de Puerto de España. Marcos va por mal camino y si no metemos la mano a tiempo y enérgicamente, lo perderemos como a los otros.

—Como tú dispongas, Mina. En cuanto a lo que me prestarás para *Salsipuedes*, creo que dentro de muy poco podré reintegrártelo—repuso el ilusionado comerciante.

Y días después ingresaba Marcos en el colegio de Trinidad, con dieciséis años cumplidos y a regañadientes.

Cuatro de internado y disciplina inglesa, continuos, sin vacaciones, por culpas de su temperamento indócil, y una tarde que se presentan en *Salsipuedes*—que ya no era sino

un tenducho, en un zaguán—un juez y su secretario a embargar las existencias que fuesen liquidables.

Pedro Vargas dobló la cabeza sobre el mostrador, lloró un poco en silencio y luego se quedó muerto, con la misma ingenuidad con que siempre había vivido, haciendo malos negocios que le parecían magníficos.

Doña Herminia llamó al hijo, que era ya su único apoyo—pues aunque tenía además dos hijas casadas no quería arrimarse al de los yernos—, y Marcos regresó, hombreado, más vigoroso, con unos cuantos conocimientos más o menos útiles, pero en punto a carácter tal como se había ido: el mismo humor juguetón, la misma cabeza tarambana, intacto el hechizo de las palabras mágicas cuando escuchaba embelesado los cuentos de los rionegreros.

Consoló a la madre—su afecto más profundo—, echándosela encima para correr por toda la casa, dándole bromas y diciéndole ternezas; pero no logró tranquilizarla mucho respecto al porvenir cuando le dijo:

—No se aflija, vieja. Pronto estará nadando en un río de oro que le traerá su hijo, de donde broten los manantiales, por más lejos que sea.

Y una tarde, recién llegado apenas...

Por julio, cuando el Orinoco muestra toda su hermosura y su grandeza al alcanzar la plenitud de su crecida anual, cuando son más suntuosas las puestas de sol que hacen de oro y de sangre el gran río, cuando sopla el barinés largo y recio y braman enfurecidos los pailones de la Laja de la Zapoara, suelen remontar la corriente grandes cardúmenes de peces entre los cuales abundan los que le dan nombre a dicha laja ribereña y cuya pesca, practicada desde allí, constituye espectáculo emocionante para la población de Ciudad Bolívar, a causa de los graves riesgos a que se exponen los pescadores enardecidos, sobre la roca resbaladiza al borde del agua correntosa.

Muy aficionado a este deporte había sido Marcos Var-

gas desde los años de su infancia y apenas oyó las voces que por la calle iban dando unos muchachos:

—¡La zapoara! ¡La zapoara! Ya viene el camboto.

Tomó la puerta y se encaminó a la laja.

Ya estaban allí, preparando sus tarrayas y robadores el *Chano* y el *Roncador*, de la pandilla arrabalera que antes capitaneara Marcos y ahora pescadores de profesión.

Los saludó desde lo alto de la roca con su antiguo grito de guerra:

—¡Qué hubo! ¿Se es o no se es?—agregando luego—: Vamos a ver si es verdad que en Trinidad se olvida lo que se aprendió en Ciudad Bolívar.

Por lo cual exclamó el *Chano:*

—¡Ah caramba! ¿Cómo que es el mismo *Caribe* de antes el que viene ahí?

—A la prueba me remito—repúsole—. Vayan preparándome mi tarraya mientras me desvisto.

—¡Ah Marcos Vargas!—comentó el *Roncador* complacidamente—. ¡Genio y figura!

—¿Y qué, pues? ¿Crees que eso es jabón que se gasta? Aquí me tienen otra vez y vayan contándome mientras tanto qué ha sido de ustedes en estos cuatro años en que no nos hemos visto.

—Aquí, chico—repuso el *Chano*—. Ganándonos la arepa con la tarraya. Ya se acabaron aquellos tiempos de todos juntos y reuníos: el pata en el suelo y el patiquín. Ahora ca uno ha cogío pa onde le corresponde: tú pa la espuma que flota, aunque no quieras ser jabón que se gasta, y nosotros pa el asiento. Pero aquí estamos a tu mandar, los mismos de siempre pa ti.

—Lo propio te digo, Marcos—añadió el *Roncador*—. Y ahora que te vemos, porque, francamente, no nos atrevíamos a di a tu casa, sin sabé cómo ibas a recibirnos: recibe mi pésame por la muerte de tu viejo.

—Y el mío, Marcos. Ya sabes tú. Nada tengo que de-

cirte. Nosotros hemos sentío mucho la muerte de tu pobre viejo, que en paz descanse.

—¡Ya lo creo! Como que se les acabó ya la ganguita de comprar aparejos de pescar a menos de precio de costo. Pero dejemos el arreglo de esas cuentas para más luego, porque ya el cardumen viene llegando. ¡Y ah, camboto bueno! ¡Miren el aguaje!

Ya las zapoaras, atraídas por la succión de los pailones, estaban al alcance de las tarrayas y Marcos confundido entre los pescadores, desnudo de cinto arriba, descalzo y con los pantalones arrémangados hasta los muslos, mientras en lo alto de la laja se apiñaba la muchedumbre que de toda la ciudad acudía a presenciar el espectáculo emocionante.

Pero Marcos Vargas no tenía ojos sino para el hervidero de las aguas cuajadas de zapoaras y a grandes voces celebraba la eficacia de sus tarrayas bien lanzadas:

—¡Qué hubo! ¿Se es o no se es?

A lo que replicaban los pescadores, complacidos de verlo entre ellos:

—¿Eso fue lo que te enseñaron en el colegio de los ingleses?

—¡Ah, plata más perdida la que gastó tu viejo en eso! Como que no fue vendiéndonos a precio de costo, solamente, que se arruinó.

Ya se ocultaba el sol y eran montañas de oro las inmensas nubes encendidas de arreboles, a cuyos ardientes reflejos sobre las aguas rizadas por el barinés el gran río extendía de monte a monte la majestad de su hermosura. Hervían los pailones entre cuyos torbellinos iba cayendo el cardumen y sobre el bramido de la corriente enriscada se alzaban los gritos de los pescadores enardecidos y el vocerío emocionado de la multitud, por la tarea de los hombres arriesgados y la grandiosidad del incomparable crepúsculo.

Mas de pronto todo aquel rumor humano se convirtió

en un solo grito de sobresalto. Marcos Vargas había resbalado y caído en los pailones.

Pero fue cosa de instantes no más el riesgo corrido. El remolino de las aguas no pudo arrollarlo, las cortó a brazo esforzado, ganó el remanso y volvió a treparse sobre la laja, antes de que los pescadores lograran acudir en su auxilio. Y ya estaba allí lanzando su grito alardoso:

—¿Qué hubo? ¿Se es o no se es?

Mas aún no se había incorporado cuando se le plantaba por delante, increpándole, una jovencita de rubia melena y mirada centelleante:

—¡Bruto! ¡Requetebruto y mil veces bruto! Me has dado un susto por estar echándotelas de gracioso. ¡Me provoca darte una cachetada!

Tendría unos quince años, era realmente linda y la cólera la embellecía aún más.

De rodillas y con las manos todavía apoyadas sobre la laja, Marcos se la quedó mirando en silencio y luego replicó, socarronamente:

—¿A que no?

—¡A que sí!

Y de las palabras a los hechos. ¡Plaf!

En seguida le volvió la espalda y sacudiendo la dorada melena, con lumbre en los ojos altaneros, llena de sí misma, atravesó por entre el gentío que le celebraba la ocurrencia o se escandalizaba de ella y fue a reunirse con sus amiguitas, que no habían salido de su asombro.

Marcos permaneció tal como estaba, contemplándola, deslumbrado todavía por la visión de su belleza y murmurando:

—¡Tú me las pagarás! ¡Tú me las pagarás!

Era la primera vez que experimentaba una emoción amorosa. Hasta allí su mundo había sido rudo y viril, abriéndose camino a bofetada limpia, primero en el arrabal bolivarense a la cabeza de su pandilla y luego en el mismo

colegio de Trinidad... Era lógico que con una, bien asentada en su mejilla, le hubiese dado el amor aviso de su existencia.

II

POR EL CAMINO Y ANTE LA VIDA

Cantaban los gallos que anunciaban el alba cuando Marcos Vargas salía de Ciudad Bolívar, vía del Yuruari por el paso de Caruache sobre el Caroní. Acababa de cumplir los veintiún años que lo hacían dueño de sus actos, iba solo, la bestia que lo conducía no era suya y dinero, ni lo llevaba encima ni lo tenía en ninguna parte. Era un hombre con su suerte por el camino y ante la vida.

El camino no era todavía el de la aventura temeraria a que se lanzaban los hombres animosos, no conducía al lejano mundo de la selva fascinante, vislumbrado a través de los cuentos de los rionegreros; pero sí lo llevaba a encararse con la vida, hasta allí transcurrida al arrimo paterno, a luchar entre los hombres y contra ellos y la emoción de sí mismo ante el incierto destino era tan intensa que le parecía cual si a nadie hubiese ocurrido nunca cosa semejante.

Y así iba, cabalgando ensimismado, cuando le sorprendió, ya pasado el mediodía, la brusca aparición de uno de los espectáculos predilectos de su espíritu.

Azul, de un azul profundo que hacía blanco el del cielo, hermoso entre todos los ríos y con escarceos marinos del viento contra la corriente, el Caroní arrastraba el resonante caudal de sus aguas entre anchas playas de blancas arenas y aquel que tanto sabía acerca de los grandes ríos de Guayana y con las más ardientes imágenes se los tenía representados, no como simples cursos de agua sino cual seres dotados de una vida misteriosa, aunque ya algo de éste había

visto, no pudo menos que detener bruscamente la bestia, exclamando:

—¡Caroní! ¡Caroní! ¡Así tenía que ser el río de los diamantes!

Entre tanto, desde el corredor del paradero del paso, en la misma margen izquierda, alguien lo observaba a él y se decía:

"Ese debe de ser. ¡Buen plantaje de hombre tiene el mozo!"

Y luego, saliéndole al encuentro:

—¿Es usted Marcos Vargas?

—Así me dicen, y yo lo repito. Para servirle.

—Manuel Ladera—dijo el otro, presentándosele—. Mucho gusto en conocerlo.

Era un hombre maduro, de aspecto afable, rico propietario del Yuruari y dueño de uno de los mejores convoyes de carros que para entonces recorrían los caminos de aquella región, siendo éste uno de los negocios más productivos, por el alto valor de los fletes. Sin embargo, ahora había decidido venderlo y Marcos Vargas iba a comprárselo, previo acuerdo telegráfico de reunirse allí para cerrar el trato.

Dirigiéronse al mesón del paradero donde los esperaba el almuerzo ya pedido por Ladera y éste dijo al tomar asiento:

—Ya tuve el gusto de conocer a su padre, que era uno de los hombres mejores de Guayana, si no el mejor. Hace unos catorce años fuimos socios en un negocio de ganado que tuvimos por los llanos de Monagas.

A lo que repuso Marcos:

—Pues aquí tiene al hijo, que es de lo peorcito que hay en Ciudad Bolívar. Para jugarle limpio desde el principio.

—Que ya es algo que no se da todos los días, pues ahora lo que se estila es el juego sucio. También he tenido el honor de conocer a misia Herminia, su santa madre de usted.

—Santa es poco, don Manuel. Pero ya usted me amarró con ese adjetivo para mi vieja.

—Me agrada oírlo expresarse así, porque un buen hijo, aunque me sea desconocido por lo demás, ya es para mí la mitad de un amigo de toda mi estimación.

—Pues le cojo la palabra.

—Ligera la tiene usted, ya voy viendo.

—Aunque no sé si tengo derecho a llamarme buen hijo, pues mi vieja hizo sacrificios por mi educación de los cuales no sacó todo el fruto que esperaba. Hipotecó su casa, resto de la herencia de mi abuelo, para pagarme colegio de donde saliera yo hombre formal. Ella había oído decir que la disciplina inglesa estaba muy recomendada en mi caso y para hacer la prueba se gastó en un colegio de Puerto España unas cuantas libras que ahora le están haciendo falta. Pero resultó que en Trinidad no se olvida lo que se aprende en Ciudad Bolívar cuando uno lo lleva en la sangre y de allá regresé, hace pocos meses, tan descompuesto como me fui.

—Ahora le estará pesando.

—Sí y no. Sí, por el dinero perdido de mi pobre vieja; no, porque eso de las disciplinas, inglesas o de donde sean, es relativo y pasa con ellas como en las zapaterías, que unos se calzan de percha y otros a la medida.

—¡A ver! Explíqueme eso.

—Quiero decir que a unos pueden imponerle con reglamentos la disciplina que han inventado otros para el público grueso—siguiendo mi comparación—, porque están muertos por dentro y cualquiera les sirve; mientras que otros, vivos hasta el fondo, tienen que escoger la suya por sí mismo, viviendo su vida.

—¿Y usted es de esos que no tienen pie de percha?

—Por lo menos hasta ahora no me han servido las medidas del montón.

—Está bien eso, Marcos Vargas. Ya veo que no tiene usted la cabeza por adorno solamente.

—La idea no es mía del todo. Por lo menos, la comparación con la zapatería es de mi viejo. Como en *Salsipuedes*, también se vendían zapatos...

Sonríe Manuel Ladera, y Marcos prosigue:

—Pero ¿por qué le cuento a usted esas cosas?

—Porque ya me había anunciado que era de lo peorcito que hay en Ciudad Bolívar y tenía que demostrármelo.

—Pero con ganas de ser amigo suyo, a ver qué se me pega de usted. Porque el que a buen árbol se arrima...

—El palo le cae encima.

—Eso está por verse. Yo me fío siempre a mis repentes y el que me ha producido usted no puede ser mejor.

—Pues vamos a tratarnos con franqueza desde el principio, porque algo de eso suyo tengo yo y ya me ha sucedido con usted. Y entrando en el negocio que aquí nos reúne, ¿sabe por qué vendo mis carros?

—Me han dicho que desea descansar de la atención que le causan, habiéndole ya producido bastante.

—Sí, me han producido buen dinero y seguirán produciéndome; pero la verdadera causa es otra, y debo explicársela con toda franqueza; vendo los carros, porque José Francisco Ardavín se ha metido en el negocio. La eterna calamidad de los caciques políticos, que son el azote de esta tierra pues no hay empresa productiva que no la quieran para sí solos. Ardavín, cuya mala fama tal vez no le sea desconocida, se nos está atravesando en el camino y como entre él y yo median además circunstancias de orden íntimo, para evitar rozamientos y complicaciones mayores, ya que a Dios gracias mis recursos me permiten vivir tranquilo, he resuelto vender mis carros y dejarle el campo libre por mi parte. Como usted comprenderá, estas confidencias poco comerciales no tenía por qué hacérselas a mis posibles compradores, pero usted me ha caído en gracia (es decir, en justicia), y no quiero que más adelante pueda decir que lo enzanjoné en un negocio malo con los ojos tapados.

—¿Así es la cosa?—se preguntó Marcos—. ¿Quiere decir que es con los Ardavines, con los tigres del Yuruari, con quienes me las voy a entender?

—Nada menos, joven.

—¡Ni nada más tampoco! ¡Compro los carros y salga el sol por donde quiera!

Y Manuel Ladera, con arranque originado de la admiración por la hombría temeraria, sentimiento de cuyo bárbaro imperio nadie parecía librarse por allí:

—¡Así me gusta oírlo!—exclamó—. Yo me retiro del negocio porque ya voy para viejo. no me falta de qué vivir y tengo cría por la cual he de mirar; pero usted está empezando y tiene que arrear para adelante, hoy o mañana. Y para que de una vez comience a sacarle provecho a esa decisión de hombre, voy a rebajarle trescientos pesos del precio que estaba pidiendo por los carros. Aquí le tenía ya el recibo, de acuerdo con su telegrama aceptando el precio. Vamos a corregirlo de una vez.

—¡Un momento, don Manuel!...—atajó Marcos—. Déjelo así como está. Ya usted me ha explicado honradamente lo que no tenía que explicarme y ahora me toca a mí decirle cómo es que le voy a comprar los carros; fiados, para pagárselos con el mismo producto de ellos, sin fijarle cantidad porque será la mayor posible. Y en cuanto a los trescientos pesos de la rebaja, ésos me los dará en efectivo ahora mismo o en Upata, porque vengo limpio.

Manuel Ladera se quitó las gafas, puestas para lo del recibo, se echó sobre el respaldar de la silla y mientras limpiaba los cristales, dijo:

—Mire, joven. Yo nunca he hecho negocios malos a ciencia y paciencia, ni todavía tengo necesidad de hacerlos, a pesar de lo que le he manifestado, pues llegado el caso extremo suelto las mulas y los bueyes en uno de mis potreros y casi no he perdido nada. Pero tampoco nadie me había hecho hasta ahora una proposición como la que usted acaba

de formular y... ¿quiere que le diga? ¡Me ha gustado! Son suyos los carros y aquí tiene ya los trescientos pesos, porque un hombre como usted no puede andar sin dinero donde tantos bribones cargan los bolsillos repletos.

Sacó la cartera, se los entregó en billetes y éste fue el primer dinero—y el primer amigo—que obtuvo Marcos Vargas por el camino y ante la vida.

UNAS MANCHAS DE SANGRE

En la balsa del paso cruzaron el Caroní, y cuando saltaron a tierra, Manuel Ladera dijo:

—¡Bueno, Marcos Vargas! Ya está en el Yuruari y que le sea de provecho. En la tierra del oro y de los hombres machos, como dicen por aquí.

—Y de las mujeres bonitas—completó Marcos.

—También dicen y no es mentira. A ver si se enamora de alguna y se queda entre nosotros.

—Si usted supiera, don Manuel... Ya esa diligencia, como que está hecha.

—¿Sí? Pues ya voy viendo que usted es de los que, cuando se ponen en camino, todo lo llevan en la magaya.

Atravesaron el boscaje ribereño y al caer a unas calsetas por donde pacían algunas reses, Ladera explicó:

—Ya esto es *Tupuquén* y está a su disposición, como todo lo que me pertenece. Tupuquén llaman una hierba brava, más eficaz que el hacha y que el fuego mismo para acabar con el monte tupido, pues donde ella se mete ya no crece otra cosa. Por aquí reinaba a sus anchas, en donde denominé así esta finca y no se imagina usted los trabajos y el dinero que me ha costado extirparla... Otro tupuquén reina también por estas tierras: las llamadas riquezas del Yuruari, el purguo y el oro que quitan los brazos de la agricultura. Los brazos y el capital, que ya tampoco quiere in-

vertirse en ella. Al purguo y al oro los llaman la bendición de esta tierra, pero yo creo que son la maldición. Despueblan los campos y no civilizan la selva, dejan las tierras sin brazos y las familias sin apoyo y corrompen al hombre, desacostumbrándolo del trabajo metódico, pues todos nuestros campesinos ambicionan hacerse ricos en tres meses de montaña purgüera y ya no quieren ocuparse en la agricultura. Lo desmoralizan profundamente, pues la tragedia del purguo—aquí, como el rancho en Rionegro y la sarrapia en el Caura—no consiste sólo en que empresarios sin conciencia exploten al peón por medio del sistema del avance—dinero y bastimientos a cuenta de la goma que saquen—que casi equivale a comprar un hombre por cuatro reales y para toda la vida, sino también en que el peón le toma el gusto al venderse de ese modo y cuando coge el dinero del avance no le importa malgastarlo, pues ya está pensando en el fraude de la piedra dentro de la plancha de goma y en fugarse de la montaña debiendo lo que se ha comido. En picurearse, como ellos dicen. Que naturalmente la peor parte la lleva el peón, pues vaya usted a ver lo que encuentra en la montaña: un plato de *paloapique* que no alimenta, de donde adquiere el beriberi que lo mata o lo inutiliza para toda la vida, y la esclavitud, casi, por la deuda del avance, sin modo de zafarse ya del empresario, ni autoridad que contra él lo ampare, porque generalmente lleva parte en el negocio y en todo caso se inclina del lado del fuerte contra el débil. La esclavitud que a veces la heredan los hijos con la deuda. Eso de la riqueza que producen el oro y el caucho sólo es verdad para los privilegiados.

Marcos Vargas no estaba de acuerdo. Era posible que desde un punto de vista práctico Ladera tuviese razón; pero la aventura del caucho y del oro tenía otro aspecto, el de la aventura misma, que era algo apasionante: el riesgo corrido, el temor superado y aquello mismo de ir y volver y tirar el dinero, con que el hombre desafiaba al Destino.

¡Una fiera medida de hombría!... Pero se abstuvo de manifestar su opinión.

Por otra parte ya Ladera abandonaba el tema, refiriéndose a una casa internada entre el boscaje:

—Eso es *Guaricoto*, adonde traigo la familia a temperar, todos los años por la Cuaresma, que es cuando son más sanos estos lugares. Menos esta pasada, que tuvimos que quedarnos en Upata por enfermedad de una de las muchachas.

Y Marcos, saliendo de su mutismo por las bromas a que lo inclinaba la simpatía que le inspiraba Ladera:

—¿Tiene muchas, don Manuel?

—Algunas y para varios gustos, pues son tres, que ya es bastante. O dos, para el interés a que pueda obedecer esa pregunta suya, porque Maigualida, la mayor... Y ya que al caso viene, voy a explicarle cuáles son esos motivos íntimos que, según ya le he dicho, me obligan a evitarme rozamientos con José Francisco Ardavín. Este hombre, que es la suma de todos los defectos posibles, la dio por enamorarse de mi hija Maigualida y como ella no lo aceptó—piensa él que por consejos míos—le juró que mataría a todo el que la pretendiera.

—Y cumplió su promesa—agregó Marcos—. Algo de eso recuerdo haber oído en casa.

—Sí. Un forastero, mozo muy estimable, que gustaba de mi muchacha y empezaba a decirle. Ardavín lo sorprendió una tarde ante la ventana de casa conversando con ella y en su presencia lo asesinó cobardemente. Desde entonces mi pobre hija vive quitada del mundo.

Hace una pausa y volviendo al tono chancero, agrega:

—Por eso le digo que son dos las que componen la mercancía realizable que tengo en casa. Ya se las presentaré. Son unas pollitas todavía, pero como usted dice que su diligencia está hecha no hay peligro de que me las enamore.

—¡Hum!...—hizo Marcos, comprendiendo que Ladera

quería mantenerse en este terreno—. No se fíe de forasteros, don Manuel.

—¿Así es la cosa? ¡Ah Marcos Vargas! Usted va a caer muy bien por estas tierras, donde el buen humor, a pesar de todo, es un salvoconducto que abre todas las puertas.

—Pues para usted no habrá ninguna cerrada y como no le falta el aceite que afloja todo tornillo, porque el ganadito que voy viendo es bastante...

—Y ya verá más. Pero estas sabanas dan mucha brega, porque los bichos se recuestan contra el monte y hay que trabajarlo a pecho de caballo. Allá en *La Hondonada,* donde pernoctaremos, ya son sabanas más fáciles, aunque durante el verano al ganado lo castiga mucho la sequía.

Y pasando de lo particular y propio a lo general donde ya era francamente pesimista:

—Eso es Guayana. Mucho río, agua como para abastecer a todo el país, y, sin embargo, tierras secas que dan tristeza.

Y por aquí continuó durante un buen rato hablando de las calamidades de su tierra, donde todo lo que fuese obra del hombre corrigiendo la Naturaleza estaba todavía por hacerse.

—Mire—dijo, de pronto, interrumpiéndose y deteniendo la bestia—: ésa es la Laja de los Frailes, donde según la tradición fueron fusilados los de las misiones del Caroní por órdenes del general Piar, cuando la guerra de la independencia. Por ahí, más adentro, estaban las ruinas del convento, pero ya no queda nada. Todas estas casas de por aquí están pavimentadas con ladrillos sacados de esas ruinas, que por eso los llaman fraileros. Unos ladrillos que duran siglos, que ya no saben fabricarlos nuestros alfareros. Como todo lo bueno de antes, que se ha perdido.

—Se llevarían los frailes la receta—dijo Marcos, sin tomar la cosa en serio.

—¡Si fuera eso sólo! Pero es que la gente de esos tiem-

pos tenía la conciencia de que estaba fundando un país y todo lo hacía con vistas al porvenir, mientras que los hombres de ahora sentimos que este país se está acabando ya y no nos preocupamos porque las cosas duren. Por el contrario, queremos destruirlas cuanto antes.

Esta visión pesimista era totalmente nueva para Marcos Vargas, quien se lanzaba a aquel mundo con la generosidad de sus años mozos como al mejor de todos los posibles; pero al oir a Manuel Ladera se comprendía que hablaba con el corazón lleno de amor a su tierra, amor doloroso, de calidad más noble que el simple apego que hace entonar el canto, y escuchando al hombre maduro entraron en el alma del joven aires que luego harían borrascas.

Y en esto dijo Ladera:

—Pero no hablemos más. Mire lo que viene allí.

Lo que venía—y a menudo suele encontrarse por los caminos del Yuruari—era una res destinada al consumo de algún caserío vecino, atada a la cola de un burrito por un cabo de soga que le traspasaba la nariz perforada y sangrante y con la cabeza enfundada, salvo los cuernos, en un trozo de coleta. La conducía un hombre a pie, aunque en realidad el conductor era el burrito que, adiestrado para este oficio, trotaba por delante de ella zigzagueando, para quitarle con el aturdimiento del rumbo incierto toda gana de cornearlo que pudiese traer.

Y Manuel Ladera explicó por qué había dicho que no había que hablar más:

—Ahí tiene la historia de Venezuela: un toro bravo, tapaojeado y nariceado, conducido al matadero por un burrito bellaco.

A lo que replicó Marcos:

—¡Ya ve, don Manuel! Eso es lo que yo llamo calzarse a la medida. En el colegio de Ciudad Bolívar quisieron meterme en la cabeza la historia escrita de Venezuela y nunca logré entenderla, mientras que ya me la explico toda.

—Por algo se ha dicho que el viajar ilustra. Aunque sea por estos caminos.

Y entretenidos en estos tópicos cabalgaron un rato.

—¡Mire!—volvió a interrumpirse Ladera—. ¿Ve esas manchas de sangre en esa laja?

—No serán de los frailes de las misiones, supongo.

—De un pobre negro de las minas de El Callao a quien asesinaron ahí anteayer. Lo traían preso, codo con codo. Un comisario de nombre Pantoja lo conducía a Ciudad Bolívar y al llegar a este sitio lo baleó. Dice que el negro lo atacó, pero no me explico cómo pues estaba maniatado y así lo vi después de muerto, viniendo yo de *La Hondonada*. Detrás de aquella vuelta oí los tiros.

—Quiere decir—observó Marcos—que lo del burrito y el toro sucede a veces al revés.

—Justamente. Aquí el toro, a toda punta, fue el comisario. Un hombre que debiera estar en un presidio el tal Pantoja. O mejor dicho: Cholo Parima, pues según algunos que han estado por el Atabapo ése es el verdadero nombre del comisario.

—¡Cholo Parima!—exclamó Marcos, refrenando la bestia con brusco movimiento maquinal.

—¿Lo conoce?

—De nombre solamente. Ese fue quien asesinó a mi hermano Enrique, hace doce años, la noche en que los machetes alumbraron el Vichada.

Había empleado la frase acostumbrada por allí para designar la espantosa degollina, una de tantas jornadas sangrientas de la epopeya cauchera y Manuel Ladera no halló qué decir.

Cabalgaron durante un buen rato en silencio, Marcos Vargas con una sonrisa sombría inmovilizada en el rostro y Ladera observándolo de soslayo.

—¡Lo que son las cosas!—murmuró por fin el joven—. Yo tiraba hacia Rionegro, quería dedicarme al caucho que

enriquece en obra de meses y últimamente hasta se me presentó una magnífica oportunidad, pero no podía manifestar ese deseo sin que mi madre se echara a llorar y en cambio fuè ella misma quien me diò la primera noticia de que usted vendía sus carros y cuando le comuniqué mi propósito de venirme al Yuruari se alegró mucho. Vio un negocio estable—si a dárseme llegaba—que me quitaría de la cabeza la idea de internarme en las selvas caucheras donde sucumbió mi hermano y para allanarme este camino aceptó el sacrificio de mi separación de su lado y convino en vivir arrimada casa de uno de mis cuñados mientras yo pudiera traérmela a Upata. ¡Lo que son las cosas, don Manuel!

—¿Qué está usted pensando, joven?

—Nada. Hablando es lo que estoy. Contándole cosas de mi vida pasada, así como ya le referí otras para que fuera conociéndome bien.

—¡Oiga, Marcos Vargas! ¿No será mejor que desista de comprarme los carros?

—¡Es que usted se arrepiente de habérmelos vendido en las condiciones...!

—No diga tonterías. Usted me entiende. Ya le he dicho que me ha caído a gusto y no quiero que por causa mía, hasta cierto punto, vaya a tener un mal resultado su venida al Yuruari. Estoy dispuesto a ayudarlo en lo que sea menester: estudie un negocio que le agrade y le convenga en Ciudad Bolívar y cuente conmigo para el capital que necesite.

—Muchas gracias, don Manuel. Ya veo que usted cuando empieza a ser buen amigo no tiene cuándo acabar. Pero no se preocupe. A buscar malos encuentros no he venido al Yuruari, ni me pasaba por la cabeza la idea de que Cholo Parima anduviera por aquí: por muerto lo tenía ya; pero de la casa hay que salir, tarde o temprano... Además, eso de los malos encuentros es muy relativo: el mundo está sembrado de ellos.

Manuel Ladera se quedó unos momentos mirándolo y luego repuso:

—Prométame, por lo menos, que los evitará.

—Prometido, don Manuel.

Y en silencio continuaron el viaje.

JUAN SOLITO

Con la actividad desplegada en el hato de *La Hondonada,* donde Ladera recogió un ganado que embarcaría por San Félix para las Antillas inglesas, sabaneando junto con él y sus peones se le disiparon a Marcos los pensamientos sombríos, para los cuales su espíritu no tenía asideros perdurables y cuando reanudaron la marcha, camino de Upata, charlaba animadamente, olvidado de Cholo Parima.

Atravesaban la montaña de Taguachi. Monte enmarañado a ambos lados del camino en cuesta lleno de baches donde chapoteaban las bestias. Rastrojos cubiertos de malezas, silenciosos campos abandonados y uno que otro rancho de palma ennegrecida, derrumbándose ya. Mujerucas de carnes lacias y de color amarillento, asomándose a las puertas al paso de los viajeros; chicos desnudos con vientres deformes y canillas esqueléticas cubiertas de pústulas que se las chupaban las moscas; viejos amojamados, apenas vestidos con sucios mandiles de coleta. Seres embrutecidos y enfermos en cuyos rostros parecía haberse momificado una expresión de ansiedad. Guayana del hambre junto al oro.

—Mire la obra del purguo y del oro—dijo Ladera—. ¿Se fija en que por todo esto no hay hombres útiles para el trabajo del campo? Abandonaron el canuco y la familia, muchos de ellos para enterrar sus huesos en la montaña, y por aquí no quedan sino los rezagos.

Pero se interrumpió al ver a un hombre de escopeta terciada a la espalda que más adelante acababa de salir al

camino, para atravesarlo, por una de las picas de monte adentro.

—¡Juan Solito!—lo llamó, haciéndolo detenerse, y cuando ya se le reunía—: Buscándote venía, casualmente.

—Pues ya no necesita seguir—respondió el hombre, sin alzar la vista del suelo donde la había fijado.

Mientras Ladera:

—Ahí tiene usted, Marcos Vargas, al cazador de tigres más famoso de todo el Yuruari. Le dan el apelativo...

Pero el cazador le quitó la palabra:

—Porque es un Juan entre los muchos que caminan sobre la redondez de la Tierra y porque siempre anda solo, que es la mejor compañía del hombre.

—¡Vaya oyendo, Marcos Vargas! Ahí donde usted lo ve, con su escopeta al hombro, lleva oculto un filósofo.

Y Marcos al cazador, haciendo alarde de su conocimiento en punto de supercherías populares:

—Y porque mejor es que la gente lo llame a uno como quiera, sin que uno dé nunca el nombre propio y verdadero, porque eso tiene sus riesgos, ¿verdad?

—¡Jm!—hizo el de la escopeta—. ¿Si ya usté lo sabe, pa qué lo pregunta?

Barbudo, greñudo, de aspecto selvático, edad incierta y sin apariencias de vigor físico que correspondiesen a su fama de cazador de tigres, Juan Solito era un personaje misterioso a quien se le atribuían facultades de brujo. Decíase que había vivido mucho tiempo entre los indios del alto Orinoco, cuyos piaimas lo iniciaron en sus secretos y así como se ignoraban su nombre, origen y procedencia, no se sabía tampoco dónde habitaba ni se le conocían relaciones permanentes con los moradores de la región.

—Pero decía usté, don Manuel, que venía buscando a Juan Solito—agregó, en seguida de las palabras dirigidas a Marcos y hablando de sí mismo como de tercera persona.

—Sí—respondió Ladera—. Iba a dejarte recado por el

camino de que en *La Hondonada* está cebado un tigre que ya me ha matado dos becerros en lo que va de esta semana.

Juan Solito escupió la mascada de tabaco y, contemplando luego el salivazo caído a sus pies, murmuró:

—Mire puej como renco y tó el de la pinta menudita se sabe procurá su comía.

—Parece que lo estuvieras viendo como en un espejo, sólo con mirar la saliva de tu mascada—repuso Ladera a tiempo que le hacía a Marcos guiñadas de inteligencia.

—¡Jm! ¡Quién quita, don Manuel! La humanidá de la tierra está sembrá de espejos donde se aguaitan las cosas más lejos y enmogotás. El tó es sabé miralas sin asco.

—¿Quieres decir que ya conoces el tigre que necesito que mates?

—Algo de él ha catao ya Juan Solito, sí, señol. La güella que va dejando dice que cojea de la mano derecha desde hace algunos días, a causa de habérsele caído las garras, de donde se infiere que es viejo y que con la zurda es que ahora está tirando el zarpazo. Pero asesina y tó dice usté, y su palabra vaya alante, que dos becerros le ha comío en lo que va de esta semana.

—Y de los más bonitos. Andate por allá esta noche antes de que se coma el tercero.

—¿Esta noche? Esta noche no podrá sé porque ya Juan Solito está trincao de palabra por otro que también anda haciendo un esguace por los ranchos de estos montes.

—¿No será el mismo que se deja llegar hasta *La Hondonada?*—intervino Marcos, por ver hasta dónde llegaba la clarividencia del cazador.

—No, joven. Ni usté lo cree tampoco. Este de por aquí es un tigre barreteao, forastero de por estos montes, por cierto.

—Pues, amigo—dijo Ladera, dirigiéndose a Marcos—, está visto que usted es el hombre de las caídas en gracia, porque es la primera vez que Juan Solito acepta conversa-

ción de persona a quien no conozca de tres meses antes. ¿No es así, Juan Solito?

—De tres meses y los días que completan el ciento, que es el número de la sabiduría. Pero ya esa cuenta está echá, don Manuel, y al joven aquí presente le sobra un pico en su favor.

—¿Sí?—inquirió Marcos, con verdadero interés—. ¿Dónde y cuándo nos hemos conocido?

—El dónde y el cuándo y el cómo son hijos sutes de la madre curiosidá. Lo que medra es que ca uno sepa lo que haiga menester.

—¿No digo yo que por la boca de Juan Solito habla un filósofo?

—Los palos del monte, don Manuel, que le han enseñao su sabiduría. Pero, volviendo a lo suyo, pues usté no ha interrumpío su marcha pa hablá de Juan Solito. Mañana, primeramente Dios, estará Juan Solito en *La Hondoná* velando al renco.

—Bien. Ya que no puede ser esta misma noche. Se comerá otro becerro, pues va un día sí y otro no y hoy le toca.

—Espreocúpese. Hoy tampoco irá. Ese cae por allá entre gallos y medianoche. Ya lo he sentío pasá por la montaña silencia.

—¿Y por qué no lo has matado? Dos mautes míos habría dejado de comerse.

—Porque naiden tiene derecho a atravesase contra por gusto en el camino de otro que ande procurándose su vida con las armas que Dios le haiga dao.

—Por gusto no habría sido. De buena gana te pagaría ahora la libra esterlina de tu tarifa.

—No es por la paga, don Manuel, sino porque las causas no puén andá detrás de los resultaos. El tigre, en una comparación, siente primero el hambre y después se come el maute o el marrano; pero la visiversa nunca.

—¡Claro!—exclamó Marcos Vargas.

—No tan claro, joven—repuso el cazador, siempre mirando al suelo y escupiendo por el colmillo el resto de la mascada, prosiguió—: Ese jué, don Manuel, el acomodo que Dios les dio a sus cosas y Juan Solito no pué trastorná las leyes del mundo. El tiene que decí primero, adresmente, voy a matá al tigre, pa dispués hacelo. Pero antes con antes tienen que habele dicho: "Juan Solito, mátame ese tigre que me se está comiendo lo mío." Porque eso de lo mío y lo tuyo, don Manuel, son cosas que no se le ocurren por su cuenta a Juan Solito. El las escucha mentá y las repite, no más. Allá ca uno con lo que le parezca claro, siendo turbio. Pero en el caso presente, como ya él está trincao de palabra con usté, lo que hará esta noche será amarrale la güella al renco, pa paralo ande se encuentre a esa hora y punto, de mo y manera que no puea llegá hasta *La Hondoná*. Déjelo de mi cuenta y váyase tranquilo, que el renco no le mata más becerros.

—¡Amarrarle la huella!—intervino Marcos Vargas—. Explíqueme eso, viejo.

Pero como el cazador se limitara a sonreir, Ladera advirtió:

—A Juan Solito no se le arranca nunca una palabra respecto a sus secretos profesionales.

—¡Jm! El que aprendió callao, callao enseña, don Manuel.

—¿No le digo? Bueno, Juan Solito, voy a pagarte de una vez para que las causas vayan delante de sus efectos.

—Usté no ha entendío, don Manuel. No es que Juan Solito haiga querío cobrarle por anticipao, pues ya debe de sabé que él no tiene esa costumbre.

—Ya lo sé, hombre. No tomes a mal mis palabras. Te pago adelantado porque ya puedo considerar que el renco es tigre muerto y porque llevando el dinero encima es más cómodo para mí salir de eso de una vez.

—Eso es otra cosa.

Y luego las palabras sin las cuales no tomaba nunca el precio de su trabajo:

—Venga el oro, que en las manos de Juan Solito no se quedará.

Cogió la moneda, la colocó sobre la palma de su mano izquierda, murmuró unas palabras ininteligibles, hizo sobre ella un rápido movimiento cabalístico y por último se la guardó en la faja, diciendo:

—Allá le dejaré el recibo. ¿Lo quiere con cabeza y tó como el de la otra vez?

—Ni con cabeza ni sin ella. Ya tengo la casa llena de cueros de tigre.

—Es que éste es muy bonito, don Manuel. Y de historia famosa.

—Bueno. Déjame el cuero en *La Hondonada,* para regalárselo al amigo Marcos Vargas en recuerdo de este buen encuentro que hoy ha tenido.

—Sus palabras serán cumplidas—dijo el cazador, enfáticamente y después de restregar con el pie desnudo el salivazo de la mascada, que era humor de su cuerpo y no podía secarse en el suelo sin que todo él fuera secándose al mismo tiempo, como árbol de donde huyese la savia, se despidió de Marcos Vargas de este modo:

—Bueno, joven. Ya usté ha visto y escuchao más de lo que Juan Solito se deja catá por el primer recién encontrao; pero lo que está bien escrito no se borra y además de los demases. Juan Solito tenía una encomienda de memorias pa usté. De uno que un día, sobre una piedra, le dijo a usté: "Cuando tú yendo allá, yo enseñándote las cosas."

—¡Ponchopire!—exclamó Marcos Vargas, acogiendo con júbilo el recuerdo de su adolescencia.

Y Juan Solito, dando por terminada la entrevista, ya atravesando el camino para internarse por otra pica de monte adentro:

—Y escuche esto, joven, que ahí le va dejando un hom-

bre experimentao: no cargue su alma tan en los ojos como la lleva usté por estos caminos.

Dicho lo cual desapareció, monte adentro, cual si se lo hubiera tragado el misterio de que gustaba rodearse.

Continuaron su camino Ladera y Marcos Vargas, aquél diciendo:

—Hay quienes creen a pie juntillas que detiene realmente Juan Solito a un tigre o una persona, amarrándole la huella, como él dice, práctica de brujería que le enseñarían los piaimas indios; pero lo cierto es que posee mañas para su oficio, pues nunca falla cuando se le encarga matar un tigre. Así, íngrimo y solo como lo ha visto, pues ni perro carga, se mete en la montaña y se pasa toda una noche en el veladero. ¡Qué digo una noche! Noches y días continuos, si es menester... Y lo de la moneda. ¿Se fijó en lo que hizo cuando la cogió? Siempre exige que se le pague con una esterlina y dicen que es para enterrarlas, para devolvérselas a la tierra de donde fue extraído el oro, que según él es la causa de la maldición que pesa sobre Guayana. En lo cual estoy de acuerdo... Claro que con algunas se quedará, pues de algo debe vivir, como no sea de raíces del monte; pero eso es entre otras muchas cosas, lo que se cuenta de Juan Solito.

Pero Marcos no le había prestado atención. Su pensamiento estaba en aquella tarde, ya lejana, de su breve conversación con el indio Ponchopire, otra vez experimentando la fascinación de aquel mundo de la selva misteriosa y el aborigen enigmático.

Y Manuel Ladera, como viese que sus palabras se quedaban sin correspondencia, murmuró:

—¡Ah, caramba! Al hombre lo han dejado caviloso las brujerías de Juan Solito. Este era un Marcos Vargas que todavía no conocía.

III

UPATA DE LOS CARREROS

Aire luminoso y suave sobre un valle apacible entre dulces colinas. Techos de palma, techos de cinc, rojos o patinosos tejados, una vegetación exuberante, de jardín y huerta domésticos, en patios y solares. Unos montes lejanos, tiernamente azules.

—Upata—dijo Manuel Ladera—. Ahí tiene usted el pueblo de los carreros del Yuruari. Upata vive del tránsito: de los fletes de las cargas que transportan sus carros y del dinero que van dejando en ella los forasteros, cuando se dirigen al interior, hacia las montañas purgüeras y las quebradas del oro de Cuyuni y cuando regresan de allá a poner la fiesta, porque éste es el pueblo más alegre de todo el Yuruari.

—Y como es fama que éste es el pueblo de las mujeres bonitas...

—Pues ya usted verá si será agradable la fiesta. Aquellos montes azules son los de Nuria y ese farallón es la famosa Piedra de Santa María, de donde brota un agua que viene a representar aquí lo que la cabeza de zapoara representa en Ciudad Bolívar: cebo para atrapar forasteros. Ya lo llevarán allá las muchachas para bautizarlo con el agua que mana de ese peñón, a fin de que se case con una upatense y eche raíces aquí. O cargue con ella para donde prefiera, que es lo que a ellas les interesa.

—A mí que me bauticen cuantas veces quieran, pues como no estoy muy seguro de ser cristiano...

—¿A pesar de la diligencia que ya tiene hecha?

—Por si acaso no se da.

Atravesaron un riachuelo en cuyas orillas algunos carre-

ros abrevaban o bañaban sus mulas mientras sostenían entre sí una bulliciosa charla salpicada de malicias y fanfarronerías, y entraron en la población.

Calles de tierra roja por donde corrían los ríos de oro de la puesta de sol. Carros vacíos aquí y allá, con los varales en alto y en las ruedas el barro de los caminos recorridos; otros, cargados y cubiertos con los encerados, de tránsito para otras poblaciones, dentro de las rancherías llenas de la animación de los carreros que charloteaban desunciendo las bestias, conduciéndolas a los pesebres, echándoles en ellos los haces de yerba.

Sonaba todavía por allá el trabajo cantarino de la mandarria del herrador contra el yunque, tintineaban las colleras de las mulas de otros convoyes que venían llegando o ya se ponían en camino y aquí y allá, en las cosas y en las palabras que al paso se escuchaban—en la talabartería, la herrería o la carruajería—todo giraba en torno a la vida del carrero. En el aire flotaba el olor de las bestias. Por las conversaciones pasaban caminos. Camino de San Félix, camino de Tumeremo, camino de El Callao, camino de El Palmar... En Upata de los carreros todo viajaba.

Casuchas humildes, techadas de palma carata; otras con techos de cinc, que eran las de comercio: la tienda, con cobijas de bayeta, abrigo de caminantes, colgadas en las puertas, la pulpería donde los peones que ya habían soltado el trabajo tomaban el trago de caña alborotando; otras con techos de tejas, las casas de las familias principales de la población, con muchas ventanas y lindas muchachas asomadas a ellas.

—¡Adiós, don Manuel!

—¡Adiós, mi corazón!—respondíales, chancero—. ¡Qué cariñosa me saludas a la vuelta de este viaje! Aquí les traigo un candidato para la Piedra de Santa María. Dice que ya su mandado está hecho, pero no estaría de más que le

echaran el agüita que ustedes saben. Váyanse esta noche por casa para presentárselo.

Y las ventanas despedían risas para las bromas de don Manuel y miradas para el forastero de años mozos y presencia gallarda.

Porque en Upata, que del tránsito vivía, también el amor tenía que poner sus esperanzas en el paso de los forasteros.

VELLORINI HERMANOS

Una de aquellas casas de comercio, la más fuerte de Upata, era la de Vellorini Hermanos, Francisco y José, corsos radicados en Guayana hacía unos treinta años y a quienes decíanles, respectivamente, Vellorini el bueno y Vellorini el malo.

Francisco, de carácter jovial, amigo de chanzas y muy dado a emplear los refranes y modismos del pueblo guayanés, con lo cual se había granjeado la popularidad de que gozaba; José, por lo contrario, seco y reservado de trato cuando no gruñón y absolutamente intratable. Aquél, casado con una upatense, hermana de Manuel Ladera; el otro soltero—o más propiamente: solterón—, de vida retraída y consagrada por completo a los negocios, al frente de la casa de Tumeremo donde también predominaba la firma y sobre cuyos escritorios paseaba suavemente su vida regalona, ronroneando, un gato negro de ojos verdes que parecía ser el único afecto de José. Este, larguirucho, huesudo, de color amarillento y cabellos grises con algo de caspa que lo avejentaban mucho, siendo apenas dos años mayor que el hermano; Francisco, regordete, un tanto apoplético, de ojos azules y mejillas al rojo de *brandy*, de que era gran bebedor, aunque sin perjuicio de la seriedad comercial, ya que de la personal parecía carecer por completo.

Los remoquetes de bueno y malo que les daban eran de la regocijada y calculadora invención de Francisco, quien cuando alguno, valiéndose de la confianza que él le brindaba con su trato juguetón y campechano, le pedía favores o le proponía negocios no muy claros y lucrativos para la firma, acostumbraba responderle:

—¡Cómo no, chico! Tú sabes que yo estoy a tus órdenes por completo; pero, aquí entre nos, háblate primero con Vellorini "el malo" a ver si lo convences. Porque como él es el cabeza de la firma, por mayor en edad, saber y... —y aquí hacía con el pulgar y el índice de la diestra un ademán que daba a entender dinero—. Entrale con maña, pues ya sabes que es muy ñongo y desconfiado, mientras yo te ayudo desde aquí como quien no quiere la cosa, que es el procedimiento más eficaz.

Esto, naturalmente, a fuerza de decirlo ya no había quien se lo creyera, pero en los primeros tiempos dio el resultado apetecido y luego quedó la costumbre de apodarlo "el bueno" y la de no perder el tiempo llevando el proyecto adelante cuando él así respondía.

En realidad, el pasado de bueno era José. Tonto para los negocios como tesonero para el trabajo que le dieran, siempre inclinado a abrir la mano, mucho más simpatizante con el criollo aunque pareciese lo contrario y, por otra parte, sumamente dócil a la voluntad del hermano; pero como todo esto lo sentía y tendía a hacerlo con la aspereza de su trato, a Francisco se le ocurrió utilizar esta apariencia ingrata de modo que contra José fueran a estrellarse las pretensiones inaceptables, en virtud del pacto unilateral —pues José no hizo sino consentir y a regañadientes—de que éste rechazara toda proposición que por obra de aquella treta se le hiciese. Así, Francisco cultivaría las simpatías de la firma y José defendería los intereses, aunque después regañase con aquél por la parte odiosa que le tocaba representar.

—¡Eso es! ¡Sí, sí! ¡Pero si es muy cómodo! Yo cargo con la fama de judío y eres tú quien exprime al cliente.

—Piensa que si te dejara la iniciativa de los negocios, con lo mano floja que eres todavía andaríamos por ahí bongueando la pacotilla, como hace treinta años. Mientras que hoy tienes una bonita fortuna.

—¡A mí qué me importa el dinero!—replicaba José, echando los brazos al aire y sacudiendo las manos por encima de su cabeza—. Con un real diario tiene *Pepitín*—éste era el gato—para no morirse de hambre.

—Sí. Y con poca cosa más, tú, que vives como un anacoreta.

—¡Ah! ¿Sí? ¿De modo que encima me llamas avaro? ¡Eso sólo me faltaba! ¡Avaro yo! Bien sabes que si atesoro el dinero es para legárselo a tus hijitas cuando muera.

Pero el hermano, que ya sabía a qué atenerse respecto a aquellas bravatas, se limitaba a replicarle:

—Pues entonces déjame defenderles la herencia a mi modo.

Y esta escena se repetía—palabra más, palabra menos—cada vez que Francisco tuviera que advertirle:

—Por allá irá a hablar contigo Fulano. Ya sabes: suéltalo frío.

La casa de Upata, principal de la firma, recordaba en grande lo que en pequeño fue el comienzo de aquella fortuna. En ella se vendía de todo, por mayor y al detalle: víveres, telas, calzados, sombrerería, ferretería, talabartería, quincalla... Como en el bongo donde los jóvenes corsos ejercieron el comercio ambulante por los ríos y caños de la región cauchera y minera, de uno en otro campamento, y *El Bongo* se denominó al principio la casa de Upata hasta que crecidas las hijas de Francisco influyeron sobre él para que suprimiese de la fachada aquel recordatorio para ellas humillante. Ahora decía "Vellorini Hermanos" en planchas de cobre a ambos lados de la puerta de entrada a la oficina.

En ella estaba aquella tarde Musiú Francisco—como popularmente se le decía—dirigiéndoles cuchufletas a los transeúntes y celebrando con risas asmáticas las que a él le devolvían, cuando se detuvo Manuel Ladera a presentarle a Marcos Vargas.

—¡Cuñao!—exclamó, con acento y elocución imitados del pueblo—, ¿no se tropezó por ahí con sus carros? Me tomé la libertad de despachárselos para San Félix para que me trajeran unas mercancías que está haciendo falta en Tumeremo.

—Bien tomada, don Francisco—repuso Ladera—. Y a propósito, le presento al joven Marcos Vargas, a quien le he vendido mi tren. Es a él a quien tendrá que pagarle los fletes de ese viaje y espero que continúe dándole sus cargas conforme a lo convenido.

—¡Cómo no, chico!—dijo Vellorini, dirigiéndose a Marcos—. ¿Conque vienes a meterte a carrero? Bien pensado, porque ese negocio produce mucha plata. Si no que lo diga el compadre, a quien no ahorcan por un millón de pesos.

—Me los irá a dejar usted en su testamento—repuso Ladera, siguiéndole el humor.

—No sea llorón, cuñao. No le tenga asco a la fama de rico, que lo suyo es bien habido.

Y a Marcos:

—Pues sí, joven, cuente con la cooperación de nosotros; pero sería bueno que se entendiera con Vellorini el malo, para el asunto de tarifas de fletes.

—Con él estoy hablando, don Francisco—repuso Marcos Vargas, a quien ya Ladera le había referido la famosa martingala de su cuñado guasón—. Yo a don José no tengo todavía el gusto de conocerlo, pero aquí, entre nos, para mí que el malo de los Vellorinis es el que me está oyendo. Yo le guardo el secreto si me da las cargas sin regatearme los fletes, que es lo que usted está maquinando.

Soltó Musiú Francisco la risa asmática.

—¿Qué le parece, compadre Ladera, el modo de conseguirse marchantes que tiene el pollo?

Y continuando con el lenguaje metafórico de los aficionados a riñas de gallos—que pocos guayanenses no lo son—agregó, dirigiéndose a Marcos:

—Ya veo que eres pollo de cría que entra soltando las espuelas al picar. Sí te daré las cargas sin regatearte los fletes, porque me has matado el gallo en la mano; pero guárdame el secreto, como dices. Aunque ya ése como que es secreto llanero, ¿verdad, compadre Ladera?

Y fue así como Marcos Vargas se ganó la voluntad de su primer cliente. Despidiéronse de don Francisco y oyéndose todavía la risa con que éste celebraba la ocurrencia, díjole Ladera:

—Bueno, Marcos Vargas. Ya están asegurados los gastos; de aquí en adelante, todo es ganancia. Mañana le presentaré a mis otros clientes, que no son tan fuertes como Vellorini Hermanos, pero producen una bonita base de utilidades, y pasado mañana, si este viaje no lo ha estropeado mucho, cogeremos camino de San Félix para embarcar mi ganado y entregarle allá los carros que ya van trabajando para usted. Ahora lo dejaré en la posada y esta noche iré a buscarlo para presentarle la familia.

Y por las muchachas asomadas a las ventanas:

—¡Mire cómo está alborotado el gallinero! Todas ésas van a casa esta noche a conocerlo a usted.

CLARO DE LUNA

La luna desempeñaba aquella noche, con esmero y con gracia, sus funciones de alumbrado público. Las blancas fachadas, los techos de palma carata y especialmente los techos de cinc, las copas de los árboles quietos en el aire sereno, el abrupto peñasco de Santa María y hasta los lejanos montes de Nuria, reflejaban el claro fulgor apacible.

Y con la iluminación de ensueño componían la estampa romántica música y canciones de la tierra.

Parecía cual si todas las muchachas de Upata, en las salas a ventanas abiertas o bajo las lámparas de los corredores frente a las puertas de par en par, se hubiesen propuesto tocar y cantar cuanto supieran: guitarras, bandolines y hasta un poco de piano; graciosos galerones, tristes maremares y la tonada ingenua de la canción de amor. Cosas de la luna llena y de la llegada de un forastero de años mozos y apostura gallarda.

Sólo la casa de las Vellorinis, entonadamente silenciosa y a ventanas cerradas, se desdeñaba de tomar parte en el concierto sentimental y pueblerino. Hijas del hombre más rico de Upata, famosas ellas mismas por su belleza y acostumbradas al buen tono de Niza y París, donde solían pasarse temporadas, las Vellorinis ni necesitaban asomarse a las ventanas para distraerse, ni mucho menos exhibirse cuando llegaba algún forastero, ya que a la hora del matrimonio serían ellas quienes escogerían entre cien pretendientes a cuál mejor, ni de ningún modo se exponían a que se las confundiese con niñas cursis de bandolín y canción de amor, o vulgares de cuatro y galerón, puesto que eran mujeres de espíritu refinado y de piano y música grande.

Pero las Vellorinis eran tres y si las dos mayores no querían hacerle a Marcos Vargas el honor de concederle importancia a su llegada, en cambio Aracelis—la bordona como le decían sus padres, al uso de allí, por ser la menor—estaba aquella noche más inquieta que nunca en casa de sus primas las Laderas, donde se esperaba la visita del forastero.

—¿Qué te pasa, chica, que no calientas puesto?—preguntábanle las primas y las amigas allí reunidas, a quienes les pasaba lo mismo, pero eran más asentadas—. ¿Cómo que has comido azogue esta noche?

Ella no daba explicaciones, pero repartía pellizcos que las hacían chillar.

No todas eran chiquillas de catorce o quince años, como Eufrosina y Rosa María Ladera, ni todas, tampoco, habían salido de sus casas con intención de visitarlas, sino que, paseando la hermosa luna que hacía aquella noche se detuvieron un momento ante las ventanas y como las Laderas les dijeron:

—¿Por qué no entran?

Entraron.

Pero don Manuel, cuando llegó acompañado de Marcos Vargas, apareció en la sala exclamando:

—¡Válgame Dios! Ya veo que me cogieron la palabra de esta tarde.

Y a Marcos:

—Amigo, usted nació de pies. No hay duda. Mire qué cuadro más completo de muchachas bonitas para escoger novia. No tiene sino que echar una manotada de ciego.

Marcos Vargas no estaba acostumbrado a galanterías. Su medio habitual había sido masculino y rudo y entre mujeres se sentía incómodo; pero salió del paso por donde Manuel Ladera le abría camino:

—De ciego tiene que ser—repuso—, o por lo menos de encandilado, que para el caso es igual. Pero ¿qué necesidad hay de escoger cuando todo es bueno? Yo, cuando me gustan varias cosas y me preguntan cuál prefiero, siempre acostumbro responder: ¡todas juntas!

Una explosión de risas y de exclamaciones entre azoradas y complacidas, una de éstas proferida por Aracelis Vellorini:

—¡Antipático!

Y que atrajo sobre ella las miradas de todas, a tiempo que se producía un silencio indiscreto.

Pero Aracelis tampoco se atortojaba o cuando más salía del apuro repartiendo pellizcos. Chillaron otra vez las víctimas de sus uñas y como esto dio ocasión para más risas,

con el reir acabó de desahogarse el azoramiento producido por las primeras palabras de Ladera.

La aparición de Maigualida hizo enmudecer al coro de la frivolidad. La grave elegancia de su duelo—negro el traje, espiritualizada la belleza de su rostro por el trágico quebranto—era, realmente, algo que imponía respeto. Y con este sentimiento se puso de pie Marcos Vargas y luego le estrechó la mano que ella le tendía en silencio, acompañada de una sonrisa que sólo parecía expresar pudor del sangriento escándalo que mancillara su vida.

Por otra parte, no se esperaba que saliese a recibir la visita de Marcos Vargas, pues vivía retraída de todo trato social—aparte de los años que la distanciaban del frívolo mundo de sus hermanas que allí rebullía—y así, mientras ella saludaba a las amiguitas de éstas, Manuel Ladera susurró al oído de su visitante:

—Es una deferencia muy especial, aunque bien merecida, la que le hace mi pobre muchacha, pues como ya le he dicho...

Marcos correspondió con una inclinación de cabeza, mientras su mirada seguía a Maigualida y su pensamiento trataba de representarse a José Francisco Ardavín. Y entre tanto Aracelis no le quitaba la vista.

—Bien—dijo Maigualida, tomando asiento al lado de su padre—estaban ustedes muy animados y no quiero ser aguafiestas.

A tiempo que la señora Ladera entablaba conversación con Marcos, sentado al lado suyo, para decirle que había conocido a su madre y que había sido amiga de sus hermanas durante una temporada que pasó en Ciudad Bolívar cuando soltera.

Entre tanto las muchachas cuchicheaban entre sí y Rosa María Ladera, junto a Aracelis, hacía visajes de admiración por algo que ésta le refería al oído mientras dirigía fugitivas

miradas a Marcos, quien se las correspondía aprovechando la sonrisa sacada para la conversación de doña María.

—¿Cómo le parece Upata?—preguntó Maigualida—. ¿No había estado antes por aquí?

—No—contestó Marcos—. Pero así me la imaginaba.

—No puede quejarse de ella—intervino una de las visitantes—, pues lo ha recibido con una noche preciosa.

—Para puesta de sol, Ciudad Bolívar—intervino otra, en obsequio del forastero—. Pero para noches de luna, Upata.

—Y para otras cosas igualmente bonitas.

Se generalizó la conversación, vino al caso lo de la Piedra de Santa María, manifestó una que era necesario llevar allí a Marcos, y éste repuso:

—No me resisto a que me bauticen, pero les advierto que ya estoy confirmado.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿No es con una cachetada que lo confirman a uno? Pues a mí ya me la dieron.

Y como esto aludía a lo que Aracelis ya le había referido confidencialmente a Rosa María Ladera, ésta prorrumpió palmoteando:

—¡Cuente! ¡Cuéntenos eso!

Nuevos pellizcos de Aracelis a la prima desleal, a tiempo que le hacía señas negativas a Marcos, provocaron el revuelo de la curiosidad.

—¡Sí! ¡Sí!—pidieron varias a la vez—. Cuéntenos eso de la cachetada.

—Pues bien, ya que se empeñan, allá va. Fue en la Laja de la Zapoara. ¿Ha estado alguna de ustedes en Ciudad Bolívar?

—¡Hum!—hizo Manuel Ladera—. ¡Como vaya a resultar lo que me estoy imaginando ya!

—¡Cuente! Cuente y no pregunte.

—Allá va. De esto hace... ¡Bueno! El tiempo que haga de esto no viene al caso: fue cuando la llegada de la Za-

poara. Yo estaba pescando y en un descuido resbalé y caí al agua...

Y echó el cuento de la cachetada, concluyendo:

—Todavía llevo la marca de aquellos cinco dedos bien asentados y temo que no se me quite mientras viva.

Estallaron las risas y entre ellas las preguntas por lo que ya no era un secreto para muchas:

—¿Quién fue esa muchacha? ¡Nómbrela! Los cuentos se echan completos.

Pero Aracelis Vellorini era lo bastante resuelta para afrontar cualquier situación difícil y poniéndose en pie, con las mejillas encendidas y los ojos despidiendo lumbre de orgullo, dominó el malicioso tumulto, exclamando:

—¿Quieren saberlo? ¿Les interesa mucho? Pues voy a complacerlas yo misma. ¡Fui yo! ¡Fui yo quien lo confirmó, como él dice!

Risas, palmoteos, exclamaciones de asombro de Maigualida, miradas escandalizadas de la señora Ladera a su marido y el comentario de éste:

—¡Conque ésa era la diligencia que me dijo el amigo que ya traía hecha! ¡Cuándo iba a imaginarme yo que se trataba de mi ahijada!

En tanto que Aracelis, complaciéndose en el chasco que acababan de llevarse muchas de las allí presentes, insistía:

—¿No querían saberlo? Pues ya lo saben: está confirmado. De modo que no pierdan su tiempo en bautizarlo. Y ahora, ¡que se diviertan!

Dicho lo cual abandonó la sala, sacudiendo sobre sus hombros la rubia melena y dejando entre sus amigas, bajo el disimulo de los comentarios risueños, esa mezcla de admiración y de rencor que inspiran los espíritus afortunados y llenos de sí mismos, cuando además poseen el don de la gracia.

—¡Ah muchachita loca!—comentó la señora Ladera, para exculparla ante Marcos—. Hace y dice cuanto se le ocurre.

—¿Loca?—rectificó don Manuel—. La sangre corsa que le corre por las venas. Esa gente sabe ir siempre derecho a lo que se proponga.

Rato después se disolvía la tertulia y las amigas de las Laderas regresaban a sus casas en silencio, suspirantes, de tanto haber reído y porque para noches románticas, las noches de luna de Upata...

Los techos de palma, los árboles quietos, el alto peñasco, los montes lejanos... Pero ya no se oían las guitarras, ni los bandolines...

IV

LOS ARDAVINES

Desde lejanos tiempos los Ardavines venían figurando como hombres valerosos en la sangrienta historia de las revueltas armas que, cual penitencias convulsivas de las profundas conmociones de las guerras de la independencia y de la federación, continuaban sacudiendo al país, y así como en otras regiones otros generalotes, a ello debíanle, de padres a hijos, el cacicazgo del Yuruari.

No siempre, es cierto, fueron una perfecta calamidad. País escasamente poblado y de gente aventurera y bravía —avalanchas de hombres de presa al cebo de la fortuna rápida—, allí, como a las mordeduras del lobo en los mismos pelos, a los males del caciquismo en los caciques se les buscaba remedio, y en ocasiones hubo Ardavines que desempeñaron oficios de poder moderador, a cuya sombra la gente pacífica podría librarse de los atropellos de las autoridades menores y de los desmanes de los matones que por la región pululaban, siempre que les fuera adicta, desde luego, o como por allí se decía en jerga de galleros: siempre que se les metieran bajo el ala.

Uno de estos raros caciques buenos y quizá hasta un caudillo, en la mejor acepción de la palabra, parece que iba a ser José Gregorio Ardavín; pero a lo más prometedor de su naciente carrera política se apartó de ésta y de la sociedad, se amancebó con una india arecuna que se había traído consigo de una expedición al alto Caroní y se internó en unos montes que poseía en las inmediaciones de El Callao.

Según algunos, la causa de este repentino trastorno y fracaso de su vida sería un mal bebedizo que le administrara la india para adueñarse de su voluntad; pero según otros, mejor informados al parecer, fué la repugnante enfermedad del carare, adquirida de la convivencia con la indiada durante aquella expedición, pues siendo muy cuidadoso del buen aspecto de su persona, cuando le aparecieron aquellas feas manchas incurables decidió aislarse y así vivía, con la arecuna, en los montes de *Palo Gacho* hacía quince días.

Lo reemplazó en el cacicazgo su primo Miguel. Militar mediocre y político chanchullero de los de "un tirito al gobierno y otro a la revolución" y sin más miras que las del peculado, Miguel Ardavín nunca habría pasado de pálido satélite del primo; pero en vida activa de éste su política marrullera había consistido en recoger a su sombra a todos los malos elementos del ardavinismo que fueran quedándose sin la protección del escrupuloso José Gregorio y con ellos formó el núcleo inicial de su partido, en torno al cual congregáronse después los que no sabían vivir sino bajo la jefatura del apellido histórico.

Hacía varios años que venía disfrutando de su feudo, con ejercicio de autoridad pública o sin ella, pues aun en este último caso era el régulo de lo que podía llamarse la política regional, y si su prestigio no era tan grande como llegó a serlo el de José Gregorio, sí era cuantiosa su fortuna, suyas las mejores concesiones mineras y las empresas purgüeras más importantes, al frente de las cuales sus oficia-

les entretenían los ocios bélicos extorsionando peonadas que se convertirían en tropas cuando el jefe así las necesitase.

Menos todavía era José Francisco, hermano de José Gregorio; pero en él la diversidad se complicaba con un caso singular aunque muy propio del medio. Carente del valor tradicional de la familia hasta los extremos de la cobardía, pero doblado de impulsivo hasta los límites de lo patológico, esto hubo de suplir por aquello, sin lo cual nadie podría vivir en la tierra de los Hombres Machos y menos un Ardavín, llegando a ser tan perfecta la simulación, o, mejor dicho, tan aparatosa, que muy pronto logró su propósito de hacerse temible.

Comenzó por baladronadas a la sombra del respeto que inspiraba su hermano, entonces en el auge de su prestigio político: emborracharse, meterse a caballo en las tabernas y garitos, quebrar a tiros las botellas y volcar a repechadas de la bestia las mesas de juego, aunque después tuviese que pagar daños y perjuicios excesivos. Que por la cuenta que esto les dejaba y por el temor de que José Gregorio, a pesar de su respeto por la propiedad ajena practicase el proverbio de "a los tuyos con razón o sin ella", tolerábanle tales atropellos los dueños de aquellos establecimientos.

Pero sólo él sabía cuántos esfuerzos le costaban estos escarceos de machía, que, lejos de aplacar los fantasmas de su miedo fisiológico—nervios destemplados, carne ruin—, le fueron creando otro, aún más atormentador. El aura que le formaba la mentira de su bravura y la fatal necesidad de acreditarla algún día con ejecutorias positivas, acabaron bien pronto por infundirle temor, ya morboso, de sí mismo, de los temerarios arrestos que en un momento dado pudieran ocurrírsele al falso valiente de día en día desligado del control a que al principio lo sometiera. Sólo que al darle cabida en su espíritu a esta reflexión ya penetrada de un sentimiento de intimidad dúplice, no calificaba de falso al

Ardavín valeroso que quisiera manifestarse en él, sino, por lo contrario, al que sudaba frío y temblaba por aquél, no permitiéndole revelarse tal cual era. Hasta que por fin esta figuración del desdoblamiento, que ya era un pie en el umbral de la locura, se le materializó de tal modo, una mañana de borrachera tempestuosa la víspera, que sintió cual si de su cuerpo se desprendiese otro, llevándosele todo el calor vital y las energías de ánimo, a tiempo que lo dejaba, por ilusoria mitad, yerto de pavor y de muerte próxima. Y gritó delirante:

—¡No lo dejen salir, que van a matarlo! ¡Sujétenlo!

Era el fantasma de sí mismo que ya no podía contentarse con aparatosas baladronadas, por causa de las cuales, intolerables ya y faltándole la sombra protectora del hermano —pues no se le escapaba que la de Miguel no lo cobijaría mucho—se vería de un momento a otro en el trance de mostrarse capaz de la positiva proeza de bravura.

Para entonces, cediendo ya los complejos que pudieran contener aquella alma en delirio, le ocurrió enamorarse de Maigualida Ladera. En realidad lo había estado desde niño, sino que bajo la forma de un aborrecimiento rencoroso por una broma inocente que entonces ella le diera, preguntándole:

—¿A cómo vendes los pañuelos?—por decirle que llevaba fuera las faldas de la camisa.

Y quizá Maigualida, que de jovencita también le estuvo enamorada—por causa de aquella misma broma, posiblemente, que tanto lo afectó a él—hubiera terminado por aceptarlo, a pesar de todo, si al declararle su amor, ya tumultuosa pasión apenas roto aquel encubrimiento de timidez, no lo hubiese hecho con tan desordenada vehemencia, mostrándole la espantosa intimidad de su corazón al borde del crimen y suplicándole que no lo abandonase a tal destino.

Pero más poderosa que la inclinación que hacia él pudiera sentir fue el error que la sobrecogió ante semejante

confidencia y se quitó de la ventana donde la oyera, dejándolo plantado.

—¡Pues mía o de nadie!—juró Ardavín.

Y no tardó mucho en cumplir su amenaza.

Un día, ausente de Upata, recibió aviso por uno de sus amigos de que Maigualida tenía novio, forastero por añadidura. Inmediatamente regresó al pueblo, y como encontrase a su rival ante la ventana donde a él lo habían desairado, lo desafió a muerte y sin darle tiempo para que sacase el revólver allí mismo le descargó el suyo en el pecho.

Lance personal y muerte dada en defensa propia—para la justicia sobornada—apenas purgó aquélla con unos meses de prisión. Pero ya nadie podía dudar que José Francisco Ardavín fuese hombre de armas tomar, y el propósito de hacerse temible ya estaba logrado.

ASES Y SUERTES

Francisco Vellorini, extranjero y rico, podía disponer de sus cargas a su conveniencia o su capricho, pero no así los demás clientes de Manuel Ladera y cuando éste les recomendó a Marcos Vargas para que continuasen confiándole el acarreo de sus mercancías, unos respondieron que lo pensarían y otros que acababan de comprometerse con el Coronel—que por antonomasia lo era José Francisco Ardavín, así como para referirse a Miguel decíase, simplemente, el General—. Criollos y pequeños capitalistas, para aquellos comerciantes podía ser sentencia de ruina o de muerte la enemistad de los caciques.

Pero Marcos Vargas no se afligió y la ocasión acudió en su auxilio aquella misma noche, cuando al pasar frente a un garito en cuyo interior sentíase marejada de gentío inquieto, oyó decir que allí estaba José Francisco Ardavín, borracho y perdiendo dinerales a los dados.

"¡Conque ahí está el tigre!—se dijo, deteniéndose—.

¿Y si entráramos a latirle en la cueva, antes de que él me lo haga a mí en un momento dado? Esta noche tiene la mala, según dicen, que si la regla no manca, debe de ser la de aprovecharlo. Una ronca a tiempo siempre da buen resultado."

Y entró en el garito, no propiamente con ánimo de provocación, sino para conocer a su peligroso competidor y para someterse de una vez y cuanto antes a una experiencia inevitable: comprobar si en realidad sería capaz, llegado el caso, de enfrentarse con un hombre de las condiciones de Ardavín.

"Porque una cosa son pescozadas y cabezazos, que ya ésos los di cuando muchacho, y otra, muy distinta, tiros y puñaladas de hombres que pueden dar asco."

Y así diciéndose mentalmente, llegó hasta la mesa de dados donde jugaba el coronel Ardavín.

Era éste un hombre como de treinta años, de buena presencia y facciones finas; pero estropeadas por el gesto de matón, más visible y chocante durante las borracheras, que las tenía sombrías. Los que le hacían el juego, gananciosos, o también pertenecían a lo mejor de Upata, carreros casi todos, o eran forasteros que ya tenían participación en las empresas mineras y purgüeras de los caciques o tratándose de congraciarse con éstos venían en busca de aquélla; pero ni unos ni otros ya se sentían a gusto en torno al tapete, porque Ardavín no sabía perder y se estaba poniendo pesado. A sus espaldas, guardándoselas, estaban tres sujetos malcarados que nunca lo desamparaban.

Acababa de ganar, por primera vez, y ya sacudía los dados cuando advirtió la presencia de Marcos Vargas.

—¡Señores!—exclamó—. Ha llegado el terror de los carreros del Yuruari. El hombre que viene a arruinarnos a todos.

Y como Marcos Vargas se limitase a sonreir, desde el umbral de la puerta donde se había detenido y sin darse

por provocado, agregó en lenguaje de gallero y con tono más insolente:

—Un pollo nada más. Emplumando todavía.

—Sí, coronel, emplumando todavía—repuso Marcos Vargas, como si lo tomara a broma amistosa—. Pero aquí vengo a aprender de usted a dar con la espuela.

—Vamos, José Francisco—intervino uno de sus amigos, viéndole empalidecer—. Ya está hecho el juego. Di topo y tira los dados.

Pero Ardavín no podía dejar sin respuesta aquellas palabras reticentes:

—Sin embargo—dijo—Musiú Vellorini anda proclamando por ahí que usted es de los que entran matando al picar. Pero como yo no creo en milagros de patarucos, al careo me remito.

—No haga caso de lo que oiga por la calle, coronel—replicó Marcos sin alterarse—. No pretendo arruinar a nadie. pues para eso se necesita ser rico, como usted, sino ganarme la arepa, simplemente. Deje que el sol alumbre para todos.

—¿Usted como que ha venido a darme consejos?—rebatió Ardavín, pasándose los dados a la mano izquierda para tener la diestra expedita.

Visto lo cual, insistieron sus compañeros:

—Echa los dados, José Francisco.

Mientras otros le hacían señas a Marcos para que se retirase y a tiempo que uno de los espalderos de Ardavín le susurraba a éste:

—No vale la pena, coronel. Ahí no hay hombre para usté.

Volvió los dados a la diestra y comenzó a sacudirlos.

Marcos Vargas permaneció en el sitio, todavía sonriente y experimentando una voluptuosidad nueva para él: el pleno dominio de sí mismo ante el primer hombre peligroso con quien se encaraba, algo que lo hacía sentirse macizo y clavado en el suelo.

Transcurrieron así unos momentos, pero Ardavín no

echaba los dados, su mano tal vez no le obedecía y el sonido de aquéllos entre ésta crispada era ya una larga medida angustiosa del silencio que se había producido en el garito. De pronto, y con la palidez ictérica de una resolución extrema ya pintada en la faz, puso los dados sobre la mesa e interpeló a Marcos altaneramente:

—Bueno, joven. ¿Ha venido usted a jugar o a buscar lo que no se le ha perdido?

Y esta pregunta dio el último toque a la idea que ya se le estaba ocurriendo a Marcos Vargas.

—¿Qué le diré, coronel?—repuso—. Ganas de tirar una paradita no me faltan.

Ardavín se llevó la diestra a la empuñadura del revólver. Se produjo un desplazamiento de los jugadores: unos hacia el que amenazaba esgrimir el arma; otros hacia los lados. Marcos continuó, sonriente:

—No es de eso, coronel.

—¡Ah! Creí que se trataba de una parada de hombres. ¿Es de plata, entonces? Pero ¿tendrá usted la suficiente como para que yo se la acepte en mi tiro?

—De plata, propiamente, tampoco es.

—¿De boquilla entonces? Pues siga su camino, porque ni yo fío en la palabra del primer recién venido, que bien puede ser un maula, ni he puesto esta jugada para hacer obras de caridad.

Y a sus espalderos:

—¡Saquen de aquí a ese muérgano!

Pero las injurias no hacían sino reforzar aquella sensación de plenitud de sí mismo que experimentaba Marcos.

—Aguarde un momento, coronel—dijo avanzando hacia la mesa—. Oigame la parada, que puede ser que le guste.

Detuviéronse los espalderos a una seña involuntaria de Ardavín, y Marcos continuó, siempre avanzando hacia la mesa:

—Todavía no tengo sino un cliente: Vellorini Herma-

nos. Los demás son o serán de usted. Pero como no podré sostener mi negocio con las cargas de los Vellorinis solamente, y como para estar colgando más vale caer de una vez, le juego Vellorini Hermanos contra Ledezma y Compañía.

La sorpresa de la singular proposición hizo cambiar bruscamente la actitud agresiva de Ardavín.

—¿Qué clase de parada es ésa?—interrogó.

Y Marcos se limitó a replicarle, en la jerga del caso:

—¿Dice o no dice topo? Fíjese en que Ledezma y Compañía son mercancías solamente y en que le doy de ventaja el purguo de los Vellorinis, pues se los juego en paro.

Se produjo un murmullo. Al coronel pareció disipársele de pronto la borrachera. Ahora se le estremecían los músculos maceteros. Los circunstantes vieron precipitarse la tragedia y los espalderos se miraron unos a otros. Marcos Vargas se había hecho sitio entre los que rodeaban la mesa. Intervino el empleado que cobraba del monto de las jugadas el tanto por ciento de la casa:

—Esa clase de paradas no están permitidas aquí, joven.

Pero Ardavín reaccionó contra él:

—¿Y a usted quién lo ha autorizado para que se mezcle en este asunto? Aquí nos jugamos la vida, si nos da la gana.

Y a los amigos, dando libre curso a su propensión por el hablar plebeyo:

—Compañeros, permítanme una palomita. Voy a pegarme rolo a rolo y verbo a verbo con este amigo que está jugando resteado. Voy con usted, joven. ¡Topo la parada!

Recogió los dados y volvió a sacudirlos en el hueco de la diestra, en medio del silencio unánime.

Pero Marcos Vargas advirtió que se había dejado uno, puesto en suerte, sosteniéndolo fijo con el meñique, mientras sacudía solamente el otro contra la sortija. Y protestó:

—Así, no, coronel. No me maraquee el dado con la

sortijita. Coja el cubilete o retiro la parada. O me deja correr los dados hasta el centro de la mesa.

Ardavín aparentó no hacer caso.

—¡Topo, dije!

Y echó los dados. Pero los dejó correr hasta el centro del tapete y salieron ases. Había perdido.

Se reprodujo el murmullo. Sintió que ya en él palpitaba la admiración. Marcos Vargas no era un novicio, como se habían imaginado muchos y la martingala de la sortija no le había dado a Ardavín el resultado de otras veces.—¿Se quedaría con aquella protesta?—se preguntaban algunos. Marcos Vargas le había sacado la trampa a la cara en presencia de todos.

—Coja los dados—díjole José Francisco Ardavín—. Todavía me quedan clientes y esta noche nos vamos a ver el hueso usted y yo.

—Eso es cosa suya, coronel. Yo estoy resteado desde el principio.

Recogió y sacudió los dados y agregó, al tono de la fanfarronería chocarrera del otro:

—Vaya diciendo por esa boca.

Los nervios de Ardavín—que nunca fuera tratado así—hacían bruscos y diversos movimientos inútiles, disparados y reprimidos unos por otros.

—Va Pérez Brindis, Sucesores, contra Vellorini Hermanos, con purguo y todo. ¡Y maraquee bien los dados!

—Me lleva prensado, coronel, pero ya le di a entender que su boca sería la medida. Y en cuanto a lo otro, oiga el golpe. Yo no cargo sortija. Este toctoc es hueso puro.

—Diga topo, joven—intervino el casa, creyendo que Marcos iba a echar los dados sin cumplir aquel requisito indispensable para la validez de una jugada.

—No me hable en mi tiro—le replicó—. ¿No le han dicho ya que en este asunto no tiene que meterse?

Y por Ardavín:

—¡Topo al tercio!

Echó los dados con ademán tahur. Salieron suertes.

Una vez más el murmullo ya creciendo. Ardavín había perdido otro de sus principales clientes. De la mesa había desaparecido todo el dinero de la jugada interrumpida. Detrás de Marcos se había abierto un claro entre los mirones. Los espalderos no quitaban la vista del rostro del coronel, pálido como nadie lo viera nunca.

Pero la réplica de Marcos al empleado de la casa produjo de pronto en el ánimo desordenado de Ardavín un efecto a distancia e inesperado aun para él mismo. Se le disipó la tensión agresiva, pues aquellas palabras—que era ahora cuando propiamente las percibía—fueron para él algo así como si Marcos, con quien ya estaba a punto de fajarse a tiros, le hubiese dado una muestra de acatamiento. Cual si hubiera dicho al casa:

—Aquí no hay sino un hombre, José Francisco Ardavín, que ya le ha prohibido intervenir en esta jugada.

Y los movimientos inútiles e interferidos concurrieron todos a un resultado insólito. Dio unas palmadas, llamando al mozo del botiquín, y le ordenó:

—Sirva champaña para todos.

Y alzando más la voz:

—He perdido dos clientes que maldita la falta que me hacen, pero he descubierto un hombre. ¡Un hombre a quien no se le agua el ojo ante otro hombre completo! ¡Y José Francisco Ardavín es amigo de los hombres machos!

Se descargaron en charla ruidosa los ánimos contenidos. Unos comentaban las genialidades del coronel; otros, lo insólito de aquellas paradas; otros discretamente, la audacia de Marcos Vargas y el humorismo que había en aquello de jugarse los Vellorinis contra los Ledezmas, comerciantes enemigos acérrimos, y como durante tales jugadas los ganancioso de las anteriores habían tenido la previsión de retirar sus dineros, aprovechando ahora lo contento que parecía

hallarse Ardavín dieron por terminada la partida y abandonaron el tapete.

Ardavín soltaba ajos estruendosos, pedía más y más champaña y exclamaba una y otra vez:

—¡Así me gustan los hombres!

Y era tan frenético su entusiasmo que no parecía sino que hubiese sido él y no Marcos Vargas el héroe de la proeza, tal vez porque sus espalderos y aduladores no se cansaban de exclamar, como quien pondera grandezas:

—¡Ah coronel!

Sin embargo, varios amigos de los que acababa de conquistarse Marcos Vargas se apresuraron a aconsejarle:

—Tenga cuidado con ese hombre, que ahora es cuando está más peligroso. Mejor es que se vaya con nosotros.

Pero ya Marcos no podía retroceder, no sólo porque la prudencia, entendida de otro modo, aconsejaba no dar demostraciones que pudiesen envalentonar a Ardavín, sino porque también en él se había desatado ya la fuerza que los impulsaba a todos a la afirmación violenta de la hombría. En la tierra de los galleros el hombre tenía que hacer como el gallo que se engríe y canta después que mata.

En realidad quien baladroneaba era Ardavín:

—¡Más champaña! Traiga toda la que haya en el botiquín. Aquí todos somos iguales y quiero que todos me acompañen a celebrar el conocimiento que he hecho con este hombre completo que nos trajo Manuel Ladera.

Pero al pronunciar este nombre un nuevo sentimiento se introdujo de pronto entre los que se disputaban su espíritu bajo la tormenta del alcohol. Contrajo el ceño, le cruzó por el rostro una expresión sombría, soltó luego una risotada que bien podía ser incoherencia de la borrachera, pero que parecía algo más, y de súbito:

—¡Vámonos, Marcos Vargas! Vamos a despertar a los clientes que me ha ganado para entregárselos personalmente. ¡Para entregárselos, sí! Porque ésos eran míos, como es

mío el ganado que lleva mi hierro. Esos eran clientes de Manuel Ladera hasta ayer no más y tuvieron miedo de seguir dándole las cargas a sus carros en cuanto yo se las pedí para los míos. Por eso se los voy a entregar personalmente, como quien entrega un ganado que ha vendido. Porque con los cobardes no hay que tener consideraciones, ¿verdad, Marcos Vargas?

—Deja eso para mañana, José Francisco—intervinieron los que habían simpatizado con Marcos, recelosos de las intenciones de aquél al querer llevárselo consigo—. Esa gente está durmiendo hace rato.

—¡Como las gallinas, sí! Pero tendrán que levantarse, porque el que pertenece a otro tiene que estar siempre a la orden. Además, yo no puedo dormir tranquilo con deudas pendientes. Y de juego, menos. Puedo morirme esta noche y entonces voy a estar penando por toda la eternidad.

Y entre risotadas:

—¡Las cosas suyas, Marcos Vargas! Mire que yo he visto paradas raras desde que estoy jugando dados, pero como esas que usted me ha ganado esta noche, ni me las había imaginado. "Le juego Vellorini Hermanos contra Ledezma y Compañía." ¿No fue así como dijo, Marcos Vargas? Véngase conmigo para entregárselos.

En eso llegaba el mozo del botiquín con el servicio pedido. De una manotada barrió del platón las copas de champaña, vociferando:

—No sirva más champaña por cuenta mía. El que quiera beber que gaste su plata. Aquí no bebemos sino dos hombres y ésos nos vamos.

Unos rebulleron ofendidos, otros les hicieron señas de que no les diesen importancia a tales palabras y Ardavín se llevó a Marcos Vargas, cogiéndolo del brazo y repitiendo:

—¡Dos hombres, y ésos nos vamos! ¡Dos solamente!

Mas apenas había dado algunos pasos cuando de pronto

se detuvo, empujó a Marcos y, echándose atrás sacó el revólver, diciendo:

—¡Qué cuento de dos! Aquí no hay sino un hombre, ¡uno solo!, que es José Francisco Ardavín. Pele por su revólver para que arreglemos de una vez cuentas confusas.

Se interpusieron los amigos, unos a impedir que Marcos hiciese armas, otros a evitar que Ardavín disparase la suya y éste vociferaba y forcejeaba energúmeno, cuando, dominando el tumulto, se oyó una voz de mujer:

—¡José Francisco! ¡Guarda ese revólver!

Y como por encanto amainó la furia del borracho.

—No es nada, negra—balbució sumiso—. No es nada.

Era una mulata bien formada y vigorosa, antes de la carrera y ahora barragana de Ardavín, a quien por esto y por el inmundo dominio que ejercía sobre él apodaban la *Coronela*. Apestaba a perfumes finos copiosamente gastados y entre el carmín y los polvos y la soflama del genio traía amoratada la tez. Como la danta impetuosa por el monte tupido reventando malezas, se abrió paso por entre los hombres que rodeaban al suyo y apoderándose de él, bien asido el brazo ya inerme:

—Vámonos para casa—díjole, sin miramientos.

—¡Cómo no, negra! Sí nos vamos. Basta que tú lo mandes—repuso Ardavín, tartajosa la voz entre los ahogos que eran todo lo que le quedaba de la cólera—. ¡Marcos Vargas! No es que me voy, sino que me lleva la negra Juanifacia, como dice ella que se llama, que es la única persona ante quien baja la cabeza José Francisco Ardavín.

—¡Anda para casa, borracho indecente!—dijo la mulata. Y se lo llevó, como cosa suya.

Pero, ya en la calle, insistió Ardavín, a gritos:

—No es que me voy es que me lleva la negra Juanifacia. ¡Adiós, Marcos Vargas! Y démele un saludo a Manuel Ladera. Dígale que José Francisco Ardavín le manda un abrazo.

Y soltó una risotada que frunció el ceño de los que la oyeron, ya conociéndola.

EL FANTASMA ENCARNADO

Hasta cierto punto aquella furia de elementos infrahumanos, aquella cosa de la mulata Juanifacia—que así pronunciaba su nombre de Bonifacia—era una víctima del medio. Y allí estaba ahora, atormentado y abatido al borde de la cama mercenaria; los codos sobre las rodillas, la frente entre las manos, cuando oyó que llamaban a la puerta preguntando por él y la barragana contestaba despreciativa:

—Ahí está durmiendo su borrachera. Pase pa dentro y dispiértelo usté mismo si le interesa mucho hablá con él.

Se oscureció la habitación cuando el que llegaba se detuvo en el umbral. José Francisco se incorporó bruscamente, con movimiento maquinal de la diestra al revólver sobre el velador y el que se había quedado en la puerta dijo con sorna:

—Deje quieto el perfumador, coronel. Soy yo. Gente de paz.

—¡Ah! ¿Qué te trae por aquí, tan de mañana, Pantoja?

Era un zambo gigantesco, de rostro deformado por cicatrices. Las de los machetazos que le diera Enrique Vargas en la desesperación de su vida en peligro—que ni aun así pudo salvarla—la noche de la degollina del Vichada.

—Vengo a pegarle un sablazo—dijo—mandado por el general. Pero no es tan de mañana como usté se imagina.

—¿De cuánto?—preguntó, haciendo esfuerzos por superar la atonía mental del estrago alcohólico.

—De una esterlina no más fue el que quise darle a él, pa pagá unos piquitos que debo por el camino; pero me salió con que no tenía dinero a mano y que me llegara hasta acá a pedísela a usté. Por cuenta suya, supongo yo que será.

—¿Miguel como que se ha imaginado que soy yo tesorero

suyo?—murmuró José Francisco—. Siempre está echándome el muerto encima.

—¡Barajo, coronel!—repuso el zambo—. Mire que lo escucha la Juanifacia, que anda curucuteando por ahí, y puede tomá la palabra al pie de la letra. Aquí no se trata de un muerto, sino de un vivo, que es el general. Dicho sea con el respeto debido.

Y como José Francisco no se decidía a lo del dinero pedido, insistió:

—Yo no hubiera venío a molestarlo tan de mañana si no juera porque estoy limpio pa cogé camino.

—¿Para dónde la llevas?

—Pa San Félix.

—¿Otro negro?—murmuró Ardavín, sin levantar la cabeza y con displicente alusión al último crimen de Cholo Parima, ahora comisario Pantoja al servicio de las autoridades del Yuruari.

—¡No, coronel!—replicó el hombrón, alojando una sonrisa cínica entre sus cicatrices—. Esta vez voy escotero, a Dios gracias, y de recorría simplemente.

Agregando, al cabo de una pausa:

—Manque también llevo un recao del general pa el jefe civil del puerto.

—¿Sí?

—Una encomienda sin importancia: que le vaya amarrando el gallo que le tiene ofrecío, porque, primeramente Dios, en las próximas fiestas piensa jugarlo.

Y luego, con intención reticente:

—Una naitica, como quien dice. ¿Verdá, coronel?

—Así parece, por lo menos.

—¡Jm! Pero... como dice el dicho que perro viejo late sentao...

—Ya tú sabes de qué gallo se trata—completó Ardavín, displicente.

—Y usté también, posiblemente. Como que algo va a jugarse también en sus patas.

Sospechaba el zambo ladino—espaldero que había sido del general Miguel Ardavín cuando éste fue gobernador del Territorio Amazonas, de donde se lo trajo consigo bajo el nombre de Pantoja, y a cuyo servicio continuaba, aunque aparentemente al de las autoridades del Yuruari—que lo del gallo debía de ser algún recado en clave, acaso relacionado con los proyectos revolucionarios que se le atribuían al caudillo, ahora apartado del poder, pues no era la primera vez que en casos semejantes le confiaba parecidas encomiendas y como suponía que José Francisco debía de estar en el secreto y la ocasión era propicia para arrancárselo—con lo cual tendría prenda que hacer valer en un momento dado—, dijo todo aquello.

En realidad, José Francisco estaba en el secreto de los planes de Miguel, aunque sólo de una manera general y vaga, y ahora compartía las sospechas del comisario respecto al gallo del recado; pero al mismo tiempo acababa de ocurrírsele una idea suya y la manera de deslizarla al cobijo de aquel sobrentendido. Y preguntó con entonación ambigua:

—¿Conque una libra esterlina necesitas para ponerte en camino a desempeñar esa encomienda del general y él mismo te dijo que vinieras a pedírmela por cuenta suya? ¿No será poco, Cho... (este que digo) Pantoja? ¿Poco flete para tanta carga?

—¡Jm! ¿Me lo pregunta a mí, coronel? Porque, francamente, el "este que digo" ese...

Y José Francisco, como si no hubiera oído estas palabras, prosiguió desarrollando su plan:

—Voy a darte cuatro, que es todo lo que tengo a mano por el momento. Cógelas tú mismo de mi monedero, ahí en la blusa.

—Pues algo he salido ganando con que el general estu-

viera limpio—dijo Pantoja, disponiéndose a tomar el dinero de donde se le indicaba.

—Es el general quien realmente te las da. Tenlo en cuenta para la hora de los agradecimientos. Yo no quiero ganar indulgencias con escapulario ajeno.

—De todos modos, ¡Dios se lo pague, coronel!—repuso el zambo maliciosamente—. Ahora sí puedo cogé camino tranquilo y hasta echá una canita al aire, allá en San Félix.

Y Ardavín, entre bostezos que parecían forzados:

—Por allá te vas a tropezar con Manuel Ladera. Ha debido salir esta madrugada, por lo que oí decir, y si apuras un poco...

Otro bostezo, con desperezamiento de brazos, y:

—...lo dejas por el camino.

Brillaron comprensivos los ojos del zambo. Otra vez la sonrisa siniestra reptaba por entre los costurones deformantes del rostro. Pensó:

—¿Conque ése era el gallo? ¡Ah general y su coronelito!

Y luego, en alta voz:

—La cosa es que si ha salío de madrugá como usté dice, es mucha la ventaja que debe de llevame.

—¡Bueno! Te lo encontrarás en San Félix, donde va a entregarle sus carros a un tal Marcos Vargas, a quien se los ha vendido.

Cholo Parima se acarició las cicatrices al oir el nombre del hermano de su víctima del Vichada, y Ardavín concluyó:

—Creo que también va a embarcar un ganado... Que según he oído decir, es el último lote que sacará de *La Hondonada*... Digo: en este año.

A lo cual, todo bien entendido, agregó Parima:

—Si Dios no dispone otra cosa.

Y luego:

—Bueno, coronel. Ya he tenío el gusto de saludarlo. Que se le pase pronto ese ratón.

—Que me tiene loco, chico. No sé ni lo que digo.

—Pero se le entiende. Lo demás...

—¡Lo demás es lo de menos! Anda y vuelve.

—Ya me estoy diendo.

Momentos después Cholo Parima se ponía en camino, erguida sobre la bestia su corpulencia sombría, sonriendo para sus abismos interiores y acariciándose las cicatrices. Que cuando esto hacía se acordaba de "la noche en que los machetes alumbraron el Vichada" y murmuraba entre dientes:

—¡Cómo me puso el difunto!

Recuerdo que, además, ahora le venía de la alusión a Marcos Vargas hecha por José Francisco Ardavín.

Este se pasó todo el día durmiendo, y cuando despertó de nuevo, ya entrada la noche, volvió a sentarse al borde de la cama mercenaria, cruzó las piernas, acodó el brazo derecho sobre ellas, descansó la frente en la palma de la mano y se preguntó:

"¿Por dónde irá ya Cholo Parima?... ¡Mira que es mucha coincidencia ese viaje para San Félix, hoy, precisamente!... ¿Quién mandaría a Manuel Ladera a coger ese camino?... ¡Y pensar que nunca hubiera sucedido esto si no se hubiera empeñado en atravesarse en el mío!... ¿Por dónde irá ya Cholo Parima?"

Y durante un buen rato se le fijó en la mente la imagen de éste: gigantesca figura siniestra, estrecha frente ceñuda bajo la cual iba una idea suya a ponerse por obra... Un vaivén de marcha a caballo, repercusión de su fantasma encarnado en el jinete sombrío, movíale la cabeza borracha apoyada en la mano...

V

LAS PALABRAS MÁGICAS

Las primeras noticias acerca de aquellos panoramas le habían llegado a Gabriel Ureña hacia los quince años.

De vuelta a Caracas, por vacaciones, uno de sus tíos, que era jefe del resguardo del puerto de San Félix, llevó un precioso chinchorro tejido por los indios arecunas del alto Caroní, un moriche del delta del Orinoco muy cantador y un pichón de minero de los bosques del Cuyuni, pájaro salvaje que, según la leyenda, no canta sino donde hay yacimientos auríferos, de lo cual le viene el nombre. Llevó también un bastón de palo de oro para regalar a su hermano, el padre de Gabriel, y para éste un alfiler de corbata que ostentaba un cochano de los aluviones del Yuruari, y entre otras cosas para sus hijos, una ranchería de indios con su churuata y sus curiaras, todo de balatá de los bosques del Guarampín. Finalmente, llegó en compañía de Maigualida Ladera, que para entonces no llegaba a los quince, y de una inglesa larguirucha y sumamente fea, la primera para obsequiarla con una temporada en su casa, en correspondencia de las atenciones que en la de ella había recibido, y la segunda—de nombre Eva, nativa de Trinidad y a la cual había conocido en Guasipati como institutriz de las niñas del general Miguel Ardavín—para que les enseñase el inglés a sus hijas.

La upatense, bonita, graciosa, cantarino el acento, sugestivo el nombre indígena, regresó muy pronto a su pueblo; el pichón de minero, no pudiendo acostumbrarse al cautiverio de la jaula, murió a los pocos días; pero aquélla con sus encantos, éste con su leyenda y el tío con lo que refería de las prodigiosas riquezas del suelo guayanés, tras-

tornaron el espíritu de Gabriel con ansias de aventuras y hechizos de amores románticos.

Imaginó el fascinante paisaje a base de los regalos del tío. Del palo de oro del bastón salieron los árboles de la selva maravillosa, del cochano del alfiler, los estupendos aluviones que afloraban del suelo, el moriche y el minero dieron los claros rajeos y las melancólicas campanadas que turbaban el hondo silencio del ensueño, de la ranchería de balatá salieron los indios en sus curiaras por los grandes ríos y los misteriosos caños, y éstos se poblaron de nereidas con el cantarino acento de Maigualida.

Eva ponía las notas dramáticas con sus sañudos recuerdos de Guasipati: camino de un cementerio, un árbol sin hojas, un yaacabó parado en sus ramas, días de lluvia sin tregua, de lluvia menuda y silenciosa, entierros, una tras otra las víctimas de las fiebres reinantes y a cada una que pasaba, el canto del pájaro fatídico en la rama pelada:

—¡Yaa-cabó! ¡Yaa-cabó!

A Eva le habían producido muy malos ratos las niñas de Miguel Ardavín y tomaba la revancha con aquella espeluznante pintura. Y como al imitar el canto agorero le bizqueaban los ojos y se le brotaban los tendones del cuello, con lo cual se ponía más fea que de suyo, Gabriel pudo formarse idea de lo impresionante que sería la cantilena funeral del yaacabó.

Y las exploraciones por el mapa de Guayana, así que hubo partido Maigualida. Palabras indígenas, sugestivas palabras de bárbaras lenguas tendidas sobre tierras misteriosas, aquellas denominaciones geográficas de ríos, caños y montes tenían para su imaginación una mágica virtud. Solía pasarse largas horas contemplando las líneas sinuosas de los ríos y las sombras de los montes, como si navegara o se internara por ellos y con emociones de percepción real oía el bramido de las aguas donde decía cataratas y sentía el silencio de las tierras desiertas en los claros del mapa.

Después las lecturas. Los viejos mitos del mundo renaciendo en América: la leyenda del lago encantado de la Parima, de Amalivac, el misterioso habitador de las selvas del Sipapo, del áureo palacio del cacique Manoa, del trágico Dorado en pos del cual sucumbieron los conquistadores, bajo el ademán perdicionero del brazo del indio, siempre tendido hacia un más allá.

Y las lecturas místicas, a cuyo influjo muchas de aquellas palabras adquirieron para su fantasía un sentido religioso. Erevato, Merevari, Roraima, Duida, fueron para él ríos y montes de una tierra sagrada, que no podía imaginársela sino bajo los resplandores de un crepúsculo trágico y, al mismo tiempo, palabras cabalísticas de una gran voz que clamaba en el desierto.

Más tarde comprendió que el sentido dramático no residía en los vocablos mismos sino en el dolor de las cosas designadas o sugeridas por ellos. El drama de la selva virgen, la llanura solitaria, el monte inexplorado y el río inútil, grandioso panorama de epopeya en cuyo vasto silencio se perdían los gemidos de una raza aniquilada y no bien sustituída todavía. Pero estas mismas nociones positivas continuarían recogiendo los fulgores de aquellas lumbraradas místicas: las calamidades de aquella región sustraída al progreso y abandonada al satánico imperio de la violencia, eran de la naturaleza de las maldiciones bíblicas.

Ya estaba ante aquellos panoramas; pero no iba en plan de aventuras ni siquiera impulsado por la curiosidad de conocerlos. La vida lo había formado sedentario y de aquellas ansias viajeras que tantas veces lo inclinaron sobre el mapa, las que entonces no hubiesen hallado plena satisfacción con la marcha del índice a lo largo de las líneas sinuosas de los ríos, la encontraban ahora con el reposado estar en un punto de cruzamiento de otras vías por donde discurrían el panorama y su vida: la silla del telegrafista ante el aparato que recogía y transmitía los mensajes y las

noticias. Era una forma de vagar y una manera de percibir las voces clamantes en el desierto.

Ahora lo habían destinado a la estación de San Félix, y allí estaba contemplando los saltos del Caroní.

Uracapay, Macagua, Picapica, Resbaloso, Purgüey, Cachamay, Brage Flaco, La Boquita, El Ure, los nueve despeñaderos por donde se precipitaba el hermoso río, ya en el término de su curso, eran una escala de cíclopes entre escarpados farallones de roca negra y bruñida por la lengua de las aguas.

Bramaban éstas empenachándose de espuma en las angostas gargantas de las chorreras, se encrespaban embravecidas contra los riscos del raudal, se encurvaban transparentes o se retorcían en blancos torbellinos estruendosos al despeñarse por los saltos, se arremansaban un momento al pie de ellos, recuperando la intensa coloración azul, se lanzaban otra vez por los rápidos, giraban rugientes en los pailones y de chorrera en chorrera y catarata en catarata estremecían el vasto silencio de las soldedades circundantes con el clamor rabioso de sus enormes potencias perdidas.

Junto con Ureña contemplaban el espectáculo Marcos Vargas y Manuel Ladera y éste hacía los acostumbrados comentarios:

—Imagínense lo que significaría para Guayana y quizá para todo el país el aprovechamiento de estas caídas de agua. Hace algunos años estuvieron por aquí unos ingenieros aforándolas, por curiosidad nada más, y les oí decir que eran millaradas de caballos de fuerza los que se están perdiendo en estos saltos.

—Y así continuarán por mucho tiempo—concluyó Ureña.

Y hundiendo la mirada en las nieblas mañaneras donde se desvanecía la escalera gigantesca, arrullado por el trueno de las aguas, quedóse en silencio largo rato reviviendo los sueños de la adolescencia, cuando inclinado sobre el mapa le parecía oir las palabras cabalísticas clamando en el de-

sierto. Detrás de aquellas lejanías estaban las tierras de la violencia impune, el vasto país desolado del indio irredento, las misteriosas tierras hondas, calladas, trágicas...

También Marcos Vargas callaba, entregado a reflexiones dimanantes del hermoso espectáculo que por primera vez contemplaban sus ojos. Si los saltos del Caroní eran enormes fuerzas perdidas, también lo eran todavía sus vehementes inclinaciones hacia la aventura de gran escenario: la selva sin fin, el vasto mundo del itinerario gigantesco vislumbrado a través de los cuentos de los caucheros, sembrado de hermosos peligros. ¿No sería, acaso, la vida del carrero muy semejante a la que le hubiese esperado detrás del mostrador de *Salsipuedes*? Una empresa monótona, de campo estrecho: ganarse la vida, simplemente, recorriendo una y cien veces los mismos caminos detrás de sus carros.

Y salió de su ensimismamiento con esta pregunta:

—¿Sabe, don Manuel, lo que se me está ocurriendo? Tengo ganas de proponerle a José Francisco Ardavín que me compre los carros. Así saldría usted de ellos a buen precio y al contado, quedándole yo agradecido de todos modos. ¿Qué le parece?

—Ya usted conoce mi opinión respecto a eso—repuso Ladera—. Si cree que después de lo sucedido entre usted y Ardavín todavía sea éste buen candidato para esa operación, no lo piense mucho.

—Desde San Félix mismo, en cuanto regresemos, podría proponérsela por telégrafo.

—Pues no lo piense más.

Y dirigiéndose a Gabriel Ureña le explicó por qué había tenido que vender los carros, sin reservarse aquellas razones íntimas a que aludió cuando la misma explicación le dio a Marcos Vargas.

—¡Mi pobre muchacha!—concluyó—. ¡Si la viera usted ahora! No es ni su sombra, desde que ese bandido, cumpliendo su juramento, le asesinó al novio en su presencia.

Y Gabriel Ureña, el telegrafista, hilando delgado el pensamiento, encontró semejanzas entre aquel novio de Maigualida, víctima de Ardavín y aquel otro que también la amó, el Gabriel Ureña soñador de los quince años, frustrado por las fuerzas brutales de la vida.

Emprendieron el regreso a San Félix y a poco andar volvió a tomar la palabra Manuel Ladera:

—Pues quién iba a decirme que en este viaje iba a tener el gusto de conocer a un sobrino del general Ureña. ¡Bella persona su tío, amigo Gabriel! Como ya le he dicho, por aquí no dejó sino buenos recuerdos. ¡Y todo un hombre! A él le vi dar la pescozada más bonita que he visto dar en mi vida. El día que se embarcaba llevándose a Maigualida, por cierto. A un negrazo de la caleta que le contestó de mal modo a mi muchacha. Le puso la mano en la oreja y lo tumbó patas arriba.

Era, una vez más, la admiración por la hombría, de la cual no se libraba por allí ni el mismo sensato y contenido Manuel Ladera, y Gabriel Ureña, que detestaba de ella como de una manifestación de barbarie, sin negarle otros méritos a su tío pensó que de aquella pescozada debían provenir las buenas memorias que por allí se hacían de él.

—Ya le oí hablar de esa pescozada a su propio autor —dijo, con el punto de ironía que asomaba siempre en sus palabras—; pero, francamente, abrigaba todavía mis dudas respecto a la extremada corpulencia del negro y al número de vueltas que dio al rodar por el suelo, según lo refería mi tío.

Y Manuel Ladera, comprendiendo que a este Ureña no lo deslumbraban hombradas, sonrió, corrido, y cambió el tema preguntando por lo que ya sabía:

—¿Y dice usted que tenía ya resuelto regresarse a Caracas?

—Sí. En vista de que el telegrafista de San Félix, a quien vine a reemplazar hace ocho días, como le dije, se

negaba a entregarme el cargo, apoyado por el jefe civil, había decidido tomar el primer vapor que pasara para abajo. Pero anoche recibí orden telegráfica de pasar a Upata, donde, según se me asegura, no encontraré las dificultades que se me han interpuesto aquí.

—Así lo espero, para tener el gusto de verlo a menudo por casa, que es también la suya desde ahora. ¡Lo contenta que va a ponerse Maigualida! Ella siempre está haciendo buenas memorias de todos ustedes.

Entre tanto, Marcos Vargas oía y callaba, no explicándose cómo un hombre de la juventud y del ascendiente personal de Gabriel Ureña, hacia quien había experimentado viva simpatía desde un principio, pudiera conformarse al insignificante destino del telegrafista mal pagado, en una región como aquélla, donde cada hombre tenía a la mano la suerte espléndida que brindaban el oro y el caucho.

Y así volvieron a San Félix, de cuyos términos salía por primera vez Gabriel Ureña en los ocho días que llevaba por allí, tan definitivamente curado de las inquietudes viajeras de la adolescencia que casi no se había movido del corredor de la posada, desde el cual contemplaba un trozo del Orinoco sin perspectivas, sordo ya para siempre al hechizo de las palabras mágicas.

ENTRE LAS REFLEXIONES Y LOS IMPULSOS

La arribada de los vapores que remontaban el Orinoco congregaba en la playa casi toda la población del antiguo y triste Puerto de Tablas, ahora denominado de San Félix. Los chicos de la plebe, semidesnudos y bulliciosos, a disputarse las maletas de los viajeros; los peones del cabotaje a la faena apresurada de la descarga; los carreros a llenar con ella sus carros y vagones; las muchachas en trances de amor apremiante, con sus trajes más presentables, a recoger las miradas y los requiebros de los forasteros, de tránsito

para Ciudad Bolívar o ya en tierra para internarse en el Yuruari.

Dos vapores habían fondeado aquel día: de arriba, el *Cuchivero,* dedicado al transporte de ganados, con los que ya traía del Caura para las Antillas inglesas y esperando el que embarcaría Manuel Ladera con el mismo destino; de abajo, el *Macareo,* con mercancías y pasajeros procedentes de Trinidad y un cargamento de negros—pues en cierto modo eran algo menos que personas—con destino a las minas de El Callao.

Ya los carreros habían hecho sus cargas y partían con sus convoyes camino del interior. Ya Manuel Ladera había embarcado su ganado y el *Cuchivero* zarpaba. Ya navegaba también el otro, rumbo a Ciudad Bolívar. Comenzaba a caer la tarde y había tertulia de nativos y forasteros y copas de *brandy* en el corredor de la Comandancia del Resguardo frente al río.

Aguas turbias del Orinoco y aguas azules del Caroní que corrían largo trecho sin mezclarse, separadas por una línea nítida. Rojas barrancas en la ribera opuesta, islotes coronados de vegetación, remansos en las ensenadas llenos de verdes reflejos, cabrilleos de oro crepuscular y el rumor perenne del gran río bajo la brisa, como sedas desgarradas. Una canoa costeando a canalete, una vela pequeñita que ya iba a desaparecer tras la isla de Fajardo, el humo del *Cuchivero* Orinoco abajo, el humo y la estela del *Macareo* Orinoco arriba... Y esa cosa imponente y melancólica que es la puesta del sol sobre un río, en tierras que aún no han revelado todo su secreto.

Sintieron su mal influjo los forasteros recién llegados y la pausa repentina que interrumpió la tertulia demostró que todos se entregaban a esa vaga angustia que produce el quedarse en una orilla de mar o de río, mientras el barco prosigue su viaje y se va perdiendo de vista.

Pero sólo uno se atrevió a manifestarlo. El más locuaz y

ocurrente de todos, a quien decíanle Arteaguita y se roía las uñas. Le confesó su emoción a Gabriel Ureña, sentado al lado suyo y éste repuso:

—¡Pero si tiene usted tantos días como yo en esta orilla de río!

—¡Para que vea! Al ver alejarse el *Macareo* he sentido la misma impresión de la tarde de mi llegada, cuando se iba el *Manzanares*.

Sonrieron los demás y el comandante del Resguardo dijo:

—El amigo Arteaguita como que no va a pasar de San Félix.

—¿Por qué, general?

—Porque ya se le ha presentado oportunidad de coger camino del interior y sin embargo todavía está contemplando el Orinoco, mientras sus compañeros irán ya cerca del Cuyuni.

—Es que no he encontrado bestia.

—¿Y la que le ofrecí prestarle? Ahí está en el pesebre esperando que usted se decida a echarle la pierna.

—No había querido abusar de su confianza, pero me iré con este lote—dijo Arteaguita, refiriéndose a los recién llegados a engrosar la legión de los aventureros.

—No es que yo quiera que se vaya—concluyó el comandante del Resguardo—. Por el contrario, me va a hacer falta su mamadera de gallo.

Ya la gente de la población abandonaba la playa, dispersándose por el caserío y los peones del cabotaje y los últimos carreros cogían sus respectivos caminos: hacia los ranchos donde vivían, hacia los pueblos del interior. Ya se habían marchado también los negros antillanos, a pie detrás del caporal a caballo, escena de los tiempos cuando los barcos negreros volcaban el Africa en las costas de América.

A orillas del río abrevaban y bañaban sus bestias fati-

gadas por el trabajo del embarque los llaneros de Manuel Ladera y éste llegaba a la Comandancia acompañado de Marcos Vargas y en busca de Gabriel Ureña.

—¿Cómo que ya está con el pie en el estribo, don Manuel?—le preguntó el comandante—. ¡Ah Upata para jalar a su gente!

—Sí, general—respondió—. Pero ahora no voy para Upata, sino otra vez para La Hondonada a sacar otro lote de ganado que me han pedido.

—¿No se quiere tomar una copita con nosotros?

—Ya sabe que no lo acostumbro.

—¿Y el joven que lo acompaña?

Y en esto se presentó Cholo Parima en busca del jefe civil, que estaba en la tertulia.

—Coronel López—dijo el zambo—, con su permiso y el de los señores. Traigo una encomienda pa usté y si no le es molesto...

El jefe civil dejó su asiento y se le acercó. Parima dio el recado del gallo en voz baja; pero al primero le pareció que debía responder de modo que todos lo oyesen y así repuso:

—Ahí se lo tengo amarrado y ya está en condición para jugarlo. Avíseme cuando se vaya para que se lo lleve de una vez.

—Mañana mismo, primeramente Dios y si usté no manda otra cosa—dijo el comisario.

Y el jefe civil al comandante del Resguardo:

—Un gallo que le ofrecí al general Ardavín y manda a buscarlo. El canagüey de que le hablaba hace días.

Entre tanto, Marcos Vargas miraba a Parima. Desde el primer momento lo había reconocido, pues los costurones que deformaban aquel rostro eran señas fisonómicas inconfundibles, de las cuales ya había oído hablar, y por su parte el comisario—que al llegar había echado una ojeada exploradora sobre las personas que le eran desconocidas—al ad-

vertir aquella mirada insistente y preñada de impulsos contenidos comprendió que aquel joven tenía que ser el hermano de su víctima y no lo perdió de vista mientras hablaba con el jefe civil, a tiempo que se sobaba las cicatrices. A todo lo cual estuvo atento Manuel Ladera.

Ya Parima se había retirado. Ladera juzgó prudente retener a Marcos Vargas y díjole al comandante del Resguardo:

—A pesar de lo dicho, general, le acepto la copita que quería obsequiarme. Después del trabajo la pide el cuerpo.

Y tomó asiento en la tertulia. Luego, cuando le pareció oportuno, se despidió, y con él se fueron Marcos Vargas y Gabriel Ureña.

Ya el sol se había ocultado. Resonaba el gran río en el silencio de la anochecida y las riberas opuestas se iban desvaneciendo en la sombra. Titilaban los primeros luceros y en las aguas ya se quebraban los reflejos del fanal del puerto. Se cerraban las casas de comercio y se encendían las lámparas dentro de las viviendas, a las puertas de casi todas las cuales se asomaban muchachas todavía ataviadas con el vestido más presentable al acecho del paso de los forasteros.

Pero Gabriel Ureña sólo atendía a la conversación de Ladera, y Marcos Vargas, al conflicto entre las reflexiones y los impulsos motivados del encuentro con el asesino de su hermano.

Pasaban frente a la oficina de Telégrafos, y don Manuel, refiriéndose a lo que Marcos le había manifestado por la mañana, le preguntó:

—¿No va a poner el telegrama de que me habló?

—No—respondió Marcos, secamente—. Ya no.

¡Malo!, se dijo Ladera mentalmente y reanudó la conversación con Ureña.

Al extremo de una de las calles un árbol proyectaba su copa redonda y serena contra el cielo apacible. Más allá se

alzaban unas pencas de cardón, ya completamente negras y más inmóviles que nunca. Más allá, las tres cruces de un calvario.

Gabriel Ureña había interrumpido su charla para contemplar aquellos rasgos del panorama crepuscular que armonizaban con los melancólicos sentimientos de su espíritu y Manuel Ladera volvió a sus preocupaciones, diciéndose mentalmente:

—No conviene que este mozo se quede aquí esta noche.

Y luego, en alta voz y como ocurrencia repentina:

—¿No sería mejor, Marcos Vargas, que cogiera camino ahora mismo a la pata de sus carros? Peón siempre es peón y en los paraderos encuentra oportunidad de pegarse palos y emborracharse, si no lleva el amo a la vista. Tanto más cuanto que usted es nuevo para ellos y no se sabe cómo vayan a corresponderle. No lo acompaño porque de aquí tengo que regresarme a *La Hondonada* esta misma noche. El amigo Ureña puede irse con usted. Yo le cedo mi mula, pues a mí me será mucho más fácil conseguir bestia. Es bueno también que Ureña se encargue cuanto antes de su destino. Tienen luna, que ya no tardará en salir y de noche se viaja mejor. Por ahí mismo alcanzarán a los carreros.

Marcos sonrió comprensivo:

—Precisamente en eso estaba pensando, don Manuel. Mejor es que coja camino esta misma noche. Hay tiempo para todo.

—¡Ojalá no lo haya, Marcos Vargas! ¡Recuerde todo lo que me ha prometido!

CAMINO DE LOS CARREROS

Por la sabana descampada, entre nubes de polvo bajo el sol ardoroso del verano; por las agrias cuestas montañosas. Caminos de muchas jornadas y recios trabajos, con la voz del boyero paciente estirándose en el silencio:

—¡Arre, güey!

La cobija calada en el invierno bajo la lluvia tenaz. La carrilada perdida dentro del aguazal, las ruedas hasta los cubos atascadas en los baches, el buey que no atiende al estímulo de la garrocha, la mula jadeante en los barrizales de la cuesta, el fango hasta las rodillas, la humedad hasta los tuétanos, corriendo de punta a punta del convoy, echando los bofes, manejando el garrote, estrangulando en el grito el vocablo arrieril:

—¡Mula el carijo! ¡Este maldito animal!

Camino de los carreros jalonado de maldiciones.

Parajes de mal descanso: La Josefina, Veladero, Boca del Monte... El trago de caña, el plato de *paloapique*, el frasco de *chireles* pasando de mano en mano y la taza de *guacharaca* en el mesón ruidoso. El cuento de los trabajos pasados, y las maldiciones echadas en la cuesta de El Pinar, donde el carrero pagaba sus culpas. La posada de la dura tierra bajo la carreta para el sueño de huesos molidos al despertar.

La posada de las estrellas, al raso de la sabana, para las veladas de los boyeros junto a sus vagones y sus bueyes amarrados a macollas de yerba. Hablaban de Parasco, referían las últimas apariciones del Muerto de *La Carata*, comentaban una y otra vez el crimen del *Rancho de Tejas*... Hablaban mirando hacia la sabana, donde siempre parecían moverse sombras acechantes.

Parasco fue un carrero de alma bondadosa a cuya ánima se encomendaban todos los del Yuruari cuando se ponían en camino. Un hombre entre los hombres, no mejor que muchos de los de su oficio que ya también habían muerto o todavía conducían sus mulas, acaso un poco más paciente cuando éstas se les atascaban en los barrizales; de ningún modo un santo, sino un muerto entre los muertos, carrero perenne de un convoy invisible que viajaba de noche dejando por los malos pasos la carrilada buena de

seguir. A orillas del camino está el rústico mausoleo que le levantaron los del gremio para perpetuar la memoria de sus duros trabajos y sus marchas pacientes y para depositarle las ofrendas de velas—luces para su convoy invisible—a fin de que su sombra tutelar los protegiese durante el viaje o en pago de las promesas hechas cuando se les perdían las bestias, las noches de los paraderos a la intemperie y una silenciosa sombra blanca los ayudaba a encontrarlas.

El Muerto de *La Carata* es un espanto que, según la conseja siempre referida entre risas, tiene la humorada de aparecerse en el sitio de tal nombre, arrea los ganados de aquí para allá sólo por molestar a los dueños de la finca, se llega hasta las puertas de las casas e insulta a sus habitantes desafiándolos a pelear con él, con airadas palabras en el aire sin forma visible de donde provengan, o se mete en ellas, se apodera de las mecedoras, por las cuales demuestra rara predilección y comienza a moverse violentamente, sin que, desde luego, se vea otra cosa sino el mueble donde se agita su atormentada y singular ánima en pena.

Rancho de Tejas, finalmente, denominábase el sitio donde fue asesinado un correo del oro de las minas de El Callao que a lomos de mulas lo conducía exponiéndose al riesgo de las emboscadas. ¡Caminos del desierto venezolano, sembrados de maldiciones, jalonado de consejas y de cruces en las cunetas donde cayeron los asesinados!

Después de la comida en uno de los paraderos del trayecto, Marcos Vargas y Gabriel Ureña—interesados por la mutua simpatía que se habían inspirado, por modo de compensación, el uno con la espontaneidad tumultuosa de su carácter y el otro con su tendencia a sacar de todas las cosas motivos de reflexiones empapadas de un hondo sentimiento de las tristezas y calamidades de la tierra—se alejaron charlando hasta el campamento donde pernoctaban los boyeros de aquél, junto con otros del oficio, y con ellos se fue también Arteaguita, que por fin se había decidido a

internarse en el Yuruari, adonde lo llevaron con vacilaciones remitentes, su infinita pobreza y una corazonada aventurera.

Ya habían oído varios de aquellos cuentos de camino —conocidos pero siempre interesantes para Marcos Vargas, como todas las manifestaciones del alma popular hacia lo cual lo inclinaban sus simpatías; nuevos y muy sugestivos para Gabriel Ureña por estar saturados del panorama visual y espiritual donde se movían aquellos hombres sencillos, pacientes y rudos; nuevos y poco tranquilizadores para Arteaguita, porque los boyeros los referían mirando de cuando en cuando hacia la sabana donde, a la claridad lunar, parecían moverse sombras sospechosas—, era cerca de medianoche y ya los narradores callaban cuando escucharon rumor de gente que se acercaba.

—Los negros—dijo uno.

—No—replicó otro—. Ya los negros pasaron y deben de ir lejos.

Eran unos hombres que conducían una hamaca, colgada de una vara que dos de ellos sostenían entre los hombros y cubierta con una manta

—Es un difunto—observó uno de los boyeros, al advertir que la manta ostentaba la faz negra, pues la otra, roja, se reservaba para los casos de conducción de un enfermo o un herido.

—¿A quién traen ahí?—preguntó Marcos Vargas.

—A don Manuel Ladera, que en paz descanse—respondiéronle.

—¡Cómo!—exclamaron todos a un tiempo—. ¡A don Manuel Ladera! ¡No es posible!

—¡Pues mire! Lo asesinaron esta nochecita, de una puñalada por la espalda en las afueras de San Félix.

—¿Cholo Parima?—interrogó Marcos.

—No se sabe—respondiéronle—. A lo menos cuando salimos de San Félix no se había descubierto nada todavía.

Marcos Vargas y Ureña se acercaron a la hamaca y levantaron una punta de la cobertura para cerciorarse de la brutal verdad; los boyeros acudieron con un farol y todos se quedaron largo rato en silencio contemplando el rostro inanimado del hombre bondadoso que tanto al uno como al otro de aquéllos les había inspirado confianza y brindado amistad desde el primer momento, y de quien los que habían sido peones suyos no tenían quejas, ni de injusticias o mezquindades, ni siquiera de una mala palabra en el trato.

Entre tanto a Arteaguita le castañeteaban los dientes y sus miradas giraban en torno, hacia la sabana bañada en el resplandor alucinante de la luna. Mientras los conductores del cadáver explicaban:

—Venimos a marcha forzada. Ya de Utapa deben de haber salido los que traen la urna. El coronel López le telegrafió la desgracia a la familia.

Al oir la palabra relativa a su profesión, Ureña hizo un movimiento maquinal. Le pareció que había sido él, ya en Utapa, quien había recogido del aparato telegráfico la brutal noticia, primera voz clamante que llegaba a sus oídos del ámbito de aquella tierra donde reinaba la violencia impune.

En tanto que los boyeros comentaban indignados:

—¡Maldito sea quien manejó ese puñal! ¡Asesinar asina a un hombre como don Manuel, que a naiden fue nunca capaz de hacerle un daño!

Mientras Marcos Vargas oía reproducida en su interior la voz aguardentosa que gritaba:

Salúdeme a Manuel Laderas. Dígale que José Francisco Ardavín le manda un abrazo.

Y dirigiéndose a Ureña:

—Me regreso ahora mismo a San Félix. Tengo algo que declarar ante las autoridades respecto a este crimen. Hágame el favor de seguir con esta gente acompañando el cadáver. Y usted también, Arteaguita.

Continuó su marcha la fúnebre comitiva. Por el camino de los carreros, sembrado de maldiciones y de cruces en las cunetas donde cayeron los asesinados.

VI

EL PODER MODERADOR

Desde su hato de *Palmasola* el general Miguel Ardavín atalayaba el feudo en cuyo horizonte político se cernían ya los resplandores mortecinos del crepúsculo de los caudillos que por todo el país se iba extendiendo. Ya no eran, ciertamente, los tiempos de la hegemonía absoluta de los "prestigios" regionales que—unos muertos, otros postergados, otros errantes por ajenas tierras que les fuesen propicias a sus planes de invasión armada—comenzaban a ser sustituídos por elementos extraños a sus respectivos cacicazgos y exclusivamente adictos al jefe del gobierno nacional. Pero el general Ardavín siempre había dicho:

—La política es una cuerda floja y para no pelarla el político tiene que hacer como el maromero: ¡Ojo a la tijereta y balancín con los brazos de un lado y de otro!

La "tijereta" estaba, de una manera muy especial hacía algún tiempo, en la capital de la república y sin perderla de vista el cacique del Yuruari se mantenía aún en la cuerda haciendo maromas, cuando ya la mayor parte de sus compañeros no la bailaban; pero ahora su ojo avizor había percibido que aquello no andaba por allá del todo bien para su equilibrio y en consecuencia tomó el partido de retirarse del ejercicio oficial del cacicazgo venido a menos, so pretexto de consagrarse a la atención de sus fincas y a la administración de sus empresas.

Se le concedió la gracia de la retirada a tiempo; pero como allí donde estaba la "tijereta" reinaba el arcano de

los impenetrables designios de la suma astucia, no se le quitaron los puntos de contacto con el feudo—los elementos suyos que continuaron desempeñando los cargos públicos con ejercicios de autoridad, como aquel coronel López, jefe Civil de El Callao—ni se tomaron medidas contra su libertad de acción, aun cuando se sabía que desde *Palmasola* estaba en connivencias revolucionarias con algunos de aquellos caudillos asilados en Trinidad. Con lo cual queda explicada la clave del recado del gallo y al mismo tiempo se arroja alguna luz—si así puede decirse—sobre los tenebrosos motivos que tuviera Cholo Parima para asesinar a aquel negro trinitario que conducía preso a Ciudad Bolívar, víctima de Ardavín, cuya boca era prudente sellar para siempre.

Campesina inclinación entreverada en sus apetencias políticas, estancia eglógica de su historia bélica por donde le venía la parte ingenua de su prestigio—la adhesión del elemento rural—allí estaba en *Palmasola* el general Miguel Ardavín, recién amanecido, presenciando el ordeño de sus vacas, aspirando el olor de la boñiga dulcemente mezclado con el de la tibia leche y oyendo los cantares de los ordeñadores, entre el mugir de los becerros y el piar fugitivo de los pájaros sabaneros. El mismo tenía las dominadoras manos enternecidas por la maternal humedad de las ubres.

Pero al ojo zahorí del mayordomo de *Palmasola* no se le había escapado que algo grave preocupaba al Jefe. Por una parte, aquel mensajero despachado tan de madrugada; por otra, aquellas insistentes miradas hacia el camino que conducía a la casa del hato.

Por fin apareció lo que por allí esperaba y era José Francisco. El general se frotó las manos para quitarse aquello de las ubres y abandonó el corral del ordeño saliendo al encuentro del primo.

—¿Qué pasa?—interrogó éste, apeándose todavía del caballo—. Esa llamada tan temprano, ¿a qué obedece?

—Entra—repuso Miguel, secamente, adelantándose hacia su despacho. Y ya en éste—: Siéntate.

—Bien—dijo José Francisco, alardeando despreocupación—. Tú dirás.

Y Miguel, clavándole la mirada dominadora:

—Has cometido una torpeza. ¿Qué necesidad había de matar a Manuel Ladera?

—¡Cómo!—exclamó el coronel, haciendo útil la sorpresa de aquel disparo a boca de jarro para la comedia que llevaba preparada—. Es la primera noticia...

Pero como Miguel continuaba mirándolo en silencio y con una sonrisa sardónica, empezó a perder allí mismo el aplomo que no sabía conservar mucho tiempo.

—Pero ¿a mí por qué me lo preguntas?... Así también podría preguntártelo yo... ¿Para eso solamente me has llamado?

—Para preguntártelo no—repuso el imperturbable Miguel—, sino para decirte, como ya te lo he dicho, que has cometido una torpeza inconcebible, sólo atribuíble a los efectos de esas borracheras a que vienes entregándote con tanta frecuencia.

—¡Qué estás diciendo! ¿De modo que insistes?

Pero Miguel, cortándole en frío la réplica alterada:

—Es inútil que finjas ignorar lo que te imputo. Manuel Ladera ha sido asesinado anoche en el camino de San Félix a *La Hondonada*, estando por allí Pantoja, con quien tuviste una entrevista privada antes que se pusiera en camino para allá y sólo tú podías perseguir algún propósito con esa muerte, de todo punto innecesaria. Yo digo las cosas como las siento, pero las siento como las digo y nada me inspira mayor desprecio, ya debes saberlo, que el espectáculo de la cobardía. ¡No me interrumpas! Un propósito vengativo—insisto—que por otra parte no has tenido ni siquiera la prudencia de ocultar. A voz en cuello—yo lo sé todo—, a voz en cuello le mandaste la otra noche a Manuel Ladera

un abrazo de judas con ese Marcos Vargas a quien le permitiste que se te hombreara como lo hizo. Yo lo sé todo, repito. Y se te está hombreando más todavía, pues al saber la muerte de Ladera, camino ya de Utapa, se ha regresado a San Félix y te ha acusado formalmente, como autor, si no inmediato, principalísimo del homicidio.

José Francisco optó por el cinismo, exclamando:

—¡Ajá! ¿Esas tenemos? ¡Conque se ha atrevido contra los Ardavines!

—¡Alto ahí! Contra José Francisco Ardavín.

—Sí. Ya lo has dicho. Contra la persona que él se imagina que haya sido el autor principalísimo del homicidio.

Y después de una breve pausa, atreviéndose a más:

—¿Y no podría haber—insinuó—otra persona interesada en sellar, por ejemplo, la boca de Manuel Ladera? Das a entender que lo asesinó Cholo Parima—o Pantoja, como tú prefieras llamarlo—, pero si mal no he oído, fue Manuel Ladera el testigo único y casi casi presencial de la muerte del negro Jaime, camino de Ciudad Bolívar. ¿No podría ser, repito, que a Pantoja, ¡y a otro, quizá!, les interesara mucho que "tampoco" Manuel Ladera pudiera hablar más de la cuenta?

—¿Has terminado?—preguntó Miguel, con su imperturbable serenidad.

—No... Si yo, propiamente, no hago sino una pregunta. Si mal no recuerdo, Pantoja no fue a San Félix sino a llevar qué sé yo qué recado de un gallo...

Mas como ni aun en esto encontró punto vulnerable en la coraza de impavidez del caudillo, José Francisco concluyó, apurando su cinismo:

—Pero ya he terminado, sí.

—Pues continúo yo. Has debido tener en cuenta mis compromisos con la revolución para abstenerte de represalias personales que pueden agitar la opinión pública precisamente cuando más la necesito favorable a mis planes.

Era dar la cara a la reticente alusión al recado del gallo y una vez más sintió José Francisco la superioridad con que se le imponía Miguel—en su concepto usurpador del cacicazgo que de las manos de su hermano José Gregorio debió pasar a las suyas—; pero como no se allanaba a admitirla y todo tenía que fiárselo a sus baladronadas, abandonando la táctica deprimente de negar su participación en el crimen de San Félix—cosa por lo demás fácil de que la comprobase Miguel sólo con interrogar a Cholo Parima—protestó arriscándose:

—¡Tus compromisos! ¡Tus planes! ¿Qué significa eso, dicho así, tan en singular y en primera persona?

—Son los que tengo que defender, pues he de responder por ellos ante los compañeros que conmigo cuentan.

Y esto le dio a José Francisco la impresión de que Miguel arriaba banderas.

—¿Y los míos?—preguntó animándose.

—¡Hombre! ¡Sí! Y los tuyos...

Comenzó el coronel a perder a chorros su altanería ante el sarcasmo de aquella respuesta, cuando acababa de imaginarse al primo arriando banderas; pero todavía repuso:

—¿Nada valen? ¿No los tomas para nada en cuenta y por consiguiente puedo hacer con ellos lo que mejor me parezca?

El general lo miró de arriba abajo y reprimiendo el profundo desdén que le inspiraba esta destemplada salida, replicó:

—Según y cómo lo que se te haya ocurrido. Porque si pretendes darle la espalda a tu palabra empeñada por mí—no por ti, pongamos las cosas en su punto—para con la revolución y quizá, quizá, como nada de extraño tendría que acabara de ocurrírsete, denunciarme ante el gobierno para hacer merecimientos y detener o desviar las averiguaciones judiciales que se estén haciendo en San Félix, y hasta coger cola sin rifarte el pellejo ante las balas—que pueden inspirarte

cierta aprensión, ya que todavía no las has oído silbar por encima de tu cabeza, dicho sea de paso—o no me conoces bien todavía, José Francisco, o estás jugando con la carnada.

—¿Quieres decir que no soy libre de escoger el camino que más me convenga?

—No. Ya no puedes echarte atrás.

—¿Quién se atrevería a impedírmelo?—rearguyó el coronel fanfarrón.

Miguel le hizo esperar la respuesta un buen rato y luego se la dio, palabra a palabra, como remachándosela en lo profundo temeroso del alma:

—Quien puede mandarte a la cárcel sólo con una guiñada de ojos y de ese modo reconquistarse el favor de la opinión pública que tú le hayas enajenado con el asesinato de Manuel Ladera.

—¿Tú?—insistió José Francisco, señalándolo con el índice y sacando a duras penas una sonrisa burlona.

Pero Miguel se limitó a decirle:

—No señales con el dedo. Baja esa mano que te tiembla demasiado.

Y como esto era cierto y a José Francisco se le salía ahora la vergüenza a la cara, abandonando el tono autoritario que ya habría sido excesivo y en cuya justa dosificación radicaba buena parte del ascendiente que sabía ejercer, el caudillo prosiguió:

—Bien sabes que si me he comprometido con la revolución que se prepara, ha sido contando contigo, personalmente y con el contingente de tu prestigio.

José Francisco sacó el pañuelo y se enjugó la frente sudorosa—un sudor frío de energías consumidas—y el otro agregó, para acabar de quitarle el regusto de la ira frustrada con el halago de vanidad:

—Ya es hora de que te labres un porvenir político que

sea obra tuya exclusivamente. Ya voy para viejo y tú todavía eres joven. ¿Hasta cuándo vas a conformarte con ser el coronel Ardavín?

Lo que Miguel, con velado sarcasmo, había llamado el prestigio de José Francisco era algo semejante a aquel núcleo inicial de su partido, formado por los desechos del de José Gregorio; la bronca oficialidad de los matones, el hampa de la agrupación. José Gregorio había barrido para afuera al repudiar aquella escoria y Miguel se había aprovechado con ella; pero aleccionado por tal experiencia, cuando a su vez tuvo que depurar lo hizo de modo que resultase barriendo para adentro, procurando que aquellos malos elementos rodearan a José Francisco, pero de manera que éste cargase con la afrenta del ardavinismo sin riesgo de que se repitiese la historia, pues sabía que el primo nunca pasaría de oscuro segundón. Rodeado así el coronel de los matones que buena falta le hacían para respaldar sus baladronadas, el general siempre los tendría a su disposición cuando fuese menester de perros de presa, sin echárselos encima y así le sería posible realizar la dualidad propia de la naturaleza de un caudillo, azote y amparo a la vez de sus secuaces: inspirar temor y confianza, al mismo tiempo. Mientras José Francisco y sus matones cometían desafueros. muchos de ellos por órdenes disimuladas de Miguel, éste era el poder moderador, la superior autoridad a que apelaban sus mismas víctimas, el jefe paternal que brindaba protección, remediaba el daño y desarmaba el espíritu de protestas o de rebeldía, con una reprimenda para el atropellador—previa una guiñada de ojos en algunos casos—y con una palabra afectuosa para el atropellado.

Así, pues, para nada tenía que halagar el general al coronel respecto a la cooperación del denominado contingente de hombres del segundo en la aventura revolucionaria que el primero fraguaba. Pero había algo que sí era necesario recabar de José Francisco con alguna habilidad: su aparte

en dinero, a la medida de los planes de Miguel que de lo suyo propio quería exponer poco. José Francisco se resistía a contribuir con tanto como el otro le asignara y para obligarlo había sido todo aquello, aprovechando la coyuntura propicia del asesinato de Ladera.

—Ya se acerca el tiempo del avance para el purguo —continuó el general bellaco—, que este año será también un buen pretexto para reclutar la gente de tropa que necesitamos para el momento dado. Entre tus purgüeros y los peones de *Yagrumalito*—éste era un hato de José Francisco—podrás parar unos doscientos hombres que constituirán un contingente apreciable. Andate allá de una vez. Según lo concertado con los compañeros de causa asilados en Trinidad, Curazao y Colombia, la invasión a la cual corresponderemos los de adentro rompiendo fuego, no se efectuará antes de que hayamos recogido y embarcado, tú y yo, el purguo de este año, pero podría suceder que hubiera necesidad de precipitar los acontecimientos y de ahí que sea imprescindible tu presencia desde ahora cerca de Tumeremo, mientras que yo vigilo desde aquí el resto del Yuruari. Vete hoy mismo y de allí no te muevas mientras se asienta este revuelo que seguramente va a formarse alrededor de la muerte misteriosa de Manuel Ladera. Que ya me encargaré yo de que tome el rumbo debido. Acabo de enviarle un telegrama al Presidente del Estado, ofreciéndole la cooperación de mi experiencia para el más rápido esclarecimiento del crimen. Además, le he enviado otro, de pésame, a la viuda de Ladera y otro al coronel López exhortándole a redoblar sus actividades en el sentido del caso. Por último...

Pero José Francisco le quitó la palabra, preguntándole:

—¿Te parece conveniente que haga yo lo mismo?

—¡No!—repuso Miguel—. ¡Sería demasiado! Por lo menos el pésame a la viuda. Limítate a hacer lo que te aconsejo. Vete hoy mismo para *Yagrumalito* y si ya Pantoja

ha regresado de San Félix y te lo tropiezas por ahí, llévatelo contigo. Dile que de orden mía abandone la Comisaría y se vaya contigo.

Y separando con una breve pausa lo producente de lo producido:

—¡Y a propósito! De paso para *Yagrumalito* déjame en casa el cheque por la cantidad estipulada de tu contribución al finanzamiento de la revolución.

—Bueno—prometió José Francisco, ya caído en el lazo—. Allá te lo dejaré.

Pero de todo esto sólo retuvo en la mente aquella pregunta que atacaba su punto vulnerable: "¿Hasta cuándo vas a conformarte con ser el coronel Ardavín?" Pero mientras Miguel existiera, siempre trataría de oscurecerlo y postergarlo. Luego... En una pelea nunca se sabe de dónde ha salido una bala. Y para ello venía como de encargo la revolución en puertas.

EL TESORO DE LOS FRAILES

Miguel Ardavín—de quien por sus inimaginables recursos de política picaresca ya se decía por allí "ese hombre se pierde de vista"—había hablado de tres telegramas que acababa de enviar, destinados a producir cierto efecto en el ánimo de cada una de las personas a quienes iban dirigidos. El que recibiría el jefe civil en San Félix contenía el epíteto de misterioso aplicado al crimen de donde debía entender el leal ardavinista que tal cargo desempeñaba, que en el misterio debía quedarse; el efecto buscado con el que recibiría la viuda de Ladera, aunque arrostraba los límites del cinismo, no pasaba en realidad de la región del formalismo social, cosa que otro cualquiera habría hecho aun en circunstancias análogas; pero donde sí estaba el hombre que se perdía de vista era en el telegrama dirigido al Presidente del Estado. Ponía allí a la disposición de éste—su enemigo

político aunque todavía embozado, instrumento de los inescrutables designios de "la tijereta"—su larga y aguda experiencia al servicio de la justicia "para el más rápido y cabal esclarecimiento del crimen" y no sería prudente aventurar opinión respecto a la sinceridad o trapacería de tal ofrecimiento. En realidad, la suerte que corriera el primo—sobre cuya culpabilidad no había abrigado la mínima duda desde un principio—no le preocupaba ni mucho ni poco e incluso ya tenía contemplada la conveniencia de sacrificarlo como víctima propiciatoria, si la cólera de la opinión pública no se aplacaba con menos, entregándolo al brazo de la Justicia junto con Cholo Parima, gesto que, indefectiblemente, produciría en favor suyo esa emoción histérica de la admiración colectiva captada por sorpresa y cuyos disparatados resortes conocía a fondo; pero había también por San Félix enemigos políticos suyos sobre alguno de los cuales convenía hacer recaer las sospechas, ya simplemente para ganar tiempo y desorientar el interés que pudiese tener el Presidente del Estado en descubrir al culpable o para arrojarlo al presidio si las pruebas acumuladas por el coronel López pedían tanto. Mas de todos modos antes de adoptar el remedio heroico de abandonar a José Francisco a su suerte, lo que en cierta manera sería subordinarse él mismo al ente abstracto de la opinión justiciera, antes de oprimir el resorte mágico que pondría su nombre en el vuelco amoroso de todos los corazones—cosa de mínima importancia para su alma insensible—, quiso ensayar con otro que las circunstancias le deparaban, más de acuerdo con la actitud de su espíritu respecto a todas estas cosas y a ello iba a referirse con aquel "por último" que interrumpió José Francisco.

Días antes había llegado a Upata un andaluz—a quien decíanle el *Españolito*—poseedor de un documento que venía a corroborar una vieja leyenda muy generalizada por allí, una de tantas que todavía corren por todo el país acerca de

tesoros enterrados por los españoles en los azarosos tiempos de la guerra de la Independencia, según la cual los frailes de las antiguas Misiones del Caroní, en las angustiosas vísperas del histórico fusilamiento ordenado por el general Piar, debieron de ocultar bajo tierra el de aquéllas, que se suponía de incalculable riqueza en lingotes de oro.

Era dicho documento un plano, en pergamino para mejor impresión de autenticidad, sustraído de los archivos de la catedral de Sevilla por un canónigo—tío del *Españolito,* según éste—, en el cual se explicaba que el famoso tesoro estaba enterrado en el espacio comprendido entre la sacristía del templo del antiguo pueblo de San Antonio, el refectorio del convento vecino y una piedra que sobresalía en medio de una laguna que para entonces hubo cerca de aquella población.

De la iglesia y del convento ya no quedaban sino muy vagos y dudosos vestigios, y lo que antes fue laguna era ahora sabana enjuta en la cual sí había una piedra con señales visibles del nivel de las aguas que la hubiesen rodeado; pero en el pliego estaban dibujados, mal que bien, todos dichos puntos de referencia, y el texto agregaba que para descubrir el tesoro había que excavar hasta que aparecieran una flecha de hierro forjado, indicadora de la dirección que debía seguirse para dar con un muro subterráneo donde había una cripta en la cual se hallaría, dentro de un cofre, una llave correspondiente a una puerta situada más adelante y por donde se pasaría a una galería que se prolongaba hasta las orillas de la referida laguna y hacia la mitad de la cual se encontraría una hornacina con una calavera.

De aquí no pasaban las indicaciones dibujadas en el pergamino, pero debajo de la calavera, que sí venía pintada, había esta enigmática leyenda:

"Por sus cuencas vacías la Muerte contempla el principio y el fin de las vanidades del mundo."

Y el *Españolito* explicaba:

—¡Mié usté! Er principio y er fin de las vanidades der mundo es er dinero, el oro. ¿Sabe uzté? Y la frasesita esa quié decí que pa encontrá el de marras hay que seguí la dirección de la mirá e la calavera. ¡Bueno! Eso de la mirá es un decí. ¿Sabe uzté?

—Pero todo eso es muy vago, *Españolito*—habíale replicado el propietario de los terrenos donde se debía excavar—. Eso no es un plano, propiamente.

A lo que repuso el andaluz:

—¿Es que se figura uzté que los frailes de mi arma iban a plantá un poste con un letrero mu gordo, mu gordo, que dijera: aquí está el tesoro? ¡Amos, anda! ¿No sabe uzté que los frailes han sío siempre unos tíos mu listos? Claro que to esto es un poco vago—quitémosle argo ar superió decí de uzté—, pero póngase en el caso y comprenderá que los pobresitos de mi arma no tuvieron lo que se dice tiempo de hacenos un plano con nortesú, escala, rosa e los vientos y toa la pesca. ¡Vamos, lo que se dice un plano! Pero indicaciones precisas no fartan. ¡Fíjese uzté! Una flecha, una cripta—que yo propiamente no sé lo que signifique eso, pero que argo tié que sé—, un cofre, una llave, una puerta, una galería, una hornacina, una calavera... ¡Amos, anda! ¡Si hay más de lo que suele habé en estos planos de tesoros sepultaos! Lo que fartan son los lingotes de oro, y ésos tal ve no los pudo pintá el pobresito fraile, porque no tendría tinta amarilla, ni tiempo pa procurásela antes de que llegara er Piar.

Al propietario en cuestión no dejó de ocurrírsele que aquello fuera un timo, pero como existía la leyenda y había un proverbio popular según el cual "más pierde el venado que quien lo tira", trató de averiguar hasta dónde llegaría el *Españolito*, y concedió:

—Sí. Efectivamente, datos no faltan. Pero aquí hay unas palabras tachadas que quizá eran las indicaciones precisas del sitio donde debe hacerse la excavación inicial.

—Quite uzté er quizá y ya estará ar cabo e la calle. Esas tachauras las hizo un servidó, después de haberse aprendío de memoria lo que ahí decía. ¡Sí, zeñó! Y aquí lo traigo en la cabeza, que es donde está el verdadero plano con to lo que uzté echa de menos en el pregamino. ¡A ve si uzté no hubiera hecho lo mismo a fin de podé mostrá er papé sin que le birlaran el tesoro! No es que yo desconfíe de uzté (¿me entiende er sentío?), sino que las cosas son como tién que sé. Ese secreto vale dinero. Pesetiyas de mi arma, que yo he gastao pa procurame er pregamino y pal viaje hasta acá. ¡Que échele uzté un galgo ar que me quitaron en la Trasalántica pa traerme hasta La Guaira!

—Pero ¿no habíamos quedado en que el plano lo sustrajo del archivo de la catedral su tío el canónigo? Ahora resulta que usted tuvo que adquirirlo...

—¡Mié uzté! Eso de tío no lo tome uzté ar pie e la letra, que no quié decí que er canónigo fuera hermano de mi mare ni de mi pare, sino que... ¡Vamos! Que era lo que se dice un tío, y con toa la barba. Y... ¿pa qué ocurtáselo a uzté? Yo tuve que valerme de malas artes y sortá unas pesetiyas. ¡Ya está!

—¡Ah *Españolito* bribón!—exclamó el criollo, pero como si con ello le tributase el mejor elogio.

Y luego:

—Bueno, amigo, voy a serle franco. Esos negocios de desenterrar tesoros siempre resultan mabitosos, como decimos por aquí. Median cosas de ultratumba, que nunca traen buena suerte, y en éste, además, cosas en cierto modo sagradas, las cuales yo respeto. Así es que no cuente conmigo para esas seis mil pesetillas, como las llama usted, a cuenta de la mitad del tesoro. Ahora, si se consigue otro socio que se las dé y con el cual usted parta su mitad (porque la otra mitad sería mía en todo caso), yo no tengo inconveniente en permitirles las excavaciones, siempre que las costeen ustedes, por supuesto, y me garanticen los daños y perjuicios.

Así las cosas, buscando el andaluz capitalista y el terrateniente haciendo excavaciones de tanteo, por si acaso, transcurrieron varios días, y ya el timador veía fracasada su diligencia cuando ocurrió la muerte de Manuel Ladera y se produjo la natural indignación pública.

Pero el general Miguel Ardavín, a quien le comunicaron por teléfono aquella misma noche que en Upata las cosas estaban que ardían, conocía bien a su pueblo y era ducho en el arte de desviar y frustrar los sentimientos colectivos, y para ello salió de *Palmasola*, muy de madrugada, aquel mensajero cuya comisión secreta intrigara al mayordomo del hato.

Aquella misma tarde, momentos antes del entierro de Ladera, recibía en Upata el *Españolito* una carta del propietario de los terrenos ya famosos, en el cual le "confesaba" que haciendo excavaciones "por no dejar" había encontrado un trozo de hierro que debía de ser la flecha indicadora a que se refería el plano, pero como éste no estaba realmente "sino en su cabeza", le pedía que se trasladara inmediatamente al terreno y le enviaba adjunto una letra a su favor, contra C. Hilder & Co. de aquel comercio, a quince días vista y por la cantidad exigida a cuenta de la mitad del tesoro.

Se quedó de una pieza el *Españolito*.

"¿Si irá a resultá—se preguntó—que yo he sío adivino al dibujá ese plano? ¡Mié uzté que no deja de tené grasia que en tantos años de vida arrastrá como llevo por el mundo no haya descubierto antes que el hijo de mi mare tenía ese don! ¡Si yo no he hecho sino poné en ese pregamino lo que le oí referí al *Lagartijito de Triana* cuando regresó allá con las onzas de oro que se ganó por estas tierras toreando desde el burlaero! Pero el socio dice que ha encontrao la flecha y to pué sé. ¡Vamos allá, *Españolito!* ¿Qué pué traé que no lleve? Como dicen por aquí."

Se divulgó la noticia, corrió por todo el pueblo, desplazó

de los espíritus la indignación por el asesinato de Manuel Ladera y allí mismo empezaron a correr los rumores que ya no pararían.

Que había aparecido el muro, que habían descubierto el cofre donde estaba la llave... Que no había tal llave ni tal muro... Y mientras unos todo lo creían y otros lo negaban todo, de Manuel Ladera ya no se acordaban sino sus deudos cercanos.

TAMBIÉN MARCOS VARGAS

Así las cosas, regresó de San Félix Marcos Vargas, convencido de haber perdido su tiempo pues su declaración fue oída de mala gana por el jefe civil que instruía el sumario del crimen y declarada improcedente, por lo cual venía indignado. Pero como él también tenía el ánimo propenso a las bruscas desviaciones, al enterarse de la novedad apasionante lo primero que se le ocurrió fue una chuscada para divertirse a costa de los buscadores del tesoro: aparecerse por los alrededores de las excavaciones—que en realidad se hacían bajo la dirección del *Españolito*—disfrazado de fraile fantasma.

Los amigos a quienes comunicó su idea—de aquellos adquiridos la noche de la célebre jugada de las firmas y que pertenecían al grupo de los escépticos respecto a lo del tesoro, llegando hasta sospechar la verdad del caso—acogieron entusiasmados la ocurrencia y como entre ellos estaba Arteaguita, éste prometió:

—Yo hago el hábito. Aquí donde me ven y aunque me sea feo el decirlo—éste era un giro al cual le hallaba mucha chispa el chistoso caraqueño—, soy oficial de sastrería. ¡Y buena tijera, no sólo por la lengua! Consíganme la tela y mañana mismo tendremos fraile en pena, con capuchón y todo.

Así se hizo, con la debida reserva, y dos días después amanecía en Upata la noticia de la aparición del fraile. Con

la circunstancia muy significativa de que, según muchos upatenses, era el mismo fantasma que ya se dejaba ver por allí desde tiempo inmemorial y tal como lo vieran el *Españolito* y los peones de la finca: inmóvil en un claro de la sabana, a punto de salir la luna y murmurando con voz cavernosa, que a muchos viajeros les había puesto los pelos de punta:

—¡Aquí, aquí, aquí!

Porque, puestos a creer, el que menos sabía más de lo que traían los rumores.

Que el *Españolito* y los peones, como entendiesen que con aquella impresionante letanía el fantasma les quería indicar el sitio preciso donde estaba sepultado el tesoro, a causa del largo penar de su ánima, decidieron acercársele para marcar el lugar; pero que cuando ya estaban a pocos pasos de distancia y a tiempo que a lo lejos cantaba un gallo, el fraile lanzó un lamento terrorífico y desapareció de pronto, cual tragado por la tierra. Que huyeron despavoridos, naturalmente.

—Si hasta nosotros nos asustamos de veras—confesó Arteaguita, ya reunidos con Marcos Vargas él y sus demás compañeros de chuscada—. Porque, francamente, todavía no me explico cómo pudiste desaparecer tan de golpe y por completo.

—¡Ah!—repuso Marcos—. Ahí está la ciencia del espanto bueno. Me había parado al borde de un hoyo y me dejé caer en él en cuanto escuché el canto del gallo. Siempre había oído decir que los espantos desaparecen al oir cantar un gallo. Supongo que eso venga desde los tiempos del de la Pasión; pero lo cierto es que esa martingala no me ha fallado nunca. Porque no es la primera vez que me las echo de fantasma.

Pero a Marcos Vargas no le parecían graciosas las bromas mientras no fueran pesadas, y al día siguiente, ya de acuerdo con los compañeros—excepto Arteaguita, que sería la víctima—, propúsoles a todos:

—Esta noche le toca a otro hacer el papelito, porque ya me han invitado por ahí a ver el espanto, y si me niego van a caer en sospechas. Que ya las abrigan los que me van conociendo. Esta noche le toca a Arteaguita.

—¡No, valecito!—protestó el caraqueño—. Yo hago el hábito, pero no el monje. No tengo nervios para eso, aunque me sea feo el decirlo.

—Pues no habrá fraile esta noche—repusieron los demás—porque todos, menos tú, estamos en el mismo caso de Marcos.

—Bien—dijo éste—. No habrá. Y es lástima, pues todo Upata se dispone a ir a verlo aparecerse esta noche.

Y Arteaguita, que todo lo sacrificaba en aras de chistes y chuscadas, tuvo que sacrificar su miedo, que, según él, era la única cosa grande con que lo echaran al mundo.

—¡Qué se hace!—exclamó—. Esos son los gajes del oficio de mamador de gallo. Pero, prepárense, pues si al de anoche le dieron buen resultado el gritico y la caída en el hoyo, el de esta noche va a ser también fraile con sorpresa.

Fueron muchos los que acudieron a presenciar la aparición y si algunos experimentaron las sensaciones propias del temor de lo sobrenatural cuando se hizo visible el fantasma, a los primeros destellos lunares, ya Arteaguita, bajo aquel hábito y en aquel paraje, las tenía experimentadas todas, en tropel y en grado sumo: palpitaciones, escalofríos medulares, temblores y sudores y unos ruidos internos que le hacían decirse, para darse ánimos con juegos de palabras:

"¡Cómo suenan las tripas cuando se están convirtiendo en corazón!"

Ya se disponía, sin embargo, a poner por obra la sorpresa anunciada, cuando Marcos Vargas y los amigos que con él estaban de acuerdo, se le adelantaron con la que a él le reservaban, sacando sus revólveres—de cuyas cápsulas

habían retirado previamente los proyectiles—y haciéndole disparos.

Se espantó el duende y arremangándose los hábitos echó a correr por la sabana perseguido por los espectadores chasqueados, entre los cuales algunos disparaban también, pero con bala y al bulto. Oyéndolas silbar por encima de su cabeza, Arteaguita se volvía todo piernas y cual si algunas de éstas se le hubiesen desprendido del cuerpo y lo siguiesen, a poco huir sintió que en pos de él otras tamborileaban por la sabana, y con esto acabó de perder el poquísimo dominio de sus nervios que en aquellas angustias pudiese quedarle.

En efecto, eran dos los fugitivos, y Marcos Vargas, recordando que Arteaguita les había prometido una sorpresa, comenzó a gritar entre carcajadas:

—¡Se partió en dos el fraile! ¡Atajen esa mitad que va a reventar por ahí! ¡No los tiren más!

Lo atajaron y resultó ser el *Españolito*, y aunque trató de explicar que no estaba en el ajo, sino que se había apostado por allí para cerciorarse de lo que hubiese de cierto en la aparición—pues a él no se las daban con frailes, ni verdaderos ni falsos—, nadie le prestó atención, y los mismos peones que a sus órdenes trabajaban propusieron, indignados:

—Vamos a salarlo, pa que aprenda a no burlarse de los hombres.

Marcos Vargas acudió en su defensa y al fin logró aplacar a los que proponían el singular escarmiento—que consistiría en desnudarlo y cubrirlo de sal, restregándosela en todo el cuerpo—y entre tanto las mil piernas de Arteaguita lo pusieron a salvo, sin que se descubriera quién había sido la otra mitad del duende.

Al día siguiente, y muy de mañana, el *Españolito* tuvo que abandonar a Upata, donde todos afirmaban que la farsa había sido obra suya. De nada le valió explicar que aun

en aquello de las excavaciones no fue sino un instrumento de ajenos planes que se le escapaban, pues al jefe civil, que en el secreto de ellos estaba, le vino de perlas el caso para ponerle fin a la estratagema de su jefe, que ya había producido los efectos buscados, y le ordenó abandonar la ciudad "en el término de la distancia".

Naturalmente, se marchó sin haber cobrado la fementida letra a quince días vista—que nunca se la habría pagado el comercio contra quien fue librada, sin fondos del librador—y al partir le dejó el famoso pergamino a *musiú* Giácomo —dueño del Botiquín Napolitano y firme creyente en la veracidad del documento—en pago de las copas que le había fiado y del dinero que encima le suministró para el viaje. ya porque el timador burlado le inspirase compasión o porque bien invertido estaba quedando en su poder aquel plano que un día u otro le serviría para ponerse en el fabuloso tesoro.

Se llevó también el dinero que Marcos Vargas le metió en el bolsillo al despedirlo, diciéndole, entre apenado y burlón:

—¡Qué se hace, *Españolito!* La soga siempre revienta por lo más delgado y usted tuvo la mala suerte de encontrarse en ese pedazo.

Y así terminó, a la medida de los deseos del general Miguel Ardavín, la aventura del tesoro de los frailes, y como esto fue la comidilla de la población durante varios días, así también Marcos Vargas contribuyó a que se echase en olvido el crimen de San Félix.

VII

NOSTALGIAS

Apenas instalado en el pueblo, ya en posesión de su cargo, comenzó Gabriel Ureña a experimentar nostalgias. Pero no de su ciudad natal, de donde por primera vez se ausentaba, ni de nada concreto tampoco.

Era un sentimiento blando, sin forma casi, sin apego a cosa real alguna. Una sensación de vacío, de falta de afectos sin echarlos de menos, de haber perdido el rumbo sin pensar en este o aquel que hubiese podido seguir, de estar lejos sin saber de qué. Y esto no sólo le acontecía en las calladas noches—polvareda de mundos en marcha por el Camino de Santiago y exhalaciones fugaces alentadoras del deseo de evadirse de la propia realidad y perderse en la infinitud de la nada—, sino también, y de manera muy especial, a las resplandecientes horas del mediodía, cuando la población se entregaba al sopor de la siesta y en silencio circundante sólo turbado a intervalos por el canto melancólico de los gallos del vecindario, se oía allá en la oficina el sonido del aparato telegráfico al paso de los mensajes que no eran para Upata.

Algo semejante había acontecido en su vida. De una manera lejana escuchaba pasar un mensaje que ya no era para él, una palabra ardiente lanzada sobre su corazón desde los románticos años y que aún no había sido recogida por su voluntad, ni nunca ya lo sería. La gran aventura vislumbrada cuando, inclinado sobre el mapa del país, le parecía oir la mística voz clamante en el desierto, la ensoñada consagración a la lucha contra las causas de aquellas calamidades que eran de la naturaleza de las maldiciones. Todavía el mensaje continuaba pasando en busca de otro corazón que aún no se hubiera vuelto escéptico y las vagas nostal-

gias eran formas furtivas del deseo de haber sido otro hombre capaz de recogerlo.

No sentía alentar en su espíritu los impulsos vivos que hacen elegir un camino entre varios—acaso en realidad no los había sentido nunca, ni aun cuando más despierta pudo parecer la actitud de su alma ante las misteriosas señales del Destino—, y allí estaba, telegrafista por apatía, por aceptación de un *modus vivendi* en un sentido de menor resistencia, ya que su padre lo había sido y desde niño le enseñó el oficio, dejándolo al morir ya sentado ante el aparato donde hiciera sus veces durante la enfermedad y allí luego lo remachó el nombramiento en atención a los buenos y largos servicios de aquél. Allí estaba, con sus grandes ojos de mirar desconcertante—sobre todo tratándose de un telegrafista—, un poco atónitos, un poco irónicos al mismo tiempo, como recién quitados de alguna contemplación ingenua y con aquel leve pliegue burlón, media sonrisa apenas, que le sesgaba la boca escéptica tirando la comisura izquierda hacia abajo.

A veces reía totalmente, si de ello era el caso gracioso o grotesco, pero ni aun entonces podía asegurarse que no hubiese en su risa algo mordaz y esto le enajenaba simpatías. Quitábanselas también su intolerancia con el error o la necedad de los demás y el aire de superioridad con que puntualizaba sus opiniones a pleno conocimiento de causa. Pero al mismo tiempo se reconocía que era una persona estimable, muy por encima de la cultura que exigía su oficio, y desde un principio buscó su trato la gente seria y de algunas preocupaciones espirituales de la población, de donde se originó una tertulia que ya se formaba al aire libre y dulce del atardecer frente a la oficina de telégrafos.

Marcos Vargas, que por momentos no sabía a qué atenerse respecto a sus sentimientos hacia él, pues tan pronto

se sentía atraído como repelido, cuando esto último le ocurría solía decir:

—Nada fuera la sonrisita; pero esos ojos, decididamente, me ponen los nervios de punta. No sabe uno nunca cuándo se burlan o cuándo miran con franqueza.

Y era porque Ureña, mostrándose con él particularmente afectuoso y a veces vivamente interesado en su conversación, cuando él soltaba el chorro de su temperamento expansivo para entregarse tal cual era y concebía la vida, quedábaselo mirando sin oponerle las objeciones que siempre hallaba ocasión de hacerles a los demás, aunque dijese lo mismo que éstos y con las mismas palabras, insubstancial o erróneamente.

No podía darse plena cuenta Marcos Vargas de que para el solitario tripulante de aquella barca al pairo él era el de las velas hinchadas de viento corriendo la alegre bordada; pero ya se le alcanzaba algo de ello cuando pensaba que para el de los atónitos ojos irónicos él no era sino un espectáculo entretenido.

No quería dárselo—no se imaginaba cuánto de admirativo había en aquel entretenimiento, cuánto de espíritu puesto en contemplación verdadera—, pero una más profunda inclinación de su alma lo llevaba a buscar su compañía: esa curiosidad de los espíritus realmente vivos hacia todo lo que les es distinto y diverso y por consiguiente complementario. Gabriel Ureña, que sin duda era algo más que un vulgar telegrafista en quien no se hubieran podido explicar aquellas miradas húmedas de asombro y a la vez secas de ironía, era una manera de existir que no podía serle negada a la poderosa fuerza vital que alentaba en Marcos Vargas. Aquí era el espectáculo, pero éste no podía existir como tal sin el espectador y había que serlo también de sí mismo desde aquellos ojos.

Esto, desde luego, no se lo formulaba así Marcos Vargas, de vida interior puramente emotiva cuando no simplemente

dinámica, pero lo sentía y era más poderoso que los recelos que pudiesen inspirarle el gesto burlón, como gesto mismo de un rostro sin duda no simpático.

Por las noches, cuando no estaba de guardia Ureña, iban juntos a visitar a las Laderas. Aún no habían transcurrido los ocho primeros días consecutivos al de la muerte de don Manuel, el octavario de la condolencia que congregaba allí a los parientes y a los amigos de aquéllas y tanto el uno como el otro tenían motivos especiales para no faltar al deber de acompañarlas en su duelo. Tomaban asiento en la antesala y cumplían el rito fúnebre: callaban, oían compungidamente las evocaciones plañideras de la viuda empeñada en reconstruir minuciosamente cuanto en vida le vio hacer o le oyó decir al buen marido infortunado, suspiraban un poco junto con ella y las hijas, acompañaban nada más y cuando la conversación lograba escaparse del tema doloroso tomaban parte en ella hasta que de pronto la interrumpía el llanto y las imprecaciones de aquélla bajo el ramalazo intermitente de la desesperación.

Y era sólo entonces cuando se le oía la voz a Maigualida para hacerle a la madre dulce advertencia de sufrir discreto. diciéndole:

—¡Mamá!—con el cantarino acento que no había olvidado Ureña.

Devastado el rostro, traspasada de dolor y atormentada por el pensamiento de que hubiera sido asesinado su padre por causa suya, de aquel monstruoso amor que le inspirara a Ardavín, Maigualida recibía el duelo en silencio, con alma ausente del formalismo que la rodeaba, trágica más que dolorosa, pero sin afectación, insensible al consuelo que se quisiera darle con vanas palabras, entera en su dignidad de víctima de las fuerzas brutales de la vida.

Siempre estaban allí las Vellorinis y cuando tomaban parte en la conversación invariablemente ocurrían estas dos cosas: que Aracelis saliera con algún gracioso desplante,

que provocaba risas y que Berenice y Leonarda plantearan temas que les permitiesen exhibirse como mujeres de espíritu cultivado, muy por encima de las pobres muchachas que no se habían asomado al mundo más allá de los términos del pueblo y sus vulgares tragedias, grandes o pequeñas. Pero en ambos casos aparecía en el rostro de Ureña —a quien de una manera casi ostensible iban dirigidas aquellas demostraciones de Berenice y Leonarda, que ya habían oído decir que el telegrafista era persona de alguna cultura— aquel fino gesto burlón que le plegaba la comisura izquierda de la boca escéptica.

Y una noche observó Marcos Vargas que este gesto se reproducía, de modo singular, en el rostro de Maigualida. Gesto sólo, sin expresión irónica—pues era evidente que no lo provocaban las palabras de las Vellorinis—, pero exactamente igual y en la comisura derecha, tal como habría aparecido en la imagen de Gabriel Ureña reflejada en un espejo.

De donde concluyó Marcos para sus adentros:

De aquí va a salir algo que no le va a caer bien a José Francisco Ardavín. Y yo que lo vea.

Dieron el toque de ánimas las campanas de la iglesia, transcurrió un rato más y empezaron a retirarse las visitas, las Vellorinis entre ellas, por delante Aracelis después de dirigirle a Marcos Vargas una mirada de secreta inteligencia mutua y ya no quedaban allí sino éste y Gabriel Ureña cuando Maigualida, dirigiéndose al segundo, rompió su mutismo:

—Todavía no nos hemos cruzado una palabra, Gabriel. ¿Qué me cuentas de tu gente? Tú, como antes nos tratábamos. Tenemos tantas cosas que contarnos, ¿verdad?

—Y casi todas tristes, tal vez.

—¿De veras? Por mi parte, ya estás viendo que no pueden ser de otro modo.

Y después de pedirle noticias de todos y cada uno de

los miembros de la familia Ureña, casi totalmente desaparecida, concluyó preguntándole:

—¿Y aquel propósito de meterte a cura, aquella vocación que parecía tan firme, qué se hizo?

—Se desvaneció sin saber cómo ni cuándo.

—¿De veras? ¡Y yo que te imaginaba sacerdote! En tu familia, por lo menos, todos lo daban ya como un hecho y hasta una de tus tías se hacía la ilusión de que llegarías a santo.

—¡Cosas de los quince años!—repuso el escéptico, sonriendo y haciéndola sonreir—. A esa edad, unos más, otros menos, todos pasamos al sarampión del misticismo.

—¡El sarampión! No está mal llamarlo así. ¿Y no te ha dejado marcas, Gabriel?

—Tal vez me hayan quedado cicatrices. Lo que ha existido alguna vez continúa existiendo de algún modo.

—Es verdad.

Pausa. Un suspiro—no se podría decir si por al mal tenido o por el bien perdido—y otra pregunta, precedida de una sonrisa:

—¿Te acuerdas de las misas que cantabas en la salita de tu casa? Tenías una bonita voz, me acuerdo bien. Las misas que nosotras: tus hermanas, tus primas y yo te oíamos con tanto fervor.

—Bueno. Eso del fervor tuyo no puedo admitirlo, pues bien recuerdo que no hacías sino burlarte del oficiante. Con todo y su bonita voz.

Por el rostro de Maigualida pasó una sombra, que no era la de su duelo, sino una sombra mala, la de un recuerdo ingrato, odioso, tan abominable que toda la desgracia de su vida se desprendía de allí. Hizo un gesto duro al reprimirlo y luego, volviendo a sonreir:

—Burlarme, no. ¡Dios me librara! Con lo quisquilloso que eras.

—Reírte, por lo menos.

Y se quedaron mirándose en silencio.

—¿Sabes por qué? ¿Recuerdas que te llamábamos el *Padre Dóminus Vobiscum,* porque casi toda la misa se te iba en cantar eso solamente?

Entre tanto, Rosa María, Eufrosina y Manuelito, separados de Maigualida por otros tres hermanos muertos, habían estado mirando alternativamente y en silencio a los que sostenían aquella conversación sencilla y a la vez extraña; pero en sus miradas no apareció la malicia sino cuando Marcos Vargas, a las últimas palabras de Maigualida, agregó:

—Para tener pretexto de volverse a mirar alguna de sus devotas que le gustaba un poquito, ¿verdad?

—¿A pesar de su misticismo?—exclamó Maigualida, sonrojándose.

—Con todo y su bonita voz, como él mismo dice ahora. No era bribón el curita, sin ser todavía cura de veras.

Risas, los sollozos de la viuda—esta vez no quizá por el marido muerto sino por la hija que no podía amar—, un suspiro de ésta, efluvio de la flor de la sangre que acababa de reventar en sus mejillas y ya se desvanecía y la tácita reconvención con el cantarino acento:

—¡Mamá!

Despidiéronse Gabriel y Marcos. Salieron a la calle oscura, llegaron en silencio hasta la esquina, allí dijo el segundo:

—Bueno. Yo me quedo por aquí.

Y Gabriel Ureña continuó solo, que era como deseaba estar.

Las palabras de Maigualida lo habían hecho recordar los tristes años de su adolescencia, cuando a raíz de la muerte de su madre, pequeñas flaquezas de su alma—timidez amargura de su mal parecer, dolor de su pobreza—tomaron forma de grandes anhelos.

Fueron, sin embargo, los preciosos momentos de la in-

quietud interrogante, la hora viva en que debía decidirse su destino; pero le faltó quien lo ayudara a interpretar las misteriosas señales, pues quien esto pretendió, aquella tía de espíritu simple mencionada por Maigualida, apenas supo decirle:

—Es Dios que te llama a su santo servicio.

El creyó de buena fe o con toda ingenuidad y paramento de velas ansiosas su barca ilusionada para el gran viento divino; pero como sólo le dieron candorosas explicaciones y prácticas superficiales, un día, de pronto, y a lo mejor de la bordada, amainó Dios, flamearon un poco las velas vacías y luego se quedaron quietas. Y esto sucedió a la altura de los dieciocho años, sin cabo de las tormentas a la vista, una tarde serena de un día vulgar.

Las cosas, realmente, ocurrieron así: era día de jubileo papal o algo por el estilo, se ganaban indulgencias plenarias entrando en la catedral, rezando un padrenuestro, saliendo hasta la puerta mayor, volviendo a entrar para otro padrenuestro y una vez más para un tercero. Ya había rezado el primero, con mucha unción, y estaba en la puerta—el sol de la tarde doraría los árboles de la plaza vecina, acaso habría trinos entre el ramaje, pero esto no tenía importancia—, debía penetrar de nuevo en el templo y ya lo hacía, en efecto, cuando de repente se formuló esta interrogación:

—¿Esto qué es? ¿Qué estoy haciendo yo?

¿Acaso las discusiones con los amigos incrédulos, los argumentos de éstos, más sólidos y mal rebatidos por él, las burlas, incluso, porque creía a pie juntillas en el mito del pecado original, con manzana verdadera y serpiente tentadora? ¿El efecto a distancia del regusto de vergüenza involuntaria que entonces le dejaron sus propias palabras, textuales sinrazones con que lo defraudara el maestro que así correspondió a su actitud interrogante? ¿O acaso, simplemente, la invitación no aceptada que hacía poco le había hecho un amigo para ir al teatro aquella misma tarde?...

Cierto que para esa época ir al teatro era placer que no se lo permitía su pobreza; pero de todos modos ni en esto ni en la manzana estaba pensando cuando se hizo aquella pregunta, en seguida de la cual púsose el sombrero y echó a andar, calle adelante, ya sin el divino compañero. Pero ya sin rumbo también, ni deseo de buscarlo por otros horizontes, porque había sido defraudado por la vida y el despecho le devastaba el corazón. Y fue entonces la barca al garete, desganadas de viento las velas tendidas, sueltas las escotas...

Mas no era la fe lo que ahora echaba de menos con aquellas nostalgias, sino la hora viva de su voluntad, en que, sin embargo, no se decidió su destino. Una pregunta afectuosa acababa de devolvérsela muerta... Breve hora dulce de unos años tristes, en que fué también soñador por la gracia del regalo del tío.

PROMESAS

En la antesala, la octava noche que fue de apretada condolencia, ya quedándose sola la familia, permanecieron un rato los ojos bajos y las bocas mudas. Luego la viuda suspiró y mumuró:

—¡Bien! Ahora cada cual a su vida y nosotras...

Luego Gabriel se puso de pie, estrechó en silencio las manos, abandonó la suya un rato al apretón expresivo con que la señora Ladera le manifestaba su agradecimiento y tal vez algo más mientras le decía:

—No nos olvide.

Prometió que continuaría yendo por allí cada vez que no estuviese de guardia y se retiró, acompañado de Maigualida hasta la puerta del zaguán, donde ella le dijo:

—Te hice señas de que te quedaras para último porque tenía algo que decirte. No te imaginas cómo te agradezco la compañía que nos has hecho en estos días. Yo, espe-

cialmente. Pero te suplico, y no lo tomes a mal, que no vuelvas por aquí sino muy de tarde en tarde.

—Acabo de prometer lo contrario.

—Sí. Ya lo he oído. Mamá y todos en esta casa desearíamos verte con frecuencia; pero no puede ser, porque ya por ahí se anda diciendo que fuimos novios cuando estuve en Caracas y que hemos reanudado nuestros amores.

Había comenzado a decir esto con pleno dominio de sí misma, pero concluyó sonrojándose ante la mirada de Ureña y le pareció larga la breve pausa que éste dejó transcurrir antes de replicar:

—Ya se convencerán de que no hay tal.

—¿Crees?

Desapareció de pronto de la boca escéptica el gesto irónico que acompañó las palabras confiadas y por esto y por algo que ya no sucedía en ellos, agregó en seguida:

—Aunque así fuere, que no será. Mira. Vuélvete con disimulo. En la casa de enfrente están espiándonos por la rendija de la entrepuerta.

Ureña sólo advirtió que la cerraban completamente y Maigualida prosiguió:

—Se han quitado al verse descubiertas. Las mismas que acaban de despedirse de mí con besos y abrazos. ¡Este pueblo...!

—¿Cuál no es así?

—Es cierto. Pero también lo es que ya mis amigas de enfrente podrán decir que tienen la prueba de que, efectivamente, somos novios: nos han sorprendido hablando solos en la entrepuerta. Y a los ocho días justos de muerto papá. ¡De asesinado por causa de otros amores míos!

—Tal vez les concedas demasiada importancia a esas posibles murmuraciones—repuso Ureña, tratando de ocultar el profundo disgusto que le habían producido las últimas palabras de Maigualida—. Ya se cansarán de fisgonear y de murmurar. Aquí, como en todos los pueblos como éste,

el prójimo es el único espectáculo pero para distraerse es necesario variar. Hoy nos toca a nosotros dar la función; mañana la darán otros. Deja estar, que es dejar pasar.

—No. Si no creo que sea mala la intención de ese espionaje. Es decir, deliberadamente mala. Pero no le concedería importancia, pues al fin y al cabo espiados y vigilados por los demás, siempre tendremos que vivir, aquí o allá, mientras no rompamos totalmente con la Humanidad, si en este caso no hubiera algo especial, muy desagradable de tratar, como comprenderás, pero que no debo ocultártelo. Ya mis amigas—no esas de enfrente, sino las de al lado, que también me quieren mucho—me han traído el cuento de que por la calle se dice—fíjate bien: ¡por la calle, por donde juega el viento con las basuras!—que pronto se les volverá a presentar trabajo a los espalderos de José Francisco Ardavín, si no a él mismo en persona. ¿Te explicas? ¿Sabes ya?

—Sí—respondió Gabriel.

Ahora se explicaba también por qué se había empeñado Marcos Vargas, aquella misma tarde, en que aceptase el regalo que quería hacerle de su revólver, por haberse comprado otro, díjole. Tuvo que aceptárselo, atribuyendo el móvil del obsequio al deseo de darle una muestra de amistad con prenda que hubiese sido de toda su estimación y accedió con la sonrisa irónica en el rostro, mientras Marcos le hacía prometerle que lo llevaría siempre consigo, como era prudente por allí en todo caso, salvo que en esto no lo complacía en ese momento, ni pensaba complacerlo.

—Es odioso, ¿verdad?—insistió Maigualida, que para hablar de aquello había tenido que sobreponerse a las más íntimas delicadezas de su alma.

—Realmente odioso.

Pero de la absurda conjunción de circunstancias por partes iguales e indiscernibles, lo íntimamente deseado y

lo que de algún modo tenía que ser ya contagio del ambiente saturado de afirmaciones de hombría, apareció en boca del razonable Gabriel Ureña esta pregunta que interrogaba y desafiaba al callado amor y al brutal Destino:

—Pero ¿si prefiriera hacer precisamente lo contrario de lo que me aconsejas?

Bajo la mirada fija en sus ojos y ante la evidencia dulce y tremenda de lo que prometían aquellas palabras, manó un momento en silencio recóndito la fuente sellada. Un instante apenas, pero en el cual se insertaban, holgadamente, inolvidables días de quince años atrás, los del amor primero e inconfesado.

Mas en seguida se sobrepuso la que no podía amar sin dar la muerte.

—¡No, Gabriel! Te suplico que no vuelvas por aquí hasta que la gente se haya convencido de que no somos. no podemos ser, sino amigos. Nada más que buenos amigos

Y al cabo de una breve pausa mirando la sonrisa de la boca escéptica:

—Tal vez parezca inconveniente, por no decir otra cosa. que yo tome la iniciativa para rechazar lo que formalmente no se me está ofreciendo, pero ya he vivido demasiado para disimulos, a pesar mío y en todo caso me refiero a las habladurías de la gente, al odioso rumor que otra vez echa mi nombre a la calle. Prométeme lo que te pido.

—Prometido.

Volvieron a estrecharse las manos callando y mirándose. Suspiró Maigualida, y luego dijo:

—¡Adiós, Gabriel!

—¡Adiós, Maigualida!

CHILDERICO TENÍA SU CORCEL

Salió a la calle donde ya reinaba la tenebrosa ausencia del alumbrado público. Anduvo unos pasos.

—¡Adiós, Ureña!—dijéronle desde una ventana sin luz en la sala—. Tenga cuidado con los tropiezos. Mire que la noche está muy oscura.

—¡Adiós, señorita!—repuso—. Se le agradece la advertencia y ojalá pudiera decirse otro tanto de la intención.

Se oyeron risas. Sonaron al cerrarse varios postigos de otras tantas ventanas.

Prosiguió su marcha. Advirtió que en la esquina se movían bultos de gente apostada y le cruzó por la mente una interrogación:

—¿Será posible?

Eran Arteaguita y aquel comerciante contra quien había sido librada la orden de pago que no llegó a hacer efectiva el *Españolito*. Estaban esperándolo hacía rato y el primero inició la presentación:

—El amigo...

—Hilder—dijo el presentado, adelantándose al nombre que fuese a darle el caraqueñito guasón. Era un sujeto metido en carnes que anadeaba un poco al andar y hacía ademanes muy personales moviendo los cortos brazos a la altura del abombado pecho.

—Soy tal vez, amigo Ureña—dijo en seguida de su nombre—, el último upatense que entra en su estimable conocimiento, no obstante el ser vecinos de calle por medio y frente a frente. ¿No es así?

Sí lo era. Frente a la oficina de telégrafos estaba la casa de comercio de C. Hilder & Co., denominada *Los Argonautas* y por las ventanas de la primera, siempre abiertas, ya había podido apreciar Gabriel Ureña los rasgos físicos de C. Hilder—que no se ponía ni nunca daba

su nombre completo por tener el de Ciriaco—, como también las muestras que le daba del buen deseo de entrar en su estimable conocimiento, con corteses inclinaciones de cabeza a la primera mirada cruzada en el día—el uno ante su aparato y el otro detrás de su mostrador—y luego con sonrisas afables cada vez que sus ojos volvían a encontrarse.

—Pero es que yo—prosiguió el comerciante—soy de mío respetuoso de las distancias y paciente en la espera de la fortuna.

Con lo cual quería decir que no se había atrevido a presentarse por sí mismo, pero que lo deseaba ardientemente. Ureña lo entendió así y le hizo gracia el "soy de mío". Tanta, que si hubiera tenido la costumbre de aplicar sobrenombres, con esa frase habría reemplazado para siempre la C. de Hilder. Por otra parte, ya conocía el apodo de Childerico que se le daba, creación del chistoso Arteaguita quien así leyó la firma de C. Hilder & Co., y bien le venía al dueño de *Los Argonautas,* sin que se pudiese explicar por qué. Ya la misma denominación de la casa era un poco extraña, pues habiendo dentro de ella todo lo que pudiese necesitar en un momento dado un upatense, carrero o no, no había nada que pareciera de uso exclusivo de navegantes, mitológicos o no

Mas si una casa de comercio puede ser denominada de cualquier modo y hasta hacer buenos negocios no siéndolo en absoluto, en cambio, los apodos o remoquetes para tener fortuna requieren ser de alguna manera apropiados. En Upata no eran tal vez muchos los que tenían conocimiento de los Childericos históricos e incluso era ya bien extraño que Arteaguita, que según propia confesión no había pasado de oficial de sastrería, hubiese llegado a conocerlos Pero ¡ahí del genio! A C. Hilder & Co., firma ostensible en la fachada de *Los Argonautas* hacía varios años, le convenía el nombre histórico y el aplicárselo fué obra de un *improntu.* En el patio de la casa de comercio cultivaba

C. Hilder con amor un jardín con cuyas flores regalaba a las personas que acabaran de serle presentadas. El jardín no era, propiamente, sino una aglomeración de matas de rosas, malabares, novios y jazmines, las más de ellas en latas que habían sido de caramelos de los Alpes o de manteca de cerdos de Chicago, pero allí florecía y allí fué llevado Arteaguita. No hizo sino verlo, después de haber leído la firma comercial en la fachada, cuando ya tenía el retruécano afortunado.

—Está bonito el jardín de Childerico.

Desde la oficina de telégrafos era visible este jardín, ante el cual formaba tertulia el buen humor de Upata, pues para mantenerla tenía Childerico en su tienda el mejor *brandy* que por allí se paladeaba y servido a un precio que no admitía competencia, ya que no lo importaba para lucrarse sino para darse el gusto de cultivar amistades, sobre todo entre los forasteros, departiendo con ellos sin perder de vista su negocio. Ureña no había penetrado todavía en aquel círculo; pero en aquel jardín había ya una flor para él y la más hermosa de todas, por razones que se reservaba Childerico.

Ahora éste se proponía servirle de escolta en compañía de Arteaguita, y lo manifestaba de este modo:

—Caminemos, si prefiere usted el movimiento al reposo. Barrunto que usted va para su casa, como yo para la mía, que es otra manera de designar la suya, y...

Había que oírle a Childerico pronunciar esta copulativa final: la emitía como un hipo y la acompañaba moviendo los brazos con un ademán de "pase usted adelante".

Y echaron a andar. Childerico produciéndose en "soy de mío" y "barrunto" y Arteaguita mordisqueándose las uñas nerviosamente y explorando las tinieblas que los rodeaban con tanta insistencia que para tranquilizarlo aquél hubo de interpolar entre sus rebuscadas frases ésta sencilla y rápidamente pronunciada:

—Ya se fueron.

No se habían alejado mucho de la esquina cuando otra voz surgió de la oscuridad envolvente, en la cual se destacaba una voluminosa sombra blanca en el umbral de un portón. Una voz cachazuda, de hombre viejo, gordo y bondadoso:

—¿Qué hubo, Ciriaco?

—Nada, general—respondió Childerico, a cuya tertulia pertenecía aquella voz—. Vamos bien.

—Me alegro—dijo la sombra y se metió en su casa.

—Vamos bien—murmuró Ureña—. ¿Luego se esperaba que no lo fuéramos?

A lo que repuso Childerico, produciéndose:

—¡Esperar! ¡Cuán profundamente humana es esa palabra! ¿Verdad? La vida no es sino esperar: se espera cuando se teme, se espera cuando se quiere. ¡Siempre se espera!

—Pero quizá el amigo Ureña—intervino el guasón de Arteaguita—no se esperaba todo eso.

—¡Quite usted, amigo Arteaga!—exclamó Childerico—Hay horas de chistes y horas de palabras graves. Yo soy de mío inclinado al buen reír, pero quizá el amigo Ureña no lo sea tanto y va usted a violentar su naturaleza obligándolo a celebrarle esos juegos de palabras que lo hacen a usted tan estimable y tan agradable... ¿Ve usted, Arteaga? ¡El amigo Ureña se ríe a carcajadas! ¡El, que de suyo es una persona dulcemente grave! Oigalo usted. ¡Fíjese, Arteaga, en lo que ha hecho! ¡Los extremos a que lo ha obligado!

—No lo haré más—prometió el chistoso—. Estoy profundamente arrepentido.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Hay que reir! ¡Hay que reir! Pero decía usted, amigo Ureña... O mejor dicho: murmuró usted una frase, repitiéndola, que tal vez lo hizo pensar muchas cosas. "Vamos bien", fue la frase. En realidad, no es sino

una manera nuestra de contestar al saludo que se nos dirija; pero penetrando hasta el fondo de la cuestión, hasta el sentido oculto que tienen todas las cosas, aun las más triviales, hay ciertamente algo de..., ¿cómo diremos?..., algo de santo y seña en ese "vamos bien" con que nos reconocemos en la oscuridad de la noche—que no es sino una materialización de los misterios de la vida—los amigos errantes por ella a la buena de Dios. ¿No le parece?

Pero otra voz, que partió de un grupo detenido en la otra esquina, relevando a Ureña de la obligación de manifestarle su parecer, ocupó la atención del singular comerciante:

—¡Bueno, pues!—dijo la voz anónima.

Y Childerico respondió, como a otro santo y seña:

—Bueno, pues.

Y dirigiéndose otra vez a Ureña:

—¡Sí! ¡Cómo no! Y acaba usted de oir otra frase que, tomada al pie de la letra, no dice nada. Pero ¿qué quiere usted, amigo mío? ¡Si la vida está llena de cosas sin sentido! Ella misma no lo tiene de suyo muy claro. ¡Sin sentido aparente, entendámonos! Porque en el fondo de todo hay siempre un gran sentido oculto. ¡Sí, sí! ¡Cómo no!

A Gabriel Ureña comenzó a parecerle que Childerico fuera, en el fondo del comerciante aparente, filósofo del sentido oculto, cosas que suelen darse en pueblos semejantes; pero más todavía le pareció que, a causa del rumor callejero de que le hablase Maigualida, hubiera puesto en movimiento a todos sus amigos—aquel general, este grupo que acababan de encontrar y otros que probablemente estarían apostados más allá—en espera del golpe alevoso de Ardavín que se cerniera sobre su cabeza y tal vez sólo para darse humos de defensor de vidas en peligro. Y esto, quitándole toda gana de agradecérselo, lo puso a punto de

estallar, pues en todo aquello con lo trágico se mezclaba lo grotesco y a él lo ponía en ridículo.

Pero cuando ya iba a estallar observó que Arteaguita se devoraba materialmente las uñas, a tiempo que echaba miradas recelosas hacia las bocacalles propicias a la emboscada y fue de risa el estallido al considerar a su paisano recluta remolón del ejército de Childerico.

—¡Arteaguita!—exclamó—. ¡Que va a quedarse usted sin uñas!

—Es verdad—aceptó, golpeándose rabiosamente con una mano la que así se dejaba roer—. ¡Maldita sea!

Y sin embargo era Arteaguita quien había puesto en movimiento aquella tropa alerta.

Momentos antes, ya enterado del rumor callejero, al pasar por la esquina próxima a la casa de las Laderas, había visto allí dos hombres que le parecieron sospechosos y dirigiéndose en seguida a *Los Argonautas*, de donde acababa de retirarse, dio la voz de alarma como de cosa perfectamente averiguada:

—Esta noche asesinarán a Gabriel Ureña si no acudimos a evitarlo.

Childerico se lo creyó por completo; el general de la voz cachazuda sólo en parte y por eso se limitó a esperar los acontecimientos en la puerta de la casa, cercana a la esquina, dispuesto a intervenir cuando fuera menester y en cuanto al grupo hallado más adelante, quizá no era sino de curiosos con perspectivas de tragedia.

Pero si Arteaguita iba realmente como recluta orejano, no era un forzado de Childerico, sino de aquella especie de divinidad sombría que reinaba en todos los espíritus sobre aquella tierra: el Hombre Macho que sabe jugarse la vida en un momento dado.

Desde la chuscada del fraile fantasma había quedado ante los upatenses en una molesta condición de inferioridad, muy peligrosa por otra parte para un presunto aven-

turero de la selva cauchera donde es el hombre el peor enemigo del hombre y para quitarse este *handicap*—como él decía—no sólo ante los demás sino ante sí mismo, para demostrar y demostrarse que era capaz de hacerle frente a un peligro cierto, dio crédito a lo que su imaginación excitada por las tinieblas de la calle le presentó como emboscados, como espalderos de José Francisco Ardavín esperando a Ureña para asesinarlo, fue a *Los Argonautas* por testigo de su valentía más que por defensores del amenazado y ahora lo escoltaba para que luego lo supiese toda la ciudad y se terminasen aquellas bromas que le daban y burlas que le hacían por el desenlace de la chuscada del fraile. Todo esto creyendo en su propia invención y atribuyendo ahora a simple mala costumbre el roerse las uñas.

—Tengo que quitármela—dijo, después de haberla maldecido—. Voy a ponerme ají en los dedos.

Ureña condescendió:

—Sí. Y del más picante, Arteaguita.

Childerico no caló la intención mordaz. Childerico era un pedazo de pan, sin malicia alguna, antes por lo contrario, con un corazón noblote, lleno de una cosa candorosa que podía parecer ridícula, pero que bien vista era bondad.

Y como Ureña había tomado la acera, propúsole:

—Caminemos por el medio de la calle donde hay menos peligros de tropezar y romperse la crisma.

—Y sin mirar las estrellas, porque encandilan y luego no se distinguen los baches—se le ocurrió a Ureña agregar, refiriéndose pura y simplemente a las del cielo y por modo de exageración de la oscuridad que reinaba en la calle.

Pero Childerico se apoderó de aquellas palabras y las proyectó sobre un plano donde adquirieran aquel sentido oculto que le agradaba encontrar en el fondo de todas las cosas.

—¡Usted lo ha dicho! Es peligroso contemplar las es-

trellas. Se corre el riesgo de cegar para siempre ante la oscura realidad de la vida. ¡Las estrellas! O sea el amor, el arte, la ciencia. ¡Cómo nos ciegan! Pero, al mismo tiempo, ¡qué divina ceguera, amigo Ureña! ¡Qué sublime encandilamiento! Aquí entre nos yo le confieso que soy uno de esos ciegos.

Ureña lo miró a la cara, socarronamente, y le pareció que aquel rostro, *de suyo* luciente por causa de cierto excesivo estiramiento de la piel y de un poco de rezumo de grasa, había adquirido una extraña fosforescencia. Y le dijo, refiriéndose a la ceguera que confesaba padecer:

—Pues lo disimula usted muy bien.

Arteaguita soltó la risa—lo cual suplió por el momento el ají que se proponía aplicarse a los dedos—a Childerico se le apagó la misteriosa lumbrada de la faz, y Gabriel rectificó:

—Quise decir que ha tenido usted buen cuidado de no dejarse ver el idealista que lleva por dentro, pues según lo que he oído decir, todo el mundo lo toma por un hombre práctico que maneja muy bien su negocio.

Pero ya Childerico había sido herido donde más le dolía y repuso:

—Tiene usted razón: lo disimulo bien, soy un buen comerciante y un buen hombre a quien se le hacen chistes y se le dicen cosas. Pero quizá algún día oiga usted galopar mi corcel. No será un Pegaso ni un Bucéfalo, pero yo tengo mi corcel y algún día lo jinetearé.

Ureña iba a manifestar que no lo ponía en duda, pero Arteaguita le quitó la palabra, con su buen humor recobrado:

—Siempre que no sea la Mula Maniá, ¿verdad, paisano?

Acabó de amoscarse Childerico.

—¿Usted qué sabe de esto, amigo Arteaga?

Y como en esto llegaban a la puerta de la oficina de telégrafos:

—¡En fin, amigo Ureña! Lo dejo en su casa. He cumplido un deber y he tenido un placer.

—Que no querría yo habérselo amargado—dijo Ureña, sonriendo.

—¡Nada, nada! Tuve una expansión de sinceridad, usted me correspondió con otra, metió baza el amigo Arteaguita, de suyo ocurrente siempre, y... No se hable más de eso y cuente con un amigo para cualquiera emergencia.

Y atravesó la calzada que lo separaba de *Los Argonautas* tienda y hogar de soltero—por enamorado de la imposible Maigualida, esto no lo sospechaba Ureña—y cuadra de su corcel.

Aunque Arteaguita le aseguró a Ureña, empinándose para hablarle al oído:

—No tiene caballo. Eso es mentira. Yo he registrado toda la casa.

Luego se dirigió a la posada y Ureña entró en su casa, pensando con leve ironía en el oculto sentido de las cosas ocurridas aquella noche.

Pero ya en su habitación, al desnudarse, soltó de pronto una carcajada, porque acababa de representarse a Childerico fosforescente, jineteando su corcel por los aires tenebrosos.

Y se preguntó:

"¿Cuál será el corcel de Childerico?"

VIII

LA BORDONA

Alta noche amparaba el idilio furtivo por el postigo de la ventana. Allá dentro, patentizando el sueño desprevenido, el bronco rumor marino de los ronquidos de *musiú* Vellorini afuera, la ausencia alcahueta de alumbrado público en la calle solitaria, el alto cielo de tinta china, el grandioso universo infinito de las constelaciones del trópico y las estrellas fugaces, madrinas del instantáneo deseo que se les confiara.

—¿Qué le pediste a la exhalación?—preguntaba Aracelis.

—¿Qué iba a pedirle—replicaba Marcos—, si ni la vi siquiera?

—¿Por estar contemplándome a mí?

—¡Por eso!

—Pues yo sí: que nos conserve toda la vida junticos, así como estamos en este momento.

—¿Balaustres por medio?

—¡Es verdad, chico! Se me olvidó ese detalle. Ya le advertiré que sin ellos a la primera que vuelva a pasar.

Aracelis se iniciaba en el amor con la misma impetuosa ingenuidad de aquel arrebato en la Laja de la Zapoara y ponía tanto fuego en sus palabras que ya Marcos había recurrido a una muletilla para apaciguar aquel chisporroteo de inflamadas ternezas.

—¡Apaga, Bordona!—decíale, dándole el sobrenombre familiar que por allí se les aplica a las hijas menores—. ¡Apaga, que nos quemamos!

Le contaba su vida, a lampos de la imaginación saltarina, bisbiseado de prisa el animado relato, él callando y contemplándola más que oyéndola. Una temporada en Niza.

—¡Qué fastidio, chico! Mademoiselle Vellorini para acá, mademoiselle Vellorini para allá. Señorita, ¿sabes? Porque esos muchachos franceses son muy písticos y puede una pasar con ellos tiempo y tiempo sin que le cojan confianza. Mientras que aquí—¡qué sabroso, chico!—apenas te conocen ya te tutean y te agarran y te zangolotean si te descuidas... ¡Sin balaustres! ¿Sabes?

—¿Qué es eso, Bordona?

—La exhalación, chico, que ya se me iba a pasar sin hacerle el encargo. A mis hermanas sí les encanta el modo de tratar de los franceses. ¡Ah! Antes que se me olvide. ¿Sabes que están furiosas contra ti? No te perdonan que hayas jugado a papaíto como lo hiciste la otra noche. Dicen que le faltaste el respeto, que lo pusiste en ridículo. A él y a todas nosotras. ¡Como ellas son tan pavas!

—Y ¿tú, qué opinas?

—Yo me morí de risa, chico. A papaíto también le hizo mucha gracia. ¡Oyelo qué sabroso ronca! Eso es el *brandy*, ¿sabes? ¿A ti te gusta beber? Haces bien, chico; no bebas nunca. Mamaíta vive regañándolo por eso; pero él... ¡Pobrecito, chico! Si le gusta su traguito antes de comida, ¿por qué se va a privar de él, verdad? ¡Tan lindo y tan querido que es mi viejito! ¡Oyelo cómo ronca! ¡Ah! ¡Que se me iba a olvidar! Tienes una cuenta pendiente conmigo: le dijiste a papaíto que él era el malo de los Vellorinis. Pero te equivocas, chico. Es tan bueno como papaote. Tío José, ¿sabes? ¡Yo los quiero tanto a los dos! Pero ¿qué estaba contándote? ¡Ah! Que el mismo papaíto fue quien trajo el cuento de la jugada tuya contra José Francisco Ardavín. Yo me morí de risa, como te digo; pero mis hermanas me formaron después una canfínfora y me dijeron que te lo celebraba tanto porque estaba enamorada de ti. Que ya me lo habían descubierto. Que cuándo no. Que como a mí me gusta tanto todo lo que sea vulgaridad. ¡Como ellas son tan písticas!

—¡Canfínfora, písticas! ¿Qué significa eso, Bordona?

—¡Babieca! ¿No sabes lo que es una canfínfora? Un regaño en cayapa como el que ellas me dieron. Y pístico es lo que te estás poniendo tú también, desde que te has hecho amigo de Gabriel Ureña, que habla con esa... prosopopeya. ¿No es así como se dice? ¡Y a propósito de Ureña! Dile que se deje de esa risita con que me mira cuando suelto alguno de mis disparates, porque se me va a hacer antipático y yo deseo quererlo mucho, porque es buen amigo tuyo—hace unas magníficas ausencias de tu persona—y porque va a ser primo mío, por parte de Maigualida. ¡Yo tengo una vista, chico!

—Le diré todo eso.

—Pero déjame seguir mi cuento. Me dijeron mis hermanas que ya se habían fijado en ciertas cosas y se las iban a soplar a papaíto. Que habían reparado en que me pongo pálida y me azoro toda cuando oigo mencionarte. Porque es verdad, chico: en cuanto no más oigo decir Marcos Vargas, ya eso es conmigo y empieza a salírseme el corazón por la boca. De tal modo que de esto me va a resultar una aneurisma, por lo menos, y de repente me voy a quedar muerta como una pazguata. ¡Pero es que te quiero tanto, chico! ¡Tanto, tanto, tanto!

—Apaga, Bordona, que ya la ventana está echando humo.

—¡Odioso! ¡Bicho antipático! ¡Me dan unas ganas de matarte cuando me sales con eso! Es que tú no me quieres como yo a ti. Ya estoy viendo que voy a ser muy desgraciada, porque tú todo lo tomas a broma. ¡Mentira, chico! Voy a ser la mujer más feliz de toda la redondez del mundo. ¡Déjame tocar madera! Si de sólo imaginarme que pueda sucederte algo ya estoy como loca. ¡No te figuras lo que me hace sufrir la idea de que ese bandido de José Francisco la coja algún día contigo! No te metas con él, chico. Prométemelo. ¡Júramelo! Mira que ese hombre

es muy traicionero. ¡Mi pobre padrino Ladera! Pero te digo también otra cosa: te tiene miedo. Papaíto dice que le metiste las cabras en el corral. ¡Lo orgullosa y oronda que me pongo cuando oigo decir que tú eres un esto y un aquello! Pero tú eres malo, chico. ¿No ves eso que le hiciste al pobre *Españolito?* Porque no me vengas a decir que no fuiste tú el de la ocurrencia de los tiros.

—No te lo diré.

—Yo te conozco mucho, aunque apenas tenemos unos días de amores y unos raticos de conversación. ¿Por qué será eso, chico, que cuando una está enamorada todo lo ve clarito? Tú te quedas callado, como ahora, por ejemplo, y yo veo clarito lo que estás pensando.

—Di, a ver.

—Que soy loca.

—Acertaste, Bordona.

—¡Odioso! ¡Bicho repugnante! No sé ni cómo he podido enamorarme de ti. Primero, ni caso me hiciste cuando la cachetada y ahora, ¡gracia que me llames Bordona! Porque fuera de ésa, todavía no te he oído la primera palabra cariñosa.

En efecto, a Marcos Vargas se le atragantaban las ternezas. Estaba enamorado de ella, le parecía la más linda de todas las criaturas, la única apetecible entre todas las mujeres y se deleitaba en contemplarla; pero también parecíale que no era de hombres demostrar ternura ni manifestarse enamorado de mujer alguna como no fuese por los modos violentos del apetito de posesión. El amor que le inspiraba Aracelis era puro y delicado, pero el rudo ambiente viril en que se delineara su carácter impedíale ya exhibir la porción fina de sus sentimientos y sólo el buen humor podía dulcificar la aspereza a que debiera inducirlo su bronco concepto de la hombría.

Mas no era solo Marcos, sino también la misma Aracelis quien en el fondo del alma así sentía, a fuerza de oir,

no obstante su escasa experiencia, lo que allí se reputaba por hombre cabal y verdadero. Y como tenía la imaginación ardiente junto con el temperamento de la amorosa lo masculino mientras más rudo, más fascinante le resultaba.

La Bordona se iniciaba en el amor con alma ingenua y sangre aventurera.

"MUSIÚ" VELLORINI TOMA MEDIDAS

Pero por allí también vigilaba el vecindario.

—¿Sabes la noticia? Que frente a la casa de las Vellorinis está saliendo un espanto.

—¿De veras? ¿Será una sombra blanca que me pareció distinguir la otra noche parada frente a una de las ventanas?

—¡La misma que viste y calza!

—¡No me digas, chica! ¿Será que también allí hay dinero enterrado?

—Enterrado, quizá no; pero dinero hay. ¡Y bastante!

Y un día recibió Francisco Vellorini un anónimo con tales insidias.

En cuanto a refranes y modales don Francisco era criollísimo, pero como en sus planes no entraba consentir en que sus hijas se casaran con criollos, apenas recibió aquel anónimo y le caló la intención cuando tomó una determinación que para ese año tampoco entraba en sus planes.

—Berenice—díjole a su mujer—, ¿no te parece, hijita, que sería bueno que mandáramos a las muchachitas a pasar este verano en Niza, para que se distraigan un poco de esta pena? La gente joven no tiene por qué entregarse tanto a los duelos como nosotros los viejos, que ya tenemos el corazón hecho para el sufrimiento. Digo mandarlas, porque yo no podré alejarme de aquí en estos momentos, entre otras cosas, por causa de la administración de los bienes de Manuel, que María quiere entregármela, como ya sabes,

y porque tú, que nunca has querido decidirte a atravesar el mar, menos querrás hacerlo ahora.

Nada podía parecerle tan inoportuno a Berenice como la separación de las hijas en aquellos momentos aflictivos, sobre todo la de Aracelis su predilecta, por más amorosa y más suya, más de su sangre y su tierra, pues las mayores se inclinaban hacia lo paterno extranjero y no tenían aquella bondad comunicativa de la Bordona; pero ya Berenice sospechaba de dónde vendría aquella determinación intempestiva—pues aunque el marido le diera la forma de una consulta, conforme a su costumbre de contemporización conyugal, no era en realidad sino cosa ya decidida por él—y como en este caso para nada valdría su parecer en contra, se limitó a preguntar, ya resignada:

—¿Y con quién piensas mandarlas?

—Podríamos confiárselas a José. ¿No te parece? José está necesitando un viajecito a Europa, pues no anda bien de salud aunque se empeña en ocultarlo. Serán tres o cuatro meses que se pasan pronto. ¿No te parece?

—¡Qué ha de parecerme! Que ya tú lo has resuelto así.

—Después de haberlo pensado bien. No te quede duda, hijita. Ustedes las madres, por ser más amorosas resultan más egoístas. Dicho sea sin intención de censurarte el natural deseo de tener contigo a tus hijas en estos momentos.

Y aquel mismo día, a José, que con motivo del duelo hallábase en Utapa:

—He decidido que te des un paseíto por Europa en este verano. Prepárate para embarcarte, junto con las muchachitas, en el próximo vapor francés que pasará por Trinidad alrededor del veinte de este mes.

Pero si aquí se repetía el caso de Berenice sumisa a la voluntad de don Francisco, no lo era sin protestas y gran aparato de rebeldía.

—¡Cómo! ¿Que has decidido tú que yo...? ¡Hombre! ¡Ya esto no se puede tolerar!

Y el bueno de José, que por malo pasaba, acompañó sus palabras con gestos y ademanes del todo semejantes a los de la verdadera indignación.

Pero Francisco le repuso reposadamente:

—Como que si te lo propongo o te lo aconsejo, simplemente, me responderás que no puedes desprenderte de los negocios. Pero es necesario que te tomes unas vacaciones. como lo hice yo el año pasado. No andas bien de salud, por más que te empeñes en ocultarlo, y no hay que matar la gallina de los huevos de oro. Además, ¿por qué no decírtelo? Necesito quitarle de la cabeza a la Bordona unos amorcitos que parece tener con ese Marcos Vargas.

—Que es un mozo muy simpático—interrumpió José con viveza, acaso por simple espíritu de contradicción al parecer del hermano.

—A mí también me lo parece—dijo Francisco—pero para novio de mi muchachita aspiro a más y mejor. Y como no quiero estar regañando con ella, que tiene su genio y por las malas trata de salirse con las suyas, he decidido alejarla de por aquí hasta que se le pase la ventolera.

—¿Y me has escogido a mí como verdugo de la muchachita?

—En todo caso el verdugo sería yo.

—De todos modos, no cuentes conmigo. Además, no quiero hacer ese viaje. No lo he decidido yo. ¡Yo! ¿Comprendes? Ya estoy hasta la coronilla de no hacer sino lo que a ti te dé la gana. Y de ahí no paso. ¡Ya está! ¡Ya estallé!

Pero aquellas bravatas eran como cosquillas para don Francisco, que tanto lo amaba como bien lo conocía y después de reírselas díjole:

—No te sulfures, que no es para tanto.

—¿Cómo que no? ¡Y para mucho más! ¡Hombre! ¡Si todavía le parece poco! José para todo lo desagradable: para negar el crédito, para apretar al cliente que se atrasa

en los pagos y ahora para servirle de verdugo a la pobre muchachita. En una palabra: para pasar la dentera mientras tú te comes la naranja.

—¡Hombre!—exclamó el hermano, bromista—. Es la primera vez que te oigo emplear un refrán de esta tierra.

—¿Sí? Pues ya me vas a oir el segundo.

Pero desistió de emplearlo o en realidad no había pensado en ningún otro cuando así dijo y continuó como venía, aunque ya amainando:

—¡Hombre! ¡Acabáramos!... "¡Prepárate para que te embarques!" ¿Qué es eso de prepárate? ¿Por qué no me dices: "Mira, José: he resuelto esto y querría que tú..."?

—Pues hazte cuenta de que te lo he dicho así y basta.

—¡No! No basta, no basta. Porque yo no puedo preparar un viaje, como tú pretendes, para el próximo vapor.

—O para el siguiente. No hay prisa, después de todo.

—No, no. Tampoco. Ya te he dicho que conmigo no cuentes para eso... ¡Es que no puede ser! ¿Acaso un viaje a Europa se prepara en...? ¡Mira, no me hables más de eso! Hazme el favor. Ya me has amargado la venida a tu casa. ¡Eso es! Yo no hubiera querido decírtelo, pero ya está dicho. No lo tomes a mal.

Y salió del almacén donde esto ocurría, gesticulando y hablando a solas, dispuesto a regresar inmediatamente a Tumeremo.

Francisco se quedó murmurando, como de cosa sabida:

—¡Ah José! ¡Quién lo oyera!

Bañada en llanto encontró el cascarrabias a la sobrina predilecta, para quien especialmente atesoraba con amor sus ganancias, apenas quitado de ellas para otros afectos lo que se comía el gato negro de los ojos verdes, sobrio y célibe como él, aunque no por su gusto lo segundo.

—Ven acá, Bordona—díjole, haciéndola sentarse sobre sus piernas—. No llores más, hijita, que vas a ponerte fea.

Yo te llevo y te traigo. Cuenta conmigo. No serán sino unos tres o cuatro meses.

—¡Tres o cuatro meses! ¿Acaso no sé lo que se propone papaíto?

—Oye otra cosa, hijita. Es conveniente que hagas ese viaje, pues así pondrás a prueba el cariño de tu novio. Quiera o no, tu papaíto no puede sino procurar tu bien. El sabe lo que hace. Siempre es bueno, cuando se tienen amores, ausentarse por algún tiempo. Así podemos cerciorarnos de si es cariño efectivo el que nos tienen o capricho pasajero.

—¡Tú qué sabes de eso, papaote, si nunca has tenido novia!

Y los sollozos se le convirtieron en risa mientras el tío otorgaba, moviendo desconsoladamente la cabeza.

—¡También es verdad, hijita! ¡También es verdad!

Pero Francisco Vellorini sabía hacer sus cosas y por otra parte no le faltaba buena voluntad respecto a Marcos Vargas y así ya estaba proponiéndole a éste:

—Bueno, pollo. Ya es hora de que hablemos un poco de negocios. Como sabrás, la viuda del compadre Ladera me ha suplicado que me encargue de la administración de sus bienes. Desde luego el negocio de tus carros continuará sobre lo convenido entre tú y Manuel: las mismas facilidades de pago que él te dio y las que yo pueda concederte siempre que las necesites; pero hablando de todo al mismo tiempo te manifiesto desde ahora que si no te conviene seguir en ese negocio, por esta o aquella circunstancia imprevista, yo estaría dispuesto a quedarme con los carros para el transporte de mis mercancías. Ya sé que los clientes que le ganaste a José Francisco no se han atrevido todavía a ofrecerte sus cargas. Esta no es una razón para que te desalientes, ni tú eres de los que salen cacareando en cuanto sienten el primer mamonazo pero de todos modos ya tienes abierta la retirada. Y pasemos a otra cosa. ¿No te

convendría, sin abandonar el negocio de los carros, encargarte del manejo de los hatos de Manuel? Es un trabajo que parece que te gusta: ya me lo dijo el compadre que en *La Hondonada* le habías ayudado a recoger un ganado, y tanto a María como a mí nos agradaría que quisieras hacerte cargo de todo eso, por lo menos mientras Manuelito llega a la edad de meterle el hombro a las fincas. Actualmente, ya lo sabes, es necesario recoger el ganado que se comprometió a entregar el compadre para el próximo viaje del *Cuchivero* y me harías un gran favor si quisieras prestarme tu cooperación.

—Cuente con ella—repuso Marcos—; pero para eso nada más. A don Manuel le debo favores y conmigo puede contar siempre su familia; pero como entiendo que usted me propone un empleo, mediante sueldo...

—¡Hombre! Tu tiempo vale dinero.

—Para la familia de don Manuel ni un centavo.

—¡Bravo, muchacho! ¡Bravo! Pero, como comprenderás, a título gratuito ni para María ni para mí puede ser aceptable tu cooperación. Por mi parte, quiero ayudarte, en eso o en mi empresa purgüera...

—Ni una palabra más, don Francisco. Mañana mismo salgo para *La Hondonada* a recoger el ganado vendido por don Manuel y cada vez que la familia Ladera me necesite estaré a su orden. En cuanto a la ayuda de usted, se la agradezco, desde luego pero ya sé por dónde corre el agua y no me interesa aprovecharla, además de que no he nacido para empleado. El dinero no es lo que más interesa en el mundo, es bueno que usted lo sepa, don Francisco, pero si algún día he de tenerlo quiero debérmelo todo a mí solo. Esto mismo de los carros, que ya ha cambiado de aspecto, no me está gustando mucho, y si no le cojo la palabra que acaba de ofrecerme es por lo de retirada que ha dicho usted. En efecto, estoy tropezando con dificultades, pero ellas son, precisamente, las que no me permiten echar-

me para atrás: por aquí metí la cabeza y por aquí tengo que salir adelante. En último caso y si quedo endeudado, mientras haya un río por donde bonguear... ¿No fue así como empezaron los Vellorinis, *musiú* Francisco?

—¡Así fue! Y aquí está *musiú* Francisco, diciéndote: "Tú y yo para los que salgan, Marcos Vargas."

—Muchas gracias, le repito; pero vamos a ver si puedo yo solo contra ellos. Y déme de una vez la autorización escrita para el caporal de *La Hondonada.*

Y así terminó la entrevista con la cual quiso poner en práctica Francisco Vellorini el proverbio de "Al enemigo, puente de plata".

"Después de todo—se fue diciéndose Marcos Vargas—tengo que agradecerle que se lleve a la Bordona. Por este camino mejor es andar escotero."

Y lo decía sinceramente, pues si el dinero no era lo que más le interesaba, tampoco lo era el amor. Y no estaba mal ir quedándose solo por su camino y ante la vida.

EL MUNDO DE JUAN SOLITO

Al llegar a *La Hondonada* díjole el encargado de la pulpería del hato:

—Por aquí estuvo Juan Solito a devolver la libra esterlina que le pagó adelantada el difunto don Manuel, para que le matara el tigre que le estaba comiendo los mautes.

—¿Y eso por qué?

—Voy a repetirle sus propias palabras. Se presentó por aquí de mañanita, después de haber estado dos noches en el veladero sin que el tigre apareciera y me dijo, entregándome la esterlina —"Aquí está esto que ya no es menester que lo tenga Juan Solito." —"¿Y eso por qué?", le pregunté, como usted ahora a mí, y me contestó: —"Porque ya don Manuel está montando guardia por lo suyo y el renco no volverá por su maute." Y como se me ocurriera

preguntarle por dónde estaba don Manuel, creyendo que realmente hubiera llegado, me dijo, ya dándome la espalda: —"Donde ya ustedes no lo pueden ver." Y no iría muy lejos cuando recibimos la noticia de la desgracia. Desde entonces tengo aquí la libra, esperando que alguno de los muchachos fuera para Utapa, para mandársela a la señora.

Sin duda que al hablar así no entendía el pulpero de *La Hondonada* referirse a hechos naturales y sencillos, en el sentido que estos términos podían tener para Marcos Vargas; mas para él las cosas ocurridas en el mundo de Juan Solito no eran propiamente sobrenaturales, ni siquiera del todo extraordinarias, puesto que para explicárselas—si realmente hubiera sentido alguna vez la verdadera necesidad de ello—le habría bastado decirse que el cazador era un hombre *faculto,* agregando, cuando más, "por haber vivido entre los indios".

Así también tenía que haber visto Juan Solito que ya no era necesario darle cacería al tigre, que no volvería por allí como en efecto no había vuelto.

Pero Marcos Vargas necesitaba asomarse de una manera consciente al mundo enigmático del cazador y procuró hacerlo en cuanto hubo terminado el trabajo que lo llevaba a *La Hondonada.* Tenía además motivos personales para desear una conversación íntima con el hombre "que había vivido entre los indios".

Preguntando por los ranchos del camino se informó del sitio donde podía encontrarlo y hacia allá se dirigió por una de aquellas trochas que se internaban en la montaña de Taguachi.

Allí estaba, en lo más intrincado del monte, sentado sobre una piedra, con la ociosa escopeta entre las piernas y la vista fija en el suelo cubierto de hojarasca donde se apoyaban sus pies descalzos, ni cazador de tigres en aquel momento ni tampoco espectador del paisaje, sino más bien como sumido en él. Era hacia el mediodía, las copas de

los árboles entrelazados cernían en torno suyo una luz verdosa que matizaba sus harapos a manera de musgo sutil, semejante al que cubría los troncos de los árboles circundantes, un aire de calidad vegetal florecido de mariposas azules, una de las cuales plegaba y desplegaba sus alas sobre el hombro del cazador, donde acababa de posarse. Y éste le preguntaba, sin levantar la vista de donde la tenía fija:

—¿Qué quieres? ¿Te cansaste ya de volá?

Sin lo cual se le hubiera creído totalmente ausente de cuanto lo rodeaba. Pero a Marcos Vargas, que acababa de detener su bestia frente a él, no se le escapó que aquello había sido dicho con alguna intención.

—Ya veo que siente la mariposa que se le para encima —dijo—y no al enemigo que se le acerca.

—El tenía que llegá, de tos modos—repúsole, enderezándose, pero sin alzar la vista—, pues por algo dejó su camino propio por la trocha ajena. Aunque cuando el juicio está por encima del hombre y no por debajo suyo, que es como debe estar, el hombre está sin juicio.

A Marcos Vargas le impresionó esta frase, le pareció profunda y no fue sin orgullo de haberle penetrado el sentido, que se apresuró a replicar:

—No veo por qué sea una muestra de falta de juicio coger la trocha de Juan Solito cuando se necesita hablar con él.

Pero Juan Solito no había querido decir tal cosa, precisamente. Incluso es muy posible que no hubiera querido decir nada, mas de todos modos no pareció agradarle la interpretación de Marcos.

—¡Jm!—hizo—. Las palabras son como los caminos, que cuando no se conocen piden baquianos. No basta decí: "Por aquí voy a reventá a tal parte"; es menester que tal parte esté en la punta del camino... Pero dice usté que ha

venío a hablá con Juan Solito y ya lo está logrando. Ya el hombre lo está escuchando.

Marcos sonrió y luego:

—Acaban de decirme en *La Hondonada,* que usted devolvió la esterlina que le pagó don Manuel Ladera para que le matara al renco.

—El trabajo no fue hecho; la paga no tenía razón de sé.

—Pero no teniendo plazo fijo el trabajo...

—¡Jm! Acabe de decí, joven, que a lo que usté viene es a que Juan Solito le explique la mano que le pasó velando al renco. Ya usté le escuchó decile al difunto Ladera que ese tigre era de historia famosa.

—Sí. Esas fueron sus palabras.

—Y éstas son las mismas. Juan Solito sabía del tigre lo que le contaron las güellas, pero la vista engaña cuando el corazón confía, y el hombre no podía decí sino lo que dijo: que el renco era un tigre que estaba tirando el zarpazo con la zurda. El no se equivocó cuando dijo que era con la zurda; pero es que habían cosas de por medio y Juan Solito, en ese entonces a que se está refiriendo. no cató de pensá en ellas. Esa es su culpa, si al caso vamos. No de adresmente, sino de que el juicio estaba entonces por encima del hombre y no en su debido puesto.

—¡Ah!—exclamó Marcos Vargas, creyendo haber encontrado la verdadera clave de la frase cabalística—. Ya entiendo. ¿Quiere decir usted que para juzgar de ciertas cosas...?

—¡Hum!—dijo el cazador interrumpiendo, socarronamente, pues de una manera general no le agradaba que se alardease de haberle penetrado sus entresijos mentales—. ¿Entiende y pregunta? Mejor será que siga escuchando, joven. Ya falta poco. Al hombre le dijeron que un tigre se estaba comiendo unos mautes, y sin más pensá fue y se dijo: "Ese es el renco." Pero resulta que no era un

tigre, sino un hombre que estaba tomando esa forma pa hacé un daño, y como Juan Solito fue y le amarró las güellas al tigre, conforme dejó prometío en ese entonces, quedó presa la forma, pero libre el hombre que bajo ella se ocultaba, porque uno es el procedimiento pa inutilizá al animal que no tiene sino instinto y otro pa postergarle el ímpitu dañoso a la criatura racional, y siendo asina las cosas conforme el arreglo que Dios les ha dado a ca una de sus hechuras, si no volvió a corré por *La Hondoná* más sangre de mautes, en cambio fue derramada otra, allá por San Félix.

—¿Quiere decir que Cholo Parima y el renco...?

Pero Juan Solito no le dejó concluir:

—Quítese esa costumbre, joven, de queré hablá por boca ajena. No pregunte lo que usté quiera decí.

—Lo que quise decir ya lo dije claramente en San Félix, donde acusé a Cholo Parima como asesino de don Manuel Ladera, mandado por José Francisco Ardavín, y eso ya no es un secreto para nadie; pero...

—Pero perdió usté su tiempo—volvió a interrumpirlo el cazador—. Como to el que se gasta en decí lo que no se quiere escuchá. Ya pasaron por aquí sus palabras, llevándoselas el viento.

Y resultó oportuna la interrupción, pues ya Marcos Vargas iba de cabeza hacia el abismo desde donde hablaba Juan Solito. Fue caso de un instante no más la ocurrencia insensata; ya no podría decir qué iría a agregar después de aquella palabra que le quitó de la boca el hombre de la superstición para comenzar su frase; pero quedábale la impresión de haber estado al borde de un cataclismo espiritual, hasta el punto que su corazón palpitaba aceleradamente y sentía haberse puesto pálido.

Acaso este trastorno reproducía el de la cólera que acompañó las inútiles palabras pronunciadas en San Félix y ahora recordadas, pero no parecía venir directamente de

allá sino a través de otra experiencia de sí mismo—no podía precisar cuál—arrastrando el légamo de un sentimiento oscuro y deprimente, depositado en su alma quién sabe cuándo, de donde podría resultar que tampoco toda la idea de riesgo correspondiese al momento actual.

De todos modos, lo cierto era que se había puesto pálido y así lo advirtió Juan Solito, en una de las furtivas miradas rápidas que solía dirigir al rostro de su interlocutor. Como todo iniciado en misterios, Juan Solito tenía que atribuirle a los suyos efectos perturbadores en el ánimo de los profanos, pero no le dio importancia a tal palidez y prosiguió desarrollando su pensamiento:

—Usté perdió su tiempo, sí señor, como Juan Solito el suyo, porque en ambos entonces el juicio estaba por encima del hombre—casi no es necesario advertir que a Juan Solito le había gustado su frase—, pero vamos a vé si Dios quiere que sea enmendá la plana. Ya están amarraos los pasos que no deben continuá libres, ya está postergao el ímpitu dañoso que fue mencionao en denantes, y ahora los pasos están siguiendo la forma del bejuco donde se atocan el principio y el fin. La cosa no tiene contra, pero en el silencio medra lo que en la bulla no prospera. Déjela en las manos de quien está y vuelva a cogé su camino por donde lo dejó, pues esta trocha aquí muere. Juan Solito necesita estar solo y callao en el monte tupío, velando las puntas del bejuco pa que el principio y el fin siempre se estén atocando.

Marcos Vargas comprendió y sonrió—ahora necesitaba mostrarse incrédulo—, pero como al mismo tiempo miraba en derredor, buscando el bejuco mágico con el cual ya estaban apresados en el círculo de la perdición los pasos de Cholo Parima, el cazador brujo agregó:

—No lo busque, joven, que no lo va a encontrá. Y acabe de dirse otra vuelta.

—Bien—admitió Marcos—. Pero ¿eso no tiene precio, Juan Solito?

—No, señor. Precio tiene un maute o un marrano y una esterlina pue sé buena pa librarlo del tigre; pero un hombre no tiene precio, contimás como don Manuel Ladera.

Y Marcos Vargas, ya marchándose:

—Bueno, Juan Solito. Que la cosa resulte y yo lo vea.

—¡Adiós, joven! Y van dos veces.

Y volvió a sumirse en su mundo abismal.

IX

LAS CARCAJADAS DE APOLONIO

Apolonio Alcaraván, jefe civil de El Callao, era un hombre simpático, o por lo menos en tal concepto lo tenían sus gobernados.

Llanote, expansivo, bromista, si nada escrupuloso para procurarse dinero por todos los medios que le deparara la autoridad que ejercía, nada tacaño tampoco para desprenderse de él cuando fuere ocasión de mostrarse espléndido. La mayor parte del tiempo se lo pasaba sentado a la puerta de la Jefatura, metiéndose con los transeúntes, dirigiéndoles chirigotas y celebrándoselas por su parte con unas clamorosas carcajadas que hacían sonreir a los vecinos.

—¡Mira, Manuelote! Por allá voy a mandar por la chocontana que me ofreciste para el macho que le compré al caureño.

—Yo no le he ofrecido nada, coronel—protestó el transeúnte, que era un hombrecito, y en aplicarle el aumentativo consistía la gracia simple y chocarrera de Alcaraván.

—¡Cómo no, chico! ¿Ya se te ha olvidado? Hazte ver esa memoria con un médico y mándame la monturita, que me está haciendo mucha falta. ¡Cuaj, cuaj, cuaj!

Y Manuelote, que nunca había pensado hacerle tal obsequio, víctima de la singular virtud de aquella carcajada cuyos sonoros abismos ya se habían tragado muchas cosas. sonrió y accedió:

—¡Bueno, pues! Si ya usted le ha puesto la vista, ¡qué se va a hacer! Será suya la chocontana.

—Otro te la habría quitado por las malas.

—También es verdad. Pero, de todos modos, no vuelva a enamorarse de lo mío.

—¡Cuaj, cuaj, cuaj!

Y Manuelote siguió su camino, lamentándose de la pérdida de su montura como de cosa fatal:

"¿Quién me mandaría a pasar por esta calle?"

Pero agregando en seguida:

"¡Ah, coronel, y lo sabroso que se ríe de sus picardías! ¡Si no fuera por lo simpático que es!"

Mientras Apolonio a su secretario:

—¡Ah, Bachiller! ¿Qué le parece? Ya tiene silla la bestia famosa.

—Y barata que le ha salido—repuso el secretario—. Ya he escuchado.

—Lo que viene liso no trae arrugas. Bueno ha sido desde el principio ese negocio del macho. ¡Cuaj, cuaj, cuaj!

Era uno que días antes le había ofrecido en venta un caureño tratante en bestias.

—El macho me gusta y además me hace falta—manifestó entonces Apolonio—. Pero sesenta libras esterlinas son mucho dinero para sacarlo así, como quien dice, de una manotada a la faja.

—Por eso no se preocupe, coronel—repuso el chalán—. Me lo paga cuando guste. Ahora voy rumbiando pa Tumeremo, pero estaré de vuelta el quince, si Dios quiere. De aquí allá será mucha la esterlina que habrá caído por aquí.

Llegó el día convenido y el secretario le advirtió:

—Acuérdese, coronel, de que hoy se vence el plazo del macho. Ya regresó el caureño.

—¡Ah, caramba, Bachiller! Es verdad. Y yo tan tranquilo... Pero hoy es sábado, día de la Virgen, que me va a sacar de este apuro. Mande esta tarde a los policías que se aposten a la salida de la mina y arresten sesenta negros de los más alborotosos. De esos que siempre están formando escándalos en la vía pública, cuando andan con plata en el bolsillo, contimás siendo oro de ley. Más vale prevenir que castigar, dice el manual del buen gobernante que usted está escribiendo en los ratos desocupados. ¿No es así, Bachiller?

El secretario cumplió la orden y cuando los mineros detenidos quisieron protestar en su trabalenguas de antillanos ingleses:

—¿Qué malo estaba haciendo yo, chico? ¿Por qué me mandaste arrestá con pulicía?

Aquél les repuso:

—¡Que hoy se vence el plazo del macho! Y no averigüen más porque es peor. Veinticuatro horas de arresto por escándalo en la vía pública o una libra esterlina de multa por cabeza, dicen las ordenanzas municipales. De modo que ustedes dirán qué prefieren.

Prefirieron pagar la multa—no era la primera vez—y así pudo Apolonio Alcaraván salir de su compromiso. Y rió más que nunca, celebrando:

—¡Ah, Bachillercito ocurrente ese secretario mío! ¡Y después dicen que los plumarios no sirven para nada! Si materialmente le adivinan a uno el pensamiento. A ese mío no lo cambio por otro ni que me devuelvan encima.

Y todo El Callao rió junto con él.

—¡Cuaj, cuaj, cuaj!

Una tarde, paseando en su macho por los alrededores de la población, se encontró de camino con un forastero

mal trajeado y cara de pícaro hipócrita, pero de las que a él ya no le metían gato por liebre.

—¿De dónde la trae, amigo?—le preguntó emparejándosele.

—Del oriente del Guárico, por no decir de ahí mismito —respondió el caminante, arrastrando demasiado su acento llanero, tal vez porque ya venía arrastrando los pies.

—¿A pie desde las tierras de las bestias buenas?

—¡Para que vea, compañero! Al píritu y con el hambre por bastimento.

—¡Ah, caramba, amigo! ¡Mire que usted es dejado! Y esa magaya, ¿para qué es? Una gallina por lo menos, que nunca faltan por esos ranchos del paso, traería yo en ella.

—Lo del hambre fue un decir y lo de la gallina no crea usted que ya no ha sucedido—repuso el llanero, sin saber que hablaba con la autoridad del lugar donde se dirigía, pero sí con un hombre simpático que inspiraba confianza—. Sólo que en la magaya, como la llama usted, que yo hasta ahora venía llamándola porsiacaso, no traigo ahora sino recuerdos de mi antiguo oficio.

—¿Y ése, cuál era? Si no es demasiada curiosidad.

—Sacristán. Aunque me sea feo el decirlo a estas alturas.

—¡Ajá! Dicen que es oficio productivo.

—Según y cómo la parroquia. La mía era de pocas limosnas en el platillo. De donde al fin me decidí a dejarla para venirme a Guayana, a ver si es verdad lo que se cuenta de los ríos de oro.

—¿Y se trajo usted el platillo, por supuesto? Otro tanto hubiera hecho yo por la medida chiquita—insistió Alcaraván, a fin de que el forastero acabara de franqueársele y así saber de una vez qué clase de hombre era su nuevo súbdito.

—Pues no, para que vea. Pero ya que usted me da el

pie, voy a decirle qué me traje: una sotana vieja del cura párroco, no muy vieja ella, una sobrepelliz, una estola, un bonete y un librito.

—¿Y eso para qué, compañero?

—Para los porsiacasos. Yo vengo a buscar oro, como le digo, pero a lo mejor no lo encuentro en los placeres de que he oído hablar por allá y quién sabe la necesidad, que ya se sabe que tiene cara de hereje, me obligue a echar mano de lo que aprendí en la sacristía. Un matrimonio, por estos montes donde debe de haber mucha gente apersogada que no ha cumplido con la Iglesia, un bautizo y hasta la obra de misericordia de un entierro, a lo que puedan pagar los deudos por cada réquiem. Yo respeto lo sagrado por costumbre y por devoción, pero si el hambre me acosa también estoy dispuesto a tirarle palo a todo mogote, porque la primera devoción de un cristiano es conservar la sal del bautismo. ¿No le parece, compañero?

Aún no tenía el sacristán por qué sospechar que estuviese diciéndole todo esto a quien podría impedirle, por lo menos, que lo pusiese por obra; pero ya Apolonio Alcaraván había visto dos cosas muy interesantes para él: que realmente aquel forastero era un pillo y que allí había negocio. Mas se preguntaba para sus adentros:

"¿Cómo le propondré a este sacristán bellaco lo que se me acaba de ocurrir, sin crearme complicaciones con el obispo de la diócesis?... ¡Ah! ¡Ese es el tiro!"

Y al caminante, quien por haber quedado sin respuesta sus palabras, ya se arrepentía de su indiscreción.

—Amigo, voy a decirle la verdad. Lo que me parece es que usted no es tal sacristán.

—Realmente, ya no lo soy—repuso el indiscreto, receloso, explorando el rostro de su interlocutor, que ahora se le volvía enigmático, después de haberle inspirado confianza irresistible—. Pero ¿es que ni siquiera tengo cara de haberlo sido, compañero?

—Cara de cura es la que tiene usted—respondió Alcaraván—. Dicho sea con todo el respeto.

—Puede ser—admitió el otro, sintiéndose ya "maroteado, pero sin ver todavía la marota", como llaneramente se le representó su propia situación—. Son quince años los que he vivido entre ellos y eso se pega.

—¿Se pega? ¡Hum! Déjese de entaparados conmigo, presbítero. Yo soy lo que se me ve por encima. Confiéseme, aquí entre nos, que usted es un sacerdote arrancado que viene a echar su tirito a la aventura del oro. Que no es ningún pecado, salvo su superior opinión, si es que, por el contrario, no es gran virtud, pues bien puede ser que ese oro no venga buscándolo para usted, sino para las necesidades de su iglesia.

De una manera lejana comprendió el sacristán que aquello iba encaminado a algo preciso, y para ganar tiempo preguntó:

—Pero ¿por qué se lo voy a confesar?

Y Apolonio, ya con buen argumento para el posible reproche del obispo, pues por lo menos el hombre no había negado que fuese sacerdote:

—Ya no hace falta, padre. ¡Usted lo ha dicho! Y permítame que le manifieste, sin que le ofenda la comparación, que viene usted como pedrada en ojo de boticario. Que por cierto no me explico por qué han de ser siempre oportunas las pedradas en ojos de boticarios. Yo soy el jefe civil de El Callao, Apolonio Alcaraván, para servirle...

El sacristán estuvo a punto de soltar la magaya y echarse a campo traviesa; pero fue cosa de un instante no más la pausa que deliberadamente hizo Apolonio.

—En el pueblo—prosiguió—no tenemos cura de almas y créame, padre, que una de las cosas que más me mortifican es que estemos pasando esta Semana Santa sin festividades religiosas. Ya mañana es Viernes Santo y ni siquiera el *Lignum Crucis* íbamos a poder celebrarlo si no hubiera

sido por este feliz encuentro que he tenido con usted... ¿Cuál es su gracia, padre? Si me hace el favor.

—Mi nombre es... Candelario Algarrobo—soltó el otro, entre temeroso y resuelto, amoscado y zumbón.

—¿De los Algarrobos de Valle de la Pascua?—insistió Apolonio, fingiendo creerle que así se llamara.

—No, señor. De los de El Chaparro. ¿Y usted, si no es mucha curiosidad, de los Alcaravanes de dónde?

—Este sacristán no se muerde la lengua—pensó Apolonio. Y en seguida, en alta voz—: ¡Ah! Sí. Ya conozco esos algarrobos y ahora recuerdo que me habían contado que uno de ellos se había metido en la Iglesia. Digo: que se había ordenado.

Y como el sacristán lo miraba de hito en hito, sin haber puesto en claro todavía si aquello eran bromas o picardías:

—Pues sí, padre Algarrobo, llega usted como le dije. En El Callao no hay cura de almas, le repito, y por un día más que se ponga usted esa sotana, esa sobrepelliz, esa estola y ese bonete y jale por ese librito que trae en la magaya, no creo que hayan de sufrir gran perjuicio los motivos que tenga para venir de incógnito. Que yo los respeto, desde luego. ¿Dice usted que mañana mismo sigue su viaje para Tumeremo? ¿No fue eso lo que me dijo hace poco? Pues se va con la fresca de la tarde, en vez de coger camino de madrugada y en la mañana nos celebra el *Lignum Crucis*. Aquí la gente es muy piadosa, a pesar de todo, y el platillo de esta parroquia no es de limosnas de a centavo, sino de libras esterlinas. Yo me encargaré de que resulte ese amén que acaba de soltar usted.

Al sacristán, con el hambre que llevaba, el sol que había cogido por el camino y las cosas que estaba oyendo, le daba vueltas la cabeza y no acertaba a dilucidar qué clase de hombre era aquél, ni qué se proponía con todo aquello. Pero Apolonio continuó:

—Por supuesto que... ¡En fin! Usted sabe que los hombres de mundo somos interesados y no le voy a ocultar que me vendría bien la mitad de las esterlinas que caigan mañana en el platillo.

Y ya no le quedaron dudas al de a pie de que el de a caballo fuera realmente el jefe civil del lugar. Y todo lo vio claro, sencillo, perfectamente explicable.

—Es muy natural—dijo, poniendo ya la voz untuosa que al caso convenía—. Muy justo, además, si a ver vamos.

—¡Ya lo creo que lo veremos! En El Callao yo doy la pauta y la primera libra que va a caer en el platillo va a ser la de un servidor. Que, por supuesto, ésa no entrará en el reparto.

—¡No faltaba más, general!

—Coronel, por el momento—corrigió Apolonio.

—Dios mediante, pronto habré tenido razón al equivocarme—lisonjeó el de la magaya, cambiando su estilo llano de sacristán por el revesado que le parecía más canónico.

Pero al coronel Alcaraván no le daban por liebre sus propios gatos, y, conservando de la farsa lo que fuere menester para defenderse ante el obispo, llegado el caso, repuso, socarronamente:

—Yo sigo teniéndola sin haberme equivocado al decirle a usted que tenía cara de presbítero, ¿verdad? Pero volviendo al negocio concertado: no conviene que entre en el pueblo con ese traje de paisano y esa facha. Métase por estos montes mientras yo llego y le mando una bestia y una navaja de afeitar para que se ponga en carácter con todo y sotana.

—La cosa es que no traigo teja—advirtió el sacristán—. y este pajilla no es muy canónico, que digamos.

—Le mandaré también un jipijapa. Yo he visto mucho cura con jipijapa por estos caminos.

—¿Y no le parece, coronel, que sería bueno que me mandara también algo a cuenta, para no llegar tan arrancado?

—¡Ya me pegó el machete el presbítero! ¿Primicias no llaman ustedes a estos anticipos? Ahí van dos libras, que con una que echaré mañana en el platillo serán tres que no entrarán en el reparto.

Cayeron muchas, el sacristán haciendo muy bien su papel y Apolonio esfuerzos sobrehumanos para no soltar la risa.

Se desahogó a sus anchas después de los oficios, cuando obsequió con champán, copiosamente, a los mismos dadivosos timados. Pero aunque le hacía cosquillas el deseo de explicarles de dónde había sacado el dinero con que los agasajaba, hubo de contentarse—por aquello de las posibles complicaciones con el obispo—con ponerlos recelosos a fuerza de tanto reir sin motivo a la vista.

ESTAMPA NEGRA

Tiempos pasados. Bosque tupido a orillas del Yuruari, que es un río de aguas turbias, feas. Un leñador derribando un árbol. Así lo pone la versión pintoresca—la que a Apolonio Alcaraván le gustaba referir—y cabe imaginar que en el agreste silencio sólo se oyera el golpe del hacha.

Gime el árbol herido de muerte, vacila buscando un último apoyo, se desploma no hallándolo, en su caída desarraiga y arrastra malezas y aparece el afloramiento de una veta de oro. Es de suponer que un grito de júbilo debió de resonar en el silencio del monte... Suelta el hacha el leñador y se convierte en minero y en rico, de pronto, de tan pobre como era; pero sin divulgar el acontecimiento magnífico, callado...

—¡Callao! De donde luego vino, según esta versión, el nombre de la mina de El Callao. ¡Cuaj, cuaj, cuaj!

Pero se descubrió que ya no era leña lo que conducía el leñador a su rancho, a lomo de su burrito; se divulgó la noticia estupenda, cundió por todo el país, y otros hombres, ansiosos, acudieron de todas partes y cayeron sobre el oro. Cierta o no esta versión pintoresca, la verdad es que un buen

día, en la tierra del azar magnífico fueron descubiertos los yacimientos del Yuruari.

Pero el oro se escondió bajo el suelo, huyó por las vetas hacia el centro de la tierra donde resplandecen sus doradas mansiones. Porque según la leyenda aborigen, el oro aborrece al hombre y sólo se asoma a contemplar el sol cuando aquél no está por allí, en las calladas playas de los ríos solitarios, al umbroso misterio de la selva inhollada.

Mas entre aquellos hombres algunos conocían los caminos del oro, y dijeron:

—¡Por aquí va!

Y otro:

—¡Sigámoslo!

Y en pos del fugitivo soltaron la jauría de los socavones.

Tierra adentro, la jauría estuvo ladrando mucho tiempo, día y noche, sobre las huellas del dios esquivo, mordiéndole los dorados talones. La azuzaban hombres negros, de ojos muy blancos en la oscuridad subterránea, de brazos muy largos con músculos recios. Antillanos de las Antillas inglesas, africanos de América que siempre fueron perreros de aquellas jaurías.

A veces, éstas se revolvían contra ellos y en las dentelladas al dorado talón les mordían la carne, les trituraban los huesos... ¡Pero qué podían valer unos negros, habiendo tantos en Trinidad, en Barbados, en Saint Thomas!... Ya arribarían a Puerto de Tablas, atestados de ellos, otros vapores ganaderos. Como cuando aquellos galeones de maldita memoria volcaban el Africa en las costas de América.

¡Aquello fue grande! Nunca más se verían en el Yuruari tiempos tan felices como los del famoso "oraje". ¡Cómo trituraban montañas de cuarzo las masas de acero de los pilones fragorosos! ¡Cómo rugían las hirvientes calderas del pecho del monstruo!... Ciento veinte potentes morteros pulverizaban la roca, día y noche, un año tras otro; no daban abasto las planchas de cobre azogado que apresaban el

oro; no llegaban a enfriarse los crisoles ni tenía descanso el correo que conducía los milagrosos lingotes, a lomos de mulas en numerosa recua y se iban formando cerros con las arenas tiradas.

Y junto a la mina se fue poblando El Callao. Con aquellas negradas—más sangre de Africa para el mestizaje venezolano—y con los aventureros y sus parásitos que de todas partes acudían. Unos con la batea del lavador de oro a la espalda, porque además de los yacimientos que explotaba la empresa minera había las arenas que arrastraba el Yuruari; otros, al tráfico usuario y al fácil aprovechamiento del vuelco del cuerno de la abundancia: el corso tesonero y prudente, a comerciar y atesorar—algunos también a quedarse con los ahorros que les fuesen confiando los negros mineros, que desaparecían cuando la cantidad ya valía la pena o se les hallaba muertos entre el monte, pues para la puñalada alevosa se hicieron trasplantes de los jarales corsos al propio suelo venezolano—; tahures de todos los garitos adonde llegara la noticia estupenda, con los dados en los bolsillos, a los albures del tapete colmado por la fiebre de las manos pródigas; revólver al cinto los hombres de presa, a lo que les deparase la aureola siniestra y al desperdicio del dinero tirado, peste de yodoformo y pachulí, las mujerzuelas averiadas.

Casas de madera, techos de cinc. Calor africano, color africano. Burdeles, garitos, tabernas... Hampa bilingüe.

—No se cerraban las puertas de los botiquines para los turnos de negros que tres veces al día, cada ocho horas, salían de la mina, ni en ellos se bebía sino champaña y *brandy* fino, a pico de botella. Desde aquí hasta el río todo eso está construído sobre vidrios rotos, latas de sardinas y trapos viejos. Porque es fama que aquí no había lavanderas —¿quién iba a ocuparse en eso habiendo las pepitas de oro del Yuruari?—y nadie se mudaba la ropa, sino que cuando ya no podía cargarla encima, de puro andrajosa y mugrien-

ta, compraba otra nueva en los tarantines de los buhoneros, al aire libre, y allí mismo, en medio de la calle y a mediodía en punto, se desnudaba y se cambiaba. Y eran puñados de oro en bruto o rimeros de libras esterlinas y de águilas americanas las que se ponían al paro y al pinto del dado. ¡No haber nacido yo antes, para haber sido jefe civil de este pueblo en ese famoso entonces! ¡Cuaj, cuaj, cuaj!

Pero un mal día, de improviso, la negra jauría perdió la pista del dios fugitivo. Inútilmente la azuzaron por aquí y por allá los negros perreros... Se había agotado la veta fabulosa, los rugientes pilones de acero ya no trituraban sino mineral pobre o roca vulgar; de la amalgama quemada casi no salía oro.

Mas había quedado alguno en los pilares que sostenían las galerías y los hombres codiciosos ordenaron:

—¡A extraerlo!

Minaron la mina, y el agua negra, sucia y fea del Yuruari se precipitó dentro de ella y la inundó. ¿Cuántos negros perecieron allí? ¡Quién iba a tomarse el trabajo de sacar la cuenta!... Se vinieron abajo las enormes calderas del pecho del monstruo, se desarticularon las muelas fragorosas y mordieron el polvo del derrumbamiento. Un estruendo de años se convirtió de pronto en silencio. Entre los escombros comenzó a crecer el monte: el ñaragato espinoso. la amarga retama...

Acerca de aquellos pilares que quedaron en pie, sobre los cuales se asienta El Callao, corre la leyenda de que son de oro macizo, sumergido en el agua negra, sucia y fea.

Oro también contenían en gran cantidad, las piedras con que se construyó el edificio de la compañía y el muro que lo rodeaba y las que pavimentaban una calle que bajaba hasta el río, y de aquellos desperdicios del emporio estuvo viviendo algún tiempo la población. Oro también contenían. como para enriquecer a muchos, las arenas tiradas que ya formaban cerros, y para explotarlas por el procedimiento

de cianuración, que no conoció la empresa antigua, se formó una nueva, de pingües rendimientos.

Ahora había otra mina, más allá del pueblo, pero allí el mineral no era tan rico. Sin embargo, siempre se espera que algún día vuelva a encontrarse la fabulosa veta perdida. El Yuruari es un río de aguas negras, sucias, feas; pero arrastra arenas de oro, y desde algún prodigioso yacimiento debe de acarrearlas.

*

Fue un año de grandes provechos para los lavadores de aquellas arenas, que agitaban incansables sus bateas en las pedregosas riberas.

La negra Damiana lavaba sin tregua; el tabaco en la boca, con la candela hacia dentro, al aire los gordos brazos, papandujos, porque ya no era joven, con un grito de júbilo celebrando entre ratos el dorado hallazgo en el fondo de su batea. El negro Ricardo, en la orilla opuesta, con una botella casi llena de pepitas de oro, pero maldiciendo impaciente cuando no las encontraba entre el material lavado.

—¿Qué te estás imaginando tú, negro Ricardo? ¿Que en cá baetazo te has de juntá con oro?

—Yo contigo no me estoy metiendo, negra Damiana. Dale a tu batea callá.

—Es que tú te la pasas maldiciendo.

—Es que tú la tienes cogía conmigo.

El negro Ricardo y la negra Damiana se querían casar; pero cuando tuvieran las botellas completamente llenas de pepitas de oro.

El había llegado a El Callao junto con otros negros trinitarios, a muchos de los cuales ya se los habían tragado los socavones, galeras de su raza; pero hacía varios años que no trabajaba en ellos porque una vagoneta le había trozado una pierna. A ella se la trajeron consigo, chiquita,

sus padres, cuando vinieron de Barbados a trabajar en la mina antigua.

Una noche dormía Ricardo, la cabeza sobre la batea y bajo ésta la botella a punto de colmarse, hasta el cuello las pepitas de oro. Dormía sobre el cascajo de la ribera y lo arrullaba el rumor del agua negra y fea. Tres días con sus noches, de clara luna embrujadora, había estado lavando sin descanso, pero al mediar la tercera ya no pudo más...

¡Y soñaba! Que se había comprado una pierna de goma con blanda almohadilla de seda para su muñón dolorido, que entraba muy orondo en la iglesia, con la negra Damiana apoyada en su brazo, vestida de blanco, con flor de azahar...

Pero cuando despertó, ya clareando, la botella no estaba debajo de la batea.

Se volvió loco del todo el negro Ricardo, que ya venía estándolo de tanto lavar, y a saltos sobre su vieja muleta de palo, zangoloteando la pierna tronchada, corrió por la orilla del turbio Yuruari y por todo El Callao, gimiendo y suplicando, sin poder expresarse sino en su lengua, que ya casi no empleaba:

—*Give me my bottle! Give me my bottle!*

—Devuélvanle su botella—dijo Alcaraván—. ¿No te advertí la otra noche, negro Ricardo, que no te quedaras dormido en la orilla del río porque podían robarte? Ya ves cómo te resultó por no hacer caso. ¡Cuaj, cuaj, cuaj!

Pero el negro Ricardo nunco vio su botella, y desde aquel día fue su locura emprenderla a pedradas contra todas las que encontrase, destruirlas hasta que no quedase una sobre la tierra.

La negra Damiana, ya presa para siempre de la obsesión del oro, continuó lavando las milagrosas arenas, sin darse cuenta de que muchas veces junto con el cascajo tiraba las pepitas... El tabaco en la boca, apagado. Y callada, callada...

EL VARADERO

Marcos Vargas había ido a El Callao en busca de clientes para su negocio; Apolonio Alcaraván, que antes de conocerlo ya simpatizaba con él por la ocurrencia de la jugada de las firmas, con clamorosas carcajadas celebrada cuando se la refirieron, le había prometido ayudarlo, y gracias a tan eficaz palanca ya aquél contaba entre su clientela a los principales comerciantes de la población.

—Creí que usted fuera ardavinista—le manifestó Marcos Vargas—y, francamente, no esperé que me arrimara tanto el hombro.

—Yo lo que soy es esterlinista—repuso Alcaraván, haciendo ocurrente su cinismo—. Y como usted me ofreció una por cada cliente que le consiguiera...

A lo que replicó Marcos, tomándose de una vez por todas la confianza que le brindaba:

—Quítese esa idea de la cabeza, coronel. Lo que es con dinero mío no pone usted su fiesta.

Y esto acabó de granjearle todas las simpatías del hombre de las carcajadas.

Ya le había contado buena porción del anecdotario propio y ajeno de la vida picaresca de El Callao, concluyendo:

—Pero sería cuento de nunca acabar, porque El Callao, como todo Guayana, es una universidad donde los hombres se lo pasan estudiando travesuras de muchachos y celebrándoselas unos a otros.

Y ahora, para que conociese a algunos personajes de aquel anecdotario, había organizado en su obsequio una ternera—criollo festín campestre, de carne asada con guasacaca, copiosamente rociada con bebidas espirituosas—en casa de uno de sus mejores amigos, el norteamericano Davenport.

Hombre ya de edad madura, corpulento y de inalterable

buen humor, míster Davenport había sido uno de los directores de la fenecida empresa minera de El Callao y desde entonces se había quedado por allí, donde era muy estimado y querido por su espíritu bondadoso y su carácter chancero y, sobre todo, por el gusto que demostraba en emplear términos y giros criollos. Habitaba una casa de campo situada en las inmediaciones del pueblo, bastante confortable, con arboleda de mangos y terrenos de sembradío, donde para su mesa y la de sus amigos le cultivaba hortalizas un chino viejo, de los que para tal oficio empleara aquella fenecida compañía minera.

El Varadero denominábase aquella casa y huerta, nombre que le puso su dueño porque, según la usual frase criolla, él era uno de esos extranjeros que, yendo a aquella tierra en plan temporal de negocio o de aventura, luego se "quedan varados" en ella, sin forzoso motivo que lo justifique, renunciando a la propia, que por más civilizada debiera serles más atractiva.

Y míster Davenport explicaba:

—El varadero es el trópico, chico. Esta cosa sabrosa de contestar a todo lo que te proponen: "Déjalo para mañana, chico. Del apuro no queda sino el cansancio." Esta tierra donde todo es amor y puesía. Y mamadera de gallo, por encima de todas las cosas. Míster Davenport no tiene en el mundo más familia que ese chino viejo que le siembra los repollitos y las lechuguitas que él gusta comerse fresquecitas. Tiene además una cocinera alemana y come carne palante y del botiquín de El Morocho le mandan cerveza fría, toda que quiera. ¿Qué más, chico? ¡Así es la cosa! Míster Davenport se siente muy contento en su varadero.

Tenía también—y ya le costaba buen dinero—el capricho de importar mulas de su país, unas mulas de gran alzada sobre las cuales su corpulenta humanidad alcanzaba proporciones imponentes, y para alimentarlas cultivaba pastos seleccionados en la mayor parte de los terrenos de su

finca. Pero las bestias no resistían el clima y ya eran muchas las que se le habían muerto, sin que por eso desistiera de servirse de ellas solamente y en reponerlas se gastaba grandes sumas. No obstante su predilección por la cerveza helada, que de El Callao le mandaban diariamente, en considerable cantidad, del botiquín de El Morocho, también importaba *whisky* en barricas, para su consumo personal y copioso regalo de sus amigos que a menudo organizaban terneras en *El Varadero*.

Pero míster Davenport poseía, además, condiciones verdaderamente estimables. Era dadivoso con el que de ello tuviera menester, servicial con el amigo—excepto sus mulas que a nadie, ni por nada del mundo, se las prestaba—y cultivaba veleidades de médico, especialmente en casos de disentería, muy frecuentes por allí, en las cuales se instalaba a la cabecera del enfermo—con mayor ahinco si era gente que careciese de recursos, campesinos o jornaleros o sus mujeres o sus hijos, que de otro modo habrían muerto de mengua—y administrándole una fuerte dosis de ipecacuana, ayudada con otra de opio—de una bola que para el efecto siempre llevaba consigo cuando recorría los campos de la región—sacaba su reloj y le decía al paciente, sugestionándolo:

—Tú no vomitas esta cosa porque tú eres un palo de hombre—así fuese mujer o niño el enfermo—. Tú aguantas esto dentro de tu estómago una hora por mi reloj y estarás curado de bola.

Y eran muchos los que así había salvado de la muerte.

Allí estaba míster Davenport, a la sombra de la arboleda de sus mangos—bajo la cual difundía apetitoso aroma la ternera en los asadores, en torno al fuego atizado por el chino viejo—con su roja faz risueña y ya de blanco barbada, envuelta en la olorosa nube del humo de su cachimba de tabaco de Virginia y un vaso de *whisky* en la diestra velluda, haciendo tintinear el trozo de hielo mientras mirando

complacido hacia el prado por donde pacían sus hermosas mulas, oía la anécdota suya que a propósito de ellas le contaba Alcaraván a Marcos Vargas.

—Fue en la última revolución en que yo me chamusqué el pellejo—decía Apolonio—. Le habían ordenado a un capitán de apellido Guillén que cogiera por este camino con su compañía mientras yo daba la vuelta por otro lado, y al pasar frente a esta finca y ver las mulas de míster Davenport se le ocurre al hombre entrar a ver cómo se ponía en una de ellas. No estaba aquí míster Davenport y le salió el chino preguntándole: "¿Qué quiele tú, Guillén?" A lo cual respondió mi hombre: "De parte del coronel Alcaraván vengo por una de esas mulas que le ofreció prestar míster Davenport." Pero como el chino sabía que el *musiú* no le prestaba a nadie sus bestias, se negó a entregársela, y Guillén no se atrevió a llevársela por las malas, seguramente por el temor de que la escuadra americana viniera a bombardear a Ciudad Bolívar si míster Davenport se quejaba ante su gobierno, y así siguió su camino para reunirse conmigo. Bueno, pues. Regresa míster Davenport, le cuenta el chino lo ocurrido, y apenas oye decir que yo estaba alzado y gente mía había intentado quitarle lo suyo más querido. monta otra vez y parte a ponerme la queja.

—A ponerte la queja, no—protesta míster Davenport—. ¡A pelearte! A eso fue que salí. ¡A derrotarte, como te derroté!

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! Efectivamente—rectifica Apolonio—: yo, que estoy desprevenido, con mi gente acampada en el monte, cuando oigo unos ecos de: "¡Párate ahí, vagabundo! ¡Ladrón de mulas ajenas!" Y acto seguido, unos disparos de revólver. Formé de carrera mi gente, creyendo que fuera la del gobierno la que nos atacaba, y ya iba a ordenar fuego, cuando me fijo en que es un hombre solo el que viene contra mí y veo que es nada menos que mi gran amigo míster Davenport. "¿Qué es eso, *musiú?*—le

pregunto a voces, y él se me acerca y me cuenta lo ocurrido—que Guillén no me lo había referido todavía—, y en seguida, desmontando y disponiéndose a sacar algo que llevaba en los bolsones, me dice: "Aquí vengo a desafiarte para que te pegues conmigo, grandísimo vagabundo." Y diciendo así, saca el pertrecho que llevaba para la pelea. ¡Cuatro botellas de *whisky*! ¡Cuaj, cuaj, cuaj! ¡Nunca he peleado yo con más gusto!

—Pero te derroté, sinvergüenza—insiste míster Davenport—. Di que no. Cuando yo me monté arriba de mi mula para regresarme, tú no pudiste montarte en tu machito de revolucionario ladrón de gallinas. Te dejé tirado encima del suelo, derrotado y rendido. Confiesa la verdad, coronelito cobarde.

Risas de los demás bajo el trueno de las carcajadas de Alcaraván y comentarios a propósito de otras regocijadas ocurrencias de míster Davenport, americano de Kentucky, varado a orillas del Yuruari hacía muchos años, con su viejo hortelano chino, su cocinera alemana y sus robustas mulas, las únicas que no habían llegado a aclimatarse en aquella tierra brava.

—Dicen que es el paludismo el que las mata—comenta Alcaraván—, pero si estas tierras fueran paludosas no estaría míster Davenport tan fuerte y tan colorado como lo vemos.

Pero míster Davenport tenía ideas originales acerca de aquel mal endémico.

—Paludismo es flojera, chico. Entra en cuerpo cuando cuerpo no trabaja. A mí no me pega tu calentura porque yo trabaja palante desde que mí levanta hasta que mí acuesta. Trabaja en la tierra junto con el chino, trabaja en la casa, después mí monta en mi mula y salgo a hacer ejercicio por los campos y cuando no tiene ninguna otra cosa que hacer, trabaja en vidrio, con el material que mi manda todos los días el botiquín del Moracho. Pero el guayanés le pide permiso a una pierna para mover la otra y mientras

el permiso va y viene, el paludismo se le mete en el cuerpo. ¡Flojera, chico! ¡Así es la cosa! Por flojera no sancochan el agua y se beben mosquito y toda porquería.

—Siempre tirándole usted a la tierra y, sin embargo, no se desprende de ella.

—¡Ah! Porque todavía no se ha acabado la mamadera de gallo, que es la única cosa buena que saben hacer ustedes. Pero en cuanto vea que ya se está acabando la guafita, mí monta en mi mula más caminadora, arrea palante mi chino y mi alemana y mí va con música a otra parte.

Y luego:

—¡Cosa seria esta tierra tuya, Marcos Vargas! Es la guachafita mejor organizada que yo he visto sobre el mundo. Y si no, ¿en cuál otro país de la tierra puede ser autoridad un bandolero como este Apolonio, que corta hasta por el lomo?

—Pero si el primer guachafitero es usted, y ya lo ha confesado—intervino uno de los más aprovechados de aquella universidad del buen humor, que decía Alcaraván.

—Tú no hables, Modestico Silva—replica míster Davenport—. Ni tú tampoco, Néstor Salazar.

Eran éstos dos amigos inseparables en las correrías en pos del oro del Cuyuni, de donde varias veces habían regresado ricos para poner la fiesta y en obra de días volver a quedarse pobres y de nuevo emprender la expedición aventurera. Andaban por los cuarenta y pico y eran famosas en todo Guayana las chuscadas que de concierto habían planeado y llevado a cabo; pero si a Modesto Silva se le veían en la cara, en cambio Néstor Salazar teníala de hombre serio y hasta tímido, como en realidad no dejaba de serlo ante desconocidos.

—¿Conoces tú—prosiguió míster Davenport, dirigiéndose a Marcos Vargas—el cuento del matrimonio de estos dos vagabundos sinvergüenzas? Voy a contártelo. Estaban novios de dos señoritas de la crema de Guasipati, hermanas

ellas dos y muy parecidas entre ellas, por lo cual, más que todo, las enamoraron estos dos bribones que para todo andan siempre amorochados, y cuando ya habían decidido casarse y estaba fijada la fecha, la misma para los dos casamientos. naturalmente, se les ocurre hacer una cosa que nadie hubiera hecho nunca. Inventan un viaje a Trinidad, de allá mandan poderes a dos amigos suyos, uno de ellos el birote del *musiú* que está contándote esta cosa, y cuando se estaba celebrando el matrimonio civil en la sala de la casa de las novias, me da con su codo en mi brazo la de Néstor, a quien yo le estaba amarrando el bongo sin saberlo y mi dice, muerta de risa: "Voltee para la ventana y vea quiénes están en la barra." ¡Estos dos sinvergüenzas, presenciando sus matrimonios como simples espectadores y burlándose de nosotros los que estábamos haciendo el papel de birotes! ¡Y yo, que por haberme metido en los corotos, mi estaba ajogando dentro de aquella levita que mi había puesto! ¡Carache! Y el jefe civil, este mismo bribón de Apolonio, que entonces estaba cortando hasta por el lomo en Guasipati y estaba en el secreto de la mamadera de gallo, preguntándome muy serio si yo tomaba por esposa y por mujer a la muchacha. Mi dejé de zoquetadas y le contesté: "Pregúnteselo a Néstor, que está en la barra. Yo aquí no estoy haciendo sino el papel del que amarra el bongo, que tú sabes cuál es." Por supuesto, ese día corrió el champaña hasta por la calle.

Ahora corría el *whisky* bajo la arboleda de mangos, mientras el chico volteaba los asadores donde el fuego sazonaba la olorosa ternera, y era un cuento tras otro, del inagotable repertorio del buen humor, a veces infantil, con que aquellos hombres alternaban la reciedumbre aventurera, para aturdirse contra la acción enervante del medio que los rodeaba o para no escuchar las internas voces acusadoras que pudiesen atormentarlos.

De pronto se hizo el silencio. Por el camino, frente a

la arboleda, jinete sobre un caballejo desmirriado y renqueante, pasaba un extraño caso deplorable que invitaba a reflexiones.

Un joven inglés, de apellido Reed, ingeniero que había sido de la nueva mina *El Perú* y ahora, carcomido por la tuberculosis bajo la engañosa apariencia saludable del rojo amoratado de su faz, moraba solitario y misántropo en un cobertizo de palma, a media legua de *El Varadero* y a poca distancia del camino que conducía a Tumeremo, junto a una cañada que por allí atravesaba el agreste paraje.

Dos años ya transcurridos, allí se pasaba el tiempo míster Reed—que nunca fue muy inclinado al trato de sus semejantes—: del chinchorro a un catre de campaña, de fabricación inglesa, único mueble que había bajo el chozo, a ratos oyendo la música gangosa de tres o cuatro discos en un viejo fonógrafo de corneta, a ratos dormido al aire libre que circulaba so techado, a ratos con las manos entrelazadas bajo la nuca y la mirada perdida sobre el melancólico campo que lo rodeaba en silencio y soledad de yermo, mientras por los alrededores el caballejo, maniatado, pacía cojitranco yerba brava. Sólo al atardecer lo habían visto algunos viajeros, paseante taciturno por los chaparrales de la sabana o parado sobre una loma, a distancia del camino, contemplando el panorama, ahora dulce a la luz esmorecida.

Los sábados, por la mañana, montaba en su caballejo y se dirigía a las oficinas de la compañía minera donde había prestado inteligentes servicios, a cobrar la asignación semanal que todavía le conservaban por consideraciones especiales y con la cual se compraba, allí mismo, unas latas de conservas alimenticias, de procedencia inglesa, que eran su condumio casi exclusivo y unas botellas de vino para el estado de semiembriaguez con que sobrellevaba su soledad. Allá cambiaba algunas palabras con los antiguos compañeros de trabajo, recogía y en seguida contestaba, lacónicamente, las cartas de la madre, que residía junto con sus

hijos menores en una pequeña ciudad del País de Gales, en el condado de Cáernavon, adonde reiteradamente venía llamándolo hacía dos años, y después de este breve contacto con la gente de su lengua y de su sangre regresaba a su obstinado aislamiento.

Entre días llegábase hasta allá míster Davenport a charlar con él; pero él no retribuía estas visitas ni demostraba gusto en recibirlas.

Ensimismado o desentendido de quienes estuviesen en *El Varadero*, iba ahora de regreso a su cobertizo, y míster Davenport, moviendo compasivamente la cabeza:

—Otro de los varados para siempre en esta tierra pegajosa—murmuró.

Y luego, a los que lo rodeaban contemplando en silencio el extraño caso:

—Puede que esté tuberculoso, como dicen; pero su enfermedad más grave, su enfermedad incurable, tiene otro nombre. Se llama chinchorro, que es la enfermedad más traidora de esta tierra. La madre de ese muchacho es rica o por lo menos posee una bonita renta, y ya varias veces le ha escrito que se vaya a un sanatorio de Suiza, el mejor que quiera elegir para su curación; pero ya él le ha cogido gusto al chinchorrito de moriche y de ahí nadie lo arranca ni con una yunta de bueyes. ¡Carache!

—También tiene un catre de campaña que no es producto de esta tierra—objeta Néstor Salazar.

—Sí. Pero ¡el chinchorrito, el chinchorrito! Cuando yo digo esta cosa, quiero decir todo lo que significa el trópico para los hombres que no hemos nacido en él. Tú decides marcharte, porque ves que por adentro de ti ya no anda bien la cosa, y el trópico te dice, suavecito en la oreja: "Deja eso para después, *musiú*. Hay tiempo para todo. Además, ¡si esto es muy sabrosito! Tú te metes adentro de tu chinchorro y vienen los mosquitos con su musiquita y tú te vas quedando dormido, sabrosito. ¿Para qué más?"

Y luego, en serio:

—¡Así es la cosa! Si no, que se lo pregunten al conde Giaffaro, ese que lleva qué sé yo cuántos años metido en las selvas del Guarampín.

Referíase a uno de esos aventureros exóticos que no podían faltar por aquellas tierras, encrucijadas de disparatados destinos.

En un principio—de esto hacía ya unos veinte años—se le tuvo por presidiario escapado de Cayena, sin que faltara quien asegurase, conforme a una fábula muy generalizada por allí acerca de los penados de aquella penitenciaría de la Guayana francesa, haberle visto en las espaldas grabado a fuego, el estigma infamante de la flor de lis; pero como era un hombre de maneras cultas que no permitían confundirlo con un delincuente vulgar—uno de tantos cayeneros, como por allí se designan a los fugitivos de tales prisiones, que con frecuencia logran refugiarse en territorio venezolano, al cabo de una verdadera odisea a través de regiones salvajes—, allí mismo comenzó la sugestionable fantasía del criollo a construir la leyenda dramática y con ella a crearle simpatías, no obstante el aspecto poco cautivador del sediciente conde Giaffaro.

Alto, desgalichado, carilargo, de ojos saltones y negras cejas aborrascadas y con cierto movimiento pendular de la cabeza, un poco inclinada sobre el pecho, lo recordaba ahora míster Davenport de cuando por primera vez apareció en Ciudad Bolívar.

Allí permaneció durante una breve temporada y luego abandonó el país, con destino a Europa; pero de allá volvió una y otra vez, a intervalos de años, cada vez más cortos y para internarse, además, en las selvas del Cuyuni, de donde pronto se originaron complicaciones misteriosas de la leyenda que ya lo rodeaba, aunque desechada ya la primitiva versión y generalmente aceptado que fuese y se llamase como decía.

Poseedor de una vasta experiencia de hombres y cosas de todas las latitudes, adquirida según propia confesión en varias vueltas ya dadas al Globo, esto podía acreditar la versión de que fuese uno de esos caballeros de naipes que pasean la martingala genial por todos los mares, pues no había juego de cartas que no conociese, ni mayor elegancia que la suya al manejarlas, ni serenidad que se le comparase en los envites, ni manera de ganarle a la larga. De modo cierto, y por demostraciones que no se desdeñara de hacer —único velo de misterio de su intimidad que había sido descorrido en parte—, apenas sabíase que era un gran tirador de toda clase de armas, y no había por qué dudar que fuera, como afirmaba, presidente de un club internacional de duelistas, con sede en Budapest, para ser miembro del cual se requerían cien lances ganados.

En cuanto a sus periódicas incursiones a la selva, unos suponían que no tuviesen por objeto sino el de ganarles a los purgüeros y mineros, aficionados a jugarse el sol antes de salir, cuanto allí hubiesen adquirido; pero como esto podía lograrlo y en efecto ya lo lograba en Ciudad Bolívar y en Tumeremo, otros eran de la opinión de que tales incursiones debían de tener fines misteriosos, más de acuerdo con el aura de enigma que rodeaba al taciturno personaje. Y así a pocos guayanes les extrañó que de uno de aquellos viajes a la selva no regresara el conde Giaffaro.

Y míster Davenport concluye sus comentarios a este respecto, exclamando:

—¡Carache! Y ya somos tres, contando así por encimita. los que estamos en el varadero.

Pero en seguida chasquea la lengua para ahuyentar los pensamientos inoportunos, y luego, volviendo a su buen humor habitual:

—Sírveme otro palito, chino. ¡Y siga la fiesta, muchachos! Mientras haya amor, habrá poesía. ¿Para qué más? ¿Verdad, Marcos Vargas? ¡Así es la cosa!

EL MATRIMONIO DEL MUERTO

Al día siguiente, estando Apolonio Alcaraván en compañía de Marcos Vargas, sentado a la puerta de la Jefatura, como de costumbre, se detuvo ante él un campesino con este recado:

—Coronel, le manda decí el general José Gregorio Ardavín que le haga el favor de llegarse hasta *Palo Gacho* ahora mismo, pa que lo case.

—¿Pa que lo case?

—Sí, señol. Con su india digo yo que será.

—Y ellos, ¿por que no vienen a la Jefatura?

—Porque el general está en cama y en las postreras. Sin voz casi me dio ese recao pa usté.

—¿Y no te dijo que les avisara al hermano y al primo?

—Por el contrario, me encargó mucho que no les avisara. Porque y que no quiere verlos por allá a la hora de su muerte.

Y como Alcaraván se quedara pensativo:

—Bueno, coronel. Ya cumplí mi encargo, y si usté no dispone otra cosa, sigo a lo mío.

—Bien, puedes—dijo Apolonio.

Y a Marcos Vargas, así que se hubo marchado el recadero:

—¿Qué le parece? Se muere el bueno de los Ardavines.

—Y no quiere ni ver al hermano—agregó Marcos Vargas.

—Como que si sabe José Francisco que el general está en las últimas, ahí mismo se traslada a *Palo Gacho* a tratar de impedirle el matrimonio con su india, para heredarlo por todo el cañón. ¡Y con las ganas que le ha tenido siempre a esa posesión de *Palo Gacho,* por donde se cree que corra el filón de la mina antigua!

—En manos suyas está no permitir esa injusticia—dijo Marcos—. Que sepa José Francisco que el hermano ha muer-

to cuando ya se haya efectuado el matrimonio y sean la mujer y los hijos los que deban heredar *Palo Gacho*.

—Sí—reconoció Alcaraván, pero rascándose la cabeza, signo de que por ella le cruzaban ideas discordes—. Pero la cosa es que el secretario no está por aquí y quién sabe cuánto tarde en regresar. Es posible que todavía no haya llegado a Guasipati.

—Por eso no se preocupe—objetó Marcos—. Yo puedo hacer sus veces y estoy a la orden. Vamos a casar al hombre con su india.

—¿Y los testigos? ¿De quién echamos mano a estas horas, que no esté ocupado en lo suyo?

—Los buscamos por allá mismo. ¡No vaya a hacerme creer que a usted se le agüe el ojo ante José Francisco Ardavín!

—¡Qué ha de aguárseme! Vamos a casar al hombre con su india. ¡Hágolo secretario! ¡Dios y Federación! Coja ahí el registro de matrimonios mientras ensillo el macho.

Palo Gacho, agreste refugio del caudillo frustrado, estaba a dos leguas del pueblo y buena parte del camino habían hecho ya en silencio, Alcaraván, caviloso, cuando éste salió de su mutismo, confesando:

—Yo sí fui ardavinista, Marcos Vargas. Y de los oficiales preferidos del general José Gregorio. Pero lo que viene tuerto no lo endereza nadie... Un día se me fue la mano en un arreglo de cuentas y el general me retiró su confianza y me metió en la cárcel.

Todo, menos esta paladina y emocionada confidencia, podía esperarlo Marcos Vargas de Apolonio Alcaraván. Y se quedó mirándolo en silencio. Pero Apolonio prosiguió:

—La verdad es que tengo que agradecérselo, porque yo iba por mal camino y con ese carcelazo me compuso a tiempo.

Y ya esto no podía parecerle sincero, ni a Marcos Vargas ni a nadie.

—¡No me venga, coronel!—exclamó—. Si a eso lo llama usted compuesto, cómo sería antes.

Y reapareció el verdadero Alcaraván:

—¡Cuaj, cuaj, cuaj!

Luego prosiguió:

—Sigo mi historia, ya que empecé a contársela, aunque por lo visto con usted no se puede hablar nada en serio. Purgué lo manoteado, que fueron unos fonditos de las rentas municipales de Guasipati—créame que desde entonces he aprendido a respetar lo que es del tesoro público y que hecho el cuento en honor del general José Gregorio, que fué la honradez en persona como administrador—y salí de la cárcel más limpio que talón de lavandera y preguntándome: "Y ahora, ¿para dónde cojo?" Cuando recibo un recado del general Miguel de que pasara por su casa. Fui a ver qué se le ofrecía, y desde el primer momento comprendí que quería arrearme para su lado, donde, la verdad sea dicha, ya empezaba a reunirse todo el desperdicio del ardavinismo josegregorista. No me dijo perro, pero me enseñó el tramojo dándome unas cuantas libras esterlinas después de haberme echado un regaño suavecito, para cumplir con las apariencias. Después vino la historia triste del general José Gregorio, que usted debe conocerla: la india Rosa, el carare, la retirada a *Palo Gacho*... Yo seguía al lado del general Miguel, y, la verdad sea dicha, no me puedo quejar, pues he desempeñado buenos cargos. También es verdad que me he chamuscado varias veces el pellejo en las revoluciones, a la pata del general Miguel.

—Pues ya le llegará la oportunidad de chamuscárselo otra vez, porque según se dice por ahí...

—Sí. Que el general, y que se está preparando para echarse al monte, otra vuelta. Pero... ¿qué le diré, amigo Marcos Vargas? Yo soy partidario de la alternabilidad republicana que recomienda la Constitución, y como la vez anterior ya anduve en el monte, ahora me toca quedarme en la ciudad.

¿No le parece? A esto del ardavinismo, francamente, ya le estoy viendo moscas. Y volviendo al punto de partida: ¡qué sabio es el refrán que dice que en conuco viejo nunca faltan batatas! No sólo en amores, sino también en política sucede así. Vea usted si no: aquí vengo pensando en el general José Gregorio, mi jefe de antes, mi verdadero jefe en el fondo del corazón. Triste, porque sé que voy a perderlo para siempre; pero al mismo tiempo complacido porque voy a cumplir su última voluntad, legalizando su unión con Rosa Arecuna, con la madre de sus hijos, que ya no quedarán desamparados. ¡Las cosas del Destino! ¿Quién iba a decirle al general José Gregorio que sería yo el único de sus muchos amigos de antes que estaría al lado suyo a la hora de su muerte?

—Es verdad—apoyó Marcos socarronamente—. ¿Quién iba a decírselo?

Cuando llegaron ya era tarde: José Gregorio Ardavín acababa de expirar.

Junto a su lecho de muerte la india Rosa amamantaba al último de sus hijos. Era una mujer todavía joven que tal vez nunca había sido hermosa, pero con el enigma aborigen en la interesante expresión de la faz devastada. El dolor y la mansedumbre fatalista se confundían en aquel rostro, lloraban sus ojos quietos, ellos solos, y las silenciosas lágrimas que corrían por sus mejillas consumidas, al caer sobre el crío lo hacían rebullir.

El mayor de sus hijos, ya zagaletón, contemplaba en silencio y con aire embrutecido el cadáver de su padre, y otros cinco formaban un grupo medroso en un rincón del cuarto donde acababa de suceder aquella horrible cosa inexplicable.

Apolonio Alcaraván se detuvo ante el catre mortuorio, levantó el pañuelo que velaba el rostro exánime, repugnantemente blanco de muerte y de carare y con leves movimientos de cabeza entre resuellos fuertes a modo de sus-

piros, contempló un rato los despojos mortales del hombre que había sido su jefe, murmurando una y otra vez:

—¡José Gregorio Ardavín!

Luego restituyó el pañuelo a su piadoso empleo, dio media vuelta, y le dijo a Marcos:

—Ya aquí no hay nada que hacer.

Y después de haber dirigido a la mujer unas rudas palabras de condolencia, a las cuales ella no correspondió ni con la más leve alteración de su rostro inmóvil, abandonó la habitación cuya puerta daba al campo.

Marcos Vargas lo siguió pensativo.

—¿Nos vamos?—propuso Apolonio.

—Espere un momento, coronel—dijo Marcos, ya con su idea—. No es posible que por falta de una simple fórmula vayamos a permitir que se lleve a cabo esta injusticia. Una infeliz mujer y siete criaturas van a quedar desamparadas y en la miseria, mientras esta posesión pasará a enriquecer más todavía al bandolero de José Francisco Ardavín.

—¡Qué se hace, amigo! El difunto tuvo la culpa, por no resolver antes su matrimonio con la india. Ahora la ley protege al legítimo heredero, que es el hermano, con todo y lo maluco que sea. Ya eso es clavo pasado.

—Todavía no, coronel. Hay un remedio y está en sus manos.

—¿Cuál puede ser?

—Casar al muerto.

—¡Caramba, amigo! Usted es el hombre de las ocurrencias. Casi estoy por soltar la risa en presencia del difunto.

—Ya la soltará a todo su gusto más adelante. Haga ahora lo que le propongo. ¿Va a permitir que queden desamparados los hijos de su jefe?

—¡Hum! Ya usted me cogió la corazonada que le manifesté por el camino. Pero, francamente, eso no dejaría de ser una bribonada.

—No sería la primera suya, coronel Alcaraván.

—¿Eso también? Usted cuando dice a empujar, todo se lo lleva de pecho. ¡Pues ni la última tampoco! Pero...

—Lo hacemos con todas las formalidades que exija la ley. Nos buscamos por aquí mismo un par de vecinos que sirvan de testigos, pero sin pasar de la puerta para que no se fijen en los detalles, diciéndoles que el enfermo es de fiebre amarilla. Usted hace su papel con todas las de la ley y me deja de mi cuenta lo demás.

Mientras Marcos decía esto, Alcaraván contemplaba unas reses que pacían por una vega frente a la casa. Pasarían del ciento y estaban gordas... No sería difícil obtener que la india Rosa Arecuna firmase un recibo por la cantidad razonable que valdría aquel ganado.

—Bueno—dijo, ya también con lo suyo entre ceja y ceja—. Búsqueme los testigos. El coronel Ardavín no podrá saber sino lo que se sabe en el pueblo: que el hermano llamó a la autoridad competente para que lo casara *"in articulo mortis"*. Y si no es de muerte este artículo, yo no sé de qué será.

Ya regresaban a El Callao. Ya José Francisco Ardavín no heredaría *Palo Gacho*, en cuyo subsuelo había oro, pensaba Marcos Vargas. Y Apolonio Alcaraván reía a mandíbula batiente.

—¡Las cosas suyas, amigo Marcos Vargas! Trabajo me costó no soltar la risa cuando, agazapado usted bajo el catre, le empujó la cabeza al difunto de abajo para arriba, de modo que pareciera que la movía otorgando al preguntarle yo si recibía por esposa y por mujer a Rosa Arecuna. ¡Cuaj, cuaj, cuaj! A los testigos no pudo quedarles duda de que el contrayente estuviera todavía en sus cabales. Ahora la india Rosa está casada por todo el canon, y para anular ese matrimonio será necesario arrancar la hoja del registro. ¡Lo que pueden los papeles, Marcos Vargas! ¡Ah invento bueno! Yo que me imaginaba que la india no sabría firmar.

¡Pobrecita! Muy clara puso su firma, con rúbrica y todo. ¡Cuaj, cuaj, cuaj!

Pero estas risotadas, más que el poder del acta matrimonial, celebraban el del documento de venta de las ciento quince reses que pacían por la vega y que él se había hecho firmar—por Rosa de Ardavín—mientras andaba Marcos en busca de los testigos. La india o no se dio cuenta de lo que hacía o ya nada le importaba perder las reses—pues tanto a esto como a la macabra farsa se prestó pasivamente—, pero el recibo decía que había percibido el precio en dinero contante y sonante.

Marcos Vargas ignoraba tal despojo y de ahí también las carcajadas.

—¡Ah invento bueno, ese del papel! ¡Cuaj, cuaj, cuaj!

Y aquel día todo El Callao sonrió sin saber por qué.

X

EL AVANCE

Era ya el tiempo de la aventura del purguo. Campesinos de todo Guayana, llaneros de los llanos de Monagas, de Anzoátegui, del Guárico y hasta del Apure, por donde los agentes de las empresas purgüeras iban ilusionándolos con promesas de ganancias fabulosas, ya todos se habían puesto en marcha, la magaya a la espalda, la ambición en el pecho

—¿Para dónde la lleva, amigo?

—Para el morado. Este es el año de hacerse rico. Se espera un buen invierno y será mucha la goma que habrá en los palos del morado.

Y por el camino de Tumeremo, asiento de las empresas purgüeras, comenzaban a vaciarse todos aquellos campos: hacia las selvas del Cuyuni, del Guarampín, del Botanamo... Tierras salvajes, insalubres, inhóspitas... De allá regresarían

—¡los que regresaran!—hambreados, enfermos, tarados por el mal de la selva y esclavizados ya para siempre al empresario por la cadena del avance: unas cuantas monedas y unas malas provisiones de boca a precios usurarios a cuenta de la goma que sacaran. Deuda que ya nunca se pagaría, hipoteca del hombre sin rescate que a veces pasaba de padres a hijos.

—Usted—dice el encargado de una de las empresas de Miguel Ardavín, dirigiéndose a uno de los peones que acuden a avanzarse—. ¿Cómo se llama?

—¿Yo?

—Sí, usted. ¿Quién va a ser?

—¡Ah! A mí me llaman Encarnación Damesano, para servirle.

—Esto último está por verse. ¿Ha trabajado otras veces en el purguo?

—¿Quién? ¿Yo? No, señor; pero he oído decí que es un negocio bueno pal trabajador.

—No tiene usted cara de serlo muy aprovechado.

—¿Porque me ve jipato y un poco carranclón? Eso es hambre vieja, catire.

—¡No sea confianzudo, amigo!

—Este que digo: mi jefe. Pero en cuanto me dé usté el bastimentico ya me verá convertío en un lión pal morao, porque allá en el rancho dejé una mujecita y tres barrigoncitos que me esperan con plata bastante pa sacá las tripas de mal año.

—Bueno. Vaya diciendo lo que necesita.

—¿Lo que necesito? ¡Si por eso juera, mi jefe!

Ríenle el humor los compañeros de cadena que llenan la oficina esperando su turno, y el encargado de distribuir el avance lo amonesta:

—Déjese de mamaderas de gallo, que no tenemos tiempo que perder, y vaya diciendo a cuánto aspira.

—Bueno, pues. Mándeme a poné unas torticas de cazabe,

las que sean de costumbre pa dentrá en la montaña con alguito que mascá y un piazo e cecina de la que no tenga mucho gusano, porque a mí no me gustan esos bichos, y otro güen piazo e pescao salao, morocoto si es posible, que es mi bocao predilecto, y una botellita e manteca, una poca e sal, unas libritas de papelón, los ingredientes del paloapique, que ya usté sabe cuáles son, sin muchos gorgojos los fríjoles, y el cafetito pa prepará la guacharaca y la botellita e caña blanca pa calentame el cuerpo.

—Quítese esa idea de la cabeza—dícele el encargado—. Aquí no se da aguardiente.

—¡Que lo siento, catire! Este que digo: mi jefe. ¡Ah! Y una frazá de las mejorcitas y un par de alpargatas. Y lo que se me haiga olvidao, que usté lo recuerde mejor que yo, de tanto apuntárselo en la cuenta a los compañeros de infortunio. Pero eso sí, por vía suyita se lo pido, no me vaya a encaramá mucho los precios. Mire que yo no tengo sino lo que ya me vio por encima: hambre vieja. Y ganas de trabajá, que es lo único que yo pido. Que me dejen trabajá pa ganame la vida.

—¡Ah, caramba, compañero!—exclama en voz baja uno de los que esperan su turno—. Usté como que está pidiendo demasiao. Si a uno le dejaran trabajá ya estaba el mandao hecho.

Pero le oye el encargado y advierte:

—Aquí no sólo se deja trabajar, sino que no se aceptan hombres que no estén dispuestos a sacar la goma que les fije la empresa.

Y vuelve a tomar la palabra Damesano:

—Por mí no se preocupe, jefe, porque yo me paro en lo mojao y hago barro en el polvero, cuando digo a trabajá, asina y tó como me aguaita carranclón y jipato, me pierdo de vista.

—¿Querrá decir que ya lleva la intención de picurearse?

—No, señor. Encarnación Damesano sabe cumplí sus

compromisos. Mándeme llená la magaya ya verá pión contento. ¡Ah! Que se méiba a olvidá lo principal. Un frasco de cholagogue y unas peslas de quinina, porque mi padecimiento es el paludismo y no dejará de pegame en la montaña.

—Como que ése es el pretexto de que se valen todos para quedarse en la tarimba.

—Ya le digo, mi jefe, que Encarnación Damesano hace barro ande se pare.

—Que saque goma es lo que interesa. Pero todavía no ha pedido usted los instrumentos de trabajo.

—¡Ah! ¿Y es que ésos también se los cargan a uno en cuenta? Bueno, pues. ¡Qué se va a hacé! Cárgueme también las espuelitas y el mecatico pa moneá los palos y el machetico y to esos corotos que, según cuentan los que ya han dío a la montaña, hacen parecé al purgüero un mostro de los infiernos tratando de subí al cielo.

Otra vez las risas de los compañeros y la amonestación del encargado:

—Ya usted se está dejando ver la punta de peón mal doctrinero. Deje la mamadera de gallo, le repito.

—Está bien, mi jefe. Me quedaré callao, si ésa es su voluntad. Y como sólo farta el avance de dinero efectivo, su boca será la medida.

—Ochenta pesos.

—¿No será poco, mi jefe? Déme los cien completos, pa podé mandales algo a la mujecita y a los barrigoncitos que se quedaron en casa con los dientes puyuos.

—Mándeles lo que ya tiene destinado para bebérselo en aguardiente.

—Es que todo no puede ser rigor, catire. Unos palitos más que otros no me van a hacé más pobre.

Y así se vendió Encarnación Damesano, en la hora menguada del hambre en su casa.

NOCHE DE "YAGRUMALITO"

Hacía varios días que estaba allí José Francisco Ardavín, acariciando los tortuosos proyectos concebidos durante la última entrevista con el primo, o mejor dicho, imaginándoselos ya realizados—muerto Miguel en el primer encuentro con las tropas del Gobierno, por aquella bala de la cual nunca se sabría de dónde salió, y él reemplazándolo en la jefatura del partido—mientras la torva montonera de sus oficiales, toda congregada en el hato con motivo del avance de la empresa purgüera en la cual hacían de capataces, y los peones que bajo la férula de ellos dejarían allá lo servido por lo comido, se regalaban ahora con diarios y opíparos festines de terneras sobre cuyos despojos se precipitaban bandadas de zamuros, precursoras de las que luego habrían de seguir el paso asolador de la revuelta armada.

Y allí estaba aquella tarde el coronel, complacido en aquel ambiente de facción que por primera vez lo rodeaba —pues su coronelato no lo había ganado en campamentos, sino que era regalía de segundón de familia de generales—, meciéndose sosegadamente en su hamaca colgada en uno de los corredores del contorno de la casa, cuando sonó el teléfono del servicio oficial de que disfrutaban todas las fincas de los Ardavines.

Sonó, como era natural, de pronto, inesperadamente estando silencioso el aparato, entre el cual, instalado en el despacho de José Francisco y la hamaca donde éste acariciaba sus sueños, había una ventana abierta por donde la recelosa mirada del soñador bruscamente devuelto a la realidad de su situación actual saltó a posarse sobre el artefacto al primer timbrazo; pero sonó tres veces, con llamadas cortas, enérgicas, imperiosas, que sustituyeron la cosa

instalada en la pared del despacho por la determinada personalidad que maniobraba la cigüeña al otro extremo del hilo.

—Miguel—murmuró José Francisco. Y luego a uno de sus oficiales, el de su mayor confianza, de apellido Molina, que por allí andaba y ya venía a atender—: Ve a ver qué quiere.

Palabras que, sin haber sido acompañadas de guiñadas de ojos ni de otras señales de inteligencia capciosa, contenían sin embargo un vasto y minucioso sobrentendido, pues de otro modo no podría explicarse por qué tenía que murmurar el oficial:

—Vamos a ver.

Se acercó a Miguel, le dijo que era Molina, oyó en silencio lo que le hablaba al oído, luego respondió:

—Sí, señor, aquí está.

Y, finalmente, volviéndose al coronel, por la ventana:

—Quiere hablar con usted—le dijo.

José Francisco dejó la hamaca murmurando algo que no se le entendía y se puso al aparato:

—¡Ajá, Miguel!... ¡Cómo! ¿Cuándo murió?

—Esta mañana—respondió Miguel y Molina lo oyó claramente, después de lo cual siguió hablando al oído de José Francisco.

—¿Y por qué Alcaraván no me llamó directamente a mí? ¿Por qué no me lo avisó inmediatamente? A estas horas ya estaría yo en *Palo Gacho*... ¡Cómo que para qué!

Miguel moscardoneaba fuera del oído de José Francisco y Molina se retiró sabiendo ya de qué se trataba.

—¡Cómo!—volvió a exclamar el coronel—. ¿Y quién autorizó a Alcaraván para hacer ese matrimonio? ¿Tú?... En todo caso... De todos modos... ¡Cómo que no te interrumpa! Debes comprender que tratándose de José Gregorio... Bueno, tú no tendrás tiempo que perder, pero yo... De todos modos ese matrimonio es nulo... O anulable, lo

mismo da... ¿Quién? ¿Marcos Vargas? ¡Je, je!... ¡Cómo que no! Ahora mismo voy a estar ensillando...

Se retiró el auricular donde tronaba la voz del jefe y luego volvió a acercárselo, después de haberse cerciorado de que Molina no estaba por allí.

—¿Yo por qué?... ¡Cómo! ¿Qué dices? ¡Al coronel López! ¿Cuándo lo quitaron?... ¡Ajá! ¡Ajá, Miguel!

Agitó bruscamente el gancho para aclararle la voz a Miguel y se oyó que éste decía:

—Lo reemplazó el coronel Menéndez.

—¿El de...?

—¡Sí, sí! Ese mismo.

Volvió a sumirse Miguel dentro del oído de José Francisco, habló así largo rato desde el otro extremo del hilo que unía *Palmasola* con todos los sitios donde, en un momento dado, fuese necesario que se oyera su voz de caudillo y los gestos que a medida iba haciendo el de *Yagrumalito* demostraban que no era nada tranquilizador lo que se le comunicaba. Pero si ya no interrumpía tampoco parecía oir solamente, sino al mismo tiempo acariciar ideas ajenas a la conversación del otro, muy suyas y por lo tanto torvas. Por último comenzó a decir, con la inquietud del que oye cosas imprudentes:

—Bueno, bueno... Sí, sí... Ya oí, ya oí... Bueno... Bueno...

Colgó el auricular, respiró profundamente cual para alivio de un penoso esfuerzo, se quedó un momento con la mano apoyada en aquél, pesante sobre el gancho que cerraba la comunicación, dirigió una mirada cargada de odio al aparato que había sido Miguel, y murmuró sordamente:

—Bien pudiste participarme todo eso por escrito, con un propio de mi confianza o venir a decírmelo personalmente; pero has preferido gritarlo a voz en cuello de modo que pudiera oírlo todo el que tuviera interés en interceptar la

conversación. ¿Quieres perderme para salvarte tú? ¡Ya veremos cuál de los dos será el que cante victoria!

Y abandonó el despacho dentro del cual ya era noche oscura, para dirigirse al caney donde vivaqueaba la montonera regalona de la oficialidad, con una decisión tan impetuosa que tenía que arrollar toda otra que al atravesar el corredor hubiera podido detenerlo.

Pero al acercarse al grupo que formaban sus oficiales —el apellidado Molina entre ellos—tuvo la intuición instantánea y certera de que la voz mandona de *Palmasola* había llegado hasta allí y ya estaba produciendo un determinado efecto, pues el silencio que guardaban sus espalderos no era simplemente de estar callados por no tener nada que decirse, sino de haberse quedado así en espera de lo que él llevase entre manos y una voz secreta le advirtió que no era prudente, a lo menos por el momento, pulsar la fidelidad de aquellos hombres.

Pasó de largo, se alejó un poco, se detuvo de pronto, haciendo el ademán del distraído que de repente advierte que se le ha olvidado algo y regresó sobre sus pasos.

Pero ya el demonio de la ficción se había apoderado de su espíritu—había espectadores, él mismo entre ellos, de cierta manera—y ya no se trataba de volverse a la casa por desistimiento del propósito que lo sacara de ella, sino recordar lo que se le había olvidado, de buscar la idea perdida por el trayecto.

—¡Pero, hombre!—murmuraba—. ¿A qué venía yo?

Y hacía cuanto se recomienda en casos de olvidos verdaderos: desandar lo andado, detenerse de pronto y volver a situarse por sorpresa ante los objetos exteriores tal como debió de estar en el momento de la distracción, pues era ya absolutamente necesario que se le hubiese olvidado lo que fue a hacer y no hizo o a decir y no dijo.

Pero cuando se dice ficción no se hace, en realidad, sino soslayar el problema escabroso y tremendo de la sinceridad

humana, puesto que el que finge ya expresa algo íntimamente verdadero y en el espectáculo de histrionismo que estaba dándose el coronel de *Yagrumalito*—a sí propio, espectador exigente de la verosimilitud de la farsa—había un drama efectivo, tremendamente real. Sí, se le había olvidado algo. No propiamente mientras se dirigía al caney, sino cuando acarició aquellas torvas ideas que le habían cruzado por el pensamiento durante la conversación con Miguel—lanzarse en armas a la cabeza de sus oficiales, contra Apolonio Alcaraván, que le había arrebatado *Palo Gacho* con lo del matrimonio de José Gregorio; contra el gobierno del Estado por la sustitución del coronel López por persona enemiga suya, contra el mismo Miguel que quería perderlo para salvarse él—y antes, todos aquellos días en que se entregó a imaginar ya realizado su proyecto de suprimir y reemplazar al cacique del Yuruari mediante una bala de la cual no se supiera de dónde habría salido, en el primer encuentro con las tropas del Gobierno. Se le había olvidado quién era José Francisco Ardavín, que para nada de esto que exigía arrostrar peligros sería nunca bastante osado. Y tratando de recordar lo que en realidad no había olvidado. no hacía sino buscar su fantasma desvanecido.

—¡Je, je!

Era Cholo Parima quien había hecho así, desde el corredor de la casa donde ya estaba cuando por allí pasó el distraído, dirigiéndose al caney.

La presencia de este hombre en *Yagrumalito* era obra verdaderamente diabólica de Miguel Ardavín. Obedeciendo a indicaciones de éste se lo había llevado consigo José Francisco, para quien nada podía ser tan molesto como la compañía de su cómplice. ¿Para que lo suprimiese—se preguntaba todavía el coronel—o para que Parima lo vigilase a él? Lo primero parecía lo más probable, ya que de modo cierto nada podría decirse de los designios de aquel "que se perdía de vista"; pero al mismo tiempo era lo que menos podría

hacer José Francisco sin corroborar la acusación tácita de la opinión pública y la expresa de Marcos Vargas de que había sido él quien armó contra Manuel Ladera el brazo homicida del hombrón de las cicatrices. Pero el tenerlo consigo no habiendo pertenecido nunca a su escolta de espalderos, casi equivalía a lo mismo y el dejarlo libre era correr el peligro de que, echándole mano la justicia, se llegase a descubrir toda la verdad. Y éste era el círculo atormentador dentro del cual se sentía cogido el coronel, además de no poder asegurar si era él quien "tenía" a Parima o éste a él. Por otra parte, el supuesto Pantoja había sido instrumento de crímenes de Miguel—el más reciente de ellos el asesinato de aquel negro trinitario que conducía preso a Ciudad Bolívar—, y si la intención del cacique al indicarle que se lo llevara consigo había sido aprovechar la ocasión para que se le suprimiese, a él le interesaba, por el contrario, retenerlo en su poder a manera de rehén contra las posibles maquinaciones de quien "se perdía de vista" cuando iba derecho a lo suyo.

En cuanto al mismo personaje en cuestión, su conducta era realmente inquietante. No tomaba parte en los regocijos del vivac; de las terneras sacrificadas cogía su ración para comérsela a solas; no alternaba con los oficiales en las tertulias, ni colgaba su chinchorro en el caney para dormir junto con ellos; pero siempre estaba de ronda por allí. llevándose en pos de su corpulencia taciturna las miradas recelosas en el silencio que su paso producía. Acaso habría bastado una guiñada de ojo de José Francisco para que veinte balazos le acribillaran las espaldas, porque nadie lo veía allí con buenos ojos y esto no podía escapársele a quien así se comportaba. Pero si podía marcharse de allí cuando a bien lo tuviese y aún no lo había hecho, esto tenía que aumentar la intranquilidad de su cómplice, que quería y no podía hacer aquella guiñada.

Ahora se le acercó con plan de astucia, que no era todo ocurrencia del momento, diciéndole:

—¿Qué hubo, Cholo Parima?

—Pantoja, coronel—corrigió el hombrón, que nunca estaba para equívocos y menos parecía estarlo aquella noche.

—¡Sí, hombre! Siempre me equivoco.

—Que no estaría de más que tratara de corregirse ese defecto—repuso Parima, con un tono que pocas esperanzas de ascendiente personal aprovechable para sus nuevos planes debió dejarle al coronel.

Pero éste se hizo el desentendido y prosiguió a lo que iba, más propio del verdadero José Francisco Ardavín y por rodeos que lo hicieran más tortuoso:

—Creí que ya estarías recogiéndote adonde te tocara dormir esta noche... Porque en *Yagrumalito* nadie sabe cuándo el pez bebe agua ni dónde cuelga Pantoja.

—¡Jm!—hizo el zambo ladino—. Donde le coja el sueño. Esa ventaja tiene el pobre, a quien no lo amarran casas.

—Y como seguro mató a confiado—agregó Ardavín.

—Deduzca las consecuencias—concluyó el otro.

—¿Y hoy cómo que estás desvelado? Porque a estas horas ya otras veces...

—Acalorao es lo que estoy, coronel—repuso, ya valiéndose de expresiones ambiguas—. Y por eso me dejé llegá hasta acá, a cogé el fresquito que sopla siempre por aquí.

—Sí que hace calor esta noche.

—Mucha.

—¿Será que va a tronar?

—Será.

Pausa. José Francisco ya no estaba tan seguro de sí mismo como cuando se decidió a abordarlo. Algo de lo que le sucedió ante el silencio de sus oficiales volvía a ocurrirle ahora. Pero tenía que jugarse aquella carta esa misma noche.

—Dime una cosa, Pantoja. ¿Cómo fue aquel recado que te dio Miguel para el jefe civil de San Félix?

—¿A cuál se refiere usté? Porque son algunos los del general que en distintas ocasiones he tenío que llevarle al coronel López.

—¡Hombre! Ahora que lo mencionas.

—¡Jm!

—¿Sabes que ha sido destituído?

—Es la primera noticia.

—Sí, hombre. Lo ha reemplazado un enemigo nuestro. por cierto. El pobre Miguel está muy preocupado. Acaba de participármelo por teléfono.

—¡Mire, pues!

—Parece que el Gobierno ha olido algo de los planes revolucionarios de Miguel y le está desbaratando el nido, como quien dice. También han sido reemplazados los jefes civiles de Upata y de Guasipati. Pero esa destitución del coronel López, especialmente, lo ha puesto sobre aviso.

—Las cosas de la política—repuso Parima como si nada le importase el asunto—, que hoy mandan unos y mañana otros.

—Y hoy ponen unos en claro lo que ayer dejaron otros en turbio—agregó Ardavín, reticente.

—Usté que lo dice...

—Es que temo que vayan a sobrevenirle complicaciones a Miguel por lo del recado que le llevaste a López.

—¿Por el del gallo será?

—¡Ese!... ¡Ah, Miguel, para tener más vueltas que un cacho!

—Eso como que es de familia.

—¿Y cómo pudiste entender... Pantoja—ya iba a equivocarme otra vez—que el gallo era Manuel Ladera?

—¿Qué me quiere decir con eso, coronel?

—Que era una manera bien rara y confusa de ordenarte que mataras a Ladera.

—¡Coronel!—exclamó socarronamente el hombrón—. Mire que se está pasando de vivo.

—Nadie nos oye, Cholo Parima.

—Pantoja, coronel.

—¡Cholo Parima!—insistió José Francisco, con veladuras de corazón alterado en el acento que debía de ser firme.

—¡Jm!—volvió a hacer el hombrón inquietante—. Usté como que está viendo visiones, coronel.

Y quitó de allí su sombría corpulencia dejándolo plantado.

José Francisco se llevó la mano a la empuñadura del revólver... Eran anchas las espaldas de Cholo Parima, casi imposible no hacer blanco en ellas... ¡Pero se contaban tantas cosas de las tremendas revueltas del gigantón cuando empleaba el ardid de volverlas!... Después, cuando comprendió que no había sido estratagema sino retirada desdeñosa. ya no se distinguía bulto para la mira del arma... ¡Pocas noches habrían sido tan negras como aquella de *Yagrumalito* en que José Francisco Ardavín descubrió que estaba solo!

XI

LAS HORAS MENGUADAS

Cielo encapotado sobre Tumeremo en tinieblas, con relámpagos silenciosos en el horizonte anunciando la aproximación de las lluvias. Era medianoche y el calor sofocaba.

Sombras errantes por las calles solitarias; otras, taciturnas, ya congregándose frente a las oficinas de las empresas purgüeras, la cobija en el brazo, la magaya a la espalda, el machete en la diestra... La gente del Turumbán, la gente del Botamano... Las peonadas que durante el día animaron la población con el despilfarro del dinero del avance, ahora reuniéndose remolonas en espera de los capataces para ponerse en camino de la selva.

—Bueno, Arteaguita—dijo Marcos Vargas, al cabo de

un largo silencio de entrambos—. Dentro de poco estarás tú también cogiendo el camino de Suasúa. ¡Cómo te envidio!

—¿Tú quiele cambiá? Como le contestó el chino al fraile del cuento—repuso Arteaguita, recurriendo al gracejo, como en toda ocasión lo acostumbraba.

—¡Ah caramba!—exclamó Marcos, comprendiendo—. ¡Y tan animado que estabas hace unos momentos!

—Sí, pero... ¡Qué sé yo! Confieso que soy supersticioso y ese canto de la pavita que acabamos de oir me ha dejado la empalizada contra el suelo. Temo resultar uno de esos a quienes no quiere la montaña, como dicen los purgüeros.

—Según tengo entendido, la montaña sólo rechaza a los que van a ella con miedo.

—Como yo, precisamente—repuso el bromista, ahora con acento dramático.

Y al cabo de una pausa:

—¡Soy un cobarde, Marcos Vargas! ¿Para qué ocultártelo? ¡Un cobarde! ¡Un cobarde! ¡Maldita sea!

Y comenzó a roerse las uñas con una decisión frenética.

—¡Qué es eso, Arteaguita!—protestó Marcos, con indignación que hacía generoso el disgusto que aquella miseria de ánimo le causaba—. ¡No hay derecho!

—Eso digo yo—repuso el menguado—: no hay derecho a que lo coja a uno el toro, quiera o no quiera. Eres pobre y has pasado más hambre que un ratón en un saco de clavos, porque así te echaron al mundo sin pedirte permiso y además con una vitola de esas que no hacen carrera ni en bicicleta; pero no te da la gana de continuar siéndolo para toda la vida y para salir de abajo un día te resuelves a tirar la parada que otros tiran y a todos se les da. Mas cuando ya tienes los dados en la mano, cuando ya estás maraqueándolos—y aquí Arteaguita comenzó a agitar la diestra apuñalada, emitiendo luego un pujido de gran esfuerzo ineficaz, a tiempo que aceleraba rabiosamente la mímica, apretando más el puño, con lo cual simulaba que éste

se resistía, por inhibiciones involuntarias, a soltar los supuestos dados—, cuando ya has dicho topo, se te tranca el carro y te coge el toro. ¡No hay derecho! ¡Tú lo has dicho!

No se podría sostener que estas palabras habían sido patéticas; fueron demasiadas metáforas y todas ramplonas; pero cuando era de esperarse que Marcos Vargas soltara una carcajada estrepitosa, se quedó, por lo contrario, en silencio hasta cierto punto respetuoso.

Entre tanto la diestra de Arteaguita continuaba haciendo ahora con intermitencias convulsivas, la mímica explicada, y como esto ya era un espectáculo totalmente desagradable, Marcos se la sujetó, se la inmovilizó, le separó los dedos crispados y para mantenérsela extendida le apoyó su diestra encima. Arteaguita interpretó que se la entregaba para el apretón patético y se la estrechó fuertemente, emocionadamente, exclamando:

—¡Gracias, Marcos Vargas! ¡Qué corazonzote más bien puesto tienes! Si tú fueras conmigo, yo no le temería a nada.

—No puede ser—dijo Marcos, aprovechando la salida que se le deparaba de aquella desagradable situación—. Ya te he dicho que te envidio, pero por ahora no puedo darle la espalda al compromiso contraído con don Manuel Ladera. El negocio de los carros me atará por algún tiempo... Que por cierto me extraña que no hayan llegado ya.

—Tienes razón—murmuró Arteaguita—. Dispénsame... En realidad lo que me sucede es que no me siento bien esta noche. Quizá tenga un poco de fiebre, pues de pronto me dan calofríos.

—¿No sería conveniente que te regresaras a la posada? Ya va a ser hora de que te pongas en camino. Digo, si no vas a echarte para atrás del compromiso que tienes ya contraído con los Vellorinis. Que, según me has explicado, te han abierto un buen partido en la empresa del Guarampín

y como este año se espera sacar mucha goma, ganarás mucho dinero.

—No. Si ya te digo, suerte no me ha faltado, después de todo, pues hasta se me ha presentado otro negocio que también parece bueno. Una sastrería, que no las hay aquí que valgan la pena. Y como yo conozco el oficio y hasta ahora no me he comido un trazo...

—Ya estoy viendo por dónde vas a reventar—dijo Marcos.

—No, no. Te hablo de eso para que veas que suerte no me ha faltado, pues hasta me han ofrecido el capital en condiciones ventajosas...

Pero ya Marcos Vargas no le prestaba atención. Un jinete, inconfundible silueta gigantesca a través de la oscuridad, acababa de cruzar la bocacalle próxima.

—¡Cholo Parima!—exclamó a la sordina—. ¡Buen encuentro a estas horas! No hace mucho me decía el jefe civil que ya debía de estar preso, pues había orden de arresto contra él desde esta tarde. Y como que va buscando el camino de Suasúa.

En esto el jinete se detuvo, descabalgó y penetró en un tabernucho que por allí había. Era a la salida de la población, vía de El Dorado, por donde ya comenzaba el éxodo de las peonadas; camino de la impunidad de la selva para el asesino de Manuel Ladera.

—Pero no te escaparás—murmuró Marcos, a tiempo que agarraba a Arteaguita por el brazo. Y luego a éste, arrastrándolo consigo—: Ven, para que aprendas a manejarte en esta tierra, curándote de espantos de una vez por todas.

—¡No, chico!—gimió el menguado—. ¿Qué vas a hacer? Avisémosle más bien al jefe civil... Déjame ir yo si tú no quieres.

Pero ya Marcos Vargas no atendía a razones.

En el tabernucho sólo encontrábanse el dueño, lavando los vasos donde tomaron el último trago los purgüeros que ya partían, una ramera triste, ante el de cerveza ya vacío

con que la obsequiaran, y Cholo Parima, tomando asiento al lado de ella.

—¿Qué van a tomar los jóvenes?—preguntó el tabernero.

—Cualquier cosa—respondió Marcos Vargas—. Cerveza.

A tiempo que Parima, dirigiéndose a la mujerzuela:

—¿Desde cuándo por aquí, *Gallineta*?

—Hacen tres meses, chico. Pero hoy es la primera salida que hago, porque vine enferma.

—¿Por dónde andabas?

—Ultimamente por El Dorado. Antes por los laos de Chicanán, con el *Sute*. Pero me dio la baja. ¡Qué se hace, chico! Cuando una dice pabajo, ni los perros la quieren pa ruñile los güesos.

—¿De modo que na menos que con el amo del alto Cuyuni? ¡Mire, pues!

—¡Guá! ¿Y qué te crees? Una ha tenío sus tiempos, chico.

—Te tendría bien, por supuesto.

—Asina. Entreveraíto con palizas de cuando en cuando.

—¡Ajá! ¿De modo que el tigre del alto Cuyuni saca también sus campañas con las mujeres? Muy hombrón me habían pintado siempre al *Sute* Cúpira.

—Y lo es, chico. No te estés creyendo.

—Eso lo veremos pronto, pues pa allá voy rumbiando casualmente.

—¿Sí? Bríndame algo antes de irte, pues.

—¡Cómo no, *Gallineta!* ¿Cerveza es lo que estás tomando? ¿No se te ampollará la jeta?

Y se volvió para pedir servicio; pero se quedó con la palabra en la boca al descubrir a Marcos Vargas, de espaldas al mostrador, mirándolo fijamente.

—¡Hum!—hizo luego—. Yo sí sentía en la nuca algo que me estuviera haciendo cosquilla. Y era la mirá del joven... ¡Sírvanos cerveza, botiquinero!

—En seguida, comandante Pantoja.

—¡Qué comandante ni qué Pantoja! Cholo Parima soy yo, pa el que me ande buscando sin habérmele perdío.

Pero Marcos, sin darse por aludido, no le quitaba la vista de encima y así transcurrió un buen rato, hasta que Arteaguita, ya sin uñas que roerse y no pudiendo soportar más la presión de tragedia inminente, le susurró suplicante:

—Déjame salir, Marcos. Déjame ir a avisarle a la Policía.

—Bueno—díjole al cabo de un rato—. Anda y avísale.

Y esto lo oyó el tabernero y fue a soplárselo a Parima, disimuladamente, mientras le servía lo pedido.

—¿Ajá?—exclamó el hombrón de las cicatrices, y luego, sobándoselas—: ¡Ah bichas pa doleme las marcas que me dejó el difunto, la noche en que los machetes alumbraron el Vichada! ¿Será la entrá de agua, *Gallineta?* O algo como agua que quiere corré por aquí esta noche.

Y la mujerzuela, asustada, por decir algo:

—¿Conque vas rumbiando pa el alto Cuyuni?

—Si no me lo impiden los mirones, porque me sigue molestando la mosquita. ¿Será que le estoy güeliendo a podrío? Pero yo todavía como que no estoy muerto, ¿verdá, *Gallineta?*

—Tómate tu cerveza tranquilo, chico—le aconsejó ella—, y anda, vete de aquí cuanto antes, que la hora es nona.

—Menguás las llaman—repuso Parima—y, sin embargo, hay quien las busque con sus pasos contaos.

Sereno, espantosamente impávido, recostado contra el mostrador, con los codos apoyados sobre éste y la diestra péndula, sin la más leve vibración de nervios, ya con el hueco donde cabría justa la empuñadura del revólver al cinto, Marcos Vargas no perdía de vista las manos del asesino ambidextro—particularidad que no le era desconocida—, quien al darle de nuevo la espalda sólo lo había hecho para prepararse la revuelta impetuosa, ya con el arma esgrimida.

—Déjate de eso, chico—insistió la ramera al verlo sacar el revólver.

Pero ya el hombrón estaba de pie, desatada la revuelta asesina...

Que fue la última... Se le desprendió el arma de la zurda, se llevó la diestra al corazón, dio un pujido y balbució, ya desplomándose, cenicienta la faz sombría:

—¡Me andó alante el joven!

Y FUE ASÍ COMO MARCOS VARGAS...

Momentos después le decía el jefe civil:

—No se preocupe, amigo. Usted no era un particular en esa hora y punto, sino un agente o, por lo menos, un representante de la autoridad que fue a impedir que se fugara ese bandido. Ya le había dicho yo que había orden de prisión contra él y es un hecho probado que usted no entró al botiquín sino a cerrarle el paso si intentaba escaparse antes de que llegara la Policía, en busca de la cual mandó a su amigo Arteaguita, como lo comprueba la declaración del botiquinero. Por otra parte, tanto éste como la *Gallineta* han declarado que fue Parima el primero en hacer armas, después de haberlo provocado de palabras sin que usted se diera por aludido. Así, pues, del sumario levantado no se puede desprender causa contra usted, y por mi parte no tengo sino que darle las gracias por el servicio prestado con riesgo de su vida.

Pero si así habían sucedido las cosas que podían ser materia de juicio, aparte las intenciones recónditas que escapan a la acción de la Justicia, no era propiamente ésta la que hablaba por boca del jefe civil, que apenas horas antes había tomado posesión de su cargo, sino la política antiardavinista que comenzaba a desarrollarse y no consistiría, desde luego, sino en la suplantación de la violencia de unos por la de otros.

—Lo único de lamentar—continuó el jefe civil—es que Cholo Parima se haya llevado consigo al otro mundo todo

lo que habría podido declarar contra los Ardavines; pero, de todos modos, ya les estamos latiendo en la cueva a los tigres del Yuruari y ya se le presentará a usted ocasión de repetir con éxito ante el juez competente lo que dijo en San Félix ante el coronel López, perdiendo su tiempo.

Pero Marcos Vargas repuso:

—Ya no me interesa.

Era el supremo desdén del hombre que acababa de encontrarse plenamente a sí mismo, por todo lo que pareciese limitación de la fiera hombría y el individualismo señero: él había aprendido a hacerse justicia al dar muerte al asesino impune de su hermano y ya nada se le importaba de la que pudieran impartir los jueces, tanto en el caso del crimen de San Félix como en el suyo propio actual.

—Sin embargo—prosiguió su interlocutor—, algo tiene usted que cobrarle a los Ardavines, pues aún no le he contado que esta noche, por los lados de *Yagrumalito* han sido asaltados sus carros por gente armada de ellos. No le digo que por el propio José Francisco, porque parece que éste se hallaba en Guasipati en esos momentos (dicho sea de paso: nada menos que ofreciéndosele a la autoridad para prender al primo, cosa que a estas horas puede haber sucedido), pero lo cierto es que era gente de los Ardavines y que lo han dejado a usted en la ruina: mataron las mulas, saquearon las mercancías, quemaron los carros, después de haberlos rociado con el mismo kerosene que traían para los Vellorinis, y machetearon a los peones, que no tuvieron tiempo de coger el monte. Esto me lo acababa de comunicar cuando llegó su amigo Arteaguita a darme pitazo de que por aquí andaba Cholo Parima, un viajero que pasó por el lugar del suceso momentos después y más adelante se encontró con sus peones, camino de para acá conduciendo a sus compañeros heridos, que son dos. Parece que los salteadores cogieron la vía de El Callao y ya telefoneé al coronel

Alcaraván, quien me dijo que saldría a perseguirlos inmediatamente, él mismo en persona.

Marcos Vargas permaneció en silencio, sin que se advirtiese que la noticia del grave perjuicio sufrido lo hubiese afectado. De una manera general, así se comportaría siempre ante el hecho de la pérdida de bienes positivos, hacia los cuales no tenía apego y por otra parte, las represalias de un enemigo a quien ya hubiese declarado guerra, nunca le producirían arrebatos de cólera, pues las consideraba como episodios naturales de la lucha y el sentido gozoso de ésta impedíale entregarse a reacciones sombrías o deprimentes del ánimo; pero aun no siendo así se habría comportado como ahora lo hacía, porque el acto consumado momentos antes, la tremenda experiencia de sí mismo recién adquirida, parecía haberlo desplazado fuera de todo contacto con las cosas que hasta allí lo hubiesen interesado, tanto las materiales como las del orden afectivo o moral.

"Eso tenía que suceder esta misma noche", díjose, mentalmente.

—Bueno. Yo me voy a la posada. Hágame el favor de avisarme cuando lleguen los peones.

Allí estaba, momentos después, recostado en su chinchorro, las manos bajo la nuca; la mirada hacia el techo, el pensamiento fundido en la sensación integral de sí mismo —única cosa existente para su conciencia, libre y solitaria realidad dentro de la nebulosa de un mundo desvanecido— cuando llegó Arteaguita acompañado de José Vellorini.

Detúvose éste en el umbral de la puerta de la habitación, echó los brazos al aire y comenzó a exclamar:

—¡Muy bien! ¡Muy bonito! ¡Magnífico! ¡Usted convertido en policía! ¡Dignísima profesión! ¿Cuánto le pagaban por eso?

Pero como Marcos no se daba por aludido y ni siquiera se volvía a mirarlo, avanzando hacia él se le plantó por delante, y prosiguió:

—¿Qué necesidad tenía usted de ir a arrestar a ese hombre? ¿Le parece que con eso basta para lavarse las manos? ¿Se imagina que eso será suficiente para que su madre apruebe su conducta? ¡Mire que es mucho! ¡Tan joven y ya con una muerte encima! ¿Y su novia?... Yo no debiera hablarle de su novia, pero ¿con qué cara se le va a presentar ahora a las personas que han puesto en usted su cariño y su estimación? ¡A ver, dígame! ¿Con qué cara se le va a presentar ahora a su madre?

—Déjeme en paz, don José—repuso desabridamente—. No estoy para oir regaños ni para dar explicaciones.

—¡Muy bien! ¡Magnífico! ¡Así salen los hombres de las dificultades! ¡No estoy para dar explicaciones! ¿Ha oído usted, Arteaguita? ¡Usted, que se ha tomado el asunto tan a pechos que hasta fiebre le ha dado, como si la desgracia le hubiera ocurrido a usted mismo! Ahí tiene a su amigo diciéndole que no está para oir regaños. ¿Quién habrá venido a regañarlo? ¡Hombre! ¡No faltaba más! Va este amigo suyo, que lo quiere de veras, a contarme lo que le ha ocurrido a usted y dejo yo mis ocupaciones (porque ya me había levantado para atenderle a la salida de los purgüeros que siempre necesitan algo a última hora), dejo lo que estaba haciendo en cuanto me entero del acontecimiento para venir a demostrarle mis..., mis... ¡Bueno! Para venir a decirte que has cometido una tontería. ¡Ya está!

Dio unos pasos por la habitación, gesticulando y moviendo los brazos como aspas al viento, mientras agregaba:

—Te has dejado llevar demasiado de tus buenos impulsos, que a veces resultan tan perjudiciales como los malos, de la indignación que te producía el ver que se fugara impune el asesino del pobre Manuel, que fue bueno contigo... ¡En fin! Que te has portado como un hombre, pero con sacrificio de su tranquilidad de conciencia... Y he venido a decirte... ¡Que aquí estoy yo para todo lo que pueda serte útil! ¡Ya está!

Dijo todo esto haciéndose violencia, porque así no debía hablar Vellorini el malo y continuó paseándose de aquí para allá y refunfuñando:

—¡Hombre! ¡No falta más sino que después que te has portado como un hombre, con riesgo de tu vida, viniera uno a regañarte y amargarte más la existencia!... ¡Bueno estaría el mundo!... ¡Hombre!

Pero Marcas Vargas no quería abandonarse a las emociones de la bondad humana, que tan singular encarnación tenía en José Vellorini y que habrían enternecido su corazón cuando lo necesitaba insensible a todo lo que no fuese cónsono con la fiera experiencia de sí mismo que acababa de adquirir, sin que esto fuese despecho sombrío y así repuso secamente a las generosas palabras del viejo gruñón:

—¿Sabe ya lo de *Yagrumalito?*

—¿Lo de los carros? Sí. Acaba de comunicármelo el jefe civil. ¡Es inicuo! Han querido arruinarte en represalia de tus palabras en San Félix. Ya me lo esperaba yo por momentos. Esos bandidos no podían perdonarte que te hubieras atrevido contra ellos... Pero el mundo da vueltas, Marcos Vargas, y lo que hoy está de pies, mañana estará de cabeza... Además, tú tienes la vida por delante para rehacerte de esa pérdida... Por la de nuestras mercancías no te preocupes.

—Eso le digo yo a usted, don José.

—¡Bah! ¡Ni hablar de eso! Ya Francisco sabrá hacérselo pagar, y en cuanto a lo tuyo, ahora mismo, si quieres, hay para ti un buen negocio en nuestra empresa purgüera. Casualmente, aquí el amigo Arteaga acaba de manifestarme que no se siente bien de salud para internarse en la montaña (la impresión de lo que acaba de sucederte) y con ese motivo tendré que hacer una reorganización de la empresa, que me permite ofrecerte desde luego un buen negocio para ti como encargado general. ¿Quién mejor que tú para defender nuestros intereses? Este año se espera sacar mucha goma y podrás ganar mucho dinero.

Ahora Marcos Vargas miraba a Arteaguita, que a todas éstas había estado en silencio y cabizbajo, y éste, como entendiese lo que implicaba aquella mirada, murmuró sordamente:

—¡Qué se hace, chico! El que nació barrigón, ni que lo fajen chiquito. Volveré a coger mi tijera.

Marcos Vargas abandonó el chinchorro. El partido que acababa de abrirle José Vellorini era otra de las cosas que tenían que suceder aquella misma noche, pero también el puente de plata que días antes quiso tenderle don Francisco. Ahora las circunstancias habían cambiado: tenía deudas imperiosas a que atender y ya el amor de Aracelis flotaba en la nebulosa del mundo desvanecido en torno suyo. Pero al mismo tiempo siempre era una ayuda que se le ofrecía y él quería pasarse sin ella.

Dio unos pasos por la habitación. A vuelta encontrada, haciendo lo mismo José Vellorini, éste se le plantó por delante, le apoyó sus huesudas manos sobre los hombros, se las oprimió afectuosamente, mientras lo miraba en silencio, y luego le dijo:

—Acepta, muchacho. No es un favor que quiera hacerte, sino un negocio que te propongo, conveniente para nosotros tanto como para ti.

Y Marcos, cediendo a la emoción de bondad humana:

—Acepto, don José. Cuente conmigo.

Y fue así como Arteaguita se quedó al margen de la aventura y Marcos Vargas se vio lanzado a ella.

XII

CANAIMA

¡Arboles! ¡Arboles! ¡Arboles!... La exasperante monotonía de la variedad infinita, lo abrumador de lo múltiple y uno hasta el embrutecimiento.

Al principio fue la decepción. Aquello carecía de grandeza; no era, por lo menos, como se lo había imaginado. No se veían los árboles corpulentos en torno a cuyos troncos no alcanzasen los brazos del hombre para abarcarlos; por lo contrario, todos eran delgados, raquíticos diríase, a causa de la enorme concurrencia vegetal que se disputaba el suelo.

"¿Y esto era la selva?—se preguntó—. ¡Monte tupido y nada más!"

Pero luego empezó a sentir que la grandeza estaba en la infinitud, en la repetición obsesionante de un motivo único al parecer. ¡Arboles, árboles, árboles! Una sola bóveda verde sobre miríadas de columnas afelpadas de musgos, tiñosas de líquenes, cubiertas de parásitas y trepadoras, trenzadas y estranguladas por bejucos tan gruesos como troncos de árboles. ¡Barreras de árboles, murallas de árboles, macizos de árboles! Siglos perennes desde la raíz hasta los copos, fuerzas descomunales en la absoluta inmovilidad aparente, torrente de savia corriendo en silencio. Verdes abismos callados... Bejucos, marañas... ¡Arboles! ¡Arboles!

He aquí la selva fascinante de cuyo influjo ya más no se libraría Marcos Vargas. El mundo abismal donde reposan las claves milenarias. La selva antihumana. Quienes transponen sus lindes ya empiezan a ser algo más o algo menos que hombres.

La deshumanización por la temeridad en la curiara espiera contra el torrente arrollador de los raudales, la proa hundida entre las hirvientes espumas, tensa la espía de chiquichique de cuya resistencia depende la vida; o chorrea abajo por el angosto canal erizado de escollos, de riscos filudos, vertiginosamente, contenido el respiro, azaroso el destino bajo el brazo del práctico que sostiene el canalete que hará de timón, después de la suerte echada al ordenar, ya al borde del rápido:

—¡Apretá la boga!

Para que la curiara entre de prisa en el laberinto de la muerte por donde hay sólo camino de escape para la vida, tortuoso y estrecho. ¡Raudales del Cuyuni, que por algo significa diablo en dialecto macusi, laberintos de corrientes y contracorrientes estrepitosas por entre gargantas de granito sembradas de escollos! Ya Marcos Vargas iba aprendiendo a correrlos, desvaneciéndosele en niebla de embriaguez sobrehumana el instinto de conservación.

La deshumanización hacia el embrutecimiento por la paciencia aletargadora, en el bongo o la falca, días y días ante un panorama obsesionante y siempre igual: agua y monte tupido, agua y bosque trancado.

¡Arboles! ¡Arboles! ¡Arboles!... Las penosas jornadas a pie por los trajines de las manadas de dantas salvajes que corren hendiendo y derribando el monte cuando han venteado al tigre; por las trochas del indio, en las cuales persiste durante días la pestilencia de las grasas con que embadurnan sus cuerpos para defenderse de picaduras de insectos o mordeduras de serpientes; por las picas que es menester ir abriendo, machete en mano, cuando se tira un rumbo a cortar la selva que ya ha sido explorada y trabajada por el cauchero, bravías malezas revueltas, maraña intrincada.

Por la selva virgen, que es como un templo de millones de columnas, limpio de matojos el suelo hasta donde la

fronda apretada no deja llegar los rayos solares, solemne y sumida en penumbra misteriosa, con profundas perspectivas alucinantes. Las jornadas de andar cabizbajo y callado ante la abrumadora belleza extraña del panorama, siempre igual y siempre imponente: verde sombrío y silencio, verde sombrío y lejano rumor de marejada. Del océano de cientos de leguas de selva tupida bajo el ala del viento que pasa sin penetrar en ella.

El encuentro, siempre emocionante, con el indio señero tras la vuelta del caño, silencioso dentro de su concha, el canalete apenas roando las aguas, el ojo zahorí explorando el remanso ribereño, sombrío bajo el ramaje inclinado de los árboles inmensos... Se agita el agua dormida, el pescador solitario se pone de pie dentro de la embarcación diminuta y son dos figuras alucinantes él y su reflejo en el caño. Tiende el arco o emboca el cañuto, dispara la flecha o la cerbatana, vuelve a acuclillarse y a cobrar el canalete, calmoso, pues ya el morocoto o el aymara se abuyan paralizados por la acción del curare... El indio grave y taciturno que es el silencio en bronce bogando por el caño solitario. El duende de la selva, que aparece y desaparece de pronto sin que se advierta por dónde.

El enigma de la selva milenaria en las terramaras funerales que se elevan a orillas de los ríos caudalosos, cementerios de pueblos desaparecidos donde son ahora bosques desiertos y en los *timeríes* monumentales grabados en las rocas graníticas de las grandes cataratas, simbólicas inscripciones de ignotas razas en el alma de una civilización frustrada. Los indios actuales, que no saben descifrarlas, cuando han de pasar frente a ellas se aplican ají a los ojos para librarse del maleficio del tabú, pues tales caracteres contienen los misterios de las tribus que se perdieron en la gran noche sin luna. La historia de *tarangué*—la tribu que existió—, que sólo podrá descifrarla *tararana*, la tribu que algún día vendrá...

El infierno verde, por donde los extraviados describen los círculos de la desesperación siguiendo sus propias huellas una y otra y otra vez, escoltados por las larvas del terror ancestral, sin atreverse a mirarse unos a otros, hasta que de pronto resuena en el espantoso silencio, sin que ninguno la haya pronunciado, la palabra tremenda que desencadena la locura:

—¡Perdidos!

Y se rompe el círculo, cada cual buscando su rumbo, ya totalmente desligado del otro, bestia señera y delirante, hasta que vuelven a encontrarse en el mismo sitio donde se dispersaron, pero ya no se reconocen porque unos momentos han bastado para que el instinto desande camino de siglos.

¡Arboles! ¡Arboles! ¡Arboles!... La impresión primera y singularmente intranquilizadora de que en aquel mundo abismático, increada todavía la vida animal, no reinasen sino las fuerzas vegetales, sin trino de pájaro ni gruñido de bestia en el hondo silencio, porque la presencia del hombre, de ese monstruoso acontecimiento que es la bestia vertical y parlante, esparce el recelo entre los pobladores del bosque. Y así transcurre el día y llega la noche.

La noche, que sobreviene de pronto, sin crepúsculo, entre las altas murallas de árboles que encajonan el río o el caño, o en medio de las lindes circulares del bosque en torno al claro del campamento... Negros árboles hostiles que por momentos parecen ponerse en marcha sigilosa para cerrar aquel hueco que abrieron los hombres intrusos, a fin de que todo amanezca selva tupida otra vez.

Cruza una exhalación, grande como un bólido, por el río de estrellas que corre sobre el Guarampín, dejando una estela azulenca; se apaga en silencio por cima del mar tenebroso de la selva apretada... Se produce un murmullo entre el bosque negro, algo así como un bisbiseo de escuchas avanzados en torno al intruso... Transcurre una pausa y luego, poco a poco, comienza a manifestarse la vida animal.

Pasa el vuelo blando de la lechuza trompetera de impresionante graznido. Se oye el sonido peculiar, la u sibilante de la arañamona. Se alza de pronto el canto desvelado del tucuso montañero. Grita el obiubís. Se escucha el tropel lejano de una manada de dantas que huyen del tigre. Continúan percibiéndose los mil rumores de la bestia noctámbula... Los ahoga el inmenso gemido de la caída de un árbol, a leguas de distancia, y cuando se cierran los negros abismos del eco toda la selva vuelve a quedar en silencio... Ahora un silencio extraño, que produce angustia, absoluto y profundo para los oídos de los hombres intrusos.

Pero los indios, de sutilísimos sentidos expertos en la comprensión de aquel mundo, cuando sobrevienen estos repentinos enmudecimientos totales prestan atención expectante.

—¡Canaima!

El maligno, la sombría divinidad de los guaicas y maquiritares, el dios frenético, principio del mal y causa de todos los males, que le disputa el mundo a Cajuña el bueno. Lo demoníaco sin forma determinada y capaz de adoptar cualquier apariencia, viejo Ahrimán redivivo en América.

Es él quien ahuyenta las manadas de dantas que corren arrollándolo y destrozándolo todo a su paso, quien enciende de cólera los ojos como ascuas de la arañamona, excita la furia ponzoñosa del cangasapo, del veinticuatro y de la cuaima del veneno veloz, azuza el celo agresivo y el hambre sanguinaria de las fieras, derriba de un soplo los árboles inmensos, el más alevoso de todos los peligros de la selva y desencadena en el corazón del hombre la tempestad de los elementos infrahumanos.

Y fue él quien bajo la forma de aquel extraño silencio que de pronto se había producido, se asomó aquella noche a la linde del bosque para conocer a Marcos Vargas, cuyo destino ya estaba en sus manos...

ANGULOS CRUZADOS

Componíase una empresa purgüera de una estación principal, situada a orillas de un río o caño navegable, donde residían los propietarios o administradores, se almacenaban los víveres para el abastecimiento de la peonada que allí continuaba avanzándose y se depositaba el purguo elaborado, y de otras estaciones subalternas, comunicadas con aquélla por trochas abiertas por entre el bosque cuya extensión dominaban, a cargo de los diversos contratistas o capataces, y de las cuales dependían respectivas secciones de la peonada esparcida por los *recortes* que por parejas se les asignaban, moradores de la *tarimba*—techo de palma sobre cuatro estacas en lo intrincado del monte—, donde elaboraban el purguo recogido, compartían el mal alimento y la embrutecedora soledad y colgaban la yacija para el sueño temerario a merced de la selva inhóspita.

Hacia las cabeceras del Guarampín estaba situada la empresa de los Vellorinis, al frente de la cual se iniciaba Marcos Vargas en la vida del purgüero. Con el alba levantábase, y todo el día se lo pasaba recorriendo la peonada esparcida por el bosque, compartiendo los duros trabajos de aquellos hombres que arriesgaban la vida al treparse a los altos árboles quebradizos, él también aprendiendo a extraerles el látex precioso, puestos los estrafalarios arreos del purgüero cansado para que éste reposase unos momentos o ayudándolos en el cocimiento y fumigación de las planchas, entre el humazo de los poncherones junto a las tarimbas, tanto para evitar el fraude acostumbrado de la piedra para aumento del peso o las ligas de pendare o cajimán con que solíase adulterar el balatá, como a fin de aprender cuanto tuviese que reclamarles bien hecho en defensa de los intereses que se le habían confiado. Y compenetrándose con

la oscura intimidad de aquellas vidas humildes y torturadas, cuando los peones descansaban contándose sus tristezas.

En cuanto a la compenetración con la selva, con su misterio fascinante y con la vida formidable y múltiple que palpitaba bajo la quietud y monotonía aparentes, lo aleccionaban dos indios de las riberas del Acarabisi que tenía a su servicio personal: uno, joven y hermoso, de negra cabellera hasta los hombros, mirada inteligente y habla cadenciosa y melancólica, pescador y cazador destrísimo, que así le procuraba alimentación variada, y el otro, ya viejo, que se la aderezaba como lo habían enseñado otros *racionales* de quienes fue cocinero.

Ellos le enseñaron a percibir los mil rumores que componen el aparente silencio de la selva; a distinguir los que produce el hombre cuando marcha por el bosque, de los que son producidos por los animales que lo pueblan; a saber, por el ruido del canalete, a distancia, si una curiara subía o bajaba por el caño o el río. A descubrir la presencia de aves del color de la fronda, donde el instinto mimético las dejaba inmóviles y silenciosas cuando se acercaba el hombre, y la de las bestias, que a la primera impresión parecían faltar por allí, por las cuevas de los acures y los cachicamos, los trajines de los váquiros hacia el bebedero, la huella de la danta en los fangales por donde pasó hociqueando cuando iba sin prisa o en el estrago del monte tupido que rehendió en su carrera el rebaño asustado, y las del oso hormiguero, del puma y del jaguar. Y en compañía del joven pescador, a bordo de la concha sigilosa que apenas rizaba el remanso ribereño, aprendió a distinguir los peces por el aguaje: los morocotos de carne suculenta, de los sabrosos aymaras espinosos.

De cacería, iniciándose en las candorosas supersticiones, aprendió que la presa no debía sacarse del monte sin la precaución de cortarle y enterrar las orejas en el sitio donde hubiera caído y atarle luego las patas de dos en dos y con

cierto bejuco pues, de lo contrario, nunca volvería a tropezarse el cazador con otra semejante, y que para cada hombre había ciertos animales a los cuales no debía dar muerte, así como determinados árboles que no debía cortar ni de ningún modo dañar, porque eran sus *nahuales—alter ego* o segunda encarnación del *yo*—, con cuyo perecimiento perdería el hombre porción consustancial de su existencia y toda esperanza de continuar disfrutándola después de la muerte.

Le enseñó también el acarabisi, su lengua cadenciosa —ellos dos, la vereda, la escopeta y el cuchillo: azarú, sirají, aracabusa y mariyá—; le refirió que un día tuna y apoc—el agua y el fuego, la lluvia y el rayo—destruyeron su churuata y mataron a baruchí, que significa hermana, y de él aprendió Marcos Vargas que para penetrar en los abismos de melancolía que encierra el alma del indio había que oírles cantar el maremare, como lo entonaba aquel de la cabellera hasta los hombros, salvaje, monótono, triste, lamentoso, y cuya bárbara letra insistía hasta la exasperación:

Maremare se murió.
Maremare se murió.
Maremare se murió...

Terminados sus quehaceres, estos indios solían alejarse del campamento, bosque adentro, y allí, silenciosos y taciturnos o apenas cambiando entre sí breves frases pasábanse las horas sentados uno al lado del otro sobre el tronco de un árbol caído, no contemplativos ni meditabundos, sino simplemente sumidos en la salvaje quietud que los rodeaba, bajo el alto rumor perenne de las frondas tupidas donde a ratos afinaba sus melodías el invisible pájaro-violín o a distancia se oía el golpe del machete del purgüero castrando el árbol pródigo, o el canto lánguido del pájaro-minero o del campanero.

Marcos Vargas, como nada tuviese que hacer, solía ir

a reunírseles y de ellos ya estaba aprendiendo también a sumergirse sin palabras ni pensamientos en aquel mundo abismal, fija la vista al azar sobre el tronco de un árbol donde diera un rayo de sol, allá, espesura adentro, y ya comenzaba a hacer la experiencia de que entonces no se era sino otro árbol donde no daba el sol.

Un día, recién llegado, estando allí fue la lluvia de falenas. Millares, millares de gusanos que de pronto comenzaron a caer de las ramas de todos los árboles. Y treinta días después, estando allí, no otra vez sino todavía, pues era como si el tiempo no hubiese corrido, fue la eclosión de las crisálidas, el repentino florecimiento del aire, de aquel aire verde y húmedo, de calidad vegetal, donde de pronto aparecieron revoloteando millares de mariposas... Marcos Vargas se incorporó bruscamente, con el sobresalto de las maravillas y los acarabisis sonrieron entre sí como los iniciados de los neófitos... Y se cerró el círculo de la vida en el vuelo nupcial de los insectos recién salidos del letargo creador, se unieron allí mismo los dos extremos del torbellino: la fecundación y la muerte. Cajuña y Canaima...

*

Los domingos, por la tarde, solía Marcos Vargas atravesar el Guarampín para visitar a aquel misterioso conde Giaffaro, de quien por primera vez le había oído hablar al americano Davenport, y a través del cual le presentaba la selva uno de sus aspectos más dramáticos.

Habitaba el carilargo y desgalichado personaje una casa rústica, pero bastante confortable, con huerta y jardín cultivados, en medio del bosque bravío, en la cual había reunido un museo de artefactos indígenas y de pájaros y otros animales de la selva, disecados por él y científicamente clasificados, así como también era obra de su maestría en el arte del embalsamamiento la momia de un indio que lo había

acompañado y servido durante varios años y que ahora, en perennidad de cosa incorruptible completaba y presidía aquella colección.

Guardábala bajo llave y no la mostraba sin tomar precauciones y recomendar que se le mantuviese el secreto, pues si la servidumbre indígena llegaba a enterarse de que convivía con despojos de la muerte, en seguida habría abandonado la casa, y, corrida la voz, nunca más se hallaría un indio que quisiese servir en ella.

—Ya sabrá usted—dijo el conde—que para el indio es tabú todo lo que se relaciona con la muerte, y que ésta es una de las principales causas de sus continuas mutaciones, pues cuando muere un cacique o un piache, la comunidad abandona la churuata, para ir a plantar otra más allá, dejando en aquélla el cadáver, al aire, dentro de un cutumari.

Esto lo dijo Giaffaro—que ya envejecía—con cierta dificultad de expresión y moviendo continuamente la cabeza de una manera chocante, peculiaridad de que había adolecido desde su juventud y que ahora teníala más pronunciada, dándole a su voz una vibración penosa, de tartamudeo.

Por otra parte, bajo la influencia del campo visual estrecho y cerrado y del espectáculo monótono y obsesionante de la selva—toda su inmensidad y su misterio en la quietud de un árbol donde al azar se detuviera la vista entre mil otros iguales—, ya aquel espíritu había perdido el hábito del pensamiento discursivo, adquiriendo en cambio, el de la sumersión en las intuiciones integrales, que no podían ser expresadas sino, cuando más, como lo hacía el indio, con una sola palabra entre silencios que la envuelven en un halo de significaciones simplemente sugeridas, y así era visible el esfuerzo que tenía que hacer el conde para expresarse por medio de períodos coordinados y completos.

Eran ya quince años de aislamiento, de palabras sueltas entre silencios para comunicarse con los aborígenes de su servidumbre doméstica: unas cuantas guarichas para el ofi-

cio casero, alternando con el amoroso y otros cuantos varones para la caza y la pesca, el cultivo de la huerta y el cuidado del jardín y para la explotación de los bosques purgüeros circundantes, cuando era tiempo de ello.

Sólo entonces restablecía algún contacto con los *racionales*—ya él también usaba el término con que el indio designa al civilizado más o menos auténtico—: con los purgüeros de la empresa de los Vellorinis, que, río por medio, solían atravesarlo para ir a jugarse con él lo que allí estuvieran ganando, que ya no siempre lo perdían, como antes los que con él se midieran y con los que, terminada la explotación se reunían en Tumeremo, adonde él también iba a vender el producto de la suya. Allí eran las grandes partidas de póker, pero de ellas, de año en año, se fue acostumbrando a regresar perdidoso, ya obcecado jugador sin fortuna, tumbado en la curiara, moviendo continuamente la cabeza, silencioso y con la mirada inmóvil bajo la influencia embrutecedora de la lenta, penosa y monótona navegación del río interminable a través del bosque sin fin.

Marcos Vargas quería sondear aquel misterio. Que le hablase de su vida anterior, que le explicaba por qué había decidido internarse para siempre en aquélla bárbara soledad. ¿Decepciones? ¿Cansancio del mundo civilizado? ¿Fastidio de haberle dado la vuelta varias veces?

El extranjero movía negativamente la cabeza y quedábase mirando al criollo curioso, largo rato, con sus ojos saltones ahora inexpresivos. Por otra parte, nunca había sido amigo de revelar su intimidad.

Marcos Vargas insistía. Quería contemplar la selva desde aquel ángulo sugestivo, verla a través de aquellos ojos que se habían paseado por todos los panoramas del mundo, sentirla en extranjero, en europeo civilizado, en quinta esencia humana, como se representaba él, con su criollo complejo de inferioridad—por menos fetichista que fuese, por más autóctono que se sintiera—, al hombre de Europa. ¿Qué

aspectos le presentaría al conde Giaffaro la selva del Guarampín? Ya él estaba aprendiendo a verla a través del indio. ¿Cómo se vería desde aquel otro ángulo?

El conde sonreía inexpresivamente, mostrando los dientes largos y ennegrecidos por la nicotina y continuaba moviendo su cabeza mecánica. Ya aquello no parecía pensar.

Pero una vez, de pronto, rompió a hablar:

—No le sorprenda, joven, que yo hable por usted—no se entendía bien por qué comenzaba así—, pues hay una porción del pensamiento que llamamos propio y que, sin embargo, sólo nos pertenece como el aire que envuelve nuestro planeta: mientras lo respiramos. Siendo, por lo demás, el mismo aire que nuestro vecino acaba de expulsar de sus pulmones, con el calor de su intimidad vital, con toda la porquería que a veces, si no siempre, tiene la intimidad humana. ¡Créamelo usted! Y hay que cuidarse de ella haciéndose curas periódicas, abriéndole válvulas de escape a las inmundicias que se van acumulando dentro del alma, a fin de que no lleguen a intoxicárnosla por completo. Y para esto, joven, no hay como la selva.

Marcos Vargas se enderezó en el asiento—era en el museo, frente a la momia del indio—como quien se dispone a oir, por fin, lo que mucho ha deseado. Ya se abría el ángulo prometedor, y, por otra parte, aquello de las curas periódicas debía de referirse a las que, según versiones llegadas a sus oídos en aquellos mismos días, habían motivado las primeras apariciones del conde en Guayana, de donde se formaron leyendas rayanas en consejas.

—Trate usted su alma—prosiguió el extranjero—como una caldera de vapor, vigile los aparatos registradores de la presión, y cuando advierta que ésta pone en peligro la integridad de aquélla, tire del obturador sin falsos escrúpulos y ábrale la válvula de escape al grito de Canaima. Y deje que los demás se pierdan en conjeturas acerca de lo

que significarán esos silbatos de alarma. ¡Usted sabe lo que significan, y eso basta!

Aquí se agolparon y se interfirieron en la mente de Marcos Vargas tres motivos de reflexiones: el recuerdo bizarro de que una vez había tenido un reloj que no marchaba como era debido, pero que de pronto y sin motivo aparente echaba a andar a toda la velocidad que podía desarrollar la tensión de la cuerda—así como de pronto se había vuelto locuaz el taciturno personaje frente al cual se hallaba—; la comprobación de que no eran leyendas las que les había oído en aquellos días a sus purgüeros acerca de misteriosos gritos que solían oírse por los lados de la casa del conde Giaffaro, y, finalmente, la intuición de que éste había dicho algo muy significativo y de aplicación a su caso propio—el de Marcos Vargas—, pues dentro de su alma había algo que por momentos hacía presión amenazante de estallido. Algo que, aunque se empeñase en no reconocerlo así, tenía su origen en el acto vindicativo de la noche de Tumeremo. Ni aun entonces quiso decirse mentalmente: de la muerte de Cholo Parima.

Y con todo aquello confundido en la intención inicial, repuso:

—Lo que me sorprende es que usted haya gozado fama de hombre misterioso...

Pero no completó el pensamiento, desvanecido de pronto como las imágenes del sueño cuando se despierta bruscamente.

Pero tampoco el conde necesitaba más para proseguir.

—¡Ah!—exclamó con una exhibición completa y totalmente desagradable de sus dientes largos y sucios—. Pero ¿es que usted no sabe que los únicos hombres misteriosos que realmente existen son los que no ocultan lo que de ellos se sospeche y se murmure? ¡Claro que hay varios modos de comunicación con los demás! Pero el más artístico, o el más hábil, simplemente, si así prefiere calificarlo, es éste:

dé mucho que pensar y ya le bastará con explicar poco. De una manera tácita, no digamos involuntaria, acaba usted de admitir que la esencia de la amistad es dejar vivo al amigo, por contraposición con la del amor, que procura destruir al ser amado en cuanto a ser distinto y diferente del nuestro, pues desde que un hombre trata de explicarse a otro empieza a convertirlo en representación propia y, por lo tanto, a quedarse solo consigo mismo sobre el estúpido mundo. ¿No le parece? A mí, por lo menos, no me interesa en absoluto explicarme la intimidad de su espíritu. Por el contrario, lo que puede cautivarme de su trato es, precisamente, la reserva de misterio que sepa usted administrar en presencia mía. Y la sinceridad, pregunta usted, ¿dónde me la deja? Pues voy a contestarle con otra interrogación: ¿Quién, que de veras se estime a sí propio, puede ser sincero? Desconfíe siempre de quien le proponga semejante monstruosidad, pues algo suyo querrá arrebatarle. Repare en que no nos importa un bledo ser engañados por aquellas personas de quienes nada tenemos que esperar o que temer y medite un poco acerca de lo que eso deba significar. Pero sea cual fuere la conclusión a que usted llegue por ese camino, yo no vacilo en proclamar que la sinceridad me parece una porquería. Hay una forma de ella que tal vez sea oportuno mencionar y que es para mí el verdadero pecado contra el Espíritu: confesar lo que nos atormente, volcar en una confidencia las inquietudes o las miserias de nuestra intimidad para librarnos de ellas. Creo advertir que le es a usted particularmente desagradable, o por lo menos chocante, oírme hablar así; pero no tengo interés ninguno en comprobar que no me he equivocado. De todos modos, insisto, guárdese de semejante torpeza con persona cuya amistad desee conservar, pues desde ese momento se le volverá insoportable. Y lo que es peor todavía: procurará usted adulterar su propia intimidad a fin de ser un hombre diferente de aquel que ya su confidente conoce y, por lo

tanto, posee. En una palabra: se convertirá usted en un fantasma de sí mismo.

Hasta aquí llegó aquella tarde el conde Giaffaro. Luego se le apagó la chispa de inteligencia que había brillado de pronto en sus ojos saltones y ahora lacrimosos, por añadidura, de vejez, y sin transición gradual, sino de golpe y de repente, pasó de la locuacidad al silencio obstinado.

Marcos Vargas se quedó caviloso. Una vez más había oído cosas muy significativas que le eran particularmente aplicables. ¿Qué necesidad había de justificarse ante nadie por lo ocurrido en Tumeremo?... ¡Ante nadie!

Y una vez más reprimió el movimiento de su alma, ahora hacia la imagen de su madre, de quien no había recibido noticias después de lo de Tumeremo.

Y cuando volvió a travesar el Guarampín para regresar al campamento purgüero, de todo cuanto dijo el conde en una sola cosa iba pensando: que la selva era para que en ella se le abriese la válvula de escape al grito de Canaima.

EL CORRIDO DEL PURGÜERO

Pero la selva era también el infierno del purgüero,

donde están las cuaimas bravas
la mapanare en pandillas.
también la cuaima amarilla
y el dichoso veinticuatro,
el terrible cangasapo
que es un bicho traicionero
la fulana arañamona
terror de todas las fieras...

El bosque inhóspito por donde se internaba maldiciente el peón que ya arrastraba la cadena del avance, trozando con su machete los vástagos tiernos del árbol del látex y murmurando:

—¡Pa que mis hijos no pasen estas crujías!

Ochenta hombres trabajaban por allí con riesgo de la vida para aumentar la riqueza de los Vellorinis. Ochenta y uno con Encarnación Damesano, que siempre llevaba en la boca el corrido de las penalidades y desdichas del purgüero.

Fugitivo de la empresa del Cuyubini—propiedad de Miguel Ardavín—por causa de malos tratos, llegó a la del Guarampín pidiendo protección y trabajo.

—Infiero que ya usté debe de tené su gente completa y los recortes repartíos—díjole a Marcos Vargas—; pero, por vía suyita, déme un desechito aunque sea pa hacele barro en la pata de los palos del morao. A mí no tiene que procurame tren, porque ya lo traigo en el guayare, ni yo a usté quiero engañarlo. Vengo picureao de las cabeceras del Cuyubini, porque si hambre y paloapique ya aprendí a llevarlos juntos en las tripas, lomo mío y plan de machete ajeno no me gusta que anden reuníos. Ya se ajuntaron allá una vez y por eso cogí mi cachachá. Y ya estaba rumbiando pal lao inglés, pa ponerme juera del alcance de los ardavineros cuando un toc-toc que escuché en la montaña silencia me hizo detenerme mirando parriba. Era un mostro de los infiernos tratando de subí a los cielos. Este que digo: un purgüero de los suyos, con tó y espuelas calzás, dándole al morao con su machetico tocón, encaramao en la horqueta. Lo saludé desde abajo, me contestó desde arriba, entramos en conversación y asina vine a saber que en esta empresa había, por equivocación, un jefe bueno con quien se podía trabajá.

En lo más agrio del monte—breñas desechadas en el reparto ya practicado, que era todo lo que podía ofrecerle Marcos Vargas—plantó su tarimba solitaria Encarnación Damesano, y desde que saltaba del lecho colgante para prepararse el frugal desayuno, ya todo lo estaba haciendo previo el decir del corrido:

Voy a lavá la castrola
para hacé la guacharaca,
porque ya viene la aurora.
Voy a descolgá la hamaca
para amarrar los taturos...

Que la estrofa completaría momentos después, camino de la ruda faena:

Tuavía el monte está escuro
cuando ya voy por la pica
a recogé la gomita.
¡Virgen de los apuros,
dame la conformidá!

A menudo llegábase Marcos Vargas hasta donde se oía, en el alto silencio salvaje, el golpe de machete del purgüero solitario, del peón fatalista e irónico, ya calificado por ello de mal doctrinero en la empresa de donde se fugara, y que a él estaba enseñándole ahora muchas cosas acerca del alma de su pueblo, con su gran sentido de la realidad y su íntima rebeldía bajo la total sumisión aparente, apuntando en la reticencia mordaz y en la imprecación canturreada de su corrido del purgüero.

—Más arriba, Encarnación—decíale desde abajo—, que hasta el cogollo hay goma y es mucha la que tenemos que sacar tú y yo para salir de apuros.

Y la voz del peón socarrón, en lo alto, donde el viento mecía el árbol:

En busca de una madera
una vara de buen grueso
me topé en una ladera.
Allí le tendí un cabresto,
con espuelas amarrás
la dejé toda arañá...
Yo no soy mono araguato
para bailar en trapecio.
¡Virgen de los malos ratos,
sácame de este escarmiento!

Pero en seguida, echando la voz hacia abajo:

—No es por usted, don Marcos, que me se viene a la boca el corrío. Es que desde aquí estoy escuchando allá lejos el canto del campanero y me ha provocao contestarle cantando también mis penas.

—Canta todo lo que quieras; pero súbete a la horqueta.

—Sí. Ya sé que tengo buena vitola pa eso, gracias a Dios y al paludismo que me tienen livianito como una pluma. Que si todos los hombres jueran pesaos, de comía completa y bien digería, no recalentá como la del purgüero, no habría quien se subiera a la horqueta y otro gallo les cantara a los amos que están allá en la ciudá, muy sentaos en sus poltronas, mientras nosotros estamos aquí mojándonos el... fundamento. Pero aguaite como ya empieza a corré la gomita desde arriba. Toda ésa va pa las mochilas de *musiú* Vellorini, pues pa eso la puso Dios dentro de los palos del morao al hacé el reparto de sus cosas a su modo y manera, desde que el mundo es mundo. Yo lo que hago es abrirle el camino con el tocón, que si en un descuido me trozo el mecate que me asujeta:

ya caeré sin dilación
en el suelo que me espera
o en la punta de un troncón.

Y caletearla después de las mochilas, de la plata del palo donde estoy haciendo estos barros con el sudor de mi sangre, pa los poncherones,

que allá entre el humo y el fuego,
talla que talla la plancha,
ni Lucifer en su infierno
me iguala la mala facha.

—Si te caes será por estar cantando—decíale Marcos—, porque bien amarrado estás y son gruesos los mecates cuyubineros.

—Sí:

este tren es muy barato.
me costó sesenta pesos:
un par de espuelas de acero,
correas pa el maniadero
y tres kilos de mecate...

—Pero te lo trajiste del Cuyubini sin haber acabado de pagarlo.

—¿Le parece, don Marcos? Cinco semanas estuve trabajando allá, que si el sudor del purgüero es como la sal pa la tierra, en aquélla no vuelve a crecé el monte. Cinco semanas de mi vida, que no las estuviera contando si no me hubiera picuriao a tiempo. ¡Y vaya usté a ve por qué! Porque el encargao de allá, con to y los cáidos que estén los Ardavines, según las noticias del mundo que han llegao a estos infiernos, es como el amo que mienta el corrío, y un domingo—día del Señor, que lo llaman—, cuando llegue a la estación, después de habé estao toda la semana aguantando el resuello pa no perdé tiempo, jue y me dijo:

Amigo, no estoy contento,
porque no trajo el quintal.

Y yo fui y le repliqué:

Amigo, tenga paciencia,
que estamos en un repique
para pagar paloapique
con la plancha es suficiente.

—¿Y él jaló por el machete?

—Sí, señol. Y me dio un planazón por falto e respeto hasta que se le cansó el brazo. Que había que ver aquella hermosura de hombre sacando su campaña con un pobre pión indefenso. Yo me volví a mi tarimba arriscándome el sombrero y diciendo, con el corrío:

Con mi machete gomero
le voy a bajar el brazo,
manque me vuelvan pedazos,
que será lo más seguro.
Me comerán los zamuros
defendiendo mi opinión,
morirá un triste pión
a la puerta de una empresa
¡y dejaré la pobreza
por la eternidá, señores!

—Bueno, Encarnación, como ya terminaste el corrido, ahora sacarás más goma.

—Espreocúpese, don Marcos. A usté no le pesará el favor de haberme dao trabajo y de negarle luego a los ardavineros que yo andaba por aquí. Ellos me buscaban pa colgarme y usté me salvó la vida, y ahora sí es verdá que Encarnación Damesano hace barro en la pata del morao. ¡Oiga el golpe del tocón! Ese no es el carpintero haciendo su nido, sino el purgüero sacando su tarea.

El palo agujera el pájaro
pa criar adentro sus hijos.
Los míos dejé en el rancho
y hoy no sé si habrán comío.

*

La semana para recoger y elaborar el purguo. Luego era conducido a la estación principal, el domingo por la mañana, y reunidos allí los peones era el arreglo de las cuentas y el avance para la semana siguiente.

—Encarnación Damesano—leyó Marcos Vargas en la lista del personal.

—¡Presente, por desgracia!

Y empezaron las risas que siempre coreaban las palabras del purgüero socarrón.

—¿Es tanta la suya, Encarnación?

—¡Hum, don Marcos! ¡La única cosa en que se le pasó la mano conmigo al repartidor de allá arriba!

—Bueno. ¿Cuántos quintales?

—¿De qué, don Marcos?

—¡De goma, chico! ¿De qué va a ser?

—¡Ah! Como estábamos hablando de desgracia... Pues una cosa poca, don Marcos. No se imagina usté la pena que tengo con el pobrecito *musiú* Vellorini. Dos no más. Uno que dieron las juerzas del paloapique y otro que tuve que exprimile a las flaquezas de la guacharaca.

—¿Y en piedras adentro?

—¡Hum! Eso sí que no, don Marcos. Piedras aparecían en las planchas ardavineras; pero como en esta empresa han cambiao el vergajo por el buen trato, que produce más costando menos, aquí todo es goma pa *musiú* Vellorini. ¡Que falta bastante le hace pa mantené a sus hijitas! Lo que pasa es que el pión es muy ambicioso y quiere que las suyas también coman completo. Como si el arreglo que Dios les dio a las bocas no hubiera sido éste: "Tú erutas y tú bostezas."

Y por las carcajadas de sus compañeros, mientras Marcos Vargas sonreía:

—¡Guá! ¡Mire cómo gozan los muchachos! Y después dicen que y que es mala la vida del purgüero. No se ganará mucho, pero de qué réise no falta.

—Bueno—dijo Marcos—. ¿Qué necesitas para la semana!

—¡La semana!

Siete días son no más:
seis que los cuenta el corrío
y el otro pa cavilá.
¿Cuál es el tuyo, Dios mío?

—¡Anda, chico! Acaba de decir qué necesitas.

—Pues su permiso pa retirarme, dón Marcos, porque

esta semana no quiero avanzarme. Voy a bandiarme con los retallones de la pasada, pues como le dije, se acabó la madera que tenía vista, y no sé si me la tope por esos montes.

—Pero algo necesitarás, Encarnación, y tienes saldo a tu favor en tu cuenta.

—Déjemela asina, don Marcos, que es la primera vez que eso me pasa desde que estoy trabajando pa otro. No quiero avanzarme otra güelta. Esta tarde voy a rumbiá balatá por esos montes y quién sabe si no dé con él. Comeré recalentao si la suerte no me ayuda; pero a usté no le monta cuenta Encarnación Damesano.

—Llévate unos cigarros, siquiera, para entretener los bostezos. Pídelos en la pulpería y que me los anoten en mi cuenta.

—Muchas gracias, don Marcos. Porque lo que es en esta semana que viene pué que no haiga erutos en la tarimba del punteral. Y con su permiso, ya me estoy diendo a rumbiá la gomita.

Al día siguiente no amaneció Damesano en su cubil del purgüero, ni por todos aquellos montes se oyó trabajar su machete, y dos días después llegaron a la estación ribereña del Guarampín unos hombres conduciéndolo sobre angarillas de ramas y varas del monte. Traía el color de la muerte y despedía hedor de carroña, ardía en fiebre y venía delirando.

—¿Qué le ha sucedido?—preguntó Marcos Vargas, ignorante aún de su desaparición.

Y el capataz de los conductores explicó:

—Semos de la gente del *Sute* Cúpira, andábamos rumbiando balatá por las cabeceras del Barima y ya de regreso veníamos con to y guayare por un picaíto de la montaña, acasito de la raya, cuando al pasá cerca de un rancho encujao que por allí caía, pero a la vista no se divisaba por lo trancao del monte, escuchamos lecos de gente pidiendo socorro. Nos encaminamos allá, el propio *Sute* en junto con nosotros, y encontramos a este hombre revolcándose en su

sangre. Nos dijo que era de la gente de usté y que al lao suyo quería morirse y aquí se lo traemos, por recomienda muy especial de Cúpira. No sabemos qué le haiga sucedido, porque después de aquellas palabras no habló más, pero se infiere que haiga sío una mordía de culebra. Trae además una herida muy fea, desde la nalga hasta la rodilla casi, con una gusanera en toda ella y ya como que le está picando la cangrena. Azulita como carne de grulla trae ya toda la pierna.

Aunque era inútil tratar de salvarlo, pues en el rostro se le notaba que ya pertenecía a la muerte, Marcos Vargas se empeñó en ello. Le lavó y le curó la espantosa herida putrefacta que le llegaba al blanco de los huesos y le hizo cuanto se le ocurrió y se lo permitió el botiquín de que disponía para los accidentes.

Acudió también a los conocimientos del conde Giaffaro y éste vino a prestarle los auxilios de los que, en efecto, para el caso poseía; pero al darse cuenta del estado del moribundo, movió un rato en silencio su cabeza mecánica y luego murmuró, con frase tomada del habla purgüera:

—Ya éste amarró su magaya para picurearse definitivamente.

Reaccionó un poco hacia la medianoche, recuperando la lucidez al abandonarlo la fiebre de las defensas orgánicas consumidas, y clavando su mirada mustia en Marcos Vargas, balbució:

—Voy a contarle, don Marcos, la historia del triste fin de Encarnación Damesano, a usté que ha sío bueno conmigo, pa que se la refiera a mi mujecita, si algún día se tropieza en su camino con esa insignificancia... Como le dije el domingo, pa quedá bien con usté me fui a rumbiá balatá, Guarampín arriba, dispuesto a internarme hasta las cabeceras del Barima y asina lo hice buscando madera. Tuve la suerte de topármela, la última que iba a tené en mi vida y de allá regresaba pa mi tarimba del punteral, a

recogé los taturos pa mudarme pa lo ajeno, que a lomo de buey carguero sólo se podría trasportá lo que de allí se sacara; pero yo de buey iba a hacé pa quedá bien con usté... Fue a la escureciita del lunes... Había una poca de gente hacia el lao inglés...; yo la escuchaba conversá entre la montaña silencia y pa evitá tropezarme con ella corté por un picaíto del monte a filo e machete y asina rejendí hasta donde ya la trocha empezaba a ser despejá... Allí me paré pa encendé un cigarro... ¡Las cosas de la vida, don Marcos! El regalo de la buena voluntá de usté, que más vale que no me lo hubiera hecho, pues ni pa gozarlo había de tené suerte Encarnación Damesano...

—Bien—interrumpe Marcos—. Ya me lo contarás. Descansa ahora.

—Déjeme llegá hasta el fin, que la Pelona me ha dao prórroga pa que le eche el cuento y ahí está sentadita, esperándome... Yo que enciendo el cigarro y una cuaima que me le tira una mordía a la brasa. Saqué la mano al catá de verle el celaje, pero la tarascá me alcanzó en la nalga.. —¡Ay mi madre!—exclamé—. Ya me malogró la enemiga del purgüero. Y allí mismo me bajé los calzones y me trocé la nalga de un machetazo, pa evitá, que el veneno me dentrara en la sangre. Pero el tocón estaba amolaíto, y en junto con la nalga me llevé el muslo hasta la chocozuela... Y comencé a desangrame. —Eso es bueno—me dije pa darme aliento—pues asina se saldrá to el veneno que haiga podío penetrá. Y apuré el paso a ver si llegaba a la tarimba de algún compañero que viniera a avisarle a usté. Le pasé a un palo de almendro..., allí alantico había un platanillal... pero en lo que di la vuelta al palo sentí la lengua gruesa y zumbío en los oídos y aluego me vino un vómito amarillo... —¡Me malogró la bicha!, volví a decirme, y alcé la voz al cielo con los versos del corrío:

¡Sácame de estas guarías,
Virgen de la Soledá!

Guarda silencio, deslízanse unas lágrimas por sus mejillas devastadas y Marcos Vargas, haciendo esfuerzos por contener las suyas, le oprime la diestra y murmura:

—Basta, Encarnación. No hables más, que se te agotan las fuerzas.

—¡Si ya estoy llegando a los fines, don Marcos! Del cuento y de las penas de esta vida... Me escuchó la Virgen, mostrándome un rancho que hasta entonces no había catao de ver, asinita sobre el topo de un cerro... Lo subí gatiando, pues ya la cabeza no me daba pa andá sobre mis solos pies y en el rancho jallé dos casimbas de agua ya posma... Me las bebí una tras otra, me tumbé en el suelo y a poco escucho que se viene acercando un tigre... Cogí mi machete y comencé a rasparlo contra unas topias que allí dentro estaban, y asina estuvimos toa la noche en vela, yo y aquella fiera: yo raspando mi machetico, ya sin juerzas para sacale chispas contra la topia, y el tigre roznando ajuera sin atreverse a dentrá... Digo yo que estaría la propia Virgen de los Cielos guardando la puerta... ¡Digo yo!... Por fin empezó a clariá y luego escuché voces de gente rumbiando por la montaña... Les pedí socorro con las juerzas que me quedaban..., me preguntaron que dónde estaba..., les respondí que cogieran la brújula y rumbiaran pal Norte franco, pues hacia el Sur los estaba escuchando yo, y poco después dieron con la tarimba y con la piltrafa de hombre que dentro de ella estaba... Les dije quién era y a quién pertenecía..., ¡el único amo bueno que por fin me había tropezao en la vida!..., y aquí estoy..., don Marcos..., terminando... como el corrío:

Morirá un triste pión...

Los versos finales ya no se le oían.

XIII

EL MAL DE LA SELVA

El triste fin del peón leal afectó mucho a Marcos Vargas. Hasta allí sus sentimientos humanitarios y sus simpatías hacia el humilde habían sido sensibilidad a flor de alma optimista, que hallaba plena satisfacción en el trato afable y la superficial camaradería; pero acababa de revelársele en todo su horror la tremenda injusticia que dividía a los hombres en Vellorinis y Damesanos—él entre ambos haciendo hipócrita la palabra efusiva al servicio del celo interesado—, y el alma generosa ya no podría conciliar el optimismo con la iniquidad.

Acaso esta ruptura viniera preparándose desde el momento en que, de camino para Upata en compañía de Manuel Ladera, las observaciones de éste acerca de los males de Guayana deslizaron dentro de su alma aquellos aires que luego harían borrasca, aun sin llegar a pensar entonces nada preciso; o antes todavía, cuando al emprender ese viaje, su primera salida al mundo, experimentó aquella intensa emoción de sí mismo al decirse que iba a luchar entre los hombres y contra ellos, ya que esta lucha no iba propiamente enderezada a la conquista de la riqueza, que como luego le diría a Francisco Vellorini era lo que menos le interesaba en la vida, ni tampoco a la de la hombría preponderante en sí y por sí sola, pues siempre hubo en su inquietud aventurera algo como una finalidad superior que relampagueaba por momentos, iluminando regiones generosas de su espíritu.

Un impulso de esta naturaleza lo había movido a pedir para la iniquidad la sanción de la justicia y luego, cuando vio que ésta prevaricaba ante aquélla, a burlarse de las

instituciones legales que ya no podían inspirarle respeto, para que de algún modo fuesen justicieras y finalmente a sustituirlas por el procedimiento vindicativo, no importándole ya haber contribuído a la impunidad de los Ardavines al silenciar para siempre la voz que habría podido acusarlos. Pero ahora comprendía que los Ardavines no eran todo el mal, que todo aquel mundo estaba podrido de iniquidad, incluso él mismo que en la empresa del Guarampín había sustituído el vergajo del Cuyubini por el buen trato que producía más costando menos, como dijera Encarnación Damesano.

Al buen trato que él les daba a sus peones debíase, indudablemente, el considerable aumento de la producción de la empresa del Guarampín, comparada con la de los años anteriores; pero ¿no procedería así—se preguntaba—sólo para que fuesen mayores sus ganancias y le permitiesen pagar lo que les debía a los herederos de Manuel Ladera y rescatar la casa de su madre? Ya era bastante significativo que fueron estos compromisos de orden material los únicos lazos que no se rompieran cuando, al dar muerte a Cholo Parima, al conquistarse la fiera independencia del Hombre Macho que sabe campar por sus fueros, se sintió desligado de todo contacto con el mundo. Ochenta hombres cautivados por unas palabras bondadosas ya le permitían salir de aquellos compromisos, mientras que en el haber de la cuenta de Encarnación Damesano sólo había quedado una cifra exigua para el inmenso desamparo de su mujer y sus hijos. ¿No era esto servirle a la iniquidad, casi tanto como los capataces de Ardavín, vergajo en mano? Desde el Guarampín hasta Rionegro todos estaban haciendo lo mismo, él entre los opresores contra los oprimidos, y ésta era la vida de la selva fascinante, tan hermosamente soñada.

De una manera lejana entendía que aquellos lazos—su madre, el afecto más profundo y más tierno de su corazón y la novia de unos dulces idilios, tan fugaces como las ex-

halaciones a que ella les pedía que no terminaran nunca— no se habían roto sino para algo que de él esperaba la vida, libre y solo como debe estar el hombre en la hora de su destino y que esto no podía ser sino la lucha abierta y total contra la iniquidad, y al optimismo ya inconciliable con ella sustituyeron las rachas de humor sombrío, cada vez más tenaces.

¿Los días de lluvia?... De lluvia continua que con rumor perenne se deshacía en el alto ramaje intrincado y se deslizaba por los troncos de los árboles y penetraba en el bosque cual niebla sutilísima, emparamando la carne, adoloreciendo los tuétanos y filtrando en el espíritu la humedad viscosa de la melancolía. Los días de lluvia, que en la selva suelen ser semanas enteras y meses tras meses.

Pero también, así fueran de sol clarísimo, los de descanso, las tardes de los domingos, vacías de trabajo, llenas de la presencia del alma solitaria, abandonada a la contemplación del bosque antihumano.

La formidable actividad abismada en la quietud aparente, el silencio maléfico, la perspectiva alucinante... El canto lejano del campanero, melancólico badajo de la verde concavidad inmensa, el estruendo repentino del árbol que rinde su vida centenaria sin soplo de viento, del árbol gigante que apenas tiene raíces, pues no hay espacio para tantas como quieren nutrirse de la tierra... La columna derribada, la sombría cúpula rota al chorro de la luz del calvero inquietante... El eco vasto y profundo que retumba en los verdes abismos... La pausa, el grave silencio que sigue al estruendo. Lo impresionante sin formas sensibles, la espera angustiosa... Y el triste tañido del campanero, esta vez por el árbol caído.

El mal de la selva, apoderándose ya de su espíritu.

—¡Mala cosa!—murmuraban sus peones—. Ya le está pegando al hombre la borrachera de la montaña. Aguáitenlo allá, recostao a aquel palo. Tres horas lleva en eso.

Y se le acercaban solícitos:

—Quítese de ahí, don Marcos. No esté contemplando tanto la montaña. Mire que eso no es bueno, porque de golpe se le enjosca y le hace una de esas morisquetas de ella que no se olvidan nunca.

—Sí, don Marcos. Déjese de eso. La montaña es una mujercita ñonga de la cual no es bueno enamorarse mucho.

—Contimás que ya por todas las trochas están apareciendo las güellas del pie de los tres dedos. Hacía días que venían anunciándolo los acarabisis y ayer tarde yo mismo me topé casi con el amo de esas güellas. Que por cierto todavía me están ardiendo los ojos, de habé catao de ver na más que el celaje de quien las iba dejando.

—Háganos caso, don Marcos: quítese de ahí. La montaña no está buena en estos días, como nunca lo está después que se ha tragao a un hombre. Téngale miedo cuando la escucha tan silencia. Algo malo está cavilando.

La obsesión de contemplarla a toda hora, de no poder apartar la mirada del monótono espectáculo de un árbol y otro y otro, ¡todos iguales, todos erguidos, todos inmóviles, todos callados!... La obsesión de internarse por ellos, errante como un duende, despacio, en silencio, como quien crece... De marcharse totalmente, de entre los hombres y fuera de sí mismo, hasta perder la memoria de que alguna vez fue hombre y quedarse parado bajo el chorro de sol del calvero donde hierve la vida que ha de reemplazar al gigante derribado, todo insensible y mudo por dentro, la mitad hacia abajo, oscuro, creciendo en raíces, la mitad hacia arriba, despacio, porque habría cien años para asomarse por encima de las copas más altas y otros ciento para estarse allí, quieto, oyendo el rumor del viento que nunca termina de pasar.

Y un día, abandonándose a la atracción de los verdes abismos, se internó por el bosque temerariamente.

Pero el joven acarabisi que por allí estaba, como le descubriese en los ojos la lumbrarada del mal de la selva, se fue en pos de él, sigilosamente.

EL "SUTE" CÚPIRA

Como muchos de los que campaban por sus fueros en la tierra de la violencia impune, aquel a quien por su físico menguado—pequeño, flaco, enteco—dábanle el apodo del *Sute,* no era guayanés. Un delito de sangre, primero de la serie ya incontable de sus hazañas de Hombre Macho, lo había arrojado a la selva, fugitivo de la justicia, y de esto hacía más de quince años; pero a su aureola sangrienta no podían faltarle esos destellos que forman la legendaria del bandolero generoso en el ánimo de quienes están siempre dispuestos a admirar la hombría señera y la bravura sin freno.

El Cuyuni y sus afluentes regaban su feudo: bosques purgüeros y placeres auríferos de donde anualmente sacaba provechos cuantiosos, que así como los obtenía luego los tiraba al azar de los dados o los derrochaba alegremente junto con sus numerosos amigos y con la torva escolta de sus espalderos, permitiéndoles disponer de ellos cual si fuesen propios, de donde le venía fama de generoso. Pero así también usufructuaba lo ajeno, o que por tal pasaba, irrumpiendo con su gente a rumbear balatá en términos de empresas ya establecidas o a pedir *recortes* en los yacimientos auríferos que otros hubiesen descubierto, que si por las buenas no se los daban, ante las malas no se detenía, corriendo el riesgo que hubiere, de donde sacaba la reputación de valiente hasta la temeridad.

Aquel año merodeaba por los bosques purgüeros de las cabeceras del Barima, en territorio de la Guayana inglesa, aunque con sus tarimbas del lado de acá de la raya, donde elaboraba el producto recogido por su gente, doce

hombres siempre dispuestos a cuanto les ordenase y a los cuales llamaba sus apóstoles, que sólo para decir tal monstruosidad solía tenerlos en aquel número.

Ya había abandonado las cabeceras del río inglés y transpuesta la Sierra Imataca disponíase a abrir sus operaciones sobre las del Cuyubini para "latirles en la cueva a los ardavineros de *El Bochinche* y *Los Repiques*", cuando se lo encontró Marcos Vargas, que en busca suya iba siguiéndole las huellas. Estaba sentado, a la caída de la tarde, sobre los raigones de un arabután descubiertos por las avenidas del brazo de río en cuya orilla se alzaba, en la silenciosa compañía de uno de sus doce, en quien Marcos reconoció a uno de los conductores del moribundo Encarnación Damesano. De lo cual y lo menguado del otro coligió que éste fuese el temible personaje que así se lo habían pintado.

Por su parte, ya a Cúpira le había dicho su compañero —apodado el *Caicareño*—quién era el que llegaba, y se levantó a recibirlo, diciéndole:

—¿Escotero y tan lejos de lo suyo? No esperaba yo tener tan pronto el gusto deseado.

—Salí a dar una vuelta, como quien dice—respondió Marcos Vargas, en cuyo rostro fatigado los ojos tenían cierta expresión delirante—; se me vino atrás el baquiano que me acompaña, por el camino me dieron ganas de conocerlo a usted y hasta aquí me ha traído ese capricho del momento. Tenía además que darle las gracias por el favor prestado a un peón mío de todo mi aprecio. Que de nada le sirvió, por cierto.

Mientras así habló, el *Sute* estuvo mirándolo a los ojos, fijamente, y así dejó transcurrir una pausa antes de replicarle:

—Sí. Ya me contó el *Caicareño*. Pero no crea que le sirvió de poco, contimenos de nada, como dice usté, pues siquiera se dio el gusto de morir al lado suyo, como nos

manifestó cuando lo encontramos revolcándose en su sangre. Que por cierto es el primer pión purgüero que me tropiezo que no maldiga del jefe, y por algo será. De donde se me aumentaron las ganas que por mi parte ya tenía de conocerlo a usté. Ahora sus palabras dan a entendé que los deseos eran recíprocos y nada más le digo sino que aquí tiene al hombre. Al *Sute* Cúpira, como todo el mundo me dice y para lo que lo anden buscando.

—También le dicen el tigre del Cuyuni.

—¡Cosas de los amigos de uno!—repuso Cúpira, tras su apariencia bonachona, que se la daba sobre todo su manera lánguida de hablar.

Y Marcos, sin que él mismo se diese cuenta de los sentimientos que motivaban sus palabras, insistió:

—¡Son tantas las hazañas de usted que he oído celebrar por esos mundos de Canaima!...

—¡Jm!—hizo Cúpira con expresión indefinible—. El nos reúne al fin y al cabo, aunque Caiuña nos críe muy lejos uno de otro. Y la prueba aquí la estamos dando usté y yo.

A lo que repuso Marcos:

—Gracias por el honor que quiere hacerme al considerarme como par suyo; pero...

Y el *Sute,* interrumpiéndolo y encogiéndose de hombros:

—Sus razones tendrá usté pa no aceptá que lo comparen con quien no sea de su medida. Ya las explicará si así se lo pide el cuerpo; pero tan y mientras una descansadita no me parece que le caería mal. Su baquiano viene trozao, con to y lo caminador que es el indio. Aquí semos algunos esta noche, por causa de encuentros que nunca faltan por estos mundos de Canaima, como usté los mienta; pero sitio abrigao no faltará pa usté. Y hasta un buen chinchorro, que ya veo que no lo trae consigo.

Referíase con aquello de los encuentros a unos pur-

güeros, del mismo clandestino sistema de explotación que él empleaba, que aquella tarde se le habían reunido. Y agregó:

—En el entretanto ahí están en la tarimba los mal encontraos y once de mis apóstoles, que el *Caicareño* aquí presente, los completa, pegándose unos palos de un aguardiente que no debe de ser del todo malo. Y si a usté también se lo pide el cuerpo...

—Algo de eso viene sucediendo, realmente, aunque no es costumbre.

—Ya se ve que usté anda fuera de las suyas. Pero camine y pase a darle el gusto al cuerpo, que todo no pué sé rigor.

Y en llegando bajo el cobertizo de palma donde los purgüeros bebían y charlaban ruidosamente:

—Compañeros, tengo el gusto de presentarles al hombre que mató a aquel perro. Marcos Vargas, hablando bien.

Le molestó a éste la primera frase, indudablemente alusiva a Cholo Parima muerto por él, y con el ceño fruncido saludó a aquellos hombres, todos malcarados, algunos de los cuales se adelantaron a estrecharle la mano dando sus nombres, mientras otros se limitaron a murmurar, sin acercársele:

—Mucho gusto.

Pasaban de veinte y todos ostentaban lanza y revólver al cinto. Pero si en casi todas las miradas advirtió Marcos Vargas el recelo mezclado con el desdén, punto menos que agresivo, en cambio las de Cúpira le manifestaban simpatía al par que demostraban especial interés escudriñador.

Reforzó estos sentimientos el efecto efusivo del alcohol, insistiendo Cúpira repetidas veces en medio de la conversación general en que no acostumbraba beber sino en las ocasiones solemnes, como consideraba aquella del conocimiento de Marcos Vargas, aunque por razones que todavía se reservaba.

En cuanto a éste—sobreexcitado como traía el espíritu por la marcha insensata, de varias jornadas, a través de la selva, en silencio ante la fascinación de los verdes abismos y adquiriendo la bárbara experiencia de alimentarse con el trozo de la presa cazado por el acarabisi, sin sal y apenas pasada por el fuego, mientras tuvo fósforos con que procurárselo, y últimamente crudo y sangrante—, experimentaba ahora algo así como un vértigo espiritual con que lo atrajese el abismo interior de aquel hombrecito, personificación de la selva monstruosa, en quien la fiera condición, ya casi legendaria, estaba agazapada tras la apariencia inofensiva de su menguada humanidad y su aire apacible.

Formaban ya barullo las lenguas desatadas por el alcohol, sin que todavía hubiese domesticado aquel recelo y desdén agresivo de casi todos los rostros, cuando Marcos Vargas, plantándose por delante al *Sute*, le clavó la mirada a los ojos con inquisitiva impertinencia, que advertida por los demás produjo el silencio de la expectativa.

Cúpira se la sostuvo sin pestañear, primero sonriendo y luego ensombreciéndosele la expresión, hasta que por último, echándose atrás, inquirió:

—¿Qué desea, joven?

Marcos Vargas hizo el gesto que producen las coincidencias y de lo que se procura con lo que ocurre y recalcando las palabras repuso:

—Hacerle una pregunta, Fortunato Carrillo.

Los circunstantes se miraron entre sí con extrañeza y hasta algunos llegaron a pensar que tal fuese el verdadero nombre del *Sute* y que para algo que pronto se vería se lo había echado en cara Marcos Vargas; pero a Cúpira no podía extrañarle la frase oída porque era suya, pronunciada en ocasión inolvidable. Y con la simpatía brillándole otra vez en la mirada:

—Ya me lo esperaba—repuso—. Hace rato que estaba viéndolo venir.

A tiempo que el *Caicareño* exclamaba:

—¡Ah! ¡Ya caigo!

—Fué por los lados de Barrancas, ¿verdad?—insistió Marcos.

—Más arribita—precisó Cúpira—. A la hora de éstas, poco más o menos, de un veinticuatro de marzo de hacen quince años recién cumpliditos.

—Y bien llevada la cuenta—agregó otro de los doce del *Sute*, que bien sabía de qué se trataba.

—Por si acaso me la quieren cobrá algún día con intereses—dijo el hombrón absurdo.

Mientras Marcos Vargas insistía:

—Entró usted en la pulpería de Fortunato Carrillo donde a esa hora estaba un forastero tomándose una taza de café, ¿verdad?

—Justamente. Un forastero que era su padre de usté. Ya me habían informado de que usté era hijo de aquel único testigo presencial de la cosa y por eso deseaba conocerlo, como le he manifestado endenantes. Estaba sentao junto al mesón de la pulpería, que era posada al mismo tiempo, tomándose su tacita de guacharaca, porque café puro y legítimo no podía habé en casa de aquel bandido de Fortunato Carrillo. Me contrarió tropezarme con terceros, remolonié un poco, me decidí por fin y me arrimé al mostrador a tiempo que me preguntaba el ya difunto pero toavía en pie y fumándose un tabaco—de los de sortija, me acuerdo bien—. ¿Qué desea, joven?

—Y apoyando el codo sobre el mostrador—continuó Marcos, tal como recordaba habérselo oído referir a su padre varias veces—mientras la derecha se la asentaba disimuladamente sobre el cuadril, cerca de la lanza, le contestó usted...

—Déjeme decirlo yo—interrumpió Cúpira—. Le con-

testé, como bien acaba usté de repetirlo: Hacerle una pregunta, Fortunato Carrillo. ¿Se acuerda usté del *Sute* Cúpira?

Y Marcos, quitándole la palabra:

—Fortunato, haciendo memorias, se quedó mirándolo a usté un buen rato y al tropezarse con el recuerdo que le proponía trató de sacar el machete que tenía bajo el mostrador...

—Pero yo le andé alante, como usté al suyo en su hora y punto.

Marcos frunce el ceño y Cúpira prosigue:

—Y arrimándole la lanza a lo blandito de la tetilla izquierda, se la hundí hasta la cruz, diciéndole, por la pregunta ya mentada: "Aquí lo tienes, cumpliéndote lo ofrecío."

Un murmullo de complacencia de los que oían, en el cual sólo uno de ellos no mezcló su voz y otra vez la de *El Sute,* arrastrada, lánguida:

—Luego me voltié pa donde estaba el forastero, que ya hemos quedao en que era su padre de usté—a quien Dios tenga en su gloria, que me olvidé de decirlo al mentarlo por primera vez—, y tan y mientras limpiaba la lanza en un piazo de papel de estraza que cogí del mostrador, le dije estas palabras que han de pasá a la Historia: —Hace trece años que el *Sute* Cúpira le juró a este muérgamo que lo mataría como a un perro. Diga usté que lo ha visto cumplir su gran juramento.

Otro murmullo y el comentario de el *Caicareño*:

—Que no tendría usté más de ocho cuando lo hizo.

—No los tenía, pero ya les andaba cerca.

Y al cabo de una breve pausa:

—Esos eran mis años tiernitos cuando aquella hermosura de hombre abusó de mi madre en presencia mía.

Era la primera vez que Cúpira daba esta explicación del motivo que lo indujo a cometer su primer delito, a

consecuencia del cual, atravesando a nado el Orinoco aquella misma tarde, se había internado en Guayana hasta las selvas del Cuyuni que le brindaron impunidad. Ni aun sus amigos más íntimos habían nunca logrado arrancarle una palabra a tal respecto, siendo cosa sabida que sobre aquello no podía hablársele, y la inesperada confidencia produjo unánime emoción respetuosa. El culto de la madre era, por otra parte, el único sentimiento tierno y verdaderamente noble de aquellas almas broncas, y en el silencio que guardaron todos vibraron las recónditas fibras incontaminadas.

A Marcos Vargas, especialmente, le produjo un efecto profundo. Palideció, se le oscurecieron las pupilas, le vibraron los músculos de la cara, arrojó de pronto al suelo el vaso que sostenía en la diestra, apoyó ésta en el hombro de Cúpira, se lo oprimió cálidamente mientras le miraba a los ojos y luego se apartó de él, con un movimiento brusco y se retiró del sotechado... El también era un niño cuando llegó a su casa la noticia del trágico fin de su hermano, allá en las riberas del Vichada, y viendo llorar a su madre a quien idolatraba, le cruzó por el alma inocente la idea vengativa que luego llevaría a cabo la noche del Tumeremo.

El *Sute*, que había apoyado en silencio su diestra sobre la que le oprimiera el hombro, en silencio se quedó mirándolo apartarse del grupo y asimismo los doce hombres que lo rodeaban y para los cuales ya Marcos Vargas no era el *patiquín* que podía inspirar recelo y desdén, sino, como mentalmente se lo dijeron todos:

—¡Un hombre entre los hombres!

También parecían participar de estos sentimientos los purgüeros recién reunidos con los de Cúpira, menos el jefe de ellos, un mulato ceñudo, que a todo lo ocurrido sonreía desdeñoso, fija la torva mirada en el vaso mediado de aguardiente.

Lo advirtió de soslayo el *Sute* y sonrió a su vez. Entre estos dos hombres mediaba una querella latente, no por choques habidos sino por secreta rivalidad en la disputa del fiero señorío de la selva que ya Cúpira ejercía cuando el otro apareció por allí. Se trataban como amigos y no perdían oportunidad de acercarse entre sí, se vigilaban mutuamente, el *Sute* esperando el momento en que el otro se decidiera a enfrentársele y éste aplazando la ocasión del golpe alevoso que le diese la señera hegemonía del feudo... Ahora ambos sonreían para sus tenebrosos adentros.

De pronto Cúpira, transformándose, creciéndose, con una lumbrarada inquietante en los ojos felinos, alzó la voz enérgica, autoritariamente:

—No dé la espalda, Marcos Vargas.

Se volvió éste, de pronto y ya decidido a todo; pero en seguida comprendió que aquello no iba contra él, pues Cúpira decía:

—No sabe usté si hay aquí alguno que guste del golpe por mampuesto. ¡Acérquese otra vuelta! Déjeme lavarme los ojos que se me acaban de ensuciá, mirando esa cara de hombre que no se sonríe de lo que merece respeto. Y ya que estamos en este terreno—¡y para algo será!—vamos a contarnos todos cómo fue que tropezamos por primera vez con Canaima, que aquí nos ha reunío. Infiero que todas las historias no deben de ser de cara a cara y previo aviso, pero ya es hora de que se acaben los entaparaos. ¡Bébanse ese trago, muchachos y ve sirviendo ya el otro, *Caicareño!* Semos los que semos y hasta aquí llegará eso de: las caras nos vemos, pero no los corazones. Yo eché ya mi cuento de cómo y por qué cogí el camino que hasta aquí me ha traído y ahora vamos a escuchá los de los otros.

Y dirigiéndose a quien con su sonrisa desdeñosa había provocado esta explosión:

—¡Empiece usté, *Correo de Oro!* ¡Vaya echando pa fuera lo suyo!

Frunció más todavía el ceño el bronco sujeto, a quien por primera vez alguien era osado de echarle en cara aquel apodo, alusivo a la sospecha de que fuese uno de los asesinos de un correo del oro de las minas de El Callao que años atrás había encontrado la muerte en una emboscada, sin que aún se hubiese descubierto a los autores del crimen de homicidio y robo.

—Yo tengo mi nombre, Cúpira—protestó arriscándose—, y usté lo conoce.

Cúpira arrojó al suelo el vaso que ya se llevaba a los labios y replicó, simultáneamente con una manotada para apartar hacia atrás al *Caicareño,* situado entre ambos.

—Pues hágase cargo de que lo he olvidado y vaya diciendo cómo quiere hacérmelo recordá.

Marcos Vargas volvió al sotechado de palma, paso a paso; los hombres de Cúpira y los de su rival ya no tenían vasos en las diestras y estaban separados en dos grupos; pero el de la sonrisa no acudió a la ocasión, sino que empalideció tanto como se lo permitiera su piel mulata. Visto lo cual, exclamó Cúpira:

—¡Ah, caramba! ¿Camalión tenemos? Ya el amigo cambió su sangre por agua sucia y yo con eso no relleno mis morcillas.

Ni aun así se decidió *Correo de Oro.* Su especialidad no era dar la cara. Se encogió de hombros. Ya habría tiempo y ocasión más propicia. Y dirigiéndose a sus purgüeros—que, por lo demás, tal vez no le eran tan adictos como a Cúpira sus *doce apóstoles*—con un ademán de cabeza les indicó el camino de la retirada por donde ya él se marchaba. Guayare a la espalda, monte adentro, en fila india...

El *Sute* los siguió con la mirada, otra vez sonriendo, y luego díjole a Marcos Vargas:

—Compañero, perdóneme el mal rato; pero esa postema ya estaba de reventarla.

TARANGUÉ

Cuyubini abajo habitaba una comunidad de indios guaraúnos, de los llamados *mañoqueros* porque sólo conocían el cultivo de la yuca, de donde derivaban el alimento usual del *mañoco* y extraían el *bureche* o el *yaraque* con que acostumbraban embriagarse para celebrar sus fiestas, danzas primitivas a que se entregaba toda la comunidad durante días y noches continuos, hasta que los rendía el cansancio o los derribaba la borrachera. Por aquellos días celebraban una de estas fiestas a la cual solían concurrir todas las indiadas del contorno, varias leguas a la redonda, y el *Sute* Cúpira había invitado a Marcos Vargas para ir a presenciarla,

—Es un espectáculo curioso—habíale dicho—que le dará de una vez por todas la idea de lo que es el indio. Lo llaman baile de ñopo, y también de la india Rosa, y una vez le escuché decir a uno de los ingenieros de una comisión de límites que estaba trazando la raya divisoria con la Guayana inglesa por estos montes, hombre además entendido en costumbres indígenas, que la tal Rosa puede que haiga sío alguna cacica, probablemente de los tiempos del cacicato a que volvieron los aborígenes de casi toda Venezuela después del régimen de las misiones. Que por cierto para nada le sirvieron al pobre indio, como no fuera para aborrecé más al racional. Valga la palabra del susodicho ingeniero.

En efecto, allí estaban aquellos guaraúnos en plena barbarie, si no totalmente salvajes, tal como se encuentran todos los aborígenes venezolanos que bajo el régimen de

la encomienda o la misión no hicieron sino perder el vigor y la frescura de la condición genuina, sometidos como braceros inconscientes a un trabajo ajeno a sus necesidades, cuyo sentido humano no podía alcanzárseles y cuya técnica, cuando de alguna fue el caso, nunca les fue dada. El indio que empedró el camino frailero por donde ahora crece el arestín y a su orilla clavó la *piedra escrita* que no jalonaría sus marchas libres, porque él anda el rumbo de su instinto por la trocha del váquiro; el indio que amasó la arcilla con que se fabricó el ladrillo frailero para el convento de la misión, mientras él continuaba levantando su churuata tal como lo hacían sus abuelos antes de que apareciera por allí el blanco conquistador. El indio guaraúno que en su dialecto llama al civilizado *niborasida*—que significa hombre malo—o en español, a su manera, dice del venezolano: "Sorano maruco, robando mujé, tumbando conuco." Porque si aquello solamente le reportó la colonia, menos aún y a veces peor le ha dado la república.

Ya estaban allí las hembras feas, chatas, de frente huída y pechos fláccidos, con la uarruma y el pequeño mandil de fibra tosca cubriendo sus partes pudendas, mientras con el guayuco las suyas y un cerquillo de plumas a la cabeza los hombres, de estatura pequeña y desproporcionada por el excesivo desarrollo del tórax con detrimento del de la parte inferior del cuerpo, a causa del continuo manejo del canalete sentados en el fondo de la curiara donde se pasan la mayor parte del tiempo pescando. Ya las mujeres habían sacado las casimbas de bureche, de desagradable olor ácido y en torno a ellas los hombres, vaciando pichaguas una tras otra, comenzaban a emborracharse. No estaba por allí el cacique, pues era costumbre que durante aquella fiesta se ausentase de la ranchería e hiciese sus veces el músico, que solía ser el más anciano de la comunidad y ya se aproximaba la hora de dar comienzo la danza, a la puesta del sol, cuando se presentaron el *Sute* Cúpira y Marcos Vargas,

acompañados del *Caicareño* y de otro de los doce del primero, apellidado Aceituno. Y no faltó en los corrillos recelosos la palabra guaraúna: Niborásida.

Pero saliéronles al encuentro, ofreciéndoles bureche y ñopo.

Es el ñopo o yopo un polvo negruzco extraído de las raíces de cierta planta herbácea, que absorbido a modo de rapé produce extraños efectos alucinatorios que los piaches indios utilizan cuando han de desempeñar sus funciones de adivinos, y mezclados con bebidas fermentadas, yaraque o bureche. causan una borrachera delirante y bestial.

El *Sute* aceptó el bureche, pero rechazó el ñopo, diciéndoles, en su dialecto:

—Oco cacatuja—que significa: nosotros tenemos.

—¿Ato abitoja? (ustedes tienen)—exclamaron los oferentes, complacidos de que se les hablase en su lengua—. ¡Ato abitoja!

Y uno, acercándose a Marcos Vargas, a quien ya rodeaban varias guarichas, examinándolo con su impertinente curiosidad característica:

—Ma cuareja mancatida—díjole. Pero comprendiendo que no lo entendía recurrió al castellano—: Yo teniendo hija hembra. Yo ofreciéndote guaricha bonita si tú no siendo maruco con indio y dejándolo tranquilo bailando india Rosa.

Llegaron luego otros "racionales", encargados y capataces de peonada de la empresa de los Ardavines que por allí caía, algunos de los cuales ya habían amistado con Marcos Vargas desde la noche en que éste y José Francisco se jugaron a los dados sus clientes; pero como Marcos correspondió de mala gana a sus saludos y en seguida se les apartó, quedáronse todos rodeando al *Sute*, por quien sentían la admiración que a todos los Hombres Machos les inspiraba el semidiós canijo.

Y empezó a surgir la luna llena, a tiempo que se oculta-

ba el sol, hora de comenzar la fiesta con la cual el aborigen conmemora su secular esperanza del término de la dominación del blanco y la vuelta de "tararana", la tribu poderosa que algún día vendrá, aunque este sentido y símbolo no esté sino sepultado en los abismos del embrutecimiento en que languidece el alma indígena.

Ya el viejo músico estaba sentado sobre sus canillas dobladas en el centro del espacio llano y barrido que rodeaban las barbacoas donde se depositaban los frutos de la sementera y la churuata—vasta vivienda común de forma circular y pajiza techumbre cónica, en cuyo interior hacía vida promiscua toda la comunidad—y sacudiendo cerca de su oreja derecha una maraquita, único instrumento que acompasaría la danza, murmuraba, a ojos cerrados, como para darse la tónica:

—¡Ñe! ¡Ñe! ¡Ñe!

Y en torno a él iba formándose la rueda de hombres y mujeres que tomarían parte en la danza, incluso los viejos amojamados, después de haber absorbido unas polvadas del ñopo e ingerido otra buena cantidad mezclada con el bureche y cuyo doble efecto diabólico no tardaría en hacerse sentir.

Golpeó el suelo con la diestra el viejo músico, señal esperada por los bailadores y éstos comenzaron a girar en torno a él, con una cadencia lenta y monótona, marcada por el bárbaro chischeo de la maraquita y canturriando a coro, con destemplada entonación creciente:

—¡Ja, ja! ¡Ta biscó! ¡Ja, ja! ¡Ta biscó!

Los forasteros sonreían. En materia de música y danza no podía darse nada más simple: era sólo un ruido persistente y un paso de marcha contenida y apresada en un círculo obsesionante. Y un coro de canto rudimentario que se repetía con desapacible insistencia:

—¡Ja, ja! ¡Ta biscó! ¡Ja, ja! ¡Ta biscó!

Y ya la luna llena brillaba en el espacio, todavía diurno.

Pero el ñopo ingerido y el que ahora les ofrecían a los danzantes el *Sute* Cúpira y sus espalderos y los purgüeros de los Ardavines, para que los absorbiesen a puñados mientras recorrían el círculo infinito, iba produciendo sus efectos y pronto aquel canturreo monótono se rompió en un coro de gritos roncos a tiempo que las miradas despedían fulgor de lujuria y los cuerpos comenzaban a retorcerse en mímica de amor animal, ya bañados en los reflejos de la luna triunfante del crepúsculo solar. Era la primera faz de la embriaguez: la danza lúbrica, sin arte alguno, bestia pura.

—¡Ja, ja! ¡Ta biscó! ¡Ja, ja! ¡Ta biscó!

Ahora los racionales reían a carcajadas, menos Marcos Vargas en cuyo rostro sombrío se iba perfilando el rasgo revelador de sorda tempestad mental.

El *Caicareño* y Aceituno recorrían el círculo danzante ofreciendo diabólicos polvos. Los indios los sorbían ávidamente y ya por todos los cuerpos corría el inmundo líquido negro y viscoso de la secreción nasal. Eran unas asquerosas bestias que jadeaban y se retorcían bajo la acción deshumanizante del yopo.

—¡Ñe! ¡Ñe! ¡Ñe!

El canturreo gangoso del viejo músico apresuraba el ritmo simple y frenético, marcado por el sonido obsesionante de la maraca.

Ya el coro de gritos lúbricos comenzaba a languidecer en gemidos. La luna resplandecía solitaria remontándose por el espacio nocturno... Ahora el coro entonaba:

—¡Tarangué! ¡Tarangué!

La tribu desaparecida. La que sucumbió defendiendo su tierra bajo el acero y el arcabuz del conquistador, la que en la alta noche de la derrota contempló el incendio de su churuata... Ya algunos indios lloraban, con esa extraordinaria facilidad que para ello tienen... Ya toda la tribu, había prorrumpido en llanto clamoroso.

Era la segunda faz de la embriaguez de yopo. La danza fúnebre y la plañidera por los muertos de la comunidad y por la gran desaparecida en la eterna noche sin luna. Y el lúgubre clamor se elevaba impresionante en el silencio tendido sobre la tierra bárbara y remota:

—¡Tarangué! ¡Tarangué!

Los racionales reían a carcajadas y Marcos Vargas les clavaba miradas fulminantes que les trocaban las risas por ceños fruncidos.

Eran los negros abismos de la infinita tristeza del indio los que ahora se abrían, el fondo atormentado del alma de la raza vencida, despojada y humillada, y un gran dolor rabioso, profundamente suyo, respondía en el corazón de Marcos Vargas a la plañidera invocación de Tarangué.

—¡Ñe! ¡Ñe! ¡Ñe!

Ya la voz del músico era un aullido trémulo. Ya la borrachera entraba en su última faz: ahora comenzaba la danza guerrera.

Un grito de cólera rompe de pronto el coro lamentoso. Le responde otro y otro... La luna ilumina la bárbara escena con su resplandor alucinante y decora la miseria de los cuerpos inmundos... Ahora son miradas enfurecidas y roncos alaridos que tal vez reproducen los antiguos gritos de combate que ya sólo bajo la acción del yopo lanzan los indios humillados y vencidos. Viejos alaridos de las guazárabas contra el blanco invasor que ya han olvidado los ecos de aquella tierra.

Y Marcos Vargas grita:

—¡Tararana! (La tribu que volverá.) ¡Tararana!

El *Sute* Cúpira se le acerca, preguntándole:

—¿Qué le pasa, joven?

—Que ya es tiempo de que estos pobres indios se sacudan la opresión de ustedes. ¡Hatajo de bandidos que los explotan inicuamente! ¡Usted a la cabeza de todos!

Cúpira da un paso atrás y su diestra acude automática-

mente a la empuñadura del revólver. Pero en seguida se recobra y mirando a Marcos Vargas serenamente murmura:

—Por menos son ya difuntos muchos hombres, pero el *Sute* Cúpira no se mata con el hijo de quien lo vio cumplir su gran juramento.

Dicho lo cual se le aparta, sin que tales palabras hayan despertado eco alguno en el alma ya frenética de Marcos Vargas.

Entretanto el grito que éste había lanzado hacía poco lo secundaban los indios enfurecidos por el yopo y entre el clamor imponente no se oía ya el canturreo del músico.

De pronto se interrumpe la danza y los hombres se lanzan unos contra otros, mientras las mujeres abandonan el sitio y corren a refugiarse dentro de la churuata.

Luchan, forcejean, escurriéndose los cuerpos babeados de las manos que tratan de apresar, hasta que por fin caen extenuados y ruedan por el suelo, toda la indiada formando una masa inmunda y jadeante. El cuerpo del músico viejo y fláccido es una piltrafa que no rebulle; de sus manos se ha desprendido la maraquita y ya no suena.

Marcos Vargas tiene un gesto de decepción inmovilizado en el rostro sombrío. No fue contra el *racional*, contra el opresor inicuo, la rebelión delirante. Y murmura, sordamente:

—¡Tarangué!

El fulgor espectral de la luna alumbra el hacinamiento de cuerpos rendidos por la acción deshumanizante del yopo.

XIV

TORMENTA

Regresó a la estación del Guarampín, al cabo de ocho días de ausencia, agudizado por la fatiga del viaje el maléfico influjo de la selva.

Pero no sólo él sufría sus extraños efectos, ni todo eran aberraciones de espíritu. El fenómeno obedecía también a causas naturales y todos los seres vivientes que poblaban la selva lo experimentaban de algún modo.

Aproximábase el término de la estación lluviosa y hacía varios días que reinaba esa tregua que se toman las lluvias antes de desatarse en los tremendos chubascos finales del invierno tropical. Calmas enervantes y prolongadas durante las cuales el silencio de la fronda inmóvil sentíase cargado de presagios angustiosos, hacían irrespirable el aire saturado de perturbadoras emanaciones vegetales, y sobre el inmenso condensador de la selva se iba acumulando la electricidad para el cataclismo de las descargas que pronto la estremecerían hasta la raíz más soterrada.

La bestia presentía aquello y daba muestras de inquietud. En silencio se posaban los pájaros en las ramas y de unas en otras fatigaban sus alas con repentinos vuelos recelosos; manadas migratorias de váquiros atravesaban con frecuencia el río y a veces se les veía detenerse de pronto en la marcha, ventear el aire y luego precipitarse en carrera, fuera del camino acostumbrado, a monte traviesa; en silencio volvían al atardecer los monos a sus dormideros habituales y en cambio durante las noches no cesaba de oírse el grito ululante de la arañamona.

Los indios mismos, en quienes el instinto es también antena sensible, se mostraban aún más reservados que de

costumbre y a menudo cruzaban entre sí miradas de expectación supersticiosa, cual si la Naturaleza se les hubiese vuelto de pronto incomprensible y amenazante.

En los purgüeros el fenómeno presentaba un aspecto singular. El duro trabajo agotador, la continua expectativa del peligro mortal que por todas partes acechaba en torno a ellos y la influencia deshumanizante de la soledad salvaje, venía produciendo en aquellos hombres—y ahora la acentuaba la influencia meteorológica—una sombría propensión característica de la selva, cierto frenesí de crueldad, no arrebatado y ardiente como el que pueden producir los espacios abiertos sino por lo contrario, espantosamente apacible, de abismos bestiales. Crímenes y monstruosidades de todo género, referidos y comentados con sádica minuciosidad, constituían el tema casi exclusivo de las conversaciones, y cuando se hallaban solos empleaban las horas muertas en la torva complacencia silenciosa de darles tortura lenta y atroz a los insectos o bestezuelas inofensivas que para ello capturaban, arrancándoles las alas, vaciándoles los ojos, descuartizándolos calmosamente, atentos a las mínimas manifestaciones de sufrimiento animal, mientras una horrible insensibilidad petrificaba sus rostros. Y varios de ellos, llevando hasta sí propios estas experiencias insanas, se habían inutilizado para el trabajo infiriéndose heridas so pretexto de extraerse espinas o extirparse las niguas o los *gusanos de monte* que bajo la piel les sembraban ciertas moscas cuyas larvas se crían en carne viviente. Era tal vez el efecto desmoralizador que les hubiese causado la muerte de Encarnación Damesano y su espantosa mutilación inútil; pero era también la tempestad de los elementos infrahumanos que en el corazón de los hombres desata Canaima.

Finalmente, a su regreso a la estación halló Marcos Vargas la noticia de que en la ribera opuesta del Guarampín habían comenzado a producirse aquellos misteriosos gritos

de que hablaban los purgüeros veteranos de la empresa de Vellorini y cuya realidad tuvo, en cierto modo, corroboración en las palabras del propio conde Giaffaro.

Tales gritos en el salvaje silencio de la medianoche más parecían aullidos bestiales, ululatos de terror animal y daban motivo a que los purgüeros de la opuesta ribera satisficiesen aquella morbosa propensión a lo truculento y monstruoso, entregándose a conjeturas delirantes.

—El conde Giaffaro haciéndose su cura—pensaba Marcos Vargas—y para averiguar en qué pudiera consistir, si realmente la había, para descifrar aquel enigma a que nadie se había asomado todavía, atravesó una vez más el Guarampín.

Halló la casa cerrada. Adentro sentíanse pasos agitados que se acercaban y se alejaban una y otra vez; pero no le fue abierta la puerta ni se le respondió a sus llamadas.

Por los alrededores y con expresión temerosa estaban los indios de la servidumbre. Se les acercó dándoles conversación y de las palabras que logró arrancarles coligió que el conde debía de atravesar una crisis aguda de taciturnidad, acaso racha de demencia periódica, durante la cual, encerrado bajo llaves, se le oía pasearse por toda la casa día y noche.

—Canaima en cabeza de racional—dijéronle los indios—. Racional caminando siempre. Caminando siempre.

Pero a las preguntas respecto a los misteriosos gritos se miraron unos a otros y nada respondieron.

Prestó atención a los pasos que desde allí se oían y cuyo ritmo irregular tan pronto lento como frenético, podía componerse la figura atormentada del conde Giaffaro, con sus ojos saltones y el movimiento continuo de su cabeza mecánica, acaso ya trastornada para siempre por el mal de la selva. Y temió por la suya.

Repasó el Guarampín, pero no se dirigió a la estación

donde sus subalternos inmediatos entretenían el ocio dominical jugando a las cartas.

Mediada la tarde y bajo el bochorno reinante que hacía de plomo la atmósfera saturada de electricidad reposaba en silencio de expectación el bosque de árboles inmóviles. Se internó en él por una vereda ancha, larga y recta.

—¿Pa dónde la lleva, don Marcos?—le preguntó un peón de los que por allí estaban, a la entrada del sendero, sentados sobre el viejo tronco de un árbol derribado, cabizbajos hacía rato y sin cruzar palabra. Y como no obtuviese respuesta, agregó—: No vuelva a alejarse mucho. Mire que la cosa no está muy buena, por ai pa dentro.

Algo extraño flotaba, en efecto, dentro del bosque mudo. Una claridad inusitada, fosforescente casi y al mismo tiempo sombría, que hacía brillar de una manera singular el verde tierno de los matojos que bordeaban la vereda y ésta se abismaba a lo lejos en perspectivas alucinantes. Era absoluta la ausencia de vida animal por todo aquello y de tal circunstancia provenía la impresión, habitual en Marcos Vargas, que ya se había apoderado de su espíritu: la impresión de que por momentos iba a aparecerse ante su vista, brotado de la soledad misma, en la sugestiva lejanía, algún ser inédito, algo menos o algo más que hombre. espíritu de la selva encarnado en forma inimaginable, obra de las formidables potencias que aún no habían agotado la serie de las criaturas posibles. Esto le había acontecido siempre, especialmente las tardes de los domingos, ante cualquier paisaje; pero ahora la aberración, en el fondo de la cual tal vez repercutiera alguna infantil emoción religiosa, además de hallar la mente propicia se originaba de causas en cierto modo objetivas: en aquella bochornosa quietud sentíase la presencia de fuerzas descomunales a punto de desatarse.

De cara al encuentro inminente anduvo tiempo incalculable. Una hora, quizá dos—la vereda ancha, larga y recta

ya se hundía por los dos extremos en los verdes abismos—, pero acaso, también, sólo algunos minutos; el espacio que se extendía a sus espaldas bien pudiera no ser sino ilusión producida por la extraña claridad que ensombrecía la selva.

A uno y otro lado se rompía de pronto el boscaje y causaba vértigo hundir la mirada por entre los innumerables árboles inmóviles... Le pareció que alguien siseaba, llamándolo, desde allá adentro. Se detuvo, miró en derredor... Estaba en la encrucijada de dos caminos igualmente anchos y rectos y ya no supo por cuál de los cuatro debía seguir, cuál era el que llevaba. Una repentina ausencia de sí mismo lo había dejado ya a la merced de la selva fascinante... Eligió al azar, abandonándose a la tremenda delicia con que acababa de rozarlo el temor de extraviarse. La primera emoción de miedo que llegaba a experimentar. Los abismos del pánico que ya lo atraían.

Anduvo otra porción de tiempo incalculable por el espacio sin medida ni punto de referencia cierta... Algo aleteó en el ámbito mudo. Creyó que hubiera sido un relámpago precursor de la tormenta inminente y esperó el trueno con ansiedad insensata; pero la selva continuó sumida en el silencio, ya espantoso... El aire se hacía irrespirable por momentos... Las mil pupilas asombradas de la extraña claridad fosforescente lo contemplaban desde cada una de las hojas de todas las ramas del bosque... Apresuró el paso. Lo acortó en seguida hasta hacerlo extremadamente lento. Lo sobrecogió de pronto el miedo de detenerse involuntariamente y para siempre y reanudó la marcha normal, diciéndose en voz alta:

—Todavía no.

Luego rió a carcajadas y volvió a decirse:

—¡Pues no he tomado yo en serio lo de convertirme en árbol!

Y tornó a mirar en derredor, por donde se hubiera ido

el sonido de su risa, extraviada. Pero no la descubrió por todo aquello.

De pronto se detuvo, cerca de una tarimba, sorprendiendo una escena monstruosa.

Acuclillado fuera del cobertizo, junto a una piedra donde acababa de afilar su machete, uno de los purgüeros que lo habitaban se disponía a mutilarse el índice de la mano izquierda, para librarse de los dolores lancinantes causados por el gusano alojado en la yema tumefacta y purulenta. Tenía apoyado sobre un leño mientras con la derecha blandía el arma afilada, alzándola y bajándola repetidas veces, a cada una más cerca del miembro ya sobre el ara del dios frenético que perturbaba todos los espíritus. Y esta operación la presenciaba atentamente, impasiblemente, el compañero de tarimba desde la yacija colgante donde se entregaba al descanso dominical. En torno a ellos la selva antihumana ensanchaba sus ámbitos para el grito del bárbaro holocausto.

Se precipitó a impedirlo, pero con un arrebato colérico que por primera vez se adueñaba de su espíritu. Desarmó la mano sanguinaria, mas no se dio cuenta de que en la mirada que el purgüero sorprendido levantó hacia él estaba la demencia irresponsable, y blandiendo a su vez el machete lo descargó de plano, sin darle descanso, sobre las espaldas del hombre acuclillado, que allí mismo rodó por tierra retorciéndose de dolor, aunque sin exhalar un gemido ni formular protesta, y luego arremetió contra el espectador impasible—que ya propiamente no lo era sino asombrado ante el espectáculo de aquella furia que nunca le viera manifestar—y del mismo modo lo castigó, totalmente fuera de sí, negras como carbones las pupilas que de ordinario las tenía claras y así se las transformaba la cólera. Y todo esto sin que se hubiese proferido una palabra bajo el techo de la tarimba.

Aún llevaba en los ojos el negro fulgor de la ira, cuando lejos ya de la tarimba solitaria, regresaba por la vereda

ancha y recta. Pero no brillaba aquella claridad alucinante. Lívidas tinieblas se deslizaban por el bosque y de los abismos del silencio lejano surgía un rumor confuso que producía la perturbadora impresión de una pequeña cosa inmensa.

Se detuvo a escuchar, para cerciorarse de la realidad de tal impresión que reproducía en la atormentada vigilia de su espíritu el inaferrable contenido de una pesadilla de su infancia, singularmente angustiosa, en la cual se hallara siempre en presencia de algo sumamente pequeño y a la vez inmenso, sin que nunca acertase a precisar qué era. Pero aquello estaba sucediendo realmente fuera de sí y comprendió que era la tormenta que se aproximaba.

Y advirtió que la selva tenía miedo. Los troncos de los árboles se habían cubierto de palidez espectral ante la tiniebla diurna que avanzaba por entre ellos y las hojas temblaban en las ramas sin que el aire se moviese. Se sintió superior a ella, libre ya de su influencia maléfica, ganosa de descomunal pelea la interna fiera recién desatada en su alma, y así le habló:

—Es la tormenta. Viene contra nosotros dos, pero sólo tú la temes.

Se quitó el sombrero y lo arrojó al monte, se abrió la camisa haciendo saltar los botones, ensanchó el pecho descubierto, irguió la frente, acompasó el andar a un ritmo de marcha imperiosa. Luego se descalzó y se desnudó por completo, abandonando a la vera del camino ancho y verde cuanto pudiese desfigurar al hombre íngrimo contra la tempestad elemental y dejando el camino del regreso conocido tiró por la primera vereda que le salió al paso y se internó por el monte intrincado a la aventura de la tormenta. Quería encontrar la medida de sí mismo ante la Naturaleza plena y de cuanto fue cosa aprendida entre los hombres sólo una llevaba consigo: las palabras del conde Giaffaro aconsejándole intimidad hermética y válvula de escape al grito de Canaima.

Aumentaba la palidez de los árboles y ya se estremecían todas sus hojas, sin que aún se moviese el aire. La pequeña cosa lejana, el sordo mugido de los abismos del silencio, se estaba convirtiendo en fragorosa inmensidad y se acercaba por instantes... Pero todavía quedaba silencio bajo la fronda angustiada, un silencio cada vez más denso, de zozobra contenida, mientras aquello avanzaba cercándolo y apretándolo.

Lo fundió todo y de golpe el estallido de un rayo, simultáneos el relámpago deslumbrante y el trueno ensordecedor. Vacilaron las innumerables columnas, crujieron las verdes cúpulas, se arremolinaron las lívidas tinieblas, se unieron arriba los bordes del huracán desmelenando la fronda intrincada y la vertiginosa espiral penetró en el bosque, levantó una tromba de hojas secas, giró en derredor del hombre desnudo, silbando, aullando, ululando y luego se rompió en cien pequeños remolinos que se dispersaron en todas las direcciones. Y se desgajó el chubasco fragoroso.

¡El agua! Resonaba entre el alto follaje el estrépito de las mangas copiosas que se perseguían y se revolvían de pronto unas contra otras por los opuestos caminos del viento, doblegando la fronda trenzada. Tamborileaba sobre la mullida hojarasca, chorreaba por el tronco del árbol, corría hacia los bajumbales, hinchaba los cangilones, se precipitaba por las torrenteras, bramaba ya en las cañadas, azotaba recia y caliente el cuerpo del hombre desnudo.

—¡Qué hubo! ¿Se es o no se es?

El Marcos Vargas del grito alardoso ante el peligro, del corazón enardecido ante la fuerza soberana, otra vez como antes gozoso y confiado.

¡El viento! El huracán bramoroso que barría la fronda desgajando las ramas, la inmensa guarura del ululato entre el cordaje de los bejucos, el silbido estridente en el filo de la hoja, el bufido impetuoso contra el matojo rastrero, el alarido de espanto que estrangulaba la garganta del barran-

co, la tromba otra vez... Trinca la garra en torno al árbol, lo sacude con furia implacable, le parte la raíz soterrada, lo arranca de cuajo y lo derriba contra el resonante suelo... Y el vuelco sofocante del resuello del mundo encolerizado dentro de los pulmones del hombre de la cabeza erguida.

—¡Qué hubo!

Y continuaba avanzando, al huracán prestada la cabellera flameante.

¡El rayo! La grieta fulgurante del cielo a través de la fronda desgarrada, el zigzagueo del haz que revienta en el puño de la ira y se esparce inflamando el espacio anchuroso. El restallar tableteante de la centella que hiende el árbol desde la copa hasta la raíz, la siembra del fuego en la tierra que el fluído cegante cava y perfora, el aleteo gigantesco del relámpago esplendoroso, el tremendo fulgor instantáneo que se funde con otro y con otro y se prolonga vibrante. Y la pupila del hombre temerario abierta ante el elemento alardoso.

¡El agua y el viento y el rayo y la selva! Alaridos, bramidos, ululatos, el ronco rugido, el estruendo revuelto. Las montañas del trueno retumbante desmoronándose en los abismos de la noche repentina, el relámpago magnífico, la racha enloquecida, el chubasco estrepitoso, el suelo estremecido por la caída del gigante de la selva, la inmensa selva lívida allí mismo sorbida por la tiniebla compacta y el pequeño corazón del hombre, sereno ante las furias trenzadas.

—¿Se es o no se es?

Las raíces más profundas de su ser se hundían en suelo tempestuoso, era todavía una tormenta el choque de sus sangres en sus venas, la más íntima esencia de su espíritu participaba de la naturaleza de los elementos irascibles y en el espectáculo imponente que ahora le ofrecía la tierra satánica se hallaba a sí mismo, hombre cósmico, desnudo de historia, reintegrado al paso inicial al borde del abismo creador.

Era allí, en lo profundo de su intimidad, donde debía de aparecerse aquel insólito morador de una tierra sobre la cual todavía se agitaba el torbellino de donde surgieron el agua, el viento y el rayo. Y ya había aparecido, en efecto, en la tormenta de la ira que acababa de ennegrecerle las pupilas. ¡Ira, cólera!... ¡Eso tenía que ser él contra la iniquidad que no permitía el optimismo en el corazón generoso!

La lluvia le azotaba el rostro, todo su cuerpo era rompiente contra la cual se estrellaba la oleada de la racha, el huracán venía a colmarle los pulmones con el aliento del mundo embravecido y el relámpago le ponía instantánea vestidura magnífica. Lo cercaba el rayo dándole a respirar espíritu de aire y envolviéndolo en el aura enardecedora de su fluído y en la apoteosis de su fragor ingente, caían en torno suyo los árboles que tuvieron la raíz podrida o menguada, pero sobre el retemblar del suelo desgarrado se asentaban acompasadamente sus plantas firmes. Era el morador señero de un mundo sacudido por las convulsiones del parto de los abismos creadores y un robusto orgullo de pleno hallazgo propio lo hacía lanzar su voz ingenua entre el clamor grandioso:

—¡Aquí va Marcos Vargas!

Ululatos, estallidos, estampidos. Empalidecía rugiente la enorme bestia negra al restallar del látigo fulgurante que le azotaba los flancos. La selva alevosa que mató a Encarnación Damesano en la hora mejor de su alma, la selva embrujadora que había puesto el arma filuda en la diestra del hombre acosado para que se mutilara. ¡Cómo resplandecía ahora el arma blandida por el brazo vengador de la tormenta!... Así la había castigado él, no a los hombres de la tarimba solitaria, sino al espíritu de la selva perdicionera que se había apoderado de ellos... Gemidos, crujidos, el relámpago imponente, el viento bramador.

Vaciló el tronco de un palodehacha, que estuvo cien años creciendo para asomarse, otros ciento, por encima de

las copas más altas, haz de columnas trenzadas por recios bejucos. Cayó con formidable estruendo...

Saltó por encima del gigante vencido y prosiguió su camino, despacio, por la vereda ancha y recta que le iluminaba la tormenta.

Pero la vereda se detuvo, de pronto, contra el bosque intrincado a tiempo que la tempestad redoblaba su furor, retorciendo los árboles, ululante, bramorosa, un rayo tras otro, un solo relámpago inmenso.

¿Revolverse? ¿Esperar? El abrigo del macizo de árboles era casi muerte segura y en el descampado abierto por los que ya habían caído, la furia del viento y la violencia del chubasco ya se habían vuelto insoportables... Se confió a su suerte ineludible y se guareció bajo el amplio ramaje de una mora gigante que se destacaba del macizo.

Pero el huracán se le echó encima para asfixiarlo y desalojarlo del cobijo que lo protegía del chubasco, y él dándole la espalda y el viento buscándole el rostro, estuvieron largo rato rodeando el árbol del tronco inconmovible, grueso, ancho como un muro. Aullaba la negra jauría acosando al hombre vestido de luz de centellas y del corazón sereno y gozoso ya se apoderaba la rabia insensata.

Pero al cambiar de sitio, para ofrecerle temerariamente el rostro a la racha irrespirable, pisó algo blando que rebulló y gimió. Se inclinó hacia ello.

Era un mono araguato, párvulo, aterido, ya sin instinto arisco, toda espanto el alma elemental. Se dejó apresar y se acurrucó lloriqueante, tembloroso, contra el pecho del hombre que lo levantó en sus brazos.

—¡Hola, pariente!—exclamó Marcos Vargas—. ¿Qué te pasó? ¿Te tumbaron el dormidero? Y tu gente, ¿qué se ha hecho? ¿Por qué te dejaron solo?

A la luz de los relámpagos la mirada de la pequeña bestia, correspondiendo a la sonrisa del hombre, se humanizaba demostrando agradecimiento por el amparo del pecho

fuerte y la caricia de la palabra amiga para su miedo y su extravío. Y así estuvieron largo rato el hombre y la bestia ante la Naturaleza embravecida. Frente a ellos, en un claro del bosque barrido por la tormenta, se alzaba señero un caracalí. Un árbol soberbio, robusto, frondoso, erguido, hechura de sol pleno, con ancha y honda tierra en torno para sus raíces.

Era allí el centro de la tormenta, la presa más codiciable que se disputaban los elementos desencadenados. Una tras otra las copiosas mangas de agua reventaban contra aquella selva de ramas vigorosas, el huracán lo cercaba retorciéndoselas, pero en el robusto cuello fracasaba el esfuerzo de la garra trincada y el relámpago iluminaba la lucha titánica. Se debatía el gigante desmelenado, bramaba comunicándole al suelo el temblor de su cólera. El rayo se le acercaba por momentos, pero no se atrevía a fulminarlo. Era hermosa aquella criatura predilecta de la tierra y ante la soberana belleza el tajo de la espada flamígera se convertía todo en luz para hacerla resplandecer. Fue recia y larga la lucha y en ella se fatigaron los elementos.

Ya amainaban las furias. Los rayos comenzaban a ser menos frecuentes y entre el relámpago y el trueno había ya intervalos cada vez más largos. Cedía la violencia de la lluvia, menos impetuosas y más distanciadas las mangas que se deshacían contra el follaje del caracalí, y el huracán había encontrado por fin un camino y por allí empezaba a retirarse, satisfecho del estrago causado, inclinando toda la fronda bajo su paso.

—Ya de ésta como que nos libramos, pariente—decía Marcos Vargas, acariciando al mono—. ¿Es la primera tormenta que presencias? ¿Te quedan ganas para otra?

El animalito temblaba y se acurrucaba más, buscando el calor del pecho amigo, y Marcos Vargas experimentó que era bueno, después de haberse hallado a sí mismo, fuerte en

la tempestad de las iras satánicas, encontrarse también protector en la bondad sencilla, en la ternura generosa.

Ya se alejaba la tormenta. El trueno mugía cansado, la lluvia caía mansa, el viento suspiraba. Ya reposaba el árbol señero, dolorido de huracán, pero todavía erguido y por las innumerables veredas de la selva castigada, el silencio volvía sobre sus pasos a sus habituales cobijos, confiadamente... Ya cantaba el tucuso montañero.

XV

UN ALMA EN DELIRIO

Con la prisión del general Miguel Ardavín, llevada a a cabo mediante oficios de judas, que a las autoridades que habrían de practicarla les prestó José Francisco, había recibido golpe de muerte el cacicazgo tradicional.

Tres meses y pico habían transcurrido de esto y aún no había visto el primo traidor la alta recompensa a que aspiraba, pues si disfrutaba de libertad, postergado o definitivamente abandonado el esclarecimiento del crimen de San Félix de que fue víctima Manuel Ladera y si aún usufructuaba su parte del feudo, con apoyo y complicidad de las autoridades que habían sustituído a las afectas al ardavinismo, era evidente que su suerte ya estaba echada, que su estrella declinaba sin haber culminado nunca; en el gobierno de la región ya no lograría cabida y los amigos que antes lo rodeaban —como por su parte también los de Miguel—se habían pasado al campo contrario y desde allí lo miraban por encima de los hombros.

Confrontando esta triste realidad con los sueños de grandeza que tres meses antes había acariciado imaginándose ya a Miguel muerto y reemplazado por él en la hegemonía política de la región, asaltábanlo crisis frecuentes de rabia

sombría y se entregaba, casi a diario, a sus borracheras tempestuosas.

Ya ni la *Juanifacia* lo acompañaba. Encumbrada con lo que junto a él se lucró de los descuidos de la cartera atestada de billetes durante la inconsciencia alcohólica, vivía ahora la mulata a la vera de su antiguo camino, como propietaria y hábil administradora de cierta casa discretamente situada en las afueras de Upata, con buenas bebidas, aceptable comida, que ella misma guisaba para sus clientes distinguidos y una pianola para el esparcimiento del baile.

Invariablemente, lo primero que se le ocurría a José Francisco Ardavín al emborracharse, era acudir con sus cuitas por el amor de la *Juanifacia*; pero como ya ella nada quería con él, las entrevistas adquirían las proporciones de lo trágico dentro de lo grotesco.

—¡Yo soy muy desgraciado!—exclamaba el borracho.

—¡Qué cuentas, chico! Si yo siempre te dije que tú eras un desgraciao.

Bien sabía la mulata, por instinto y por experiencia, que era este tratamiento insultante, más que por su amor, lo que venía buscando Ardavín; pero no le negaba el sádico placer pues ella también lo disfrutaba intenso al verlo humillado, hasta el extremo de arrodillarse ante ella, varias veces, pidiéndole que lo abofetease.

Sin embargo, aún no se había atrevido a tanto, pues en su alma quedaban vestigios de respeto humano y esta porción incorrupta se rebelaba asqueada ante aquel espectáculo.

—¡No seas cruel, negra!—gemía José Francisco, apurando su miseria moral—. Mira que tú eres lo único que me va a quedar en la vida, de un momento a otro.

—Pues ya te veo íngrimo y solo, chico. Desde ahora te lo alvierto. Yo no soy como el perro que se devuelve a lambusiá lo que ha vomitao.

Y un día, con acento de infortunio sincero:

—¿Serías capaz, *Juanifacia*, de dejarme tirado por los caminos cuando me suceda lo que vengo presintiendo?

—¿Otra visión? ¡Barajo con el hombrecito y su aguardiente!

—La misma de siempre, pero bajo otra forma: otro José Francisco Ardavín que viene siguiéndome los pasos.

—¿No te habrás equivocao de nombre? ¿No será que Miguel se ha muerto en la cárcel donde tú ayudaste a que lo metieran?

—¡En la cárcel!—exclamó José Francisco, ya delirando—. Miguel murió en la pelea de El Caujaral.

—¡Hum! ¿Qué Caujaral y qué pelea con ésos?

—Allí se trocaron los papeles, *Juanifacia*. El Caujaral fue de José Francisco Ardavín, a quien ya pueden quitárselo todo, que siempre le quedará eso. El iba entre el plomo, dando una carga y al pasar frente a un rancho en medio del campo de batalla, vio que adentro estaba Miguel—¡y que dirigiendo la pelea!—, y le gritó a voz en cuello: "¡Así no se pelea, cobarde!"

—Bueno, chico. Supongamos que to eso haiga sucedío, pero no me formes ese escándalo, porque esto no es El Caujaral. Y acaba de regresá de esa carga, pa que te tomes una taza de café y te vuelvas por donde has venío.

De regreso era la alucinación que ahora lo perseguía. Durante muchas noches de insomnio se había librado en su espíritu aquella batalla donde él eclipsaba el prestigio militar del primo, salvando la angustiosa situación con su carga impetuosa a la cabeza de un pelotón de caballería que rompía y destrozaba las filas enemigas, mientras Miguel, temblando de miedo, lo contemplaba con asombro y luego abandonaba el campo de su ocaso inesperado antes de que él regresase de la carga con la victoria en el anca de su caballo. De allá venía el fantasma temerario, el José Francisco Ardavín del valor pasmoso; pero el camino del retorno era interminable en la ilusión de las dianas triun-

fales que saludaban su paso por la imaginaria llanura de El Caujaral... Avanzaba por momentos, ya estaba cerca, ya iba a confundirse de nuevo con el José Francisco verdadero, como las imágenes desdobladas por la embriaguez que se alejan y vuelven a reunirse; pero la voluntad de ficción lo restituía al punto de partida, al momento inicial de la carga estrepitosa y entre el ir y volver y nunca llegar el fantasma perdía los contactos vitales y a la intemperie del prolongado engaño se iba convirtiendo en sombra muerta.

Pero así como sucede con las imágenes desdobladas por la embriaguez, que se separan una de otra, danzan en el espacio, vuelven a integrarse y a duplicarse sin que ya se pueda determinar cuál es la verdadera y cuál la ilusoria, así le acontecía con su alma en delirio, que por momentos no sabía si la llevaba en su cuerpo o si flotaba en la sombra del fantasma, de donde le ocurrían aquellos presentimientos de que le hablara a la *Juanifacia* de verse *tirado por los caminos,* puro cuerpo errante. Y para aturdirse se entregaba más y más a las borracheras tempestuosas.

Luego, pasadas éstas y sin memoria alguna de tales delirios, pero como si de ellos irradiasen reforzadas energías vitales—invisibles carbones en la oscuridad donde fueron brasas—sobrevenía la euforia de una exagerada noción de sí mismo, y sintiéndose en el apogeo del predominio, eje de la vida política de la región, se dejaba arrullar el sueño de grandeza con las desvergonzadas alabanzas de los aduladores que todavía le quedaban, remunerándoselas con tan desenfrenada liberalidad, que esto solo, a durar mucho, pronto lo arruinaría.

Pero no podía durar mucho tal obnubilamiento eufórico, porque la sustitución política se practicaba a fondo, hasta los cimientos económicos del cacicazgo y hoy una y mañana otra, ya todas las regalías del segundón comenzaban a pasar a las manos que habían *volteado la tortilla,* y, por otra parte los perjudicados por los atropellos de antes encontraban

ahora expedita la vía legal de las reclamaciones y una nube de demandas se cernía ya sobre su peculio.

Sobrevenía el enervamiento rabioso y comenzaban a encenderse otra vez las brasas del delirio, cuyo primer destello, invariablemente, era el recuerdo de Maigualida—personificación de cuanto hubiese podido lograr el José Francisco Ardavín que hubiera sido otro hombre—, el resquemor de su menosprecio, la horrible mezcla del buen amor y de la furia asesina. Allí mismo se ponía en movimiento el ciclo, de giro cada vez más frenético: la batalla de El Caujaral, mixtificación de la cobarde traición inútil que le hizo al primo, la avidez de alcohol, el terror persecutorio y desde la primera copa la obsesión del amor de la *Juanifacia,* el morboso apetito de la humillación ante la criatura más ruin que pudiese menospreciarlo. Luego, la inconsciencia absoluta de la embriaguez bestial, el remanso negro.

DE REGRESO

Se retiraron las lluvias, terminó la explotación del purguo, abandonaron los hombres la selva y regresaron a las ciudades: por El Miamo hacia Upata y Guasipati; por El Dorado y Suasúa hacia Tumeremo.

Se liquidaron las cuentas. Bajaron en silencio la cabeza y se rascaron las greñas piojosas los peones que no traían sino deudas; cobraron sus haberes los que habían sido más laboriosos y prudentes o más afortunados; de allí salieron a gastarlos en horas de parranda y al cabo todos regresaron a sus ranchos encogiendo los hombros y diciéndose que al año siguiente sacarían más goma, ganarían más dinero y no volverían a despilfarrarlo. Pero ya todos, de una manera o de otra, arrastraban la cadena del *avance,* al extremo de la cual estaba trincada la garra del empresario.

Las cuentas de Marcos Vargas fueron claras y copiosas. Nunca se había sacado en el Guarampín tanta goma, ni ja-

más se había dado el caso de que todos los peones trajesen haberes, pues si las deudas esclavizaban al bracero—y ello entraba en los cálculos de la empresa—, siempre eran cifras que el capitalista tenía que arrojar a pérdidas para sanear sus ganancias. Pero ni las rindió con alegría ni así tampoco le fueron recibidas.

Las noticias de su casa que allí había encontrado no eran tranquilizadoras. Cartas de sus hermanas—llegadas días antes al almacén de Vellorini, cuando ya él venía de regreso del Guarampín—decíanle que su madre no andaba bien de salud, algo de corazón, según los médicos que la habían visto. Noticia que le daban advirtiéndole que doña Herminia no quería que se lo participaran, para que no fuera a alarmarse sin necesidad ni motivo. Entre comillas venían estas cuatro últimas palabras en una de las cartas y en ambas sentíase la materna consigna de absoluta reserva en cuanto a los sentimientos que allá hubiera producido el mal suceso que tres meses antes había mancillado un nombre hasta allí sin ejecutorias de violencia y respecto al cual, a su vez, había sido absoluto su silencio. De doña Herminia también recibió otra—que siendo indudablemente la primera que le escribía en aquellos tres meses, empezaba: "Después de mi anterior, que no era para ser contestada..."—extensa, minuciosa en noticias de todo lo ocurrido en Ciudad Bolívar en aquel espacio de tiempo, salpicada de chistes y de malicias para hacerlo reir, sumamente hábil en nada contar de sí misma, ni de su enfermedad, ni de la pena moral que se la causara, ni de su resentimiento por el ingrato silencio que él había querido guardar para con ella, cuando más íntima esperaba la comunicación espiritual. Una carta que rezumaba amargura cuanto en apariencia despreocupada y alegre.

Reconoció que se lo merecía, vio venir lo inevitable y desabridamente pasó a entregar sus cuentas.

Pero en la casa de Vellorini Hermanos ya no era don

José quien las recibía. Aquella tez amarilla y quebrantada, aquel humor gruñón y aquellos sofocos de rabieta que de manera tan singular lo habían caracterizado provenían de su vesícula biliar, que hacía tiempo no funcionaba bien. Para curársela acaso le habría convenido el viaje a Europa, dispuesto por Francisco; pero se había apegado tanto a la tierra adoptiva, que por no abandonarla, ni temporalmente siquiera, se puso hipocondríaco, se le extravió la bilis, cogió cama, se despidió del gato negro de los ojos verdes y se quedó allí para siempre.

Ahora, en la casa de Tumeremo los empleados vivían echándolo de menos, con todo y sus rabietas y esmerándose por hacerle sus cariñosas veces al gato huérfano que por el escritorio desierto paseaba maullando su tristeza. Y los clientes, que ya no tenían a quién acudir para solicitar favores o consideraciones de la firma, al entrar en la tienda echaban una mirada hacia aquel escritorio y si por allí no estaba el gato invariablemente, preguntaban:

—¿Y Pepitín?

Porque era bonísimo Vellorini el malo.

A don Francisco ya se le habían quitado para siempre todas las ganas de chirigotas y fue él quien recibió las cuentas de Marcos Vargas, al cabo de las cuales díjole:

—¡Bueno, muchacho! Te has portado como era de esperarse. La bondad tiene ojos sabios y mi excelente hermano no podía equivocarse respecto a ti. Todo ha resultado como él lo previó y he de decirte que ya para morir te me recomendó muy especialmente. Y con eso te digo todo.

Pero Francisco Vellorini no era un sentimental: el dinero no suele quererlos y él siempre había hecho buenas migas con el dinero. Su amor al hermano fue extremoso, la falta que ahora le hacía sería irreparable, no sólo al frente de la casa de Tumeremo sino junto a su corazón, y a su memoria siempre le rendiría culto; pero de todas las recomendaciones que le hubiera hecho no podía hacer caso, por-

que él no confundía los sentimientos con los intereses o las conveniencias, ni mucho menos subordinaba éstas a aquéllos. José había llegado hasta decirle:

—Marcos Vargas es un mozo de buenas condiciones. Será un excelente marido para tu muchachita.

Pero aquí ya Francisco no opinaba que la bondad tuviese ojos sabios. De una manera general, para sus hijas no quería maridos criollos. Las dos mayores ya habían elegido sus futuros allá en Francia, y allá también debía elegir la Bordona. Y, por otra parte, sin regatearle méritos a Marcos Vargas, siempre éste era ya un hombre que tenía una mancha de homicidio y él deseaba para Aracelis un marido de historia limpia.

Y en seguida pasó a poner las cosas en sus respectivos sitios: los sentimientos aparte de las conveniencias. El decía por encima de ellas y la cosa resultaba de todos modos.

—Bien—díjole a Marcos—. Has ganado buen dinero y yo lo celebro infinito, porque con él vas a llevarle alegría a tu madre, bienestar muy merecido. Te advierto que estás ya relevado del compromiso con la viuda del compadre Ladera por el valor de los carros, pues de acuerdo con ella incorporé esa cantidad en el monto de la reclamación que por ante los tribunales competentes he entablado contra José Francisco Ardavín, por el valor de los carros destruídos, de las bestias muertas o robadas y de las mercancías saqueadas. La demanda prospera y Ardavín tendrá que pagar.

—Pues ha procedido usted mal al incorporar lo mío a lo suyo.

—¡Aguarda, aguarda! Ya sé por dónde vienes. La demanda no ha sido por daños solamente, sino también por perjuicios. Y de ahí habrá una buena tajada para ti.

—No se trata de eso, don Francisco—reiteró Marcos—, sino de que lo mío he de cobrarlo yo a la medida de mi

gusto. Por otra parte, no me explico cómo haya podido usted entablar una demanda por cosa que no le pertenece.

—Voy a explicártelo. Como tú no habías cumplido el compromiso de pago y por lo tanto realmente no eran todavía tuyos los carros, y con el buen deseo, tanto mío como de la viuda de Ladera, de sacarte un provecho mayor que el que tú habrías podido lograr por tu propia cuenta, ya que yo pesaba un poquito más que tú en la balanza de las influencias políticas, convinimos María y yo, de acuerdo con nuestro abogado, en que fuera ella, representándola yo en mi carácter de apoderado, quien entablara la demanda, contando desde luego con que tú no te opondrías.

—Pues ya ve que sí me opondré. No por la cuantía de los perjuicios que ustedes hayan estipulado sin consultarme, sino...

—Sí, sí—atajó Vellorini—. Ya comprendo. Mejor dicho: no lo comprendo, pues ya no es José Francisco Ardavín persona con quien valga la pena medirse de quién a quién. Pero, ¡en fin! Ya habrá tiempo para seguir ventilando este asunto. Desde luego aplaudo tu determinación de asumir la responsabilidad que te incumbe respecto al compromiso contraído por la compra de esos carros. Negocios son negocios, y para el hombre de honor la palabra empeñada es sagrada. Y por juzgarlo así y ya que de negocios estamos tratando, tengo algo que proponerte y que espero sea de tu agrado, pues de tu conveniencia no dudo que lo será.

Diciendo esto—mientras Marcos se había quedado pensando en que realmente ya no tenían razón de ser escrúpulos de hombría respecto a Ardavín—, Francisco Vellorini pisaba ya el terreno donde debían quedar los sentimientos aparte de las conveniencias. Y así prosiguió:

—No es necesario que te diga que la muerte de José ha sido para mí una verdadera catástrofe, tanto en lo moral como en lo material, pues él era el alma de este negocio. Pero hay que continuar la vida, reponiendo las filas des-

trozadas para seguir dando la batalla. La mujer y las hijitas me aconsejan que liquide la firma, me retire de los negocios y nos vayamos a Europa a disfrutar de lo que, a Dios gracias, tenemos. Quisiera complacerlas, pero al mismo tiempo deseo batallar un poco más. Tal vez cierre esta casa y me quede solamente con la Upata, dejando aquí una oficina al frente del negocio del purguo y de las minitas de oro que tengo por ahí y para eso necesito una persona de toda mi confianza. No me faltan, a la verdad, pues entre los parientes de mi mujer, todos muy honrados y muy competentes, podría elegir a ojos cerrados; pero ya que he tenido la desgracia de perder a mi hermano no quiero hacer negocios de ningún género con nadie a quien me unan, o puedan unirme en lo futuro, nexos de familia.

Dijo esto último recalcando las palabras, hizo una breve pausa y luego continuó:

—Y como tú puedes aceptar esta cláusula, primera y principalísima de nuestro contrato mercantil, y eres además la persona idónea y honrada que necesito, siendo muy ventajoso el negocio que voy a proponerte...

—No continúe, don Francisco—atajó Marcos, poniéndose de pie—. Se ha equivocado usted de medio a medio conmigo y lo peor es que ya van dos veces que incurre en esa torpeza. Su fortuna puede ser muy grande y bien habida toda ella, si hasta allá se quiere llegar; pero no le alcanzará para comprar a Marcos Vargas.

—¡Hombre!—exclamó Vellorini, comprendiendo ya que la combinación no se le daría, pero pensando en que el resultado final correspondería a sus deseos—. ¿En qué he podido ofenderte?

—No pregunte lo que ya sabe—repúsole Marcos, quien, en comenzando, ya no se detenía—. Usted será zorro viejo, pero para engatusarme a mí tiene que aprender algo todavía. Guárdese ese ventajoso negocio que quiere proponerme,

con cláusula y todo. ¡Y guárdese también de atravesárseme en el camino!

—¡Vamos! ¡Vamos! Continúo sin entender palabra —fingió don Francisco.

—Es muy posible, porque generalmente los hombres que hacen dinero no son los más inteligentes. Pero vamos a ver si me explico mejor: podría ser que a mí no me interesara su hija tanto como usted se imagina; esto no puede comprenderlo fácilmente un hombre de negocios; pero si usted se me atraviesa en el camino, ya sería caso de un hombre contra otro, y la cosa variaría de especie. ¿Que le queda a usted el recurso de llevarse de por aquí a la muchacha, como ya lo pensó otra vez?

—¡Hombre! Tanto entonces como ahora, más que recurso lo que tengo es el derecho.

—Llámelo como quiera. Pero es que de entonces acá ha llovido mucho, *musiú* Vellorini, y donde antes no nacía hierba ahora crece monte tupido. ¡Y ya debe de saber usted cómo hay que rehenderlo!

—¡Vamos! Ya es demasiado, Marcos. ¿Vas a cazar la pelea con un viejo como yo?

—¡También es verdad! Acabe de entregarme lo que me corresponde, para cortar de una vez esta conversación.

Y de ella sacó Francisco Vellorini estas reflexiones que quedó haciéndose: que Marcos Vargas podría no estar realmente enamorado de Aracelis; que de todos modos convenía apresurar el proyecto de abandonar el país, pero que entre tanto lo prudente sería no atizar más aquella fogarada de hombría que acababa de presenciar. El Marcos Vargas que había regresado de Guarampín ya no era el de antes.

EL DERRUMBAMIENTO

La sastrería que con dinero prestado por José Vellorini había puesto Arteaguita se denominaba *La Tijera de Oro* y bajo esta designación, de una vulgaridad inconcebible en sastre ingenioso, leíase, en la muestra sobre la puerta, esta advertencia singular:

"Se garantiza que el sastre no se come el trazo."

Pero ¿con esto qué habría querido decir Arteaguita? ¿Que su tijera no se salía de la línea trazada en el diseño del corte? Esto era lo que entendía el vulgo y ya parecía chistoso... Pero ¡no! O por lo menos, no solamente eso quería decir la leyenda. El trazo a que se refería Arteaguita no era el del jabón de sastre sobre la tela, sino la línea inflexible del Destino—de su destino de sastre—, de la cual había intentado salirse en busca de fortuna rápida por los rumbos de la aventura... No llegó a lograrlo, no se atrevió a dar el primer paso, tuvo miedo, o mejor dicho: no lo abandonó el que siempre había tenido, y en la advertencia que pasaba por chistosa estaba sintetizado el drama interior de Arteaguita.

Pero le atrajo clientela y allí estaba, ganándose la vida y hasta haciendo ahorros para casarse, porque se había enamorado de una muchacha de Tumeremo que no era mal parecida. Ahora, con el regreso de los rotos y descosidos, semidesnudos purgüeros, no se daría abasto para el trabajo que le caería.

Y para que Marcos Vargas le refiriese cómo era aquello que él no se había decidido a experimentar por sí propio.

Pero lo que Marcos Vargas traía de la selva no era para narrado. Sus experiencias de allá se habían fundido todas en la emoción de la tormenta, la más intensa y plena emoción de sí mismo que jamás había sentido y esto ni cabía

en la memoria ni podía serle comunicado a otro. Por otra parte, contar, allí en el pueblo y sobre todo en presencia de un sastre, que se había desnudado para mezclarse con los elementos, uno más entre los que compusieron la maravillosa armonía de la tempestad, habría sido exponerse al ridículo. Arteaguita no hubiera podido reprimir el pensamiento que le habría sugerido su conveniencia profesional: un traje más por hacer—y era posible que hubiese interrumpido el relato para proponerle que se dejase tomar las medidas... De todos modos, de aquello no había que hablar; él mismo no estaba muy seguro de cuanto allí sucedió. Sabía, solamente, que allí había recibido su vida un impulso que lo desplazaba de su trayectoria. ¿Hacia cuáles otras?... Conservaba la impresión de haberlo sabido en aquel momento; pero ahora le era imposible reproducir aquel estado de intuición profunda y certera. Todo lo más, dábase cuenta de que ahora menos que nunca le servirían las medidas de los demás, ni ya tampoco las antiguas propias... Y esta reiterada ocurrencia de medidas le venía de un poco de fiebre y de que Arteaguita se le había plantado por delante con la cinta métrica al cuello, al sacerdotal uso de la estola.

—Sí—convino Arteaguita—. En los ojos se te ve que tienes fiebre. Pero ¿qué estás diciendo de irte a la posada? Aquí en casa estarás más cómodo o, por lo menos, más tranquilo y ya te he preparado una habitación. Tengo además una cocinera que no es del todo mala y ya las gallinas están cacareando dentro de la olla. Espero que no me las despreciarás.

Sonrió a lo que de chistoso tuvieran las palabras de Arteaguita y aceptó el hospedaje que le brindara, más apacible y seguramente más confortable que el de la posada donde se alojaba la plana mayor de la tropa purgüera, gente cuya conversación ya no le interesaba y cuyo trato quería evitar. Al amanecer del día siguiente saldría para Ciudad Bolívar y necesitaba descansar sin ser molestado. Se metió en el

chinchorro que le tenía destinado Arteaguita y así que éste lo dejó solo púsose a releer la carta de la madre, después de lo cual se quedó con la vista fija en una de las vigas del techo, con esa atonía mental con que se esperan los acontecimientos decisivos que ya han echado a andar.

Y ésta fue, precisamente, la hora que eligió José Ardavín para salir al encuentro de lo que a él le estaba destinado.

Salió de *Yagrumalito* donde ya había recibido las cuentas, bastante menoscabadas, de su empresa balatera del Cuyubini y llegó a Tumeremo ya entrada la noche, cuando estaba en su apogeo el regocijo alcohólico del regreso de los purgüeros. Mandó descorchar champaña para él y sus acompañantes, y poco después ya se le había desatado la borrachera tempestuosa.

Pero esta vez era de mar de fondo la tormenta. No las habituales baladronadas aparatosas, que por lo demás ya a nadie inquietaban, sino una verbosidad reveladora de profunda excitación cerebral, sin las acostumbradas chocarrerías al gusto plebeyo, antes por lo contrario con cierta distinción y hasta elegancia de pensamiento y de expresión que no se le conocían y que a él mismo parecían producirle sorpresas de hallazgos espirituales insospechados. Por momentos se destemplaba, alzaba demasiado la voz, se le escapaban incoherencias o se estremecía sacudido por repeluznos involuntarios, pero en seguida lograba recuperarse, aunque mediante un esfuerzo anímico que se le hacía visible en la contracción de los músculos faciales y en la palidez que le relampagueaba en el rostro, y luego volvía a la conversación animada y fina. Sin embargo, sus compañeros extrañados cruzaban entre sí miradas de inquietud, pues aquella agradable espiritualidad hacía pensar en esa misteriosa llamarada de lucidez que, irrumpiendo de pronto del coma agónico, precede y anuncia el apagamiento definitivo de la muerte.

Y esta impresión fue corroborada por la que le produ-

jeron las palabras con que Ardavín, poniéndose de pie a lo más espiritual de su charla, se despidió de ellos:

—Bueno, compañeros. Les agradezco infinitamente que hayan estado conmigo en estos momentos. No les digo que se los agradeceré siempre, porque esta palabra, dicha por mí, quizá no tenga ya sentido alguno. Yo me despido de ustedes. No me pregunten para dónde. ¿Volveré? ¿No volveré? ¿Regresaré sin volver, propiamente? ¡No lo sé! Lo cierto es que me separo deliberadamente de ustedes, pidiéndoles palabra de que no se me acercarán, véanme donde me vean y como me vean. ¿Prometido?

No se atrevieron a decirle que no le conocían aquella forma de borrachera. En José Francisco Ardavín había en aquel momento algo que inspiraba respeto; pero respondieron, con reservas mentales de *seguirle la corriente:*

—Prometido.

Por lo demás, a ninguno de sus amigos le interesaba ya continuar acompañándolo.

Se separó de ellos. Atravesó la plaza. Caminaba erguido y con paso firme. Después dijeron algunos que lo habían visto llevarse el pañuelo a los ojos, pero que entonces esto no les llamó la atención. Nadie estuvo junto con José Francisco Ardavín en la hora viva de su alma, ya al borde de su abismo final.

Había cine aquella noche y allí volvieron a verlo sus compañeros de hacía poco; pero no se le reunieron. Sabían que había continuado bebiendo a solas, mas no se le descubría que estuviese borracho. Estaba solo en medio de la concurrencia.

Comenzó la función. Era al aire libre, en un corral. Pasaban una película de serie, de esas del triángulo consabido: el bueno, el malo y la víctima, que naturalmente era una muchacha, amada por el primero y deseada por el segundo. El malo acababa de cometer una de las suyas y se retiraba

satisfecho e impune... Pero José Francisco Ardavín sacó el revólver y lo acribilló a balazos en la pantalla.

Se produjo la alarma; otros revólveres salieron de las cananas a las manos previsoras, se interrumpió el espectáculo y dos policías acudieron a sacar al causante del alboroto. Pero él les dijo, serenamente:

—No se preocupen. Ya me voy. Ya le di su merecido a ese bandido.

—Está borracho—comentaron unos.

Y esto era lo que tenían que pensar todos. Nadie podía imaginarse un rapto de indignación justiciera en el alma de José Francisco Ardavín.

Había ido a Tumeremo con el único y firme propósito de desafiar a Marcos Vargas, de medirse con él cara a cara. Marcos Vargas había llevado a cabo lo que él no se atrevió a intentar: la muerte de Cholo Parima. Debido a esto se había librado del peligro que corría por su complicidad en el asesinato de Manuel Ladera; pero no podía agradecerle a Marcos Vargas que hubiera silenciado la voz que habría podido acusarlo, pues al proceder así demostró un valor de Hombre Macho que a él le faltó por completo y en ocasión más propicia. En el fondo de sus tempestuosos sentimientos no lo odiaba, antes por lo contrario había allí un vehemente impulso hacia la simpatía e incluso tuvo momentos de generosa admiración; pero Marcos Vargas era una medida de plenitud humana—tal como la entendía y podía entenderla un José Francisco Ardavín—, y él necesitaba emparejársele superando de una vez por todas y de manera positiva la miseria moral de su cobardía. Ya no lo defendía el aparato de bravura a la sombra del prestigio político y ahora era imprescindible que se demostrase a sí mismo que era un valiente.

Pero Marcos Vargas no apareció por donde esperaba encontrárselo, no se dejó ver—díjose Ardavín—, y ya esto fue suficiente para que el espíritu de mixtificación acabara

de apoderarse de él: Marcos Vargas le temía y por eso se ocultaba.

Iría a sacarlo de donde se hubiera escondido. La Policía le había quitado el revólver, pero ya se había procurado otro, de uno de los peones purgüeros con quienes acabó de emborracharse en aquella misma taberna donde cayó Cholo Parima.

La casa donde tenía Arteaguita su tienda y su habitación—ya le habían dicho que allí estaba Marcos Vargas—tenía un corral que daba a campo abierto, apenas cercado por palizadas, que era fácil transponer y por un boquete de ellas, al abrigo de la oscuridad, ya pasada la medianoche, penetró José Francisco Ardavín.

Revólver empuñado en la diestra, el índice en el gatillo y con una linterna sorda en la otra mano, dispuesto a encenderla cuando fuere menester, atravesó el corral y llegó hasta el comedor de la casa, a todo lo ancho de ésta, frente al patio. Su corazón palpitaba aceleradamente, pero su voluntad se mantenía firme en el propósito. Respecto a éste, no sabía ya si era el de asesinar a Marcos Vargas, sorprendiéndolo dormido, o el de despertarlo y desafiarlo, hombre a hombre. Daba por sabido que era esto último lo que iba a hacer y avanzaba sintiéndose asistido de todo el valor necesario.

La casa estaba sumida en silencio absoluto. En el patio brillaba el tranquilo fulgor mortecino de la luna menguada... Pero sobre la mesa del comedor había una pimpina, llena de agua fresca seguramente.

Al verla sintió que llevaba sed. Detúvose a aplacarla y satisfecha esta necesidad se le hizo consciente otra, no menos imperiosa: sintió que iba cansado, que ya no podía tenerse en pie. Se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa, puso sobre ésta el revólver y la linterna, lanzó un resuello de alivio y ya abandonado al apremio de las sen-

saciones físicas apoyó los brazos sobre la mesa y sobre ellos reclinó la cabeza atormentada de borrachera y de sueño.

De pronto despertó sobresaltado por el ruido de una manotada sobre la mesa. Era Marcos Vargas, que ni siquiera había creído prudente apoderarse de su revólver.

Pero al despertar ya no le acompañaba el valor que lo había llevado hasta allí, se le había derrumbado del todo y de golpe en el abismo de la cobardía irremediable. Saltó del asiento y se dio a la fuga definitiva. La pimpina vacía y mal colocada rodó por la mesa y se estrelló a los pies de Marcos Vargas.

Al día siguiente lo encontraron vagando por los campos cercanos a Tumeremo, desgarrada la ropa por las breñas a través de las cuales había emprendido la fuga, tropezando y cayendo al tumbo de la borrachera, vacilante el paso bajo la obsesión persecutoria, caída la mandíbula, babeante la boca, mustia de demencia la mirada...

Ya se había realizado aquel presentimiento de que le hablara a la *Juanifacia.*

XVI

MITOLOGÍA GRIEGA Y SOLUCIÓN LÓGICA

Por aquellos días le ocurrió a Childerico algo sumamente grave que estuvo a punto de dar al traste con la seriedad mercantil de *Los Argonautas* y aun con su propio equilibrio mental: uno de esos exasperantes fenómenos de obnubilación de la memoria que ponen realmente de cabeza al hombre mejor plantado.

Quizá no podría decirse que Childerico fuera hombre de muchas lecturas. *Los Argonautas* exigían una atención constante y minuciosa, debido al cúmulo de cosas heterogéneas con que habían emprendido la expedición comercial a la

conquista del vellocino de oro y Childerico tenía que verse y desearse para calcular los precios de tanta variedad y menudencia y para atender a la numerosa clientela que por ella iba y quería recibirla de sus propias manos; de donde ya era gracia que hubiera podido leerse los veinte o treinta volúmenes que componían su biblioteca, en la mitad de un mueble cuya otra era escritorio dedicado a los menesteres de la firma. Pero lo que sí podría afirmarse era que Childerico se conocía a fondo y en extenso la mitología griega.

Sin embargo le aconteció el fenómeno. El sabía que en la mitología griega estaba simbolizado todo cuanto puede ocurrir en la vida de una persona o de una colectividad; pero esta vez no acertó con el mito que simbolizara el caso real y recién sucedido. Lo tenía en la punta de la lengua y para obligarlo a salir de allí se daba en los dientes con la uña del pulgar derecho y luego en la frente con toda la palma de la mano. Pero ni llamado por allá ni empujado por aquí asomaba el personaje cuyo nombre buscaba. Era un caso típico de taponamiento de la memoria y sin embargo el procedimiento de los golpes en la frente no surtía efecto alguno. Y entre tanto, Childerico daba una gubia cuando le pedían un tornillo y cobraba tres por lo que valía cinco o viceversa, con todo lo cual se perjudicaba, por lo menos, la seriedad de la firma.

No dejó de ocurrírsele que un diccionario enciclopédico —siquiera como el que tenía Gabriel Ureña, y él se lo había visto—podría sacarlo del atolladero; pero, precisamente, era Ureña quien menos debía enterarse de los trabajos que le costara...

—¡Ah!—exclamó, golpeándose otra vez la frente, pero ahora de otro modo—. ¿Trabajos he dicho? ¡Los trabajos de Hércules! Ahí debe de estar la cosa.

Abandonó la tienda y por la trastienda pasó al jardín, de ambiente más propicio a la memoriosa labor y a media voz comenzó a enumerar los famosos trabajos del héroe:

—Ahogó el león de Nemea, mató la hidra de Lerna..., libró a Hesione del monstruo que iba a devorarla. ¡Aquí está! ¡Hesione!

Pero en seguida rectificó:

—¡No! ¿Hesione?... No suena bien en este caso. Debe ser un nombre más dulce, más femenino... Además, no se trata propiamente de un monstruo que fuera a devorarla, sino de algo así como un dragón que la tuviera cautiva, secuestrada para el amor, custodiándola... ¡Ah! ¡Argos! Pero, ¡hombre! ¿Cómo es posible que no se me haya ocurrido desde el primer momento? ¡Por Argos debe de andar la cosa! A Argos, que tenía cien ojos, le encargó Juno la custodia de Io, a quien había convertido en... ¡No! Tampoco. ¡No, no! Una vaca no es un símbolo apropiado para Maigualida... ¡Hesione! ¡Hesione! No hay más remedio. Y bien visto, no está mal. Marcos Vargas, el hombre fuerte y valeroso; Hércules, el monstruo que iba a devorarle: Ardavín o la soltería forzosa. ¡Ya está!

Y se dirigió a la oficina de telégrafos a decirle a Gabriel Ureña:

—¿Qué le parece la noticia? Hércules ha librado una vez más a Hesione.

Gabriel Ureña se quedó viéndolo un rato, luego comprendió y soltó la risa.

*

Ya ni siquiera de tiempo en tiempo escuchaba pasar sobre su corazón aquel ardiente mensaje de la voz que clamaba en el desierto; la monótona vida del pueblo le estaba embotando el espíritu. Desempeñaba su cargo, leía un poco, se divertía otro tanto oyendo a Childerico repetir aquello de que él tenía su corcel y algún día lo jinetearía, se entretenía unos ratos en la tertulia de la gente formal que por las tardes iba a darle conversación acerca de los males de Guayana, y por las noches de domingos iba a visitar a las

Laderas. Y era ésta su escapada semanal de la dura realidad circundante a los predios de la ilusión, ya coronando la cuesta de los treinta años.

Por allí cerca iba también Maigualida, en ascensión de hermosura, de domingo en domingo; pero al mismo tiempo con el drama que involucra toda humana culminación, junto a la cual empieza—y a veces pronto—el descenso inevitable. Más brillantes cada vez los cálidos ojos negros, más viva la tersa piel trigueña, a punto ya de perfección la línea del rostro donde los años venían estilizando el interesante rasgo indio que hacía adecuado su nombre sugestivo, coronada casi en todo su cuerpo armonioso la obra con que la voluntad de la especie decora las moradas de su perpetuación. Gabriel Ureña la contemplaba deslumbrado, pero al mismo tiempo temeroso de que aquella noche misma alcanzara su cenit y cuando tornara a verla la encontrase ya declinando.

Era también para ella su escapada a los predios de la ilusión, pues durante aquellas visitas eran novios. No se cruzaban palabras que no pudieran ser las mismas que él les dirigiese a las hermanas o a las amigas de ella que allí se encontraran o ella a otros visitantes; no se cambiaban miradas en silencio, jamás tomaban asiento juntos, bien cumplida en todo la promesa de la noche del octavo día del duelo; pero, sin embargo ambos sabían que eran novios y con esto les bastaba.

Al despedirse se hacían un tácito cambio mutuo para el resto de la semana: ella se iba en el pensamiento de él y él se quedaba en el de ella. Al verse de nuevo se recuperaba cada cual y eran dos personas hablando de cosas triviales o graves, pero siempre extrañas a ellos. Mas ambos sabían que tras las palabras objetivas se estaban rindiendo mutuas cuentas del uso que cada uno hubiera hecho del cambio del domingo anterior. Y esto sin romanticismos, sin delicuescencias sentimentales.

Por tiempos conturbábala el tumulto vital de la rebelión de la mujer condenada por un juramento homicida a la privación del amor, reclamando ya todo el goce de las últimas horas propicias y la voz apremiante de la madre frustrada clamaba sobre el yermo de su esterilidad. Y hubo domingos en que para la visita de Ureña fue decidido el aderezo de la hermosura que hiciera vacilar la promesa.

Pero una vez, como los dejaran solos, al cabo de un silencio repentino ella le preguntó:

—¿Es cierto que has pedido tu reemplazo?

—¿Cómo lo sabes?—repuso Ureña.

—Como se sabe todo en este pueblo. Lo verdadero y lo falso, lo que uno dice y lo que no ha pensado decir.

—Esta vez es cierto. Apenas ayer tarde lo he pedido.

Una breve pausa y otra vez ella:

—Haces bien, Gabriel. La vida de este pueblo, para un hombre de tus condiciones, es intolerable. Demasiado has soportado.

—La vida es cualquier cosa cuando se adopta ante ella la actitud que yo he adoptado. Lograr o soñar, lo mismo da.

Pero antes de que llegara el reemplazo llegó la noticia de que a José Francisco Ardavín lo habían encontrado demente vagando por los caminos. Y como esto se comentó en casa de las Laderas estando presente Ureña, después de lo cual volvieron a dejarlos solos, hubo otra vez un silencio y luego esta pregunta de Gabriel:

—¿Tiene ya alguna razón de ser cierta promesa?

—Ninguna—respondió ella sonriendo—. Pero como está en pie cierta petición de reemplazo...

—¡Es verdad! Que a lo mejor resulta destitución nada más.

Pero detrás de la puerta de la antesala—aquello sucedía en el corredor—estaba la señora Ladera escuchando y de allí salió sin disimulo con la oportunidad de su sentido material y práctico:

—Dejémonos de escrúpulos, Gabriel, que no tienen razón de ser entre personas que se estiman mutuamente. Ya he oído y comprendido y ahora pido yo la palabra. Tu entrada en la familia sería la salvación para nosotros. No repares en diferencias de fortuna, piensa más bien en que la nuestra desaparecerá pronto, dejándonos en la calle, si un hombre de tus condiciones no le hace frente a su administración. Ya sabes que Francisco Vellorini piensa abandonar pronto el país para radicarse en Francia y que ya me ha dicho que vaya pensando en la persona que deba reemplazarlo en la administración de nuestros bienes. De aquí a cuando Manuelito esté en edad de encargarse de ella quién sabe cuánto se habrá ido quedando en manos extrañas, poco escrupulosas o poco competentes. ¿Que eres pobre? ¿Que tal vez te quedes pronto sin empleo? Pero si nos salvas de la miseria que se nos puede venir encima por falta de un hombre interesado en conservarnos lo que nos ha dejado Manuel, ¿qué más necesitas ofrecerle a Maigualida? ¿Escrúpulos de amor propio? Ya nos conoces bien y sabes cuánto te estimamos y te queremos.

Calló la razonable señora Ladera, se prolongó un rato el silencio, cabizbajos los novios, se buscaron luego los ojos con simultáneo movimiento, sonrió Maigualita azorada y Gabriel soltó la risa, como cada vez que se encontraba, a lo más cálido de su atmósfera espiritual, con la lógica fría de la vida.

Y fue así como unos amores que nacieron románticos, allá bajo el hechizo de las palabras mágicas, y que a no pasar de platónicos ya se habían resignado, sin conocer el ahogo del vuelco del alma en la declaración amorosa adquirieron existencia positiva.

Los cien ojos, todos abiertos, del Argos de Upata, presenciaron la escena y por las mil bocas cundió la noticia de la boda próxima. Childerico no dijo a qué personaje correspondía Gabriel Ureña, enfocado desde la mitología

griega; pero sí tuvo que reconocer, con cierta tristeza, que para él no había sido el beneficio de aquel trabajo de Hércules.

REMANSOS Y TORRENTES

En *Tupuquén*, ribera del Caroní, fue la luna de miel. En el rústico caserón pavimentado de antiguos ladrillos fraileros, con sobrado de cañas y barro bajo el fresco techo de palma carata, rodeado de corredores hacia el campo de huerta y arboleda y desde uno de los cuales se dominaba un sugestivo panorama del hermoso río de los diamantes.

La vida tendida hacia el porvenir, paz de alma y trabajo generoso. El despertar madrugador, el canto de los patarucos, guaruras bajo el lucero del alba; la camaza de leche espumosa al pie de la vaca de los dulces mugidos, el trino primero en el copo del mango donde durmió el turupial; el diario recuento de las gallinas mientras picaban el maíz, para saber si durante la noche algún rabipelado visitó el gallinero a la intemperie del guásimo; la risa que a Maigualida le causaban los pavos sensuales con los estampidos de sus esponjamientos y el gusto que hallaba Gabriel en su iniciación campesina, cuando ya no se equivocaba al decir que este gallo era canagüe y el otro talisayo. Y el sol tierno y el aire generoso y el buen amar, sin éxtasis delicuescentes, con la dulce gravedad de la dicha bien gozada.

Luego Gabriel montaba a caballo para recorrer los potreros de la finca o llegábase hasta *La Hondonada* a dirigir el trabajo que allí requiriese el ganado, aprendiendo cuanto era menester para el cabal conocimiento del mundo campesino donde por primera vez se movía y volviendo a experimentar algo de la antigua emoción de las palabras mágicas cuando los peones le revelaban el secreto de las

cosas, expresándose con el lenguaje vivo y sugerente del hombre en contacto con la Naturaleza.

Allí era también el ejercicio saludable que le endurecía los músculos lacios del sedentario, el buen sudar, la carrera a caballo en la maniobra del sabaneo para recoger el ganado que hubiera que encerrar en los corrales, el estímulo del apetito que completaría la sabrosa sazón de la comida sencilla, junto al manjar risueño de la compañera amorosa.

El paseo vespertino, sosegado, por la ribera del Caroní. Ancha playa de limpias arenas, rocas negras de caprichosas formas labradas por la constancia del agua, semejantes a mineral de hierro; vegetación de carutos y guayabos rebalseros, palotudos, con las raíces al aire, negros también los troncos; colinas distantes hacia la margen izquierda, de líneas reposadas bajo la serenidad de la tarde; un picacho lejano coronado de riscos desnudos y lívidos, cejas de nubes plomizas, brasas de arreboles o claros lampos en barras y aquel prodigioso color del río, azul profundo, morado vibrante y a veces negro intenso. Una pareja de guacamayos escarlata nunca faltaba para romper la armonía de los colores adustos y con sus ásperos rajeos al vuelo la dulzura del vesperal silencio. Y la callada vuelta, bajo las primeras estrellas, madura el alma de ensueño realizado.

Luego llegó Aracelis con la alegría chispeante y el hablar tumultuoso.

—Vengo a pasarme unos días con ustedes. No me han invitado pero aquí estoy. Por mí no se preocupen, porque pueden seguir besándose y amurruñándose como si estuvieran solos. En cuanto supe que una familia de Upata venía para Ciudad Bolívar arriné viaje para acá. Pero no se imaginan el trabajo que me costó arrancarle el permiso a Papaíto. El sigue pensando en el viaje a Francia, nadie se lo quita de la cabeza, pero lo que es a mí no me arrea por delante como a la pazguata de mamaíta, que no quiere

ir y, sin embargo, no protesta. No sé qué voy a hacer, pero yo encontraré el modo de salirme con las mías. Aunque ese novio mío del chorizo no merece que me apure tanto por él. ¿No te conté que apenas me dijo tres o cuatro palabras cuando pasó por Upata? ¡Mentira! La enfermedad de su mamá lo traía muy preocupado y con ganas de acabar de llegar a Ciudad Bolívar. ¡Pobrecito! Si se tarda unos días no la encuentra. En paz descanse misia Herminia. ¡Tan buena que era! Yo apenas la conocí, pero me gustó mucho la viejita, con aquella carita tan triste y tan simpática. Ya se le veía que estaba enferma del corazón. Pero no duró nada, chica. Seis meses hace del acontecimiento y ya está bajo tierra hace quince días. ¡Pobrecito Marcos! ¿Verdad? ¡Lo que habrá sufrido, él que quería tanto a su viejita! Papaíto dice que el acontecimiento le violentó la enfermedad; pero yo le adivino la intención: quiere que yo me desprenda de Marcos. Y en eso sí que pierde su tiempo. ¡Más que nunca estoy enamorada de él! Sea lo que sea, lo quiero, lo quiero. Pero ¿quién ha dicho que porque haya tenido una desgracia va a ser malo? Como dice el refrán: "¿porque una vez mató una vieja, lo llaman mataviejas?"

Y Maigualida no pudo menos que exclamar:

—¡Mujer! No mezcles lo trágico con lo grotesco.

Días después llegó Marcos Vargas. Traía en el rostro las señales de un espíritu trabajado a fondo por las fuerzas brutales de la vida; la sombra del sufrimiento y el estrago del gesto con que se ha asumido la actitud definitiva ante la fatalidad.

Junto a la madre moribunda su corazón agotó la capacidad de ternura, sobre aquella frente dejaron sus manos toda la delicadeza que tuvieran para la caricia y si de algún modo aún existía acento amoroso de su palabra era resonando dentro de aquellos oídos en el sepulcral silencio, como el rumor marino en el caracol que enfurecido oleaje

arrojó a la playa. Cuando ya la vio inerte y fue necesario amortajarla, la levantó en sus brazos para que las hermanas le hicieran el último lecho—como tantas veces la había cargado feliz y contenta de su hijo cariñoso—y todavía sus brazos no habían olvidado la sensación tremenda, ni nunca más llevarían sobre sí carga viviente que no la sintieran muerta. Luego, ante la fosa sellada, encogió los hombros e hizo el gesto con que le decía al Destino:

—¡Bueno! Ya me tienes solo. ¿No era esto lo que querías?

Ahora, en presencia de Aracelis ya no sonreía contemplando aquel rostro donde chisporroteaban las fuerzas jubilosas de la vida, no veía la belleza admirable, ni la juventud esperanzada, ni la cálida promesa de amor, sino para que todo esto le atizase la fogarada de hombría con que amenazó a Francisco Vellorini si intentaba atravesársele en el camino. De violencia rampante ya sólo podía ser el suyo porque la mano se le había aridecido en garra para tomar el don de la vida y así repuso a las amorosas demostraciones de Aracelis:

—Menos palabras, Bordona, y de una vez por todas: ¿estás dispuesta a irte conmigo?

—¿Para dónde, chico?—preguntó ella, con sentimientos confusos agolpados en el espíritu.

—Para el Cuyuni, para Rionegro. ¡Para donde yo quiera llevarte!

—¡Hasta el fin del mundo!—prorrumpió la porción aventurera de su alma—. ¡Qué delicia! ¡Tú y yo solitos en una piragua, por esos ríos, por esas selvas! ¡Y con las ganas que tengo de conocer todo eso!

—Pues bien. No hay que hablar más. Esta noche misma te vas conmigo.

—¡Ah!... Pero... ¿Sin casarnos, Marcos?

—¡Ríete de eso! Te vas conmigo como se van las mujeres con los hombres que les gustan.

Pero ya ni sonreir podía Aracelis; el zarpazo le había desgarrado la porción fina del alma.

—¡Marcos!—exclamó, doloridamente—. ¡Yo creí que tú me querías de otro modo!

—Pues ya sabes a qué atenerte y eso vas ganando de una vez sin haber perdido nada todavía.

Y ella, sonrojándose ahora:

—Nunca pensé que me confundieras con una mujercita del pueblo.

—Te equivocas. Si fueras una de esas mujercitas, como despectivamente las llamas, quizá te propondría matrimonio; pero eres la flor de Upata, la hija preferida del orgulloso Francisco Vellorini.

—¿Y él, qué mal te ha hecho?

—A mí ninguno, realmente. Pero como él tampoco me quiere para marido tuyo, él se la ha buscado y ya se la está encontrando. Esta noche, al primer menudeo del gallo, estaré esperándote aquí fuera.

Y con esto se separó de su lado.

Entre tanto Maigualida, que por allí estaba y ya empezaba a tejer pequeñas cosas, se complacía en pensar, agradecidamente, que a él le debía su dicha serena, pues fue contra aquel muro de fortaleza donde se estrellaron las fuerzas brutales desencadenadas en torno de ella.

UNAS PALABRAS DE UREÑA

Atardecía. Iban por la ribera del Caroní, dejando sus huellas en la apretada arena, Maigualida con Aracelis, Marcos con Gabriel, éste hablando de cuanto se proponía llevar a cabo en *Tupuquén, Guariocoto* y *La Hondonada*, y aquéllas callando. Las aguas del río pasaban ya del azul vibrante al morado profundo, y este color matizaba las suaves colinas y el risco pelado, contra el cielo sin arreboles, ya puesto el sol.

—¿Qué te pasa?—inquirió por fin Maigualida.

—Nada—respondió Aracelis.

—Ya sabes que mi defecto principal no es el de la curiosidad; pero me inquieta ese cambio brusco que has tenido después de la conversación con Marcos. Toda una tarde sin decir palabra es demasiado para ti.

Sonrió vagamente y repuso:

—Algún día tenía que ser.

—Bien.

Y Aracelis, al cabo de un rato:

—Ya comprenderás que no ha podido ser muy agradable nuestra conversación, después de lo que le ha pasado a él y de lo que me espera a mí, pues, como te he dicho, papá insiste en el viaje.

—También es verdad—concluyó Maigualida, pero era evidente que la explicación no la satisfacía.

Ya había observado que en Marcos Vargas se había operado una transformación inquietante que no podía atribuirse toda al sufrimiento por la muerte de la madre, porque su reciente experiencia le enseñaba que el sufrimiento afina el espíritu y era todo lo contrario lo que parecía haber sucedido en Marcos. En la mesa, durante el almuerzo, reparó en que la miraba brutalmente, con una expresión nunca advertida en él y que no era solamente sensual, sino mezclada de deliberado irrespeto por ella y por Gabriel, de ostensible agresividad. Y estaba segura de que esto no era temeraria interpretación suya, pues al cambiar una mirada con Gabriel comprendió que él también se había dado cuenta. Incluso Aracelis debió de advertirlo y tal vez de allí provenía su obstinado silencio.

No se equivocaba. Entre los sentimientos que agitaban el espíritu de Aracelis—su primer tropiezo consciente con las fuerzas brutales de la vida—iban mezclados los celos despertados por aquellas miradas de Marcos. Por momentos pensaba que éste había procedido así para inducirla a

entregársele como se lo había propuesto; pero en seguida se abandonaba a la pasión ofuscante, no viendo ya sino una mujer hacia la cual bien podía desviarse el amor de su novio, correspondido o no, pero enajenándole ya. Una mujer que ya había inspirado a otro hombre una pasión tumultuosa y que ahora hallábase en la plenitud de su hermosura. Y en el alma ingenua y vehemente le hacía llagas el pensamiento impuro.

No se equivocaba tampoco Maigualida respecto a Gabriel. Había visto y comprendido, pero penetrando más allá del hecho superficial—con una comprensión serena, alimentada de confianza en sí mismo y en su mujer—encontró la explicación justa y la acogió en actitud generosa: Marcos Vargas no veía a la mujer, soslayaba al hombre que pudiera pedirle cuentas airadas, y no era Marcos Vargas, como tal, sino el hombre de presa que aquella tierra quería hacer de todos los que sobre ella respiraban la atmósfera de la violencia enseñoreada, aquella criatura de barbarie que por allí se llamaba el Hombre Macho.

Pero en Marcos Vargas había el fondo generoso, para la excusa y para la esperanza, y Ureña concluyó la exposición de sus planes de trabajo, dándole la lección que necesitaba:

—Y aquí me tienes, pues, recibiendo y reportando un beneficio, sin escrúpulos de "yo todo lo puedo y a mí solo he de debérmelo", sin impaciencias aventureras ni pujos de temeridad, bebiendo en mi vaso pequeño, seguro de que no me lo romperán deslealtades, ni propias ni ajenas—óyelo bien—en la buena compañía de una mujer admirable que me ama, me comprende y me respeta y merece que yo lo sacrifique todo por hacerla feliz. ¡Y una mujer hermosa, además!

Marcos Vargas comprendió, se avergonzó y admiró.

—Sólo una cosa tengo que reprocharte—dijo, sin em-

bargo—. Que no te hayas decidido antes. Que hayas esperado a que...

—Eso no tiene para mí importancia alguna—interrumpió Ureña—. No me interesa en absoluto demostrar si le tuve o no le tuve miedo a José Francisco Ardavín. Yo sabía que en el fondo era un cobarde y en el peor de los casos me queda la íntima satisfacción de no haber malgastado alardes de hombría contra él. Y ojalá tú, que no tenías por qué desconfiar de ti, aun en el caso de pelea mejor cazada, como por aquí se dice, no le hubieras sometido a la prueba que inquieta a todos. Porque para eso, más que por vengar a tu hermano, entraste donde estaba Cholo Parima. Te confieso que cuando lo supe me pregunté si en realidad serías un valiente o nada más que un impulsivo.

—Tú piensa lo que te parezca—repuso Marcos, encogiéndose de hombros.

—Sería deslealtad pensarlo y no decírtelo. Así por lo menos entiendo yo la amistad y por eso he traído la conversación a este punto. Te has hecho un grave daño moral y es necesario que ahora rehagas tu vida.

Marcos bajó la mirada y en silencio buscó y estrechó la mano amiga. Y ésta fue una emoción de sí mismo que nunca había experimentado, tan recia y tan plena que sólo se le podían comparar aquellas de la noche de la tormenta.

—No despilfarres tu fortuna—prosiguió Ureña—. La vida te ha dotado de condiciones quizá extraordinarias y es menester que las emplees bien. No pretendo aconsejarte que te consagres, como puedo hacerlo yo, a lo personal y prudente, porque tu espíritu aventurero y tu personalidad desbordante no se satisfarán nunca con lo poco y silencioso que a mí me bastan; pero no los malgastes en aventuras de finalidad mezquina y en afirmaciones de hombría sin trascendencia. En esta tierra hay para ti un camino trillado y una gran obra por emprender. Más de una vez te he oído decir que aspiras a construirte tu vida a tu medida

propia. ¿No la conoces ya? ¿No la sientes tal cual es? Por unas cuantas palabras que de regreso del Guarampín me dijiste en Upata comprendía que habías encontrado la plena medida de ti mismo y vislumbrado la obra a que debías dedicarte. Presenciaste la iniquidad y hasta la has sufrido en ti mismo, tienes el impulso generoso que se necesita para consagrarse a combatirla, puedes (déjame decirlo así) recoger el mensaje de la voz que clama en el desierto y sólo te falta prepararte intelectualmente. Lee un poco, cultívate, civiliza esa fuerza bárbara que hay en ti, estudia los problemas de esta tierra y asume la actitud a que estás obligado. Cuando la vida da facultades, y tú las posees, repito, da junto con ellas responsabilidades. Este pueblo todo lo espera de un hombre, del Hombre Macho que se dice ahora, y tú, ¿por qué no?, puedes ser ese mesías.

Era discursivamente, lo que Marcos Vargas había sentido revelársele de pronto, de manera intuitiva, confusa, verdaderamente tormentosa, la noche de la tempestad; pero ahora acababa de hacer otro hallazgo de sí mismo, una vez más se le había revelado su alma bajo una forma inesperada, y cuando esto sucede en quien, como en él, la intimidad del espíritu desarrolla siempre la máxima fuerza, ya no hay facultades receptivas para lo que venga de afuera y así sólo de una manera vaga y lejana oyó el discurso de Ureña.

Este continuó hablando todavía un buen rato y así regresaban ya a la casa, bajo la anochecida, cuando aprovechando que el camino repechaba una cuesta, Maigualida requirió el apoyo del brazo de Gabriel y dejó que Aracelis se adelantara con Marcos.

En silencio atravesaron la arboleda que rodeaba la casa y en llegando a ésta, donde ya estaba encendida la lámpara del corredor de la entrada, se volvieron a mirarse mutuamente, y Marcos leyó en los ojos de Aracelis la resolución

tomada, tal como él se lo propusiera, pero no gozosa, sino resignada o temerariamente.

Le oprimió la mano entre la suya, que ya no era garra, y esto fue todo.

Momentos después, cuando Maigualida llamaba a la mesa, Gabriel le dijo:

—Sobra un cubierto, chica: Marcos se ha ido.

XVII

CONTABAN LOS CAUCHEROS

Un grito sobre el bronco mugido del rápido, alarido impresionante entre humano y bestial. Una curiara que pasa silbando raudal abajo y se pierde en la noche hacia donde corren las aguas tormentosas bajo el resplandor lunar.

—¡Se mató ése!—exclama uno de los caucheros acampados en la ribera, ya de regreso a San Fernando de Atabapo con sus cargamentos de caucho del Guainía. Y varios de ellos se incorporan para asomarse al río.

Pero otro explica:

—No se preocupen. Ese es Marcos Vargas, que corre los raudales las noches de luna como alma que lleva el diablo. El leco es para que se aparten las piedras, dice él, y yo creo que en realidad se le apartan, pues de otro modo no se explica que todavía no se haya matado. ¡Escúchenlo cómo va!

Le hacen silencio al grito ya lejano y cuando se ha extinguido en el trueno del raudal, sonríen algunos y otro toma la palabra:

—La primera vez que oí ese leco, hace unos tres años, se me pararon los pelos de punta. Fue una tardecita, al pie del raudal de La Chamuchina. Estaba yo recién entradito en el territorio y andaba en la gente del *Brasilero*,

¿Lo conocieron ustedes? Uno a quien, por cierto, tuve que mandarlo a hacer una diligencia lejos y sin guayare, porque ya me tenía abacorado.

Sonríen los que saben que así alude a uno de sus homicidios y siguiéndole el atroz sarcasmo le preguntan:

—Y todavía no ha regresado, ¿verdad?

—No. Se ha dilatado alguito. Pero volviendo a mi cuento. Yo que oigo el leco en aquella soledad tan fea, que no parecía grito de hombre ni de animal, sino de cosa del otro mundo, me descompongo todo y le pregunto al indio que me acompañaba: —¿Qué siendo eso, cuñao?—. Y apenas el mariquiritare me responde: —Canaima—, cuando pasa una curiara, chorrera abajo, más rápida que un celaje. Después supe quién era el proero que así se mandaba apretar la boga, y luego tuve oportunidad de conocerlo. Un mozo simpático ese Marcos Vargas, pero con unos prontos muy extraños.

Y prosiguen los cuentos, la leyenda que ya corría por toda la selva, desde el Guainía hasta el Cuyuni.

—Veníamos de una fiesta de yaraque de los indios piaroas del costo del Vichada—refiere el otro—; íbamos echando una travesía por un lugar que llaman Las Gaviotas, había mucho chapichapi y estaba esa espía como bordón de guitarra, cuando se le ocurre a Marcos Vargas trozarla para ver qué pasaba. Salimos como alma que lleva el diablo, raudal abajo, al caer al remanso la curiara se nos puso de sombrero, y cuando logramos ganar la orilla catamos de ver que ni Marcos Vargas ni la curiara estaban por todo aquello. La había enderezado mientras nosotros nadábamos hacia la playa y se había ido en ella dejándonos a pie. Ahí mismo escuchamos el leco, río abajo. Al píritu tuvimos que remontar por el costo, rejendiendo el juajuillal y echándole maldiciones.

Ahora le celebra la ocurrencia y luego prosigue:

—Al año de eso se presentó una mañana en la esta-

ción cauchera del delta del Ventuari donde yo dragoneaba de jefe, pidiendo su recorte y como siempre le he tenido cariño, le dije: —¿Hasta cuándo vas a estar haciendo locuras, chico? Coge el recorte que más te guste y ponte a trabajar con fundamento—. Tres semanas estuvo sacando goma en junto con los indios que cargaba, muy prácticos de raudales y buenos gomeros además, encaramándose en los palos a la par de ellos, porque eso sí, cuando dice a trabajar no hay quien lo iguale; pero en la mañana del tercer domingo viene a la estación y me dice: —"Págueme lo mío, que ya me estoy yendo"—. Traté de hacerlo desistir y le repliqué: —"Pero ¿cómo te lo pago, Marcos Vargas, si aquí no tengo plata?"—. Pero ya nadie le quitaba la idea de la cabeza, y me respondió: —"Con bastimentos, que es lo que necesitamos yo y mis indios. Ahora voy para el Essequibo"—. Dos años hace de esto y desde entonces no me lo he vuelto a topar.

Toma la palabra el cauchero Martínez Franco, que también era hombre de vastos itinerarios:

—Estando yo en el Caura, cuando la sarrapia del año pasado, se me presentó por allá pidiéndome trabajo. Ya estaban repartidas todas las manchas y no me fue posible concederle nada de provecho; pero, como tal vez ustedes sepan, la zona sarrapiera del bajo Caura, hasta el salto de Pará, se despide con tres grandes árboles que producen de sesenta a ochenta kilos de pepas cada uno, y le dije: —Trabaja esas matas, si quieres, que es lo único que puedo darte—. Se pegó a coger las pepas y a machacarlas él mismo y ya tenía sus cinco quintales, que le representaban seiscientos pesos macuquinos, a como entonces los pagaban Dalton y Boccardo, cuando se presentó en la estación el *Alemán*. Un indio albino, de cabellos amarillos tirando a blanco y ojos azules, por lo cual le dábamos el apodo, hombre de carácter suave y juguetón, piachi de las tribus mariquitares, que cuando estábamos sarrapiando siempre se

llegaba hasta allí en busca de sal y papelón a cambio de cachorros de esos perros salvajes que viven en las cuevas de las sierras de Merevare-jiri y Aguari-jiri, entre el Erevato y el Caura, por donde andan las tribus errantes de los serisañas. Marcos Vargas no conocía aquella región y apenas le oyó hablar de ella al *Alemán*, cuando, ya resuelto a irse con él, vino y me propuso, lo mismo que a ti en el Ventuari: —"Dame bastimentos para unos días y es tuya otra vez la sarrapia que he recogido"—. Y se fue con el albino aquella misma noche.

—Eso es Marcos Vargas—interviene otro—. Un mozo que a estas horas estaría rico si le hubiera tenido apego al dinero.

Y otro:

—Ese es un Marcos Vargas. Ese y el de las grandes parrandas como las que ya se han hecho famosas en San Fernando de Atabapo, en las cuales se gasta cuanto tenga, sin reparar con quién, y el de las temerarias apuestas al dado corrido, que no hay quien se las aguante.

—Y el de la noche de la yucuta—interrumpe otro—. El que siempre está dispuesto a jugarse la vida junto, con quien sea y contra quien sea y cuando sabe que en tal parte se está preparando una matazón, allí mismo amarra su magaya rumbo para allá, a soltar entre el roznido de los machetes y los tarrayazos de los tiros su grito jacarandoso: "¡Qué hubo! ¿Se es o no se es?"

—Ese también—admite el interrumpido—. Pero ahora voy a enseñarles otro Marcos Vargas que quizá ustedes desconozcan: el que habla con los palos del monte y lo ha sido él también algunas veces.

—¿Cómo es eso, Ramón Maradé?—interrogan varios a un tiempo.

—Ya verán. Esto fue en el costo de Casiquiare. Se había presentado por allí Marcos Vargas, a nada de provecho como de costumbre, y un día, domingo por la tarde,

por más señas, iba yo con él por una pica de la montaña a inspeccionar el trabajo de unos peones a quienes había puesto a tumbarme un rastrojo, conversando los dos de todo y de nada muy alegremente, cuando de pronto me interrumpe y me dice:

—Aguárdame aquí un momento, que voy a ver qué quieren decirme aquellos amigos que me están haciendo señas para que me les acerque.

—Miro en derredor nuestro, y no descubriendo a nadie por todo aquello, le pregunto: —¿Cuáles, chico?—. Y él me responde, ya separándose de mí: —"Aquellos que están allá"—. Eran cuatro palos del monte que estaban separados de los demás y realmente como personas reunidas conversando. No le di mayor importancia a la cosa y pensando que mi compañero tuviera que hacer algo que yo no tenía por qué presenciar, le dije: —Anda y vuelve, pues. Aquí te espero—. Y me senté sobre el tronco de un seje caído a la vera de la pica. Allí estuve un buen rato y viendo que mi compañero no regresaba, atravesé el monte en dirección a los árboles mencionados. ¡Ni rastro de hombre por todo aquello! —¿Qué se habrá hecho?—, me pregunto y en esto siento algo extraño en derredor mío. Miro para aquí y para allá buscando la causa de aquello que había sido ruido sin dejar de ser silencio y entonces caigo en la cuenta de que no eran cuatro, como endenantes me habían parecido, sino cinco los palos del monte que estaban allí cual personas reunidas conversando.

Sueltan la risa los caucheros y Martínez Franco exclama:

—¡Cuándo no iba a salir Ramón Maradé con una de las suyas!

—Un momento, compañero. Que todavía no he dicho que los palos fueran cuatro al principio y luego cinco, sino que así me había parecido.

—Uno que estaría tapado con otro, vistos desde la pica.

—Eso me dije, precisamente. Y como me interesaba lle-

gar al rastrojo a buena hora, después de haber pegado unos lecos llamando a Marcos Vargas, seguí mi camino. Fui y vine y cuando regresaba me encontré a Marcos sentado sobre el tronco del seje donde enantes lo había estado yo. —¿Qué te hiciste?—le pregunté. No me respondió de momento. Tenía una cara sombría, muy distinta de la que llevaba cuando iba conversando conmigo y así, sin contestarme una palabra echó a andar por delante mío. Pero luego se me encaró de pronto y me soltó a boca de jarro esta pregunta textual:

—¿Tú me oíste, Ramón Maradé?

—¿Qué, chico?—repúsele e inmediatamente me acordé de aquello que había sido ruido sin dejar de ser silencio, y me voltié a contar los árboles, que todavía se veían desde la pica. Eran cuatro por dondequiera que se los mirara. No me gustó aquello—lo confieso, aunque Martínez Franco se sonría como desde aquí lo estoy viendo—, pero tampoco quise pedirle explicaciones a Marcos Vargas, que además no me las había dado, pues ya iba enguayabado y cuando él está así no hay modo de sacarle palabra y me puse a observarlo quedándome atrasito.

—Y viste que le reventaban pimpollos por encima del cuerpo—interrumpe socarronamente el de la sonrisa, que era el único que todavía se mostraba incrédulo.

—No. Ni nada extraño le noté, ni por el camino ni después de la estación, salvo el enguayabamiento. Allí llegó la noche y me quedé dormido, cuando de pronto me desperté sintiendo que me sacudían las cabuyeras del chinchorro. Era uno de los bogas de Marcos Vargas, un acarabisi buen mozo, por cierto, y que le era muy fiel.

—Despertándote—me dijo—. No durmiendo más. Escuchando suburene—. Palabra ésta que en su lengua significa jefe y con la cual designaba a Marcos Vargas. Me incorporo en el chinchorro y pongo oído a lo que indicaba el acarabisi. —¡Uuu!—, sonaba por allá. Un lamento feo, que impresio-

naba oírlo en el silencio de la montaña. Pero le dije al indio: —¡Indio zoquete! Alguna arañamona llamando su pareja.

—No, cuñao—me replica el acarabisi—. No siendo arañamona. Siendo Canaima gritando en cabeza de siburene. Viniendo conmigo y yo enseñándotelo.

—Salté del chinchorro y no encontrando a Marcos Vargas en el suyo salí al monte junto con el indio. A poca distancia de la estación, en el medio de un claro donde daba la luna, se divisaba una sombra blanca, inmóvil, de donde salía aquel lamento impresionante. El indio no se atrevía a acercársele y preguntó alzando la voz:

—¿Ginócoro?

—¿Para qué preguntas quién es, si ya sabes que es siburene?—interrogo yo a mi vez, porque tanto como los lamentos de la sombra me había causado mal efecto aquella palabra indígena, gritada así en el silencio de la montaña—. Quédate aquí, indio miedoso, mientras voy a ver qué le pasa a tu jefe.

—Y cuando llegaste al sitio—interrumpe otra vez Martínez Franco—no estaba por allí Marcos Vargas, sino un palo más en el monte, ¿no es eso?

—Sí estaba—responde Maradé, sin inmutarse—. Pero me costó trabajo hacerlo volver en sí. De golpe y dándose una batida, salió de su encantamiento, preguntándome:

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—Que estabas dormido y soñando parado—le respondí, sin querer decirle que fuera somnámbulo. Pero al día siguiente, cuando me empeñé que me explicara todo aquello, me dijo que nada recordaba, ni de lo de la noche ni de lo de la tarde, pero que sentía el cuerpo—fueron sus palabras—como si alguna vez hubiera sido de madera.

Pausa. Y luego uno de los oyentes, a Martínez Franco:

—¿Qué dice usté a eso, compañero?

—Que Ramón Maradé siempre ha sido muy fantasea-

dor y amigo de contar embustes recién inventados, como cosas que le hubieran sucedido; pero que esta vez como que ha referido algo que se le puede creer.

ORO

Si para el cauchero faltó aquel año el invierno copioso que alimenta el látex, para el minero fue extraordinariamente propicio el verano recio. Se secaron las quebradas auríferas del alto Cuyuni, quedaron al descubierto los placeres que doran las playas de este río y en las del Caroní, nunca tan menguado, aparecieron diamantes.

—El diamante se recoge garzoneando—dice plásticamente el guayanés—, porque los buscadores de este mineral precioso recorren las riberas del río que los cría en el fango producido por la descomposición de los esquistos férricos de su álveo, agachándose de trecho en trecho donde lo vean brillar entre las arenas, a la manera del garzón que come caminando y picando aquí y allá. Y ese año fueron muchos los que garzonearon a lo largo de aquellas playas.

Hacia el Cuyuni se encaminó el grueso de la legión aventurera en pos del oro que prometía el verano riguroso y en Tumeremo pronto comenzaron a correr las noticias perturbadoras.

—¡Ya la gente de Néstor Salazar le cayó al oro! Marcos Vargas anda con él y han hecho un descubrimiento estupendo en Quebrada de las Garzas. ¡Una bomba del tamaño de una casa! Vámonos allá, Arteaguita.

Y Arteaguita, después de pensarlo un rato royéndose las uñas, se decidió por fin; cerró *La Tijera de Oro*—que, por lo demás, apenas le estaba dando para comer porque a causa del mal invierto aquel año casi no se recogió purguo y nadie estaba para mandar hacerse ropa—y se incorporó a la legión que de todas partes acudía presurosa al hallazgo magnífico.

El oro de aluvión no era todo de libre aprovechamiento, pues la mayor parte de los terrenos auríferos—y naturalmente los que se consideraban más ricos—estaban acusados por los caciques políticos y por los capitalistas más poderosos, entre ellos principalmente los comerciantes corsos, quienes sin explotarlos o arañando apenas a flor de tierra, esperaban el pingüe negocio de la venta a compañías extranjeras que les diesen, por una mina más o menos problemática, otra de oro acuñado. Este monopolio de una riqueza retenida bajo tierra decíase que era una de las causas del malestar que ya empezaba a sentirse por allí; pero los privilegiados defendían su tesis aduciendo que el libre aprovechamiento traería por consecuencia inevitable las matanzas que se producirían entre los que acudieran a disputárselo, aparte que prácticamente existía pues todo el mundo podía ir a extraer el oro que por allí apareciese, sin más limitación que la de obligarse a vendérselo al concesionario, quien lo compraba en el propio terreno a precio razonable. Sólo que éste lo recibía el minero en víveres —cazabe y papelón por único alimento las más de las veces—y por ellos tenía que pagar lo que quisieran cobrarle. Si bien cuando el hallazgo era abundante, no consumiéndolo todo en la mina, podían los afortunados salir de ella enriquecidos.

Pero como el oro del alto Cuyuni se consideraba inagotable, en cuanto lo sacaban ya estaban derrochándolo, jugándoselo a los dados junto al barranco mismo o desperdiciándolo a puñados en el placer torpe y fugaz de la parranda, cual si fuera ineludible maldición del oro embrutecer y envilecer.

En busca de él, aunque sólo por la emoción de hallarlo, venía aquella vez Marcos Vargas, Cuyuni abajo, en compañía de Néstor Salazar, superviviente de aquella pareja inseparable que el primero conoció en casa del ame-

ricano Davenport y minero práctico de ojo zahorí para descubrir los escondrijos del filón.

Sin embargo no lo habían encontrado en cantidad que valiera la pena en la ganga de varias quebradas donde plantaron el *tame* y el *chis* y ya venían algo descorazonados cuando al pasar frente a la desembocadura de una que rompía la ribera barrancosa para verter a las del Cuyuni sus aguas amarillas, como viesen por allí dos garzas posadas sobre un mogote que hacían buen blanco para buenos tiradores, sacaron sus revólveres y las apuntaron.

Pero las garzas volaron para posarse más allá, quebrada arriba y como el caudal de éste permitía que la remontase la piragua, así lo hicieron y las garzas volando de mogote en mogote y ellos siguiéndolas llegaron a un paraje sombrío y agradable a la vista que invitaba a acampar y ante cuyo aspecto el ojo zahorí de Néstor Salazar desistió de la presa que se le escapaba.

—¡Aquí hay oro!—exclamó—. Acampemos aquí.

Y Marcos Vargas, prestando atención más a lo plástico y agradable que a lo significativo del paisaje, como oyese el canto de un pájaro, bosque adentro:

—Ya lo está anunciando el minero—dijo—. ¡Oyelo como campanea!

Acamparon. Procedieron a desviar las aguas de la quebrada para dejar al descubierto el lecho prometedor y comenzaron a funcionar las herramientas: el palín, para levantar el fango del *realce* que cubría la *formación*; el pico, para romper esta capa de cuarzo; el *criminel*, para recogerla y echarla en el cajón del *tame*... Pero sin que fuera necesario lavarla allí, ni siquiera aplicarles a los trozos de cuarzo el índice mojado en saliva para ver si el oro *pintaba*, ya Néstor Salazar había podido decir:

—¡Mira cómo viene ese filón veteando bonito!

Y luego, al golpe de vista:

—Este filón corta por aquí—dijo, indicando la direc-

ción que debía de seguir por entre el bosque—. Vamos a pegarle un barranco allí y otro allá, para acosarlo.

Y al primer golpe de pico en uno de los sitios señalados, apenas barrida la hojarasca por el pie del peón, apareció en la punta de la herramienta un trozo esponjoso de la aboyadura aurífera, indicio de una rica estructura profunda.

—¡Bomba!—exclamó Salazar—. ¡Esta vez salimos de abajo, Marcos Vargas!

Y sacando ambos sus revólveres los descargaron disparando al aire. Que si aquellos proyectiles hubieran llegado a dar en el blanco de las garzas, aquel *oraje* no habría sido descubierto.

Entre tanto el peón cuya piqueta había dado el golpe inicial del hallazgo, no había vuelto de la impresión que éste le causó y recostado al tronco del árbol más próximo, decía, contemplando otros que frente a él se alzaban:

—Quince días estuve yo íngrimo y solo en este piazo e monte castrando esos palos, y era sobre melcocha de oro que estaba pisando sin saberlo. ¡Maldita siá la suerte cuando es desgracia! ¡Quince días yo solo, sacando oro! ¡Ni el polvo me verían a estas horas los que me han mandao a pegá este barranco!

—¿Y no cantó el minero cuando tú estabas por aquí?

—¡Qué va a cantá, don Marcos! La arañamona era todo lo que sonaba pa mí.

Salvas de disparos al aire atronaban el bosque cuando llegó Arteaguita. Ahora era una chimenea lo que acababa de descubrirse, cuando todavía la bomba seguía dando su melcocha de oro, y del *tame*, por los agujeros del *tamayán*, pasaba el abundante metal precioso a amalgamarse con el azogue en los compartimientos del *chis*.

Y eran cerca de cien hombres los que allí abrían solapas y barrancos, acosando al filón que continuaba *veteando bonito* y triturando el cuarzo en pequeños morteros, porque a todos los que llegaron pidiendo:

—Denme un recorte.

Tanto Marcos Vargas como Néstor Salazar les dijeron:

—¡Coja lo que quiera! ¡Aquí hay para todos!

Unos llegaron con sus bastimentos, y siendo escasos todavía no los habían consumido, porque el oro les quitaba toda gana que no fuera de hallarlo; otros llevaban días sin probar bocado y cuando llegó Arteaguita acababan de sacar de un barranco a uno que allí murió de hambre y de agotamiento, días y noches cavando, ya enloquecido. Y todos tenían el rostro devastado y la mirada fulgurante de la fiebre del oro.

Algunos se habían marchado a derrocharlo, considerándose ya ricos para siempre; de ellos se revolvieron los que por el camino detuvo la codicia, pero en seguida los recuperó la ilusión de riqueza y volvieron a marcharse, para otra vez regresar, ya insensatos, a jugarse su tesoro para multiplicarlo más rápidamente, hasta que al fin lo perdieron. Y otra vez al barranco.

Desconocido casi, como de cuarenta pasados cuando apenas transponía los veinticinco, encontró Arteaguita a Marcos Vargas, mas no por la fiebre del oro que en su alma no hallaba asideros la codicia, sino por la tempestad que hacía cuatro años se había desatado en su espíritu. Las recias intemperies del itinerario gigantesco le habían curtido el rostro, en los ojos cavados le fulguraba una mirada huidiza, se le encanecían ya los cabellos y en vez de aquel carácter expansivo y aquel aplomo y dominio de sí mismo ante los demás, mostrábase ahora reservado y tímido, hasta el punto de que en el primer momento trató de usted a Arteaguita y a la cordialidad con que éste lo saludó le correspondió cohibido.

Pero no había perdido aquella propensión a las bromas pesadas y pronto hubieron de sufrirlas Arteaguita y los otros *patiquines* que junto con él llegaron, todos novatos en materia de oro.

—Aquí tienen sus recortes—díjoles, ofreciéndoles unas bateas llenas de mineral triturado—. Péguense a lavar de una vez.

Y allí mismo empezaron los gritos de júbilo de los novicios. Grandes *cochanos* aparecían en aquellas bateas, apenas removidas. Arteaguita, especialmente, estaba a punto de volverse loco de alegría, corriendo de aquí para allá para demostrarles a sus compañeros la extraordinaria fortuna que ya empezaba a tener:

—¡Mira, valecito! ¡Oro! ¡Oro! ¡Cógeles el peso!

Marcos Vargas reía a carcajadas y junto con él Néstor Salazar y los peones que estaban en el secreto, hasta que el segundo, pareciéndole ya demasiado:

—Tranquilícese, Arteaguita—le dijo—. Esas son bromas de su amigo Marcos Vargas. Todos esos cochanos que están apareciendo en esas bateas han sido puestos por él para divertirse con ustedes. Aquí hay oro para todos, pero no tanto como así. Tiren ese material, que ya está lavado, y cojan de aquél.

Y Arteaguita, desconsoladamente:

—¡Marcos! ¿Para qué me haces eso, valecito? ¡Ha podido matarme la emoción!

Y luego le confesó que *La Tijera de Oro* andaba mal porque la de hierro casi no tenía trabajo desde hacía algunos meses; que aún sus recursos no le habían permitido casarse, que para salir de abajo había recurrido al juego, donde acabó de perder lo que no estaba ganando, de donde quedó endeudado y a punto de perder la reputación. Concluyendo:

—¡Imagínate! ¡Para que yo me haya atrevido a tirar esta parada!

—No te pesará, Arteaguita—díjole Marcos—. De aquí saldrás fondeado, y lo que es más importante: hombreado también. Porque es bueno que sepas a qué atenerte desde luego. La mayor parte de esta gente que ves aquí es peli-

grosa para quien se le agüe el ojo en el momento dado y no son pocos los que están cazando la oportunidad para darle una puñalada al primero que se descuide y quitarle el oro que tenga. De modo que, ¡ojo de garza, Arteaguita! Aquí el que pega un barranco tiene que colgar su chinchorro encima de él y dormir con el revólver en la mano. No te confíes de nadie, ten presente que estás entre el fieraje del Cuyuni, donde el que menos es el *Sute* Cúpira.

En efecto, estaba por allí el temible Cúpira, esta vez sin su habitual escolta de antes. Se había presentado pidiendo *su recorte*, pero había motivos para sospechar que sus verdaderos propósitos fueran otros, pues no se afanaba en procurarse el oro que habría podido obtener, ocioso la mayor parte del día, generalmente sentado en el suelo, recostado en un árbol, contemplando en silencio la agitación de los demás y sobre todo, siguiendo con la vista a Marcos Vargas por dondequiera que estuviese.

—¿Te has fijado en el *Sute*?—le había preguntado ya Néstor Salazar a Marcos Vargas.

—No—repuso éste, mintiendo—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. Porque no sería malo que te fijaras un poco en él.

—Bueno. Trataré de hacerlo.

Pero desde el primer momento había comprendido Marcos que el *Sute* no iba por oro. Era la primera vez que volvía a vérselo después de aquel choque que estuvieron a punto de tener, la noche del baile de ñopo en las cabeceras del Cuyubini, pues desde entonces no había vuelto Marcos a la región del Cuyuni de donde nunca salía Cúpira y aunque las últimas palabras que allí se cruzaron no podían haberlos dejado en calidad de amigos, así llegó, sin embargo, pidiéndole *su recorte* y así se lo permitió él cuando Néstor Salazar quería negárselo. Porque si comprendió que el hombrón del Cuyuni podía venir a liquidar cuentas pen-

dientes, arrepentido de no haberse "matado con el hijo del hombre que lo vio cumplir su gran juramento", a él también le había escarabajeado muchas veces el recuerdo de aquella gracia de la vida que con tantas palabras le hiciera. La fiera divinidad de la hombría a que tanto el uno como el otro rendían culto los llevaba a enfrentarse una vez más.

Ya se había dado cuenta Marcos de que Cúpira no lo perdía de vista, pero se hacía el desentendido procurando darle siempre la espalda y el encontradizo cuando por las noches el segundo se alejaba del campamento, llegándose hasta la orilla del Cuyuni, cuyos raudales le arrullaban con sus bramidos los torvos pensamientos que acariciaba.

Se detenía junto a él, dirigiéndole, invariablemente, estas palabras.

—¡Hola, *Sute!* ¿Cogiendo fresco?

Y Cúpira respondía siempre lo mismo:

—Criandito sueño con este runrún de los raudales en la noche silencia.

—Se ha vuelto usted muy amigo de estar solo.

—Y usted de buscar malas compañías.

—Tal vez no sean tan malas.

—En los talveces está el peligro, Marcos Vargas. Acuérdese de que seguro mató a confiado.

Luego callaban y al cabo de un rato largo proponía Marcos:

—Bueno, compañero. ¿No será hora de revolvernos por donde hemos venido?

A lo que respondía Cúpira:

—No habiendo otra cosa que hacer...

Y esto, una y otra noche siempre lo mismo, era al propio tiempo la provocación y el respeto mutuo.

La llegada de Arteaguita alteró oportunamente esta costumbre, pues ahora Marcos se quedaba en el campamento conversando con él y así supo que Gabriel Ureña ya tenía

dos hijos, y había resultado un excelente administrador, pues *Tupuquén, Guaricoto* y *La Hondonada* prosperaban cuando otras fincas mejores decaían y pasaban de las manos de sus dueños a las de acreedores hipotecarios y que en Upata se esperaba de un momento a otro el regreso de Francisco Vellorini—cuyas dos hijas mayores se habían casado en Francia—, porque ni él podría vivir ya sino en Guayana, ni mucho menos la mujer, tan de su tierra, y Aracelis, todavía soltera y más bonita que nunca, según los que habían visto retratos suyos últimamente llegados.

Y el intencionado noticiero concluyó preguntando:

—Bueno, Marcos. ¿Y tú qué proyectos tienes? Ya es tiempo de que te regreses, chico. Y ahora, con el dineral que sacarás de aquí... Ya basta de exponer la vida corriendo raudales.

—Sí. Eso quiere Néstor Salazar: que me vaya con él. Me está animando para hacer un viajecito a Europa con lo que saquemos de aquí. Pero quién sabe si a mí no me sirvan ya zapatos, ni de percha ni a la medida. ¡En fin! Ya veremos... Además, eso de correr raudales no es cosa del otro mundo. Aquí como en tu sastrería, el todo está en no comerse el trazo, con la diferencia a mi favor de que si tú te lo comes tienes que pagar la tela estropeada, mientras que a mí nadie me va a cobrar lo que me rompa contra las piedras si me salgo del trazo de la chorrera. ¡En fin—repito—: ya veremos!

Una noche, ya recogido a su chinchorro Néstor Salazar y conversando todavía Marcos con Arteaguita en el silencio del campamento dormido, notó que de uno de los barrancos salía luz.

—Allí están jugando—dijo—. Andate allá, Arteaguita, y diles a los que sean que aquí está prohibido el juego y que de orden mía, te entreguen los dados y se vaya cada cual a su chinchorro, si no quieren oir roznar el machete.

Pero ya cuando Arteaguita se disponía a obedecer, aunque muy a pesar suyo, pues no quería enemistarse con nadie y menos después de lo que le había advertido Marcos a propósito de la clase de gente que era aquélla, uno de los mineros que por allí estaba se acercó diciendo:

—Ese es el *Sute*, don Marcos.

—¡Ajá!—exclamó éste a tiempo que a Arteaguita lo abandonaba toda gana de desempeñar su cometido—. ¿Conque ése era el recorte que estaba trabajando? ¿Y usted lo sabía y se lo reservaba?

—Yo solo no, don Marcos—repuso el minero—. Aquí somos varios los que hemos visto esa luz todas estas noches; pero, tratándose de quien pone esa jugada...

Pero ya Marcos Vargas iba a lo que le deparase la ocasión.

Era realmente Cúpira quien ponía aquella jugada clandestina y con dados acondicionados de modo que uno por lo menos siempre se parara en suertes. El barranco, todavía no profundo, era ancho y adeñtro estaban haciéndole el juego al *Sute* cuatro de los compañeros de Arteaguita, ya perdido casi todo el oro que habían sacado.

—¡Acá esos dados!—ordenó imperiosamente Marcos Vargas, sorprendiendo a Cúpira cuando ya iba a echarlos para arramblar con todo el oro en paro—. ¿No sabe usted que aquí está prohibido el juego?

—¡Hombre!—exclamó el *Sute* con su hablar arrastrado—. No soy yo solo el que está jugándose lo suyo.

—¡Acá esos dados! ¡Y no replique!—reiteró Marcos, ya revólver en mano.

Y Cúpira, sin inmutarse:

—¡Bueno, pues! No se sofoque, que no es para tanto. Está usted en lo suyo y entre los suyos. Ahí van los dados. En sus propias manos se los entrego parados en suerte.

Y Marcos, al sopesarlos:

—¡Como que de otro modo no se pueden parar, porque para eso están compuestos, grandísimo bribón! ¡Entrégueles inmediatamente a esos jóvenes los que les ha robado! ¡Y lárguese de aquí en seguida!

El *Sute* se demudó de coraje reprimido. Ya no era su *gran juramento* lo que le impedía matarse con el hijo de quien se lo vio llevar a cabo, sino la desigual pelea que habría sido, pues juntos a Marcos Vargas ya estaban Néstor Salazar y todos los que a las voces acudieron, revólver en mano la mayor parte, entre los cuales varios habían sido ya víctimas de los dados compuestos.

—Está bien—repuso—. No grite más, que ya es bastante la gente que se ha despertado. Devuelvo lo que me gané y por donde vine me voy. Esta la ganó usted, otra puede que sea mía si alguna vez vuelven a cruzarse nuestros caminos. Que ya van dos, y a la tercera dicen que va la vencida.

Dicho lo cual se marchó. Marcos Vargas quiso seguirlo, pero todos se lo impidieron, y hubo de quedarse con el reconcomio de no haber sido él solo contra Cúpira. Y esta preocupación se adueñó por completo de su espíritu de allí adelante.

Días después—terminada la explotación del filón que no tardó en desaparecer—ya en El Dorado y en apariencia decidido a abandonar la selva como se lo aconsejaba Néstor Salazar, propúsole a Arteaguita:

—Vamos a echar una jugadita para matar el rato, mano a mano los dos.

—Por complacerte—accedió aquél—. Porque para mala suerte la mía. Pero no me cargues la mano, pues la pelea es desigual: tú traes más de mil onzas y las mías no llegan a sesenta. Pero eso sí: siempre que no sea con los dados del *Sute*.

—¡Ah, caramba, chico! ¿No me viste tirarlos al Cuyuni?

—Ya lo sé. Ya lo sé—dijo Arteaguita—. Lo dije en broma.

Jugaron un rato, ganando y perdiendo alternativamente pequeñas cantidades de oro en bruto. Algunos querían agregarse a la partida, pero Marcos no se lo permitía, diciéndoles:

—Este es un mano a mano, porque ese oro que se lleva Arteaguita es mío y voy a ver si se lo quito. Hasta ahora no he podido rasparle sino unas cinco o seis onzas; pero lo que es del cura va para la iglesia. O viceversa.

Pero de golpe se asentó la racha favorable al sastre y éste comenzó a animarse, aceptando paradas de importancia. Marcos Vargas perdía, al parecer contrariado y enardeciéndose. Ya las puestas eran puñados de oro que iban a engrosar el de Arteaguita y éste temblaba de pies a cabeza, desorbitados los ojos, pálido y silencioso, sacudiendo excesivamente los dados con una contracción nerviosa del puño que hacía recordar aquella mímica que empleó en Tumeremo cuando, en vísperas de salir para el Guarampín le confesó a Marcos que tenía miedo.

Y por este recuerdo que se le vino a la mente empezó Marcos a reir a carcajadas y a duplicar y triplicar sus puestas, diciendo:

—No los maraquees tanto, chico, que no vas para el Guarampín y no hay peligro de que te salgan contrarios. ¡Echalos sin miedo!

Pero no era miedo de perder, sino que Arteaguita nunca se había visto con tanto oro suyo por delante y aquello lo tenía perturbado a más no poder, mientras Marcos reía y exclamaba:

—¡Ah sastrería buena que vas a poner, Arteaguita! ¡Ahora sí va a ser de oro la tijera que no se come el trazo! Aprovecha tu racha y echa los dados sin miedo, que eso no es robado. Ya me has vaciado la mitad de la

batea, pero yo espero mi racha que ya tendrá que venir y entonces veremos quién canta victoria. ¡Ah sastrería buena que vas a poner, Arteaguita!

Pero en eso intervino Néstor Salazar, a quien fueron a contarle lo que estaba sucediendo:

—¡Arteaguita! ¿No comprende que ése es el mismo cuento del cochano? Esos dados son los del *Sute*.

Boquiabierto, tembloroso, a punto de echarse a llorar, Arteaguita abrió la mano para contemplar los dados; pero Marcos Vargas se los arrebató, diciéndole a Salazar:

—Estos no son los del *Sute*. ¡Estos son los de Marcos Vargas!

Y vaciando en la mesa el oro que le quedaba:

—¡Y todo eso es tuyo, Arteaguita! Para que montes una sastrería de lujo y te cases y tu mujer te llene de hijos que nunca pasen hambre. ¡Llévatelo! Que en el Cuyuni queda todavía mucho para Marcos Vargas.

Y aquella misma tarde embarcó otra vez en su curiara y abandonó El Dorado, Cuyuni arriba, por donde debía encontrarse con el *Sute* Cúpira, hombre a hombre.

XVIII

AYMARA

Un camino ancho, limpio, despejado, por entre la selva tupida. Y esto ya había sucedido otra vez. Un camino por donde avanzaba la pequeña cosa inmensa del espantoso clamor de una muchedumbre silenciosa. El tropezaba contra aquella muda y errante masa compacta, atravesándola sin encontrar resistencias y los hombres se iban iluminando por dentro como la selva oscura al resplandor del relámpago.

—¡Me andó alante el joven!—gemía uno, llevándose la

mano al pecho por donde él lo había traspasado, inmensidad tenebrosa.

—¿Qué desea, joven?—le preguntaba otro, oponiéndole resistencia; pero él lo traspasaba también y la pequeña cosa inmensa se apagaba murmurando—: Diga usted que lo vio morir como un Hombre Macho.

Pero él no podía detenerse. Sus brazos ya se rendían al peso de la pequeña cosa inmensa... ¡Y aquel puño crispado que no lo dejaba pasar!

—¡Acaba de echar los dados, que llevo prisa!

Y la pequeña cosa yerta se acurrucaba buscando el calor de su pecho inmenso.

Otro bebía su pequeño vaso interminablemente, y era como atravesar un gran campo calcinado bajo una lluvia copiosa. Pero el cacharro, ya vacío, había rodado por la mesa y se había roto contra el suelo. Cuando lo recogieron era un guiñapo de hombre tirado por los caminos. La sed inmensa de la pequeña cosa había consumido toda el agua. Sólo los troncos de los árboles rezumaban humedad viscosa y allí se aplacaba el fulgor de la fiebre de los hombres.

—¡Apaga, Bordona! ¡Apaga, que nos quemamos!

Alguien que se estaba abrasando por dentro corría de aquí para allá lamiendo aquellos troncos, desde la raíz hasta los copos más altos, mientras se desangraba por el muslo cortado hasta el blanco de los huesos; pero su lengua era una llama a cuyo contacto se evaporaba de golpe toda aquella humedad, envolviéndolo en una niebla ardiente, dentro de la cual un hombre desgalichado caminaba sin cesar moviendo continuamente su cabeza mecánica y murmurando:

—¡Canaima! ¡Canaima! ¡Canaima!

Y desde la raíz hasta los copos se iban secando todos los árboles y comenzaban a arder en una gran llama pálida.

Corría por la pica anchurosa lanzando su nombre al silencio. ¡Cinco años! Y era el incendio penetrando en la selva y al mismo tiempo un pequeño pájaro negro que volaba por encima de ella y cuya inmensa sombra negra errante por el suelo era él mismo, carbonizado ya por aquella llama pálida.

De pronto sintió que los pies se le habían convertido en raíces hundidas hasta el centro de la tierra, mientras por todo el cuerpo le corría una savia espesa y oscura, cien años subiendo hasta los copos más altos, para detenerse otros cientos a oir el paso del viento que hacía gemir los yapururos por la muerte del indio Maremare:

Maremare se murió
en el paso de Angostura;
yo no lo vide morí,
pero vi la sepultura.
Maremare se murió
en el paso e la tormenta;
yo no lo vide morí,
pero vi la huesamenta.
Maremare se murió
y no fue de calentura.
¿De qué murió Maremare
si no fuè de su amargura?
Maremare se murió.
Ya se murió Maremare.
Maremare se murió.
¡Pobrecito Maremare!

Y bajo los techos de las churuatas esparcidas por la inmensa tierra bárbara toda la indiada rompe en llanto por la muerte de Maremare... La triste canción del indio, destemplada, monótona, extraña, inmensamente triste. El le ha dado una entonación melancólica, ya musical, y hay un gran dolor de razas maltratadas corriendo en lágrimas entre los gemidos del carrizo indígena.

Y Ponchopire le dice:

—No cantando más, cuñao. Indio sufriendo mucho con Maremare tuyo. Descansando tú ahora.

Ahora ya todo aquello había pasado: la fiebre delirante y el errar continuo de aquellos años de extravagancias. Y Ponchopire le explicaba por qué su tribu no habitaba ya en el Padamu, como cuando él fue a Angostura en compañía del cauchero Federico Continamo, sino en la gran sabana del Ventuari donde ahora había plantado su churuata:

—Catarro matando indio en el Padamu. Muriendo piache, muriendo indio mucho. Nosotros dejando churuata bajo Padamu, alto Padamu. Raudal de Tencua y Catarro persiguiéndonos. Aquí seis lunas perdiéndonos la huella. Racional Continamo también resultando maluco: indio sacando goma para él vendiéndola en Angostura y comiendo hielo sabroso y él robando mujé. Aquí viviendo tranquilo porque no habiendo goma. Goma teniendo Canaima. Indio no queriendo sacarla más.

Los enemigos implacables del aborigen, causas de la migración de sus tribus: la tuberculosis que los diezma y el cauchero que los explotaba y los tiranizaba. La muerte, a la que había que dejarle la churuata cuando penetraba en ella—dentro de un cutumari el cadáver insepulto de la víctima—e ir a plantarla más allá. Bajo Padamu, alto Padamu, Raudal de Tencua, eran ya muchos los hitos macabros—osamentas al aire dentro de las viviendas abandonadas—que marcaban el éxodo de la tribu de Ponchopire a lo largo de aquel itinerario, perseguida por el catarro, la más temible para ellos de todas las formas que puede revestir Canaima. En la gran sabana del Ventuari donde ahora se los encontraba Marcos Vargas, parecían soplar por fin aires de Cajuña el bueno, el que da la salud y procura la pesca abundante y libraba de las garras del *racional* conduciendo al indio a donde no creciera el árbol de la goma.

Un sol tierno alumbraba ahora en torno a Marcos Vargas sencillas escenas de comienzos de mundos y una nueva sensación de sí mismo, pasada la tormenta espiritual, lo envolvía en la suave voluptuosidad de una paz profunda. Y así estuvo durante varios días, en el chinchorro de urdimbre sutilísima tejida con plumas de raros pájaros de la selva—agasajo especial de Ponchopire—contemplando, como a través de una niebla de ensueño, la quietud o la actividad que lo rodeaba. La paz silenciosa, cuando los hombres se iban en sus conchas a la pesca diaria por los remansos del Ventuari y las mujeres a los conucos, acompañadas de las guarichitas que ya pudiesen ayudarlas en el laboreo de la tierra y sólo quedaban por allí los viejos decrépitos, tumbados al sol de la playa o acuclillados a la sombra de la churuata, inmóviles como momias o hurgándose las greñas para sacarse los piojos o rascándose los niguas—delicia del indio, éxtasis animal de la comezón provocada—, y los indiecitos de teta durmiendo dentro de sus mapires, en el suelo, al cuidado de las grullas domésticas, niñeras celosas que no permitirían que se les acercasen insectos ni serpientes, pues así se alimentarían ellas mientras defendieran los críos. Quieto silencio que apenas turbaba el chapichapi del río bajo el soplo del viento o el sordo rumor distante del gran raudal de Tencua. Paz soporosa de días soleados en tierras melancólicas que se quedaron atrás en la marcha del mundo.

La actividad cuando regresaban las mujeres, a la espalda el guayare colmado de yucas, y se entregaban a preparar el mañoco de la comida cotidiana o el yaraque y la yucuta para las fiestas, y cuando volvían los hombres con el producto de la pesca y les entregaban a aquéllos los morocotos y los aymaras para que los destripasen y pusiesen a secar, que luego los macerarían hasta convertirlos en la harina del piraricú.

Y la cháchara de las guarichas provocando la algarabía de los loros y guacamayos mientras tejían los chinchorros de cumare o de curagua o las mantas de palo marimba para defenderse de los mosquitos y los mapires para los críos que esperasen o las esteras, talegas y guapas adornadas con grecas vistosas para el menaje de la vivienda común. Y el trabajo taciturno de los hombres fabricando las curiaras y las conchas, preparando las puyas de juajua y de cocorito para las flechas y los cañutos para las cerbatanas o machacando el barbasco para la pesquería del alba siguiente.

Vida simple y compartida en común, bajo un solo techo, el mañoco y el piraricú tomados de una misma fuente y con las solas manos, acuclillados en el centro de la churuata donde había unas topias sobre las cuales a veces se asaba un chigüire o un paujil que uno de ellos cazó para que comiesen todos; el bureche o la cupana bebidos de una misma casimba pasando de boca en boca. Vida tan de todos por igual, que si a veces los vapores de la yuca fermentada se les subían a la cabeza, como generalmente tienen la borrachera triste bastaba con que uno se acordase de alguno de los muertos de la comunidad e invitase a los otros a llorarlo para que en la churuata resonara el llanto unánime.

Sólo el amor tenía sus fueros propios. En la churuata se convivía, mas para el amor eran la soledad discreta y la Naturaleza plena: la curiara en el remanso del río o el campo raso lejos de la ranchería. De noche bogaban las parejas o se internaban por la espesura, tal vez en busca del nahual para el hijo: el espíritu del árbol o del animal o de la estrella fugaz que debe compenetrarse con el alma del indio desde el primer instante de su encarnación.

El nahual del cacique de la comunidad era el vaquiro salvaje del cual tomaba su nombre de Ponchopire, acaso por haber sido engendrado y concebido en algún paraje de playa a tiempo que alguna manada de tales bestias bajara a abrevarse en el río y el nahual de su hermana Aymara era

el pez de este nombre, de carne exquisita pero muy espinosa cuyo sería el aguaje que estremeció la curiara del amor en la quietud del remanso dormido.

No le eran desconocidos a Marcos Vargas ni las rudas costumbres ni los ingenuos misterios de aquella existencia, aunque hasta allí no había sido sino el espectador de unos ratos y de todo aquello sólo había captado lo que estimulaba o complacía la curiosidad del civilizado. Mas si aún no compartía la convivencia maloliente bajo el techo de la churuata—dentro de la cual sólo existía la familia como algo distinto e independiente de la comunidad, mientras dormía, ocupando un sector de los dos círculos concéntricos de horcones que sostenían la cónica techumbre pajiza, abajo el chinchorro del hombre, más arriba el de la mujer y finalmente los de la prole—y si tampoco se había allanado todavía a la desagradable costumbre de comer con la mano, de una sola fuente donde todos metían las suyas nada limpias, de todos modos ya era uno más de la pesca por los remansos del Ventuari, con flecha o cerbatana, silencioso dentro de la concha, y en el ruedo que por las noches, a las primeras horas, formaba toda la comunidad en el centro de la churuata, sentados en el suelo, fumando los hombres el cigarrillo de tabarí mientras se referían las peripecias de la jornada, para que no hubiese experiencia de uno que todos no conociesen, pero sin mirarse a las caras, fijos los ojos en el suelo o en el aire donde se deshacían las volutas del humo, porque las miradas de un hombre no pueden cruzarse con las de otro sin que sus nahuales se confundan o se destruyan mutuamente—así sean de animales o cosas afines o adversas entre sí—, casos ambos que serían la muerte ya comenzando por aquella parte de la doble personalidad. Y esto, así como—entre otras muchas prácticas supersticiosas—la de la que el piache se rodeara de oscuridad y de misterio para preparar el curare con sus innominadas lianas amargas y sus polvos de colmillos de serpientes,

manipulaciones especialmente vedadas a las mujeres, porque los ojos de la hembra malogran los efectos del terrible veneno, ya Marcos Vargas aprendía a considerarlo no como tales supersticiones, sino como cosas sencillas, de un sentido natural y evidente.

Durante aquellas veladas, Aymara sabrosa y arisca como apetecible y espinosa la carne del pez homónimo, ya sintiendo las urgencias de la mujer que despuntaba en ella se refugiaba a lo más oscuro de la churuata para contemplar a su gusto al racional, encendidos los ojos de lumbre de amor; pero si Marcos, buscándola entre el mujerío atento a la charla de los hombres alcanzaba a descubrirla y se quedaba mirándola, ella rebullía y se acurrucaba más en la sombra, mezclando la risa con los gruñidos, anticipos del instinto con que suele entregarse la india voluptuosa y huraña.

Ya Ponchopire se había fijado en esto y un día le preguntó a Marcos:

—¿A ti gustándote Aymara, cuñao?

—Gustándome más que el piraricú del pescado de su nombre.

—Pues cogiéndotela para ti después de su fiesta.

Y luego a la hermana, en su dialecto y como jefe de la comunidad:

—Tú serás la mujer del racional. Saca de ese hombre el mayor provecho para ti y para tu gente.

La fiesta de Aymara a que se refirió Ponchopire era la ceremonia con que se celebraría su entrada en la pubertad. Ya las ancianas, las grandes madres de la tribu, venían observándola detenidamente y cuando advirtieron que ya declinaba la última luna de la Aymara núbil ésta fue encerrada en una garita de palma construída al efecto a cierta distancia de la churuata, dentro de la cual permanecería aislada y sometida a riguroso ayuno hasta el plenilunio próximo. En el momento de cerrarse aquella especie de crisálida

donde se operaría la misteriosa transformación, todas las mujeres de la tribu prorrumpieron en llanto por la Aymara a quien no verían más y por la que saldría de allí, apta para las tremendas delicias del amor que perpetúa la dura existencia del indio.

Luego, en seguida, comenzaron los preparativos para la fiesta. De las sementeras, a las espaldas de las indias venían los guayares colmados de yuca, no descansaban los brazos preparando el mañoco y el piraricú que se consumiría en la gran comilona, ni quedó por allí casimba donde pronto no estuviese fermentando la yucuta, en tanto que los hombres se ocupaban en la confección de las tinturas de curame, chica, drago y conopia, con las cuales, pintándose, adorna el indio su desnudez. Y mientras las guarichas se dedicaban a aquellas alegres faenas, las viejas taciturnas y celosas de la tradición montaban guardia día y noche en torno a la clausura de palma donde se estaba efectuando el misterio.

Pero Marcos Vargas, haciendo esta vez burlas del rito, se dio sus mañas para que no fuese tan severo el ayuno de su prometida, pues ni de ésta los huesos—decía—ni de su nahual las espinas era lo que le gustaba. Y así fue para Aymara menos dura la anticipada expiación de sus pecados de mujer.

La antevíspera del plenilunio señalado, cuando ya se habían reunido allí todas las comunidades vecinas adonde llegó la noticia de la fiesta, al ocultarse el sol comenzó la algazara que de allí en adelante formaría toda la indiada en torno a la garita, en tanto que se entregaba al festín de mañoco y yucuta y a fin de que la recluída no pudiese conciliar el sueño.

Dos noches y dos días sin tregua duró aquel tormento y a tiempo que comenzaba el orto de la luna llena, con cuya aparición terminaría el retiro purificador de Aymara, cesó de pronto la algarabía, sobrevino un silencio imponente, se abrió la garita y junto con el astro alucinante, apa-

reció, quebrantada por el ayuno y el insomnio, pero ya propicia al amor, la nueva mujer de la tribu.

Y comenzó el baile, que todavía sería tormento para ella, aplicado por los hombres: la prueba del látigo.

Girando en torno a la guaricha, pintarrajeados de negro y de rojo y otra vez con gran algazara de cantos y gritos y provistos de bejucos de mamure, cada hombre debía propinarle dos azotes y luego uno a sí mismo, acaso porque en culpas del amor dos terceras partes son de la mujer.

—Dándole suavecito, cuñao—recomendábales Marcos Vargas, que junto con ellos bailaba y azotaba—. No maltratándome mucho a la guaricha.

No le asentaban demasiado la mano, pero eran tantos los verdugos que ya Aymara estaba a punto de soltar el llanto. Sin embargo, a través de las lágrimas asomadas a sus ojos había miradas sonrientes cuando era Marcos quien aplicaba los azotes.

La prueba del látigo no duró mucho, pero el baile ya no terminaría en toda la noche. Ya la luna estaba en la mitad del cielo y la embriaguez se había apoderado de toda la indiada. Enronquecidos y con aire de alucinados danzaban continuamente al destemplado compás de un canto bárbaro y desapacible, sin ritmo ni melodía, al son de los yapururos.

Pero hacía rato que Aymara no estaba por allí. Aquella noche también la curiara de Marcos Vargas bogó hacia la alta soledad de los remansos del Ventuari, sobre cuyas aguas flotaban los nahuales.

EL RACIONAL

Para la comunidad de Ponchopire antes había sido el cauchero Federico Continamo el racional por antonomasia. Que luego resultó como casi todos: un explotador brutal que les pagaba con abalorios, puñados de sal y trozos de papelón el caucho que para él recogían. Pero como el indio

fatalista ya nada espera de su raza humillada y vencida para librarse de las expoliaciones del blanco, o del supuesto civilizado sin distingos de matices de la piel, procura siempre ganárselo a partido sometiéndose a su patrocinio, a veces gustosamente. Y así procedió Ponchopire respecto a Marcos Vargas, de quien, por otra parte, conservaba un recuerdo grato de cuando lo conoció en Angostura.

Por el momento no estaba amenazada su tribu por los caucheros, pero siempre sería conveniente tener a su favor a un racional a quien los otros respetasen y viendo en Marcos un buen defensor de su gente le había dado por mujer a su hermana, previa la recomendación a ésta que en tales casos siempre hace el indio.

Por otra parte, al proceder así Ponchopire había obedecido tanto al sentido hospitalario, muy desarrollado en el indio, como al que éste tenía de la comunidad humana, dentro de la cual ni el individuo ni la familia pueden existir en sí solos ni para sí mismos. Sin vestigios de economía personal o doméstica, todos consumiendo por igual lo que cada uno producía, todos compartiendo la misma vida, la churuata era ya un símbolo: pertenecía a todos, todos contribuían a levantarla y sólo se adquirían derechos individuales bajo su techumbre para la temporal ausencia de la vida durante el sueño, en uno de los sectores de los círculos concéntricos que formaba la horconadura, o para la definitiva y perenne dentro del cutumari colgado del horcón central.

En uno de aquellos sectores fueron colgados, uno por encima del otro, los chinchorros de la nueva pareja; pero si Marcos prefirió continuar habitando con Aymara la vivienda aislada que Ponchopire le había hecho construir desde su llegada a la comunidad, ya bajo el espíritu uniforme de ésta era uno entre todos y el cacique parecía esperar de él grandes cosas para el beneficio común.

—Bueno, cuñao—díjole una tarde, después de una larga

pausa silenciosa, ambos contemplando la puesta del sol sobre el Ventuari—. Ya Ponchopire enseñándote las cosas como ofreciéndote en Angostura; ahora tocándote a ti.

—Bueno. Tú diciendo lo que queriendo que te enseñe —repuso Marcos, que ya de otro modo no se expresaba.

El indio sonrió y con el resplandor de una gran esperanza a punto de realizarse, iluminándole la faz, interrogó:

—¿Sí? ¿Tú enseñándome, cuñao, lo que yo queriendo?

—¡Sí, hombre! Siempre que yo sabiéndolo, por supuesto.

—Bueno. Enseñándome hacer hielo.

Era lo único que le había interesado de la civilización, a lo que de ella columbró durante su permanencia en Ciudad Bolívar y lo primero que se le ocurrió pedirle a Marcos Vargas después que se hubiera efectuado la fiesta de Aymara. Con lo demás podían quedarse los racionales. Y así fue grande su desencanto cuando Marcos le repuso:

—¡Ah, caramba, cuñao! En buen apuro poniéndome tú. Yo no sabiendo fabricar hielo, ni eso tampoco pudiendo hacerse aquí.

Era lo mismo que le había respondido Federico Continamo cuando igual petición hubo de hacerle.

—¡Ah!—exclamó—. ¡Tú tampoco sabiendo!

Y no se explicaría nunca cómo podía ignorar un racional lo que otros sabían, cuando entre ellos—los indios—era tesoro común la ciencia de las cosas necesarias para la vida. Ni por su parte llegaría a darse cuenta Marcos Vargas de hasta qué punto había defraudado las esperanzas de Ponchopire.

Días después llegaron por allí dos guainaris de las riberas del Arapani, de evidentes rasgos mestizos ensombrecidos por aire de embrutecimiento profundo. Traían un cutumari con despojos y reliquias de su cacique recién muerto de manera misteriosa y venían a consultar con Caricari, viejo piaima de la tribu, famoso como adivino por aquellas regiones, acerca de las causas de aquella muerte, para lo cual eran los

mechones de cabellos y las uñas del difunto que venían dentro del cutumari, junto con objetos que habían sido de su uso personal.

Caricari, momia decrépita, salió penosamente del letargo senil en que vivía sumido, tomó unas polvadas del ñopo que le ofrecía Ponchopire a fin de que entrase en el trance adivinatorio y comenzó a absorberlas por la nariz, primero despacio y progresivamente más aprisa, mientras la comunidad y los forasteros lo contemplaban con religioso respeto.

De pronto el vejete entró en estado convulsivo y en seguida delirante, mascullando palabras extrañas, las más de ellas sin sentido alguno, con las cuales anunciaba que ya su nahual lo llevaba volando por los aires sobre grandes ríos torrentosos y altísimas sierras y cuando los guinaris le oyeron decir que ya veía, allá abajo, la churuata de ellos, sacaron del cutumari los despojos mortales y se los pusieron entre las manos trémulas de senectud y de delirio de yopo.

Ya Ponchopire le había explicado previamente que se trataba de una muerte misteriosa, de la cual había sido víctima un racional que hacía treinta años regía aquella tribu del Arapani, padre de los mestizos que ahora le pedían ahincadamente que les dijese de qué había muerto.

El visionario provecto, gimiendo como un crío, palpó, olfateó y luego apretó contra su pecho aquellas repugnantes cosas, mientras sus ojos en blanco seguían por los aires del delirio el vuelo del gavilán de su nahual y al cabo de un rato de gimoteos y de convulsiones de trance comenzó a balbucir frases entrecortadas y en su mayor parte ininteligibles, que si nada preciso decían respecto a lo que se le preguntaba, en cambio parecían expresar una esperanza mesiánica, pues—traducidas y reconstruídas por Marcos Vargas—anunciaban que en todas partes ya estaban colmadas las calabazas donde se prepara el curare, porque los ríos comenzaban a correr hacia sus cabeceras y esto significaba que ya *ella* venía contra *él* desde el fondo de la gran noche

sin luna. Pero la alusión al curare fue suficiente para que los mestizos se convencieran de que su padre había sido envenenado.

Ya metían dentro del cutumari los despojos y reliquias por los cuales esperaba el muerto, solitario morador de la churuata allá en la ribera del Arapani, cuando Marcos advirtió que una de aquéllas era un papel impreso, pringoso y ya roto por los dobleces, y apoderándoselo, sin hacer caso de las protestas de los mestizos, se dirigió a su choza para examinarlo.

Era un periódico de Ciudad Bolívar, de un día indeterminable de hacía muchos años, por haber desaparecido el trozo que contenía la fecha y cuya pringue denunciaba frecuentes lecturas, así como sus dobleces cuidadosa conservación. No contenía nada que fuera ya ni pudiese haber sido nunca interesante: era uno de esos periódicos de ciudades pequeñas que nunca salen de ellas para asomarse al resto del mundo ni jamás contienen nada que en ellas ya todos no sepan; pero había sido, sin duda, el único contacto de aquel "racional" con el mundo civilizado del cual se apartara, quién sabía por qué, y Marcos Vargas se quedó largo rato cabizbajo con el sucio papel entre las manos, mientras en su interior resonaban palabras de cinco años atrás:

—...y es que te quiero tanto, tanto, tanto!

Y Ponchopire tuvo que repetirle varias veces:

—Cuñao. Los guainaris esperando su papel, porque allá su padre necesitándolo para irse todo. Hijos no pudiendo regresar sin cutumari completo.

—¡Hijos!—murmuró Marcos.

Y al representarse la profunda estupidez que expresaban los rostros de los mestizos, maquinalmente dirigió su mirada al vientre de Aymara, ya madre, que estaba hacía rato por allí sin que él lo advirtiese.

Devolvió el papel entregándoselo a Ponchopire y éste

a Aymara para que se lo llevase a los guainaris, mientras él se quedaba allí para cambiar impresiones.

—Yo estando pequeñito cuando llegó racional de Arapani—dijo para empezar—. Allá queriéndolo mucho; ahora envenenándolo...

Pero Marcos abandonó la choza dejándolo con la palabra en la boca.

Vagó todo el día en su concha por el río solitario y aunque fueron frecuentes los aguajes que rizaron los remansos, por la tarde regresó sin pesca. Y así uno y otro día.

Aymara sufría viéndolo tan desganado de ella que no le dirigía la palabra ni la consentía a su lado; pero ya había tomado sus medidas a fin de que no se le escapase: le había aprisionado las huellas, cubriendo con casimbas disimuladas entre el monte y diariamente vigiladas las que su planta había estampado por allí.

Mas no era sólo ella quien custodiaba estas prisiones, sino toda la comunidad interesada en retenerlo y si él las hubiese descubierto se habría explicado—ya él también pensaba así—por qué nunca bogó decididamente Ventuari abajo, hacia el Orinoco que lo restituyera al mundo civilizado, cuando esto se proponía siempre al abandonar la ranchería.

Así las cosas, una tarde le salió al encuentro Aymara y abrazándose a él se quedó mirándolo con aire extraño y gestos reveladores de inquietud.

—¿Qué te pasa, mujer?—le preguntó, molesto. Y como en seguida advirtiese lo que al llegar se le había escapado del aspecto de la ranchería—: ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué está esto tan solo?

Aymara le respondió con mudas señas hacia la churuata y él se encaminó a la vivienda común con vagos presentimientos. ¿Acaso una muerte? ¿O la vuelta del cauchero Continamo a someterlos de nuevo a su tiranía?

Pero la guaricha, siempre con mudas señas, le aconsejó

que no entrase, sino se apostase afuera a oir lo que adentro se hablaba y así lo hizo.

Era en dialecto maquiritare, pero con acento arinacota, y un hombre, que debía de ser joven, el que hablaba mientras toda la comunidad escuchaba en silencio. Contaba cosas que había visto o le habían acontecido durante un largo viaje. Uno de esos prodigiosos viajes que emprenden a menudo los aborígenes, solos y escoteros a través del vasto mundo de sierras escabrosas, selvas enmarañadas o todavía desconocidas por el civilizado, sabanas desiertas, tortuosos caños y torrentosos ríos, generalmente en busca de mujeres para reanimar con cruzamientos de tribu a tribu la raza que languidece. En las riberas del Merevari residía la del arinacota que allí dentro hablaba contando su odisea, el regreso del bajo Rionegro con una india huarequena.

Refería que por todas aquellas tierras recorridas se advertía un inusitado movimiento de indios...; que por las sabanas se divisaban a lo lejos largas hileras de gente caminando hacia el Sur; que muchas churuatas habitadas cuando él iba para el Sererehuene—río de aguas negras—las había encontrado abandonadas a su regreso; que le habían dicho que el cerro del Duida y el de Uaraco ya estaban echando candela, toda la noche, señal de que se aproximaban grandes y terribles acontecimientos; que en todas partes había oído hablar de la aparición de una india, de una raza desconocida, que por fin había descifrado lo que estaba escrito en una de las rocas de las cataratas de Sererehuene, lo cual significaba que se aproximaban los tiempos del indio otra vez dueño y señor de su tierra. Finalmente, dijo que desde el Sur venía avanzando un gran incendio a través de toda la selva, en vista de lo cual se estaban saliendo de ella todos los racionales, chupadores de la sangre del árbol de goma, violadores del sueño del oro con cuyo despertar se había desatado Canaima sobre la tierra del indio.

Aymara temblaba, abrazada a Marcos Vargas y éste recordó las palabras de Caricari, días antes:

—Ya están llenas todas las calabazas de curare... Ya han empezado los ríos a correr hacia las cabeceras...

Se zafó de Aymara y entró en la churuata, haciendo callar al arinacota sorprendido.

Al primer golpe de vista advirtió la reserva en todos los rostros que horas antes se le habían manifestado francos y amistosos; pero no se dió por entendido y conforme a la costumbre indígena tomó asiento en silencio en el ruedo que formaba la comunidad, sin dirigir palabras ni ademanes de saludo al arinacota ni a la huarequena, una guaricha altiva y ceñuda, de ojos verdosos, color de las aguas de su sombrío Uaramoto natal.

En seguida Ponchopire tomó la palabra para referirle al forastero—que ya había pasado por allí cuando iba para Rionegro—cuanto había ocurrido en la comunidad desde esa fecha, como es costumbre lo haga el jefe de una tribu después que su visitante ha contado lo que vió o le ocurrió durante el viaje. Y con voz monótona, sin matices para las distintas emociones de las cosas narradas, estuvo hablando largo rato mientras los demás callaban mirando al suelo.

Menos Marcos Vargas, que no hizo sino contemplar a la huarequena, quien a su vez se atrevió a sostenerle la mirada varias veces, y menos Aymara, que todo el tiempo estuvo espiando aquellas miradas.

Luego fue la comida y después el maremare, pero esta vez no lo cantó Marcos Vargas.

Una idea bullía en su cerebro y se había ido a ventilarla a orillas del Ventuari, ante la noche fosca con un ruedo de rojizos resplandores en el horizonte y en su vasto silencio el mugido lejano del gran raudal de Tencua.

¿Sería posible—se preguntaba—sacar algo fuerte de aquellos indios melancólicos? ¿Quedarían rescoldos avivables de la antigua rebeldía rabiosa bajo aquellas cenizas de sumisión

fatalista? ¿Quién sería aquella india, de una raza desconocida, de que hablara el arinacota?... El quería llamarla Tararana—algo de guarura guerrera sonaba en esta palabra guaraúna—e imaginársela anunciada en alguna leyenda mesiánica... Pero ¿no sería él capaz de reunir bajo su mando todas aquellas comunidades dispersas en un vasto territorio y a la cabeza de ellas emprender aquella obra grande que una vez le aconsejara Gabriel Ureña? Decirle al blanco explotador: "¡Fuera de aquí!..." Y crear un gran pueblo indio... Pero ¿no sería ya la raza indígena, degenerada por enfermedades sin cuidado ni precaución y por falta de cruzamientos y por alimentación insuficiente algo total y definitivamente perdido para la vida del país? ¿Y él mismo, por su parte, qué ideas se había traído en la cabeza que sirviesen para algo?...

Cruza una exhalación por la noche fosca, dejando un rastro de luz azulenca que luego se extingue en silencio... ¿Qué deseo le ha encomendado ahora el fondo de su alma al fugitivo instante? ¡Cuán lejos de todo se estaba en aquella solitaria ribera del Ventuari, ante la negra noche!

Unos gemidos ahogados le hicieron volver de su ensimismamiento. Era Aymara, a pocos pasos de él sin atreverse a acercársele. Ahora murmuraba entre sollozos:

—¡Y yo queriéndote tanto, tanto, tanto!

Al oir estas palabras se estremeció de que fueran las mismas de cinco años atrás en otra boca; pero luego sintió una compasión generosa, mezclada con tristeza de sí mismo y llamó a la mujer colmada de su amor ante el porvenir sin esperanzas:

—Ven acá, guaricha.

Le echó el brazo al cuello y la atrajo en silencio hacia su pecho, con ganas de llorar, como si con ella se hubiese quedado solo por algo definitivamente perdido o que nunca llegó.

Frente a ellos, bajo la noche fosca, el Ventuari arrastraba su inútil caudal. Aguas perdidas sobre la vasta tierra inculta.

XIX

¡ESTO FUE!

—¡Nueve pies! ¡Fondo duro!

Bocas del Orinoco. Puertas, no bien despejadas todavía, de una región por donde pasó la aventura que aridece el esfuerzo y donde clavó la violencia sus hitos funestos. Aguas de tantos y tantos ríos por donde una inmensa tierra inútilmente se ha exprimido para que sea grande el Orinoco.

Guayana frustrada. La que todavía no ha sido y la que ya no es. La de los caudalosos ríos desiertos por cuyas aguas sólo navegan las sombras de las nubes, la de las inmensas energías baldías de los fragorosos saltos desaprovechados, y la de los pueblos tristes, ruinosos, sin tránsito por el día ni luz por la noche, donde el guayanés suspira y dice al forastero:

—¡Esto fue!

Por los caminos del Yuruari, sembrados de baches, ya las colleras de las mulas no entonan el canto de la abundancia y en los paraderos donde ahora nadie se detiene están abandonados a la intemperie los carros de los antiguos convoyes. Los sustituyó el progreso aparente del camión, pero sólo muy de trecho en trecho y de tiempo en tiempo jalona el silencio el alarido del bocinazo, y en Upata de los carreros la gente suspira y murmura:

—¡Esto fue!

La del caucho sin precio para ganancias, que ya no se explota, la del oro que poco aparece y sólo para enriquecer avariciosas manos extrañas, la de la sarrapia, apenas, que

continúa manteniendo la ilusión de riqueza conquistable sólo con unos meses de montaña.

—¡Esto fue!

Y en Tumeremo dicen y en Guasipati lo repiten:

—Si este año no aparece oro en el Cuyuní, este pueblo se acaba definitivamente.

Por El Callao, a orillas del Yuruari, el negro Ricardo, ya viejo, va todavía saltando sobre su muleta de palo, con una piedra en la mano libre en busca de botellas que romper.

—¿Cuántas, Ricardo?—le preguntan diariamente, los que con su demencia se divierten.

Y él responde, satisfecho del estrago causado:

—¡Veinte, chico! ¡Veinte!

Y prosigue su marcha, zangoloteando la pierna tronchada.

Pero en las riberas del turbio Yuruari, todavía la negra Damiana continúa lavando las arenas que ya no arrastran oro.

—¡Esto fue!

Por los caminos de los alrededores de Upata todavía vaga José Francisco Ardavín de regreso de su ilusoria pelea de El Caujaral, desquijarado, babeante, mustia de demencia la mirada. Pero *musiú* Giacomo, ya viejo también, aún conserva el pergamino del *Españolito* y junto con él muchos esperan que algún día se descubrirá el tesoro de los frailes y que entonces Upata volverá a ser Upata. Mientras que Childerico continúa diciendo que él tiene su corcel y algún día lo jineteará por los caminos del orbe asombrado, porque está escribiendo un libro que lo hará famoso, una gran obra que estremecerá al mundo... Aún se ignora sobre qué versará y se sospecha que la escriba durante las horas muertas, porque ahora en *Los Argonautas* no hay mucho que vender.

—¡Esto fue!

En Tumeremo la intemperie y las lluvias han descolorido la tijera de oro pintada en la muestra de la sastrería de

Arteaguita, que ya a veces se come el trazo estropeando la tela, y cuando el sastre, agobiado de hijos mal vestidos, se sienta a la puerta por las noches y levanta la mirada hacia la polvareda de mundos del Camino de Santiago, suelen asaltarlo nostalgias de su ciudad natal y se le oye murmurar.

—¡Caracas! ¡Caracas! ¡Quién estuviera a esta hora en la esquina de Las Gradillas!...

Sólo en *Tupuquén* restan esperanzas bien cifradas. La tierra produce, los ganados se multiplican, los hijos crecen y van saliendo buenos. De tiempo en tiempo allí se recuerda a Marcos Vargas e invariablemente se exclama:

—¿Qué se habrá hecho? ¡Aquella esperanza fallida! ¡Aquella fuerza gozosa que se convirtió en atormentada!

Aracelis, cansada de esperarlo, se casó con un ingeniero inglés de la minas de El Callao. El había insistido mucho y ella por fin tuvo que acceder, para luego decidirse:

—¡Esto fue!

Pero un día se detiene en *Tupuquén* un viajero acompañado de un joven como de doce a catorce años.

—Don Gabriel—dice el primero—, aquí le mandan este muchacho para que usted lo eduque como está educando a sus hijos.

—¿Quién lo manda?—pregunta Ureña—. ¿Quién es este chico?

—Pregúnteselo a él mismo—responde el viajero.

Ureña lo mira a los ojos y ve brillar la inteligencia, le oprime luego los músculos de los brazos y siente la fortaleza, se le queda contemplando, porque ya lo reconoce, y descubre la bondad. Es un mestizo, bien templado el rasgo indio.

—¿Cómo te llamas?—le pregunta.

Y el muchacho responde:

—Marcos Vargas.

Bocas del Orinoco. Aguas del Padamu, del Ventuari...

Allí mismo está esperándolas el mar. Apoyado sobre la barandilla del puente de proa va otra vez Marcos Vargas. Ureña lo lleva a dejarlo en un colegio de la capital donde ya están dos de sus hijos y es el Orinoco quien lo va sacando hacia el porvenir... El río macho de los iracundos bramidos de Maipures y Atures... Ya le rinde sus cuentas al mar...

FIN DE
"CANAIMA"

POBRE NEGRO

PRIMERA JORNADA

I

TAMBOR

Cuaruras y carrizos del aborigen vencido se alejaron gimientes hacia las internadas selvas profundas y por la ruta de los ciclones, en las sentinas de los barcos negreros. vino el tambor africano.

Tam, tam, tam...

Tambor de San Juan, tambor de San Pedro, tambor de la Virgen de la Coromoto... Allá se quedaron las divinidades bárbaras, pero el alma pagana aquí también celebra con danzas sensuales las vísperas santificadas. Y es un grito del Africa enigmática el que estremece las noches de América:

—¡Airó! ¡Airó!

Por las minas de Buria y de Aroa, donde el negro abrió el socavón; por Barlovento y la costa de Maya, donde el negro sembró el cacao; por los valles de Aragua y del Tuy, donde el negro plantó la caña, bajo el látigo de los capataces.

Tam, tam, tam...

Resuenan los parches del curveta y del mina. Y el alma negra vuelca en el grito sensual que le arranca la música bárbara, la entonación lamentosa que enturbia la alegría de las razas humilladas:

—¡Airó! ¡Airó! ¡Airó! ¡Manita, oh!

Vísperas de San Juan. Noche de recibirla cantando con

reflejos de candiles en los rostros negros, vueltos hacia las blancas estrellas.

—Ya viene la noche escura.

—¡Ya viene, ya!

—La noche del gran San Juan.

—¡Anjá, mirá!

—Escura como mi negra.

—¡Ni má, ni má!

—¿Qué hará mi negra tan sola?

—¡Llorá! ¡Llorá!

Tam, tam, tam...

Ya cierran el círculo en torno de los tamboreros, que parecen invocar los espíritus de la noche, en blanco los ojos, entreabierta la boca toda dientes blanquísimos, mientras las manos ágiles les arrancan a los parches del mina y del curveta el alma frenética de la música negra.

Cotizas de estreno, enaguas almidonadas, pañuelos de Madrás oprimiendo las greñas rebeldes, brazos desnudos, buenos para el mordisco de la lujuria, algunos con verdugones del látigo de los capataces. Sombrero de cogollo y muda limpia de listado los hombres; al pecho, sobre la franela, terciado el escapulario de la Virgen del Carmen, junto con la mugrienta almohadilla del amuleto donde cada cual lleva un trozo de su propio cordón umbilical disecado, para que lo libre de daños y peligros la madre, viva o muerta, a la que así siempre se mantiene unido. Calor africano, hirviendo en estrellas la noche del veranito de San Juan.

Ya el curveta y el mina marcan el compás de baile, y la negrada prorrumpe:

—¡Airó! ¡Airó!

Una mujer avanza dentro del círculo, en el centro del cual da comienzo al baile. Sus pies apenas se mueven en un palmo de tierra, pero el ritmo de la danza ya le sacude las caderas haciendo sonar las enaguas, ya le estremece los pechos, ya lo respira la boca sensual, ya lo resuellan las na-

rices dilatadas, ya está en el blanco de los ojos en éxtasis.

—¡Toma tu tuna, San Juan!—grita, hacia la noche estrellada, imitándola las mujeres.

—¡Toma tu piña, San Juan!—responden los hombres a coro.

Las frutas del tiempo, que así le ofrendan al santo, mezclando lo piadoso con lo irreverente para la malicia de las risotadas en que todos prorrumpen, bajo el repiqueteo de los tambores frenéticos que estremecen la noche cabalística.

—¡Airó! ¡Airó!

Es porque la mujer que baila dentro del círculo ya elige a uno de los hombres que todavía lo forman, plantándosele por delante y cantándole:

—¡Suelta el chivato, manito! El chivato de San Juan.

A lo que responde el hombre elegido, a tiempo que sale a bailar.

—¡Asujétame la chiva, que ya estoy donde las dan!

Ahora es la pareja eterna, que se busca y se esquiva, la danza vital que lanza a la hembra contra el macho. El hombre huye y la mujer lo persigue, acosándolo, atajándolo, tratando de meterle la zancadilla con que debe derribarlo, mientras los demás corean, descargando la voz unísona en el compás de los tambores:

—¡San Juan, San Juan, San Juan!

—¡Toma tu tuna, San Juan!

—¡Toma tu piña, San Juan!

—¡San Juan, San Juan, San Juan!

Hierven arriba las estrellas de las noches del trópico. La luz de los candiles pone reflejos alucinantes en los rostros enardecidos. Sube hacia los silencios supremos de la noche ardorosa el griterío de la sensualidad jadeante. Sudan los cuerpos y huele a negro todo el aire.

Ahora no se oye sino el tam tam de los tambores. La mujer ha recogido su danza al palmo de tierra que ocupan

sus pies y es el hombre quien viene por ella, imitando la rueda del gallo, alas sus largos brazos, quebrándose sobre la cintura a uno y otro lado, punteando el paso menudo con alardosa agilidad, cada vez más cerca de la presa codiciada, para saltar atrás con un esguince rápido cuando ella trata de meterle la zancadilla.

Lo ha logrado, por fin. Rueda el hombre por tierra. Se alza el grito unánime:

—¡Airó! ¡Airó!

Y la hembra victoriosa desata la danza triunfal en torno de su víctima derribada, a tiempo que el coro repite:

—San Juan, San Juan, San Juan.

—¡Toma tu tuna, San Juan!

—¡Toma tu piña, San Juan!

—San Juan, San Juan, San Juan.

Y empieza el baile general, sobre el mismo tema de parejas que se buscan y se esquivan, trenzando la danza en torno de los tambores frenéticos.

Tam, tam, tam...

—¡Tumba la vaca! ¡Tumba el becerro!

—Coge la chiva que se va pal cerro.

Tam, tam, tam...

—¡Airó! ¡Airó!

EL EXTRAÑO MAL

He aquí el abismo donde había de sucumbir, presa del vértigo, el alma atormentada de Ana Julia Alcorta.

Una misteriosa fiebre errante que por momentos le recorría todo el cuerpo, arrebolándole las mejillas, aterciopelándole los ojos. Un gran dolor dulcísimo de punzantes lanzadas que le traspasaban el pecho, de clavos ardientes que le taladraban las manos. Congojas, ahogos y de pronto desmayos. Embelesos, ausencias del alma que se le escapaba durante largas horas y de las cuales tornaba, cual de penosos

viajes, rendida, desmadejada y tan aturdida que se pasaba varios días, sonámbula despierta, sin entender lo que le hablasen, sin sentir la resistencia del suelo bajo sus plantas leves ni la materialidad de su cuerpo dentro de las ligeras ropas.

Los médicos que la habían examinado siempre se quedaron cavilosos cual si no acertasen a descubrir la causa del mal que la consumía; pero, sin embargo, todos habían coincidido en esta opinión, formulada junto con una sonrisa:

—Nada grave, propiamente. Con el matrimonio desaparecerá todo eso.

Pero Ana Julia no quería casarse. No le faltaban adoradores, porque era bien parecida, dulce y amable, ni entre ellos dejaba de haber alguno que fuese de sus predilecciones: pero a todos los rechazaba con bruscas genialidades, incompatibles con la suavidad y la delicadeza habitual de su carácter.

—¡Pero, hija!—decíale la madre—. ¿Cómo es posible que entre tantos que te cortejan, todos buenos partidos, no haya ninguno que sea de tu agrado? Piensa que pronto cumplirás los veinte años y que quizá no te duraremos mucho tu padre y yo, que ya somos viejos. Es tiempo de que vayas eligiendo marido.

Pero ella se estremecía, con repudios de toda su alma, muchas cosas en la trenzada tormenta inconfesable, y replicaba suplicante:

—¡Hazme el favor de no insistir en eso, mamá! ¡Déjame tranquila! ¡Por Dios te lo pido!

Y la extraña dolencia seguía consumiéndola.

Una inquietud indiscernible que iba apoderándose de su ánimo en remitencias periódicas. Una impresión ya casi visual de cierta sombra proyectada sobre ella, de algo espantosamente negro, que fuera a echársele encima por momentos. Cerraba los ojos, temerosa de que aquello se hiciese de un tono visible, y era entonces una horrible noche oscura dentro

de su espíritu desamparado; trataba de abrirlos para defenderse de la monstruosa presencia que por instantes sentía materializada en aquellas tinieblas y su voluntad forcejeaba inútilmente contra otra, más poderosa, sobrehumana, que ya no le permitiría movimiento alguno y así se quedaba en angustia mortal, esperando la tremenda cosa que habría de sucederle. Luego, el extraño dolor dulcísimo de la lanzada en el pecho, de los clavos taladrantes, y la lengua de fuego que empezaba a recorrerle todo el cuerpo. Después, el profundo desmayo, la ausencia del alma y la vuelta extenuada, exhalando un suspiro y balbuciendo:

—¡Dios mío! ¿Por qué me has escogido para esto? ¡Ya no podré defenderme más!

Sus padres, inclinados sobre su rostro exangüe en la espera de que volviese de aquellos desmayos, cuando le oían tan extrañas palabras levantaban las miradas y en silencio las cruzaban entre sí.

—Daños que le han echao—opinaban las viejas esclavas domésticas, participantes de la tribulación de los amos—. Yo como su mercé don Carlos me dejaba de tanto médico y tanto menjurje y se la llevaba al brujo del Alto de Macanilla pa que la ensalmara.

Desde los comienzos de su vida, tal vez, se encarnizaron en ella las fuerzas oscuras causantes de esta tormenta espiritual, pues vino al mundo junto con la guerra que conmovió el sosiego de la familia Alcorta, acomodada a la tranquila existencia de la Colonia, y sus primeros años discurrieron en un ambiente de sobresalto que culminó en el terror del terremoto de 1812.

De este cataclismo presumía Ana Julia conservar memoria; pero al mismo tiempo lo localizaba en una noche de suprema angustia doméstica, esperando sus padres algo tremendo que sucedería de un momento a otro.

—No, hija—decíale don Carlos—. No es posible que te acuerdes del terremoto. Esa noche—a mucho concederte

buena memoria—sería tal vez alguna de aquellas tremendas del año catorce, cuando se aproximaba Boves.

—Es posible—concedía ella—. Porque conservo la impresión de muchedumbres huyendo de algo terrible que se acercaba.

—La emigración del catorce—ratificaba el padre.

—Pero al mismo tiempo—insistía ella—la de un gran silencio. de un silencio espantoso, después de un cataclismo.

En cambio, no conservaba memoria de otra gran impresión de su infancia, por los nueve años. Una tarde, en su casa de Río Chico, ya anocheciendo. Gritos en la calle que la hicieron asomarse a la puerta. Un negro de estatura descomunal, a quien traían, atadas las manos a la espalda, cubierto de sangre, en medio de una multitud que lo apedreaba y lo apaleaba. Su padre la quitó de la puerta, la hizo entrar en la casa y salió a informarse de la causa del acontecimiento. Luego regresó con la explicación, dándosela a doña Agueda, que lo esperaba en la entrepuerta, de modo que sólo ella pudiese oir. Pero a ésta se le escapaban las exclamaciones:

—¡La hijita de Crisanto! ¡Dios mío! ¡Qué monstruo!

Ana Julia, que por ahí andaba, oyó sin entender y en seguida olvidó; pero si alguien le hubiese sondeado los abismos del alma, habría descubierto que allí estaba escondida la instantánea intuición atroz, que nunca debía ser recordada, de donde provenía todo aquel extraño embrujamiento.

Comenzó, desde aquel mismo día, por una aversión a la comida que hubiesen guisado las esclavas del servicio doméstico convirtiéndosele pronto en un asco invencible por todo lo que hubieren tocado manos negras. Al principio, la madre se lo combatió como capricho pueril, reprendiéndola y obligándola a tomar el alimento repulsivo, pero en vista de que el estómago se lo devolvía, contemporizó y tuvo que gui-

sarle ella misma lo que había de llevarse a la boca, aunque sin dejar de reprenderla:

—Va a castigarte Dios por esa grima que les has cogido a los pobres negros. ¿No son cristianos como tú? ¿No te quieren y te miman las negras de casa más que a las niñas de sus ojos? ¿Por qué les has cogido esa idea?

Ella no sabía explicar por qué, y en sus oraciones, siguiendo el consejo de la madre, le pedía a Dios que le quitase aquellas grimas.

Pero fue años después cuando comenzó a manifestarse verdaderamente la perturbación espiritual, coincidiendo con la transformación de la niña en mujer. Un día, en la escuela, cuando por haber mojado demasiado la pluma, se le mancharon de tinta los dedos.

La maestra la reprendió duramente, la llamó puerca, la calificó de inmunda, y fue tal la impresión que le causaron estos epítetos—de todo punto injustos, pues, por lo contrario, era excesivamente cuidadosa de su limpieza—, y en tan crítico momento de depresión nerviosa vino a oírlos, que aquella tarde tuvo fiebre y por la noche una pesadilla en la que se veía ennegrecer por instantes, extravasada bajo su piel blanca y fina una sangre inmunda, negra como la tinta.

Desde entonces no le fue posible usar la pluma sin mancharse los dedos, porque esto la hacía sentirse desgraciada, condenada a una injusticia, que no era solamente la del castigo que le impondría la maestra por juzgarla obcecada, sino una gran injusticia que con ella debía cometer la vida, y semejante pensamiento le era grato.

Pero al mismo tiempo su desequilibrio espiritual, consiguiente a la transformación recién operada en su organismo, dio origen a una reacción mística. Recordó las palabras de la madre que le anunciaban castigo de Dios por aquellas grimas, vio pecado de soberbia en el amor de su blancura y su limpieza y le pidió a Dios, ardientemente, que le inspirase amor a los negros, que la volviese negra a ella

misma, como a Santa Efigenia. Y fue así cómo una noche, durante sus oraciones frenéticas, tuvo la primera visita de aquella cosa negra que ya iba a echársele encima.

Un día de años después, pasada la más tormentosa de aquellas crisis de punzantes lanzadas y largos desmayos, tomó determinación de internarse en un convento, no porque tuviese verdadera vocación monjil—aquel arrebato místico había sido pasajero—, sino porque allí tal vez encontraría la paz del alma.

A los padres no podía agradarles tal determinación de la única hija que los acompañaba—ya casado el primogénito Fermín—, y como aún abrigaban esperanzas fundadas en el remedio positivo, trataron de combatírsela. Ella misma insistió, y entonces le propusieron:

—Bien. Te irás al convento de las Carmelitas o de las Concepciones de Caracas, si tal es tu decidida voluntad—díjole don Carlos, conforme a lo convenido con la esposa—. Pero mientras podamos trasladarnos a la capital nos complacerás en esto: pasaremos unos días en la hacienda. Nunca has querido volver allá, y allí quizá esté tu curación. Vida de campo es lo que necesitas, a lo menos por un tiempo.

Una extraña sonrisa asomó al rostro de Ana Julia y su voz tuvo una entonación singular cuando formuló esta pregunta, en apariencia innecesaria:

—¿Ustedes quieren que yo vaya a la hacienda? ¿Tú también, mamá?

—Iremos contigo—respondió doña Agueda—. Unos días de campo, como ha dicho tu padre...

—Bien—accedió ella, todavía con la sonrisa extraña en el rostro exangüe—. Ya que ustedes mismos lo desean.

Más de cinco años separaban este momento de aquéllos cuando en la escuela mojaba demasiado la pluma para mancharse los dedos y sentirse desgraciada, víctima de una

gran injusticia; pero las palabras de ahora obedecían al mismo sentimiento de entonces. Sólo que ella no habría podido explicar cuál era.

HUMILLADOS Y BURLADOS

Víspera de San Juan. En los cacaotales de La Fundación los esclavos trabajan con ahinco.

—Esta es la tarea de hoy—les había dicho el capataz Mindonga, indicándoles un extenso espacio invadido por las malezas—. De aquí a la tarde tienen que dejá to esto limpiecito como patio e baile, mismamente que si aquí juera a sé el tambor de este año. Sáquenle son a las taguarás como si estuvieran repicando curveta.

Escardillos y machetes de rozar no tienen descanso en las manos afanosas; pero ninguno trabaja tan contento como *Negro Malo*, porque mientras la filuda herramienta que maneja su fornido brazo va dejando el campo limpio de matojos, su pensamiento se complace en las malicias que ha compuesto para el tambor de San Juan.

Satisfecho de la obra de su ingenio y sin interrumpir la de sus brazos, como no sabe permanecer callado mucho tiempo, rompe a reir, mostrando la dentadura perfecta, y luego exclama:

—¡Ah, versos güenos, manitos, los que tengo preparaos pa esta noche! To los negros y los zambos de por estos contornos de la redondez del mundo se van a quedá reyéndose siete días con sus siete noches en cuantico no más me escuchen hacele mi ofrenda al Santo.

Pero el capataz—que no permite distracción en el trabajo ni puede oir la palabra zambo sin que le escueza, además de tenerle ojeriza al negro burlón—lo reprende agriamente:

—¡Jala tu taguara callao, negro bocatero! Que toa la juerza la está gastando siempre en dale a la jeta.

—¿No le digo?—refunfuña entre dientes *Negro Malo*—. Este maldito zambo la tiene cogía conmigo. ¡Jm! Cualsiquier día de éstos, en una hora menguá, me va a rebosar la totuma de la pacencia y voy a tené que acomodale el filo de la taguara en el tronco de la nuca, manque después me hagan piazos. Si es que a los zambos los cobran como si jueran blancos. ¡Míen que es mucho! ¿Quié decí que ni conversá pué el pobre negro pa aliviase el trabajo? ¡Maldito siá el pae Las Casas!... Si no miente la historia que nos echó el coriano José las Mercedes, cuando estuvo por aquí soliviantando las esclavitudes. Que a esta hora y punto yo quizás andaría con él, echando tiros por esos montes, si no hubiera sío la mano que le pasó en Panaquire, donde en paz descanse... ¡Míen que es mucho! Tené que sembrale y recogele el cacaíto al blanco, agachando el lomo bajo el mandador del zambo.

Mozo fornido, recio para el trabajo y siempre en humor de bromas y jugarretas—por lo cual y no por mala índole dábanle sus compañeros el apodo—, bien proporcionado, escultural la musculatura que lo embellecía y de facciones extraordinariamente finas para su tipo racial, este negro gozaba de unánimes simpatías entre los esclavos de La Fundación y el amo lo estimaba mucho.

A propósito de lo cual, solía decir el esclavo ironista:

—Es que él es agradecío con sus bestias buenas. Ná menos antiayer me dijo la mula mora, cuando le echaba el malojito: —Compañero, el amo nos aprecia bastante.

Sólo el capataz Mindonga no podía pasarlo y vivía maltratándolo de palabra por cualquier motivo, provocándolo a que se los deparase suficientes para pasar a las vías de hecho, vergajo en mano. Pero el negro ladino le adivinaba las intenciones y como sabía que ante el amo—por más que lo distinguiese con especial cariñoso trato—siempre se saldría con las suyas aquel zambo adulón y leguleyo, evitaba darle oportunidades de llevar a cabo las que le tenía juradas y se

limitaba a refunfuñar entre dientes sus reconcomios. Que, por lo demás, se le pasaban pronto, porque, en realidad, no era rencoroso.

Como se le desvanecieron los de aquella mañana, apenas se hubo alejado el capataz para inspeccionar la tarea del "paso de vara" que en otro sitio les había impuesto a las esclavas.

Además, mal podían durarle tarabasquiñas si al mismo anochecer de aquel día comenzaría el baile de tambor donde el negro olvida todas sus penas. Ya Tapipa y Roso Comoroto, los mejores tamboreros de todo Barlovento, debían de tener bien templados el mina y el curveta, y si el amo se mostraba espléndido, cual de costumbre y como particularmente era de esperarse aquel año de cosecha copiosa, ya en el repartimiento estarían las esclavas viejas—dadas de baja para las labores del campo—preparando el carato de acupe y las golosinas con que se regalarían durante el baile, que era cosa de toda la noche y todo el día siguiente.

—Jala tu taguara callao, *Negro Malo*—se repite para sus adentros—. Esta noche te desquitarás bailándole sabroso por delante a la negrita Saturna, que ya te ha ofrecío metete la zancadilla. ¡Y güenamoza que está la condená!... ¡Jm! Lo que soy yo, si me sigo descuidando con la negrita, como que en cualquisier día de éstos me van a está oyendo decile al amo: —Su mercé, déme su licencia pa casarme con Saturna, que ya no me deja trabajá con fundamento... ¡Párate ahí, *Negro Malo*! ¿No vendrá de por ese lao la inquina que te tiene el zambo Mindonga? Acuérdate de lo que te contaron trasantiayer... ¡Jm! ¡Como vaya a resultá verdá que el capataz esté buscándomele las vueltas a la negrita! Seguro mató a confiao, dice el dicho. Esta misma noche voy a salí de dudas, pa sabé si tengo que amolá la taguara más de lo que pide el monte.

Y ahora sí guarda silencio hasta el fondo de su alma,

mientras la tufarada de los celos se le descarga por el hercúleo brazo que maneja el machete de rozar.

Ya los rayos del sol caen a plomo por entre la fronda inmóvil. Jadean los esclavos doblegados en la faena excesiva. Rajean los conotos burlones entre el follaje de los altos guamos y bucares que le dan la sombra al cacaotal, saltan de rama en rama las ardillas ágiles y cautelosas, suena la hojarasca por donde huyen las culebras desalojadas de los mogotes. Una se arma ante *Negro Malo,* dispuesta a defender su guarida donde acaso tiene su cría. El le troza la cabeza de un tajo y por el color de la venenosa serpiente y lo que a él le hierve dentro del pecho, rezonga:

—¡Zamba tenías que sé!

Ya se acuestan los rayos del sol de los araguatos, color de la piel de estos monos, que a esta hora regresan en bulliciosas manadas a los árboles copudos y tupidos donde suelen pernoctar. Es como un gran viento ululante que avanzara estremeciendo el bosque, como un rumor de muchedumbres gimientes.

Está concluída la faena excesiva y el capataz sonríe pérfidamente al contemplar el vasto espacio limpio de breña y mogote.

—Así me gusta—díceles a los esclavos que allí apuraron sus esfuerzos—. Se han ganao las sabrosuras de esta noche y mañana será otro día.

Sonríen a su vez los negros, creyendo que Mindonga alude al baile de tambor y echándose al hombro el escardillo se encaminan al repartimiento, en pos del capataz a caballo. Son treinta hombres desnudos de cintura arriba, apenas con calzones arremangados a los muslos; pero los viste de belleza humana la recia musculatura endurecida en el trabajo, y el sudor de la jornada les decora la piel negra con los reflejos del sol de bronce.

Caminan en fila india a través del cacaotal, por donde

los árboles irregularmente plantados hacen serpentear el sendero. Dejan más adelante el cobijo de bosque y salen al claro de las barrancas del Tuy. Por el turbio río de morosa corriente remonta una canoa, cuyos bogas, esclavos de La Fundación de Arriba, saludan a los caminantes, unos y otros propiedad de don Carlos Alcorta:

—¡Adiós, manitos!

—¡Adiós, manitos!—respóndenles—. ¿De dónde la traen?

—De Boca e Paparo—contestan desde la canoa.

—¿Ya zarpó la goleta?—les pregunta Mindonga.

—Fondeá la dejamos, ya con to el cacao a bordo, esperando el viento no más.

Y a sus compañeros de cadena:

—Güeno, pues, manitos. Esta noche nos veremos en el tambor.

—Si Dios quiere—agregan los que van bordeando la barranca—. Lleven güenos versos para que se contrapunteen con *Negro Malo*, y que ha compuesto unos de flor.

Y Mindonga sonríe pérfidamente.

Por otro sendero vienen las mujeres, sobre la cabeza el canasto de cacao recogido en el paso de vara. Abre la fila Saturna, sonriendo a la mirada de *Negro Malo*. Mueve, al acompasado andar majestuoso a que la obliga la carga, sus ancas potentes, erguido el torso y al peso del cesto el paso asentado estremece bajo el corpiño mugriento los senos virginales, de pezones erectos. Y como allí se prenden los ojos del hombre que la codicia, hace mohín de pudor y muestra en la risa reventona los dientes bonitos, apretados y parejos como el grano del jojoto en la buena mazorca, mientras se dice, pensando en la zancadilla que ya le tiene dedicada:

—A ese negro juyuyo lo tumbo yo esta noche.

Pero como él no hace sino mirarla, faltando a su locuaz costumbre, se azora y rezonga:

—¡Umjú con el hombre! ¿Me irá a comé con los ojos? ¡Ave María Purísima!

Charlando entre sí los demás de una y otra fila, todos desembocaron en el patio de la hacienda, donde ya estaba recogido bajo las casillas que lo defendían del relente de la noche el cacao que allí se extendía al sol durante el día, y en descabalgando el capataz Mindonga les dijo:

—Bueno. Como hoy han trabajado mucho y deben de está cansaos, se les perdona el rosario de esta noche. De mo y manera que en cuanto se haigan comío los troncos pué dirse ca uno a su estera.

Era el humillante tratamiento que solía darles en ausencia del amo—ante quien, por lo contrario, fingía tratarlos bondadosamente—, pero ahora se sentían además burlados y se miraron entre sí, haciéndose las tácitas preguntas que sólo *Negro Malo* se atrevió a formular:

—¿Cómo es eso? ¿Ca uno a su estera? ¿Y el bailecito de siempre, por esta fecha?

—Ya dije esta mañana que machete y escardilla serían los instrumentos de la parranda de este año—repuso Mindonga, redoblando su insolencia autoritaria—. El amo no consiente más tambores en lo suyo, porque le da su rial gana no permitirlos. Que pa eso es amo y no tiene que da explicaciones, como no se las da a las bestias que monta cuando se les encarama encima. De mo y manera que ya está dicho: ca negro a su estera y sin rezongá, no vaya a sé de verga y lomo el tambor que se oiga esta noche por aquí. Que, por cierto, ganas de tocarlo yo mismo no me fartan.

Pero no faltaron tampoco las protestas, aunque a regañadientes:

—¡Esto es mucho! Ya nos privan hasta del bailecito del tambor, que es la única alegría del pobre negro.

—Pero eso sí: las tareas dobles y forzás, como la de hoy.

—¿Pa qué semos esclavos, pues?

—Naiden lo es por su gusto ni por su culpa; ni to los que tuavía lo semos lo debiéramos sé, conforme a unas

leyes que y que andan por ahí escritas desde el año de veintiuno. Y eso es lo que debieran de catá los amos, ya que son blancos y libres, sin habé hecho na de su propia parte pa selo. ¡Y después no quieren que haigan cosas!

—Pa mí que esto no ha sío cosa del amo—intervino *Negro Malo*—, sino de ese maldito zambo, que hasta por el nombre casi está diciendo Mandinga. Porque no hay piol cuña que la del mismo palo. Algo le habrá soplao a los oídos de don Carlos pa que no nos permita el tambor.

Y Tapipa, menos fogoso, más resignado y un tanto mordaz:

—¿Será por la parte de blanco que y que tiene?

—Yo no sé por qué será, pero lo cierto es que hasta ahora no he visto zambo bueno. ¡Es que no puen serlo! Porque esas cosas que son y no son, siempre tiran más a lo malo que a lo bueno, como obras del Diablo que tienen que sé, porque lo que es Dios nunca anda con entaparaos y cuando va a hacé algo no mezcla las resctas.

A lo que intervino Roso Coromoto, por tirarle de la lengua, ya que con otra cosa no podían divertirse:

—Déjate de está escupiendo parriba, *Negro Malo*. Mira que tú como que no eres muy purito. ¿No has dicho tú mismo que con sólo pintarte de blanco ya lo parecerías verdadero, porque no tienes jeta ni nariz que te traicionen?

—¡Umjú, manito! Hasta hace poco estuvieron a la vista por ahí mi taita y mi mama.

—Pero en la casa de los blancos, donde servía tu agüela cuando mocita y que no había negros varones.

—¡Anjá!—exclamaron varios, ya resignados a no divertirse sino a costa del compañero bromista—. ¿Asina es la cosa, Coromoto? ¿Qué replicas tú a eso, *Negro Malo*?

—¡Uhm! Déjame quieto, chico. Mejor es que no me busquen la lengua por ahora.

Y el negro Tilingo, volviendo al tema no agotado:

—Lo que yo digo es que bien está que el amo haiga

prohibío el tambor, porque amo es amo y el que manda no ruega; pero ¿por qué Mindonga, si ya lo sabía, se lo ha guardao pa última hora y nos ha estao engañando to estos días, como a muchachos?

—Pa gozarse mortificándonos—recoge *Negro Malo*—. ¿No ves que es maluco por devoción? Pero, por estas cruces, lo que soy yo bailo tambor esta noche, asina sea el mismo Mandinga quien lo ponga en la puerta de sus infiernos.

Y quienes oyeron este juramento asegurarían después que a *Negro Malo* el Diablo le había cogido la palabra.

NOCHE DE EMBRUJAMIENTOS

Ya se habían recogido, hombres y mujeres, a sus respectivos dormitorios comunes del repartimiento, rindiéndose en seguida al sueño reparador de las fuerzas gastadas en las recias faenas de la jornada cuando empezó a oir *Negro Malo*, a quien desvelaban sus reconcomios, el sonido de un tambor lejano en el profundo silencio de los campos.

Se incorporó en la estera, puso oído experto y se dijo:

—Eso es en El Sitio y ya voy a está pegao allí, cuésteme lo que me cobren.

Sacó la muda limpia y las cotizas nuevas que había logrado esconder bajo la estera para la escapada furtiva, y con ellas bajo el brazo se deslizó sigilosamente hasta la puerta del dormitorio. La entreabrió cauteloso, exploró la soledad del patio adonde daba, lo atravesó de puntillas, saltó una tapia y cayó al campo abierto.

En la ardiente noche del veranito de San Juan la luna llena resplandecía sobre los montes y sobre las copas inmóviles de los guamos con fulgor espectral. Todo reposaba en silencio en torno al caserón del repartimiento y sólo a lo lejos sonaba el tam tam del tambor.

—Es en El Sitio—ratificó el fugitivo, todavía en cueros, conforme abandonó la estera, con su hatillo bajo el brazo.

Y así avanzó cautelosamente, a tiempo que rebañaba la soledad del contorno con miradas recelosas, hasta alcanzar el abrigo de unos árboles, detrás de los cuales se vistió y se calzó emprendiendo en seguida la marcha, decidido y confiado, rumbo al tam tam lejano. Ya crujía bajo sus plantas la hojarasca del cacaotal, solitario y misterioso al incierto resplandor de la luna por entre la fronda de los guamos, cuando advirtió que el ruido del tambor había cambiado de dirección. Detúvose a localizarlo.

—No es en El Sitio—se dijo—, sino en La Fundación de Arriba. ¿Será caso de que allá haigan permitío el baile que no nos consintieron a nojotros? Na de extraño tendría porque allá no manda Mindonga. Pero si es asina, de tos modos yo he perdío mi tiempo dejando la estera, pues si es en La Fundación de Arriba, en cuantico no más me aparezca me echan mano y me mandan pabajo, pa que Mindonga saque su tarea conmigo, dándose su gusto. ¿No será mejor que me regüelva?... ¡Párate ahí, *Negro Malo*! Tampoco es en La Fundación de Arriba. Ahora se escucha pa otro lao.

Un aguaitacamino, rozándole casi la oreja, le dejó la impresión escalofriante de su vuelo sigiloso. Lejos, en un árbol de la opuesta margen del Tuy, cantó una pavita. *Negro Malo* se llevó la diestra al inseparable amuleto terciado sobre su pecho, para conjurar el maleficio de las aves agoreras; pero se le detuvo, ya en los labios, la plegaria con que debía hacerlo, al fijarse en algo singular que en torno suyo ocurría. Al paso de las nubes que descubrían y ocultaban la luna, bajo el cacaotal se alternaban el claro fulgor y la mortecina luz cernida, y esto, ensanchando y reduciendo como por arte de encantamientos el espacio visual, acentuaba lo inquietante de la muda soledad del paraje.

Abriéronse totalmente en el alma del negro los abismos de la superstición milenaria. Eran espantos que se movían por entre los árboles, acaso almas en pena de los antiguos esclavos de la finca, trabajando todavía en ella, sacando las tareas de los pecados que no confesaron a la hora de morir, o quizá ánimas benditas, cerrándole todos los senderos transitables para que no acudiese al tambor que, por haberle cogido la palabra, ya Mandinga tocaba en la puerta de sus infiernos.

Se estremeció y oprimiendo entre su diestra la mugrienta almohadilla donde iban encerradas las virtudes protectoras del trozo de su ombligo que espiritualmente, contra riesgos de daños y peligros, debería mantenerlo unido a la madre, murmuró la plegaria del conjuro:

—Mae santa que estás en tu descanso y yo contigo por donde me alimentaste cuando me llevabas en tu vientre. Tenme y asujétame cuando vaya a caé, arrebiátame a tu confianza en Dios en el mal paso y en la hora menguá.

Y reanudó su marcha a través de la medrosa ilusión de aquel ensanchamiento y reducción del espacio embrujado, porque ya no era caso de retroceder, pues comprendía, a pesar de su fe en el conjuro formulado, que si daba un paso atrás el pánico se apoderaría de su corazón.

En cuanto al sonido del tambor, ya no acertaba a localizarlo, ni, por momentos, estaba seguro de que realmente se estuviese produciendo en alguna parte tal ruido. Sin embargo, se empeñó en persuadirse de que así sucedía, de manera natural.

—Ahora como que vuelve a soná pa los laos de El Sitio. Debe sé el viento que se lleva el sonío de una parte pa otra, según va cambiando... ¡Jm! Pero de viento no está soplando una garra, porque no se mueve una hoja por to esto... ¡Uhm! ¡Ahí está el zorro! ¡Aguáitale los ojos como brasas de candela!... ¿Será el zorro?... ¡Uhm! ¿Como que

se ha reído alguno, por ahí pa dentro? Ya esto sí no me está gustando mucho.

Y apretaba el amuleto para estrechar el contacto protector, volviendo a su empeño persuasivo:

—¡Anjá! ¡Escucha el mina, otra güelta! ¡Sabroso que está sonando ahora, clarito! ¡Cata como repiquetea ese curveta! ¡Güena fiesta de tambor! ¿Dónde la estarán gozando? En El Sitio no será, pero en La Fundación de Arriba tampoco, y caminando palante sin volteaeras de cabeza y preguntándole a los caminos con el oído parao, dice el dicho que se llega a Roma. Que es la contra de los infiernos... ¡Uhm! ¡Otra vez la risita! ¿Será Mindonga que me viene siguiendo los pasos, emboscao detrás de los palos?... Mindonga... Mandinga... Casi dice lo mismo, Mindonga. ¡Miren que llamarse asina un cristiano! ¡Si es que lo juere ese zambo maluco, que ni bautizao estará!... ¡Uhm! Déjate de disimulos, *Negro Malo*. Ahora no se trata de Mindonga, sino de que juraste que esta noche bailarías tambor, sea ande sea que lo toquen, y tienes que cumplí tu juramento. ¿Quién dijo miedo? ¡Tres Divinas Personas y Santísima Virgen del Carmen, mae de tos los hombres por el ombligo de Cristo! ¡Vamos a vé si es verdá que me cogieron la palabra! Sea ande sea, yo esta noche bailo con ese tambor. Hacia abajo suena ahora y por aquí se va pallá.

Avanzó decidido y abandonando el embrujado cacaotal por donde tenía que hacer camino tortuoso, desembocó a uno ancho, recto y limpio de monte, bordeado de caobos corpulentos, plantados a cordel y equidistantes, cuyos altos ramajes se trenzaban en ojivas y ya llegaba a su término cuando se detuvo preguntándose:

—Pero ¿qué vengo buscando yo por aquí? Este es el camino de la Casa Grande y ahora es que vengo a darme cuenta.

En efecto, ya se divisaba la casa de los amos, construída en el centro de un vasto espacio despejado de árboles y

rodeada de jardines. Sobre sus patinosos tejados y en los pilares de los corredores que la circundaban, la luna brillaba intensamente y la envolvía el silencio de la alta noche.

—Allá estarán los blancos durmiendo sabroso en sus camas de siete colchones y en sus almohadas de pluma —murmuró *Negro Malo*—. Puedo pasá tranquilamente, ya que por aquí me he metío.

Pero en seguida:

—¡Aguárdate ahí! ¿Qué es aquello que se mueve en el corredor? Una sombra blanca va y viene... ¿Será el amo?... ¡Uhm! Ahora se ha parao y parece que mira pacá. ¿Me se divisará desde allí? ¿Esta ropa blanca no me estará traicionando?... ¡Aguaita! Eso no es una persona rial. ¡Mírala cómo crece!... ¿Será que viene acercándoseme?... Pero parece que estuviera quieta... ¡Ave María Purísima! Eso es un espanto. Déjame rezale la Mannífica.

De pronto se estremeció, sacudido por el terror ya insuperable. La sombra, después de haber alcanzado una magnitud descomunal, por encima de los techos de la casa, se empequeñeció repentinamente y sin que se la hubiese visto avanzar ya estaba en el sendero, bajo el arco ojival de los caobos inmensos, y acto seguido, como por obra de embrujamiento, a pocos pasos de *Negro Malo.*

—¡Manita!—balbuceó éste, temblando de pies a cabeza, crispada la diestra sobre el amuleto, convencido de que se trataba de un fantasma, el más espantable que viesen ojos mortales—. ¡En el nombre de Dios te ruego que me dejes el paso franco!

Lanzó un gemido la sombra y cayó por tierra. *Negro Malo* permaneció inmóvil, conteniendo el aliento. Luego murmuró sordamente:

—¡Escúchala cómo se queja! Como una persona rial...

Avanzó contra su voluntad, ya bajo el influjo del encantamiento. Sonaba el tambor misterioso en el latir de sus sienes.

Tam, tam, tam...

Se detuvo exclamando:

—¡Si es la Blanca!

Era Ana Julia, en efecto. Había abandonado furtivamente el lecho donde se agitaba insomne, en busca de aire libre para su pecho oprimido por la angustia precursora del dolor de la lanzada. Se había paseado largo rato por los corredores, como un duende en el silencio de la alta noche, hasta que de pronto se apoderó de su alma la atracción fascinante del bosque negro y mudo que se extendía en torno de la casa. Un momento se detuvo a contemplarlo desde lo alto de la escalinata por donde se subía a la mansión altanera. Luego, ya insensata, descendió, atravesó el jardín y se encaminó al callejón de los caobos gigantes. Allí vaciló un momento al divisar la sombra blanca que, a su vez, hacía la indumentaria del fugitivo; pero en seguida le acometió el vértigo de los abismos de su mal, y allí estaba ahora, ausente el alma, tendida en medio del camino del esclavo temerario. Su semblante, fino y pálido al fulgor de la noche embrujadora, todavía expresaba una pena acerba, una tormenta honda y recia...

EL SALTO MÁS ALLÁ DEL LÍMITE

Había contemplado un encanto y cuando esto sucede sobrevienen profundos trastornos. Estaba embrujado.

Le amaneció sobre la loma de un cerro, soñador embelesado, tendido de cara al cielo, emparamada de relente la ropa rasgada por las malezas, suspensa el alma de la última frase que habían murmurado sus labios al borde del encantamiento:

—¡La Blanca!

Era como el agua turbia de las avenidas del monte, que luego se arremansa y poco a poco va volviéndose clara hasta el reflejo puro y quieto del cielo. O como un alba

cándida, de un día ya perenne, que hubiese invadido una caverna. ¡Qué hermoso acontecimiento imprevisto, qué divina cosa había sucedido de pronto en su vida!

¿Por dónde fue el vagar de aquella noche gloriosa? ¿Qué hierba suave alfombraba aquel camino a cuyo término se llegaba sin cansancio?... Todo su cuerpo estaba florecido de recuerdos y, sin embargo, no había punto en él donde pudiera posarse la memoria. Era como si todo aquello le hubiese acontecido a un hombre en el ensueño de otro hombre.

La luna se había puesto en marcha junto con él para alumbrarle el paso errante y las nubes se abrían en silencio franqueándole un sendero azul, sembrado de estrellas tiernas. Porque al dar un salto imprevisto sobre un abismo, al hombre le habían nacido alas en los calcañares y ya más no tocó tierra escabrosa ni breña punzante, sino aire blando, en vuelo suave. Y así se fundió en la gloria del amanecer, que fue de oro y sedas brillantes...

Abajo, cuando todavía era noche, ardían candelas y sonaban tambores por las laderas del monte; pero como resuenan cuando regresan, al frente de sus tropas, los generales victoriosos... De seda era la casaca vistosa, de oro las charreteras, el caballo blanco con herraduras de plata y la espada desnuda brillaba... El mar reflejaba, allá abajo, los destellos gloriosos; por los montes corría, tierras adentro, el redoble de los tambores. Desde la cumbre más alta del mundo un rey sonriente contemplaba su reino, que era toda la tierra, hasta donde se perdía de vista. Un hombre que ya no era negro, que nunca había sido esclavo.

Pero esto no sucedió sino en el ensueño del otro; el que estaba ahora tendido sobre la loma del cerro no hacía sino murmurar, una y otra vez:

—¡La Blanca!

Mas cuando un hombre traspone sus límites, siempre hay otros que salen a darle caza, y nada de extraño tenía

que fuesen los propios esclavos de La Fundación. Los azuzaba Mindonga, como a traílla de perros de presa:

—¡Por aquí! ¡Por aquí va el rastro!

Ya repechaban la cuesta de la loma cuando se incorporó el embelesado. A la cabeza venían Tapipa y Roso Coromoto, sus mejores amigos, y al distinguirlos, tan afanados en darle caza, murmuró sordamente:

—¿Ustedes, manitos?

Pero en seguida la divina claridad interior de su salto más allá de sus límites le hizo comprender que era natural que así sucediese y con afecto se los quedó mirando —desde donde ellos no lo divisaban todavía—como a los amigos a quienes no se verá más.

—¡Adiós les digo, manitos!—murmuró para sí—. Porque ya pertenezco al mundo de los hombres soberanamente libres. De los hombres que por fin han cogío el monte que hacía tiempo los estaba llamando.

Dicho lo cual se deslizó a gatas por entre las breñas de la loma, hasta alcanzar una quiebra boscosa que cerca de allí se desprendía ladera abajo, y ya en ella emprendió la fuga apresurada, de cara a unos cerrajones abruptos que más allá se empinaban, brindándole guarida inaccesible para sus perseguidores, pues sólo un fugitivo que estuviese defendiendo la vida podía aventurarse por aquellos desbarrancaderos.

Pero le siguieron el rastro, y toda la mañana estuvo oyendo los gritos con que los azuzaba Mindonga.

—¡Por aquí va! ¡Por aquí va!

Ya era pasado el mediodía cuando Tapipa, siempre a la cabeza de los perseguidores—no por empeño de darle caza el primero, sino, por lo contrario, para desviar el rumbo si acertaba a divisarlo—se detuvo en lo alto de uno de aquellos cerrajones y esperando a sus compañeros, y especialmente al capataz que con ellos venía, enardecido en la persecución, díjoles cuando se le reunieron:

—*Negro Malo* es hombre perdío.

Y mostrándole al capataz uno de los matojos suspendidos sobre el abismo del cerrajón cortado a plomo, agregó:

—¡Aguaite! Ahí perdió el favor de máe que hasta esta hora y punto venían salvándolo de daños y peligros. ¡Aguaite su amuleto enredao en esas breñas! Por aquí se desbarrancó en las angustias de la juyidera.

No era concebible que despeñándose por allí nadie saliese con vida, y Mindonga, aceptando la versión de Tapipa, dijo al cabo de un rato de exploración del abismo, al borde del cual, por lo demás, era forzoso detenerse:

—Córtense por ahí una vara, con un garfio en la punta, a ver si alcanzamos a recogé esa porquería.

Y haciéndolo así, al atardecer regresó a La Fundación donde lo esperaba impaciente don Carlos Alcorta, que en todo el día no había hecho otra cosa sino pasearse por el patio donde se extendía el cacao.

Descabalgó y se acercó al amo, mostrándole el amuleto del fugitivo. Creyó don Carlos que así quería demostrarle la muerte dada al dueño de aquella reliquia, y repuso:

—Vivo era como lo quería.

Mindonga explicó. Hubo un breve silencio, y al cabo concluyó el señor Alcorta:

—¡Tira eso!

Pero Tapipa intervino, a fin de apoderarse de la reliquia que no debía ser profanada:

—Permítame su mercé que más bien la entierre yo, como es debío, siendo cosa sagrá.

—Dásela—díjole a Mindonga don Carlos, que no estaba para combatir supersticiones. Y en seguida se regresó a la Casa Grande.

Tapipa no enterró el amuleto, aunque fingiendo haberlo hecho; pero contribuyó a la leyenda que debía formarse —según la cual a *Negro Malo* se lo llevaría el Diablo que

le había cogido la palabra temeraria—refiriéndose a sus compañeros de superstición, como prueba irrecusable:

—Cuando llegué a lo alto del cerrajón, tuavía se sentía la olor de azufre que deja Mandinga donde se aparece.

Y todos aseguraron que ellos también lo habían sentido.

II

EL CACHORRO

En El Matajey—vegas de caña y frutos menores pertenecientes a La Fundación que cultivaba en medianería José Trinidad Gomárez, mestizo de canario de Lanzarote y de criolla mulata, casado con la manumisa Eufrasia, que ya le había dado dos hijas—, ya cerca de la medianoche, estaba él asomado a la puerta de su rancho, dentro del cual aún había luz y de rato en rato se escuchaban gemidos, cuando vio que llegaban dos personas a caballo.

Se adelantó a recibirlas como a gente esperada ya con impaciencia. Era Fermín Alcorta, hijo mayor y único varón de don Carlos, acompañado de una vieja esclava de su casa que se arrebujaba con un mantón de paño negro y largos flecos, no siendo propio de su condición, pues tal prenda sólo acostumbraban llevarla las señoras de calidad, de donde provenía el epíteto de mantuanos que por extensión se les daba a los blancos de la aristocracia.

—¿Están solos Eufrasia y tú?—preguntó Fermín Alcorta, ya en tierra.

—Tan solos que ya me estaba viendo a vapores, porque la cosa como que quiere adelantase.

—¿Las niñas duermen?—insistió Alcorta.

—Sí, señol. Descuide, don Fermincito, que to se ha hecho conforme a sus disposiciones.

Y dirigiéndose a la esclava:

—¡Gracias a Dios que llegas a tiempo, Nazaria, porque la criatura como que viene con ganas de pegá el primer leco antes de que el gallo cante! Chacá la que ya trais en los brazos, pa luego ayudarte a bajá.

—No—repuso la negra vieja, en cuya voz había un estrago de pena honda—. Está de más de fresca la noche y se pué resfriá. Ayúdenme asina mismo entre los dos, usté también, niño Fermín. Bájenme en peso, que no es mucho más del mío sola.

Entró Nazaria en la casa de El Matajey con lo que llevaba en brazos bajo el mantón prestado y volvió a poner el pie en el estribo Fermín Alcorta. Pero antes de echarle la pierna al caballo díjole a Gomárez:

—Nunca sabré agradecerte bien el favor que esta noche me haces para toda la vida. He cometido, como ya te he dicho horas antes, una falta que jamás me perdonaré. ¡Doble culpa! He traicionado la confianza de mi esposa con un desliz vulgar y he dado origen a que venga al mundo una criatura cuya madre no puede retenerla consigo.

—Descuide, don Fermincito—volvió a decir Gomárez—. No se atormente más. De esta casa no saldrá nunca una palabra en contra del juramento que endenantes le hicimos Eufrasia y yo ante el Santo Cristo.

Y hechas así las cosas, al día siguiente pudo decir José Trinidad Gomárez que su mujer le había dado un par de mellizos: una niña más y un niño.

De la ausencia de la noche de San Juan no volvió por completo el alma de Ana Julia Alcorta. Se acabaron las lanzadas que traspasaban el pecho, pero el espíritu quedó sumido en los negros remansos de la melancolía. Nadie volvió a verle la cara—recluída en la Casa Grande, ni a cuyos corredores se asomaba, todo el día en su habitación, sentada ante una ventana que daba vista al mar lejano por entre el arbolado de la hacienda—fuera de sus padres que con ella compartían la reclusión y de la negra Nazaria, que

la había visto nacer y en ella había puesto todos sus amores —su hija blanca, como la llamaba—, criándola cuando a doña Agueda se le quedaron enjutos los pechos, lidiándola de pequeñita, contándole cuentos bonitos para que tuviese sueños agradables, contemplándola, sufriendo junto con ella los dolores de las lanzadas y al lado de ella compartiendo luego el silencio de la melancolía.

Así llegó a los trances finales de su vida. La asistió el licenciado Cecilio Céspedes, cuñado de Fermín, y éste hizo el sacrificio de su buena reputación ante los Gomárez, a fin de que ni ellos supiesen la verdad. Murió dos días después del parto y en pos de ella la pesadumbre del infortunio se llevó pronto a sus padres, pero en la confianza de que todo se había hecho sin mengua de lo cristiano, conforme a lo que exigía el cuidado de la honra.

En premio del secreto que se les confiaba y por los gastos de crianza, los Gomárez recibieron la propiedad de las vegas de El Matajey—que ya venían cultivando en medianería desde los tiempos del isleño padre de José Trinidad—y allí discurrieron serenos los primeros años del repudiado de la Casa Grande, que por su parte no les dio mucha lidia, pues en la cuna se pasó los días sin rebullir, contemplándose los dedos gordezuelos de los piececitos, y desde que pudo valerse de ellos no los empleaba para travesuras, sino para ir a sentarse fuera de la casa, a solas y en silencio, en un sitio tranquilo, desde donde pudiera alzar los ojos a las cumbres de los montes lejanos y allí dejarlos como olvidados, horas y horas.

Pero si con aquella mansedumbre, añadida a la compasión que tenía que inspirarles, ya se había conquistado el amor de los Gomárez—muy especialmente el de José Trinidad—a Eufrasia empezaron a intrigarla muy pronto estas contemplaciones y se lo pasaba espiándolo, no como a un niño cualquiera, más o menos soñador.

—¡Aguáitalo, José Trinidá!—insistía en decirle al ma-

rido—. Tuitica la mañana se la ha pasao asina. ¿Verdá que parece un caidito de otros mundos que tratara de recordarlos?

—¡Quién sabe!—repúsole una vez Gomárez, ya molesto por la insistencia impertinente.

—¿Tú crees, José Trinidá?—replicó la simple, atemorizada—. ¿No nos trairá daño eso?

—¡Qué voy a cré, mujé! Quítate esa tema y deja quieto al muchachito, conforme a su inclinación.

No se la combatía, pero continuaba observándolo, y sí se le acercaba inquisitiva, convencida de que iba a oir revelaciones extraordinarias, del propio mundo de las brujerías:

—¿En qué piensas, Pedro Miguel?

Como él se le apartara arisco, para irse más allá a sus contemplaciones inexpresables, ella regañaba:

—¡Jesús, criatura! No se te pué arrimá un cristiano sin que salgas juyendo y gruñendo como un animal del monte. No seas tan cachorro.

Y de aquí el apodo que pronto le dieron.

Entre días llegábase hasta allí la vieja Nazaria. Iba a llevarle golosinas "al repudiaíto" y a contarle cuentos—los mismos que le había contado a Ana Julia—y como el niño le preguntase una tarde qué era la luna y por qué siempre se aparecía tras la loma de aquel cerro sobre el cual ya se remontaba, se le ocurrió responderle con esta invención de su inagotable ingenio narrativo:

—Esta era una niña bonita, muy blanca, muy suave, muy buena. Y sucedió que una noche, que en ese entonces tuiticas eran muy obscuras, se levantó sonámbula de su camita, que era una flol de mayo blanca donde ella dormía acurrucaíta, porque cató de escuchá unos quejíos allá lejos, y caminando, caminando... que a ca paso que daba iba reventando una azucena entre el monte, llegó hasta la loma

de un cerro donde se topó con un viejito que estaba allí ingrimo y solo, tiritando de frío y llorando, llorando.

—"¿Qué te pasa, papá Dios—le preguntó la niña Ana Julia, que asina se llamaba ella, y al mirarlo no más cató de vé que era el Señor de los cielos—. ¿Por qué estás llorando asina, tan solito?

"Y El y que le respondió:

—"¡Ay, mijita! Porque esta tardecita me se cayó el sol en la mar y no veo el camino pa regresame a mi celestial palacio. ¿Tú quieres alumbrámelo, mijita?

—"¡Ay, papá Dios!—dijo ella entonces—. La cosa es que no truje vela ni candil.

—"No importa, mijita—le contestó el Señor—. Ya verás cómo vamos a hacé la cosa. Tú te quedas asina como estás, sobre el topo del cerro y yo te me quedaré mirando, mirando, mirando. Si me prestas tu blancura, le pondré una luna a la noche para que no sea tan escura.

"Bueno, pues. Dice el cuento que la niña Ana Julia se quedó quietecita y que papá Dios se la quedó mirando, mirando. Y como ella era tan blanca y El tó lo puede, sucedió que la niña Ana Julia se jue poniendo brillante, brillante, brillante... Y asina se remontó por los cielos. Como la estás aguaitando ahora y ella a ti te está mirando, mirando, mirando... Y colorín y colorao, que ya mi cuento se ha acabao."

Con esta piadosa leyenda la vieja esclava había querido depositarle en el corazón un sentimiento delicado, siquiera hacia el nombre de su madre; pero *El Cachorro* parecía insensible a las cosas tiernas y se quedó en silencio, con su mirada perdida en la serenidad de las cumbres lejanas.

Y aquella tarde, de vuelta de El Matajey, Nazaria caminó pensativa.

—¿Será que habrá heredado aquello? Asina mismo, como ambilá, estuvo mija blanca desde la hora y punto en que empezó a tráilo al mundo.

Otras veces era el negro Tapipa quien se llegaba hasta El Matajey, siempre con un pretexto diferente y cuando José Trinidad no estaba allí.

Cruzaba algunas palabras con el niño, y cuando éste volvía a sumirse en sus contemplaciones, Eufrasia—sabedora de que el esclavo alimentaba la esperanza de que *Negro Malo* existiese todavía y se daba todas las mañas habidas por obtener noticias que se la confirmaran—deslizaba la invariable pregunta con que su maliciosa curiosidad la inducía a intervenir en las comidillas de la negrada de La Fundación.

—¿Qué se ha sabío?

—Naitica—fue casi siempre la respuesta.

Pero un día:

—Hay cosas—respondió el negro—. Dicen que la Blanca se está apareciendo hace noches. Que la han vido pasiándose por los corredores de la Casa Grande, asina, como muy sofocá. Yo no la he vido, la verdá sea dicha; pero valga la palabra del negro Tilingo.

—Ya me lo habían contao—dijo Eufrasia, mintiendo, quizá sin darse cuenta.

Y Tapipa prosiguió:

—Y eso cuincide con las noticias de que por las montañas de Capaya y que anda un negro alzao. Hay quien cuenta que le vido las güellas en la arenita de una aguá, montaña aentro.

—¿Será él?

—Eso me pregunto yo. Pero el amuleto tuavía está vivo, por lo menos, según el latío que se le escucha cuando se le arrima el oído al cabo de año de nacimiento de su dueño y que al decí de los facurtos en esas cosas, es la señal de que tuavía el dueño anda sobre la redondez de la tierra.

Esto fue todo lo que dijo Tapipa; pero Eufrasia, ya con una explicación de las que complacían su alma sim-

ple, aquella tarde no pudo contener el deseo de compartirla con José Trinidad.

—¿Sabes la noticia?—le preguntó, mientras soplaba el fogón adonde él se acercó por una brasa para su tabaco, ellos dos solos en la cocina—. Que por las montañas de Capaya y que anda un negro alzao. Que se lo toparon en una aguá.

—Bueno—repuso Gomárez, entre chupada y chupada al tabaco que encendía—. ¿Y qué?

—¡Hombre de Dios! ¿No te explicas ahora la cosa? Ya habrás catao de vé que en la derechura de las montañas de Capaya es que se la pasa mirando *El Cachorro*.

José Trinidad se la quedó mirando de hito en hito.

—¿Y qué tiene que vé una cosa con otra? Vamos a suponé que juera cierto lo del negro alzao y lo de la mirá pa las montañas de Capaya, que no es sino una figuración de tu cabeza. ¿Eso qué significa?

—Vamos a suponé—te digo yo ahora—que el negro alzao juera *Negro Malo*...

—Bueno. ¿Y qué?

—¡Ah caramba, José Trinidá! ¿En qué mes naciste tú, chico? ¿En el de febrero, que es el mes que siempre se queda por el camino?... ¿Tuavía no te percatas? Pues, mira, José Trinidá, voy a tené que decirte que no puedes ocultá el isleño.

—¿Es que tú te imaginas?...

—No te atarugues, hombre de Dios. Acaba de decilo: que nos engañaron como a unos zoquetes. Es decil: que te engañaron a ti, porque lo que fui yo siempre puse en dudas el cuentecito que nos echó don Fermín.

—¡Mujer! Voy a tené que decite, repito yo ahora, que pa las malicias mujer y diablo.

Y abandonó la cocina donde ella se quedó murmurando:

—Por lo malas que semos nos buscan ustedes. Tú di lo que te parezca. Di también que to esto lo hago porque

no quiero a Pedro Miguel... Si ya me parece está oyéndote... ¡Que no lo quiero! Yo que me he desvivío por él y no miro sino por sus ojos. ¡Eso era lo que me faltaba!

Y esto lo decía ya entre sollozos.

Mientras José Trinidad, a solas ante el campo atardecido:

—¡Miren que contrariedá de mujé! Lo quiere más que a hijo verdadero y, sin embargo, no ha estao tranquila hasta averiguá de quién... Pedro Miguel. Ven acá, muchacho. ¿Cuándo te cansarás de mirá pa los montes, criatura? Vente a conversá conmigo un rato.

Pero al día siguiente se le presentó a Fermín Alcorta con estas novedades:

—¿Sabe, don Fermín? Se me ha deparao una buena proporción de encargame de una hacienda, allá por los laos de San Francisco de Yare. Me mandó a avisá mi hermana, la que vive por allá... Y... Y con este motivo vengo a decile que las vegas de El Matajey están otra vuelta, desde esta hora y punto, a su completa disposición.

—¿A mi disposición? ¿Es que me propones que te las compre?—puntualizó Fermín Alcorta.

—No, señor. Es que... Que no voy a continuar trabajándolas, don Fermín.

—Son el justo precio de un pacto que has cumplido con lealtad.

—Yo sí, don Fermín—dijo, bajando la cabeza como para atender a la limpieza del sombrero que tenía en las manos y del cual sacudía el polvo que realmente hubiere y el que no existía—. A lo menos asina lo creo.

—Entonces... ¿Qué te pasa, hombre? Explícate mejor.

Guardó silencio un momento y luego:

—Mire, don Fermín. Ya que usté se empeña. Si en una comparación a usté le hubieran dao a guardá un dinero, pero diciéndole que no era dinero, sino otra cosa de poco valor o de ninguno, ya que estamos haciendo suposiciones,

y andando el tiempo usté llegara a descubrir que en realidá eran onzas de oro...

Se interrumpió de pronto, pero continuando con lo del sombrero. Fermín Alcorta comprendió y a su vez humilló la mirada. Era la primera vez que alguien podía ser osado a decirle que había faltado a la verdad y a la franqueza. José Trinidad abandonó el tema y concluyó:

—Ya le digo, don Fermín. Es que se me ha presentao una buena proporción.

Y Fermín Alcorta cometió la debilidad de dar por terminada la entrevista con estas palabras:

—Bien. Si allá está tu mayor conveniencia, no insistiré más. Lamentaré que te vayas de por aquí donde se te estima como lo mereces. Y te deseo buen éxito.

Puesta por obra la determinación, días después abandonaban los Gomárez las vegas de El Matajey, con sus tres hijas por delante, y Pedro Miguel entre ambos, camino de los Valles del Tuy, donde los esperaba una suerte problemática: el trabajo que por allá encontraran.

Y Eufrasia, encarnizados los ojos, todavía se los restregaba, recriminándose mentalmente:

—Qué hora tan menguá la de esta tarde, junto al fogón.

LA HERENCIA DE DON NADIE

Había duelo en la casa de los Céspedes, por la muerte de Amelia días antes, y estaban las hermanas doloridas en la galería, ya a la obscurecida, recibiendo las visitas de pésame, cuando las sorprendió la pregunta sin preámbulos de uno que acababa de detenerse en la puerta del patio:

—¿Cuántas criaturas dejó?

No se había sacado el sombrero, aludo y metido hasta las orejas, usaba gafas y cabalgándole en la punta de la nariz, pero había inclinado la cabeza para mirar por encima de ellas. Quedábanle grandes las prendas del vestido

todo arrugas, traía atestados de libros los bolsillos, que más parecían alforjas, y el polvo amarillo del camino ocultaba el color de sus zapatos.

—Cuatro—respondió automáticamente una de las doloridas.

—No está mal cumplido el precepto bíblico—dijo el de la puerta, retirándose de ella en seguida para dirigirse al interior de la casa.

A tiempo que la otra Céspedes—solteras ambas—exclamaba, levantándose del asiento:

—¡Pero si es Cecilio!

—¡Válgame Dios!—dice la de la respuesta automática, levantándose también—. ¿Cómo es posible que yo no lo haya reconocido?

Pero ambas recordaron en seguida que al hermano extravagante no le agradaban recibimientos efusivos, ni siquiera simples saludos—no era la primera vez que, sin dirigirlos ni prestarse a recibirlos, regresaba a la casa después de largas ausencias—, y volvieron a sus asientos murmurando:

—¡Este Cecilio y sus cosas! ¡El mismo de siempre!

Mientras las visitantes coreaban:

—¡Genio y figura!

Y fue así como el licenciado Céspedes se reincorporó al seno de la familia, de donde faltaba hacía diez años.

Fue el día de la muerte de Ana Julia Alcorta, a quien hubo de asistir en sus trances postreros a fin de que todo quedase en el secreto familiar. Le cerró los ojos, la besó en la frente—nadie había sospechado que la amase—, abandonó la Casa Grande, y sin regresar a la suya, tal como de allí salía, emprendió viaje que ahora acababa de terminar, después de haberse recorrido a pie casi todos los caminos del país.

Subió a las habitaciones que le estaban destinadas en el alto de la casa solariega, abrió la puerta de su biblioteca,

en cuya cerradura, como de costumbre, estaba la llave y al echar de menos la babélica confusión que, por el suelo, sobre las mesas y en los anaqueles, siempre había reinado entre sus libros, escritos en todas las lenguas, vivas y muertas, se detuvo en el umbral y preguntó en voz alta, hacia la galería:

—¿Quién ha metido aquí la mano irreverente?

—Cecilio, el de Fermín—respondiéronle de allá.

—¡Ah!—exclamó memorioso, y penetró en el recinto donde solía pasarse la mayor parte del tiempo cuando estaba en casa.

Se sacó de los bolsillos los libros que todavía venían a enriquecer la ya extraordinaria colección, los arrojó sobre el escritorio a como cayesen, se acercó a los estantes donde ahora imperaba la tiranía del orden, leyó algunos títulos —previo el quitarse las gafas, que en realidad no las necesitaba para nada—, hojeó algunas páginas, restituyó los volúmenes a sus sitios, y como en seguida advirtiese que todos los había puesto de cabeza, los enderezó sonriendo a la voluntad del sobrino que ya se le imponía—siéndole propiamente desconocido, pues lo dejó de meses apenas— y luego fue a sentarse al escritorio, en el sillón frailuno de alto respaldar, donde reclinó la cabeza, cerrados los ojos para que la visión real no estorbase a la interna.

—¡Cecilio el joven, Cecilio el viejo!—murmuró quedamente—. Envejecer, pasar, hundirse en el olvido...

Matemáticas, medicina, jurisprudencia... A la remisa luz de las claraboyas brillaba discretamente el oro de los lomos de los volúmenes alineados en los estantes. Astronomía, física, botánica, historia, teologías, filosofías... Todas las lenguas en que se había expresado el pensamiento y realizado el arte del verso y de la prosa... Ya era antigua la costumbre de decir los Céspedes:

—Dos cosas nadie las descubrirá nunca: ni cuándo el

pez bebe agua ni cuándo y cómo pudo aprender Cecilio todo lo que sabe.

Viajando siempre a pie y con aquellas alforjas, adquiriendo aquí y allá cuanto libro interesante le cayese ante la vista. Pero no propiamente por el deseo de saber, sino más bien por el propósito, ya extravagante, de no ignorar nada que por otros fuese sabido.

—¡Reproducirse, morir!...

Había cumplido ya los cuarenta, célibe, sin haber depositado en carne de amor otro beso que el que recogió aquella frente inerte.

—¡Puah! ¿Cuándo encontrará la vida ocupación menos estúpida?

Ya no brillaba el oro en los anaqueles. Ya se podía abrir los ojos sin que se desvaneciese la visión interna. Pero el andarín caviloso se puso de pie murmurando:

—¡En fin! Vamos a conocer a las criaturas de Amelia.

Rodeado de ellas lo recibió Fermín Alcorta, a fin de que fuese más patética su viudez, y como le gustaba oírse, así se las fue presentando:

—Este es Cecilio, en quien tengo cifradas todas mis esperanzas de perpetuación del patronímico, después de haber perdido a Carlos y a Fermín. Lo dejaste de un año apenas y te encuentras con un gran afecto en su pequeño corazón. Anhela ser tu discípulo, ambicionando imitarte en todo lo que sabes. Las letras, pues, ya en casa, como quien no dice nada. Y las virtudes domésticas, que ésas sí nunca han faltado bajo esos techos, aquí, de menor a mayor: la gracia, a quien le decimos Aurelia, en esta chinguita de siete apenas; la ternura que ya viene apuntando en esta Carmela, que pronto cumplirá los nueve y finalmente, Luisana, de doce cumplidos hace cuatro meses, una cosa muy especial que ayer no más llamé la sal de la casa, por motivos que ya se te alcanzarán cuando la vayas conociendo mejor. Por ahora, ya podrás observar cómo se le arriman

las hermanitas menores, buscando la madre que han perdido.

—¡Bien, hombre, bien!—exclamó Cecilio el viejo—. Ya me has presentado a tus hijitos y me complace encontrarlos sanos y rozagantes. Que así se te conserven siempre. Ya también tuve el gusto de hallar así, aunque no en El Matajey, donde me lo imaginaba...

Pero una de sus hermanas, que asistían a la entrevista, rompió a toser, por motivos que no parecían estar en sus vías respiratorias, a tiempo que la otra exclamaba para impedirle que continuase:

—¡Cecilio!

Y Fermín Alcorta se apresuró a agregar:

—Cecilio quiere contarnos sus viajes, pero ha cometido el error de empezar ya por el fin. ¿No será mejor, querido cuñado, que comiences un poco más atrás de El Matajey?

Con las manos apoyadas en la cintura y por encima de las gafas, el licenciado latinista los miró uno a uno, exclamando:

—¡Vanitas, vanitatis!

Y dirigiéndose en seguida al sobrino de su nombre, que a todas éstas no había quitado de él sus ojos afectuosos y admirativos:

—Aprende esto, tocayo, que ya estoy enseñándote:

Dos cosas roen y roen
en las casas solariegas:
orgullo los corazones
y polilla las maderas.

Repitió el niño la estrofa, con emoción de aprovechamiento de las enseñanzas del maestro anhelado, y éste aprobó:

—¡Bravo, bravo! En el principio fue el loro y por el repetir le entró el comprender, por lo que vino a llamársele hombre. Retentiva no te falta.

Pero don Fermín intervino:

—Bueno, hijitos. Ya conocieron al tío famoso y es hora de dormir. Dios me los bendiga.

Se retiraron los niños y Cecilio el viejo se encaró con el cuñado y las hermanas, por la interrupción que le habían hecho:

—¿Quiere decir que en esta casa no se puede mencionar al hijo de Ana Julia?

—En esta casa, querido Cecilio—repuso Fermín—, donde no hacen falta consejos cristianos, porque se sabe practicar la doctrina de Cristo, se ha echado un manto de piadoso olvido sobre toda esa historia de dolor y de vergüenza y yo espero que no se la referirás nunca a mis hijos.

—¿Que no? En cuanto sean capaces de entenderla. ¡No faltaba más! Y llamando al pan pan y al vino vino, como hay que decir las cosas, a fin de que aprendan a curarse en salud de necedades de linaje y a sacar, aun de las más ruines enseñanzas de la vida, un noble respeto por el ser humano que entre sus garras se debate con sus miserias o su infortunio. ¡No faltaba más! Si ya me parece que tarda demasiado la hora de decirles que Ana Julia Alcorta fue la única persona verdaderamente decente que ha nacido bajo estos techos.

—¡Cecilio, por Dios!—volvió a exclamar una de las Céspedes, mientras la otra recurría de nuevo a su tos.

Pero el licenciado se les encaró:

—Tú, no ofendas a tu Dios invocándolo en auxilio de tu necedad, y tú cúrate ese catarro impertinente que no te deja estar entre personas sensatas.

—¡Bueno, hombre!—intervino Fermín—. Dejemos esto, a lo menos por el momento. Porque supongo que no habrás venido a hurgarme las llagas.

—A hurgártelas no, propiamente, porque no me agradan porquerías; pero sí a limpiártelas del pus maligno de la

humana necedad, a restregártelas bien para luego cauterizártelas y así se te curen de una vez.

Las Céspedes se torcieron los ojos mutuamente y Fermín replicó:

—El agua y el consejo, querido cuñado, cuando se piden.

—¡Pues por ahí te pudras! ¿Qué más da, después de todo?

Pero ambos se profesaban mutuamente muy especial afecto y Cecilio el viejo después de haber recorrido de punta a punta, dos o tres veces, el corredor donde esto ocurría, se le plantó por delante a Fermín, preguntándole:

—¿Y qué? ¿Te hacía falta mi presencia en estos momentos?

—¡Claro, hombre!—repuso Alcorta emocionado.

—Pues por eso vine.

—No sabes cómo te lo agradezco. Amelia me ha dejado muy solo. ¡Demasiado solo!

—¡Bah! No hables así. Te han quedado tus hijos y aquí está este mala cabeza para hacerte rabiar a ratos y así distraerte.

Las Céspedes se miraron de otro modo y se les salieron las lágrimas.

—Tenemos mucho que hablar—dijo Fermín—. Supongo que habrás venido a echar raíces después de tanto vagar. Por aquí han llegado noticias de ti, de tiempo en tiempo, a falta de las que nunca quisiste enviarnos directamente, en unas cuatro letras que poco trabajo te habrían costado. Noticias un poco extravagantes, por cierto: que una vez, no recuerdo en cuál pueblo de los Andes, te vieron haciendo de albéitar; que en otra parte, a qué sé yo cuántas leguas de distancia, te descubrieron desempeñando oficios de sastre; que en otro extremo del país te tropezaron de ebanista; que hasta de albañil te encontraron una vez, allá por los quilombos.

—¡Je, je!—hizo el licenciado—. El mundo es pequeño y no hay manera de escapar al fisgoneo del prójimo.

—Y a todas ésas—prosiguió Fermín—aquí nos decíamos y nos preguntábamos: ¿cómo es posible que con tanta ciencia y tanta letra para ejercicio decoroso, conforme al rango, le dé a Cecilio por exhibirse dedicado a oficios de artesanos? ¡Más aún, ahora que recuerdo! Alguien me contó que te había encontrado una vez en una aguada próxima a una ranchería de camino, bañando una bestia ajena, de un viajero, que a esto te mandó, tomándote por un peón de la casa.

—No es muy exacta tu referencia—díjole el extravagante—. No fue en la aguada donde me vio, sino regresando yo a la ranchería con la mula de diestro y mi totumita en la mano.

—¡Hombre, por Dios!

—¿Qué?

—Que esos oficios...

—Son la mayor parte de la riqueza que llevo siempre conmigo. Pues has de saber, Fermín de mis tormentos, que por esos mundos de Dios vivo y medro de oficios trocados. Quien tiene el alimento, bien o mal guisado, que mi estómago reclama para hacer la porquería que acostumbra...

—¡Cecilio!

—¡Sí, señorita! Así hay que llamar las cosas. O las varas de tela sin las cuales encima no me permite la malicia humana andar por las calles o los caminos, generalmente necesita de algún servicio recíproco. Entramos en conversación, calculamos la equivalencia, hacemos el trueque y así vamos tirando todos por el mundo.

—Y cuando el trueque no sea posible—objetó Fermín, ya más interesado en oírlo que en persuadirlo—, porque no siempre lo será, ¿cómo te las arreglas?

—Siempre habrá un tercero que de mí reciba y al otro dé por mí. Servicio o dinero, allá ellos.

—Es complicarse la vida sin necesidad ni motivo.

—Te equivocas. Es simplificarla, por lo contrario, y además restituirle su antigua nobleza. Porque has de saber que el dinero prostituye la dignidad del trabajo humano, que sólo por trabajo vivo puede cambiarse sin que el espíritu corra peligro, siendo ya muerto y, por lo tanto, corrupto el que contiene la moneda. Pagarle con ella a alguien lo que de alguien necesitemos es pecar contra el Espíritu, dicho sea con palabras de las Escrituras, porque es contribuir a la codicia. La mayor de las miserias en que puede caer el ser humano.

—Siendo así—dijo Fermín Alcorta—me has frustrado un placer.

—¿Cuál?

—El que me prometía darme al rendirte las cuentas de mi administración de tus tierras de El Altozano, que por cierto están dando el mejor cacao de por aquí. Cuentas que son dinero contante y sonante.

—¡A ver, a ver!—hizo Cecilio el viejo, plantándosele por delante y mirándolo por encima de los espejuelos—. ¿Qué tierras ni qué cacaos pueden ser esos que alguien llama míos?

—Tu parte de la herencia de mamá—intervino una de las Céspedes. Y la otra completó:

—Fermín te las administra, lo mismo que las nuestras.

—Pero ¿no manifesté ya mi voluntad de renunciar a la propiedad de esas tierras en beneficio de don Nadie?

Y en seguida, dándose una palmada en la frente:

—¡Don Nadie! ¡Pero si me lo he tropezado por el camino y no le he dicho nada! ¡Qué cabeza la mía!

Y cogió la puerta de la calle.

—¿Adónde vas, hombre?—inquirió Fermín Alcorta.

—Ahí mismo—le respondió, ya en el zaguán—. Dos días para ir y otros tantos para volver.

El cuñado y las hermanas se cruzaron las miradas, haciéndose la misma pregunta mental:

—¿Estará loco de remate?

Días después regresaba de nuevo, diciéndole a Fermín:

—Ya don Nadie está en posesión de El Altozano. En representación de él, que es menor de edad, vendrá por aquí José Trinidad Gomárez a recibir las cuentas que me tenías reservadas. Allá los dejé instalados.

Fermín Alcorta se quedó mirándolo en silencio, a tiempo que hacía memorias de aquel beso sobre la frente inerte, y ya no le pareció que estuviera loco. Luego murmuró, emocionadamente:

—¡Cecilio! ¡Cecilio!

NOSTALGIAS Y PEDAGOGÍAS

José Trinidad Gomárez, con todo lo testarudo que era, ya había tenido tiempo de arrepentirse de los excesos a que lo indujo aquel inmoderado resentimiento de susceptibilidad, y por otra parte fué tanto lo que a diario suspiró Eufrasia por el perdido bien de El Matajey y lo que sensatamente argumentó en defensa de don Fermín Alcorta, que en nada podía haberlos ofendido con aquella invención encubridora del verdadero origen del repudiado—por grande que fuera la confianza a que ellos lo hubiesen obligado con su lealtad bien probada—, que al licenciado Céspedes no le costó trabajo persuadirlo a regresarse a las vegas para que desde allí atendiese, a la vez, a las colindantes plantaciones de El Altozano, que desde luego se las legaba a Pedro Miguel.

—Bueno, don Cecilio—díjole—. Siendo ésa su voluntad de usté, no puedo negarme a administrarle esas tierras al muchacho, en el ínterin que él pueda hacerse cargo de ellas; pero en tocante a las vegas de El Matajey, donde nos instalaremos tan y mientras me fabrique un rancho en

El Altozano, está de por medio la voluntad de don Fermín, que puede habé cambiao después de la malacrianza que le hice, como ahora lo reconozco.

Pero lo que en realidad cambió fue la conducta, hasta allí indiferente, que Fermín Alcorta venía observando respecto a Pedro Miguel, pues una vez rendidas a Gomárez —y en la propia casa de éste, antes de que pudiera ir a reclamárselas, por aquello de nobleza obliga—las cuentas de El Altozano y luego las de las cosechas recogidas en El Matajey durante la ausencia de su legítimo dueño, díjole:

—Quiero que te encargues de la mayordomía de La Fundación y especialmente de la administración total y autónoma de unas plantaciones que incorporadas a El Altozano, con el cual colindan, formarán el patrimonio aparte de Pedro Miguel. Cecilio y yo estamos estudiando la forma más conveniente para el traspaso de esas propiedades, y ya te comunicaremos lo que hayamos resuelto. Y quiero, finalmente, que sepas que en ti, hoy como antes, está puesta toda mi confianza.

Pero si de este modo, y por obra de la emulación generosa que le despertó el acto de desprendimiento del cuñado, ya comenzaba a preocuparse por la suerte futura del repudiado de su familia, pronto empezó a disputarle un afecto que, inclinándose demasiado—como ya parecía estarlo—, frustrase las tiernas esperanzas de predilección que Cecilio, el suyo, tenía puesta en el viejo.

Diariamente iba éste a El Matajey en busca de Pedro Miguel para llevárselo consigo por los campos de los alrededores—lo que daba origen a que las Céspedes, escandalizadas, y aun el mismo Fermín Alcorta diesen ya como un hecho la adopción—, y entretanto Cecilio el joven no veía llegar el día de que lo tomase por discípulo, ni se hacía ya grandes ilusiones respecto al amor del tío, pues casi no le dirigía la palabra, y por las que él se atrevía a

formular en presencia suya—un poco enfáticas, de talento precoz—quedábase mirándolo por encima de las gafas con cierto aire burlón.

En realidad, al proceder así Cecilio el viejo no lo hacía por desamor, sino ya en ejercicio de maestro, explorando el alma del discípulo para trazarse la regla de conducta adecuada y estimulando, a su manera siempre un tanto paradójica, los sentimientos más propicios a sus pedagogías, especialmente el de la rivalidad con Pedro Miguel, entre otras razones porque ya había descubierto que el espíritu de Cecilio era pobre en instintos egoístas y nada propenso a las formas del odio—eminentemente creadoras, decía el maestro—y era necesario sacudirle un poco la bestia así adormecida.

Por fin, juzgó oportuno comenzar y fue por la tarde, a orillas del mar, adonde se lo había llevado consigo sin decirle para qué.

Cerca desembocaba el Tuy, cuyas aguas solían arrastrar, por la época de las crecidas, troncos de árboles de las haciendas ribereñas que luego el oleaje iba arrojando a las playas, y tomando asiento sobre uno de ellos maestro y discípulo, así comenzó el primero:

—¿Qué es eso?

—El mar—respondió sonriendo el del talento precoz.

—¿Y eso?

—Esas son las olas—repuso, ya sin sonrisa, ahora con extrañeza.

—¿Para qué sirven?

Comprendió Cecilio el joven que por este interrogatorio, al principio aparentemente inexplicable, ya comenzaba la lección y se quedó mirando al maestro, emocionado hasta el punto de no poder hablar.

—¿Para qué vienen a morir en la playa, unas tras otras, constantemente, obstinadamente?—insistió Cecilio el vie-

jo—. ¿Qué utilidad tiene la fuerza que las produce y las empuja?

—Ninguna—balbuceó el discípulo, casi exclamativamente.

Y el extravagante maestro, a gritos:

—¡Muy bien! ¡Estupendo! Eres un muchacho genial. De golpe y porrazo, y como quien no dice nada, ya has penetrado el enigma del universo. ¡Ninguna utilidad! ¡Magnífico! Quien así empieza ya nada tiene que temer de lo que aprenda.

Y sacándose de uno de los bolsillos un tomito primorosamente empastado por él mismo:

—Pues bien: eso no sucede solamente con las olas del mar, sino que también es la ley que rige la sabiduría humana. Tú estás al borde de ella—¡desdichado de ti que has nacido con la funesta inclinación!—, pero de mí no podrás decir mañana que te he engañado haciéndote concebir ambiciones de utilidad. Y la prueba al canto. ¿Qué será lo más inútil en materia de aprendizaje? Es difícil determinarlo de momento, pero convengamos en que una de las cosas más inútiles es el griego, y especialmente la poesía griega antigua. Pues ¡a ello, precisamente! Esta es la *Ilíada*, en la lengua original. La compuso un tal Homero, y vamos a ver qué nos dice que para algo nos sirva. Digerir es eliminar después de atiborrarse, y así pasa con el aprender. Pero antes de averiguar qué nos dice Homero, toma nota de esto para que en salud te cures de vanidades intelectuales: el espíritu necesita de un papel cuando va a empezar a nutrirse y el cuerpo cuando ya terminó. ¿Has comprendido? ¡Claro que sí, tunante, pues tan sabroso te ríes! No hay duda de que eres un muchacho genial.

Y por la *Ilíada*, en griego, comenzó Cecilio el joven.

Método, ninguno. La falta absoluta de él, por lo contrario. Acaso el maestro habría descubierto en el discípulo —por aquello de los libros de su biblioteca y luego con sus exploraciones por encima de las gafas—un espíritu excesi-

vamente metódico, tan poderosamente organizador que fuera necesario introducir en él desde temprano cierto desorden, a fin de que aquella facultad tuviera en qué ejercitarse creadoramente; pero el hecho fue que así aprendió Cecilio el joven y desde los comienzos bastante bien.

Ambicionaba el maestro crearle un espíritu revolucionario, propósito nunca expresado por consecuencia con su principio pedagógico, excluyente de toda insinuación que pudiera desviar el alma del discípulo de su natural desenvolvimiento o siquiera la privase del goce fecundo de su libre y total iniciativa; más paradójicamente perseguido, conforme a lo de "digerir es eliminar después de haberse atiborrado", por medio de una cultura clásica y libresca, de la cual esperaba que lo hastiase y por reacción espontánea lo lanzara por sus propios caminos, con las inquietudes de su tiempo, de cara al porvenir. Pero Cecilio se iba apegando más y más a las formas serenas de la contemplación del pasado a que lo invitaban sus clásicos predilectos y de las manos del humanista extravagante no iba saliendo sino el humanista de alma complacida en el armonioso espectáculo del pensamiento bien expresado.

—¿Fracasaré?—preguntábase a menudo Cecilio el viejo—. ¿No habrá en este chico una partícula de espíritu de rebeldía o siquiera de contradicción, un palmo de tierra propicia donde pueda arrojar su semilla el Gran Sembrador?

Pero confiando aún en el afecto atiborrante, ya le había franqueado totalmente la entrada a saco en aquella torre de Babel de su biblioteca, de donde salía Cecilio el joven, según las palabras del otro:

—Chorreando emoción de clásicos. ¡Qué porquería!

Alternando métodos, aunque siempre conforme a su principio fundamental, eran los paseos con Pedro Miguel por las mañanas generalmente. Cuestas repechadas, hablando él de cosas del campo—de los cuidados que exigían las tierras, de las propiedades de las plantas y las costumbres

de los animales—, escuchándolo en silencio el muchacho incomunicativo. Descanso sobre las lomas, ante el panorama de monte y de mar ancho y desierto.

—¿En qué piensas?

—En nada—respondía el taciturno.

—¡Naturalísimo! ¡Naturalísimo! Don Nadie no debe pensar en nada. Don Nadie ha de estar siempre en blanco. ¿Sabes lo que es estar en blanco? Pues no te hace falta, tampoco. Generalmente, eso del pensar viene del leer. Pero ¿a quién se le puede ocurrir que don Nadie deba aprender a leer?

Pedro Miguel no replicaba palabra, pero se amoscaba y protestaba en su interior por lo de don Nadie, que ya no se lo apeaba don Cecilio, siendo, sin embargo, muy simpático.

Era porque el muchacho, todavía analfabeto ya de doce años cumplidos, se negaba a recibir las lecciones que quería darle Cecilio el joven, en cuya alma generosa, tan pronto como el maestro le refirió aquella historia de dolor y de vergüenza, se había despertado un tierno afecto por el repudiado de su familia.

Pero éste tenía ya la suya toda puesta en la aprensión contra los mantuanos—movimiento espontáneo de su corazón que no había podido desviárselo José Trinidad Gomárez, ni con su ejemplo de fidelidad a los Alcortas ni con sus frecuentes alabanzas de las buenas condiciones de éstos—, y cada vez que aquél trataba de acercársele, él se apartaba huraño y diciéndose:

—¿Qué vendrá buscando conmigo este jipatico pretensioso?

Cecilio no podía saber que bajo esta aversión se disimulaba una profunda simpatía, para la cual no tenía modos de expresión el alma cerril; pero en todo caso, habiendo sido con él más generosa la vida, a él le correspondía mostrarse así.

Cecilio el viejo había querido que fuese el joven quien desasnase a *El Cachorro*, y como no se le escapaba que en éste todo era espíritu de contradicción, insistía en su sistema de provocar reacciones, hasta que un día logró que el arisco le dijese al empeñado:

—Bueno, pues. Ya que tanto se empeña, enséñeme a leer pa que me deje tranquilo.

Y éste fue un día de inolvidables satisfacciones para el joven humanista.

En cuanto a las lecciones que de viva voz éste recibía del maestro, ni aun continuidad pudieron tener, pues de súbito y cuando más interesado iba el discípulo, le entraba al andarín la tarantera irrefrenable.

Ya sabía aquél, sin embargo, cuándo venía esto. Lo anunciaba cierta melancolía que se apoderaba de Cecilio el viejo, y luego algo así como una lucha interior entre su querer hacerle alguna íntima y dolorosa confidencia y un callar forzoso, acaso tiranía del habitual misterio en que había querido mantener las cosas de su corazón o verdadero temor de un desgarramiento de alma.

Era por atardeceres, invariablemente y a la acostumbrada orilla del mar. Se había interrumpido de pronto la enseñanza, lectura o lección de viva voz y Cecilio el viejo se quedaba mirando por encima de sus espejuelos la línea indecisa del horizonte, se volvía luego de súbito hacia el sobrino silencioso, le apoyaba su mano velluda en la pierna, contraía el ceño en actitud de determinación penosa y finalmente, siempre lo mismo:

—¡Puah!—hacía, acompañando la interjección menospreciativa con el ademán que se emplea para espantar una mosca importuna.

Luego se ponía de pie, diciendo:

—Mañana no me esperes.

Y desaparecía del pueblo, por días, por meses, durante los cuales nunca se recibían noticias suyas.

Ni las daba tampoco de aquellas andanzas a su regreso, ni ya se las pedía Cecilio el joven desde que, habiéndole preguntado una vez cómo eran las distintas regiones del país por donde tanto había viajado, le respondió:

—Yo sé cómo son, pero a nadie se lo he preguntado. Querer viajar sin moverse de un sitio, a través de relatos escritos o hablados, es vicio feo que perjudica la salud del espíritu, como todo placer solitario. La imaginación, para crear. No acostumbres la tuya a complacencias de hembra, pues sólo de hembras es recibir. Tú, da.

Andando el tiempo fueron haciéndose más y más frecuentes aquellas repentina melancolía y silenciosa lucha interior que terminaban con el ademán despectivo, a la vez que más y más largas las ausencias del andarín insosegable. Hasta que una tarde le dijo al discípulo:

—Se acabaron las andaderas. Ya tienes quince años y puedes valerte por ti solo. Anda a casa, aduéñate de mi biblioteca, que ya te pertenece, coge los libros que más te interesen y encárate a solas con ellos como lo hice yo. Me marcho mañana y tal vez no volvamos a vernos. Además, tu padre piensa enviarte a Caracas para que regularices y perfecciones tus estudios.

Y al cabo de una pausa emocionada, durante la cual oprimió la diestra del joven de las más tiernas predilecciones de su corazón:

—Pero antes de separarnos, quizá para siempre, quiero darte mi última lección. Se avecinan tiempos difíciles para nuestra patria y particularmente para las familias que, como las de los Alcortas y los Céspedes, empezaron a perder su preponderancia social y política con la guerra de la independencia; pero es necesario que tengas siempre presente que no hay que echar de menos lo que destruyó esa guerra, pues no era realmente nuestro. La colonia, con su espíritu de orden, y, por consiguiente, jerárquico, no la produjo este suelo, sino que la toleró trasplantada, solamente. Era

un jardín de plantas exóticas, muy bien trazado, muy apacible, muy señorial—¡todo lo que se quiera!—; pero postizo y por lo tanto precario. Y más aún por ser un jardín de casa pobre. En cambio, lo que esa guerra puso en pie es lo genuinamente nuestro: la democracia del campamento, el mantuano junto con el descamisado comiendo del mismo tasajo, el señorito Bolívar codo a codo con el Negro Primero. El "aquí semos todos iguales", el "sobre yo, mi sombrero", el empuje, la garra, el desorden. ¡Nuestro Señor el Desorden! ¡Bendito sea! Porque demuestra que este pueblo está vivo. Los que todavía se empeñan en conservar o replantar aquel jardincito son los muertos, las almas en pena de la superstición popular que se aparecen remedando lo que en vida hicieron mal. Hay que echarles el *requiescat in pace*, para que desaparezcan a sus limbos y le dejen la tierra al Gran Sembrador. No me vayas a resultar tú uno de esos muertos, porque te echo el latinazo y sigo mi camino.

Y al día siguiente, una vez más, había desaparecido del pueblo, camino adelante, a pie, con sus gafas sobre la punta de la nariz y un par de libros raros en los bolsillos, que él mismo se los hacía grandes como alforjas, sólo para llevar dentro de ellos lectura para los descansos, a la sombra de los árboles.

DÍA DE ACONTECIMIENTOS

Aristocracia provinciana, si no de ilustre linaje, sí de rancio orgullo bien encajado dentro de la sencillez pueblerina y por esto alejado de los altos cargos políticos de la república, los Alcortas no habían tenido ocasión de que resplandeciese el patronímico, sino con el brillo doméstico de las virtudes privadas. Nunca hubo entre ellos sino hombres honestos y laboriosos, sólo aptos para conservar la hacienda y el decoro tradicional de la familia o para ejercer, dentro de los reducidos términos del humilde y apacible rincón

provinciano, el saludable y patriarcal ascendiente de un ejemplo honroso o un consejo discreto. Bien estaban así, satisfechos de sí mismos y acatados, disfrutando con sueño tranquilo y frente erguida—todos habían empleado la frase—de la sosegada existencia que podía brindarles aquel pueblo donde eran los principales desde tiempos ya lejanos y nada más habría ambicionado don Fermín si no le hubiese salido Cecilio, el suyo—como él decía, no sólo para distinguirlo del otro, sino para darse también soberano gusto de padre orgulloso de su engendro—, con todo aquel gran talento y otras brillantes cualidades que se lo adornaban, entre ellas muy destacadamente la del extraordinario instrumento de expresión que ya estaba sacando.

Acaso sobreestimara el padre lo bien hablado que era el hijo, pero de todos modos no podían quedar dudas de que a Cecilio el joven le agradaba oírse y como el buen decir estaba en lugar preeminente del gusto de la época, toda la parentela admitió complacida que de allí iba a salir un gran orador, excepto quizá Cecilio el viejo, de cuya sonrisa cuando el discípulo abría el pico de oro, no se sabía si era de burla o de gusto. En cuanto a don Fermín, que en secreto acariciaba veleidades parlamentarias—muy del tiempo—, ya que a él no se le había deparado la ocasión, se complacía en imaginarse a Cecilio pronunciando alguna vez un gran discurso en el Congreso y así entrando en la Historia.

Porque Cecilio llegaría a orador famoso—aseguraba el padre—, y con el brillo de su elocuencia y la sustancia de su talento se abriría paso rápidamente hacia las cumbres de la política y sería el primer Alcorta ilustre, que ya era tiempo de que alguno lo fuese y pasara a la Historia, pues si bien estaba que el nombre estuviese bien tenido, mejor sería que fuera ilustremente perpetuado.

Y para que esto sucediese y él lo viera, decidió enviar a Cecilio a Caracas a fin de que completase y perfeccionase los estudios que a duras penas iba haciendo en el pueblo

bajo la intermitente dirección del pedagogo del aforismo: digerir es eliminar después de haberse atiborrado.

Dispuesto el viaje, llegó la hora de emprenderlo y don Fermín, aprovechando la banal emoción de las despedidas, de esta manera la proyectó al plano de los acontecimientos trascendentales:

—¡Hijos! Ha llegado el momento solemne, tanto tiempo esperado por mi corazón: un Alcorta va a entrar en la Historia.

Luisana dio un respingo, pero Cecilio le torció los ojos y ella, bajando los suyos, guardó circunspección mientras el padre continuaba:

—Cecilio va a procurarse la preparación indispensable para ser mañana un hombre de provecho, útil a la Patria que mucho empieza ya a padecer por falta de ellos. Pidámosle a Dios que ilumine su inteligencia y conduzca siempre su corazón por el buen camino.

Mucho más largo y más florido iba a ser el discurso de Fermín Alcorta, pero lo malogró Luisana con aquel respingo que no se le pasó por alto, y momentos después, ya de camino y hasta allí silencioso, así le manifestó su resentimiento:

—No eres dulce, hijita. Ya te lo he dicho.

"Sino más bien como la sal, que no se puede pasar sola, pero sin ella tampoco se tolerarían los manjares indispensables para la vida"—concluía la sentencia con que don Fermín acostumbraba aludir a las singularidades del carácter de Luisana, y ésta le replicó bromista, para que así acabase de perdonarle su imprudencia:

—Y yo a usted que me haga ver con un médico, porque esos respingos que doy de pronto y sin poder evitarlos deben de ser síntomas de mal de San Vito, que me está empezando.

—¡Quita allá, tunanta!—repúsole, ya producido el efecto que buscara Luisana—, que en ti no pueden empezar

males que no acaben con nuestra felicidad y mi vida. Y adelántate ahora, que ya están hechas las paces que buscabas quedándote conmigo atrás. Antoñito tendrá que decirte todavía muchas cosas, y así me dejará a Cecilio para las que aún no le he dicho.

Referíase a Antonio de Céspedes—único en su familia que se ponía el de, rescatado, según él mismo, de un culpable olvido de siglos—, primo tercero de Luisana, mutuamente enamorados desde niños y ya novios formales.

Iniciado en la carrera militar hacía tres años, en el arma de artillería, era alumno distinguido de la Academia de Matemáticas de Caracas, orgullo de los oligarcas, adonde regresaba después de vacaciones, caballero en un alazano fogoso —mejor para el paseo que para la marcha por aquellos andurriales, pero de todos modos propicio al lucimiento de la jinetía—, sofrenándolo a fin de ir emparedado con Cecilio, camino de la Historia, él también. Era un mozo fuerte, bien plantado y sin duda un poco petulante, junto al cual hacía triste figura el primo ya tragalibros, delgaducho, desgarbado y dejándose zangolotear por la mula que cabalgaba, no siendo de mala andadura.

Dirigíanse de esta manera a la capital por la vía de Caucagua y Guatire—y no por la del mar que hubiera preferido don Fermín para evitarle agujetas a su jinete bisoño—, en parte, por aquello del alazano, en el cual ya había venido Antonio y en parte porque siendo camino por donde ya se había marchado tantas veces Cecilio el viejo, porción del mundo misterioso de sus andanzas, quería conocerlo y disfrutarlo el joven. E iban junto con ellos don Fermín y Luisana porque el camino pasaba por La Fundación, donde él tenía diarios quehaceres y adonde ella, de no presentarse esta ocasión de despedidas, quizá no habría ido nunca, pues desde los tiempos de Ana Julia no pisaban aquellas tierras mujeres de la familia.

De paso, Cecilio se despediría de los esclavos de la

hacienda, que le eran especialmente adictos, y se lo demostraban llamándolo el Buen Amito, y más adelante, si no allí mismo, de Pedro Miguel.

Por su parte, ya estaba esperándolo éste, que sabía de su viaje y de su paso por la hacienda y a ella se vino en previsión de que no quisiese dar el rodeo necesario para llegar hasta El Matajey. Preparado a comportarse con él tan esquivo como de costumbre y quizá más, pero deseoso de verlo antes de que se le alejase, acaso para siempre.

—¡Qué va a acordarse más de mí, así que esté en su Caracas, con el mantuanaje de allá, que debe de ser peor que el del pueblo! Tanto empeño en enseñarme a leer y que para que me abriera buen camino en la vida... Pero la zoqueteada fue mía, que no he debido coger nunca la cartilla que me metía por los ojos... Ahora se va para la capital y luego: ¡si te he visto no me acuerdo!

Y esto lo refunfuñaba a tiempo que rastrillaba el cacao extendido en el patio de la hacienda.

Tenía catorce años y ya se había aficionado tanto al trabajo de la tierra, que cuando en las vegas de El Matajey no había qué hacer, a pesar de toda su aversión a los mantuanos no se desdeñaba de venir a arrimarle el hombro a las faenas de La Fundación, bien que no lo hacía para provecho del blanco, sino por ayudar al esclavo, ante cuya dura suerte no era insensible su corazón, y luego por darles oportunidad a los encuentros con Cecilio, que solía venir del pueblo casi todos los días con don Fermín, y en hallándolo allí ya no se le quitaba de al lado, dándole conversación mientras él manejaba el rastrillo, encerrado en hosco mutismo o apenas respondiéndole con monosílabos, pero complacido en su compañía y en su labia.

Allí estaba desde temprano, volteando y extendiendo el cacao que tanto afán no requería; pero mirando a cada rato hacia el camino por donde debía aparecer el mantuanito.

—Ahí viene—se dijo por fin. Y su corazón palpitó aceleradamente.

Pero Cecilio se había separado de la cabalgata para internarse hasta donde una cuadrilla de esclavos destopochaba una plantación ya adulta, y los que llegaban eran sus acompañantes, que se le habían adelantado.

Don Fermín arrendó su mula a uno de los horcones del corredor de la oficina y penetró en ésta. Antonio y Luisana quedáronse afuera, ella mirando hacia el patio.

—¿Qué vendrá buscando por aquí esa jipata pretensiosa?—se preguntó Pedro Miguel, que ya la conocía, de haberla visto de lejos, una vez, en el pueblo, a la salida de misa, estando él con Trinidad, quien se la mostró y se la nombró—. Ninguna vela le habían dado en este velorio. ¿Y ese que la ha ayudado a apearse, para dónde irá tan enfirolado? ¡Ah, malaya un barrizal donde el caballo se le fuera de mano!

Y agachó la cabeza para que el sombrero le ocultara la cara, afanándose en el rastrillar, porque estaban mirándolo y seguramente hablando de él.

De palabras sueltas, que siempre andan escapándose de las historias guardadas en el misterio, había sacado Luisana la verdad del triste caso de la tía Ana Julia, antes de que el licenciado Céspedes se la revelara a Cecilio y luego éste a ella, con quien compartía todos sus sentimientos, le comunicara los que le inspiraba el repudiado de su familia. Y por el gesto de contrariedad que al verlo allí hizo Antonio y las mismas descripciones oídas a su hermano a propósito de él, lo reconoció al punto en el muchacho del rastrillo.

Atravesó el patio dejando al novio ocupado en revisar los aperos de su alazano y se acercó al que también era su primo, a pesar de todo, movida por la inclinación ya habitual en ella de hacer cosas fuera de lo corriente en mujeres de su familia, todas espantadizas de la propia sombra en punto a mantuana circunspección.

El la sintió acercársele, pero continuó en lo que estaba, haciéndose el desentendido. Ella buscó un pretexto para darle conversación, a fin de que se dejase ver la cara—y especialmente los ojos, de cuya hermosura soñadora ya le había hablado Cecilio—, y hallándolo en los velludos frutos de un guamo próximo al patio, lo abordó con el apodo que ya le conocía:

—*Cachorro*, túmbame unas guamas. En esa mata hay unas que me están aguando la boca.

Nunca le había caído mal a Pedro Miguel el sobrenombre que le daban; pero al oírselo a la mantuanita socarrona—a esto le sonó la voz—se encrespó y repuso ásperamente, sin levantar el rostro:

—Ahora no puedo. ¿No me ve ocupado? Además, yo tengo mi nombre, como usté el suyo.

—¡Altanero!—protestó Luisana, aunque sin verdadera indignación, sino disimulando la gracia que tal enriscamiento le había causado—. ¿Cómo te atreves a contestarme así?

No bien lo había dicho cuando estaba allí Antonio de Céspedes, fusta en mano airada contra el irrespetuoso, a tiempo que éste levantaba la cara.

Fue brutal el castigo, y Pedro Miguel vaciló sobre sus pies aturdido por el dolor; pero ni siquiera se llevó la mano a la mejilla desgarrada. Sostuvo un rato, bravamente, la mirada del mantuano iracundo, soltó luego el rastrillo y abandonó el patio, donde hacía un trabajo que no se le remuneraba.

Luisana se quedó viéndolo alejarse a pasos bien asentados y luego, encarándose con el novio:

—No era para tanto, ni para mucho menos. Así no se maltrata a un semejante y menos a un muchacho que no tiene culpa de no haber sido educado.

—¿Lo defiendes?—replicó Antonio, con una sonrisa impertinente—. ¿Sabes quién es?

—¡Claro que sí! Y por eso mismo, precisamente.

—¡Conque ésas tenemos! —exclamó el de Céspedes, acompañando su sonrisa impertinente con golpecitos de la fusta sobre las polainas.

Pero nada más contraproducente que las reticencias cuando ya a Luisana se le había disparado el carácter voluntarioso.

—¡Esas, sí!—repúsole, cara a cara—. Cualesquiera que sean las que te hayas imaginado.

Y le dio la espalda, dejándolo plantado en medio del patio, ya sin sonrisa y azotándose las polainas, que nada habían tenido que ver con todo aquello.

Fiero, insensible al dolor y con los puños apretados hasta clavarse las uñas, Pedro Miguel se internó por los cacaotales, camino del monte tupido donde nadie lo viese desahogar en llanto la cólera que no se había atrevido a descargar contra el mantuano y por ello se maldecía y allí lo encontró Luisana ratos después, sentado en el tronco de un árbol caído, los codos en las piernas y mesándose los cabellos, mientras las rabiosas lágrimas le corrían por el rostro mezcladas con la sangre.

—Pedro Miguel—díjole con voz acariciadora—, vengo a pedirte perdón y a curarte la herida que por mi culpa te han hecho. Levanta la cara.

Iba provista de lo necesario para lo que se proponía, pues ya no tendría sosiego mientras de alguna manera no reparase el daño causado, y como él permaneciese en silencio y sin cambiar de posición, ofendido ahora por la actitud compasiva después de injustamente maltratado, insistió, dándole otra vez el apodo con entonación afectuosa:

—Anda, *Cachorro*. No seas rencoroso, que ya te he pedido perdón.

—Sin tener de qué—replicó él—. ¿No es eso? Para echárselas de...

—¿De qué?—interrogó Luisana, sonriendo—. ¿A ver? ¿De qué me las quiero echar?

Y como él no se dignase responderle:

—¡Anda, tonto! Déjame curarte. Se te va a enconar esa herida.

Pero tuvo que separarle a la fuerza las manos apuñadas y levantarle la cara batallando contra su obstinada resistencia.

De pronto, sin embargo, dejó de resistirse, mas para que ella no lo viese llorar se restregó los ojos con una manotada rabiosa, llevándose los coágulos de la herida, que otra vez se le fue en sangre.

La fusta le había desgarrado la mejilla izquierda y teníala hinchada y amoratada.

—¡Qué bruto!—exclamó Luisana, ahora transformada la compasión en un sentimiento más vivo, más cálido, más suyo—. Merece Antonio que otro más fuerte que él le haga lo mismo para que aprenda a contener la mano.

Pero estas palabras surtieron efecto contrario. Pedro Miguel apartó bruscamente de sí la mano de la mantuana, en cuya sinceridad no podía creer y se puso de pie diciéndole, colérico:

—Déjeme tranquilo. No necesito que usté me cure, ni le estoy pidiendo que me tenga lástima.

Dijo esto cara a cara y Luisana se quedó mirándolo, contemplándolo afectuosamente. Era un muchacho de facciones toscas, pero muy expresivas, de cabellos negros y ensortijados que le hacían airosa cabeza, de color moreno, más obscuro en torno de los ojos, realmente hermosos. Y díjole:

—Ya me había contado Cecilio que eras un muchacho buenmozo. Pero también me habían dicho que eras más arisco que un animal salvaje.

—¿Y a usté que le importa todo eso?—repuso él, encogiendo los hombros, desdeñosamente, ya dispuesto a marcharse.

—A mí, nada. Pero de aquí no te vas sin que te haya curado.

Y cogiéndolo por los brazos y obligándolo a sentarse de nuevo:

—¡Quieto ahí! Ni me importa que seas como seas, ni tampoco me interesa que me agradezcas nada; pero ya vas a saber en qué manos has caído: te voy a restregar y a echarte árnica en la carne viva hasta que se te pase la cachorrada. Vamos a ver quién de los dos puede más. ¡Ah! ¿Por qué no sigues resistiéndote?... Cierra los ojos. ¡Que cierres los ojos te digo!...

* * *

Horas después, ya de camino Cecilio y Antonio, decía el primero, a propósito de la víctima de la violencia del segundo:

—Me preocupa la suerte futura de ese muchacho. Ya tenía el aborrecimiento instintivo y ahora tendrá el rencor.

—No te preocupes—repúsole el militar—. Lo que tiene es el escarmiento. Que siempre es saludable, merecido o no.

—No estamos de acuerdo, Antonio. Quizá nunca lograré estarlo con ninguno de los míos, tratándose de Pedro Miguel. Un encuentro regido por la fatalidad le dio origen en circunstancias verdaderamente repugnantes, pero donde los demás sólo ven la mancha que por primera vez cayó sobre nuestro nombre, yo creo descubrir la manifestación de una voluntad trascendente. Pedro Miguel no es el fruto vulgar de unos apetitos ciegos en ocasión propicia, ni sólo del trastorno de un alma pura, sino la criatura dramática de un plan que tenía que cumplirse, de una Idea que buscaba su Forma.

—¡Mal te veo, Cecilio!—dijo el otro socarronamente—. Idealista vas, si no me equivoco.

—Esta vez has acertado. Idealista voy y a prepararme para serlo en acción, de manera eficaz. Sueño con llegar a ser un hombre con las soluciones de los problemas de los otros hombres en sus manos abiertas para todos.

Una sonrisa leve se dibujó bajo el bigotico presuntuoso del alumno de la Academia de Matemáticas. El se estaba preparando para otras cosas y ya sabía hacerlas.

III

EL CATECISMO DE LAS MAZORCAS

En el pueblo, donde a la gente joven se le deparaban pocas ocasiones de regocijo, ya se habían hecho famosas las "fajinas" del Padre Mediavilla. O como él decía: el catecismo de las mazorcas.

Era Rosendo Mediavilla, cura de almas de Río Chico, un clérigo de los de misa y olla, chabacano, guasón, popularote, cabezudo y con la tonsura casi siempre en barbecho de recios pelos y—según algunos que se preciaban de conocerlo a fondo—más amante del acre olor de la pólvora que del místico aroma del incienso. Lo que, sin embargo, no impedía que fuera un buen sacerdote, o conforme a su propia definición:

—Un buen pastor, pero a estacazos.

Tal vez acordándose de sus tiempos infantiles, ya bastante lejanos, cuando por los cardonales de la provincia de Coro—buena tierra de soldados—pastoreaba sus chivos.

Era por cosechas del maíz. Ya desde que empezaba a estar en sazón casi no hacía otra cosa el cura sino recorrer los maizales de su parroquia, de donde regresaba—a veces arreando él mismo su recua de burritos melancólicos, garrote en mano y grito arrieril bien estrangulado en la garganta—con diezmos y primicias de los conucos de sus feligreses y con los que le producían los que él mismo cultivaba en ejidos del municipio, todo para convertirlo en dinero útil al sostenimiento del culto. Aunque parecía que para otra cosa también, según sus propias palabras:

—Para darle a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

De estas labranzas y de aquellas dádivas se colmaban de mazorcas las trojes del cura, en el solar de la casa parroquial, y para desgranarlas sin menoscabo del producto era convocado el mocerío de la feligresía, en la plática de la misa dominical oportuna y de este modo, con pocas variantes:

—¡Muchachos del uno y del otro...!

La palabra sexo, sobrentendida, dábale a la frase una intención maliciosa de la cual abusaba el cura.

—La semana entrante comienza el catecismo de las mazorcas. Vayan preparando las tusas. Las fajinas son gratas al Señor porque producen dinero para el sostenimiento de su culto y porque favorecen los fundamentos cristianos de la sociedad. Lo primero con el valor del maíz, que nos sale de balde o casi casi, pues o me lo regalan mis ovejitas del monte o yo mismo lo siembro y luego lo desgranamos entre todos, y lo segundo porque favorecen los matrimonios en que paran los idilios, pues el que va a pelar la pava en las fajinas—sépanlo bien los novatos de este año—se compromete conmigo a casarse como Dios manda y de los matrimonios, ya es cosa sabida, salen luego los bautizos que también dejan algo para el culto.

Este paladino estilo de sus pláticas—que hacía sonreir a los mozos y ruborizarse a las muchachas, sin diferencias de clases—no se lo celebraban los mantuanos de edad circunspecta, y ya de ningún modo se lo toleraba Fermín Alcorta.

—Rosendo—díjole por fin, como se lo permitía la íntima y antigua amistad que a pesar de todo los unía—, vas a quitarme la piadosa costumbre de oir misa.

—¡Costumbre!—repuso el cura, gozándose en cogerlo en mal empleo de palabras—. Obligación, querrás decir.

—Bien, sí. Pero me refería a la costumbre de asistir a

la misa de nueve, que pronto habré de perderla si tú no modificas el estilo demasiado grueso, por no decir irreverente, de tus pláticas.

—¿Tú qué sabes de eso, Fermín?—replicó el guasón—. Si yo predicara a tu manera, pongamos por caso, te aseguro que me quedaría solo contigo. Y como comprenderás, Nuestro Señor no me ha dicho: anda y predícamele a Fermín.

Y luego, ya dentro de su exégesis:

—Además, eso de grueso y delgado no reza con Dios. El es el autor de todas las palabras y todos los estilos, como de todas las cosas y a todas las creó inocentes. La malicia la ponen los hombres. Pero dime una cosa, Fermín de mis tormentos: ¿No será la malicia también criatura de Dios, para amenizarnos un poco la vida?

—¡Hombre! Eso... Claro que hay una malicia que no te puedo atribuir, porque te conozco bien. Pero de todos modos, ¿qué necesidad tienes de exponerte a que se te interprete mal?

Sin embargo, todo el mundo estaba allí conforme en que el P. Mediavilla era un sacerdote ejemplar, por su conducta privada y por el celo con que desempeñaba su evangélica misión.

Y con esto y lo que con sus cuentos y sus chacotas hacía reir al mocerío congregado en las "fajinas"—que, por otra parte, daban ocasión para que los novios de amores todavía no formalizados con la aceptación de los padres de ellas, "pelasen la pava" mientras desgranaban las mazorcas—nadie quería perderse de los nocturnos catecismos ya famosos.

A fin de estar bien con Dios y con el Diablo—decía el cura—o sea con el pueblo y con el mantuano de su parroquia, pero guardando las distancias sociales—mientras otras cosas ya esperadas y procuradas viniesen a borrarlas—, Mediavilla distribuía equitativamente las "fajinas" a que todos deseaban concurrir: una noche para los mantuanitos—los

hijos de don Fulano y don Zutano, ricos comerciantes y hacendados de la región, buenos cristianos, eso sí—noche de pocas mazorcas desgranadas, porque las manos eran finas y las ásperas tusas las estropeaban hasta hacerlas sangrar; otra para los hijos de ño Perencejo el pulpero y ño Menganejo el sastre o patrón de goleta, que ya era de mayores rendimientos; otra, finalmente, para los hijos del pueblo—para el "camisa de mochila" por contraposición al "mantuano"—noche de mucho maíz desgranado y mucho cuento de gracia gorda.

Una mesa larga en el corredor de la casa parroquial, colmada de mazorcas; muchos desgranadores en torno, mozos y muchachas emparejados por el idilio... Cosas de campo y de amor, entre gente sencilla, aun las noches de mantuanos, bajo la vigilancia sagrada y patriarcal de la Iglesia.

—Primero el Rosario, pero dándole a las tusas—decía el sacerdote ya persignándose y con su mazorca en la izquierda.

Y los granos caían entre las avemarías.

—Ahora vengan los cuentos. Una vez Tío Conejo...

Los cuentos de Tío Conejo y Tío Tigre, que eran la especialidad del cura. La astucia y la fuerza, siempre victoriosa aquélla; la burla y la majadería, siempre en ridículo ésta; la humildad y la soberbia—Tío Conejo camisa de mochila, Tío Tigre mantuano, casi todas las noches—, ensalzada la primera conforme a lo cristiano de aquellos catecismos, pintada de tal modo la segunda, que a veces era de echar las tripas.

Y con las risas se desgranaban las mazorcas.

—Una vez Tío Tigre se metió a cura.

Era noche de hijos del pueblo y el auditorio prorrumpió:

—¿Cómo es la cosa, pae Mediavilla? ¿A cura ha dicho usté que se metió el hombre?

—Nada menos. Y ya verán cómo y para qué. Fue porque Tío Conejo ya lo era, en una iglesia humilde, de ba-

jareque, perdida entre los montes, donde él decía su misita diaria y su sermoncito los domingos, para sus conejitos, que iban con la patica en el suelo y su camisita de mochila a cumplir el divino precepto y a divertirse un rato con las cosas que les decía su curita, a su manera un poco gruesa, como dicen algunos. Bueno, pues. Así andando el mundo por aquellos andurriales, si no del todo como Dios manda, a lo menos como entendía servirlo Tío Conejo, sucedió que un domingo, a cosa de las nueve de la mañana, por más señas, pasando cerca de allí Tío Tigre, que iba muy orondo —o muy furundo como dirían los conejitos—con su gran manto de pinta menudita y sus bigotes parados, venteó el olorcito de aquella reunión y llegándose hasta la iglesita metió adentro las narices, echó sus cálculos meneando el rabo y se dijo: —Aquí hay comida para una semana, por lo menos. ¡Y esto es conmigo! Porque si ese... pistolo de Tío Conejo los tiene ahí tan distraídos con esa plática tan fea y tan chabacana, en cuanto no más yo me suba al púlpito y les suelte un sermón bonito, de esos que sólo yo sé decir, todos estos comemonte se van a ir detrás de mi manto real y allá en el palacio de mi cueva voy a poner mi festín.

—¡Anjá!—exclama el candoroso auditorio del cura, hombres ya hechos y derechos casi todos—. No era mala la intención de Tío Tigre.

—Por la medida de todas las suyas—comenta el narrador y prosigue: —Dicho como hecho. Aprovechando que Tío Conejo había pasado a la sacristía a despojarse, se encaramó Tío Tigre en el púlpito y empezó a echar su sermón. Al principio los comemonte se dijeron: —¡Coma avispa, compañero, que cigarrón atora! Ese como que es Tío Tigre.

Prorrumpen en carcajadas los desgranadores, al oir hablar a los personajes del cuento tal como lo hacían ellos y Mediavilla continúa:

—Pero en cuanto él había soltado uno de esos párrafos bonitos con que acostumbran hablar ciertos mantuanos, empezaron los comemonte a cabecear y a cerrar los ojos y así se fueron quedando quietecitos. —"Ya los tengo vajeados"—se dijo Tío Tigre—. "Ya esta comida está asegurada." —No eran vajeados sino durmiéndose de fastidio que estaban los pobrecitos, por no entender ni una papa del sermón bonito; pero hubiera sido lo mismo para lo que se proponía el predicador, si en ese momento no se aparece Tío Conejo y al ver a sus feligreses, como quien dice, ya en los colmillos del Tío Tigre, no se sube al altar y les grita: —¡Muchachos del uno y del otro, pelen el ojo! Ese vagamundo lo que quiere es adormecerlos para caerles encima y poner con ustedes su festín—. Se despabilaron los comemonte, pararon el rabo, cogieron la puerta, con Tío Conejo a la cabeza... Y allá está todavía Tío Tigre, con su manto de pinta menudita, lamiéndose los bigotes, que fue lo único con que se desayunó esa mañana.

Y entre las carcajadas se desgranaron las mazorcas.

Pero hubo uno que se quedó con la suya en la mano ociosa, mientras el pensamiento le ponía sombrío el rostro. Uno que no sabía reir.

—¿Qué te pasa, *Cachorro?*—le preguntó el cura—. ¿Es que no te ha gustado el cuento?

—Sí me ha gustado. Y más de lo que usted se imagina. Porque yo mismo fui uno de esos comemonte que se iban quedando vajeados. Con la diferencia que a mí me despertó el propio Tío Tigre, de un zarpazo que me tiró... ¡Y todavía llevo la marca!

Mediavilla se quedó pensativo. El cuento, realmente, no le había resultado muy evangélico.

Era porque había otro Rosendo Mediavilla: el afiliado al partido liberal, que hablaba y se definía de esta manera:

—Iremos a los comicios y ganaremos las elecciones; pero si los godos de uña en el rabo nos hacen la trastajada, iremos a la guerra para darles su merecido. Y digo iremos, porque yo también me arremangaré la sotana para que se me vean los calzones que llevo debajo. ¡Y bien puestos, caray! Ya verán ustedes quién es Rosendo Mediavilla, el del hisopo de plomo, el día que lo coja en la mano. Ahí lo tengo, cargado hasta la boca.

Y señalaba un trabuco naranjero.

Para concluir:

—Porque a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Hablaba así en las reuniones de correligionarios políticos que entre noches—cuando no eran de fajinas—se efectuaban en la parroquial y de las cuales salían caldeados hasta los más tibios, tanto por el calor que él ponía en sus arengas, como por la lectura de los periódicos de oposición al gobierno oligarca que recibía de la capital y ya formaban pilas sobre la mesa y las sillas de su modesta salita de recibo.

Y éste—no el de los cuentos y de las chacotas que a todos hacían reir—era el Rosendo Mediavilla que le agradaba a Pedro Miguel.

Asistía puntualmente al catecismo de las mazorcas en el turno que le correspondía, y cada vez que de su casa lo mandaban de compras al pueblo llegábase hasta la parroquial y allí se pasaba largos ratos conversando con él o haciéndole silenciosa compañía, si lo encontraba entregado a sus oraciones o escribiendo las numerosas cartas que se cruzaba con los correligionarios de otras ciudades, mien-

tras por su parte se entretenía con aquellos periódicos que más al alcance estuviesen de su comprensión.

"El Sin Camisa", "El Trabuco", "El Rebenque", "Las Avispas", eran sus predilectos, y un día le dijo al cura:

—Présteme estos papeles.

—¿Para qué?—repúsole Mediavilla con escrúpulos de conciencia, por tratarse de un joven de dieciséis años y por aquello del no escandalizar—. Los títulos son ocurrentes, pero no te creas: lo demás no te va a resultar divertido.

—Pero si ya me los he leído todos de cabo a rabo, mientras usted reza o escribe. Además, no los quiero por lo divertidos, porque ya sabe que eso no me interesa.

—¡Sí, sí! Ya lo sé. En las fajinas el único a quien no le hacen gracia mis cuentos eres tú. Pero eso no está bien, muchacho. Hay que saber reir, porque la risa es un don de Dios, con el cual ha querido distinguirnos de los animales. Aunque no lo haya logrado de un todo, por culpa nuestra.

—Préstemelos—insistió Pedro Miguel sin hacer caso de la evasiva—. Yo se los cuido y se los devuelvo ligero.

—¿Pero si ya los has leído, para qué los necesitas?

—Para leérselos a los esclavos de La Fundación.

Mediavilla se llevó la uña del índice de la diestra al barbecho de la tonsura, lo que parecía indicar que iba a reflexionar si aceptaba o no la proposición de *El Cachorro*; pero éste agregó en seguida:

—A los sin camisa, para que le vayan perdiendo el miedo al madapolán.

Había tomado esta frase de uno de aquellos periódicos y el clérigo soltó la risa, desistiendo de rascarse la tonsura y en seguida cogió los papeles, que ya Pedro Miguel tenía elegidos y apartados, y poniéndoselos en las manos, díjole:

—¡No, hijo, no! Déjate de cosas. ¡El discurso que vendría a echarme Fermín cuando se enterara! O como yo

digo: la fermínica que me espetaría. ¡No, no! Déjate de cosas. Guárdame esos periódicos por allá adentro hasta que yo te los pida.

Pedro Miguel comprendió o creyó comprender y salió de la salita con sus periódicos a dejarlos por allá adentro, a tiempo que Mediavilla cogía su teja y su paraguas para echarse a la calle, por momentánea ocurrencia de algo que tenía que hacer.

Y ya en la calle reía a solas pensando:

—¡La fermínica! No está mal. ¿Cómo no se me había ocurrido antes llamar así los discursos del buenazo de Fermín? ¡Je, je, je!

Días después empezaron a correr por La Fundación y otras haciendas vecinas rumores de que estaba apareciéndose por allí la Luz del Tirano. El alma en pena del Conquistador rebelde Lope de Aguirre, que es una candela errante por la obscuridad de la noche.

Pero otros decían que era una luz fija, monte adentro, no siempre en el mismo sitio una y otra noche, mas sin verse desde que se hacía visible.

—Pues no es la Luz del Tirano—opinaban algunos negros en el corrillo de los comentarios—, porque el penar de esa ánima tremenda es no podé reposá nunca. Debe de sé otro espanto que esté saliendo por aquí.

Pedro Miguel oía y callaba, pero luego ya rebatía:

—Ustedes siempre creyendo en aparecidos. Desde que se está hablando de eso todas las noches me levanto y salgo a caminar por todo esto a ver si miro la luz y todavía no la he descubierto.

Y ésta fue la explicación que una noche le dio a José Trinidad, cuando le preguntó desde su cama, por haberlo sentido entrar a tiempo que empezaban a menudear los gallos:

—¿Por dónde andabas, muchacho? Yo te hacía en tu cama.

Mas como se repitiera la escapada clandestina e insistiese Gomárez en averiguar la causa, le contestó desabridamente y evitando su mirada inquisitiva:

—Voy a confesarle, viejo. Es que les tengo miedo a los espantos y quiero quitármelo tropezándome con el que dicen que está saliendo de La Fundación.

Ante tan inesperada respuesta, José Trinidad quedóse mirándolo en silencio, con el plebeyo respeto—por la sangre de los Alcortas—que andaba mezclado en su amor hacia él, y fue entonces cuando vino a reparar en las transformaciones que estaban operándose en aquel rostro. Ya le apuntaba el bozo y los rasgos viriles venían tallándole un perfil violento: arriscado el entrecejo, ambicioso el aletazo del resuello, recogida la boca tirando del mentón en gesto de contumacia.

José Trinidad observó sin interpretar, y para contemplarlo de frente díjole:

—Volteá para acá, Pedro Miguel. Mírame a la cara.

Obedeció, pero encarándose bruscamente más que volviendo el rostro, y Gomárez continuó mirándolo en silencio.

Había un estrago de insomnios en la lividez de las ojeras y un mirar nocturno en las pupilas, de vigilia febril entre tinieblas.

José Trinidad creyó comprender, y díjole con sonrisa maliciosa:

—Ten cuidado, muchacho. No abuses de tus años, que no son sino dieciséis recién cumplidos.

El mozo irguió la cabeza, con movimiento brusco y repuso:

—Despreocúpese. Usted oye el agua correr, pero no sabe por dónde. Además, ya le dije...

—Bueno, hombre—atajó Gomárez, bajo la influencia de aquel respeto que ahora cohibía su autoridad paterna de una manera muy especial—. Asina será.

Pero luego quiso cambiar impresiones con su mujer,

que estaba junto al fogón cociendo el pan del desayuno, mientras las hijas se ocupaban de otros quehaceres, fuera de la cocina.

—Ufrasia—díjole—. ¿Te has fijao en Pedro Miguel? Anda raro estos días. ¿Verdá?

—¡Jm!—hizo la mujer, como de cosa ya esperada y siguió palmeando la arepa que iba a tender en el negro budare.

—¿Será el cambio de edá?—prosiguió Gomárez—. Ya le está saliendo el bozo. ¿No has reparao?

Tendida ya la arepa y limpiándose las manos en el delantal. Eufrasia se le acercó al oído y le susurró con aire de misterio:

—¡Tiene unos papeles!

—¿Unos papeles?

—¡Sí, hombre de Dios! Unos periódicos de esos que y que salen en la capital. Hacen días se los vide en su baúl, muy embojotaítos y dende entonces taba por decítelo. Trasantiel no más lo solprendí leyéndolos. El no lo sabe porque estaba muy enfrasquitao en su lectura. ¡Sí, señó! ¡Como lo oyes, José Trinidá!

—¡Hum!—hizo Gomárez, rascándose la nuca.

Y Eufrasia continuó, complacida en su dominio de la situación, mientras el marido andaba por las nubes:

—Eso es lo que tiene entre ceja y ceja. No es el bozo que le esté saliendo. Ya te lo dije, José Trinidá: no dejes que ese muchacho aprenda a lé. Acuérdate que bastante te lo alvertí.

—Pero si jué el mismo niño Cecilio quien se empeñó en enseñalo. ¿Qué quieres tú que yo hiciera, mujé?

—¡Bueno! Ahí tá la cosa resultando. Yo siempre he oído decí que letras en la cabeza del que nació pa pobre no hacen sino quitale el sueño, que es lo único completo que Dios le ha dao... Este que digo: del que nació, no, en este caso, sino...

—¡Bueno, mujé!—atajó José Trinidá—. No empieces otra vuelta con la tema de antes.

—¡Guá, José Trinidá! Tranquila estaba yo tendiendo mis arepitas; pero tú has venío a haceme unas preguntas y yo tenía que contestátelas.

Realmente, todo provenía de aquellos periódicos que se trajo de la casa parroquial, cuando se dijo, calando el efugio del cura:

—No me ha dicho que me los lleve, pero me los ha puesto en las manos.

Monte adentro un candil alumbraba la escena, la noche del día siguiente de aquél. Sentados en el mismo tronco del árbol caído donde fue la de la cura de la mejilla cruzada por la fusta de Antonio de Céspedes, cuatro esclavos—los que más confianza le inspiraban a Pedro Miguel—aguardaban ansiosos la lectura del periódico ya en las manos de éste. La luz del candil acentuaba con reflejos cobrizos los rasgos salientes de los negros rostros atentos y proyectaba sobre la fronda de los árboles del contorno gigantescas sombras de aquelarre. Tenían una expresión ingenua, de niños ante un juguete prometido, aquellos hombres ya viejos, mientras que la de Pedro Miguel era ceñuda, con vibraciones de emoción de apóstol.

La espera fue breve, pero su silencio ya había recogido los más lejanos rumores dispersos por la obscuridad circundante, cuando explicó el lector:

—Este se llama "El Trabuco".

—¡Ajá!—exclamaron los oyentes—. Vamos a vé cómo dispara este trabuco. ¿Será naranjero?

—Y el primer número empieza así—continuó Pedro Miguel—. ¡Pum, pum, pum!

—¡Ajá!—contestó Tapipa—. Ya está disparando el bicho. ¡Escúchenlo, manitos!

—"Que será bocón como el mismo diablo—prosiguió

el lector—y tragabalas como no hay ejemplo en la historia de los trabucos."

—¡Cuaj, cuaj, cuaj!—rió el candoroso auditorio, ante el juguete que no lo había defraudado.

—¡Chist!—hizo Pedro Miguel, a quien no le interesaba lo divertido.

Las miradas exploraron la obscuridad del contorno y continuó la lectura, a la luz estremecida del candil, en el silencio del monte adentro.

No eran ideas, que por aquellas cerrazones de espíritu no habrían encontrado camino, sino escarnios, burlas groseras y descarados vilipendios que se encarnizaban en las reputaciones más acrisoladas del partido conservador. Ni Pedro Miguel ni sus oyentes sabían quiénes eran las víctimas de "El Trabuco", pero sí que eran mantuanos y todas las complacencias del irrespeto hacían rebullir al auditorio. Al principio mezcladas con cierto asombro y temor supersticioso, manifiestos en las miradas cruzadas de rostro a rostro y lanzadas en torno al sitio de la insólita profanación; pero luego—como de las tinieblas de la noche no partía el rayo vengador de los ídolos—más y más confiadas y gozosas.

—¡Güena descarga la de ese trabuco!—comentó Roso Coromoto—. ¡Esteraíto de mantuanos ha quedao el suelo!

—¿Y ese otro, cómo lo mientan, Pedro Miguel?—inquirió el negro Tilingo.

—Este es "El Sin Camisa".

—Como nojotros, manitos—dijo Tapipa—. Vamos a vé qué nos cuenta el compañero. Abrele la jeta, Pedro Miguel.

Ya los esclavos de La Fundación disfrutaban de cierta independencia desde que Fermín Alcorta substituyó el sistema de capataces por el de mayordomos—menos deprimente la palabra y más humana, en realidad la delegación de dominio—y el de convivencia forzosa y gregaria del repartimiento por el de familias aparte, en ranchos que cada cual

quisiera construirse, aunque obligadamente a la vista de la casa del mayordomo, y así le fue más fácil a Pedro Miguel obtener un auditorio clandestino más y más numeroso cada noche, en distintos parajes de la hacienda, previamente elegidos por él, para despistar vigilancias, con tanto éxito que pronto no sólo asistían todos los esclavos adultos de La Fundación, sino también muchos de las haciendas vecinas, mientras por todas ellas iba corriendo la conseja de las apariciones de la Luz del Tirano.

Pedro Miguel se remiraba en su obra y le dedicaba no sólo las horas quitadas al sueño, sino también muchas del día. El éxito y la leyenda acariciaban sus pensamientos bajo el ceño aborrascado, por las veredas del monte, en busca del sitio para la reunión de la noche o sentado sobre alguna loma solitaria desde la cual dominasen espacios —cumbres, laderas, quiebras y llanadas—por donde su imaginación oyera una voz alada esparciendo su nombre:

—¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel!...

Todo esto podía hacerlo gracias a la independencia de que disfrutaba en su casa, a la sombra del atávico respeto que cohibía la autoridad de José Trinidad Gomárez. Recordaba a cada momento las palabras con que éste le dio consejo de no abusar de sus años y se decía, con sonrisa desdeñosa:

—¡Enamorado yo! Como si no hubiera en el mundo otras cosas mucho más de hombres que andar enamorando mujeres.

Y caminaba ceñudo, alta la frente, apretados los puños, ambicioso el aletazo del resuello, oyendo la voz atareada:

—¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel!...

Pronto se agotaron los periódicos substraídos de la casa parroquial. Pero ya él no necesitaba andaderas y se aventuró por su cuenta con lo que había aprendido de tanto leer. Habló y lo escucharon en silencio. Removió los rencores, atizó las ambiciones y concluyó predicando:

—Hay que echarse al monte contra el mantuano, con la guerra por delante.

Tapipa y Roso Coromoto se miraron en silencio, como preguntándose:

—¿Qué te parece, manito?

Y aquella noche por los distintos caminos por donde a sus ranchos o sus repartimientos se regresaron los esclavos de su ya numeroso auditorio, iba la voz atareada murmurando:

—¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel!...

SEGUNDA JORNADA

I

LAS VACACIONES DEL HUMANISTA

POR Pascuas de Navidad, al reclamo de la tradición familitar, regresaba al hogar paterno y le agradaba sacerlo por tierra, a caballo, saliendo de Caracas a la caída de la tarde.

El paisaje eran formas serenas y nombres ilustres, colores brillantes y memorias imperecederas. El Avila, Bello Monte, los cafetales del fruto en sazón... Las huellas de Humboldt en el orgullo de la cumbre empinada y en la gracia de la colina tierna, la obra del Padre Mohedano sazonando su esencia cordial a la sombra nemorosa de los bucares. Los cañaverales acendrando sus mieles, ya doradas en el rayo tendido del sol; el carro de bueyes por los callejones bordeados de sauces pensativos y el viajero emocionado escuchando:

> Apenas de un carro vacilante
> se oye a distancia el desigual rumor.

Los chaguaramos altaneros, arpa del atardecer el penacho de las palmas quietas, con trinos de chirulíes y rajeos de azulejos; los gigantescos mijaos, bosques de ramas para los nidos de todos los pájaros del valle; los torreones de los trapiches dando su humo laborioso al aire descuidado. Acaso cantares de esclavos en el corte del tablón, con dejos de memorias que buscan recuerdos perdidos. De rato en rato, olor de melado que endulza el viento suave; de trecho

en trecho, rumor de acequias... La algarabía de la atardecida vuelta de las guacharacas al silencio de los boscosos cangilones, por donde a saltos venía bajando el Sebucán. El franciscano reposo del monte, tendida la estameña del crepúsculo, beata la paz de las cumbres de la Silla de Caracas... La melancólica evocación del indio, despojado señor de aquellas tierras, que conservan las palabras guaruras caídas en la derrota: Chacao, Petare, el rumoroso encuentro del Caurimare con el Guaire que alimentó el Macarao... La sorpresa siempre emocionante de La Cortada traspuesta: cumbres, lomas, laderas, quiebras y hondonadas, lejanías azules y esa serenidad religiosa en que se sumergen las montañas para el encendimiento de las estrellas, honda hasta el rumor del agua que corre allá abajo, tierna en el piar fugitivo de los pájaros que vienen recogiendo el vuelo, dulce como una tristeza que diera la felicidad... →

El paisaje era un ejercicio de amor a su tierra que repasaba Cecilio todos los años, por Pascuas de Navidad.

Pernoctaba en una ranchería del camino muy frecuentada por arrieros y carreteros, que al hombre de las letras traíale a la imaginación las ventas donde al Ingenioso Hidalgo le ocurrieron sus regocijadas aventuras y al de acción que se proponía ser dábale oportunidad de acercar el oído a las palpitaciones del corazón de su pueblo.

Era gente en marcha de camino y de historia. La que iba recogiendo anécdotas para verterlas en torno al mesón y la que venía prendida por la carne de sus rencores, sus hambres y sus ambiciones al curso de los acontecimientos de donde acababa de surgir la patria, para enfrentarse, allí mismo, con un porvenir azaroso.

—¿Qué hay por la capital?—preguntaban los que hacia ella se dirigían con sus recuas o sus convoyes.

—¿Qué va a habé?—respondían los de camino encontrado—. Mucho runrún de cosas que y que se están preparando. Los melitares, con que si ellos jueron los que se

chamuscaron el pellejo entre las balas de la independencia pa que hubiera Patria y por consiguiente y que son ellos los que deben mandá, y los civiles con el cuento de que pa goberná se necesita tené mucha cencia y ellos y que son los que la tienen, de habela aprendío en los libros. Y en el entretanto, los negocios malos y las cargas pocas.

Y luego, marcada la pausa con el escupitazo de la mascada de tabaco por el colmillo:

—¿Y ustedes que vienen de por ahí padentro, qué traen en las mochilas?

—Sustos pasaos en los malos pasos, con las noticias de que en tal parte asesinaron a unos arrieros pa robales lo que llevaban en los burros, y que por tal otra anda alzao qué sé yo quién.

—La verdá es que esto de trabajá es pa los... desmemoriaos. Habiendo ese camino tan ancho que es la guerra, ¿pa qué andá por estas vereas?

—¡Me parece! Si no que se lo pregunten al hombre de Queseras del Medio, que si no juera sío por la lancita allá estaría con la soga.

—Pero ahora y que le dice al garrasí: si te he visto no me acuerdo. Y no quiere andá sino entre el mantuanaje.

—Tiene razón, compañero. ¿No se mojó el fundamento sobre la tereca del caballo? A él le debemos la Patria y es natural que él sea el primero en gozala. Además, ¡parriba es que vamos tirando todos! Deje que a mí me sople el vientecito que tengo encargao pa que me vea remontao.

—¡Y el otro que viste y calza!

—¿Se refiere a usté mismo, compañero? No sea tan ilusivo, porque ni camisa de mochila es vestío ni callos de pata en el suelo son calzao.

—Por eso mismo no desperdiciaré la ocasión. ¡Y eso no es ná, sino las que tengo que cobrá!

Oyendo esto, Cecilio el joven se quedó pensando en

aquello del Gran Sembrador con que le despidiera su maestro, a quien no había vuelto a ver desde entonces.

—¡Siembra de vientos!—díjose—. Mala tendremos que pasarla los que vayamos a recoger la cosecha inmediata. Pero es menester que, además de prevenidos, estemos bien preparados.

Los tiempos eran realmente dramáticos; pero de tempestades creadoras, de amaneceres angustiosos y no de crepúsculos pesimistas. La Patria acababa de salir de las fraguas de la guerra y todavía no estaba completamente moldeada. Vuelta hacia el pasado tenía la faz tremenda que contempló la sangre y el fuego, pero mostraba inconcluso el rostro noble y sereno que debía mirar hacia el futuro y era necesario darle cuanto antes y de manera eficaz estos toques finales.

Para ello se preparaba Cecilio Alcorta, que de haber seguido las más íntimas inclinaciones de su alma se habría quedado en poeta; pero le había puesto prisiones a las tendencias contemplativas, porque cuando un espíritu está realmente vivo—y así se sentía el suyo—se mueve dentro de su tiempo, de cara al porvenir.

No se le escapaba que aquel ensayo de civismo que en torno al prestigio militar del general Páez estaban intentando algunos de los hombres que lo rodeaban, no siendo en realidad sino los últimos reductos del espíritu de la Colonia—del jardincito de trasplante y casa pobre, como despectivamente había dicho Cecilio el viejo—, tenía que ser precario, como toda desviación que se trate de imprimirle al curso natural de la historia de un pueblo; pero tampoco podía admitir que los hombres en quienes residían las previsiones del pensamiento hubieren de cruzarse de brazos ante el ímpetu arrollador de la conmoción democrática producida por la Guerra de Independencia, pues si era también una Idea que venía buscando su Forma—aún estaba con Platón Cecilio el joven—, de aquéllos era, precisamen-

te, el ineludible deber de allanarle los caminos rectos a fin de que no se precipitase por los atajos tortuosos.

Recordando ahora, en cuanto a él se referían, aquellas palabras del tío, no se le escapaba tampoco que el recóndito deseo del extravagante maestro había sido el de formarle un espíritu revolucionario; pero si carecía de él, no, en cambio, de espíritu constructivo y tomándose tal como era, podía dar de sí mucho que algún día le permitiese ser un hombre con las soluciones de los problemas de los otros hombres, en sus manos abiertas para todos.

De cómo venía procurándolo fueron siempre las cuentas rendidas a don Fermín de los anuales progresos en sus metódicos estudios de humanidades, y esta vez, además, el relato, delicioso para el orador fallido que en él se remiraba logrado, de las opiniones oídas a Fermín Toro y a su mismo maestro José Luis Ramos y de las que él se había permitido contraponerles en algunos puntos, por donde a su parecer erraban en la apreciación de ciertas cosas.

Cecilio el joven no era presuntuoso, sino, por lo contrario, bastante modesto, pero cultivaba una gran vanidad que podría calificarse de filial, por forma del amor a su padre, a quien nada complacía tanto—y él lo sabía—como los triunfos que fuera obteniendo el hijo de todas sus esperanzas.

En efecto, el padrazo quedó saboreándose:

—¡Los Fermín Toro, los José Luis Ramos! Apenas tiene unos diecinueve años y ya me le oyen y me lo toman en cuenta.

Y a sus amigos y correligionarios políticos, godos recalcitrantes—como los calificaban los liberales—, cuando por la noche fueron a darle la bienvenida a Cecilio, así los fue recibiendo en el corredor, antes de que entrasen a la sala donde estaba el recién llegado:

—Dile que te cuente lo de Fermín Toro.

—Hazlo hablar de la polémica que tuvo con José Luis Ramos, a propósito del origen del endecasílabo español.

Y cuando se retiraban, los acompañaba hasta el zaguán, y allí les preguntaba:

—¿Qué te parece el muchacho?

—Te confieso que me he quedado boquiabierto oyéndolo.

—Lo mismo yo, Fermín. Lo mismo yo.

Pero no contento con que así se quedaran sus amigos los conservadores, para que la envidia se comiese a los liberales, echábanse a la calle en busca de oportunidades.

Ya no se trataba con el P. Mediavilla, debido a aquellos periódicos que le prestó a Pedro Miguel y con cuya lectura éste le alborotó y casi le soliviantó los esclavos; pero era con él, precisamente, con quien más deseaba encontrarse, y así que lo divisó conversando en la puerta de una tienda con el dueño de ella, hacia allá se encaminó diciéndose:

—Ya te haré rabiar.

Y a la primera oportunidad que le dio el tendero:

—Sí. Ha llegado bien y muy contento. Ya se codea en Caracas nada menos que con los Fermín Toro, que no es poco decir. Lo reciben en sus tertulias y cambian ideas con él. Por cierto que me cuenta que, ya para venirse, conoció allí a un delegado apostólico de Su Santidad que, de paso para Lima, se detuvo en Caracas. Un prelado muy inteligente, díceme, que habla correctamente el latín. Y como él algo se le alcanza de eso, estuvieron charlando largamente en esa lengua.

Pero el P. Mediavilla, en vez de rabiar allí mismo, sonrió y le observó, por aquello de los Toro:

—Un delegado no, Fermín. Unos delegados serían.

Y fue él quien partió rabiando, calle abajo. Pero luego reaccionó sensatamente:

—¡Qué importan las sandeces de Rosendo! El hecho es que el muchacho vale y que ya lo tengo en casa, pasando sus vacaciones.

LA SAL DE LA CASA

Para Luisana eran las confidencias más íntimas: las cosas del corazón. Sus impresiones sentimentales, el patio de la casa donde vivía en Caracas, siempre oloroso a jazmines, los versos que sólo ella conocería, porque no habían sido compuestos para ser publicados, y ahora, unos bonitos amores, al gusto romántico:

—Se llama Beatriz. ¡Y si tú la vieras!

Y luego:

—¿Y tú, qué me cuentas? ¿Qué ha hecho en este año la sal de la casa?

—¡Chico! Este año ha sido atroz. Casi todo me lo he pasado en el salero.

—Pues ya me imagino cuántas veces se habrá oído en esta casa el ¡válganos Dios!

—Pero te quedarás corto. La verdad sea dicha.

—En realidad, no es que me lo imagine. sino que ya me lo ha dicho Carmela. Apenas llegué cuando, aprovechándome solo, me recomendó: —Cecilio, dile algo a Luisana, que ya nos tiene a pedir misericordia.

—¡Qué chismosa!—exclamó ella, pero soltando en seguida la risa, que poco se le oía en la casa cuando él no estaba allí:

Y luego:

—Tiene razón. Reconozco que he estado de pedir misericordia. Pero hazte cuenta, chico...

—Ya me han contado: ni un enfermo grave en la familia ni en el vecindario.

—Pues ya te compadecerás de mí también. ¿Crees que así se puede vivir?

—¡Imposible! ¡Pobrecita sal de la casa! ¡Todo el año en el salero!

—¡Imagínate! Y después quieren que no se revenga.

Jugaban con las palabras a propósito de aquella metafórica definición de don Fermín que había hecho carrera en la familia.

En efecto, Luisana era uno de esos caracteres que en sí y por sí solos resultan intolerables, pero que en cuanto se ponen en movimiento hacia un acto, éste es siempre el que precisamente hacía falta en aquella ocasión. Una de esas personas cuyo modo de ser no se soporta fácilmente, pero cuyo modo de proceder inspira simpatías irresistibles.

En lo cotidiano y banal de la vida era una mujer de trato difícil, agria, voluntariosa y, al parecer, egoísta, no faltando quienes la juzgaran incapaz de verdadera ternura; pero cuando surgía la oportunidad de dar su verdad profunda en un acto, cuando se necesitaba de alguien que estuviese dispuesto a sacrificar algo suyo en provecho o en bien de otro, para arrostrar una situación molesta o conflictiva, sacar de un apuro o aportar un consuelo eficaz, allí estaba Luisana y siempre se podía contar con ella.

Ya la habían encontrado así su padre y sus hermanos cuando la muerte de Amelia los dejó huérfanos. Fue la madrecita y el ama de casa desde los doce años, se encaró con la vida y con el infortunio de los demás, y al suyo propio le puso buena cara, a fin de que no se le encarnizase y así no pudiera restarle los ánimos que exigían el trance y la carga.

—¡Luisana!—era la voz de socorro que se oía a cada rato, en boca de todos.

—Me van a gastar el nombre—protestaba ella, ásperamente.

Pero acudía y remediaba.

Y luego, de la casa a todas las de la parentela y a todas las del vecindario:

—¡Luisana! Que este traje me ha quedado defectuoso.

—¡Luisana! Que en casa hay una gran tribulación.

Y fuese la hermana, la prima, la amiga o simplemente

la vecina, ella tomaba a pecho la dificultad, el contratiempo o la angustia, y ya no los abandonaba hasta que les hubiese encontrado solución o remedio, desde la refacción del vestido con que otra debía ir a la fiesta o al baile, así tuviese que dejar de mano el suyo todavía no terminado, hasta la tribulación mortal que fuere necesario compartir a la cabecera de un enfermo, días y noches consecutivas sin pegar los ojos.

Mas, pasadas estas necesidades de ayuda o consuelo práctico—porque nunca se gastaba en palabras para aconsejar conformidad—metíase en su carácter y ya se convertía en una persona desagradable, quisquillosa, áspera, incluso irascible.

—Bien te ha pintado papá—protestaban entonces las hermanas, corridas con cuatro frescas—. Eres como la sal. No se te puede pasar.

—¿Sino con algo de ustedes, verdad? ¿En el plato de la necesidad, sazonándoles el bocado del apuro, no es eso? Pero también la sal tiene el derecho de estarse en el salero y con no venir a pellizcarla se evita el mal gusto.

—¿Qué necesidad hay de contestar mal?, te preguntamos nosotras. Habiendo buenas palabras...

—¡Palabras! Obras son amores y no buenas palabras.

—Obra fue aquel regalo que te mandaron el otro día las Rojas. ¿Y cómo se lo devolviste?

—¡Valiente cosa! Una torta en cambio de quince noches velando a Felicianito. ¿Quién les ha dicho a las Rojas que yo hago las cosas para que se me retribuyan con gelatinas y bizcochuelos? Ni de ningún modo, porque no lo hice ni por ellas, ni por Felicianito, ni por nadie. Oiganlo bien para que se lo digan a ellas y a todas las demás. Lo hice, como siempre lo hago en otros casos, por darme un gusto. No hay nada que me haga tan feliz como sentirme buena y sana al lado de un enfermo. Por eso es que me le pego a la cabecera

hasta que revienta o se cura. ¿Lo han oído bien? Pues ya pueden salir a pregonarlo por todo el pueblo.

Ni Carmela ni Aurelia podían creer esto, y le replicaban:

—Quien no te conozca que te compre.

Pero a decir verdad no se explicaban el caso y entre ambas quedábanse comentándolo:

—¡Qué empeño de situarse mal con todo el mundo!

Porque para Aurelia y Carmela, llenas del espíritu de sociabilidad, las buenas palabras, comedidas o exageradas, valían más que las obras. O, por lo menos, les parecían más distinguidas, más propias de una Alcorta.

Con tal conducta Luisana fue alejando de sí a todas aquellas amigas—nunca suyas propiamente, sino de sus hermanas—que nada tuvieran que esperar de ella y a las que denominaba amigas inútiles, con una paradoja muy propia de su carácter. Las de las relaciones de etiqueta, aun dentro de la sencillez pueblerina, de los obsequios recibidos y retribuídos, de las visitas y las "cuelgas" los días de santos. Las que nunca irían a suplicarle—como las Fontes, por ejemplo y ya también las Rojas—que les compusiera el traje defectuoso o las acompañara a asistir a sus enfermos. Para nada íntimamente provechoso podían servirle, en realidad, pues si sólo por ellas fuese, siempre estaría la sal en el salero.

Pero de Luisana no podría decirse que compartiera las tribulaciones ajenas, ni mucho menos que fuese un caso de abnegación—virtud sombría en la que todo es dar—, pues cuando estaba dedicada a la angustia de los demás y éstos andaban gimientes o abatidos, su temperamento desapacible y quizá un tanto amargado de mujer desprovista de grandes encantos físicos, se le tornaba alegre, jovial, como si el bien que hiciese le creara una sensibilidad optimista, y hasta se adornaba de cierta hermosura interesante, obra de los trasnochos que a las demás las dejaban mustias y desencajadas. Daba sus actos, pero no tomaba para sí el dolor ajeno, ni se animaba para que los afligidos suspendiesen sus gimoteos.

sino porque la bondad practicada le hacía brotar del corazón alegría de vivir. No era un espíritu caritativo que se entregara, sino un alma generosa que se expandía.

—Generosidad del rosal—solía decir Cecilio, poniendo en prosa unos versos dedicados a la hermana predilecta—, que no abriendo sus flores para darlas, sino para adornarse con ellas, adorna y perfuma el mundo.

Para él, sin embargo, siempre estaba la sal en el plato, sazonándole la acogida familiar. El deseo adivinado, el gusto complacido, la atención amable cuando él hablaba—sin respingos por palabras quizás rebuscadas—, las ideas compartidas, una misma manera de sentir las cosas, un interés sincero y comunicativo por sus preocupaciones y sus proyectos y toda su fe puesta en el triunfo que forzosamente a él estaba reservado.

—Bien, chica. Ya hemos hablado bastante de mí. Ahora cuéntame tus cosas. Tus amores, ¿cómo marchan? Y ahora caigo en que ni siquiera me has preguntado por Antonio.

—¡Es verdad! ¿Tan petulante como siempre, no es cierto?

—Petulancia, quizás no; manera de ser, simple y naturalmente. Además, no le faltan motivos para estar satisfecho de sí mismo: avanza en su carrera en formación perfecta, como diría él, y cada año es una plaza tomada... Pero volviendo a lo que te preguntaba. ¿Tus amores mismos, cómo marchan? ¿Se porta bien contigo?

—Escaramuzas por ahora, como diría él. Me escribe, le contesto, vuelve a escribirme, vuelvo a contestarle. Pero la batalla campal todavía como que está lejana... ¡Y a propósito de Antonio! ¿Sabes lo de Pedro Miguel? Estuvo a punto de provocar un levantamiento de esclavos en las haciendas de por aquí.

Le refirió lo de los periódicos, y agregó:

—Afortunadamente, José Trinidad se enteró a tiempo y para alejarlo de por todo esto lo mandó a casa de una her-

mana suya que vive en San Francisco de Yare; por allá está.

Cecilio repitió aquello del plan que tenía que cumplirse —palabras más, palabras menos—, habló luego de sus preocupaciones por el destino que le estuviese reservado a Pedro Miguel, cuando se desatasen los acontecimientos que se cernían sobre el país, vino a cuento lo del Gran Sembrador recordado por el camino, y concluyó por lo que ya había preguntado:

—Conque, ¡ninguna noticia de Cecilio el viejo! ¿Por dónde andará?

Luisana se quedó pensativa, y luego dijo:

—¿Sabes una cosa, chico?

—Tú dirás.

—No. Vas a pensar que estoy a punto de volverme loca... ¡Sí! ¿Por qué no? Desearía que Antonio se enamorara de otra mujer.

—¿Eso por qué?—inquirió Cecilio, con incontenible expresión de alarma—. ¿Es que ya no lo amas?

—Lo mismo que el primer día, que quizás no será decir mucho; pero de todos modos, por mí no se acabarán nuestros amores.

—¿Entonces?

—Aguarda. Ya viene la locura o cosa que se le parece: desearía encontrarme libre, para vestirme de hombre y echarme a andar por todos los caminos del mundo, como tío Cecilio.

—Afortunadamente dijiste desearía—repuso el hermano—, pues si hubieras dicho deseo ya estaría yo mandando hacerte la chaqueta de fuerza.

Luisana rió, volvió luego a quedarse pensativa y al cabo murmuró:

—¡Qué chiquito es mi mundo, Cecilio! Todos los días se me pone más chiquito: cuatro paredes, cuatro calles, cuatro enfermos, cuatro tontas, porque ni siquiera son muchas, y veintiún años ya.

—Pero, tu mundo interior, ¿no es grande?

—¡Mi mundo interior! ¿Estaré situada en él? Yo misma no lo sé.

De esto no se habló más, ni aquel día ni durante el resto de las vacaciones del humanista. El no quiso insistir, pero cuando regresó a Caracas llevaba un propósito nuevo: coronar pronto sus estudios, labrarse una posición, llamar a su lado a la familia. Sacar a Luisana del pueblo.

EL DIÁLOGO DE LA INCERTIDUMBRE

Tres meses más tarde, otra vez de regreso. El gobierno lo había designado secretario de una misión diplomática ante la corte de Inglaterra e iba a llevarle a su padre la buena noticia y a despedirse de su familia.

Era un premio a sus esfuerzos que no se había hecho esperar, sino que, por lo contrario, le había salido al paso cuando buscaba su camino por otros rumbos, y, al mismo tiempo, una magnífica ocasión para depurar y completar la ciencia política que ambicionaba poseer. Por el momento, ya podía enorgullecerse su padre de hechos cumplidos, pues él empezaba su carrera con un salto limpio de las bibliotecas y las tertulias literarias a su cargo de dignidad y provecho, siendo todavía tan joven que sus protectores tuvieron que hacer valer sus méritos sobrados en compensación de sus años escasos.

Y con todo esto iba confiado y gozoso.

Llegando ya a uno de los mesones del camino, situado en la loma de uno de los cerros por donde se sube a Caucagua, tuvo, además, una sorpresa agradable.

Trepado a una escalera, un hombre pintaba un letrero que sería la denominación de la posada, hasta entonces sólo explicativamente designada del isleño Manzano; pero un hombre cuya indumentaria no correspondía por completo a la adecuada a un pintor de brocha gorda.

—¿Pero no es Cecilio el viejo?—se preguntó, ya más cerca—. ¡Claro que sí! Las gafas sobre la punta de la nariz y él mirando por encima de ellas para trazar sus letras, no pueden ser cosas de otro, teniendo ya que ser suya la extravagancia.

Cuatro años tenía sin verlo, y en señalado momento de su vida volvía a encontrárselo. Se le acercó emocionado, pero sin darse a conocer, y desde el caballo, junto a la escalera, haciendo comedia de la alegría del encuentro, le interpeló:

—Explique usted, buen hombre, ¿qué va a decir ahí?

Cecilio el viejo, que ya lo había reconocido desde que venía remontando la loma, pero fingiéndose desentendido, sin volverse a mirarlo, le respondió:

—Poco se le alcanza al preguntón, pues sólo faltan las dos letras finales para que se lea: La Incertidumbre.

—¿Y eso qué significa, que no me parece propio para nombre de posada?

—La en que siempre se está sobre si serán realmente caraotas fritas o moscas achicharradas las que sirven en este mesón.

—¿Y el amo consiente?

—El amo, como buen analfabeto, es una persona sensata. Quiere un nombre para su establecimiento, y cualquiera le sirve. Sólo los mentecatos se preocupan por las palabras y gastan lo mejor de su tiempo en estar eligiéndolas y entresacándolas de clásicos majaderos.

—¿Y tú que lo pintas?

—Me pago con ello por adelantado esas caraotas o moscas que luego habré de comerme.

En efecto, era así como el nuevo Rousseau se pagaba las posadas de sus andanzas, como también todas las satisfacciones de sus demás menesteres, en lo que era sobrio hasta lo imprescindible del comer y el vestir, dándole holgadamente para ello la infinita variedad de sus oficios y ser-

vicios posibles para el trueque directo, con los cuales llevaba siempre consigo su riqueza.

El isleño Manzano no tenía aquella vez ni hijo enfermo que se lo curara el médico, ni documento que le redactase el licenciado en leyes, ni obra en que lo asesorase el licenciado en ingeniería, ni plaga que le estuviese azotando el conuco que cultivaba por aquellas laderas, para lo cual fuesen necesarios los consejos del agricultor ambulante; pero a la posada le faltaba un nombre, cualquiera que fuese, para que los clientes no tuvieran necesidad de andar pregonando por todas partes aquello del isleño, que ya lo fastidiaba, y ahora Cecilio el viejo se lo estaba sacando muy derechito y vistoso, que era todo lo que en aquel letrero podía él apreciar.

Cecilio el joven soltó la risa y concluyendo su comedia se apeó del caballo y le dijo al tío extravagante:

—Baja de ahí, hombre, que tengo ganas de abrazarte y traigo noticias que comunicarte.

El otro dejó los pinceles, se sacudió las manos, bajó de la escalera y abrió los brazos para estrechar entre ellos al sobrino amado.

—Ganas también tenía yo de verte, muchacho, y para Caracas iba sólo a eso. Estás hecho un hombre con toda la barba. ¡El gran Cecilio! El de las esperanzas, como dice el buenazo de tu padre. ¡Ja, ja, ja! De allá vengo y a punto estuvo el mansurrón de tu progenitor de ponerme de patitas en la calle, porque le dije que tú no eras sino un badulaque. ¡Las cosas que me contestó!

—Ya me las figuro. ¿Y por dónde andabas esta vez?

—Por ahí, por esos mundos. Recorriendo los campos del Gran Sembrador que ya están en sazón. Pronto tendremos la cosecha estupenda. No me moriré sin verla. ¡Je, je, je! ¿Y tú, qué me cuentas? ¿A qué obedece este viaje extemporáneo? Pues ya me dijeron en tu casa que no regresarías sino para Pascuas de Navidad.

—Te anuncié que traigo noticias que comunicarte.

—Pues ve soltándolas que ya soy todo oídos.

Mas apenas comenzaba a dárselas cuando, echándose para atrás, exclamó:

—¡Cómo! ¿Tú diplomático? ¡Pichón de diplomático para mayor irrisión! ¿Y me lo dices con esa cara tan fresca? ¿Y a eso le llamas noticias buenas? ¿Para eso me he quemado yo las pestañas buscando pedagogías? ¡Has traicionado mi cariño, has defraudado la confianza que yo había puesto en ti!

—¡Pero, tío Cecilio!

—¡No, no! No hay tío que valga, ni sobrino que merezca estimación. No continúes. No me interesa saber nada de lo que a ti pueda ya referirse. Ha llegado el momento de echarte el latinazo con que te tenía amenazado y ahí va. *¡Requiescat in pace!*

Y volvió a treparse a la escalera, diciendo a voces:

—¡Vete, vete! ¡Márchate ya! ¡Sigue tu camino, mentecato! Hazte el cargo de que no he existido para ti.

Cecilio el joven sonreía a toda aquella avalancha, tomándola a bromas; pero luego se convenció de que iba en serio y murmurando para sus adentros:

—Ya le pasará.

Montó a caballo y siguió su camino, cuesta arriba. Pero ya no gozoso y confiado.

Cecilio el viejo esperó a que se hubiese alejado, y cuando ya se había perdido de vista arrojó los pinceles y bajó precipitadamente de la escalera, diciéndole al isleño.

—Manzano, *sublata causa, tollitur efectum.*

—¿Qué significa eso, don Cecilio?

—Que este trabajo era para pagarte el almuerzo que ibas a darme, pero como ya me marcho, ahí queda eso. Que te lo termine otro.

Y echó a andar cuesta abajo.

II

DISPUTAS Y VACILACIONES

Fracasó la tentativa de civilismo, predominó la tendencia caudillista del general Páez y subió al poder el general Monagas, perdiendo así la jornada electoral tanto los oligarcas como los liberales. Sobrevino el 24 de enero, llegó al pueblo la noticia del acontecimiento, y Fermín Alcorta se presentó en la casa parroquial, no para reanudar amistades, sino para formular reproches, aunque todavía tuteando a su contrincante:

—¿Estás satisfecho, Rosendo? ¡Han fusilado al Congreso! Se acabaron las libertades políticas, se hundió para siempre este pobre país. ¿Era eso lo que tú deseabas? Pues ya puedes cantar victoria.

Pero Rosendo Mediavilla lo oyó cabizbajo y le respondió contrito:

—¡No, Fermín, no era eso! Reconozco que esta vez se nos fue el tiro por la culata.

Y así quedó reanudada la amistad entre el liberal ingenuo y el godo recalcitrante, ambos necesitados de ella por el afecto que continuaban profesándose y por la falta que a cada cual le hacía el trato frecuente del otro, para ejercitarse en lo respectivamente propio, contraponiéndoselos a cada rato: don Fermín la compostura irreprochable, el severísimo concepto del respeto a sí mismo, la interpretación elocuente de la vida; Rosendo Mediavilla la chabacanería sistemática, la actitud socarrona y el espíritu de contradicción.

Y así explicó el caso cuando otros amigos le preguntaron si era cierto que hubiera hecho las paces con Alcorta:

—Sí. No podemos vivir sin cruzarnos los espadones. O mejor dicho: él su tizona y yo mi garrote encabullado.

Cruzábanselos casi a diario en las tertulias de la parroquial, donde el descontento—forma degenerada de la oposición imposible—barajaba conservadores y liberales de buena fe, en disputas inenarrables, cada vez más alejadas de los problemas del país y de la época, cada vez más absurdas, de esas en que se van aguzando las condiciones personales contrapuestas, cuando los hombres pierden de vista el interés general y la combatividad sin posible empleo trascendente se les convierte en quisquillosidad. Decadencia de lo político apasionante en lo particular intolerable que ya tenía símbolo en la substitución del Rosendo Mediavilla del hisopo de plomo—frase que ya no acudía a sus labios—por el del garrote encabullado, continuamente esgrimido contra la tizona de Fermín Alcorta.

—¿Dónde están las cabezas del partido liberal? ¿Cuándo se ha escuchado en las filas de ustedes algo medianamente comparable con el verbo grandilocuente de Juan Vicente González?

—Perdona, querido Fermín. No es quizá el verbo lo más grandilocuente que tiene, sino lo que se le atracó en el albañal por donde metió la cabeza, con verbo y todo, la tarde del 24 de enero. Yo no se lo vi, pero cuentan que era realmente grandilocuente aquello que se le quedó afuera.

—¡Calumnia villana! De las que inventa la plebe para que las repitan los mal hablados.

—A fin de que no nos echen discursos los oradores de pacotilla.

Y una vez por esto y otras por análogas chocarrerías del cura, siempre regresaba don Fermín a su casa jurando no volver a las tertulias de la parroquial.

Compensábanle estos sinsabores imprescindibles las cartas que con frecuencia recibía de Cecilio el suyo. Perdida aquella secretaría que no debía servirle sino para decidirlo a dar el salto sobre el charco, en Europa se quedó preparándose para la alta misión a que lo obligaban las esperanzas

puestas en él, conociendo a los grandes hombres de la época, bebiendo de ellos la ciencia política en las propias fuentes.

Y el padre complacido, leídas y releídas las páginas numerosas y apretadas, doblábalas de nuevo, murmurando:

—¡Bien, hijo, bien! Me has escrito una hermosa carta.

Y en seguida se echaba a la calle, para ir a leérsela al P. Mediavilla, con lo cual sabía que le daba gusto. Concluyendo:

—Y nada es lo bien que escribe, porque lo mejor es lo que se calla: la ciencia política que ya posee. El bagaje intelectual de Cecilio el mío, hará peso en la balanza de los destinos nacionales, hoy inclinada hacia el platillo donde gravita, nueva espada de Brena, la lanza de los Monagas.

Pero cuando de cartas de Cecilio se trataba, Rosendo Mediavilla, respetuoso de la paternal emoción del amigo y compartiéndola, no sacaba a relucir su garrote encabullado.

Y las vacilaciones.

Las del capitán Antonio de Céspedes, retirado del servicio de las armas desde el encumbramiento del general Monagas, y otra vez en el pueblo, todavía novio de Luisana.

El porvenir inmediato no era muy halagüeño para los oligarcas intransigentes con la nueva forma política que venía definiéndose y el de Antonio especialmente, de la rama pobre de los Céspedes, menos todavía. Por lo cual era justificable que aún no desembocasen en el matrimonio aquellos amores empezados en la infancia.

Pero en realidad la causa de la indefinida prolongación residía en la naturaleza misma de las relaciones amorosas, a punto de degenerar en costumbre inveterada, fríamente afectuosa, y por otra parte, sometidas a las vicisitudes de las genialidades de Luisana.

Un día, adornada con todos los encantos que pueden hacer amable a una persona, y al siguiente, cuando ya Antonio iba decidido a fijar la fecha de la boda, a pesar de sus incertidumbres ante el porvenir, la aspereza repentina por

una broma afectuosa o por un comentario banal, el dejarlo plantado en la sala y el encerrarse en su cuarto dando portazos.

Era la racha de aquel disparatado pensamiento de que ya le había hecho confidencia a Cecilio. El mundo que de pronto se le volvía pequeñito ante la inmensidad informe de la explosión de su intimidad. Cuatro paredes, cuatro hijos... La infinita vulgaridad de una mujer entre las mujeres, lavando mantillas, acunando lloriqueos... No desamor por Antonio, ni tampoco falta de apetencias maternales. Ella sabía lo que no era, pero se le escapaba la conciencia afirmativa de la subitánea emoción de sí misma, y del pensamiento fugaz sólo alcanzaba forma una mínima porción en aquellas frases que expresaban confinamiento y pobreza espiritual:

—¡Cuatro paredes, cuatro afectos para toda la vida!

—No me explico cómo le soportas esas malacrianzas —decíanle a Antonio, Aurelia o Carmela—. Se necesita tener toda la paciencia de Job.

Antonio de Céspedes no la tenía, ni muchísimo menos; pero tampoco Luisana era mujer de la cual pudiese prescindir de buenas a primeras el hombre que se hubiese asomado, siquiera un poco, a la intimidad de su espíritu.

Y ante el influjo que ella ejercía sobre él, a él también le ocurría saber lo que no era—enamoramiento vulgar, con el cual ya habían acabado los años—, pero ignorar la naturaleza del sentimiento que todavía lo retenía en aquellas vacilaciones, sin fijar la fecha de la boda.

EL DE LAS ESPERANZAS

La familia está a la mesa presidida por don Fermín. Este habría querido que los acompañasen algunos de sus amigos, a quienes el regreso de Cecilio el suyo, también traía esperanzas, y algunas de las amigas de sus hijas y los novios de éstas; pero el recién llegado por sorpresa prefirió la co-

mida familiar, sin aparato, como las de todos los días, porque estaba cansado de vivir entre extraños y deseaba disfrutar a solas con los suyos de las primeras horas de la vuelta al hogar. Están él y su padre y sus tres hermanas y él tiene la palabra.

Cuenta sus viajes, describe las ciudades donde ha vivido durante los años de su ausencia y los países que ha recorrido, sus panoramas, sus gentes, sus costumbres. Describe el escenario, pero aún no habla del personaje de aquella odisea. Se expresa correctamente y con precisión de observador perspicaz, y el viejo y las niñas lo oyen embobados.

Pero, sin embargo, don Fermín echa de menos algo. ¡Aquel fuego, aquel brillo! Dice bien, indudablemente, Cecilio el suyo, pero nada más. ¿Será que de tanto imaginarse —se pregunta—la avasalladora elocuencia del hijo en la memorable sesión del Congreso futuro se habrá formado una idea exagerada a la que tal vez ninguna realidad pueda corresponder? ¿O será que su orador habrá perdido algo de aquel don extraordinario?

—¡Claro!—se dice mentalmente—. Ni el sitio ni la ocasión exigen más. Pero aun así, ya que estamos en familia y deseosos de oírlo bien podría soltar el chorro como lo hacía antes.

Pero Cecilio no lo suelta. Su hablar es, por lo contrario, entrecortado a medida que avanza hacia el término del relato. Es como si fuera haciendo altos en el camino, para tomar alientos o para que el viaje no concluyera pronto.

—Tal vez la fatiga de la travesía—prosigue pensando el viejo—, que ya ha dicho que fue penosa desde el mar de los Sargazos. ¡De la travesía quizás no tanto como de los muchos estudios! Ya lo están diciendo esas canas prematuras, ese aspecto un poquitín apergaminado del rostro, que parece haber perdido la frescura juvenil al rescoldo de las lámparas, de tanto leer junto a ellas, tal vez noches enteras. ¡Ya lo están diciendo!

También Luisana parece haber notado que Cecilio no es como era ni como se lo imaginaban que regresaría, y don Fermín, siguiendo las miradas de la hija, descubre otras cosas en el recién llegado. Un ligero temblor e inseguridad de las manos para los pequeños movimientos, que le impiden accionar mientras habla; cierta caída de las comisuras de la boca, de lo cual tal vez proviene aquella leve, pero extraña vibración que se le siente en la voz; algo de mustio en la mirada...

Se asusta, pero procura tranquilizarse pensando:

—Cosas de los nervios fatigados por el mucho estudio y el largo viajar. Ya se los tonificarán los aires de la tierra y el reposo. En muchos días no le permitiré coger un libro.

Y como con esto pierde el hilo de la conversación de Cecilio:

—Perdona mi distracción—dícele—. ¿Decías?

—Decía, para terminar mi relato, que fui, vi y volví.

Acompaña estas palabras con una sonrisa triste, que se le queda prendida entre las comisuras relajadas, y luego comenta:

—Conque, ¡ninguna noticia de Cecilio el viejo!

Era la misma frase que, cuando otros regresos, ya le había oído Luisana, pero, sin embargo, a ésta le causó impresión penosa.

—Ninguna—le respondió—. Pero ya sabes que nunca las da.

—Sí. Es cierto. Pero... ¡Ninguna noticia! ¿Habrá muerto?

Aurelia y Carmen encogen los hombros como cuando no se sabe qué contestar. Luisana se lo queda viendo en silencio, don Fermín hace un gesto vago y luego, empatando la hebra al tema de las palabras históricas con que él había concluído su relato viajero:

—Ya podrías haber empleado la célebre frase sin modificarle la última palabra. Pero bien está que te la reserves

para cuando hayas llevado a cabo en tu propia tierra, en tu querida patria, más querida cuanto más desgraciada, lo que todos esperamos de ti.

Cecilio sonríe vagamente, moviendo la cabeza encanecida, pero sin alzar la vista, y así se pone a redondear las migas del pan, mientras el padre prosigue:

—Aquí las cosas andan mal, como ya te las he pintado en mis cartas. Por una parte, la olla de todas las ambiciones puesta al fuego de todos los rencores: los efectivos y los imaginarios. Amotinamientos de populacho contra la gente respetable, sublevaciones de esclavitudes contra sus legítimos dueños, autoridades irrespetadas cuando no las respalda la fuerza, nadie queriendo obedecer, todos aspirando a mandar. En una palabra: la licencia campando por sus fueros y, por otra parte—¿qué tiene de extraño que los extremos se toquen?—, el despotismo reinando. Con el asesinato del Congreso terminaron las libertades políticas, y nuestro partido, digan lo que quieran los ilusos, marcha hacia la disolución a pasos agigantados, por falta de un hombre verdaderamente capaz.

Hace una pausa. Cecilio continúa redondeando las migas del pan. Prosigue:

—¿Falta he dicho? ¡Faltaba! Un hombre capaz y bien preparado que vuelva a enrumbarlo hacia el poder de modo eficaz y definitivo. Yo, Fermín Alcorta, poniendo a un lado los sentimientos paternales que pudieran obscurecerme el juicio y analizando las cosas con la serenidad de un observador imparcial, fundo en ti una gran esperanza de mi vida —que por lo demás no es sólo mía, sino que de muchos otros que como yo piensan—, y no me escatimo el proclamar, a todos los vientos de la Historia que me darán la razón, que tú eres ese hombre.

También Luisana se ha puesto a hacer bolitas con las migas del pan y ahora mira a Cecilio de soslayo y ambos sonríen. Aurelia y Carmela, a quienes las tiene sin cuidados

la política ni gran cosa entienden de lo que puede ser un estilo enfático, no dan muestras de haberse enterado y continúan comiendo. Y don Fermín se pone más sencillo:

—Pocos hombres habrá en Venezuela que hayan adquirido la preparación tuya para la vida pública.

Mas como ni aun así reacciona Cecilio, tose y concluye:

—Naturalmente, antes de lanzarte a la lucha necesitas descansar. Meterte en la hacienda unos días, respirar aire libre y puro, hacer ejercicio corporal, bañarte en el río y caminar por el monte. Y nada de libros por algún tiempo.

Sin levantar la mirada y con sordina en la voz, Cecilio murmura:

—Eso pienso. Meterme en la hacienda.

Pero todos, hasta Aurelia y Carmela, comprenden que, aun empleando las mismas palabras del padre, ha dicho algo muy diferente, y sienten, de una manera confusa pero congojosa, que ha dicho ya algo tremendo.

Y un mal silencio cae sobre la mesa aderezada para la vuelta de Cecilio, el de las esperanzas.

Terminó la comida, el recién llegado se retiró a su cuarto pidiendo que le excusaran su deseo de reposar, hubo una breve velada silenciosa a la luz de la lámpara del corredor y luego se fue cada cual a su dormitorio con el corazón oprimido.

—Algunos amores desgraciados—se dijeron Aurelia y Carmela, para quienes no había daño mayor que los males del querer.

Pero los pensamientos de don Fermín y Luisana eran más sombríos y prefirieron callárselos.

—Ya él mismo nos lo dirá—coincidieron en pensar—. Para las malas noticias siempre sobra tiempo.

Y se apagaron las luces en las mudas alcobas.

Sólo ardía la que arrojaba su resplandor vacilante sobre las canas prematuras del recién llegado pensativo, sentado

al borde del lecho, la frente en la mano. Y era ya pasada la medianoche.

Luisana la vio desde su cuarto, y como tampoco podía conciliar el sueño, se levantó y fue a que el hermano le contara sus cuitas.

Se le acercó sin que él la sintiese llegar, y posándole la diestra sobre el hombro inquirió:

—¿Qué tienes, Cecilio? ¿Qué te pasa?

—Que ya Cecilio se acabó—repuso él, sin levantar la cabeza, pero apoyando sobre la mano amorosa la suya libre.

—¡Se acabó! ¿Cuando apenas empiezas? ¡No digas tonterías!

Y sentándose junto a él:

—¡A ver! Cuéntame. Quiero saber qué te sucede.

Y Cecilio, imprimiendo a sus palabras, no aquel tono brillante que echara de menos don Fermín, pero sí toda la gravedad de las elegías:

—Ya esperaba que vinieras a preguntármelo—repuso—. En la mesa no has quitado tus ojos de mis miserias, tus ojos expertos de enfermera, y aquí estaba pensando cómo decirte, a ti especialmente, lo que bien querría ocultarte.

Hizo una pausa que ya Luisana no pudo interrumpir, levantó la frente, la miró un rato a los ojos ansiosos y prosiguió:

—¿Te acuerdas de aquel Cecilio que hace nueve años se separó de ti, por primera vez, lleno de ilusiones? ¿Verdad que en nada se le parece a este que ahora va a contarte sus tristezas? Entonces yo acariciaba una hermosa esperanza: llegar a ser algún día un hombre útil a mi país y a mis semejantes en general, un hombre con las soluciones de los problemas de los otros hombres en sus manos abiertas para todos... Sé que estoy declamando, pero déjame hablar así, y de aquel Cecilio, antes de referirme a éste. Mi padre ha hecho sacrificios a fin de tener un gran orador en la familia y ahora te toca oírme mi propia oración fúnebre.

Sonrió amargamente, dio unas palmadas sobre la fraterna mano apoyada en su hombro y continuó:

—A mí también me seducía la elocuencia y, sin saberlo, desde niño pensaba, como los antiguos griegos, que los dioses han enviado a los hombres al mundo para hablar elegantemente. ¡Los discursos que me oyeron los árboles de la hacienda, imaginarias multitudes estremecidas de emoción!... Esto no te lo había contado nunca; pero ahora... ¡Ya lo dijo el Dante! "Nessun maggior dolore"... Recuerdo que esos discursos los componía esta única frase, sacada no sé de dónde y de la cual me había enamorado: "Estas son mis manos, colmadas con los remedios de todos los males..." ¡Mis manos! ¿Quién iba a decírmelo?

Se pasa la diestra vacilante por la frente fría y sudorosa, mientras con la otra oprime la que le abandona Luisana, y ésta se estremece, porque así mismo se la habían estrechado ya todos sus enfermos para despedirse de ella al morir.

—Era la expresión balbuciente de las inquietudes de mi espíritu, en el afán de interpretar las señales que desde niño empezó a hacerme el destino. Luego vinieron los libros que fue poniéndome en las manos Cecilio el viejo. Uno a uno me llevaron de aquí para allá, de un concepto de la vida y del destino humano a otro, y luego a otro; pero siempre hacia adelante, con fe en la vida y confianza en mí. La vida es belleza, me dije con los poetas; es pensamiento, rectifiqué luego con los filósofos; es acción y su camino la violencia, me insinuaron otros. Pero siempre continué concibiéndola como armonía, y para descubrir la fórmula de ésta, leía y leía, "las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio", como Don Quijote. Pero un día descubrí que sería inútil afanarme por las cosas apasionantes para los hombres que han de vivir entre los hombres, pues bien pronto éstos me arrojarían lejos de sí asqueados de los remedios que les ofreciesen mis manos, y fue entonces cuando adquirí

la convicción desconsoladora de que la vida es, por encima de todo, fatalidad.

Hace otra pausa y luego concluye:

—Fue mi último concepto de la vida, pero no lo saqué de los libros. Un día descubrí que mis manos...

—¡Tus manos!—exclama ansiosamente Luisana, precipitándose a cogérselas entre las suyas con movimiento maquinal.

El las retira y dice:

—Ya en la mesa las observaste torpes y vacilantes.

Y tomando del velador un alfiler que allí había puesto hacía poco, agrega:

—Ahora mira.

Y con esa propensión a los espectáculos impresionantes que se desarrolla en los espíritus infantilizados por conmociones profundas, antes de que Luisana pudiera impedírselo, se pincha la mano izquierda entre el pulgar y el índice.

—¿Qué haces?—protesta ella, dudando ya de que estuviese en sano juicio—. ¿Cómo te hieres así?

—¡Pero si no se siente nada!—replica él, con la amarga sonrisa en la boca torcida por el rictus de las comisuras y con acento de infinita tristeza—. Ésta, aquí, por lo menos...

Y como Luisana intenta restañarle la sangre del pinchazo:

—¡No! Mi sangre está dañada. No la toques.

Desistiendo de súbito de su impulso, Luisana le apoya las manos sobre los hombros, lo mira ansiosamente a los ojos arrasados en lágrimas, y de la interrogación apenas acierta a formular:

—¿Qué?

—La muerte en vida—responde Cecilio, sombríamente, entrecortadamente—. ¡La lepra!

—¡No!—grita la hermana, horrorizada—. ¡No es posible! Tú no estás en tu juicio. Tú deliras, Cecilio.

Y al volver la cabeza, a un gesto del hermano, ve a don

Fermín en el umbral de la puerta, desde donde había oído la tremenda revelación, la diestra en la frente, cerrados los ojos y con la otra mano extendida en el aire, buscando apoyo.

Corre a sostener al padre y se abraza a él.

Cecilio, el de las esperanzas, hunde otra vez el rostro entre las manos dañadas y murmura sordamente:

—He hecho mal en venir... Debí quedarme por el trayecto... El mar me brindó la ocasión... Pero quise verlos a ustedes una vez más... Estar entre ustedes un rato siquiera...

III

EL SACRIFICIO

Como muchos de los que sobrestiman el qué dirán, Fermín Alcorta, sin dejar de ser un hombre normal y corriente, tenía dos personalidades, una de las cuales parecía haberse desarrollado con mengua de la otra. La de puertas afuera, la del mantuano imbuído de sentimientos de casta con pujos de aristocracia, hombre de voluntad recia y tenaz en el mantenimiento de la rectitud de conducta y del decoro del patronímico, allí capaz de la máxima entereza de ánimos y de los mayores sacrificios, y la de puertas adentro, persona apocada a quien enervaban los contratiempos y anonadaban los golpes del infortunio. Y así estaba aquella noche, haciéndose las inútiles preguntas de la imprecación:

—¿Cómo es posible, Dios mío? ¿Por qué me hieres de este modo? ¿Era acaso un pecado cifrar esperanzas en el hijo de mi sangre y de mi corazón? ¿Por qué me lo diste, si le reservabas tan negro destino?

Mientras, Cecilio todavía se martirizaba con las ociosas recriminaciones.

—¿Por qué no tuve el valor de quitarme la vida, cuando ya no era sino lamentable miseria?

Sólo Luisana había recuperado la presencia de ánimo y dominaba la situación, pensando en lo que debería hacerse, en la manera de salvar de la irreparable catástrofe lo que aún fuese viable.

En cuanto a sí misma, renunciando de una vez a lo único que pudiera impedírselo, ya tenía decidido consagrarse a la compañía y cuidado del hermano que debía aislarse del mundo.

Durante los últimos meses sus amores habían perdido definitivamente su carácter romántico de tales, al entrar, con la fecha fijada por fin para la boda próxima, en un período de fría inteligencia práctica, en gran parte—tanto ella como Antonio de Céspedes—por acatamiento a la voluntad de sus padres, que no consentían faltas a la palabra empeñada, y menos dentro de la familia. El mal suceso de la enfermedad de Cecilio venía a darle a ella una poderosa razón para retirar la suya definitivamente, y al tomar esta determinación sintió que ya no volverían a cruzarle por el espíritu aquellas ráfagas de disparatados pensamientos, pues su mundo, de allí en adelante, sería el inmenso y hermoso del sacrificio.

Muy diferente era el caso de Carmela y Aurelia. Ellas tomaban la vida como se les ofrecía, sin inquietudes ni grandes ambiciones espirituales. Estaban enamoradas de sus prometidos, quienes del mismo modo parecían corresponderles y era menester salvarlas de la catástrofe, que para ellas no tendría compensaciones. La enfermedad de Cecilio no era un mal de familia—por primera vez tal infortunio visitaba aquella sangre—, pero si el caso trascendía al público podrían frustrarse aquellos amores, en los cuales residía toda la felicidad de dos almas sin complicaciones.

—Bien—dijo—. Es necesario que esto se quede entre nosotros tres el mayor tiempo posible. Cecilio se irá a la hacienda, como ya dijo en la mesa, a descansar, y yo me iré con él. Usted, papá, quedará aquí con las niñitas, que nada deben

saber de lo que aquí hemos hablado esta noche, mientras no sea imprescindible que lo sepan. Pero tiene que hacerse el fuerte y el despreocupado, de modo que ni ellas por el momento, ni nadie en ningún caso, puedan caer en sospechas. Tenga presente que en este pueblo somos muy queridos por todo el mundo y que por lo tanto todo el mundo vendrá a hacer su astilla en este árbol caído. Las niñitas se casarán pronto, y después veremos. Por lo demás, Cecilio curará. Yo tengo fe en Dios y todos debemos tenerla.

—¡No, hermanita!—protestó Cecilio—. Cúreme o no, que no sanaré, mi desgracia la quiero para mí sólo.

—No, hijo—rebatió a su vez don Fermín—. Todos la compartiremos contigo.

Pero Luisana replicó:

—Ni una cosa ni otra. En esta casa, desde que me conozco con uso de razón, cuando la desgracia toca a la puerta soy yo quien se entiende con ella. Mañana mismo nos iremos para la hacienda, nosotros tres solamente. Cecilio dirá que desea pasarse el día en el campo; yo, que quiero acompañarlo para contarle mis cosas, y usted se encargará de evitar que Carmela y Aurelia se nos agreguen. Luego regresará diciéndoles que resolvimos quedarnos unos días más y le traerá a Antonio una carta en la que le participaré, sin entrar en explicaciones, que he decidido no casarme.

—¡Pero, hijita!

—¡Pero, Luisana! ¿Cómo te imaginas que yo pueda aceptar tamaño sacrificio?

—No lo es, ni mucho menos, y propiamente no lo hago por ti. Créemelo. Antonio me aburre hasta decir no más, y si todavía no había roto con él definitivamente era por consideraciones de familia. De modo que no hago sino aprovechar la ocasión para salirme con la mía. Y ahora cada cual a su cama, a dormir tranquilos.

—¿Quién podrá, hija?

—Hay que procurarlo, papá, pues muy de mañana saldremos para la hacienda y con las caras frescas.

Era, precisamente, lo que necesitaba Cecilio. A la inversa del padre, no carecía de voluntad para su gobierno interior, pero ahora se sentía abandonado de ella y aniñado. —Hagan de mí lo que quieran—era la frase que anhelaba pronunciar desde cuando adquirió la certeza desoladora de no poder vivir ya entre los hombres, de pertenecer en vida al mundo de los muertos. Su temperamento sentimental—de nada valiérale la filosofía materialista aprendida—había encontrado motivo abundante en el propio infortunio, y las reacciones enérgicas no hallaban el camino de su corazón dentro de la espantosa niebla del desconsuelo reinante en él. Pero Luisana acababa de ahorrarle la miseria de aquella confesión de vencido y no encontrando palabras para agradecérselo y confortado ya por el animoso ejemplo, se limitó a tomarle las manos y a estrechárselas entre las suyas.

Era también lo que necesitaba don Fermín.

—¡Bueno, hijita!—accedió—. Se hará como ya lo has dispuesto. ¡La sal de la casa! ¿Qué sería de nosotros sin ti?

Antes del alba se pusieron en marcha. Aurelia y Carmela, a quienes Luisana les comunicó lo que ellas debían creer, pero recomendándoles que permanecieran en sus camas, como tenían el sueño pesado, apenas se dieron cuenta de que se les hablaba, y en seguida volvieron a quedarse dormidas, bajo el beso de la hermana que desde pequeña les había hecho de madre.

A trechos el camino iba bordeando la barranca del Tuy; a trechos se internaba por los cacaotales, apacibles en la luz de la amanecida. Luisana, Cecilio y don Fermín cabalgaban en silencio, uno en pos de otro, porque el sendero era angosto y porque para viajar pensativos así se marcha mejor.

De cuando en cuando se encontraban con cuadrillas de esclavos ya entregados a las labores de la hacienda, bajo la

caporalía de los más ancianos, con los cuales don Fermín había substituído a los antiguos capataces.

—Buen día, sus mercés—saludaban, interrumpiendo el trabajo.

—Buenos días, muchachos—respondíales paternalmente el señor Alcorta, menos viejo que varios de ellos.

Cecilio le dirigía a cada cual una palabra afectuosa, y con bendiciones ellos le daban la bienvenida, llamándolo como desde niño se acostumbraron a decirle:

—¡Dios lo guarde, Buen Amito! ¡Falta nos estaba haciendo!

La sonrisa bondadosa se quedaba largo rato inmóvil en el rostro mustio y luego se convertía en mueca triste, porque al ver a los esclavos de su casa se acordaba de cuando ambicionaba ser "un hombre con las soluciones de los problemas de los otros hombres en sus manos abiertas para todos".

Pero ya el pensamiento comenzaba a escapársele del cerco de su infortunio, y de los revuelos fugaces sobre las miserias de aquellos hombres privados del mayor de los bienes, cuando volvía al ensimismamiento, ya traía una substancia de reconfortación para su espíritu, como la bíblica paloma del arca—así lo pensó—con la verde rama que anunciaba el resurgimiento de las tierras bajo las devastadoras aguas.

Y esta imagen, intempestiva vuelta momentánea a los candorosos tiempos de su fe religiosa, dando en seguida origen a una acción saludable, acabó de romper el cerco negro y frío dentro del cual venía girando su pensamiento. Algo inmune quedaba todavía en él: su vida interior, el mundo sumergido por la catástrofe, cuyas tiernas cumbres ya asomaban. No era caso de volver a las antiguas formas religiosas en busca de consuelo negativo, porque el creyente estaba definitivamente muerto en él; pero no así tal vez el poeta, que en el dolor alienta y se afina.

Con esta nueva disposición de ánimo, su conciencia, toda

ocupada hasta allí en captar y analizar las sensaciones de la carne dañada, se le fue desprendiendo del cuerpo, como una piel ya substituída, y lo primero fue el sentirse bien, cual no se hubiera imaginado que nunca ya pudiera estarlo.

Salió de su mutismo, diciéndole al padre:

—Tiene que ponerme al corriente del manejo de la hacienda, pues estando yo por aquí ya podrá usted descansar un poco, que buena falta le hará.

—Por el momento, quien necesita descanso eres tú—repuso don Fermín—. Luego ya iré entregándote la administración de la hacienda. Muy venida a menos, por cierto, como ya irás observando.

Luisana sonrió complacidamente. Y de allí en adelante cabalgaron charlando.

La casa de la hacienda, vieja y deshabitada hacía tiempo, presentaba aspecto ruinoso. Los tejados, a cuyo peso ya comenzaban a ceder las vigas, cubiertos de pátina verdinegra, con musgos y tiñas de la siembra del viento; las paredes, enmohecidas y descalabradas; el jardín, invadido por los matorrales silvestres; la calzada empedrada que a él conducía, tapizada de retamas y ñaragatos. Los altos árboles circundantes sumíanla en penumbra verdosa que rezumaba humedad y tristeza.

Para ahuyentar las impresiones sombrías, Luisana penetró en ella metiendo ruido de animosos planes: se repararían los pisos y los encalados, se podarían o derribarían los árboles que daban demasiada sombra, se limpiaría y restauraría el jardín para que alegrase la vista.

Sin embargo, la ruinosa apariencia del caserón y su melancólico ambiente penumbroso pareciéronle a Cecilio gratos y acogedores y cuando penetró bajo sus techos y se sintió al abrigo de sus muros, experimentó dulce sosiego, término de sus zozobras desde que se supo enfermo y expuesto a la reclusión forzosa en duras condiciones. Tierra

suya y campo aislado, allí lo dejarían en paz, y el apartamiento del mundo no sería una expiación.

Y tomó posesión del refugio definitivo con ánimo sereno.

Durante el día reinó el optimismo a que todos tenían necesidad de abrazarse. Ya Luisana había dispuesto dónde pondría Cecilio su biblioteca, cómo organizarían allí la vida y cuáles de las esclavas tomaría a su servicio, y como él había manifestado repetidas veces que se sentía bien y allí esperaba sanar—esto para consolar al padre—, don Fermín se abandonó a las esperanzas y con ellas regresó al pueblo, diciéndose:

—Tal vez no sea lo que él piensa. Los médicos se equivocan mucho, tanto las lumbreras de Europa como los matasanos de aquí.

Don Fermín llevó la carta donde Luisana le decía al novio, simple y brevemente, que había resuelto no casarse, y esperaba de su delicadeza que no le exigiese explicaciones ni tratara de obtenerlas de otras personas, y días después le trajo la noticia de que Antonio de Céspedes se había marchado del pueblo.

Era proceder con la delicadeza pedida, pero, sin embargo, Luisana, al saber que el novio de tantos años, su único amor a pesar de todo, no había intentado obtener explicaciones, ni siquiera había tratado de despedirse de ella, sonrió tristemente y murmuró:

—¡Qué pronto tomó la salida que se le ofrecía! Eso se llama seguir un consejo al pie de la letra, como cuando lo pide el cuerpo.

Y luego, sacudiendo los hombros:

—¡Que otra lo haga feliz!

Y con estas palabras—no se las había imaginado en sus labios cuando tomó la determinación heroica—se despidió del único afecto que hubiese podido impedirle consagrarse a aliviar el infortunio del hermano. De allí en adelante, sería la sal de la casa sólo en el plato de Cecilio.

DÉCIMAS Y FULÍAS

Florecían las orquídeas y ya estaba derecha la Cruz del Sur. Bosque adentro, en la tibia sombra húmeda, adherida al tronco añoso comenzaba a abrirse la flor de mayo blanca y en las claras noches, por encima de los obscuros montes, fulguraban los cuatro luceros cándidos.

A mayo lo anuncian sus flores y su constelación y cuando llega, le alegran las noches los velorios de cruz, donde se recitan décimas y se cantan fulías.

Ya en los patios de las haciendas, donde estaban plantadas las cruces de palo, empezaban a levantarse las verdes enramadas festoneadas de gajos floridos, y en La Fundación de Arriba, Coromoto el joven, gran decimista, se preparaba a medirse con el viejo Pitirrí, de La Fundación de Abajo, que le disputaba la fama.

Aquel año había además un motivo especial para que los troveros se esmerasen y fuesen más animados los velorios de cruz: el regreso del Buen Amito, a quien siempre le habían gustado aquellos rústicos torneos, tanto que en varios de ellos no se desdeñó de alternar con los decimistas, que, por cierto, nunca pudieron vencerlo, porque tenía mucho verso sabido y pico de oro para sacarles música cuando los recitaba.

...Mes de mayo, mes de mayo,
cuando las recias calores...

Desde el antiguo romance castellano viene la candorosa décima criolla; pero surge como espontánea de la musa popular y sorprende que la rústica reencarnación, plagada de galimatías, reproduzca todavía la forma original... Ya Juan Coromoto, hijo de Roso, el tamborero, trae así las suyas por el camino de La Fundación de Arriba. El también dice todavía la calor. Que aquella noche era ardiente cual suele serlo por mayo.

Cuando los toros son bravos,
los caballos corredores.

En el cielo, entre la infinitud de las constelaciones, las cuatro estrellas místicas de las noches del trópico; en el patio, bajo las verdes enramadas, la cruz de mayo de palo entre luces y flores silvestres. Frente a ella, y a ambos lados, tres bancos para los cantadores de fulías y para los músicos.

Ya estaban allí éstos con el cuatro, las maracas y el furruco, aguardando a que llegasen el Buen Amito y la niña Luisana para comenzar la fiesta. Las fulías también vinieron de allende el océano, quizá las trajeron los isleños canarios, pero ya no eran danzas, sino cantos a la cruz de mayo y con versos de la nueva tierra, tan pronto sacados de los aguinaldos del Niño Jesús, como de las décimas profanas con que alternaban en tales velorios o de la estupenda máquina de disparates que cada cantador llevaba en la cabeza y con ella en movimiento allí mismo los improvisaban, cada uno por su cuenta y todos a la vez.

Otros bancos más allá, a la estrellada intemperie del patio, para el auditorio: las negras viejas, voluminosas masas de carnes papandujas y de enaguas almidonadas, con los gordos brazos al aire o con un paño blanco sobre los hombros las muy frioleras, y en la cabeza el pintado pañuelo de Madrás; los negros viejos, algunos ya decrépitos—olvidos de la muerte—, nevadas las greñas rebeldes, amojamados, rezongones y quisquillosos y masticando lo que no estaban comiendo; las mozas, de bocas sensuales, mostrando los blanquísimos dientes al reir jacarandoso, con sus camisones de cretonas rameadas, de colores chillones y sus cotizas blancas, varias de ellas dándole la negra teta al crío; de pie, en grupos esparcidos por el patio donde estaban las casillas que abrigaban el cacao de la última recolección, los mozos galaneando su muda limpia de listado, el sombrero nuevo de cogollo y las alpargatas de color, y por entre las

piernas de ellos la chiquillería inquieta, ansiosa de que acabasen de llegar los amos:

—¡Pa que empiece esa música sabrosa y esos versos güenos, manitos!

—¡Y pa vé si es verdá que Coromoto abacora a Pitirrí!

Al patio caía la oficina donde se depositaba el cacao elaborado. Una gran techumbre de dos aguas y entejado, sostenida por una complicada armazón de gruesas vigas, entre las cuales tenían sus dormitorios los innumerables murciélagos que por allí se criaban ahitos de higuerote. El olor penetrante del fruto apilado saturaba la obscuridad sotechada, donde iban a zozobrar los reflejos de las luces del velorio, metiéndose por el portalón abierto de par en par y bajo cuyo umbral estaban dos viejos sillones frailunos, de respaldares de cordobán estampado con las águilas de Carlos V, desde donde pudiesen presenciar la fiestas Cecilio y Luisana, al abrigo de techo contra el relente de la noche y a discreta distancia de amos.

Ya estaban allí, devolviendo con afables sonrisas las respetuosas miradas fijas en ellos, y en los bancos se murmuraba:

—¡Qué jipato ha venío el Buen Amito! Como que no le prestaron las Uropas.

—Ella sí que está buenamoza. Nunca la vide tan bonita.

Todas las miradas, menos las de un mocetón bien parecido, de tez morena y negro cabello ensortijado, que estaba entre los esclavos agrupados en el patio con los ojos remachados a la cruz.

—¿No es aquél Pedro Miguel?—se preguntó Luisana—. Sí. El es.

—¿Pero no nos dijo esta mañana José Trinidad que no estaba por aquí?—arguyó Cecilio—. ¿Que andaba por los valles del Tuy?

—Por allá se lo pasaba, realmente, desde que José Tri-

nidad tuvo que alejarlo de por aquí, hace unos cinco o seis años, porque andaba soliviantando a los esclavos.

—Sí, sí. Recuerdo que me lo contaste. Les leía periódicos. ¿Y desde entonces no había vuelto por aquí?

—Creo que no. Vive en San Francisco de Yare, me parece, con la hermana de José Trinidad. Habrá venido esta tarde, para el matrimonio de la morocha, que es en estos días. Pero fíjate. Está haciéndose el desentendido por no venir a saludarte.

—Así parece. Aunque motivos no tiene para malquererme.

—Por el contrario. Pero genio y figura...

—Ya procuraré domesticarlo, otra vez.

En efecto, todavía Cecilio se interesaba por aquel que estaba plantado en la vida entre los dos campos hostiles, y a su llegada a la hacienda, lo primero que hizo fue preguntar por él y manifestar su deseo de verle. Ya habían pasado los tiempos románticos de cuando aquellas palabras a Antonio de Céspedes; otros conceptos más sencillos y precisos explicaban el caso sin necesidad de recurrir a voluntades trascendentales, como la de aquella "Idea que buscaba su Forma", pero aun así todavía consideraba la existencia de Pedro Miguel como algo más significativo que la suya propia, a la que no habían contribuído sino voluntades individuales y por modos corrientes, y eran ahora razones de orden práctico, aunque no personalmente interesadas, las que lo inducían a emprender la reconquista del afecto de aquel pariente bastardo—que ya se lo profesaba cuando se lo enajenó la violencia de Antonio de Céspedes—y en quien veía no ya un campo de lucha entre dos razas inconciliables, como antes llegó a temerlo, sino, por lo contrario, de armonía constructiva de una nación que se enfrentara decidida y valientemente con su porvenir, aceptando a plena conciencia el hecho consumado de su mestizaje.

Mas ya Pedro Miguel parecía no querer nada con él, y

allí estaba dándole la espalda—a pesar de las repetidas insinuaciones de José Trinidad Gomárez para que se acercase a saludarlo—, plantado en medio del patio, con los brazos cruzados, en una actitud de desdeñosa altanería y ya diciendo:

—¡Qué hubo, pues! ¿Qué se espera aquí para comenzar la fiesta? ¿No estábamos reunidos hace tiempo todos los que hacíamos falta?

Por fin, José Trinidad, en su carácter de mayordomo de la hacienda, dio la orden esperada por los músicos, y bajo la enramada que cobijaba la cruz roncó el furruco, chischearon las maracas, sonó el rasgueo del cuatro y sobre el jubiloso murmullo del auditorio congregado a la intemperie del patio, se alzó a coro el extraño grito negro, de entonación lamentosa:

—¡Airó! ¡Airó!

Y empezaron las fulías, el canto de trenzadas voces destempladas:

Cruz de mayo, cruz bendita,
aquí te vengo a cantal
esta fulía compuesta
para los pies de tu altal.

—¡Airó! ¡Airó!

Ya no se oían las coplas, todas revueltas, cada uno cantando la suya al compás frenético de los instrumentos, cuando Juan Coromoto, abriéndose paso por entre los que rodeaban el cobertizo, hizo una seña a los cantadores—como era costumbre de los decimistas para que se suspendiesen las fulías—, diciéndoles:

—¡Hastay!

Cesó la música y enmudecieron los cantadores. Era el turno del trovero, lo mejor de la fiesta, y el auditorio se pasó la voz de silencio, mientras Coromoto el joven se aclaraba el pecho fanfarronamente.

Iba a recitar el mejor decimista de La Fundación de Arriba y, para algunos, de varias leguas a la redonda. Pero Pitirrí, por quien se dividían las opiniones, también estaba allí y ya se había abierto paso para replicarle, como solía hacerse en aquellos rústicos torneos, en los cuales los trovadores ponían tanto ardor, que a veces, por una décima mal replicada—ya por salirse del tema propuesto por el iniciador o por insistir demasiado en lo dicho a fin de ganar tiempo y fatigar al contrario—se iban a las manos y el velorio terminaba en reyerta.

Coromoto irguió la cabeza, y clavando los ojos en la cruz, de donde no los quitaría mientras estuviese recitando —actitud ritual que le daba cierto aire de poseso a su rostro ceñudo—, comenzó por la salutación de rigor:

Saludo al amo que es güeno
y a la niña que es sin par,
saludo a la concurrencia
y a la cruz sobre su altar.
Yo sé que siendo bendita
por ella debí empezar,
pero ella es humilde y se deja
con cariño postergar.
Coromoto la saluda
porque acaba...

Hizo una pausa, como era costumbre de decimistas para que la concurrencia completara el último verso con él —curioso modo de intervención crítica del coro, pues el mérito de la décima dependía de que pudiera ser completada conforme al pensamiento del autor—, y concluyó, al rumor unánime y concorde:

...de llegar!

—¡Ahí tá, pues!—exclamaron sus partidarios, ya entusiasmados—. Vamos a vé quién recoge el tema como mandan las reglas.

Asumiendo la actitud del rito, sin mirar al contendor, sino a la cruz, Pitirrí, viejo trovero de La Fundación de Abajo, replicó al tema:

Cruz de mayo, cruz bendita,
amorosa y sacrarrial,
como tú eres la primera
por ti empieza el saludal.

—¡Hum!—hizo Coromoto, despectivamente, mirando al contendor por encima del hombro—. No coma retallones, viejo. Ya eso lo alvertí yo.

Y las risas de sus admiradores ahogaron los versos finales de Pitirrí, mientras los partidarios de éste siseaban reclamando silencio.

Cecilio sonreía complacido. Su amor al pueblo y su afición poética armonizaban el emocionado sentimiento producídole por aquellas candorosas formas del alma rústica y de la musa ingenua. Era una escena de antiguos tiempos patriarcales y sencillos que hacía olvidar por un momento la agitada época presente. La tierna noche estrellada, el símbolo cristiano, la ceremonia campestre, el señor y el siervo oyendo los rudos versos con una misma sonrisa de delectación. Ya esto quizá no sucedía sino en aquel rincón del mundo, pero no tardaría en llegar hasta allí la tempestad desencadenada en otras latitudes. Era una escena anacrónica que no se repetiría mucho tiempo; pero tenía su belleza, a pesar de todo, y con ella desaparecería de la tierra una actitud del hombre ante la vida. Por el momento y ya que no duraría mucho, bien estaban así el amo y el esclavo, con una misma complacencia, oyendo unos versos ingenuos, por mayo y velorio de cruz.

También Luisana sonreía, mas por otra causa. Ya por dos veces había sorprendido a Pedro Miguel dirigiéndoles —a ella y a Cecilio—rápidas miradas furtivas.

—¡Ah, *Cachorro* tonto!—pensaba—. Quiere venir a

saludar a Cecilio, pero por no dar el brazo a torcer espera que lo llamemos.

Entretanto, concluído el tema de saludos, y después de una breve pausa, Coromoto volvía a aclararse el pecho.

Ahora serían los romances caballerescos los que darían asunto a sus décimas, aquellos donde se cuentan las hazañas de los Doce,

que a una mesa comían pane,

acaso aprendidos de boca de Cecilio, cuando por las noches de temporadas en la hacienda se llegaba hasta el repartimiento a recitarles a los esclavos los versos aprendidos de sus lecturas. Pero como podía conservarlos en su memoria Juan Coromoto:

En la fuente de Mariara
fue la primera batalla.
Por lo grande de su hazaña
Fierabrás que así se nombra.
Pero Oliveros de honra
a su encuentro le saldrá.
Su alma de Nibradá
de feroz la valentía.
Y por medio de una porfía
conquistaron
a Balán!

Y como podía replicarlas Pitirrí:

Los cristianos todos siguen
en contra de los paganos.
Le hicieron diez mil estragos
en la fuente de Montible.
Allí todos se aperciben,
con Galafa han de peliar,
la fuente le han de quitar
esos nobles caballeros:
Darderín y su escudero,
Normandía...

Pero ahora es sólo Coromoto quien puede completar la estrofa, y así lo hace, engreído:

...y don Roldán!

—¡Ajá!—exclamaban los de La Fundación de Arriba a cada décima de Coromoto. Y lo mismo hacían los otros a cada réplica de Pitirrí.

Y por allí se enzarzaron a celebrar proezas de los Doce pares, mezclando lo oído con lo inventado, como los propios trovadores medievales, barajando lo discreto con lo disparatado, hasta que secas las gargantas y sin que el uno hubiese vencido al otro, guardaron silencio Coromoto enfurruñado y Pitirrí sonriente, porque aquél no se esperaba tanto y éste se había quedado corto.

Con lo cual se reanudaron las fulías al grito de:

—¡Airó! ¡Airó!

Giraban las coplas revueltas en el torbellino de los rudos acordes, sonaba el furruco con ronco jadeo de bestia rijosa, y en los negros y sudorosos rostros de los cantores blanqueaban los ojos fijos en la cruz con alucinante expresión de éxtasis.

Ceñudo y lanzando escupitajos por el colmillo, Juan Coromoto rebuscaba entre sus décimas alguna que fuese de tema forzado y difícil para derrotar al rival socarrón, y éste sonreía mirándolo de soslayo y esperando a que le saliese por donde quisiera, pues para todo argumento tenía alguna trova sabida.

—¡Hastay!—volvió a exclamar el primero, a tiempo que un relámpago de satisfacción le cruzaba por el rostro.

—¡Esa debe de sé güena!—exclamaron sus adictos—. Acomódese, Pitirrí.

Y el trovero joven, con voz vibrante y la vista fija en la cruz:

Nace el pej que apenas gira
al tocar el seno jondo,
cuando en una ré de fondo
encarcelado se mira.
Allí batalla y suspira

cuando desprenderse quiere.
No es posible de que espere
una vida perdurable.
Y como nada es estable,
todo lo que nace...

La pausa de costumbre, y luego descargando la voz fanfarrona, junto con el coro:

...muere!

Y al rival, por encima del hombro, sin dignarse mirarlo:

—Ese es el tema, viejo.

—Voy con él—repuso Pitirrí—. Vaya oyendo, joven.

Al ver derribarse el muro
de aquel gran Jerusalem
yo aseguro no haiga quien
ponga difícil seguro.
Yo por eso no me apuro
ni ningún escombro rialzo
y cuando la vista alzo
que veo derribarse todo,
digo girando en el globo:
todo firmamento
es falso!

—¡Güena ha estao esa réplica!—prorrumpen los suyos.

Pero Cecilio no le había prestado atención, ni tampoco a la décima de Coromoto completa. Había sido él quien recitándoles a los esclavos los famosos versos de *La vida es sueño* sembró en el candoroso suelo popular aquella culta semilla de poesía que allí estaba dando una planta fina entre zarzas silvestres, y su hallazgo le habría producido complacencia— como ya la experimentara al oir los romances caballerescos a través de las décimas—si no hubiera sido porque los primeros versos de Coromoto se le deslizaron, guiados por la idea dominante de su infortunio, a despertarle el recuerdo de aquellos otros de la invocación de Segismundo, que bien le cuadraban y se le vinieron a los labios:

Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así...

Largo rato estuvieron Coromoto y Pitirrí cruzándose décimas al tema pesimista propuesto por el primero, y ya José Trinidad, como los viese enardecidos que poco les faltaba para irse a las manos, iba a ordenar que se reanudaran las fulías, cuando aquél, no dejándose quitar la palabra, recitó:

Ninguna atención se lleva
la mujer con ser amable.
Ellas son falsas, son mudables.
Yo imploro la mejor prueba
con la imprudencia de Eva
que Adán su marido peca.
El árbol verde se encrespa
y aspira su creación.
Me baso en esta razón
todo lo verde
se seca!

Pedro Miguel no había vuelto a mirar hacia donde estaban Cecilio y Luisana desde que la vio sonreir burlonamente—pensó—, pero al oir la décima de Coromoto, que a ella no podría haberle agradado, volvió la cabeza, sonriendo a su vez de manera impertinente.

Pero ya los sillones estaban vacíos. Recogió la sonrisa frustrada y murmuró:

—Gracias a Dios que se fueron esos jipatos.

Sin embargo, allí mismo empezó a no encontrarle interés al velorio, y poco después cogió el camino de su casa.

Por el que conducía a la Casa Grande iba Cecilio contemplando el vasto cielo estrellado y murmurando, a media voz de añoranzas, un romance venido a su memoria de pronto:

Media noche era por hilo,
los gallos querían cantar,
Conde Claro por amores
no podía reposar.

Porque amor de Claraniña
no lo deja sosegar.

—¡Qué lindo!—exclama Luisana, oprimiéndole el brazo donde se apoya—. Recítalo completo.

—Se me ha olvidado—responde Cecilio—. Sólo recuerdo esos versos.

Y al cabo de una pausa:

—Este otro, que también viene al caso, sí lo recuerdo completo:

Por el mes era de mayo;
cuando hace la calor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor.
Cuando los enamorados
van a servir al amor,
sino yo triste y cuitado
que vivo en esta prisión,
que ni sé cuándo es de día
ni cuándo las noches son.

—No me gusta—dice Luisana—, pues viene demasiado al caso y éste es realmente para desesperarse.

Cecilio sonríe comprensivo y vuelve a hundir sus miradas en el profundo cielo donde ya declina la Cruz del Sur.

Media noche era por hilo,
los gallos querían cantar...

IV

¿QUÉ TE PASA, PEDRO MIGUEL?

Su cuarto de la casa de San Francisco de Yare no era más espacioso que el que volvía a ocupar en la de El Matajey después de seis años de ausencia, e indudablemente éste conservaba las dimensiones de siempre; pero, sin

embargo, hallábalo ahora mucho más reducido y en especial más bajo de techo.

—Yo lo recordaba como un cuarto grande y alto—se dijo—. Esto es una ratonera. ¡Aquí se asfixia uno!

Y se echó en el catre allí destinádole, boca arriba y sin desnudarse, con acritud de humor de prisionero al tomar posesión del calabozo donde lo hubieran encerrado.

Largo rato permaneció así, con las manos entrelazadas bajo la nuca y la mirada fija en el techo, hasta que de pronto cayó en advertir que estaba contando las viguetas, nueve, como siempre lo habían sido, e innumerables veces las había contado, desde aquel mismo catre.

—Es que uno crece—volvió a decirse—, y como las cosas se quedan del mismo tamaño, las proporciones cambian.

Si en aquella habitación hubiese habido un reloj y Pedro Miguel tomado nota de la hora precisa de tal observación hecha, su sorpresa habría sido grande al comprobar que habían transcurrido más de veinte minutos entre aquellas palabras mentales y estas otras, ahora murmuradas, sin pensamientos intermedios.

—¡Las proporciones!

Pero, en cambio, había una vela encendida, entera cuando Eufrasia se la dejó en la palmatoria, y ya casi consumida cuando por tercera vez surgían de los limbos de su pensamiento las palabras reiteradas:

—¡Las proporciones!

Es cierto que al hacerse tal observación, en apariencia baladí, Pedro Miguel había abordado inconscientemente nada menos que el arduo problema del espacio y del tiempo y sus relaciones, ante el cual su pensamiento debió perder pie, abismándose, presa del vértigo, en la tremenda sima de lo inexplicable, de donde aquella reiterada exclamación no vendría a ser sino los esfuerzos angustiosos hechos por su espíritu para salir de tal abismo. Pero al mismo tiempo no parecía su intimidad completamente abolida, o por lo menos

la de algún modo vinculada a la costumbre que ya tenía cuando hubo de ausentarse de aquella casa, ahora reproducida automáticamente, pues por detrás—por decirlo así—de aquel pensamiento de aspecto metafísico, había otro, obstinado también, que sólo de anteriores contemplaciones semejantes podía provenir la representación imaginaria y casi alucinatoria de una gota de agua que insensiblemente y a largos intervalos manaba del encañado de aquel techo, hasta desprenderse por fin, redonda y brillante, con la singularidad de que siendo una sola gotera no caía necesariamente del mismo sitio, sino de un punto cualquiera de los extremos del campo visual en ese momento abarcado por los ojos, en el empeño de recorrer la techumbre contando las viguetas, momento que, por añadidura, coincidía precisamente con la vuelta de la exclamación a los labios:

—¡Las proporciones!

Desde luego, era el recuerdo de alguna gotera real de cuando Pedro Miguel habitaba aquel cuarto, antes de su traslado a la casa de San Francisco de Yare, y esto daba a entender que por lo menos alguna parte de su anterior experiencia trataba de filtrarse a través de la lucubración metafísica, siendo probable que lo hubiese logrado ya si en el preciso momento del desprendimiento de la gota imaginaria, no se produjera la reflexión intermitente. Pero de todos modos, fue necesario que la vela se consumiese por completo, dejándolo a obscuras, para que Pedro Miguel se diera cuenta de estar despierto y todavía vestido, y todo a causa de una ocurrencia tan estúpida como la de empeñarse en contar, una y otra vez, las viguetas del techo para comprobar que eran nueve, como siempre habían sido.

Pero sucedió que al quedarse a obscuras se dio también cuenta de que ya amanecía. Dejó el catre, se desperezó, sobándose la nuca dolorida y se asomó a la ventana, cuyo pequeño rectángulo encuadraba la hermosura del lucero del alba.

Hundió la mirada en la sombra de los montes, la pa-

seó por la serenidad de las cumbres, ya perfiladas sobre el resplandor anaranjado de la aurora, la detuvo luego allá lejos, allá abajo, sobre un trozo de mar sin rumores que tenía una ternura de leche... Respiró un olor de hierba con rocío. Percibió un murmurio de agua que por un caño de lata caía en botijón. Oyó que pasaba por encima de la casa, arriba de los árboles más altos, una bandada de pericos madrugadores. Sintió la frialdad del aire de la amanecida en los ojos abrasados por la vigilia.

Pero nada de esto penetró más allá de sus sentidos; el insomnio y la idea fija le habían dejado el espíritu sumido en estupor.

De pronto, se le ocurrió una de esas ideas que surgen y desaparecen en seguida en los limbos del pensamiento desintegrado por la fatiga o el sueño, pero que automáticamente ponen en acción, y metiéndose el saco—lo único que se había quitado para acostarse—y calándose el sombrero, se echó al campo, camino del pueblo.

A una hora larga de buena marcha a pie por atajos de baquianos estaba la sacristía de la parroquia, y el padre Rosendo Mediavilla acababa de despojarse de los ornamentos con que celebrara la misa del día cuando, al volverse para decirle algo al monaguillo, creyéndolo por allí, lo sorprendió la presencia de Pedro Miguel.

—¡Guá, tú!—exclamó—. ¿Por dónde entraste, que no te sentí?

—Detrás de usted vine; pero no quise interrumpirle sus oraciones.

—¡Caramba, muchacho! Ya estás hecho un hombrón. ¿Y qué me cuentas? ¿Has venido para el matrimonio de tu hermana?

—Quizás.

—¿Cómo quizás? ¡Hombre! Por lo menos debes saber si ésa ha sido o no la causa de tu regreso... ¡Hum! ¿Cómo que te emparrandaste anoche en el velorio de cruz? Tienes

cara de haberte tomado unos traguitos más de lo conveniente.

—Usted sabe que yo no bebo—repuso desabridamente.

—¡Hombre! Tanto como saberlo no tengo yo por qué. No bebías cuando eras muchacho; pero ahora los tiempos pueden ser de otras costumbres que yo no te conozca. De todos modos, no te ofenda mi sospecha... ¡Ah, *Cachorro!* ¿Todavía no has aprendido a reírte?

—A veces lo hago; pero...

—¿Qué te pasa, chico? ¡Esa cara de trasnocho y ahora esas vueltas y revueltas al sombrero sin levantar los ojos!... ¿Qué traes entre manos, Pedro Miguel?

—Pues... ¿Cómo le diré? En este momento parece que se me hubiera olvidado lo que me hizo venir hasta acá... La verdad sea dicha, esta visita podría habérsela hecho otro día, en una hora más oportuna, o no habérsela hecho nunca, también.

—¡Hombre, hombre!—exclama jovialmente Mediavilla—. Eso es franqueza y lo demás tortas y pan pintado.

Mientras Pedro Miguel concluye:

—Que después de todo nada voy a sacar de ella que ya de algún modo no sepa. Además, tal vez no he venido propiamente a conversar con usted, sino que andando llegué hasta frente a la iglesia y al verla abierta se me ocurrió entrar, a echarme, como dicen, la primera en la frente.

—¿Para que te libre Dios de malos pensamientos? —agrega en seguida el cura, cuyo ceño se había contraído bruscamente a la primera de las frases que acababa de formular el mozo, y ahora clavando en él una mirada inquisitiva.

—Quizás no sean malos—replicó Pedro Miguel, sonriendo, pero de manera tal que acentuó la sospecha ya en la mente del sacerdote: que aquella actitud inquietante del mozo tuviese relación con el matrimonio de la que pasaba por hermana gemela suya.

—¡Hum!—hízose mentalmente, mientras continuaba ex-

plorando aquel rostro contraído por obscuros pensamientos—. ¡Como no vaya a haber dado esta mentira los malos frutos que siempre dan todas!

Y luego, en alta voz:

—¿Te has desayunado?

—Todavía no.

—Pues te invito para celebrar el gusto de verte otra vez por aquí. Vamos a casa y allá conversaremos mientras le echamos lastre al estómago.

—Vamos.

Ya sentados a la mesa, el párroco encaminó la conversación por donde andaban sus recelos:

—¿Y qué tal? ¿Muchos preparativos en El Matajey para la boda de Matildita?

—¡Imagínese! Es la maraca y los viejos siempre le han bailado el agua por delante.

—Quizá no a ella sola. Algo habrás visto tú de esos bailes.

—Yo soy cosa aparte.

Y el cura, después de haberle explorado el rostro, mientras tomaba sorbos de su humeante escudilla de cacao:

—Lo que no impedirá, naturalmente, que también participes de los alegres preparativos para esa boda.

—¡Figúrese! La morocha ha sido siempre mi preferida, y como el hombre con quien se va a casar no la hará pasar trabajos, pues muy contento yo también.

—¡Vaya, hombre, vaya! Me alegro de veras... por todos ustedes. Sírvete, muchacho. Estás en tu casa y ese queso de mano no merece que se le desprecie. Sírvete más.

—Gracias. Tengo pocas ganas. Con el café me basta, y eso por complacerlo.

—¿Es que no andas bien de salud?

—Yo sí, como siempre. A Dios gracias.

—¿Y de negocios, cómo te va?

—Ahí. Viviendito.

—¿En qué te ocupas?

—En comprar y vender bestias, por lo general. Me corro hasta los llanos, compro por allá lo que se me proporcione y vendo por los pueblos del Tuy. Hasta ahora las proporciones no han sido malas.

Y nuevamente prisionero de la idea fija que lo había hecho emplear una vez más aquella palabra:

—¡Las proporciones!

El cura le dirigió una mirada de extrañeza por encima de los bordes de la escudilla empinada y luego le preguntó, a tiempo que se limpiaba los labios en la servilleta:

—¿Y El Altonazo, sigue dándote buen cacao?

—¿Dándome?—repuso Pedro Miguel—. Todavía no me he metido al bolsillo un centavo de esas cosechas, ni primeramente Dios me lo meteré nunca. Esas eran las tierras de don Nadie, como una vez le escuché a don Cecilio y para él se quedarán.

—Pues ya está visto que el destino de esas tierras es no tener dueño que por suyas quiera tenerlas.

—Por algo será.

—Y hablando de otras cosas. ¿Cómo está eso por los Valles del Tuy? ¿Mucha agitación?

—¡Cómo va a estar! Pero a este respecto, como tocante a los otros particulares que ya hemos mencionado, soy yo quien tiene que hacerle a usted algunas preguntas.

—¡Vengan, vengan! Ya iré contestándotelas a la medida de mis conocimientos de la cuestión—repuso Mediavilla, preparándose ya la evasiva por si las interrogaciones venían por donde él las temía.

—La primera y principal es ésta, a propósito de la última de usted. ¿No decía antes que conservadores y liberales, mantuanos y camisas de mochila, eran aceite y vinagre?

—¡Claro! Y continúo sosteniéndolo.

—¿Entonces, cómo es que me han dicho que usted y los mantuanos de por aquí son ahora uña y carne?

—¡Ah! ¿No sabes tú que las ensaladas llevan aceite y vinagre? Los tiempos han cambiado, Pedro Miguel. Ahora el César son los Monagas, y para darles lo que se tienen merecido tenemos que recurrir a las ensaladas. Como plato fuerte no son recomendables, pero a su hora y punto no caen mal. Créeme a mí.

—A mí no me gustan a ninguna hora. Nunca las he podido pasar.

—¿De veras? ¡Ah, *Cachorro!* El mismo de siempre... ¿Y las otras preguntas? Ve soltándolas.

—¡Ya para qué!—repuso levantándose—. Y con su permiso, Padre. Perdóneme que me retire dejándolo sentado.

—¿Qué te pasa, Pedro Miguel?

—Eso es lo que yo quisiera saber: qué será lo que me está pasando de anoche a esta parte. ¡En fin! Déjeme irme más bien.

Y se marchó.

LA REVELACIÓN

Que bien estuvieran así el señor y el siervo, fueron condescendencias del poeta con el vencido; pero entre las ruinas aún quedaba algo en pie para el hombre capaz de la obra útil.

Por una parte, la del pensamiento: el libro. Antes de que el tremendo mal desatase todas sus fuerzas devastadoras, quizá dábale tiempo eficazmente dedicable a la actividad del intelecto y alguna luz podrían arrojar sus escritos sobre el nebuloso campo por donde se perdían los caminos de la joven Patria. Obra precaria sería ahora, pero mientras su espíritu conservase energías lúcidas, a ella debía consagrárselas.

Por otra parte, un campo de acción directo, pequeño,

humilde, pero laborable. Los esclavos de su casa disfrutaban de unas condiciones de vida más tolerables que las antiguas, hasta los tiempos de su abuelo Carlos Alcorta y su capataz Mindonga, gracias a la influencia de las leyes que venían aminorando los horrores de la esclavitud, y en particular al humanitario trato de la bondad de don Fermín; pero si ya no estaban sometidos a la férula humillante de los capataces ni a la deprimente convivencia del repartimiento, aún carecían, así en lo material como en lo espiritual, de cuanto pudiese constituir una forma de existencia realmente humana. Privados de economía propia, analfabetos y envilecidos por el hábito secular de la sumisión, eran todavía los parias.

Había que incorporarlos a la vida responsable, creándoles fuentes de subsistencia independiente y preparándolos para la actividad civil y la participación en la cultura, tanto más cuanto que ya la idea de la abolición de la esclavitud se cernía en el ambiente político.

Y Cecilio, ya con su plan, así se lo expuso a don Fermín:

—En La Fundación hay tierras apropiadas para el cultivo de frutos menores que no están utilizándose de una manera eficaz. Démoselas a los esclavos, en medianería, para comenzar, a fin de crearles, junto con el hábito del trabajo responsable, una fuente de economía individual.

—¿Y el cacao?—objetó don Fermín.

—Continuará siendo exclusivamente nuestro y ellos en la obligación de atenderle, pero reglamentaremos la distribución del tiempo, de modo que también les alcance para lo propio, bien entendido que del producto de esto último podrán ellos disponer libremente, en metálico.

—¡En metálico! ¿Pero no te has detenido a preguntar cuál será el uso que el esclavo hará de ese dinero?

—Al principio, el más perjudicial para sí mismo. Ya

lo sé. Pero junto con eso les iremos dando también ideas, que les formen hábitos provechosos.

—¡Ideas! ¡Válganos Dios! ¡Esto sí no me lo esperaba! ¡Ideas en la cabeza del negro!

Y Cecilio, elevando el tono:

—¿Hasta cuándo se empeñarán ustedes en cerrar los ojos ante un hecho fatal? Nuestro negro es una raza en marcha, pero no un forastero de paso por nuestro suelo y si mal hicieron los que lo trasplantaron del propio, peor hacemos no cultivándolo como una planta ya nuestra. Aquí se reproduce, todavía con su alma intacta, pero también se mezcla, y es así como el cuerpo de la nación va digiriéndolo; mas hay que incorporarlo también al alma nacional, dándole parte en el patrimonio común de la cultura. Además, ¿no tendremos los blancos algo que agradecerle al negro? Ellos nos cultivan la tierra y nos explotan la mina; ellas nos sazonan la comida, nos dan la leche de sus pechos cuando a los de nuestras madres les falta, nos sirven y nos cuidan amorosamente, y de niños nos duermen con el cuento ingenuo, por donde empieza la formación de nuestra alma.

Y como esto ya había sido soltar el chorro, don Fermín no necesitó más para acceder:

—¡Bueno, bueno! Haz lo que te parezca, que yo no soy quién para enmendarte la plana.

Puesto a la obra, pero comenzando por la escuela, natural principio, al día siguiente ya estaba funcionando una donde antes fue dormitorio común de los hombres en el caserón del repartimiento. De párvulos, durante el día, al cuidado de Luisana, que con entusiasmo acogió la idea porque así se ensanchaba más su mundo interior, y de adultos por las noches, a las primeras horas, atendida por Cecilio.

En un principio hubo resistencia a regañadientes:

—¿Y los velorios de cruz?

Pero luego todos convinieron en que para décimas y fu-

lías era suficiente con las de sábados y domingos, pues también daba gusto sentarse en los bancos de aquella escuela, cruzar los brazos, como los propios niños y quedarse boquiabiertos oyendo al Buen Amito, que hablaba tan sabroso, todo entendiéndosele, sin embargo y de lo mucho sabido ya les había prometido enseñarles cuanto ellos necesitaban para convertirse en seres humanos, propiamente.

Mas no tardaron en aparecer cizañas en el campo del sembrador nocturno. Desfallecieron los más entusiastas, incluso Juan Coromoto, que tanto necesitaba de letras para sus décimas, habiendo dicho ya que así no tendría que conservarlas todas en la memoria, y a las puertas de la escuela runruneaban conversaciones que se interrumpían cuando se acercaba el maestro.

Y no pararon aquí las cosas, sino que, pasando a los hechos, una mañana recibió Luisana a don Fermín con esta noticia:

—Estamos sin servicio, porque muy temprano hubo aquí una revolucioncita.

—¿Dónde, hija?

—En la casa. La esclavita María de la O que amaneció alzada y brincó la pared del corral, arrastrando consigo a la Benicia y a la Damianita. La María de la O decía a gritos algo de papeles de venta.

—¡La escuela, la escuela!—repuso don Fermín.

—Pero si precisamente la causa del alzamiento parece haber sido el no querer asistir a la escuela...

—¡Claro! Aunque parezca turbio. Como era cosa de agradecer y de eso no entiende mucho el negro...

—Eso hay que enseñarle también—completó Cecilio, que en ese momento salía de su habitación al encuentro del padre.

Sonrió éste complacidamente, y dijo:

—Ya me quitó la palabra y la gana. Siempre habrá de

decir él la última palabra y la más razonable en toda cuestión.

Pero ya se le alcanzaba a Cecilio quién podría ser el sembrador de cizañas, y una de aquellas tardes, paseando por los callejones de la hacienda, con el plan de su libro en el pensamiento, se lo tropezó de camino.

—¡Hola, Pedro Miguel!—díjole, deteniéndose—. Si no es así, no habría podido echarte encima el saludo.

Dio vagas excusas, sin mirarlo a la cara, y como habló de prisa, a fin de que no se prolongase demasiado el encuentro, Cecilio repuso:

—Ya advertí que apresuraste el paso al verme; pero deja esas prisas para cuando se te pueda creer que realmente las llevas y acompáñame un rato. Deseaba verte y ahora tengo además algunas preguntas que hacerte.

—¿No podrá aplazarlas para otra ocasión?—le replicó, abandonando la táctica fracasada de fingir, ya dispuesto a decir las cosas tal como las sentía.

—No. A ésta, especialmente, la pintan calva. Vente conmigo.

—Es que yo preferiría seguir mi camino solo.

—Ya te lo creo. Pero quien tiene cuentas por rendir no puede pasar de largo sin exponerse a que se le juzgue cobarde.

Pedro Miguel alzó rápidamente la cabeza y lo miró a los ojos, y Cecilio aprobó:

—¡Así! Así me agrada hallarte: dando la cara.

—Nunca ha sido costumbre mía otra cosa y creí que usted lo supiera.

—¡Tantos años tenemos sin vernos ni entendernos que no sería extraño que ignorase tus costumbres! Pero como ya esas preguntas se las hice a José Trinidad y él me dio buena razón de ti, empiezo por esta otra. ¿Qué te propones al atravesárteme en el camino?

Con un movimiento maquinal, revelador de aplomo perdido, Pedro Miguel se hizo a un lado y Cecilio prosiguió:

—Me refiero a tus prédicas entre los esclavos. Ya sé que tergiversando mis propósitos, te has propuesto sembrar en el ánimo de ellos la desconfianza y el recelo. Les has dicho que al ofrecerles tierras en medianería, para que se beneficien libremente con el producto de sus cultivos, no estoy buscando sino la manera de eludir la obligación de mantenerlos.

—¿Quién le ha soplado eso?

Cecilio lo miró un momento en silencio y luego replicó:

—Podría responderte que eso de preguntas, para cuando yo haya concluído con las mías; mas como no quiero que te imagines traicionado por tus amigos, te explicaré. Lo he descubierto por mí mismo, de palabras sueltas llegadas a mis oídos y de preguntas reticentes que se me han hecho. Tus argumentos, como comprenderás, fácil me sería rebatirlos, pero aun reconociéndote habilidad, no puedo felicitarte por el éxito que vas obteniendo, y, por otra parte, no quiero que por mí descubran los interesados que el malintencionado eres tú.

—¿Yo?—protestó Pedro Miguel.

Y Cecilio, sin interrumpirse:

—Podría también pedirte cuentas del juicio calumnioso o simplemente temerario que has hecho de mis intenciones, pues ya deberías conocerme bien; pero eso no importa. Lo grave, lo verdaderamente grave, es que, por ignorancia o por obcecación, te constituyas en traidor de la causa que pretendes defender. Esa gente tiene puesta en ti toda su confianza, y tú abusas de ella al fomentarles rencores, sin ofrecerles soluciones de sus problemas. De cosas, que hasta ahora vienen siendo, yo me propongo elevarlos a la categoría de personas y tú, en vez de colaborar conmigo, tratas de enajenarme su voluntad, volviéndomelos recelosos. Y he aquí mi segunda pregunta: ¿Cuáles son tus planes? ¿Qué les

ofreces a esa gente, en cambio de lo que me impides darles? Bien sé que no les doy todo lo que ellos necesitan y tienen derecho a reclamar; pero más no está a mi alcance por el momento, y de todos modos, algo es ya. En cambio, tú: ¿La rebeldía? ¿Simplemente la rebeldía?

—No me acose tanto—protestó el otro, cuyo rostro ya se volvía colérico—. Usted se vale de su labia para acosarme a preguntas, sabiendo que no se las puedo contestar así como así.

—Quien acosa eres tú y tú mismo el acosado. Lo que hay en ti de generoso contra lo que se resiste a serlo.

—¿Qué culpa tengo yo de no saber lo que usted sabe, le preguntaría yo ahora?

—Y ya empezarías a tener razón.

—Pues para seguir teniéndola, dígame ahora si usted en mi caso, no en palabras, sino con mi carne y mis huesos, tal y quienes me echaron al mundo, y como por fuerza he tenido que ser, no estaría también predicando lo que yo predico, a mi manera. Que otra no puede ser la mía, sino la que ha querido la vida que me han dado y yo he llevado. ¡A ver si no estaría usted diciéndole al descamisado: "Con el mantuano no hay ajuste por las buenas!"

Cecilio volvió a quedarse mirándolo en silencio, pero esta vez más ahincadamente. Y luego, con una decisión ya madurada:

—¿Tal y quienes te echaron al mundo?

—No es que yo me avergüence de ellos, ni que de ellos tenga que quejarme tampoco, sino por el contrario.

Y de pronto, encarándose inquisitivamente:

—¿Pero por qué los ha mentado usted?

—No he hecho sino recoger palabras tuyas. "Tal y quienes me echaron al mundo", dijiste.

—Bien. ¿Y qué?

Cecilio lo vio palidecer, pero insistió en su determinación tomada:

—¿Sabes quiénes fueron, Pedro Miguel?

—¡Esa pregunta!...

—Tal vez no haya hecho yo sino ayudarte a darle forma precisa a la que no te has atrevido a hacerte en presencia de ciertas cosas. Pero como de la mentira no medran sino las malicias, y en este caso, muy especialmente, tus tormentas espirituales, ya es hora de que conozcas la verdad. Tú eres hijo de Ana Julia Alcorta, hermana de mi padre.

La conmoción fue violenta, no siendo todo sorpresa, pues replicó interrogando, entrecortada la voz:

—Y de un esclavo, ¿verdad?

Cecilio asintió con ademán afirmativo, y luego:

—¿Lo sospechabas?... Ya me lo esperaba yo.

—Lo sentía... Lo... ¡Qué sé yo lo que me pasaba con eso! Ni tampoco lo que ahora me sucede.

—Comprendo. Sentías la mentira que te rodeaba y eso te envenenaba la vida. Oye ahora, con calma, la historia real y completa.

Se la refirió con todos los pormenores con que a él se la contara Cecilio el viejo, y Pedro Miguel la oyó, escuchando, a la vez, una voz lejana que en su interior resonaba: "Esta era una niña muy bonita, muy blanca, muy dulce, muy buena..."

Terminó el relato, hizo una pausa el narrador, y luego interrogó:

—¿Y ahora, Pedro Miguel?

—Ahora déjeme que me vaya solo. Usted habrá querido hacerme un bien, porque, la verdad sea dicha, hasta ahora sus intenciones siempre han sido buenas para conmigo, mas por el momento no me parece sino que me ha causado el mayor mal que estaba a su alcance. Yo tenía un odio de toda mi vida, infundado según me decían los viejos Gomárez, aparte lo de una marca que mucho tiempo llevé en

la cara, pero estaba a gusto con él. Ahora podría decir que era un rencor contra el mantuano que arrenegó de mí; pero eso no sería nada nuevo, si a ver vamos. Lo grave, dicho sea con palabras suyas de hace poco, es que ahora no sé si serán dos rencores, por mengua de uno, los que tendré que alimentar. La historia que usted me ha contado, oída de sus labios, suena bien, porque usted ve y pinta las cosas de cierto modo, a su manera de hombre que sabe hablar. Pero ahora tengo que repetírmela yo solo, a la manera mía, con las palabras que a mí se me pueden ocurrir, y no sé qué iré a sacar en limpio. Si bueno para mí, ya lo buscaré para darle las gracias; pero si no vuelve a verme, diga que me ha hecho el mayor mal que haya podido desearme.

Y se marchó.

COMO ENDENANTES...

Comenzaba a escribir su libro, a las primeras horas del día siguiente, cuando una de las negritas de la servidumbre doméstica se asomó a la puerta, diciéndole:

—Ahí lo buscan, amito.

Movió la cabeza con pensamiento esperanzado, y repuso:

—Dile que pase.

Y continuó inclinado sobre la cuartilla, a fin de que no se le escapara la frase ya pensada.

Pero cuando levantó la mirada hacia la puerta, en cuyo umbral se había detenido en silencio el visitante, vio que éste era José Trinidad Gomárez y que traía el rostro sombrío:

—¿Qué ha sucedido?—le preguntó, ya inquieto.

Y Gomárez respondió, bajando la vista al sombrero que tenía en la diestra y mientras con la otra mano le asentaba el pelo.

—Lo que tenía que sucedé, don Cecilio. Que acaba de

abandonanos, a la pobre Ufrasia y a mí, esta vez pa siempre.

Fue entonces Cecilio quien bajó la mirada y guardó silencio, mientras José Trinidad continuaba:

—Allá en casa, to lo que era alegría de preparativos pa la boda de la morocha, como seguiremos diciéndole nosotros a Matildita, se ha vuelto un mar de lágrimas.

—Lo lamento por ustedes—repuso al fin Cecilio—. Por él, no sé todavía si debo deplorarlo; pero de todos modos eso tenía que suceder alguna vez.

—Por él es que yo temo, don Cecilio. Pasó la noche juera de casa, creo que vagando por el monte, porque acaban de contarme que asina lo vieron a la tardecita, como el tigre herío que busca el mogote más intrincao pa tendese a morise. Lo cierto es que cuando regresó a El Matajey, hace poco, emparamao de relente y traía en los ojos una mirá fea. —¿Qué te pasa, Pedro Miguel?—jue mi pregunta al verlo. Y él se limitó a contestame, buscando ya los aperos de su bestia pa ensillala y cogé su camino—: "Que ya me han contao la verdá y, por lo tanto, tengo menester de rompé con to lo que era la mentira, hasta que me encuentre a mí mismo, tal como deberé sé de hoy en adelante."

Guardó silencio, mientras su mano se deslizaba ahora a contrapelo del sombrero, y Cecilio tampoco interrumpió el suyo.

—¿Por qué caminos irá a encontrarse?—se preguntaba mentalmente—. ¿Habré contribuído, contra mi mejor intención, a que esa alma no tenga ya sosiego en parte alguna?

Pero luego su pensamiento se sumió en reflexiones inexpresables, y tanto duró su abstracción, que cuando salió de ella y alzó de nuevo la cabeza, ya José Trinidad no estaba por allí.

Volvió a su libro y en este terreno ya no lo atormentaron dudas. Era una obra largamente madurada, fruto de todas sus experiencias en los dominios del pensamiento, y se

absorbió en ella por completo, desde el alba hasta la anochecida, días consecutivos.

Entretanto, afuera corría el tiempo precipitando los acontecimientos y un día llegó del pueblo don Fermín, demudado por la indignación, agitando en la diestra una hoja impresa y exclamando:

—¡La farsa añadida a la iniquidad! El decreto de abolición de la esclavitud, firmado por José Gregorio Monagas.

—Traiga acá—díjole Cecilio, vivamente interesado.

Y mientras el hijo se enteraba del contenido del decreto, el padre, furibundo, paseándose a zancadas de un extremo a otro de la estancia, clamaba y rugía:

—¡Era una idea nuestra! Un propósito ya en vías de realización. Lo teníamos en nuestro programa de gobierno próximo e iba a ser nada menos que la bandera de nuestra revolución, ya a punto de estallar.

Esto nunca se lo había oído decir Cecilio, porque en realidad no vino a enterarse de todo ello sino por las cartas de Caracas llegadas al pueblo junto con el decreto impreso, pero continuaba afirmando:

—No es una conquista del liberalismo, sino un robo a mansalva que nos han hecho. Se sabe de positivo quién se lo sopló a Monagas, para que nos quitara esa bandera. ¡Ladrones! ¡Farsantes!

Ya leída la hoja, y todavía don Fermín entregado a su cólera partidaria, Cecilio sonrió y díjole:

—¡Vaya, vaya!, no se ponga así, que no es bueno para su corazón. Sin duda alguna, hay mucho de generosidad en ese sentimiento que lo domina, pues no ha pensado en los perjuicios económicos que habrá de causarle la abolición, siendo el propósito perjudicar a los conservadores propietarios de esclavos el fin oculto, pero evidente, sin embargo, que con este decreto se persigue, además de eso de la bandera arrebatada, que ya usted ha dicho. Pero no sobreponga la querella política a la cosa en sí. Que hayan sido

los liberales, o los Monagas, para hablar con propiedad, y no los conservadores quienes se lleven esa gloria, es cuestión de poca monta, pues en la realidad de las cosas la abolición estaba ya decretada por los imperativos impersonales e incontrastables de la Historia. Y si en esto que ostenta al pie el nombre de José Gregorio Monagas ha habido algo o mucho de especulación política, fuerza es reconocerla también de la parte de los conservadores, al incluir la promesa de la abolición en su programa de gobierno próximo. Usted mismo acaba de calificarlo de bandera, y ya eso indica fines políticos, siendo así, en la persecución de miras interesadas, cómo por fuerza han de contribuir los hombres al desarrollo de los acontecimientos inevitables. Lo malo en este caso, lo verdaderamente torpe y grave de esta medida, es que se limite a decirle al esclavo, como en realidad no hace otra cosa: —¡Hágote libre! —Porque eso no basta y pronto habremos de ver cómo se encargará la Historia de consumar la obra a medias de los hombres.

Pero este discurso, aun pudiendo haber sido trozo del que algún día hubiera de pronunciar Cecilio en el Congreso, en sesión memorable, ya no quería oírselo don Fermín.

—¡Bandidos!—exclamaba, caminando de aquí para allá—. ¡Farsantes! ¡Cáfila de gentuza!

Por otra parte, ya empezaba a oírse el alboroto de los negros, sabedores del acontecimiento, y don Fermín y Cecilio se asomaron al corredor, donde ya estaba Luisana.

—¡Ya semos libres, manitos!—decían allá las voces que aquí llegaban en baraúnda—. Se acabaron los "su mercé, mi amo" y la jaladera de escardilla y el roznío de las taguaras, pa que otro beba su cacao calientico y espeso, mientras al mismo tiempo se hace rico con el sudor de la frente del negro. Ahora tos semos iguales, y el que quiera ver su escudilla llena y jumeante y su bolsillo repleto de onzas de oro tiene que mojase el fundillo destopochando y dando el

paso e vara, con el sudor de la suya. ¡Viva el general José Tadeo Monagas!

—Que no es José Tadeo, manito, sino José Gregorio, el hombre de los acontecimientos.

—¡Lo mismo da! ¡Viva quien sea y yo por encima de todos! ¡Jale por ese mina, viejo Tapipa, que ya vamos a está pegaos bailando tambor per sécula seculórum! ¡Arrímese con el curveta, Roso Coromoto! ¡Y apréciense, manitos, porque van a tocá na menos que el tambor de la abolición!

—¡No, no! ¡Aquí no! ¡Vámonos ya de por to esto! La libertá es pa cogé ca cual el camino que le dé su rial gana.

—Y pa sacudise de una vez por toas la enjalma del trabajo. ¡San se acabó la trabajaera es el patrono de este día!

—¡Ya semos libres, manitos!

Y se desbandaron como rebaño desgaritado por los caminos que les salían al paso:

—¡Airó! ¡Airó! ¡Ya semos libres!

Quedaron sin brazos las haciendas, creciendo el monte en las plantaciones, cayéndose de las ramas, podridas, las mazorcas, silencioso todo el campo laborable, mientras en los pueblos y caseríos día y noche resonaban los tambores.

Tam, tam, tam... Por Barlovento y la costa de Maya, donde ya el negro no recogería más el cacao; por los valles de Aragua y del Tuy, donde el negro ya no replantaría la caña...

—¡Airó! ¡Airó!

Pronto, sin embargo, enmudecieron los tambores. Al volver de su aturdimiento a la dura realidad, los negros se habían encontrado con el hambre y la desnudez y la noche sin techo y el desamparo absoluto, porque el decreto famoso sólo había dicho:

—¡Eres libre!

Pero entre los que ya lo eran por derecho de nacimiento,

no encontraron sino repudio y desdén, y los más comprensivos se dijeron:

—Nos invitaron a una fiesta; pero no nos reservaron puesto.

Y aquellos en quienes la costumbre de ser cosas ya era tan inveterada que no hacía posible una forma de existencia responsable, al verse convertidos en personas se entregaron a la desesperación. Porque se les cerraban aún los caminos del trabajo habitual, cuando por los de las haciendas emprendieron el regreso desilusionado y forzoso, para llegar ante los antiguos amos, diciéndoles:

—Don Fulano, tenga otra vuelta compasión de mí. Yo me aluciné pensando que ya se había acabao la pasadera de trabajos y que toa la vida iba a sé baile de tambor de allí palante. Pero aquí me tiene otra vez pidiendo mi taguara y mi escardilla. Como endenantes...

Pero el propietario intransigente les respondió que prefería que continuaran perdiéndose los frutos de su tierra antes que recibir en ella como jornalero libre al que había sido su esclavo.

Y comenzó la romería de la mendicidad y hubo cunetas de caminos donde aparecieron negros muertos de hambre, mientras los más animosos andaban alzados por los montes, viviendo del merodeo y de la rapiña.

En La Fundación, otra vez con la taguara en la mano, Roso Coromoto suspiraba a menudo y decía:

—¡En lo que vino a pará el tambor de la abolición, manitos! ¡Y tan sabroso como empezó!... Aquí estamos otra vuelta, como endenantes...

TERCERA JORNADA

I

EL REGRESO DEL ANDARÍN

ENTRÓ con la mirada tangente a los arcos superiores de las gafas, y cual si los nueve años que tenía sin verlo hubieran sido apenas minutos y nada supiese del tremendo mal que le había hincado la garra implacable sin saludos previos, se le plantó por delante, mostrándole un tomo encuadernado en pergamino, todo taraceado de parte a parte por la polilla, y preguntándole:

—¿Conoces esto?

Cecilio el joven lo abrió y murmuró ante la portada:

—Erasmo. *Los Coloquios.*

Y luego, bromista, sin alzar los ojos de la amarillenta hoja:

—¿No incluye también el *Elogio de la locura?*

—Ni falta hace—intervino Luisana, desde el umbral de la puerta donde se había detenido—. Porque ya está aquí, vivita y coleando, haciéndoselo ella misma.

—¡Je, je!—rio Cecilio el viejo, con dos o tres arrugas más, del paso por los cincuenta cuesta abajo hacía cuatro. Y continuó su interrogatorio:

—¿Te has fijado en la edición?

—Príncipe—repuso el que todavía contemplaba la portada—. ¿Dónde la hubiste?

—Donde elaboran esto otro—respondió, sacándose de uno de los bolsillos la cosa así aludida.

—¿Y eso qué es?

—Una taparita de curare.

—¡Erasmo y el curare en un mismo sitio!—exclamó Cecilio el joven, tomando en una mano la pequeña calabaza, mientras en la otra retenía el libro.

—¿Por qué te extraña? ¿No predica la tolerancia el teólogo de Rotterdam? ¿No paraliza el sensorio el veneno indígena? ¿Y qué es la tolerancia sino la parálisis de la inteligencia?

—Bien, bien. ¿Pero, juntos los encontraste?

—Así como los tienes.

—Luego ¿has estado entre los indios?

—¡Je, je!

—Ya me lo explico. A Erasmo lo dejaría por allí algún misionero erudito.

—Ahora sí me explicaría yo tu extrañeza.

Pero Cecilio había destapado la calabaza y olfateaba el contenido negro y pastoso.

—Puedes probarlo. Es amargo, pero inofensivo por vía digestiva. Mas si lo pones en contacto con tu sangre ya no tendrás que releerte a Erasmo, porque la tolerancia será contigo para siempre.

Cecilio el joven alzó la mirada hacia el otro. Este se la sostuvo, oblicua la suya por encima de los espejuelos. El primero creyó comprender, pero el segundo le demostró su error diciéndole:

—Espero que no te reelerás a Erasmo.

Entretanto Luisana se les había acercado, y tomando de las manos de Cecilio la pequeña calabaza, se la llevó consigo fuera de allí.

Cecilio sonrió y repuso a las últimas palabras del licenciado:

—Ahora poco leo, porque estoy escribiendo. Un libro que quizá no carezca de importancia.

—¡Escribiendo!—repitió el otro admirativamente—. ¿Y eso para qué? ¿No te arredra el *nihil novum sub sole?*

Y como el sobrino se limitase a sonreir, mientras recogía el tomo dejado de mano hacía poco:

—De mí sé decirte—prosiguió—que todos los días despierto murmurando esa frase, que desde luego te suplico la hagas grabar sobre mi tumba, y es como si ya me hubiera echado encima la lápida funeraria. Pues aunque no me quedo boca arriba, sino que me levanto y echo a andar, ya voy prevenido para toda la jornada contra posibles veleidades de perennidad. Y es que, realmente, ¿para qué vivir en un mundo donde todo ya está dicho?

Cecilio comprendió que pensando el tío como pensaba propósito de la vida y de la muerte y encontrándolo a él como lo hallaba, ya más de la segunda que de la primera, otras no podían haber sido sus palabras; mas para que la falta de réplica no dejase toda aquella intención al descubierto, repuso:

—Pero quizá no todo hecho todavía.

Y el otro, a su vez:

—¡Hechos! ¿Y eres tú quien me sale ahora con eso? ¿Tú, que con el divino Platón ya habías aceptado que la Idea es lo único realmente existente? ¿De dónde acá esa preocupación por los hechos? Esos para los alarifes. Mis devociones están con los arquitectos.

Cecilio el joven sonreía ya por la incongruencia que encerraban estas palabras a propósito de un libro, pero en seguida se dio cuenta de que así procuraba el extravagante persuadirlo de que no valía la pena entristecerse por la incapacidad para la acción, a que su mal lo condenaba, y pareciéndole mejor mantener la controversia en el terreno de la especulación pura, una vez más arguyó:

—Admitido. Quizá ya no tanto como antes, pero en algún modo, por lo menos. Mas toda Idea atrae necesaria-

mente a su Forma, todo humano pensamiento al hecho que lo realice.

—*¿Plus minusve* como el torbellino de aire al polvo que lo hace visible? Admitido, digo yo también. ¿Pero no es más hermoso dejar de ser torbellino sin dejar de ser aire, reintegrándose, como éste a la quietud de la atmósfera de donde momentáneamente salió, a la perennidad del pensamiento cósmico, todo expresado ya?

—Ya apareció el panteísta que siempre has sido, en el fondo de tu materialismo.

—Nihilista vengo, más bien, en el sentido de que nada hay ya que hacer sobre esta tierra que sea novedad. Y concluyo por donde empecé. Prometámonos solemnemente que sobre nuestra lápidas se grabará este epitafio: *Nihil novum sub sole.*

—Prometido—accedió el joven, siguiéndole el humor.

Y este extraño diálogo fue todo lo que entre ellos se habló aquella vez.

Pero desde ese momento paró el andarín, con el objeto de que se quedara allí, junto con el médico que ya necesitábase, el interlocutor de otros diálogos, más o menos peregrinos, en cuyo aire liviano de ideas puras se desvaneciesen las rachas sofocantes de la desesperación o la melancolía que pudieran desprenderse de la carne dañada.

Mas aun para esto se valió de subterfugios. Dijo que sus piernas empezaban a resentirse del mucho vagar y que ya era tiempo de hacer un alto en la marcha. Agregando, con intención jocosa, que se había caído de una escalera donde cierta vez pintaba un letrero que se quedó inconcluso.

Luego comentó las novedades ocurridas en la familia con estas palabras:

—Bien. Así corre el tiempo: llevándose a unos y trayendo a otros. Carmela y Aurelia, en Caracas, ya casadas y reproducidas, y mi querido Fermín nada menos que en las esferas celestes, oyendo la hermosura del Verbo divino.

El que siempre fue tan aficionado a la elocuencia, ¡qué gusto se estará dando!

Pero respecto a la enfermedad de Cecilio ni una palabra.

Sin embargo, no se radicó en la Casa Grande, sino que fue a instalarse en una cabaña que al efecto se construyó él mismo cerca de aquélla, aunque en lugar internado y solitario, para no romper por completo con la extravagancia y a fin de que siempre hubiese alguna porción de su vida rodeada de misterio.

De allá venía todas las tardes a conversar con el sobrino o a oir la lectura que éste le hacía de los capítulos concluídos de su libro. Reflexiones sobre la estructura social y económica del país, con los males que de ella se derivaban y las posibles maneras de remediarlos. Luego cambiaban ideas y casi siempre el andarín detenido refería alguna anécdota oportuna, recogida en la experiencia viva de sus andanzas, concluyendo:

—Mete eso ahí. Es una nota de humanidad que le hace falta a ese capítulo para ser perfecto.

Y era así como Cecilio el viejo colaboraba en la obra del joven, que nunca vería la luz.

Otras veces eran comentarios acerca de sus autores favoritos. Siempre antiguos los de Cecilio el viejo, pues de los contemporáneos, si ya era costumbre suya decir que no lo interesaban, ahora tenía otras razones para no tomarlos en cuenta: esas que tienen los que aman con ternura, para evitar que le lleguen al ser amado noticias de nada cuyo goce ya le sea inaccesible.

Pero sobre todo, comentarios de la vida de los grandes hombres del pasado, de los inmortales del pensamiento, de los perennes, como los calificaba el andarín detenido. De los poetas, particularmente, tardes enteras desfilaron ante ellos las sombras augustas y cuando el uno se marchaba, el otro se quedaba en su habitación ya anochecida, confortado por

el hálito de perennidad que de aquellas sombras se había desprendido.

A veces se quedaba a comer con ellos. Ya al marcharse le hacía a Luisana alguna indicación relativa al tratamiento médico que necesitaba el enfermo, pero recomendándole siempre que la pusiera en práctica como ocurrencia de ella, y luego se encaminaba a su cabaña enjugándose las lágrimas que acudían a sus ojos, por el único amor de su vida que ya pertenecía a la muerte.

Durante las mañanas emprendía caminatas por la hacienda y sus alrededores, tragándose las leguas y repechando las cuestas pinas con agilidad juvenil, para respirar el aire de las cumbres y abarcar vastos panoramas o para internarse por los bosques hasta las musgosas quiebras de los manaderos del agua, donde prefería beberla, así como la sed de su espíritu nunca quiso mitigarla en trasiego de traducciones, sino en las propias fuentes.

Allí, junto a las del agua, que por entre musgos y helechos manaba gota a gota en medio del silencio religioso, sentado sobre alguna piedra o tronco de árbol caído, se quitaba las gafas, que aun para todo podía andar sin ellas, y se abandonaba al coloquio con las intimidades de su alma, a nadie nunca reveladas.

Había una, especialmente, con la cual no dialogaba hacía años, pero que ahora tornaba a hacerle invitación a confidencias, tomando un día forma material en el vuelo de una pareja de mariposas, de grandes alas azules, que se perseguían por allí haciéndose el amor.

—¡Reproducirse, morir! ¡Desaparecer, permanecer!... ¿Pero reproducirse no es ya morir y estar muerto no es permanecer? En el hijo muere el padre. ¿De qué vida priva, entonces, el no haberlos concebido? Tranquilízate, alma estéril, puesto que nunca en otra podrías verte reproducida. Sosiega y húndete en la perennidad de lo desaparecido.

Luego soltó la risa, volvió a calarse las gafas y se puso de pie, diciéndose:

—¡Bueno, nuevo Hamlet! Ya nos hemos dicho unas cuantas majaderías. Ahora, a caminar otro poco.

Y reemprendió la marcha.

UN AMOR ABSORBENTE

Fue poco después del regreso de Cecilio el viejo y estaba el joven ante su escritorio, la frente apoyada en la diestra, esforzándose por coordinar sus pensamientos para concluir un capítulo de aquel libro en que trabajaba hacía cuatro años, en las treguas, cada vez más cortas, que le daban los dolorosos recrudecimientos de su mal—ya anunciando otro la noche de insomnio que acababa de pasar—cuando se le acercó Luisana diciéndole:

—Ahí está Pedro Miguel.

—Dile que pase—repuso, como aquella vez cuando se equivocó esperándolo.

Entró haciendo crujir el viejo pavimento de maderas apolilladas con su andar reposado, pero imperioso, y plantándose por delante del que se había levantado de su asiento para recibirlo, díjole secamente:

—Aunque tarde, recibe mi pésame por la muerte de tu viejo.

—Gracias—respondió Cecilio, sobreponiéndose al dolor del apretón de manos—. Siéntate.

—Con tu permiso. No sé si te agrade que te tutee; pero...

—¡Claro que sí! Sólo que en las circunstancias en que me encuentras no hay agrado del corazón que logre asomárseme al rostro. ¡Soy una ruina que ya se derrumba, Pedro Miguel!... Pero no hablemos de mí. Cuatro años hace que no nos veíamos y debes de traer mucho bueno que contarme.

Y Pedro Miguel, sin mirarlo mientras le hablaba:

—Quedé en venir a darte las gracias si resultaba una de dos.

—¿Luego ha resultado lo que yo esperaba?

—De otro modo...

—Despacio se mueven tus sentimientos. Pero no te lo censuro, sino que, por lo contrario, me complace que así seas y no veleta al viento que sople.

—Más años quizá habrían pasado. Porque yo soy como las culebras, que después de haber mudado la piel todavía se quedan adormecidas bajo el carapacho de la antigua.

—Unos más, otros menos, todos somos así. Nos apegamos demasiado a lo que tuvimos por única razón de ser.

—Esa es la verdad. Yo, por lo menos, creía que nunca podría vivir sin odiar; pero de golpe he descubierto que también es bueno querer.

—¡Si no mejor!

—No he hecho todavía la prueba completa como para decir tanto como eso. Pero aquí me tienes dispuesto a hacerla. Vengo a ponerme a tus órdenes. A las tuyas solas, dicho sea desde luego. El viejo José Trinidad me ha manifestado que no podrá continuar desempeñando la mayordomía de La Fundación, pues se ha comprado unas tierritas que, junto con las de El Matajey, le ocuparán todo el tiempo, y pensando yo que quizá tú necesites quien se encargue de la hacienda, he venido a decirte que mientras yo pueda serte útil no tienes que echar mano de otro. Digo, si otra cosa no has resuelto ya y siempre que seas tú la única persona a quien le corresponde resolver.

—Te explicaré la situación. Legalmente, conforme al testamento de mi padre, La Fundación, tanto la de arriba como la de abajo, es de mi exclusiva propiedad, y por tanto soy, como supones, la única persona a quien corresponde resolver. En cuanto a tu ofrecimiento, huelga decirte que me viene a pedir de boca.

—Pero con una condición.

—Tú dirás.

—Que hagamos una escritura de convenio sagrado en la que conste que yo me comprometo, bajo mi palabra de honor, a que en jamás de los jamases, y por ninguna circunstancia, La Fundación pueda llegar a ser mía. Eso para evitar que puedan haber mal pensados que se imaginen que he venido a ofrecerte mis servicios para hacer astillas del árbol caído.

Cecilio pareció meditar un momento, y luego dijo:

—Comprendo tu delicadeza, pero eso no puede ser. Me privarías de una íntima satisfacción de mi espíritu: la de entregarte la hacienda para que la manejes y la administres, sin cortapisas de ningún género, con toda mi confianza puesta en ti.

—Pues entonces no he dicho nada. Búscate otro administrador, si te hace falta.

Dicho lo cual se puso de pie, ya dispuesto a marcharse. Pero Cecilio, no dando por concluída la entrevista, agregó:

—Además, un compromiso tan original como el que pretendes contraer no tendrá nunca más fuerza que la de tu voluntad de cumplirlo, pues legalmente ese "jamás ni por ninguna circunstancia", que no es sino un juramento de orden moral, nunca podrá serte objetado si algún día cambiares de idea.

Pero en vista de que Pedro Miguel parecía haber dicho ya su última palabra, añadió:

—A mí, por lo menos, no se me ocurre cómo pueda formalizarse un compromiso semejante; mas si te empeñas en que sea así, déjame consultar con Cecilio el viejo, que sí entiende de eso. Y mientras tanto, reflexiona tú si te convienen las condiciones mías. O sea: sin ninguna expresa.

—Ya te digo...

—No digas nada más, por ahora. Vete, piénsalo y vuelve

cuando la culebra haya acabado de mudar esa porción de la antigua piel.

Pedro Miguel sonrió, mas todavía no dio el brazo a torcer.

—Bueno. Ya volveré por aquí, mañana o pasado, a ver si don Cecilio ha encontrado la forma.

Pero era precisamente Cecilio el viejo el hacedor oculto de todo aquello. Quien le sugirió a José Trinidad Gomárez la idea de renunciar a la mayordomía de La Fundación y quien por mediación de terceros le hizo llegar a Pedro Miguel la noticia de la conflictiva situación en que se hallaba Cecilio el joven, inutilizado por la enfermedad y ya sin tener quién le manejase la hacienda.

Y la forma que mejor le pareció fue ésta:

—Ven acá, mentecato. ¿Es que pretendes que se te agradezca un favor, nada menos que no haciéndolo, poniendo inconvenientes insuperables para su realización? Cecilio te necesita y si tú no te encargas de la hacienda, encima de enfermo incurable se verá pronto arruinado. Déjate de escrituras y de necios respetos del qué dirán, que con lo que tú te pienses de tus sentimientos y de tus actos debe bastarte, y anda y dile a Cecilio que te entregue el mamotreto.

Y así lo hizo Pedro Miguel, porque además del afecto que le profesaba a Cecilio el joven, para el viejo eran sus mayores respetos. Quizá por conocer ya la historia de aquel beso sobre aquella frente.

Bajo su mayordomía desaparecieron las dificultades con que para la explotación de la finca se venía tropezando, desde que el antiguo esclavo se convirtió en peón asalariado, a causa de que éste aborrecía ahora más que antes el trabajo a que su pobreza lo obligaba, en parte porque era duro y realmente mal pagado y en parte porque la misma libertad le había complicado la vida, prometiéndole ancho camino que en seguida desembocó en el *impasse* de la tiránica necesidad e induciéndolo a la reflexión deprimente de que no

podía ser de hombres libres lo mismo que fue de esclavos, de donde venía el desquite de hacer como si trabajasen, mientras por la mente pasaban los ramalazos de la ambición.

Pedro Miguel poseía ese don especial del hombre de mando de hacer voluntaria la obediencia que se le rindiese, por la inflexibilidad en el justo exigir, la parquedad en el acceder y la largueza en el conceder generoso, el acierto instintivo en emplear la palabra que cada uno necesitaba y la familiaridad a distancia con el subordinado, todo por modos espontáneos de su carácter seco y su índole bondadosa. Pero además de este aporte personal de trato y eficacia hubo en beneficio de los peones un aumento considerable de salarios y un mejoramiento progresivo de las condiciones de vida del trabajador de aquella tierra. Sólo que esto no fue obra de Pedro Miguel, sino ya iniciada por Cecilio, pero ahora reforzada por medio del nuevo mayordomo y de modo que éste mismo la creyese de iniciativa suya.

Cecilio—que para nada podía querer ya la riqueza—, al proceder así, perseguía doble objeto: obviar las dificultades con que más adelante pudiera tropezar Luisana, dueña de todo aquello cuando ya él hubiese muerto, conquistándole desde luego la buena voluntad de los peones, que día a día iban volviéndose más insumisos en otras fincas, y por otra parte crearle entre ellos un aura favorable a Pedro Miguel y situar a este mismo en un camino por donde se acostumbrase a usufructuar su riqueza posible, sin explotar la miseria de sus asalariados.

—Temo haber contribuído a enajenarle a la causa del pueblo esa voluntad que se inclinaba a ella—decíase Cecilio, repitiendo la reflexión que se había hecho a raíz de aquella revelación que juzgó necesario hacerle a Pedro Miguel—. Pues si colabora con nosotros sólo por mí, también es cierto que ha mudado la antigua piel, como ha dicho, y no se sabe si al perder el odio hacia nosotros no habrá perdido también el amor al pueblo.

El mismo no lo sabía positivamente, pero tampoco quería pensar en ello. Trabajaba, atendía, vigilaba, se esmeraba en que todo fuese resultando provechoso para la finca, y ésta—la finca en sí—era su único pensamiento. Que los cacaotales estuviesen bien cuidados, limpio el suelo, conveniente la sombra que los cobijaba; que se replantasen los que habían sido abandonados o ya la vejez los hacía improductivos; que toda la tierra utilizable estuviese trabajando y los callejones y senderos que la cruzaban fuesen como paseos de jardines. La finca era su preocupación constante y su amor absorbente, hasta el extremo de que ya no hacía todo aquello en beneficio de Cecilio, sino en provecho de la finca misma.

Por momentos hubo de preguntarse si esto no significaría que allá, en su interior, de alguna manera habría un propósito o siquiera una ilusión de adquirir más adelante la propiedad de aquellas tierras y en veces hasta llegó a tomar la determinación de marcharse de allí, para no incurrir en tentación de infidelidad a su juramento, solemnemente reiterado ante Cecilio y Luisana al convenir en encargarse de la administración. Pero luego, hallándose sinceramente exento de interesadas reservas mentales, se decía:

—Es que me gusta el trabajo de la tierra. Dondequiera que vaya va a sucederme lo mismo, porque por ajena que sea una finca, siempre la cuidaré con cariño.

Y reforzando lo activo con lo contemplativo, las tardes de domingos y otros días de sinquehacer solía llegarse hasta unas lomas desde donde se dominaba toda La Fundación, y allí se entregaba a contemplarla y a trazarse planes de mejoras posibles, abandonándose, por último, al fantaseo de los imposibles—por falta de recursos o excesos de amor—como jamás acariciaron fantasías almas de campesinos enamorados de su campo.

LOS PIÉLAGOS DE TAPIPA

No todos los negros volvieron al trabajo después de la abolición de la esclavitud. Relajado como ya venía el principio de autoridad y ahora profundamente resentido por el menoscabo hecho a la conexa institución de la propiedad —amo y ley prácticamente una misma cosa hasta allí—y, por otra parte, rotos los diques que contenían la libre y genuina manifestación del alma negra—Africa yuxtapuesta a América—no incorporada a la vida espiritual de la Colonia, que se prolongaba en la naciente República, la libertad dio ocasión a dos modos primitivos de su ejercicio, fuera de la sociedad donde realmente no había sitio para los emancipados que como tales quisiesen vivir. Unos se dedicaron al merodeo, primero cada cual por su cuenta y al amparo de los escondites que les brindaban los montes y luego agrupados en torno a régulos que ya se compartían la región, campando abiertamente por sus fueros, convertidos en amenaza perenne de la tranquilidad de los moradores de haciendas y caseríos y formando ya los núcleos iniciales de las partidas que más tarde armaría la guerra federal y otros—conforme a innatas inclinaciones de complementaria índole, y generalmente los de edad madura—se internaron y se instalaron en los montes, aquí y allá, dando origen a la legión de los brujos, adivinos y ensalmadores que pronto se hicieron famosos por todas partes.

Entre ellos, el negro Tapipa, ya en los umbrales de la vejez, era un caso especial.

—¿De dónde te vino la genial idea de refugiarte en la maravillosa soledad de estos arcabucos?—le preguntó el licenciado Céspedes, cuando por primera vez se lo encontró, solitario morador de los fragosos parajes por donde se habían perdido las huellas del fugitivo *Negro Malo*, al abrigo del techo que, con cuatro palos cortados en el monte y unos

haces de gamelote, se había construído en el mirador de vastos panoramas de una altura.

—¡Guá! ¿De dónde iba a sé?—repuso, sacando una sonrisa blanca de la maraña de la barba crecida, todavía negra—. Eso jué después del tambor de la abolición, como miento yo ese día famoso de la historia. Ya los compañeros que habían empezao a sentí el friíto del hambre, habían cogío otra güelta el camino de la taguara, pa la destopochacra de cacao ajeno, y yo diba entre ellos, como dice el dicho. con la cabeza gacha de la resinnidá, cuando de pronto se me ocurre levantá la vista hacia estas peñas y en divisándolas me dije: —¡Ajá! Allá está mi salvación.

—Ya lo decía el Evangelio—comenta el letrado—. "Alzaré mis ojos a los montes de donde vendrá mi socorro."

—¡Umjú!—hace el negro—. ¡Na menos que la palabra de Dios! ¡Vea, pues! Antes con antes de la libertá venía escuchando yo ese evangelio en mis piélagos.

Ya le habían referido al licenciado Céspedes que la palabra piélago—caída del lenguaje culto al habla de Tapipa, quién sabe cuándo ni cómo—le servía a éste para expresar muchas cosas, seguramente inefables, y que por el uso de ellas había empezado a manifestarse lo que en su espíritu ocurría. Y al oírsela emplear inquirió, con curiosidad letrada:

—¿En los pliegues más íntimos de tu espíritu, querrás decir?

Pero Tapipa volvió a sonreir, como de incomprensión compadecida, y luego murmuró:

—¿Pliegues? ¡Jm! Aguáitelos allá abajo.

—¿Los que hace el viento en el mar? ¿Luego, piélago continúa siendo parte del mar distante de las costas?

—No, señol. Piélago es piélago. Ahora, que las mares son varias, ésa es otra cosa. Hay la mar de las aguas. ¡Umjú! Esa que estamos aguaitando allá abajo. Pero por encima de ésa hay otra, que viene a sé como si dijéramos la

mar de los hombres. Lo que pasa es que como estamos hundíos en el fondo de ella no la catamos de vé. ¡Sí, señol! Pero cuando uno se aboya en su superficie la domina toa, hasta sus playas más lejas. Y bonita que es esa mar, don Cecilio. ¡Bonita de verdá!

—Pues siendo la mar de los hombres, como dices, esperaba que fuera el auténtico piélago inclemente. Pero tú que te has aboyado en ella...

—¡Hum! ¿Yo sólo, don Cecilio? ¿Es que ya no se acuerda?

—¡A ver, a ver! ¿De qué he de acordarme?

—¡Guá, don Cecilio! De la conversación que tuvimos la otra noche, aboyaítos juntos entre el espumero bonito que hacían las olas de esa mar.

—¡Hombre! Es muy posible; pero, francamente, no me acordaba ni pizca.

—¡Ji, ji, ji!

—¿De qué te ríes?

—De las cosas que usté me dijo esa noche, don Cecilio.

—¡Hum!—hizo a su vez el Licenciado—. Como vaya a resultar yo más... aboyado que tú.

El negro escupió, quedándose sin sonrisa, y luego dijo, sentenciosamente:

—La mar es una república, don Cecilio.

—¡Ya, ya! ¿Con sus peces gordos y chicos, verdad? O dicho a la inversa, tratándose especialmente de la nuestra: que la república es un piélago proceloso. ¿No es eso?

—Piélago es todo, don Cecilio. Ahorita mismo estoy escuchando acercarse uno grande... Asina como si me zumbaran los óidos.

—Es que vas a aboyarte.

—¡Hum! Aboyaos tamos hace tiempo usté y yo. ¿No escucha esa conversación que estamos sosteniendo allá arri-

ba, entre aquellas nubes? Que las llaman asina, vistas desde aquí abajo.

—Pero que no son sino espumas del oleaje. Ya entiendo. ¿Pero esa conversación, que no la oigo bien, sobre qué trata?

—¡Guá! Pare bien el óido pa que la cate. Yo le digo: —Mire, don Cecilio, que no es bueno que la candela ande cerca de la pólvora—. A lo que usté la da por respondeme: —Esas son figuraciones tuyas, Tapipa—. Y yo en mi viceversa: —¿Figuraciones? ¡Jm! ¡Acuérdese de que más vale evitá que remediá! Porque como dice el dicho, que pa todo sirve: el hombre propone y la mujé dispone.

El Licenciado se lo quedó mirando de hito en hito por encima de sus gafas y se dijo mentalmente:

—Esto no viene quizás a humo de pajas. Préstale a veces la demencia su boca a la cordura, para que se la entienda mejor.

Mientras Tapipa, aparentemente ya con otra idea:

—Escuche el piélago, don Cecilio. Dice que la guerra ya viene roznando por ahí. ¡Mala cosa, cuando al hombre se le mete en la cabeza la tema de la candela!... ¡La candela y la pólvora! Ese es el piélago más mayor de todos los que he escuchao acercarse.

Este fue el diálogo de aquella mañana. Días después, remontándose hasta allá Cecilio el viejo, vio que con Tapipa estaba el negro Roso Coromoto, padre de Juan Coromoto el decimista y antiguo compañero de aquél en la fama de grandes tamboreros que gozaron por toda la región. Y oyó que Tapipa le decía:

—Bueno, pues. Vamos a buscá la cosa por otro modo. Vamos a confiásela a su propio calzao, pa que lo encamine aonde queramos llevalo. En tus manos está y ya tú sabes cómo hay que procedé. Le acomodas esas alpargatas de mo y manera que al levantase del chinchorro y meté los pies en ellas, tal como las encuentre, quede plantao ya de

frente al rumbo por donde queremos encaminalo. Eso sí, fíjate bien, no vayas a extravialo en una mala dirección.

Se puso de pie Roso Coromoto al ver al Licenciado y en seguida se despidió. Tapipa lo siguió un rato con la mirada y luego:

—¡Los pobres viejos!... ¡Jm! La mocedá es una cosa seria.

Y el Licenciado, por esto y por lo que antes había oído, infiriendo que se tratase de brujerías:

—¿Como que anda mal encaminado el mozo?

—Mal encaminao no, propiamente hablando. Sino que estamos tratando de componelo, pa una muchacha del camino de Caucagua, que se ha prendao dél, siendo buena proporción.

Cecilio Céspedes sabía que entre brujos "componer" una persona era hacerla propicia a lo que otra quisiese de ella, especialmente el amor. Y repuso:

—Pero él o no gusta de ella o quiere a otra. ¡Gran piélago!

—¡Jm!—hizo Tapipa—. ¡Quién sabe! Lo cierto es que el mozo tiene contras pa toas las composiciones. Na menos que ayer me se cortó la de las tres raíces y las siete yerbas. Que no manca.

Al Licenciado Céspedes no extrañó la ingenua confesión, pues ya solían hacérselas casi todos los brujos de la comarca, de quienes se había hecho amigo y hasta confidente en algunos casos, gracias al sistema que con ellos empleaba de presentárseles como entendido en el arte y, sobre todo, a la favorable disposición en que para ello ya los tenía su fama de hombre raro y de conocedor de yerbas, entre tantas otras cosas. Y así le objetó:

—Quizás no tomarías bien todas las precauciones del caso.

—To jué hecho conforme es debío—replicó Tapipa—. Las tres raíces arrancás de un solo envión al canto de gallo de una noche de viernes, y las siete yerbas, cortás caminan-

do cinco pasos entre una y otra, en la dirección por donde se quiere enrumbá al hombre.

—¿Y la oración?

—La que se usa en esos casos: —"San Rafael de los caminantes, encontraos y no perdíos, acompañaos y bien dirigíos. Que estas güellas que voy dejando entre las siete yerbas beninas, sean de tus cinco pasos benditos entre las siete palabras de Cristo, por donde a... Fulano voy enrumbando"—. Y por ahí sigue.

—¡Bien, bien!—aprobó el Licenciado—. Pero Juan Coromoto, como si tal cosa.

—¿No le digo que el mozo tiene contras pa toas las composiciones?

Era la misma ingenuidad de todos los brujos conocidos y tratados por el curioso extravagante, que a propósito de ellos ya le había dicho a Cecilio el joven:

—No hay sobre la tierra criatura más inocente que un negro brujo. Los he tratado íntimamente a todos, todos me han revelado sus terribles secretos, y te aseguro que son verdaderamente encantadores. Pero como lo son los niños.

Y esta observación se repetía a sí mismo, a propósito de Tapipa, cuando éste, después de un silencio atento, como para percibir rumores lejanos, sonrió y murmuró:

—Ahí viene el piélago... Estaba escrito que los de hoy tenían que sé de pasos. ¿No escucha, don Cecilio? Es una sombra blanca que va por allá lejos, recogiendo los pasos que dio en un hora menguá, pa que otra alma no los encuentre estampaos sobre la tierra y se malencamine por sus güellas. Otra alma que debe de vení detrás, pero que entuavía no se divisa bien en el piélago.

Quedóse el Licenciado mirándolo como la vez anterior, en tanto se preguntaba mentalmente:

—¿Será éste un simulador de demencia? Si no me equivoco, ahora se refiere a la conseja de La Blanca, que se aparece para evitar que otra mujer de la familia... ¿Si irá a

resultarme aquello de si quieres saber lo que ocurre en tu casa, salte a la calle?... Que en este caso sería: súbete al monte.

Mientras Tapipa continuaba:

—¡Pasos! ¡Pasos! Los hombres están sembrando de pasos el mundo... Es la guerra que ya se acerca. Toa la tierra está cubierta de tropas, don Cecilio... ¡Umjú! La candela y la pólvora... ¡El gran piélago! Dios nos coja confesaos.

Días después, pasando el Licenciado andarín, en su matinal caminata, por uno de los caseríos esparcidos entre las haciendas de cacao, lo halló inusitadamente alborotado y agitado. Mujeres que corrían de aquí para allá recogiendo a sus hijitos; otras, asomadas a las puertas de sus ranchos, gritando y gesticulando como poseídas de un delirio colectivo, mezcla de consternación, de horror y de furia; unas que se echaban a la calle blandiendo el machete de rozar o el hacha de cortar la leña, profiriendo blasfemias, mientras las de las puertas les hacían al paso el coro de los alaridos suplicantes para que se revolvieran a sus casas; otras que ya venían del lugar del acontecimiento, confundidas entre los hombres, todos espantosamente callados en medio del clamor del caserío, con manchas de sangre en las armas blandidas.

—¿Qué pasa?—preguntaba aquí y allá el Licenciado Céspedes, sin obtener respuesta porque cada cual estaba entregado a sus vociferaciones.

Hasta que por fin le respondieron:

—Un brujo. Lo sorprendieron echando un daño. Ya le han dao su merecío.

Era uno de los amigos de Cecilio el viejo; pero éste no pudo reconocerlo en la informe masa sanguinolenta que de él habían dejado los machetes y las hachas. Uno de apellido Salmerón, del sitio de Las Topias.

—Lo sorprendieron enterrando una barreta de jabón, una

vela de sebo y una poca de sal, que endenantico no más había comprao en la pulpería de Miguelito Corocoro.

—¿Y por eso le han dado esta muerte atroz?—insistió el Licenciado, amigo de los brujos encantadores como niños.

—¡Guá! ¿Y le parece poco? Era el daño más mayor que le quería echar a Miguelito. El jabón, pa que se formara un barrizal alrededor de la pulpería y naiden pudiera llegá hasta ella a hacé sus compras; la vela enterrá, pa que le fartara la del alma a la hora de la muerte, y la poca e sal...

Pero ya el Licenciado Céspedes se había marchado murmurando:

—¡Salvajes! ¡Salvajes!... ¿Esta es la cuenta que vamos a rendir los blancos cuando se nos pregunte qué hicimos de los negros que nos trabajaban las tierras?

Y al día siguiente, al pasar frente a la oficina de La Fundación, otro alboroto, sin duda producido por la excitación de los ánimos, a causa del acontecimiento de la víspera.

—¿Qué te pasa, Pedro Miguel?

—Nada, don Cecilio.

—Algo tiene que ser y no de poca monta, para que así te vea hecho un basilisco, tan fuera de costumbre.

—Que ya hace varios días que vengo notando una cosa muy significativa. Las alpargatas en que acostumbro meter los pies al levantarme del chinchorro, que las dejo de un modo y siempre las encuentro de otro.

Cecilio el viejo hizo un gesto que podía expresar muchas cosas, y luego dijo:

—¡Los ratones, chico! ¡Cuántos habrá por aquí, que cualquier noche te mudan a ti mismo, con chinchorro y todo!

—¿Ratones? Siempre las encuentro acomodaditas en una misma posición.

—¿Y eso qué puede significar?

—¡Yo qué sé! Pero lo que estaba diciendo cuando us-

ted llegó, lo repito ahora, para que se lo graben en la memoria todos los que me escuchan: aquí no consiento brujos. De modo que el que lo sea coja el monte de una vez. Y cuentos de aparecidos tampoco. Para que vayan olvidándose de ellos los que quieran continuar trabajando aquí.

De lo cual, rato después, sacó Cecilio esta reflexión, camino de su acostumbrado paseo:

—Conque, ¡no es Juan Coromoto, como yo me había imaginado, sino Pedro Miguel, la persona a quien está "componiendo" Tapipa, a fin de que se enamore de la muchacha del camino de Caucagua! *Ergo...*

LAS ALELUYAS DE LA ENFERMERA

A menudo recibía Luisana cartas de Carmela y de Aurelia, apretadas de noticias minuciosas de cuantos pequeños, medianos o grandes contratiempos, molestias, disgustos, angustias, tribulaciones o calamidades, les fuesen aconteciendo a ellas y a todas las personas de sus respectivas parentelas que en Caracas vivían.

—Ya están aquí las cajas de Pandora—decía Luisana, al recibir aquellas cartas.

Y en rasgando los sobres, empezaban a salir los males. La jaqueca tenaz de Carmela y las travesuras con que ya la atormentaban los hijos, de cómo cayó y rodó, escaleras abajo, la madrina de una tía de su marido, fracturándose una pierna, por lo que reinaba la consternación en toda la familia y de qué manera se había ensañado la desgracia con uno de sus cuñados, que no acertaba a emprender negocio en el cual no fracasara; la maternidad sin descanso de Aurelia, sus náuseas, sus acedías y de cómo iban creciendo los retoños de su amor, por entre lechinas, sarampiones, parótidas recrecidas e indigestiones frecuentes, a causa de una mata de ciruela y otra de guayaba que había en el corral de

la casa, concluyendo siempre por prometerle—ésta era la palabra empleada—que no echaría otro más a "este valle de lágrimas".

Luisana comprendía que todo este gimoteo venía encaminado a que ella no pudiese establecer comparaciones absolutamente desfavorables para sí, y doblaba las cartas leídas con una sonrisa y un:

—¡Pobrecitas!—que ya expresaba todo lo singularmente complejo de su generosidad.

Pobrecitas, porque aspiraban a la infelicidad y no la lograban sino con náuseas de jaquecas y embarazos y tribulaciones por caídas de madrinas de tías políticas y porque al querer hacerse perdonar con estas insignificancias la dicha que les había tocado, ya estaban confesando que no había sido sino la pequeña y corriente que se prodiga en el reparto de los dones.

En cambio, ella no tenía por qué ocultarles que se divertía mucho con las ocurrencias de Cecilio el viejo, ni que eran deliciosas las emociones que experimentaba cuando el joven, no pudiendo ya manejar la pluma, le dictaba a ella el libro que lo inmortalizaría, profundamente pensado, hermosamente compuesto. Y que con esto—y lo que se callaba—su vida no era de inspirar lástimas.

Y lo que se callaba era lo mejor: lo suyo íntimo, sólo por su alma producido, el florecimiento maravilloso de su rosal, una aurora en su espíritu, cada vez más encendida, después de cada noche en vela junto al enfermo insomne.

Pero un día las cartas trajeron noticias por las que no era de compadecer a quienes las enviaban.

Decía la de Aurelia:

"¡Ay, hermanita! No te imaginas lo angustiada que estoy. Hace tiempo que estaba por escribírtelo, pero no me atrevía, temiendo que fueras a calificarme de tonta. Hoy me decido, por fin, aunque así me llames, pues si incurro en simpleza de espíritu será por quererte mucho. Es que nos

han llegado rumores que por allá corren, según parece, de que en la Casa Grande se está apareciendo La Blanca. ¿Sabes? ¿Entiendes?... Dime que no es cierto, hermanita. Porque basta que tú me digas que no es verdad para que yo me quede tranquila."

Que Aurelia siempre había sido un poco tonta, ya lo sabía Luisana; pero de la lectura de este párrafo no le quedaron ganas de continuar. Dobló la carta, y mientras volvía a meterla en el sobre murmuró, sordamente:

—¿Esas tenemos? ¡La Blanca! El alma en pena de Ana Julia Alcorta recogiendo los pasos que dio aquella noche, para que otra mujer de su familia, que en semejante hora menguada se encuentre, no pueda darlos también, con lo cual hace La Blanca merecimientos para alivio de su purgatorio. Esa es la conseja. Murmuraciones de aquí se amparan en ella y Aurelia les da crédito... ¡Bien! Veamos ahora qué dice Carmela. Ella no es simple de espíritu, como Aurelia, sino muy entonada, muy Alcorta, como acostumbra decir y sumamente fina para dar a entender las cosas desagradables que de alguien piense.

Comenzaba refiriéndose a su hijita mayor:

"Tengo que decirte—escribía—que mi Luisana no hace sino pensar en ti. —"¿Y tía tocaya—me pregunta a cada momento—por qué no se viene a vivir con nosotras?"—Ya sabes que te adora, y en estos días, especialmente, la ha dado por arreglarte el cuarto que aquí te tenemos destinado. A veces la oigo hablando a solas y es que está conversando contigo. Es muy graciosa y cada día se va pareciendo más a ti. Ayer, precisamente, me lo hizo observar Antonio, que con frecuencia viene por acá. ¡Si vieras cómo se queda contemplando a su tocayita! Por cierto que está muy buen mozo y sin novia todavía."

Y ya al terminar, esta vez sin noticias desagradables:

"Por aquí corren rumores de próximos acontecimientos políticos y según me ha dicho Antonio, es muy posible que

él tenga que trasladarse a Barlovento. Pero de esto no repitas una palabra."

Indudablemente, Carmela no era tonta; pero Luisana comprendió que ambas estaban con lo mismo, repartiéndose papeles. Y en seguida procedió a contestarles.

A Aurelia esto sólo:

"Es cierto. Y serán las últimas letras mías que recibirás. No pierdas tu tiempo en enviarme otras tuyas."

Y a Carmela:

"Quítale de la cabeza a tu muchachita la idea de que alguna vez me va a ver en ese cuarto que me tienes destinado. Ya puedes dedicarlo a otros cachivaches. Se te acabó para siempre Luisana."

Pero escritas y despachadas estas cartas, rompió a llorar, como nunca la viera nadie.

Estaba por allí Cecilio el viejo y acudió con estas palabras:

—¿Qué es esto? ¿Se nos derrite la sal de la casa? ¡Era lo que nos faltaba para colmo de desabrimientos!

Ella le dio a leer las cartas de las hermanas, él se quitó las gafas y concluída la lectura volvió a colocárselas donde solía llevarlas y, mientras rasgaba los papeles, parodiaba:

—¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que no se había inventado la fabricación del papel de esquelas! Pero ya éstas son añicos entregados al viento, en castigo de haber venido a empañar la transparencia de un corazón que es un diamante reflejando la luz de Dios. Enjúgate esas lágrimas importunas, porque en ti no puede flaquear la voluntad sin que estos techos se derrumben sobre los escombros humanos que aquí sostienen tu amor y tu virtud, bendita hechura de la institución de la familia, que por ti solamente se libra de mis anatemas. Sécate esas lágrimas, que no pueden ser tuyas, y vente conmigo a dar un paseo. La mañana convida y Cecilio está tranquilo. Ahí le dejé leyendo.

Otros había dado por los callejones de la hacienda jun-

to con el tío de las ocurrencias divertidas, pero como el de aquella mañana ninguno perduraría en sus recuerdos, porque el episodio de las cartas acababa de abrirle estancias olvidadas e ignoradas de su alma y allí se le aposentaron las impresiones de aquel par de horas en las que debía decidirse su destino.

Hasta entonces su alma no había vivido para sí misma—no sólo en los años de su consagración al hermano enfermo, sino durante toda su vida—más que por los modos desapacibles de la sal en el salero; pero ahora se la sentía invadida por una ternura tumultuosa, toda de sí propia y para sí sola, que empezaba ya por rejuvenecerla y transformarla, impulsándola a ocurrencias inusitadas: saltar, correr, treparse a los árboles y encaramarse sobre los peñascos, reir, cantar, lanzar el grito a las resonancias del agreste silencio y soltar la lengua al disparate del pensamiento.

Y como a todo esto se prestó el tío, con lo que todavía era flexibilidad de sus músculos y lo que siempre serían retozos de su espíritu, internándose así por los cacaotales, fuera de los caminos trillados, llegaron a un sitio donde la soledad y el silencio y la luz verdosa que cernía el follaje trenzado y en el aire se fundía con los reflejos de oro muerto de la alfombra de hojarasca, eran de bosque salvaje.

Había por allí una gran piedra revestida de musgos y líquenes, sobre la cual fue a treparse Luisana y soltándose del todo los cabellos despeinados por los saltos y las carreras, los sacudió con movimientos de cabeza, acompañados de los brazos al cielo agitando las manos, a tiempo que en un grito salvaje descargaba el resto de su tumultuosa alegría. Era hermosa la cabellera suelta que la adornaba de femineidad, los brazos alzados quedaron al desnudo, carne emancipada de espíritu de sacrificio y en el aire coloreado las manos blancas hicieron aleluyas de resurrección.

Luego se tendió supina, entregando su pecho al amplio

aliento que se lo expandía, mientras Cecilio el viejo recobraba por allá los suyos, con las manos apoyadas sobre los riñones y la cabeza echada hacia atrás, pero sin gafas en la punta de la nariz, pues desde un principio se las había quitado, diciendo que a objeto de que nada hubiese de postizo en la mañana de aleluyas de la enfermera.

Callaron así un rato, gustando del nemoroso silencio y luego Luisana murmuró:

—¡Tío!

—¿Qué?—respondió él, volviéndose hacia la piedra.

—¡Qué admirable eres, tío Cecilio!

—¡Bueno! ¿Ya quieres pagarme las alabanzas que hace poco te dediqué?

—¡Qué admirable! ¡Qué admirable!

Y como esto lo murmuraba Luisana a media voz y con los ojos cerrados, como en ensueños, plácido el rostro donde se reflejaban los colores del bosque, Cecilio el viejo la contempló un rato en silencio, y luego, con súbita ocurrencia, sacó de sus bolsillos atestados de papeles un cuaderno de dibujante que siempre llevaba consigo y se puso a copiar el cuadro que ella componía.

—¡Tío!—insistió la soñadora—. ¿Qué haces que no te oigo?

—Dibujo. ¡No te muevas! Copio lo que nunca he visto y sin embargo recuerdo.

—¿Cómo es eso?

—Yo mismo no me lo explico. Pues, ¿cuándo he podido ver esto, yo que no he tenido sino una sola vida? No he asistido a los bárbaros ritos antiguos de las divinidades sanguinarias, no contemplé nunca la virgen tendida en el ara del dios monstruoso y sin embargo ahora la recuerdo.

—¡Ah!...

—Así estaba, como me va saliendo, y una luz verde le iluminaba el rostro plácido... ¡Bueno! Esto de verde no

podrán darlo ni el lápiz ni el papel, pero siempre será una luz dramática.

Y alternando lo declamatorio de su ficción con el acento llano del dibujante bromista, así continuó:

—¡La había despeinado el frenesí fanático del sacrificador y sus cabellos sueltos cubrían la piedra propiciatoria, como la noche eterna al mundo cuando se apague el Sol!... ¡Ajá! Esto sí puede hacerlo el lápiz, aunque la cabellera no sea tan abundante como para cubrir toda la piedra... ¡Así!... Su pecho subía hasta el cielo y bajaba hasta la profunda tierra y era el arco de la vida que dispara la flecha de la muerte.

—¡Huy! ¿A qué nombrar la pelona, cuando de tantos cabellos se trata?

—Eso de la pelona es una desgraciada invención de un mal dibujante. Hermosa cabellera tiene y de cada hebra una vida pendiente. ¡Ajá!... Esta línea... ¡Sí, sí!... Habíamos quedado en que el pecho subía y bajaba...

—Pero así no podrá verse en el papel.

—Tú, calla y respira. Ya verás como sí aparece... ¡Bueno! Ya salimos del pecho. Ahora puedes hablar todo lo que quieras, porque estamos en el rostro, y la palabra lo anima.

—¿Y cómo va a titularse el cuadro?

—¡Es verdad! Cosa muy importante eso del título, por aquello del Orbaneja... Y en la roca del ara mis ojos leyeron:

Amor, ch'a nullo
amato amar perdona.

—¿Pero ésos no son versos del *Infierno* del Dante?

—Sí. Allí estaban los pobrecitos, pero ya los he redimido. ¿No es hoy día de aleluyas? Pues tal día sacó el Cristo del seno de Abraham a los justos que allí padecían. ¡Hermoso símbolo, muchacha!... ¡No te muevas! Cristo muerto

regresa al seno de Abraham, porque Abraham es la vida, el gran río que corre avanzando y retrocediendo, pero siempre hacia la inmensidad del futuro perenne. Oye bien esas tres aes que se van ensanchando: ¡A-bra-ham! Es una misma letra, la primera del abecedario, una vocal abierta desde el principio... ¡Quieta, quieta!... La primera aparece sola en la sílaba, como una aspiración. ¡Es la vida que ya quiere ponerse en marcha! En la segunda sílaba ya la acompañan dos letras que dan la idea de que algo se ha desgarrado. ¡Brr! ¡Son los abismos del Caos que ya se abren! Y en la tercera, entre esa hache y esa eme, la vocal de la vida se prolonga hasta el infinito. ¡Oye! ¡Hammm!... ¡El gran río del amor esparciendo sobre la tierra el linaje humano!... ¿Qué te parece?... ¡Oh, las palabras! Hay que aprender a oírlas, porque son balbuceos del misterio del mundo. Hay que restituirles la frescura que les ha quitado la cochina utilidad del uso.

—¡Tío Cecilio!

—¿Qué? ¿Estas cansada? Ya voy a terminar.

—¿Por qué no dejaste correr tu río de amor?... Contéstame... ¿Por qué te quedaste en la primera A de Abraham?

—¡Niña, niña! Que ya va siendo temerario el preguntar.

—¡Ay, tío Cecilio! La niña tiene ya treinta años.

—¡Falso, falso! No hay que exagerar. Aún no los has cumplido.

—Poco falta.

—Con tal de que mucho no sobre...

—Ahí está lo peor del caso. Que sobraba todo esto y yo no me había dado cuenta. ¡Todo esto y mucho más!

—¿A qué llamas esto?

—A las aleluyas de la enfermera, como has dicho... ¡Qué admirable eres, tío Cecilio!

—¡Vaya, vaya! Esta viene ahora por más o quiere pagarme el dibujo por adelantado.

Y ella, con voz de ensueños:

—¡Todo esto y mucho más! ¡Y todo será obra tuya, tío Cecilio! ¿Sabes cuándo lo hiciste?

—¡Hum!

—Cecilio el joven siempre me ha dicho: de Cecilio el viejo, lo que se le siente pensar y no lo que se le oiga decir. Y es verdad.

—¡Bueno! Ya está terminado el mamarracho. Ya puedes bajar de ahí cuando quieras.

Y arrancando del cuaderno la hoja, la rasgó en pedazos y la esparció al aire.

Luisana permaneció como estaba. La voluptuosidad de las energías empleadas en las carreras y los saltos; la sensación de desvanecimiento delicioso producido por la posición supina, con la cabeza apoyada sobre el declive de la piedra; las extrañas cosas que le había oído al tío y las no menos sorprendentes que a ella se le estaban ocurriendo, sin que llegaran a ser todavía pensamientos definidos, la arrebataban ya en espirales de éxtasis. Pero mientras así perdía por momentos la noción de la realidad circundante, en cambio lo que sucedía en su interior iba apoderándose de toda su conciencia y era aquella oleada de ternura impetuosa que ya le colmaba el alma y se arremansaba reflejando el destello cintilante de un ansia que no tenía forma determinada, ni parecía pertenecer a su vida.

De esta misma, como relaciones con el mundo exterior, apenas quedábale la emoción de un acto consumado, por el cual venía a sentirse soberanamente libre de todo vínculo, sin que se le representase en la mente que había sido el de rompimiento con las hermanas. Y perdiendo ya aun los contactos con su propia intimidad, se desvaneció en el rayo tembloroso de aquella ansia que quería reflejarse en su colmo de ternura.

Ya lo lograba en plenitud y serenidad. Era La Blanca reaparecida—otra alma en pena sacada del seno de la muerte en el día de las aleluyas—, pero sin el dolor de la lan-

zada en el pecho ni la tempestad del amor insaciado. Era, en espíritu puro, la paz y el colmo de la ternura a que aspiró la carne atormentada de Ana Julia Alcorta, que en ella se prolongaba ahora, como el amor inextinguible en busca de perennidad... Era, ya sin presas, un gran río corriendo...

LA NUEVA LUISANA

Pero una cosa era evidente: que Luisana había adquirido costumbres nuevas, incluso inesperados modos de pensamiento.

No abandonó las antiguas consagradas al cuidado del querido enfermo y a las atenciones de la casa—bajo cuyos techos, por otra parte, ya parecía adquirir hábitos sedentarios y domésticos el andarín detenido y por lo tanto también daba quehaceres—, pero del tiempo libre y suyo que éstos y aquéllos le dejaban, ya todo no lo invertía en engolfarse en lecturas que le quitasen preocupaciones o en pasearse con ellas por los corredores que daban al campo, sino que le había tomado gusto a echarse a él, si no con la tumultuosa alegría de la mañana de aleluyas ni para hacer chiquilladas, en cambio con ciertos propósitos que allí se originaron. Se había procurado un caballo, de suave andadura y manso como para su escasa jinetía y en él salía a dar paseos por la hacienda, sola, con sus nuevos pensamientos.

Aquella confusa emoción de consumado acto libertador era ahora un sentimiento firme y una idea definida. De un modo u otro sus hermanas habían sido lazos que continuaban atándola al mundo de que se apartó para dedicarse a la compañía del incurable, pues en cuanto éste—que quizá no duraría mucho—ya no existiera, y cuando inevitablemente un día la abandonase Cecilio el viejo, que entre ratos suspiraba por su antigua existencia errante, o ella a él por no prolongarle la prisión, sin duda no le quedaría más camino

sino el que la llevara a aquel cuarto que le estaba destinado en la casa de Carmela, donde, por añadidura, había una niña de su mismo nombre que decía quererla mucho, porque deseaba conocerla, o realmente le tenía reservado un gran amor y así más la encadenaría.

¿Pero qué sería ella en aquella casa, sino para el afecto la resucitada a cuya falta ya se acostumbró la familia y para todo lo demás el paño de lágrimas de la parentela y del vecindario? Regresaría de los reinos de la muerte, mustia, solterona, más amargada que antes cuando se metía en su carácter después de haber dado sus actos, y ya ni por éstos quizá se le pudiese tolerar aquello. ¿Y las lágrimas mismas, cuándo volvería a enjugar su paño otras más amargas, de desdicha grande, que estas de ahora? Ante el infortunio inmenso del hermano, el mundo de los sufrimientos que allá la esperasen se le representaba insignificante, ridículo, no de gemidos, sino de gimoteos. La jaqueca de Carmela, las náuseas de Aurelia... ¡Qué asco! Ya ella había visto lo que era sufrir, y cuando esto terminase, junto con su abnegación se acabaría.

Bien rotos estaban, pues, aquellos vínculos. Aparentemente se los quitó en un arrebato de despecho, cuando vio compartida la murmuración, ya rozando con la calumnia, por aquellas personas que más sabían de su virtud y nunca debieron dudar; pero en realidad ya su acto de liberación estaba consumado en el fondo de su espíritu y el despecho no hizo sino sacarle a flote lo que era ya cosa muerta. Ahora no les guardaba rencor e inclusive podría contestarles sus cartas si volvían a escribirle; pero ya ella sabía—y esto le bastaba—que era soberanamente libre para disponer de su vida.

¿Pero cuál sería el uso que de ella podría hacer? Estaba en ese punto de la vida donde se cruzan, como dos espadas en el resplandor del encuentro, la energía y la ternura, el Varón y la Hembra. Era toda su vida de allí en adelante lo

que se disputaban, y el alma atenta exploraba el momento dramático.

La energía, además, apoyaba sus exigencias apremiantes en las circunstancias exteriores. Moriría Cecilio, volvería a marcharse el tío, la dejarían desamparada. ¿No era prudente prepararse para todo por los caminos del varón? ¿Qué sabía ella del manejo de la hacienda, ni cómo lograría hacerse obedecer y respetar por la peonada insumisa? Para ello estaba allí Pedro Miguel; pero ya él había dicho y repetido que sólo por Cecilio y cuando éste faltara aquél también se marcharía. Era, pues, necesario ir apersonándose de una vez de aquel quehacer de hombre.

Así comenzó a hacerlo y para esto eran, en parte, aquellas salidas a caballo.

¿Pero aquel colmo de ternura sobre la piedra del éxtasis no eran también apremios? Allí se extraviaron en la niebla de extravagancias con que la envolvieron las palabras de Cecilio el viejo, pero en la nueva Luisana había formas de pensamiento donde se podían apresar aquellos desvaríos. Sólo que no eran todavía formas serenas, mas para que así lo fuesen eran también los paseos por los cacaotales de la hacienda.

Otras veces volvió a visitar el paraje de la mañana de aleluyas, y como entonces, a tumbarse supina sobre la piedra, en la soledad del bosque medroso. La mujer, aun con toda su feminidad, no podía ser de allí en adelante la niña cobarde y timorata, pero de ningún modo tampoco la hembra expuesta al azar de los apetitos. Tenía que dominar el miedo que le infundía aquel paraje, donde la rodeaban peligros positivos y tendían a apoderarse de su espíritu pueriles temores supersticiosos de la soledad y el silencio, y al mismo tiempo sobreponerse a los recelos de sí misma, que por momentos la asaltaban a causa de los desvaríos a que allí se entregó la primera vez, sometiéndose a prueba de

que nada prevalecería contra su virtud y su castidad de pensamiento.

Como aquella vez, admitiendo ahora la conseja maliciosa que en torno suyo corría, pero desde otro punto de vista, complacíase en pensar que era *La Blanca* reaparecida. Para la memoria de Ana Julia Alcorta siempre hubo en su alma comprensión y piedad, pero ahora algo más que acudía a tomar forma en la voluntaria ilusión de reproducirla. Ana Julia había sido quizá la mujer más femenina de su familia, al par que la más infortunada y de ella quería tomar aquel espíritu prestándole su carne, a fin de que en ésta se extinguiesen los últimos rugidos de aquella tempestad.

Este pensamiento parecíase todavía mucho a los desvaríos de la mañana de las aleluyas, pero en el fondo correspondía a propósito de sentido práctico, comparable a los que la estaban haciendo apersonarse a las atenciones de la hacienda. Como éstas, aquél abrigaba una previsión ante el porvenir: era de todo punto necesario redimir la memoria de Ana Julia del repudio en que se la tenía, sacarla de su purgatorio. No en balde se le había ocurrido al tío Cecilio aquello de los versos que del *Infierno* del Dante sacara para título del cuadro que ella le componía, pues cuando esto dijo como cosa de extravagancia, ella lo sintió pensar conforme a lo que ya venía buscando expresión en su espíritu.

Pero si aún no la alcanzaba clara y precisa como propósito de sentido práctico, era por venir abriéndose paso a través de sentimientos que gustaban de las dulzuras del secreto. Y para ello bueno era tenderse supina sobre aquella piedra, en medio de la soledad y el silencio del bosque iluminado por una luz de ensueño.

En el punto de cruce de aquellas espadas, la nueva Luisana vivía su momento sentimental.

II

LA CONVENCIONCITA

Y he aquí que un día llega a la Casa Grande la noticia de la caída del Gobierno del general José Tadeo Monagas, derrocado por una conjunción de liberales y conservadores con el general Julián Castro a la cabeza.

Cecilio el viejo llama a una de las sirvientas y le dice:

—Tráeme acá un pedazo de carbón.

Y cuando ya lo tiene en la mano traza cuatro grandes cifras en la pared del corredor, donde a la sazón se hallaba junto con Luisana y Cecilio el joven y dice:

—Mil ochocientos cincuenta y ocho. ¡Año del Gran Sembrador! ¡Empieza la gran cosecha de nuestro señor el desorden! ¡A perder la cabeza tocan!

Y Cecilio el joven, luego de un silencio pesaroso, con palabras pensadas para su libro, condenado a quedarse inconcluso:

—¡Mil ochocientos cincuenta y ocho, que contigo empiece la Venezuela grande que no han de ver mis ojos! Que cese para siempre de despeñarse sobre este suelo la catarata de sangre de la revuelta armada y del delito impune. Que a los hombres torvos sucedan los principios diáfanos, a la mezquina apetencia el esfuerzo generoso, a la bravura siniestra la virtud serena...

Pero contra esta invocación aquejada del pensador frustrado, había de prevalecer el vaticinio del andarín atento a las señales del tiempo. Era de muchas observaciones recogidas en sus andanzas por todo el país de donde lo había sacado y allí mismo empezó a cumplirse.

La conjunción de los opuestos bandos políticos que no tuvieron cabida en el gobierno personalista de los Monagas,

hecha a base de conveniencia momentánea, tenía que ser precaria y el hombre así llevado al Poder, mediocre, como todos aquellos de quienes en casos semejantes se echa mano. Incierto, el nuevo presidente de la agitada república no podía encontrar el camino por donde realmente se le abría. ¡Hacia adelante!—reclamaban los tiempos—; pero adelante era construir, crear y como su mediocridad no se lo permitía, prestaba mejor oído a las insinuaciones de su conveniencia personal. El porvenir exigía un hombre con la solución de los problemas en el puño civilizador; el pasado se conformaba con un gendarme que cuidase de la tranquilidad de aquel jardincito, como decía Cecilio el viejo. Los oligarcas sabían lo que deseaban: orden, respeto, silencio en la charca de las ranas. ¡Lo demás se les importaba poco! ¡Pero lo demás era el tiempo ya en marcha, que había de arrollarlos! Los liberales sentían el impulso renovador, la presión de las fuerzas creadoras del pueblo que de ellos estaba pendiente; pero les faltaba la idea coordinadora que hace la convicción. Y todos juntos, revueltos y confundidos, empezaron en seguida a perder la cabeza.

Pero esto era allá, en el escenario de los acontecimientos políticos; aquí, en la casa parroquial, eran las tertulias donde otros hombres—marionetas manejadas a distancia por aquellos sucesos—reproducían la escena de la confusión.

Don Santiago Fontes, furibundo oligarca, que nunca tomaba asiento, por causa de una caída de caballo en que se fracturó una pierna y de un cirujano que se la entablilló mal, dejándosela anquilosada y más corta que la otra, por lo que usaba un bastón con empuñadura en forma de T; don Feliciano Rojas, godo también, pero de los caudillistas que adoraban en el general Páez, godo epiléptico, a quien una ictericia reciente lo había dejado amarillo hasta el blanco de los ojos; don Argimiro Venegas, liberal bien plantado y guasón, que tartamudeaba un poco y practicaba el cinismo, no siendo mala persona; un general cachazudo y quizás bue-

note, como lo parecía, que respondía al nombre de Baldomero Gavidia, para dejarse llamar por sus íntimos "gavilla de bandoleros"; un señor de blasones, gordito él, un poco adulterado el color del cutis por deficiencia de funcionamiento hepático, que hacía ironías en la plaza del pueblo casi todas las noches y presumía de agudo, siendo casi completamente romo, conservador también, naturalmente; el padre Mediavilla, que los obsequiaba con café del más tinto para excitarles los ánimos, más de lo que ya los tenían y ponerlos a pelearse unos contra otros, aun del mismo bando y, finalmente, el licenciado Céspedes, que entre noches iba a divertirse un poco con todos ellos y a divertirlos a ratos con sus extravagancias.

Allí caían las noticias y como mastines se encarnizaban en ellas.

—¿Qué pasa?—entró preguntando Cecilio Céspedes, por el alboroto de las voces encrespadas, entre las cuales se distinguía claramente, sin embargo, el toc toc del bastón de don Santiago Fontes, que discutía andando de aquí para allá.

—¡Ajá!—exclamó don Argimiro—. Aquí está el Li..., Lili... cenciado Céspedes. Venga acá Lili... cen... ciado. Oooo... óigame esto.

Pero don Feliciano Rojas, a quien exasperaban los tartamudeos del liberal, quitándole la palabra a éste, explicó:

—Que en Caracas las turbas piden el enjuiciamiento de los Monagas y sus cómplices. Y yo digo que bien merecido tienen el patíbulo.

—Y yo que... qqq... no va a alcanzar ttt... toda la madera de los bosques de Venezuela para alzar esos pa... ttt... tíbulos.

—Pues que se talen los bosques... (Toc, toc, toc.) Y se importe madera del extranjero, si es necesario, pero que el cadalso se alce para los asesinos del 24 de enero. (Toc, toc, toc.)

—¿Para qué tanta madera?—preguntó el general, ingenuamente quizá—. Si con unos tiritos basta.

—¡Magnífico! ¡Magnífico!—intervino el gordito de los turbios blasones, que tenía belfo el labio inferior y al hablar le temblaba—. ¡Habló el Tetrarca de Los Pilones!

Los Pilones era una posesión del general Gavidia, pero no se calaba la ironía de llamarlo el Tetrarca y nadie celebró la agudeza.

Y otra noche, saliendo al encuentro del Licenciado el Padre Mediavilla, con una taza de café que acababa de servir:

—Tómese esto ligero, Licenciado, para que se ponga a tono en seguida. Hoy estamos todos de acuerdo.

—¿Entonces, qué día es hoy? ¿De Santa Insensatez general?

—¡Día de la Patria en Peligro!—tronaron todos a una, pero con el tono de decir cosas contrapuestas—. Pero sabremos ponerla en alto.

—¡Pppp... plomo con el extranjero!—gritaron las filas liberales.

—¡Plomo con el extranjero! (Toc, toc, toc.)—resonó en las conservadoras.

—¡Eso es, muchachos!—aprobó el cura—. ¡Al César lo que es del César!

—¡Yo ardo en llamas de indignación!—vociferó don Feliciano Rojas. Y había que creérselo.

Pero sucedió que el guasón de don Argimiro se quedó mirándole la amarilla faz y el godo protestó enfurecido:

—¡No me mires la cara, Argimiro! ¡Mírame el corazón, que es donde llevo mi color verdadero!

Aquí intervino el gordito, llamándolo procónsul, sin que se supiera por qué y como en este mismo momento soltaba Mediavilla su peculiar risotada clamorosa y el General la suya asmática, por la ocurrencia de don Argimiro y la réplica de don Feliciano, el ironista de la plaza del

pueblo se las tomó para sí y quedó convencido de que llamar a alguien procónsul era la quintaesencia de la mordacidad sutilísima.

—(Toc, toc, toc) ¡Traidores! ¡Crearle un conflicto a la Patria con el extranjero, por salvar al tirano fusilador de Congresos indefensos! ¡Gavilla de bandoleros!

Pero al general Gavidia no le agradaban bromas de los conservadores y cortando en seco su risa asmática, protestó, entre resuellos sibilantes:

—¡Eso no, don Santiago! ¡Indirectas no! Ya estoy cansado de aguantarlas y por causa de esa frasecita vamos a tener una cuestión cualquier día de éstos.

Y así terminó la patriótica armonía que venía reinando entre el alboroto.

Pero no era solamente intolerancia mutua de los tertulianos de la parroquial, sino que de otras sesiones tempestuosas llegaban hasta allí los rugidos.

—¡Qué manto de la clemencia ni qué pamplinas!—exclamaba otra noche don Feliciano, con todo su rojo corazón en llamas, a través de su color amarillo—. ¡Buenos estaríamos el día en que todos los ladrones y los bandidos puedan pasearse impunemente ante nuestras narices, envueltos en ese manto que quiere echarles el majadero de Fermín Toro. Nada más que por hacer frases bonitas.

—La túnica de Neso les arrojaría usted—repúsole Cecilio el viejo—. ¿Verdad, don Feliciano?

El mal teñido por la ictericia se le plantó por delante con mirada inquisitiva y el Licenciado agregó, explicativamente:

—La que mató a Hércules.

Y el godo, sin averiguar más:

—¡Esa!

A tiempo que por allá venía el bastón acercando a don Santiago Fontes:

—¿Qué has dicho tú de don Fermín Toro? Te prohibo que te expreses así en mi presencia.

—¿Y tú quién eres para hablarme en ese tono?

—¡Yo soy un civilista!

—¡Pues yo un paecista!

Y mientras así se encaraban uno contra el otro los conservadores, el P. Mediavilla y el General se cruzaban miradas de común y maliciosa inteligencia.

Pero como ya alzaban demasiado las voces descompuestas, se le ocurrió al cachazudo general recomendarles:

—¡Calma, señores, calma! ¿Qué dirá el vecindario?

—No se preocupe, General—repúsole el Licenciado—. Estos no son sino granitos perdidos. Los puñados los está echando el Gran Sembrador allá en Valencia.

—Donde está reunida la flor del pensamiento venezolano, como dicen por ahí—completó el militar, sardónicamente

—Junto con alguna hojarasca.

—Pues me habían dicho que todo era flor. Pero, su palabra vaya alante, señor Licenciado.

Y luego:

—¿De modo que usted cree que esta reunión de amigos es, como si dijéramos, una convencioncita?

—Justamente. Y ustedes los liberales, encantados, tanto aquí como allá en Valencia. Allá, mientras los amigos de los Monagas conspiran contra el gobierno de lo que se sigue llamando la revolución de marzo, los conservadores paecistas contribuyen a la oposición, haciéndoles el juego a los liberales que han lanzado el nombre de Páez como elemento de discordia.

—Es verdad. Allí como que tampoco van a ponerse de acuerdo los amigos de la Patria.

—Y como a río revuelto ganancias de pescadores, ustedes los del oficio buen camboto van a sacar.

—Déjese de eso, señor Licenciado. Nosotros los liberales somos amigos de la causa del pueblo.

En oyéndole lo cual, se le ocurrió a Cecilio el viejo, preguntarle:

—Dígame, General. Y perdóneme la curiosidad: ¿Qué entiende usted por liberalismo?

—Pues... ¿Cómo le diré? Pues un liberal es un hombre mano abierta para todo, al revés de un oligarca, que cuando le dan en el codo aprieta más el puño. Nosotros los liberales lo que queremos...

—¡A ver, a ver!—intervino don Feliciano— ¿Qué quieren? Si es que se puede confesar en público.

—¡El ppp... poder!

—¿Eso solamente?

—Y lo que de él chchch... chorrea al bolsillo.

—¡Eso es cinismo, don Argimiro! (Toc, toc, toc.)

—¡Es franqueza, don Santiago! Us... ttt... tedes también quieren lo mismo. El apoyo de las auto... riridades para seguir explotando a los negritos de las haciendas y para continuar haciendo nnn... negocitos honestos, como ustedes los llaman a esos de prestar dinero al veinte ppp... por ciento. Pero esta vez el ppp... poder será para nosotros.

—Si Dios no mete su mano. (Toc, toc, toc.) Que la meterá. No le quepa duda.

—No la meterá—intervino el Licenciado Céspedes—. Porque Dios sólo mandó una vez, en el principio. De allí para acá siempre obedece.

—¡Ya salió el herejote con una de las suyas!—terció Mediavilla.

—No es mía, Padre, sino del maestro Séneca.

—No me es desconocido el nombre de ese maestro—rebulló el general Gavidia—. ¿Ese es uno que...?

Pero don Argimiro le quitó la palabra antes de que fuese a quedar mal puesto el partido liberal:

—¡No, compañero! ¡Ese no es! ¡Ese no es!

Y como Mediavilla soltó la risa anchurosa y por allá venía ya el gordito, abriéndose paso, tal vez para repetir lo de Tetrarca, se amoscó el General, poniendo tan mala cara que el ironista dio media vuelta y se encaró con otro, a mover su labio belfo por donde le salían las agudezas.

Entretanto habían vuelto a trabarse de palabras los dos oligarcas, a causa de que uno nombró al general Páez y el otro hizo un gesto desdeñoso, y don Argimiro Venegas prorrumpió:

—¡Viva la anarquía! Así será un paseo para nosotros los liberales darle la batalla unidos, como un solo hombre. ¿Verdad, Padre Mediavilla? ¿Verdad, Gagaga... vi...?

Pero el General lo interrumpió:

—Bueno, don Argimiro. Déjelo de ese tamaño, que ya sé por dónde va a reventar esa mamaderita de gallo. Unidos sí estamos y dispuestos a echarnos al monte a su hora y punto. Allá en Valencia los plumarios están haciendo su constitución y de seguro que les va a quedar muy bonita, pero en cuanto ellos terminen con la suya vamos a elaborar la nuestra, nosotros los del machetico. Aquí estamos ahora oligarcas y liberales, como quien dice, en el seno de la amistad; pero pronto nos vamos a estar viendo las caras por entre el humo de la bicha aquella. Para no mentar la pólvora junto a la candela.

Dicho lo cual se levantó de su asiento, se llevó a su sitio los pantalones un poco descendidos por la presión del abdomen y se despidió así:

—Y hasta mañana, si Dios quiere que todavía sigamos así revueltos el aceite y el vinagre.

DIÁLOGO DEL SEMBRADOR Y OTRAS EXTRAVAGANCIAS

Sobre la loma de sus habituales contemplaciones encontró Cecilio el viejo a Pedro Miguel.

—¿Complaciéndote en tu obra?—díjole, mientras tomaba asiento en la tierra cimera, junto al campesino enamorado—. Ya puedes hacerlo porque tienes La Fundación como tal vez no habrá estado nunca.

—Cuando las cosas se hacen de buena voluntad...

—Siempre son agradecidas. Tienes razón.

—La tierra, por lo menos, nunca deja de serlo.

—¡La tierra! Tú descansas, tú duermes, tú pones un momento o un día entero o un mes completo el pensamiento en otra cosa y te desentiendes de ella y ni la miras casi; pero ella siempre vela y trabaja para ti, y cuando tú vuelves de tu reposo, tu distracción o tu abandono, ella te sonríe y te recibe diciéndote: —¡Mira lo que hice entretanto! Ahí te le puse un pimpollo a esa matica, para completarle una rama que le faltaba; ahí te pinté esa florecita para que te alegre la vista, ahí te tengo una mazorquita más de cacao.

Y en seguida, haciendo burlas del espiche abierto a su corazón sentimental:

—¡Je, je, je! ¡Las tonterías que acabo de hacerle decir a la madre tierra! ¿Verdad, Pedro Miguel?

—No eran tonterías, don Cecilio. Usted no las dice nunca y ha debido seguir como iba, dándomeles gusto al oído y al corazón.

—La verdad sea dicha. No eran palabras mías, sino un párrafo de Cecilio el joven que me lo he aprendido de memoria.

—¡Ah! Ya estaba reconociendo yo esa música.

—¿Te ha leído su libro?

—Algunas partes. Las que más a mi alcance estarán, seguramente.

—¡Pobre muchacho!

Permanecieron en silencio un rato y luego insistió Cecilio el viejo:

—¡Bonita tienes la hacienda! No hay palmo de tierra que no esté produciendo lo suyo... Pero, en cambio—y es

cosa que no me explico—, tienes completamente abandonado El Altozano. Siendo tuyo...

—Es que no es mío, don Cecilio. Sino de don Nadie, dicho sea con sus propias palabras.

—Terco eres, Pedro Miguel. Te obstinas en tus caprichos y no hay modo de sacártelos de la cabeza.

—Quizás los de ahora no sean los mismos de antes.

—El quizás ya indica que no estás seguro de cuáles son.

—¿Y para qué averiguarlo, don Cecilio?

—¡Tienes razón! ¿De qué sirve saber adónde queremos ir, si al fin y al cabo llegaremos adonde no quisiéramos?

Pedro Miguel guardó silencio, entretenido en escarbar la tierra de la cumbre con un tallo de hierba seca que arrancó del alcance de su mano. Luego dijo:

—De todos modos, don Cecilio, a veces resulta más agradable ocuparse de lo ajeno que de lo propio.

—Generosidad lo llaman.

—Me refiero a la tierra. Cuidando de La Fundación, que no es mía ni nunca lo será, gozo más que ocupándome en una finca propia. No sé si usted me comprende, pero es así.

—Te comprendo. Yo también lo he hecho, a ratos. He trabajado la tierra de don Nadie y me he sentado a contemplarla después, lo mismo que tú la ajena.

—¿Cuándo, don Cecilio? Porque, según he oído decir, usted nunca se ha ocupado de El Altozano.

—No me refería a ésa, sino a las de don Nadie, verdaderamente. Son muchas las mazorcas que han nacido en ellas de granos sembrados por mí.

—¿De maíz verdadero o de cacao real y positivo? Porque no me venga con otras siembras, que ésas no las pongo yo en duda.

—De maíz verdadero. Tanto como tú y yo, que somos un par de mentiras hablando embustes sobre la loma de un cerro que no existe. Y perdóname que te incorpore en mi modestia.

—Ya decía yo que usted debía estar refiriéndose a otra cosa que no se me podía alcanzar completa.

—Pues se te alcanzó. De maíz verdadero, repito. En los campos de don Nadie, que es como decir en los de don Todo el Mundo. En los baldíos, para que acabes de convencerte de que me estoy refiriendo a cosas reales y efectivamente sucedidas.

—Perdone. Como de usted nunca se sabe si está hablando en serio o en broma...

—Esta vez hablo en serio. Si te dijera que por esos montes de tierra adentro por donde he pasado, son muchos los conucos que han aparecido un buen día sin que se sepa quién los sembró, ¿me lo creerías?

—Yo de usted lo creo todo, don Cecilio. A pesar de lo que le acabo de decir.

—¡Sí, hombre! ¡Muchos! Por cierto que eso ha dado origen a más de una leyenda. ¡Je, je! Una vez en un rancho donde entré a pasar un aguacero, vi una vela encendida donde no había imágenes que alumbrar, y como pregunté a qué santo estaba dedicada, me contestaron: —"Al ánima del sembrador de conucos en lo baldío, a ver si se corre hasta acá y nos siembra uno que nos está haciendo falta para la arepita y las carauticas, en esa falda de cerro que está ahí mismito."

—¿Y poco después apareció el conuco?—dedujo Pedro Miguel.

—¡No, hijo, tonterías no! Y Providencia de la holgazanería mucho menos.

—Tiene razón. He debido pensar que perdieron su vela los habitantes de ese rancho.

—Tampoco. Un mes después volví a pasar por allí y vi que el conuquito estaba plantado. Como el ánima no se los sembró, ellos, ya con la idea en la cabeza, tuvieron que hacerlo por sí mismos. Pero ¿sabes lo que me dijeron los muy bribones? Que se los había sembrado el ánima.

—Y no dejaron de tener razón, porque al fin y al cabo esas cosas del otro mundo no son sino voluntades de uno que en un momento dado se le salen del cuerpo.

—¡No está mal eso!—aprobó el andarín filósofo—. ¡Qué ha de estarlo! Muy bien pensado y hasta bien dicho.

—A lo que se le puede alcanzar a quien no ha tenido escuela, don Cecilio—repuso Pedro Miguel, ya amoscándose.

Pero en seguida reaccionó conforme al respeto y a las simpatías que le inspiraba el viejo bondadoso y ocurrente.

—¡Ah, don Cecilio y sus cosas! Conque, ¿el ánima del sembrador! Echeme una manita para ver si puedo hacer todo lo que quisiera en esta finca ajena.

—Tú no lo necesitas, muchacho, porque llevas dentro de ti, conforme a tu teoría, todas tus voluntades bien vigiladas, y bien empleadas.

—¡Muchacho!—recogió Pedro Miguel—. ¡Que tengo veintiocho años, don Cecilio!

—¡Vaya, pues!—exclamó éste—. ¡Qué empeño tienen ustedes los jóvenes en hacerse viejos! El otro día fue Luisana y ahora eres tú quien puntualiza. ¡Y yo que ando buscando a quien darle parte de mis sesenta!

Pedro Miguel frunció el ceño y se puso de pie. Pero en seguida rectificó:

—Perdóneme que me haya levantado antes que usted. ¿Pero no le parece que ya es hora de que vayamos regresando? Pronto se hará de noche.

—Sí. Vámonos. Y así podré mostrarte, de paso, otra tierrita con la cual tengo unos amorcitos por ahí.

—¿Algún conuco que nos está sembrando el ánima?

—No. Las tierras de esas siembras fueron novias de un día, aventuras de caminante. Esta es de amores definitivos. Ya te la mostraré.

Pero Pedro Miguel sólo atendía a sus sentimientos y así repuso:

—Aunque no sé por qué he dicho "nos está sembrando", ni para qué le habré pedido al ánima que me eche una manita, pues ya como que voy a estar cogiendo mi camino.

—¿Qué estás diciendo?

—Que pronto no haré falta por aquí, don Cecilio, y empezando a despedirme de estos amores con finca ajena era que estaba sobre esa loma. Ya la señorita se está enterando de todo lo necesario para el manejo de la hacienda, y si todavía no he cogido mi cachachá, como vulgarmente dicen, es porque aún me falta algo que explicarle. Poca cosa, por cierto.

—¡Déjate de tonterías! Lo hace sólo por distraerse un poco. ¡La pobre! Además, quizás sea yo quien le haya dado la idea, a fuerza de despotricar contra estas infelices mujercitas nuestras, que no viven sino por el hombre y para el hombre, esclavas de éste, más tirano cuanto más amoroso. Que no saben valerse ellas solas para la práctica de la vida, ni tienen preocupaciones espirituales fuera de los prejuicios con que les atiborran el alma la madrecita y el cura. Quítales tú el hombre por quien y para quien viven—padre, hermano, marido o hijo—y ya las verás pegando el grito en el cielo: "¡Dios mío! Otro hombre, nada más." Con perdón de tus creencias. De mí te digo, Pedro Miguel, que si hubiere tenido una hija, desde chiquita le habría levantado los fustancitos y le habría dado una nalgada, diciéndole: —¡Arrea! ¡A valerte por ti misma! ¡A convertirte en una persona y no en una muñeca!

—¡Las cosas suyas, don Cecilio!—dijo Pedro Miguel—. Siempre termina usted por cosas de reir.

—¿Y cuáles no son en esta vida? Sólo que tú las llamas de reir, pero no te ríes.

—Defectos de nacimiento... Pero ¿con esta conversación no habremos pasado de largo lo que usted quería mostrarme?

—No. Ya estamos llegando.

Faltaba un buen trecho, en realidad, pero prefirió hacer-

lo en silencio como parecía quererlo Pedro Miguel. Acaso había hablado más de lo conveniente.

Y así llegaron al sitio a que se había referido.

Era uno de aquellos parajes donde solía quitarse las gafas y abandonarse a coloquios con las intimidades de su alma. Un pequeño prado apacible y recogido, cubierto por esa hierba tierna que crece al abrigo del sol y en cuyo verdor delicado se apagaba dulcemente la luz del día, en torno a la peña de un manadero de agua que por entre musgos y helechos—clepsidra de un tiempo lento—daba una gota de cuando en cuando.

—Aquí tienes mi novia, Pedro Miguel—díjole deteniéndose en medio del minúsculo prado—. Te he traído a conocerla porque tú serás el padrino de nuestras bodas.

—¿Qué va a hacer con esto, don Cecilio? Aquí no se le va a dar nada de lo que siembre.

—No se trata de que se me dé, sino de que se me reciba, más bien. Aquí voy a hacer una cosa muy importante. Nada menos que devolverle a la tierra el préstamo que le hizo al espíritu de la Vida, para que por boca mía dijera el cúmulo de tonterías que ya tengo dichas. Aquí se realizará el acto solemne de esa restitución. Ya tengo elegido el sitio preciso: aquí, donde estoy parado. ¡Fíjate bien!

Y dando unos pasos para detenerse más allá:

—Aquí pondremos a Cecilio. Ya es cosa convenida entre ambos que no estaremos uno al lado del otro, sino frente a frente. Probablemente él vendrá primero.

—Déjese de cosas, don Cecilio. No se juegue con eso.

—No son chuscadas. Esta vez hablo en serio. Trabajo me costó obtener de las autoridades que se me permitiese echar el sueñito definitivo donde más me agradara. ¿Verdad que no está mal escogido el sitio?

Y mientras recorría el pequeño prado a pasos lentos:

—Por aquí se pasearán las sombras de los dos Cecilios, continuando las conversaciones iniciadas en vida, agotando

los temas eternos. El espacio es reducido, pero no necesitaremos más. He hecho la experiencia varias veces y te aseguro que no estaremos mal.

—¿De modo que es cierto lo que me han contado, de que usted viene por aquí, a las altas horas de la noche, con mucha frecuencia?

—Cierto. Pero no lo divulgues, porque peligraría la reputación de mi novia. ¡Je, je, je! ¡Bueno! Ya te la he presentado y ahora podemos seguir nuestro camino.

—No hay duda de que usted es el saco de las ocurrencias—comentó Pedro Miguel—. Pero, francamente, de ésta no le alabo el gusto.

—Te lo creo. Dentro de tu salud y tu juventud no puede caber lo que de hermoso tiene la idea de la muerte.

Y luego, ya en camino:

—Que por cierto ya viene por ahí afilando su guadaña para la siega de su campo. El gran piélago, como dice Tapipa. La guerra tremenda que ya ha estallado. O, ya que estoy citando autores, la constitución del machetico, según las palabras de cierto general Gavidia a quien tal vez conozcas. Los patriotas de la Convención de Valencia terminaron la suya, que les quedó muy bonita, como lo esperaba el socarrón del general Gavidia; pero se les ocurrió decir centralismo o poco menos y ya por Occidente están Falcón y Zamora gritando federación. El gobierno se obceca en no concederle importancia al movimiento de Coro, que ya tiende a propagarse por todo el país. Es la revolución social que se nos viene encima.

Y con un acento de preocupación que contrastaba con el tono con que siempre había hablado del Gran Sembrador, agregó:

—Yo no veo sino muerte, fuego y escombros por todas partes. Hay rencores emponzoñados, odios inextinguibles y ambiciones desaforadas, y esta pobre Patria quizá no dé

para tanto. ¿Qué porvenir les estará reservado a ustedes los jóvenes?

Hizo una breve pausa y concluyó:

—Cecilio y yo, ya vamos de retirada; pero Luisana... ¿Qué será de ella?

Pedro Miguel le dirigió una mirada de soslayo y esperó a que continuase desarrollando su pensamiento; pero esto no lo acostumbraba Cecilio el viejo, sino que se limitaba a sugerir, como ocurrencia momentánea, la idea que quisiese sembrar en el espíritu de sus oyentes. Todo lo que dijo aquella tarde fue encaminado a concluir por la alusión de Luisana y al azaroso porvenir que la esperaba, y hecho esto lo demás correspondería a Pedro Miguel, conforme al modo como la espontaneidad de su alma permitiese la fructificación deseada.

Pedro Miguel comprendió y se abandonó a sus pensamientos; pero fueron tan confusos y atormentados que aquella noche casi toda la pasó insomne.

DIABLOS Y ANGELITOS

Era jueves de Corpus, día de no trabajar y abandonó la hamaca con un propósito intempestivo. Las alpargatas en que acostumbraba meter los pies al levantarse ahora las hallaba tal como las hubiese dejado; pero la voluntad ya parecía enderezada conforme a la intención de aquel sortilegio con que Tapipa y Roso Coromoto, consecuentes con la amistad que los había unido a *Negro Malo*, trataban de apartarlo de caminos temerarios por donde pudieran sobrevenirle conflictos.

Salió temprano y fue a desayunar en El Matajey, como lo acostumbraba todos los días, hecho lo cual se puso a recorrer las vegas en compañía de José Trinidad Gomárez, cual de costumbre también; pero esta vez, de contemplarlas bien trabajadas—robustos los cañaverales, limpias las ace-

quias de riego, sin malas hierbas los sembrados de frutos menores, cariñoso el brillo del sol en la verdura laboriosa—, se le ocurrió decir:

—Debe dar gusto también ver así lo propio. Después de todo, tratándose de la tierra, lo propio es el trabajo que uno ponga en ella.

—Yo pongo aquí el mío en lo que es tuyo—repuso José Trinidad.

—Y quizá sea ya tiempo de que venga yo a arrimarle el hombro.

—Juerte me hallo tuavía, a Dios gracias; pero si en lo ajeno se te hubieren presentado inconvenientes, o lo que sea, aquí está lo tuyo, manque nunca haigas querío llamá asina a to lo que me pertenece, y no hay más que hablá. Contimás, que pa no dejá lo ajeno de mala manera podemos .trocanos los papeles, diéndome yo otra vuelta a hacé las veces tuyas. Mal que bien.

—Ya hablaremos. De eso y de otras cosas. Antes tengo que hacer una diligencia por la vía de Caucagua... ¿No se le ofrece algo para allá?

José Trinidad comprendió y sonrió disimuladamente. Allá era el sitio de Loma del Viento, donde vivía un pariente de su padre, de pura sangre isleña todavía, él y su prole.

—Saludos ná más—respondió, reservándose su suspicacia—. Cariños pa todos.

Y a su mujer, cuando ya Pedro Miguel se había marchado, vía de Caucagua:

—¿Sabes la cosa, Ufrasia? El hombre va rumiando pa Loma el Viento. Tantas bromas le has dado con la ahijá, que a la postre como que te vas a salí con la tuya.

Pero como a Eufrasia no había manera de darle noticias que la cogiesen de sorpresa, repuso:

—Vea, pues, cómo no me equivoqué. Ya se lo había visto pintao en la cara mientras se desayunaba.

Y luego, para sí sola:

—¿Bromas solamente? La composición que le encomendé a Tapipa por medio de Roso Coromoto, que al fin tenía que da su resultao.

Entretanto, buena bestia de silla la mula mora, mientras ella hacía el camino, el jinete podía abandonarse a sus pensamientos.

—¡Nada! Que cuando uno va a caer no ve el hoyo. Tarde o temprano esto tenía que suceder, porque, como dice el dicho: el hombre propone y la mujer dispone.

Y girando dentro de este reducido círculo de reflexiones, como para apurar en ellas el pensamiento inquieto, pasaba ya frente a la iglesia de uno de los pueblos del trayecto, donde se arremolinaba el gentío aldeano y campesino que acababa de salir de la misa de la festividad, cuando oyó saludo característico de voz conocida:

—¡Pasa, mal tiempo!

—¡Guá, Padre Mediavilla!—exclamó, refrenando la mula—. ¿Qué hace usted por aquí, dejando allá abajo su parroquia abandonada?

—Abandonada no, lengua larga—repuso el clérigo bromista, a quien rodeaba un grupo de vecinos, a la puerta de la casa parroquial—. Vine a predicar en esta iglesita de Tío Conejo y aquí estoy oyendo las fechorías de Tío Tigre que me cuentan estos amigos. ¿Y tú, para dónde vas?

—Para Caucagua.

—¿Llevas prisa?

—No mucha.

—Pues bájate un momento, para que conversemos un poco de lo mucho que hace días tengo que decirte, mientras presenciamos la fiesta de los diablos, que ya va a empezar.

—Si supiera que nunca me ha dado curiosidad de ver eso—repúsole evasivamente—. Pero si usted me promete disfrazarse de diablo, también, sí me quedo para verlo bailar.

—Ganas no me faltan—dijo Mediavilla, para compla-

cencia de la gente campechana que lo rodeaba, como dondequiera que estuviese.

Y charlando de este modo jovial—cosa inusitada en Pedro Miguel—estuvieron un buen rato, dándoles gusto al numeroso grupo de hombres del pueblo y de los campos circunvecinos que se fueron congregando en torno de ellos, no sólo por la popularidad del cura, sino por la que también tenía su interlocutor en toda la región.

De esto, sin embargo, no se había dado cuenta Pedro Miguel, y fue el P. Mediavilla quien esa mañana se lo hizo observar, abandonando lo jocoso por lo interesado que ya le había anunciado:

—Tienes pueblo, Pedro Miguel. Fíjate en cómo están pendientes de ti todas las miradas.

Pero en esto sonaron dos cohetes anunciando que ya venían los diablos, y el gentío se arremolinó en carreras hacia la calle por donde se les esperaba, a tiempo que los tamboreros, apostados en el altozano de la iglesia, iniciaban el tam tam que acompañaría la zarabanda.

Eran diablos de toda la región, que venían a cumplir promesas, las más de ellas hechas sólo para que no faltara en la festividad del Corpus lo pagano junto con lo piadoso. Diablos rojos, desde los cuernos hasta el rabo de trapo, con guilindajos de colorines y sonajas de toda especie, no faltando entre ellos quienes ostentasen seda y cascabeles, que ya eran algún dinero invertido; diablos negros, los menos pudientes, de coleta de fardos tiznada de hollín, con antifaces de lo mismo. Avanzaban en dos filas por la calle real del pueblo, haciendo pantomima de agazapamientos de un asalto sigiloso cuyo objetivo era el templo. El gentío se abría franqueándoles paso y guardaba el silencio recomendado por ellos con el ademán del índice contra el agujero del antifaz correspondiente a la boca, mientras trataban de reconocerlos por los ojos que blanqueaban a través de los otros.

Varios de ellos rodearon a Pedro Miguel con sus pantomimas, pero se desbandaron a la despavorida cuando él murmuró, por uno reconocido:

—Juan Coromoto. ¡Cuándo no!

Invadieron el atrio en torno al cual se amontonaban ya los espectadores, a tiempo que el sacristán cerraba las puertas del templo donde estaba expuesto el Santísimo y se tendieron boca abajo en el suelo enladrillado, en dos filas paralelas y separadas por el ancho de la puerta principal, mientras hacía pausa el tam tam de los tambores.

Pedro Miguel desde su mula y el P. Mediavilla trepado a un banco, junto con el cura de la parroquia y unos vecinos de rango, pardos donde todos eran negros, prestaban atención al espectáculo; pero mientras la de todos éstos era complacida, la de aquél se expresaba en gesto ceñudo, de disgusto evidente.

Comenzó de nuevo el tam tam del curveta y del mina. Se incorporó uno de los diablos—el primero de la fila izquierda—haciendo una cabriola apoyado sobre las manos, para quedar arrodillado de espaldas a la puerta del templo, y luego se puso de pie con una simulación de estremecimiento convulsivo de poseso, para agitar las sonajas que llevaba encima y dio principio una danza de saltos y esguinces, de extraordinaria agilidad, empuñando su rabo de trapo para tocar con él las maderas de la puerta, a la que así se iba acercando entre decidido y receloso; mas cuando ya iba a lograrlo arreciaba el estrépito de los tambores y con un salto de cuerpo disparado en el aire por una fuerza sobrenatural, el diablo se echaba atrás para comenzar en seguida con la danza de los agazapamientos.

—¿Te fijas, Pedro Miguel?—le preguntó el Padre Mediavilla—. El sagrado del templo que no le permite acercarse. El diablo pretende aplacarlo pasándole el rabo a la puerta, pero ya las Escrituras dicen que contra las de la Iglesia no prevalecerán las del Infierno. ¿No están mal

de doctrina los pobres negros, verdad? Tres veces debe intentarlo cada diablo, levantándose del suelo uno a uno, como ya verás y el truco está en los tambores, que deben repiquetear fuerte y de prisa cuando ya vaya a lograrlo.

A lo que intervino uno de los espectadores, con sorna:

—Raro que to eso no lo sepa quien tanto diablo de Corpuscristi habrá visto, no siendo forastero por estas tierras.

Pedro Miguel se volvió a mirarlo. Era un negro corpulento y malcarado, a quien no conocía, que sonrió a su mirada sosteniéndosela con aire que parecía de provocación. No le concedió importancia, sin embargo, y continuó prestando la atención displicente que le merecía el espectáculo.

Uno a uno, como había explicado Mediavilla, fueron incorporándose los diablos para repetir lo que había hecho el primero, pero cada cual esforzándose en superar a los demás en agilidad y en destreza. Y como esto vino a lograrlo, según la opinión unánime de los espectadores, el último de la partida, aquel en quien Pedro Miguel había reconocido a Juan Coromoto, todas las miradas empezaron a volverse hacia el mayordomo de La Fundación, oyéndose entre el vocerío exclamaciones como ésta:

—¡La regla no manca! Donde hay buen jefe hay buen soldao.

A lo que intervino de nuevo el desconocido malcarado:

—¿No será mucho afirmá, sin habese remitío a la prueba?

Pedro Miguel no se dignó mirarlo esta vez, mas como luego se le acercó uno de los peones de La Fundación, a quien vio cruzar una sonrisa con el desconocido, le preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

—No lo conozco—repuso el peón—. Nos tropezamos no más, pegándonos un palo, endenantes. Parece que no es de por aquí, pues ya he escuchao a muchos del pueblo ha-

ciéndose la misma pregunta, sin que naiden haiga podío da razón dél. Pero, si la cara no miente...

—No debe de ser muy bendito—completó Pedro Miguel.

Y aunque todo esto fue hablado a media voz, el aludido sonrió como de cosa oída y murmuró algo que se perdió entre el bullicio del gentío al redoblado estrépito de los tambores. Por lo que, a su vez, comentó el peón:

—¡Hasta oliao como que está el hombre!

Ahora comenzaba la zarabanda de todos los diablos. La danza general, sin ritmo ni compás, sólo para meter ruido los tambores, torbellino de saltos, esguinces y agazapamientos que cubría todo el espacio del atrio. Africa primitiva, aunque tal vez reproduciendo en América una escena de la Europa medieval, poseídos por la farsa ya los ponía frenéticos el asalto rechazado por la virtud de las puertas del templo y de este frenesí participaban los espectadores, cuyos gestos y ademanes copiaban las peripecias de la zarabanda.

—¿Qué te parece, Pedro Miguel?—volvió a preguntarle el P. Mediavilla—. Así estarán horas y horas, hasta que todos caigan rendidos, conforme a la promesa, que en eso no más consiste.

—Me habían dicho que era un espectáculo muy divertido, pero, francamente, no le encuentro la gracia—respondió el espectador ceñudo—. Y sigo mi camino.

Dicho lo cual reemprendió su viaje, con un desabrimiento de ánimo cuyas causas no quería analizar.

* * *

Los diablos cumplieron sus promesas bailando hasta caer rendidos, pero al negro Tilingo—hijo de aquel esclavo del mismo nombre—no le tomó la suya en cuenta el cielo, y cuando por la tarde regresó a su rancho, pringue de polvo y de sudor la estrafalaria vestimenta, de la cual se le

habían desprendido casi todas las sonajas, encontró muerto a su hijito único.

Su negra se le abrazó dando gritos de desesperación; pero a él lo había compensado la vida con el don de la insensibilidad, y después de haber contemplado unos momentos en silencio el cuerpecito inerte, puro hueso, de donde los ensalmadores no lograron sacar el mal de ojos que le habían echado, murmuró fatalista:

—Negro hace carrera muriéndose angelito.

Y con estas mismas palabras respondió después a las de condolencia de Pedro Miguel, cuando de vuelta de Loma del Viento, ya a la oscurecida, pasó por allí y se llegó hasta el rancho.

Piso de tierra, paredes de bahareque mal embarrado, techo pajizo, ennegrecido por el humo del fogón de topias en el suelo. El cerdo hozaba su fango en el chiquero paredaño y sus gruñidos se confundían con el murmullo de las negras que acompañaban a la de Tilingo.

Trojes con esteras por lechos, allá, en los tenebrosos rincones de la parte del rancho destinada a la alcoba y ahora oculta tras una colcha de retazos colgada de pared a pared. Acá, en un ángulo de lo que hacía de recibimiento, una tinaja sobre un palo de candelero clavado en el suelo, bancos a los costados para la concurrencia, ya ocupados por todas las negras del vecindario y en el centro una mesa, sobre la cual yacía el muertecito, entre flores humildes del monte. Dábale urna un cajón que había sido de velas, destapado e inclinado convenientemente para la macabra exhibición; tenía el rostro fruncido por la última torcedura del dolor y los ojos abiertos, mediante palillos que separaban los párpados.

Mezclaban sus emanaciones en la caldeada atmósfera del rancho miserable las flores que adornaban al angelito y el fango del chiquero vecino. Lanzaba alaridos, de cuando en cuando, la negra Tilingo, y luego se quedaban un rato moscardoneando los condolidos murmullos de las otras muje-

res. Gruñía el cerdo hociqueante removiendo su inmundicia, y al agitarse el aire olía mal entre las flores de la mesa.

Pero afuera y tratándose de esto, en el corrillo de los hombres, uno dijo:

—Seguramente lo cocinaron como es debío.

Pedro Miguel hizo un movimiento de repugnancia y contrajo el ceño, más de como ya lo tenía.

Mal día le había resultado aquél. El espectáculo de los negros en la zarabanda de los diablos lo había puesto de mal humor, y así estuvo en Loma del Viento, preguntándose mentalmente a qué habría ido hasta allá, mientras Eulogia y sus hermanas trataban de hacerle agradable el rato. Y ahora esto. Lo que acaba de oir, ya dentro de los límites de lo monstruoso y lo que ya lo tenía haciéndose reflexiones penosas: la miseria en que vivía el negro Tilingo... ¿Por gastarse en aguardiente la mayor parte de su jornal?... ¡Quizás!... Pero acaso también porque ya el jornal era insuficiente para las necesidades inmensas y de no remediarlas todas, que todas se quedaran insatisfechas ...¿Pero, no era él, precisamente, quien se lo pagaba, sin habérsele ocurrido pensar que fuera escaso?... "Tienes pueblo, Pedro Miguel..." ¿Para qué le habría dicho así el Padre Mediavilla? Ya no se le quitaba del pensamiento la frase molesta.

Se le acercó Juan Coromoto.

—¿Sabes, Pedro Miguel? El malencarao de esta mañana, por quien preguntaste, parece que es oriundo de las montañas de Capaya y que lo mientan *El Mapanare*. Andaba rondando a tos los piones de La Fundación, haciéndoles preguntas a propósito tuyo: que si vivías en la hacienda, que dónde se te podía encontrá a solas. Cuando me lo contaron me le encimé, a vé qué se le ofrecía contigo, y me respondió que quería conocete, porque tú eres el hombre de las circunstancias en to Barlovento, según lo que había escuchao hablá de ti en toas partes, y me dejó entendé que tiene entre manos un plan que proponete. No me dijo cuál,

pero a lo que infiero se trata de algo en relación con la guerra que ya y que está encendía por los laos de Coro.

Pedro Miguel oyó en silencio y así permaneció cuando Juan Coromoto hubo concluído. Fue llover sobre mojado... "Tienes pueblo"... "El hombre de las circunstancias"...

—Negro hace carrera muriéndose chiquito — seguía diciendo Tilingo, a las condolencias de los amigos que iban llegando.

¿No era éste su pueblo?... ¿Y qué había hecho él por ellos?

Por fin llegaron tres a quienes hacía rato se esperaba: un arpista, un maraquero y un tocador de cuatro, provistos de sus respectivos instrumentos.

Reanudó sus alaridos la madre dolorosa, ahora desesperadamente, mientras las otras mujeres se ponían en movimiento, apartando la mesa mortuoria a un lado y haciéndoles sitio a los músicos. Se instalaron éstos en uno de los rincones, le quitó el arpista la colcha al arpa, pulsó unas cuerdas, apretó unas clavijas, corrió unos arpegios desde las primas hasta los bordones, y como ya el otro había templado su cuatro y el maraquero estaba listo, les hizo una seña y comenzó a tocar un golpe tuyero.

Se acercó Tilingo a su negra llorosa y la sacó a bailar, sin que ella dejase sus gimoteos, porque en el velorio de angelito ha de ser la madre la primera que con sus pies levante el polvo que ha de cubrir el cadáver del hijo, antes de entregárselo por completo a la tierra.

Los imitaron las demás parejas, se fueron adormeciendo en la voluptuosidad del movimiento acompasado, largo rato en un palmo de tierra, menudo el paso, tramado el cepilleo, en blanco ya los ojos hacia el techo, extasiados en la sensación de la carne penetrada de música. Golpe tuyero, revuelta tras revuelta, interminable... Aguardiente. Sensualidad enardecida por la presencia de la muerte... Velorio de angelito, toda la noche y el día consecutivo y a veces

dos y tres, hasta la hora ya inaplazable del enterramiento. Alma negra, simple y todavía enigmática.

Hozaba su fango el cerdo desvelado. Gemía la madre dolorida entre los compases del golpe, cuidadosa de no perderlos, pena y gozo en un mismo sentimiento, y el polvo que levantaban los pies iba cubriendo el pequeño rostro fruncido y las pupilas sin luz, espantosamente abiertas.

Plegábanse mustias las flores. Sudaban a chorros los negros extasiados en los acordes del golpe. Olía a chiquero y a muerte.

—¡Ay! ¡Ay!

Y el maraquero sacudía sus maracas.

Pedro Miguel se había marchado antes de que comenzase aquello, con un desabrimiento indiscernible en el espíritu. Mal día le había resultado el de su intempestiva determinación.

UNA INVITACIÓN

A las reflexiones sobre aquella ida y vuelta les había cerrado por completo su alma Pedro Miguel, y ya había transcurrido tiempo suficiente para olvidos totales cuando una mañana, estando en el patio de la oficina donde dos de los peones rastrillaban el cacao, ve aparecerse por allí, jinete en una mula rucia, nada menos que a *El Mapanare*.

—¿Qué vendrá buscando éste?—se pregunta Pedro Miguel, a quien ya le habían referido algunas de las hazañas del que por ellas se merecía el apodo que le daban, significativo de ferocidad, ignorándose por toda la región cuál fuese su nombre verdadero.

Pero si al verlo había puesto la mala cara de los sentimientos que tenía que inspirarle aquel hombre, al mismo tiempo observa que los peones se cruzan entre sí miradas de inteligencia, y esto, añadido a lo otro, lo pone sobre aviso.

Descabalga el malcarado *Mapanare*, arrienda su bes-

tia a uno de los árboles del contorno del patio, atraviesa éste haciendo sonar sus espuelas, de paso saluda a los peones con sendos chaparrazos amistosos a las piernas—a lo que ellos sonríen y vuelven a cruzarse sus miradas—, se le acerca a Pedro Miguel y después de dirigirle unas palabras previas a la entrada en materia, sin obtener respuesta del interlocutor ceñudo, que ni mirarlo se digna, lo aborda tuteándolo, como a antiguo conocido:

—Vine a invitarte pa la fiesta... La que ha empezao por los laos de Coro. Fiesta de tambor, también, si a ver vamos y que parece que va a sé como la estábamos desiando nosotros hace tiempo.

Y como Pedro Miguel permanece como si no oyera, agrega, dirigiéndose a los peones:

—¿Verdá, muchachos?

—¿Nos lo pregunta a nosotros?—replica uno de ellos—. Aquí no estamos sino rastrillando el cacaíto, que es lo que nos incumbe por el momento.

—Que quién quita que mañana mismo puea sé otro el oficio. ¿No es así?

Y dirigiéndose otra vez a Pedro Miguel:

—Pues sí, como te iba diciendo. Están metíos en esa fiesta na menos que un general Ezequiel Zamora y un Juan Crisóstomo Falcón, junto con otros muchos que sería largo mencioná y de los cuales dicen los que los conocen que es menester quitase el sombrero pa mentalos, porque son de los que arrempujan palante entre el plomo. ¡Eso dicen! Yo no los conozco, propiamente hablando. La verdá sea dicha. Pero por aquí estamos algunos amigos de la causa, entre ellos el servidor que te dirige la palabra, organizando las cosas pa prestá nuestro contingente. Porque, lo que todos nos hemos dicho: tratándose de fiesta de tambor, como lo es la guerra a que me vengo refiriendo, Barlovento no se pué quedá atrás. Contimás que se trata de salvá el tocino, que es algo más que el pellejo, porque es voz corrien-

te que los godos del gobierno están tramando la otomía de vendernos a todos los que semos negros, de café con leche pa abajo, a los fabricantes de jabón de Inglaterra. Porque dicen que pa hacé jabón no hay grasa mejor que el tocino de negro y que los ingleses lo pagan a buen precio. ¿No te parece que hay que hacé algo por salvá el tocinito, Pedro Miguel?

—Lo que me parece es que no tiene usted derecho a tratarme de tú—repuso Pedro Miguel, clavándole la mirada.

Y *El Mapanare*, sin inmutarse.

—Pues bueno, vamos a tratarnos de usté, mientras venga la confianza, andando el tiempo. Lo mismo da, después de to. Palabra más, palabra menos, yo lo que venía era a convidate, por habé oído decí que pa esa fiesta tenías que sé tú el primer chicharrón de la cazuela de Barlovento.

—Pues ha perdido usted su tiempo.

—¿Qué estoy oyendo, muchachos? ¿Será que mis oídos me están engañando?

—Que no tengo intenciones de asistir a esa fiesta y menos junto con usted.

—¿De veras, Pedro Miguel? ¡Pues no son mis oídos! ¡Quién lo creyera! Yo que no he hecho sino escuchá en toas partes que desde pequeñito tú decías que había que echase al monte con la guerra por delante contra...

—Lo que yo dijera antes, y ahora no lo repita, es cosa mía exclusivamente.

—¡Caramba! Cómo cambian los hombres. ¡Ave María purísima!... Y ahora que miento a la Virgen, ¿sabes quién me aconsejó que me corriera hasta acá a conversá contigo? Na menos que el padre Mediavilla, que es de los nuestros, como buen liberal que siempre ha sío.

—¿El padre Mediavilla, a usted, personalmente?

—¡Bueno! Ya me cogiste en el embuste. Personalmente

no, pero por trascorrales, que es como estamos entendiéndonos todos.

—De todos modos le repito que está usted perdiendo su tiempo y que yo necesito el mío para otras cosas, entre ellas para atenderle a personas que me merezcan estimación.

—Comprendo a quiénes puedes referirte. A los mantuanos, naturalmente.

Y viendo que ya Pedro Miguel estaba a punto del estallido:

—¡No, chico! No te ofendan mis palabras de buena voluntad. No pongas esa cara, que no es pa tanto. Me he limitao a repetí lo que he oído por ahí. Que por cierto repliqué in continenti: —¡No! Eso no pué sé verdá. Lo que es Pedro Miguel no pué está de parte de los mantuanos, y de esos de allá, menos. Él tiene que acordase de ciertas cosas. Es decí, acordase, propiamente, no, porque él no las pudo presenciá, pero...

—Hágame el favor de no continuar—atajó Pedro Miguel, no siéndole ya posible conservar el aplomo que se había propuesto.

—Bueno, chico. Vuelvo a decite que no es pa tanto. Vine hasta acá porque creía que tú seguías siendo amigo de los camisa de mochila, pero ya cato de vé que ahora el viento sopla pal otro lao. ¡Qué se va a hacé! Ca uno es dueño de sus actos, gracias al general José Gregorio, y a quien Dios se lo dio, San Pedro que se lo bendiga. ¡Pero mira cómo soy de distraído! Ya habíamos quedao en tratanos de usté y yo con el tú en la boca parriba y pabajo. ¡Mien que cosa!... ¡Bueno, pues, don Pedro Miguel! Que le sea de provecho su cuarto de conversión, como decimos los melitares. ¡Claro! Usté no me responde ná porque no quiere repetime que eso es cosa suya. Y yo, como tengo por costumbre respetá la opinión política de mis amigos, me voy por donde vine, un poco como dice el dicho: con las cajas destemplás. ¡Qué se va a hacé!... ¡Adiós, muchachos!

Que Dios me los saque con bien de esa ratrilladerita de cacao ajeno. Rastrillándolo los encontré y asina los dejo en buenas manos. Pero no echen en saco roto esto del jaboncito de tocino negro.

Y deteniéndose y volviéndose:

—¡Este que se me olvidaba, don Pedro Miguel! De esta conversación que hemos tenío, de grata memoria por mi parte, no hay que hacé mención. ¿Verdad? ¡Digo pa sabé! Yo, por lo que me concierne, como si no me hubiera dicho usté ni jota y espero que la visiversa también será... No es por ná, propiamente; sino porque como yo pienso cogé el monte lo más pronto posible, que es como decí que ya tengo el pie en el estribo... ¡Bueno! Al buen entendedor, siendo contimás mudo... ¡Hasta la vista, don Pedro Miguel! Quizás yo no me aleje mucho de por aquí, después de todo.

Montó en su mula y partió. Pedro Miguel lo siguió con la mirada hasta que desapareció por entre los cacaotales.

—¿Y éstos son los hombres que van a hacer esa guerra?—se preguntó—. De peor fama, si por algo le han puesto el apodo, creo que no me los he echado a la cara desde que ando por el mundo dándome cuenta de las cosas.

Pero como tales palabras iban más bien encaminadas a explorar el ánimo de los peones y éstos continuaban manejando sus rastrillos cual si no las hubieren oído, insistió:

—*¡El Mapanare!* ¿Quién lo creyera? No faltará gente que lo siga, no siendo de su misma calaña y pensando defender así causa justa.

A lo que murmuró uno de los peones:

—El malo con su maluquesa y el bueno con su bondá, ca uno tiene que contribuí con lo que lleve por dentro a la hora de sé necesarias las cosas.

—Me parece—agregó el otro—. Y como esta guerra y que es pa igualá las desproporciones...

—Pues contimás los que no son amigos de ellas.

—Y los que tienen pueblo, sobre todo.

Esto lo dijeron sin suspender el trabajo de los rastrillos y ya Pedro Miguel no quiso oir más. Era evidente que *El Mapanare* había ido a invitarlo para la guerra de acuerdo con aquellos peones, si no con todos los de La Fundación.

Abandonó el patio para atender a otros quehaceres; pero ya en camino de La Fundación de Arriba pensó que su deber perentorio era dirigirse a las autoridades a fin de que fuera reducido a prisión aquel maleante cuyo alzamiento sería un azote para la región. Y acto seguido se revolvió, rumbo al pueblo.

AL REMOVER LAS CENIZAS

Por el camino iba ya, pero con las palabras de *El Mapanare* resonando en su interior:

—¡Cómo cambian los hombres!

Y luego, sometiéndose a interrogatorios, hablando a solas, como tiene que hacer el alma simple que no sabe sondearse en intimidad pura, sino mediante formas de algún modo concretas:

—¿Será verdad que yo he cambiado tanto como quiso decirme *El Mapanare?* ¿Hasta dónde les habré dado la espalda a los míos, que no pueden ser sino los descamisados, al venir a encargarme de esta finca donde todo el mundo estaba haciendo su agosto, para cumplir con un afecto de toda mi vida, por mucho que no quisiera confesarme que lo sentía mi corazón? ¿No he dicho y repetido mil veces que aquí no estoy sino por Cecilio, única y exclusivamente, y mientras él viva? ¡Que no será mucho tiempo!... Pero, de todos modos, lo cierto es que yo he tragado saliva mientras *El Mapanare* hablaba con la razón en su boca. Por eso y no porque lo despreciara, como estaba queriendo decirme yo mismo, fue que lo dejé hablar hasta más de la cuenta. Claro que ese bandido no puede ser de los míos

ni yo de los suyos; pero esos peones que se quedaron callados, ¿no podrían haber sido de aquellos a quienes yo les leía "El Sin Camisa?"... De otras haciendas eran esclavos y quién sabe si alguna noche de aquéllas vinieron a oir la lectura de los periódicos escritos para los descamisados contra los mantuanos... ¡Los mantuanos! ¿Por qué no me suena ahora esta palabra como me sonaba antes? No hace mucho dijo don Cecilio que esta guerra la van a hacer los odios y los rencores, en cantidad tanta que quizá no haya con qué satisfacerlos. ¿Pero dónde están los míos de antes y por qué los he perdido? Esto es, precisamente, lo que yo necesito saber: por qué los habré perdido. ¿Por lo que me contó Cecilio aquella vez? Pero si a ver vamos, después de haber conocido esa historia era cuando yo tenía verdaderos motivos para guardarles rencores a los que me tiraron fuera de la casa como una inmundicia. ¡A los de ese entonces y a los que ahora harían lo mismo si hoy naciera bajo los techos de esa casa el hijo de *Negro Malo!* ¿Y entonces, pues, por qué no los aborrezco ya? ¿Todas aquellas brasas se convirtieron en cenizas?...

Se interrumpió al ver a Luisana que acababa de desembocar en el camino que él llevaba, en direcciones encontradas, pero se formuló el propósito de pasar de largo y fingiendo prisa aplicó espuelas.

Pero Luisana, que también venía a caballo, detuvo el suyo para preguntarle:

—¿No habíamos quedado en que me esperarías en la oficina para ir a La Fundación de Arriba? Es lo que me falta por recorrer.

El tono de estas palabras no era de reconvención, pero así le pareció a Pedro Miguel, quien repuso bruscamente:

—En verdad me había olvidado, señorita, de que le había dado esa palabra, pero sin mí puede usted recorrer esas tierras cuando lleve gusto, pues completas están dentro de lo suyo, tal como yo las recibí.

—¿De veras?—replicó ella, sonriendo—. ¡Y yo que me había imaginado que las cargabas en el bolsillo!

—Quiero decirle que...

—Que has amanecido de mal humor. Ya lo veo. Además, ya sabía que la procesión te andaba por dentro. Me ha contado tío Cecilio que una tarde le manifestaste tu disgusto o tus escrúpulos a propósito de mis entrepituras en los asuntos de la hacienda.

—Yo no he empleado esa palabra—protestó él, enriscándose más.

—No. Ya lo sé. Me la aplico yo misma para que empieces a quitarte de la cabeza cachorradas tontas.

Hacía años que Pedro Miguel no oía aludir al apodo que de niño se le daba y esto le trajo, no propiamente un recuerdo, pero sí la impresión de cierto momento de aquellos tiempos que quería ser recordado.

Luisana observó que se le dulcificaba la expresión y se apresuró a agregar:

—Además, culpa tuya es que yo quiera entrometerme en las cosas de la hacienda. ¿No te lo pasabas diciendo que no estás aquí sino por Cecilio? Desgraciadamente, yo no puedo hacerme ilusiones de que Cecilio viva mucho tiempo, y como comprenderás quiero enterarme de lo que mañana me sea necesario conocer.

—No le faltará quien lo haga por usted—repuso Pedro Miguel.

—¡Quizás!—dijo ella, más dueña de la situación—. ¿Por qué no?

—Así es—agregó él, como de cosa sin importancia.

Pero se la quedó mirando, por primera vez, cara a cara y la vio sonrojarse.

Pedro Miguel no sabría sondearse el alma en intimidad pura, pero son precisamente las almas simples las que en un instante de silencio vierten de pronto todo su contenido, como el jarro que dejaron caer las manos distraídas.

Y he aquí que en ese preciso momento, acaso para que no se prolongara aquel silencio, acierta a decir Luisana:

—¡Hombre! Antes que se me olvide. ¿Quién es uno que va por ahí en una mula rucia? Con ésta van tres veces que me lo encuentro y ahora parece venir de la oficina.

—Uno a quien apodan *El Mapanare*.

—¡Huy! Ya se le veía en la cara.

—¿Y dice usted que otras veces se lo había encontrado por aquí?—insiste Pedro Miguel.

—Ayer tarde, nada menos.

—¡Ah! Vendría buscándome, y como no me encontró volvió ahora.

—Pero si te buscaba a ti, a mí me siguió durante un buen rato.

—¡Cómo! ¿Se ha atrevido a eso?

—Es decir, me pareció que me siguiera, pero quizás no fue sino que hacíamos el mismo camino. Hoy pasó de largo.

—¿De largo y todavía tiene usted el susto en la cara?

—¿Yo? ¡Cualquiera diría que es en la tuya donde está pintado!

—Mire, señorita—dijo Pedro Miguel, tratando de dominar la alteración de su ánimo—, a mí no me gusta meterme en la vida ajena, porque cada cual, no siendo un niño, debe saber lo que hace y por qué lo hace, ni tampoco soy quién para darle a usted lecciones que no me está pidiendo, por otra parte.

—Bueno, basta de preámbulos, que ya me tienes en un hilo.

—Ríase usted todo lo que quiera y con toda franqueza, que ya le estoy adivinando la sonrisa que se le quiere asomar a la cara; pero estando Cecilio de por medio y en el estado en que se encuentra, con sonrisa y todo me voy a permitir darle un consejo: quítese esa costumbre que ha cogido de andar sola por estos montes. Dice don Cecilio que las mujeres deben aprender a valerse solas, pero con todo el respeto que

me merece su superior opinión, yo preferiría, por Cecilio, repito, que usted se dejara de eso. No está la Magdalena para tafetanes, como dicen. Ese hombre con quien usted acaba de tropezarse hace bueno al Diablo y por si fuera poco puede que a estas horas ya esté alzado, como acaba de decirme que piensa hacerlo.

—¿De veras? ¡De modo que ya tenemos la guerra por aquí!—murmuró Luisana.

—No aseguro que la tengamos ya, pero que no tarda mucho, eso lo saben hasta los palos del monte, que contra ellos viene también. Yo voy para el pueblo a ver si evito, por lo menos, que sea *El Mapanare* quien nos la encienda por aquí, y usted, para que empiece a seguir mi consejo de una vez, devuélvase para su casa por este camino ancho que va a caer derecho allá. Yo me quedaré aquí hasta que calcule que usted haya llegado; pero, por si acaso, no tiene sino que pegarme un grito. No la acompaño por ganar el tiempo de la vuelta hasta acá.

—Creo que no es para tanto, Pedro Miguel—repuso ella, tratando de sonreir—. Ese hombre iba camino del pueblo y hace rato que me lo encontré.

—Ese hombre es capaz de todo. Haga lo que le aconsejo.

—Bueno, ya lo hago.

Y guió hacia la Casa Grande por aquel camino ancho que le indicaba Pedro Miguel.

Este permaneció en la encrucijada, guardándole la espalda como le había prometido. Mas he aquí que de pronto, mientras la miraba alejarse, todas aquellas interrogaciones de momentos antes se le resuelven en esta exclamación:

—¡Es que estoy enamorado de esta mujer!

Y aplicó espuelas para que el caballo se lo llevara de allí.

III

LA SOMBRA DE LA ESPADA

La invitación de *El Mapanare* correspondía a designios abrigados en las altas esferas políticas, donde estaban en su hora los recursos de la astucia. El alzamiento federalista de los generales Falcón y Zamora había hecho ya de todo punto imposible la continuación de aquel concierto de liberales y conservadores que aún seguían llamándose la revolución de marzo, cuyo caudillo de componenda—a falta de uno verdadero—, el general Julián Castro, naturalmente más propicio a los primeros que a los segundos, acababa de llevar a término una estratagema política por medio de la cual quedó desembarazado de sus compromisos con los oligarcas de la fracción civilista—de quienes en realidad nada podía esperar un hombre de armas—, echándose en brazos de los liberales más destacados, aunque murmurando, en el círculo de sus íntimos y para excusa de su defección, que la hostilidad injusta y la incomprensión de los hombres de bien lo habían obligado a pactar con aquéllos, a quienes en documentos públicos ya había acusado de hacer la guerra del vandalismo. Pero como éstos ya tenían un pie en el camino franco de la revuelta armada para la conquista total y definitiva del Poder, mientras le prestaban su colaboración al presidente de la República—que por otra parte no podía inspirarles confianza, por aquello mismo de sus estratagemas—, urdieron el plan de la astucia, conforme al cual fueron enviados a las principales provincias ciertos comisionados de paz, cuya misión efectiva y secreta era la de provocar alzamientos federalistas, de modo que a una hora dada todas las facciones cayeran sobre la capital y pusieran al Presidente en la forzosa necesidad de resignar el mando.

Obra a distancia de uno de estos comisionados eran las invitaciones que *El Mapanare* y otros de su calaña andaban haciéndoles a todos los hombres que gozasen de algún prestigio entre la masa popular.

Pero los conservadores no estaban dispuestos a perder, por simples espaldas vueltas, el predominio político y recurrieron al golpe de estado, logrado lo cual procedieron a organizar las milicias nacionales, institución a la que el presidente Vargas ya había calificado de saludable y en la cual confió siempre el partido conservador, más que en el ejército permanente.

Mas el bizarro comandante de la Academia de Matemáticas que traía el encargo de organizar las de Barlovento, con la consigna de sofocar enérgica y rápidamente los alzamientos que se produjesen por allí, el Antonio de Céspedes en quien ahora se remiraba la parentela que un tiempo se deleitó esperanzada en el verbo florido y enjundioso de Cecilio, con esa complacencia compuesta de admiración y temor con que la familia venezolana había de congregarse a la sombra de la espada, era portador, además, de la premiosa y delicada encomienda de averiguar qué podría estar ocurriendo en la Casa Grande de La Fundación para que a unas cartas amorosas hubiese contestado Luisana con bruscas palabras de rompimiento.

Aurelia, muy especialmente, había cifrado, además, una tierna esperanza en la marcial apostura del comandante, insinuándole:

—Preséntatele en uniforme de gala. Tanto a ella como a Cecilio les agradará verte así.

Era indudable que en su simplicidad de espíritu, Aurelia confundía un poco el uniforme—por lo menos el de gala—con el disfraz vistoso; pero Antonio de Céspedes, que dentro de aquél tenía metido todo su espíritu, no incurrió, naturalmente, en semejante desacato de las ordenanzas y se presentó en la Casa Grande con el de campaña, como le co-

rrespondía, y que ya ejercía lo suyo en ánimos impresionables.

Mas fue a él a quien deslumbraron las apariencias, al primer golpe de vista. Luisana se había puesto el traje que más la adornaba, uno de la época anterior a su piadosa reclusión, intencionadamente elegido para aquella visita, ya anunciada, y tan habilidosa e inteligentemente refaccionado que conservaba la gracia de lo antiguo sin la fealdad de lo pasado de moda.

Antonio de Céspedes se sintió envuelto en la cariñosa atmósfera de la antesala de las Alcorta, en la casa solariega de Río Chico, las noches de más tierna memoria de sus amores tronchados por la adversidad. Y exclamó:

—¡Chica! ¡Qué soberanamente bien estás! Ese traje...

Y ella, interrumpiéndolo, perversamente:

—Es precisamente el mismo de cierta noche que luego fue llamada, durante algunos años, la noche del beso furtivo. ¿Recuerdas?

—¿A qué mencionar años cuando se trata de hechos eternos?—repuso el militar galante, apresurándose a dominar el desconcierto producido en sus filas por aquella inesperada embestida.

Y Cecilio el viejo, que en ese momento salía al corredor:

—¡Cuidado, joven Aníbal, con delicias de Capua!

Antonio de Céspedes no se había enamorado de ninguna otra mujer; mas, aunque en la familia se atribuía esto a nostalgias del amor a Luisana, la verdadera causa era su afición por las armas, cada día más absorbente, no habiendo ya nada que pudiese prevalecer contra su firme decisión de no cargar impedimentas que le obstaculizasen su carrera. En su espada llevaba ya todos sus amores y las presillas del ascenso eran la única conquista que lo interesaba.

Pero tenía un sector mal defendido de su línea de batalla y por allí cedió al halago de aquel intencionado adorno y de aquel malicioso recuerdo.

—Aquí no hay nada—díjose mentalmente, por los temores de Carmela y de Aurelia, quienes no se lo ocultaron—. Aquí todo está como antes.

Sin embargo, este mismo halago de su vanidad de hombre insustituíble en el amor de una mujer, fue un descuido inmediatamente enmendado con una maniobra envolvente.

—Vengo a ponerme a tus órdenes—díjole—. A las de todos ustedes, por supuesto, pero a las tuyas de una manera muy especial. Están ustedes demasiado aislados en esta casa, quizás expuestos a posibles contingencias peligrosas, o simplemente, desagradables y si quieres que se instale por aquí un cuerpo de tropas de mi confianza ...

Pero ella no lo dejó concluir:

—¡Tropas! ¡No, Antoñito! No distraigas las que te pueden hacer falta para tu custodia personal.

El Antoñito no le agradó al bizarro comandante y Cecilio el viejo le reforzó el disgusto con su intervención socarrona:

—¡Niña, niña! ¡Es nada menos que la sombra de la espada lo que estás rechazando!

A todo lo cual repuso el protector desairado, con una sonrisa irónica:

—¡Siempre usted tan ocurrente, tío Cecilio! Y siempre tú voluntariosa, querida prima.

—¡Vaya, vaya!—replicó el primero—. No lo tomes a mal, que no han sido sino travesuras del cariño.

Y Luisana, ya desahogada de aquel diminutivo que desde el principio le tenía dedicado, pero todavía dispuesta a causarle disgustos:

—Es que siento una repugnancia invencible por la gente de tropa. Huelen mal, son peor hablados y por lo general muy petulantes.

—Bien. Eres muy dueña de tus sentimientos, aunque no sea siempre muy agradable oírte expresarlos.

—Además...

—Además, iba a decir yo también, y permíteme que te interrumpa, fue galantería de mi parte el ofrecerte la custodia que rechazas. En realidad, ya dejé instalado el retén en la casa de la oficina, por imposiciones de mi deber militar, y ahora espero que Cecilio sea razonable y no me lo tome a mal.

—¿Sí? Pues siendo un hecho consumado, no hay más que hablar. Por mi parte, acato la disposición, un poco arbitraria, del comandante de las milicias de Barlovento.

Y la voz de Cecilio, allá dentro:

—Acatada también por la mía, querido Antonio. Y no hagas mucho caso de la aparente malignidad de Luisana.

Antonio dirigió la vista al postigo de la ventana por donde había salido aquella voz quejumbrosa, y dijo:

—Perdona, hombre, que todavía no haya pasado a verte. Esperaba que Luisana me lo permitiera.

—Quédate ahí y perdóname tú que no te invite a pasar. Ya te he visto y me has oído la voz, lo único presentable que todavía me queda.

Y Cecilio el viejo, apresurándose a romper el mal silencio que se había producido después de aquellas palabras:

—¿Y qué? ¿Cómo se prepara esa campaña?

—A tambor batiente—repuso fanfarronamente el orgulloso comandante—. Destrozar y capturar a Falcón y a Zamora será cosa de días, y en cuanto a lo de aquí, nada que en realidad merezca ser llamada campaña. Facciones, montoneras bisoñas, bochinches de negros... Como por todo el país, por lo demás. La opinión está con nosotros, como tiene que estarlo, y nuestras armas restablecerán pronto el orden.

—¿De veras lo crees así?—volvió a preguntar el Licenciado, inclinando la cabeza para mirar al interrogado por encima de sus gafas.

—¡Desde luego! No le quepa duda, querido tío. Esto no

es sino un bochinche pasajero, para emplear la palabra ya famosa del general Miranda. Yo, por lo menos, soy optimista.

A éstas, ya Cecilio el viejo había abandonado su asiento, pues nunca entraba en polémica sino andando de aquí para allá; pero aún hablaba el militar, cuando, plantándose por delante exclamaba:

—¡Cómo, cómo! ¿Pero no te das cuenta de lo que haces? ¿Qué manera de argumentar es ésa, citando opiniones desautorizadas por los hechos prejuzgados por ellas? Deja en paz al general Miranda y a su famosa equivocación. ¿Qué nos dio Patria sino aquello que él calificó de bochinche, en un rapto de despecho o por obra de su incomprensión de desarraigado?

—Pero no me negará usted que esto de ahora no puede calificarse de otro modo. De ahora digo, aunque ha empezado hace años. Un agente de policía que lejos de acatar una disposición razonable de un juez de paz procede a arrestarlo autoritariamente y a ponerlo en un cepo, en presencia de las turbas complacidas en el vejamen; un ciudadano que abofetea a otro juez que le intima orden de prisión, en uso debido de sus atribuciones legales; un militar sin decoro, un machetero, mejor dicho, que insulta y arrastra por los suelos a un gobernador que no le permite un negocio ilícito; amotinamientos de populacho al grito de mueran los blancos; ayer, esclavitudes que se sublevaban contra sus legítimos amos y les daban muerte atroz y hoy facciones que hacen la guerra del vandalismo. ¿Qué es todo esto, sino desorden, bochinche de la peor especie?

Mirándolo por encima de sus espejuelos lo había oído el Licenciado y ahora le replicaba así:

—¡Je, je, je! ¡Cuán cierto es que las clases conservadoras, muy sensatas en tiempos de rutina, pierden la cabeza y se vuelven irremediablemente torpes cuando comienzan a agitarse los de renovación! Claro está que ya el mismo epí-

teto de conservadores dice que a ustedes hay que ponerlos a un lado cuando se trata del porvenir; pero de todos modos es verdaderamente lamentable el criterio simplista con que acabas de juzgar los hechos citados. La inveterada y envanecida costumbre de menospreciar al pueblo no les permite a ustedes penetrar la esencia de los movimientos populares; se quedan en la apariencia de las cosas y ponen una naricita de todo me hiede que les parece muy aristocrática. Excepciones honrosas, por supuesto, entre las cuales mi cariño te reserva sitio de preferencia.

Y a la irónica inclinación de agradecimiento que le hacía el comandante:

—Para cuando demuestres habértelo merecido. Porque hasta ahora no te he oído sino majaderías. Todo eso que acabas de mencionar tiene un sentido mucho más profundo que el que le atribuyes. Son los últimos diques de la Colonia, edificada sobre el principio de autoridad vinculado a los sedicientes privilegios de origen divino del monarca, sobre la institución de la propiedad, también tenida como de origen sagrado y sobre la jerarquía de clases, como únicas formas de estabilidad social para aquellas gentes, que vienen resquebrajándose ante el ímpetu del movimiento popular desencadenado por la convulsión social de la Independencia. Ustedes lo califican de desorden y creen que todo el problema se reduce a devolverle al principio de autoridad su antiguo prestigio colonial. ¡Con su pan se lo coman!

Antonio de Céspedes se había encerrado en un mutismo desdeñoso; pero el Licenciado prosiguió impertérrito:

—Los conservadores de los primeros años de la República demostraron inteligencia, por lo menos para resolver el problema inmediato, rodeando al general Páez y quitándole así al movimiento popular la espada que lógicamente debió estar a su servicio y que lo hubiera hecho invencible; pero a los de ahora, si no se les ha ocurrido rodear a Zamora, para que la historia se repita—vieja afición a la ruti-

na—, es porque saben que el federal los dejaría con las cajas destempladas. Si de algún modo los dejara vivos.

—¡Bah!—hizo el comandante, faltando a su propósito de no rebatir—. ¡Zamora! Un incendiario vulgar.

—¿Incendiario has dicho? Pues ya puedes llamarlo la mano de Dios. "El fuego aparece cuando Dios ha decidido empezar un mundo nuevo y acabar con el antiguo", dice Séneca.

—A esas alturas...—dijo Antonio, socarronamente.

—¡Ah! A esas alturas hay que remontarse, mi querido comandante, para abarcar las cosas en su totalidad y en su profundidad. Haz la prueba y descubrirás cómo es hermoso, dramático y tremendo, pero hermoso, lo que visto al rasero del sectarismo intransigente te parece menospreciable.

Ya Antonio de Céspedes iba a levantarse para despedirse, pero en esto se oyó la voz que salía por el postigo:

—Cierto. Cierto. Es la democracia, nacida en los campamentos de la Independencia, que viene a conquistarse por las bravas lo que allí se le prometió y quienes debían cumplírselo no supieron o no pudieron o no quisieron hacerlo. Viene como la fatalidad, pero también como la esperanza: la tea del incendio en una mano y la otra extendida hacia el don inalcanzado. Es la barbarie—¿quién lo duda?—ya al asalto de la definitiva posesión de su feudo, mas no pudiendo suceder de otro modo, porque la acción civilizadora de los hombres que realmente hubieran podido intentarla, se perdió en abstracciones políticas sin llegar a la raíz honda y positiva de los males. Mundo aparte, estrato social de una cultura extraña, superpuesta a la barbarie nativa dejada intacta, los civilizadores—los civilistas en este caso—, imbuídos de preocupaciones teóricas, han hablado en un lenguaje que el pueblo no puede entender y nada de sorprendente tiene que les gane la partida el bronco machetero, que sí es un producto genuino de nuestro suelo violento, la Venezuela cuartel de la definición del Libertador. Pero cuando yo digo democracia

no me refiero a un simple sistema político, uno más para mañana entre el polvo de los siglos, sino a la posibilidad viviente de todas las hermosuras humanas que encierra el realmente dramático y tremendo corazón del pueblo. Yo fui de los esperanzados, hasta ayer no más, en que la obra de los civilistas realizaría esas posibilidades; pero si hoy no fuera un absurdo que yo abrigase esperanzas, tal vez las pondría también en la guerra. En ésta, que será encarnizada, sangrienta y devastadora como ninguna otra, se perderán riquezas precarias y vidas transitorias —¡ojalá se salve la tuya, querido Antonio!—, pero en ella podrán encontrarse los hombres a sí mismos, y esto es muy importante para la resolución de esta gran duda, que a todos nos asalta por momentos: ¿podrá o no podrá continuar existiendo este país?

Calló la voz quejumbrosa detrás del postigo, se miraron en silencio Antonio y Cecilio el viejo; pero en Luisana —antes frívolamente complacida en las desagradables cosas que el Licenciado le decía al comandante—las últimas palabras del personaje invisible habían producido un efecto que era una idea brillándole en los ojos, como los iluminan las que esclarecen las dudas y encienden la voluntad.

No se le escapó esto a Cecilio el viejo, quien se quedó mirándola interrogativamente. Ella sonrió, Antonio acabó por sentirse totalmente incómodo, se levantó y se despidió.

Cuando ya se hubo marchado, Cecilio el viejo formuló su interrogación:

—¿Qué nueva idea en la cabeza de las maravillas? Esa que te ha asomado a los ojos.

—A su hora sonará—repuso ella—. Ahora házmele compañía a Cecilio mientras me cambio este traje por el de montar y luego voy y vengo.

—¿Adónde? ¿Qué te propones, muchacha?

—A su hora sonará.

HÁGOTE CAPITAN

Cuando un alma no se ha detenido ante el sacrificio máximo que de su generosidad pueda esperarse tampoco se detiene cuando ya ha decido tomar para sí el don de la vida; mas como aquello no se realiza sino por modos de sublimación del egoísmo, de allá para siempre queda éste de alguna manera subordinado a una idea generosa. Pedro Miguel pudo haber ignorado que amaba a Luisana hasta que supo que ella había corrido peligro de la honra, seguida por *El Mapanare;* pero ella se lo había descubierto hacía tiempo y en cuanto a sus propios sentimientos recíprocos no se le escapaba que anduviese el amor en juego. Sólo que éste necesitaba para manifestarse por completo una subordinación de aquella especie.

La visita de Céspedes acababa de producir este efecto. Su antiguo novio no la había sustituído en su corazón y esto habría bastado para que ella no considerase imposible, o por lo menos absurda, una reanudación de aquellos amores, con la añadidura favorable de que la prueba de su extraordinario adorno había dado el resultado apetecido. Pero el comandante Antonio de Céspedes era un hombre ya hecho, que se había formado su personalidad y labrado su porvenir mediante esfuerzos propios, muy meritorios por lo demás; un hombre que ya estaba en su camino y no necesitaba andaderas. ¿Qué papel habría desempeñado ella al lado suyo, que de algún modo no fuese semejante al que le reservaba Carmela, con un cuarto destinado en su casa y sobrina cariñosa para que se la lidiase? La esposa para la procreación y el cuido del hogar y para completarle fuera de éste el adorno de su marcial persona, cuando con ella quisiera exhibirse, ella a un lado y al otro la espada. El ganaría sus batallas—cuando no las perdiese—, pero ella nunca oiría las dianas del triunfo. Allí no había obra; todo lo que debía

ser Antonio de Céspedes se lo había conquistado ya él mismo o continuaría procurándoselo.

En cambio, en Pedro Miguel había todo un mundo por crear. La materia prima era de calidad excelente, incluso su misma resistencia a ser moldeada desde afuera, conforme a un modelo extraño, que había hecho imposible la obra de desbastamiento emprendida por Cecilio, quien al fin hubo de desistir de su empeño en meter ideas suyas dentro de aquel espíritu; pero la que fuese emprendida desde adentro, para que de manera espontánea se desenvolviesen todas las íntimas formas posibles, encontraría sustancia maleable. Obra de entrañas maternales, que dan un fruto propio sin reproducción exacta. Y la madre postergada en la enfermera, postergando a su vez a la novia que no era del caso, decidió tomar el amor que ya era suyo sin esperar a que se le declarase.

Pero otros efectos se produjeron también por causa de la visita de Céspedes y fueron unas palabras de Cecilio, que ahora la llevaban camino del pueblo.

Hacía años que no se la veía por allí, y a la sorpresa que tenía que causar su aparición se añadió en seguida el escándalo: se presentaba sola y a caballo, como no era costumbre de señoritas bien miradas, tanto menos en las peligrosas circunstancias de montoneras ya en armas y soldadesca por dondequiera.

E inmediatamente comenzó a correr la murmuración por las calles y dentro de las casas.

—¡Chicas!—exclamó una de sus antiguas amigas, entrando desalada en la casa de otras que todavía lo eran—. ¡Asómense para que vean lo que viene ahí!

Y como esto sucedió en varias casas y los ánimos estaban en la expectativa de extraordinarios acontecimientos, allí mismo comenzaron a entornarse las entrepuertas y los postigos de casi todas las ventanas, detrás de las cuales espiaban los racimos de la curiosidad pueblerina.

—¡Chica! ¡Quién lo creyera! ¡Una Alcorta!

—¿Cómo que quién lo creyera? ¿No hizo siempre lo que le dio su gana? Que si entonces no se atrevió a tanto fue porque vivían sus padres.

—Y eso de una Alcorta tampoco es cosa de otro mundo, como para tragar tanto aire al nombrarla.

—¡Me parece!

—Lo que sí no puede negarse es que está buenamoza, como nunca lo fue en sus tiempos de buena solamente.

—Hay personas a quienes les asientan los sufrimientos.

—¡Los sufrimientos! ¡Escuchen a ésta desayunándose con aire! ¿No serán otras cosas más bien?

—¡Quién sabe!

Ella no podía oir estas malicias que levantaba a su paso, pero se las imaginaba, inclusive peores, pues ya iba observando que casi todos los postigos de las ventanas estaban entreabiertos, y avanzaba sonriendo para que todas sus amigas—de mucho traje refaccionado y mucho enfermo asistido—y también las que no lo fueron, viesen que se le importaba muy poco de murmuraciones a mansalva.

Y no faltaron entre éstas las que aludiendo a la conseja que hasta allí había llegado:

—¡Asómense para que vean a La Blanca—decían—apareciéndose en público y a mediodía en punto!

—¿Qué vendrá a buscar por aquí?

Era la pregunta que se iba haciendo toda la población escandalizada y la que se hizo el comandante de Céspedes, que en ese momento bajaba de su caballo ante la puerta del cuartel donde estaba organizando sus milicias.

Pero ni aun a él se dignó ella mirarlo. Y atravesó toda la población por la calle real donde estaba su casa de antes, cerrada y ya amenazando ruina.

—¡Miren!—exclamaron más allá las empostigadas—. Como que va para la iglesia.

—Para la iglesia no será, porque ya está cerrada.

—O para la casa parroquial. Ya se apea en la puerta. ¡Y con qué desparpajo! Como si hubiera nacido a caballo.

—¡Hum! ¡Esto me huele a matrimonio! Y ya sospecho con quién.

Y el padre Mediavilla, que acertaba a salir de su habitación para dirigirse al comedor donde ya le esperaba el almuerzo, sonándose las peludas narices en un gran pañuelo a cuadros, se quedó con éste aplicado donde ya no lo necesitaba, mientras recogía los párpados en ayuda de su vista escasa.

—¡Qué veo!—exclamó por fin—. ¡Doñita Luisana Alcorta honrando mi humilde casa! Entra, hija. Pasa para la sala, que es modesta, como todo lo de este humilde servidor de Nuestro Señor.

—No es propiamente al servidor de Nuestro Señor a quien vengo a visitar—dijo ella, ocupando ya el asiento que le ofrecía

—¿A quién, entonces?

—Al otro. Al del hisopo de plomo.

El cura la miró de hito en hito, y ella agregó sonriendo:

—No tenga cuidado, Padre. Ya supongo que esos oficios los celebre usted ahora más clandestinamente que antes, cuando aquellos catecismos de las mazorcas.

—A los que nunca quisiste asistir, por cierto. ¡Sí, sí! Ya recuerdo que eras la ovejita arisca, siendo de las mejores de mi rebaño, si no la mejor de todas. Siempre lo he dicho, hijita. ¡Ya quisieran otras que a esos catecismos asistían, tener la gran virtud de Luisanita Alcorta! Por cierto que ya las fajinas de ahora no son como aquéllas, tan animadas. ¿Recuerdas?

—Pero ¡si usted mismo acaba de decir que yo no asistía a ellas!

—¡Es verdad, hija! Mira cómo está mi cabeza. Los años, hijita, los años. Y de tu pobre hermano, ¿qué me

cuentas? Hace tiempo que estoy por ir a verlo. ¿Acaso necesite de mis...?

—No. No es a eso a lo que vengo. Le repito que esta visita no es para el cura de almas, sino para...

—El del hisopo de plomo. ¡Sí, sí! Ya lo habías advertido. ¡Je, je! Y ¿quién te contó eso, Luisanita? Ni me acordaba yo de esas bromas mías de entonces. ¡Cosas de aquellos tiempos felices!

—¿Y de los actuales no?

—¡Malos son, hija! ¡Malos son! Esta fulana guerra que vuelve a trastornarlo todo. Si Dios no mete su mano no sé qué irá a ser de nosotros.

—Déjese de disimulos conmigo, Padre Mediavilla. Ya supongo que lo tengan a usted muy vigilado, sobre todo desde que anda por aquí el pavo real de mi primo Antoñito, hecho todo un comandante; pero en mí puede tener confianza. Vengo a pedirle un favor y espero que no me lo negará.

—¡A ver! ¿En qué puedo servirte?

—Necesito uno de esos despachos de grados militares que usted está distribuyendo entre sus amigos los liberales.

—¿Qué estás diciendo, criatura?

—¡Sí, sí! Esos despachos firmados por el general Falcón, para conquistarse adictos a la causa federal. Si ya ve usted que estoy enterada, ¿para qué fingir más?

—¡Cuaj, cuaj, cuaj!—prorrumpió la franqueza campechana—. ¿Te lo contó tu tío el Licenciado? ¡Qué lengua larga el muy bribón! Por cierto que hace tiempo que no viene por aquí. Dímele que no se pierda tanto, porque aunque librepensador y qué sé yo cuántas cosas más, me gusta pasar el rato aprendiendo de su sabiduría. Aquí venía siempre cuando...

—Permítame que lo interrumpa, Padre. ¿Qué me contesta a lo que le he pedido?

El clérigo se rascó la tonsura, siempre en barbecho, pero ahora entrecana y luego:

—Tienes razón, Luisanita. En ti puedo confiar. Ahí tengo un buen fajo de esos papelitos milagrosos con los cuales vamos a parar nuestro ejército, que tendrá pocos soldados, pero oficiales a montón. Después de todo los que tienen la culpa son los godos, que quieren continuar con su Academia de Matemáticas regateando los ascensos. Nosotros somos liberales como ya lo dice la palabra y a todo el que quiera un grado se lo damos, o se lo vendemos, que viene a ser lo mismo. Si eso nos gusta a los venezolanos, por qué contrariarnos la índole, ¿verdad, Luisanita? ¡Cuaj, cuaj, cuaj! Pero me he apartado de mi objeto, que era preguntarte para qué quieres ese despacho. ¿No será para ti, seguramente?

—Para Pedro Miguel.

—¡Ah! ¡Acabáramos! ¿De modo que piedras traía el río que sonaba?

—Lo que significa que...

—¡Sí, hijita! ¿Para qué negártelo? Hasta mis oídos han llegado murmuraciones que andan corriendo por ahí. ¡Cosas de las beatas, que ya sabes que se pintan para eso! Hasta llegaron a decirme que yo debía ir por la Fundación a meterte en cintura. Pero yo les repliqué con estas palabras: —¡Ya desearían muchas de ustedes tener la virtud que adorna a esa mantuanita! ¿Que no viene a la iglesia hace años? ¡Eso qué importa! Yo no tengo sabido que Cristo fuera a ninguna, como no con un mandador en la mano. Primero es la obligación que la devoción, y la que ella se ha impuesto es cristianísima. ¡Amor, abnegación, caridad!

—Basta, Padre, que va usted a hacerme incurrir en pecado de soberbia.

—¿A ti? Así me las den todas, para que vea San Pedro que no hay cura que arree más almas para el cielo que Rosendo Mediavilla. Con todo y el hisopo de plomo. Pero volviendo a tu asunto. Conque ¡para Pedro Miguel! De coronel

para arriba le daría yo con gusto ese despacho; pero como esto es pequeño aquí no damos ascensos sino hasta capitán.

—Es suficiente. Los otros, si para algo le han de servir, que se los gane él.

—Pero, explícame una cosa que no acabo de comprender. ¿Es tu novio Pedro Miguel, como se dice por aquí?

—Mi enamorado, por lo menos.

—¿Y tú misma vienes a allanarle este camino? Es el de la guerra, Luisanita.

—¡Claro está!

—Pues es la primera vez que veo a una mujer queriendo de ese modo.

—Es muy sencillo, Padre. En las circunstancias nuestras no hay sino una de dos: o que Pedro Miguel acepte el beneficio de mi posición económica, o que yo renuncie a ella diciéndole: contigo, pan y manteca. Pero ni yo soy de las que así pueden decirle a un hombre, ni él es de los que aceptan casarse con una mujer rica, o que lo parezca, siendo ellos pobres.

—Tienes razón. El es de los que quieren debérselo todo a sus esfuerzos propios. Esa ha sido siempre mi opinión respecto a *El Cachorro*. Pero quedaría otro camino todavía, Luisanita.

—¿Trabajar? ¿Labrarse una fortuna por lo menos igual a la mía? Eso nunca es tan fácil como decirlo y por ahora casi imposible. Lo primero que se le ocurriría, corriendo los tiempos que corren, sería lanzarse a la guerra. Esto lo he comprendido al oírle decir a Cecilio, hace poco, que en esta guerra los hombres se encontrarán a sí mismos.

—Es verdad. Y tú quieres que si ha de lanzarse a ella de todos modos, no entre como soldado raso, ¿no es así?

—No es por eso solamente. Pero de esto que voy a decirle no haga uso nunca.

—¡Secreto de confesión!

—Yo quiero que Pedro Miguel me deba algo a mí al

lanzarse por ese camino, si es que no encuentra otro, para que no se aparte del bien en que yo quiero verle siempre. De otro modo, toda obra suya desde el principio, ¡quién sabe lo que de él puede hacer la guerra!

—¡Es cierto, muchacha! Bien pensado lo tienes todo, ya lo veo. Y no hay más que hablar. Ya te voy a extender ese despacho milagroso, firmado por el propio general Juan Crisóstomo Falcón, primer jefe del Movimiento Federalista Nacional, como rezan sus títulos.

Abrió el escritorio donde los tenía en un cajón secreto, lo extendió a nombre de Pedro Miguel Gomárez y se lo entregó a Luisana, diciendo:

—Ya tu enamorado es capitán de los ejércitos federales. ¡Si no sabrá el general Falcón dónde le aprieta el zapato! Y tu primito el comandante Céspedes, muy orondo por ahí organizando sus milicias. ¡Je, je, je! ¡Ya estás servida, Luisanita! Di después que no somos verdaderos liberales: esos despachos se venden, pero para ti no vale nada. ¡Y que Dios te saque con bien de tu empresa, muchacha!

Y cuando ya ella se había marchado:

—¡Qué mujercita! La verdad es que espíritus de ese temple no se dan sino entre los conservadores. Pero ¡ya ésta es nuestra!

UNA DECLARACIÓN DE AMOR

Sólo un alma trabajada a fondo por las fuerzas creadoras de la vida podía experimentar lo que en la suya sintió Pedro Miguel al descubrirse enamorado de Luisana; sólo un corazón totalmente sensibilizado por la experiencia del odio era capaz de estremecerse hasta la fibra más recóndita cuando de pronto se hallaba poseído del amor. Sintió que el destino insistía en escoger otra víctima para llevar adelante una obra ya iniciada, que su vida dejaba de pertenecerle desde aquel momento para formar parte de un plan ineludible, y se asustó de que esto ocurriese junto con un desbordamiento

de dulzuras interiores nunca imaginadas. Y esto lo hizo emprender aquella fuga, tan inútil como la de quien huye del rayo cuando ya ha estallado.

Pero su dramática condición de víctima no provenía de enajenamiento de la voluntad en un instante de ofuscación de apetitos. Ya este salto sobre abismos había sido dado y ni siquiera lo recompensaría el destino con una gracia de embelesos. Lo suyo era avanzar, drama adentro, a conciencia plena de lo tremendo y de lo inevitable. Ahora el plan necesitaba de su albedrío y se lo dejaba libre para que de él hiciese todo el uso que era menester.

Empezó a gastarlo allí mismo—que no solamente a emplearlo—con proyectos de evasión. Se marcharía de la hacienda ese mismo día... Pero dábase la coincidencia de que ese día faltaban casi todos los peones y Cecilio pensaría que era plan concertado con ellos... Lo dejaría para el siguiente. Pero entonces fue una plantación donde el cacao corría riesgo de perderse si no era recogido en seguida...

Se dedicó a ello para no dejar trabajos pendientes y concluída la recolección ya venía pensando en otras faenas que todavía reclamaban su presencia cuando al regresar a la oficina se encontró con la novedad del pelotón de tropas instalado allí *manu militari*.

Pidió explicaciones al oficial y cuando éste le respondió:

—Cumplo órdenes de mi superior, el comandante Antonio de Céspedes.

Fue un maretazo la vuelta del recuerdo oprobioso. Ya había desaparecido de su mejilla la cicatriz de aquella herida de fusta y hacía años que no acudía a su memoria la enconada amargura de su primera juventud, olvidado ya de que todavía existiera Antonio de Céspedes.

Una tufarada de sangre le encendió el rostro al oir este nombre. Por fin hallaba otra vez sus rencores de antes, mas no como entonces, impersonalizados en la abominación del mantuano como casta social, sino contra uno determinado,

aquel de los bigoticos presuntuosos que inesperadamente volvía a atravesársele en su camino. No ignoraba que había sido novio de Luisana, y al saber que estaba por allí presumió que hubiese venido a reanudar sus amores. Pero a los celos acerbos se añadió en seguida el sentimiento de su inferioridad y abandonándose a ellos pasó a la oficina a arreglar, una vez más, los papeles de las cuentas que debía entregarle a Cecilio, mientras se hacía estas reflexiones:

—Bien merecido me lo tengo por no haberme ido desde el primer momento. Esto ha sido hecho de acuerdo con Cecilio. Por no despedirme, francamente, le habrá propuesto al primo que me meta aquí esa tropa, de modo que yo comprenda que estoy de más y coja mi camino... Como si lo estuviera oyendo... Y ella, encantada, naturalmente... ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió recoger ese cacao, que bien podía haberse quedado en las matas!

Entretanto, Juan Coromoto sostenía con el negro Tilingo esta conversación destinada a que la oyese Pedro Miguel:

—El sargento no es cuestión. Yo lo conozco bien y sé que no pué está a gusto en las filas gobierneras. Contimás, que debiéndole favores a quien se los debe...

Al decir esto guiñó un ojo por Pedro Miguel—ocupado en organizar sus papeles—, y agregó:

—Y agradeciéndoselos como se los agradece, no digo esa pará tira si se la propone.

—¡Claro! ¿Muerto, quieres misa?... ¡Umjú!... ¿Pero y el capitancito, compae Coromoto? Ahí tá la dificultá.

—De ése me encargaría yo. Dicen que es buena muerte la del dormío desprevenío.

—¿Usté mismo, compae Coromoto? ¿Asina es la cosa?

—O los propios soldaos dél.

—¿Cree usté que se atrevan?—insistió el negro Tilingo en sus preguntas, con las cuales hacía su papel para que Co-

romoto pudiera exponer el plan que así le estaba insinuando a Pedro Miguel.

—¡Ah, caramba, compae! Tropa es tropa y hace lo que le mande el sargento. Contimás que Quiñones es uña y carne con sus soldaos.

—¡Umjú!—hizo Tilingo—. Pero digo yo que quizá sea muy juerte pa ciertas personas eso de matá al dormío desprevenío, como dice usté, compae.

—O se amarra. El to es que a la cabeza de esa tropa y con la gente que se le reúna, que no bajarán de otros veinte hombres, esté mañana o pasao, primeramente Dios, un hombre de esos que tienen tanto pueblo que cuando van a un baile de diablos, en una comparación, to el mundo no hace sino quedase mirándolos.

—Y de esos a quienes se les ve por encima que son de los que empujan palante, a su hora y punto.

—Contimás si desde muchachos ya estaban diciendo: hay que echase al monte con la guerra por delante.

—En una palabra, ¿de esos que no le dan la espalda a los suyos?

—Sí, señol. Usté lo ha dicho, compae Tilingo.

Mas Pedro Miguel parecía no haberlo oído, y así que terminó de arreglar sus papeles, se los metió en el bolsillo y abandonó la oficina.

Juan Coromoto lo acompañó hasta donde lo esperaba su cabalgadura y cuando ya metía el pie en el estribo le dijo:

—¿De modo que nos abandonas, Pedro Miguel? ¡Y nojotros que nos habíamos hecho la ilusión de que podíamos contá contigo pa la pará que se nos está dando con esta tropa que nos han mandao! Mejor dicho: que estamos dispuestos a tirala detrás de ti, si te resuelves a cogé el camino que están cogiendo tos los hombres bragaos.

Pero en el alma de Pedro Miguel reinaba el despecho y ni aun a esto respondió palabra.

Acertó a desembocar al callejón que conducía a la Casa

Grande a tiempo que por allí pasaba Luisana, de regreso del pueblo. Quiso evitar el encuentro, pero no le fue posible, y antes de que ella le hablase le preguntó:

—¿Está Cecilio en la casa?

—Seguramente—respondió ella, sonriendo a la visible turbación del que hacía preguntas ociosas—. ¡Cuánto no lo está, el pobrecito!

—Voy para allá porque tengo que hablar con él.

—Ya suponía que algo te traía por aquí.

De momento nada más halló que decir Pedro Miguel y como Luisana aún sonreía, en seguida a él le pareció que el silencio ya se había prolongado demasiado y por romperlo de cualquier modo se le ocurrió preguntar:

—Viene de visitar a su novio. ¿Verdad?

—¡Ja, ja, ja!—rió ella, y luego repuso—: ¿No sabes que las señoritas bien educadas no acostumbran visitar a sus novios?

—Pero como el suyo está en un cuartel...

—¡Hombre! ¡Verdad! Siendo así he debido visitarlo. ¡Ja, ja, ja! ¡Lo que se le ocurre a un tímido cuando se decide! Tranquilízate, Pedro Miguel. Ni vengo de visitar a quien te imaginas ni a ese respecto tengo por qué darte explicaciones.

—Y como yo tampoco se las estoy pidiendo...

—Pues no tengo por qué decirte que Antonio de Céspedes no es novio mío. Lo fué. En pretérito perfecto.

—¡Jm! Ustedes las mujeres se desviven por unas charreteras.

—¿De veras? Pues cualquiera creería que son ustedes los que se desviven por ellas, puesto que son quienes se las ponen.

—A mí, por lo menos, me inspiran risa.

—Averigua si tras de esa risa, que por lo demás no se te ve en la cara, no habrá un poco de envidia.

—¡Envidia! ¿Y con el camino que ya está abierto para

que todos los que las desean puedan ganárselas prontamente?

—No querría yo verte con ellas.

Pedro Miguel dio un respingo que lo hizo sofrenar la bestia involuntariamente:

—¿Y si me diera la gana de echarme al monte ahora mismo a buscármelas?

—¡Allá tú! Faltaría saber, en todo caso, si serías capaz de regresar con ellas.

—¿Es que se imagina que soy menos hombre que ese militar de Semana Santa?

—En todo caso, repito, me quedaría yo diciéndome: allá va Pedro Miguel buscándose unas charreteras para hacerse persona.

—¿Cree que no lo soy ya? ¡Dígamelo de una vez!

—¿Te interesa mucho saber lo que yo piense de ti?

—Quizás ni mucho ni poco.

—Sin embargo—insistió ella—, me has hecho una pregunta y debo responderte. Quien te llama no te engaña.

El acabó de perder el aplomo que pudiera quedarle y repuso:

—Le advierto desde ahora que a mí no me embojotan mujeres.

—Y yo a ti que no vengo buscando amos que me tiranicen.

A lo que él, comprendiendo que había dado un paso decisivo contra su voluntad:

—¿Pero a qué viene todo esto? ¿Qué necesidad tenía yo de hacerle a usted esa advertencia?

—Eso me pregunto yo también.

Cabalgaron otro rato en silencio, Luisana sonriendo y él mirándola de reojo de cuando en cuando, hasta que ya cerca de la Casa Grande a él se le ocurrió preguntarle:

—¿Quiere ir de una vez a recibir las plantaciones de La Fundación de Arriba que le faltan por recorrer?

—Ahora no—respondió ella—. Cecilio debe de estar es-

perándome para almorzar. Pero esta tarde, si quieres, ven a buscarme.

—Será tarde ya.

—U otro día. No tengo prisa.

Pedro Miguel reflexionó unos momentos y luego, deteniendo su bestia:

—Vamos a salir de esto de una vez. He convenido en acompañarla hasta acá...

—¿Quién te lo pidió?—replicó ella—. Sola venía y sola pude continuar.

—Quise decir otra cosa; pero usted entiéndalo como mejor le parezca. Quise decir que vengo a entregarle a Cecilio las cuentas de la administración de la hacienda y a comunicarle que me marcho hoy mismo.

—¿De veras? ¿Y adónde piensas ir?

—Adonde me lleve el primer camino que coja.

—¿El de las charreteras?

—¡Eso es cosa mía!

—¡Ya me lo esperaba! Vas a lanzarte a la guerra, como todos los que necesitan encontrarse a sí mismos. Eso es cosa tuya, como dices. ¡Muy bien! Y para que te convenzas de que no me coge de sorpresa, mira esto.

Y le entregó el despacho de capitán que para él acababa de obtener.

—¿Qué significa esto?—inquirió él, clavándole la mirada, después de haber leído.

—Ahí lo dice. Que ya eres capitán del ejército federal. Te lo manda el Padre Mediavilla.

—¿Me lo manda él o fue a pedírselo?

—¿No significa lo mismo, al fin y al cabo?

—¡Que se lo imagina usted! Pero ya voy a sacarla de su confusión. Si me lo mandara el Padre Mediavilla, aun no habiéndoselo exigido, tal vez doblaría este papel y me lo guardaría en el bolsillo, para lo que más adelante pudiera servirme; pero como ha sido cosa de usted y sin mi

consentimiento, mire lo que hago con él. Volverlo trizas y tirarlo al monte.

Esto lo oyó y lo presenció Luisana como cosa esperada, en la que se complaciera y luego dijo:

—Bien. Quieres debértelo todo a ti mismo. ¿No es eso?

—¿Le interesa mucho saberlo, le pregunto yo ahora?

—En realidad, ya lo suponía. Y no me disgusta.

Pero en aquel cálido brillo de sus ojos había algo que no debían ver los de Pedro Miguel, mientras algo tuviese que mostrarle todavía el odio, aún en su hora tremenda.

—Bastaba ya con que a mí no me disgustara—díjole, ásperamente.

Y sacándose en seguida del bolsillo los papeles destinados a Cecilio:

—Mire, señorita, siga su camino sola y hágame el favor de entregarle esto a su hermano. Es la rendición de cuentas de mi administración y espero que él, o la persona a quien él comisione, encuentre las cosas tal como dicen esos papeles. Y que me despido de él.

—¿Así, solamente, Pedro Miguel? ¿Sin una explicación? ¿No te merece Cecilio otra conducta?

—Ya él se lo explicará, si no tiene mala memoria.

—Bien. ¡Qué se va a hacer! Te marchas, a pesar de todo. Huyendo de ti mismo.

—¡Huyendo de usted! ¿Era eso lo que quería oir? Pues ya está dicho.

Y volvió grupas, camino de la oficina otra vez.

Luisana se quedó mirándolo alejarse. Luego continuó el suyo.

A la mañana siguiente, muy temprano, llegó Cecilio, el viejo, con la noticia:

—*Alea jacta est!* Anoche se alzó Pedro Miguel con el pelotón de Antoñito de Céspedes. Además, toda la peonada se fué con él.

Cecilio, el joven, ya con un libro en las manos, en busca

de un párrafo que debía citar en el suyo, por fin cerca de su término, lo dejó caer sobre sus piernas, cerró los ojos, inclinó la frente y se la apoyó en la diestra.

Luisana salió al corredor, alzó la vista a los montes lejanos, suspiró hondamente, alzó los brazos... Y fue el mismo ademán de aquella otra mañana sobre la piedra de las aleluyas.

CUARTA JORNADA

I

LA FURIA

Ya estaba en pie de guerra la Venezuela cuartel. En el plano superficial de los acontecimientos históricos donde actúan los hombres, como individualidades responsables de sus propias apetencias, materiales o espirituales, era la pugna política de los liberales contra los oligarcas por la conquista del poder; pero en lo hondo y verdadero de las cosas obedientes a la voluntad vital de los pueblos, sería el duelo a muerte entre la barbarie genuina en que continuaba sumida la masa popular, con sus hambres, sus rencores y sus ambiciones, y la civilización de trasplante—códigos y constituciones aparentemente admirables—en que venía amparando sus intereses la clase dominadora.

Apurando ya el cinismo político que habrían de practicar los liberales, para no parecerse en nada a los circunspectos conservadores, personajes destacados de aquéllos no tuvieron reparos en confesar que, trocadas las circunstancias de pura formalidad, así como levantaban la bandera de federación habrían enarbolado la de centralismo; pero si esto hubieran hecho, no correspondiendo de ningún modo la fórmula política a la esencia íntima del movimiento, otra habría sido quizá la suerte de la causa liberal.

—Federación es el monte contra la ciudad—explicarían sus paladines más representativos, broncos macheteros de extracción popular, casi todos.

Mas si al expresarse así demostraban su absoluta ignorancia de la significación del término, en cambio acertaban con la naturaleza de la cosa íntimamente sentida. Lo disperso y ya penetrado de tendencias disolventes, el ancho campo venezolano, desierto salpicado de hombres fieros de sí mismos, contra lo centralizador y disciplinario que implica la ciudad. Y entendida así la federación y por otra parte confundida con democracia, aquélla tenía que ser forzosamente la bandera del movimiento, cuya característica fue la facción anárquica que allí mismo brotó de cada palmo del suelo venezolano.

Persiguiendo reivindicaciones sociales, aunque por entre las nieblas de la falta de ideología verdadera y por los extravíos del exterminio, fue la guerra contra el propietario y contra la gente de pro, toda incluída en la abominación de blanca o de mantuana, para aniquilarla y destruir la propiedad que la hacía fuerte. Se ofrecía ésta a las clases menesterosas como banderín de enganche, mas por donde pasaba la montonera no quedaban sino escombros y tierras asoladas. Se simulaban decretos del gobierno restableciendo la esclavitud, a fin de que todos los que habían gemido bajo sus cadenas corrieran a ponerse en armas contra los antiguos amos y a las guerrillas se incorporaban las peonadas, después de haber contribuído a la matanza de los propietarios o de sus mayordomos, quedando las mujeres con el beneficio de las tierras, prácticamente ya sin dueños. Se entraban a saco los pueblos para arruinar a los comerciantes y luego se entregaban a las llamas, a fin de que no quedase blanco con techo que lo abrigara. Se pasaba a cuchillo a todo el "mantuanaje", incluso las mujeres y los niños, muchas veces. Cuando un jefe de tropas federales destacaba a un subalterno con el encargo de tomar una plaza, ya solía recomendarle:

—No olvide la importante operación de arrasarla, si no se le rinde a discreción.

Y el pueblo—aquel que no podía entender el lenguaje de los civilizadores abstrusos—oía en estas órdenes palabras complacientes de sus hambres y sus rencores. Eran hombres diáfanos—carne de pueblo y espíritu de represalias—quienes las pronunciaban y la montonera obedecía sin contemporizaciones.

Se incendiaban las haciendas, se arrasaban los plantíos, se hacía hecatombes en los hatos y por los innumerables caminos de los llanos y por todas las quiebras de las serranías se deslizaba el fantasma del terror.

—Es Boves que vuelve—decían los ancianos, que habían presenciado el paso de las hordas del realista espantoso—, llamándose ahora Ezequiel Zamora.

Era éste el hombre en quien podía complacerse el espíritu personalista y en cierto modo mesiánico del pueblo venezolano. El caudillo popular cuya figura se agigantó desde los mismos comienzos de la guerra. Como Boves, arrastraba las masas en pos de sí, pero el hierro implacable del asturiano traía ahora añadido el fuego. Araure desaparecía bajo las llamas, Guanare se convertía en escombros humeantes... Zamora no daba cuartel y su silueta aquilina se desmesuraba en el ánimo del pueblo contra el resplandor del incendio que iba sembrando a su paso, en marchas y contramarchas desconcertantes para el enemigo, haciendo así la guerra alegre de la astucia junto con la trágica de la devastación.

Era, sin duda, el caudillo convencido de la justicia de su causa, aunque sin ahondar en el espíritu de ésta. Poseía la capacidad militar que se obstinaban en negarle los envanecidos oligarcas de la Academia de Matemáticas, era dueño del don de la fascinación de las multitudes y tenía el temple férreo, necesario en la mano que hubiese de reunir en un haz todas aquellas montoneras dispersas y anárquicas. Le faltaba, en cambio, la capacidad constructiva que sólo podía darse en un civilizador, hombre de ideas integrales, así fuese

la espada lo que empuñase su diestra; pero aun así habría sido la cabeza de la furia que no había de tener sino brazos exterminadores y no bien se había difundido la tardía noticia de Santa Inés, que era ya su apoteosis, cuando corrió la de su muerte, en San Carlos, por una bala sobre cuya procedencia se formarían leyendas.

Pero la revolución federal tenía raíces profundas en cada palmo de la tierra venezolana y ya podían morder el polvo, uno tras otro, los hombres en quienes se complaciese aquel espíritu mesiánico y ser derrotados los ejércitos o exterminadas las facciones, porque en seguida éstas reaparecerían, aun sin jefes, más encarnizadas y sañudas. Al monstruo de la furia sin cabeza le nacerían brazos, mientras hubiese algo que convertir en escombros.

¡AQUEL SILENCIO!

Un pueblo por donde no transita un alma, cerradas todas las puertas. Lo alumbra la luz siniestra de un sol sin brillo, cernida a plomo a través de una atmósfera saturada de humo, con pavesas del incendio de las sabanas circundantes, que todavía caen sobre los tejados y en las aceras, donde juegan con ellas soplos intermitentes de un aire abrasador. Pesa sobre él un silencio trágico, angustia de la catástrofe que por momentos se aguarda, apenas pasado el peligro de aquellas candelas que hasta allí se propagaron.

Hace poco se ha oído un toque de corneta que viene acercándose y se sabe que un pelotón de caballería del gobierno, apostado en uno de los extremos de la calle real —la única que atraviesa la población—, espera el ataque de un cuerpo de caballería federal que avanza por el camino que se desprende del otro extremo de aquélla. No ha salido a darle pelea en las sabanas del contorno porque monta bestias cansadas con las que se expondría al riesgo de ser envuelto por el enemigo—gente más llanera, además—, pero,

sobre todo, porque el jefe está encolerizado con los vecinos, de quienes no encontró caballerías para reemplazar las suyas y se ha propuesto hacerles correr los peligros del combate en poblado, ya que, por otra parte, el incendio de las sabanas le cortaba la retirada.

Todas las puertas están cerradas y atrancadas, no sólo las que dan a la calle, sino también las de las habitaciones interiores, donde las mujeres rezan ante los santos colgados de las paredes, con los niños temblorosos prendidos a sus faldas, mientras los hombres que no han podido huir de la población—los ancianos principalmente—se pasean de un extremo a otro, cabizbajos y con las manos cogidas a la espalda, conteniendo sus personales temores con sus zozobras por la familia en peligro.

Pero en una de las casas de aquel extremo de la población un niño se ha aventurado a asomarse por la hendija de un postigo de la ventana, mientras la madre, en su angustia mortal, no se da cuenta de que no lo tiene consigo.

Allí el trágico silencio es interrumpido entre ratos por el piafar de las caballerías del pelotón, por el sonido metálico singularmente perceptible de los arneses o del choque de las lanzas en el aire, y por las palabras entrecortadas y con sordina de sobresalto que de cuando en cuando pronuncian los jinetes pálidos. Y el niño se fija en uno que tiene un bozo de miedo, morado, en medio de la palidez profunda del rostro imberbe y cuyos ojos grandes—que así no debía tenerlos siempre—miran fijamente hacia el extremo opuesto de la calle desierta. Es otro niño, casi, y el que está tras el postigo siente su pequeño corazón invadido por una gran simpatía y una inmensa amargura.

De pronto suena otra vez el toque de corneta, ya en la entrada del pueblo.

—¡Firmes!—ordena el jefe del pelotón.

Los jinetes se enderezan sobre los estribos, teniendo en

alto sus lanzas y el niño del postigo observa que hay una, arriba, que se mueve más que las otras.

En seguida se oye un tropel de caballerías, por donde las esperaba el pelotón inmóvil, cuyo jefe ordena:

—¡Lanza en ristre!

Y luego, con un hablar calmoso, espantosamente lento ante la velocidad de la muerte que viene contra ellos:

—No son tantos como nos imaginábamos, muchachos. No será muy desigual la pelea. ¡A la carga contra ellos!

Resuena el estrépito del arranque de las caballerías y entre la polvareda los del gobierno se lanzan al encuentro de los federales.

Cesa de pronto el galope de los caballos, cuyos pechos retumban en el choque brutal, y cesan también los vivas respectivos y los insultos de los combatientes, unos a otros, a fin de que sólo se oiga el trabajo de la muerte, en el chasquido de los sables y de las lanzas que ya se hundían en carne sangrante. Esto y el espantoso silencio del pueblo, a puertas cerradas.

De bando y bando, ya caían desarzonadas las víctimas de la matanza, profiriendo apenas pugidos de muerte y pronto comenzó a ceder el pelotón del gobierno ante el empuje arrollador de los federales.

Ahora el combate se desarrollaba precisamente frente a la ventana del postigo entornado y el niño veía el hierro hundiéndose en la carne y la sangre saltando a chorros y los rostros palideciendo hasta la blancura espantosa; pero no oía ruido de ninguna especie, sino un silencio escalofriante; cual si bestias y hombres y armas no fueran masas que chocasen, sino sombras incorpóreas de una pesadilla monstruosa.

Veía, ojos toda su alma. Veía ahora nada más que el rostro, horriblemente pálido del otro niño, con rocío de sudor en el bozo morado. Allí mismo, en la acera, junto al postigo ya completamente abierto... No vio la lanza cuando

le penetró en la carne, ni el borbotón de la sangre que por la herida se le precipitó fuera, pero sí los ojos llenos de lágrimas y el gesto, los pucheros que hacen los niños cuando van a romper en llanto...

Por fin, la madre se dio cuenta de que el suyo no estaba con ella y buscándolo por toda la casa lo encontró asomado al postigo completamente abierto, rígido, como el que ya estaba tendido en la acera, desemblantado y con los ojos saliéndosele de las órbitas.

Lo quitó de allí y se lo llevó en los brazos, llamándolo por su nombre, sacudiéndolo para que volviese en sí, mientras él continuaba mirando el combate de sombras espantosas que manaban sangre y los pucheros del soldadito imberbe cuando la lanza le traspasó el pecho.

Luego, recuperada el habla, empezó a murmurar sordamente—y así estuvo todo el día:

—¡Ese silencio! ¡Ese silencio!

AQUELLA VISIÓN ATROZ

Otra población por donde acababa de correr la noticia inquietante de que se acercaba un cuerpo de tropas federales derrotadas por el gobierno, que era cuando se volvían más temibles para la gente pacífica. Los hombres habían huído a esconderse en los montes de los alrededores y en las casas no quedaron sino las mujeres, los niños y los viejos valetudinarios que no estaban para carreras. El comercio cerró y atrancó las puertas, pero la pulpería de la barriada denominada Pueblo Abajo, propiedad de la viuda Manuela de Fuentes conservó abiertas las suyas.

Manuela era una mestiza buenamoza, todavía joven aunque madre de cinco hijos, el mayor de los cuales, que llevaba su nombre, cumplía ya los doce y no hacía mucho que había perdido al marido por causa de aquella misma guerra; pero era también una mujer enérgica que sabía

amarrarle la cara a la soldadesca que se le metiese en la pulpería, al frente de la cual se hallaba desde que quedó viuda, ayudada por Manuelito, el hombre de la casa.

—¿De qué vale cerrar las puertas—se había dicho—si a culatazos pueden echarlas abajo si les da gana? Puede que por el contrario, encontrando abierta la pulpería y resignándonos nosotros a perder un poco de aguardiente, para que se saquen el miedo que traigan en el cuerpo y unos papelones y unas libras de queso para que se aplaquen el hambre, nos respeten lo demás. Al ladrón hacerlo fiel.

Y después de encerrar bajo llave a sus hijos menores en una de las habitaciones, se quedó con el más espigadito detrás del mostrador de su pulpería, encomendándose a San Miguel Arcángel, pues era el mismo diablo bajo el nombre de comandante Asunción Moyano quien venía al frente de aquella tropa en fuga.

Llegó por fin ésta, con la avidez de saqueo y de exterminio redoblada por el revés sufrido, y en un principio las cosas se presentaron conforme a las previsiones de Manuela, pues cuando el comandante Moyano vió abierta la pulpería del Pueblo Abajo, ya dándose cuenta de que todas las demás estaban cerradas, arengó así a su gente:

—¡Muchachos! Aunque el gobierno viene picándonos la retirada, tenemos tiempo de echarles una manita a los godos de este pueblo. Aquí hay plata bastante y bastimentos de boca y pellejo en abundancia pa el hambre que traemos y la desnudez en que nos tiene la campaña. *Salus pópuli suprema les esto,* que quiere decí, pasándolo del latín al cristiano: sálgase del pueblo el que no le guste esto. Pero antes de que se salgan vamos a vé si les echamos mano a algunos godos, pa cobrarnos los muertos que nos acaban de hacé sus tropas y en cuanto al botín de guerra, ustedes no son mancos. Pero a esta pulpería que nos ha esperao abierta no me la toquen, so pena de la vida. El dueño debe sé federal y perro no come perro. En cambio, todo lo que esté

cerrao es godo, y palante contra ellos. Pero ya saben, no hay que perdé tiempo: lo que no se pueda llevá en los morrales se me lo entregan a la candela, que lo purifica todo. ¡He dicho!

Y mientras la tropa se lanzaba al saqueo de la población, se apeó de su caballo y entró en la pulpería rodeado de su Estado Mayor—tres ayudantes de la peor catadura posible—y diciendo:

—¿Dónde está el correligionario dueño de este establecimiento? Pa poneme a sus órdenes si rialmente es federal, como me lo imagino y pa que se mande a destapá por su cuenta una de esas botellas de brandy, con la cual vamos a brindá por el triunfo de nuestras gloriosas armas.

—Servidora—dijo Manuela, poniéndole ya la cara amarrada que le inspirase respeto.

—¡Cómo! ¿Usted, prenda? Yo que me imaginaba que mi correligionario era del sexo feo y es na menos que esta sabrosura de mujé.

Manuelito palideció de coraje, y la madre, replicándole a Moyano:

—Más respeto, comandante. Está usted tratando con una señora que sabe darse su puesto, aunque me encuentre detrás de un mostrador.

Y al hijo, a quien previamente le había recomendado que no hiciese caso de nada de lo que oyera de aquella gente:

—Acuérdate de lo que te advertí.

Mientras el federal:

—Bueno. Si es así, como yo no tengo costumbre de tratá con damas de alcurnia, vaya diciéndole de una vez a su marido que me salga, pa entenderme con él a mi manera.

—Soy viuda—repuso ella, secamente—. Por eso me encuentra aquí.

—¡Ah! ¿Y este jovencito que la acompaña?

—Es mi hijo mayor.

—Pues cualquiera diría que era su hermano, de tan jo-

ven y tan buenamoza como está usté. Con el permiso del jovencito, que otra vez vuelve a clavame los ojos como si quisiera comeme.

Y volviéndose a sus ayudantes:

—¿Verdá, compañeros, que el muchacho está bueno pa tambor? Un poquito menos espigao que el que nos acaban de matá, pero...

Entretanto Manuela había destapado la botella indicada por el federal y sirviendo ya las copas, le dijo:

—Aquí tiene lo pedido. Pero en cuanto a mi hijo, no se haga ilusiones de que se lo va a llevar.

Moyano les guiñó un ojo a sus ayudantes, y mientras cogía la copa servida, murmuró:

—*Labor omnia vincit honeste vívere*, dice el latín que me enseñó el maestro de Guardatinajas y que significa: yo como que me quedo con estos víveres.

Y a Manuela, ya apurada la copa:

—¿Y si la causa necesita del muchacho, señora?

—Ya le dije: no se haga ilusiones. Tendría que pasar por encima de mi cadáver.

—¡Caramba!—exclamó el comandante, socarronamente—. Si no juera porque tiene usté pintá en ese rostro divino la lindura del sexo a que pertenece, me imaginaría que era un hombre el que me está hablando debajo de esos fustanes.

Soltaron los ayudantes una risotada procaz, y como Manuela advirtió que al hijo ya se le saltaban las lágrimas mientras la cólera contenida le demudaba el rostro, díjole:

—Vete para adentro.

—No—repuso el muchacho—. Déjeme aquí.

Todo mientras Moyano agregaba a sus palabras anteriores:

—Pero ya el hombre que hubiera podío enriscárseme en esta casa está bajo tierra, si su palabra no ha mentido, dejándola a usté con toda esa buenamosura a la mercé de los demás hombres que todavía resollamos fuerte.

—Que se lo figura usted—repuso la brava mujer, abriendo el cajón del dinero, donde había puesto una pistola para los casos extremos, ya dispuesta a defenderse por las airadas.

Pero de un zarpazo rápido Moyano le sujetó el brazo y dándole rienda suelta a sus apetitos saltó el mostrador.

Manuelito se precipitó sobre un machete que a la mano tenía, pero los ayudantes lo sujetaron y lo desarmaron y todo hubo de presenciarlo llorando de coraje y debatiéndose inútilmente entre las risotadas bestiales de los ayudantes del federal.

Un toque de corneta a la distancia y luego otro más cerca—ardid de un vecino del pueblo entrado a saco, para hacerles creer a los federales que se aproximaban las fuerzas del gobierno que venía persiguiéndolos—fue la señal de desbandada para los saqueadores, que no tuvieron tiempo de prenderle fuego a la población.

Pero si algo de ésta se salvó de los desmanes de la horda, en cambio ya la vida de Manuelito estaba destrozada para siempre. No podría ver más a su madre sino como la presa de la bestia que se había saciado en ella y esta visión atroz le quemaba los ojos y le abrasaba el alma.

Y aquella misma tarde la madre lo encontró ahorcado de una de las vigas del techo de la caballeriza.

FASCINACIÓN

Un rancho llanero, en las sabanas de la entrada del Guarico, cerca de un palmar. Reina la sequía y en el horizonte vibran los espejismos. Una nube de polvo que avanza a lo lejos.

—Aguaite, mama—dice en la puerta del rancho un muchacho como de trece años—. Ahí como que viene la gente.

La madre se asoma a la puerta. Es una mujer todavía joven, pero sarmentosa y renegrida por el sol de la llanura. Mira hacia la nube de polvo y murmura:

—Sí. Es gente de tropa.

—¿Será del gobierno?—se pregunta el hijo.

Y ella, después de observar un rato:

—No. Son federales. Y si no me equivoco, es la gente de mi compae Ramón Nolasco.

—Menos mal—murmura el muchacho.

Y la madre agrega:

—Aunque pa lo que nos queda que perdé, bien pudieran sé enemigos. La cochina flaca y el burro espaletao.

—Y las cuatro maticas de yuca que se están secando —completa el hijo.

Y ambos permanecen en la puerta del rancho esperando lo que les traiga aquella nube de polvo. El sol abrasa la llanura; en el palmar estridulan las chicharras.

Llegaron los federales a quienes, en efecto, capitaneaba aquel Ramón Nolasco aludido.

—Salud, comadre—dijo, ya apeándose.

—Salú, compae—respondió ella.

Mientras el muchacho salía al encuentro de aquél y arrodillándosele por delante, decíale:

—Su bendición, mi padrino.

—Dios te bendiga, ahijado.

Y a la mujer:

—¿Qué nos tiene por aquí, comadre?

—Una poca de agua. ¡Y gracias, compae! Porque ya el pozo se está secando.

—¿Oyeron, muchachos?—preguntó Ramón Nolasco, dirigiéndose a su tropa—. Apláquense la sed, que para lo demás Dios proveerá más adelante. Andense al pozo, mientras yo echo aquí una conversadita con la comadre Justa.

Y ya tomando el rústico asiento que la mujer le ofrecía:

—Venimos a marcha forzada, para incorporarnos con la gente que está abriendo operaciones sobre Calabozo.

—¿Y de dónde la trae?

—De por los lados de Valle de la Pascua.

—¿No se topó por allá con la gente del general Sotillo?

—No. El anda ahora por los llanos de Chamariapa abriendo operaciones sobre Aragua de Barcelona, donde se han hecho fuertes los godos.

—Con él andan mis dos muchachos mayores. Digo, si ya no me los han matao.

—No se preocupe, comadre. Dios está con nosotros, los servidores de la causa del pueblo.

—Eso dicen, pero por aquí no lo he visto pasá a preguntame cómo me hallo.

—Mal, seguramente.

—¡Imagínese, compae! El marío muerto en la guerra, los dos hijos mayores corriendo la misma suerte, y yo aquí con éste, su ahijado y con la nietecita huérfana de mi difunta Asunción, que en paz descanse. Por ahí anda la pobrecita, buscando jobos pa aplacase el hambre.

El guerrillero se volvió hacia el muchacho—que estaba contemplando el sable dejado por él sobre un taburete—y dijo:

—Pero ya el ahijado está crecidito, comadre, y en algo puede ayudarla.

—Voluntá no le falta, pero mientras esta guerra dure... ¿Cuándo se acabará esto, compae?

—Esto va para largo. No hay que hacerse muchas ilusiones de momento. El triunfo será nuestro, al fin y al cabo, porque la buena causa tiene que imponerse; pero los godos todavía resisten. Si no nos hubieran matado al general Zamora, hace tiempo que estaríamos en Caracas; pero a falta de él, a Dios rogando y con el mazo dando.

Entretanto, el muchacho contemplaba el sable, que había sacado de su vaina de cuero. Le palpaba el filo y se deleitaba en el brillo de la hoja, buscando las señales de la sangre goda que hubiese derramado. Pero no era propiamente un sentimiento rencoroso que allí buscase complacencia, sino una fascinación ejercida sobre su alma por el acero

desnudo que simbolizaba la guerra. A ésta se lanzaban los hombres valientes y ella los convertía en algo más que hombres: los guerrilleros que recorrían la llanura envueltos en un aura de leyenda, los caudillos que arrastraban en pos de sí a las muchedumbres armadas... La guerra era una cosa hermosa, con sus clarines y sus tambores, sus banderas y sus espadas brillantes. ¡Una cosa de hombres!

La mujer, renegrida y sarmentosa, había interrumpido el inacabable cuento de sus miserias y tribulaciones, y como advirtiese la contemplación a que se entregaba el hijo, hízole a su compadre una seña para que volviese la cabeza, a tiempo que se dibujaba en su rostro una sonrisa amarga, de resignación ante una fatalidad.

Ramón Nolasco se quedó mirando al muchacho y luego le preguntó:

—¿Te gusta, ahijado? ¿No querrías verte con uno tuyo que fuera un espejo de hombre, como ese donde te estás mirando?

—Sí—respondió el muchacho, volviendo hacia el guerrillero sus ojos fascinados—. Sí me gustaría, padrino. Yo también quiero ser como usté, un militar valiente.

—¡Jm!—hizo la mujer—. ¿Lo está escuchando, compae? Esa es la ayuda que puedo esperá de él.

Y Ramón Nolasco, sin hacer caso de las palabras de la madre:

—¿Te gustaría irte conmigo de una vez?

—Si mi mama me dejara...

—Démelo, comadre. Lo que va a suceder más tarde, que suceda más temprano. Déme ese muchacho para sacarle de él un hombre de provecho para la causa del pueblo. Yo se lo cuido.

Y la mujer, fatalista:

—Lléveselo, compae. Usté lo ha dicho: lo que va a sucedé de tos modos, que suceda de una vez. Ya los otros co-

gieron su camino y sólo me quedaba éste pa dáselo también a la guerra. Otros hubieran venío a lleváselo por la fuerza. Los del gobierno el día menos pensao. Mejor es que se lo lleve usté.

Y horas después, ya el hijo alejándose por la sabana atardecida, a la grupa del caballo del guerrillero y ella en la puerta del rancho junto con la nietecita llorosa:

—Bueno, mijita. Ya nos quedamos solas. Mañana arriaremos por delante el burrito espaletao y la cochinita flaca y nos iremos a pedí limosnas por los pueblos. Dice el compae que Dios anda con ellos. ¡Que asina sea, pa que me proteja al muchacho!

VENEZUELA

A una legua escasa de la desembocadura del Unare, por donde el río en pleno caudal—reinaban las lluvias torrenciales de la despedida del invierno—cortaba un camino, había un paso de balsa.

Sobre la margen izquierda, por allí barrancosa, estaba la casa del balsero y ya anochecía, con grandes nubarrones que anunciaban tormenta, cuando llegaron a ella unos diez hombres de tropa, de los restos dispersos de un batallón del gobierno recién derrotado por los federales.

Iban rotos, desmoralizados, dos de ellos con ensangrentadas vendas de sucios trapos ceñidas a la cabeza y los conducía un sargento, que, a grandes voces, entre obscenidades, preguntó:

—¿Dónde está ese balsero que no ocupa su puesto? Que salga inmediatamente a pasarnos pa el otro lao, si no quiere que le peguemos candela al rancho.

Se asomó a la puerta de éste una mujer a cuyas faldas se agarraban dos muchachitas greñudas y vestidas de harapos, y con voz temblorosa respondió:

—¡Ay, señor! El balsero era mi marido y se lo llevaron

los malditos federales, trasantier no más. Yo estoy aquí sola con estas criaturitas.

—Pues venga usté con nosotros, si es que no quiere que le dejemos la balsa en la otra orilla.

—¡Ay, señor!—gimió la mujer—. Yo no puedo goberná esa balsa. Y de allá pacá menos, porque el río está muy correntoso y me trambucaría. Llévensela ustedes y déjenmela amarrá en la otra orilla.

—No estamos nosotros pa amarrá balsa ajena. Se la dejaremos a mercé de la corriente y asina no podrá utilizarla el enemigo, si cae por aquí siguiéndonos el rastro.

Pero entretanto uno de los soldados se había metido en el rancho y desde allí le gritaba al sargento:

—Aquí están los balseros escondíos. Dos por mengua de uno.

Y a los aludidos:

—¡Salgan pa juera, sinvergüenzas! ¡Federales deben de sé estos gallinas!

Y a golpes de culata que les daba el soldado, salieron de su escondite dos muchachos ya hombrecitos, que en realidad eran los balseros.

—Conque ¿ésas tenemos?—exclamó el sargento.

Mientras la mujer gemía:

—¡Ay, señor! ¡Perdóneme! Le conté una mentira, porque estos dos muchachos son mis hijos y tenía miedo de que me los fueran a reclutá. ¡Ellos no tienen la culpa! Fui yo quien los hizo escondese. No me les vaya a hacé na. ¡Por vía suyita!

—Ya veremos en la otra orilla—repuso el sargento—. Ahora que busquen las palancas pa que nos pasen pa el otro lao lo más pronto posible.

—¡Sí, señor! ¡Cómo no! Anden, mis hijos, pasen a los señores. ¿Usté no me les va a hacé na malo, verdá, señor sargento? ¡Este, qué digo, señor capitán! Déjeme dir con us-

tedes pa ayudá a los muchachos, porque ya le digo, el río está muy correntoso pa remontalo de allá pacá.

—¡Cómo no, señora!—repuso el sargento—. ¡No fartaba más! Embárquese también, si ésa es su voluntá. Y tráigase consigo a las muchachitas, si no quiere dejar rabos por detrás. Asina se ayudarán entre todos, unos con otros, en el viaje de regreso, que será de remontá, según sus propias palabras.

—¡Ay, señor!—exclamó la atribulada madre—. ¡Qué bueno es usté! ¡Dios me lo ayude y me lo libre de mal y peligro! ¡Vamos, mis hijitos, vamos todos juntos a pasá a los señores! No tengan miedo. Son gente buena, como toa la del gobierno.

Atravesaron el río, ya anochecido, la madre ayudando a los hijos, en cuyas temblorosas manos vacilaban las palancas, mientras el sargento se cruzaba miradas siniestras con sus torvos soldados, éstos guiñándoles el ojo a las muchachitas. Y ya atracaban en la orilla opuesta cuando, a un gesto de aquél, preguntó uno de los subalternos:

—¿Todos, mi sargento? ¿Las pollitas también? ¿No nos servirán pa otra cosa?

—¡Todos! Pa que no haiga quien eche el cuento.

Pero en seguida.

—Todos no. Que se quede la vieja zorra, pa que siga diciendo embustes.

—¡Por Dios!—suplicó la madre, ya comprendiendo.

Y a bayonetazos vio que le mataban los hijos.

Saltaron a tierra los asesinos y el sargento gritó, entre las risotadas de sus soldados:

—¡Bueno, pues, vieja zorra! ¡Que Dios me la ayude a palanqueá la balsa de aquí pallá!

Se alejaron las carcajadas, se perdieron en el silencio de la noche, ya tinieblas espesas. Se incorporó la madre, que se había inclinado sobre los cuerpos yacentes, con la sangre

de todos sus hijos, fría, en las manos sarmentosas... Pero ya había perdido la razón y el uso de la palabra, que para nada le serviría en la soledad en que la había dejado la guerra y empuñando una de las palancas, retiró de la orilla la balsa trágica donde chapoteaba el negro río, con un rumor de lengua que estuviese lamiendo algo.

La corriente se la fue llevando, poco a poco. Grandes nubarrones cubrían todo el cielo y relámpagos inmensos aleteaban sobre el agua tenebrosa...

De pie en la balsa, entre sus hijos muertos, la madre, muda y trágica, hundía de cuando en cuando la palanca, cual si buscase un rumbo.

LA FACCIÓN

Hacía rato se había divisado una bandera federal que aparecía y desaparecía a trechos, detrás de las lomas de la fila de Los Ocumitos, de donde el camino descendía por hondonadas boscosas para atravesar luego el caserío de Las Mayas y en éste se esperaba por momentos el paso de la facción. Incorporados los hombres a otras que ya habían desfilado por allí, sólo quedaban las mujeres y los chicos, todos asomados a las puertas de los ranchos, después de haber ocultado ellas entre los matorrales del contorno sus animales domésticos y las provisiones de boca de que dispusiesen. Un sol amarillento, cernido a través de humaredas de incendios, acentuaba el ambiente dramático de la expectativa, cruzándose las conjeturas de puerta a puerta:

—¿Qué gente será ésa?

—Como no vaya a sé la del negro Eleuterio Zapata, que y que venía rumbiando pacá. O la del Siete Cueros, que es más pior.

Hasta que por fin:

—¡Aguaita! Ya vienen dentrando.

Precedía a la facción, a pie y adelantada buen trecho, una de aquellas mujeres de tropa que acompañaban a los

federales, principalmente, haciendo de cocineras en el vivac, de enfermeras para los heridos, de cantineras en los combates y aun de soldados, cuando junto a ellas caía alguno sin haber agotado sus municiones. Una de esas mujeres de la hez que por todas partes iban incorporándose a las partidas revolucionarias, con un espíritu de abnegación—pequeña flor de nobleza humana—entre los apetitos de vagabundaje y de vida disoluta.

Varias veces, años antes, había pasado por Las Mayas, arreando cerdos, esta que ahora venía de tropera machete en mano, tercerola a la espalda, sombrero de cogollo, faldas recogidas hasta las rodillas, pie descalzo y lívidas cicatrices de pústulas en las piernas de musculatura hombruna. Decíanle *La Colorada,* aunque de tal no tuviese, en realidad, sino una amorotada soflama de alcohol bajo la tez zamba, y en su adusta expresión habitual de marimacho traía ahora el gesto guerrero que le fruncía el ceño. Sus pasos golpeaban enérgicamente la tierra y miraba hacia adelante, desdeñosa de la curiosidad del vecindario apiñado en las puertas.

En Las Mayas, como por dondequiera que pasó cuando arreaba cerdos, no había dejado amistades y menos entre las mujeres, con las que siempre se condujo desdeñosamente; pero de todas las puertas le dirigieron saludos y preguntas:

—¿Quién es el jefe de esa tropa?

A lo primero no se dignaba responder, mas a lo segundo contestaba, sin volverse a mirar a las curiosas y con orgullo de esparcidora de famas:

—Pedro Miguel Candelas.

Y en pos de ella iba dejando el murmullo admirativo en el apiñamiento de las puertas, ahora confiado y entusiasta:

—¡Pedro Miguel Candelas!

Nunca había pasado por allí aquel guerrillero; pero sí muchas veces su fama, ya esparcida por todo Barlovento y

por los valles del Tuy, de donde ahora venía de regreso. Y la muchacha de Las Mayas, en cuya imaginación se desmesuraban las hazañas del federal, se echó fuera de los ranchos a aclamarlo.

Era el guerrillero infatigable que en un mismo día daba dos o tres golpes audaces a leguas de distancia, apareciendo aquí cuando se le esperaba allá, atacando de pronto por retaguardia al enemigo que creía ir picándole la suya y haciendo en todas partes la guerra de la astucia, que siempre impresionaba favorablemente el espíritu del pueblo y con todo esto y la roja aureola de federal inmisericorde que también lo nimbaba, ya su personalidad adquiría las magnitudes del caudillo fascinador de masas.

Y en el caserío de Las Mayas, como por dondequiera que pasaba, ancianas valetudinarias que hacía tiempo esperaban la muerte desprendidas del mundo, sin moverse de los obscuros rincones de sus ranchos por nada que afuera ocurriese, al oir aquellas voces rebulleron animosas y se precipitaron a las puertas trastabillando y murmurando:

—Ya no me morí sin conocerlo.

Venía a la cabeza de su facción, a caballo, cejijunto, mirando hacia adelante—como la tropera que lo precedía y lo imitaba—obstinadamente, con ojos febriles, cavados en el rostro, cuyo perfil violento acentuaba las negras barbas aborrascadas que durante la campaña le habían crecido. Era un hombre en pos de una idea tremenda que le trazaba un destino dramático, seguido por otros, de caras torvas, negras y ceñudas, que, como él, cabalgaban en silencio. Sesenta jinetes taciturnos que componían la facción más aguerrida de cuantas pululaban por aquellos montes.

A ambos lados de las caballerías y en pos de ellas, a pie, iban las troperas—la hembra brava, a la pata del caballo de su hombre—, ceñudas y silenciosas también, con sartenes y ollas y sacos de bastimentos a las espaldas o conduciendo de diestro las mulas de la impedimenta más pesada. Levan-

taban el polvo del camino con sus pies descalzos y dejaban en el aire peste de yodoformo.

La guerra no contaba por allí las jornadas sangrientas de combate y batallas campales que habían esterado de cadáveres el suelo de otras regiones del país. Fueron tiroteos, aquí y allá, cuando las banderas federales aparecían sobre una loma o se aventuraban hasta las cercanías de los pueblos ocupados por el gobierno; pero, en cambio, las del fuego habían sido devastadoras. Desde la fila de Los Mariches hasta las montañas de Capaya y de Ocumare, todas las haciendas de Barlovento y de los valles del Tuy iban convirtiéndose en pasto de las llamas y era la facción de Pedro Miguel, principalmente, la que este rastro iba dejando por donde pasaba.

Y en las puertas de los ranchos de Las Mayas, entre las mujeres sobrecogidas por el silencio de la tropa taciturna, algunas murmuraron, aludiendo a aquellos incendios:

—Güelen a jumasera.

Pero era gente fogueada en muchos encuentros con el enemigo, pues lejos de evitarlos, como lo acostumbraban la mayor parte de los jefes de montoneras, para dedicarse al merodeo sin graves riesgos, Pedro Miguel mantenía a la suya en espíritu de acometividad, sin darle más descanso que el imprescindible, por no entender que en la vida de campaña pudiese haber jornada sin refriega.

Tampoco se preocupaba por ahorrar vidas—ya había sido bastante más numerosa su facción—, pues consideraba que la guerra era para morir en ella y a esto, dando el ejemplo, se lanzaba a la cabeza de su partida, arriesgándolo todo en cada encuentro.

Censurándole esta conducta, impropia de un jefe, le había dicho una vez Juan Coromoto:

—¿No comprendes que si te matan, contigo se acaba todo?

Pero él replicó:

—¿Por qué? Seguirán ustedes con otro jefe y la guerra continuará. La guerra no es cosa que tenga que hacerla Fulano o Zutano, especialmente; es ella la que nos hace a todos, según nos va necesitando, hoy a unos para arriesgarlo todo a cada momento y mañana a otros, quizás para otra cosa. Ella es quien mata, tanto al federal como al godo, porque no le interesa sino la cuenta final. De otro modo, si guerreáramos con la sola idea de vivir mejor cuando esto se acabe, mejor que como vivíamos antes, no seríamos sino criminales, asesinos de otros asesinos.

Sus subalternos no podían entenderlo así, mas—aparte la fascinación que sobre ellos ejercía, propicio el estado de delirio colectivo que parecía haber desarrollado en todos los espíritus la furia sin cabeza—ninguno sería ya osado a desertar de sus filas, porque las dos o tres veces que esto sucedió, en los comienzos de la campaña, no tuvo sosiego hasta capturar y pasar por las armas al desertor.

—Que lo sean los del gobierno—solía decir—es muy natural, porque el soldado de esas filas no está en ellas por su voluntad; pero el revolucionario que me siga a mí, por lo menos, que a nadie he reclutado, no digo por la fuerza, sino ni siquiera convidado por las buenas, ése tiene que morir; es la ley que él mismo se impuso, si no quiere caer, de todos modos, con cuatro tiros por la espalda.

—¿Y si te abandonan todos, en un momento dado, por librarse de esta ley de jierro?—le repuso otra vez el mismo Juan Coromoto, en la intimidad con que lo trataba.

—Seguiré yo solo—le contestó—. Mi guerra la llevo por dentro y no se acabará sino conmigo. Pedro Miguel Candelas nació ante las puntas de unas bayonetas y clavado en ellas mismas tiene que terminar.

Juan Coromoto se le quedó mirando, y él concluyó:

—Alguien me dijo una vez que en esta guerra se iban a encontrar los hombres a sí mismos y ha resultado verdad.

Pedro Miguel Candelas ya sabe quién es y para qué ha nacido.

Dábase cuenta de que los del exterminio no podían ser los caminos por donde se lograsen las reivindicaciones sociales, nebuloso objetivo de aquella guerra, pero a falta de ideas claras a tal respecto—porción de aquel mundo postergado en la barbarie nativa—admitía la destrucción de la propiedad como una fatalidad de la lucha, no totalmente desprovista de sentido vindicativo y la practicaba empecinadamente, dándole a la guerra lo que de él podía exigir ella, que eran apenas sus rencores, pero todos puestos al servicio de la vaga causa del pueblo, cuyos destinos allí se estaban decidiendo.

Pero, una vez más, la revolución había entrado en uno de aquellos intermitentes períodos de dispersión del impulso hacia los torpes objetivos inmediatos del pillaje originados por los reveses sufridos por sus ejércitos ya organizados, o por el cansancio que se iba apoderando de las tropas y las desmoralizaba, tanto a las del gobierno como a las federales, disgregándose éstas, así en un caso como en el otro, en las innumerables montoneras, muchas de ellas sin jefes, que se dedicaban al bandolerismo desenfrenado.

De este segundo caso eran los signos que ya venían notándose en las filas revolucionarias y si la tendencia a la disgregación todavía no había tomado cuerpo en las de Pedro Miguel por obra de la actividad en que éste las mantenía de continuo, en busca de encuentros con el enemigo, algo significaba ya aquel taciturno silencio en marcha de sesenta hombres torvos en pos de uno que miraba hacia adelante, obstinadamente.

Y en el caserío de Las Mayas, en el dramático ambiente que ya componía el amarillento sol de las humaredas, quedó la impresión de algo singularmente tremendo que se avecinara.

II

VIVAC

El centinela Deogracias practicaba las ordenanzas con un fervor fetichista muy de origen africano, y cuando montaba su guardia, en impecable posición de firme, era una columna de basalto sobre la cual se apoyaba el mundo, siendo ésta la emoción de sí mismo que en tales momentos experimentaba. Lo que, sin embargo, no impedía que llevase el quepis—botín de guerra del cual despojó al cadáver de un soldado del gobierno muerto a sus manos—pintorescamente ladeado sobre una oreja, entre las híspida tumusa que en torno se le engrifaba, pues también rendía culto, de la bizarra naturaleza de aquel origen, al donaire de su persona.

Pero, de todos modos, Deogracias era un centinela alerta y apenas vio que asomaba la cabeza de una mula tras la inmediata vuelta del camino que vigilaba, aun siéndole conocida ya la bestia, lanzó el grito de ordenanza:

—¡Alto!

La mula continuó repechando la cuesta que venía a morir en la loma donde acampaba la gente de Pedro Miguel Candelas y ya asomaba la cabeza de otra, tampoco desconocida, cuando repitió, echándose el fusil a la cara:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—*La Colorá,* Diogracias—respondió tras la vuelta la tropera, que en seguida apareció arreando una tercera mula.

Se le encaró el centinela puntilloso:

—¿Hasta cuándo quiere usté que se le advierta que cumpla las ordenanzas? Cuando se le dé la voz de alto, párese incontinenti, y a la de quién vive, conteste: ¡Patria! Y aguarde que se le pregunte qué gente, pa da entonces su apelativo, previo el Dios y Federación.

Esto último—lema ya empleado por los federales en proclamas y correspondencias—había sido un acierto de su inventor como medio de fanatización de los adeptos a la causa y lo demostraba el culto que le rendía Deogracias, mentalidad representativa de una inmensa mayoría, en cuya alma lo político se había amalgamado con lo religioso, primitivo y fetichista, por virtud de la frase afortunada que en todo caso quería emplear.

Pero *La Colorada*—que así también debía pensar—era un caso especial de escepticismo y a la reprimenda del centinela respondió, entre garrotazos a la tercera de sus mulas:

—¡No seas tan pendejo, Diogracias! ¿Por qué no me mandaste a la espalda, cumpliendo tú las ordenanzas? ¡A vé si hubieras comío mañana!

—Usté se vale de las ínfulas que le ha dao el jefe—rezongó el soldado—. Que por cierto, no sé por qué.

—Pues anda a preguntáselo pa que salgas de esa duda. Y no me busques más la lengua, que vengo de atoque.

Era por medio de las troperas como generalmente se avituallaban los facciosos, yendo ellas a cambiar en los pueblos que no pudieran ser atacados los productos del pillaje—de ordinario pieles de reses y por allí también cargas de cacao—por provisiones de boca y abrigo, todo a merced de la tolerancia de las mismas autoridades enemigas, en parte por la desmoralización ya reinante en ambos bandos y en especial por lo que solía tocarles en el buen negocio que, con aquellos trueques, hacían los comerciantes sin escrúpulos.

Pedro Miguel Candelas no practicaba el pillaje. Por lo contrario, teníalo prohibido bajo penas severas y para abastecer a su facción recurría al tributo forzoso, impuesto a los comerciantes enemigos, o al empréstito cuando se trataba de adictos a la causa, pagadero por el Gobierno federal cuando llegase al poder. Y para esto último había sido enviada *La Colorada* a uno de los pueblos cercanos.

Tres mulas de bastimentos venía arreando y en el rancho de aquella tarde se habían agotado las provisiones; pero, sin embargo, no fue acogida con las muestras de regocijo con que en tales casos acostumbraban recibirla en el campamento. En silencio y con ceño arriscado descargó la mujerona sus acémilas y del mismo modo presenciaron la operación los sesenta facciosos que vivaqueaban en el Plan de Manzano.

Denominábase así el paraje por el apellido del isleño Manuel, dueño de aquella pulpería donde años antes había sido el diálogo de "La Incertidumbre" y de la cual no quedaban sino escombros carbonizados, huella del paso de otras facciones federales, implacables con los canarios, en cuya vida y bienes se ensañaban especialmente, acaso por repercusión a distancia de las tremendas palabras iniciales del Decreto de Guerra a Muerte.

Bajo techo apenas quedaba parte de uno de los corredores que rodeaban la casa, donde habían colgado sus hamacas Pedro Miguel y Juan Coromoto, único superviviente de los peones de La Fundación que cuatro años antes se habían lanzado a la guerra en pos de aquél y allá se dirigió *La Colorada,* a rendirle cuenta al jefe de la comisión que le había confiado.

Pedro Miguel Candelas no le concedía importancia al formalismo de la disciplina militar—Deogracias era, en realidad, una excepción que amenizaba la campaña—, y a menudo decía con jactancia que él sería el único federal que saldría de la guerra sin presillas, sin duda por aquello de las charreteras en la última conversación con Luisana Alcorta y en especial por el menosprecio que le inspiraba el comandante de Céspedes, siempre presente en su espíritu, aunque nunca personalmente, sino bajo la apariencia de su desdén por aquel formalismo, que en realidad era el alma misma del comandante. La disciplina que reinaba en su facción, siendo rígida en lo fundamental, era más bien guerrera,

subordinación espontánea de unos hombres fieros a otro que en todo momento los superaba.

Y así, llanamente, lo abordó *La Colorada,* plantándosele por delante:

—Ahí están los bastimentos. Pero es bueno que sepa que esos comerciantes que usté tiene por amigos suyos, no son sino unos muérganos. Me salieron con inconvenientes, a pesar del recibo de puño y letra de usté y tuve que acordarme de mis tiempos de arriadora de cochinos, pa encallejonalos por donde era menester, sin pepitas en la lengua. ¿Sabe lo que me respondieron en un principio?

Sin mirarla, hundido en la hamaca, las manos bajo la nuca, la vista en las humaredas que subían de las hondonadas circundantes, le respondió el guerrillero, taciturno:

—Lo que me interesaba saber era si habías traído los bastimentos y ya eso está dicho.

La tropera se quedó mirándolo con extrañeza y luego interrogativamente a Juan Coromoto, que oía y callaba desde su hamaca, pues no era costumbre que el jefe le cortase así la palabra, tanto menos cuanto que de regreso de aquellas comisiones traía también lo que recogía en su servicio de espionaje y de ello era lo que no se le dejaba decir; pero como Juan Coromoto le hizo un gesto significativo, desistiendo de sus informaciones, se llevó rápidamente la diestra al ala del sombrero de cogollo, dio media vuelta chocando los talones—tal como lo hubiera hecho el propio Deogracias, de cuyo celo por el formalismo de las ordenanzas acababa de hacer burla—y se retiró murmurando:

—¿Qué mosca lo habrá picao, de unos días a esta parte?

Y en seguida, con un sacudimiento de hombros:

—¿Ni qué necesidad tiene Candelaria Perdomo, *La Colorá,* de está llevándose estos boches? De hoy palante, si es que ya no voy a está recogiendo mis trapos, asina escuche lo que escuche, lo que es por esta boca no entran moscas.

Entretanto, en los corrillos del vivac y a propósito de aquellos víveres, se hacían estos comentarios:

—¡Bueno, manquitos! Ya mañana no pasaremos hambre, gracias a los frijoles que nos trajo la mujé. Que si no juera por las troperas...

—¡Vaya usté a vé lo que nos train! Gorgojos por mengua de frijoles, como son los que vienen en esas mochilas.

—Como tó lo regalao, compañero, que nunca es de lo más fino. Otra cosa juera si uno mismo se procurara el piazo e pan escogiéndolo donde mejor lo haiga.

—¿Como lo hacen los capayeros del *Mapanare*, por ejemplo? Que por cierto ni muy lejos están.

—Esos y tos los que no son mancos, como nojotros.

—No será que lo semos, manito, sino que asina nos tienen, porque la guerra y que no es sino pa morí en ella, boca arriba en el monte.

—Es que eso del pillaje es cosa fea.

—Más bonitas no son las candelas y sin embargo...

Y todo esto, que hacía varios días venía siendo el descontento de la facción para la cual estaba vedado el pillaje, practicado por otras desenfrenadamente, llegó a oídos de Juan Coromoto, cuando atravesando el campamento para ir a pedirle a *La Colorada* las informaciones que no había querido oírle Pedro Miguel, pasó cerca de los corrillos donde ya no se recataban las protestas.

Hízose el desentendido, por juzgarlo así más prudente y ya obtenidas las noticias recogidas por la tropera, volvió junto a Pedro Miguel, quien también había abandonado su hamaca para detenerse al borde de la loma, mirador de las hondonadas por donde corría el fuego causante de aquellas humaredas, ya visible en las sombras de la anochecida.

Era su obra de aquellos mismos días, la destrucción implacable y sistemática de las haciendas pertenecientes a los oligarcas, anunciando la vuelta de Pedro Miguel Candelas a los predios de Barlovento, ya arrasados los de los valles del

Tuy hasta San Francisco de Yare. La obra tremenda, llevada a cabo con sacrificio de su campesino amor a la tierra laboriosa, antes objeto de sus contemplaciones más tiernas, tan ajenas aquéllas de La Fundación como éstas de donde ahora subía hasta el silencio de las alturas el bramido del fuego devastador.

Pero allí, sentados al borde de la loma, de espaldas al campamento, estaban contemplando el espectáculo dos de los facciosos, antiguos esclavos y luego peones de una de las haciendas recién entregadas a las llamas y uno de ellos le decía al otro:

—Ya no tendremos dónde ganarnos la arepa cuando esto se acabe. Le hemos pegao candela a lo ajeno hasta decir bueno está, es decí, a lo de otros dueños, y ahora no vamos a tené ni el recurso de presentarnos mañana caj el de esta hacienda, diciéndole: —Tome en cuenta que lo suyo se lo respetamos en su hora y punto y vuelva a danos el trabajito de endenantes, como si ná hubiera pasao.

A lo que repuso el otro:

—Por eso precisamente, jué que yo le saqué el cuerpo a que se pegaran estas candelas.

Era un caso aislado, pues, generalmente, aquellos hombres no demostraban pensamientos de reintegrarse al trabajo asalariado que abandonaron por la aventura guerrera y por lo contrario sólo abrigaban ambiciones de mando y de riqueza. Un caso aislado, incluso por el rencor que no manifestaban contra el antiguo amo, siendo lo corriente que todos comenzasen por prenderles fuego a las fincas de donde se marchaban, trocada por el arma la herramienta; pero no obstante la evidente sensatez de aquella previsión y cualesquiera que fuesen las razones de tal carencia de propósitos vengativos, ya el hecho demostraba desfallecimiento de la idea revolucionaria, si en realidad alguna vez hubo en aquellos espíritus algo que así pudiera llamarse.

Pedro Miguel sonrió, abandonándose a las reflexiones

pesimistas originadas de aquella observación, mientras sus ojos contemplaban la tremenda hermosura de los incendios esparcidos por las laderas de los montes, estrago que a la postre resultaría completamente inútil; callaron y se retiraron luego los facciosos, al advertir la presencia del jefe, y Juan Coromoto, que esto también había oído, se le acercó a aquél, preguntándole:

—¿Escuchaste?

—Claro que sí—repúsole—. Es el gusano de la desmoralización que ya se nos ha metido.

—Y en mala hora, por cierto. Cuenta *La Colorada* que en el pueblo oyó decí que a Río Chico ha llegao otra vez el comandante Céspedes como jefe de operaciones de Barlovento.

—Por algo hemos vuelto también nosotros.

—Ya me lo supuse, endenantico no más. Pero ¿piensas medirte con él, con sesenta hombres y el gusanito ese que acabas de mentá?

—A ése lo ahogaremos en sangre.

—Mira que según las noticias que trae *La Colorada*, es grande el ejército que ya tiene sobre las armas el comandante.

—¿De cuándo acá esas cuentas de este lado?

Pedro Miguel hablaba sin mirar a su interlocutor, cruzado de brazos ante el fuego que embellecía la noche de las hondonadas y el leal Coromoto, que tantas veces había arriesgado su vida junto con él, en el arrebato de la entrada en pelea, replicó resentido:

—No irás a creé que sea el miedo el que me haga sacalas, ni tampoco el gusano ese.

—¿Entonces?

—Es que un hombre como tú no tiene derecho a jugase el todo por el todo sin probabilidades de vencé.

—Yo no soy un hombre, sino un arrebato de todo un pueblo, que se está arrojando en brazos de la muerte, por no encontrar el camino de su vida.

Estas palabras fueron un vuelco del alma donde también desfallecía por momentos la idea revolucionaria, que aún no le había mostrado todo su contenido. Motivos de orden personal, en realidad insignificantes, aunque subordinados a un ideal de justicia, lo habían lanzado a la guerra que, por serle odiosa, la entendía de aquella manera implacable, sin cuidado de ahorrar vidas y al cabo de cuatro años, inmensa la desproporción entre lo generoso apenas entrevisto—sin contar lo personal insensato—y tanto incendio y matanza, era natural que se le escapase el sentimiento pesimista.

—Además—agregó en seguida—, si somos sesenta, otros tantos tiene *El Mapanare,* que por aquí cerca anda, y con ésos y los del Siete Cueros y los del negro Escolástico y los de todas las montoneras que merodean por Barlovento, puede que lleguemos a un número suficiente para que la pelea no sea tan desigual.

—No te digo que no—repuso Juan Coromoto—. Pero quien dice *El Mapanare...*

—Dice el bandolerismo. Ya lo sé. Pero quien ya tiene en su cuenta la sangre y el fuego, que tenga también el pillaje no será cosa de otro mundo. Además, ¿no es eso lo que quiere nuestra gente? Pues démoselo de una vez. Eso es lo que hoy reclama la guerra y ella es quien manda.

—Has dicho la verdá en tocante a lo que pide la tropa y de eso venía a hablate, precisamente, en el sentío de que aflojes un poco la mano o por lo menos te hagas de la vista gorda con lo del botín de guerra que nunca has querío consentí; pero en tocante a lo de juntate con esos bandoleros que has mentao, francamente, no quisiera verte yo por ese camino, compartiendo esas glorias. Y si me permites un consejo...

—Ya supongo cuál será, pero ya es tarde para oírtelo. Pedro Miguel Candelas todavía no se ha medido con el comandante Céspedes. Y para eso hemos venido.

—Pues siendo asina—concluyó Juan Coromoto—hazte el cargo de que no he dicho ná.

Y luego, para sus adentros:

—Este no se saca la espina por más que se afane.

EL PACTO

No se daba cuenta Pedro Miguel de la verdadera naturaleza de los propósitos a que obedecía su conducta. Habituado a subestimarse, por una parte y por la otra no habiendo resuelto todavía el problema sentimental de su amor por Luisana Alcorta, tendía a desfigurar su propia intimidad atribuyéndose siempre miras torpes. Hacía tiempo que venía delineándose en su mente la idea de concentrar bajo su mando todas las facciones que merodeaban por Barlovento, a fin de apartarlas del pillaje a que se dedicaban y conducirlas, organizadas y disciplinadas, hacia los objetivos de legítima lucha por las reivindicaciones sociales, ya casi definitivamente perdidos en el torbellino de pasiones elementales desatadas por la furia sin cabeza—concentración tanto más necesaria, cuanto que por otras regiones ya estaban lográndola caudillos en cuya buena fe por la causa del pueblo él no podía creer, por tratarse de personas de extracción social análoga a la de los oligarcas, de donde, al cabo, vendría a resultar una simple sustitución de unos opresores por otros de intereses idénticos—; pero no les daba acceso a su espíritu a estas consideraciones, de las cuales debía desprenderse un confiado sentimiento de sí mismo, compensador de las inevitables deficiencias para la totalidad del éxito, sino a través de las formas deprimentes del despecho.

Por otra parte, se equivocaba también respecto a lo que venía observando en su tropa. Ciertamente, el cansancio que ya se apoderaba de los combatientes de uno y otro bando, estaba produciendo allí un efecto desmoralizador, propicio a las apetencias del pillaje practicado por las demás faccio-

nes; pero en lo íntimo de aquellos espíritus otra era la más poderosa causa del descontento. Aquellos hombres habían visto en él al caudillo en cuyo seguimiento bien se podía arriesgar la vida; pero mientras ellos esperaban que los condujese a la gran acción, camino del triunfo definitivo, él se obstinaba en fatigarlos con la escaramuza diaria, más o menos como *El Mapanare* a sus capayeros y sin el incentivo inmediato del botín de guerra.

Pedro Miguel prefería pensar lo que más lo hiciese desmerecer ante sí mismo: que lo abandonarían si no les concedía el pillaje, si no se precipitaba junto con ellos en el abismo que se los estaba tragando a todos. Mas como el despecho, si bien deprimente en cuanto al sentimiento de sí propio, era en él tan poderoso para lanzarlo a la acción, que, de manera paradójica, prácticamente suplía la activa confianza que se obstinaba en negarse, apenas se había hecho aquella reflexión pesimista, cuando ya estaba poniendo por obra el propósito de incorporar bajo su mando todas las facciones que pululaban por allí.

En la de *El Mapanare*, acampada al abrigo de árboles en la hondura de un cañadote, celebrábase aquella noche el último de los matrimonios del jefe, que tenía por costumbre hacer de las mujeres blancas su particular botín de guerra, obligando a los curas de los pueblos que cayesen en su poder a que lo casasen con ellas, para que el escarnio se añadiera al atropello.

Una niña de trece años tenía ya entre sus garras, cuando a la voz de uno de los centinelas apostados en torno al campamento, se oyó responder:

—Pedro Miguel Candelas.

Soltó la presa de su lujuria insaciable y se asomó fuera de la barbacoa donde se había guarecido. Se interrumpió la música de cuatro y maracas con que amenizaban la velada dos de sus capayeros, mientras otro cantaba galerones; quedáronse con el cacho de aguardiente en suspenso los

que ya se lo llevaban a los labios y uno y otros, jefe y subalternos, se cruzaron miradas de recelo. Pero luego murmuró *El Mapanare,* bajando de la barbacoa:

—Debe de vení solo y llega a tiempo.

Y alzando la voz, para dirigirse al centinela:

—Que avance, si viene escotero, pa que se pegue un palo con el novio.

Sin escolta llegó en efecto. Una fogata donde se asaban cuartos y costillares de ternera, arrojaba inquietos reflejos en los torvos rostros de los negros de las montañas de Capaya, los más temibles de todo Barlovento, que componían la facción de *El Mapanare;* pero en todas las miradas, fijas en el recién llegado, junto con el recelo estaba ya la admiración, la virtud fascinadora de aquella temeraria entrada en pelea que había hecho famoso a Pedro Miguel Candelas.

Sólo *El Mapanare* parecía dueño de los sentimientos que expresaba su sonrisa burlona, cuando en descabalgando aquél, le tendió la diestra, diciéndole:

—Se saluda, Dios y federalmente, al correligionario de la arremetida famosa y se retiran palabras que haigan quedao pendientes en otra conversación, con plausible orjeto de abrí cuentas nuevas, que infiero que van a sé claras, como las que conservan amistades.

—De eso se trata, precisamente—repuso Pedro Miguel, sin parar mientes en la socarronería de aquellas palabras—. Pero...

—¿Pero de jefe a jefe? Ya entiendo. Algo de esas novedades me había traído el viento que se lleva las jumaseras de las candelas famosas.

Mas ni a la intención nada amigable de estas otras palabras, ni a ellas mismas, le atendía ya Pedro Miguel, cuya mirada se había quedado fija en la causa de su interrupción. Un anciano, ruina humana desplomada al pie de uno de los árboles, que hacía ademanes de coger hilos en el aire, con gestos de razón ausente.

—¡Padre Mediavilla!—exclamó entre admirativa e interrogativamente, pues era inconcebible que en obra de cuatro años hubiese venido a parar en esto aquel hombre recio y animoso, lleno de vitalidad, que tanto se proponía hacer con su hisopo de plomo.

—¡Cosas de la guerra!—intervino *El Mapanare*—. Se echó al monte confiando demasiado en los pantalones que llevaba debajo del balandrán y tarde cató de vé que en realidad no había nacío pa ciertas cosas. Además, parece que en un combate recibió una herida en la cabeza, de donde quedó nefato, to el santo día y la noche no menos santa, empatando los hilitos que ve en el aire.

—¿Y por qué está aquí?—inquirió Pedro Miguel.

—Pues voy a explicarle, querío correligionario. Ca uno alimenta sus debilidades, como dicen, y la mayor de las mías es el gustame mucho las mujeres blancas. Un defecto, como otro cualquiera, pero si la carne es flaca manque el negro sea juerte, ¿qué se va a hacé? No será tampoco la primera vez que se dan esos caprichos sobre esta tierra.

Pedro Miguel contuvo el impulso de cruzar aquel rostro con el chaparro que llevaba en la diestra, y *El Mapanare*, calándoselo, sonrió y continuó:

—Pero como le digo una cosa también le digo otra. Yo soy cristiano y a pesar de los pucheros que me hizo hacé la sal del bautismo, me gusta procedé de acuerdo con la Santa Madre Iglesia, de donde resulta que apenas le echo la mano a una blanca que me guste, cuando ya estoy buscando un cura pa que me case con ella como es debío. Naturalmente, eso me traía complicaciones, porque no siempre los embalandranaos se prestaban a hacé las cosas a la medida de mis deseos, de donde resultaba que tenía que mandalos a pelá y a veces hasta pegales sus cuatro tiros de ley, contra la paré de la misma iglesia, cosa que, como usté comprenderá, siempre es desagradable pa un cristiano como el que está dirigiéndose a usté, de quien a quien.

Nunca se había asomado Pedro Miguel a abismos de monstruosidad como los que encerraba el alma de *El Mapanare*, cuyas palabras provocaban las risotadas de sus soldados.

—Ya me explico lo demás—díjole, para no continuar oyéndolo, a punto de perder el dominio de sí mismo que la situación requería—. Ahora es el Padre Mediavilla, o lo que de él queda, quien se presta a los deseos de usted.

—Me lo topé asina como lo vé en la toma del pueblo de Tapipa, hacen cosa de dos meses, y desde entonces lo cargo conmigo. Pa eso de los matrimonios y pa la perdonadera de los pecaos a la hora de templá el cacho. Que según dicen ellos y que siempre son facultos pa eso, por más nefatos que estén. Casualmente no hace mucho que me acaba de casá con una blanquita de Loma del Viento, mocita ella, por cierto, conforme al dicho de que pa caballo viejo chaparro nuevo.

—¿De Loma del Viento, dice usted?—inquirió Pedro Miguel.

—Sí. De donde llegamos esta tarde no más. Una isleñita, ella. La maraca, como dicen, del difunto José de las Mercedes. Bueno, difunto, como to el resto de su familia, de esta mañana pacá.

Y después de explorar el rostro de Pedro Miguel:

—Que por cierto había entre ellas una muy buenamoza, llamada Eulogia, que, por más señas, gustaba de...

—De mí—afirmó Pedro Miguel.

Con movimiento irreprimible, *El Mapanare* dio un paso atrás. Había dicho aquello con el siniestro fin de liquidar allí mismo la vieja rencilla por el menosprecio con que lo tratara Pedro Miguel, cuando fue a invitarlo para la guerra, rencilla enconada ahora por la sombra que a su prestigio le hacía la fama de su rival; pero las palabras de éste habían sido pronunciadas con tal naturalidad, de absoluto do-

minio de sí mismo, que perdiendo el suyo sufrió el influjo de hombría serena y repuso, casi pidiendo excusa:

—¡Caramba, correligionario! ¡No haberlo sabío yo! No le pasó ná, propiamente, sino que una bala, teniendo ella un trabuco en la mano, pa defendé al pae...

—¡Cosas de la guerra!—interrumpió Pedro Miguel.

Y descargando su diestra, pesadamente, sobre el hombro del corpulento negro:

—No se preocupe, compañero. De hoy en adelante vamos a hacerla juntos. Usted es el hombre que yo necesito para mi mano derecha y por usted vengo. Mujer es mujer y los hombres como usted y yo tenemos otras cosas más importantes de qué preocuparnos. En Río Chico los godos están poniendo sobre las armas un ejército numeroso para caernos encima y desbaratarnos uno a uno y por Guatire se están concentrando las facciones en otro que, aunque federal, será tan enemigo de nosotros, los guerrilleros independientes, como el de los oligarcas. De modo que estamos, como quien dice, entre la espada y la pared, y es necesario que nos unamos.

La proposición correspondía a designios de *El Mapanare*, ya conocedor del desconcierto que reinaba en la facción de Pedro Miguel y la acogió cruzando una mirada maliciosa con sus hombres y preguntándoles:

—¿Qué dicen ustedes a eso, muchachos?

—¡Guá!—repuso uno, por todos—. Que la proporción no es mala. Con un nombre que infunde respeto y lo que nojotros póngamos de nuestra parte...

—Me parece—aprobaron varios a un tiempo.

El Mapanare sonrió desde sus abismos y volviéndose a Pedro Miguel, díjole:

—Bueno, correligionario. Como base, el pacto está hecho; ahora farta tratá los particulares del arreglo.

—Por el camino los trataremos—repuso Pedro Miguel—. Ordene levantar el campamento y vámonos andando.

—¡Caramba, correligionario! Usté no es de los que pierden tiempo.

—Ni usted de los que retiran su palabra, una vez que la han empeñado.

—Eso es verdá; pero también que la hora es nona pa ponese en marcha. Ni la ternera de hoy nos la hemos comío. Dicho sea sin hablá de otras carnes, que también eran pa esta noche.

A lo que repuso Pedro Miguel, imperioso:

—Es absolutamente imprescindible que nos pongamos en marcha en seguida. El jefe de los federales de Guatire espera un parque por el Puerto del Francés y ha destacado una guerrilla para recibirlo y transportarlo. Tenemos que ganársela de mano, desbaratando la guerrilla por el camino, que yo sé cuál es el que lleva. De otro modo, si yo solo me apodero del parque, las condiciones del pacto tendrán que ser otras, no muy ventajosas para usted.

—En tocante a las condiciones, tuavía no hemos estipulao cuáles vayan a sé; pero de tos modos eso del parque es otro cantar. ¡Alcen arriba, muchachos, que esto como que se quiere componé!

Dijo así guiñándoles el ojo a sus hombres, pero no todos se dieron cuenta de ello, por estar atentos al rostro imperioso de Pedro Miguel Candelas, en quien el instinto les advertía que habían cambiado de jefe.

LA MALLA ROTA

Había sido un paso bien dado, mas por un camino temerario y mientras la facción levantaba el campamento, Pedro Miguel se acercó a contemplar la ruina triste de aquel otro hombre que tanto esperó de la guerra.

De la recia contextura del Padre Mediavilla sólo quedaba la armazón ósea, grande y desproporcionada: la cabezota oscilante sobre el haz de fibras del cuello descarnado, los

pómulos peñascosos, la mandíbula cuadrada, los omóplatos como riscos, las manos cual puños de piedra entre las cuales crecían marañas de vellos. Era como una montaña lavada por las torrenteras.

Las del trauma psíquico—la violenta emoción con que lo sacudió, hasta quebrantarle las raíces vitales, el espectáculo monstruoso de aquella guerra, en los comienzos mismos de la campaña a que se lanzó con su hisopo de plomo—, ya se habían arremansado en los pozos de la demencia. Un tic persistente le alzaba hacia el pómulo izquierdo la comisura de la boca desdentada, guiñando el ojo y chasqueando la lengua, mientras las garrudas manos hacían en el aire el ademán, inverosímilmente fino, de coger flotantes hilos sutilísimos, con los cuales iba tejiendo una malla ilusoria. Hilos que venían desde el infinito, todo el espacio lleno de ellos, a lo largo de los cuales corría los dedos, a cuanto le daban los brazos, materializándolos con tan preciso ademán de las yemas de índices y pulgares, que, por momentos, los observadores del espectáculo los buscaban con la mirada, ellos mismos, en el aire. Sutilísimas hebras, tal vez, de la tela de cristianas ilusiones que desgarró la guerra, allá donde era candorosamente bonachona el alma del cura liberal.

Otro hilo acababan de descubrir sus ojos acuciosos y lo apresó sobre el hombro de Pedro Miguel, como un hallazgo que le iluminó la mirada. Luego buscó otro, entre el infinito número de los que flotaban en torno suyo y hallándolo por fin, con otro gesto complacido, los ató delicadamente, con minuciosa exactitud y hecho esto corrió los dedos, a partir del nudo, arriba y abajo, hasta el infinito.

—¡Cuaj, cuaj, cuaj!—escarneció la risa de *El Mapanare*—. Eso significa una de dos, correligionario: o que ya está usté empatao conmigo per sécula seculórum o que ya el cura lo ha casao, quién sabe con quién, porque asina mismo hace cuando me casa con mis blancas. ¿No es verdá, Pae Mediavilla?

Pero éste se le apartó y se alejó moviendo las manos, para abrirse paso por entre sus hilos.

Pedro Miguel contempló en silencio la lamentable silueta que contra el resplandor de la hoguera hacían la cabezota oscilante y los agudos riscos de los omóplatos, de donde colgaba el resto de sotana a jirones que ya no le llegaba a las rodillas. Y en el rostro del guerrillero sembrador de incendios, entre las negras barbas borrascosas, una pena acerba le violentó el perfil autoritario.

—¡A formar fila!—ordenó, dirigiéndose a los facciosos, que andaban de aquí para allá, alborotándose y comiéndose a dentelladas los trozos de carne que, al pasar junto a la hoguera, cortaban de los asadores—. Quiero conocerlos uno a uno y cara a cara.

Miraron interrogativamente a *El Mapanare* sus hombres, hízoles él un gesto de asentimiento artero, sonriendo siniestramente a algunos, pero todos se alinearon, codo a codo y Pedro Miguel comenzó a pasarles revista, cara a cara, detenidamente.

De Capaya, la de los tigres, provenían todos y eran tigres. Así miraban aquellos negros torvos, de la montaña tupida de jarales, al que se les iba encarando, uno a uno, a tiempo que les pedía sus nombres y lugares de nacimiento.

—Justino Juentes, de la Bajá e Raspaculo.

—¡Cuaj, cuaj, cuaj!—rió *El Mapanare*—. ¿Cómo dijiste, Justino?

—¡Guá, mi jefe! Como mientan a la bajá donde nací.

Pero ya Pedro Miguel miraba al segundo de la fila, imperturbablemente, y éste respondía:

—José las Mercedes Perdigón, de Palo e Candelero.

—Evangelista Perdigón, de los Perdigones, de qué sé yo dónde, que no son los mismos de Palo e Candelero.

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! ¡Ah, negro pa tené leyes, este Evangelista Peraza!

Pero la mirada penetrante, enérgica y serena, que se iba

clavando en aquellos rostros para no olvidarlos jamás y el dominio de sí mismo que no perturbaban ni las risotadas de *El Mapanare* ni las chocarrerías de sus leales, comenzaban ya a producir sus efectos en los ánimos impresionables y el cuarto de la fila, un negro de mirar bravío pero respetuoso, respondió como en realidad se llamaba y de donde era:

—Juan de Mata Jaramillo, de la Vuelta del Muerto.

Y el otro, entregándose ya con la mirada admirativa:

—Marcelino Blanco, del propio Capaya. A su mandar.

Y ya no volvieron a oírse las risotadas de *El Mapanare*.

En marcha iban ahora. Adelante, cabalgando un burro pasitrotero, el Padre Mediavilla, con su tic que le sacudía la cabezota constantemente y apresando sus hilos entre las tinieblas del camino; luego, Pedro Miguel, sosteniendo contra su pecho—sentada en el arzón, sobre la manta doblada, mordiéndose los dedos con respiro de angustia y afán de razón ausente, todavía no vuelta el alma del espanto de Loma del Viento—a la niña rescatada de las garras de *El Mapanare* libidinoso, y éste emparejado con él, flanco a flanco las cabalgaduras, consentidor artero, acariciando en silencio sus torvos pensamientos. Detrás, como rebaño de fieras, los cincuenta y cuatro negros de Capaya.

Corrían por las laderas del monte los incendios de Pedro Miguel Candelas. Subía de las hondonadas bramido de cataclismos, asomaba la luna menguante, en el cielo de las humaredas, su garabato de fuego detrás de una loma. Descendía por el abrupto camino la montonera, como de Capaya bajan los tigres cuando las rozas invaden sus guaridas. Resollaban recíamente las bestias cabalgadas.

De pronto, habló *El Mapanare:*

—A mí no me preguntó usté, correligionario, ni mi nombre de pila ni el lugar de mi nacimiento; pero voy a dale relación de ambos particulares, pa que me conozca a mí también, si no cara a cara, porque casi no nos las vemos, sí de pecho a pecho, pa no mentá corazones. Provengo del

monte tupío, de un encuentro de mi mae con un negro que por esos días andaba alzao en la montaña de Capaya. Un negro que no cargaba amuleto—cosa rara—, que andaba esnúo y juyendo. ¡Vaya usté a averiguá de dónde y por qué!

Pedro Miguel se le volvió bruscamente, pero en silencio, haciendo rebullir a la niña que ya se dormía contra su pecho; él sonrió y continuó:

—Eso y que contaba mi mae, a quien no conocí; pero lo del negro alzao es una versión que tuavía corre por Capaya. Y yo, creyéndola, me he preguntao siempre: ¿No siendo el hombre oriundo de allí, según las referencias, sino fugitivo de otra parte, pero barloventeño él, de quién seré hermano sin sabelo? Menester sería, pa ponelo en claro, que me topara con otro hombre que no sepa cuántos hermanos tendrá, regaos por el mundo de Barlovento a causa de esa juyidera. O dicho de otro modo: que el Pae Mediavilla, pongamos por caso, empatara en presencia nuestra esos dos hilitos sueltos.

De la confusión de sentimientos que se disputaban el alma de Pedro Miguel, sólo acertó a llegar a su mente la idea de que toda su vida—interminable sucesión de tormentas espirituales—no había tenido otro objeto sino el de que tales palabras se pronunciaran y él las oyera en aquellos precisos momentos de la víspera de un día en que se decidiría su suerte futura. *El Mapanare* prosiguió:

—En lo respective a mi apelativo, que es por donde generalmente se saca el rollo a que pertenece la cabulla de un hombre, no me ha sío posible averigualo, porque dio la casualidá de que cuando empecé a dame cuenta de las cosas, al venime de pronto lo que llaman el uso de razón, me encontré en una hacienda, jalando una escardilla más grande de que yo, sin sabé pa quién, y como en esa hora y punto estaba por allí un blanco, dándome la espalda después de habeme regañao por el mal manejo de la susodicha herramienta, yo que le miro el cogote, se lo confundo con un

tronco e palo y le asiesto ese escardillazo pa arrancalo e cuajo, como él quería que yo hiciera con los del monte. Y como tuve que dime de allí incontinenti, me quedé sin sabé cuál era mi gracia de cristiano.

Una risotada de la montonera celebra el atroz sarcasmo. Enderézase sobresaltada la niña que ya volvía a dormirse sobre el pecho protector. La tranquiliza Pedro Miguel, dándole suaves palmadas en el hombro donde le apoya la mano sostenedora y ella torna a reclinarse, confiadamente, mientras *El Mapanare* la mira de reojo como a bien perdido y en la facción se impone el silencio autoritario del que ya era su verdadero jefe.

Adelante, sobre burrito pasitrotero, iba el Padre Mediavilla reconstruyendo su malla, con todos los hilos...

LA INÚTIL SANGRE

A medianoche llegaron al campamento de Pedro Miguel Candelas, instalado en la casa de una hacienda de cacao que había sufrido los rigores del fuego desde los comienzos de la guerra.

Juan Coromoto, que esperaba a aquél, ya con impaciencia, le estrechó la mano en silencio al echar pie a tierra, mirándolo con expresión admirativa por el sometimiento del faccioso llevado a cabo de aquel modo temerario, y a su pregunta por las novedades ocurridas en su ausencia, le respondió lacónicamente:

—Todo como esta tarde.

Pedro Miguel le presentó a *El Mapanare*, y luego le ordenó:

—Acomoda a esta gente donde ya te indiqué.

Y en oyendo esto díjose el capayero, mentalmente:

—¡Hum! Yo como que he pisao un peine.

Al primer golpe de vista hacia los corredores de la casa donde descansaba la tropa de Pedro Miguel, ya le había

parecido que eran más de los sesenta hombres que él le atribuía—todos acostados en el suelo, pero despiertos, aunque fingían dormir y con el respectivo fusil al alcance de la mano, observación que no se le escapó al recién llegado malicioso—y ahora acababa de comprender que no se trataba de ponerse en marcha en seguida, para capturar aquel parque, como se le había hecho creer.

Pero había algo más, que en seguida descubrió y por lo cual acabó de convencerse de que había caído en las redes de su rival. Estaban allí el *Siete Cueros* y el negro Escolástico, cabecillas de facciones poco numerosas, pero que se habían hecho temibles en las jornadas del merodeo y con cuya alianza, precisamente, venía contando, en sus maquinaciones por el camino, para supeditar a Pedro Miguel en el momento dado; al verlos volvió a decirse:

—Me andó alante el hermano. Pero si de ésta venía por lana y voy a salí trasquilao, la culpa es mía por habé malgastao mi hora, camino andando, en hablá de lo que no venía al caso, contimás sin habé estipulao endenantes las condiciones de la reunión. No hay cosa pior, en un hombre de guerra, que abandonase a las corazonás.

Desde el comienzo de su campaña, su preocupación constante había sido la de superar la fama del que rechazó despreciativamente su invitación a la guerra, hecha en una corazonada de la simpatía que ya le inspiraba Pedro Miguel, aunque socarronamente disimulada; pero ya este sentimiento se lo había enconado la rivalidad y al aceptar la alianza propuesta por aquél, no lo hizo sino persiguiendo aviesas intenciones de suplantarlo en el ánimo de su tropa, de cuyo descontento ya le habían llegado noticias.

Ahora lo encontraba con más de cien hombres bajo su mando—acababa de contarlos—, mientras que entre sus cincuenta y cuatro capayeros, al darle sus nombres en la revista que allá les pasó, varios habían añadido:

—A su mandar.

Esto lo interpretó *El Mapanare* conforme a la socarronería de las guiñadas de ojo que durante aquella revista les estuvo dirigiendo a sus hombres, pero ahora temía que tales palabras hubiesen expresado efectivo sometimiento, por virtud de la fascinación que supersticiosamente se le atribuía a la mirada dominadora de Pedro Miguel Candelas y haciéndose estas reflexiones tardías ya estaba a punto de provocar un desenlace violento, pidiendo cuentas airadas del engaño con que había sido llevado hasta allí, cuando advirtió que el *Siete Cueros* y el negro Escolástico venían a su encuentro, haciéndole, también, guiñadas de ojos.

—Esto es otra cosa—díjose entonces. Y abandonándose de golpe a la confianza perversa, agregó, siempre mentalmente: —Si no me equivoco, somos tres contra uno y culpa será del hermano si un día se despierta amarrao por el hermano.

Pensando lo cual se volvió a su gente, ya descabalgada, y así la arengó:

—¡Capayeros de *El Mapanare*, tigre de tigres! Los destinos de la Patria nos han tráido a esta concurrencia de juerzas que hoy palante no reconocerá más jefe que a Pedro Miguel Candelas, bien mentao asina. Seguro mató a confiao, el que madruga coge agua y a camarón que se duerme se lo lleva la corriente; pero *El Mapanare* nunca se ha quedao dormío y ustés lo saben, muchachos. ¡Dios y Federación!

—¡Asina se habla, compañero!—aprobó el negro Escolástico.

Y el *Siete Cueros*, mientras le estrechaba la mano:

—Ha llegao a tiempo.

—Yo siempre he tenío esos ambos dones—repúsoles socarronamente—. El de decí las cosas con sindéresi y el de llegá oportunamente ande sea menester; pero esta vez, la verdá sea dicha, no es que he venío sino que me han tráido, como quien dice, bozaleao. Y lo pior es que tuavía no sé pa qué.

A éstas, Pedro Miguel se había alejado, hablando en voz baja con Juan Coromoto, y el negro Escolástico repuso:

—Quizás no dilata en sabelo sino lo que la noche en convertirse en día; mas pa que comience a averigualo por sus propios ojos, aguaite pallá.

Acompañó estas palabras con un ademán localizador de unas luces lejanas, y *El Mapanare*, mirando en la dirección indicada, murmuró:

—Si mis ojos no me engañan, ésas no son candelas, propiamente.

Y el *Siete Cueros*, confirmando sus sospechas:

—El enemigo a la vista, desde ayer tardecita.

—Y no cuatro gatos, ni mal mandaos—agregó Escolástico.

—¿De modo que ni tiempo de apoderarnos del parque de que me ha hablao el jefe vamos a tené?

—Eso del parque es historia pasá. Hacen días que está en nuestro poder. ¿No se fija en los fusiles, que son nuevecitos?

—¡Hombre! Es verdá. Ahora es que vengo a catá que me engañaron como a muchacho. ¿De modo que hacen días? ¡Mire, pues!

Y mientras esto decía *El Mapanare*, mirando aún hacia las luces lejanas, el negro Escolástico y el *Siete Cueros* se cambiaron entre sí sus guiñadas de ojos.

—¡Conque el enemigo a la vista y aquí tan tranquilos! —dijo el primero, reservándose sus verdaderos pensamientos, que todavía no eran claros, aunque siempre tenían que resultar torvos.

—Ahora que usté ha llegao es que venimos a está lo que se pué llamá tranquilos—repuso el *Siete Cueros*—. Propiamente no sabemos cuáles sean los planes del jefe; pero a lo que hemos podío inferí es usté quien va a rompé los fuegos, en cuanto no más amanezca.

—¿Asina es la cosa, correligionario? ¿De modo que pa

eso no más me jueron a buscá en carrera? ¡Y yo tan traquilo que estaba en mi campamento!

—Es un suponé del compañero—terció el negro Escolástico—. Pero en to caso, si eso es lo que le tienen destinao a usté en el plan de batalla, será porque se cuenta con que usté es de los que arrempujan palante.

—¡Por algo será! No le quepa duda, correligionario. ¿Y quiere que le diga una cosa? No está del todo mal que al hambre le salga al encuentro la comía.

En realidad, con todo esto el *Siete Cueros* y el negro Escolástico no habían hecho sino cumplir instrucciones previas de Pedro Miguel y cuando ya éste—entretanto—le había dado a Juan Coromoto las que debía poner por obra al amanecer—entre ellas la de enviar al Padre Mediavilla y a la niña rescatada de las garras de *El Mapanare* a lugar seguro, al cuidado de *La Colorada*—, llamó al capayero y así le habló:

—Estamos en presencia del enemigo, al mando del comandante Céspedes, que tiene fama de buen militar, aunque para mí no es sino lo que siempre ha sido: un mantuano pretensioso. Hasta hoy viene cayendo en el lazo que estoy tendiéndole, pues he logrado atraerlo al terreno donde quiero pelearlo y de usted depende ahora el buen resultado de la operación.

—¡Caramba, correligionario!—exclamó el negro socarrón—. Usté dispone de los hombres como si todos le pertenecieran.

Sin alterarse, pero con la energía de quien estaba dispuesto a hacerse obedecer, Pedro Miguel repuso:

—Usted y yo y todos los que aquí estamos le pertenecemos a la guerra.

—Solo la estaba haciendo yo.

—Y yo también. Pero ahora es necesario que la hagamos juntos.

—Bueno. Vamos a hacela. Pero antes con antes, vamos a estipulá las condiciones.

—Ya es tarde para eso. No lo hizo usted cuando podía hacer valer las suyas y esa oportunidad no se le vuelve a presentar.

—¡Quién sabe, correligionario!

—No me interesa que me llame jefe; pero sí que se disponga a cumplir la orden que voy a darle. Hay que obligar al comandante Céspedes a que nos ataque por el cañadote de Los Apamates, donde lo esperan sorpresas.

—¿Y si el comandante llegara a sabé eso, precisamente?

—Sería usted un cobarde.

El Mapanare lo miró de hito en hito y luego repuso, palabra a palabra, lentamente:

—Usté sabe que yo no lo soy.

—Porque lo sé le estoy confiando la suerte de la pelea.

Y en seguida, con la seguridad del efecto logrado:

—Son quinientos hombres los del comandante, pero nosotros pasamos de la mitad, contando con los de usted y a más de la otra mitad equivalen las posiciones ya tomadas.

—Es decí—puntualizó el negro—, ¿más de doscientos cincuenta? Pues creía yo que eran ciento y pico los suyos que están acampaos aquí. Más que menos.

—El resto se halla donde debe estar; pero eso no le interesa saberlo.

—Es verdá. A mí lo que me corresponde es lo del cañaote.

—Solamente.

—Bueno. Como bien ha dicho usté endenantes, al que perdió su hora no le queda más recursos sino el de aceptá las que buenamente le den. Ahora, que por el camino se puén enderezá las cargas...

—Eso es otra cosa.

—Sí. En fin, volviendo a lo del cañaote, sólo me farta decile que mi gente está mal armá, pero como ya han tráido el

parque que habíamos convenío en capturá juntos y de quién a quién, espero que mande a dame una poca de esos pertrechos.

—No conviene. Es necesario que el comandante Céspedes, viéndolo a usted mal armado, se imagine que así estamos todos, para que se confíe más.

—¡Ah! Ya entiendo. Nojotros vamos a sé, como quien dice, la carná.

—Por algo lo habré escogido a usted para eso.

—Sí. Ya me lo he dicho yo también. ¡Bueno!... Pero antes con antes quisiera hacele una pregunta. ¿Por qué dejó pa las postreras esa invitación pa esta fiesta? En mi hora y punto yo le hice la mía con la debía anticipación.

Y Pedro Miguel, comprendiendo que era necesario condimentar el sometimiento de *El Mapanare* con la pizca de esperanza traicionera, que, por lo menos, debía alimentar en compensación de la inferioridad a que había pasado:

—La razón es muy sencilla—díjole—y usted se la va a reservar. Si el negro Escolástico y el *Siete Cueros* y los otros jefes de facción que ya se me han sometido, hubieran sospechado que usted iba a estar de acuerdo conmigo, no habrían convenido en incorporárseme, porque aspiran—y yo lo sé—a darme el golpe alevoso en el momento oportuno y saben que estando usted aquí no será mucho lo que van a ganar.

Y al cabo de una breve pausa, ambiguamente:

—Hay historias que hasta las piedras de Barlovento las conocen.

A lo que repuso *El Mapanare*, abandonándose por fin a la atracción que sobre su alma ejercía Pedro Miguel:

—Cuente con que al comandante Céspedes y a sus quinientos hombres se los encallejono yo por el cañaote de Los Apamates, asina tenga que llegá solo aonde me toque regresá.

Era la jornada de la astucia ya completamente ganada y pronto amaneció para la de la prueba decisiva.

Por fin iba a medirse el guerrillero improvisado con el militar de escuela y por otra parte, Pedro Miguel con el mantuano que un día le cruzó el rostro con su fusta. Para llegar a esto el faccioso de los incendios se había superado, desarrollando una actividad de organización metódica sólo comparable a la destrucción sistemática practicada en cuatro años de guerra fiera, sumándose a su partida casi todas las que merodeaban por Barlovento y convirtiéndolas ya en un cuerpo de ejército bastante bien disciplinado y convenientemente armado, gracias a la oportuna captura de aquel parque destinado a otro jefe federal, todo sin que trascendiera a las personas que debían ignorarlo, como *El Mapanare*, por una parte y por la otra el comandante Céspedes, a quien había logrado atraer al campo previamente elegido para la acción, donde su tropa atrincherada alcanzaba una evidente superioridad combativa.

Ya las cosas estaban produciéndose conforme fueron previstas. *El Mapanare* había abierto los fuegos batiéndose en retirada y el comandante Céspedes movía ya su tropa hacia el cañaote de Los Apamates, donde, cerca del mediodía, lo detuvieron de pronto las sorpresas que por allí le tenía reservadas Pedro Miguel Candelas.

Pero si en un bando la pericia militar zozobró en la ofuscación de envanecimiento propio y de total menosprecio del enemigo, a quien no consideraba capaz de un plan coordinado; en el otro, motivos también de índole personal, frustraron de pronto la completa eficacia de la operación bien concebida y casi lograda. El comandante, atraído por la estratagema, vino a librar la pelea entre las cortinas de fuego cruzado de las posiciones inexpugnables en que se amparaban los federales; pero mientras su gente caía diezmada y desmoralizada por la sorpresa y en torno suyo silbaban las balas, él dirigía la acción con una serenidad pas-

mosa—fumándose un tabaco que se llevaba a la boca sin que la más leve vibración de nerviosidad le tumbase la ceniza—, sin espada empuñada, pie en tierra, ya muerto su caballo, sobre una pequeña elevación del terreno donde hacía blanco fácil, sin duda dispuesto a pagar con la vida la imprudencia. Y Pedro Miguel, exasperado por esta muestra de imperturbable valentía del "mantuano pretensioso" —como a su vez, se empeñaba en subestimarlo—, cambió su plan, ya a punto del éxito completo, sacando su gente a la pelea a campo raso y lanzándose él mismo, en la habitual arremetida temeraria, con el objeto de medirse, cuerpo a cuerpo, ya no con el jefe enemigo, sino con el hombre mismo que un día le infirió agravio injusto.

La lucha fue desesperada, de parte y parte, pero sin que el oligarca abandonase su tabaco—uno encendido en otro—impávido aunque cediendo terreno ante el empuje con que el federal le hacía sufrir a su gente el rigor innecesario de una acción que ya estaba ganada y así llegó la noche sin que por ninguno de los dos quedase la victoria.

Retirándose los del Gobierno al amparo de la obscuridad, destrozados pero no derrotados y cuando Pedro Miguel Candelas les pasó revista a sus diezmadas filas, *El Mapanare* le dijo:

—La carná cumplió lo suyo. De los cincuenta y cuatro capayeros, como tigres, que me seguían, tres solamente han regresao del cañaote y los tres heríos; pero lo que yo siento es que quien manejaba el anzuelo haiga dejao dirse al pez vivito y coleando.

Pedro Miguel no halló qué responder y siguió adelante.

Faltaban el negro Escolástico y el *Siete Cueros,* muertos en la pelea y Juan Coromoto estaba herido. Pedro Miguel fue a verlo. Una herida en un muslo, de donde una de las troperas acababa de extraerle la bala; pero él no levantó la mirada de la atención a la venda que le ponía la mujer y así que ésta hubo terminado, Pedro Miguel le hizo un

gesto para que se retirara y ya a solas con Juan Coromoto le preguntó:

—¿Tienes cargos que hacerme?

Y como el leal compañero no se los hacía, teniéndolos, evidentemente, lo apremió:

—Házmelos. Házmelos ya.

—No soy quién pa tanto—repuso el negro fiel, del riesgo de muerte bien compartido—, pero si quieres sabé qué es lo que pienso, voy a decítelo: son demás la mayor parte de los muertos de esta pelea, que ya la teníamos ganá y todo porque esta tarde te has olvidao de nosotros, pensando en otra persona.

Pedro Miguel aceptó y calló.

III

PÁNICO

Mediaba la tarde, calurosa, impresionante el reflejo del sol de las humaredas en la sombría y enmarañada vastedad del cacaotal, cuando comenzó a producirse el fenómeno.

La Fundación no había sufrido los estragos del incendio de las propiedades sino por haberse propagado hasta algunas plantaciones el que varias veces destruyó las fincas limítrofes; pero abandonada del trabajo, ya en toda ella reinaba el matorral intrincado donde se perdía el fruto—regalo de las numerosas manadas de araguatos y de arditas, que de todo el contorno azotado por el fuego allí buscaron refugio—, salvo el que recogían para sí las mujeres que aún permanecían en ella y las de los campos vecinos, que sólo de esto se mantenían. Horas antes había pasado por allí, camino de derrota, la tropa del comandante Céspedes y previendo que en su persecución viniesen los federales del implacable guerrillero de las candelas, las negras de la hacienda y sus

contornos se habían entregado, de prisa, a la recolección de todo el cacao que estuviese en sazón.

Y así estaban tres de aquéllas cuando de pronto una interrumpe su trabajo y detiene su atención en el repentino acontecimiento inquietante.

—¡Aguaiten!—díceles a sus compañeras—. Aguaiten cómo se mueve esta hoja.

Una sola entre la multitud de la fronda inmóvil, sofocante la calma de la atmósfera dramática. Un estremecimiento singular, sin causa aparente.

Un hecho sencillo, sin embargo, muchas veces presenciado por aquellas mismas negras, como lo dio a entender una de las llamadas a observarlo, aunque de esta manera ya reveladora de inquietud supersticiosa:

—¡Hoy sábado! ¿Eso qué tiene de particular, mujé de Dios? No vayas a ponete ahora a está viendo cosas, que sería lo que nos fartaba.

Ya el viejo Tapipa, todavía solitario morador del monte. tenía anunciado que se aproximaba el "gran piélago" del fin del mundo y aunque esto venía profetizando desde los comienzos de la guerra, ahora los acumulados horrores de ésta. por una parte y por la otra el impresionante aspecto de la naturaleza, al sol de las humaredas, hacían propicios los ánimos al terror de cataclismos inminentes, sobre todo después de haber presenciado la obra sacrílega de la guerra en la demencia del Padre Mediavilla, que aquella mañana pasó por allí, vía de la población vecina, conducido por *La Colorada.*

Reanudaron su tarea, con redoblada prisa, guardando silencio; pero ya abiertos en sus espíritus los abismos de la superstición, a un mismo tiempo se les vino a la mente la antigua conseja de que en aquella plantación y a la hora que justamente sería—la mística hora de las tres de la tarde—solía oírse un tañido funeral de campana y el simultáneo

pensamiento fue suficiente para que se desencadenara el terror colectivo.

A un mismo tiempo, desistiendo de las mazorcas recogidas, las tres negras emprenden la fuga del pánico, gritándoles a las que por el trayecto encontraban:

—¡Corran! ¡Corran!

Sumábanseles éstas sin pedir explicaciones, excitándose mutuamente el terror que se había apoderado de sus espíritus, a las voces de:

—¡Aguaiten el sol!

—¡Fin del mundo!

Desaladas entraban a sus ranchos a recoger a sus hijos, empujando afuera a los que podían valerse de sus piernas y levantando del suelo a los pequeños, con manotadas, como a cosas, para ponérselos a horcajadas en los cuadriles mientras no cesaban de dar al aire alaridos.

Pero ya había una explicación que muchas daban entre los ahogos del miedo y de la carrera: que habían presenciado el vuelo extraño de un pájaro nunca visto por allí, cuyo impresionante graznido decía, clara, distinta y espantosamente:

—¡Corran, corran, corran!

Momentos después no había un alma en los campos de La Fundación y Luisana, enterada del acontecimiento, sintió que también de su alma tendía a apoderarse el terror supersticioso.

No obstante la inseguridad que ofrecía el campo, ni ella ni Cecilio habían querido abandonar la hacienda, en varias ocasiones amenazada por las partidas federales y si éstas no habían caído sobre ella a sangre y fuego, como de costumbre en todas partes, obra fue de la simpatía que se había granjeado entre los facciosos Cecilio el viejo, quien a menudo se llegaba hasta sus campamentos a prestarles los servicios médicos de que carecían los heridos.

Pero aun así eran ya cuatro años largos de sobresaltos

continuos y ahora, además, interminables días esperando la muerte que ya venía por el enfermo martirizado y consumido y Luisana, a quien la luz del día, aunque medrosa como de sol agonizante, dábale ánimos para encararse con los posibles peligros que la amenazaran y para afrontar serenamente el inevitable desenlace de la tragedia del hermano, desde que comenzaba a obscurecer sentía encogérsele el corazón.

Exploraba el cielo a la hora del crepúsculo y todo veíalo encendido en resplandores dramáticos; atendía al silencio en que iban sumiéndose los campos, y lo sentía colmado de presagios terribles y cuando empezaban a hundirse en la noche los montes carbonizados que rodeaban la hacienda. acudía a sus labios siempre la misma frase:

—¡Esta noche será!—murmuraba.

Cerraba y atrancaba las puertas y de pronto se estremecía bajo la impresión escalofriante de que aquello, temido, ya estaba allí dentro.

Ahora, además, la mala influencia del pánico que había quedado flotando sobre los campos desiertos.

Y murmuró estremeciéndose:

—Esto sólo me faltaba.

SERENIDAD

Con toda el alma lúcida y en serenidad profunda, entró Cecilio Alcorta en la última noche de su vida. Había terminado el sufrir, su cuerpo no existía ya para su conciencia. el tremendo mal le había secado poco a poco las fuentes vitales y el resto de ellas, desprendidas del organismo, se consumían lentamente en una niebla de pensamientos más y más espiritualizados.

Ya se había despedido de la hermana y del tío, oprimiéndoles las manos en silencio y mirándolos ahincadamente, con toda la ternura de su corazón en los ojos que

pronto se le apagarían y ahora se despedía de sí mismo. La vacilante luz de una lamparilla de mariposa alumbraba la estancia, donde Luisana y Cecilio el viejo guardaban religioso silencio y en la penumbra del lecho la niebla se desvanecía en murmullo de frases entrecortadas.

—Dulce tropiezo... Fray Luis, Garcilaso... Mi primer hallazgo. La vida era belleza.

Reconstruía la suya, toda noblemente diáfana, con pensamientos cuidados, para entregársela a la muerte como un regalo precioso. Evocaba su adolescencia, transcurrida en la espiritual compañía de los grandes poetas que descubrió por sí mismo o de la mano maestra le trajo Cecilio el viejo. El pensamiento fluía en su interior y sólo de espacio en espacio asomaban las palabras señalando los hitos.

—¡Beatriz!

Rememoraba ahora sus tiernos amores, al gusto romántico, en la Caracas de los patios floridos de granado y jazminero, breves, allí mismo desvanecidos, como otro perfume, en el apremio de la dedicación al logro de las esperanzas puestas en él.

Cecilio el viejo abandonó la alcoba y durante un rato lo oyó Luisana recorrer los amplios aposentos vacíos de la Casa Grande, por donde resonaban sus pasos ahogando sus sollozos. Ella contuvo los suyos para no turbar la serenidad del moribundo, sobre cuya faz se había esparcido la luz del romántico amor lejano y aún se la iluminaba cuando, con el estrago del llanto en la suya, volvió aquél a su sitio junto al lecho, cerca de la medianoche.

Llegaba ya el moribundo memorioso al crucero de caminos donde se reunió con los filósofos y allí se detenía murmurando:

—La vida era pensamiento.

Alcanzó después aquella otra encrucijada donde otros libros le mostraron al desnudo la iniquidad que dividía a los hombres en opresores y oprimidos. El no se contaba

entre los segundos, mas como no podían estar con los primeros sus sentimientos, aunque entre ellos hallara todo lo que pudiera hacerle apetecible la existencia, el hito marcaba ahora la actitud que entonces decidió asumir, tirando por la borda la obra muerta del candoroso idealismo, poniendo la vela al viento de la tempestad.

—La vida era sacrificio.

Pero allí mismo lo esperaba la fatalidad del mal incurable, largo y doloroso y de este fluir del pensamiento bajo los escombros de sus ilusiones, no surgió sino al cabo de un prolongado silencio el hito final:

—Vivir es morir...

Y la inmensa serenidad fue con Cecilio, al amanecer.

EL DESERTOR

Por entre campos carbonizados que la menguada luna poblaba de fantasmas, avanzaba la tropa de Pedro Miguel Candelas. Iba otra vez en silencio en pos del jefe taciturno, cuya silueta cabalgaba agigantándose contra el cielo de las lomas coronadas y la escoltaba el aullido de los perros visionarios, porque era la muerte haciendo su jornada sigilosa. Iba a marcha forzada y con el alba se internó bajo los cacaotales de La Fundación.

Ya era una idea fija, sola y torva el alma del guerrillero inmisericorde. Aquel reproche que le hiciera Juan Coromoto por la victoria frustrada le había descorrido los velos que sobre la intimidad de su espíritu se empeñara en tender y ahora se encarnizaba en sí mismo haciéndose los más duros. No se había lanzado a la guerra—decíase—por la causa del pueblo, sino por ahogar en sangre el amor a Luisana Alcorta, furtivo sentimiento que desde niño venía deslizándose en su corazón bajo la apariencia de su odio al mantuano. Centenares de vidas le había sacrificado al traicionero amor por la blanca, centenares de hombres que habían puesto en

él todas sus esperanzas para que los condujese a la conquista de los derechos que les eran negados. La guerra le había endurecido el corazón para con los suyos, sólo a la muerte conducidos y las sombras airadas de sus víctimas no se aplacarían sino con el holocausto de cuanto en él pudiese quedar de aquel amoroso sentimiento, en apariencia olvidado.

Pero también se había hecho a sí mismo el peor de los daños al lanzarse por aquel camino, huyendo de Luisana, como le manifestó al separarse de ella la última vez. A la sangre y al fuego, ya en su trágica cuenta, se había agregado ahora el pillaje, llevado a cabo de manera brutal en las dos poblaciones indefensas por donde acababa de pasar. Pedro Miguel Candelas se había convertido en un bandolero más—como *El Mapanare* o el *Siete Cueros*, la hez de la revolución, la rapiña al amparo de la idea generosa—y era, por consiguiente, también de Luisana la culpa.

Por los cacaotales de La Fundación—respetados por otros facciosos y objeto de antiguas contemplaciones suyas—corría ya el fuego justiciero que habría de arruinar a la altanera familia y ahora sería el atropello en la persona misma de su obstinado amor, el desagravio de los traicionados y el desquite del rencor soberano por los estragos que en su corazón había hecho la guerra. Luego, más adelante, ya suyo todo el posible horror de una vida, sería su cuerpo lanzado contra las bayonetas enemigas, para que se lo traspasasen y se lo acribillasen. Pedro Miguel Candelas estaba haciendo ya su última jornada guerrera.

Pero en la profunda intimidad ante la cual se detenía el pensamiento de Pedro Miguel, era el despecho de sí mismo por la desfavorable comparación que en la última pelea quedó planteada entre su imprudente arrojo, con el cual se malogró en momentos un plan bien meditado y la imperturbable serenidad con que el comandante Céspedes sacó el mejor partido posible de la situación en que su ligereza lo

había puesto. Era la natural diferencia entre el guerrillero improvisado—intuiciones y desaciertos al azar—y el militar de escuela, formado en una disciplina y poseedor de una técnica; pero si esto podía admitirlo Pedro Miguel sin mengua definitiva de su propia estimación, en cambio su espíritu prefirió abandonarse a la enconada amargura del sentimiento de su inferioridad. La calma del mantuano, fumándose su tabaco bajo la lluvia de balas, seguro de sí mismo, mientras que él perdía la cabeza y sacrificaba ventajas ya logradas, había sido una experiencia comparativa que ya no le permitiría las satisfacciones del menosprecio de que se alimentan los rencores.

Hasta aquí no quería llegar el pensamiento del guerrillero empecinado, pero se le había detenido en una frase, repentinamente recordada y ya convertida en obsesión. Aquella de Cecilio, cuando le hizo la revelación de su origen:

—"Quien acosa eres tú y tú mismo el acosado. Lo que hay en ti de generoso contra lo que se resiste a serlo."

Pero en su espíritu estaban invertidos por el despecho los planos de la interpretación, y el sentido alentador de las palabras—repetidas una y otra vez, ya sin poder evitarlo—se le convertía en sarcástico.

Junto a él, a uno y otro lado, cabalgaban Juan Coromoto y *El Mapanare*, silenciosos ambos, pero éste con expresión perversa, mientras que la de aquél traducía mortificados pensamientos. Y así llegaban a la vista de la Casa Grande, cuando el primero, como hacia allá encaminaba el jefe a su tropa, se le encaró interrogándolo:

—¿Qué vas a hacé, Pedro Miguel?

—¿A ti qué te importa?—repúsole ásperamente.

—Más de lo que te piensas—respondió el negro leal—. Fui tal vez yo quien te lancé por este camino que tú no andabas buscando; pero no pa esto, Pedro Miguel.

—Sin embargo, me has echado en cara el haber pensado

en cierta persona cuando debí pensar en ustedes solamente. Ahora verás lo que voy a hacer de ella.

—Tú no puedes hacer eso—insistió Coromoto, ya sofrenando su bestia.

—¿Por qué no? ¡Si es lo único que me falta!

—Pues, entonces, hasta aquí nos trajo el río.

A lo que intervino *El Mapanare*, dirigiéndose a Coromoto:

—¿Qué le ha disgustao al amigo? To eso es la guerra.

Simultáneamente Pedro Miguel:

—Bien puedes separarte de mí, si así lo prefieres. Serás el único desertor que no se lleve cuatro tiros por la espalda.

Y *El Mapanare*, sardónico, otra vez a Coromoto, a quien ya deseaba ver eliminado de la confianza de Pedro Miguel.

—Aproveche entonces, compañero. Mire que de aquí palante pué no volvé a presentásele esta oportunidá de salvá el pellejo.

Juan Coromoto lo miró por encima del hombro y luego dirigiéndose a Pedro Miguel:

—No quiero que hagas excepciones a mi favor. No era esto lo que yo buscaba de ti, pero si eso se malogró, sea lo que el Diablo quiera.

Pedro Miguel inició el movimiento de volverse a mirarlo; pero en seguida contuvo su buen impulso y prosiguió su camino hacia la Casa Grande.

Ya cerca, dio la voz de alto y luego ordenó:

—Espérenme aquí.

Y avanzó hasta el pie de la escalinata por donde se subía a la casa. Allí descabalgó y desenvainó el sable, hecho lo cual comenzó a trepar los escalones, invadidos por los matorrales que ya rodeaban el vetusto caserón, a tiempo que en el corredor aparecía Cecilio el viejo.

Escalinata arriba, los pasos temerarios hacían sonar las espuelas y la hoja desnuda brillaba remontándose, en la diestra amenazante, mientras el Licenciado Céspedes, con las

manos apoyadas sobre los riñones, como de antigua costumbre y por encima de las gafas, miraba al que así se le presentaba en aquellos aflictivos momentos.

—¡Guá!—hizo acá *El Mapanare*—. A ese mantuano viejo como que no se le agua el ojo ante un machete, por bien empuñao que parezca. ¿Verdad, compañero Coromoto? Usté que debe conocelo bien, de cuando lo llamaba su mercé.

Pero el negro Coromoto sólo atendía a lo que tenía ante sus ojos, pendiente de los mínimos detalles de cuanto fuera a suceder. Y he aquí que, inesperadamente, ya Pedro Miguel en el corredor y Cecilio el viejo posándole la diestra sobre el hombro, ve al primero volver el sable a su vaina y luego descubrirse respetuosamente, mientras el Licenciado, tomándolo ahora por el brazo ya inerme, lo conduce hacia el interior de la casa.

Descarga el negro preocupado su pecho con hondo respiro de alivio, en el silencio de expectativa que se había producido entre la tropa y luego oye el comentario socarrón de *El Mapanare* siniestro.

—¡Jm! Si será caso de que nos háigamos quedao sin jefe los pobres negros. Porque si mi vista no me ha engañao, el hermano como que nos ha vuelto la espalda al dentrá por esa puerta con to y su sombrero en la mano.

EL HOMBRE DE LAS CIRCUNSTANCIAS

Los sentimientos que habían lanzado a Pedro Miguel a la guerra no tenían que llevarlo a ella forzosamente para su logro, ni emprendiéndola había obedecido—por otra parte—a propensiones naturales que tal ejercicio reclamasen. Su odio al blanco no era, en realidad, sino una ficción de sí mismo, una maniobra de engaño propio, de la cual se le escapaba el artificio, sin duda por no ser todo creación de su espíritu atormentado por la preocupación de su inferio-

ridad ante el objeto de su amor, sino en gran parte influencia del ambiente de lucha en que convivían el negro y el blanco sobre un terreno ya conmovido. Su conflicto sentimental ya estaba resuelto cuando, sin embargo, se lanzó a la guerra; pero aun así no era sino el caso particular del gran conflicto ya planteado entre las dos razas, camino de la solución total por el de la violencia. Arrollado por el movimiento que lo desbordaba empuñó el arma innecesaria para su personal conquista, mas si ella le acostumbró el brazo al fiero ejercicio, no toda su intimidad correspondía a la actitud de sable en mano con que había querido penetrar en la Casa Grande y así bastó para que lo volviese a su vaina que Cecilio el viejo lo recibiera diciéndole:

—¿Bravatas a estas alturas? Demasiado acero el que traes para tan incierta voluntad como la que no te ha permitido disfrutar de lo que ya era tuyo. ¿Si aquí todo te lo has conquistado hace tiempo, a qué viene ese sable metiendo miedos donde ya están amores? ¡Guárdatelo, muchacho! Déjate de desplantes. No vengas a provocar risas donde se te espera para que llores junto con nosotros al que acabamos de perder. Tú también.

Pero no fue sólo el afectuoso respeto a quien así le habló, ni solamente lo que le dijo, sino que aquel sable ya estaba para desprenderse de aquella mano. Pedro Miguel Candelas pudo llegar a ser el guerrillero temible mientras actuaba en el plano de la acción inmediata, poniendo en juego las secundarias condiciones personales de la acometividad, la valentía, la bravura y la astucia y el ascendiente del hombre sobre el hombre que da origen a la obediencia y a la lealtad; pero sus aptitudes no habían logrado trasponer los límites del hecho de armas, por añadidura siempre de reducido alcance y la conciencia de este menguado servicio ante la magnitud—vagamente vislumbrada, además—, de la revolución a que debía corresponder la revuelta armada, era

la descorazonadora experiencia de sí mismo que había hecho en sus cuatro años de campaña.

Por otra parte, la revuelta ya traicionaba a la revolución, destacando mezquinas figuras de caudillos, de los cuales nada efectivo podía esperar el movimiento popular, que, a su vez, se desviaba de sus propios fines al girar en torno a ellos, como si sólo para producirlos y encumbrarlos se hubiera derramado tanta sangre. Pedro Miguel se daba exacta cuenta de esto y por ello ya el sable venía desprendiéndosele de la mano.

A su vez, un certero instinto le había permitido a *El Mapanare* advertir que era cosa de momentos la declinación definitiva del guerrillero de las candelas, que no había sabido aprovechar su hora de fortuna en la pelea de Los Apamates. No tenía ya consigo sino a unos tres de aquellos capayeros, tigres de tigre, para el oportuno zarpazo alevoso; pero entre el centenar de hombres a que había quedado reducida la facción después de aquella pelea, quizás no llegaban a veinte los absolutamente leales a Pedro Miguel, proviniendo los demás de las montoneras del *Siete Cueros* y del negro Escolástico, muertos, y de los otros cabecillas de menor importancia que aquél había logrado someter bajo su mando.

—Veinte—decíase ya en sus maquinaciones—, entre los cuales tal vez sean más los .coromoteros que los migueleros propiamente. De donde rompiendo ese eslaboncito, como se rompieron aquellos otros dos en Los Apamates, que por cierto a naiden le han llamao la atención esas dos muertes bien casuales, quede la caena, como quien dice, a la mercé del hombre de las circunstancias. ¿Que quién será, Dios mío?... Pero si ésa es tu voluntá, hágase, como en el padrenuestro.

Y las circunstancias acudieron adonde ya estaba el hombre.

Unos disparos, al grito de:

—¡Viva el Gobierno!—sacaron a Pedro Miguel de su dolorido ensimismamiento ante el cadáver de Cecilio.

Corrió afuera, desenvainando otra vez el sable. Vio a Juan Coromoto desplomarse de su bestia. Atravesó el corredor, se precipitó escalinata abajo.

Era realmente un fuego cruzado entre la facción y una avanzada de las tropas con que ya volvía el comandante Céspedes al desquite de Los Apamates, mas Pedro Miguel había visto a Juan Coromoto llevarse las manos atrás, como herido por la espalda, dándole, sin embargo, la cara a la pelea, y ahora sentía silbar por encima de su cabeza balas que no podían venir sino de sus propias filas, ni ser disparadas por allí contra el enemigo.

Encolerizado por la traición evidente y buscando con la mirada zigzagueante al tirador por cuya mano se le hacía, bajó saltando escalones, en derechura temeraria... Pero los últimos los descendió su cuerpo, rebotando, junto con el sable desprendido de la diestra, mientras sobre los abismos del desvanecimiento resonaba un grito, contra aquel otro:

—¡Viva *El Mapanare!*

LA CAPITANA

—La revolución federal había triunfado—diríale después a Pedro Miguel, Cecilio el viejo—. ¡Y yo que la anuncié llamándola el Gran Sembrador! De cenizas regadas con sangre nos ha dejado cubierto el suelo. Y en los corazones, estragos irremediables quizás.

Hace una pausa y reanuda el relato de los hechos ocurridos aquella mañana:

—Dos de los pocos hombres que se te mantuvieron leales y lograron separarse de la facción, mientras ésta perseguía a la avanzada del Gobierno y luego se tiroteaba con el resto de las tropas de Antonio Céspedes, me ayudaron a recogerte y a prestarte los primeros auxilios de urgencia, ya

otra vez enfermera nuestra Sal de la Casa. De prisa enterramos luego a Cecilio, en el sitio que una vez te mostré y en seguida emprendimos la fuga, al saber que la victoria había quedado por *El Mapanare*, tú agonizando por momentos y entre ratos delirando a gritos dentro de una hamaca donde tus dos negros fieles te conducían y Luisana y yo a pie, a través de la hacienda incendiada. Pero si nos fue relativamente fácil librarnos de las famosas candelas de Pedro Miguel, en cambio, la persecución de *El Mapanare*, que revolvió todo el monte para ponerse en nosotros y luego el peligro de caer en las manos de las numerosas partidas que junto con la suya se habían adueñado de todo Barlovento, no nos dieron tregua ni descanso durante varios días. Luisana, disputándole tu vida a la muerte, como si no acabara de perder otra pelea que duró diez años, y yo sacando ánimos de desalientos, que ya es todo lo que me resta para lo que me falta. Otra vida no tendré y ya ésta no da para criar más esperanzas.

Y finalmente:

—Y aquí estamos, menos mal que tú ya convaleciente, esperando ese falucho que no acaba de llegar a sacarnos de esta tierra sembrada de sobresaltos.

Era en el rancho de un pescador, que retorcidos uveros abrigaban al viento marino en una pequeña ensenada de la costa. Angosto litoral abrupto donde las olas venían a morir contra el flanco mismo de la empinada y carbonizada montaña, después de haber reventado en espumas fragorosas contra una cordillera de riscos siniestros, rocas desprendidas de aquélla en algún cataclismo inmemorial. Ensenada triste y costa de desolación, propicias a la melancolía del convaleciente.

De todos los cuadros de la guerra que en cuatro años habían desfilado ante sus ojos, espectador o actor de las tremendas escenas de la matanza y del exterminio, uno solo, como si los refundiera todos, no se le apartaba ahora de la

mente: Juan Coromoto, el leal compañero que tanto esperó de él, desplomándose del caballo, en el ademán de las manos a la espalda por donde le habían dado muerte, porque su fidelidad estorbaba la traición. Y Juan Coromoto no era un hombre, sino el pobre negro, que es todo un pueblo, abandonado por él de espaldas al golpe artero, pues si él no penetra en la Casa Grande tal vez no sucede aquello.

Juan Coromoto recitaba décimas en los velorios de cruz y entonces parecía un negro feliz. Juan Coromoto esclavo plantó cacao en La Fundación de los Alcortas y un día bailó muy contento su tambor de la abolición, para volver a plantarlo después, "como endenantes". Sobrellevó su carga, atravesó sus penas y tuvo sus gozos, sin duda; pero Juan Coromoto no había existido realmente sino en aquel ademán de los brazos atrás, como para salirle al encuentro con todo el pecho a la gran esperanza de su vida. Pero Juan Coromoto se desplomó de su caballo de guerra sin verla realizada.

El mar bate contra los peñascos desprendidos de la montaña inmensa y el aire de la desolación flota sobre el angosto litoral abrupto. Hay a lo lejos unos cocales que entre brisas y terrales crecieron cimbrados y el paisaje recoge la angustia del cuadro que no se borra de la mente: el pecho a la reventazón de la fatalidad, los brazos como si trataran de apoyarse en la muerte para un salto inmenso hacia toda la vida.

De lo demás, no queda en el espíritu de Pedro Miguel Candelas sino la niebla de una profunda decepción de sí mismo y así se le pasan los días, contemplando en silencio la marina angustiosa, donde se materializa su único recuerdo de la guerra.

A veces habla de marcharse, porque ya se siente bien.

—¿Adónde?—le pregunta Luisana.

El encoge los hombros y continúa contemplando el paisaje.

Otro estaba también en trances de marcha. Ya era viejo y no habrían de ser largas las nuevas andanzas; pero aún no había tenido oportunidad de quedarse a solas con el dolor de su Cecilio muerto y quería llevárselo consigo por los caminos sin rumbo ni objeto, una sombra dialogando con otra. Mucho había durado el alto en la marcha y ya declinaba el sol de su vida sobre la desolación de su gran amor, mas no quería verlo ponerse entre los que aún esperasen algo risueño de las posibilidades del porvenir. Deseaba terminar solo, sin rostros afligidos que le afeasen la serenidad de la muerte, sin despedidas definitivas que le frustrasen la ilusión de viaje no interrumpido, sino más bien prolongado en la jornada sin término ni fatiga. Quería desaparecer en el misterio de la vida antes de hundirse en el de la muerte.

Luisana se daba cuenta de todo esto y comprendiendo que la situación se hacía ya insostenible, por momentos se abandonaba a las soluciones pesimistas:

—Ya va siendo hora de dejar en libertad al andarín. ¿Tendré que ir a refugiarme en el cuarto que me tenía destinado Carmela?...

Por el momento, lo apremiante era abandonar aquella costa inhospitalaria donde aún corrían peligros—como en toda la región las personas calificadas de mantuanas—, pues ya los dos negros todavía fieles a Pedro Miguel habían recogido noticias de partidas armadas que recorrían el litoral, precisamente para impedir que por allí se escapasen las familias oligarcas que huían de las poblaciones de Barlovento. donde la pugna política había sido desbordada por los tremendos caracteres de la lucha de clases, agudizada por la desigualdad racial. Hacia la isla de Margarita habían emigrado ya casi todos los mantuanos de Barlovento y ésta era la salida que se procuraba el Licenciado Céspedes, aprovechando un falucho de patrón amigo que debía recalar por allí de un día a otro, según le había dicho el pescador que

les dio asilo. Lo inmediato era salvar a Luisana, principalmente, sobre la cual se cernían los peores atropellos de los federales. En cuanto a Pedro Miguel, cuya salud todavía se resentía del riesgo de muerte corrido, de ningún modo habrían de convenir en que se quedase por allí. Luego, ya se pensaría en el rumbo que cada cual quisiese coger.

Y un día amaneció fondeado el falucho en la ensenada.

El patrón convino en aceptarlos a bordo y allá se dirigieron en seguida, allanándose Pedro Miguel a la determinación tomada por los demás, con estas palabras:

—Ganas de quedarme aquí son las que yo puedo tener; pero vida que otro salva a otro pertenece.

Y a los negros que hasta allí lo acompañarían:

—Bueno, pues, muchachos. Las gracias no les doy, porque con palabras no se pagan obras. Digan que así terminó Pedro Miguel Candelas, que no fue sino el arrebato de un pueblo que se lanzaba a la muerte buscando el camino de su vida. Este desperdicio de la guerra que con vida se escapa, no es ya sino lastre para un falucho. Que tampoco lo necesita.

Pero una vez a bordo y el patrón ordenando levantar el ancla, llamó Cecilio el viejo al pescador que se retiraba, en el cayuco donde los había llevado a embarcar y le dijo:

—Lléveme otra vez para tierra, que me he dejado allí algo que me hará falta.

Y a Luisana:

—No tardaré sino lo necesario para ir y volver.

Dicho lo cual, abandonó el falucho donde había concluído su misión protectora, ya Luisana en presencia del destino generosamente elegido.

Ella comprendió que no regresaría, siendo propio de su carácter en aquellas circunstancias; pero también que sería inútil tratar de retenerlo y se quedó mirándolo alejarse, en silencio y con lágrimas en los ojos.

También lo comprendió así Pedro Miguel, mas prefi-

riendo anteponer a la natural reflexión del momento el recuerdo de aquella conversación que una tarde había tenido con Cecilio el viejo, a propósito del sitio donde éste quería ser enterrado, junto al joven, que ya estaba allí esperándolo para el interminable diálogo de las sombras inseparables.

—Ya sé lo que va buscando—murmuró—. La novia de amores formales que me presentó aquella tarde. ¡Se nos va también don Cecilio!

Desembarcó éste del cayuco del pescador, detúvose un momento en la playa mirando hacia el falucho y agitando la diestra en ademán de despedida bendiciente y luego volvió la espalda al mar y se alejó tierra adentro.

Así que lo perdió de vista, Luisana se enjugó los ojos, los detuvo un momento en los de Pedro Miguel y luego le dijo al patrón:

—Mande izar la vela.

Pedro Miguel la contempló en silencio de adoración pura y se le vino a la mente la escena del campamento de *El Mapanare*, atando el Padre Mediavilla dos hilos invisibles que flotaban en el aire. Ya el destino de aquella mujer estaba unido al suyo y ella misma desafiaba las posibles borrascas exclamando:

—¡Venga viento!

El falucho abandonó la ensenada triste y traspuso la línea de los escollos desprendidos de la montaña inmensa. Ahora eran viento enfilado, mar abierto y un ser nuevo mirando hacia adelante, hacia el horizonte inalcanzable, en plena aventura.

—Ya están cumplidas sus órdenes, capitana—habíale dicho jovialmente el patrón al izar la vela.

Algún día, sin embargo, debió de soñar ella con esto que ahora iba realizándose, pues siendo imprevisto, no le caía de extraño. Acaso alguna de aquellas noches en vela, a la cabecera de un enfermo, cuando el espectáculo del dolor y las amenazas de la muerte le producían el milagroso flo-

recimiento de vitalidad que le dulcificaba el carácter y le hermoseaba el rostro, estremeciéndole el espíritu con ansias de vida fuera de las normas usuales, en mundos vastos. Todo lo que se llamó su abnegación, no siendo sino el desbordamiento de la generosidad para consigo misma, la inquietud de la libertad suma buscada por los caminos del sacrificio, cual si un misterioso instinto le indicase que sólo así llegaría a alcanzarla.

El camino fue largo, pero ya no había cosa ajena de que no la hubiese alejado y ahora acababa de llamarla capitana. Atrás se quedaban por fin la hechura de aquel mundo de ideas y sentimientos de otros: la mujer sufrida y virtuosa, conforme a un concepto social, como tantas otras sabían serlo a su hora, por obra de buena crianza, mientras que la capitana que ahora iba sobre el mar infinito y bajo el viento libre, de nada era criatura sino de su propia voluntad de encararse con la vida, sin miramientos que la limitasen. No la mujerona desviada hacia los caminos del hombre para tomar de éste el amor que aún no se atrevía a ofrecerle, sino la mujer auténtica, con femenil espíritu aventurero, en busca de la totalidad de su alma. Y para que nada pudiese parecer masculino en la actual emoción de sí misma, nunca se había sentido tan enamorada como ahora del hombre que la acompañaba, al mismo tiempo que tan dulcemente confiada en su varonil protección.

Era la capitana, pero de su amor, por fin sin mezcla de sacrificio.

FIN DE
"POBRE NEGRO"

EL FORASTERO

PRIMERA PARTE

I

UN ALMA TRANSFORMADA Y HERMÉTICA

ANGUSTIAS de Venezuela. Vuelve el alma contemplativa al espectáculo de su dolor y su mal: vastas regiones desiertas, viejos pueblos tristes...

La plaza era el corazón del pueblo y todavía palpitaba un poco. Menguada sombra de árboles tiñosos, uno muy viejo, todo barbas; altozano y templo de tres naves y una torre de campanario y reloj; la casa del obispo que la llamaban palacio; las solariegas de las familias que con algún dinero y extensas tierras mal cuidadas alimentaban mucho orgullo, y en las esquinas: la tienda de Abraham, la quincalla de Salomón, la zapatería de Moisés... Y en una de dos pisos, diagonal con la torre, el hotel de las Simozas, que lo denominaban *Gran Hotel*.

Era la una en el reloj de la torre y el sol ofuscante reverberaba sobre los tejados cuando Mariano Urquiza se tendió en la hamaca colgada en la habitación donde lo alojaron, del segundo piso, con balcón a la plaza.

De viaje largo y de mediodía ardiente el cansancio y la conduerma lo sumieron pronto en sueño profundo y cuando despertó, bañado en sudor, un sol enternecido doraba las copas de los árboles; pero en el reloj de la torre continuaba siendo la una. Sonrió con la amargura de las aceptaciones fatalistas. Se desperezó pachorrento.

Y al hacer esto advirtió la presencia silenciosa de un jovencito, sentado en una silla frente a la hamaca, mirándolo, sonriente, como quien espera producir sorpresa agradable.

Lo miró a su vez, con destemplada expresión interrogativa y el jovencito, recogiendo la sonrisa de su gozo frustrado y poniéndose de pies, explicó:

—Elio, tío Mariano. Hace una hora que estoy aquí.

—Así has podido estar dos o tres—repuso el tío displicente, sin moverse de como el desperezamiento le había dejado. Y luego, mientras el desairado enrojecía y tornaba a sentarse—: ¿Y tu madre? ¿Y tus hermanos? ¿Cuántos son ya?

—Ella, bien. Te manda un abrazo. Ellos son seis. Conmigo siete. Pero creo que esto lo sabías ya.

Y esto lo respondió Elio con visibles esfuerzos por mantenerse sonriente.

Pero Mariano Urquiza parecía insensible y agregó:

—Por tu padre no te pregunto, porque supongo que goza de perfecta salud, pues la imbecilidad es un don del cielo y quienes lo disfrutan ni padecen ni perecen.

Elio dominó su trastorno sentimental y a las duras e innecesarias palabras del tío repuso serenamente:

—Ya sé que no toleras a papá y comprendo que por eso no has querido llegar a casa, pero mamá no entiende ciertas cosas, porque sólo se guía por sus sentimientos, sin detenerse a reflexionar y como te quiere tanto, cree que tú también debes ser amoroso con ella y no puede explicarse por qué has llegado al hotel y no a casa.

Después de mirarlo un rato en silencio, Mariano se levantó de la hamaca y se acercó a una mesa donde había una pimpina rezumante y un vaso de empañada transparencia, y mientras éste llenaba del agua que ésa contenía, ni cristalina ni fresca:

—Me habría causado mejor impresión oírte tonterías propias de tus quince años, que no esos alardes de hombrecito reflexivo con que has querido deslumbrarme.

A lo que repuso Elio, sin perder el aplomo:

—En realidad no he pretendido tal cosa. Y quizás...

Pero Mariano, interrumpiendo el beber, le quitó la palabra:

—Dile a tu madre que me encontraste bien. Que luego iré a verla.

Elio contrajo el ceño como bajo el efecto de un dolor agudo, se levantó y con labios temblorosos:

—Me despides—repuso—. Esta bien. Me he apresurado a venir a saludarte porque tú has sido el objeto de mi mayor afecto y de mi admiración más profunda. Nunca me imaginé que todo esto te molestara tanto.

Y se dirigió a la puerta.

Pero Mariano se la atravesó, lo detuvo apoyándole las manos sobre los hombros, lo miró un rato en silencio.

Eran quince años saludables, aunque de precoz desarrollo, con pureza de alma pintada en la faz. Sonrosadas las mejillas, inteligente la mirada, sin ojeras de torturas sexuales, apuntándole ya el bozo. Indicio apenas de alguna falla de equilibrio interior aquella vibración de los labios, acentuada por la emoción del momento, pero que desde niño se la había advertido Mariano y ahora lo recordaba.

Le deslizó las manos de los hombros a los bíceps, que no acusaban endurecimiento y oprimiéndolo:

—No haces gimnasia—díjole—. Estás un poco gordo y blando. Debes hacerla.

Elio lo miraba a los ojos, emocionadamente, por el hallazgo de afecto que por fin hacía y el temblor de los labios se le hizo más acusado. Mariano sonrió, lo sacudió cariñosamente y le dijo:

—Siéntate mientras me visto, para que salgamos juntos.

Entretanto, Elio se había preguntado mentalmente:

—¿Qué le habrá sucedido a tío Mariano?

Porque así no era, en sus recuerdos de niño, aquel que lo había iniciado en el gusto del ejercicio del pensamiento, ante la naturaleza, cuando por las tardes lo sacaba consigo

de paseo y sobre alguna solitaria loma se detenían a contemplar el melancólico paisaje, hasta la puesta del sol, y todo se lo iba explicando como él lo entendía y con cálidas palabras de comunicación espiritual, casi en alturas místicas le iba formando el alma niña a imagen y semejanza de la suya adolescente, llena ya de inquietudes delicadas... Ni de éste que ahora regresaba al pueblo al cabo de diez años de ausencia, frío, apático, áspero, despreciativo de manifestaciones intelectuales, parecía que hubieran sido aquellas cartas de los primeros años de alejamiento, en las cuales se prolongaba el coloquio de las dulces tardes sobre las áridas lomas... Que luego fueron menos y menos frecuentes y ya no se las escribió más, tres años hacía.

—¿Te graduaste?—le preguntó al cabo de un rato.

—No—respondió secamente Mariano.

—¿Pero terminaste tus estudios, verdad?

—Sí.

—Con buenas calificaciones en los exámenes, seguramente.

Pero el desabrido silencio, después de los monosílabos incomplacientes, demostraban desgana de confidencias y Elio no insistió más en penetrar el alma transformada.

LA HORA DEL BÁRBARO

Años atrás habían sucedido estas cosas.

Javillos y Urquinaonas eran de lo principal del pueblo y de antiguo tenían sus casas paredañas frente a la plaza central. Poseían tierras, las cultivaban en parte, por ser muy extensas y el resto de ellas se lo dejaban al matorral silvestre. Del árbol gigante de tronco espinoso les venía a los primeros el patronímico y como eran intransigentes, orgullosos y mezquinos, en el pueblo se recitaba la estrofa del proverbio de este modo:

Al que a buen árbol se arrima
buena sombra le cobija;
pero de ser un jabillo
nadie descansa a su arrimo.

Sólo que ellos habían optado por modificar la ortografía.

Las Urquinaonas—en quienes terminó la familia, cuyos últimos varones acabaron suicidándose—eran dos bellas mujeres que contrajeron matrimonio, un mismo día: Maricruz con Sixto Javillos, Efigenia con un Comandante Viare y Terán que para entonces desempeñaba la jefatura de resguardo de unas salinas que por allí quedaban, forastero de buena presencia y cuyo patronímico sonaba bien. Y de estos matrimonios, con intervalo de horas, nacieron Nicanor y Hermenegildo, respectivamente.

Pero el de Viare y Terán ya no podría usar este apellido, porque su padre, después de haberse apoderado, con mañas, de todo el dinero contante y sonante de Efigenia, se marchó del pueblo—ya había renunciado al resguardo de las salinas—no dio más noticias suyas y a las que solicitó Efigenia le llegaron éstas: que no había tal Viare y Terán, sino Guaviare y que era casado y tenía tres hijos, de los cuales, como de la esposa tampoco, ni sabía ni entendía. Y que se había fugado del país huyéndole a la pena de su delito de bigamia.

Quedó la burlada Urquinaona, dentro de la casa cuyas ventanas ya más no se abrirían, consagrada al amor de su criatura, extremosamente, para no dedicarle atención a su vergüenza, y Hermenegildo comenzó a formarse malcriado, encima de mal engendrado.

Tuvo luego Maricruz una niña a la que pusieron Efigenia, como la tía desdichada y días después murió de fiebres puerperales. Pared por medio, en la que se abrió una puerta para más fácil comunicación de las casas afligidas, los dos matrimonios truncos se llenaban las veces que a los hijos les faltaban: Sixto Javillos la administración del patrimonio de Efigenia, para que a Hermenegildo no le llegase men-

guado por manos inexpertas de mujer; Efigenia el amoroso cuidado de los huerfanitos de Maricruz.

Y un día propuso Sixto:

—Casémonos.

Y Efigenia convino. Pero no tuvieron más hijos. Decíase en el pueblo que para que no viniesen otros a quitarles amores a los desdichados.

Crecieron: Efigenia bonita, frondosa de instintos vitales, acariciadora, juguetona; Nicanor circunspecto, juicioso, ordenado, sólo de mal carácter cuando se le metían con sus cosas; Hermenegildo, todo un problema de educación, expansivo y alegre, pero con irrefrenables tendencias a la posesión brutal de gozos y bienes.

—Me horroriza pensar—solía decir la madre, ante aquellas manifestaciones de carácter—que este niño vaya a sacar las malas condiciones de su padre.

Todas y otras de su temperamento avasallador, puro instinto de presa, todo envuelto en una desaforada alegría de causar daño, de apurarse la impetuosa intimidad en la posesión de un gozo o un bien que fuesen ajenos. Y con la adolescencia la codicia de amor ya poniéndole los ojos en Efigenia, la prima hermana, bonita, apetecible.

De común acuerdo, la madre y el padrastro decidieron alejarlo de la casa y como no tenía inclinación a estudios optaron por enviarlo a ejercitarse en el manejo del hato de *Sabana del Muerto*, del patrimonio de aquélla y a pretexto de vigilar lo que por allí no fuese administración correcta del mayordomo, persona de toda la confianza de Sixto Javillos, en realidad, y a quien éste le explicó el caso, encargándolo de la dirección del mozo:

—A ver si entre usted y yo le sacamos de ahí a la pobre Efigenia algo de provecho.

Que luego, hablando con la esposa, sería:

—Pero distancias pequeñas, como la del hato al pueblo, no son distancias para Hermenegildo. Y como, por otra par-

te, Efigenita también requiere educación mejor que la que aquí podemos darle, vamos a enviarla a un colegio de señoritas en la isla de Trinidad, que me han recomendado mucho.

Así lo hicieron y por allá estuvo Efigenia varios años, ellos yendo a pasarse en Trinidad los días de las vacaciones de aquélla, a fin de no privarse de tenerla consigo y de no interrumpirle la ausencia del pueblo.

Años, enfermedades y muertes. Repentina la de Sixto Javillos, angustiosa la agonía de Efigenia Urquinaona, por el hijo que no estaba a su lado y de quien no había tenido noticias desde cuando abandonó el hato de *Sabana del Muerto,* tres años hacía, para irse a las selvas de Río Negro a la explotación del caucho. Efigenia Javillos ya había regresado a su casa, dos antes y allí estaba junto con Nicanor, a uno y otro lado de la moribunda y fue para ella la última mirada de ésta, impresionante, suplicante.

—¿Qué quieres?—le preguntó.

Pero ella continuó mirándola, toda la hermosura de los ojos de las Urquinaonas ya para extinguirse y así se le quedaron abiertos, apagada la expresión suplicante, hasta que Efigenia Javillos, profundamente impresionada, le dijo al hermano:

—¡Ciérraselos, Nicanor, ciérraselos! Que no me mire más.

Porque un pensamiento se había apoderado de ella y era tremendo.

Ya la historia de Hermenegildo, que había adoptado definitivamente el apellido Guaviare, era de atropellos y de violaciones entre carcajadas brutales y Efigenia la conocía y sin embargo se sentía enamorada de él y ahora se le había ocurrido que a este amor se dirigía la mirada suplicante de la moribunda, para que no se le negase al hijo, que así podría abandonar su mal camino. Y era tremendo que tal cosa se le pidiese a ella, porque, al mismo tiempo, aquel hombre le inspiraba terror.

Todavía ausente él, dos años después y, cuando ya Efigenia Javillos se quitaba el luto—en la plenitud de su hermosura y tumultuosa la gana de alegría, entre intervalos de bruscas y profundas depresiones del ánimo, la gana de amor que se le prodigaba en caricias a cuanto niño pusiesen al alcance de su vista, que en seguida estaba en sus brazos, oprimido contra su pecho, comido a besos—, llegó al pueblo una de sus compañeras del colegio, Camila Smith, nativa de la isla de Trinidad, acompañada de un hermano suyo, médico, bastante mayor que ella.

—Venimos a radicarnos aquí—díjole Camila—. Siendo éste tu pueblo a ninguno otro del país podíamos dirigirnos. Mi hermano espera poder ejercer aquí su profesión y yo reanudar contigo los buenos ratos que pasamos en el colegio y en casa.

Efigenia se la quedó mirando maliciosamente, y Camila sonrió y repuso:

—No, no. No es por eso, sino porque mi hermano ha tenido que salirse de Trinidad. Ya te contaré.

Y eso era el enamoramiento del doctor Smith por Efigenia, desde que la conoció en Trinidad. Que no lo ignoraba Camila, como tampoco que a Efigenia no le gustaba su hermano.

Pusieron casa—extendido a nombre de Camila el título de propiedad—en una de la Plaza Vieja, asiento primitivo del pueblo, la única que por allí quedaba habitable, frente a la ocupada por el Colegio, escombros las demás y ancho espacio de tierra pedriscosa que no toleraba vegetación lo que se denominaba plaza. Hizo dos o tres curaciones difíciles el doctor Smith y con esto comenzó a lloverle clientela. Efigenia presentó a Camila a sus amigas, ya se la disputaban todas las muchachas de lo principal y en un paseo de campo que algunas organizaron en su obsequio se enamoró de ella el doctor Marcos Roger. Era una mujer de poderosos

atractivos espirituales que suplían abundantemente por la belleza que le faltara, sin ser fea.

Entretanto no lograba correspondencia manifiesta el amor de Smith por Efigenia. A ésta le agradaba su compañía en las reuniones, pero se la alejaban íntimamente los años de diferencia y... Algo que ella no quería analizar.

—¿La diferencia de caracteres?—le preguntó un día Camila.

—No. Por el contrario, el hombre de quien yo me enamore. tiene que oponérseme por completo en modo de ser.

—No nos parecemos—repuso Camila, para iniciar su confidencia—. El hombre por quien yo me interesara tenía que ser de algún modo semejante a mí: reservado, reflexivo, preocupado en obras útiles para los demás.

—¿Y llamado Marcos Roger, verdad?

—Sí.

—¡Estupendo!—exclamó Efigenia—. Así te quedarás aquí.

Camila la miró a los ojos, complacida en que tal deseo manifestara por lo que a su hermano pudiera referirse y le preguntó, sondeándola:

—¿Te interesa que nos quedemos aquí?

Pero Efigenia repuso preguntando también:

—¿Por qué no?

Y un mal día, Hermenegildo Guaviare. Visitó a Nicanor y Efigenia, les contó que había ganado mucho dinero en el caucho, pero a cada vuelta de la selva a Ciudad Bolívar lo había dejado en las mesas de juego, año tras año. Les refirió, entre carcajadas, atrocidades suyas con los indios de la región, las menos inconfesables; pero como Nicanor no se las celebraba, sino que era evidente el disgusto que aquello le producía y él lo respetaba mucho—tal vez el único sentimiento noble de su alma—abandonando el tema le preguntó a Efigenia:

—¿Y tú, qué me cuentas?

—Que me caso con el doctor Smith.

—¡Cómo!—exclamó Nicanor. Y luego, por la carcajada con que Hermenegildo acogió la noticia—: Le causó gracia lo que a mí sorpresa.

Y Efigenia, mirando a Nicanor y por afincar en su espíritu aquella determinación repentina:

—Iba a comunicártelo hoy, precisamente. Me caso con el doctor Smith.

—Que te aproveche—díjole Guaviare disponiéndose a marcharse—. Y ya saben: en *Sabana del Muerto* otra vez, por muchos años...

Pero días después la dio por lanzarse a otra aventura, de más funestas consecuencias: alzarse a la cabeza de las peonadas del hato y de una hacienda de café que había heredado de la madre, dando vivas a una revolución armada que venía bajando de la cordillera a paso triunfal y así cayó sobre el pueblo, tomándolo de sorpresa, a tiros hasta la plaza central, donde caracoleó el caballo y gritó, entre carcajadas como de costumbre:

—¡Viva el General Hermenegildo Guaviare! ¡Cuaj, cuaj, cuaj! ¡Viva la revolución!

Luego descargó su revólver contra la muestra del reloj de la torre, a punto de dar la una y cuando observó que el minutero ya no se movía:

—¡Así!—exclamó—. Parado en la hora de mi triunfo, para que todo el pueblo la tenga siempre ante los ojos y no la eche en olvido.

Se adueñó del gobierno de la región y allí lo dejó luego el jefe de la revolución victoriosa, como amo y señor de vidas y haciendas.

Días después se efectuaba el matrimonio de Efigenia con el doctor Smith.

—Hay que echar la casa por la ventana—le había dicho Guaviare a Nicanor—. Yo mismo los casaré.

Y así se efectuó el matrimonio civil, en la casa de Efige-

nia, el "en nombre de la República y por autoridad de la Ley" pronunciado socarronamente por Guaviare, y actuando de secretario el doctor Basilio Daza, recién graduado en leyes, quienes en seguida se retiraron por ocupaciones que los esperaban en la Casa de Gobierno y debían ser despachadas aquella misma noche.

Fue rumbosa la celebración del enlace y así continuó cuando ya los novios se habían fugado, dichosa Camila por el sueño realizado del hermano y por el suyo propio, ya confiado en la declaración de su amor que acababa de hacerle Marcos Roger.

Apenas habían entrado en la casa cuando tocaron a la puerta. Un hombrecito atribulado que venía por el médico.

—Doctor—díjole—por vía suyita y de la señora que va a hacerlo feliz, como usté se merece, tengo a la mía agonizando quizá, de un mal que le ha dao de repente. Muy feo, doctor, muy feo. No me diga que no pué dir a vérmela.

—No, hombre, no—repuso Smith—. En seguida salgo.

Y un momento después, lo estrictamente necesario para dejar a Efigenia instalada en la casa, sin haberse cambiado la indumentaria de novio, iba atravesando la Plaza Vieja acompañado del hombrecito.

Frente a la casa del médico, plaza por medio, estaba la del Colegio y asomado a una de las ventanas del salón de clases a oscuras, su director, don Heliodoro Urquiza, tomando el fresco de afuera, soplos de brisa apenas en la noche calurosa.

—Inoportuno enfermo, doctor Smith—dijo el anciano maestro, desde la oscuridad que lo envolvía.

—Los médicos no nos pertenecemos, don Heliodoro —repuso Smith sin detenerse.

Y el viejo Urquiza, sincero practicante de la devoción del deber cumplido:

—Bien, doctor. Muy bien. Así se cumple.

Allí terminaba el pueblo en la profunda oscuridad de

campos de cardones que por aquella parte lo rodeaba y momentos después de la desaparición del médico y su acompañante en aquellas tinieblas, observó don Heliodoro que alguien entraba en la casa de enfrente.

Era Hermenegildo Guaviare y a Efigenia se le encogió el corazón cuando lo vio aparecer. Ella apenas se había quitado el velo de novia y estaba sentada en el corredor, hojeando un libro para entretener su contrariedad.

—¿Qué buscas?—le preguntó levantándose del asiento.

—Nada, chica—repuso Guaviari—, no te asustes. Sino que, sabiendo que te habían dejado sola y que en esta casa salen espantos, vine a hacerte compañía, un rato.

—Sí—balbuceó Efigenia, sobrecogida, ya temblándole todo el cuerpo—. Salió a ver a un enfermo grave, pero no debe de tardar.

La contempló, sonriendo, dominador y lujurioso. Y luego, acercándosele, ya con la voz pastosa de deseo:

—Antes de que llegue... Por más que se apresure...

Retrocedió Efigenia, suplicante:

—¡Por Dios! ¡No! ¡No!

Pero él continuaba avanzando, lentamente, clavados en ella sus ojos codiciosos.

Se los miró Efigenia, la asaltó el recuerdo de otros, semejantes, fijos en ella—los de la tía moribunda—y en el recuerdo alcahuete se le desintegró la voluntad de resistir.

Y él se apoderó de ella.

Mientras tanto, allá en la puerta del Colegio, don Heliodoro Urquiza esperaba el regreso del doctor Smith. Porque le estaban cruzando sospechas por la mente y quería evitarle al hombre cumplidor de su deber el rudo golpe de entrar en su casa y...

—Sospechas, nada más—decíase—. No quiero ni hacerme figuraciones que contra algún honor atenten; pero es necesario que el doctor Smith no entre en su casa despreve-

nido, sino que sepa, por lo menos, que allí está un hombre, esperándolo tal vez.

Y dejando la puerta se llegó hasta la bocacalle tenebrosa por donde Smith debería regresar. Pero llegó una bala, se le hundió en el pecho y le quitó la vida.

Luego fué murmurado en las tinieblas:

—¡Qué contrariedá de señor! ¿Quién lo mandaría a asomarse a la ventana, cuando no era conveniente que naiden pudiera decir: yo lo vide pasá?

Rato después entraba Camila en su casa y encontrando a Efigenia, ya sin el traje de novia, sentada en el corredor, la cara hundida entre las manos, ajena a cuanto fuera de ella estuviese ocurriendo o hubiese ocurrido, la sacudió, la hizo volver en sí, se la quedó mirando a los ojos ausentes de expresión y la interrogó, estremecida de espanto:

—¿También? ¿A él también?

Ya Camila sabía del asesinato de don Heliodoro Urquiza y ahora preguntaba por su hermano. La pregunta así formulada no podía tener sentido para Efigenia, ignorante de lo ocurrido a don Heliodoro, pero al ponerle en movimiento el pensamiento detenido sobre el abismo de sí misma, comprendió hasta dónde podría haber llegado la monstruosidad del Guaviare y se le escapó un grito de horror que Camila repitió, comprendiendo también.

Lo encontraron muerto en el cardonal, de una puñalada por la espalda. Guaviare hizo desplegar toda la actividad de su policía, de la manera más ostensible, en la búsqueda del autor o autores—insistía mucho en esto—de uno y otro crímenes y se practicaron varios arrestos y hasta fueron sometidos a tortura algunos hombres—escogidos entre los que nada podían saber—para que confesaran lo que pudiera ser útil a la justicia, y así quedase ésta burlada y escarnecida.

Camila abandonó el pueblo horas después del entierro del hermano, sin despedirse de nadie, pero sin manifestar

si en sus sospechas le atribuía alguna culpa a Efigenia y a ésta se la llevó otra vez consigo Nicanor Javillos.

La monstruosidad llegó al colmo cuando Guaviare decretó honras a la memoria de don Heliodoro Urquiza, calificándolo de "la gloria más pura del pueblo" y disponiendo que la casa del Colegio fuese convertida en panteón de aquella gloria, dentro del cual se conservasen las cosas pertenecientes al maestro de varias generaciones, tal como las dejó al concluir la última lección que había dado.

Y así transcurrieron años, sin que en el reloj de la torre las agujas se moviesen de la hora de Hermenegildo Guaviare.

EL MANTENEDOR

En el Colegio del abuelo cursaba Mariano Urquiza el primer año del bachillerato cuando ocurrió el crimen que se quedaría sin castigo. Ahora va pensando en el recio viejo bondadoso, de barbas blancas y gafas negras, mientras caminaba hacia la casa donde se conserva su recuerdo y se honra su memoria.

La casa, tal vez la más antigua de la población, ocupaba casi la tercera parte de lo que había sido una de las manzanas que daban a la plaza, escombros entre matorrales todo lo demás, a causa de un terremoto que en los primeros tiempos del pueblo dio origen a un desplazamiento de éste hacia donde ahora se asentaba.

La puerta de entrada estaba abierta, como de costumbre hasta la puesta del sol, y en el antiguo salón de clases, abiertas también las ventanas, las formas del culto.

Una sala de paredes encaladas y techo de obra limpia que ya comenzaba a ceder al peso del entejado; unos bancos a derecha e izquierda, donde antes se sentaron los alumnos; una mesa de cátedra sobre entarimado en el testero, con sillón de cordobán, y sobre ella un libro abierto, texto de Geometría, con unas gafas negras encima, una regla de

ébano a un lado, una palmeta al otro, tintero, pluma y lápiz. Las formas del culto haciendo pensar en obra sólo momentáneamente interrumpida.

—¡Mentira!—exclama de pronto Mariano Urquiza, tras un breve silencio de contemplación ante aquella mesa—. Esto es una composición grotesca. Esas gafas no podían estar aquí, en aquel momento, pues el Viejo nunca se las quitaba y las tenía puestas cuando lo asesinaron; ese libro de Geometría no tenía por qué estar entonces sobre la mesa, porque ese año no se cursaba esa materia en el colegio; esa palmeta nunca estuvo aquí, sino por allá adentro, en el fondo de la casa, adonde el Viejo se llevaba a quien fuera a aplicarle el castigo que jamás presenciaron terceros.

De una manotada tiró al suelo cuanto estaba sobre la mesa del recordatorio mendaz y volviéndose hacia Elio estupefacto, concluyó:

—Todo eso no podía ser obra sino del imbécil de tu padre, que sólo mintiendo puede honrar memorias dignas de respeto.

Y en esto se oyeron en el zaguán resonante unos pasos inconfundibles para Elio.

—¡Papá!—murmuró consternado y avergonzado.

Y apareció en la puerta del salón la desagradable figura de Clímaco Monegas.

Faz cachetona—de donde a Elio le venía la suya—erizada de entrecanos pelos de barba de varios días, denunciadora de habitual descuido, sudor a chorros que se enjugaba con un pañuelo grande y sucio, gruesa cadena de oro de bolsillo a bolsillo del chaleco de paño negro con que se forraba el abdomen pantagruélico, grueso y nudoso bastón bajo el brazo, de donde se lo quitó para golpear reciamente el suelo, al prorrumpir, a gritos y entre risotadas de repugnante exhibición de dentadura desaseada:

—¡Marianito! ¡Cuaj, cuaj, cuaj! ¿Qué te parece el panteón del Viejo? Tú no podías conocerlo, porque te mandaron

para la capital a continuar tus estudios antes de que compusiéramos esto. Obra mía, chico. ¡Ja, ja, ja! Exclusivamente mía. La verdad sea dicha.

—No es necesario proclamarlo a gritos—repuso Mariano.

Pero Clímaco no entendió y a gritos prosiguió:

—Porque si no fuera por Clímaco Monegas, el pueblo se habría olvidado hace tiempo de su gloria más pura. ¡Cuaj, cuaj, cuaj!

Oyéndolo reir así, entre el decir aquellas cosas, después de haberle oído Mariano las que dijo, a Elio ya no le quedaron dudas de que su padre no fuese un farsante y la penosa certidumbre lo hizo abatirse sobre uno de los bancos.

Pero Clímaco Monegas cortó en seco sus carcajadas—no faltaba quien dijera que con ellas trataba de imitar las características de Hermenegildo Guaviare—al darse cuenta de la mesa limpia y por el suelo regla, palmeta, gafas y libro y se precipitó a recogerlos exclamando:

—¡Válgame Dios! ¿Quién sería el irreverente?

—Yo—declaró Mariano.

Y Monegas, enderezándose, roja de congestión de agachamiento la faz grasienta, tres botones del chaleco saltados por la presión del abdomen:

—¿Tú? ¿El nieto preferido del Viejo? ¿Qué te pasa, Marianito?

—Que se acabó esta farsa. Que ya no podrás continuar administrando el negocio de la gloria más pura. Esta casa me pertenece y voy a dedicarla a lo que me dé la gana.

—Pero... ¿Farsa has dicho? ¿Quieres decir que yo soy un farsante?

—De la más ruin especie. Fuiste tú quien le sugirió a Hermenegildo Guaviare la idea de convertir esta casa en panteón de la memoria de mi abuelo, para que así no pudiera cundir la sospecha, bien fundada aunque no en pruebas legales, de que había sido aquél quien mandó a asesinarlo.

—¡Marianito! ¿Yo?

—Tú. ¿De qué has vivido desde entonces sino de la paga que te hacen de esa ocurrencia?

—Yo soy médico de ciudad, Marianito. Y de eso vivo.

—¡Médico de ciudad! Certificador de defunciones, muchas de las cuales habrán sido otros crímenes de Hermenegildo Guaviare y de Parmenión ahora.

—¡Marianito, que las paredes oyen!

—¡Lárgate de aquí, mantenedor de infamias!

—¡Buff!

Hizo Clímaco Monegas, descargando así todo el aire aspirado en sus exclamaciones y que para más enérgica explosión no le valía y se marchó, a zancadas y con golpes del bastón sobre el enladrillado resonante.

Elio apoyó los codos sobre las piernas y hundió la cara entre las manos. Mariano se le acercó, le dio palmadas en el hombro y luego se lo oprimió afectuosamente. Elio alzó la cara, arrasados en lágrimas los ojos y conteniendo sollozos preguntó:

—¿Entonces, por qué mamá, su nieta también...?

—Porque a Panchita su bondad no le ha dejado nunca facultad de discernimiento. Creyó y cree todavía en la buena fe del "pobre Clímaco", como siempre lo ha llamado y como siempre creerá en la buena fe de todo el mundo.

Y luego:

—Me duele que hayas presenciado esta escena, inevitable, pero que debí ahorrártela. Perdóname y... ¡Vámonos!

Salieron de la casa después de haber cerrado Mariano la puerta, que diez años estuvo de par en par, mas sin pasarle el cerrojo, por falta de la llave y de la cerradura misma, hierro herrumbroso que ya no podía funcionar, y atravesaron la plaza.

Enfrente, ancho espacio pedriscoso por medio, la casa que no abrigó el amor del doctor Smith, cerrada, con monte crecido en el umbral de la puerta, grietas y descalabraduras

en la fachada y por encima de los tejados, ya hundiéndose, las pencas ríspidas y negras de un cardón gigante que había crecido en el patio, abiertas y simétricas como brazos de candelabro.

—¿Vive todavía Efigenia Javillos?—preguntó Mariano, voluntario ignorante de cuanto hubiera acontecido en el pueblo, hacía años.

—Sí—le respondió Elio—. En casa de su hermano Nicanor, que se ha quedado solterón. No sale sino para ir a la iglesia. Se ha vuelto beata y cuentan que hace penitencias.

—¿Y de Camila Smith, no se ha tenido nunca noticias?

—Nunca.

Continuaron la marcha en silencio. El sol de la tarde brillaba en las pencas del cardón candelabro.

UNOS HOMBRES UN POCO RAROS

Pero todo no había muerto en aquel pueblo y en Anterito Valdez alentaba el espíritu de la conspiración. Era la conspiración misma

Estaba en el corredor del hotel, esperando a que Mariano terminase de comer y cuando lo vio acercársele, sin conocerlo todavía lo reconoció en seguida y al estrecharle la mano lo hizo con ciertos contactos de su dedo mayor sobre la muñeca de aquél, a quien le parecieron preguntas masónicas, que por no entenderlas movió negativamente la cabeza.

Anterito enrojeció hasta la raíz del cabello, que lo tenía negro y cortado al rape, pero sonrió y dijo:

—No importa. Aquí estamos, de todos modos.

Tampoco entendió Mariano lo que con esas palabras hubiera querido decirle—presumible la intención trascendente, por el tono con que las había pronunciado y el chisporroteo de ojos con que fueron acompañados—y se lo quedó mirando inquisitivamente.

Era un hombre de treinta y tantos años, tenía los ojos

pequeños, redondos y negros, algo de bigote, por acostumbrar recortárselo y dos dientes de oro. Inspiraba simpatía, si no confianza propiamente.

—Somos pocos—continuó Anterito—pero estamos dispuestos a todo.

—Francamente—repuso Mariano—no entiendo de qué me habla.

Pero Anterito sabía que el secreto de todo lenguaje cabalístico no reside tanto en el empleo de palabras ininteligibles por sí solas, como en el uso de términos corrientes, de sentido banal y preciso, pero que no se los espere el interlocutor, a quien, por lo demás, no hay que darle nunca explicaciones. Anterito estaba convencido de que Mariano Urquiza, hijo del pueblo que regresaba al cabo de diez años largos de ausencia y sin que nadie lo esperase, tenía que ser un agente de conspiradores de otras partes que con los del pueblo venía a entenderse y ahorrándose palabras inútiles, replicó con lo imprescindible:

—En *Mi Refugio* se le está esperando. Vine a conocerlo y a conducirlo.

—¿Y qué es—insistió Mariano—y en dónde queda su refugio?

—Es el nombre de una tienda—explicó Anterito sonriendo—. Su dueño es Arístides Velarde, uno de los nuestros, de toda confianza. Allí estará también el doctor Marcos Roger.

—¡Ah!—hizo Mariano—. Me gustará conocerlo.

Y ya no le quedarían dudas a Anterito, si algunas hubiera abrigado, respecto a Mariano Urquiza agente de conspiradores de otras partes.

—Vamos—díjole.

Era una de esas tiendas de todo un poco que suele haber en los pueblos y como ella su dueño Arístides Velarde, que había sido telegrafista, un tiempo, en una población de los Andes; Correo del Oro, otro, en Guayana; Jefe de Res-

guardo de Aduana, marino de cabotaje—era margariteño Velarde—y en todo tiempo y donde quiera que estuviese: o revolucionario activo—machete de oficial empuñado detrás de algún caudillo en armas—o conspirador perpetuo. Pero a su manera, desde cierta altura espiritual, con cierta fe mesiánica: esperando al hombre todo rectitud, que de un momento a otro debía de aparecer en Venezuela, para librarla de los bribones que se habían apoderado de ella, y:

—Para encaminarla al solio de las naciones civilizadas.

Aparte sus méritos de orden moral, a Arístides Velarde le gustaba la política a base de lugares comunes y frases cursis.

Era un hombre de enérgico rostro curtido por aquellas andanzas a sol de mar y sabana y estaba detrás del mostrador de su tienda arreglando piezas de cintas dentro de una caja de cartón, cuando apareció Mariano Urquiza. Dejó aquello y vino al encuentro de éste—que bien podía ser el Hombre—le estrechó la mano, reteniéndosela lo miró a los ojos fijamente, pareció gustarle y le apretó y le sacudió la diestra, presentándosele:

—Arístides Velarde. Con usted desde ahora.

Mariano miró a Anterito, buscando parecidos fisonómicos, que realmente no existían. Pero estaban de pie los otros, para presentárselo y era necesario abreviar.

—Ramón Romero—dijo una voz bronca—. Presbítero.

Una mano sarmentosa cuyas coyunturas crujían al saludar, una voz de todo adentro resonando cuando cualquier cosa decía, alta y seca la estatura y la complexión, canas, arrugas innumerables en piel recia, sin embargo, y una mirada penetrante con cierto fulgor de visionario.

—No puedes recordarme, pero en las nalgas de niño te di nalgadas—díjole a Mariano—. Conocí a tu padre y admiré a tu abuelo. Ojalá contigo no me arrepienta de haberte reconocido hombre y ojalá por tus méritos pueda poner otra vez mi admiración en otro Urquiza.

Trascendía nobleza de espíritu de aquella figura y aquellas maneras repujadas y mientras así hablaba, Mariano se lo quedó mirando con interés y respeto. Luego le repuso:

—Sí lo recordaba, incluso las nalgadas. Fue por haberme metido un día, junto con algunos compañeros, en el corral de la casa parroquial, donde había una mata de nísperos...

Pero el sacerdote, jovializado por la graciosa evocación, le quitó la palabra:

—Que los daba dulcísimos. Sí. Y tú estabas encaramado en la mata, disponiéndote a atapuzártelos y yo te hice bajar —tus compañeros saltaron la pared, dejándote solo entre mis garras— y te llevé al comedor, te di las nalgadas que el ladroncito se merecía, te senté luego a mi mesa, te puse por delante los mejores nísperos de la mata, que yo los había cogido para mí, y tú comenzaste a atapuzártelos, sorbiéndote las lágrimas y los mocos junto con ellos. ¡Je, je, je!

Y luego:

—¿De qué lado estás ahora?

Mariano comprendió que le exploraba las creencias, pero repuso:

—Del otro lado del corral. Pared por medio.

—Ya me lo suponía. En otro corral, atapuzándote de fruta zocata y podrida. Mira que el dueño de allí tiene uña en el rabo y apesta a azufre y cuando te coja no te suelta más, sino dentro de las quintas pailas. Que todas son quintas, según parece, porque nadie menciona cuartas ni terceras. ¡Je, je, je!

Y en seguida y con ademán por la otra persona que allí estaba esperando oportunidad de presentación:

—Este es Marcos Roger, con quien no me trato en estos días. Que si juntos nos encuentras aquí ha sido por coincidir en el deseo de conocerte. Anda y conócelo y dime después si vale la pena.

Enjuto de carnes, sobre los cuarenta ya con algunas

canas en los aladares, recogido el rostro en muscular contracción de recelo, como siempre que alguien le fuese presentado, ceñudo, pero con un espíritu totalmente despierto en la atención penetrante de la mirada puesta en Mariano.

Estrecháronse las manos en silencio, Mariano pensando en el Marcos Roger novio de Camila Smith, y esto lo hizo cometer la indiscreción de decir:

—No lo conocía. Pero se hablaba mucho de usted cuando dejé el pueblo...

Y Marcos Roger, quitándole la palabra, con las suyas tajantes:

—De usted nada, seguramente.

Mariano se dio cuenta de su indiscreción y repuso:

—Tenga la bondad de perdonarme. La evocación de los nísperos del Padre Romero...

Y otra vez las palabras tajantes, no dejando concluir:

—Me lo explico. No hay necesidad de insistir.

A lo que intervino el Padre Romero:

—Malacrianza, que no es culpa de cierta señora de todo mi respeto... Pero, sentémonos.

Y hecho esto y refiriéndose todavía a Marcos Roger:

—En estos pueblos muertos no falta nunca un hombre de acción, que de tanto empeñarse en meter la cabeza por todas partes, diz que para remediar necesidades, no saca sino porrazos que le agrian el carácter, como a la fruta el sabor natural los magullones. Este Marcos Roger, por todas partes ha querido meter la suya, testaruda.

—¿Quiere usted callarse, Padre Romero?—intervino Roger—. A Urquiza no le interesa, puesto que no lo ha manifestado, saber quién soy yo, ni qué he tratado de hacer, ni cuánto no haya logrado.

—¡Je, je, je!—rio el Padre—. No alcanzan los dedos de las manos para contarlos, pero se da gusto a la lengua mencionándolos. ¡Fracasos por todas partes, uno tras otro!

—Mala lengua no puede dar gusto que sea decente con-

fesarlo—replicó Roger, en cuyo rostro se hicieron más visibles las contracciones musculares.

Y el de la voz bronca:

—Si tuvieran la franqueza de confesar sus disgustos los testarudos fracasados...

—¡Basta, Padre Romero!

—¡Pues no basta, sino que empieza!

Mariano miró a Velarde y a Anterito y éstos le hicieron guiñadas de ojos expresivos de "así son ellos, no se preocupe". Pero a Anterito se le ocurrió además preguntar:

—¿Interesante, verdad?

Y el sacerdote se volvió contra él, con voz tonante:

—¡Calle usted, mentecato! Que aquí no estamos el doctor Marcos Roger y yo dando espectáculo de entretenimiento, sino yo diciéndole verdades para que le escuezan y él purgando sus tonterías con esos escozores.

Con lo cual saltó de su asiento Marcos Roger:

—Tontería la que comete usted, Padre Romero, diciendo inconveniencias.

Y luego a Mariano:

—Buenas noches, Urquiza. Ya hablaremos. Tenga por ahora la bondad de excusarme esta incorrección.

Dicho lo cual se marchó sin más despedida.

—¡Mal educado!—protestó el Padre Romero y volviéndose a Urquiza, cuando ya Marcos Roger no podía oírlo—: Has conocido a uno de esos pocos justos con que Dios se contenta para detener su brazo exterminador de pueblos corrompidos. Aquí el único, tal vez.

Y se marchó sin despedirse.

—Así son ellos—díjole Velarde a Urquiza—. Quien los oye por primera vez cree que van a irse a las manos, pero son amigos excelentes, entre sí y con quienes los traten. Sabiendo tratarlos, por supuesto.

Y eran así, destemplados, irascibles, porque así los había puesto la vida del pueblo. El uno, penetrado de su convic-

ción cristiana de que sólo el espíritu de la verdad y de la justicia debe reinar sobre la tierra para que ésta sea espiritualmente habitable; el otro, empeñado en que además —y de una manera especial sobre la porción de la tierra que eran su país y su pueblo—se llevasen a cabo realizaciones positivas de bienestar, comodidad y aun buena apariencia. Pero aquél con su espíritu ya trastornado por la desesperante experiencia de unos mismos pecados que absolver, todas las semanas en un mismo penitente, de donde un día se levantó del confesonario decidido a no sentarse más en él—como en efecto venía cumpliéndolo hacía años— y a quienes se le acercaban a pedirle confesión los dejaba plantados, diciéndoles:

—Anda a que te confiesen los padres perdonadores.

Por lo cual ya no desempeñaba curato, ni aun se le permitía ejercicio predicador, consintiéndosele solamente celebrar la misa y dirigir las oraciones en una capilla de las afueras del pueblo.

Y Marcos Roger, de hombre de acción que por temperamento era y muchas las obras que para bien del pueblo se había propuesto, como ninguna pudo realizar—aquí por incomprensión o indolencia de sus paisanos, allí porque atentaba contra intereses creados, allá porque a la autoridad omnipotente no le daban ganas de permitir obras que de algún modo se opusieran a su derecho de gobernar atropellando con todo—se quitó de procurarlas más y se metió a soñador, en sus tierras de *Camposolo*, donde criaba chivos, cultivaba sanseviera, fabricaba ladrillos y cacharros y leía los clásicos de varias lenguas.

—Hombres del mismo temple—había concluído Velarde—. Que se profesan el mayor afecto mutuo, pero sin embargo no pueden tratarse sino como usted acaba de verlo, porque en el fondo no están de acuerdo.

—El positivista y el místico—observó Mariano.

Pero Velarde, acercándosele más, sin que hubiese necesidad de precauciones:

—Místicos los dos. Aquí el único positivista soy yo, que creo y espero en una cosa real y concreta: ¡el Hombre! El hombre que ha de venir a salvar a este pueblo.

Urquiza estuvo a punto de preguntarle dónde estaba escrita aquella profecía, pero el tono con que fueron pronunciadas tales palabras revelaba una fe tan circunspecta que no se atrevió a jugarse con ella. Miró a Anterito y éste echó lumbre por los ojos y se frotó las manos rápidamente.

Ahora sí podía sonreir Urquiza y así lo hizo y luego se despidió de Velarde:

—Bien. Hasta cada rato.

—Así lo espero—respondió Velarde.

Salió acompañado de Anterito y éste le preguntó:

—¿Cómo le parecemos?

—Pues... Muy interesantes. Un poco raros, quizás.

ESTACADAS Y LIRIOS DE AGUA

Una calle que a poco iba a morir en una de las riberas del río, o mejor dicho, al borde del lecho, casi enjuto, que antes fue cauce de un río caudaloso, navegable por pequeñas y hasta por medianas embarcaciones que hasta allí llegaban todavía cuando Mariano Urquiza se ausentó del pueblo.

La luna menguante daba iluminación espectral al lamentable paisaje: charcas de mal olor, borales que flotaban sobre ellas, intrincado matorral silvestre más allá, los tejados del pueblo recortados en oscuro silencio contra el cielo medianamente luminoso y al fondo, negra sombra erguida, la torre del reloj donde se había detenido el tiempo.

—Lo que queda del río que nos arrebató Guaviare—dijo Anterito—. Aprovechándose de una pequeña desviación del caudal por un caño que atraviesa su hato de *Sabana del*

Muerto, nos quitó nuestro hermoso río. Clavó estacadas en el cauce para represar las carameras que en el invierno arrastran las aguas y sobre las cuales irían depositándose los aluviones, mientras al caño le ensanchaba y le profundizaba la boca para que por allí se fuera todo el río. Que, por cierto, a él de nada le sirve, habiendo sido la vida misma del pueblo.

Mariano, conocía la historia de aquel despojo, pero Anterito quería contarla toda y prosiguió:

—El doctor Marcos Roger hizo lo posible y lo imposible para que la ciudad recuperara su río. Llevó el asunto ante la Corte, pero ésta falló que la desviación había sido obra de la naturaleza y desde tiempo inmemorial—¡así mismo!—y Guaviare se quedó con el río *per secula seculorum*. Fue el último de esos fracasos del doctor Roger a que se refería el Padre Romero.

Y una pregunta hecha a espaldas de ambos, con voz afeminada los hizo volverse:

—¿Verdad que es precioso?

Era el doctor Basilio Daza. Aquel que había actuado de secretario cuando el matrimonio del doctor Smith con Efigenia Javillos y el mismo que, más tarde, presidió aquella Corte que había fallado en pro del atropello de Guaviare. Uno de lo principal del pueblo—de los de la plaza, como allí se le designaba—relamido personaje en quien se conciliaban, monstruosamente, voz y modales afeminados con la más siniestra historia para aconsejar y aun para ejecutar atrocidades.

Se sobaba las manos regordetas, con anillos de brillantes y esmeraldas, mientras agregaba, luciendo atildada pronunciación:

—¡Los lirios de agua! ¡Precioso, precioso! Por este tiempo no están floridos, pero ya vendrá, ya vendrá el encantador espectáculo. Fui yo quien los plantó en este río —vamos a decirlo así—para regalo de la vista de los mo-

radores del pueblo. ¡Qué flores, qué flores, qué flores tan bonitas echan por mayo y abril! Y por octubre también, hasta diciembre. Casi todo el año. ¡Vamos!

Anterito se mordía las uñas y Urquiza replicó:

—Sí. La combinación fue perfecta.

—¿A...? ¡Perdón! ¿A qué combinación se refiere usted?

—Estacadas Guaviare y lirios de agua usted, han hecho de aquel río útil esta porquería maloliente. Una combinación muy hábil, para un despojo incalificable.

—¡Caramba, caramba!—exclamó Daza. Y luego, descubriéndose—: Buenas noches, doctor Urquiza.

—No soy doctor.

—¡Oh! Perdón.

Y se marchó.

Y nunca se frotó Anterito las manos ni tan rápidamente ni con mayor fruición.

Reanudaron la marcha hacia el pueblo, en silencio. Luego inquirió Anterito:

—¿De modo que no se ha graduado todavía de abogado?

—No. Ni pienso hacerlo.

—¿Pero terminó sus estudios, no?

—Sí. Mas como en este país el destino de los doctores es servirles de instrumento a los generales...

—Es verdad. Pero algún día...

—No crea usted en días ni en años. Es cuestión de siglos.

—¡No! ¡Por favor! Las cosas no puden continuar así y es necesario que cambien. Pronto, pronto.

Urquiza se lo quedó mirando y luego:

—¿Qué cosas?

—Las cosas, las cosas...

Sonrió Urquiza. Como se lo había imaginado, Anterito Valdez sólo sabía que era necesario conspirar. ¿Contra qué y para qué?... Que lo averiguara otro.

Pero al cabo de un rato, Urquiza sintió la necesidad de hacerle confidencia.

—Además—comenzó—la verdad, en lo que a mí se refiere, es otra. Soy un fracasado, un frustrado, mejor dicho. Alguien ha escrito por ahí que los venezolanos, como las armas de fuego de mecanismo descompuesto o imperfecto, o nos disparamos solos o no disparamos nunca. Yo prefiero ser de estos últimos, antes que de los primeros y he regresado al pueblo a sepultarme en vida. A diluirme en esta modorra y en esta tristeza sin esperanza... Una forma de suicidio. La más cobarde de todas, ya lo sé.

Ahora no se frota las manos Anterito Valdez y en silencio, a pasos lentos, como eran los de Mariano Urquiza, entran los dos al pueblo, por una calle larga, recta, solitaria y silenciosa.

En el fondo, la torre donde se había detenido el tiempo.

II

¿QUÉ ESTARÍA HACIENDO ANTERITO?

Anterito se había casado y su mujer ya estaba esperando los días.

Y tejía escarpines y gorritos y saquitos de estambre dulce, los más de ellos rosados, porque se imaginaba niña al fruto de su vientre, conforme a su deseo; pero también algunos azules, por complacer a Anterito que lo deseaba varón.

Era una mujer dulce y mansa, desprovista de belleza y ahora con manchas amarillentas en el rostro consumido. Suspiraba a menudo y como todos los días se sentía más agobiada de criatura, por si fuesen dos y para ambas ilusiones paternales sendas complacencias, comenzó a empa-

rejar los escarpines, saquitos y gorritos rosados con otros tantos azules.

Tejía en silencio, levantando y volviendo la cabeza de cuando en cuando, para prestar atención a ciertos ruidos que se oían dentro de la habitación de Anterito, a puerta cerrada, como si limaran, como si aserraran hierros.

—¿Qué estará haciendo Anterito?—se preguntaba.

Pero no sería una cuna para el niño esperado, porque esto podía hacerlo al descubierto y aun donde todo el mundo se enterase de que Anterito Valdez, pobre como era, para que su primogénito pudiese tener cuna, era menester que él mismo se la fabricase. Mientras que, aquella puerta cerrada...

Un día, por los descuidos de las prisas, la dejó abierta Anterito al salir de su cuarto en busca de algo que necesitaba y como esto coincidió con la ocurrencia de su mujer de ir a hacerle una pregunta—ya no se acordaba de cuál—perpleja la sorprendió el marido de regreso con una segueta, en la contemplación de su descubrimiento.

—¡Ah! Fue que... Pero ¿y esas llaves, Anterito, de todos los tamaños y tantas, para qué son? Aquí todas las puertas...

Pero él no la dejó concluir y besándola le quitó la palabra, para decirle después:

—Anda, anda a terminar tus escarpines. Que la bomba puede estallar de hoy a mañana.

Y cuando ella se marchó obediente, convencida de que la bomba era ella misma, él se quedó preguntándose:

—¿Por qué diría yo bomba? ¡Eso de que cuando uno está pensando en algo que debe ocultar lo nombre sin querer!... Menos mal que fueran las llaves lo que le llamaran la atención, que si se fija en esto...

Y ello era una gran cantidad de trozos de hierro, de distintos tamaños y formas, que tenía esparcidos sobre una

mesa y a los cuales estaba sacándoles puntas y filos. La metralla, nada menos.

Obedeció la mujer, pero se fue inquieta, porque eran mucho misterio y muchas llaves, grandes casi todas como para portones. Y como las llaves no son sino para abrir —pensaba ella—y los portones no se abren sino cuando están cerrados y así lo están por las noches...

—¡En fin! No será para meterse en las casas ajenas, a llevarse nada, porque Anterito podrá ser todo lo que se quiera, pero honrado sí es.

Y era porque en la vida de Anterito Valdez, sencilla, laboriosa, limpia y diáfana en su mayor parte, había, sin embargo, una zona inexplorada, que a muchos les daba que pensar y ahora también a María de Valdez.

Sintió que se le venían a la mente recuerdos y se preguntó:

—¿No fue una conversación de Anterito con Arístides Velarde, hace algunas noches?

Efectivamente. Parte de una conversación que involuntariamente sorprendió ella.

"—Entre once de la noche y tres de la madrugada" —había dicho Anterito.

"—¿Todos los días?"—preguntó Velarde.

"—Todos los días"—respondió Anterito.

¿Pero qué le estaba sucediendo ahora a María de Valdez? ¿Cómo era posible que no se acordara de que esa misma noche, entre once y tres, se había levantado varias veces para asomarse al cuarto de Anterito a ver si estaba allí? Allí estaba y la luz de una lamparilla encendida noche y día ante las imágenes de las devociones de Anterito—San Rafael, patrono de los caminantes; Santa Rita, abogada de lo imposible—permitía verlo en su cama, durmiendo como un bendito.

—Es verdad—se dice ahora, mientras teje sus cadenetas.

La mujer de Anterito, desde que fue avanzando su em-

barazo, había adquirido la costumbre de hablar a solas —diálogos con el hijo en su vientre, tal vez—; pero he aquí que de pronto se desdobla y el interlocutor ilusorio le advierte:

—¿Verdad? ¿Estás segura de que lo viste durmiendo como un bendito? Acuérdate de que él duerme arropado hasta la cabeza y bien puede ser que lo que hayas visto desde la puerta donde te asomaste, no fuera sino un bojote de su misma forma y tamaño que metió bajo la sábana.

Nada responde a esta observación María de Valdez, pero al cabo de un rato ya le están manando lágrimas y una le cae en el escarpín de estambre azul, completo del par con que ya igualaba el número de los rosados. Se las enjuga y murmura:

—No tendría nada de extraño, porque los hombres son todos iguales. La pobre mujer en la casa, matándose por ellos y ellos...

Suspira. Se pasa la diestra por la frente. ¡Cuántas llaves tenía Anterito!

Y otra vez hablando a solas:

—No. No es posible. Son muchas, son muchas.

Adentro, continuaba Anterito haciendo funcionar sus limas y sus seguetas.

ERA RUBIO, TENÍA LOS OJOS AZULES

Y un día descubre que al pueblo ha llegado un forastero.

No un hijo del pueblo que a éste regresara al cabo de tantos o cuantos años de ausencia, como Mariano Urquiza, ni un venezolano de otra parte que por allí pasara de tránsito o allí viniera a establecerse, sino un forastero auténtico, rubio, de ojos azules. Un extranjero. Misterioso, por añadidura... Sólo que, para Anterito Valdez, extranjero y misterio eran una sola y misma cosa.

Lo descubrió en el salón del *Bar Concordia*, entre dos

y tres de la tarde, según sus cálculos, de un día martes, por cierto, no habiendo allí nadie más. Estaba sentado ante un vaso de refresco de naranjas, dentro del cual flotaba un trozo de hielo que hacía girar con el índice de su diestra. Nada de esto se le olvidaría nunca a Anterito.

—Forastero a la vista—se anunció a sí mismo.

Y fue a sentarse en una de las mesas más distantes de la que ocupaba el extranjero. Porque Anterito Valdez, practicante de aquello de "si la montaña no viene a mí yo iré a la montaña", entendía que era necesario que hubiese algún espacio considerable entre él y la montaña, para que fuese mérito suyo trasponerla.

Y la montaña habló:

—¡Calor! ¡Mucho calor!

Pero Anterito no entendía que así pudiesen iniciarse comunicaciones trascendentales y por el momento se limitó a sonreir. El extranjero concluyó de menear el trozo de hielo dentro del vaso, cogió éste, se lo llevó a los labios, y tomó cinco sorbos, que Anterito le contó por los movimientos de los músculos del cuello. El extranjero repuso el vaso sobre la mesa, que era de mármol blanco, y repitió:

—Mucho calor.

Dicho lo cual se quedó mirando a Anterito. Mas como advirtiese que éste le hacía señas, indudablemente masónicas, pero que no le eran comprensibles, se lo hizo saber sonriendo y moviendo negativamente la cabeza.

Volvió a enrojecer Anterito hasta la raíz del negro cabello, cortado al rape, y se dijo mentalmente:

—Y ya van dos. ¿Será que yo he venido a entrar en la masonería cuando ya nadie la practica?

Pero al forastero se le ocurrió agregar:

—Y mosca. Mucha mosca también.

Y luego:

—Pero, a Dios rogando y con el mazo dando.

Y los cincuenta y cuatro kilos de materia orgánica que

componían la persona física de Anterito fueron lanzados bruscamente del asiento y puestos de pies, quedándosele los pequeños ojos redondos y negros fijos en el forastero, porque las últimas palabras de éste no podía interpretarlas aquél sino como parte de alguna clave, para mutuo reconocimiento de conspiradores.

Y acto seguido ocurrió la invitación de la montaña:

—¿Quiere venir a tomar refresco conmigo? Venga.

Traspuso Anterito la considerable distancia mientras el forastero daba palmadas y aparecía un mozo del bar y recogía el pedido:

—Otro refresco de *narranja.*

—Naranja—corrigió Anterito, a tiempo que se sentaba a la mesa del extranjero.

Y éste, dando una palmotada, no para pedir servicio sino para manifestar contentamiento:

—¡Naranja! ¡Así me gusta la cosa! El amigo verdadero no debe nunca dejar que el amigo diga cosa mala ni haga cosa mala. Hay que enseñarlo y corregirlo. ¡Naranja!

Y al cabo de una pausa y con cierta intención indefinible:

—¿Y la cosa está buena, verdad?

Lo suficiente para que Anterito no dudase ya de que se trataba—¡ahora sí!—de un enviado de conspiradores de otra parte. De otra nación, para que resultase más interesante el caso. Un enviado de los conspiradores del mundo entero, tal vez... Porque en el estado de profunda emoción en que se hallaba Anterito, cosas sencillas tenían que transformársele en acontecimientos extraordinarios.

Se restregó rápidamente las manos y repuso.

—¡A punto!

Y en seguida, sin perder tiempo:

—¿Está alojado usted en el hotel?

—Sí. Pero la señorita Simoza no está una persona agradable.

—¿No prefiriría instalarse en una casa, solo?

—¿Casa sola?

—Casa sin dueño.

Designábanse así aquellas cuyos dueños habían emigrado de la población y se mantenían cerradas y abandonadas, goteras y descalabraduras convirtiéndolas en ruinas, ratones y polillas devorando los muebles que dentro de ellas quedaron.

Y acercándose más al forastero, con voz sigilosa y entre miradas de precaución hacia las puertas por donde alguien pudiera aparecer, Anterito le refirió el episodio trágico que culminó en la muerte de Smith y en la consecutiva de don Heliodoro Urquiza, tal como lo contaba el pueblo, para quien Efigenia Javillos tenía que haber sido culpable de la primera. Todo, incluso la partida de Camila Smith, sin despedirse de nadie y para que nunca más se supiese de ella. Concluyendo:

—¡Yo tengo la llave y las escrituras de esa casa, que dentro de ella quedaron, extendidas y registradas a nombre de Camila Smith!

Pero como ya venía el mozo del bar con el refresco pedido, se enderezó en su asiento y guardó silencio, mientras aquél se acercaba a la mesa y sobre ella dejaba lo que traía.

Mientras tanto el forastero había vuelto a menear el hielo dentro de su vaso y cuando el mozo se retiró, sin interrumpir lo que hacía, dijo:

—Ya Camila me lo había dicho: "Búsquelo usted al llegar. El tiene la llave de mi casa".

Anterito se enderezó más para inquirir:

—¿Sí? ¿Y cómo sabía usted que yo era... Anterito Valdez?

—¡Oh! Nadie me lo había dicho. Pero no he tenido necesidad de preguntar.

Y Anterito se quedó perplejo, mirándolo.

PARMENIÓN RECTIFICA SU CONCEPTO DE AUTORIDAD

Cuando Parmenión recibió la noticia de que había tomado posesión de aquella casa, sin que se supiera cómo ni por qué, un extranjero que dos días antes había llegado al hotel de las Simozas, dio un respingo, se levantó del asiento, se encasquetó el sombrero y se dirigió a la casa de Nicanor Javillos.

Parmenión era un compadre de Hermenegildo Guaviare, persona interpuesta de éste en el gobierno del pueblo, que en realidad seguía ejerciéndolo desde su hato de *Sabana del Muerto,* pero dándose así, además, el soberano gusto de imponerles a sus paisanos una autoridad de ningún modo lícito constituída en su persona. Y decíanle Parmenión, a secas, porque tenía un apellido absurdo—Manuel—que más parecía apelativo y por no enmendarle la plana—cosa siempre desagradable para quien ejerza alguna autoridad por estas tierras—llamándolo Manuel Parmenión, le quitaban lo primero, que no sonaba bien como segundo y así lo habían dejado. No faltaba, sin embargo, quien asegurase que el trastrueque provenía de haber visto el aludido, una vez, su nombre verdadero en una lista por orden alfabético de apellidos y haberle gustado la trasposición, que de algún modo era ser otra persona y quién sabe por qué le convendría. Era un hombre escurridizo, de aspecto mansurrón, que no se sentaba nunca derecho, que no parecía tener por dentro armadura rígida de personalidad, aunque no se requería extraordinaria perspicacia para descubrirle que aquella apariencia debía de ajustarse a un plan bien estudiado. Y era para las minucias y para el papeleo, obligado a someterle todo lo que fuese de importancia a Guaviare, a quien le tocaba irse al grano de la cuestión.

—¿Sabe la noticia, don Nicanor?—llegó preguntándole.

—¿Cuál?—inquirió Javillos.

—Un musiú en la casa del difunto.

—¡Vaya, pues!—repuso Nicanor Javillos, a quien lo impacientaban los circunloquios y medias frases habituales de Parmenión—. ¿Cuál difunto... Manuel?

—¡Es verdad! Que ya son tantos... en el pueblo, digo, que es menester mencionarlos por sus nombres y apellidos. Al doctor Smith me refería. Un paisano de él, según se cree, que se ha hecho dueño de la casa. Puede que hasta un pariente sea.

Ya Nicanor Javillos le había advertido una vez a su primo, a propósito de Parmenión: "Ten cuidado con ese hombre, que no te será fiel." Y ahora se le venía esto a la memoria, mas para ser rechazado en seguida, como pensamiento indiscreto.

—En realidad—repuso, al cabo de un momento de reflexión—esa casa es todavía de Camila Smith. Para ella la adquirió su hermano el doctor, a nombre de ella fue extendida y registrada la escritura y como todavía no puede haber prescrito su derecho...

—Todo eso me lo venía diciendo yo por el camino, don Nicanor. Pero como podía suceder que de aquí hubiera partido la autorización del caso, no porque me pareciera natural, sino porque cada uno tiene su manera de hacer las cosas, me dejé venir hasta acá a ver si ustedes—doña Efigenia y usted—sabían la novedad y qué cara le ponían. Porque en poniéndoles ustedes buena cara yo no tenía por qué ponérsela mala. ¿Usted me comprende? Ya que la autoridad política—vamos a decir civil—de que uno está investido, no llega sino hasta de la puerta para afuera. ¿Usted me entiende?

—Sí. Haciendo algún esfuerzo. Porque usted está ahora dentro de una casa—ésta, su casa, naturalmente—y si al pie de la letra le tomáramos su concepto de autoridad, resultaría que—"hasta de la puerta para afuera"—casa, pueblo y cuanto por delante se le extienda, estaría dentro de su dominio.

—¡Ah don Nicanor y sus retruques!—exclamó Parmenión, tomándolo o fingiendo tomarlo a broma—. Usted es un hombre recto, don Nicanor.

—Justicia que usted me hace... Manuel.

—¡Y a boca llena! Que por cierto, ya que miento boca, a usted se le tranca un poco la suya cuando me va a dar el apellido. No sé por qué. Pero a boca llena se lo digo siempre al compadre, su casi hermano de usted: —"Compadre, déjese de cosas y sígase por don Nicanor, que va derecho como una vela hacia su sepultura—. Quiero decir: que es hombre de línea recta. Hombre recto y mortificado".

—A ver, a ver. ¿Qué quiere decirme con eso de mortificado?

—Nada de particular. Sino que, volviendo a mi autoridad y a mi manera de entenderla, no tengo que decirle sino que aquí no estoy yo, sino, como se dice, cuidándole el muerto al compadre

—¿Qué muerto?

La pregunta de Nicanor fue rápida y pronunciada con ánimo inquisidor, que excedía de la simple curiosidad producida por una expresión de estilo personal; pero a Parmenión no se le escapó esto y sonriendo replicó:

—Es un decir, don Nicanor. Nada más que un decir. ¿Sabe?

Nicanor Javillos se mordió los bigotes y luego se los atusó. Había algo en su interior que acababa de sufrir una conmoción profunda. Pero como instintivamente todo ser humano repudia exploraciones al fondo de su intimidad cuando de algún modo siente que algo comienza a resquebrajársele allí y como, por otra parte, nunca le había sido grata la compañía de Parmenión y era mejor acabar cuanto antes, díjole, disponiéndose a salir:

—Vamos. Vamos allá a preguntarle a ese extranjero quién es y por qué se ha permitido instalarse en casa de la cual no se sepa que le pertenezca.

Por el trayecto casi no se cruzaron palabra y Parmenión Manuel llevaba puesta su sonrisa de andar por la calle, que le imprimía cierto aspecto bobalicón.

Instalado estaba el forastero y por añadidura disponiéndose ya a reparaciones y modificaciones de la casa.

—¿Es que se propone usted permanecer aquí tiempo largo?—interrogó Nicanor, por aquellos preparativos.

—¡Oh!—dijo el forastero—. Tiempo corto, tal vez. Pero como toda casa es parte de un país y todo país está de algún modo adentro de sus casas, todo hombre debe vivir adentro de una casa que sea de algún modo parte de su país.

—¿Y usted, de dónde es?

—De un país que va a estar de algún modo adentro de esta casa para que yo pueda habitarla contento.

—Hay que demostrar primero que puede habitarla. Que tiene derecho a ello. Y usted no ha cumplido todavía ese requisito.

—¡Oh! Derechos suponen justicia, señor Nicanor.

Rió Parmenión, que a todo se había mantenido atento, pero sin intervenir y Nicanor, encarándosele:

—¿Por qué ríe así?

—Porque al señor, forastero como es y de otra lengua, le ha sucedido, sin embargo, como les sucede aquí a todos los del pueblo conmigo. Que creen que mi apellido es Parmenión, como al señor le ha parecido que el de usted es Nicanor.

—¡Oh! No—replicó el forastero—. Está usted equivocado, señor Manuel. Yo sé todo que necesito saber respecto señor Javillos. Yo conozco bien la historia de toda cosa a que me pongo. Yo pregunto cuando no sé.

—¡Umjú!—hizo Parmenión.

Nicanor se había quedado en silencio, atusándose los bigotes y el forastero, volviéndose a él, continuó:

—Decía yo a usted, señor Nicanor Javillos, que derechos suponen justicia. ¿Verdad? ¿Era eso que yo decía?

—Sí, señor.

—Pues ahora digo que justicia ya habrá por aquí. La tierra es pequeña y la justicia grande, muy grande, y hasta aquí también tiene que llegar algún día.

—Señor mío—repuso Nicanor—. Muy interesante su conversación. Pero hemos venido aquí a que usted nos muestre los títulos en que puedan fundarse sus derechos a ocupar esta casa. Y más todavía: hacerle reparaciones y modificaciones, como ya veo que se propone intentarlo. El señor... Parmenión Manuel, que es la primera autoridad del lugar y ante él debe usted producir esos títulos. ¿No ha venido usted a eso, señor... Manuel?

Y Parmenión, todo desgonzado hacia el lado izquierdo en el asiento que ocupaba y todavía con su sonrisa de andar por la calle:

—Voy a decirle, don Nicanor. El señor ha dicho unas cosas que, si a ver vamos y de ver no nos ofuscamos, resulta que mejor es que uno piense bien las suyas antes de proceder y no se lance así, como así. Válgaseme la expresión. Porque no es que yo entienda la autoridad de que esté investido—vamos al decir—hasta de la puerta para afuera, como en denantes usted creyó que yo la tomaba, sino que desde la puerta de una casa cualquiera para adentro, se necesita un juez y un auto, que llaman. ¿Sabe cómo es la cosa? Y la autoridad civil—vamos a decir política—de que yo estoy investido... Francamente, como que no me alcanza de esa puerta para acá.

—¡Umjú!—hizo ahora el forastero.

Y Nicanor, mirando a Parmenión:

—Bien. Muy bien. De todos modos celebro haberle dado ocasión para que, por primera vez, reconozca usted que su autoridad, civil o política o lo que sea, no debe traspasar ciertos límites.

—¡Umjú!—volvió a hacer el forastero.

Se levantó Nicanor, hizo lo mismo Parmenión y el primero se despidió del extranjero diciéndole:

—Señor mío. Tenga la bondad de excusarme los desahogos personales en que haya incurrido en presencia de usted. Por lo demás, no tendré por qué ser yo quien vuelva a molestarlo.

—¡Oh! Yo estoy sintiendo mucho toda esta cosa, señor Nicanor Javillos. Usted me ha estado ya un hombre simpático.

—Gracias, gracias.

Y se marchó acompañado de Parmenión; pero en el mismo zaguán, no pudiendo tolerarlo más le dijo:

—Desde esa puerta para afuera, Parmenión Manuel, usted por un lado y yo por otro.

Y el hombre que parecía no tener armadura rígida por dentro se limitó a sonreir.

OTROS PENSAMIENTOS DE PARMENIÓN

Parmenión tenía una estancia en las afueras del pueblo, cerca de la Plaza Vieja y allá acostumbraba ir todas las tardes, a reposarse de sus preocupaciones de autoridad contemplando la naturaleza, acariciándole las ancas a una vaca, haciéndole cosquillas a un cerdo en la trompa, peinándole con sus dedos las crines a un potro alazano que le estaban amansando para cabalgadura suya. Y complaciéndose, sin demostrarlo, en las lisonjas de los aduladores que ya comenzaban a rodearlo.

No era todavía la hora de costumbre, pero allá se encaminó cuando cogió por su lado, al salir de la casa usurpada por el forastero y que, según se lo advertía su instinto, ya de algún modo figuraba en su propia historia.

La estancia era como un oasis dentro del vasto cardonal que por allí se extendía hasta las orillas del mar distante y la denominaba *Párate Bueno*. Sombrosos mangos bordea-

ban el callejón que conducía a ella y al fresco abrigo de su follaje caminaba preguntándose, en ejercicios de socarronería:

—¿Qué estará haciendo a esta hora el compadre en su *Sabana del Muerto?* ¿Estará herrando mautes o jugando bolas con *Comemuerto?*... ¡Mire que al compadre le gustan esos nombres que tienen muerto! La posesión donde ahora se lo pasa y el asistente de su confianza, su edecán, como le dice... El hombrecito de los mandaditos cascorvos.

Dos años hacía ya que venía demostrándole a Hermenegildo Guaviare su lealtad de subalterno, en el desempeño aparente de la autoridad del lugar, mientras en realidad era aquél la mano arbitraria que hacía y deshacía.

—Dos años y un mes—puntualizó, a salto de una asociación a otra—. Y siete días, para que no se queden fuera de la cuenta los menudos de veinticuatro horas.

Y así llegó con la mano acariciadora al anca de la vaca *Mariposa,* que ya había vuelto la cabeza para mirarlo, como si le conociera los pasos o hubiera entendido lo que junto a ella murmuró el peón ocupado en la limpieza del establo:

—Ahí viene el General.

—¡Mariposa! ¡Mariposa!... "Toda casa debe"... No. "Todo país debe estar de algún modo dentro de sus casas"... ¡Je, je, je! Musiú es musiú, venga de donde viniere... ¿Por qué será que esa gente haya de salirse siempre con la suya? Y no es que yo... ¡Jim! ¡Feas estoy mirando las cosas para el compadre!... ¡Mariposa, Mariposa!... Hasta de la puerta para... ¡Jim! ¡Ah don Nicanor y la mano que me tendió sin darse cuenta!... ¡Posa, posa!... ¡Posa, mari!...

No era otro caso de trastrueque, sino que ya llegaban los aduladores de costumbre; pero entre ellos, a la cabeza de la avanzada, nada menos que el doctor Basilio Daza, que nunca se había dejado ver por allí.

Venía entreteniéndolos con su conversación rica en exclamaciones preciosistas, pero obligándolos a una marcha

que no les era habitual, de pasos menudos y rápidos. Y esto divirtió a Parmenión:

—¡Cómo los trae! Al arrebiate del taquititaqui de su manera de andar. Pisando volatería vienen todos.

Y luego, internándose en sí mismo:

—¿Qué vendrá buscando por aquí el doctorcito del compadre?... ¡Ah peine que te voy a poner! Ya te miro pisándolo.

Y alzando la voz:

—¡Cuidado, doctor Basilio! ¡Cuidado con las bostas de vaca y sus zapatos limpios!

En seguida de lo cual se preguntó entre dientes:

—¿No es doctor basilisco como lo llaman algunos?

Y dejando lo de la vaca pasó a lo del puerco, que estaba más allá ofreciéndole su hocico a las cosquillas de costumbre, para hacérselas sin pérdida de tiempo y ya con aquellas porquerías en la mano, estrechar la que Basilio venía tendiéndole desde lejos.

Pero Basilio Daza se le plantó por delante y le frustró el plan:

—Límpiesela primero, mi querido General. Su mano siempre es una joya; empero, póngasela a brillar como es debido.

Y la sonrisa que a Parmenión se le quedaba siempre un determinado tiempo entreabriéndole la boca, mostrando los dientes conservados a fuerza de oros y platinos, tuvo que quedársele aquella vez más de lo acostumbrado, mientras sacaba un pañuelo, se enjugaba los dedos de la pringue de cerdo, guardaba el pañuelo y ofrecía la mano.

Se acercaron los otros, que ya habían podido recuperar sus acostumbrados pasos y de los obligados venían resollando grueso, y Parmenión, contra su modo habitual de saludarlos sin darles la mano, fue dándosela a todos, afabilísimamente.

Luego dijo:

—Pues bien. Hoy hemos venido más temprano que de costumbre. Junto con otras novedades. Venga, doctor Basilio. Venga para que vea una lindura de potro, como diría usted.

Y se lo llevó a donde el alazano esperaba el diario peinado de su crin.

—¡Una lindura verdaderamente!—exclamó Daza—. El más bonito animal de *Párate Bueno.*

—¡Je, je! ¿Incluyéndome a mí, doctor Basi...?

—¡Shs!—hizo el mentado, aplicándose a los labios gordezuelos el índice diestro de una uña pulida—. ¡Cuidado con lo de basilisco, mi querido General! Que ya se le estaba saliendo de la deliciosa intimidad de su alma... Que por cierto no sé por qué la consideran algunos como un abismo de intenciones inescrutables. Yo que siempre lo he visto todo tan claro en usted. ¡Tan diáfano!

—Esa es la palabra—dijo Parmenión, cambiando de sitio, maquinalmente, porque acababa de cruzarle la idea escurridiza de que era él quien iba a caer en una trampa.

Basilio Daza se le acercó, lo tomó por un brazo y lo atrajo sobre sí, cuerpo a cuerpo y mientras con el índice de la mano libre le daba golpecitos en el mezquino pecho, díjole:

—Yo sé lo que le pasa, compañero. Viene usted de hablar con el forastero... ¿Sabe que es un ruso? ¿No lo sabía? Pues sí, un ruso blanco.

—Muy blanco es. Sí, señor.

—No. Me refería a otra cosa. Y volviendo. ¿Teme usted que de ahí pueda derivarse algún contratiempo para nuestro querido jefe el General Guaviare? ¿Verdad que sí?

—Pues...

—Sí, sí. Usted lo teme, usted lo teme. Pero no tenga cuidado. Deseche esos temores. Lo de la muerte de Smith y de don Heliodoro es asunto concluído. Quiero decir: que

dentro de los procedimientos no cabe ya ninguna acción que pueda intentarse con éxito posible.

—¿O como decimos los profanos: que ya eso es clavo pasado?

—¡Pasado! ¡Pasado! ¡Je, je, je! ¿Es que usted creía que no?

—¿Yo por qué?

—¡Mi querido General Parmenión Manuel! ¡Qué inquieto lo encuentro hoy!

—Déjese de cosas, doctor Daza. ¿Y eso de General que ahora me pone? Nunca me lo había reconocido.

Y cuerpo a cuerpo, golpecito y golpecito del índice de uña pulida sobre el mezquino pecho:

—Déjese usted llamar desde ahora, como luego lo llamará la historia.

—¿A mí?

—¡Je, je, je! ¡Si se la escribo yo, por supuesto!

Dicho lo cual se le apartó Daza, para ir a reunirse con los demás, que por allá se habían quedado contemplando el cerdo, de hocico que ya pertenecía a la historia.

Parmenión se quedó junto al potro alazano haciéndole el peinado de todas las tardes, invariablemente. Y preguntándose:

—¿Si habré sido yo quien ha pisado el peine?

De donde concluyó, a poco de pensar y peinar:

—La verdad es que, sea como sea, para ciertas cosas hay que contar con los Basilios Dazas.

Eran varios los aspirantes a serlo que allí estaban contemplando el marrano histórico, Daza también—realización lograda—haciéndole cosquillas, ya sin asco de pringue de hocicos.

Y Parmenión sonrió y luego se dijo, sin que pareciese conclusión lógica:

—Lo que le he dicho siempre al compadre. ¿Qué nece-

sidad hay de cometer arbitrariedades, así tan a las claras? Si con la ley en la mano se puede hacer lo mismo.

Y EL TIEMPO ECHÓ A ANDAR

¿Cómo y cuándo pudo arreglarse aquello?... La torre de la iglesia matriz se destacaba del cuerpo de la fachada y por su costado derecho, vista desde el altozano, se comunicaba con éste por una puertecita de arco abierta en el grueso muro y defendida por una verja de hierro, por la cual se entraba al campanario, escalera arriba, ya gimiente de vieja y taraceada... Nada de extraño tendría que alguien dijese después, por dárselas de advertido y malicioso, que por aquella puerta había visto a Anterito Valdez deslizarse furtivamente dentro de la torre.

Y fue a la primera hora justa de un día que acababa de desprenderse del filo de medianoche. Un zumbido inusitado en el profundo silencio y de pronto, cadenciosamente:

—Tam tam, tam tam...

¡El reloj de la torre!

Dio los cuatro cuartos de la hora transcurrida y luego la campanada precisa, puntual, solemne. ¡La una del día que acababa de comenzar!

Los trasnochadores que todavía estaban consumiendo copas en el salón del bar, se precipitaron a la calle, atravesaron la plaza, se detuvieron en el altozano y alzaron las miradas hacia la vieja torre donde acababa de ocurrir aquello. A los postigos de las ventanas vecinas se asomaron mujeres arrebujadas en sábanas y se abrieron puertas y por ellas salieron hombres, vistiéndose todavía, para cerciorarse con sus propios ojos.

Ya era numeroso el grupo en el altozano mirando hacia el reloj. ¡Sí! No cabía duda. No había sido un sueño de los que dormían, ni alucinación de los que consumían al-

cohol. El minutero, viejo tullido que de pronto sanó, volvía a los pinicos dando saltitos de minuto en minuto.

Y aquella noche, día ya de un tiempo en marcha, casi nadie durmió más en el pueblo: unos en el altozano, otros en el bar haciendo descorchar champaña, otros en sus camas, pero todos oyendo los cuartos y nombrando las horas que otra vez sonaban.

—¡Las dos!... ¡Las tres!

Pasadas las tres llegó a su casa Anterito. Su mujer lo estaba esperando en el corredor y con predisposiciones de celos lo recibió preguntándole:

—¿Dónde estabas?

—¡Shs!—hizo él, aplicándose el índice a los labios, con precaución de todo punto innecesaria, porque nadie más estaba por allí—. A ti te lo puedo decir: fui yo, fui yo.

—¿Qué?

—¡El tiempo, que ha echado a andar!

—¿Te refieres al reloj de la torre?

—Sí. Yo había subido con él a la torre, ayer no más.

—¿Quién es él?—insistió la simple María de Valdez, que, por otra parte, ya no podía con el sueño.

—El forastero, chica. El descubrió el proyectil que había detenido la maquinaria. Estaba allí y a ninguno de nosotros se nos había ocurrido nunca que allí pudiera estar todavía—. "Una pequeña cosita—me dijo—para producir un efecto grande quitándola de ahí".—Yo nada le respondí entonces, pero me quedé con mi idea. Volví solo, extraje el plomo de la bala de Hermenegildo Guaviare, hace diez años, limpié y aceité la maquinaria, le di cuerda y a la una justa—por este reloj del forastero que nunca se atrasa ni se adelanta y para eso se lo pedí prestado ayer tarde—lo puse en movimiento —¡tac!—y echó a andar... ¡Oyelo! tam tam, tam tam. ¡Las tres y cuarto! Después dará las cuatro y las cinco y las...

Pero María de Valdez, que ya estaba cayéndose de

sueño y de peso de criatura, le tapó la boca con su mano fría y le dijo, suplicante:

—¡Anterito! ¿No será mejor que nos acostemos antes de que las dé?

Se acostó Anterito. Pero en su cama siguió contando:

—Tam tam, tam tam... ¡Las cuatro!

Indudablemente, el tiempo había echado a andar.

III

A MANOTADAS...

Pero el forastero no había llegado solo y en el hotel de las Simozas permanecían Marta Elena y sus hermanitas.

Las Simozas, ambas solteronas, eran Obdulia y Ramitos, por orden de edades y se tenían distribuído—mejor dicho: Ramitos lo había dispuesto así—el quehacer del hotel de modo que la primera se pasaba todo el día dentro de la cocina riñendo a las cocineras, probándoles los guisos, que siempre tendían a quedarles desabridos o salados y amargos como las propias salmueras, desollándose los brazos con los chisporroteos de la sartén, asándose los dedos junto con la carne a la parrilla, quemándose la sangre con los enfurecimientos que las fregonas la hacían coger a cada plato roto o desportillado contra el fregadero; mientras que Ramitos, empingorotada y empolvada y con sortijas en los dedos, a más no poder, atendía personalmente a los huéspedes, los instalaba en sus cuartos, se interesaba por descubrirles las intimidades de sus historias y a las horas de comer rondaba de mesa en mesa, haciéndoles preguntas amables sobre cómo les había gustado la olleta o la berenjena en salsa de tomate, que eran especialidades de Obdulia.

Cuando llegó el forastero acompañando a Marta Elena y sus hermanitas—gemelas, lindas e indistinguibles como dos

gotas de agua cristalina—Ramitos Simoza creyó que éstas fuesen hijas y esposa de aquél. Pero el extranjero las negó y aunque pidió habitación aparte para ellas y alejada de la que a él se le destinase, Ramitos pasó a maliciar, como más de su agrado quería que fuesen las cosas del prójimo.

—¿Cuartos separados y distantes?—se formuló en sus adentros de hotelera escarmentada—. ¡Jim! A mí no me engañas, musiú. De esa cabuya tengo yo un rollo.

Y se quedó rondando en torno a Marta Elena y lo que ésta resultara ser del forastero.

Pero todo lo que ya tenía construído—de su fecunda invención y antes de las cuarenta y ocho horas—se le vino abajo cuando el forastero le participó que se marchaba del hotel.

—¿Y por qué?—le preguntó, haciéndole larga cadencia a la última vocal.

—Porque uno come mosca adentro de la olleta si se descuida—respondió el extranjero guasón.

De donde salió un respingo de dignidad ofendida de Ramitos Simoza y esta otra pregunta que ya no era amable, ni musicalmente pronunciada:

—¿Y ellas?

—Ellas son ellas, señora Ramitos.

—Señorita. Para servirle a usted.

—Pues... yo estaría muy contento si no tuviera que mudarme.

Ramitos vaciló entre sonreir o enfurruñarse, pero optó por insistir, por el dinero que allí se estaba ventilando:

—Pero como vinieron con usted y una no sabe a quién cobrarles las pensiones de ellas.

—Yo pagaré pensión de ellas mientras estén aquí; pero usted se contrata conmigo a no decir a la señorita que yo he pagado.

—Me comprometo, querrá usted decir.

—Eso es. Muchas gracias. Muchas gracias.

Pero al día siguiente ya Ramitos Simoza se le había metido en el cuarto a Mariano Urquiza y tomando asiento comenzó a gemir:

—¡La tribulación en que me encuentro, Urquiza! ¡Lo que se llama un atolladero! Imagínese que Marta Elena, la señorita de las hermanitas morochas. Que muy bonitas son, por cierto, las pobrecitas, y muy graciositas y muy...

—Señora—atajó Urquiza—. Déjese de circunloquios, que a mí me resultan exasperantes siempre.

—¡Ah, Urquiza! Nunca he tenido yo un huésped en este hotel de peor humor que el suyo. Franqueza por franqueza. Y no se olvide de que no soy señora sino señorita.

—Admitido. Y cuénteme su tribulación, si es que no puede evitármelo.

—Allá va. Que el forastero me pagó ocho días anticipados de pensión de Marta Elena y sus hermanitas, que ya van corridos dos, y como me puso por condición que no lo supiera ella y a mí se me salió decírselo y ella no quiere aceptar esos favores de él y por otra parte yo sé que ella no tiene dinero...

—Usted ha resuelto ya ponerla en la calle, antes de que le amanezca aquí el noveno día. ¿No es eso?

—¡No, Urquiza! Yo soy una mujer de corazón.

Y esto lo afirmó apoyándose ambas manos, con toda la pedrería de color que en los dedos llevaba, sobre el pecho frondoso en ambas partes.

Mariano sonrió y exclamó:

—¡Inmenso corazón, señorita Simoza!

Fingió ruborizamiento la gruesa Ramitos, con tanta maestría que casi se le volvió rojo el amoratado colorete y repuso, rebullendo con toda la masa de su cuerpo:

—Déjese de cosas, Urquiza.

—Siga, Ramitos, siga.

Se quitó las manos de donde las tenía y se las llevó a

las faldas para estirárselas bien sobre los potentes muslos y balbuciendo casi:

—La cosa es que... ¿Cómo voy a poner... lo que se dice en la calle... a toda una señorita?

—¿Sí? No hace mucho, cuando el desayuno esta mañana, empleó usted cierta reticencia al aplicarle ese mismo término a esa misma persona.

—¡Dios me libre, Urquiza! Yo no sé lo que sea una reticencia, pero una cosa le digo: yo nunca empleo malas palabras en mi conversación. Sépalo usted.

—Siga, señorita, siga.

—¡Que en un principio yo haya tenido mis sospechas, no voy a negárselo! Pero hoy me atrevo a meter mi mano al fuego por Marta Elena. ¿Que por qué llegó acompañada del forastero? Que lo averigüe Dios. Yo respeto mucho los secretos de nuestros huéspedes.

—¡Claro!

—Pero, volviendo a lo que venía. ¿No le parece que sería muy bonito que usted le cediera a Marta Elena la casa del Colegio, como todavía se la llama sin que haya colegio, para que ella pusiera una escuelita? De primeras letras aunque fuere.

Se enderezó Mariano, que estaba tumbado en la hamaca, para prestar mejor atención a la ocurrencia de Ramitos y ésta prosiguió:

—Marta Elena, según ella misma me lo ha dicho hace poco, es maestra graduada, como ahora dicen, y yo estoy segura de que si abre una escuela le lloverán niñitas. No hace mucho estaba diciéndoselo yo, pero ella, naturalmente, como corresponde a una verdadera señorita, bien educada, que eso se le ve por encima, me respondió: —"¿Pero, el señor Urquiza consentirá eso?"

A lo que repuso Mariano:

—De donde se desprende que ya usted le ofreció mi casa, para que instale su escuela.

—Ofrecérsela, propiamente no, Urquiza, pero...

Y levantándose del asiento, con una agilidad insospechable de su volumen:

—Espere un momento. Mejor es que usted se entienda con ella misma. Voy a traérsela.

—¡Pero, señora!

—No, no. No se moleste. En seguida se la traigo. Está en el corredor esperando. Póngase el saco y arréglese un poco.

Diciendo lo cual se dirigía hacia la puerta y ya en ésta, se detuvo, se volvió y llevándose los dedos a los labios, después de decir:

—Mire que la muchacha es...

Hizo con ellos mímica de beso reventón, a tiempo que exclamaba:

—¡De flor!

—¡Señora!—protestó Urquiza.

Pero ya ella bajaba la escalera, riendo.

Mariano se levantó de la hamaca, se puso el saco, se arregló un poco, como se lo ordenara Ramitos Simoza, que no se dormía en las pajas y así comenzó a cumplirse a través de su voluntad una determinación tomada por otra. Una de tantas de la misma naturaleza que comenzaban a producirse en el pueblo a causa de la llegada del forastero.

Mariano Urquiza—también era cierto—nunca había tomado las suyas sino por arrebatos, a manotadas, como cuando, vistiéndose ya para dirigirse a la Universidad a la colación de su grado de doctor en leyes, haciéndose el lazo de la corbata ante el espejo, se la arrancó de pronto del cuello, la arrojó al suelo, desistió de su grado y resolvió regresarse al pueblo. Y como a manotada también, ante la cátedra del antiguo colegio de su abuelo, decidió acabar con la farsa de un culto que no era sino negocio de Clímaco Monegas y, cuando más, lánguido recuerdo de un hombre enérgico y

virtuoso en la memoria de otros que ya no sabían serlo.

A manotadas estaba ahora haciéndose otro lazo en otra corbata.

MARTA ELENA

Una historia que ella no le referiría nunca a nadie; una vida ejemplar sin embargo. Estudiosa, hacendosa, amorosa. De buen amor, junto a la madre hasta el último momento de la atormentada vida; de madre ahora haciéndoles las veces a las hermanitas. La pobreza bien sobrellevada, la diligencia para la diaria pelea por el pan difícil, todos los días sin desfallecimientos. La entereza del espíritu ante lo monstruoso de la vida y la dignidad del corazón para comprender y perdonar, una sola virtud en el noble silencio ante su drama... El traje de luto.

Era en la casa del antiguo colegio, a la caída de aquella tarde memorable. Las niñitas gemelas, lindas e idénticas, sentadas en uno de los bancos, hombro a hombro, agarradas las manitas, reclinadas las cabezas entre sí, una sola cosa linda las dos cabelleras rubias bucle a bucle, una misma ternura confiada en los cuatro ojos azules, puestos en Mariano Urquiza.

Marta Elena—los cabellos negros, lisos, moldeando la noble cabeza, el rostro de pareja blancura sin engaños de tocador, la nariz perfecta, la boca admirable—sentada en el viejo sillón de cuero estampado, ante la mesa ya limpia de farsa, pero todavía desnuda de obra. Tiene sobre ella apoyadas las manos de perfección y pureza y con una voz grave—de contralto si hubiera aprendido a cantar—responde a pregunta que le había hecho Mariano:

—Graduada no, pero maestra sí.

Tal vez tenga Mariano alguna otra pregunta que hacerle, aunque ya en el hotel todo fue tratado y convenido, conforme a lo cual ella tomaba desde esa misma tarde posesión de la casa para abrir su escuela; pero prefiere quedarse

mirándola, porque nunca había contemplado en rostro de mujer ni tanta dulzura serena ni mayor dignidad humana y ella le sostiene la mirada esperando las otras preguntas posibles... Que si alguna viniese, indiscreta, por indagar la dolorosa historia, ella se limitaría, sin cambiar de expresión, a mover negativamente la cabeza armoniosa.

Las niñitas se oprimen más las manitas cogidas, se miran y sonríen. Marta Elena lo advierte y con un movimiento de los ojos se lo hace advertir a Mariano.

Este se vuelve hacia ellas, se les acerca y como si moldeara una sola cabeza, les acaricia las dos cabelleras.

—¿Cómo se llaman?—pregúntales.

Las mellizas sonríen de otra manera, se vuelven a mirar a Marta Elena y la voz de contralto responde por ellas:

—Misifú.

Saltan gozosamente las dos, palmoteando y una:

—Misi soy yo—dice.

Y la otra, apoyándose la manita extendida sobre el pecho, donde una cinta negra le hace flor de luto a su trajecito blanco, exactamente igual al que lleva la hermanita:

—Y yo Fú.

Otra vez les toma Mariano las lindas cabezas, se las junta, mejilla a mejilla y concluye:

—Y las dos Misifú.

—Gracias—dice la voz de contralto y Mariano se vuelve. Marta Elena sonriente. La mejor emoción de su vida.

ERAN QUINCE Y UN GONZALITO

Vieja casa, de cuando se construían sin constreñimientos de suelo caro y para tener dentro de ellas, sin complicaciones ni alardes, comodidad y sosiego. Gruesas las paredes de tierra apisonada, que ni eran penetradas por los ruidos de afuera, ni por causa de ellas repercutían adentro los de adentro, ni sacándolos afuera traicionaban las intimidades

que a su abrigo se confiasen, en el fresco recinto hasta donde ellas tampoco dejaban llegar el calor de afuera. Viejo el pavimento de ladrillos fraileros, porque en misiones de frailes fueron fabricados y todavía se comportaban bien, sin polvaredas molestas que de ellos levantase la escoba; viejo el techo de obra limpia, tan viejo que sólo por ser de madera de corazón valiente había soportado tanto el peso del entejado. Sombrío el patio donde crecieron árboles; acogedoras las estancias, sin mezquindad de espacio ni excesiva luz entrometida que perturbase el descanso.

Marta Elena eligió las que rodeaban un segundo patio, pequeñito y con brocal de aljibe en el centro, al cual caía también la cocina, y Panchita—la de Monegas, hermana de Mariano, que a exigencia de éste había ido a darle honesta calidad familiar a aquella instalación, acompañada de sus tres hijitas, amigas ya de Misifú—quiso impedírselo, diciéndole:

—No, mujer. Estas eran las habitaciones del servicio. De las esclavas de la familia, en tiempo de antes. ¿Cómo vas a instalarte aquí?

—¿Por qué no?—replicó Marta Elena.—Además, esta parte de la casa se comunica directamente con la calle...

—Por la puerta de servicio, chica—insistió Panchita, que quería dejarla instalada donde a su calidad convenía.

—Gracias, Panchita—díjole Marta Elena, apoyándole sobre los hombros, huesudos de consunción de maternidad continua, sus manos admirables y posándole su mirada serena en la simpatía que ya le inspiraba—. Pero déjeme instalarme aquí. La antigua puerta de servicio será ahora la de mi escuelita, a fin de que la puerta principal quede para el colegio.

Y en los ojos ligeramente estrábicos de Panchita brilló una chispa de malicia esperanzada:

—¿Entonces es cosa convenida que él, también...?

—No, Panchita. Nada de eso que usted ya se imagina.

Sino que la puerta principal es la del colegio, aunque no exista y por eso he dicho así.

Pero a Panchita le había parecido buena su idea y cuando salió de allí, dejando instalada a Marta Elena y yendo con ella Mariano—que mientras aquello se había quedado en el viejo salón de clases—comenzó a procurarla realizada:

—¿Por qué no te casas con ella? ¡Sí, chico! Y así empiezas de una vez a tener tus hijos. Mira que te vas a poner viejo sin tenerlos.

Pero Mariano se limitó a sonreir del alma simple de la mujer prolífica.

Y ya estaba funcionando la escuelita, en uno de los corredores que daban al patio del aljibe. Allí el piso era de menudo y apretado empedrado y sentadas en rústicas sillitas de peludo cuero de chivo, las alumnas alzaban el coro encantador del aprendizaje en torno a la maestra armoniosa.

—B, a: ba; b, e: be; b, i: bi...

No era maestra graduada en métodos modernos, pero ya tenía quince discípulas.

Y un gonzalito, negro y amarillo el plumaje, en el brocal del aljibe, aprendiendo también.

Interrumpiendo su deletreo por haber mirado hacia allá, una de las Misifú exclamó:

—¡Qué cosa tan lindita estoy viendo yo!

Se volvió la otra hacia donde aquélla miraba, se volvieron todas y durante un rato, allá en un rincón del corredor, propicio al silencio, la piedra del tinajero contó sus gotas limpias dentro de la tinaja sonora.

—¡Misifú!

Reconvino la voz de contralto, vuelta a la escuela la atención puesta en un tejido y para que la admonición comenzara por donde mayor amor había.

—...B, o: bo; b, u: bu.

Y el gonzalito voló del brocal y se fue por encima del tejado, celebrando la impresión que le había producido el deletreo.

MARTÍN CAMPOS

Elio estaba en su cuarto—con ventana a la calle, a la luz de cuyos postigos leía—, cuando una leve disminución de aquella claridad sobre las páginas del libro, a tiempo que se producía un sonido de:

—¡Ps!—lo hizo volverse.

Era su compañero Martín Campos, tan larguirucho que hasta el postigo de aquella ventana—no muy alto, es verdad—le había alcanzado estatura para que se le viese desde adentro la cabeza grande, de pelo negro, la cara afilada, en la cual dos ojos bien encendidos acostumbraban mirar fijamente, el cuello largo, de nuez ya pronunciada, los hombros anchos y rectos, la complexión seca.

—¿Qué hubo?—preguntó.

Y Elio acercándosele:

—Nada. Tío Mariano parece que estuviera muerto por dentro. En nada parece tener fe.

Martín Campos se lo quedó mirando, mientras apretaba una leve sonrisa en torno a la boca de labios delgados. Y con el pequeño temblor de los suyos y su hablar dificultoso, de lentitud pero no de torpeza de pensamiento, Elio prosiguió:

—Ya no tengo esperanzas de que se decida a abrir el Colegio.

—Allá debe de estar, sin embargo—repuso Martín, ahora con su más característica expresión sonriente, que no necesitaban componérsela pliegues de los músculos del rostro, porque le bastaban los ojos en más encendida fijeza de mirada—. Acabo de verlo yendo hacia la Plaza Vieja.

—Para unas reparaciones que hay que hacerle a los techos, según le ha mandado a decir Marta Elena.

—Vamos allá.

—¿A qué?—inquirió Elio.

—Vamos allá. De paso recogeremos a los otros compañeros. Es necesario que nos abra el colegio. No podemos continuar llamando maestro a *Viruticas*. Anda. Sal.

Eran trece jóvenes, entre los quince años de Elio y los diecisiete de Martín Campos y sorprendieron a Mariano Urquiza arrellanado en el sillón, ante la mesa desnuda de farsa y de obra, mirando hacia el techo, en cuyas vigas dormían murciélagos.

Se enderezó para recibirlos, con gesto agrio. Elio se los presentó y todos se sentaron en los bancos.

—¿Condiscípulos de Elio, verdad?

—Sí—respondió Martín Campos, de quien era la iniciativa del plan ya concertado entre todos—. Pero *Viruticas* no sabe una papa de álgebra y hace tres meses nos tiene atascados en el binomio de Newton.

Mariano sonrió y preguntó:

—¿Y eso para qué sirve?

—No sé para qué sirva—repuso Campos—. Pero tenemos que aprenderlo y él debe enseñárnoslo.

Mariano se lo quedó mirando. Aquel muchacho tenía una peculiar manera afirmativa de personalidad: decía cosas precisas y ejercía influencia sobre quien se las oyera.

—¿De qué familia eres tú?—le preguntó.

—De la única familia Campos que hay en el pueblo, yo el único varón y por lo tanto más obligado para con el apellido.

Y Mariano se dijo mentalmente:

—Sí. Este muchacho vale la pena.

Martín Campos prosiguió:

—No es posible que continuemos perdiendo el tiempo con *Viruticas*.

—El apodo se lo ha puesto Elio—dijo uno, llamado Aníbal Pereira, en cuyos ojos chispeaba inteligencia despierta—.

Viruticas es un hombre grueso, fuerte, muy fuerte. Un hombrazo. Pero es *Viruticas,* no le quede a usted duda.

Los compañeros rieron, y Martín Campos agregó:

—Elio no se equivoca nunca cuando le pone un apodo a alguien. Elio tiene un gran talento.

Mariano miró a Elio, dentro de cuya sonrisa de complacencia sin envanecimiento el temblor de los labios era algo desconcertante e incluso inquietante y luego paseó la mirada por los demás, haciendo la observación de que todos aquellos jóvenes, mayores que Elio todos, le profesaban a éste admiración y afecto. Y fué como si Martín Campos y los demás, sin pronunciar palabra, le hubieran presentado a un desconocido.

—¿Conque, perdiendo el tiempo?

—Ya estamos acostumbrados a eso—dijo Pereirita—. Ya nos hicieron perder el año anterior y por eso estamos todavía en el segundo de bachillerato.

—Y lo más sensible es que se esté perdiendo el gran talento de Elio—agregó Martín.

Mariano sonrió y luego:

—Han de saber ustedes—y usted especialmente, Martín Campos—que yo soy persona de pocas vanidades familiares. Mi lado flaco no es ése.

Pero ya Martín Campos había comprendido lo que se le quería decir y replicó rápidamente:

—Yo no sé cuál sea su lado flaco, ni me interesa averiguarlo. No he venido a halagarle el oído haciéndole elogios de su sobrino, a quien usted no puede querer tanto como lo queremos nosotros, sino a decirle que no tiene derecho a negarse a abrirnos el colegio, porque nosotros lo necesitamos.

—¡Hombre!—exclamó Urquiza.

Y la réplica de Martín Campos fue:

—¡Sí, señor!

Se levantó Mariano del sillón, anduvo a pasos lentos por

detrás de los bancos ocupados por ellos el trecho correspondiente del salón y de allá se regresó pasándoles por delante, bajo la mirada que no le quitaban, se detuvo junto a la mesa, se volvió hacia ellos y les dijo:

—Bien. Desde mañana. A las ocho.

Se levantaron todos, con muestras de alegría y Martín Campos se acercó a darle la mano, diciéndole:

—Gracias. No se arrepentirá usted.

Mariano le retuvo la mano, mirándolo a los ojos.

—Me has impuesto una obligación; me has devuelto una fe que había perdido.

Y el muchacho, emocionadamente:

—Cuando un hombre inspira confianza, contrae un deber.

EL INCONCEBIBLE MAESTRO

Acababa Mariano Urquiza de exprimirse el cerebro para poner toda la substancia de álgebra que allí le hubiese quedado en la explicación del binomio de Newton y regresaba Martín Campos del pizarrón a su puesto, sacudiéndose la tiza de las manos y moviendo la cabeza, mientras miraba a sus compañeros con afirmaciones tácitas de que aquél sí era un maestro, aunque no de muchas matemáticas, cuando Aníbal Pereira vio, a través de la puerta del salón al corredor, que en éste se movía de aquí para allá y pasándose las manos por los cabellos con ademanes nerviosos, una voluminosa persona.

Tocó con el codo a su compañero, éste al otro y así sucesivamente hasta el último de los que ocupaban el banco, donde sonó la palabra que así se habían pasado:

—*¡Viruticas!*

Y casi no quedó espacio practicable en la puerta, cuando el de los nerviosos paseos por el corredor, apareció allí, deteniéndose y diciendo, entre ahogos que parecían de cólera:

—Doctor Urquiza. ¿Me hace el favor?

—¿Qué desea?

—Cruzar con usted unas palabras.

Dijo esto el hombretón con énfasis agresivo, pero Mariano había advertido la sonrisa burlona de sus discípulos y ya no le quedaron dudas de que no fuese *Viruticas* tal personaje.

—Tenga la bondad—díjole—de esperarme en el saloncito de recibimiento, mientras concluyo aquí.

Dió media vuelta el hombretón, con una agilidad que demostraba que todo aquel gran volumen era músculo flexible y bien ejercitado en gimnasia y se retiró de la puerta. Mariano concluyó lo que le faltaba por hacer aquella tarde, despachó a los alumnos y pasó al saloncito de la Dirección donde aquél lo esperaba.

Lo encontró sentado en el centro de un viejo y grande y recio sofá de cerda que ocupaba casi todo el testero del recibimiento, todo hundido bajo su peso y a él con la frente entre las manos apuñadas, manos de puñetazos irresistibles, alborotado el cabello y sacudido por sollozos. Y vio que por las mejillas le corrían lágrimas—como nunca había visto tantas por una sola persona lloradas—, cuando se incorporó y se le encaró, interrogando, con toda la voz quejumbre repugnante:

—¿Por qué me ha hecho eso, doctor Urquiza?

—No soy doctor y no sé que le haya hecho nada, a usted propiamente.

—¿Le parece que no es nada haberme dejado sin el colegio? Esos eran los alumnos que me quedaban. Los del cuarto año ya se habían retirado desde los primeros tiros.

Urquiza se quedó contemplándolo un rato, como a la más extraña forma bajo la cual pudiera presentarse un maestro y luego le repuso:

—Recapacite un poco sobre las posibles causas de esas deserciones.

—Yo no estoy para recapacitar, compañero.

Y con los dorsos de ambas manos se enjugó la vasta humedad de las mejillas.

—Ya se ve—dijo Mariano—. Pero es verdaderamente deplorable que un hombre de la robustez de usted se deshaga así en lágrimas.

—Sí. Las viruticas, que dice Elio. Sé que me llaman así. ¿Pero qué culpa tiene uno, compañero, de ser como es?

Y reaccionando de pronto, sonriente:

—Yo sí soy doctor—dijo—; pero no hay profesión que no me sea insoportable. La medicina, es una porquería; el derecho, es una incidencia; las matemáticas, demasiado seno y coseno.

—Y binomio de Newton—agregó Mariano.

—¡Ah! No me diga. Eso es para volver loco a cualquiera. Ya vi que usted trataba de explicárselo.

—Y sudé la gota gorda. Consuélese. Pero, satisfágame una curiosidad. Ha hablado usted de que no le agradan las profesiones, ni de la medicina, ni del derecho, ni de las matemáticas. ¿Es que usted es doctor en todas esas ciencias?

—No. En Farmacia solamente. Pero...

Esto lo dijo recostándose en el sofá, cuyo recio respaldar crujió lamentablemente, y así se quedó unos momentos simulando redondear peloticas entre los pulgares y los índices de una y otra poderosas manos, para concluir, riendo:

—Eso de píldoras no es conmigo.

—Le sobran músculos, quizás.

—¡Eso sí! ¡Eso sí! Pero como todo en este país: yo mismo he tenido que formármelos. ¡Autodidacta!

Y volvió a reir hasta que se le congestionó la cara, pero sin producir sonido de risa y mirando al interlocutor fijamente. Una mirada reveladora de inteligencia, sin embargo.

Mariano dudó si sería un loco o un guasón y esto último comenzaba a ponerlo irascible, cuando *Viruticas*, después de bajar la mirada al suelo y darse golpes con la diestra apuñada en el amplio hueco que con la otra mano le hacía,

abandonó el sofá de un solo movimiento gimnástico y dijo, explicando su caso:

—¡Los palitos, compañero! ¡Los palitos!

Y chasqueó la lengua como si saboreara el alcohol a que le atribuía su caso.

—¡Ah!—hizo Mariano.

Viruticas anduvo de aquí para allá, con las manos cogidas sobre los riñones y mientras tanto planteó:

—Bueno, compañero. ¿Cómo arreglamos la cosa? Los muchachos no vuelven a mi colegio ni amarrados—eso lo sé yo—pero si yo le comunico al Ministerio que se retiraron todos, es como si le pusiera al Ministro un revólver en la mano y le sacara el pecho, diciéndole—: "Máteme".

Y sacó el pecho atlético, como decía no quererlo.

Ya era demasiado y Mariano, poniéndose de pies:

—Usted verá qué hace—díjole—. Yo no tengo por qué resolverle ni ayudarle a resolver sus problemas.

—Pero es que si yo no participo que los alumnos han pasado para este colegio, pierden la inscripción.

—Lo participaré yo. Descuide.

A lo que replicó *Viruticas* con un desparpajo impresionante:

—No sé si la ley lo permite; pero la consultaré. Bueno, compañero. Hasta cada rato.

—Adiós—repuso Mariano.

Pero el absurdo personaje se detuvo todavía en el umbral de la puerta, preguntando:

—¿Y qué le parecen los giros que va tomando la política? ¿Se fijó en lo del reloj? Eso es la caída del General Guaviare. ¿No le parece?

—No me interesa eso que usted llama la política. Ni la verdadera tampoco.

—Pues a mí sí. ¡Y tengo un olfato!

Hizo una larga y ruidosa inspiración gimnástica y al expulsar el aire que le había dilatado el pecho, afirmó:

—Se siente en el aire el olorcito a tortilla volteada.

Chasqueó otra vez la lengua y se fue, con la cabeza erguida y balanceando los brazos.

A Mariano Urquiza le quedó la impresión de haber presenciado un trastorno de la naturaleza.

DIÁLOGOS DESPUÉS DE LAS CLASES

Elio se había quedado en el salón esperando a Mariano y el diálogo comenzó por la explicación del origen de aquel apodo.

—Porque un día, al pasar frente a una carpintería, vi que el carpintero se disponía a sacar algo que le habían encargado de un trozo de tronco de árbol muy grueso. Comenzó labrándole los cuatro costados que previamente necesitaba formarle, y como era de una madera muy dura, el hachuela sólo sacaba pedacitos de la corteza, astillitas apenas. Luego entraron a funcionar la garlopa y el rebote, pero ellos tampoco sacaban sino pequeñas virutas. Y yo me pregunté—: ¿Cómo puede una cosa tan grande y tan fuerte como era aquel tronco, convertirse en viruticas cuando se la empieza a tratar?

Ya Mariano no incurriría en la ligereza temperamental de la intolerancia de aquella madurez reflexiva en la tierna edad de Elio; pero aún le costaba trabajo aceptar aquel contraste chocante y se limitó a decir:

—No está mal. Y ya me explico que tus compañeros se hagan lenguas de tu gran talento.

Fue un maretazo de sangre a las mejillas y un espectáculo lastimoso el temblor del labio superior. Haciendo esfuerzos visibles pudo articular, pero sin que el desbordamiento de timidez le perturbase el raciocinio:

—Lo importante no es que uno tenga talento, sino que sepa aprovecharlo, en el sentido de su mejor disposición natural y para mayor gloria de Dios.

Mariano no pudo contener un movimiento maquinal de evitar tropiezo con algo inesperado y Elio sonrió y agregó:

—Mis creencias religiosas son profundas, tío Mariano. Espero que no te sorprenderá que haya decidido hacerme sacerdote.

—¿Profundas?—inquirió Mariano, después de mirarlo un rato en silencio—. ¿Estás seguro de que no haces afirmaciones excesivas a tu edad?

Y Elio, sin responder a lo preguntado y como si una secreta pero vehemente necesidad lo obligase a ello, se aventuró al fondo de la confidencia:

—Yo soy casto, tío Mariano. Esto me cuesta sinsabores, porque los compañeros se burlan de mi, me dan bromas pesadas, se complacen en ponerme en situaciones difíciles. Pero yo soy casto, sin vicios secretos, sin tentaciones de la carne. Mejor dicho: sin tormentas interiores, porque domino y rechazo fácilmente las tentaciones.

—Luego no alcanzarás la santidad—repuso Mariano, con sonrisa irónica—. Puesto que si no hay batalla continua...

—No. Yo no aspiro a tanto. Me contentaré con ser cura de misa y olla, nada más.

Otra mirada de Mariano en silencio, ahora con gesto desabrido y luego:

—Piénsalo mejor. No sea que cura de misa y olla, después de creencias profundas y castidad a toda prueba, resulte viruticas.

Elio se lo quedó mirando, en silencio, con temblor de labio y empalideciendo y trasudando y Mariano puso término a la confidencia, bruscamente:

—Vámonos.

Pero al día siguiente, después de las clases:

—Lo he pensado mejor, tío Mariano. Voy a dedicarme a la ciencia. A la biología, especialmente.

—¿Materialista hoy?

—No. Son precisamente mis convicciones religiosas las

que me aconsejan este camino. Desde la biología podré demostrar que el dogma y la experimentación ni se contradicen ni se excluyen.

—Piénsalo mejor—repitió Mariano.

—¿Es que no confías en mi capacidad para la ciencia? Yo me pierdo a veces dentro de mí mismo y me exaspera la torpeza en que todo se me oscurece de pronto; pero alguna capacidad mental debo de poseer. No mucha, ya lo sé; pero...

—Aguarda—díjole Mariano, quitándole la palabra—. Por segunda vez una gran aspiración se te disuelve en seguida en modestia excesiva, ante la más pequeña objeción que se te haga. Pregúntate si no serás un tímido, antes de pasar adelante con tus proyectos.

Una pausa de mutuas miradas al fondo de los ojos, el aleteo inquietante del labio superior y luego la interrogación ansiosa:

—¿Crees que la timidez sea un defecto invencible?

—De ninguna manera. Pero hay que ir hasta el fondo de la causa que pueda estar produciéndola.

—¿Miedo? Yo me he sometido a esa disciplina, con muchachos más fuertes que yo y peleadores famosos y he comprobado que no les tengo miedo.

—No. Este es un país de valientes bien probados en mil escaramuzas de guerra y en diarios lances personales y sin embargo un país de tímidos.

—¿Qué me aconsejas, entonces?

—Que acabes con tu castidad, hoy mismo.

Y Mariano tuvo que hacerse violencia para sostener la mirada en el deplorable espectáculo de aquel rostro demudado y estremecido por la tempestad de la timidez. No obstante lo cual, el pensamiento lúcido iba a manifestarse:

—Tío Mariano...

—¿Qué?

Pero se le había apagado la chispa de inteligencia en los

ojos atormentados, y cerrándolos y pasándose la mano por la frente, murmuró:

—Se me fue la idea. Algo iba a contarte; pero... Se me fue. Se me fue.

Y Mariano insistió:

—Haz lo que te he dicho. Hoy mismo.

LA CASA DE PAPEL

Salían del colegio y ya se disponían a atravesar la plaza en la acostumbrada dirección para encaminarse a sus respectivas casas, cuando advirtieron que en la ocupada por el forastero estaba abierta una de las ventanas, a través de la cual se veía algo extraño. Fuéronse allá.

Era un interior de casa exótica, con estufa simuladora de ubicación en país de crudo invierno, construída dentro de la sala y la antesala de la verdadera usurpada, con tabiques de coleta revestidos de papel pintado de azul intenso en su mayor parte y adecuadamente amueblada y decorada, todo por mano hábil.

—Una casa rusa—explicó Elio.

—¿En qué lo conoces?—le preguntó uno de los compañeros.

—En que eso que está allí es un *samovar* y aquello que se ve por la ventanita del fondo es el Kremlin. Las cúpulas del Kremlin.

Guardaron silencio en contemplación emocionada, por obra de la disposición de los ánimos, todos propicios ya en el pueblo a la influencia fascinante del forastero, autor de aquello y al cabo de un rato murmuró Aníbal Pereira:

—¡Una casa rusa!... ¡Una casa rusa!

Ya sabían ellos, por noticias de periódicos y por vagos comentarios oídos en sus casas a sus padres, que en Rusia había ocurrido, pocos años antes, una revolución que había derrocado al gobierno de los Zares y llevado al poder a

obreros y campesinos; pero estas noticias, superficiales y fragmentarias, no habían tenido repercusión en sus espíritus, totalmente ajenos al caso. Ahora tenían por delante una figuración evocativa, pero sólo de la inmensa Rusia por cuyas estepas nevadas corrió la *troika* del Miguel Strogoff con que Julio Verne les había excitado la imaginación. Solo, aunque ya proyectado, si bien con perfiles borrosos, sobre un nuevo campo emocional, de contornos imprecisos también.

—¿Has leído alguna otra novela rusa, además de *Miguel Strogoff?*—le preguntó Martín Campos a Elio Monegas.

A lo que Elio, mejor informado y con ideas más precisas, comenzó a responder:

—*Miguel Strogoff* no es una novela rusa, propiamente. Yo sí he leído una: *La Sonata a Kreutzer*, de Tolstoy.

—¿La tienes? ¿Quieres prestármela?

—Bueno. Pero...

Mas no pudo concluir porque Pereirita reclamaba la atención de todos para una ocurrencia suya, que no debía pasar inadvertida. Uno de sus compañeros que había dicho:

—¡Qué bien pintadas esas cúpulas de ese Kremlin! Parecen verdaderas, vistas a lo lejos.

Y él le había replicado, burlón:

—¿Dónde has visto tú cúpulas verdaderas, ni de cerca ni de lejos, ni de ese Kremlin ni de ninguno otro?

Y esto había que festejársele.

Y en esto apareció el forastero, quien, viniendo hacia la ventana y disponiéndose a cerrarla, díjoles:

—Perdón. No está permitido. Tenía abierta esta ventana porque la pintura de mi casa de papel está fresca y convenía un poco de aire de afuera, para poder dormir esta noche en ella sin olor molesto. Ustedes van a permitirme que yo la cierre, después que se hayan retirado.

Retiráronse. Pero ya aquello había producido un efecto en el alma reconcentrada de Martín Campos, efecto de polarización de aquellas impresiones fragmentarias y dispersas

que no parecían destinadas a adueñarse de su espíritu; obra, tal vez, de una de esas mínimas causas de las grandes crisis de la adolescencia en determinados temperamentos.

Como Elio Monegas, Martín Campos estaba ya en la encrucijada de sus caminos posibles; mas con la diferencia de que no necesitaba explorarse las vocaciones porque venía decidido al estudio de las matemáticas. Pero era hijo de un revolucionario indomable—a la manera de su tiempo y de su tierra—que padeció cárceles y en una de ellas murió a consecuencia de torturas y en su corazón apasionado por la exactitud de las ecuaciones rencor tenaz era su amor filial. Y en la contemplación de la casa de papel se le produce la encrucijada bajo la forma de una inquietud repentina y ya vehemente.

—Bueno—dice de pronto, separándose de sus compañeros—. Hasta mañana.

Y se revuelve hacia el colegio, con las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones, la cabeza erguida y la boca apretada, señal de su ensimismamiento.

Ya Mariano Urquiza se disponía a marcharse cuando lo vio llegar y tomar asiento, sin decir palabra, en una de las sillas del saloncito de la Dirección.

—¿Qué te pasa?—le preguntó.

—Que necesito que usted me explique cómo fue eso de la revolución rusa.

Fue larga y minuciosa la explicación, dada por Mariano desde el punto de vista puramente informativo y así que hubo concluído de narrarle el suceso histórico, como profesor imparcial de una lección intempestiva, Martín se levantó del asiento y se le despidió secamente:

—Gracias. Buenas tardes.

Y con las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones, erguida la cabeza y apretada la boca, atravesó el corredor y traspuso la puerta.

EL HOMBRE DE BESARABIA

Y he aquí que, cuando ya Mariano se marchaba, después de aquella lección extraordinaria, entran en el saloncito las Misifú, corriendo y una diciéndole:

—¡Mira, mira, señor Mariano! Mira lo que yo hice. Una letrica con un rabito.

Traía un cuaderno en las manos, abierto por la página del acontecimiento. Mariano se sentó en el sofá de cerda, ella le puso el cuaderno sobre las piernas y la otra se le sentó al lado, pegadita a él.

—¿Dónde está la letrica con el rabito?

—¿No la miras, zoquete? ¡Hum! Tú eres muy zoquete, señor Mariano. Mírala.

Y la punta sonrosada del dedito mostró una *a* pequeñita, minúscula realmente, perdida entre un laberinto de los más diversos y graciosos dibujos infantiles.

—¡Muy bien, muy bien!—aprobó Mariano.

Y la Misifú expansiva:

—¿Te gusta, de verdad? Mañana te voy a hacer otra, más bonita.

—¡Magnífico!

Y volviéndose hacia la otra, que se le pegaba al cuerpo, la Misifú soñadora, como él la llamaba:

—¿Y tú? ¿Qué has hecho hoy?

Movió la soñadora, negando, la rubia cabecita y luego oprimió el brazo de Mariano entre los suyos, contra su pecho, amorosamente.

Mariano la tomó de la barbilla, haciéndola levantar la cabeza, ella se lo quedó mirando embelesadamente y en la contemplación de aquellos ojos azules, tiernos y serenos, se le fundió a aquél la árida determinación de no abandonarse al sentimiento que quería apoderársele del alma.

Momentos después era en la casa de papel, mostrán-

dosela el forastero, invitándolo a una taza de té y luego, mientras se la servía:

—A mí está interesándome, súbito, que usted sepa toda la verdad. Yo no tengo nada que ver con señorita Camila Smith, yo me divierto, nada más, con Anterito. Esto es juego peligroso, pero la vida es siempre juego peligroso. Con uno mismo, muchos días, no diciéndose uno mismo todo que siente. Pero yo quiero decir todos mis sentimientos... ¿Conoce usted la lengua rusa?

—No.

—Pues no podré prestarle, entonces, una novela rusa que quería usted leyera. Tendré que contársela, más bien.

Y tomando asiento:

—Usted va a oir con paciencia. Esta era una mujer del país que se había metido adentro de su cabeza la idea de que ella no estaba una mujer del país. No quite usted de la suya el pensamiento de que ésta es una novela rusa, que yo le estoy contando.

—Continúe—dijo Mariano, sonriendo—. Ya comienza a interesarme.

—Yo sé que usted se interesa en conocer esta novela que no está traducida y por eso estoy contándosela. Aquella mujer no tenía su pensamiento puesto sino en las cosas del mundo de los libros que ella había leído. Pero era verdaderamente interesante conversar con aquella persona que no estaba sobre la tierra.

—Casi tanto como vivir dentro de una casa de papel —observó Mariano—. ¿Verdad?

—Exactamente. Usted está comprendiendo tanto como esperaba, esta novela que todavía no está traducida. Aquella mujer tenía una hija de su primer matrimonio, que la sostenía con el producto de su trabajo. Porque ella sí estaba sobre la tierra, todos los días. Ella trabajaba en... en un laboratorio. Así era la cosa. No química, no; sino donde

se fabrican buenos alimentos para niños. Ella no tenía título, pero...

—Pero conocía su oficio.

—¡Exactamente! Usted lo ha comprendido. Yo creo que usted ha leído muchas novelas rusas.

—Algunas. Sí.

—Entonces usted habrá adivinado ya que a aquel país llegó una vez un hombre que era de otro país. Este sí, verdaderamente. De Besarabia. Se había detenido por allí a recoger unas cosas bonitas que estaban encima de aquellos campos. No vaya a creer usted que eran paisajes de aquel país, propiamente hablando. Y precisamente porque no eran, la mujer que creía que ella era de otro país se enamoró de él. Y él también de ella, solamente. Y se casaron. ¿Por qué no?

—Y tuvieron dos hijitas.

—Una sola, que parecían dos. ¿Bonitas, verdad? La tierra está sembrada de cosas bonitas y uno va caminando por entre ellas. Siempre habrá quien vea criaturas bonitas y cuide de ellas y no las deje perderse.

—Y quien las abandone, también. Inexplicablemente.

—La vida es un don muy mal repartido. Pero así está más entretenida la cosa. La explicación está en el último capítulo de esta novela, que posiblemente yo no llegaré a contar. El que refiere una novela no debe nunca meterse en ella, para que el que oye sepa cómo piensa él. Eso no interesa nunca. Yo estoy contando a usted la historia de una mujer que se metía dentro de su cabeza ideas que no correspondían a las cosas verdaderas que estaban alrededor de ella. Como esta otra, después: que el hombre de la Besarabia estaba enamorado también de la muchacha que trabajaba en el laboratorio de alimentos para niños. Esto no era cierto, como lo pensaba aquella mujer, sino de otro modo solamente. Pero el hombre de la Besarabia no pudo

nunca hacérselo entender y ella siguió con su idea hasta que se murió, atormentada.

Tomó unos sorbos de su taza de té, mientras Mariano lo hacía también de la suya y luego dijo:

—Yo quiero que usted meta bien adentro de su corazón esta seguridad: que la muchacha que trabaja en el laboratorio nunca estuvo enamorada del hombre de la Besarabia, sino en un retrato de ella que él pintó para él. Sólo en ese retrato ella tenía mirada de amor.

Mariano lo miró sonriendo y luego:

—¿Tiene usted especial interés en que yo piense así?

—Sí. Yo quiero que hombre que sabe cuidar cosas bonitas, cuide siempre de ellas sin amarguras adentro de su corazón. Y que pueda decir—: Sonia, Tatiana—con dulzura en su voz, como si fueran nombres que él hubiera puesto a hijitas suyas...

Y Mariano, al cabo de una pausa:

—¿Por qué las abandona, entonces?

—Porque...

Y poniéndose de pie:

—Porque aquel hombre de la Besarabia tenía un agujero grande adentro de su cabeza y por allí se le salía siempre todo pensamiento juicioso. Así dice, solamente, el último capítulo de la novela que yo estaba contándole.

Paseó una mirada por su casa de papel recién pintada y concluyó:

—Mañana no amanecerá en este pueblo la casa de papel de otro país.

CUANDO SUFRE EL ALMA DE UN GRAN PUEBLO

Así sucedió, realmente: destruído el artificio de papel pintado, cerrada otra vez la casa sin dueño; pero del paso fugaz de la pequeña causa de grandes efectos, quedó en mo-

vimiento la maquinaria detenida, en la torre del reloj y en los corazones inquietos.

En el salón de clases, hora ya de comenzarlas y todavía Mariano con sus pensamientos en el saloncito de la dirección, los alumnos comentaban las noticias que ahora corrían por el pueblo a propósito de la desaparición del forastero, cuando llegó Martín Campos, con desusado retardo y explicando:

—Ayer tarde fui a visitar al doctor Marcos Roger, después que salí de aquí. Me prestó este libro. Estuve leyéndolo hasta después de medianoche. He amanecido con fiebre. Una novela rusa.

—¿Sí?—interrogaron los demás, todos a un tiempo, levantándose de los bancos precipitadamente.

—*Sachka Yegulev* se titula—dijo Martín—. Oigan cómo empieza.

Agolpáronse todos en torno suyo, incluso Elio, que nunca exteriorizaba por medio de movimientos bruscos ni aun sus más vehementes deseos, reinó silencio de expectativa mientras Martín abría el pequeño libro y pasaba las primeras hojas: y:

—"El amor como las lágrimas aspira a ser recíproco."

Se le ahogaba en emoción la voz al lector desvelado y enfebrecido, que tuvo que detenerse un momento antes de continuar:

—"Cuando sufre el alma de un gran pueblo..."

Mariano Urquiza—a cuyos oídos llegaba la voz del lector emocionado—que ya conocía el libro de Andreiev y lo admiraba desde el punto de vista literario, predispuesto como hallábase a todo lo que alguna relación tuviese con aquel sentimiento contra el cual ya no batallaba para que no se le apoderase del alma, se había quedado repitiéndose mentalmente la frase inicial alusiva al amor; pero ahora estaba haciéndose otras flexiones mientras oía.

La voz de Martín Campos sufría cambios notables, re-

veladores de profunda conmoción interior que le acentuaba la destemplanza fonética del paso a la virilidad. Una vez más interrumpió la lectura, para tomar alientos, hizo luego una pausa mayor y volvió atrás y Mariano lo oyó repetir, no ya como simple lector, sino como para remachárselo en la mente:

—Cuando sufre el alma de un gran pueblo...

SEGUNDA PARTE

I

LA PELIGROSA EXPERIENCIA

HERMENEGILDO Guaviare, señor de vidas y haciendas, estaba intentando una experiencia peligrosa.

Cuando un hombre que ha logrado imponerle su personalidad a los demás, decide adoptar formas de conducta que no le son propias, da origen siempre al desconcierto en torno suyo; pero si tal imposición le ha resultado de su ímpetu de predominio, fuerza primaria, conjugado con los instintos, primarios también, del miedo o de la fascinación inspirados a los demás, por breve que sea aquel desconcierto es generalmente definitivo. Y esto ya lo decían, de algún modo, las preguntas que venían haciéndose los *perros de presa* que en *Sabana del Muerto* componían la guarida de Guaviare, hombres de la peor catadura, forrados de cananas de balas:

—¿Qué le estará pasando al jefe?

Porque no lo reconocían sino bajo las formas impetuosas de su personalidad. —"Porque ése no las piensa"—habían dicho siempre de sus arremetidas avasalladoras y ahora tenían que decirse:

—Yo como él, a la hora de éstas, ya me habría llevado por delante a Parmenión y lo que detrás de él haiga en eso del forastero.

Y este—"yo como él"—, imaginación de suplantación posible, era ya un comienzo de acomodamiento de los áni-

mos subalternos al predominio de otra voluntad. ¡Los hombres malcarados, fajados de plomo mortífero, ya se estaban cansando de montar guardia solamente en torno a la casa del hato.

Era, sin embargo, una conducta lógica. Una consecuencia natural del mismo instinto de predominio, contenida nada más la forma impetuosa. Ya Guaviare había superado esa manera de los apetitos mandones que se satisfacen con el ejercicio de la autoridad, de algún modo llamada o dentro de un orden cualquiera organizada: ser jefe por desempeñar jefaturas. Puesto en la del pueblo por él, por allá venía ahora su compadre Parmenión haciendo su carrera; pero ya él era jefe, en sí y por sí solo, sin que lo dijesen leyes, sin que lo amparasen atribuciones de magistraturas. *Sabana del Muerto* no era por completo un refugio de mandarín holgazán, amigo de baile y mujer fácil, lance de cacería y comilona de terneras, sino la residencia natural de quien ya había alcanzado segunda etapa de los apetitos de mando. Un hombre que mandaba por sí, pura y simplemente. Un hombre a quien se le temía.

No se le escapaba que Parmenión, para lograr plenamente su primera etapa y demostrando con ello certera maña, venía reuniendo en torno suyo a los hombres de avería que antes habían compuesto lo que se llamaba su oficialidad, progresivamente alejados de él no porque cometiese la torpeza de disgustarlos sin darse cuenta de lo que se perdía, sino porque el coronamiento de aquella segunda por donde él avanzaba, no lo alcanza el hombre plenamente jefe sino cuando ha sabido quedarse solo. Aquellos de las cananas no eran sino espalderos, indispensable escolta nada más. Que Parmenión se le voltease enemigo cuando la oportunidad le fuese propicia, ya lo tenía previsto y cómo procedería.

Pero Parmenión no se había cansado de telefonearle:

—General, véngase al pueblo. Mire que aquí hace falta su presencia. Déjese ver aunque sea.

Y ahora acababan de anunciarle:

—Por ahí viene el hombre. Viene solo.

Fue uno de los espalderos y Guaviare le repuso, con términos de jugador de billar:

—¿Usted como que ha perdido el tanto de bola?

—¿Por qué me lo pregunta, jefe?

—Porque habla de que por ahí viene el hombre y por aquí no hay otro sino el que ya le está diciendo a usted que se quite de la cintura ese revólver y esa canana y se vaya de por todo esto, junto con sus compañeros, desarmados también.

Así lo hicieron y se fueron preguntándose:

—¿Qué le habrá pasado al jefe?

Llegó Parmenión, descabalgó, cayó en los brazos que le tendía Guaviare.

—¡Compadre! ¡Tanto bueno por aquí!

—Y con una buena noticia, compadre. ¡Se fue el forastero!

—¡Ah caramba! Y yo que me había hecho la ilusión de que se quedaría por allí.

—¿Para siempre, compadre? ¡Mire que eso de llover sobre mojado!...

—No. Un tiempito nada más, decía yo.

Y devolviendo ofensivamente la frase de la advertencia amistosa:

—Eso de llover sobre mojado no es malo sino en terreno aguachinoso, que todo se vuelve atolladero a la primera lloviznita.

—Compadre—repuso Parmenión comprendiendo, pero sin perder su sonriente serenidad—. Atolladeros no hubo por allá, sino preocupaciones de amigo. Nada más.

—Pase adelante, compadre. Que me estaba haciendo falta echar una conversadita con usted. Aquí me encuentra solo.

—Ya lo veo. Sí.

Y cuando se hubieron sentado en el corredor delantero de la casa, agregó Parmenión:

—Pero no se lo apruebo, compadre. Permítame la franqueza. Solo puedo estar yo, que nada valgo si me le pierdo; pero usted, entre sus amigos siempre, bien rodeado de ellos. Porque de usted pendemos muchos y...

—Compadre—interrumpió Guaviare, maliciosamente—. Mire que si los malhablados descubren que usted pende, lo van a llamar con una palabra fea.

—Ya sé cuál es. Y no me importa que me la apliquen, porque soy subalterno amigo suyo y a honra lo tengo. ¡Sí, señor!

—¿Quién lo ha puesto en duda, compadre? Manos libres le dejé para que se desempeñara a su leal saber y entender con lo del forastero y satisfecho me encuentra de su conducta.

Pero Parmenión se las traía y ya quería comenzar a dejárselas allí.

—Pues yo no, compadre. Y a eso he venido. A confesarle mi culpa y a pedirle su castigo. No me he portado bien. Se me aguachinó el terreno, como bien me ha dicho usted ya, y permití que el hombre estuviera más de una hora dentro de aquella casa. Ya se fue del pueblo y el peligro ha pasado, pero yo vengo a ponerme a su disposición, suplicándole que recomiende a otro para el cargo que vengo desempeñando, a la sombra de la buena influencia de usted. Que ya no la merezco.

Y Guaviare, de quién a quién en ejercicio de hipocresía:

—¡Caramba, compadre! Que cuando uno crea que se ha portado mejor con el amigo, resulte que venga el amigo a manifestarle su resentimiento. Le dejé manos libres porque se estaba jugando mi suerte y quizás mi vida misma y quise darle una demostración de la absoluta confianza que tengo puesta en usted. Pero si usted, por una frase de buen

humor—lo de los terrenos aguachinosos—me sale ahora sacándome el caballo...

—No, compadre. Eso de ninguna manera. Ya le he dicho que el peligro ha pasado, si alguno hubiere habido, que según el doctor Daza, buen amigo suyo, ninguno hubo. De donde no es caso de sacadera de caballo a peligro que se esté corriendo, sino escrúpulo de conciencia de un servidor que no quiere ser calificado de desleal.

—¡Ah compadre!—exclamó Guaviare, sonriendo—. Si no lo conociera como lo conozco, hasta creería que me estuviera poniendo un peine.

—¡Y con lo tonto que es usted para pisarlos!

—Dígame una cosa. ¿Es que está cansado de los quebraderos de cabeza que trae el gobernar?

—Un poco, compadre. La verdad sea dicha.

—¿No podrá aguantarse un poquito más? Estoy planeando un viajecito y sin usted en el gobierno del pueblo tendría que desistir. Porque usted sabe que en mis cosas y en mis negocios siempre hay algo por donde me pueden agarrar los enemigos.

—Lo que siempre le he dicho, General...

—Sí, sí. Que todo se puede hacer con la ley en la mano. Pero cada uno es como Dios lo ha hecho, y el que nació para atropellar se descría aparentando respeto.

—Ni una palabra más, mi Jefe. Usted dispone de mí. Me quedaré donde me ha puesto hasta que así sea su voluntad.

—No se imagina cómo se lo agradezco. Y hablemos de negocios más bien. ¿Cómo le está viniendo el café de este año?

—Bastante bien, compadre. La flor de esta cosecha es, por lo menos, mejor que la del año pasado. La haciendita mía, ya sabe usted que es un puño, pero es un puño de flor.

Y sobre la flor del café se posó la conversación.

Fue larga y entretenida, pero cuando Parmenión se regresó al pueblo se fue diciéndose:

—¿Viajecito? Ahora es cuando está peligroso el compadre.

Y éste, viéndolo alejarse, desde el corredor de la casa:

—¿Renuncia? Quien no te conozca que te compre.

UNA DETERMINACIÓN INTEMPESTIVA

Era imposible que Nicanor Javillos no se hubiese paseado, siquiera un momento, por la inevitable sospecha de que su primo hermano—su hermano, acostumbraba llamarlo—hubiera sido el verdadero autor de la muerte del doctor Smith, como también de la consecutiva de don Heliodoro Urquiza, y era imposible, asimismo, que no se hubiese formulado de algún modo la interrogación relativa a la parte que en todo aquello hubiese podido tener—de culpa voluntaria o de involuntario ocasionamiento—su hermana Efigenia; pero su manera de entender y sentir la familia, más aún que su rectitud de conciencia, de lo que realmente no carecía, lo había obligado a rechazar, sin análisis, cuanto pudiese perturbarle la profunda estimación en que a sí mismo se tenía, como miembro de una sin anales de escándalo u oprobio, no sólo por Javillos sino también por Urquinaona, puesto que lo de la tía Efigenia no fue sino infortunio que no podía dejar mancilla.

Era verdad, por lo contrario, que de todo aquello rechazado a la porción del alma que no se presenta bajo formas de pensamiento ni de sentimiento mismo, le provino su determinación de quedarse soltero, bajo la apariencia de no querer engendrar hijos que .. edasen el cáncer por donde terminaron siempre los Javillos. Pero después de la visita al forastero, saliendo de la cual, ya convencido—ya admitido todo, mejor dicho—rompió con Parmenión para

no continuar envuelto en complicidad de encubrimiento, al regresar a su casa llamó a Efigenia y le preguntó:

—¿Tienes algo que no me hayas dicho nunca y creas que debes confiármelo?

Ella se limitó a bajar la cabeza y a justificarse:

—Yo no tuve la culpa. Yo batallé todo lo que pude.

Y Nicanor ya no quiso oírle más.

Se encerró en su cuarto, de allí no salió más; tocó a la puerta un día Efigenia y díjole:

—Nicanor. Ya se fué.

—¿Quién?—preguntó adentro una voz surgida de profundo abatimiento.

—El forastero. Se fue del pueblo.

—Bien—fue toda la respuesta.

Y luego la detonación de un disparo.

Practicaba el examen médico-legal del cadáver Clímaco Monegas en presencia de Parmenión y de Basilio Daza, de pie junto al lecho mortuorio, mientras Efigenia, ni sombra ya de aquella hermosura plena de instintos vitales, sentada en un rincón cercano, cruzados los brazos, hundida en el pecho la cabeza toda blanca, rezaba en silencio.

—Síncope cardíaco—dijo Clímaco Monegas, enderezándose de la exploración de la herida, con los dedos llenos de sangre.

Y Parmenión, que tenía los brazos en jarras, apuñadas las manos:

—Déjese de cosas, doctor Clímaco. Ponga en el papel de la certificación lo que está en el cuerpo, que es sagrado. Una herida de arma de fuego en la sien derecha.

—Sí, General, sí—díjole el obediente médico—. Esa ha sido la causa remota de la muerte: pero me refería a la causa inmediata: síncope cardíaco.

—Pues ponga entonces síncope cardíaco producido por balazo en la sien—repuso Parmenión, mientras Basilio Daza lo miraba y sonreía—. Y hay que avisarle al compadre en

el término de la distancia. El compadre quería mucho a su hermano y va a ponerse muy triste.

A lo que agregó Daza, compungidamente:

—¡Tremenda desgracia! ¡Pobre don Nicanor! Este papelito que tenía apuñado en la mano izquierda dice: Oigan ustedes: —"Me quito la vida porque ya el cáncer de la familia empieza a devorarme y porque no tengo hijos a quienes hacerle falta"—. Pero tremenda desgracia de todos modos. No sé cómo podrá sobrellevarla el General.

Y Parmenión se lo quedó viendo mientras Clímaco Monegas, sin haberse limpiado los dedos, se rascaba con uno de ellos la áspera barba al decirse mentalmente:

—¿Síncope cardíaco producido...? ¡Y que venga después mi cuñado Marianito a decir que yo!...

Poco antes de la hora fijada para el enterramiento, que aquella misma tarde se efectuaría—porque los Javillos nunca habían acostumbrado velatorios—llegó del hato Hermenegildo Guaviare y sin cambiarse el traje de camino a caballo, ni detenerse a recibir las demostraciones de condolencia que, agolpándose, se apresuraron a darle los amigos reunidos en el corredor y en el patio de la casa mortuoria, entró en la sala—donde según la costumbre sólo las mujeres acompañaban el féretro—y fue a sentarse en el sofá del testero, donde ya lo estaba Efigenia.

Por primera vez después de la noche trágica volvían a encontrarse, pero ni se miraron siquiera y así estuvieron todo el tiempo: ella, con los ojos bajos, rezando en silencio; él sin apartar los suyos de la negra caja dentro de la cual ya se iba para siempre el objeto del único sentimiento noble que conoció su corazón.

Y mentalmente, una y otra vez:

—¿Por qué Nicanor me hace esto ahora?

Mientras tanto, todas las miradas—compañeras de cofradías de Efigenia casi todas las señoras que allí estaban—espiándolos de reojo.

En el cementerio Clímaco Monegas pronunció un discurso desbordante de adulación al Jefe Guaviare y al inmenso dolor del Jefe Guaviare.

—Se portó el hombre. ¿Verdad?—díjole Parmenión a Daza, cuando se retiraban de la tumba cubierta de flores—. Bonito discurso soltó.

—Histórico-político—afirmó Daza.

Y Parmenión repitió:

—Histórico-político fue. Sí, señor.

Guaviare no había roto en toda la tarde su imponente silencio, ni en persona alguna se había detenido su mirada sombría; pero cuando, a la salida del cementerio—donde un peón del hato le tenía de la rienda el caballo, esperándolo—se disponía a montar y Parmenión se acercó a tenerle el estribo, le rechazó bruscamente la atención y sin despedirse de él montó y partió.

Daza miró a Parmenión, explorándole el efecto que aquello le hubiese causado y se les acercó Clímaco Monegas, ansioso de conocer la opinión del segundo respecto a su capacidad de orador fúnebre.

—¿Le gustó mi discurso, General?

Pero ya Parmenión no estaba para complacencias y ni se dignó prestarle atención, Daza lo tomó del brazo y se lo llevó consigo, diciéndole:

—En los discursos histórico-políticos, mi querido galeno, siempre es recomendable no perder de vista el porvenir. ¡Enigmático siempre!

LA TRINITARIA Y EL LAUREL

La Casa de Gobierno era un edificio de dos pisos, antiguo convento de franciscanos de la colonia, frente al cual se extendía una plazoleta al fresco abrigo de la fronda perenne de un laurel-matapalo. La fachada se conservaba bien y había sido blanqueada recientemente y del interior,

acomodado a silencio y a paz, se mantenía en pie el primer cuerpo, en torno a un patio rodeado de corredores claustrales, arriba y abajo, adonde daban las diversas oficinas públicas—despachos y tribunales—y en cuyo centro alzábase otro de aquellos laureles gigantes, junto al cual había logrado crecer una trinitaria que por la verde y espesa copa ya le extendía sus gajos floridos; pero del segundo cuerpo del caserón conventual, de la misma disposición que el primero en sus orígenes, no quedaban sino escombros de gruesas paredes y algunos pilares de los corredores de la planta baja, todo el suelo ya sin pavimento cubierto por matorrales silvestres y casi totalmente derruído el paredón que antes lo dividió de una angosta calle transversal.

Adelante y en el segundo piso hallábase el despacho de Parmenión, con dos anchas ventanas hacia la plazoleta exterior y en la pared opuesta una gran puerta a través de la cual se veía la verde copa del laurel del patio, ya en gran parte florida de trinitaria escarlata.

—Mire—díjole una vez Parmenión a su secretario—. Ya la trinitaria se le está encaramando encima al matapalo. Para no apiársele más.

Y al cabo de una pausa:

—Así soy yo.

No quedó constancia de que el secretario hubiera entendido la parábola de la trinitaria y el matapalo; pero sí llamaba la atención de todos los subalternos de Parmenión su complacida insistencia en contemplar y compulsar los progresos del encaramamiento del arbusto florido sobre el árbol frondoso y hubo escribiente que comenzó a ganar mejor sueldo, por el cuidado de hacerle observar entre días:

—Fíjese, Jefe. Otro gajo.

A lo que Parmenión correspondía:

—¡Y para arriba es que va! Esa trinitaria es un acontecimiento.

Pero aquella tarde, de regreso del cementerio, aunque

era bonito el efecto de la copiosa flor escarlata sobre la verde copa invadida, al dorado sol de la hora ya sentimental, por añadidura, Parmenión no se gastó en contemplarlo sino que se metió todo dentro de sí mismo y así estuvo largo rato, como una cosa quieta dentro de otra inmóvil, sentado ante su escritorio, sacándole todo el amargo regusto al desaire que le habían hecho de su atención palafrenera.

Parmenión gobernaba con bastante mano libre y se aprovechaba bien; era, además, agradecida hechura de Hermenegildo Guaviare, sin que se pudiese poner todo su agradecimiento en duda, porque si le faltaba nobleza de alma, le sobraba, en cambio, mentalidad de incondicional y esto podía suplir por lo otro para los efectos prácticos; pero como no hay agravio mayor que a un hombre de apetitos mandones pueda hacerle otro que el de convertirlo en instrumento de los suyos propios—y quien ésta se la hace a un semejante suyo tarde o temprano se la paga—ya estaba a punto la rebeldía en el alma sumisa.

Y rumiaba:

—¡Jm! Ni se despidió siquiera.

Y en esto vino el secretario a recogerle unas firmas. Y como en la secretaría ya aquello era pan comido, se le ocurrió decirle:

—Fíjese, General. Otro gajo más de la trinitaria.

Y Parmenión estalló:

—No estamos ahora para tonterías de florecitas. Que le peguen el machete ahora mismo a la trinitaria, para que no jorobe más.

Y en esto sonó el reloj.

—¿Las seis?—preguntó Parmenión mientras firmaba.

—Sí, General. Las seis en punto.

Otras firmas y luego:

—¿Por fin se ha averiguado bien si realmente fué Anterito Valdez quien arregló el reloj de la torre?

—Es lo que todo el mundo dice, General.

—Todo el mundo no. Yo también soy mundo y no lo digo. Pero necesito saber si es verdad que fue Anterito, para meterlo en la cárcel y pegarle su par de grillos. El reloj estaba parado en la hora del compadre, como él decía siempre, y esa hora no puede mancar en este pueblo.

—¿Debo entender que usted dispone...?—comenzó a preguntar el secretario, ya sudando frío.

Pero Parmenión se había vuelto imponente, como nadie se lo hubiera imaginado nunca: autoritario e incomprensible a la vez.

—¿Qué es eso de que si usted debe entender? Si usted no es capaz de entender, peor para usted. Pero a mí no se me sacan las cosas con tirabuzón. Cuando yo dispongo algo, lo dispongo con sus palabras completas, pero cuando no lo dispongo no hay que hacerme preguntas. Secretario es secretario nada más y gobierno es gobierno, aunque esté callado, esperando la hora y punto para hacer las cosas. A mí no se me escapará Anterito Valdez; pero a su hora y punto.

Se retiraba ya el secretario, cuando lo asaltaron dudas haciéndolo detenerse, vuelto una lástima.

—¿Qué le pasa?—inquirió Parmenión, ya sin cólera en la voz.

—Que, francamente, General, no me acuerdo—y usted va a hacerme el favor de perdonármelo—si usted dispuso que se mandara cortar la trinitaria o fue que yo lo entendí así.

Y nunca le fue más grata al secretario la voz afable de su Jefe.

—Sí. Hay que cortarla. Muy bonita es, pero en una Casa de Gobierno no tiene por qué haber flores. ¿No le parece, compañero?

Y el secretario se fue nadando en un mar de confusiones:

—Me ha llamado compañero, después de haberme dicho que secretario es secretario y nada más. ¿Quién entiende a este hombre?

EL INSENSATO ALARDE

Cuartos desocupados en mi casa de adentro, donde no esté metido yo todo entero, no los habrá nunca—había dicho una vez Hermenegildo Guaviare, refiriéndose al absoluto dominio de sí mismo que en toda ocasión sabía conservar. Pero he aquí que, de regreso del cementerio al hato, cuartos desocupados había ya en su casa de adentro.

El que siempre llenó, de singular manera, Nicanor Javillos, respeto y afecto profundos de su corazón, sus únicos sentimientos nobles; el que siempre colmó, también, Efigenia, la presa más golosamente sacrificada a sus apetitos voraces.

¿Qué había, ahora, dentro de aquellas estancias de su sombría intimidad? No era el dolor de un afecto que le había arrebatado la muerte. Era, cuando más, un no entender que todavía se lo formulaba con esta pregunta.

—¿Por qué me ha hecho esto Nicanor, ahora, precisamente?

No era temor, tampoco, de que el suicidio de Nicanor, en pleno removimiento de la vieja historia de crímenes sin castigo, originado de la ocupación de la casa de Smith por el forastero, pudiese contribuir a motivos para que se restableciese el proceso detenido en la instauración del sumario, de donde no resultó persona a quien enjuiciar, por falta absoluta de pruebas acusadoras. Eso no lo temió cuando el forastero estuvo en el pueblo; sino que, por lo contrario, hasta deseó que alguien fuera osado a remover la causa y a mencionarlo a él, siquiera. Era, cuando más, resentimiento de la traición que a su afecto le había hecho Nicanor, quitándose la vida por no compartirla más con él sobre la tierra.

En cuanto a Efigenia, el sentimiento se le perdía bajo el otro más poderoso; pero era también algo que no quería estar dentro de su corazón. En ella misma, como persona que le interesase, como mujer codiciable, nunca más había pensado; sólo el caso le había merecido atención y producido complacencia. Y el caso era, aparte el deseo saciado, haber saltado barreras que a otros habrían detenido, haberse emancipado de respetos familiares. De su admiración por el padre, allá en los años niños, cuando le refirieron la historia, le había quedado, tal vez aquel perverso deseo que en otra Efigenia sació. Pero la que acababa de estar junto a él en la sala mortuoria, sumida en sus rezos, tenía los cabellos completamente blancos, estaba envejecida y esto era también haberle hecho traición a su confianza todavía puesta en la vida.

Y ya los dos sentimientos tendían a confundírsele en uno solo: le habían cometido traición.

Lo recibió aquel hombrecito que se había llevado al doctor Smith con engaño, nocturnidad y alevosía y que todavía estaba a su servicio. El lo llamaba *Edecán*, pero los demás lo apodaban—a espaldas de ambos—*Comemuerto*.

—General—díjole, acercándosele, sombrero en mano—, esperándolo aquí para darle el pésame. He estao acompañándolo desde esta mañana. ¿No me ha sentío a su lao?

—Sí. ¿Cómo no? De camino para acá, por todo el trayecto, sentí gruñendo un cochino, como si viniera conmigo.

—¡Je, je, je!—rió el hombrecito—. ¡Ah, General, y sus cosas que no se las quitan ni los golpes más duros! Bueno. Ya le he dao mi pésame. Ahora puedo dirme a acostar.

—No. Entra para que conversemos un rato. Así me acompañarás más.

Y luego, ya acostado en la hamaca:

—Edecán. ¿Qué esperas para ponerte viejo?

—¡Guá! Que llegue la vejez. Que tuavía viene lejos.

—Tú eres mayor que yo.

—Deduzca las consecuencias.

—¡Lo que yo digo!... Sácame de una duda, Edecán. ¿Cuánto te dio Efigenia por el trabajo que le hiciste al doctor Smith? ¿No te acuerdas?

El hombrecito estaba de pie frente a la hamaca, con los brazos cruzados sobre el pecho, y así, sin mínimo movimiento de sorpresa, repuso.

—Pues... francamente, recordar no recuerdo; pero si fue ella—su palabra vaya alante—quien me encargó ese trabajo, supongo que me lo haiga pagao a su hora y punto.

—Sí. Seguramente. Porque Efigenia siempre ha sido muy puntual en sus compromisos. Se me ocurrió preguntártelo, porque...

—Porque se le ocurrió, General. Y yo me lo desplico: como usted también es muy puntual en sus compromisos —eso le viene de nación—vendría por ahí preguntándose, a propósito de haberse tropezao por allá con doña Efigenia. "—¿Le pagaría el trabajito que le encargó hacele al dotol Smith?..." ¡Je, je, je! Sáqueme de una duda, General, digo yo a mi revuelta. ¿No sería esa pregunta que usté venía haciéndose, lo que le parecieron gruñíos de cochino?

—Es posible, Edecán—repuso Guaviare, con sonriente aceptación de la licencia—. Puedes irte a acostar.

Pero aquella noche *Comemuerto* no durmió donde lo acostumbraba.

Al día siguiente, domingo, jugando Guaviare con él la acostumbrada partida matinal de bolas advirtieron que se acercaba Basilio Daza a caballo.

—Ahí viene el vagabundito ese—dijo Guaviare.

Y *Comemuerto,* con las libertades que se permitía en la intimidad de su jefe:

—¿El doctor Basilisco, si la vista no me engaña?

—¡Umjú! A apuntarse algo en esta carta, después de haberse resteado en la otra, de seguro.

—Hombres que se apuntan en dos cartas, algo salen

ganando siempre—murmuró *Comemuerto,* en el secreto de la intención de aquella frase que aludía a Parmenión y por agregar algo oportuno—: Tan y mientras que quienes nos resteamos en una sola baraja...

—Cuando esa baraja es punto invencible—atajó Guaviare—bien resteado está el que la juegue.

—Yo no soy jugador. Hablo de oídas, sin entendé mucho lo que digo.

Y disponiéndose a lanzar la bola que le quedaba:

—Y va la última, General. Pa que sean cuatro de esta sola manito. Porque las otras tres ya me se arrimaron al mingo.

Lanzó la bola, que fue a detenerse en contacto con el mingo y concluyó su frase:

—Que cuatro jueron.

Y en esto llegó Daza.

Le salió al encuentro Guaviare.

—¿Qué lo trae por aquí, doctor Daza?

—¡Qué pregunta, mi General! A ratificarle mis demostraciones de condolencia, que ayer apenas pude deslizárselas al oído y a pasar un buen rato con este placer de encontrarlo saludable, sereno y confiado. ¡Mi admirable General de siempre!

—Aquí estamos—repúsole—. Poniéndole buena cara al mal tiempo.

Y echándole el brazo, como nunca lo había hecho, lo condujo a la casa.

Pero si Basilio Daza estaba jugando ya a dos cartas, se disponía a hacerlo con juego limpio en cada una. Ni a su natural sagacidad ni a su experiencia política—desfile de hombres, nada más, por el escenario de las desvergüenzas públicas, unos más desvergozados que otros—podían escapársele que el orto de Parmenión no podría cumplir sin la declinación y puesta definitiva del rojo sol de Guaviare. Que uno u otro dominase a la postre, nada impor-

taba, realmente, porque nada nuevo sería; pero en todo caso debería continuar prevaleciendo junto al hombre de presa rampante, el intelectual de picaresca siempre a su servicio y si otros aspiraban a acomodarse junto a Parmenión, él no estaba dispuesto a cederles el sitio. Y el juego limpio en una y otra carta consistiría en aconsejarle a cada cual lo que naturalmente debería hacer, sin trampas puestas al uno en beneficio del otro. Sería como jugador experto que presenciando partida entre chambones, a cada uno le indicase la pieza que realmente le conviniera mover... Allá ellos cuando la partida concluyese. El cobraría siempre.

—General—invocó para comenzar—. Aunque usted no necesite consejos, mi deber es advertirle que Parmenión se le está subiendo a las barbas. Y perdóneme la expresión.

—Como no las uso—replicó Guaviare—nunca me he preocupado de que me puedan caer piojos en ellas.

Y Daza, festejándole la salida:

—¡Muy bien, muy bien! Pero insisto en que, como a su compadre, por más sacramentos que lo unan con usted, a la hora de las conveniencias se le olvidarán bautizos y confirmaciones, bueno sería que usted no continuara fiándosele tanto.

Hizo una pausa, le tumbó con el meñique la ceniza al cigarrillo que fumaba, se lo llevó a los labios, golosa, lenta y elegantemente, aspiró el humo, lo expulsó luego en viruticas que con graciosos giros se elevaron al aire y prosiguió:

—Lo del forastero en la casa del difunto Smith—y pronunció este apellido con correctísima dicción inglesa—a usted no se le habrá escapado que lo dejó correr su taimado compadre hasta que diese lo que podía dar. Que nada podría ser, desde luego, porque para remover ese asunto sería necesario aportar nuevos elementos que permitieran la continuación de las diligencias sumariales y eso...

Pero a Guaviare—a causa del íntimo y profundo me-

nosprecio en que el General de la pareja picaresca tiene siempre al Doctor—no podría escapársele tampoco que del mismo modo ya le había aconsejado Daza a Parmenión lo que le conviniese hacer, y como de arriba abajo, en esas colaboraciones de garra y maña, no puede haber nunca sinceridad, se guardó aquél lo que pensaba y se proponía y ya le estaba quitando la palabra.

—Hablemos más bien de negocios, doctor Daza. Ya estoy harto de política. ¿Cómo le está viniendo el café de este año?

—¡Floreaditas ambas haciendas! ¡Dos primores de blancura! A los ocho días justos del primer aguacero.

Pero esta vez no pudo posarse la conversación sobre la flor del café, porque a Daza se le había olvidado algo, y ya la palmada en la frente indicaba oportuno recuerdo:

—¿Cómo es posible que no haya comenzado yo por la noticia que especialmente venía a traerle? Desde anoche doña Efigenia está dando muestras de trastorno mental. Ha perdido los controles, como se dice, en sentido figurado.

A lo que repuso Guaviare, sin inmutarse:

—¿Sí? ¿Cree usted que los haya perdido hasta el punto de tirar a la calle lo que a ella particularmente no le conviene? Fíjese en lo de Nicanor. Los Javillos mueren en su ley: el honor de la familia por encima de todo.

—Sí. Pero a los Urquinaonas, dicho sea con todo respeto, de pronto se les viene abajo la empalizada, como dice el vulgo. Y palabras sueltas, escapadas de un pensamiento insensato...

Contrajo el ceño Guaviare y al cabo de una pausa breve, durante la cual miró hacia afuera, donde había quedado *Comemuerto*:

—¿Es que cree usted que me sobra algo?

—En quien nada falta, porque no le fue mezquina la naturaleza—repuso lisonjero Daza—, no tiene nada de extraño que mucho sobre.

Sonrió Guaviare y luego, poniéndose de pie:

—Lo invito a un lancecito de perdices, doctor Daza. Sé que a usted le gustan y como supongo que va a quedarse a almorzar conmigo...

—¡Encantado, mi general! Perdices con usted son plato exquisito siempre.

Mientras aquél se asomaba a la puerta para decir, hacia afuera:

—Edecán. El doctor Daza quiere que salgamos a un lancecito de perdices. Vamos a complacerlo.

Le guiñó un ojo al decir esto último y concluyó:

—Búscate a *Capitán* y acomódate.

Comemuerto recogió el mingo y las bolas de la partida abandonada y mientras esto hacía, murmuraba entre dientes:

—¡Trabajo que te ha caído otra güelta! ¡Y cansao que se va poniendo uno de salí acompañao pa regresá escotero!

Y ya iban, ellos tres y el perro *Capitán*, buen perdiguero, por entre los pastos tendidos hasta la margen izquierda del río, ancho, turbio, solitario... El río robado al pueblo, donde antes fue útil, que nada hacía ahora con atravesar sabanas desiertas, apenas para darles sorbos de agua a unas cuantas reses—ni muchas tampoco—que ya la tenían por allí antes de que se cometiese el despojo.

Silbaron perdices, y *Capitán* se detuvo a ventearlas, pero a Guaviare no le interesaban las que por allí estuviesen y llamó al perro.

—Vamos, *Capitán*. Esas no valen la pena.

—¡Bonito perro!—exclamó Basilio Daza, para demostrar que sólo en aquello tenía puesta toda su atención, mientras se alejaban de la casa por la sabana desierta.

—Y buen perdiguero—agregó Guaviare—. ¿Verdad, Edecán?

A lo que respondió el hombrecito siniestro:

—Ese parte solo, pero vuelve acompañao.

—¿Las trae en la boca?—preguntó Basilio, como si expresara extrañeza.

—Y bonito de verdá, se pone entonces—respondió *Comemuerto.*

—No me desprendería de ese perro a ningún precio —concluyó Guaviare.

Y ya la casa no se distinguía. Sólo los árboles que la rodeaban alzaban sus verdes copas entre la parda uniformidad de los pastos secos. El río estaba dando por allí una de sus más tortuosas vueltas.

Capitán iba adelante olfateando rastros, excitado, nervioso ya y de pronto se paró, quedándose tal como estaba en el preciso momento de la atención captada: una de las patas delanteras en flexión y en suspenso, todos los músculos ya apretados para disparar el movimiento, las orejas alzadas, atentas...

—Está parando—murmuró Guaviare, deteniéndose y echando en torno disimuladamente una mirada de exploración del paraje.

No se le escapó esto a Basilio Daza y sonriendo se llevó la escopeta a la disposición de disparo.

—Pa mí que está viendo visiones—murmuró *Comemuerto.*

—No—dijo Guaviare, llevándose el arma a la altura del pecho—. Son perdices.

Pero *Capitán* permanecía inmóvil, apenas moviendo un poco la punta del rabo.

—¿Qué le pasa a ese perro, que no revienta la parada?—murmuró Basilio Daza.

Guaviare y *Comemuerto* se cruzaron una mirada buída y el primero dijo:

—Acércate, Edecán. Hazlo reventar.

Comemuerto sonrió, pensando:

—Bueno. Esta vez no me va a tocá a mí.

Y comenzó a deslizarse entre los pastos, agachándose.

Basilio Daza miró a Guaviare. Era la serenidad solamente. Incluso causaba extrañeza verlo con un rifle en las manos... Y fue entonces cuando aquél vino a darse cuenta de lo inadecuado de esta arma para cazar perdices.

Ya se lo echaba a la cara. ¡Ya estaba!... Había sido el hombrecito siniestro la presa de aquel lance. Ya estaba tumbado boca arriba entre los pastos, con la cabeza destrozada.

Pero el bando de perdices había levantado el vuelo y Basilio Daza, por si todavía fuese tiempo y por demostrar que sólo las perdices podían interesarlo, disparó su escopeta y mató algunas.

Ahora vienen de regreso y caminan en silencio, *Capitán* adelante olfateando rastros. Luego habla Guaviare:

—Le voy a regalar ese perro, doctor Daza.

—Gracias, General. Me hará usted un precioso obsequio.

Y al cabo de una pausa, otra vez Guaviare:

—Usted es valiente, doctor Daza.

A lo que responde el doctor de la pareja inquietante, mientras enciende un cigarrillo:

—¡Cuesta tan poco trabajo, General!

Ahora está el homicida solo en su casa, tumbado en la hamaca. Tiene el brazo bajo la nuca y mira hacia el techo, entre cuyas cañas se desliza un tuqueque.

"Cuesta tan poco trabajo..."—dice la voz de Basilio Daza reproducida en el pensamiento sombrío.

Esto solamente. Otro cuarto desocupado en su casa de adentro...

II

ESTABAN SALIENDO ESPANTOS

Los malos tiempos que continuada y cada vez más acentuadamente venían reinando sobre el pueblo, acaparadas las tierras que alguna riqueza podrían producir en unas cuantas manos, retrogresivamente menos de año en año—las de Hermenegildo Guaviare, dueño de las más de ellas y en su mayor parte relegadas al pasturaje, consejo de la pereza, que sólo muy pocos brazos podían vivir, cuando no al barbecho totalmente improductivo por donde la opulencia de latifundio se toca con la miseria extrema, aunque a la codicia de las manos acaparadoras corresponda algún ánimo laborioso; las de Basilio Daza, que haciendo complacientes las leyes y los códigos ante las arbitrarias pretensiones de Guaviare, se había granjeado favores que lo convirtieron en terrateniente de las mejores haciendas de la región, bien elegidas; las de Parmenión que sus ahorros iba invirtiendo en estancias, potreritos y hacienditas, regateando mucho los precios y no metiéndose todavía con nada grande por no alarmar la atención del jefe sobre su capacidad ahorrativa, cada mes realizado el portento de haber economizado más que lo ganado, las de los tres o cuatro en que habían venido a quedar todos los que un tiempo compusieron numeroso vecindario de la plaza principal, ricos todos—los malos tiempos de persecuciones políticas, de libertad personal cada vez más constreñida y dignidad cada día más expuesta al sacrificio si se quería mantenerla, habían producido la emigración de muchas familias, cuyas casas quedaron abandonadas.

Pero como no hay mal de unos seres del cual no se aprovechen otros, aquello de las casas sin dueños había hecho rico a Anterito Valdez. Rico en llaves de portones

que con ellas podían abrirse, a las medianoches, para que en las casas destartaladas se efectuasen conciliábulos de conspiradores, hoy aquí, mañana allá. De donde ya corrían por los vecindarios consejas originadas de los extraños ruidos nocturnos que en ellas se oían.

—En esa casa están saliendo espantos—decíase ya por todas partes.

Y un día fue el mismo Arístides Velarde quien hubo de decirle al propio Anterito:

—Anoche estuvieron las ánimas rezongando en los cuatro extremos de la ciudad. Es el rumor que corre por todo el pueblo.

Anterito se frotó las manos y Velarde notó que tenía los ojos cavados de trasnocho. Y luego, sin ocultar sus resentimientos:

—Explíqueme su conducta, compañero. Creo que tengo derecho a exigírselo, porque conmigo se ha podido contar siempre. ¿Por qué me está dejando usted fuera de esas reuniones? Y lo que es peor: sin comunicarme siquiera dónde se efectúan ni quiénes asisten a ellas.

Y Anterito tuvo que desagraviarlo confesándole que realmente no habían sido reuniones, sino que él solo se metió aquí y luego allí y después allá y en cada casa rezongó largo y fuerte para que los vecinos oyeran y por todas partes fuera quedando, en unos ánimos la conseja de espantos y en otros—ya iniciados en el misterio, pero no participantes de él por la poca fe que les inspiraban las conspiraciones de Anterito—la creencia de que el grupo de conspiradores que hacía tiempo venía congregándose realmente en distintas casas sin dueños, pequeño entonces, se hubiera multiplicado ya a las dimensiones de legión esparcida por toda la ciudad.

—¿Y qué persigue con eso, compañero?—inquirió Velarde, ya desvanecida su susceptibilidad.

Anterito se asomó a una de las puertas de la tienda,

miró a derecha e izquierda y luego volvió hacia Velarde explicando:

—Es que ahora la cosa está obedeciendo a un plan. Primer paso: agitar intensamente; segundo: descomponer al adversario, ponerlo de cabeza y penetrarlo por donde no ofrezca mucha resistencia; tercero: aprovechar la oportunidad, muy bien calculadamente...

Ya a Velarde se le había ocurrido quién era la persona, aunque ya ausente del pueblo, que con aquellas palabras estaba hablando por boca de Anterito: pero éste dio su nota personal concluyendo:

—Cuarto: darle vuelta a la tortilla.

Sin embargo, otras susceptibilidades habían nacido en el dueño de *Mi Refugio*.

—No era necesario, compañero, que nadie viniese desde tan lejos para que aquí se supiera que todas las cosas han de obedecer a un plan, ni para que aprendiéramos que éste tenía que ser el plan a seguir, aunque expresado con otras palabras, quizás. Yo mismo, una vez...

Pero Anterito le quitó la palabra:

—Compañero, algún día sabrá usted toda la verdad —usted antes que otro cualquiera—; pero no me haga más preguntas por ahora. Anterio Valdez, como todos me llaman, demostrará, oportunamente, que era un hombre en quien sus amigos podían depositar toda su confianza.

Sonrió Velarde y luego interrogó:

—¿Por qué usa los verbos en tiempos pretéritos, tratándose de usted, que está vivito y coleando, como por aquí decimos?

Anterito se puso solemne y respondió:

—Mi suerte está echada, compañero.

Y como el compañero lo miraba en silencio, con una expresión indecisa entre la admiración y la gana de reír, agregó:

—¿Conoce usted el cuento de un personaje eminente

que visitaba un convento de jesuítas? El director le iba mostrando la cantidad de sabios que allí se estaban preparando y le decía: —"Este será un astrónomo genial, ése un químico insigne, aquél un historiador formidable"—. Y como al director lo acompañaba un pichón de jesuíta con cara de idiota, el personaje le preguntó al director, refiriéndose al pichón: —"Y a éste, ¿para qué lo están preparando?"

—Para mártir en el Japón—dijo Velarde, dando la respuesta.

—¡Ah!—hizo Anterito—. Conocía usted el cuento.

—Sí. Pero... sáqueme de una duda, Anterito. ¿Ese cuento se lo echó a usted, con moraleja y todo, el forastero?

—Sí.

—Fíjese bien en lo que le pregunto. ¿Se lo aplicó a usted?

—Sí—repitió Anterito, con la solemne actitud de quien ha asumido todas sus responsabilidades ante la vida.

—¡Caramba! No fué muy amable que digamos.

Y Anterito, desde aquella altura insólita:

—Compañero Velarde, cada hombre no puede tener sino un destino que cumplir: el suyo propio. Y yo he aceptado el mío.

—¡Anterito, Anterito!—exclamó Velarde visiblemente emocionado.

Anterito se despidió, Velarde se quedó pensativo mientras restituía a su forma primitiva una pieza de madapolán que había desdoblado y extendido sobre el mostrador, para vender dos varas y media al cabo de muchos regateos de la compradora, y haciendo esto pensó que a sí mismo también debía restituirse a forma primitiva, Coronel Arístides Velarde, echando tiros detrás de un General cualquiera, para allanarle los caminos de Venezuela al Hombre que debía de venir.

—"Porque cada hombre no puede tener sino un destino que cumplir..." ¡Se me creció Anterito!

Salieron otra vez los duendes rezongones esa noche y cuando Anterito regresó a su casa, dadas ya las tres en el reloj de la torre, vió que había luz en el dormitorio de su mujer.

Corrió allá y se encontró con que ella le había parido un niño. ¡Un hermoso niño!

—¡Chica!—exclamó amorosamente, acercándose al lecho de la joven madre, después de haber contemplado a la criatura en su cuna—. ¿Por qué no me habías dicho que esta noche sería la cosa?

Y la mujer dulce y mansa, ya cumplido su deber, extenuada y pálida, murmuró quedamente:

—¿Para qué iba a decírtelo?

La besó en la frente, se le salieron lágrimas... Fue a ocultarlas ante la cuna del niño y contemplándolo otra vez, murmuró:

—No te veré hombre... Pero tú podrás decir que tu padre se llamaba Anterito Valdez.

—¿Qué hablas, Anterito?—le preguntó la mujer.

—Nada, chica... Cosas. ¡Cosas de la vida!

RÁBANOS Y LECHUGAS

Estaba el Padre Romero aporcando las hortalizas que cultivaba para su frugal condumio, en el pequeño huerto encerrado por tres tapias bajas y la pared posterior de la sacristía, detrás de la capillita del Rosario, cuando lo sorprendió la visita del doctor Marcos Roger.

Dejó el azadón, se sacudió de la bata de lienzo—alivio de sotana—y de las sarmentosas manos la tierra de la ocupación labriega y quitándose el sombrero de panamá con que se defendía del ardiente sol de mediatarde, vino al encuentro del amigo bajo el emparrado que, junto a la pared

de la sacristía, sostenía ya la carga de abundantes racimos en agraz de una uva pequeña, dura y agria a que su paladar estaba acostumbrado, esfuerzo de su tierra que así tenía que agradecérselo.

—¿A qué se debe el inesperado placer? No habíamos convenido todavía en que se diera por terminado el berrenchín de aquella noche.

—Ya era bastante—repuso Marcos Roger—. Algunos días nos duró esta vez.

Sentáronse bajo el emparrado, junto a un estanque de ladrillos enternecidos de musgo, donde flotaban lechugas y mazos de rábanos y Marcos Roger explicó:

—Aproveché mi venida a compras en la ciudad para llevarme de aquí algunas lechugas, que las mías no se me están dando bien esta vez, todas encurrujadas y ásperas como escarolas. Y para hacerle a usted una pregunta casi innecesaria.

—Las lechugas, ya las cogeremos—repuso el sacerdote en veces de labriego—. Usted mismo, las que prefiera. La respuesta, por la pregunta aguarda.

Pero un cucarachero que estaba haciendo nido en uno de los mechinales de la pared de la sacristía, más allá del emparrado, entretejida la pajita que acababa de traer y ya disponiéndose a volar por otra, se detuvo al borde del agujero y soltó su trino gozoso.

Alzó Marcos Roger la mirada hacia el canto, sonriendo; sonrió y atendió también el Padre Romero y cuando el gozo sencillo desapareció de los rostros adustos, la pregunta fue formulada:

—¿Recuerda usted la confesión de Efigenia de Smith a raíz de la muerte de su marido?

Mas como el sacerdote lo mirara en silencio, con el ceño fruncido, agregó:

—O mejor dicho. ¿Es cierto que con usted confesó Efigenia en esa ocasión?

—¿Es cierto—interrogó a su vez el sacerdote—que usted tenía amores ya concertados con Camila Smith, esa misma noche? Y permítame que así le corresponda a una pregunta innecesaria, como ya usted ha calificado la suya, con otra completamente majadera.

—No comencemos, Padre Romero. Yo no he venido a pelearme otra vez con usted, sino a acercármele más.

—¿Es que a usted le desagrada que le hurguen sus amores estropeados con preguntas majaderas?

—Suponga usted que sí.

—Pues entonces, retirémonos las formuladas y pasemos a lo de las lechugas.

Pero Marcos Roger insistió:

—Fue *vox populi* que tal confesión hubo.

Y el Padre Romero, palabra a palabra, lenta y ahincadamente:

—¿Y *vox populi, vox Dei,* doctor Marcos Roger? ¿Es acaso eso lo que usted ha querido decirme? Sin atreverse a decirlo completo.

—Ya le advertí que mi pregunta era casi innecesaria.

—De donde habrá que concluir—replicó el sacerdote, cuyos esfuerzos por contenerse eran visibles—que ha perdido usted, por el camino de su campo al pueblo, la sensatez que lo caracterizaba. Vuélvase allá, doctor Roger y procure encontrarla cuanto antes, porque un hombre de las condiciones de usted no debe andar sin ella entre los otros hombres.

Marcos Roger cruzó los brazos, se quedó mirándolo y luego repuso:

—De donde habrá que concluir, digo yo a mi vez, que usted se niega a responder a mi pregunta.

Se irguió el Padre Romero, la cabeza tonsurada entre los apretados racimos de la uva en agraz, el verde resplandor del sol bajo el emparrado en el rostro ya descompuesto

por la ira y con la voz a todo lo bronco que ésta se le ponía:

—Mentí cuando demostré sorpresa por su visita—replicó—. Ya me la esperaba, porque las lagartijas salen de sus cuevas cuando el sembrador enciende la roza donde sembrará su conuco. Que el sembrador es Dios y las lagartijas somos todos, yo junto con usted, para que no lo tome a ofensa. Pero la sorpresa que ahora me causa el atrevimiento suyo, sobrepasa los límites de la mayor ecuanimidad.

—No debía causársela, Padre Romero. Porque es natural que quien se propone que se haga justicia, por tarde que sea, ocurra a quien se dice ministro de un Dios justiciero.

—¡A mí no venga usted a darme lecciones solapadas! —tronó el sacerdote, perdido ya el dominio de sí mismo—. Y le suplico que se marche en seguida, con lechugas o sin ellas, pero cuanto antes, doctor Roger. Porque de esta conversación puede quedar rota para siempre nuestra amistad y yo quiero conservar la suya.

—Recupere su aplomo.

—¡Guárdese sus consejos, que aquí no hacen falta! ¡Y márchese, márchese!

—Sin las lechugas, no, Padre Romero. Con ellas y con mi escrúpulo de conciencia, tonto si usted quiere, desvanecido. Necesito saber que procederé, en lo que me propongo emprender, de un todo conforme a la verdad. Me preparo a acusar públicamente a Hermenegildo Guaviare, en un escrito, porque ante los tribunales es inútil acudir, como autor de la muerte del doctor Smith. De la culpa de Efigenia misma, nada me interesa saber, porque ya es una infeliz demente. Pero no quiero atenerme al rumor popular; necesito saber que procederé conforme a verdad y sólo usted puede darme esa tranquilidad de conciencia.

—No te conozco, santurrón. ¿De cuándo acá tantos escrúpulos de conciencia?

—Usted no es sincero cuando esa pregunta me hace. Usted sabe...

—Yo lo que sé es otra cosa. Por mucho que me duela reconocerla. Que ha sido necesario que Hermenegildo Guaviare ya no sea persona temible, para que el doctor Marcos Roger pueda acusarlo de crímenes cometidos hace años.

—Atribúyame cobardía también.

—¡Y venganza tardía, además! ¿Qué mosca te ha picado, pobre hombre, para que al cabo de varios años sea cuando vengas a cobrar el amor que te quitaron con todo aquello? ¿Tranquilidad de conciencia la llamas y vienes a buscarla a costa de la mía?

Se puso de pie Marcos Roger:

—¡Basta! Vengan las lechugas ahora. Ya lo otro está logrado. Aquí nadie ha necesitado pruebas para asegurar que fueron manos de Guaviare, propias o prestadas, las que asesinaron al doctor Smith y a don Heliodoro Urquiza. Pero yo sí y ya las tengo.

Se desbordó la cólera del Padre Romero, que no se había salido de su ley revelando el secreto de confesión de Efigenia, pero de cuyas palabras decía ahora Roger que le bastaban.

—¡Como ladrón!—vociferó—. Así vino usted y así saldrá de aquí si con algo sale. ¡Como ladrón!

Ya Roger estaba junto al estanque, disponiéndose a recoger algunas lechugas de las que allí había y con buen humor replicó:

—¿Incluso las lechugas, Padre Romero?

—¡Vaya usted al diablo!

Y acercándose también al estanque y cogiendo a puñado de lo que allí había:

—Tome, tome. Eran las mejores, las más tiernas, las más repolludas. No encurrujadas y ásperas como escarolas; sino lechugas, lechugas. Y rábanos también. ¡Lléveselo todo!

Roger desprendió un rábano de uno de los mazos y lo mordió.

—¡Excelentes!—dijo—. Los míos nunca se me dan así. O esta tierra es mejor que la mía o es usted mejor hortelano que yo. Tendré que reconocerlo.

Sonaba apetitosamente el rábano masticado por los dientes sanos y completos de Roger, y al Padre Romero, que en algo tenía ya que fundírsele la cólera mientras daba la fresca hortaliza, se le hizo aguas la boca.

Arrancó otro rábano de otro mazo, lo mordió enérgicamente y demostró, masticando a toda dentadura, que él también la tenía sana y completa.

—No nos han podido los años con los dientes, Padre Romero—dijo Roger, complaciéndose en la cordialidad ya iniciada.

—Yo le llevo a usted quince, por lo menos—repuso el sacerdote, a lo que se lo permitía el rábano dentro de la boca.

—Cuarenta y tres son los míos—confesó Roger, entre el masticar.

—Pues dieciocho eran. Sesenta y uno cumplí.

—Bien tenidos y conservados.

—A pesar de las tarabasquiñas que los amigos me han hecho coger.

—Pero las lechugas refrescan.

—Y los rábanos pican.

—Con placer se les come, sin embargo.

Marcos Roger hablaba sonriendo, el Padre Romero con su ceño fruncido y su voz bronca y entre ambos el estanque donde se reflejaba el emparrado de las uvas verdes y agrias.

Volvió el cucarachero al mechinal. Alzáronse otra vez las miradas hacia el trino gozoso, los hombres sencillos y cordiales desplazaron por completo a los atormentados y durante un buen rato hablaron del pájaro cantor de los

tejados, que hace su nido en los mechinales y junto con sus huevos calienta y empolla los que de otros nidos se roba.

Y el Padre Romero, para concluir:

—Se ha propuesto burlarse de nosotros esta tarde. Oyelo.

Por primera vez dábale cordialmente tratamiento de tú y Marcos Roger se lo quedó mirando mientras él fingía embelesarse en la contemplación del cantor del mechinal, porque en realidad no lo hacía sino para que en silencio aquella novedad produjese su efecto.

Se despidió Roger, lo acompañó hasta la puerta el Padre y cuando aquél la trasponía, éste le preguntó:

—¿Te llevas algo más que lechugas y rábanos?

—Sí. Lo de siempre: el cariño y la admiración profunda que a usted le tengo y le rindo.

—¡Anda con Dios!

Y otra vez sobre las hortalizas, aporcándolas:

—"No nos han podido los años con los dientes"... Bien dijo, pero bien pudo también agregar: ni con la conciencia tampoco.

AQUEL DÍA FUÉ ESCOGIDA LA VÍCTIMA

—El General está perdiendo los controles—le había dicho Basilio Daza a Parmenión—. No me haga preguntas. Pero ya sabe a qué atenerse y que he sido yo quien le ha traído el anuncio.

Parmenión adaptó a su manera la frase y se quedó repitiéndosela:

—¿Conque perdiendo los estribos el jefe?

Y luego, por asociación de ideas:

—Y sin embargo no me aceptó la otra tarde que yo se los sostuviera.

Estaba sentado en su despacho y nunca como entonces parecía hombre sin armadura interior, todo desgonzado ha-

cia el lado derecho, adherida todavía a la cara la sonrisa con que había despedido a Basilio Daza.

Así lo encontraron los subalternos y así se quedó mirándolos cuando ellos se detuvieron por delante de su escritorio. Advirtió que eran todos, de su inmediata dependencia y de oficinas que propiamente no dependían de él.

—¿Qué traen entre manos?—les preguntó.

Y el secretario tomó la palabra:

—General, no sabemos cómo recibirá usted esto que venimos a manifestarle. Todos los aquí presentes somos hombres disciplinados, obedientes; pero somos hombres también, General.

—¡Ah, caramba!—exclamó Parmenión sin dejar de sonreir—. ¿Quiere decir que hombres y disciplina son dos cosas que no se avienen?

—De ninguna manera, General. Digo: de ninguna manera es eso lo que nosotros entendemos y venimos a exponerle.

—Bueno; ¿y de qué se trata? Porque, si no me equivoco, las oficinas se han quedado solas. ¿Es que vienen a renunciar a sus puestos?

—Se trata de la trinitaria del patio. Ya se habrá fijado usted en que todavía está ahí.

—¿Sí?

Parmenión se desgonzó sobre el lado izquierdo, los manifestantes le hicieron claro a fin de que pudiese ver hacia el patio por entre ellos, por creer que para eso había sido aquel cambio de posición; pero él se quedó mirándolos y remirándolos y el secretario prosiguió:

—Sí, General; ni yo ni los que aquí estamos, sus amigos además de subalternos disciplinados, compartimos la idea de que no se compadecen flores y casa de gobierno. Y venimos a pedirle que levante la orden dada a fin de que la trinitaria... o mejor dicho, General—porque entre amigos estamos—lo que la trinitaria significa, continúe prosperando

y dando sus flores delicadas por encima de lo que significa el matapalo, que ya aquí nadie quiere llamarlo laurel, porque...

—¡Aguarde, aguarde!—atajó Parmenión—. Si se trata de matas con significados, mejor será cortarlas las dos. Pero vuélvanse a sus puestos tranquilos, que ya aquí hemos comprendido y apreciado.

Volvieron los rebeldes a sus oficinas y Parmenión, desgonzado todavía, se quedó diciéndose:

—Tiene también sus satisfacciones esto de gobernar. Se ve uno correspondido, de cuando en cuando.

Pero las satisfacciones de Parmenión, en cuanto al gobernar, ni eran placer puro de verse acatado, sino mala complacencia también en la infelicidad o ruindad de los hombres que se le sometieran y se le entregaran, y de esta porción de sus sentimientos era expresiva aquella mueca de amargura en que se doblaba su sonrisa. Parmenión gozaba sufriéndose a sí mismo, cuando algún hombre le daba espectáculo de indignidad.

Mas no fue allí solamente donde de tal modo satisfizo las complejas apetencias de su misantropía. Todo el pueblo tenía puestos en él los ojos esperanzados. El no hacía sino pasar, pero se fijaba y descubría. Y pasaba por todas partes, todos los días, recorriendo el pueblo, a pie, un hombre entre los hombres. Lo saludaban, se agolpaba la gente a las puertas para verlo pasar y él los saludaba a todos:

—¿Cómo están? Yo bien, para servirles.

Y había muchos que se quedaban diciéndose entre sí:

—¿Te fijaste? Para servirnos, dijo.

Incluso Arístides Velarde se lo quedó mirando fijamente. Parmenión había entrado en *Mi Refugio*—por primera vez—en busca de botones de camisa. Le gustaron todos los que tenía Velarde y con su sonrisa plácida lo manifestó sin mezquindad.

—¡Caramba, compañero! Aquí es difícil saber cuál es lo mejor, porque todo es bueno.

Y mientras elegía, Velarde lo miraba como a todo hombre dentro del cual esperase encontrar al Hombre. Parmenión sabía esto y estaba dejándose encontrar.

Se llevó unos botones y dejó, en cambio, si no la incertidumbre absoluta de que él era el Hombre, presunciones vehementes por lo menos.

Sólo en el Colegio no se tropezó con aquellos ojos esperanzados. Ni Mariano Urquiza ni sus alumnos le correspondieron debidamente la atención de la visita al Colegio. Mariano, porque así era él, apagado, mustio. Y ya se lo había dicho a Parmenión su mismo cuñado Clímaco Monegas...

¡Pero que los muchachos, generosidad de juventud, almas fresquecitas, se hubiesen quedado también secos y mezquinos!... Quizá no era conveniente que un hombre apagado y mustio, como Mariano Urquiza, fuere maestro de juventudes...

Y un día llega Anterio Valdez a la Casa de Gobierno, sube al despacho de Parmenión y se planta por delante, diciéndole:

—A sus órdenes.

Parmenión lo mira en silencio y lo baña y lo unta con su sonrisa afable y luego le interroga:

—¿A qué tengo el gusto?

—Antero Valdez. Anterito, como todo el pueblo me dice.

—Sí; lo conozco y lo estimo mucho.

—Me han dicho que usted quería hablar conmigo—repuso Anterito, cuyas palabras eran aquel día secas, tajantes, quizás a causa de cierta sofocación respiratoria.

—¿Como que lo ha fatigado un poco la escalera?—preguntó Parmenión.

—Tal vez.

—Eso traen las trasnochaderas, Anterito. Acaban con la salud.

—¿Las trasnochaderas?

—Sí, hombre. Y anoche dejó usted abierta una de las casas. Que aunque no tengan dueños no es bueno dejarlas así, para que se meta en ellas todo el que quiera.

Anterito acabó de hundirse en los ahogos de la escalera y no encontró palabras para replicar. Parmenión se desgonzó del otro lado y muy afablemente prosiguió:

—Lo sé todo, Anterito, porque yo tengo mi policía secreta. Pero ya es tiempo de que cambie de táctica. Ya la gente empieza a darse cuenta de que no hay tales conspiraciones. Y eso no conviene.

Anterito tragó grueso y preguntó:

—¿Cómo? ¿Qué es lo que no conviene?

—Que no se crea que hay tales focos de conspiración por todo el pueblo.

Anterito se quedó estupefacto. Parmenión sonrió y concluyó:

—Y cuídese, Anterito. Mire que no está bien que a usted lo sofoque tanto, a sus años, una simple subida de escalera. Cuídese, Anterito. Hombres como usted no deben malograrse. Y váyase tranquilo. Ya sabe y nada más le digo.

Anterito se fue como tenía que irse con aquello entre pecho y espalda y Parmenión se quedó pensando:

—¡Anterito Valdez! ¡Pobrecito!... Pero la política es la política. Y tigre cebado, si no se le echan pellejos, mata y come carne de pulpa.

La víctima propiciatoria que le inmolaría al jefe indignado, cuando lo juzgase conveniente.

—El me contó la historia, a su modo.

—Pero yo no se la referiré de ninguna manera—repuso Marta Elena.

Mariano sonrió, se la quedó mirando y luego insistió:

—¿La determinación final, que propiamente no formaría parte de la historia—el colofón, digamos así—tampoco puede ser confiada a ninguna persona?

Ella movió negativamente la cabeza y después, con la sonora gravedad de su voz:

—Parece que usted se hubiera empeñado en hacérseme despreciable, en mostrárseme como un hombre de mentalidad inferior.

—Tal vez.

Ella sonrió, alzó la mano izquierda hasta la altura de sus ojos, se la volvió de palma a la cara, dobló los dedos y se examinó las uñas y mientras esto último hacía, dijo:

—Niño chiquito y bonito, señor de los anillos, tonto y loco.

—¿Sus dedos?—preguntó Mariano, siguiendo el juego—. Continúe, que aún le faltan dos.

—No. Prefiero quedarme en tonto y loco.

Y por primera vez le oyó Mariano la risa sonora que le henchía la admirable garganta.

Luego dijo:

—Quedamos en que usted se ha empeñado, deliberadamente, en hacérseme odioso.

—Habíamos quedado en algo menos: despreciable, si mal no recuerdo.

—Pues mire usted cómo, sin hacer nada meritorio, va ganando en mi aprecio, sin que yo misma me dé cuenta.

—Algo tendré que hacer para detener ese avance inquietante.

Y en seguida, poniéndose de pie:

—Estamos realmente tontos, Marta Elena. Y por no querer estarlo, que es lo peor; pero creo que será inútil cuanto hagamos por escapar a la soberana tontería.

Y volvió a sentarse para concluir:

—No somos del todo de este tiempo y no podemos prescindir por completo de las formas de antes. Conviene que usted finja sentirse profundamente emocionada, a punto casi de saltársele las lágrimas, que baje un poco los ojos, que se entretenga en hacer cualquier cosa con las manos trémulas, mientras yo, haciendo esfuerzos por dominar mi emoción...

—¡Aguarde, aguarde!—le interrumpió ella—. Déjeme hacer todo eso que me aconseja. Ya bajé los ojos. Diga...

—Ya lo dije. ¡Y qué alivio se siente después! Por primera vez admiro a los hombres de las generaciones anteriores, que heroicamente les hicieron a sus novias la tremenda declaración de sus amores. Ahora, gracias a esta mitad de tiempo nuevo que hay en nosotros, hemos podido evitárnosla.

—Pero era...

—¡Shs!—hizo Mariano, impidiéndole continuar—. ¡Cuidado con incurrir en la cursilería de echar de menos aquellos tiempos románticos!

Y Marta Elena, con juguetona entonación de añoranzas que le sacaba a su voz de contralto toda la musicalidad que contenía:

—¡La muchacha en la ventana, el joven paseándole la calle, de esquina a esquina toda la noche!

—Hasta que por fin se atrevía—interviene Mariano—y se le paraba en la ventana y...

—No, no. Espera, espera. Primero le entregaba una carta con la declaración de su amor, ella la cogía y la metía bajo el cojín, luego se iba a su cuarto a encantarse leyéndola.

—¿Y por qué sabemos tanto de cómo era antes?

—Por habérselo visto hacer a los jóvenes cuando éramos niños.

—¡Menos mal!—dice ella, con fingida entonación de alivio de angustia—. Porque si fuera de haberlo hecho nosotros. ya no estaríamos para la gracia.

Y Mariano, volviendo al tono formal:

—Te equivocas. No hay peor desgracia, quizás, que haberse formado incompletamente en una época y caer de pronto en otra, sin predisposición espiritual para ella. No ser ni de ayer ni de hoy.

—¿Experiencias que estás haciendo con los muchachos del colegio?

—Sí. Ni les pertenezco por completo, ni les soy por completo extraño. No es cuestión de diferencia de edades, que eso ha tenido que suceder siempre entre maestro y discípulo; sino de transformación del tiempo, que es todo de ellos y sólo mitad mía. La otra mitad se la reclaman los Marcos Roger.

Y era cierto. El mundo en que ya se movían los discípulos de Mariano Urquiza—espiritualmente, aunque todavía instintivamente nada más, incluso Martín Campos, con toda su emotividad despierta y apenas con la excepción de Elio que tenía asomamientos reflexivos—no se dejaba penetrar ya por las inquietudes que habían formado la personalidad de Marcos Roger, aunque las de éste y las que comenzaban a formar a Martín Campos pareciesen de tipo similar.

Y había sido el mismo Marcos Roger quien le hizo a Mariano la observación, a causa de las visitas que solía hacerle Martín Campos para comentar las impresiones de la lectura de aquella novela de Andreiev prestádale por él.

—Fue a propósito de una frase que para mí era perfectamente diáfana. Sacha se disponía a lanzarse a la revolución y—dice textualmente la versión española—"una de

las preocupaciones que más le angustiaban era cómo tratar a su madre los últimos días antes de la partida" y aunque no era necesario que yo interpretara esa frase, porque en el resto del párrafo mismo estaba analizado el sentimiento del personaje, no hubo manera de que Martín me entendiese. Y todo porque pertenece a un mundo espiritual que tal vez no tenga ya nada de común con el mío.

Dicho lo cual, Marcos Roger había concluído:

—Pero los que no hemos realizado todavía nuestra obra, debemos procurarlo en seguida, dentro de nuestra posición espiritual, claro está; mas para que no se diga mañana que ni siquiera lo nuestro, imperfecto, hicimos. Y a eso he venido: a invitarlo a usted para emprender nuestra obra.

Mariano no se atrevió a preguntarle cuál sería esa obra, en qué consistiría, porque ya había hecho la observación de que tampoco él pertenecía por completo al mundo de Marcos Roger. Mas no porque unas inquietudes de nuevo tipo le ocupasen el espíritu, sino porque ningunas tenía que fuesen realmente suyas y pudiesen moverlo a la acción. Estaba en el lindero de dos campos y ambos le eran ajenos.

EL HOMBRE DE ACCIÓN

A media legua del pueblo, sobre la margen izquierda del río que antes fué caudaloso, ahora lecho enjuto invadido por retamas, ortigas y toda especie de matorral silvestre, tenía el doctor Marcos Roger su casa y su hacienda.

Una sólida construcción de bahareque enlucido, amplia, techada de tejas y rodeada de corredores, que se levantaba en medio de un jardín de rosales en el centro de unas cuantas hectáreas de tierras de sembradura, plantadas de maíz y de arvejas que por allí se daban muy buenas, de sanseviera más allá, que empezaba a cultivar para una experiencia textil y de hortalizas, finalmente, hasta las cuales había hecho llegar por una acequia lo que más arriba que-

daba de las aguas del río, antes de que por completo se perdieran deslizándose bajo el retamal. Y el resto de la hacienda lo componían un tejar donde fabricaba ladrillos, tejas y cacharros y unos rebaños de cabras que ramoneaban por los cardonales del contorno.

Todo esto era fruto de una laboriosidad tenaz, para cabal aprovechamiento del escaso dinero con que pudo adquirirlo y ponerlos a producir, cuando cansado y decepcionado de tantos fracasos cuantas tentativas de obra útil para el pueblo, cerró la casa que en éste habitaba junto con su madre—cuyo único hijo era—compró aquello denominado *Camposolo* y allí se metió, quitándose de hombre de acción.

Con el alba levantábase a ordeñar su ganado, de cuya leche, apartada la del consumo de la casa, hacía doña Rosa solicitados quesos; en seguida atendía personalmente al riego y cuidado de las labranzas, dedicábase después a las labores del tejar, con predilección por los cacharros de donde estaba sacando una buena experiencia de cerámica criolla, estilizada, y nunca le faltaba tiempo, después del cuidado de las hortalizas, para arrimarle mano al jardín, a la hora del atardecer y en compañía de su vieja madre, laboriosa también como él y para gusto de él metida asimismo a campesina, siendo señora de lo principal, de espíritu aficionado a sociabilidad.

Los ratos de descanso se los dedicaba a doña Rosa, dándole conversación para que no le languideciese el espíritu comunicativo y para saludable ejercicio de risa por las chispeantes ocurrencias de ella, antes de meterse en su cuarto con sus libros; menos las noches de sábados que eran para llevársela a visitar a sus amigas y mientras tanto reunirse él con los pocos que le quedaban en el pueblo y hacían tertulia en la tienda de Velarde.

Los domingos por la tarde iban ellos a visitarlo y entonces el hombre huraño y áspero trocábase afable, obse-

quioso, jovial y expansivo. Mostrábales las reformas que iba introduciendo en su pequeña hacienda, no para aumentar su peculio, porque a doña Rosa y a él les bastaba con unas escudillas de leche de cabra, unas yucas salcochadas, lechugas, repollos, algún trozo de chivo mamantón que ella adobaba exquisitamente y otras escudillas de chocolate, con pan y queso en la frugal comida de sobretarde; sino para dar ejemplo de preocupación progresista, para realizar, en el reducido espacio de lo suyo suficiente, algo de lo mucho que procuró para su pueblo y ahora se conformaba con imaginarlo realizado algún día por otros hombres de mejor fortuna. El, que fue de acción, refugiado ahora en soñador.

Sentábanse a orillas de lo que fue río, camino de abundancias por allí donde se veía encallado entre el matorral, el casco de un trespuños al que, navegando río abajo, le faltó de pronto el agua. Que ni esto, prueba irrecusable, impidió que aquella Corte hiciese valedero el argumento de "obra de la naturaleza y desde tiempo inmemorial", con que se sancionó el despojo hecho al pueblo por Hermenegildo Guaviare. Acostumbraba venir a posarse en el casco varado, a la caída de las tardes, una garza blanca y por ello, de algún modo, empezaba siempre la conversación... Que cuando ya el sol tocaba la ceja de unos montes lejanos, la interrumpían invariablemente, contemplaban en silencio y cuando terminaba el hermoso espectáculo, decía el Padre Romero, invariablemente también:

—Bien. Ya él cumplió con nosotros su deber cotidiano.

Se levantaban, se despedían, los acompañaba Marcos Roger hasta el término de sus tierras, quedábase allí viéndolo alejarse y era entonces cuando su corazón solitario se llenaba de más honda melancolía y por el árido pensamiento le pasaba la figura imposible de Camila Smith.

El silencio de los campos, la tristeza solemne del paisaje de cardones que por allá se extendía, la vuelta de los chivos taciturnos a los corrales, la inmovilidad del tepar, el

angosto reflejo de cielos dentro de la acequia, la soledad de su vida, el sueño no realizado, el amor que en un corazón ya conquistado se lo trocaron en odio a su tierra, crímenes sin castigo, todo le infundía una pena negra de atardecer de domingos, como si estos días tuviesen alguna relación con algo, especialmente echado de menos, que siendo domingo hubiese perdido.

Y he aquí que una tarde de día laborable llega a *Camposolo* Martín Campos y sucede aquello de no comprender éste lo que para él era sencillo y diáfano, de marcharse el joven moviendo negativamente la cabeza, de quedarse él pensando en que un tiempo nuevo sobrevenía, sin posible compenetración espiritual con el suyo, donde él estaba plantado a la manera de un hito de un camino antiguo ya perdido entre el monte.

Y Anterito Valdez, al día siguiente, mientras él modelaba cacharros, con aquello que también le había dicho a Velarde:

—Cada hombre no tiene sino un destino, el suyo propio y debe dejar que se cumpla en él.

Abandonó inconcluso el cacharro, no hizo cosa más durante aquel día y en la noche, al cabo de la risueña tertulia con doña Rosa, ya para recogerse a su cuarto, le dijo:

—Mamá, ha llegado la hora.

—¿De qué, hijo? Porque con ese tono no se anuncia la de dormir, todos los días.

—De hacer; de ejecutar, a cualquier precio.

Se quedó doña Rosa en silencio, mirándolo y luego:

—¿Nada más, por hoy, tienes que decirme?

—Nada más; creo que usted me comprende.

Lo bendijo y cuando él se había retirado, murmuró:

—¡Mucho duró la tranquilidad de *Camposolo*!

Fue domingo el día siguiente, los amigos llegaron reclamándole la visita a *Mi Refugio*, que no había hecho aquella noche de sábado; pero él evadió la explicación, para que

no faltase la cordialidad de siempre durante aquellos ratos y sólo mientras la acostumbrada contemplación de la garza posada sobre los restos del trespuños, pareció aludir:

—Nada más estúpido que una actitud soñadora. Esa garza, en una sola pata, horas y horas, teniendo todavía dos alas...

—Tal vez las empleó, días enteros, quizás siguiendo la navegación del trespuños—observó el Padre Romero.

Y Mariano Urquiza—que aquella tarde estaba con ellos, mientras Marta Elena, acompañada de sus hermanitas, se entretenía con doña Rosa, en uno de los corredores de la casa, después de haberle participado que había contraído compromiso de matrimonio con aquél, contribuyó al motivo que estaba dándoles la garza, una vez más:

—Tal vez iba siguiéndolo cuando lo vió vararse. Y habría sido un espectáculo divertido la comparecencia de la garza con su testimonio fehaciente, ante los gansos de aquella Corte.

A lo que replicó Velarde, con gracejo más grueso:

—Recuerde que todos no eran gansos, propiamente, porque los presidía Basilio Daza. Pato nada más.

No faltó a la risa la carcajada bronca del Padre Romero, pero sí por completo la de Marcos Roger, que ya se había puesto ceñudo y sombrío.

Sobrevino la puesta del sol y cuando ya había desaparecido tras los montes lejanos y el Padre Romero dicho su frase habitual, habló Marcos Roger:

—Bien. Será ésta la última vez que vendrán a visitarme.

—¿Es que piensas marcharte de por aquí?—inquirió el sacerdote.

A lo que replicó, evadiendo la respuesta precisa:

—No serán mayores distancias de espacio las que nos separarán, desde mañana mismo quizás.

Quedáronse mirándolo con extrañeza Velarde y el Pa-

dre, mientras el rostro de Anterito expresaba emoción ansiosa y Urquiza sonreía vagamente.

—Por el camino que emprenderé mañana—prosiguió Roger—tal vez no logre sino apartarme de ustedes para siempre, no en el espacio repito, sino en el espíritu que hasta ahora nos ha mantenido amigos.

—¡Ajá!—exclamó el Padre Romero—. Di ahora que no tenía razón yo cuando anuncié, aquella noche de la última tarabasquiña, sin mencionar las que hayamos tenido a sol de días, que ya se sentía venir a Dios, que el sentimiento religioso recuperaría pronto el corazón del hombre. Has hablado como un hombre ya poseído de ese sentimiento, has empleado términos y modos que ya estaban de alguna manera en los Evangelios.

—Yo soy el hombre del mundo que trabajará para el tiempo, otra vez—repuso Marcos Roger, sonriendo, ahora con términos ya empleados en la disputa a que se refiriera el sacerdote.

Y éste, descargándole jovialmente la mano sobre el hombro:

—¡Bah! No comencemos otra vez. No me busques la lengua.

Pero Anterito, profundamente conmovido, le tendió la diestra a Roger, diciéndole, entrecortadamente:

—Yo estaré con usted hasta el ultimo momento. Yo no lo negaré, sea cual fuere el camino que vaya a tomar.

Roger le estrechó la mano en silencio, mirándolo a los ojos. El Padre Romero frunció el ceño, Velarde sonrió y Mariano Urquiza dejó de sonreir.

Ya se habían marchado los amigos; ya se le perdían de vista... Era una melancólica tarde de domingo; pero en el alma del soñador de *Camposolo* ya no había sitio para sentimientos lánguidos. Hito de un camino antiguo, aún podía señalar jornadas, sin embargo.

EL PACTO

Toda una vida de rectitud ciudadana, sin componendas ni transigencias con la inmoralidad política reinante en su país hacía muchos años, terminaba ya con aquellos pasos que estaban conduciéndolo a la presencia de Parmenión. Muchas habían sido las obras de bien público que intentó realizar, pero con todas había fracasado por emprenderlas dentro de rectitud absoluta y sin mengua de su dignidad personal, ni invitando a negocio lucrativo a las autoridades cuyo apoyo se requería, ni sumándose a la corte de los aduladores del mandón para conquistarse su voluntad. Pero si nunca logró el bien de su pueblo por empeñarse en buscarlo por los caminos rectos, ahora iba dispuesto a meterse por los tortuosos, aunque entre sus marañas se le quedase en jirones la dignidad. Si adulaciones y apañamientos eran los instrumentos del tiempo en que le había tocado vivir, por él no se diría que a personales escrúpulos les fueron sacrificadas las obras que de todos reclamaban la suprema necesidad del bien público.

Y remontó la escalera de la casa de gobierno.

Parmenión frunció el entrecejo cuando le anunciaron que el doctor Marcos Roger estaba allí y quería verlo, y se tomó unos segundos para responder:

—Que pase.

Se ocultó contra el ángulo que formaban el respaldar y el asiento del sillón, sobre los brazos de éste apoyó los codos, se cogió las manos a la altura del pecho, enderezado como nadie lo había visto nunca y desplegó en silencio una de sus más enigmáticas sonrisas.

—Adelante, doctor. Tome asiento.

Marcos Roger se detuvo un momento ante el escritorio, esperando a que se moviese siquiera a tenderle la mano; mas como parecía dispuesto a no alterar su composición

—muy otra de la que venía adoptando por aquellos días para acoger a sus visitantes—sonrió a su vez y tomó el asiento que junto al escritorio se hallaba, diciendo:

—Celebro encontrarlo así.

—Recuerde que un día—díjole Parmenión—casi me dejó usted con la mano estirada para saludarlo.

—Somos, pues, dos hombres que saben adoptar sus actitudes—repuso Roger—. O como otros dicen: voltearse las cartas sobre la mesa.

—Ahí están las mías, doctor Roger—continuó Parmenión, desplegando un poco más su sonrisa y soltándose apenas las manos para volver a cogérselas.

—Y aquí las mías. Vengo a proponerle que me compre mi posesión de *Camposolo*.

Iba Parmenión a responder algo, pero Roger se lo impidió con un ademán, a tiempo que decía:

—Aguarde. Será una venta simulada. Usted no me pagará su valor, sino que lo dedicará a las obras de limpieza del cauce del río.

Se soltó las manos y se desgonzó un poco el enderezado Parmenión, no mucho y al preguntar:

—¿Y eso para qué, doctor Roger?

—Para que el río vuelva a correr por donde fue obra de la naturaleza y desde tiempo inmemorial.

Volvió a cogerse las manos Parmenión, recuperando su gesto de sonrisa.

—¿Y al General Guaviare, dónde me lo deja?—preguntó.

—En *Sabana del Muerto*, por ahora.

Abandonó por completo el enigmático su composición y adoptando la de quien atiende a un visitante como es debido, exclamó:

—¡Caramba, doctor Roger! Ya me habían dicho que usted era hombre amigo de irse al grano. Pero le confieso que me ha dejado turulato. Valga la expresión.

—No se lo creo, querido amigo.

Y Parmenión, al cabo de una breve pausa:

—Ni yo a usted, doctor Roger, eso último.

Roger se reclinó en el asiento, apoyó los codos sobre los brazos de éste, se cogió las manos a la altura del pecho, desplegó en silencio una sonrisa y cuando de esta manera ya hubo sustituído casi por completo la apariencia de Parmenión, repúsole:

—Usted sabe que en política ser amigos no es lo mismo que serlo en el orden personal, sentimental. Usted va a desarrollar una política en la cual puede contarme como amigo.

—Un momento, doctor Roger. Vayamos por parte, para que no se nos barajen las cartas que nos hemos volteado sobre la mesa. ¿Dice usted que yo voy a desarrollar una política personal?

—¡Claro! Personalísima.

—¿Contra el compadre? Mejor dicho: ¿contra la política del General Guaviare?

—Sin duda alguna. Porque no puedo inferirle a usted la ofensa de no creerlo hombre dotado de personalidad propia.

—Mire que por ahí se dice que yo no soy sino una sombra de otro cuerpo...

—Que lo crean los tontos. A mí nunca me ha engañado usted.

—¿Cómo dice, doctor?

—Siempre he creído que usted es un hombre capaz, esperando su hora. Un hombre dotado de condiciones suficientes para hacer la felicidad de este pueblo. Que no pide sino una sola cosa: que lo dejen vivir.

—¡Tiene usted razón, doctor Roger! ¡Que lo dejen vivir, que le devuelvan su río, que era la principal fuente de su riqueza! ¡Esa es la pura verdad!—apoyó Parmenión,

ducho en apoderarse de lo ajeno, incluso los razonamientos que pudieran serle útiles, en un momento dado.

Abandonó Roger la actitud prestada. No era oportunidad de hacer mayores demostraciones. Y volvió a su propósito de interesar la codicia de Parmenión:

—*Camposolo*, aunque está bien tenido, no vale hoy gran cosa, como ninguna de las tierras de las márgenes del río; pero si éste vuelve a correr por su cauce natural, se revalorizarán todas y *Camposolo* entre ellas. Se lo vendo, sin embargo, al precio de hoy; pero usted retendrá en sus manos ese precio, como una contribución mía al coste de las obras que habrán de emprenderse. Con una condición solamente: que usted se comprometa conmigo a no decir nunca que tal dinero quedó en sus manos.

—Usted es un hombre raro, doctor Roger—fue todo lo que, de momento, pudo decir Parmenión.

—No—replicó Roger—. Un hombre sincero, nada más Un hombre que se entrega por completo cuando a algo se pone y se compromete.

—¡Así me gustan los amigos políticos!

—Así me tiene, desde luego.

—Pero...¿No será que usted piensa irse del pueblo, doctor Roger?

—No. Aquí enterraré mis huesos. Aquí me tendrá usted dispuesto a prestarle la colaboración que de mí necesite para bien del pueblo.

—¡Pacto cerrado, doctor Roger!—le soltó Parmenión, tendiéndole la diestra.

Y Marcos Roger se la estrechó, reiterando:

—Pacto cerrado.

Era imposible que a Parmenión no se le fuesen maquinalmente los ojos hacia la trinitaria del patio y así sucedió.

—Bueno—dijo después—. Primero, la compra de *Camposolo*, hoy mismo si usted quiere, no sea que después vayan a decir que lo obligué a usted a vendérmelo, ya decreta-

do lo del río. Luego lo del río, que para eso tendremos que echar mano todavía de los Basilios Daza. ¿No le parece?

—Ya que han servido para el entuerto, que sirvan de algún modo para el enderezamiento.

Se enderezó otra vez Parmenión y dijo, para concluir:

—Pues bien, doctor Roger. He tenido mucho gusto en conquistarme una amistad como la suya en esta partidita de cartas volteadas, como usted mismo ha dicho.

Y maquinalmente también, al decir esto volvió de reverso unos papeles que estaban sobre la mesa y no contenían nada que fuera necesario ocultar o ya Roger no hubiese visto.

Roger se puso de pie, Parmenión también y se estrecharon las manos, éste diciéndole:

—Y nada más le digo.

Y Roger:

—Le repito. Yo soy un hombre que se entrega por completo, cuando a algo se pone.

Se marchó, volvió a sentarse Parmenión, con su sonrisa desplegada y una vez más cumplió la trinitaria del patio su misión simbólica.

Marcos Roger llegó a su casa, entró en su cuarto, se sentó ante su escritorio y hundiéndose los dedos entre los cabellos dobló la cabeza.

Entró doña Rosa, se le acercó, le apoyó su mano izquierda sobre el hombro derecho y le preguntó:

—¿Qué te pasa, muchacho?

Sin cambiar de actitud él respondió:

—Son cuarenta y tres años, mamá. Toda una vida consagrada al cuidado de la dignidad personal, que acaba de entregarse al mejor postor.

—¿Y quién ha sido el mejor postor? ¿Parmenión o tu pueblo?

Marcos no respondió y ella continuó:

—Quienes no tienen algo que sacrificar, nada verdaderamente meritorio podrán hacer nunca.

Se incorporó el hombre de acción y dijo:

—Ya pasó. Fue la despedida definitiva. De nada que nos haya acompañado mucho tiempo podemos desprendernos sin algún dolor. Pero ya el pacto está hecho. Otro hombre empieza aquí desde hoy.

—¿Otro hombre?... Bien. Pero la misma madre siempre con él.

JAQUE A LA REINA

Basilio Daza era buen jugador de ajedrez, pero ni aun los más aficionados se animaban a pasar el rato con él, porque cuando estaba dando jaques adoptaba una actitud desdeñosa, de todo punto irritante. La partida que ahora iba a emprender era de las que más le agradaban y ya estaba moviendo sus piezas.

Lo encontró acostado en un catre, boca arriba, completamente desnudo. Eran las tres de una calurosa tarde y *Viruticas* en cueros sudaba a chorros. Estaba absorto, mirando hacia el techo y el poderoso tórax, bajo el cual casi no quedaba catre libre, subía y bajaba al ritmo respiratorio, como tal vez sucedió con las montañas, de pastosa substancia volcánica, cuando comenzaron a empinarse sobre la tierra. Y era una montaña peluda.

—¡Hermoso varón!—murmuró Basilio Daza.

Viruticas saltó del catre. Se cubrió con las manos lo más impresentable de la desnudez y pidió excusas, sonriendo:

—Perdóneme, doctor Daza. No sabía que...

Y como Daza continuaba mirándolo, tuvo un desagradable presentimiento y agregó, tartamudeando ya:

—Per... permítame que... que me vista un momento.

Y pasó a la habitación vecina donde había dejado su ropa.

Basilio Daza lo siguió con la mirada e hizo esta observación justa, de orden estético:

—¡Qué raro! Este apolo se transforma en un rinoceronte en cuanto se pone en marcha. No tiene paso apolíneo.

Se sentó en una de las sillas de tosca fibra entretejida, que en torno a una mesa de pino y junto con el catre amueblaban el recibimiento de *Viruticas* y éste regresó momentos después, ya vestido, pero todavía abotonándose y con los desnudos pies metidos en unas pantuflas de la misma fibra de las sillas, mejor hilada y tejida.

—Como hace tanto calor y no esperaba tener el gusto —dijo—. Pero confío en que usted habrá tenido la bondad de perdonarme la incorrección.

—No se preocupe tanto—dijo Daza—. Entre hombres...

Y *Viruticas* respiró con alivio.

Cambió de tono el ambiguo doctor y comenzó a mover su pieza:

—Colega, he pensado en usted, por saber que ahora está un poco desocupado y por necesitar de una persona que me inspire confianza. ¿Aceptaría usted que Efigenia de Smith lo nombrase apoderado suyo?

Viruticas lo miró sonriendo, pero respirando con cierta dificultad y Daza continuó:

—Ya sabrá que acaba de heredar de su hermano Nicanor una bonita fortuna, que añadida a la suya propia...

Viruticas sonrió un poco más y luego repuso:

—La cosa es que yo no soy abogado, doctor Daza.

—¡Cómo va a ser! Pero usted es doctor. A lo menos...

—En Farmacia, doctor Daza.

—¡Ah! ¿Tiene título debidamente otorgado?

—No—respondió el gigantón, enrojeciendo.

—¡Ah!—volvió a hacer Daza, pero ya de otro modo—. En todo caso lo mismo da. Y quizás da mejor. Usted es

tan doctor en Farmacia, como en leyes o en cualquiera otra ciencia—eso se le veía ya por encima—; pero...

—Voy a decirle, doctor. En realidad yo casi estudié derecho, sólo que...

—No, no. Si no iba a decirle que bien podía un hombre de su cultura ser doctor en leyes; sino que no es doctor de ninguna manera y por lo tanto está usurpándose un título universitario y cayendo, por consiguiente, bajo la acción de una ley.

—Mire, doctor Daza—repuso *Viruticas* en tono suplicante—. Dése cuenta. En este país lo llaman a uno doctor en cuanto lo ven leyendo un periódico de arriba abajo y de izquierda a derecha.

—¡Ja, ja, ja!—festejó Daza.

Con lo cual se animó *Viruticas* a proseguir:

—Siendo director de un colegio, yo necesitaba ser doctor de cualquier modo y me dije: "Si dices que eres médico, pueden buscarte para un enfermo; si dices que eres abogado, pueden solicitarte para defender un pleito; si dices que eres ingeniero, para construir una casa o trazar una carretera; mientras que si te dices doctor en Farmacia, nadie te va a poner en apuros entregándote su botica para que ejerzas la profesión."

Rió a todo gusto Basilio Daza y luego:

—Estupendo razonamiento, querido colega.

—Doctor Daza, ya...

—¡Sí, sí! Abogado como yo. Que lo soy de veras, ¿eh? Abogado y comprometido ya conmigo a aceptarle a Efigenia de Smith la función de apoderado suyo que querrá confiarle. Sé que usted está al borde del hambre, porque su colegio no existe propiamente y terminarán por suprimirlo del presupuesto.

—¿Al borde dice, doctor? ¡Qué optimista es usted! Así estaba cuando el colegio existía, orillandito el barranco del

hambre. Ahora estoy en pleno fondo, tirándole peloticas a la luna.

Basilio Daza, en oyendo esto otro, sonrió complacido de su golpe de vista. Desde la primera mirada que le echó encima a *Viruticas,* cuando llegó a encargarse de la dirección del colegio, él se había dicho:

—"Este es un briboncito a pesar del tamañote."

Y por si algunas dudas todavía le quedasen, *Viruticas* dijo:

—Bueno. Vengan los poderes de doña Efigenia. Usted me irá diciendo cómo debo desempeñarme y yo le iré dando a usted...

—No, no. Perdón. Seré yo quien le irá dando a usted lo que pueda corresponderle por su oficio de mampara. Ya tiene usted bastante cuerpo para eso.

Pero *Viruticas* acababa de darse una palmada en la frente.

—¿Qué ocurre?—inquirió Daza.

—Que yo le he dicho a Mariano Urquiza lo del doctorado en farmacia. A él solamente, porque a los demás que me han preguntado les he barajado el tiro con salidas de buen humor.

Daza sonrió desde las profundidades de su abismo y repuso:

—No se preocupe. Para ser apoderado de alguien no se requiere ser abogado de la República.

—Así es—dijo *Viruticas*—. Y no poniéndolo en el poder, no habrá constancia de la usurpación que usted ha mencionado.

—¡Ta, ta, ta! Sí lo pondremos, mi querido Apolo. Siempre que no eche a andar. Pero ahora puede hacerlo. Vaya a cambiarse ese traje por uno de calle, el más presentable que posea y véngase conmigo a casa de doña Efigenia. Por el trayecto le iré indicando las palabras técnicas que necesita emplear.

Jaque de caballo. La reina estaba acorralada y rendida ya.

No era demencia propiamente, sino total desprendimiento de todo, profunda amargura de un infortunio no más merecido que otras suertes mejores. ¿Cuántas serían las que habrían batallado más que ella antes de rendirse? ¿Cuántas las que se habían atrevido a tirar su honor a la calle para que algún delito no se quedase sin castigo? El mismo Nicanor, con toda su rectitud, ¿por qué prefirió el suicidio?... Definitivo derrumbamiento de un alma que ni siquiera al opio de la beatería quería ya refugiarse. Rezaba en silencio en el rincón de su cuarto, todo el día, ni delante de imágenes ya y se había consumido hasta la completa desaparición de la Efigenia culpable. Era una viejecita triste que rezaba y rezaba acurrucada en un rincón.

—Doña Efigenia... Doña Efigenia...

—¿Ah?... ¡Ah, doctor Daza! ¿Es usted?

—Sí, doña Efigenia. Soy yo. Que es necesario que usted otorgue sus poderes para todo lo concerniente a la mejor administración de sus bienes y de los que ha heredado de don Nicanor. Ya es tiempo de que nombre su apoderado... Doña Efigenia...

—Sí, doctor Daza. Lo estoy oyendo...

—Aquí le traigo un colega, el doctor Maragata. ¿No es usted doctor, Maragata?

—En leyes, sí—respondió *Viruticas* atragantándose, pero ya sin poder sacudir la dominación de Daza.

—Se lo recomiendo mucho—prosiguió el dominador—. Puede usted otorgarle sus poderes... Doña Efigenia... Doña Efigenia.

—Sí, doctor. Sí.

—Bien—dijo Daza, aprovechando aquella afirmación originada de alelamiento—. Ahí en el corredor están el señor Juez y su Secretario. El Tribunal ante el cual debe usted hacer el debido otorgamiento. ¿Me permite que los pase

acá, a su habitación, para que ni siquiera saliendo de ella al corredor rompa usted la fórmulas de su duelo?... ¿Verdad que sí? En seguida voy.

Y ante el tribunal allí constituído y con todos los requisitos legales, así le fué arrebatada a la abolida voluntad de Efigenia la firma del amplio poder otorgado al doctor Carlos Luis Maragata, Abogado de la República.

—¡Bonita letra la suya, doña Efigenia!—exclamó Daza, así que ella la hubo estampado donde se le pedía—. Clara, perfectamente inteligible. ¡Inconfundible!

Se despidieron, después de haberse marchado el Juez y su Secretario—instrumentos de Daza, naturalmente—y cuando iban por el zaguán, al paso menudito de Basilio la enormidad de Carlos Luis Maragata éste comenzó a convertirse todo en viruticas: ojos lacrimosos y voz casi gimiente:

—¿Qué se propone usted con esto, doctor Daza?

—¡Shss!

—¡Doctor Daza!

—Ande, ande. No se detenga. Usted me pertenece ya... doctor Maragata.

CAMBIO DE PIEZAS

—¡Mi admirable General de siempre!... ¿Pero, qué le está ocurriendo, mi querido jefe? Lo encuentro un poco ojerudo, un poco... ¡General, General, mire que tantas amigas!...

—Doctor Daza, despáchese pronto. Mire que me encuentra usted, digo yo, con muy pocas ganas de recibir visitas.

—No, General. Eso tiene que admitir una excepción: la visita de un antiguo y fiel servidor suyo, que viene a darle una demostración más de su consecuencia y su lealtad.

—Despáchese pronto, doctor Daza. No más le digo.

—¡Ya, ya! Le trajeron la noticia, ya se ve. Un nuevo

triunfo de Parmenión: Marcos Roger en sus filas. El hombre puro y recto que no quiso entenderse nunca con el General Guaviare...

—¡Doctor Daza! Déjeme tranquilo. Parmenión es un traidor y usted está de acuerdo con él. No más le digo.

Daza estaba fumando y ahora contemplaba en silencio las volutas de humo que se esparcían por el aire. Guaviare lo miró y luego le dijo:

—Déme un cigarro.

—¡Oh! Perdón. No se lo ofrecí porque, como usted no fuma sino tabacos y muy de cuando en cuando. Pero no son criollos, General.

—No importa. A extranjeros también les doy candela yo. Si no que se lo pregunten al doctor Smith. Si es que pueden.

—No diga eso, General. Ni en la mayor intimidad.

—Repítalo usted, si se atreve. ¿Cree que terminé con *Comemuerto* por miedo a las complicaciones que por él pudieran sobrevenirme?

Y Daza, sin responder y sin inmutarse:

—General. En esa mencionada ocasión creo haberle dicho que, según mi parecer, cuesta poco trabajo ser valiente. ¿Lo recuerda usted? Pues ahora voy a decirle que, aunque sí cuesta mucho trabajo no ser temerario cuando se es valiente, como lo es usted, a usted tiene que serle fácil. Porque ya es axiomático que dominio soberano sobre los demás, como el que usted ha ejercido y puede y debe seguir ejerciendo, implica y significa absoluto dominio de sí mismo.

—¿Y todo eso, a qué viene?

—Ya se lo he dicho: a darle una demostración más de mi consecuencia y mi lealtad. Adelántesele a la combinación Parmenión-Roger. Devuélvale el río a la ciudad.

Se levantó Guaviare de la hamaca donde recibía la indeseable visita y dio unos pasos por la habitación hasta

detenerse ante un mueble del cual sacó una canana con dos revólveres y mostrándosela a Daza explicó:

—Mire lo que tenía preparado para llevárselo al pueblo esta misma tarde.

—Lo que tenía, ha dicho, afortunadamente.

—Lo que tengo. Y ya en la mano.

—No, General, no. Eso sería arrebato de matón, nada más. Usted es otra cosa.

Guaviare lo miró en silencio desde allá, con la canana entre las manos. Luego volvió a guardarla donde lo estaba y vino hacia el interlocutor que no le había correspondido aquella mirada, por dedicar la suya a la contemplación de las volutas del cigarrillo. Se le plantó por delante, interpelándolo:

—¿Doctor Daza, qué se ha imaginado que soy yo y qué es usted y qué somos los dos?

A lo que Daza, sin alterarse:

—Dos hombres que ya tienen una suerte común. Dos hombres a quienes habrá que pedirles cuentas, conjuntamente.

—¿Cuéntas de qué?... Respóndame.

—General Guaviare, déjele eso de la hipocresía a Parmenión, que con otras armas no puede valerse y defenderse. No dilapide el supremo don de la naturaleza en usted, cambiándolo por la infelicidad de la hipocresía. A usted le molesta que un hombre de las condiciones del doctor Marcos Roger no haya querido colaborar con usted, que por lo contrario lo haya atacado, y ahora vaya a prestarle colaboración a Parmenión. Déjelo hacer, que en su culpa tendrá su castigo. A Marcos Roger lo hubiera estimado usted en lo que vale, porque usted es generoso y no le amargan la vida méritos de otros hombres; porque usted se siente a sí mismo tal como es y totalmente y sabe que nada ajeno le hace falta para ser una plenitud de hombre; mientras que Parmenión no puede perdonarle a nadie que algo valga y tratará siempre de humillar a sus amigos y de demostrar

que para nada sirven. Eso tendrá que ocurrirle al doctor Marcos Roger y será su mayor castigo.

Se quedó mirándolo Guaviare un buen rato en silencio. El pensamiento discursivo de Basilio Daza lo había obligado a poner el suyo en movimiento para seguírselo y esto ya lo había desplazado de sí mismo al sacarlo de una idea fija en procedimiento simple: presentarse en el pueblo y caer a tiros con aquellos dos revólveres. Por otra parte, las palabras de Daza contenían un elogio de su persona—no quiso pensar que fueran lisonja, como siempre lo había hecho respecto a elogios que se le tributaron—y todo esto concluyó por desarmarle el coraje.

—Tiene usted razón. Parmenión no es sino un hipócrita. Pero se enredará en sus propias hipocresías y entonces será cuando le caeré encima. Cuando se crea más fuerte. Cuando lo sea de veras.

Y volvió a meterse en la hamaca, para agregar desde allí:

—Pero eso de devolverle el río a la ciudad no me parece sino hipocresía también y no lo haré. Que me lo quiten, si es que pueden. A mí ninguna falta me hace, pero... ¡Que me lo quiten!

—Poca cosa perdería *Sabana del Muerto*—dijo Daza, ya entrando en lo a que venía—; pero como indudablemente menos valdrá cuando ya todo el río no lo atraviese, un cambio de esta posesión por otras que mucho más valgan, sería un golpe maestro.

—¿Por cuáles, por ejemplo?—preguntó Guaviare ya interesándose.

—Por *Rinconada* y *Floramarilla*. Doña Efigenia le hace el cambio.

—¿Sí?

—¡Claro que sí!

Y le refirió lo que de Efigenia ya había logrado: Maragata, instrumento suyo, apoderado de ella.

—¡Ah, doctor Daza!—celebró el cacique—. Hombre de letra menuda.

—Hombre de suerte apersogada con la de usted.

—¿Se arrepiente del apersogo?

—No estaría aquí, sino junto a Parmenión.

—Es verdad. Pero no es bueno que se le aparte por completo. Péguesele al lado y trate de inspirarle confianza.

—Así continuaré haciéndolo.

—Bueno. Lo del cambio, aceptado. Déle curso a la operación desde mañana mismo, que para eso ya tiene usted mis poderes. Así, en todo caso, no será a Hermenegildo Guaviare a quien le quiten el río.

Momentos después, de regreso a la ciudad, iba diciéndose Basilio Daza:

—¡Qué fácil! ¡Qué fácil es jugar con ellos! En el ajedrez verdadero no se divierte uno tanto dando jaques y cambiando piezas. ¡Y nada menos que jaque al rey vengo de dar!

Y luego, en otros planos de invitaciones del camino solitario a decir lo que se va pensando:

—Se acabó el General Guaviare. El hartazgo de poder les produce delirio de soledad. Creen valerse por sí solos y ellos mismos se desarman y se pierden. Ahora vamos a formar al General Parmenión. Mientras la tierra siga produciéndolos, adelante con ellos.

DON ALIRIO QUERREQUERRE

Era el mismo razonamiento que se había hecho Marcos Roger, opuestos los puntos de partida y los fines perseguidos, empero los de contacto bastaron para que don Alirio desplegase la bandera de la indignación difamatoria y a ella se acogiesen muchos.

Un viejo de barba esponjosa, toda blanca si gran parte de ella no se la hubiera puesto rojiza la nicotina del tabaco

pestífero que no se quitaba de la boca; todo vidrio de grandes antiparras negras, de frente y a ambos lados, lo que sin ellas serían ojos irritadizos y pitarrosos. Tenía un nombre dulce y suave, pero como era todo lo contrario dábanle por patronímico el Querrequerre, onomatopéyico del graznido del pájaro indomesticable que así se le llama y muere de rabia si se le enjaula.

Pero, sin embargo, don Alirio vivía enjaulado, dentro de su casa todo el tiempo, a la ventana de gruesos barrotes de madera todo el día. Porque era recalcitrante en grado sumo, no admitía que pudiese haber virtud de hombre comparable a la suya y por no transigir de ninguna manera con la inmoralidad política reinante se había dado la casa por cárcel y de allí no salía hacía varios años. Pero no se quitaba de la ventana mientras por la calle pudiese haber transeúntes, para que todos diesen constancia de que Alirio Méndez vivía y estaba allí, viéndolo todo.

Y vio que Marcos Roger iba con Parmenión por la calle real del pueblo, a plena luz del día.

Se quitó de la ventana, pidió su ropa de salir, con años y años de descanso dentro del armario.

—¡Ay, Alirio!—gimió la mujer—. Pero si ya esos paltolevitas no se usan. Además, casi todo se lo han comido las trazas.

—Pues lo que quede me lo pongo. A mí se me dan tres bledos.

—¿Tres pitos querrás decir, Alirio?—se atrevió a averiguar la anciana esposa.

Pero además de atreverse a replicar había empleado una persona del futuro del verbo querer y esto no podía tolerarlo don Alirio Querrequerre.

—¡Tres pitos o tres bledos o tres ca...nijos!

—¡Alirio, por Dios! Ven, ven. Ven para que te pongas tu paltolevita. Aunque ya no se usen, tampoco.

—Yo tampoco me uso. Yo no soy de este tiempo po-

drido. Pero voy a echarme a la calle, con mi paltolevita de antes y mi alma de antes y mi virtud y mi dignidad de siempre, para llegarme hasta la plaza principal y pararme en el centro de ella, a gritar, con mi voz de ahora que es una voz de antes: —¡Acabo de ver al incorruptible doctor Marcos Roger, partiendo un confite con Parmenión por el medio de la calle real!—Iban por la acera, pero yo los tiraré al medio de la calle, por donde arrastra el viento las basuras.

Y sobre poco más o menos así continuó mientras se vestía con su ropa de antes y sus botines de antes, pero con su sombrero de todos los días, uno de fieltro negro que siempre tenía puesto, en la diaria exhibición de su persona a la ventana. Y así se echó a la calle.

—¡Don Alirio! ¿Usted en la calle?—exclamaban y se preguntaban todos los que se lo tropezaban.

—¡Sí! ¡Yo mismo! Pero no como el incorruptible Marcos Roger, partiendo un confite con Parmenión, por donde ruedan las demás basuras que el viento arrastra.

—¿Qué me cuenta?

—El Evangelio de San Marcos. ¡El del león!

Y seguía, con su ropa desusada y taraceada y su virtud estruendosa, esparciendo el escándalo.

—¿Eh? Tú.

Era Velarde, a quien no conocía personalmente, pero cuya amistad con Roger no ignoraba. Lo increpaba desde la acera, ante una de las puertas de la tienda e insistía en tutearlo.

—¿Has mandado a comprar ya el desinfectante para desinfectar tu refugio?

Pero como Velarde no salía de su asombro ni de la incomprensión de aquella invectiva, agregó:

—Acabo de ver a tu amigote.

Y repitió lo del confite y el medio de la calle.

—Don Alirio—comenzó a replicar Velarde, pero de allí no pasó.

Ni más le hubiera oído tampoco don Alirio, porque ya iba calle abajo hacia la capillita del Rosario.

Lo encontró en la sacristía, disponiéndose a guardar las vestiduras con que acababa de celebrar una misa de difuntos. Lo interpeló sin saludarlo, desde el umbral de la puerta que comunicaba con el presbiterio de la capilla:

—¿Por el amigo muerto, Padre Romero?

Se volvió éste y a la extrañeza de la pregunta se le añadió la sorpresa de la inesperada visión. Luego pudo formular:

—¿De qué amigo mío sabe usted que haya muerto, don Alirio?

—Moralmente.

Y refirió una vez más el insólito y escandaloso acontecimiento, concluyendo:

—¡El virtuoso, el incorruptible!

El Padre Romero había contraído el ceño y se había llevado la mano al pecho con expresión dolorosa; pero ya reaccionaba:

—Para exigirle virtud a alguien, don Alirio, es necesario poseerla mayor o igual, por lo menos.

—La virtud de Alirio Méndez puede permitirse esas exigencias, Padre Romero.

Vino éste a reunírsele y cuando ya lo tenía al alcance de la mano, poniéndosela en el hombro, le replicó:

—Alicio Querrequerre no es sino un viejo gruñón.

—¡Cómo!

—Bastante holgazán, además, puesto que no vive sino de lo que su buena mujer logra procurarse entre sus amigas.

—¡Padre Romero!

—Ya, ya, ya... Ya está dicho todo y nada retiro, porque todo no es sino una parte de la verdad. De modo que si no quiere oírme el resto, lárguese ya.

Pero lo dejó preguntándose:

—¿Será posible que Marcos Roger se nos haya pasado al enemigo natural?... ¿Era eso lo que el domingo nos anunció?

Don Alirio iba ya lejos, porque llevaba prisa y al pasar frente a la iglesia del Dulce Nombre—una de las más antiguas de la población, con altozano enladrillado y pequeña plaza por delante, a la que le formaban rincón apacible viejas casas, abandonadas de sus dueños casi todas—no le impidieron sus gafas descubrir que entre las señoras que acababan de salir del templo y en el altozano se entretenían conversando en varios grupos, estaba la mismísima doña Rosa de Roger, madre de Marcos, y allá se encaminó a esparcir el escándalo en lo más recoleto del pueblo.

—¿Qué te parece, María de Jesús?... El incorruptible Marcos Roger...

Doña Rosa hablaba con otra María de Jesús, a la que decíanle Jesusita, de sus mismos años, buenísima mujerona de su deber cumplido, como ella, pero con varios hijos bien levantados que ya la habían hecho abuela de numerosos nietos, risueña y amiga también de ocurrencias festivas. Fue Jesusita quien oyó la alusión y dirigiéndose a Rosa, pero atendiendo a lo otro:

—¿Qué está diciendo de tu muchacho ese mamarracho?

Atendió doña Rosa y se enteró de todo, pero en seguida le acudió su ocurrencia:

—Déjalo de mi cuenta—díjole a Jesusita—. Aguárdame aquí.

Eran unos muchachos del pueblo que estaban reunidos en el altozano, esperando un bautizo de que habían tenido noticia por los monaguillos, para pedirles su medio al padrino.

—Oigan—díjoles doña Rosa, haciéndolos reunirse en torno suyo—. Ya el bautizo terminó y ése es el padrino. Don Alirio Querrequerre, que tiene mucho dinero, pero es

muy tacaño. Anden a pedirle su medio y no lo desamparen hasta que se los dé. Ese de la levita verde botella.

Y comenzó el coro de los pedigüeños:

—¡Mi medio, padrino! ¡Mi medio, padrino pelón!...

Se les encaró don Alirio, ya todo enfurecido:

—¡Qué medio ni que ocho ca... nijos!

—¡Don Alirio, por Dios!—exclamó la María de Jesús que le había escuchado el cuento y lo dejó solo.

Don Alirio partió de estampía, pero los muchachos se le fueron detrás y ya otros venían corriendo de acá y de allá a incorporárseles, todos gritando:

—¡Mi medio! ¡Mi medio, padrino pelón!

Doña Rosa se despidió de Jesusita cuando ya no podían reir más y se dirigió a su casa.

En el recibimiento del corredor de entrada estaba ya el Padre Romero, esperando.

—Padre. Si yo hubiera sabido que estaba usted aquí, no me habría tardado tanto.

—No es a usted, doña Rosa, a quien espero; sino a Marcos, que tampoco está en casa, pero de aquí no me voy hasta que hable con él.

—Ya me imagino, ya. Pero usted no va a esperarlo. Va a conversar un rato conmigo y luego se regresará tranquilo a su casa. No es concebible que en un hombre de las condiciones de usted, cunda el escándalo de un Alirio Querrequerre.

—Es que llueve sobre mojado, querida amiga. El domingo, Marcos me dejó intranquilo y ahora no hago sino preguntarme, hace rato, ¿cómo es posible que toda una vida de rectitud y de dignidad se tire de pronto a la calle, así como así?

—Venga acá, Padre Romero, y dígame: ¿Hasta cuándo van a estar, usted y Marcos, revoloteando y persiguiéndose sobre los copitos, como los murciélagos? No es muy agradable la comparación, pero no me refiero a sus balan-

dranes—que tienen todo mi respeto—sino a esas preocupaciones de por allá arribota, sobre los copitos, como ya dije.

—¿A preocupaciones espirituales, doña Rosa, se refiere usted?

—Sí, sí.

—¿Y las llama "de por allá arribota", despectivamente?

—Sí. ¿Por qué no? A nuestros espíritus Dios les puso un par de piernas con sus respectivos pies, más o menos sucios, a cada uno, para que nos asentáramos sobre la tierra. Es aquí abajo, Padre Romero, al ras del suelo, donde hay que arreglar las cosas que anden mal o no anden de ningún modo.

—No me sorprende que así hable la madre del hombre del tiempo, como se ha llamado el mismo Marcos una vez.

—¡Claro! Puesto que yo no soy la madre del hijo de Dios, sino del hijo del hombre que conmigo se casó. Ese hijo mío está empeñado otra vez en que el río vuelva a correr por acá y si es Parmenión el instrumento que puede manejar para lograrlo—y esa flauta no suena si no se la sopla con maña—pues que lo haga.

—¿La honradez al servicio de la bribonada, doña Rosa?

—Bájate, murciélago. La bribonada al servicio de la honradez. ¿Ya no es algo, Padre Romero?

—¡Doña Rosa!

—¡Shs! Aguarde, aguarde. Escuche.

Era por el alboroto callejero que venía acercándose:

—¡Mi medio, mi medio, padrino pelón!

Rio doña Rosa y luego le dijo al sacerdote invitándolo a asomarse a la puerta del zaguán:

—Venga para que vea.

Y vieron pasar a don Alirio Querrequerre ya en el colmo de la ira impotente contra la turba de muchachos de la calle que lo seguían riendo y gritando:

—¡Mi medio, mi medio, padrino pelón!

—Ya va de retirada para su casa—dijo doña Rosa y

luego le refirió al Padre Romero aquella ocurrencia que había tenido, de ahogar el escándalo que don Alirio se había propuesto esparcir por el pueblo, con una rechifla de muchedumbre callejera.

Rio a su vez el Padre y admitió:

—¡Magnífica idea, doña Rosa! Y la ha logrado plenamente porque parece que no se ha quedado muchacho en el pueblo sin ponerse a su servicio. ¡Je, je, je!

—Bien—dijo doña Rosa—. Recuerde ahora aquello de: "cuando veas la barba de tu vecino ardiendo"...

—¿Me amenaza con convertirme también en padrino pelón?

—Si se me pone con Marcos muy Alirio Querrequerre, tendrá también su merecido.

—¡Jo, jo, jo!—rió el Padre—. ¡Esta doña Rosa! Me marcho ya, porque es muy capaz de echarme la muchachada encima.

Y mientras atravesaba el zaguán, él también a coro con el alboroto callejero:

—¡Mi medio! ¡Mi medio, padrino pelón!

III

PURO Y LIBRE

Fue en el pasaje en que Kolesnikov, en colérico arrebato de su extraño carácter, le decía a Sacha: —"Si no eres puro como un ángel, si tienes algo que te ate, vete, renuncia, te lo suplico."

Martín Campos había interrumpido la lectura para mirar a Elio y así también lo hicieron todos los que oían, profundamente interesados en la apasionante novela.

—¿Por qué me miran así?—les había preguntado Elio.

Pero Martín Campos, el único que, por haberse leído

ya toda la novela, podía dar la explicación, sumamente pálido se limitó a producir aquella característica sonrisa suya de boca apretada—nada burlona, esto era evidente—y volviendo al libro señaló el margen de la frase indicada con una enérgica raya grabada por la uña de su pulgar derecho y continuó la lectura.

Sin embargo, Elio Monegas había comprendido y todo se le había vuelto lucidez y serenidad dentro de sí mismo desde un principio. No era cierto que su castidad, como se lo había dado a entender el tío Mariano, su invencible repugnancia del placer de la carne, fuese causa de su timidez y de su incertidumbre de sí mismo. Allí debía de estar, por lo contrario, su fuerza mayor y de mejor calidad, puesto que en ella vieron sus compañeros—Martín, especialmente, en cuya espiritual amistad se complacía—el mismo hermoso signo de predestinación para obra noble que el singular Kolesnikov vio en Sacha el puro.

Desde aquel día, por añadidura, ya ninguno de sus compañeros volvió a darle bromas pesadas ni a ponerlo en situaciones difíciles por causa de su castidad, sino que se la admiraban e incluso los que la habían perdido se la envidiaban. Cierto que por haber quedado todos bajo la influencia de la poderosa creación del novelista ruso, pero de todos modos era un signo de elección que Martín Campos había descubierto en él. Del personaje de la novela ya conocía el destino tremendo, entre sus compañeros él era Sacha—jugando todos a vivir la ficción apasionante—pero en el fondo de su alma ya había aceptado la obligación trascendental.

"Si tienes algo que te ate..."

Sí tenía algo que de una manera especial quería atarle. Su madre, sus hermanitos, Mariano, su padre mismo, con todo lo que de él lo distanciaba espiritualmente, eran lazos, aunque formados por otras voluntades contra las que se podía o no reaccionar; pero Filomena era una irresis-

tible disposición de la suya propia a vincularse definitivamente, irresistible y sin embargo no comenzada a realizarse de ninguna manera.

Una muchachita en la flor de los quince, más interesante que graciosa, no bonita y sin embargo cautivadora. A veces, un temperamento avasallador y frío hasta los extremos del egoísmo absoluto: a veces un encanto de dulzura y suavidad. La nariz enérgica, los ojos sonrientes, algo desdeñosa en la expresión habitual de la boca y al mismo tiempo la criatura más dispuesta a compartir con sus compañeras las pequeñas o grandes preocupaciones de éstas, tomándoselas a pecho y nadie más expresiva en la atención que a toda persona dedicaba, sin distingos de clases sociales. Era rubia, pero tenía los ojos negros.

—Filomena Rompecabezas—la llamaba Martín Campos, de quien era prima hermana.

Y acostumbraba darle bromas a Elio, cuyo amor por ella conocía, palpándole la cabeza y preguntándole:

—¿Todavía no te la han roto por completo? ¿Cuándo te decides a descifrar ese enigma?

Eran amores platónicos, de la más perfecta y delicada especie. La veía en el color de las nubes, ciertas tardes; la oía en el canto de algunos pájaros, especialmente en el melancólico silbo del saucé, entre la hierba de los campos solitarios, cuando se estaba poniendo el sol.

—¿En qué se le parece?—le preguntó una vez Martín Campos, a quien le había hecho esta confidencia—. Si Filomena Rompecabezas es de lo menos saucé que yo he escuchado en mi vida. De lo menos melancólico, quiero decir.

En realidad, a ella misma la veía poco y sólo le oía la risa burlona, porque él no se atrevía a acercársele. Pero un día se amanece todo convertido en decisión, procura un encuentro con ella en la casa de Martín, quien a ello se presta complacido y se encara con el gracioso enigma diciéndole:

—Filomena. Yo estaba enamorado de ti.

—¿Qué me cuentas, chico? ¡Pero si eso lo sabía todo el mundo!

—¿Tú también?—le interroga, sosteniéndole la mirada.

—¡Claro que sí!

El continúa mirándola y se dice mentalmente, por el tono de alegre franqueza de aquella voz:

—Tiene razón Martín. Lo menos saucé del mundo.

Y luego:

—Pues sí. Pero ya no lo estoy.

—¡Qué lástima, chico! No sabes lo que te pierdes.

—¡Filomena! ¿Por qué dices así, Filomena Rompecabezas?

—Porque es lo menos que se le puede responder a un joven que venga a contarle a una que ya no está enamorado de ella. Sin que esté preguntándoselo, por cierto.

—Tienes razón. Pero la timidez no me dejaba.

—¿Y cuando te deja ya no te provoca? Mira que será a ti a quien habrá que llamar Elio Rompecabezas.

—Eso era yo para mí mismo. Me buscaba y no me encontraba.

—Te felicito, entonces, por el hallazgo.

—Filomena...

—¿Qué, chico?

—¿Recordarás esto más adelante? ¿Lo conservarás en tu corazón?

—¡Hum! No me pongas crucigramas, chico.

Y llamando al primo, que por allí estaba a prudente distancia:

—Martín.

—¿Qué pasa?—preguntó por allá el interpelado—. ¿Le está sangrando mucho a Elio la cabeza?

—No. Pero llévatelo, de todos modos, porque me parece que necesita que lo saquen a coger aire.

Salieron a la calle y Martín le preguntó:

—¿Qué?

—Todo como era debido—respondió Elio, sin aleteo de labio, sin nada que demostrase desajustes interiores—. Me le declaré, para que no me quedaran dudas de que me lo impidiera la timidez y en seguida rompí con ella. Ya no tengo nada que me ate.

Martín Campos se detuvo, se le plantó por delante, le tendió la mano y estrechando la de él, solemnemente, mientras lo miraba a los ojos, díjole, con palabras emocionadas:

—Yo lo esperaba. Puro y libre, como te necesita la revolución.

Una de esas estupendas cosas ingenuas de las crisis de la adolescencia. Pero también algo más.

EL HIJO PREDILECTO

Que se respiraba con el cálido aire que envolvía el pueblo, que hacía decir a cada rato, aquí y allá:

—Esto no puede continuar así.

La opresión y el oprobio, el insoportable reinado de la iniquidad política a que todo un pueblo venía sometido, años y años. Basilio Daza, que tenía ojo zahorí para aquella especie de señales del tiempo y por otra parte no podía consentir que la influencia del doctor Marcos Roger se hiciese exclusiva en el ánimo de Parmenión, le dijo a éste:

—¿Qué espera, General? Están corriendo horas sumamente peligrosas para usted. Hágalas suyas en seguida, si no quiere que se le tornen contrarias. Decrete la recuperación del río, mañana mismo.

Y Parmenión, a quien nadie podía adelantársele porque le sobraban mañas para anotarse iniciativas, sacando una hoja de papel de una de las gavetas del escritorio, repuso:

—Hoy mismo, doctor Daza. Cuando otro viene, ya voy yo de regreso. Aquí está escrito en el papel, hace días y mañana saldrá en el periódico.

Lo de que ya estuviese escrito, era cierto... —y redactado por Marcos Roger—pero lo de que se daría al público al día siguiente, fue entonces cuando vino a decidirlo. De todos modos así amaneció al día siguiente la noticia en las calles de la población. Parmenión Manuel le devolvía a la ciudad su río. Parmenión Manuel reaccionaba contra Hermenegildo Guaviare.

Era el día fijado para el matrimonio de Mariano Urquiza con Marta Elena Vilardelín. La ceremonia, tanto en lo civil como en lo eclesiástico, se efectuaría en la casa del colegio, en horas de la mañana y aún no habían llegado doña Rosa y Marcos Roger, que figuraban entre los testigos del primero de aquellos actos, pero ya estaban allí, adelantados y con muestras de impaciencia, el Presidente y el Secretario del Concejo Municipal.

—¿Y si prescindiéramos de esos testigos, doctor Urquiza? Figuran otros y con ellos basta.

—No, señor Presidente. Yo tengo especial interés en que doña Rosa y el doctor Roger suscriban esa acta.

—¡Caramba, caramba!

—Además, no es todavía la hora convenida—añadió Urquiza—. Por lo cual no han llegado ellos.

—Sí, sí. Pero una sesión solemne del Concejo... Y ya va a ser hora.

Y se metía y se pasaba el índice derecho entre el duro cuello de la camisa y los fláccidos tejidos del suyo propio, como para aflojarse lazo de soga que ya estuviese ahorcándolo, mientras el Secretario consultaba el reloj y hacía movimientos de hombros y cabeza y visajes reveladores de la profunda contrariedad que le causaba la falta de puntualidad en la hora, destinada a memorable, de aquella sesión solemne.

Llegaron, por fin, doña Rosa y Marcos Roger; de prisa y comiéndose la mitad de las palabras leyó el Secretario los artículos pertinentes del Código Civil y el acta del matri-

monio; efectuóse luego la ceremonia del eclesiástico ante el Padre Romero y así quedó unido Mariano Urquiza a aquella mujer que sin duda venía a compensarle su carencia de entusiasmos generosos, porque bajo su admirable serenidad, compostura de su belleza, guardaba hondas e inagotables reservas de fe y esperanza en la bondad humana.

El traje de novia la había embellecido más y la gracia de Misifú, sentadas a sus pies, lindas y confiadas, le añadía majestad de virgen y madre.

De suya le hacía las veces, para las conveniencias sociales, doña Rosa de Roger. Panchita de Monegas estaba contentísima, porque ya Mariano empezaría a tener sus hijos y a todo el mundo se lo manifestaba. Ramitos Simoza se había encargado de la confección del obsequio y andaba de aquí para allá diciendo que aquel matrimonio era obra suya. Estaba Filomena Rompecabezas, junto con otras amiguitas de su edad, pero casi no se entretenía con ellas por contemplar a Marta Elena, exclamando:

—¡Qué maravilla, qué maravilla!

El Padre Romero estuvo allí unos momentos y luego se fue; pero en seguida volvió con muestras de ánimo excitado, a punto de estallar.

Marcos Roger evitaba su compañía y procuraba estar solo. Anterito había entrado y salido tres veces y también daba muestras de inquietud. Los alumnos del colegio, el larguirucho Martín Campos descollando en el grupo, se mantenían aparte.

Al principio estuvieron reunidos con las amiguitas de Filomena, de aquí para allá y Pereirita dándoles tute a todas; pero a la segunda entrada de Anterito algo le oyó decir Martín Campos y en seguida congregó a sus compañeros, comunicándoles la novedad y allí estaban, inquietos, pero sin dispersarse, cuchicheando entre sí, menos Martín, que tenía apretada la boca y estaba sumamente pálido. Elio

lo miraba de cuando en cuando y entonces él sonreía un poco.

—¡El bufé, el bufé!—anunció Ramitos Simoza—. Vengan, vengan, que se enfría el consomé. Los novios adelante.

Acudió la concurrencia al comedor, como rebaño recogido y arreado por la Simoza; pero allí se reprodujeron los aislamientos que ya venían observándose: el Padre Romero con Velarde; Roger por allá, solo; los alumnos del colegio más allá, mirando entre ratos a Marcos Roger, sin quitarle la vista el larguirucho, silencioso y pálido Martín.

Y en esto llegó Anterito una vez más. Le hizo una seña a Marcos Roger, llamándolo, y cuando se le acercó se lo llevó al patio y le dijo:

—Lo que nos temíamos. Se reunió el Concejo y acaba de dictar un acuerdo dándole a Parmenión el título de Hijo Predilecto de la ciudad.

—Yo no me lo temía—repuso Roger—. Sino que lo esperaba, simplemente.

—Pero, es una vergüenza, doctor Roger, que su esfuerzo de buena intención venga a desembocar en esto. En la adulación de siempre.

—No me salga usted ahora con vergüenzas. Ya ésas las pasé yo ante mí mismo, cuando me decidí a tomar este camino. El único que puede llevar a la realización de algún bien para el pueblo.

Y como se les acercaba el Padre Romero, Roger abandonó el patio y fue por su sombrero al saloncito contiguo al de clase, donde lo había dejado.

Pero hasta allí lo siguió el sacerdote, que no podía aguantarse más. Se le plantó en el umbral de la puerta y:

—Ya está cumplida tu obra, hombre del tiempo—, díjole, ira y dolor en la entonación de la voz—. Oye ahora el anatema del hombre de Dios: el pecado contra el ideal no tiene redención.

—Padre Romero—repuso Roger, buscando todavía su

sombrero entre los que allí estaban—, ni el sitio ni la ocasión son muy propicios para una disputa, por lo demás inútil.

—No me hables de ocasión mejor, que ésta será la última de verte yo y de oírme tú. Oye las detonaciones de los cohetes y las campanas echadas al vuelo, celebrando la nueva iniquidad a que has dado motivo y lugar. El río volverá a correr por donde antes corrió, Parmenión lo ha decretado esta mañana y ahora el Concejo lo proclama Hijo Predilecto de la ciudad.

—Me da usted noticias que ya conocía.

—¡Claro que sí! Como todo eso ha sido obra tuya.

—¿Incluso el acuerdo del Concejo? ¿Se atreve usted a asegurarlo sin temor de incurrir en calumnia?

—Yo sé lo que te digo y tú me entiendes. Has contribuído a que prevalezca una mentira más sobre este pueblo, ya corrompido por el engaño de la iniquidad. Y ésa es tu obra, óyemelo bien. Has contribuído a la corrupción del pueblo.

—No es culpa mía que en este pueblo todavía no se pueda lograr el bien cuando se busca por los caminos rectos. Por ellos lo busqué yo antes. Y hemos terminado.

—Nosotros sí, como amigos que éramos. Pero tu obra comienza ahora. ¡Oyela!

—¿Va usted a cargarme también en cuenta esos repiques de campanas de un templo?

—Las de la capilla del Rosario no repicarán glorias de Parmenión, sino que toda esta tarde doblarán a muerto. Por el hombre que fue uno de los pocos justos que en este pueblo había y ahora se ha pasado a la causa de la mentira y de la adulación desvergonzada. ¡De la iniquidad, en una palabra! Terminó Guaviare, pero hoy comienza Parmenión, el mismo mal con distinto nombre, y Parmenión será obra tuya, en la misma proporción que Guaviare lo fue de Basilio Daza. De la mano ya, en la historia de las des-

vergüenzas de este pueblo, tú y Basilio Daza. ¡Y te llamé mi amigo! ¡Claro está que hemos terminado ya, para siempre!

Y esto último lo dijo apartándose, con movimiento de evitar contaminación, de la puerta del saloncito al corredor por donde ya se marchaba Marcos Roger.

Estaban allí los alumnos del colegio y así que hubo salido Roger, Martín Campos miró a Elio y éste dijo:

—Vamos.

Y se echaron a la calle.

LA PROTESTA

La encabezaban ellos y los cartelones ponían:

¡Atrás la mentira y la iniquidad! ¡No queremos que se nos engañe más! ¡Abajo los aduladores!

Era una voz reprimida hacía años, que por fin se echaba a la calle. Era la juventud en marcha, los indiferentes y los remisos arrastrados por los decididos. Marchaban en silencio, cumpliendo estrictamente la consigna de Martín Campos, las bocas apretadas, las manos apuñadas y hundidas en los bolsillos de los pantalones bien puestos, pecho afuera y cabeza en alto; pero la lección de lectura enérgica que iban dando los cartelones, despertó primero murmullos de media voz unánime entre la multitud asomada a las puertas y ventanas y detenida en las aceras al paso de la protesta y luego gritos valientes de lección bien aprendida:

—¡Abajo los aduladores! ¡Atrás la mentira y la iniquidad!

Cesaron los repiques de campanas, no estallaron más los cohetes de la celebración del Hijo Predilecto y de las casas embanderadas comenzaron a desaparecer los pabellones tricolores que el Concejo Municipal había ordenado sacar a las calles. Filomena Rompecabezas fue la primera en quitar

de su ventana la bandera nacional, la imitaron las casas dentro de las cuales repercutía bien aquella voz de protesta, lo hicieron también en aquellas donde se albergaban la indiferencia y la apatía o las contrariadas preferencias por Hermenegildo Guaviare y ya Parmenión se estaba quedando sin aquellas galas en el día de su emancipación política de la tutela de su jefe y compadre.

Pero, asomado a una de las ventanas de la casa de gobierno—dentro de la cual bullía la impaciencia sanguinaria de los matones de su espaldería—y revestido de calma esperaba el paso de la protesta, para dar una demostración de menosprecio de muchachadas antes de mostrar mano de hierro con quienes más merecieren.

Se la llevaron allá, se la plantaron por delante para que a regañadientes leyese lo que era ya voz de un pueblo y él leyó lo que estaba escrito en los carteles y movió afirmativamente la cabeza, mientras murmuraba, puesta su sonrisa de andar en público:

—¡Umjú! Eso no es conmigo. Eso es contra los concejales.

Pero miraba y rebuscaba entre la muchedumbre silenciosa que llenaba la plazuela.

Porque no podía creer que aquello fuese todo muchachada; porque sospechaba que allí anduviese metida mano de Hermenegildo Guaviare y necesitaba reconocerla en seguida. Y rebuscando así descubrió a Anterito Valdez.

Se quitó la sonrisa de pública exhibición, se retiró de la ventana y dio la orden:

—Prendan a Anterito Valdez. A los muchachos, disuélvanlos amenazándolos con plan de machete. Y si alguno quiere llevar, que lleve. Pero suavecito, suavecito.

Se precipitó a la plaza la avalancha de la violencia, sable desnudo en mano; se arremolinaron y huyeron los que todavía no estaban satisfaciendo allí sino curiosidad ante espectáculo insólito; pero la esperaron a pie firme los es-

tudiantes, ofreciendo el pecho al atropello, apretados de varonil decisión los rostros imberbes, y varios sables alzados para amenazar vacilaron y se abatieron desmoralizados. Pero ya Anterito Valdez estaba preso y a empellones lo llevaban.

—¿Qué hacemos?—le preguntaron a Martín Campos varios de sus compañeros.

—¿Qué hacemos, Elio?—interrogó a su vez el interpelado.

Y Elio Monegas, aceptando una vez más la dirección del movimiento que Martín se empeñaba en cederle, sonrió y respondió:

—Seguirlos, sin alboroto. Compartir la suerte de Anterito Valdez. Entregarnos prisioneros, todos. Meternos en la policía si a él no lo ponen en libertad inmediatamente.

—Ya lo han oído—díjole Martín Campos a los demás.

—Pero...—quiso protestar Pereirita, a quien no le parecía aquella actitud todo lo enérgica que el caso requería.

—Ya está dicho—insistió Martín, interrumpiéndolo—. Entregarnos presos, todos.

Y así lo hicieron.

Era, aparentemente, otra muchachada, o cuando más una conducta originada de la incapacidad para la lucha verdadera del espíritu contemplativo de Elio Monegas; pero fue la mejor lección de aquel día. Cárceles y torturas bajo el Guaviare implacable habían producido la sumisión de todo un pueblo y cuando por evitarlas todo se soportaba y se admitía, un puñado de muchachos, yendo a ellas voluntariamente, desvanecen de golpe el espantajo del miedo.

Parmenión se rascó la cabeza:

—Esto sí no me está gustando.

Porque era ponerlo en trances de violencia extrema, superar lo de Guaviare que ya no metía miedo y para ello no tenía temperamento. "Suavecito, suavecito" era su modo

natural de apretar y si cárceles no bastaban, a muertes no quería él que lo llevasen.

Cundió el ejemplo, la agitación se esparció por todo el pueblo, se amotinaron barriadas, durante dos días estuvieron cerradas las casas de comercio en señal de protesta y cuando amaneció el tercero todavía Parmenión se rascaba la cabeza—todas aquellas noches en vela en la casa de gobierno—, no sólo por la magnitud creciente e insospechada del movimiento, sino por no haber podido descubrir aún qué parte tendría Hermenegildo Guaviare en todo aquello o cuál era la mano de militar—de cabecilla, a la manera de siempre—, que tenía que estar dirigiendo la insurrección. Para Parmenión Manuel, hechura de revueltas armadas, aquel movimiento popular producido por un gesto de estudiantes, mientras no lo viese desembocar en un alzamiento armado tras el General Fulano o el General Zutano, era cosa insólita y tremendamente inquietante.

Pero al comienzo mismo del tercer día le llevaron la noticia tranquilizadora:

—Todo el comercio está abierto.

Fue porque Basilio Daza les había dicho a los más influyentes:

—Esto es un movimiento comunista, que viene contra ustedes, especialmente.

Respiró con alivio, exclamando:

—¡Bueno! La gente de orden le da la espalda al movimiento. Ya me lo había prometido el doctor Daza. Pero tendrán que pagármela los agitadores. Si no quieren estudiar, por estar politiqueando, los voy a poner a trabajar como peones.

Y dispuso la conducción de los estudiantes al lugar donde habían de comenzarse, en seguida, las obras de limpieza del cauce del río.

Así fue hecho, en la presencia del pueblo, dominado el alboroto callejero, a las ventanas las madres viéndolos pasar, a pie por el medio de la calle entre un pelotón de soldados y ellos dándoles alientos:

—Aquí va tu muchacho convertido en hombre. Dale gracias a Dios.

Filomena Rompecabezas los saludó con sus mejores sonrisas y sus palabras más cálidas:

—¡Muy bien, Elio! ¡Así es, Pereirita! ¡Muy bien, Martín!...

Y luego, en vez de meterse en su casa, desde cuya ventana la llamaba la madre, se encaminó resueltamente hacia la de gobierno, sacudiéndole el paso enérgico la rubia melena alborotada.

Entró, sin hacer caso de la guardia allí montada por los malcarados espalderos, subió precipitadamente la escalera y empujando a un lado al portero que quiso cerrarle el paso al despacho de Parmenión, allí se metió y plantándosele por delante:

—¡Muy bien, generalote!—le dijo—. Es usted muy guapo, muy valiente. Ha sacado su primera campaña con unos muchachos.

Parmenión se la quedó mirando y luego le preguntó, afablemente:

—¿Y tú quién eres, criatura?

—Filomena Rompecabezas.

—¿Rompecabezas? Pero eso no es un apellido.

—¡Quién lo dice!—exclamó ella—. Manuel tampoco es un apellido y usted lo lleva. Filomena Rompecabezas, novia de Elio Monegas, prima de Martín Campos. ¿Qué más quiere saber?

—¿El nombre de tu padre?

—¿Para meterlo en la cárcel? ¡Qué va, generalote! Mi papá murió y en mi casa no hay hombres. Hágame presa a mí, si se atreve.

—Que en tu casa no hay hombres, ya debí comprenderlo—dijo Parmenión.

Y Filomena, sin darle tiempo para más:

—Pero trate de meterse en ella para que vea como no sale vivo.

—Anda, niña. Vete a tu casa y déjate de cosas impropias de una señorita decente.

—Sí. ¡Cómo no! Lo decente es lo que usted hace: mandar a unos jóvenes de buena familia a trabajar obligados en eso del río.

—Oye, niña. Voy a explicártelo. No es para castigarlos, aunque se lo merecen, sino para hacerles un bien que mañana me lo agradecerán, cuando sean hombres de orden y puedan decirles a sus hijos que ellos también trabajaron en las obras del río, que a ellos también se las deberá siempre la ciudad.

Soltó la risa Filomena:

—¡Cómo no! ¡Quién te oyera, generalote! Para meterte en el bolsillo lo que le deberías pagar a los trabajadores, poniéndolos a ellos de forzados.

—Basta, niña, basta.

—Pues no basta. Que todavía no te he dicho todo lo que te mereces, generalote.

Y estaba linda aquella tarde Filomena Rompecabezas.

TERCERA PARTE

I

AFLORAMIENTOS

Con todo joven comienza de algún modo el mundo. Ellos acababan de sacudir el letargo de un pueblo y esto —para ellos—no había sucedido nunca.

Un subsuelo rocoso afloraba por allí, a trechos y bajo apariencias diversas: desordenado amontonamiento de peñascos de formas indescriptibles, aguzado picacho señero, un círculo de farallones en torno a una depresión del terreno, un macizo redondeado en suaves declives, más alto que todo aquello otro y que cuando todo acabara de aflorar—si así fuese a suceder—sería la calva del monte empinado y tal vez la cumbre serena.

A Pereirita le afloraba al rostro toda la satisfacción de sí mismo; Elio parecía llevar el ánimo deprimido; Martín Campos iba solo adelante, erguida la cabeza, apretada la boca; los demás completaban el número e iban, simplemente, a donde los llevaban. Estaba cayendo la tarde y los conducía un pelotón de soldados.

Pereirita se emparejó con Martín Campos:

—¿Verdad, compañero, que aquello fue estupendo? ¡Todo el pueblo en la calle, todas las muchachas asomadas a las ventanas! ¿Te fijaste en Filomena Rompecabezas? Me gritó: —¡Así es, Pereirita!... ¿Estupendo, verdad?

—Pregúntaselo a Elio—respondió Martín Campos.

—No, chico. Elio es demasiado reflexivo y sabe demasiada historia. Me va a salir con que en tal parte, tal año,

Fulano y Zutano hicieron lo mismo. Y eso no es verdad, Martín. Esto empieza con nosotros. Convéncete de eso.

Martín Campos sonrió sin dejar de apretar la boca. ¿No sabía él, acaso, lo que con él empezaba?

Cambió la decoración panorámica, se quedaron atrás los afloramientos pintorescos y ahora fue monotonía de la llanura salitrosa, con manchas muy verdes de vegetación rastrera aquí y allá. Uno de los soldados miraba a Elio con insistencia y le dirigía sonrisas. Era un negro a quien sus compañeros de armas apodaban *Cabo Pisao*, por la repugnante chatura de la nariz, que así se la comparaba con uno de tabaco sobre el cual se hubiese puesto pie.

Ya Elio iba molesto y Martín Campos, como se fijara en aquello, fue a colocarse junto al soldado irrespetuoso, a tiempo que, por el runrún de malicias que ya corría por todo el pelotón, vino también el Sargento a amonestar:

—Déjese de vainas, *Cabo Pisao*. Mire que el plan pué comenzó a rozná por usté.

Y Pereirita tuvo que admitir que no todo era estupendo en aquellos comienzos.

Traspusieron una cadena de colinas de arena que limitaban la llanura salitrosa y cayeron a la costa del mar, a través de un espacio cubierto de plantas rastreras, alivio de la trabajosa marcha por el médano. Nunca habían ido por allí e incluso algunos no conocían el mar; pero en toda la anchura de éste reinaba un color plomizo, sombrío en el horizonte, de nieblas que flotaban sobre las aguas no obstante un viento recio que, sin disiparlas, sólo venía a componer desolación. Y se les metió adentro una tristeza inesperada.

Los condujeron a un edificio que había sido construído para aduana cuando por allí desembocaba el río y presentaba aspecto ruinoso, no siendo antiguo. Lo rodeaban corredores encementados, a un medio metro de altura sobre el terreno, manchados y corroídos por la humedad salitrosa

que también subía por las paredes, descalabrándolas. Estaba deshabitado y sin muebles y el viento de la desolación entraba y salía por todas las puertas y ventanas abiertas.

—¡Alto!—ordenó el Capitán del pelotón escolta. Y luego a los prisioneros, que ya descenderían a la categoría de forzados—: Ya están en su casa. Pueden tomar posesión de ella.

—¡Gracias, Capitán!—repuso socarronamente Pereirita—. Es usted muy amable.

Y fueron a sentarse al borde de uno de los corredores, sobre cuyo húmedo pavimento luego se tendieron supinos, mientras el Capitán se alejaba un poco con su pelotón.

Cerca del destartalado caserón se alzaban unos uveros retorcidos por la garra del viento reinante, de manera especial, en aquella porción de la costa y por allí discurrían algunos soldados, libres ya de fusiles, mientras el Capitán conversaba con un sujeto de gafas negras y vestido blanco, cuando Pereirita se incorporó preguntándose:

—¿Qué se hicieron?... ¡Ah! Creí que se habrían emboscado, para ver si nos resolvíamos a fugarnos y matarnos a mansalva.

—Ojalá—murmuró Martín Campos.

Y todos los demás se incorporaron a un mismo tiempo, preguntándole:

—¿Qué te pasa, Martín? ¿Por qué dices así?

—Por nada. Háganse el cargo de que no me lo han oído.

Se miraron unos a otros y volvieron a tenderse supinos, menos Elio, quien, levantándose, les dijo:

—Hacen mal en preocuparse tanto por una cosa que no tiene importancia. Yo estoy tranquilo y seguro de mí mismo. No hablemos más de esto y comportémonos como hombres, porque ya no somos muchachos.

Dicho lo cual se retiró a través del interior del caserón. Y Pereirita comenzó a cantar, con recuerdos de *Sachka Yegulev* y aire de una canción de la tierra:

Mi pequeño serbal, mi serbal verde.
Ahora sí eres grande, mi verde serbal.

Pero Martín Campos no lo dejó continuar:

—Calla—díjole, sin cambiar de posición, boca arriba y cuan largo era, las manos cogidas sobre el pecho, la vista hacia lo alto, en ningún punto fija.

Y se reprodujeron las miradas de unos a otros, interrogativamente.

Luego llegó el hombre de las gafas negras y el vestido blanco:

—Soy el jefe de los trabajos que ya se han abierto por aquí—díjoles—. Ya ustedes sabrán que vienen a ponerse a mis órdenes.

—Que venimos, no—repuso Pereirita, sin moverse—, que nos traen y no es lo mismo.

Despedía fetidez de yodoformo aquel sujeto, que se había puesto a observarlos detenidamente, mientras ellos fingían no darse cuenta de su presencia y Pereirita, con servicios de su latín a sus malicias, murmuró:

—*Sifiliticum habemus.*

Rieron todos, menos Martín Campos y el hombre de la peste y las gafas, yendo a pararse junto a Pereirita y mirándolo de pies a cabeza:

—¿Como que es mamadorcito de gallo el bachillercito?

—A ratos, nada más. Sin ser bachiller todavía.

Y fue entonces cuando Martín Campos rió a carcajada.

Fue el pestífero a repetir con él la inspección que había hecho sobre Pereirita, pero Martín—a cuyos pies se había detenido para la mirada de punta a punta—se incorporó sin apartársele y rozándolo casi le desarrolló hacia arriba toda su estatura, obligándolo a alzar los ojos, y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón le clavó los suyos que expresaban resolución varonil.

Se incorporaron los demás, en expectativa y el hombre de las gafas dio por concluída su inspección, diciendo:

—Bien. Ya sabemos a qué atenernos. Ahora, vengan para que coman algo de lo que quedó del rancho de los peones.

—¡Eso es con nosotros!—exclamó Pereirita, poniéndose de pie—. Ahora sí somos voluntarios.

Y mientras se dirigían al uveral, uno dijo, refiriéndose a Martín Campos que no podía oírlo:

—Yo temía que se le estuviera enfriando el guarapo.

Y otro le repuso:

—Martín Campos es de raza de hombres templados. Mi viejo me ha contado cosas del padre de él, cuando lo tuvieron en la cárcel por política y donde murió maldiciendo a gritos a los que en ella lo habían metido.

Pero un tercero agregó:

—Sí. Pero no es el mismo Martín de esta mañana. Algo le está pasando.

Y Pereirita, finalmente:

—Yo sé lo que es. De lo que no debemos hablar más, como si no hubiera ocurrido.

—¡Ah!—hicieron todos a un tiempo.

Y Elio estaba ya en el uveral, donde los soldados comían del rancho sobrante a que se refiriera el hombre de las gafas, mirando fijamente al negro *Cabo Pisao*, que se hacía el desentendido mientras engullía los fríjoles que les habían servido.

—Vente—le dijo Martín, llevándoselo consigo.

Y uno de los soldados, al compañero desentendido:

—Como que te equivocaste con el muchacho, *Cabo Pisao*. Esos son machitos todos.

Les dejaron náuseas los fríjoles cocidos junto con sus gorgojos, aunque apenas los habían probado, los más de ellos; mas Pereirita se las contrarrestaba declarando:

—¡Exquisitos! ¡Tiempo hacía que no comía yo unos gorgojos tan sabrosos!

Por lo que repitió aquel soldado de la observación al compañero de la repugnante chatura:

—¿No te lo dije? ¡Machitos todos!

Y se hizo la noche.

EL GALLO ENANO

Aquel libro los había impresionado profundamente. A través de sus páginas se habían asomado por primera vez a uno de los espectáculos más apasionantes y dramáticos de la vida humana: la revolución; pero no como un episodio de la vida rusa, por la cual ya les había despertado curiosidad aquella casa de papel pintado que se construyó el forastero, sino como porción constitutiva de la existencia humana sobre la inmensa tierra; ni tampoco por el contenido ideológico de aquella revolución, que de ningún modo se les alcanzaba ni estaba vertido propiamente al libro, ni aun tanto por el contenido sentimental de la injusticia contra la cual se rebelaba, sino porque el protagonista era un joven de alma pura que tomó el camino del sacrificio, la juventud del mundo, personificada bajo un nombre, pero de la cual ellos formaban parte. No todos habían entendido el libro del mismo modo, pero todos se sentían de alguna manera representados en él y para incorporarse más a la ficción se habían distribuído entre sí los nombres de los personajes: Elio era Sacha; Martín, Kolesnikov...

Y allí estaban ya de alguna manera en realidad semejante.

—¿Qué hacemos?—se preguntó Pereirita, cuando ya era noche cerrada y otra vez habían ido a tenderse sobre el húmedo pavimento de la Aduana—. ¿Cómo van a celebrar su primera noche revolucionaria en el campo los *Hermanos del Bosque?*

Pero tornó a manifestarse el extraño caso que estaba ocurriendo en Martín Campos.

—¿Dónde está el bosque?—replicó.

—En esos uveros podemos ponerlo—respondió Pereirita.

—Son quince. Los he contado. Ni una arboleda siquiera.

—¡Chico! ¿Qué está sucediéndote? No son más los árboles de la placita del Dulce Nombre y allí estuvo el bosque varias noches—rearguyó Pereirita.

Y uno de apellido Frontado:

—¿Y en el patio de casa no estuvo también una noche, no habiendo sino dos pomagás? Precisamente cuando decidimos que Elio sería Sacha.

—Tonterías de allá. Aquí estamos durmiendo en el suelo pelado, por primera vez, porque en la policía siquiera nos permitieron colchones. Aquí empieza una cosa real y verdadera, de la cual sólo nos consta que hemos comido fríjoles con gorgojos y que no nos esperan colchones ni almohadas.

—Dobla el saco y métetelo bajo la cabeza—intervino otro, de nombre Miguel Arenas.

—No me hace falta. Tengo dos manos que me las he puesto bajo la nuca y con eso me basta.

Y otro, llamado Simón Arapé:

—¿Luego no es ¡ay! mi camita sabrosa y tan lejos que me la han puesto?

Martín Campos no respondió y Frontado dijo:

—Se nos trancó el hombre.

Y otro, por allá:

—Enguayabamiento llaman eso, en casa. Y dicen que se quita con: —¡Perdóneme, General Parmenión! Yo no he sido.

Rieron algunos, los más adictos a Pereirita; pero éste les hizo señas recomendatorias de no insistir en molestar a Martín y aquéllos obedecieron y guardaron silencio.

Elio había ido a tumbarse en el corredor que daba al mar, cuyo rumor incesante llenaba la oscuridad profunda.

Necesitaba estar solo, sin nada en torno que lo distrajese y hasta allí no llegaba la conversación de los otros.

Necesitaba quemar recuerdos de su infancia y los estaba arrojando a las hogueras de Sacha, el puro, que fue incendiario. Pero no era la revolución, ni lo que de ésta pudiese ser parte aquello en que se encontraban. Era él mismo, buscándose en su interior los puntos de partida de algo dominante en su naturaleza; sólo que no lo hacía sino a través del Sacha de la novela rusa a quien él correspondía en la ficción de ellos.

Y en la suplantación se iban quemando los sentimientos reprimidos, siendo éste el monólogo interior:

—La madre de Sacha se esmeraba en que la limpieza y la belleza reinasen dentro de su casa. ¿Por qué le molestaría eso a Sacha, cuando por el contrario una casa sucia y fea y de mal gusto todo lo que en ella se tiene como adorno, es lo más insoportable de la vida?... Pero el padre de Sacha era un hombre pesado y vulgar, quizás tan pesado como papá... En la novela dice que el caballo del padre de Sacha... Pero eso no tiene importancia. Papá tiene una mula que lo carga encima, como si tal cosa. ¿Cómo podría la madre de Sacha... soportar—ésa es la palabra—a aquel hombre?... "Sostener o llevar sobre sí una carga o peso", dice el diccionario. Me lo he aprendido de memoria... Tal vez el padre de Sacha, cuando tomaba a su mujer, no se preocupaba de que el hijo pudiese estar escuchando...

Pero en esto se oyó la voz de Martín Campos que gritaba:

—¡Quememos a Sacha Yegulev!

Elio se horrorizó de la coincidencia. ¿Acaso él habría formulado palabras, mientras en todo aquello pensaba, y las habría oído y entendido Martín Campos?

Se incorporó y exploró la oscuridad que lo envolvía. Martín no estaba por allí; fue en el corredor opuesto donde

se había producido su voz. Seguramente allá se hablaba también de Sacha.

—¿También?—se pregunta—. No. No era él quien estaba aquí. Era yo. ¿Por qué papá no tuvo nunca ese cuidado?

De allí provenía todo y ahora estaba por fin en presencia de la explicación de sí mismo. Lo substancial de su espíritu era la castidad, su virtud mejor y en la cual se complacía más; pero ahora acababa de descubrir que no le provenía de voluntad virtuosa, propiamente, sino de repudio al fondo de su mente de una impresión brutal que varias veces le había destrozado la sensibilidad de hijo y niño. Y de la castidad, por añadidura, le venían aquel aspecto y quizás modales también, que habían dado motivo hacía pocas horas a las repugnantes miradas y sonrisas de *Cabo Pisao*.

Recordó las palabras de Mariano:

—Acaba con ella hoy mismo.

E incluso se explicó y comprendió aquella visible incomodidad en que su presencia ponía al tío de sus mayores afectos. Y lo desagravió en su pensamiento:

—No eran mezquindad y frialdad de corazón de tío Mariano.

Se levantó del húmedo suelo y fue a reunirse con los compañeros. Ya no tenía por qué buscar la soledad.

Allí Martín Campos, paseándose por el corredor de un extremo a otro, desarrollaba el pensamiento de donde le había brotado aquel grito intempestivo.

—Sí. Ya es tiempo de quemar a Sacha Yegulev. Aquí estamos nosotros, en una cosa real. Hemos protestado contra Parmenión, hemos sacado a la calle unos carteles que decían esto y aquello, nada más que eso, y ahora Parmenión nos la cobra convirtiéndonos en trabajadores forzados de una obra que a él le interesa. Pero estamos ya en un camino. ¿A dónde vamos?... Todavía no lo sabemos. Pero

es necesario que sepamos desde ahora quiénes somos. Nada de *Hermanos del Bosque*. Durmientes a suelo pelado, eso es lo que seremos esta noche. Pero tenemos que averiguar desde ahora mismo qué empezaremos a ser desde mañana.

—De mí respondo—dijo Pereirita—. Yo lo sé.

—Y el otro—agregaron varios a un tiempo, refiriéndose a sí mismos.

—¿Y tú, Elio?—le preguntó Martín.

—Mañana te responderé, después que lo piense bien esta noche. Ya he empezado a saber algo que nunca había querido decirme a mí mismo; pero eso no es bastante. De pronto no se puede responder nunca a preguntas de esa naturaleza.

—Coge pelota—le dijo a Pereirita uno de los adictos a Martín.

Mas Pereirita se limitó a responderle:

—Ya sé que eso es conmigo.

Eran las rivalidades que ya comenzaban a desprenderse de la camaradería. Martín Campos y Pereirita se dividían las adhesiones de sus compañeros, pero hasta allí sólo en el terreno de lo escolar: que si Martín Campos era mejor estudiante y por consiguiente sabía más; que si Aníbal Pereira podía quemarse menos las pestañas porque tenía más talento. En cuanto a Elio, ninguno le disputaba la primacía, pero Elio Monegas era cosa aparte, por varios aspectos... Ahora había que comprobar, además, quién soportaría mejor la cama de suelo húmedo y quién no se andaría con remilgos de náuseas por fríjoles cocidos con sus gorgojos. ¡Y lo que faltaba!

—Bien—concluyó Martín Campos, volviendo a su suelo por cama—. No hablemos más de eso.

Pero en esto comenzó a oírse bajo los uveros donde estaban los soldados del pelotón el rasgueo de un cuatro y el vecino de Pereirita, su partidario más ferviente—de apellido Valladares—que no quería verlo quedarse con deter-

minaciones tomadas por Martín Campos, como aquella de ponerle término a la ficción de vivir la novela rusa, le dijo intencionadamente:

—Oye la balalaika. Canta *Mi pequeño serbal.*

Y Pereirita, que además tenía buena voz y se complacía en cantar la adaptación que de aquello había hecho, comenzó, poniendo todo su gusto y su intención:

Mi pequeño serbal, mi serbal verde.

Pero ya Martín Campos se había levantado y dirigiéndose al extremo del corredor, desde allí preguntó:

—¿Quién toca ese cuatro? ¿Quiere prestármelo?

Dejó de sonar el criollo instrumento y Pereirita continuó la canción exótica, al son de balalaika imaginaria, porque necesitaba proclamar, y sus amigos se lo pedían:

Ahora sí eres grande, mi verde serbal.

Y de la oscuridad de la noche surgió en parte el negro *Cabo Pisao,* con el cuatro en las manos, ofreciéndolo:

—Lo tocaba yo, mal que bien. El Capitán me ha permitido prestárselo y aquí lo tiene. No es muy fino, pero algún son se le saca.

—Gracias—díjole Martín, apoderándose del humilde instrumento criollo.

Y en habiéndose sentado al borde del corredor, comenzó a tocarlo, como sabía y luego a cantar un antiguo corrido llanero, con la más destemplada voz imaginable:

En el pueblo de La Villa,
en tiempos que yo era arriero,
mataron un gallo enano
en casa de un caballero.

Pero le quitó la palabra, por allá la voz entonada y complacida del negro *Cabo Pisao*:

Y del buche le sacaron,
un día de buen recuerdo,
unos muchachos templaos.
Yo los respeto y los quiero.

Y ya no hubo atención sino para las disparatadas y estupendas cosas que, entre Martín Campos y *Cabo Pisao*, estaban saliendo del buche del gallo enano.

CABO PISAO

Amaneció con ese color ceniciento que es la demacración del negro y cuando Martín Campos se lo quedó mirando, le explicó:

—Como anoche y que se me jué la lengua en el corrío, apropósito de ustedes, que son presos políticos con quienes no debemos transanos los que semos servidores del gobierno, el Capitán me mandó a poné un cepo e campaña, de más de cargao de máuseres y con él me tuvo toa la noche. Pero no se priocupe, joven. Esos son polvos del camino en que ya estamos. Yo no hago sino repetile lo que anoche les dije en verso y ponémeles a la orden pa la pará que quieran tirá. Ayer les falté el respeto en la persona de uno de ustedes, porque venía créindo que eran patiquincitos no más. Pero—¡ya le dije!—y no tengo sino una sola palabra. Con tó lo negro que soy y mi nariz de cabo pisao.

Y había amanecido hermoso aquel día. El sol brillaba complacidamente sobre todas las cosas y el mar tenía su mejor color azul. Los médanos preparaban ya sus blancas arenas para las reverberaciones más brillantes, los abrojos rastreros tenían abiertas todas sus flores sencillas, unas ciénagas que la víspera habían sido turbias y pútridas, se habían quitado el mal olor y estaban reflejando cielo y por encima de los médanos, allá lejos, unas salinetas estaban sacando de azul purísimo blanco cinturón de sal. Había garzas mirándose en las charcas, sobre el mar volaban gavio-

tas y entre sus olas estaban trabajando ya unos hombres.

—Pescadores margariteños—explicó *Cabo Pisao*—que por esta época vienen a poné ranchería en esta costa.

—¿Es usted de por aquí?—le preguntó Martín Campos.

—¡Hum! Yo vengo de muy lejos, joven. ¿Sabe usté por dónde queda eso que llaman Africa? ¿Lejos, verdá? Pues de allá vengo. Pero no se me vé que venga cansao, ¿verdá, joven?

—Tiene usted buen humor.

—¡Ay, mijito! ¡Y el que se me ha dío cáindo por el camino! Esto no es ná.

—¿Maltratos, verdad?

—No. Unos vergajazos, de cuando en cuando. Y cepos de campaña. ¡Eso sí!

—¿Dónde lo reclutaron?

—Me va a da pena decíselo. Saliendo de casa de unas mujeres malas: mi mae y mis hermanas, que la primera se estaba muriendo y yo había dío a buscale un remedio.

—¿Por qué las califica de mujeres malas?

—¡Guá, joven! ¿Y pué sé buena una mujé que tiene que morise de mengua, porque el hijo no le llega a tiempo con el remedio que le jué a buscá? Ella se llamaba Secundina y ya salió de eso, la pobre.

—¿En qué trabajaba usted, antes de caer soldado?

—¡Ah, caramba, joven! Ya me está entrando usté por la falla. Yo lo que he hecho es manguariá, siempre. ¿Cuándo se alcanza, picando piedra, formá un montón igual tos los días al de cincuenta centavos diarios? Y eso que no son centavos negros los de ahora, sino blancos y chiquitos. Que si jueran negros también los centavos, más piol sería la cosa, por aquello de que no hay piol cuña que la del mismo palo... ¡Je, je, je! Usté se réi, joven. ¿Pero va a ponese a llorá el negro porque ya no sean negros también los centavos?

—¿Y antes de picar piedra?

—Pues quemé carbón. Ese sí es trabajo bueno, catire. Se mete usté en un monte aonde haiga bastante culebra, se para en la pata de un palo que sea bien grande, de esos que puedan hacele el favor de cáele encima al primer descuido, que sería el último, se escupe usté las manos—no porque tenga un pique viejo con ellas y quiera desafialas a peliá—sino porque va usté a agarrá la jacha parrimásela a la pata el palo: —¡Juim! ¡Juim!... ¡Ah caramba! ¡Si ya estaban aquí tos los muchachos presenciando la operación! Aquí, contándole al compañero—de ustedes, por supuesto—cómo es que el negro hace carbón de los palos de la montaña. Cae el palo y toa esa montaña silencia retumba: —¡Pumburbum!—¡Y ojo e garza, negro! Porque del desguace del matorral tupío ya pué está saliendo la mapanare y la macaurel y la cabeza e chancleta. Una que tiene las narices como si juera familia mía, pero que no deben de selo, porque una d'ellas me zumbó una vez una tarascá, que si ya no hubiera cambiao la jacha por el machete, con el que le trocé la cabeza, no los estuviera divirtiendo a ustedes con el cuento de los gustos que se da el negro, quemando carbón en la montaña silencia. Luego comienza usté a rodá el palo, ladera abajo: —¡Pumbumbum! ¡Pumbumbum! ¡Ah cosa sabrosa, catires, una rodaíta ladera abajo, con palo y tó!... Pero ya está usté en el plan aonde va armá el joyo. ¿Cuántos son los días con sus noches que debe está usté velando el joyo pa que no se le ajogue?... Ahora no me acuerdo. Pero usté se ha armao una trojecita, ande se acurruca a echá el sueñito junto a la jumacera y mientras a usté se lo pué comé el tigre, si se queda dormío por completo, el carboncito se va quemando él solo. Yo no sé por qué piden tanto por la carga de dos sacos. ¡Si es tan fácil quemá carbón!... Pero áhi viene el Capitán y no quiero que me repita la cuchará de anoche. Aunque no me asentó mal del tó... Pero una cosa última, joven—usté que me escuchó lo primero—no se vaya a dí con la idea de que la negra

Secundina, que menté endenantes, era ná de aquel negro *Cabo Pisao* que unos blancos trajieron del Africa. Porque, eso sí, en mi familia no ha habío esclavos siempre. Esto es de ahora no más. Y vayan diciéndose, a lo que ya están llamándolos.

Al trabajo forzado que ya comenzaría. Era una hermosa mañana.

UN ENCUENTRO AL MEDIODÍA

Vagos y maleantes, en número de treinta, componían la cuadrilla de peones a que se incorporarían los trece estudiantes, para darle comienzo a los trabajos de limpieza de la antigua desembocadura del río, bajo la dirección de aquel hombre, peste de yodoformo, que respondía a los llamamientos de Coronel Camoruco.

Ya estaban el pico y la pala en las manos forzadas. Camoruco fumando cigarrillos, sentado en las raíces salientes de un viejo uvero que se retorcía a orillas del mar ventoso y por aquí y por allá soldados montando la guardia, *Cabo Pisao* entre ellos, con la consigna de hacer fuego sobre los posibles fugitivos. Los hombres libres bregaban en el mar con los cardúmenes de peces que caían entre sus redes y de cuando en cuando miradas de aquéllos se iban hacia éstos.

—¡Arza, arza!—apuraba Camoruco—. Que no hemos venido aquí a contemplar pescadorcitos en la mar, sino a abrir boca por donde le caiga más agua. Que se oiga el golpe del pico y la rastreada de la pala. Aprendan de los muchachos en su nueva escuela.

A lo que Pereirita, para no quedarse con ironías y seguir mereciendo calificativo de *templao* en otros corridos:

—Es que el viento está soplando para allá, Coronel, y no nos da sino olor de yodo. Sin formo.

Camoruco tenía órdenes de no maltratarlos y por eso se limitó a rezongar:

—Deja que te salgan las lepras, para que te güelas tú mismo y me digas a qué jiedes.

Y las gaviotas volaban sobre el mar.

Todavía no eran las lepras, de picaduras de ponzoñosos insectos que por allí abundaban en los aguazales pútridos, pero sí las desolladuras de las manos para los callos. Martín Campos se contemplaba las suyas, a la hora de descanso y rancho de mediodía, recostado al tronco de un uvero, junto a Elio silencioso.

—¿No crees que el hombre sea un árbol?—le preguntó—. O un arbusto por lo menos.

—¿Por qué esa pregunta?—repuso Elio.

Y Martín, mostrándole las palmas de sus manos:

—Mira estos pimpollos. ¡Qué ampollas tan hermosas!

—Sí—dijo Elio—. Mañana serán callos. Manos floridas.

Y Martín, complacido:

—¡Vaya, chico! Que por fin te oigo manifestarte, tal como eres. Ya me estaba preocupando tu silencio. ¡*Manos floridas*! Eso eres tú.

—¿Yo?

—Quiero decir: el de las frases que no se nos ocurren a todos.

—¿Nada más que eso, Martín?

—¡Chico! Ya sabes lo que eres para mí. ¡El puntero! El que va delante indicando el camino.

—Sin embargo, cuando vamos juntos y sobre todo reunidos con otros, siempre eres tú quien va adelante.

—¿Tengo de veras esa costumbre?

—¡Claro que sí! ¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta?

—Procuraré quitármela. No quiero parecerme a Pereirita.

—Pereirita no se está portando mal. Todos nos estamos portando bien, cada uno a su manera, por supuesto. Dormimos en el suelo, hemos comido mal y sin embargo acaba-

mos de sacar una buena tarea. El mismo Camoruco ha tenido que reconocerlo.

—Sí, pero fíjate en Pereirita. Allá está dándose a sentir entre la cuadrilla de maleantes. Da lo que no tiene por ser manejador de hombres.

—Déjalo ser lo que le pida el cuerpo. A ti te ha pedido el tuyo complacerte en las ampollas que se te van a convertir en callos y...

—No, no. Sería tonto. Callos les han salido a todos los hombres.

—Imagínate cuántos tendrá *Cabo Pisao.*

—¡Llegaste a donde yo quería!—exclamó Martín, volviéndose a mirarlo, cara a cara—. Es necesario, Elio, que te acerques a *Cabo Pisao.*

—Ayer me le acerqué y me lo quedé viendo, fijamente.

—Sí, mas para demostrarle que se había equivocado contigo; que eres un varón. Eso no estuvo mal, mejor dicho: estuvo muy bien que lo hicieras. Pero ahora estaría mejor si te le acercaras a conocerlo a él.

—Tiene una manera de expresarse muy pintoresca—repuso Elio—. Su explicación del carbonero fue muy interesante.

—¿Y su fe de carbonero, Elio?

—¿Juegas con las palabras?

—No; hablo en serio. *Cabo Pisao* es nuestro pueblo, desconocido hasta ayer por nosotros. Y fíjate bien en esto: nuestro pueblo que quiere tener fe en nosotros.

Elio no respondió de momento. Reclinó la cabeza contra el tronco del uvero, sonrió un poco, alzó la mirada al ramaje del árbol y con el leve aleteo de su labio superior, murmuró luego:

—Es necesario, entonces, que te prepares bien para que no le defraudes su fe.

—¿Y tú?

—Yo seré otra cosa, Martín. *Manos floridas*, diré de cuando en cuando.

Martín se reclinó también contra el árbol, apretó la boca y movió negativamente la cabeza. Pero luego se la dejó tranquila y admitió:

—Sí. ¿Por qué no?

LAS PRIMERAS LEPRAS

Comenzaron por Valladares, cuyas piernas se le llenaron de rosetones tumefactos y dolorosos, de los cuales pronto le estuvo manando sangre y pus. Luego fue Arapé, luego Frontado.

Pero hacían chistes:

—¿Qué estás estudiando tú, Frontado?

—Primeras lepras.

—¿Y a usted, Pereirita, todavía nada?

—No, mi Coronel Camoruco; todavía no. Pero no se preocupe, oleré como usted.

—Oigame una cosa, joven. ¿No será mejor que hagamos las paces antes de que uno de los dos hieda a muerto?

—¡Caramba, Coronel! Me pone usted cabezón.

—Cabezón me tiene usted ya, jovencito. Yo he recibido la consigna de no maltratarlos a ustedes y hasta de aguantarles repugnancias propias de muchachos; pero todo tiene su límite, y si usted se me quiere hombrear, voy a tener que pegarme con usted, rolo a rolo.

—Déjeme pensarlo, mi Coronel. Déjeme pensarlo. Eso de que haya recibido consigna de no maltratarnos, puede hacerme cambiar de táctica.

—Mejor sería.

Pero días después ya estaba Pereirita también cubierto de puntos dolorosos y cárdenos, que se le hinchaban por momentos y pronto le impidieron moverse.

No perdió el buen humor, sin embargo:

—Coronel Camoruco, hágame el favor de la pomadita olorosa que usted usa.

—¡Ah, caramba, Pereirita! Se me acabó toda. ¡Qué lo siento!

—Más lo sentiré yo, Coronel.

—Sí se lo creo. Porque los mosquitos esos como que le encontraron a usted la sangre dulce. ¡Mire cómo me lo han puesto! ¿Le duelen mucho, Pereirita?

—Algo, Coronel. Y ahora me explico que usted lo sea. Yo me siento Capitán ya.

Camoruco tardó un poco en comprender, pero optó por aplazar sus represalias.

—Mire, Pereirita. Cuando sea Coronel y así estemos de quién a quién, volveremos a hablar.

Pero Valladares y Arapé, del partido de Pereirita, ya no le encontraban tanto mérito a aquellos alardes de hombría.

—Déjate de chocancias con el hombre—le recomendó Arapé—. Mira que nos va a asentar la mano, obligándonos a trabajar, así como estamos y entonces sí que la vamos a poner de oro.

Llegando Valladares hasta el extremo de manifestar:

—Ganas de estar demostrando a todo trance que es más hombrón que Martín Campos.

Pereirita se limitó a mirarlo y sonreir, despectivamente, y a uno de los que oía y callaba contemplándose sus lepras, se le abrió otra:

—¿Quién me mandaría a meterme en esto?

Y se le fue en llanto.

Tenían fiebre, tiritaban, ardían. Cayó Martín Campos; cayó Elio. Sólo cinco quedaban en pie, pero preferían hacerles compañía a los enfermos, que se mantenían sentados en el suelo, recostados contra la pared, porque era peor acostarse en el duro suelo húmedo.

Así estaban cuando llegó Clímaco Monegas, enviado por

Parmenión para auxilios médicos. Al sentirlos acercárseles, Elio les pidió a los compañeros:

—Háganme el favor de no replicar a lo que papá nos diga.

—Prometido—respondieron todos—. No te preocupes.

Entró sin saludarlos, sin verlos casi, ni al hijo siquiera. Estaba indignado y mientras se quitaba el saco y se arremangaba—Camoruco allí para ver y oir—comenzó a desahogar su indignación subalterna:

—Fiebre y lepras. Bien merecidas. Eso es lo que se gana con disgustar al Jefe. El Jefe es bueno y aguantador, pero tiene su hiel en su hígado, como todos los mamíferos.

Soltó la risa incontenible Pereirita, replicando:

—No mame, doctor Monegas.

Martín Campos le clavó la mirada, por la falta a lo prometido; mas Pereirita no atendia sino a lo grotesco y miserable, todo en boca de Clímaco Monegas:

—¡Déjese de cosas, niño! No son mamaderas de gallo. que yo no soy hombre de rochelitas. Y con el Jefe, menos. Mamíferos somos todos los animales que tenemos mamas. Digo... Este... ¡Bueno! Búrlese de mí si quiere, pero respete la presencia del Coronel Camoruco, su superior inmediato.

Elio contrajo el cuerpo, como si todo se le hubiese vuelto pústula dolorosa. Martín Campos le puso la mano sobre el hombro, oprimiéndolo afectuosamente y luego se volvió hacia Pereirita y le advirtió:

—Has faltado a tu palabra. Esa cuenta la arreglarás conmigo, después.

Y Clímaco Monegas, con su miserable indignación, mientras abría un estuche de primeros auxilios que había traído consigo:

—¿Qué necesidad tendrán los muchachos de meterse en política? Cuantimenos cuando el Jefe se había hecho acreedor al cariño de toda la población. ¡Malagradecidos! A ver, enséñame tus lepras.

Se dirigía a Elio y éste le replicó:

—¿Ya mostraste todas las tuyas? ¿Por qué quieres empezar por las mías?

Se miraron unos a otros los doloridos y afiebrados, contra el muro desnudo, y todos participaron de un mismo sufrimiento, compartiendo el de Elio.

Pero Clímaco Monegas se limitó a responder, agachándose ante el hijo:

—Porque a los tuyos, con razón o sin ella. Tu madre te manda la bendición y cariños tus hermanitos. Ella ha estado con vomitaderas estos días. Parece que nos quiere traer otro muchacho.

Y ya Elio no pudo contenerse. Se levantó, venciendo la resistencia de sus dolores y diciendo:

—No te molestes. Ya estoy bien. Ya todos estamos bien.

Y a un mismo tiempo todos se pusieron de pie, admirando y aceptando:

—¡Sí! ¡Todos!

Y Pereirita, antes de que pudiese decirlo Martín Campos:

—Coronel Camoruco, vengan los picos y las palas. Ya nos hemos curado todos.

Clímaco Monegas movía la cabeza de aquí para allá, buscando miradas que quisiesen admitir las suyas y sacudiendo las manos como para aliviarse con aire algún escozor. Nunca había curado él tantas lepras, sin verlas siquiera.

Y hasta el Coronel Camoruco tuvo que decirles:

—Tienen razón, muchachos. Tienen razón.

CUENTA APLAZADA Y REMEDIO HEROICO

Ya no les quedaban sino las feas cicatrices amoratadas y el estrago de la fiebre y ya habían vuelto al trabajo. Este avanzaba cauce arriba, despejándolo de árboles y matorrales en largo trecho, pero el campamento se mantenía donde

se había instalado, los treinta vagos y malsantes que componían la cuadrilla de forzados en un caney de palma que ellos mismos se habían construído en medio a un espacio cercado de alambradas de púas, en torno al cual se montaba guardia armada toda la noche.

Eran gente de toda la mala especie que venía dándole quehacer a la policía de la ciudad y allí estaba *corrigiéndose* —como por allá decía Parmenión, complaciéndose en hacerlo extensivo a los estudiantes—aunque en realidad sólo era modo de ahorro que él hacía, para su bolsillo, del dinero público erogado con cargo a las obras del río. Rateros, borrachos, tahures, estupradores, camorristas... Los estudiantes compartían con ellos las horas del trabajo forzado y el rancho de abominable alimento y ellos se complacían en referir sus repugnantes historias, con el lenguaje más pornográfico que a boca se les viniera, para divertirse con los *patiquincitos* viéndolos azorarse.

Sin embargo, Pereirita había logrado captarse las simpatías e incluso el respeto de alguno de ellos, animado por su poderoso instinto de manejador de hombres que allí estaba haciendo sus primeras experiencias. Cuando a esto se ponía, a la hora del rancho y sesteo del mediodía, bajo los árboles cercanos al lugar del trabajo, Martín Campos sonreía y miraba a Elio y éste le dijo un día:

—Tienes que quemar ese sentimiento mezquino que está desarrollándosete hacia Pereirita. Sería muy lamentable que de esta primera experiencia de nosotros mismos, saliéramos divididos y enconados.

—¿Crees que sea rivalidad?

—Eres tú quien debe averiguarlo, a solas contigo mismo.

Guardaron silencio un rato y luego dijo Martín:

—Pereirita está equivocado. Eso de conquistarse a esos facinerosos para dar un golpe con ellos, es repetir a estas alturas lo que a su hora hizo Hermenegildo Guaviare, con otros de la misma calaña.

Y Elio, después de haberlo mirado un rato en silencio:

—A estas alturas, has dicho. ¿Cuáles son esas alturas? Cuando llegamos aquí dijiste, con mucha razón, que nosotros no habíamos hecho sino sacar a la calle unos cartelones. ¿Has cambiado de idea respecto a ti mismo?

—No. Pero no comparto la de Pereirita. Sigo creyendo que la revolución tenemos que hacerla los hombres puros.

—¿Kolesnikov otra vez?

—No. Martín Campos, hijo de un revolucionario que fue asesinado en una cárcel.

A lo que repuso el amigo generoso y comprensivo:

—No es cierto. No ha sido el rencor lo que te ha puesto en este camino. Recuerda aquellos versos que compusiste:

Tengo una novia: la Libertad.

—Muy malos versos, por cierto; pero...

Se puso de pie Martín Campos, se metió las manos apuñadas en los bolsillos de los pantalones y dio unos pasos, yendo y viniendo por delante de Elio recostado al tronco del árbol a cuya sombra descansaban. Luego se detuvo y formuló su pensamiento, interrogando:

—¿Será posible que después de esto, pequeño o grande, pero nuestro, nos coja otra vez la vida de todos los días, nos muela y nos vuelva bagazo?

Y sin esperar la respuesta de Elio, tornó a sus pasos de aquí para allá, con sus habituales movimientos negativos de cabeza.

Detúvose otra vez, mirando hacia donde estaba Pereirita, con la palabra que no se le oía, pero rodeado de la profunda atención de los maleantes, acuclillados en el suelo en torno suyo. Luego se volvió hacia Elio y éste, que a su vez lo miraba sonriendo, le dijo:

—Haz lo que te digo, Martín: quema esos sentimientos, cuanto antes.

Sonó Camoruco el silbato con que los llamaba al trabajo y la heterogénea cuadrilla de forzados fue por sus herramientas y luego en fila india al desmonte y limpieza del cauce del río y apenas habían comenzado la tarea de aquella tarde, cuando uno de los maleantes, apodado *El Treintitrés* por el número de sus delitos, según sus propias cuentas y relatos, después de haberle echado una mirada a Pereirita, comenzó a cantar:

Treintitrés fueron mis robos,
treintitrés mis fechorías.
Si buen término les pongo,
¿cuánto vuelto me darían?

Martín Campos buscó la mirada de Elio y le preguntó:

—¿Te fijaste? ¿Tengo o no razón? Ya está cobrando por adelantado.

Pero Elio se limitó a repetirle:

—Haz lo que te aconsejo, Martín.

En realidad, con todo aquello no estaba Pereirita sino haciendo alardes de su capacidad de ejercer ascendiente sobre los demás y con el propósito perverso, aunque de perversidad jovial, de molestar a Martín, iniciador y director del movimiento de protesta contra Parmenión que allí purgaban y cuyos adictos entre los estudiantes, con excepción de Elio, ya aquél se los había conquistado. En cuanto al golpe que se propusiera dar con los maleantes, más enérgico y eficaz que aquella protesta de bocas apretadas, él mismo no se había detenido a analizar si realmente tenía decidido algo concreto y preciso; en parte, por aquello de la jovial perversidad y en parte, porque en Aníbal Pereira ya despuntaban, netamente definidas, las condiciones del hombre de acción y de combate, que siempre tiende a proceder por afirmaciones simples pero categóricas de personalidad.

Así las cosas y cuando menos se lo esperaban, a la

anochecida de aquel día, ya tendidos en el suelo del corredor de la Aduana donde así acostumbraban charlar, Pereirita con la palabra en el comentario alardoso de los progresos de su ascendiente personal entre la gavilla de malhechores y Martín Campos cejijunto, sin haber logrado todavía dominar aquel sentimiento de hostilidad que por momentos se le encrespaba, adueñándosele del corazón, llegó el Coronel Camoruco con la noticia:

—Se acabó la escuela de pico y pala. En libertad, muchachos. Orden del General, acabada de llegar.

Se incorporaron, saltaron, hicieron cabriolas y ya se disponían a cantar a coro la estrofa que para ellos le había puesto *Cabo Pisao* al corrido del gallo enano, cuando Martín Campos reclamó silencio y luego, plantándosele por delante a Pereirita, díjole:

—Tenemos una cuenta pendiente. ¿Te acuerdas?... Aquello de lo prometido a Elio, cuando la curación de las lepras, que no lo cumpliste.

—¡Hombre, sí! Pero como no me la habías reclamado...

—Vamos a arreglarla antes de irnos de aquí.

—Cuando tú quieras. Por mí, en seguida.

Los rodearon los demás, excepto Elio, con miradas de extrañeza y Martín les dijo:

—Es necesario que les dé una explicación. Pereirita y yo tenemos que pegarnos esta noche, no sólo por lo que ya he mencionado, sino, principalmente, porque entre él y yo se viene abriendo una distancia que puede terminar en enemistad. Todos ustedes lo saben.

A lo que replicó Pereirita, ya todo ganoso de pelea:

—Lo que viene liso no trae arrugas, Martín. Deja que la cosa termine por donde debe terminar. No será la primera vez que de dos amigos salgan dos enemigos.

Pero Martín, serenamente:

—No. Eso no debe suceder entre ninguno de nosotros

y para que no ocurra vamos a cruzarnos unos golpes ahora mismo, tú y yo.

—¿Cómo es la cosa?—preguntó Arapé.

Y Elio le respondió.

—Como lo has oído. Martín tiene razón y Pereirita también lo comprenderá así. Si no se pegan esta noche, si no gastan de ese modo el mal sentimiento que tiende a separarlos, van a terminar enemigos. Pero que peleen ellos sin que lo presenciemos nosotros.

Pereirita se le acercó a Elio, le apoyó las manos sobre los hombros, lo sacudió emocionadamente en silencio y luego volviéndose hacia Martín:

—Vamos, compañero.

Transcurrió un tiempo que ya le estaba pareciendo a Elio excesivo para peleas que no fuesen originadas de odios profundos y luego los oyeron regresar, cantando a dúo la estrofa de *Cabo Pisao* en el corrido del gallo enano.

Ambos se habían roto las narices y traían los cabellos despeinados por la refriega; pero, venían sonrientes, de brazos echados, gastado para siempre el mal sentimiento que tendía a enemistarlos.

Y Arenas, mirándolos y remirándolos:

—¡Y se pegaron de veras!

II

EL CALABOZO DE LAS SABANDIJAS

Había, sin duda alguna, una porción bondadosa en la naturaleza de Parmenión y ésta era la que Marcos Roger se había propuesto cultivarle y aprovecharle, ya que no se podía prescindir por completo de las hechuras del mal, enseñoreadas del poder, para lograr algunos bienes. Pero además de la porción naturalmente inclinada a los ejercicios

de violencia, en Parmenión concurrían circunstancias históricas, su mando era consecuencia de un acto de fuerza, uno más en la serie ya larga de asaltos al poder, a mano armada, y si él lo había heredado pacíficamente de Hermenegildo Guaviare, éste no pudo entregarle sino fruto de usurpación y para que así lo mantuviese. Parmenión no podía entender que un pueblo tuviese derechos, y cualquier ejercicio de éstos le resultaba intolerable, aun en el caso de estar dispuesto a proceder con rectitud.

¿No era acaso de tal naturaleza—se preguntaba—su determinación de devolverle el río al pueblo, aun a costa de su ruptura con el compadre? ¿Por qué, entonces, aquella algarada de protestas a causa de que el Concejo lo hubiese proclamado Hijo Predilecto de la ciudad?

—Mal agradecimiento no más—había dicho, en aquella ocasión—. Que si uno no lo echara en saco roto, seguiría corriendo el agua por donde el compadre la desvió.

Pero ni esto era su conveniencia, ni podía tampoco echarlo todo en saco roto, porque no se lo podía todo el cuerpo y porque, además, no se lo habrían permitido las circunstancias que lo rodeaban, ya que sus fuerzas disponibles eran las mismas que habían hecho poderoso a Hermenegildo Guaviare: la oficialidad de éste, que se le había pasado y no por enmiendas de conducta, y el sector más influyente del pueblo, los vecinos de la plaza, los ricos, que necesitaban *mano de hierro* prestada al mantenimiento de sus privilegios. Si Parmenión hubiese dicho aquel día:

—Cosas de muchachos. Que se vayan tranquilos para sus casas.

Tal vez no estaría ya en la Casa de Gobierno, complacido en el arropamiento total del laurel-matapalo por la trinitaria escarlata.

Contra los estudiantes no fue cólera, propiamente, sino severidad paternal—así se entendía él muchas cosas suyas—; pero si ya estaban bien castigados con aquellos treinta y

cinco días de trabajo forzado y por ello accedió a las súplicas de las madres, no podía mostrarse tan blando a las de la mujer de Anterito, que también había llorado ante él para que se lo pusiese en libertad.

—No, señora. Todavía no. Su marido es el espíritu de la conspiración. Así lo llaman sus mismos amigos. Y con ese espíritu no podemos tener contemplaciones.

—Pero si él...

—No, señora. No es tan tonto como usted lo cree. ¿Para qué eran aquellas bombas que estaba fabricando, sino para matarnos a todos, como ratas?

Y la mujer de Anterito tuvo que volverse a su casa, con la amargura, además, de que alguien pudiese haberle dicho, en su cara, que ella juzgaba tonto a su marido.

En realidad aquella prisión era destino al cual ya estaba condenado Anterito, en un principio como víctima elegida por Parmenión para aplacar la cólera de Guaviare, ya que había sido obra de aquél la instalación del forastero en la casa de Smith, de donde todo provino, y luego, la que ahora exigía la divinidad del orden público, por boca de los acaudalados vecinos de la plaza, que ya le habían aconsejado a Parmenión:

—Mano de hierro, General. Muestre que usted la tiene.

Pero allí estaba, encerrado en un calabozo, tranquilo, satisfecho de sí mismo. Se le atribuía haber sido la mano diligente que puso en movimiento al pueblo, que lanzó a los estudiantes a la calle, a la hora de la protesta que no pudo faltar sin vergüenza para todos. Se le atribuía, pues, un acto de hombre.

Su mayor preocupación, su más profunda tristeza bajo la perenne apariencia sonriente, era no haber nacido hombre armado de un valor temerario o de una inteligencia radiante que lo llevaran a páginas de la historia. Y he aquí que ya no podía escribirse la de aquel pueblo sin dedicár-

sele siquiera una página a Anterito Valdez, una fuerza, una virtud bajo insignificante apariencia.

* * *

Entretanto, allá, la miserable fortaleza, prisionera del monstruoso designio.

Viruticas ya no podía con sus remordimientos; pero no eran tempestades de altura, aunque ocurriesen en el empinado extremo de un cuerpo gigantón, sino reblandecimientos lacrimosos, originados del miedo, que no de rectitud de conciencia.

—Doctor Daza, ¡dése cuenta!

—Si ya me la doy, doctor Maragata.

—Yo no soy doctor. Usted lo sabe. No me diga más así. Hágame el favor.

—En el poder otorgado por Efigenia de Smith aparece usted como abogado y usted lo suscribe, aceptándolo en todas sus partes y para los efectos correspondientes. Palabras textuales.

—Escritas por usted, doctor Daza.

—Pero suscritas por usted.

Viruticas se debatía de aquí para allá, sin nada de paso apolíneo, puro rinoceronte acorralado, pasándose las manos por los cabellos, restregándose los ojos aguachentos. Por fin se detuvo frente a su inquietante interlocutor:

—¿Qué ha perseguido usted con todo eso, doctor Daza? ¿Si sabía que yo no era abogado, por qué me lo hizo suscribir? Para ser apoderado de alguien no se requiere ser abogado.

—No.

—¿Y entonces?

—¡Ah!

Otros paseos de *Viruticas*, de aquí para allá. Otra pregunta lloriqueante:

—¿Y si por eso resultan anulables todas las ventas que

en virtud de ese poder de doña Efigenia le he hecho al General Guaviare?

—Bien podría el General Guaviare remover ese delicado asunto. Ganas no le faltarían, ni para otras ejecutorias tampoco. El General Guaviare es un cataclismo cuando se desata.

Se llevó *Viruticas* las manos a las sienes, a tiempo que exclamaba:

—¡Doctor Daza! ¿Es que usted se ha propuesto perderme? Y por razón de gusto, porque yo no le había hecho nada malo, ni de pensamiento siquiera.

—El fraude de usted no afecta las operaciones hechas en virtud de ese poder. Por lo menos, es materia discutible, perfectamente litigable... Pero no llore, no llore. Aunque le confieso, querido Maragata, que me hace usted experimentar un placer especialísimo, intensísimo, agudísimo, verdaderamente delicioso, al verlo tan fuerte, tan robusto, tan hermoso varón... y tan poquita cosa.

—Suélteme, doctor Daza.

—¡Pero si no le tengo agarrado, querido Maragata! Ande un poco para allá. Para que se cerciore de que está libre y para que lo disfrute rinoceronte, sin nada apolíneo... Basta. Puede pararse ahí. ¡Ja, ja, ja! Voy a dejarlo, por ahora, Maragata; mas, ya sabe: no le tengo asido, pero me pertenece. ¡Mío ya!

Dicho lo cual se marchó a pasos menuditos.

Viruticas se dejó caer sobre el catre y éste crujió. Lloró un poco, se enjugó las lágrimas y tomó su determinación heroica. Se levantó, acabó de vestirse y se dirigió a la Casa de Gobierno.

Parmenión lo hizo esperar dos largas horas, pero al fin lo recibió.

—General... General.

—¿Qué le pasa? Está usted sollozando, si no me equivoco.

—Haciendo pucheros, General. Acabe de decírmelo.

—Yo cuando empiezo a decir algo no me paro, de manera que no le acepto que me atribuya la intención de aplicarle unas palabras y no atreverme a mencionarlas.

Era el hombre ensoberbecido por el poder; pero *Viruticas* se sintió aliviado de sus congojas al encontrárselo así, y por no perder tiempo le suplicó:

—Métame en la cárcel, General.

—Claro que sí, si me da por dónde.

—He cometido una falta que merece castigo. He usurpado un título que no poseo: el de abogado de la República.

—¡Ah! ¿Conque esas tenemos?

—Esas, General. Y otras. Déjeme echarle el cuento.

Se lo oyó Parmenión como si en realidad lo ignorase —siéndole conocido, aunque no todo lo que con aquello persiguiera Daza—y cuando *Viruticas* terminó y se dejó caer en un asiento que no le habían brindado, llamó:

—*Tetero.*

Apareció el peor encarado de los espalderos de Parmenión:

—Hágase cargo de este individuo—díjole—. A la cárcel con él.

Viruticas se levantó del asiento y con la faz radiante volcó su miseria:

—Gracias, General. Muchas gracias.

Y Parmenión se quedó murmurando:

—Luego se le abrirá el juicio debido, con la ley en la mano. Por ahora es tenerla puesta ya sobre Basilio Daza. ¡Por si acaso!

Tetero condujo al voluntario *Viruticas* a la cárcel y se lo entregó al alcaide, diciéndole:

—Orden personal del Jefe.

Y el alcaide, un zambo que tocaba mandolina en la alcaidía para matar el rato con delicado gusto, sin dejar el

instrumento, llamó al oficial de guardia y le dijo, indicándole al atleta:

—Al calabozo de los sietecueros.

Y continuó la dulce mandolinata con que se distraía.

Entró *Viruticas* en el calabozo, pestañeó, esperó a que se le adaptasen los ojos a la oscuridad de adentro y cuando ya se sentaba en el suelo advirtió que no estaría solo.

—Buenas tardes, compañero—dijo sonriendo.

—Buenas tardes—respondió Anterito.

—¡Cómo! ¿Pero... es usted?...

—Sí. Antero Valdez.

—¡Caramba! ¡Quién iba a decírmelo!

—A mí tampoco. Francamente.

—¡Las cosas de la vida! ¿Verdad, compañero?

—No puedo saber a qué cosas determinadas se refiera usted.

Y era otro Anterito el que así hablaba. Una voz madura de hombre todo en sazón de soledad consigo mismo.

Iba a darle *Viruticas* la explicación del caso, pero se distrajo al ver la abundante cantidad de sabandijas que había en el calabozo, en torno a Anterito y preguntó:

—¿Qué bichos son ésos, compañero?

—Sietecueros.

—¿Salen en este calabozo, tantos así?

—No. Me los he hecho traer. Todos los que vayan apareciendo en la cárcel.

—¿Y eso para qué, compañero?; son unos animales asquerosos. A mí me dan mucha grima.

—Ya se irá acostumbrando a ellos. Y ellos a usted.

—¡Caramba! Lo segundo no me parece muy amable, que digamos.

—Lo he dicho sin mala intención—repuso el nuevo Anterito—. Así podría agregar que ya se han acostumbrado a mí.

—Bueno—aceptó *Viruticas*—. Si es una idiosincrasia suya...

—No. Una disciplina que me he impuesto. Una enseñanza que les estoy tomando. Si estos sietecueros estuvieran armados de carapachos duros, sería fácil matarlos, dándoles con el zapato, por ejemplo. Pero ensaye usted hacerlo y verá como fracasa. Los defiende su babosidad, su aparente debilidad, la misma inmundicia de que están hechos.

Viruticas se quedó mirándolo un rato y luego pidió:

—¿Moraleja? Acabe de darle contra el suelo.

—Que no es cierto que la virtud haya de ser siempre, como generalmente se la compara, coraza de acero.

Viruticas continuó mirándolo de hito en hito, mientras sonreía y respiraba a pleno tórax, cual lo aconseja la gimnasia para reponerse de ahogo de cansancio o susto. Luego díjole:

—Gracias, compañero. Muchas gracias.

Anterito sonrió y luego paseó su mirada por las sabandijas innumerables, como sólo lo había hecho Francisco de Asís.

A distancia sonaba dulcemente la mandolina del alcaide.

PROTESTA OBLIGA

Ya se habían restituído al camino de la obligación estudiantil de donde momentáneamente se apartaron; pero lo adquirido así no podía tardar en reclamarlos y una tarde, a la salida del colegio, se encontraron Martín Campos y Aníbal Pereira con el negro *Cabo Pisao* que estaba esperándolos por allí, ya sin uniforme de soldado.

—Me dieron de baja—les explicó—. Yo estaba sirviendo hacía dos años y como ya me había acostumbrado al manguareíto, no había querío pedí mi licencia; pero... Además, ya estaba siendo mucho cepo e campaña el quéiban a tené que poneme y ellos mismos facilitaron la cosa.

—¿Y ahora qué va a hacer?—le preguntó Martín.

—Eso me pregunto yo. Aquello de ande va el güey que no are, ya me lo enseñó la negra Secundina, que en paz descanse, desde chiquito; pero es que ahora se ha complicao la cosa y a eso vengo buscándolos a ustedes.

—¿En qué podemos servirte?

—¡Hm! No se trata de eso, bachiller. Que ya sé que toavía no lo es, pero lo será. Se trata de que, según lo que a mí se me alcanza, por lo mucho que trato de empiname, a vé si me emparejo—que ya habrá óido usté que to negro es parejero—pues que... protesta obliga. Vamos a decilo asina.

Miráronse entre sí Martín Campos y Aníbal Pereira, y el negro sonrió y agregó:

—Me doy cuenta de que lo menos que puén pensá ustedes, es que yo no he venío, sino que me han mandao a poneles un peine, a vé si cáin; pero si es asina, como si no hubiéramos vuelto a tropezanos.

—No—repuso Martín—. Es que usted ha empleado unas palabras que nos han producido impresión.

—Acabe de tumbame ese usté, bachiller Campos. Que tan pronto me pone el tú como me lo quita y ya me tiene ñervoso que no me coja confianza. Y dígame una cosa. ¿Cuáles son esas palabras mías que les han producío impresión, a vé si son las mismas que a mí me venían gustando?

—Protesta obliga—respondió Pereira.

—¡Umjú!—hizo *Cabo Pisao*—. ¡Ya sabía el negro que eran palabras blancas! Diande resulta que haigan pensao ustedes...

—No, no. De ninguna manera. Nos inspiras confianza absoluta—dijo Martín.

Y Aníbal Pereira, vivamente interesado ya:

—Continúa, negro. Saca lo que traes en el agaje, que te lo vamos a comprar todo. Si no me equivoco.

Se lo quedó mirando *Cabo Pisao*, complacido en el lenguaje figurado con que hábilmente se le allanaba Pereirita y luego dijo, ya con voz de conspirador:

—Esta noche, en la casa marcá con el número siete, de Cruz Verde a Santo al Revés, hay un bailecito de amigos donde estaré yo esperándolos, pa presentarle otros que quieren conocelos.

Volvieron a mirarse Martín y Pereira y éste respondió por los dos:

—Convenido. ¿A qué hora?

—De ocho a nueve. Reunión de familia. Ustedes, naturalmente, no irán a bailá.

—A las ocho y media estaremos allí—dijo Martín.

Se despidió *Cabo Pisao*, reiterándoles que en él tenían a un hombre dispuesto a hacerse matar por ellos y éstos se quedaron analizando el sentido que aquello tenía: el pueblo que los buscaba, que les reclamaba ya la obligación adquirida.

Llegaron puntuales. Una casa humilde, de un maestro albañil llamado Marcelino Iriarte, de una de cuyas hijas era el santo que allí se celebraba. Estaban ellas y sus amigas sentadas al hilo de las paredes de la sala, y en un corredor posterior a ésta, que daba a un gran patio de tierra en el centro del cual se alzaba un tamarindo, hallábanse reunidos los hombres en torno a una mesa donde se les obsequiaba con copas de ron.

Cabo Pisao les presentó a Marcelino, hombre ya de alguna edad, y éste a sus amigos, pero de una manera especial a un oficial de albañilería, subalterno suyo en las fábricas que se le confiaban, llamado Juan Salinas y a un sujeto de toda su confianza, también, de nombre Doroteo Arguinzones. Estaban ambos bajo el tamarindo y allí dejó Marcelino a Martín Campos y a Pereira, después de haberlos presentado.

Doroteo Arguinzones era un hombre joven, de ojos enér-

gicos y piel curtida a soles de mar. Les estrechó las manos reciamente, los miró a los ojos y luego les dijo:

—Un hombre del pueblo con quien ustedes han contraído un compromiso de hombres.

Juan Salinas era más sencillo y apenas se limitó a dar su nombre al serles presentado. Pero ahora decía:

—Yo no estoy de acuerdo con el Capitán Arguinzones. El es hijo de un General que murió en una revolución y le ha heredado la idea de que las cosas no se arreglan sino echándose al monte, a tiros contra el Gobierno. Yo no soy hombre que puede discutir en la presencia de los que han estudiado en los libros. Me he formado sobre un andamio, con el maestro Marcelino, y él tampoco me ha podido enseñar sino a manejar la cuchara, la plomada y el nivel. Pero yo creo que debe de haber otro medio de arreglar las cosas.

Doroteo Arguinzones rebatió:

—Yo me he formado en la mar, contrabandeando y desembarcando revoluciones en las narices del gobierno y sostengo que no hay sino un camino, de mar o de monte: fajarse a tiros con los bandoleros para hacerlos soltar el poder. Así se lo cogieron ellos y así no más se les puede quitar. Fue la enseñanza que me dio mi padre.

Y preguntándoles, a Campos y a Pereira:

—¿Están ustedes armados?

—No—respondiéronle.

—Hacen mal. Deben armarse. En ustedes están puestos todos los ojos, los buenos y los malos y no deben andar desprevenidos. Me voy a permitir obsequiarles dos revólveres que me quedan por ahí.

Juan Salinas apoyó:

—Ha hablado bien el Capitán Arguinzones. En ustedes están puestos todos los ojos. Pero yo creo que debe de haber otro modo. ¿No les parece, jóvenes? Porque alzamientos detrás de un jefe de machete terciado a la espalda,

monte arriba y monte abajo, es lo que ha sobrado en este país, sin que nada hayamos salido ganando los hombres de trabajo. La carne de cañón, como se nos mienta. ¿No les parece?

Iba a responder algo Pereira, después de cruzarse una mirada con Martín, pero en esto llegaba el maestro Marcelino con dos de sus hijas de los brazos, ofreciéndoselas para bailar:

—Unas parejitas humildes, que se van a poner muy orgullosas si ustedes les hacen el favor de bailar con ellas.

—No faltaba más—dijo Martín Campos—. Seremos nosotros los que nos pondremos orgullosos.

A las hijas de Marcelino, humildes y azoradas, se les veía en los ojos que se sentían felices y el viejo maestro albañil agregó:

—Anden, pues. Los músicos están esperando por ustedes. El vals que van a tocar es composición de uno de ellos y se titula: *Los Estudiantes*. Pero eso no puede decirse en público, contimenos habiendo por aquí, como parece que hay, orejas escuchonas. Ya les indicaré de quién sospecho.

Bailaron, hicieron felices a las hijas de Marcelino, a pesar de malos bailadores como ambos lo eran todavía y cuando concluyó el vals se les acercó el músico autor, a preguntarles cómo les había parecido la composición que les había dedicado, agregando:

—Pero en voz bajona, como dicen. Porque yo soy de la banda oficial y si lo descubren, lo menos que hacen es quitarme el puesto.

Y pasaron al corredor donde se servía el obsequio.

Allí estaba *Cabo Pisao* desempeñando servicio, peón que había sido del maestro Marcelino cuando lo reclutaron, quedándole amigo. Se esmeró en atenderles y entre tanto les deslizó al oído:

—¡Ojo e garza, muchachos! Los espías están como arena y hasta aquí dentro parece que se ha colao uno. Ná de

fiale a la singüeso las cosas del corazón bien puesto. Pidan lo vuelto antes de soltá prenda. Y ya saben que aquí está *Cabo Pisao*, con ustedes contra los que salgan.

Volvieron bajo el tamarindo, donde Arguinzones ya parecía haber convencido a Juan Salinas, pues éste decía:

—Eso es otra cosa.

Y Arguinzones, a ellos:

—Aquí, explicándole al compañero. Hay que empezar por un golpe de armas, no monte arriba y monte abajo, como el compañero Salinas dijo en denantes, sino en las propias calles de la ciudad. Soy amigo de un capitán en servicio activo, en el cuartel de la guarnición de la plaza y puedo decirles que no espera sino que ustedes, los estudiantes...

Pero acababa de fijarse en señas que le hacía el maestro Marcelino, por detrás de un individuo al cual se lo indicaba con ademanes como al de las orejas escuchonas a que antes se había referido y a tiempo que *Cabo Pisao* llegaba con un servicio de copas y susurrándoles:

—Espía a la vista. Conversación pa otro día.

Hablaron de cosas banales y cuando dejaron la casa del maestro Marcelino, de regreso a las suyas iban Martín Campos y Aníbal Pereira con sobrados motivos de reflexivo silencio: fe puesta en ellos por unos hombres del pueblo que demostraron orgullo de haberlos tenido consigo, preguntas que uno les hizo sobre cómo entendían ellos que debería actuarse, sin que de momento tuviesen nada preciso y concreto que responderle y una invitación a entendimientos con un capitán en servicio de la guarnición de la plaza...

—Protesta obliga—murmuró Martín Campos, repitiendo las palabras blancas del negro *Cabo Pisao*.

Y en esto pasaban frente a la cárcel de la ciudad. Un caserón antiguo, cuya negra fachada se destacaba en la oscuridad de la noche, contra un cielo de cirros tenuemente

iluminado por el orto tardío de la luna menguante, ya en las afueras de la población.

Sin darse cuenta habían tomado aquella dirección que no los llevaba a sus casas. Detuviéronse ante el sombrío edificio y Martín Campos dijo:

—Ahí tienen todavía a Anterito Valdez, que cayó junto con nosotros y nos habíamos olvidado de él.

—Hay que hacer algo, Martín—agregó Aníbal Pereira—. Protesta obliga.

Medianoche comenzaba a tocar el reloj de la torre... Entre la incertidumbre de lo que les tuviese reservado el porvenir, una cosa no admitía dudas: ya no eran personajes de una ficción animadora de engaños propios, un drama de su tierra los había arrastrado al escenario para su papel momentáneo; pero no transitorio, porque sus nombres estaban ya en la cuenta de las esperanzas de su pueblo, cifra de obligación insoslayable.

Medianoche había traspuesto ya el reloj de la torre.

III

SOCIOLOGÍAS DESCONCERTANTES

No se escapa la mentalidad de las aberraciones de la líbido y aun en la región del pensamiento puro aparecen las formas desconcertantes de la virilidad ambigua. Lo sorprendieron engolfado en la lectura de un grueso volumen de *Los Sagrados Libros del Antiguo y Nuevo Testamento* y eran muros de Sociología, Historia, Política y Derecho, los cuatro costados de su biblioteca, con las últimas palabras de la ciencia positiva.

—¿Sagradas Escrituras, doctor Daza?—interrogó uno de los discípulos de aquel maestro materialista a rajatablas.

—Paseándome por las fuentes, querido, para corroborar-

me la exactitud de mi afirmación sobre la naturaleza del singular movimiento que acabamos de presenciar. Muchachada dicen los que sólo captan lo superficial de las cosas; pero oiga esto, del Evangelio de San Juan: "El viento de donde quiera sopla y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene ni adónde vaya; así es todo aquel que es nacido del Espíritu". Y óigame ahora a mí: el espíritu de la revolución social que ya está entre nosotros.

—¿Cree usted que el forastero...?—interrogó reticente el discípulo desconcertado.

Y otro:

—¿Y sobre todo, cree que una golondrina haga verano?

—A eso—respondió Basilio Daza, hojeando el grueso volumen—esto, de la Epístola de San Pablo a los Gálatas: "Un poco de levadura leuda toda la masa". Y para mayor abundamiento, explicativo del fenómeno de que hayan sido jóvenes, niños casi, los elegidos, estotro en lo cual insisten todos los evangelistas: —"No se ponga el vino nuevo en odre viejo; sino en odre nuevo". —¿Qué tal?

—Sin embargo—objetó un tercero, más por gozarse en oírlo que por rebatirlo—, fue usted quien le aconsejó a Parmenión la libertad de los muchachos.

—¡Querido amigo! ¿Que este orden social será sustituído por otro? ¡Ni qué discutirlo! Es como si de los cálculos astronómicos resultase, un mal día, que en tal otro, hora, minutos y segundos, vaya a estrellarse la tierra contra un determinado cometa. ¿De qué vale, entonces, encarcelar al astrónomo y destruir el libro donde lo haya escrito?

—¿Quiere decir que usted?...

—¡Ta, ta, ta! Yo no; los hechos, los hechos fatales.

Cerró el volumen de escrituras sagradas, le tumbó la ceniza al cigarrillo oloroso con el meñique gordezuelo, dentro de un cenicero de alabastro que en el centro de la tertulia para ello estaba y prosiguió cultivando la extrañeza de la escuela con la peregrina sociología:

—El rey de Guapilandia, mis queridos amigos, tuvo un acierto genial cometiendo un error gravísimo.

—¿Paradojas ahora?

—No, no. Verdades como un templo. Guapilandia, como ya lo habrán adivinado, era el país de los guapos, así denominados allí los valientes. Eran muchos, formaban legión y estaban armados y envalentonados hasta decir no más, por causa de las guerras intestinas que los habían producido, unas tras otra sin respiro de paz que no fuese azarosa. De donde se originó una especie de contrato social, para decirlo con palabras de Juan Jacobo, en virtud del cual todo el país convino en que era necesario y prudente hacer a uno de ellos, a uno cualquiera, más poderoso que todos los demás, a fin de que, dominados por él, como también el resto de la población, guapos y no guapos se emparejaran un poco y fuesen transitables los caminos, entre otras cosas. Siendo de advertirse que en ese cuasi-contrato tuvieron ingerencia principalísima los mismos sobredichos guapos, pues así se evitaban andar a la greña unos contra otros y todos juntos continuarían sacando la mejor tajada del festín.

Repartió cigarrillos entre la escuela atenta, volvió a tumbarle la ceniza al suyo, fumó de él golosamente, expulsó el humo en tirabuzoncitos hacia el techo de la biblioteca y prosiguió:

—Pero había sucedido que mi rey y señor, para poder serlo de veras, después de haberle quitado todo un río a toda una ciudad—malicioso no sea quien me oiga—se dio a la tarea de desarmar sus guapos, sacándolos de sus feudos chiquitos, para convertirlos en cortesanos, más o menos espalderos todos. Y aquí el genial acierto junto con el deplorable error, porque no habiendo ya guapos—muerto el perro se acaba la rabia—cesaba el cuasi-contrato y ¡ojos que te vieron, mi rey y señor!

Sobrevino un silencio penoso, despidió humo toda la

escuela hacia el techo de la biblioteca, se volvió casi irrespirable el aire y al cabo de un buen rato, uno de los discípulos, no pudiendo ya más con su angustia, interrogó:

—¿Pero usted no cree que el General Parmenión dominará definitivamente la situación y restablecerá el orden debido?

—Sí—respondió el maestro, tras una breve pausa—. Ya casi lo ha hecho.

Un poderoso resuello de alivio de toda la escuela lanzó violentamente el humo que flotaba sobre ella hacia el alto techo y Daza prosiguió:

—Sólo que el cuasi-contrato, por los cambios del tiempo, pide ahora forma diferente, si no completamente opuesta. Y en esto hay que reconocerle al doctor Marcos Roger, ojo zahorí que le honra mucho. No estando ya el sucesor del rey asistido de efectivas fuerzas—o dicho de otro modo: no rodeado ya del miedo que su antecesor inspiraba—le era necesario conquistarse el amor de su pueblo y para esto, como dijo el otro:— "corrientes aguas"... Que me atrevería a asegurar que lo dijo en versos, pero sin garantizar si fue Garcilaso.

Y al cabo de otra cenicita tumbada:

—Pero de todo lo cual se desprende que Guapilandia ya no es tan Guapilandia, que el tremendo hombre de presa comienza a replegarse hacia el fondo de los tiempos y que es aconsejable que otros hombres—mientras no viene y se asienta aquello otro del principio—vayan preparándose para reemplazarlo por completo.

—¿Alrededor de quién, doctor Daza?—preguntó uno, que resultó ser Clímaco Monegas.

—¡Qué pregunta!—exclamaron varios a un tiempo.

De los cuales uno continuó hablando:

—Si todo lo que ha pasado y lo que continuará sucediendo hasta su natural remate, es, sencillamente, progreso. De lo confuso a lo diferenciado; de lo simple—verbigracia:

instinto (a lo complejo) inteligencia preparada—; de lo inferior a lo superior. En una palabra...

No se atrevió a pronunciar la palabra—que posiblemente eran dos, componentes de un nombre propio—; pero Basilio Daza se volvió hacia él, con visible agradecimiento en la empolvada faz y luego se inclinó hacia el cenicero de alabastro a tumbarle otra vez a su cigarrillo oloroso la ceniza que aún no tenía.

Y Clímaco Monegas, con la humana alegría de entender, pero que en él tenía que ser de explosión a cierto plazo:

—¡Ah caramba! ¡Sí, hombre! Que el país pronto no se llamará Guapilandia, sino Basilandia.

Era demasiado, incluso para el propio Basilio Daza y toda la escuela activa se sintió incómoda y se puso a tumbarles las cenizas a los cigarrillos dentro del cenicero elegante.

Pero como Daza había abandonado allí la colilla del suyo, las dejaron ellos también y luego se pusieron de pie, con lo cual terminó la lección inopinadamente.

Después de todo, la culpa había sido del maestro al consentir heterogénea escuela. ¿Quién ha visto médico que de algún modo no desbarre en sociologías?

Las colillas se quedaron humeando lánguidamente en el cenicero de alabastro.

LA MANO QUE LE NEGARON

No obstante aquel ambiguo emperifollamiento de evangelios, epístola, estampa alegórica y cita de Garcilaso, y aparte lo que era ocurrencia de su tortuoso ingenio, las observaciones de Basilio Daza sobre los cambios del tiempo eran exactas; había terminado una época que en Hermenegildo Guaviare, señor de vidas y haciendas, alcanzó su expresión más característica—violencia pura y absoluta—y ya comenzaba otra, aunque de perspectivas inciertas, que

nada realmente bueno prometía de inmediato, puesto que de aquellos males era también hechura el hombre alrededor del cual comenzaba a girar el tiempo nuevo, y hechura a medias, que sería añadidura de mediocridad.

Pero coincidían circunstancias de orden psicológico para que Guaviare consintiese en las novedades ocurridas.

Por una parte, no era a él a quien le quitaban el río para devolvérselo a la ciudad, porque *Sabana del Muerto* pertenecía ya a Efigenia, en cambio de *Rinconada y Floramarilla*, para entonces ya de propiedad de él, una sola de las cuales—por cierto—valía más que aquel hato. No se detenía a pensar en que esta ventajosa operación no había sido ocurrencia suya, sino hábil acomodo que de sus apetitos de codicia le había hecho Basilio Daza a los propósitos de Parmenión, ni tampoco a reflexionar sobre lo que significaba ya que algún otro hombre lo estuviese convirtiendo en instrumento de sus designios y al temible señor de vidas y haciendas de poco antes le daba ahora menguada complacencia de bribonzuelo haciéndolo decirse que era a Efigenia a quien le quitaban el río.

Pero *Rinconada* y *Floramarilla*, ricos fundos de café en corazón de montaña de clima tierno y sano, eran mejores aires que ya comenzaba a pedírselos su salud, siendo además conveniente cambiar de escenario, siquiera por tiempo breve, pues en la casa del hato—que ya volvería a su dominio, cuando lo juzgase oportuno—su "casa de adentro" ya se le estaba quedando toda desocupada, hasta el extremo de ocurrírsele una noche—por ruidos que en los tejados sintieron los peones que cerca de allí estaban y para cerciorarse de la causa se pusieron en movimiento, arma en mano—, decirles desde su hamaca:

—Esténse quietos. Es el Edecán que viene a conversar conmigo.

Mas para tener que preguntarse en seguida:

—¿Pero he sido yo quien tal cosa ha dicho?

Finalmente, rinconada de montaña para hombre que ya empieza a sentir que vienen por él, siempre es panorama más tranquilizador que sabana abierta. En realidad, no había logrado recuperar todavía todo el necesario dominio de sí mismo para plantearse y resolverse satisfactoriamente esta pregunta en suspenso: ¿Por qué mató a *Comemuerto?*

Que luego habría tenido que responderse a esta otra: ¿Por qué lo hizo, deliberadamente, en presencia de Basilio Daza?

Le prestaron los aires tonificantes de altura y bosques tupidos, le apaciguaron el espíritu las aguas corrientes en los propios manaderos y los suaves murmullos de fronda florida de cantos de pájaros y ya estaba haciéndose estas otras preguntas:

—¿Qué necesidad tendrá el hombre de afanarse tanto? ¿Por qué empeñarse uno en que no corra el agua por donde la pendiente se la lleve?

Era la primera inclinación a diálogos consigo mismo sin la revestidura temeraria. Fuera de él las cosas habían obedecido a las leyes impersonales y constantes de cuyo mecanismo surgen, se definen y se transforman las épocas de la historia; pero las circunstancias personales habían concurrido también: su abandono de las formalidades del poder en manos de Parmenión se lo dictó su desgana de gobernar y mandar desde un despacho, dentro de horas reglamentarias, firmando oficios; su contención en la hora precisa del cambio a fondo que comenzaba a efectuarse, se le originó de la desbordada sobrestimación de sí mismo que se le había desarrollado y complacido en aquellos señeros ejercicios de mando, y, como en todo ofuscamiento, perdió la exacta medida del peligro que estaba corriendo, le pareció todavía pequeño para su capacidad de sofocarlo y a temerarias tarascadas se quitó las fuerzas que aún pudieran acompañarlo, para debérselo todo a sí mismo, otra vez. Pero como nada resulta igual otra vez, se le pasó la

mano en las tarascadas y se quitó también a *Comemuerto*, ejecutor de sus crímenes, porque era una boca que en un momento dado podía Parmenión hacer hablar; mas sin hacerse esta reflexión, de donde le habría venido dominio de su acto, que por faltarle fue aquel otro exceso de desembarazarse de él en presencia de Basilio Daza, para que éste no creyese que por miedo se lo quitaba de encima. Pero, finalmente, trueque de un testimonio por otro más peligroso, ya estaba cogido entre sus propias hechuras y la canana con revólveres y singlera de balas no podía ser sino recurso para la desesperada... ¿Qué necesidad tiene un hombre de afanarse tanto?

Pero fueron a reclamárselo otras hechuras.

Cinco recios mocetones, en cada uno de cuyos rostros, entre el aire de distintas madres, había un rasgo suyo dominante, de la siembra de sus apetitos irrefrenables, esparcida y desconocida. A aquéllos, especialmente, nunca ni los había visto siquiera. Los contempló despacio, uno a uno y se complació en verse reproducido en aquella juventud vigorosa.

—Somos de los regados a trechos largos—díjole uno, hablando por todos—. Nos hemos puesto de un acuerdo porque todos estamos pendientes de la determinación de usted.

—¿En qué sentido?—preguntó, ya comprendiendo, sin embargo.

—En el de la vuelta al sitio que usted debe ocupar. Nos está faltando ya su sombra, que hasta nosotros llegaba, sin darse usted cuenta y venimos a reclamársela, poniéndonos a su orden desde luego. Somos hombres de trabajo que nunca lo hemos molestado para pedirle favores; pero no podemos correr albures de una mala jugada.

Continuó contemplándolos otro rato y luego, ya con un sentimiento nuevo en su corazón, tierno casi, pero que tendía a ponerlo melancólico, repúsoles:

—Con ustedes no. Esta es una carta vista a la que no se le puede fiar sino suerte echada. Pero no les faltará mi sombra por mengua de diligencia mía. Vuélvanse a su trabajo.

Y allá iba por la fila peñascosa de una galera—término de la región de los montes, a cuyo falda opuesta la tierra fatigada de empinarse se tendía a descansar en llanuras—, camino de *Aguada Podrida*, donde vivía Natividad Sevillanos, bravo guerrillero de ensangrentados laureles sobre los cuales se había dormido hacía años. A invitarlo, como luego lo haría con otros de pareja condición, allá y más allá, para la parada de los hombres machos que a su carta vista les fiasen sus suertes, echadas también.

Pero iba tendiendo miradas contemplativas, con la complacencia de hombre que en tierras fincaba su riqueza, sobre la primavera de oro que los araguaneyes, los guamachos y los floramarillos habían encendido en la parda uniformidad de las sabanas y por las vertientes de la galera. Y casi estaba oyendo otra vez aquello por donde comenzó el diálogo:

—"¿Qué necesidad tendrá un hombre de..."

A la sombra de un araguaney junto a un corozo estaba la casa de bahareque y tejas de Natividad Sevillanos; en el soberado de ella la cosecha, ya lista para la venta, del buen tabaco de mascar que por allí se producía; y cerca de ella, al abrigo de un bosque tupido, en las ramas de cuyos altos árboles retozaban todavía los araguatos que allí pernoctaban, la aguada de emanaciones sulfurosas, de donde le venía el nombre que le daba al sitio, manando y deslizándose en silencio de remansos burbujeantes entre un vasto peñascal esparcido.

Natividad Sevillanos usaba todavía la barba crespera, reliquia de su admiración por el caudillo de la revolución del 92, de quien fue oficial; pero hacía años que se había dejado de andanzas militares.

—¿Una partidita de tiros contra el Gobierno? ¡Ah, caramba, General Guaviare! Ya esos tiempos pasaron, como las golondrinas aquellas de la canción de nuestra juventud.

—¿Es que te sientes viejo, Natividad?

—Viejo no dice nunca el hombre que se siente, cuando otro se lo pregunta para que sobrentienda otra cosa de difícil expresión. Pero desacostumbrado, sí puedo responder que estoy. Y pasada de tiempo, compañero, la partidita esa. Convénzase. Porque vías de comunicación—no de aquellas que en nuestra época trazaba el ingeniero Cascoemula, como una vez le oí al General Crespo—telégrafo, hasta sin hilos ya según dicen, y armamento de precisión y largo alcance en manos del Gobierno, ya se nos acabó aquello, sabrocito, de cuatro horas peliando y dos bajas nada más. Y como en esas novedades usted contribuyó en la parte que le correspondía, acuérdese de que un día le dije: —General Guaviare, todo eso va a ser cuchillo para su garganta.

—¡Conque se te enfrió el guarapo, Natividad!

—Todavía no, mi General. Aquí en *Aguada Podrida* siempre hay alguno calientico para quienes quieran venir a probarlo. Pero ahora no lo reparto para hacer entrar en calor a los demás, sino que me lo guardo para sudar mis calenturas. Cuando me den. Y por donde me den, General Guaviare.

Y esto último lo dijo acariciándose su barba crespera.

Se puso de pie Guaviare, entrevista concluída, exclamando:

—¡Quién me dijera la mano que me iba a negar el Tigre de *Aguada Podrida!*

Y Natividad sonriendo:

—Bastantes becerros y hasta orejanos grandes descuartizó en su hora y punto de tigre cebado. Sin ser de pinta menudita, que según dicen los que saben, es el distintivo

del verdadero tigre. Como otro que quiere roncar otra vuelta y no le arriendo las ganancias.

—Lo veremos. Hasta la vista, Natividad. Que te conserves bien.

—Gracias, compañero. Aquí estoy procurándolo. Y disimule la incomplacencia. De aquellos desguaces me quedaron estas tierritas y algunas vaquitas. Ahora me mientan el Tigre Agachado de *Aguada Podrida* y viviendito de eso estoy.

Dicho lo cual y ya alejándose Guaviare, se quedó el antiguo guerrillero temible a la puerta de su casa, sonriendo y acariciándose la reliquia de su admiración y su bravura.

Regresó Guaviare a *La Rinconada*, se quitó del cinto la canana de revólver cargado y ringlera de balas y mientras tanto murmuró:

—¡La mano que me negaron! Que no digan después que no me dejaron solo.

Pero antes de guardar la canana, contemplándola:

—Solo me bastaré. A su hora y punto.

EL RÍO

No se lo había hecho observar Basilio Daza, conforme a su estampa de Guapilandia, pero su instinto se lo advirtió. Ya no eran los tiempos de la baladronada guapetona ni del arresto temerario para sojuzgar a los hombres. Arrebatarle el río a la ciudad fue el procedimiento de la época de Guaviare, el alarde de hombrón que ella pedía para sus complacencias, al tono heroico del guerrear continuo; devolvérselo era lo que aconsejaba la suya: la maña paciente que diera dominio irresistible. Natividad Sevillanos, desganado de guerras, "viviendito" del producto de sus travesuras pretéritas, no era un caso aislado ni proveniente de pura determinación personal: los viejos caudillos continuarían usufructuando el botín de la revuelta armada, pero siempre

que se limitasen a pacífica explotación del miedo que hubieren logrado inspirar. Ahora las cosas venían por otros caminos y era necesario reconocer que Parmenión Manuel estaba a la medida de su tiempo: no propiamente evolucionado todavía, pero sí trastrocado.

Heredó la fuerza de Hermenegildo Guaviare, pero también la hostilidad unánime de todo el pueblo contra éste y de ahí que bamboleara su poder durante los días de la muchachada rebelde: mas surgió entonces una forma nueva, sopló el Espíritu—como lo interpretó Basilio Daza, con auxilios de los Evangelios a sus sociologías—se lo creyeron a éste aquellos comerciantes que abrieron sus puertas al tercer día del peligro y desde entonces quedó rota la unanimidad hostil y contra la agitación popular que bien podría desembocar en reivindicaciones definitivas, se puso al lado de Parmenión "la gente de orden", que no podía aspirar sino a que se le garantizase el tranquilo disfrute de sus privilegios. Parmenión Manuel era, pues, una hechura de su tiempo. Estaba al revés porque trabajaba para el futuro de cara al pasado a que pertenecía; pero estaba, era ya.

Y se lo comía la impaciencia de ver realizada ya su obra: la devolución del río a la ciudad. Porque, ni para él—naturalmente—ni para nadie tampoco, por absurdo que pareciese, sería aquello de ningún modo obra de Marcos Roger. La gente de orden, porque con Parmenión estaba y suyas debían de ser todas las glorias; los que compartían la popular agitación soterrada, porque Marcos Roger le había hecho traición al entenderse con Parmenión Manuel.

Se calculaba que las aguas restituídas a su antiguo cauce pasarían frente a la ciudad hacia las once de la mañana, pero desde muy temprano había gente por allí esperándolas.

Era día de fiesta. Ya en la Iglesia Matriz había cantado el viejo Obispo el Tedéum, a la hora precisa de la voladura del dique, allá en el Caño de *Sabana del Muerto* y toda la

población discurría por las calles embanderadas y vibraba a las noticias de la marcha de las aguas.

—Que ya pasaron por Cañada Angosta. Que ya están llegando a las Vueltas del Araguaney.

Y todas las calles que desembocaban al río vertían muchedumbre ansiosa que iba apiñándose al borde de la cañada que por allí encajonaba el cauce.

—¿Cuándo empezarán a repicar las campanas?—se preguntaban aquí y allá los impacientes.

—Cuando el campanero de la torre grande divise las aguas por los planes de Tierritas Blancas.

—¡Shss!—hacían algunos, recomendando silencio y cuando éste se producía—: ¿No escuchan como un trueno que se viene acercando?

Aguzaban los oídos, paraban el aliento, no escuchaban nada que no fuese rumor de gentío, pero aseguraban:

—Sí, ya se oyen las aguas; ya se oyen.

Parmenión Manuel ocupaba una tribuna levantada en sitio de preferencia, desde donde se abarcaba gran trecho del cauce. Lo rodeaban el Obispo viejecito, los párrocos de todos los templos y las personas notables de la población; pero las preferencias de su capacidad emotiva—que no era mucha, a la verdad—se las estaba dedicando, por ejercicios de socarronería, al doctor Marcos Roger, que allí también estaba.

—Fíjese, doctor. Fíjese en la tierra del cauce: resquebraja de puro seca, como una boca de sediento pidiendo de por Dios una ñinguita de agua. ¡Y pensar que dentro de unos momentos esto va a ser un río grande y navegable!

—Gracias a usted—repuso Roger, fiel a su propósito de estimular en todo y por todo la voluntad de obra buena que pudiese haber en Parmenión.

—Sí, señor; gracias a mí. No tengo por qué ocultarlo. El río siempre ha sido mi preocupación. Usted lo sabe.

—Así es.

El gentío congregado en torno a la tribuna había hecho silencio para oírle aquellas palabras y luego se oyeron estas otras de Clímaco Monegas:

—¡Ah, General! ¿Por cuánto me vende usted el gusto que se está dando?

—Ni por el título de doctor que lleva usted encima—le respondió Parmenión, a quien por mucho que fuese hombre trastrocado tenía que causarle disgusto aquella cosa ruin que era su médico de ciudad.

Y estalló un aplauso entre la gente del pueblo, por lo cual Parmenión sacó afuera toda su sonrisa de ocasiones públicas, pero de una manera muy especial.

Mientras Basilio Daza se complacía en humillar a Monegas:

—Ni que estuviéramos en pública subasta, mi querido galeno. ¿Cómo se atreve usted a ofrecer en venta, así, su título?

Los estudiantes del colegio formaban grupo a poca distancia de la tribuna, en torno a Mariano Urquiza y Marta Elena, alto y tieso Martín Campos, con los brazos cruzados y la boca apretada; pero Aníbal Pereira se les apartaba de cuando en cuando para recorrer otros grupos de gente del pueblo, entre la cual estaban el albañil Juan Salinas, Doroteo Arguinzones, el negro *Cabo Pisao* y el maestro Marcelino, con quienes se cruzaba rápidas palabras a las que ellos correspondían con movimientos afirmativos de cabeza.

Sonaron de pronto todas las campanas de los templos echadas a vuelo, estallaron petardos y cohetes, se apretó más el gentío a los bordes del cauce, transcurrieron unos momentos de silencio unánime y luego reventó el unánime clamor:

—¡El río! ¡El río!

Ya venían las aguas hinchadas, turbias, revueltas, con

remolinos de espumas, toda la masa del caudal llenando el cauce sediento. Se alzaban a una y otra orilla los brazos, echando a lo alto la alegría y acompañaba el fragor de la corriente la exclamación multitudinaria:

—¡El río! ¡El río!

Lo seguían las miradas atentas a la recuperación del cauce palmo a palmo, se tendían por la anchura que ya ocupaban las turbias aguas revueltas y eran bosques de brazos alzados en las yermas riberas el saludo de un pueblo.

Ya llegaba frente a la tribuna de Parmenión y su séquito, ante la cual habían venido a colocarse Pereirita y Martín Campos.

Parmenión sonreía, quizás verdaderamente emocionado; Marcos Roger había empalidecido...

Martín Campos se mordía las uñas nerviosamente y cuando las aguas pasaron ante ellos—el preciso momento que esperaba Parmenión para oir su apoteosis—, Aníbal Pereira se volvió hacia la tribuna, se empinó y gritó:

—¡Viva el doctor Marcos Roger!

—¡Viva!—coreó la voz del pueblo.

Empalideció Parmenión, acudió Clímaco Monegas, abriéndose paso como un energúmeno por entre sacerdotes y señoras, y ya había apoyado una mano sobre el antepecho de la tribuna y alzaba la otra para levantar el grito de enmienda, cuando Parmenión lo agarró por un brazo, se lo sacudió y le dijo, autoritariamente:

—No abra la boca, doctor Monegas. No abra la boca.

—Es para...

—¡Que se calle, le digo!

Y otra vez repitió Clímaco Monegas aquellos lamentables movimientos de las manos, como para sacudirse escozores.

EL PECADO CONTRA EL IDEAL

Viéndolo a fondo, Parmenión tenía ya algo que agradecerle a Pereirita. Porque no era cierto que en ejercicios de bien pudiese complacerse toda la naturaleza de Parmenión y por lo tanto no le convenía a su contentamiento de sí mismo una demostración unánime y sincera de amor de su pueblo por el bien que le hacía, atadura en todo caso, atadura y límite que así le habrían puesto a su naturaleza dentro de los exclusivos términos de aquellos ejercicios. ¿Qué iban a hacerse, entonces, sus apetitos de mando a la manera autoritaria, su codicia de ventajas personales y, sobre todo, su irresistible necesidad de verse rodeado de hombres sumisos, para que nadie pudiese hacerle sombra, ni crearle dificultades? Pereira le había puesto en libertad toda esta porción de su naturaleza y ya era bueno que comenzase amargado, para que pareciese tener justificación lo que de allí le fuese brotando.

Marcos Roger, en cambio, no tenía sino reproches para la conducta del estudiante justiciero. Parmenión se le distanciaría, se le enajenaría, rencoroso contra él y si ya era mucho haber logrado que la ciudad recuperase su río, arteria de riqueza, mucho también, de beneficio colectivo, sería lo que habría de frustrársele por causa de aquel grito irreflexivo.

—Irreflexivo no, doctor Roger—repúsole Pereira, cuando aquellos reproches le hizo—. Bien pensado y bien calculado.

—Pues no se lo agradezco, joven.

—No, doctor. En realidad nada tiene usted que agradecer. Y a mí, particularmente, de ningún modo, porque no fue idea exclusivamente mía, sino compartida y concertada con Martín Campos, aquí presente.

Martín Campos apoyó con movimiento de cabeza, mien-

tras miraba ceñudamente a Roger y éste, adelantándose a lo que no quería oir de boca de ellos:

—Comprendo—dijo—. Me escogieron ustedes como instrumento para el propósito de hacer rabiar a Parmenión.

Y luego, con palabras de hondura de alma volcada:

—Jóvenes, no les diré que ustedes no tienen razón, porque comprendo y acepto; pero tampoco les reclamaré que me concedan alguna, puesto que ya he sido juzgado sin que se me oyera previamente. El tiempo dirá quiénes contribuyeron y con cuánto cada cual.

Y se retiró de la presencia de aquellos jóvenes—uno de los cuales, Martín Campos, le había sido especialmente adicto—ya con un comienzo de tristeza, de incomprensión y soledad.

Pero no desmayó en su propósito de adueñarse de la voluntad de Parmenión, para convertírsela toda en obras útiles para su pueblo y como éste ya no quería verlo sino humillado ante él, aceptó la necesidad imperiosa de complacerle la mala apetencia.

—Hijo—díjole un día doña Rosa—. Tenemos que hablar. Por trascorrales me están llegando unas noticias que ya comienzan a preocuparme y tú me las confirmas con tu desgana de comer, tu obstinado silencio y tu humor sombrío.

—¿Que ayer dejé chiquito a Basilio Daza en un torneo de lisonjas a Parmenión?—interrogó él, a manera de confidencia.

—Pues...

—Es el precio, que no estoy dispuesto a regatearme.

—Aguarda, aguarda. Virtud que no pueda ser practicada todos los días, fácilmente, agradablemente, no es muy recomendable, porque el día menos pensado falla y porque no está al alcance de todos tomarle ejemplo. Bien están sacrificios, pero no tantos como para entrar en el santoral, con sobrenombre de mártir, porque, después de todo, es

formar mundo aparte, dejándonos este de aquí abajo tan malo como se le encontró.

—Yo no hubiera querido llegar a tanto—repuso—; pero ya no puedo regresarme.

Y éste fue todo el diálogo que se allanó a mantener con doña Rosa.

Parecía ya un camino temerario que fuera a desembocar en la insensatez. No se aisla el hombre, como él durante varios años, sin riesgo de que cuando vuelva al mundo no entre por donde derechamente se vaya a comunicación verdadera con los demás y a exacta comprensión de la cosas, sino se meta por donde se continúe solo, en la forma peor de la soledad, ajeno hasta de sí mismo. Pero había, realmente, motivos de orden positivo y práctico que lo obligaban a excederse en las complacencias de Parmenión. Basilio Daza le estaba dando la pelea para disputarle la supremacía y no era justificable que se le abandonara el campo a aquel hombrecillo funesto. Parmenión se le inclinaba a ratos, pero a ratos también se escoraba hacia el consejo de Daza y allí podría quedarse varado si no se hacían sobrehumanos esfuerzos por enderezarlo.

—Doctor Roger—díjole una vez Basilio—, ¿sabe que le estoy aprendiendo cosas? Le confieso que me tiene maravillado.

—Pues aún no le he dado todas mis lecciones, doctor Daza.

—¡Caramba, caramba! Y lo más extraordinario del caso es que no parece cinismo esa réplica de usted.

—Tal vez porque usted lo compara con el suyo.

—¡Doctor Roger, doctor Roger! Acéptele un consejo a su enemigo más cordial. Su camino es otro. A la larga se le descubrirá que venía extraviado.

—¿No será ésa una invitación a que lo deje solo, doctor Daza?

—Doctor Roger, su compañía en estas andanzas me

complace mucho; pero me da el corazón que me durará poco. Esto, como el poeta, se nace; no se hace.

Y llegó el día de la luna llena.

Parmenión había adquirido la costumbre de ir a *Camposolo* por las tardes, en vez de a *Párate Bueno*, como antes, porque desde allí se contemplaba el mejor espectáculo del río en su mayor anchura y él estaba enamorado de su obra. Marcos Roger acostumbraba acompañarlo, no obstante la agria pena que le causaba pisar ahora aquella tierra donde transcurrieron sus días más serenos, más íntimamente suyos, y allí estaba aquella tarde, en el séquito de Parmenión, sentado en un semicírculo de sillas frente al ancho río.

—¡Bueno!—dijo de pronto Parmenión—. Ya va a salir la luna llena y esto se pone muy bonito cuando ella aparece, allá, sobre el río, precisamente, tras de aquella vuelta. Pero eso hay que gozarlo acostado sobre la hierba, boca arriba.

Y en diciendo esto, dejó la silla que ocupaba y se tendió boca arriba sobre la hierba del campo ribereño.

Lo imitaron todos y a Marcos Roger le quedó al lado un general llanero de apellido Quintana, que por primera vez figuraba en aquel séquito, y al otro lado del cual sonreía pérfidamente Basilio Daza boca arriba.

Parmenión, con los dedos entrelazados sobre el pecho, parecía no atender sino a la aparición inminente de la luna sobre el río; pero en realidad estaba gozándose en la furtiva contemplación, de reojos, de aquel panorama de hombres tumbados, Marcos Roger especialmente entre ellos, bajo cuya mejilla—la que Parmenión podía verle—le temblaban contracciones musculares, mientras que a Basilio Daza se le estremecía el pecho a intervalos, por risa contenida e intermitente. De todo lo cual sacaba Parmenión estas frases mentales:

—¡Ah, doctor Daza y lo que está gozando!

Salió por fin la luna, llena y risueña.

—¡Ahí está!—dijo Parmenión—. Mírenle qué cara tan contenta trae. Bonita noche nos promete.

—¡Hermosísima!—susurró el séquito tumbado boca arriba.

Y el general Quintana a Marcos Roger.

—Compañero, ¿en la luna hay habitantes?

—No.

—¿Está seguro, compañero?

—Pues... por lo menos, seres análogos a nosotros no puede haberlos, porque la luna carece de atmósfera.

—Menos mal—dijo el llanero guasón, con resuello de alivio—, porque si hubiera gente allí y estuvieran viendo para acá en este momento, bonito papel el que estaríamos haciéndoles.

Se estremeció todo el Basilio Daza supino a causa de la risa, mientras a Marcos Roger se le hacían más frecuentes y más fuertes las contracciones de los músculos faciales, mas no por gracia que aquello le hubiere causado, pero como Basilio, tal vez por buscarle la lengua al llanero ocurrente se había puesto a darle codazos, éste, que no transigía con ambigüedades, se le apartó mumurando:

—¡Hum! Eso no es aquí. Déjame arrimarme al otro, más bien.

Pero ya Marcos Roger se incorporaba para marcharse, como en efecto lo hizo.

—¿Qué le pasa al doctor Marcos Roger?—preguntó Daza, incorporándose.

Y Parmenión le respondió:

—Pasos de luna, doctor Daza. Que con las llenas terminan. Uno que se equivocó de camino. ¿No se lo dije el otro día?

No se lo había dicho nunca, sino que se lo había oído al mismo Daza. Pero Parmenión era así y Daza, ya dueño del campo, elogió:

—¡Pupila que tiene usted, General! Esa tontería que hace al hombre de mando: golpe de vista.

Se incorporó Parmenión.

—Pero no le perdono al doctor Marcos Roger que se haya quitado de mi lado, sin despedírseme siquiera.

Allá iba, atravesando ya el puente tendido sobre el río por donde se entraba a la ciudad, cerca de la ermita del Rosario. Ya estaba anocheciendo y la luna rielaba en las aguas serenas. Acababa de atracar por allí un alijo colmado de plátanos para el mercado del día siguiente y los hombres ocupados en la descarga charlaban cruzándose buen humor con el dueño de la embarcación.

—Aprovéchese, patrón—decíale uno de ellos—. Y tráigase en el alijo to lo que arrejunte por áhi, que to lo que viene por el río se vende aquí ligero, ná más que por eso.

Iba a pasar de largo Marcos Roger, pero aquellas palabras lo hicieron detenerse. ¿No era una necesidad del pueblo, satisfecha, aquella recuperación del río por donde ya llegaba abundancia?

Pero otro de los descargadores agregó:

—Y aprovéchese ligero, patrón, porque ya se dice por áhi que Parmenión se ha mandado a construí qué sé yo cuántos alijos pa monopolizá el negocio.

—¿Será posible?—se preguntó Marcos Roger.

Y una voz bronca resonó a sus espaldas:

—Esaú vendió a Jacob su derecho de primogenitura...

Era el Padre Romero. Se volvió a encarársele, quitándole la palabra:

—¿Dónde me ha visto usted el plato de lentejas, precio de esa venta? Sacrificios sólo me cuesta, amarguras.

Y el sacerdote, sin detenerse:

—El pecado contra el ideal es estéril, como las tierras malditas, donde se siembra pero no se cosecha.

IV

JEFE ES JEFE

Pero no era el hombre de una sola pieza que por un camino único puede lanzarse de un solo impulso y de la deserción de Marcos Roger de sus filas, en vez de rencor le quedó desabrimiento. Punto menos, para mayor exactitud, que resentimiento definido.

Pusiéronsele revulsivos los interesados en verlo lanzarse categóricamente por donde a ellos les convenía:

—Es que con esa gente no se puede contar, General —díjole el secretario, mientras le tomaba las firmas—. Son malagradecidos para empezar y con eso ya está dicho todo.

Parmenión, sin embargo, se limitó a dejarse en la cara aquel gesto desabrido que expresaba su sentimiento. A la verdad, él habría querido que Marcos Roger continuase al lado suyo; sólo que para apetencias que demostrasen buena inclinación él no sabía conjugarse el verbo querer en modo expresamente indicativo, sino en hipotético siempre. Había una porción de su naturaleza que debía complacerse en las condiciones de rectitud y dignidad personal de Roger; pero la que a él le había formado en el ejercicio de las contrapuestas prácticas no le permitía adoptar una actitud definida. Oyó la invitación a represalias que le hacía el secretario, pero se quedó con su desabrimiento no más.

—¿Y... lo de Anterito, General?—prosiguió el secretario en sus empeños—. ¿Ha resuelto usted algo que pueda hacerse?

Pensó un momento, se tropezó con su fórmula y respondió:

—Sí, la ley es para eso: para que se la aplique. Siéntese y tómeme lo que le voy a dictar.

Y al día siguiente aparecía en la prensa una nota dirigida a los jueces de la localidad, en la que les exhortaba al más estricto cumplimiento del deber, en la más rápida evacuación de los asuntos pendientes en los tribunales, "porque no es posible que un ciudadano sufra prisión indebida, ni padezca prolongado menoscabo de su buena reputación por demoras de los funcionarios de la justicia".

Era porque a Anterito Valdez se le había abierto juicio originado de haberse encontrado en el allanamiento de su casa consecutivo a prisión, aquella extraordinaria cantidad de hierros aguzados y afilados que junto con muchísimas llaves guardaba en su cuarto, motivo de sospecha vehemente—lo primero—de que se dedicase a la fabricación de bombas explosivas; pero como aquello solo no permitía pasar de la presunción a la prueba fehaciente y en el orden práctico venía siendo costumbre que no metiesen jueces la mano para abrir prisiones que jefes hubiesen ordenado, se recurrió al socorrido procedimiento de darle largas al asunto.

Pero si algunos creyeron que Anterito iba a ser puesto en libertad por obra justiciera de aquella nota, ya Parmenión sabía que sus jueces no se le quedaban cortos en lo de convertir en pruebas irrecusables las más vagas presunciones, cuando a él le descubriesen alguna gana que necesitase apariencia de justicia. Y se dictó sentencia condenatoria.

Lo que, por efecto de perspicacia, le permitió al secretario de Parmenión corroborar que, como la trinitaria del patio, cuando su jefe se montaba encima no se apeaba fácilmente. Y esto era ya de todo punto necesario que alguien lo comprobase y lo atestiguase, sin lo cual no prevalecería Parmenión, por aquello que todos traían en la sangre, de dolencia antigua y se expresaba diciendo:

—Jefe es jefe.

Y los amigos del orden inalterable, de Anterito también casi todos, poco tiempo atrás, durmieron aquella noche tranquilos y confiados.

¿Podría decirse, acaso, que fuese de Parmenión toda la culpa?

EL IMPERIO DE LA LEY

No la sentencia, que ya se la esperaba, ni el injustificable exceso de injuriarlo, además, cuando ninguna falta hacía, porque sin duda no exigió tanto Parmenión, ni la desproporción de la pena donde el juez demostró que realmente era de los que nunca se quedarían cortos, ni la estrechez de la prisión a que del tribunal regresaba—que en ninguna tendrá nunca la comodidad asiento—sino la dolorosa experiencia de que se había equivocado.

Volvió abatido al calabozo de las sabandijas y a la pregunta de *Viruticas*:

—¿Qué hubo? ¿Condena?

Respondió tratando de sonreir:

—¡Claro!

—¿Y el público?—insistió el compañero de prisión—. La gran protesta, seguramente.

—No.

Y esto no pudo decirlo sino haciendo esfuerzos por no soltar el llanto.

Dobló la cabeza. Reaccionó, sin embargo, al cabo de un rato y al alzar la mirada hacia su compañero de calabozo lo vio sonreir maliciosamente.

—¿Qué?—le interrogó.

—Los sietecueros—repuso *Viruticas*—. Que ya no están aquí.

—¡Ah!—hizo Anterito, comprobando que realmente ya no estaban con él—. ¿Qué se hicieron?

—Como creí que sería puesto en libertad, le pedí al cabo de presos que me los hiciera sacar del calabozo, porque, realmente, no he logrado tener ajuste con ellos. Le suplico que me lo perdone, pero... no está en mí.

Y Anterito sonriendo:

—No importa; ya nada importa.

—No diga eso. Tiene una mujer y un hijo.

Se llevó la diestra a los ojos para cubrírselos, se los oprimió y restregó luego, se enjugó la palma de la mano pasándosela por la manga izquierda de la camisa y con aparente dominio de sí mismo:

—No será gran cosa—dijo—. El tiempo pasa y pronto estaré otra vez con ellos. No me traerán más a prisión por ningún respecto. La gente se olvidará de que una vez estuve en la cárcel y moriré de viejo, confundido entre los hombres que nunca estuvieron en la cárcel, como uno de tantos. Todo aquello era mentira y tontería. Peor todavía: miedo.

—¡Cómo!—exclamó *Viruticas*—. Que lo diga yo, se explica; porque realmente me hice meter en esta cárcel por miedo a lo que pudiera terminar haciendo conmigo Basilio Daza y por miedo al General Guaviare, también. ¿Pero, el espíritu de conspiración cojeando del mismo pie?

—Miedo a otra cosa. A no dejar de ser nunca Anterito Valdez. Un hombre insignificante, de quien nadie tiene por qué preocuparse, de quien nadie debe acordarse nunca.

Viruticas se quedó mirándolo mientras se cogía y se soltaba el labio inferior entre el pulgar y el índice de la derecha y Anterito, sonriendo, concluyó:

—Por eso conspiraba. Mejor dicho: fingía conspirar. Muriéndome de miedo, por cierto. Cada vez que me metía, a medianoche, en una de las casas sin dueños, me temblaba todo el cuerpo de tal modo que necesitaba apoyarme en las paredes para no caer.

Viruticas continuó mirándolo en silencio y luego, en un momento bueno de su espíritu infeliz, díjole:

—Compañero, dígame que eso no es verdad. No me tumbe la empalizada. De esta compañía con usted estaba sacando yo mucho provecho. No venga ahora a convertírseme también en viruticas. No hay derecho.

Y fue entonces Anterito quien se quedó mirando en silencio, un buen rato, emocionadamente, para luego decir:

—Tiene razón, Maragata. Y le agradezco sus palabras. Puede que de esta mentira resulte a la larga alguna verdad.

LA RIFA DEL ALIENTO

Lo vio parado en el vano de la puerta que daba al corredor, tenebrosa la noche del campo a sus espaldas, y entendió que le decía:

—Nunca le negué mi mano a la determinación de su voluntad, ni jamás pregunté por qué debía yo regresar solo de viajes que emprendiera acompañado. Dormí a su vera mi sueño ligero para que usted descansara bien con el suyo y si todavía me tuviera a su lado, ya Parmenión no estaría gozándose de la mano que le tendió usted, que era derecha, y de la zurda con que él hizo el "quítese de ahí, compadre"....

No supo cuándo había dejado de verlo, ni quién había vuelto a cerrar aquella puerta, como ya lo estaba desde el anochecer. Extrañó que no le hubiese preguntado por qué le hundió una bala de rifle en el cráneo, cuando él se acercaba confiado a *Capitán* para animarlo a que reventase la parada del bando de perdices... Le causó extrañeza, también, que todo aquello le hubiese sido dicho con modo de hablar suyo propio y aun con su propia voz de cuya íntima resonancia era la impresión que le había quedado.

Volvió a sentarse en la hamaca, se pasó la mano por los cabellos... Se le quedaron algunas hebras entre los de-

dos crispados. Se las sacudió soplándose el dorso y luego la palma de la mano, "que era derecha" y se quedó contemplándose la eme formada por los pliegues profundos.

Se levantó decidido, fue a donde tenía la canana con ringlera de balas y revólveres cargados y se la fajó al cinto.

Daba las ocho de la mañana el reloj de la torre y acababa de sentarse Parmenión a su escritorio, colocado entre las dos ventanas hacia la plazuela del laurel gigante, cuando se le acercó el secretario, demudado y con palabras que se le resistían a componer la frase del anuncio:

—El policía de la Alcabala acababa de telefonear que el general Guaviare se dirige a la ciudad.

—Ya lo sabía yo—repuso, con una serenidad que acabó de helarle el corazón al impresionable secretario—. De más lejos me dieron el pitazo hace rato.

—Dice el agente que viene solo—prosiguió el temeroso—. Pero yo me temo que lo estén esperando para reunírsele sus amigos, ya de acuerdo.

—No. Usted no conoce al compadre como lo conozco yo. Viene solo y así llegará aquí. Pero tranquilícese y mire para afuera, a ver qué nota.

Miró el secretario por una de las ventanas hacia la plaza y dijo, con el alma volviéndole al cuerpo:

—Se está reuniendo gente en la plaza. Hay ya bastante y por todas las calles llega más.

—¡Umjú! El pueblo que viene a presenciar la cosa, porque sabe que es su suerte la que se va a echar aquí esta mañana. Pero fíjese a ver si están por ahí los estudiantes... No. No se asome al balcón. Apóstese detrás de las cortinas, para que de afuera no descubran que de aquí estamos mirando para allá.

Hizo el secretario como se le ordenaba y desde allá dijo, al cabo de un rato:

—No están.

—Fíjese bien—insistió Parmenión, desde su escritorio—,

porque ese silencio en reunión de pueblo, da a entender que alguno esté llevando la batuta. Fíjese si no está por ahí Pereirita, que ya me la hizo cuando lo del río.

Y el secretario, rectificando:

—Sí, General; efectivamente, ahí está. Y los demás también: pero dispersos entre el gentío que se va congregando... y... tiene usted razón, General: a los que van llegando les hacen señas de guardar silencio.

—¡Jm!—hizo Parmenión, ahora con visible contrariedad—. ¿No lo dije? Pueblo reunido y callado...: ¡En fin! Ya la hora es nona para lamentarse de que las cosas, echadas a andar, terminen cogiendo por donde uno no lo pensó.

Y el secretario, comprendiendo y acercándose al escritorio:

—General, ¿no le parece conveniente que mandemos gente nuestra a ponerse en las primeras filas de esa manifestación? Entre ellos hay buenos tiradores y al General Guaviare le sería difícil...

Pero le quitó la palabra la voz angustiada de un escribiente de la secretaría, que acababa de aparecer, diciendo:

—El General Guaviare. Se metió por el fondo.

El secretario miró a Parmenión y éste, todo revestido de serenidad, díjole, sonriendo:

—Déjenme solo. Que no le cierren el paso.

A la vez que tiraba suavemente de una de las gavetas, dentro de la cual había puesto el revólver que se quitó del cinto al sentarse al escritorio. Luego se recostó en el asiento, sobre cuyos brazos apoyó los suyos. Nada de aquella actitud revelaba disposición para momento trágico; pero en la mirada fija en la puerta por donde debería aparecer Guaviare, estaba ya toda la voluntad centinela.

Lo anunciaban ya los pasos reposados y largos que hacían resonar las baldosas del pavimento del corredor hacia

donde se abría la puerta del despacho y como no había allí nadie que le impidiera el acceso, la traspuso y avanzó amenazante, la mano izquierda apuñada y apoyada contra el pecho henchido de temerario coraje, dos rayas apenas los ojos por entre los párpados encapotados. Era la violencia que venía al arrebato definitivo; pero también una hechura arrogante de la exaltación de la hombría, que no podía faltar a rifarse el aliento para el resuello de la victoria. Hubo quien le advirtiese que el pueblo estaba reunido en la plaza, frente a la Casa de Gobierno y por eso se había metido por el fondo de ésta, sin que nadie fuera osado a cerrarle el paso. Avanzó hacia el escritorio, tras del cual no había alterado Parmenión su compostura serena y temeraria también; pero al pasar ante una de las ventanas se detuvo, miró hacia afuera y murmuró, sonriendo siniestramente:

—¡Populacho! Ya te miro corriendo con las manos en el fundillo.

Y virando rápido hacia Parmenión:

—¡Aquí me tienes!

—Siéntese, compadre—repuso el de la serenidad imperturbable—. Siéntese para que hablemos.

—Dos palabras finales se cruzan de pie.

—Yo se las escucharé sentado.

—Me traicionaste.

—Si así lo considera usted, piense que ese caso era una coyuntura de dos traiciones a escoger. Y si quiere asómese a esa ventana y pregúntele al pueblo con cuál de los dos prefiere quedarse.

Pero la réplica fue la diestra al cinto, por uno de los revólveres.

Sacó de la gaveta el suyo Parmenión, rápidamente y fueron dos disparos simultáneos, certeros ambos. Tambaleó Guaviare, murmurando:

—Me pudis...

Y se derrumbó sobre el suelo, ya muerto, al mismo tiempo que se desplomaba sobre su asiento Parmenión, cogiéndose el pecho con entrambas manos sobre el corazón.

Afuera—la multitud en la plaza, pendiente la suerte de un pueblo de la rifa del aliento—era un silencio imponente, contenidas las iras, frenado el entusiasmo...

SIN EMBARGO, ANGUSTIA...

De la grave herida quedó postrado Parmenión con insegura suerte. Un día, que no daba esperanzas; otro día que:

—¡Caramba! Como que va a levantarse el hombre.

Esperanzas de unos; pero temor de otros, que eran los más.

El interino no lo estaba haciendo mal y la ciudad recuperaba la placidez de sus mejores días, con la añadidura de la reconquista de un bien perdido. Por el río llegaban y partían alijos y canoas colmados de frutos de la tierra y productos de la industria y del relativo bienestar de unos cuantos manaba euforia que por momentos hacía olvidarlo todo.

Pero Marcos Roger andaba solicitando otro pequeño *Camposolo* donde meterse otra vez soñador; el Padre Romero no se trataba con él y en *Mi Refugio* ya no se hacían tertulias, aunque Arístides Velarde insistía en esperar el advenimiento del Hombre... Anterito Valdez, allá en la cárcel, cumpliendo su pena, ya sin la compañía de *Viruticas*.

Ya se habían efectuado los exámenes del año escolar y ahora los estudiantes andaban de vacaciones, fuera del pueblo los más de ellos; pero Elio y Martín sólo se las tomaban paseando por los aledaños, a la caída de las tardes.

Allá vienen atravesando aquel campo de afloramientos rocosos, detenidos casi al ras del suelo, por donde otra tarde fue entre un pelotón de soldados, Martín con las

manos apuñadas y hundidas en los bolsillos de los pantalones y la boca apretada; Elio haciendo recuerdos de los días de su incorporación a las responsabilidades públicas.

—Pero perdimos nuestras lepras, convéncete—dícele Martín Campos, quitándole la palabra.

Elio sonríe y replica:

—Quizás no, del todo por lo menos. Tal vez alguna grave infección de nuestro país se descargó por ellas, como sucede con los abscesos de fijación. En parte, naturalmente; pero la verdad es que las cosas han cambiado.

—¿Tú también, Elio?—inquiere el otro, volviéndosele rápidamente.

—No te escandalices—responde Elio sonriente—. Yo estoy seguro de no haber perdido mi ensayo de hombre y de responsabilidad. Para ti tampoco fue experiencia inútil y mañana, cuando nos toque de veras y a fondo, se podrá comprobar.

—Sí—admite Martín—. En lo personal y nuestro. Pero...

Y sacudiendo negativamente la cabeza:

—Pero no era esto. No es esto lo que ha debido salir de aquello. Que el interino no lo esté haciendo mal, convengo; pero se vive temiendo que se restablezca el General.

Y marchaba, diciendo y rechazando así—antena de la inquietud de un pueblo—hacia la hermosa puesta de sol sobre el melancólico paraje, todo el resplandor del poniente en el rostro transido de angustia.

FIN DE
"EL FORASTERO"

SOBRE LA MISMA TIERRA

PRIMERA PARTE

I

MONTIEL MONTIEL DE LOS MONTIELES

DESDE temprano se le notó que venía dispuesto a dar al traste con la circunspección y la honorabilidad de los Montieles de la Calle Derecha, en el corazón de Maracaibo, pues con pasos quitados del camino de la escuela, tirando por su calle hacia afuera, fue a caer en El Saladillo plebeyo y pendenciero.

Periquito a Pie, La Mala Ley, Los Biombos, El Mandador, sitios borrascosos donde los corrillos de muchachos en torno a las tertulias de los hombres recogían la tradición del bravo arrabal maracaibero, lo oyeron presentarse fanfarronamente, arrastrando ya por los suelos de plebe y hampa a todos sus mayores:

—Demetrio Montiel Montiel de los Montieles.

Mas no propiamente por ánimo depravado ni por inclinación plebeya, sino porque ya estaba despuntando en él, junto con las primeras manifestaciones de inteligencia y de espíritu emprendedor, en las cuales la familia comenzaba a poner sus esperanzas, el ímpetu a derrocharlo todo de una sola vez. No era nada extraordinario todavía lo que se había acumulado en su patronímico por obra de varios Montieles, de padres a hijos, pero sí de todo punto irreprochable y aun digno de respeto.

—Pero yo nací desnudo en pelota—solía decir después—y como en mi casa me vistieron de ajeno sin pedirme per-

miso al echarme encima tantos Monticles de la Calle Derecha, fui a desvestirme de ellos en El Saladillo, para hacerme un traje a mi medida desde pequeño.

Y dejó tirados todos sus Montieles por las calles del barrio escandaloso, donde dio puñetazos, se enredó en palizas y vio dar puñaladas, sin que grimas de sangre le turbaran la sonrisa de su serenidad.

Y un día supieron los circunspectos que el tarambana andaba también despilfarrando talento, en torneos con Antonio Briñes y Francisco Cano, poetas populares en torno a los cuales se congregaba muchedumbre para admirarles y celebrarles los "cantos de piques" a que solían entregarse, en las tabernas del barrio o en las casas de sus amigos, en "gaitas" por Navidades o en "guacharacas" en cualquiera ocasión de festejos. Y todo porque una noche Demetrio oyó decir:

—Antonio y Francisco están cantando guacharacas aque Mita Chinca.

Y se fue allá, con sus quince años propicios a echar por caminos nuevos, y al detenerse ante la puerta de la casa, entre el gentío que todavía celebraba un "canto de pique" recién concluído, Briñes, que lo había visto en la tarde camino de pesquería para Capitán Chico con varios compañeros, lo interpeló haciéndolo en versos por ser ya ésta su manera habitual de expresarse:

—Demetrio, dame razón,
¿cómo te fue con la gente?

Y él, completando la estrofa, sin hacerse esperar:

—Por estar de peladientes
se fue el peje del calón.

A lo que exclamaron Briñes y Cano, dándole el espaldarazo:

—¡Mano de trago para el muchacho!

Que era batir palmas en aplauso y al mismo tiempo pedir que se les trajese de beber a los tres.

Aquella noche todo El Saladillo celebró con júbilo el fausto acontecimiento de la aparición de otro poeta bueno para cantos de pique y al día siguiente entró la escandalosa noticia en la austera casa de la Calle Derecha; mas, como ésta no se había adornado todavía con las galas de la intelectualidad, en consejo de familia se convino en que era menester que Demetrio cultivase su feliz disposición para las bellas letras y él se allanó a que lo rodeasen de libros de poesías de auténticos y cultos poetas de su tierra.

Pero ya estaba poniéndoles gusto, cuando una noche, a solas en su cuarto ante un volumen de los mejores de aquéllos, se sintió de pronto asaltado por esta interrogación que le salía de muy adentro, donde se le albergaba la propensión a tirarlo todo:

—¿Qué estás haciendo, Demetrio?

Y como eran vísperas de la fiesta de la Chiquinquirá, le atribuyó a esta milagrosa patrona de Zulia la saludable advertencia y formuló esta promesa, a las maneras de su fe, ya saladillera también:

—¡China de mis amores! Si de ésta me salvo voy a mandarte hacer un poeta de oro, con su gran melena y todo.

Y el día de la fiesta se le vio entre los devotos que cumplían promesas hechas en trances mortales o difíciles, en actitudes que correspondiesen a las circunstancias en que se hallaban cuando les fue hecho el portento—descalzos, desnudos de cintura para arriba y chorreando agua que sus amigos o parientes iban echándoles encima, los pescadores o navegantes del lago a quienes el chubasco ya daba por suyos cuando se le encomendaron a la Virgen milagrosa; envueltos en sábanas los que postrados en cama por graves dolencias, sanaron y se restablecieron—y a todo el mundo le llamó la atención el signo de grave peligro corrido que

Demetrio ostentaba en la procesión de los milagros: un libro bajo el brazo, aquel de versos.

Y se salvó de aquélla; no se le vio más en los "cantos de piques", ni mucho menos con libro alguno en las manos.

Por las tardes, a Salina Rica, cuando la marea hinchaba los caños por entre los manglares, esmaltes de azul profundo y verde tierno bajo el sol brillante y quemante. Dábale gusto a todo su Demetrio Montiel propio, sin equivocación de libro por delante, lanzar la atarraya abierta con mano diestra para cobrarla plateada de bocachicas prisioneras entre la malla obscura, él solo entre el verde manglar sumergido en azules, arremangado hasta las rodillas, suave y caliente el limo del caño bajo la planta del pie, oloroso a alga y pescado, cosas marineras, el aire respirado a todo pecho.

—¡Y yo que estuve a punto de contentarme con poner esto en versos! ¡Virgen de la Chiquinquirá! Todavía se me eriza el cuerpo al recordar el peligro que corrí. Eso sí es darle lustre a la familia. ¿No fueron pescadores los Montieles de mis Montiel Montiel?

Mas, por entre los cocales de la orilla lacustre, sobre los alegres marullos del nordeste, se deslizaban aquella tarde las velas de las embarcaciones pesqueras de los Puertos de Altagracia, que comenzaban a salir rumbo a los cardúmenes de curbinas, bagres, doncellas.

—Eso sí es pescar—murmuró.

Y la atarraya se le quedó en la mano ya desganada de lance sin riesgo y al cabo de un rato salió del caño, sin bocachicas y aunque otra vez con versos en el pensamiento:

—Se va Demetrio Montiel
a los Puertos de Altagracia.
Cuando pregunten por él
respondan que está en su casa.

CANTOS DE FONDILERAS

De los Puertos provenían sus Montieles y aún le quedaba allí un pariente, viejo pescador, en cuya casa, plantada bajo los cocales de la ribera, pidió hospedaje y trabajo.

—¿Qué sabéis hacer vos?—le preguntó el rústico.

—Yo sé margullirme, mayor—repúsole con su ya habitual fanfarronería—. Y como vengo buscando puesto de buzo...

—¿Margullirte? ¿Tantó como Simón Navas, el buzo de mi tren?

—Cuando no sea necesario tanto—replicó sonriendo—eche mano del cuanto que yo le traigo.

Y el viejo Montiel, que no se quitó de pescador de los Puertos para convertirse en ciudadano de la capital, complacido en el joven que venía buscando la playa de sus mayores y cautivado ya por la simpatía que inspiraba, por oírle dar sus respuestas fanfarronas, insistió en preguntarle:

—¿Dónde habéis aprendido ese cuanto?

—De conversaciones con pescadores viejos, en Salina Rica y Capitán Chico, sé cómo canta la curbina cuando se avancina a las fondileras de la lamprea y cómo ronca el bagre y cómo sisisea la doncella. Deje que mis orejas le den cuenta, mejor que mis palabras, de la cantidad de buzo bueno que aquí le está ofreciendo este pariente.

—¡Je, je, je!—rió el viejo, complacido en aquel lenguaje—. Pero ¿traéis el consentimiento de tu madre? Vos sois menor de edad, según la cuenta que se me viene a la memoria, aunque mayor de malas mañas según colijo, y no quiero tener un disgusto con la prima Chinca.

—Quiso dármelo por escrito—repúsole—. Pero como dentro del agua la tinta se emborrona y buzo siempre está margullido...

—¡Je, je, je! No te mordéis la lengua, diablo contento.

—¿Sabe que me gusta ese apodo? Lo adopto de hoy en adelante.

—Andáte, andáte. Embárcate en *La Bonita,* que ya va a salir, a ver si es verdad lo de las orejas. En días de troníO como están siendo éstos, es un solo redoble desde El Tablazo hasta Sidiosquiere el avance de la curbina. Y como a tu madre le gustarán fritas, de las que se pesquen por el anuncio de vos algunas le mandaremos.

Y ya, en el oficio con ciertos riesgos, de la primera zambullida aquella misma tarde para catar los cantos de fondileras, al cabo de un rato largo sacó la cabeza, diciéndoles a los tripulantes de la balandra:

—Jalen para fuera, que por allá están cantando las curbinas.

Por todo lo cual y complacidamente, los pescadores comentaron:

—No está jojoto el muchacho. Las palabras son de buzo jecho.

—Y si es el aguante bajo el agua, no se lo supirita el propio Simón Navas.

Desde El Tablazo hasta Palmarito, más allá de Sidiosquiere, no hubo rumor de cardumen que su oído no percibiese y distinguiera bajo las aguas del lago, sereno o animado de marullos, y al año de estar allí, sobre los dieciocho de su edad, una tarde, a la mesa con el viejo Montiel, éste le dijo:

—Bueno, pariente. Ya me tenéis probado que tus orejas saben catar los cantos de fondileras; pero como yo me quedé en lastre—valga decir, sin hijos—y ya voy rumbiando para viejo, con el chubasco de las arrugas y las canas encima hace algunos años, a mí no me hacéis vos tanta falta de buzo como de encargado del tren de pesquería en general, para que te vais acostumbrando a manejarlo como cosa propia, antes de que yo amanezca un mal día

varado para siempre en la playita de las cruces que llaman cementerio.

—Lo que usted disponga, mayor—fue la respuesta.

Pero momentos después, a orillas del lago sin brisa, en cuyas aguas se reflejaban en dorados cabrilleos las luces nocturnas de Maracaibo en la ribera opuesta, quitado de la acostumbrada tertulia con los pescadores y contemplando el relámpago del Catatumbo hacia el sur distante y oscuro, ya no le estaba agradando aquello.

—¿Pescador para toda la vida?—se preguntaba—. Yo como que no nací en ese mes... ¡Faro del Catatumbo, alúmbrame este mal paso! ¡Virgen de la Chiquinquirá! Si me tiendes otra vez la mano, además de aquel poeta de oro, que por cierto se me ha olvidado mandar hacértelo, te voy a dar las gracias por el milagro con un pescador de oro también.

Y en esto oyó que uno decía en la tertulia:

—Ese es el rumbo de los contrabandistas. Por los Montes de Oca pasan la raya de Colombia.

Y esto bastó para que exclamara:

—¡Te ganaste el pescador de oro, Virgen de la Chiquinquirá!

Y el día siguiente no le amaneció en los Puertos, donde ya se había conquistado el derecho de heredar la fortuna del viejo Montiel, nada despreciable, si no muy cuantiosa.

MARÍA DE LOS MISTERIOS GOZOSOS

Parece que realmente sólo se llamaba María y que el resto del nombre se lo puso doña Chinca de Montiel después del acontecimiento.

Era de una familia de lo principal de Maracaibo, vecina de los Montieles de la Calle Derecha, pero se había educado en Curazao, a la sombra de un tío rico, nativo de dicha isla, y según le había confesado a sus amigas, acari-

ciaba el sueño turco de casarse con un hombre que la tiranizara, que no le permitiera ni asomarse a la ventana, ni vestir y llevar sino bata y trenzas caseras, pero que le perteneciese a ella sola, en alma, vida y corazón. Y como a doña Chinca de Montiel se le había enamorado su hijo Remigio de la vehemente María, ya varias personas la habían oído decir:

—Suerte que tiene el muchacho, porque eso es, precisamente, lo que él se propone hacer con la mujer con quien se case.

Remigio el primogénito, circunspecto, todo entero de la Calle Derecha: de su casa al trabajo y del trabajo a su casa y de cuyo dinero bien ganado, el único mal invertido fue el que empleó en comprar aquellos libros de versos, de buenos poetas de su tierra, para enrumbar a Demetrio hacia las bellas letras.

Ya estaban para cruzarse aros de compromiso y María de los Misterios Gozosos en casa de sus padres, terminados sus estudios en Curazao, cuando sobrevino el regreso de Demetrio de los Puertos. Y fue entonces cuando doña Chinca vino a saber que lo de la educación de aquélla en la antilla holandesa, donde el tío curazoleño, fue para alejarla de la Calle Derecha, pared por medio con Demetrio, de quien se había enamorado, ya acariciando su sueño turco.

Días después caía por allí el viejo Montiel pescador, en busca de noticias:

—¿Qué le pasa a Demetrio, prima Chinca? De la noche a la mañana se vino de casa sin despedírseme siquiera, cuando menos era de esperarlo.

—No me habléis de Demetrio, pariente—repuso la afligida señora.

Y el pescador agregó:

—Pero... ¿Qué sucede en esta casa, que ahora caigo que estáis como de duelo?

—A ti puedo explicártelo—respondió la apesadumbra-

da—. Demetrio, en quien vos ya estabais poniendo toda su confianza, según él mismo me contó, acaba de hacer una de las suyas. No sé si estabais enterado de que mi hijo Remigio, el mayor, tenía amores con una muchacha, de muy buena gente y muy simpática ella, es la verdad. Pero bastó que se viera con Demetrio—aquí en este mismo corredor, haciéndome ella la diaria visita que acostumbraba—y que le oyera decir dos o tres cosas de ésas con que él se gana la voluntad de todo el mundo, para que se olvidara de que estaba ya para cruzarse aros con Remigio, que es la seriedad y la corrección en persona...

—Y lo cambiara por Demetrio—dijo el pescador, quitándole la palabra—. Yo también, en el pellejo de ella, hubiera hecho lo mismo. Te lo confieso, prima Chinca.

—Mirá que no te dais cuenta de todo lo que estáis diciendo.

—¡Cómo! ¿Es que la muchacha... ya no navega en lastre?

—Ni con capitán a bordo. Para decirlo a tu manera.

—¿Qué me contáis, prima? Pero ¿no y que era de buena gente la muchacha?

—De intachable conducta siempre, toda su familia. Después se ha sabido que desde muchachita estuvo enamorada de Demetrio, sin que él se hubiera fijado en ella, según parece. Pero, en todo caso, ya para casarse con Remigio, que la habría hecho feliz..., ¡en fin! Básteme decirte que se llama María de los Misterios Gozosos.

—¡Haberlo dicho desde un principio, prima Chinca! Ahí está la explicación.

Sonrió amargamente doña María de la Chiquinquirá de Montiel y el pescador agregó:

—Y el causante de la avería, ¿dónde está?

—Se marchó de Maracaibo, rumbo a Colombia, por la Guajira. Para dedicarse al contrabando, seguramente. ¡Mon-

tiel Montiel de los Montieles! ¡La deshonra de la familia un hijo mío!

Y aquella tarde el viejo pescador regresó a los Puertos cabizbajo, murmurando entre dientes:

—¡María de los Misterios Gozosos! Digan después que Dios no había perdido la brújula cuando hizo a la mujer...

CANTARALIA

Por setiembre, cuando el Parahuachón comenzaba a derramar las aguas del invierno guajireño por los desparramaderos de Yrurpana, haciendo retoñar los pastos, venía Cantaralia con sus ganados desde Jarara, en la parte colombiana de la península, cabalgando el mejor de sus caballos, a la cabeza de sus numerosos rebaños y con la canción del año en la voz estentórea.

Cantaralia la pelirroja, blanca, pero de facciones guajiras, fea simpática, apetitosa la pintona madurez otoñal, fiestera, reilona y gritona, mas todo sin mengua de la honestidad y del señorío.

Ya a su madre, de la casta irama—ciervo, designación del olvidado origen totémico—, le habían anunciado las singulares sensaciones de sus entrañas que aquella tercera criatura de su vientre no sería como las otras, Palmira y Dorila, que nunca le habían causado molestias semejantes cuando estuvo encinta de ellas.

—Esta criatura me quema—solía decirle a su marido Yajaira.

Y cuando le nació, berreando con una fuerza de voz extraordinaria y se la mostró a Yajaira, éste le dijo:

—Las candelas que te quemaban. En los cabellos las trae. Candelaria... Cantaralia.

Pero ¿de dónde venía sacando aquella criatura el color blanco y los cabellos rojos?... Y en el vecindario de Alitasía—flor del taparo—donde tenía Yajaira su residencia,

a la memoria de los indios viejos vino el recuerdo explicativo:

—Juyácsira tuvo razón cuando sospechó que su mujer lo había traicionado con Bartolomeu, aunque nunca lo dijo. Bartolomeu tenía los cabellos colorados. Yajaira es hijo de él y Cantaralia le viene sacando el abuelo.

Un buhonero italiano que una vez pernoctó en Alitasía, ausente en ella su dueño Juyácsira. Bartolomeu cantaba bonitas canciones y la mujer de Juyácsira—una de las cinco que había adquirido, siempre quejosa de las cortas visitas que apenas le hacía—estuvo oyéndoselas casi toda aquella noche...

Días después se encontró su cajón de buhonero al borde de la laguna colorada de Ayajuy, de cuyas aguas, las únicas que no secaba el verano, ni aun el ganado sediento se atrevía a beber. Porque era una laguna encantada, a la cual nadie se podría acercar sin riesgo de perder la vida. Bartolomeu pagó allí con la suya sus canciones seductoras, pero en cuanto a la mujer, Juyácsira se limitó a no visitarla más guardando el secreto para que no recayera deshonra en la casta iraña, que era también la suya y de la cual era el *alagla*.

Pero fue Cantaralia quien le dio forma poética a la leyenda de Ayajuy en una de sus canciones. Monótona canción guajira, relato de acontecimientos banales o extraordinarios, ingenuos el verso y la tonada, motivo de cantar solamente, cuando se hace camino largo a solas o se apodera del alma la melancolía.

Allá en Guajira arriba
tenía el dios de la lluvia,
Juyá, que era su nombre,
dos hijas muy bonitas:
la blanca Flor del Amaqui,
la de oro, Flor de Marita.

Como reinaba el verano,
que era tan fuerte aquel año

que estaban secos los ciénegos
y sólo en el agua podían
vivir Amaqui y Marita.
Juyá les mandó a Potshónoni
para que las condujera
donde el Parahuachón ya estaba
derramado en Yrurpana.

Se fueron ellas con él,
que de las dos era hermano
y él se enamoró de ellas
mientras las iba llevando.
Porque era fuerte el verano
y en su cabeza pequeña
ya la candela del sol
lo llevaba desvariando.

Pero ellas no lo quisieron
de marido, sino hermano.
Y al pasar por Ayajuy,
donde era el cerro muy alto,
Potshónoni, que iba enojado,
tuvo otro mal pensamiento:
que sus hermanas murieran
en la boca de Ayajuy
si eran hermanas de veras
o si también no lo fueran.

Porque Ayajuy se llamaba
la culebra que en el cerro
de Ayajuy vivía durmiendo.
Y él le dijo a la culebra:
trágatelas a las dos
que no me quieren querer,
porque Amaqui se ve blanca
y Marita de oro se cree.

Y Ayajuy se las tragó
sobre el cerro de Ayajuy.
Pero Juyá las vengó,
como lo hace el guajiro
cuando le ofenden su casta,
matando con sus centellas
a la culebra Ayajuy.

Ayajuy se llama ahora
la laguna colorada
que se formó con la sangre
de la culebra Ayajuy.

Que no la toma la gente,
que no la bebe el ganado,
que no la seca el verano.
Que no se puede mirar
porque allí vive el encanto,
que siempre está suspirando
en el silencio: ¡Ayajuy!

Estentórea y alegre como Bartolomeu, Cantaralia creció gritando y correteando, candela al viento de la sabana su roja melena, detrás de la cual se iban todas las miradas y en la memoria de los guajiros viejos el recuerdo insistía en murmurar:

—Juyácsira tuvo razón.

Y cuando "formó"—según expresión con que el guajiro designa la transformación de la niña en mujer—para reducirla al encierro del "blanqueo" fue necesario construir una habitación especial, de donde no pudiera escaparse. Pero durante la reclusión—de varios años, conforme a su rango—no fue posible lograr que aprendiera a manejar el telar ni a ejecutar, siquiera medianamente, las labores de mano a que debía aplicarse, pues se la pasó cantando, a plena voz, cuanto se le venía a la mente, y terminado el blanqueo, sin mayor provecho para ella, puesto que ya era blanca, cuando vino a tomarla por mujer un cacique de la parte colombiana de la península, cantando se le entregó y cantando se fue con él, rumbo a Jarara.

De allá acostumbraba venir ahora, por setiembre, en busca de los verdes pastos de Yrurpana para sus numerosos ganados. El marido había muerto hacía varios años sin dejarle hijos, pero ella sabía desempeñarse bien y nadie tenía por todo aquello tantos toros y vacas, ovejas, cabras, caballos, mulos y burros como los que componían sus rebaños y sus hatajos.

Pero ella estimaba más su alegría tumultuosa y hacía derroches por esparcirla en torno suyo. Su canto de camino anunciaba las fiestas que durarían toda la temporada del

apacentamiento en Yrurpana, carreras de caballos desde la mañana hasta la tarde y baile de chicha desde la anochecida hasta el segundo canto del gallo. De varias leguas a la redonda concurría la gente amiga de divertirse y eran como para alimentar y emborrachar un ejército las reses descuartizadas y los *julaes* de *imema* y los barriles de ron con que ella las obsequiaba, recorriendo constantemente el vasto campamento en enramadas y chozas de enea que se levantaban en torno a su casa y alrededor del cual rondaban los limosneros que, junto con los perros y los zamuros, iban por los desperdicios del festín.

Ella jineteaba sus mejores caballos, ganadores de casi todas las carreras, y por las noches abría la mariposa de seda de sus más finas mantas y con las grandes bellotas de estambre en las sandalias trenzaba el paso menudo y veloz, al son del tambor de Airapúa—su esclavo guardián, el mejor tamborero de toda la Guajira—en la persecución de las parejas que le fueren saliendo al ruedo del baile, para meterles la zancadilla y derribarlos entre el clamor ululante del gentío embriagado.

Sus hermanas Palmira y Dorila, que se habían quedado solteras, por no haber en toda la Guajira hombres que llegasen al precio que por ellas pedía su padre Yajaira —muerto ya—, no se acercaban nunca a Yrurpana a participar de aquellas fiestas, incompatibles con su temperamento ensimismado y sombrío y con el viejo orgullo de la casta irama. Que fue rica y numerosa y de ella sólo sobrevivían unas cuantas mujeres, a consecuencia de una guerra con los carairas, por muerte de uno de éstos a manos de un irama y cuyo precio no se dignó pagar el matador, ni lo obligó a hacerlo su alagla.

Cantaralia iba a visitarlas, a la llegada y al regreso, a las tierras de su residencia, les dejaba algunas reses, bestias y ovejas en auxilio de la pobreza que ahora reinaba

en Alitasía; pero no les tomaba nunca el consejo de asentarse y formalizarse.

Porque a la pregunta de siempre:

—¿Hasta cuándo, Cantaralia?

Siempre les respondía:

—Hasta que se apague la llama. Si hubiera tenido hijos, otra cosa sería.

—¿Y por qué no vuelves a casarte?—decíale Palmira—. Aún estás en tiempo.

—Porque todavía no me he tropezado con hombre de quien me provoque tomar un hijo. Que no puede ser a un hombre cualquiera a quien se le entregue Cantaralia Barroso.

EL ENCUENTRO

Aquella vez la canción del año decía:

Remota, hermana Remota.
Te digo hermana por ser
de tu misma casta, Remota.
Yo vengo andando de lejos
por conocerte, Remota.

Ahora venía tendida al aire frío y sereno de la madrugada, porque a Cantaralia le amanecía recorriendo el campamento de los concurrentes a sus fiestas, para repartirles el café despabilador de la embriaguez de la víspera —ella no necesitaba licor ni bebida fermentada para estimular su llamarada de alegría—acompañada por su esclavo Airapúa, portador de una gran cantimplora humeante.

Remota, hermana Remota.

Interrumpe el canto estentóreo porque es un desconocido quien acaba de incorporarse en la hamaca colgada bajo el uraichi y se queda mirándolo en silencio. Un blanco joven y bien parecido que le sonríe y la envuelve en contempla-

ción sensual. Un arijuna—civilizado— que no parecía un hombre cualquiera.

—¿Tú quién eres?—le pregunta ella, ya con emoción de afortunado encuentro para que se realizara la madre que alentaba en su tumultuosa generosidad vital.

—Uno que llegó anoche, cuando ya se acababa el baile —respondió el arijuna, sonriendo maliciosamente.

—¿No tienes nombre?

—La fe de bautismo se me perdió por el camino. No sé cuándo ni dónde, pero vengo de lejos y sin mirar para atrás.

—¡Ah!—exclama Cantaralia, complacida en aquel lenguaje expresivo de espíritu festivo, par del suyo en abundamiento de la buena fortuna del encuentro—. ¿Tú también vienes de lejos, como el de la canción Remota?

—Pero creo que ya he llegado. Y a tiempo, tal vez.

Arruga el ceño el esclavo Airapúa, celoso guardián de su ama, porque el arijuna ha guiñado maliciosamente el ojo al decir aquello y Cantaralia interroga con voz velada de enamoramiento tumultuoso:

—¿A tiempo de qué? ¿No vas de camino?

El la contempla un rato en silencio y luego responde:

—Hasta aquí me trajo el mío, que era de andar solo. La estrella que me venía guiando se paró sobre esta mata y allí está todavía quietecita en su alto cielo, guiñándome el ojo para decirme: "Quédate y pide que te acompañen hasta que amanezca el día. Que por ligero que venga, no será madrugada perdida lo que todavía queda de ésta."

Suelta la risa Cantaralia, le sirve el café y mientras él lo bebe a sorbos, haciéndole señas maliciosas a Airapúa para que los deje solos, ella intenta reanudar la canción interrumpida.

Pero las palabras se le ahogan en la garganta y desistiendo de la simulación del canto, incontenible ya la madre que no quería frustrarse en ella, se vuelve hacia Airapúa

y con un leve movimiento majestuoso de cabeza le ordena que se retire.

Y jamás vio el esclavo tanta gravedad en la expresión de la pelirroja cantadora y fiestera. Cantaralia la generosa, de cuya honestidad nadie pudo dudar nunca, se disponía a concebir un hijo ante el lucero del alba.

EL "LLORO"

El prosiguió su camino, rumbo a la parte colombiana de la Guajira, pero Cantaralia no regresó aquel año a sus posesiones de Jarara, sino que se instaló en la casa de las hermanas, a fin de que su criatura, alegre y ardientemente concebida, se formase desde un principio dentro de la atmósfera de la familia materna, donde reside el espíritu del pueblo guajiro, y se lo apoderase con el aire desde el respiro inicial, y fue grande su alegría cuando le dijeron que le había nacido niña.

La acarició apoyándosela contra el pecho, por fin henchido de maternidad, y murmuró:

—No se acabará por mí la casta irama.

Y soltando la voz al canto con que aquella mañana se acercó al uraichi, ahora para ponerle nombre a la que allí fue concebida:

Remota, hermana Remota.
Te digo hermana por ser
de tu misma casta, Remota.

Y con esto y lo que en torno suyo se desató después, las primeras impresiones de Remota debieron de ser de torbellino clamoroso que la arrebataba, la suspendía y la asfixiaba.

Era la madre lanzándola al aire de la llanura ventosa, mientras le cantaba a todo clangor la canción de su nombre, para recibirla luego entre sus manos forzudas y opri-

mirla contra sus pechos esponjados de cálida abundancia y comérsela a besos. Que allí mismo acudían Palmira y Dorila a quitársela, ésta por el riesgo en que veía a la criatura con aquellos lanzamientos a lo alto y aquélla, porque no entendía que el besar fuese caricia, ni le parecía conveniente que un alma guajira se formara al tono de aquellas vehemencias extrañas a los modos de amar de su raza.

Pero un día, estando de muda los *guanurús*—así lo explicó el piache—tuvo Cantaralia la desgraciada ocurrencia de pararse precisamente en medio del invisible camino por donde venían aquellos espíritus elementales, causantes de las enfermedades y la muerte, los cuales le atravesaron el pecho produciéndole un dolor mortal. Se llevó la mano al corazón, palideció y cayó sin vida.

Un disparo retumbante anunció que en la casa de Alitasía había ocurrido una muerte y para esparcir la infausta noticia por los vecindarios distantes se despacharon propios en todas las direcciones, algunos de los cuales traspasarían la frontera colombiana. Porque para el guajiro toda muerte es daño que de algún modo afecta a la comunidad entera y nadie puede reservársela como infortunio particular y exclusivo sin hacerle alguna traición a la colectividad y porque habiendo sido la de Cantaralia, toda la Guajira querría elevar en torno a sus despojos el homenaje del llanto.

Ya la habían bañado y amortajado y allí estaba, envuelta en una de sus mantas, dentro de una hamaca colgada bajo la enramada, a uno y otro lado de la cual, sentadas en chinchorros, Palmira y Dorila le montaban la guardia dolorosa.

Una vez más se aposentaba el infortunio en la casa de Alitasía. Durante aquel año que allí pasó Cantaralia, con disposición de fijar su residencia en el viejo asiento de la familia, viéronse otra vez llenos de ganados los corrales —como en los buenos tiempos de Yajaira—y nadie pasaba por delante de la casa sin que entrara a visitarla, para di-

vertirse un rato con las ocurrencias de la pelirroja y disfrutar de la prodigalidad de sus obsequios... Allá venía ahora toda la Guajira, del norte, del sur, del oeste, hacia el naciente donde se alzaba la casa, áridos médanos por detrás de ella hasta las orillas del mar y numerosas cabalgatas le daban sus polvaredas al viento de la sabana; pero venía en silencio y enlutada, a la última visita.

Llegaban, descabalgaban, desensillaban y maneaban sus bestias; clavaban en la tierra, aquí y allá, las varas con extremo de horqueta donde colgarían sus hamacas y luego se dirigían a la enramada mortuoria, en torno a la cual se iba extendiendo el campamento funeral. Entraban en ella, las mujeres se sentaban en el suelo, los hombres se acuclillaban o permanecían de pie y cubriéndose el rostro, aquéllas con sus pañuelos y éstos con sus sombreros, entonaban el "lloro".

—¡Uú! ¡Uú! ¡Uú!

Por la extraordinaria mujer que ya no volvería a la cabeza de sus ganados, con la canción del año en la voz estentórea, a poner sus fiestas generosas en las praderas de Yrurpana. Mas no pronunciaban su nombre, pues esto haría detenerse el espíritu desprendido de la carne en su marcha hacia la otra vida, para regresar bajo las malas formas de los espantos. *Muliasi*—difunta—era la palabra que sólo podía usarse para designarla y que a cada momento se oía entre el coro impresionante de los gemidos.

Luego volvían a sus campamentos, mientras otros grupos de recién llegados venían a sustituirlos en el "lloro" y era entonces cuando el representante de la familia iba a saludarlos.

—*Anshi piá* (1).

En seguida de lo cual cada familia o grupo de visitantes recibía un cordero, para que lo sacrificaran y comiesen.

(1) Ya llegaste.

Al efecto, ya Airapúa había hecho recoger todo el ganado en los corrales y desde allí dirigía la distribución de los obsequios.

Toda la vida guajira se rige por el principio de la reparación de los daños causados, y como el llanto con que se honra a los muertos es manifestación del que como miembro de la comunidad, cada cual ha sufrido con la desaparición de alguno, aquellos obsequios se inspiran en una intención reparadora, con natural perjuicio del peculio del difunto.

No había hombre en la familia de las Barrosos a quien le correspondiese representarla en aquellos momentos, pero Chuachuaima, de la casta *epieyú*—cataneja—y sobrino mayor de Yajaira, padre de aquéllas, había sido de los primeros en llegar y a él le encomendó Palmira las funciones del anfitrión doliente. Y así andaba, a caballo, recorriendo el campamento que se extendía en un vasto espacio de las sabanas de Alitasía, para cerciorarse de que a ninguno le faltaba el cordero de la retribución.

Ardían ya las hogueras cuando cerró la noche y eran como hachones funerarios encendidos en torno al definitivo silencio de Cantaralia, la gritona. Fosca noche atravesada de relámpagos mudos que se producían en el sur lejano, noche sofocante de verano guajireño, círculo de lanzas negras el cardonal sin ternura de fronda en torno a la sabana pelada.

Olía a carne de sacrificios el aire pesado, relinchaban los caballos maneados junto a los campamentos, rebuznaban los burros, mugían las vacas en los corrales, alzábase de cuando en cuando el balido temeroso de los rebaños de ovejas por la hecatombe de los corderos y bajo la enramada mortuoria, en torno a la innominada que ya más no entonaría su canto estentóreo, se trenzaba el llanto feral:

—¡Uú! ¡Uú! ¡Uú!

A intervalos iban a sentarse en el suelo, alrededor de la

hamaca donde reposaban los mudos despojos de Cantaralia, algunas indias viejas y miserables, a quienes se les había dado a beber ron, y entonces el "lloro" adquiría las entonaciones de un canto lamentoso, destemplado, interminable, como para camino infinito, espantosamente triste y feo, al cabo del cual se elevaba de todo el campamento el gemido horrendo y clamoroso:

—¡Uú! ¡Uú! ¡Uú!

Dos días con sus noches duró la impresionante ceremonia. Más de quinientos corderos habían sido sacrificados y al amanecer del tercero, cuando en el cementerio de los iramas ya la tierra cubría los despojos de la *muliasi*, todos los concurrentes dispararon al aire sus armas de fuego.

Y éste fue el último estruendo que resonó por allí por Cantaralia, la de la voz estentórea.

II

EL CANTO DEL KEIRACHÍ

De la fabulosa riqueza que se le atribuía a Cantaralia, nunca aparecieron las botijuelas de monedas de oro que debía de tener enterradas en Jarara, y de los millares de reses y bestias que compusieron sus rebaños, apenas quedó, pronto, un centenar entre unas y otras. Tres largas sequías consecutivas habían cubierto de osamentas la pampa desnuda de hierba y ya venía la pobreza acercándose, otra vez, a las puertas de Alitasía.

La infancia triste junto a las tías taciturnas. Cantaralia no había sabido o querido decirles quién era el hombre del cual concibió, pero en todo caso la ley guajira se la adjudicaba a ellas. Le reemplazaban bien la madre amorosa, se remiraban en ella, tan bonita y tan guajira, y se esforzaban en

hacerle agradable la existencia; pero eran mujeres taciturnas y ya ella les estaba sacando la inclinación pensativa.

¡Remota, hermana Remota!...

Le habían enseñado la canción de su nombre, la última que se le oyó a Cantaralia, y con la natural propensión melancólica ya asomando en ella, su mente infantil se complacía en el juego de oir que la llamaba una voz lejana.

—Ya voy—respondía—. Ya voy.

—Pero si nadie está llamándote, criatura—decíanle Palmira o Dorila.

Al principio nada les respondía, pero un día repuso:

—Sí. Me están llamando por allá lejos. ¿No escuchan?

Y Palmira y Dorila se miraron en silencio, preguntándose mentalmente:

—¿*Shiata outá*? (1).

Y desde entonces cada vez que la sorprendían absorta, rompían a hablar a propósito de cualquier cosa, para no permitirle oir la misteriosa voz.

Luego, demasiado pronto, pero con sentimientos que ya no eran infantiles no obstante su tierna edad, fue la melancólica contemplación, desde la ramada de yotojoro, de las caravanas de familias indígenas que diariamente atravesaban la árida llanura durante los recios veranos, rumbo a Maracaibo por Sinamaica, para dedicarse allí a la mendicidad, en todo caso prometedora de mejor sustento que el de la pulpa del cardón, engaño del hambre, o la inmunda lagartija apresada entre los ñaragatales retostados.

Esto se lo había oído comentar a las tías, mientras contemplaban, ellas también, el paso de aquellas caravanas, entretenidas en masticar los tallos de una hierba salada que crecía por allí, bajo el viento cargado de polvo salitroso, cuando soplaba del mar cercano por entre los médanos.

—Guajira yéndose—murmuraban Palmira o Dorila—.

(1) ¿Será la muerte?

Para Tierra Negra en Maracaibo, para Colombia también. Guajira de nosotros acabándose.

Que entonces era otra vez la voz lejana y quejumbrosa, entre sentimientos todavía confusos, pero ya no por voluntaria complacencia imaginativa.

Y el corazón en el puño de la angustia, aunque sin ideas explicativas del sentimiento, cuando le llegaba a los oídos la gangosa melancolía, de algún cantar guajiro. *El Canto de la Piacha,* lúgubre y desesperante como soledad en noche oscura y rumbo perdido.

Era la natural propensión reflexiva, cuyas primeras manifestaciones enturbian la infancia de melancolía soñadora, más acentuada en ella a causa de la falta de otros niños en la casa y del extremado celo con que Palmira no la dejaba reunirse con los del vecindario, para librarla del temprano estrago de la inocencia por las malicias que pudieran cundir entre muchachos y niñas, dejados completamente de su cuenta por las madres guajiras. Acostumbrada a la taciturna compañía de las tías, no se le desarrolló espíritu comunicativo y las formas infantiles de la ternura se le maduraron precozmente en afectos tristes.

Pero hacia los once años hizo brusca crisis aquella propensión solitaria en un estallido de ánimo voluntarioso, forma intempestiva del espíritu comunicativo. Fue una tarde, estando con las tías en la enramada de las contemplaciones melancólicas, al ver un grupo de muchachos y muchachas que retozaban entre las arenas del médano de Alitasía.

Se levantó y se encaminó hacia allá, decididamente.

—¿A dónde vas?—le preguntó Palmira.

—A jugar.

Y la respuesta fue una inesperada y categórica afirmación de voluntad contra la cual no se atrevió Palmira. En su apoyo acudió Dorila, consentidora:

—Déjala, mujer. Déjala que juegue y se divierta, la pobrecita.

Palmira no la perdió de vista, porque había muchachos allí: pero no tardó en oírse que Remota les decía a ellos:

—Váyanse ustedes a jugar a otra parte. Déjennos solas a nosotras.

Y unos y otros aceptaron la voluntad que de pronto se les imponía, retirándose ellos, aunque con risas y gritos de rechifla y ellas rodeándola, complacidas en la adquisición que por fin hacían de aquella compañera tanto tiempo deseada.

Desde entonces no hubo promiscuidad en los retozos por los alrededores de Alitasía y los juegos a que ellas se entregaban ya no eran saltos y carreras, sino torneos de canciones o corrillos embelesados en los maravillosos cuentos que Remota no se cansaba de inventar; mientras ellos iniciaban sus ejercicios guerreros en el cardonal vecino al médano, lanzándose entre sí trozos de las pencas espinosas, para adiestrarse en el esguince rápido, sin perder la actitud en guardia, de cara siempre al peligro, porque para el guajiro la guerra entre castas, por daños u ofensas no reparados con los precios materiales que se les estipulen, es siempre contingencia para la cual debe estar preparado el hombre.

A veces las muchachas asistían desde lo alto del médano a los simulacros de pelea, donde ya descollaba por su agilidad y su puntería Jararayú, de la casta *uriana*—tigre—, adolescente de recio y gallardo cuerpo estatuario, y recíprocamente, a veces subía Jararayú con los suyos hasta lo alto del médano, a oir las canciones de las muchachas, aunque sin mezclarse con ellas y especialmente los cuentos de Remota, en cuya manera narrativa él se embelesaba más que todos.

Hasta que un día ella interrumpió de pronto su cuento por haber detenido sus ojos en Jararayú, que la oía de pie, entre sus compañeros, sentados sobre uno de los montículos de arena, con los musculosos brazos cruzados sobre el pecho escultural.

Miráronse maliciosamente entre sí ellas y ellos y uno de éstos rompió a entonar una de las canciones de Cantaralia:

Al segundo canto del gallo
Keirachí le dijo a su bestiero
que le ensillara el caballo ruano,
su caballo volador,
para ir por la majayura
que le tenían en blanqueo.

Remota no quiso oir más y se levantó para retirarse, como en seguida lo hizo, llevándose consigo a las muchachas. Jararayú permaneció de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, viéndola alejarse, pero sonriendo, y desde entonces los de su mesnada le cambiaron el nombre por el de Keirachí.

Pero no hubo más torneos de canciones ni cuentos de Remota sobre el médano y la crisis del ánimo voluntarioso, a través del cual se había manifestado su espíritu comunicativo, se hundió de pronto en la propensión soñadora de un principio.

Ya estaba en sus manos la *taliraya*, compañera de melancolías guajiras, con el fino son quejumbroso de su cuerda única en la penumbra del interior de la casa, mientras afuera Palmira y Dorila hacían la tertulia de los silencios bajo la enramada.

Y Palmira dijo:

—Es que ya empieza a formar.

Referíase a la transformación de la niña en mujer y Dorila repuso:

—¿Tan pronto? Apenas acaba de cumplir los doce años.

Palmira afirmó:

—Todo en ella viene de prisa.

Y la taliraya tocaba *El canto del Keirachí*.

EL BLANQUEO

El acontecimiento cardinal de la vida guajira, del cual pende no sólo la perpetuación de la raza, poderosísimo instinto en las agrupaciones humanas que tienden a desaparecer aniquiladas o absorbidas por otras, sino también la economía de la familia, pues cada mujer que en ella se forme y así pueda ofrecerse en matrimonio, es una posibilidad de aumentar los rebaños del peculio doméstico, única riqueza del guajiro, siempre amenazada por el flagelo de las sequías.

Un vago sentido religioso, originado del íntimo contacto secular con la naturaleza, pero desprovisto ya de formas concretas de rito por la natural apatía mística del guajiro, se desliza, sin embargo, furtivamente, bajo las razones de orden práctico inspiradoras de las costumbres relativas a dicho acontecimiento y así fue con solemnidad de sacerdotisa que se dispone a cumplir una ceremonia ritual, como Palmira le dijo una tarde a Remota:

—Vamos.

Venía ya provista de unas tijeras para cortarle los cabellos, después de lo cual sería el baño y el cambio de los vestidos usuales de la niña por la "manta" de la mujer que la cubriese toda, hasta el suelo los ruedos de la falda, hasta las muñecas las mangas, pues sólo la cara y las manos le permite a la guajira su honestidad llevar al descubierto.

—Vamos—repitió Palmira solemnemente, después de practicadas aquellas operaciones previas.

Al encierro, a la crisálida de la *majayura*. Años continuos de reclusión, en cierto modo proporcionales a la importancia de la familia y desde luego a sus posibilidades económicas, sustraían a la vida ordinaria de la comunidad y aun de la familia misma, vedada para miradas de hombres, cualesquiera que fuesen, al abrigo de una habitación especial sobre

cuya puerta se pone advertencia prohibitiva y donde, no alcanzándola los rayos del sol, se le despercuda y se le blanquee la piel, con lo cual se hará más apetecible a los que luego hayan de pedirla en matrimonio y bajo la dirección de la madre o en su defecto de la mayor de las tías maternas o si tampoco las tiene, de alguna mujer madura y juiciosa de la familia, se ejercite en el aprendizaje de las labores de mano, y oyendo prudentes consejos en discreto recogimiento, se entere de las graves responsabilidades conyugales y maternales que la esperan y se prepare para cumplirlas dignamente.

Allí le lleva la comida la persona a cuyo cuidado esté y le vigila el baño diario que ha de darse y para el cual se le destina una *chirigua* que no puede ocuparse con agua aplicable a ningún otro uso, a fin de que el cuerpo de la recluída—*pauglújutu*—con nada de la vida corriente, ni material ni espiritual, se contamine.

Ya estaba colocada en lo más alto de la habitación, cerca de la cumbrera del techo de enea, la hamaca dentro de la cual pasaría la primera semana, previa al encierro propiamente, en ayuno absoluto y sometida a vomitivos de infusiones de hojas de guayacán—*polópana*—mediante cuyo efecto se purificara de las travesuras y liviandades de la niña que hasta allí fue, para que en estado de íntima limpieza pasase luego a la habitación destinada a la clausura propiamente, donde se realizaría la sagrada transformación.

De manos de Palmira, más grave que nunca, recibió la *polópana* de la purificación, como exigía la costumbre que fuese administrada por mujer madura, de hábitos de orden y de intachable reputación, y con las náuseas del bebedizo, ya mordiéndole las entrañas, obedeció el gesto imperioso con que se le ordenó treparse a la hamaca.

Y se abandonó al llanto, con el espíritu ya todo dominado por repugnancias íntimas, que eran oscuro anuncio de la transformación próxima a operarse en su organismo.

Palmira salió de la habitación con el rostro encendido en lumbre de ejercicio sagrado y a la mirada interrogante de Dorila, más simple, más humana, respondió con un leve movimiento afirmativo de cabeza.

Dorila miró hacia la puerta que Palmira había cerrado al salir y tras la cual se oían los sollozos de Remota, con una expresión entre compasiva y risueña—por las náuseas que ya estaría padeciendo la pobrecita y por la esperanza de buen matrimonio y consiguiente aumento de los rebaños de la casa, con los que en pago de la *majayura* traería el hombre que a ella aspirase—y Palmira fue a sentarse por delante de la enramada de yotojoro, en el suelo donde crecía la hierba salobre y ante la majestuosa caída de la tarde. Allá, sobre Yrurpana, los suntuosos cúmulos de nubes entre los cuales se ponía el sol.

Arrancó un tallo de hierba, se lo llevó a los dientes, tendió la vista hacia el crepúsculo magnífico y le abrió el corazón a las melancólicas memorias de la *majayura* que un tiempo ya lejano fue ella y salió de su largo encierro, como convenía a una *irama*, sin que viniese hombre a tomarla por mujer, como tampoco vino ninguno por Dorila, en su oportunidad, porque su padre Yajaira era orgulloso y exigente y nadie le llegaba al precio de sus hijas, pues sólo por obra de la buena suerte de Cantaralia pudo haber matrimonio en la casa de Altasía.

El orgullo paterno, pero también suyo, porque ella lo había cifrado en su alto precio, como toda buena mujer guajira que sabe darse su puesto en las rebatiñas del hombre y no se le entrega al primero que la solicite.

Porque aquello de Cantaralia bajo el lucero del alba... ¡En fin! Cantaralia fue un caso aparte y extraordinario que no volvería a darse en la Guajira.

Y por estas evocaciones y por lo trascendental de aquel día, la *majayura* ya en blanqueo, desembocó en estas interrogaciones a solas:

—¿Quién sería el padre de Remota? ¿Quién será, si vive todavía? ¿Por qué Cantaralia nunca pronunció su nombre? ¿Lo ignoraría realmente?

Y en esto vio pasar a Airapúa, de regreso del corral donde acababa de recoger las ovejas.

Airapúa siempre estuvo cerca de Cantaralia, como su esclavo fiel y su espaldero que fue. A Airapúa nadie le arrancaba un secreto.

Pero lo llamó, sin embargo.

LA PROFECÍA DE AIRAPÚA

Era un hombre de edad incierta, parte del misterio que cultivaba en torno a su persona, muy oscuro, casi negro, pero de facciones más finas que las del guajiro, de cuyo origen no se tenían noticias y en cuya lengua parecían acusarse extrañas incrustaciones de alguna otra desconocida en toda la península.

Nunca miraba a su interlocutor y siempre tenía los ojos como adormecidos y al mismo tiempo fijos en un vago punto del espacio. Vestía una manta negra, sucia y vuelta jirones, que apenas le cubría parte del torso huesudo y de las piernas tendinosas y llevaba siempre ceñida a la cabeza, y anudaba sobre la frente una tira delgada de la misma tela de la manta.

Se paró por delante de Palmira, a distancia respetuosa y esperó en silencio que ella le dirigiese la palabra.

Palmira comenzó a envolverlo en circunloquios a propósito de lo que deseaba indagar, a fin de explorarle la disposición a confidencias sin mengua de la dignidad que no le permitía a ella exponerse a una negativa del *achepuchía*, el esclavo, que en tal condición había pasado de las manos de Cantaralia a las de ella y Dorila; pero Airapúa, astuto e impenetrable, se mantuvo silencioso como si no entendiese lo que se le quería interrogar, aunque esperando la pregunta pre-

cisa y concreta para responder, como ya se lo tenía propuesto:

—Yo no estaba cerca del *uraichi* cuando eso sucedió.

Y ya Palmira desistía de su inútil propósito cuando se les acercó Dorila con otro suyo:

—Airapúa, dinos cuál será el porvenir de Remota. Quién vendrá a tomarla por mujer, cómo la tratará.

Porque Airapúa era también adivino famoso y no estaría de más conocer aquella misma tarde cuál sería la suerte que le estaría reservada a la *majayura*.

Aprobó Palmira la ocurrencia de la hermana; pero Airapúa replicó, en su lenguaje característico de augur y de guajiro con posibles reminiscencias de otro dialecto:

—Este viaje es largo y no tengo tabaco para el camino.

Referíase al tabaco verde y fuerte que necesita fumar el adivino para ponerse en trance. Pero ya Dorila lo traía consigo y se lo entregó.

—¡Umjú!—murmuró Airapúa.

Y fue a sentarse por delante de las mujeres, en el suelo también, pero a cierta distancia y sobre una pequeña elevación del terreno.

Encendió el tabaco, dejándole aplicada un buen rato la llama del fósforo y comenzó a chuparlo, con fuerza y repetidamente, pero sin prisa, arrancándole bocanadas de humo picante que en seguida expulsaba. Acababa de ponerse el sol y la negra silueta del adivino se recortaba contra el resplandor del crepúsculo.

A intervalos se quitaba el tabaco de la boca y teniéndolo en la diestra apoyada sobre la rodilla derecha, se quedaba un rato contemplando la brasa, más y más visible en la oscuridad creciente de la anochecida, y de pronto, con movimiento de brusca vuelta a la realidad, se lo llevaba a los labios y fumaba sin descanso, sin absorber el humo, hasta quedar envuelto en una nube de olor agrio.

Palmira y Dorila, silenciosas, sobrecogidas, miraban y es-

peraban y ya Airapúa era solamente una porción más negra de la noche cuando comenzó a oírse su voz:

—¡Umjú!

—Ya está viendo—murmuró Dorila.

Y en la lengua guajira, melodiosa en Palmira, bronca en el augur, comenzó el diálogo de la exploración del porvenir de Remota.

—¿Qué miras?

Un silencio largo y luego, entre pausas:

—Viene uno... Viene por ella... Trae mucho ganado.

—¿De dónde viene?

—De lejos ...De lejos... Pero viene otro también de otra parte... Y otro... Y otro... Vienen muchos...

Se miraban en silencio Palmira y Dorila. Nada había dicho Airapúa que no fuese ya esperanzas propuestas por ellas en un buen matrimonio de Remota, para su felicidad y para el apremiante remedio de la miseria que ya se cernía sobre Alitasía, cercana para ellas la triste vejez. Vendrían muchos aspirantes a la mano de Remota, como bien se lo merecía, y ellas podrían escoger a su gusto. Y no era posible dudarlo porque ya Airapúa lo había visto en el porvenir de la *majayura.*

Se levantaron del suelo con la esperanza reconfortada y se dirigieron a la casa.

Airapúa permaneció en el sitio, contemplando la brasa de su tabaco que ya le quemaba los dedos, mientras en el fondo de su alma sombría, pero fiel, le ofrendaba su buena profecía al recuerdo del alma generosa.

LA MAJAYURA

Eran ya tres años de reclusión, pero deseaba que aquello no terminase nunca. Sentada en la banqueta del telar, cuyo manejo ninguna otra majayura había aprendido tan pronto o con la aguja en la mano virtuosa para el tejido o ensar-

tando las cuentas de colores para los brazaletes y los collares—las *tagüijanas* para los tobillos, las *tajápunas* para los brazos, la *teirijana* para el vistoso aderezo del cuello—o los canutillos para el cinturón del íntimo adorno predilecto de la mujer guajira—el *sirapa*, que se lleva bajo la manta, sobre el cuerpo mismo—, mientras sus manos se ocultaban en ello, el pensamiento se le reposaba en la quietud profunda y deliciosa de una idea que no habría podido explicar en qué consistía, pues no era recuerdo ni tampoco imaginación, ni tal vez correspondía a cosa alguna del mundo real o posible.

Al principio muchos jóvenes frecuentaron la casa, como siempre ocurre donde hay majayura en blanqueo y no faltó atrevido que intentara abrir la puerta vedada, para sorprenderla antes de que pudiera ocultarse o siquiera cubrirse el rostro con lo que hallase a mano; pero ese día estaba allí Jararayú, cuya edad no permitía considerarlo como pretendiente de la majayura, pero cuyo amor por ella se les reveló a las Barrosos en la ira con que arremetió a puñetazos contra el que había intentado violar la clausura.

Pero el impetuoso Keirachí, como ya todos lo llamaban, además de adolescente todavía, era de familia pobre, y Palmira les manifestó a todos aquella tarde que no quería verlos más por allí. Y así terminaron las visitas impertinentes, que nada o muy poco prometían para el porvenir de Remota.

Al anochecer la sacaban del encierro, para que caminase un poco por los alrededores de la casa, siempre que no hubiera hombres por allí y en compañía de Dorila generalmente y era su paseo favorito llegarse hasta lo más alto de los médanos que alzaban sus colinas de arena por detrás de la casa, para contemplar en silencio el vasto cielo estrellado o las tenues lejanías dormidas bajo el resplandor lunar.

—¿Por qué no hablas?—solía preguntarle Dorila.

Y ella se limitaba a mirarla sonriendo dulcemente.

No porque rehusara comunicarse con ella, sino porque

especialmente en aquellos momentos de contemplación, rodeada del suave silencio nocturno, se apoderaban de su espíritu dulces deseos de desvanecerse de toda materialidad, como el paisaje que perdía sus contornos precisos bajo el tenue fulgor lunar, de desprenderse y extinguirse silenciosamente, cual las exhalaciones, cuando sólo las estrellas brillaban en el cielo.

Por las tardes, así que había recogido y encerrado en el corral el rebaño de ovejas, iba Airapúa a recostarse a uno de los estacones que sostenían la habitación impenetrable de la *pauglújutu*, provisto de alguno de los instrumentos de la melancólica música guajira—el largo carrizo del *totoroyojoin* o el cañuto más corto del *masi*, que dan un tierno sonido fañoso y continuo semejante al de la gaita, y comenzaba a sacarles las tristes melodías de la tierra.

Remota se complacía en escucharlas y a veces les respondía a los fañosos carrizos la suavísima vibración de la cuerda de la *taliraya* que ella pulsaba adentro, sosteniendo entre los dientes el extremo del arco del rudimentario instrumento, al cabo de lo cual empezaba casi siempre el diálogo de los ejecutantes.

Que no era propiamente un diálogo, sino dos monólogos alternativos, como de hablar a solas cada cual. Airapúa contaba lo que le iba sucediendo a su ganado, cómo se lo estaba matando ya la sequía, y a las tristezas de afuera, el hambre tocando ya a las puertas de Alitasía, la recluída oponía la cuenta apacible de sus labores de mano, bien concluídas.

—Por fin aprendí a hacer el sirapa, pero no me gusta el que hice, porque es verde nada más. Mañana comenzaré otro que tenga los colores verde y azul y rosado y dorado...

Quince años, aún no cumplidos, blanca como la flor del amaqui, todo graciosa dulzura lo que unos días fue ánimo voluntarioso, las manos más lindas que se habían visto en Guajira manejando un telar, los ojos más hermosos y más

suavemente iluminados por una profunda serenidad interior.

—Está linda y tranquila—decíale Dorila a Palmira—. Dice que no quisiera salir nunca del blanqueo.

—Lo de siempre—respondía Palmira—. Le cogen gusto al encierro.

Entre días solía decirle Airapúa:

—Jararayú me preguntó por tu vida.

Y ella guardaba silencio, haciéndole sitio en la serenidad de su espíritu al recuerdo del joven uriana, de los poderosos brazos cruzados sobre el pecho estatuario, la tarde aquella de su cuento interrumpido por la brusca revelación del amor.

Ya Jararayú había cumplido dieciocho años y mediante laboriosidad y diligencia se dedicaba a aumentar el pequeño rebaño de su peculio—formado con las adjudicaciones que su padre le hacía anualmente a él y a sus hermanos, en la hierra de los becerros de su ganado—a fin de reunir la mitad del precio que, en reses y bestias, le hubiesen puesto a Remota sus tías, pues conforme a la costumbre la otra mitad debían aportarla sus mismos padres, sus tíos y sus hermanos del peculio de cada cual, y así esperaba que pronto podría decirle a su bestiero, como el Keirachí de la canción de Cantaralia:

que le ensillara su caballo ruano,
su caballo volador,
para ir por la majayura
que le tenían en blanqueo.

CHUACHUAIMA

Era un hombre de cuarenta y tantos, recio, rico, violento, ya con varios hijos en una mujer de su misma casta, lo que no le impedía comprarse otra esposa, dentro de la ley guajira y de acuerdo con sus posibilidades económicas para mantener familias.

Vivía en el extremo norte de la península, territorio colom-

biano, y era el jefe de la casta epieyú, una de las más poderosas.

Usaba la indumentaria mixta de aborigen y criollo civilizado que suelen llevar los guajiros de posición acomodada y de contactos frecuentes con las ciudades colombianas o venezolanas; sombrero aludo, de fieltro fino, saco de dril blanco abotonado hasta el cuello, guaireñas negras y manta guajira sujeta a la cintura, por debajo del saco y hasta las rodillas, de tela blanca de hilo con bordados en negro. Era un hombre de apariencia cachazuda y mansurrona, pero le hacían honor a su nombre, que en guajiro significa inflamable, sus cóleras fáciles y tremendas. Gozaba de buena reputación y era muy respetado en toda la región.

Entró en silencio en la casa de Alistasía, encaminándose a la enramada, conforme a la costumbre de los visitantes, y Dorila Barroso, sin dirigirle la palabra, acudió a colgarle el chinchorro donde debía sentarse. Hecho lo cual se le acercó Palmira, a quien le correspondía formular el saludo, por ser la persona de más edad de la casa y lo hizo de este modo:

—*Anshi piá* (1).

—¡Aá!—hizo él, como si mugiera un toro.

Después de lo cual ya la conversación podía comenzar por la inevitable pregunta al visitante:

—¿*Casáchiki*? (2).

—¡Aá!

Que en Uitchanajai ya habían caído dos aguaceros y sus ganados estaban contentos: que por Castilletes se estaba hablando otra vez de las apariciones de la majayura rebelde, cuyo fantasma habían visto varias personas bajar del monte y arrojarse al mar, en noches de luna; que al pasar por Kijot divisó los palos de una piragua fondeada cerca de la costa, seguramente la de *Diablo Contento*, que estaría com-

(1) Ya llegaste.

(2) Qué novedad hay por ahí.

prando indios por allí; que en los abrevaderos del caño de Poró-rimha vio mucho ganado gordo y muchas bestias. Y que, por cierto, al pasar por allí se tropezó con un *guayú* viejo, tanto que parecía imposible que todavía pudiera tenerse a caballo; que él se detuvo a saludarlo, pero no pudo entender lo que le respondió, pues parecía hablar un dialecto antiguo y más que persona viviente era como un indio de piedra, arrugado y renegrido, y luego le dijeron que era un *jayatiyú*—casta de perro—de los tiempos de antes, del cual se había perdido la memoria, pues nadie lo reconocía y había comenzado a aparecerse por allí en esos mismos días.

—¡Umjú!—hicieron Palmira y Dorila.

—Y por cierto, también—continuó Chuachuaima—al atravesar el caño de Poró-rimha me pareció ver por allí a Airapúa conversando con los bestieros. ¿Es que no hay agua por aquí para los ganados de ustedes?

—Agua queda un poco en algunas casimbas—respondió Palmira—. Lo suficiente todavía para las cinco ovejas que son todo nuestro ganado.

—¡Aá!—mugió Chuachuaima, complacidamente.

Y Dorila intervino:

—Airapúa la ha dado por caminar en estos días y se nos desaparece de pronto. La vejez que ya se le vendrá encima.

—¡Aá! No me gusta Airapúa. No me gusta ese *achepuchía*. Pero sigo mi cuento.

Que por Kalinatain había un "lloro" pobre, por un bestiero muerto de mordedura de culebra cascabel; que en Shichipés el banco de sabana estaba retoñando bonito y ya se veía ganado por allí; que en Jalirain estaba ya para salir de blanqueo una majayura y desde allí venía él pensando en Remota; que en Pararú soplaba viento fresco, que al pasar por Ayajuy como que le pareció escuchar a lo lejos el lamento del encanto de la laguna colorada y no era muy bueno

eso de que estuvieran apareciéndose los duendes, que siempre anuncian desgracias... Pero que se le habían alegrado los ojos al divisar la casa de Alitasía.

Y pasando al objeto de la visita, sacó de su bolsillo dos collares de tumas engarzadas en hilos de oro y se los ofreció a las Barrosos.

Era el acostumbrado obsequio explorador de la voluntad de las tías de Remota, por quien venía en disposición matrimonial, y como ellas los aceptaron y en seguida se los pusieron cruzándose miradas de inteligencia, lo que demostraba asentimiento, él exclamó ruidosamente:

—¡Aá!

Y en seguida:

—¿Y la majayura, cómo está?

—¡Linda!—respondió Dorila—. La majayura más bonita que ha formado en Guajira.

—¡Aá! Ya me habían dicho que tú lo decías. ¿Y cuál es el precio de ella?

Y Palmira, a quien le correspondía fijarlo:

—Pues... Cien reses mayores y...

—¿Aá?—bramó interrogativamente el comprador, acostumbrado a regatear, aunque ya viniera dispuesto a dar lo que le pidiesen por Remota.

—¿Te parece mucho, alagla?—porfió Palmira.

—Me han dicho que está flaca.

—Nadie puede habértelo dicho.

—¡Jo, jo, jo! Nadie me lo ha dicho, es verdad. Su madre era de buena alzada y de ubres grandes; pero como está tiernita todavía...

—Sí. Todavía no ha cumplido los quince años; pero dentro de uno o dos años ...

—¿Aá? Yo no estoy para esperar tanto tiempo. Ni ustedes tampoco, con cinco ovejas en el corral.

—Pues cuando tú quieras.

—El mes que viene.

Dicho lo cual se levantó del chinchorro bajo la enramada y se acercó a la casa de enea donde estaba encerrada Remota, para dirigirle la palabra, como ya podía hacerlo, aunque sin verla todavía.

—Ya pregunté por tu vida y me entendí con tus tías. Con la luna llena del mes que viene vendré a buscarte. Ponte gordita. Ponte bonita.

Y Remota, que todo aquello había oído desde su clausura, con el contenido aliento de la angustia entre la cual se desliza un resto de esperanza, pues no podía admitir que las tías se la entregasen a aquel hombre rudo, que, además, le triplicaba en edad, viendo ya decidida su suerte, se echó de bruces sobre el piso del tosco entablado donde estaba sentada y rompió a llorar.

Entraron Palmira y Dorila; pero al encontrarla en aquella actitud se detuvieron y en silencio se miraron entre sí. Luego la segunda murmuró a la sordina y moviendo compasivamente la cabeza:

—¡Yo lo esperaba!

Pero la otra, menos blanda para el enternecimiento, más endurecida por la tiránica necesidad de subsistir, se volvió hacia la puerta haciendo un movimiento de cabeza indicativo de lo que por ella se veía a fuera—los corrales de Alitasía, desiertos, con las palizadas derruídas casi todas—, y luego, tomando por el brazo a Dorila, para llevársela consigo:

—No es culpa de nosotras.

Y se retiraron.

Ya Chuachuaima iba lejos al trote de su caballo. Sonreía de cuando en cuando y bramaba, regodeándose:

—¡Aá!

DIÁLOGO SOBRE EL MÉDANO

Era imposible que volviese a acompañarla en ningún sitio forma alguna de serenidad, y el pensamiento se le había aferrado a aquellas palabras oídas a Chuachuaima:

—"Que por Castilletes se estaba hablando otra vez de las apariciones de la majayura rebelde"...

Un trozo de luna, curvo y todavía sin brillo, descendía hacia el poniente caliginoso; a intervalos soplaba sobre el médano el respiro caliente de la tierra y entonces se escuchaba en el fondo del silencio nocturno el lejano bramido del mar.

—¿Está muy lejos de aquí, tía Dorila?

—¿Qué?

—El mar.

—Sí. Bastante lejos.

—¿Podría una llegar corriendo hasta él?

—No. No le alcanzarían las fuerzas.

—¿Entonces vivía cerca del mar la majayura de Castilletes?

Dorila se vuelve a mirarla e inquiere:

—¿Quién te ha contado eso? ¿Airapúa?

—No.

Guardan silencio unos momentos y luego Dorila opta por desmentir lo que indudablemente conoce Remota, en trance semejante al de la doncella de la leyenda:

—Es una mentira inventada por la gente mala, porque no ha habido nunca majayura que se resista a casarse con el hombre que le hayan escogido sus padres o sus tías.

—¿Nunca?

—Nunca. No es verdad que la majayura de Castilletes fuera una muchacha de carne y hueso que no quiso casarse con el hombre con quien ya se había entendido su padre, no es cierto que huyera de la casa y se escondiera en una cueva del monte.

—Donde, para entretenerse, se puso a hacer animalitos de piedra. ¿Verdad, tía?

—¡No, no! Nada de eso es verdad.

—¿Ni tampoco que por habérsele rodado una vez, cerro abajo, uno de esos animalitos de piedra, le descubrió el escondite su padre, que andaba por allí buscándola?

—Nada, nada. Ya te lo he dicho; todo eso es mentira.

Guarda silencio Remota un buen rato y luego insiste:

—Ya me lo había imaginado. Porque, ¿cómo va a ser verdad que una muchacha de mi edad, más o menos, hubiera echado a correr al verse descubierta por su padre y llegar hasta la orilla del mar y meterse en el agua y hundirse en el agua y desaparecer bajo el agua?

—¡Calla, calla!

—Como también tiene que ser mentira que después brotó del mar un gran peñón, en el mismo sitio donde ella se hundió .Un gran peñón que todavía se ve por allí cuando baja la mar y es muy peligroso para las embarcaciones que se le acerquen.

—¡Calla!—repitió Dorila.

—Bueno, tía. Me callaré. Esta noche eres tú quien no quiere hablar.

—Porque estás pensando disparates. ¡Y si Palmira lo sabe!

—Pero tú no se lo contarás, ¿verdad, tía Dorila?

—¿Qué estás pensando, Remota?

—¿Yo? Nada, tía. No te asustes. ¿Y quieres que te diga una cosa? Me gusta mucho Chuachuaima, me hace mucha gracia oírle decir: —¡Aá! ¡Aá!—Voy a ser muy feliz cuando me case con él.

Pero ya Dorila se levantaba diciendo:

—Vámonos. Vámonos para la casa. Ya empieza a soplar el yelito de la noche y puede hacerte daño.

Y concluído el diálogo importuno, sobre el médano solitario quedó el silencio.

III

DIABLO CONTENTO

De aquel viaje regresó Demetrio Montiel al cabo de varios meses en la Guajira colombiana, ya contrabandista, faldeando los Montes de Oca con un arreo de mulas cargadas de sedería y fiando luego a la buena estrella de su diablo contento la prudencia del rumbo por desconocidos vericuetos de bosques intrincados, en territorio venezolano, hasta el occidente de Maracaibo, donde se concertó con un *montuno* que solía llevar al mercado de la ciudad los productos de su campo y entre ellos —sacos de repollos y otras verduras— le pasó por las alcabalas, bien disimulados, los fardos de su contrabando.

Realizada allí la venta clandestina, una y otra vez y dueño ya de una cantidad considerable de dinero, le pareció divertido reforzar la fama que sus azarosas andanzas de contrabandista, más o menos vulgar, le habían dado a su apodo de *Diablo Contento*, con el sarcasmo de una aparente ocupación honesta que comprobara una vez más la verdad del proverbio de que tras de la cruz está el diablo, y puso en el centro de Maracaibo, cerca del mercado, una tienda de artículos de uso piadoso—rosarios, estampas y esculturas de todos los personajes celestiales, medallas de la Virgen de la Chiquinquirá especialmente, escapularios y libros de misa—, pero en cuya trastienda se encontrase a la venta cuanto su *Diablo Contento* metía de contrabando por aquellos vericuetos.

Y le fue bien.

Pero como al mismo tiempo de la humorada demostró capacidad para comercios más exigentes y la gente de negocios de Maracaibo amiga suya lo animaba a formalizarse y

establecerse en grande, sin cerrar la tienda de los sarcasmos, abrió una casa mayorista de víveres—su especialidad en el contrabando continuaban siendo los géneros y así no se confundiría lo permitido con lo perseguido—bajo la firma de Demetrio Montiel y Compañía, que en su intención la última palabra aludía a aquellos Montiel de los Montieles que antes le habían acompañado su apellido. Y le fue mejor todavía.

—Si hubiera en Maracaibo cuatro Demetrios Montieles —solían decir sus amigos—otro gallo nos cantara a los zulianos.

Pero de pronto le afloraba su irrefrenable tendencia a arriesgárselo todo en un alarde de audacia o de ingenio, a desvestirse de todas las apariencias de formalidad, como—a su decir—ya se había desvestido de sus circunspectos Montieles en las calles de El Saladillo, cuando adolescente pendenciero.

—Adiós, Demetrio Montiel. ¿A quién vais acompañando a su última morada?

Se lo preguntaba, una tarde, el jefe de un puesto de guardias de fronteras instalado en un cruce de caminos por donde podría meterse contrabando, cerca de la línea divisoria con Colombia y a causa de que él venía a caballo en pos de un ataúd conducido a hombros de cuatro mocetones fornidos y malcarados.

Piezas de sedería costosa y estupefacientes venían dentro de la urna disimuladora, y lo mejor de la audacia y del ingenio sería no negarlo, propiamente, sino aun confesarlo, y conforme a lo cual repuso:

—A uno de mis hijos naturales, mi teniente. Que por cierto ya van siendo algunos.

—¿De veras?

—¡Cosas de la vida, mi teniente! Que a la postre resultan de la muerte, como este pobre muchacho y su morfina y su cocaína de los demonios a quien voy conduciendo a su última morada, conforme a las bonitas palabras de usted.

—Pero ¿tan grande el hijo, Demetrio Montiel, siendo vos tan joven todavía?

—Por los treinta y pico voy y como empecé temprano y por aquí los hijos naturales crecen mucho...

—¿Y dónde murió?

—En Colombia. Pero dejó postrera voluntad de que se le enterrara en Maracaibo, donde nació y pasándolo por la Calle del Tránsito, naturalmente, porque era saladillero y hasta lo último conservó su buen humor. ¡Cargamento Sedeño! ¡Oro en polvo el muchacho, con toda su morfina y su cocaína!

—¿Cómo decís vos que se llamaba el difunto?—inquirió el teniente.

—Cargamento Sedeño, por el apellido de la madre, que era el que le correspondía. Que en cuanto al nombre de pila, ya sabe usted que los maracuchos, saladilleros o no, somos muy amigos de los nombres raros. Parece que la madre, cuando estaba encinta de él, muy agobiada, se encomendó a La Chinca, diciéndole: —"Sácame con bien de este cargamento." De donde luego se le ocurrió que debía ponerle ese nombre.

—Es raro, de verdad.

—Pero no tengo por qué ocultárselo, mi teniente, puesto que así consta en la partida de defunción que aquí llevo entre mis papeles, con todo y la maldita morfina y la condenada cocaína, causante de estos malos pasos en que ahora vengo. Porque le tenía cariño al muchacho.

Mientras tanto, los conductores del ataúd doblaban el cruce de los caminos con esa supervivencia de primitiva danza fúnebre que parece ser la ceremonia del cuarto de conversión en la marcha de un entierro a hombros de gente del pueblo, moviendo los pies lenta y acompasadamente como al grave tam tam de un tambor funeral; pero en realidad todo conforme al propósito de *Diablo Contento*, para jactarse luego de haberles dado tiempo suficiente a los

guardias de caer en sospechas y apresarle el valioso contrabando.

Mas, cuando ya el entierro había reemprendido el paso de marcha por el brazo de camino que conducía a Maracaibo, ante el saludo militar de los guardias, incluso el teniente, éste quiso dar muestra de no haber caído en el engaño y acompañando su actitud de ordenanzas con una sonrisa maliciosa, dijo:

—Adiós, Demetrio Montiel. Y no olvidéis vos que aquí estaba el teniente Rodríguez cuando pasó ese entierro.

Comprendió el contrabandista que habían estado de más su ingenio y su audacia, pero en seguida repuso:

—Gracias, mi teniente. Se le estima su buen acompañamiento en cuanto realmente vale.

Y deteniendo el caballo y para que los soldados del puesto no viesen mal ejemplo a las claras:

—Y antes de que se me olvide otra vez, como ya me estaba ocurriendo. Hágame el favor de acercarse. Ya para morir me dijo el muchacho que tenía una deuda pendiente con usted, de unos doscientos bolívares, si mal no recuerdo. Haga el favor de recibirlos de mis manos, aquí entre nos.

A lo que el teniente se acercó, ya tendiendo la mano.

—Y encomiéndemelo en sus oraciones—agregó Montiel—. Que a usted lo escuchan arriba.

—¡Cómo no, don Demetrio!—repuso el oficial, dándole ahora tratamiento respetuoso—. Váyase tranquilo.

Y luego, junto a sus soldados y mientras Demetrio Montiel y su entierro se perdían de vista tras una vuelta del camino.

—¡*Diablo Contento*! ¡Bien puesto ese apodo!

Pero aun así, el contrabando del entierro sería una de las hazañas más celebradas de Demetrio Montiel.

TIRANDO FAROS

Mas aquello de negocios organizados bajo patentes comerciales, no podía retenerlo mucho tiempo, pues con trastiendas o sin ellas, siempre eran cuatro paredes y mostradores o escritorios por delante; mientras que afuera, más allá de la ciudad, que nunca deja de ser limitadora de facultades varoniles, estaba la ancha tierra de los vericuetos angostos y tortuosos.

Y el chubascoso lago que ahora lo invitaba con un anuncio en la prensa, de una embarcación velera sacada a remate por las autoridades de la Aduana, que se habían incautado de ella en flagrante delito de contrabando.

Coincidía esto, por otra parte, con fechas inaplazables de vencimientos de giros bancarios contra la firma comercial y con la advertencia que días antes le había hecho su socio, en realidad empleado principal que había prestado su nombre para lo de la "compañía", aunque sí en cambio de utilidades estipuladas.

—Don Demetrio. Vaya pensando en la conveniencia de cerrar un poco la mano en eso de las ventas a crédito. Bueno es ser liberal con los amigos—o no amigos—, pero no tanto, don Demetrio. No tanto.

—¡Este Grajirena!—había sido la respuesta aquel día—. No te preocupes, chico: Cuando llueve es para todos.

Pero entonces, ya leído el anuncio del periódico:

—Grajirena. Cómprame mi parte en el negocio.

—¿Su parte, don Demetrio? ¡Pero si aquí todo es suyo! ¿Y con qué dinero, además?

—Déjate de cosas, Grajirena. Aquí entre nos, la firma debiera ser Grajirena y Compañía.

—¿Qué quiere decirme con eso, don Demetrio?

—Que acabes de cogerte el negocio, chico. Me firmas unas letras por lo que tengas que pagarme y volteas la tortilla:

Grajirena y Compañía. Ya te lo he dicho: cuando llueve es para todos. Y como tú eres quien ha estado más cerca...

En cuanto al de artículos de uso piadoso, ya se lo había traspasado gratuitamente al empleado que se lo atendía, y ahora, libre de preocupaciones burguesas por giros al vencerse, ya podía jugarse a unas cartas, en el Club, cuanto le pidieran las ganas de correr riesgos de quiebra y además, dejándose del engorroso cuidado del buen nombre de Demetrio Montiel, hacer cuanto fuere conveniente a la mayor fama de *Diablo Contento*.

Y compró la embarcación que se sacaba a remate, le cambió el nombre, bajo el cual había navegado hasta allí y la inscribió con el de *La Arrepentida*, para patentar sarcasmos una vez más, puesto que se proponía destinarla al contrabando en gran escala desde las Antillas vecinas.

Mas, cuando ya estuvo a bordo de ella, acababa de perder en el juego fuertes sumas de dinero, y para rehacerse del que necesitaba a fin de iniciar la nueva empresa con un buen lote de mercancías que adquiriría en Curazao, recaló en la costa guajireña, frente a Kojorho, donde estaban a la venta algunos indios—rehenes de una guerra reciente entre dos castas y bocas numerosas en familias miserables, que se obtenían a cambio de un barril de ron, una carga de panela, un saco de maíz, unas varas de cotonía—y en habiéndose comprado unos cuantos, jóvenes y vigorosos, volteó el rumbo y atravesó el lago para ir a venderlos en las haciendas ribereñas del Escalante o el Catatumbo.

Ya otros venían practicando hacía tiempo la trata de indios guajiros, al reclamo de brazos que hacían las tierras insalubres, devoradoras de hombres, de aquella región atravesada por los grandes afluentes del lago y gracias a la complicidad de las autoridades, que nunca se daban cuenta de la naturaleza del cargamento principal de las embarcaciones que remontaban aquellos ríos, pero sí la llevaban minuciosa con los capitanes de ellas, a tanto por cabeza según los casos.

Eran jefes civiles confianzudos, pero que no dejaban de ingeniarse para cubrir las apariencias, y el de Santa Bárbara, que además se ahorraba todo esfuerzo para evitarse el de pasar a bordo de *La Arrepentida* en su primer viaje, y sin conocer todavía a Demetrio Montiel personalmente, aunque sí de fama, se limitó a preguntarle desde tierra:

—¿Cuánto marca su termómetro indiero, capitán?

Y Demetrio, ya en el secreto:

—Treinta grados, coronel. No ha hecho mucho calor en este viaje.

A lo que se dijo el de tierra, que naturalmente, era un jefe civil aficionado a riñas de gallos:

—¡Va, pues! Este entra en pelea dando con la espuela. Bien puesto tiene el apodo que hasta aquí me ha llegado.

Pero más arriba de Santa Bárbara, ya al hacendado se le podía responder sin encubrimientos:

—Veinte hombres y diez mujeres.

—¿A cómo? Para ver si me convienen.

—Cien pesos por cabeza ellos y cincuenta por las de cabellera larga, sin recargo ninguno por el "bendito sea el fruto" que se les pueda decir. Que algunas lo traen a la vista.

Le gustó al hacendado la respuesta ingeniosa y preguntó:

—¿Cómo se llama usted, capitán?

—Demetrio Montiel.

—¡Ah caramba! Nada menos que *Diablo Contento*. Eche pie a tierra, que aquí tiene un amigo deseoso de estrecharle la mano. Adrián Gadea, para emparejármele. Es mío el cargamento.

El éxito desde un principio y un encargo urgente de cincuenta o sesenta indios más, para reemplazar los brazos que pedía la siembra de la caña en aquellas tierras recién quitadas al cenagal, que ya se había tragado otros tantos guajiros víctimas de fiebres fulminantes. Y Demetrio Montiel fue y volvió.

Mas no ejercía aquel tráfico inhumano tanto por el beneficio material, como cuanto por satisfacer la gana de aventura en cosa hacedera contra las leyes, pues ya en el tercer viaje estuvo procediendo como en el negocio de víveres, con aquel mismo Adrián Gadea, que le propuso:

—Si me los fías, puedes recargarles alguito.

Y al cual le respondió en seguida:

—¡Cómo no, hermano! Y su boca sea la medida del alguito y del plazo para cancelar la factura.

Porque además, ya estaba "tirando faros" por las vueltas de aquellos ríos, como nadie podía hacerlo, a marchas temerarias. Acababa de sustituir en *La Arrepentida* por el de la hélice a motor el impulso amoroso del viento incierto sobre el lago y de la palanca desesperante por los ríos y ya había experimentado el recio placer de la remontada nocturna por el Escalante, gobernando el timón, a todo motor por entre las vueltas azarosas y oscuras.

Tan temerariamente que el segundo de a bordo, navegante experimentado, a cada momento tuvo que advertirle:

—Don Demetrio, no se juegue así con el río.

Y pronto no hubo capitán de embarcación que al acercarse a la desembocadura del Catatumbo o del Escalante, con la mano en el timón, él mismo, por muy expertos que fueran sus timoneles, al divisar en la oscuridad de la noche destellos violentos a diestra y siniestra según las vueltas del río, no se dijese:

—Allá viene Demetrio Montiel jugándose la piragua y la vida.

UNA PROPOSICIÓN INESPERADA

Pero como ésta de ahora, ninguna. Porque sería, tal vez, jugarse el alma, la porción de ella donde se le hubiesen refugiado respetos por algo o ante algo.

Fué en la misma playa cercana al lugar de Kojorho por

donde había hecho su primer embarco en la trata de indios, una playa solitaria, de arenas negruzcas, cuyo extremo distante se perdía en la atmósfera caliginosa de la tarde. El estaba tendido en la arena, abandonado a la contemplación del espectáculo del mar resonante entre cuyas olas agitadas acababa de bañarse, mientras más allá estaba fondeada *La Arrepentida,* cuando advirtió la presencia de un guajiro que se había detenido en silencio junto a él.

Alzó la vista hacia el rostro del hombre parado cerca de su cabeza y le produjo cierto recelo el que hubiese elegido aquel sitio, precisamente, para contemplar el mar, en el cual estaban fijos sus ojos adormecidos. No lo conocía y le preguntó ásperamente:

—¿Qué buscas aquí? ¿Por qué no te has parado más allá?

Y el indio, sin desviar su mirada de la lejanía marina, le respondió lentamente, aunque no a sus preguntas:

—Tú amaneciste una vez en Yrurpana, cuando Cantaralia estaba allí. Tú habías colgado tu hamaca bajo un uraichí.

—¿Qué hablas?—le había interrogado él, todavía sin cambiar de posición, acostado en la arena, con las manos cogidas bajo la nuca, porque sólo le habían producido extrañeza aquellas palabras, a las cuales ningún recuerdo vino a corresponder en su mente.

Y el indio enigmático prosiguió, como si hablase con el mar que se extendía por delante de él:

—Tú no has cambiado mucho desde entonces. Tu cara es la misma de aquella mañana. Ella se te acercó a despertarte para que tomaras café, creyendo que eras uno de sus amigos que estaban en lá fiesta de aquel año. Ella llegó cantando.

Se incorporó entonces, porque ya le acudían recuerdos, aunque puramente objetivos, como tantos otros posibles de mujeres que le hubiesen dado su amor o su sensualidad, sin

dejar en su memoria huellas que despertasen emociones; pues tal vez aquel guajiro taciturno habría sufrido injuria con el suceso a que se refería, como bien parecían demostrarlo su gesto ceñudo y la entonación reconcentrada de las palabras, y era prudente prepararse contra la posible agresión. Y ya sentado en la arena, presto a ponerse de pie al menor movimiento de ataque:

—¿Y tú quién eres?—le preguntó.

—Airapúa. Achepuchía de ella.

—Conque, ¡esclavo y te atreves a venir a pedirme cuentas!

—Yo no he venido a eso—replicó Airapúa—. Tú te has equivocado, *arijuna*.

—¿Entonces, a qué?

—Ella murió poco después de haber tenido la hija que allí le dejaste.

—Ya lo sabía. O mejor dicho: ya oí decir que Cantaralia había muerto dejando una hija.

—Que es tuya.

—¿Sí? ¿Y qué?

—Que está en blanqueo. Que no quiere unirse al hombre a quien ya se la tienen vendida. Que es muy bonita.

—¿Umjú? ¿Y cómo se llama?

—Remota. Vive en Alitasía. No quiere casarse con Chuachuaima, que es viejo y es bruto.

—Pues que se case con otro.

—Nadie se atrevería a pedirla por mujer, porque todo el mundo le tiene miedo a Chuachuaima.

Demetrio se había quedado en silencio un rato, pensativamente, y luego dijo:

—Bien. ¿Y qué te propones con esta conversación?

—Que te la lleves tú. Que no sea para Chuachuaima la hija de Cantaralia. Que te la lleves tú porque es tu hija.

—Supongamos que sí; pero no me la entregarían porque me sería imposible probarlo y además la ley guajira...

—La ley guajira no vale para ti. Es tu hija. Puedes robártela. Yo te ayudaría. Es muy bonita. La majayura más bonita que ha formado en Guajira.

—¡Hombre! Eso de robármela... Pero... ¿Y si es realmente hija mía, cómo lo aseguras?

—Sí, lo es. Yo puedo asegurártelo. Cantaralia la tuvo de ti y es la majayura más bonita que ha formado en Guajira. Es muy buena, además.

Recogió la pierna derecha asentando el talón sobre la arena, se apoyó las manos entrelazadas sobre la rodilla y se quedó mirando hacia el mar... Era una vuelta azarosa por donde nunca habría pensado tirar sus faros...

IV

LA DONCELLA DE PIEDRA

No la acompañó más Dorila hasta la cumbre del médano; pero así como éste venía avanzando implacablemente hacia la casa destinada a desaparecer bajo sus arenas, así venía acercándose el día escogido para la boda. Y llegó, con el plenilunio.

Cien reses mayores de buen aspecto y cuarenta bestias caballares componían los rebaños que venían avanzando hacia Alitasía, conducidos por los esclavos y los bestieros de Chuachuaima—en pos de éste a caballo—y Palmira y Dorila contaban y apreciaban desde la enramada, con el ojo experto de una raza de pastores:

—Cien reses. Y todas gordas.

—Y cuarenta bestias bonitas y sanas. No renquea ninguna. Fíjate en aquella yegua zaina. Viene llena.

—Pero ¿qué se ha hecho Airapúa, que no está abriendo ya los corrales?

—Desde esta mañana no lo he visto por aquí.

—No me está gustando mucho la conducta del achepuchía.

Y avanzaron hacia los corrales, al encuentro de Chuachuaima.

Descabalgó éste y Palmira se le acercó, diciéndole·

—*Anshí piá.*

—¡Aá! Ya llegué. Y estoy contento y quiero que todos estén hoy contentos en Alitasía.

Y sacando de los bolsillos collares, brazaletes y gargantillas de tumas engarzadas en finas cadenas de oro:

—Y aquí las prendas para la majayura. Que ya sé que es la más bonita que habrá salido de blanqueo en toda la Guajira, desde cuando es Guajira.

—Eso creemos nosotras.

—¡Aá! Pero ¿dónde está Airapúa, que no viene a recibir el ganado?

—Me he cansado de llamarlo...

—Pero no de tenerlo en la casa todavía. No me gusta Airapúa. No me gusta. Ya lo he dicho otra vez.

Acudieron los vecinos de Alitasía, examinaron el ganado —no por entrometimiento de simple curiosidad, sino por ejercicio de derecho inherente a la antigua comunidad guajira que en cierto modo subsistía—, lo encontraron bien y convinieron todos en que las bestias eran de buena alzada y parecían de buena andadura, por lo que Chuachuaima, satisfecho de tal aprobación, lanzó su bramido habitual, agregando con orgullo de casta:

—Epieyú nunca es mezquino. Epieyú siempre queda bien.

Y ya encerrados los rebaños en los corrales, cuyas palizadas y tranqueros habían sido convenientemente separados, el epieyú, risueño como nunca se le había visto, se dirigió hacia la enramada.

Llegaron mujeres de los vecindarios cercanos con *julaes* de chicha fermentada y preparada por las mejores masticadoras de la región, las de los dientes más parejos, fuertes

y sanos, con los cuales ha de triturarse el grano del maíz para que la saliva de que queda impregnado contribuya a la mejor fermentación de la bebida; comenzaron a plantarse los asadores de terneras y corderos con que se obsequiaría a la concurrencia; fue llegando gente amiga en caravana, de ambas partes de la península, y cuando ya empezaba a caer la tarde, en los rayos tendidos del sol se movían todos los colores posibles, en la animación de las mujeres ataviadas de mantas y pañuelos de gala, que se agrupaban y se dispersaban riendo y charloteando, excitadas por la impaciencia de ver aquella majayura que, según Dorila Barroso, era la más bonita que había formado en toda la Guajira. Y en el rebullicio de las conversaciones, a lo pintoresco de los colores le ponía música el dejo melancólico del dialecto indígena.

El baile sería al son del tambor, tocado por Airapúa, el mejor "cajero" de toda la región, desde los tiempos de Cantaralia y sus famosas fiestas de Yrurpana. Pero Airapúa siempre se había hecho esperar.

Celoso de la buena condición del tambor de guayacán que para el efecto había fabricado cuidadosamente, aún estaba templándolo y retemplándolo, lejos de la casa, en lugar solitario y bajo un uraichí deliberadamente escogido, por haber sido al abrigo de un árbol de esa especie donde Remota fue concebida por el ama inolvidable.

Ya oscurecía cuando apareció, con su habitual indumentaria negra, sucia y rota, y su misteriosa gravedad de siempre. Su inalterable actitud de toda la vida: en la fiesta o en el "lloro"; al servicio del ama gritona y contenta o después al de las taciturnas Palmira y Dorila, que de aquélla lo heredaron en su condición de esclavo; cuando arreaba rebaños numerosos de gordas reses por las verdes praderas en la estación de las lluvias o conducía ganado hambriento y sediento que se le iba muriendo por el trayecto, sobre la tierra pelada, entre el cardonal funerario...

Venía despacio, como lo acostumbraron a andar sus lentos rebaños, con el tambor de guayacán a la altura de su cuadril izquierdo, terciada al pecho y la espalda la tira de cuero crudo con que lo sostenía y con los palillos de curarire en la diestra apuñada. Avanzaba con la gravedad adecuada al personaje importante, jefe de la fiesta, que es el tamborero, sin mirar a nadie como si nadie existiese en torno suyo, porque era el portador de un divino acontecimiento: la música recibida de los dioses para encender el amor de los hombres.

Lo anunció el repentino silencio unánime que se produjo en la concurrencia. La atravesó sin desviar sus ojos del lejano objeto incierto de su mirada adormecida y fue a detenerse en el sitio donde debía efectuarse el baile. Acudieron a rodearlo los hombres y mujeres que tomarían parte en la danza y ya él se disponía a tocar, cuando Chuachuaima, que estaba bajo la enramada junto con Palmira y los ancianos espectadores de la fiesta, quiso impedírselo, diciéndole autoritariamente:

—Aguarda. La majayura no ha salido todavía y es ella quien debe abrir el baile conmigo.

Produjose rumor aprobatorio de la concurrencia, pues de Chuachuaima aún se decía que era excelente bailador; pero Airapúa, como si no lo hubiese oído o no se dignara prestarle obediencia, porque durante el baile es el tamborero quien rige y manda, comenzó a accionar sus palillos de curarire contra el resonante parche de piel de macho cabrío.

De un salto, ya en el arrebato de su cólera fácil y tremenda, Chuachuaima se levantó del asiento para abalanzarse contra el esclavo desobediente y se produjo el revuelo de la inquietud, pues todos sabían que las iras del jefe de la casta epieyú no se aplacaban sino con sangre, cualquiera fuese el motivo que se las desatara; pero cuando ya éste se precipitaba sobre Airapúa, blandiendo la fusta que aún retenía en las manos, mientras el tamborero permanecía impasi-

ble, como sumido en el trance de la música ronca y frenética que sus manos le arrancaban al tambor de guayacán, apareció Dorila, que salía de la casa y atravesándosele por delante a Chuachuaima, díjole para apaciguarlo:

—Me manda ella a decirte que dejes empezar el baile. Que le perdones que no haya salido todavía, porque tiene vergüenza. Que cuando cierre del todo la noche saldrá a bailar contigo. Que está pensando mucho en ti.

Descargó Chuachuaima su cólera a su rugiente manera, pero ya sonriendo al halago del recado que le traía Dorila y como, por otra parte, Airapúa había interrumpido la percusión del tambor para oir las palabras de la Barroso—aunque sin demostrar que les estuviera prestando atención—, aquél volvió a su asiento, diciendo, entre bufidos de resuello poderoso:

—Comience el baile. Ella es quien manda esta noche.

Y empezó la danza al son de la música simple y frenética.

Un hombre que se desprende del círculo que forman los concurrentes y comienza a andar girando dentro del ruedo y una mujer que lo imita y lo sigue a paso de marcha también, con la natural elegancia con que anda la guajira, acentuada por la gracia de la sonrisa en el rostro erguido y la gallardía de la posición de las manos, teniéndose a ambos lados los vuelos de la manta, dispuesta a desplegársela.

Lanza él, de pronto, un grito, volviéndose de cara a la mujer a tiempo que comienza a bailar hacia atrás; se extiende ella la holgada falda de la manta arqueando los brazos con que se la tenía sujeta e inicia el paso de danza, ágil, menudo y gracioso, apenas visibles las grandes bellotas de estambre que le adornan las sandalias, ya tendido al aire el pañuelo con que se engalana la cabeza y le cae hasta la cintura. Y la danza despliega el profundo sentido vital que aparece en todos los actos del hombre en íntimo contacto con la Naturaleza, gracia, color y frenesí de la hembra en pos del varón que se le escurre, la espera, la engaña

y vuelve a escapársele con rápido esguince, bailando hacia atrás y lanzando un grito cada vez que, acosado de cerca por ella, ha de enmendar el rumbo para quitársela de encima. Y ella vuelve a su persecución describiendo arcos floridos de manta y pañuelo flotantes en el aire: ella es entonces el gallo que ahueca y arrastra el ala en la faena de amor, mientras la música ronca del parche cabruno la va enardeciendo más y más y la concurrencia celebra con gritos y carcajadas el acoso y el esguince... Y la zancadilla con que ella, sin perder la gracia del ritmo, logra derribar al hombre huidizo.

Pero ya ha salido otro a reemplazarlo para otra mujer que se lanzará en su persecución.

Airapúa tocaba como nunca apretando el tamborileo, exigente el compás frenético, recia la descarga del acento rijoso en la contienda del amor. Ya se habían emparejado casi todos los que formaban el ruedo y ahora salía otra vez el que había iniciado la danza, haciéndole seña de invitación a su pareja para el desquite del varón humillado por la zancadilla.

Pero ella quiso agregarle el gracioso desdén a la destreza, y aunque él se defendía bien, desistió de acosarlo, diciéndole que se buscara a su hermano mayor porque no podía con ella:

—*Usei sajá mirúa.*

Ya era noche cerrada cuando Chuachuaima se levantó y se retiró de la enramada hacia la casa, seguido por Palmira.

Se cruzaron miradas maliciosas las mujeres y los hombres que formaban el círculo dentro del cual se desarrollaba la danza y los que en ese momento estaban entregados a ella tuvieron que acelerar el ritmo del paso de fuga y persecución para seguir el ardiente compás que marcaba el tambor de Airapúa.

Y de pronto el bramido de la cólera de Chuachuaima dentro de la casa. La majayura había desaparecido.

Terminó el baile. Airapúa se descolgó del hombro el tam-

bor y se sentó junto a él, en el suelo, a fumarse un tabaco, mientras la concurrencia se arremolinaba buscando las huellas de la fuga de Remota y entre el ir y venir del gentío bramaba Chuachuaima:

—¡Aá! ¡Aá! ¡Aá!

Palmira acosaba a Dorila:

—¿Dónde está? ¿Qué se hizo? Tú debes saberlo.

Y Dorila respondía temblando:

—¡Qué sé yo! ¡Qué sé yo!

—¡Unas huellas!—anunciaron por allá.

Y corrieron todos en la dirección del anuncio, hacia el médano.

Iban, realmente, médano arriba, huellas que podían ser de Remota, pero junto a las de un perro grande que la hubiese acompañado, aunque en la casa no los había; mas unas y otras desaparecían de pronto en medio del vasto arenal empinado, terminaban allí, sin señales de regreso, cual si en aquel punto que no permitía escondite, la fugitiva y el misterioso perro se hubiesen desmaterializado en el aire.

Regresó el gentío, ahora más excitado por lo sobrenatural que les parecía el caso. Chuachuaima a la cabeza rugiendo, ya en los colmos de la cólera, y al ver a Airapúa entregado a su tabaco, junto a su tambor en el suelo, ajeno a cuanto a su alrededor ocurría, fuéronse allá algunos hombres y lo rodearon, pidiéndole que les explicase el suceso, en ejercicio de sus facultades de adivino.

Airapúa se quedó mirando un buen rato la brasa de su tabaco y luego, extendiendo el brazo izquierdo hacia el lugar distante por donde caían los montes de Ulípichi, invisibles desde allí, murmuró:

—Ulípichi... Jayaliyú.

Nombraba el perro, seguramente el que había dejado sus huellas sobre el médano, sin que él las hubiese visto, puesto que no se había movido de allí, y todos contuvieron el aliento ante la manifestación evidente de sus extraordinarias facul-

tades, mientras él proseguía, entre pausas, calmudo, imperturbable:

—Allá está... Jayaliyú vino a buscarla... Jayaliyú se la llevó por el aire... Jayaliyú está ahora echado a los pies de ella, guardándola... De piedra los dos, en la cumbre de Ulípichi.

Dispuesto a descargar su furia contra el esclavo que alguna culpa debía de tener en aquello, Chuachuaima se había acercado al corrillo que lo rodeaba, pero al oir aquellas insistentes alusiones a un jayaliyú, en su mente ofuscada se produjo una confusión de otra naturaleza que le inhibió los impulsos coléricos.

Jayaliyú era también el nombre totémico de una casta tradicionalmente enemiga de la suya, y según le habían dicho aquella vez en el caño de Poró-rimha, a esa casta pertenecía aquel indio ancianísimo, de incomprensibles palabras y borrado ya de la memoria de los suyos, con quien por allí se tropezó, experimentando desde el primer momento la impresión de hallarse en presencia de algún ser sobrenatural... ¿Acaso algún jayaliyú—se preguntaba ahora, en un golpe de pensamiento sin forma discursiva—a quien algún epieyú antepasado suyo hubiera dado muerte?

Pero fue una ráfaga momentánea de temor supersticioso. Inmediatamente recordó que esa misma mañana había visto a Airapúa conversando con los bestieros que abrevaban sus rebaños en aquel caño, y otra vez se le desató la cólera tremenda.

Se precipitó sobre el esclavo y lo tundió a golpes, a puñetazos, a puntapiés y ya sacaba un cuchillo para degollarlo cuando por fin lograron dominarlo y llevárselo hacia la casa, bramando y echando espumarajos.

Airapúa se incorporó lentamente, bañado en la sangre que le manaba de la boca, de la nariz, de los ojos; pero con la inalterable expresión adormecida de éstos y sin pronunciar palabra ni llevarse las manos a sus heridas, se alejó de la

casa, lentamente, y se perdió en la noche nebulosa de luna.

Y muchos amanecieron ante el cerro de Ulípichi, comprobando que, en efecto, allá se divisaban, perfectamente dibujadas contra el cielo, la forma de una mujer desnuda y reclinada sobre la cumbre y la de un perro echado a sus pies. Cosa en la cual nadie se había fijado hasta entonces.

LA TEMERARIA TRAVESÍA

Ya era hecho cumplido, tal vez suerte echada. No fue realmente propósito suyo, ni en el origen, aquella tarde en la playa ventosa, ni aun hasta el último momento del plan concertado por Airapúa. Ocasiones más propicias hubo durante todo un mes para llevar a término el rapto, pero él mismo se interpuso obstáculos, con aturdimientos contradictorios de meterse de cabeza en la aventura del petróleo, que ya absorbía todas las ambiciones, y en seguida de restearse en el juego, a ver si la suerte se atrevía a dejarlo en la ruina.

Pero Airapúa insistió y por frustrarle la boda al temible Chuachuaima, por hacer una travesura más, se decidió a complacer al esclavo de Cantaralia. En la muchacha misma, desconocida, además no podía cebarse su sensualidad de varón exigente de presa difícil; en la hija suya que pudiera ser, una guajirita en todo caso, no tenía sentimientos paternales que depositar. Y sólo fué al contemplar aquel primor de muchacha que avanzaba hacia él, con la inocencia pintada en los hermosos ojos, pero al mismo tiempo con la temeridad que sólo de la suya podía heredarse, cuando el propósito de rapto se le desvistió de la apariencia de simple travesura y se le presentó con toda la gravedad de un acto insólito de suerte echada.

La combinación concertada por Airapúa, de modo que le permitiese la leyenda de la majayura de piedra, estuvo a punto de fracasar ante las sospechas que a última hora se le despertaron a Dorila y aún no se explicaba cómo pudo

realizarse la fuga de Remota, llenos de gente los alrededores de Alitasía. Sólo la audacia y la decisión de ella misma la habían hecho posible, puesto que la intervención de él fue realmente mínima, toda de suerte fiada al azar; esperarla donde ella debía reunírsele.

No pasaba de aquí en sus reflexiones, no quería detener su pensamiento sino en la reconstrucción objetiva del episodio y aun esto como si él no hubiera sido actor, aunque en mínima parte, sino simple espectador. Lo cierto era que Remota venía en el camarote único de la embarcación, hacia popa, y él en el extremo opuesto de la cubierta, en la cabina de gobierno del timón.

Nunca se le había visto tan reconcentrado en su ocupación, tan fija la mirada en el rumbo y sin que de ningún modo fuese necesario que él gobernase, pues allí estaba Venancio Navas, a quien le correspondía hacerlo, buen timonel, buen marino y no sólo para tiempo sereno y resplandeciente noche de plenilunio, sino para sortear peligros con el surazo encima y el marullo en la borda.

Ni tampoco aceptaba que fuesen a darle conversación ni aun sobre los más apremiantes menesteres de a bordo, porque necesitaba mantener fijo su pensamiento sobre estas precisas representaciones concretas: que Remota venía en el camarote, tal como salió de Alitasía, con la misma manta, sin haberse quitado, tal vez, ni siquiera el pañuelo y que él iba gobernando, firmes las manos en la rueda del timón, como si sólo esto pudiese y debiese ocuparle su atención.

—Cada cual sabe demasiado lo que le incumbe y no tiene que venir a hacerme preguntas tontas—había dicho, desde un principio—. En su puesto cada uno y poquitas murmuraciones. Mejor, ninguna.

Pero algunas tenía que haber entre la tripulación. Ya habían dejado atrás las luces de San Rafael del Moján y ahora iban pasando entre las de Maracaibo y Los Puertos, rumbo al Sur.

—¿Pa dónde la llevamos, compañero?

—¿Por qué no se lo preguntáis al que va gobernando?

—¡Jum! Digo, porque yo venía creyendo que echaríamos el ancla en Maracaibo.

—Pues ya veis que no.

—La verdá es que ya él no tiene familia en Maracaibo a quien entregarle la muchacha.

—Una hermana casada tiene. Pero ni más que fueran.

—¡Tais loco, primo!

Y como esto oyese Venancio Navas, segundo de a bordo cuando Demetrio Montiel capitaneaba la piragua y además de obediente y disciplinado era leal y noblote, intervino desde donde se hallaba:

—Poquitas murmuraciones. Ya lo habéis oído. ¡Y mejor ninguna!

Pero abajo, en el extremo de popa donde el maquinista y su ayudante le atendían al funcionamiento del motor que hacía girar la hélice, como hubiera sonado el timbre accionado por Demetrio desde su puesto, el primero de aquéllos se preguntó:

—¿Qué le pasa a don Demetrio? Vamos a todo motor y todavía está pidiendo más.

A lo que replicó el ayudante malicioso:

—¿Será verdad que el caballo salvaje no se arrejunta con las hijas?

Pero como Venancio Navas andaba aquella noche a la caza de murmuraciones y ya estaba allí, le dio la respuesta con una bofetada.

—¿Qué es eso, Venancio?—intervino el maquinista, mientras el aporreado ayudante tambaleaba.

Y el recio mocetón noblote, de quien era hermano menor el castigado, respondió, ya para retirarse:

—Que delante de Venancio Navas nadie puede ni siquiera pensar mal de Demetrio Montiel. Así sea mi hermano.

Mientras en la cabina del timonel ceñudo, el pensa-

miento que debía quitarse de cosas exteriores comenzaba a darse furtivas escabullidas hacia la vedada intimidad.

—¡Bonita noche!... ¿Por qué no serán así todas las de navegar?... Ni siquiera se distingue el Faro del Catatumbo en la claridad de la luna... ¿Por qué habrá hombres que se echen a perder la vida ellos mismos? ¿Cómo que viene fallando el motor?... No. Viene funcionando bien, a todo dar.

—Don Demetrio.

—¿Qué quieres, Venancio?

—¿Piensa ir gobernando toda la noche? Son más de las doce, hace rato.

—Cuando me canse te llamaré. ¿Qué novedad a bordo?

—Ninguna, propiamente.

—¿Por qué añades ese "propiamente"? ¿No era suficiente responder: ninguna?

—Tiene razón. Pero tal vez quería yo referirme a que, como venimos a toda marcha y la piragua comienza a barquinear un poco, quizá alguna persona no pueda conciliar el sueño.

Accionó el timbre con la señal de recortar marcha, y Venancio Navas se retiró a la cabina.

—...¿Más de las doce?... ¿Qué estoy diciendo? Más de las tres deben ser ya... ¡Pero si traigo el reloj a la vista!

—Don Demetrio.

—¿Otra vez, Venancio? Ya te dije que te llamaría cuando me cansara de gobernar.

—Es que ya estamos sobre los palos del río.

Referíase a los troncos de árboles arrastrados por la corriente del Catatumbo, hacia cuya desembocadura navegaban, varados en los bajíos donde se acumula el fango acarreado por el afluente y por entre los cuales había que internarse con prudencia. Y agregó:

—Y fíjese en el oscurito que se nos viene encima.

En efecto, densos nubarrones empujados por un viento veloz, que aún no soplaba sobre el lago, comenzaban a ocul-

tar la luna ya cercana al horizonte, y al ras de éste una mancha plomiza, nudo de los temporales reinantes en aquella región, venía extendiéndose y ennegreciéndose, a tiempo que el relámpago del Catatumbo, fulgor de muda tormenta perenne, se hacía más intenso y más frecuente.

—¿Y qué?—replicó Demetrio Montiel—. ¿Es la primera vez que te aventuras por aquí?

—Pero venimos a toda marcha, don Demetrio. Y pronto vamos a estar corriendo gallos, contimás viniendo en lastre.

Ya comenzaban a encresparse, en realidad, los marullos del lago y al resplandor intermitente del relámpago se divisaban, más y más cercanos, los peligrosos varaderos de los palos del río. Pero Demetrio Montiel sonreía contemplándolos, sin dar orden de recortar la marcha, y Venancio Navas entró en la cabina y se le encaró enérgicamente:

—Don Demetrio—díjole—. Yo acabo de darle una pescozada a mi hermano por haberse atrevido a pensar mal de usted, y ahora tendré que darme otra yo mismo.

—¿Qué estás diciéndome?—rebatió Montiel, ya dispuesto a castigar aquella altanería.

Pero Venancio, sin inmutarse, con toda su lealtad en la expresión enérgica, le soportó la mirada imperiosa y le respondió:

—Que lo veo y no lo reconozco, Demetrio Montiel. ¿Qué significa este viaje? ¿Es que yo vengo a bordo tomando parte en una mala acción que ni nombrar se puede?

Demetrio Montiel había empalidecido y le vibraban los músculos del rostro, pero se le había impuesto la energía del subalterno, de cuyas palabras no podía escapársele el exacto sentido y guardó silencio un punto, quieto en su asiento. Luego, pausadamente:

—Venancio Navas, tal vez tú no conocías bien a Demetrio Montiel. No lo conocerás nunca. No sabrás nunca qué clase de hombre es.

Venancio se le plantó por delante para mirarlo a los ojos y haciendo esto repúsole:

—Sí, lo conozco.

E iba a agregar algo más, cuando advirtió el paso de un tronco de árbol, por efecto de la marcha veloz de la piragua, pero que realmente flotaba y se deslizaba, al empuje de la corriente del río que llegaba hasta allí; y con redoblada energía, autoritariamente, ya disponiéndose a quitarle a Montiel el gobierno de la embarcación, díjole:

—¡Los palos del río, don Demetrio! Y el chorro botando otros.

—Gobierna tú—repúsole Demetrio, levantándose del asiento.

Venancio se apoderó de la rueda del timón y comenzó a gobernar hacia rumbo opuesto, abandonando el temerario viaje, a tiempo que decía:

—A Maracaibo. Donde vive una hermana de usted.

Demetrio Montiel le apoyó su diestra sobre el hombro, se lo oprimió afectuosa y emocionadamente y luego díjole:

—Gracias, Venancio Navas. Demetrio Montiel no se olvidará nunca del bien que le has hecho esta noche.

Y salió de la cubierta de la embarcación, que ya dejaba atrás el dramático espectáculo de la tempestad perenne y silenciosa.

V

UN MUNDO NUEVO Y RARO

Selmira Montiel, esposa de Alejandro Weimar, vivía en una de las mejores casas del centro de Maracaibo y hacia allá se encaminó Demetrio acompañado de Remota. Era su hermana predilecta, pocos años mayor que él y la única persona que le quedaba de su familia.

Recíprocamente, Selmira adoraba en Demetrio, porque el clima natural de sus afectos era la vehemencia extremosa y porque siempre le habían caído en gracia los defectos del hermano tarambana.

Lo recibió con su efusión característica, echándole los brazos:

—¡Chico!

Pero al reparar en que venía acompañado de una muchacha guajira—pues Remota traía la misma indumentaria con que salió de Alitasía—agregó:

—¿Qué es esto, Demetrio?

—Una hija mía.

—¡No me digas!

—Pero si ya te lo he dicho.

—Repítelo entonces.

Y soltando la risa, ya desbordada su ternura, abrazó y besó a Remota y luego se la retiró para contemplarla mientras exclamaba:

—¡Linda muchacha! ¡Qué ojos, qué boca!

De pronto le cruzó la sospecha de que no fuese realmente hija del hermano tarambana, y encarándose con éste, hizo y preguntó:

—¡Hum! ¿No estarás metiéndome un contrabando, Demetrio?

—No. Es hija mía y vengo a dejarla a tu cuidado.

—¡Estup...!

—¿Qué?—inquirió Demetrio—. Ibas a decir estupendo y te has arrepentido. ¿Es que no puedes recibirla?

—No, chico. Iba a decirme estúpida. Mejor dicho: ahora es cuando me lo digo. Ya sabes que nunca me ha gustado que mi marido vea en casa cara bonita que no sea la mía.

—¡Pero, Selmira!—exclamó Demetrio chanceándose—. Si Alejandro ya...

Y ella, quitándole la palabra y con fingida indignación:

—¡Un momento! No te permito poner en duda que Alejandro el Grande sea todavía hombre peligroso.

Soltaron la risa, mientras Remota los miraba alternativamente, tratando de explicarse la causa de tal hilaridad, pues su conocimiento del castellano era tan rudimentario que sólo muy pocas palabras había podido entenderles, y porque, además, no estaba acostumbrada a las maneras efusivas de Selmira, personaje de un mundo totalmente nuevo para ella, que, sin embargo, se había conquistado su simpatía desde el primer momento.

En cuanto a Demetrio Montiel, en su alma simple estaban perfectamente fundidos en un solo respeto el sentimiento filial, desde el momento mismo en que Airapúa le dijo que era su padre, y el de admiración ingenua por la cálida pintura de hombre extraordinario que de él le había hecho el esclavo, para que no vacilara en seguirlo, pero sí se había dado cuenta de que él se proponía dejarla en aquella casa —de la cual nada le había dicho ni al sacarla de la piragua ni por el trayecto—y esto, lejos de producirle resentimientos, contribuía ya a que se entregase totalmente al influjo de la simpatía que le había inspirado Selmira. Acostumbrada a vivir en un ambiente familiar de espíritu exclusivamente femenil, la idea de compartir la vida con un hombre, así fuese su padre, le causaba zozobras y si en un principio esto no le impidió lanzarse a los riesgos de la fuga con un desconocido, como lo era para ella Demetrio Montiel, para librarse de los groseros brazos de Chuachuaima, los temores que ya habían comenzado a asaltarla durante la noche en el camarote de la piragua, la inducían ahora a apegarse a aquella mujer que, de manera imprevista, iba a reemplazar a las tías, a quienes, no obstante el amor que les tenía, le fué forzoso abandonar.

—Pero ni siquiera me has dicho cómo se llama la sobrina que me traes—decía ahora Selmira.

—Remota—repuso Demetrio—. Debo contarte también

toda la historia. Pero aunque ella casi no entiende nuestra lengua...

—Ya, ya. Pasemos al comedor.

Y a Remota, haciéndola sentarse:

—Quédate aquí, preciosura, mientras el bribón de tu padre... ¿Entiendes? No. Mejor es que no entiendas.

Atravesaron el patio, dejando a Remota en el corredor y apenas comenzaba ésta a pasear su mirada por los extraños objetos que la rodeaban, cuando se oyeron en el zaguán recias taconadas y un aire de música wagneriana.

Era Alejandro Weimar, que regresaba a su casa. Un alemán rubicundo y corpulento, ya en punto de edad madura. Se quedó plantado al trasponer la puerta, mudo y perplejo, mirando a Remota, mientras ella a su vez lo miraba y sonreía candorosamente. Luego murmuró:

—¿Será que yo he bebido más cerveza que de costumbre esta tarde? Pero yo creo estar viendo una cosa extraordinariamente rara y bonita en esta casa.

—Pasa, Alejandro—dijo Selmira desde el comedor.

Y él, prosiguiendo en su buen humor de raza y de cerveza:

—¿Eh? No es una metamorfosis de la Gran Selmira, porque ella habla allá dentro; debe de ser...

—Ven, Alejandro—insistió la esposa—. Aquí está Demetrio y te explicará quién es.

—¡Oh! Contrabando entonces.

Y riendo clamorosamente después de haberle dado a Remota palmaditas en la mejilla, atravesó el patio hacia el comedor.

ALEJANDRO EL GRANDE

Alejandro Weimar, de la colonia alemana de Maracaibo y ya de edad madura, era un alto y anchuroso hombre poseído de una desmesurada idea de las posibilidades de la

fantasía, sin establecer diferencia alguna entre ella y la realidad, no obstante lo cual se comportaba dentro de las limitaciones de todo orden que lo rodearan como persona sensata e incluso de buen sentido práctico. Trabajaba con eficacia, cumplía con puntualidad sus obligaciones, ganaba juiciosamente su dinero, lo invertía con discreción y decencia... Pero confesaba sin amarguras, que no lograba levantar cabeza sin saber por qué.

Había contraído matrimonio con Selmira Montiel, se le estimaba entre la buena sociedad de Maracaibo y si en su interior había algún desajuste entre su espíritu de raza, sus tradiciones formativas, las costumbres de su tierra y el modo de ser y proceder de la gente en medio de la cual ahora se movía, no se lo dejaba traslucir, pues, por lo contrario, demostraba siempre un jovial empeño en que no se le considerase extranjero, sino el más venezolanísimo de todos los zulianos. O a la inversa, como él lo decía, pretendiendo decirlo mejor:

—El más zulianísimo de todos los venezolanos.

Y tal vez de esto le venía aquello de no poder levantar cabeza, como se lo advertían sus compatriotas, en cuyas tertulias del Club Alemán raramente se le veía, mientras que era asiduo a las del "escaño de los viejos", por las noches, en la plaza Bolívar, a las cuales concurría lo más eminente de la ciudad, doctores y literatos de edad madura, todos poseídos del más acrisolado espíritu regionalista, que hacían buenas migas con el membrudo y jocoso comerciante alemán, no totalmente desprovisto de cultura.

De su incapacidad de distinguir entre la realidad y la fantasía, aun en la cotidiana escena del ganarse la vida, al frente de una oficina de representación de firmas industriales y mercantiles, daba idea la magnitud del mueble archivador de sus papeles y cuyos compartimientos estaban designados con los nombres de todas las ciudades del orbe, que fuesen o hubiesen sido centros poderosos de producción industrial,

puesto que incluso aparecían allí los de Babilonia y Nínive.

El de la primera, para un compartimiento donde se acumulaban cartas escritas en todas las lenguas, que contenían respuestas sin importancia a las que él dirigía a todos los países de la tierra; y el de la segunda, al frente de una gaveta donde no había absolutamente nada y sólo para tener oportunidad de hacer reir a sus clientes al abrirla y decirles·

—Porque ni ni ve uno nada, dentro de esta gaveta.

Eran reducidos sus negocios, pero él los veía extendidos sobre el mundo entero y estaba firmemente convencido de que si no existiera aquella oficina de representaciones, sobrevendría la bancarrota universal.

En cuanto al sobrenombre de "el grande", se lo había puesto en el escaño de los viejos el doctor Rogelio Viñas, uno de los mejores amigos que allí tenía, y él lo había adoptado gustosamente, pues en el fondo de su perenne buen humor y de su indiscutible bondad, alentaba una descomunal ambición de conquistador de mundos.

Selmira se lo creía todo. No realmente por ingenuidad, ni por sostener el punto de no haberse equivocado cuando lo eligió por marido, como a hombre de gran porvenir, sino porque se le parecía bastante y se sentía muy a gusto dentro de aquel mundo de representaciones desmesuradas donde ella era la Gran Selmira de Alejandro el Grande, y esto casi sin idea alguna respecto al célebre conquistador que así se llamó, pero, en cambio, firmemente convencida de que en alguna parte de la historia figuraba una gran mujer de su mismo nombre.

Y eran felices, salvo lo extremadamente paternal que, por no haber tenido hijos, estaba frustrándose en ellos.

Era de noche y estaban en la sala. Ya Remota no llevaba la indumentaria guajira y Selmira la había hecho sentarse a una de las ventanas abiertas al aire de la calle, pero provistas de celosías de madera que resguardaban la intimidad. Alejandro Weimar estaba fumando su pipa, arrella-

nado en una mecedora y Selmira en otra, frente a él, mirando hacia el techo.

—¿Qué está pensando la Gran Selmira?—inquirió él.

—Pues, quizás lo mismo que Alejandro el Grande—respondió ella.

—Entonces Alejandro el Grande va a decir lo que ellos dos están pensando.

Y mientras se pasaba la gruesa mano por los cabellos ya escasos y miraba hacia el techo:

—Están pensando en que Demetrio Montiel, esa estupenda calamidad que se llama Demetrio Montiel, ha traído a esta casa una bonita preocupación. ¿Sí?

—Tal vez.

—¡Umjú! Yo estoy entonces casi en lo cierto de la situación de los Weimar de Maracaibo. Y seguramente muy cerca de realizar un deseo muy cariñoso de mi corazón.

—¿Del tuyo sólo?

—¡Muy bien! ¡Estupendamente bien! La Gran Selmira va a darse pronto quizás el gusto de poner en su boca, dentro de su casa, esta palabra bonita y sabrosa: —¡Ludmila! ¡Ludmila!—. Para darse en seguida el gusto más grande de oir que le responden, con una voz agradable y cariñosa:

—¡Voy, mamaíta!

Selmira sonrió sin dejar de mirar hacia el techo, y al cabo de un rato repuso:

—Déjate de disparates, Alejandro. La vida es como es.

—¡No, no, no! La vida es lo que uno haga de ella. Que no te da dinero, pues tú piensas que tienes dinero, y ya está resuelta la gran dificultad.

—Que no te da hijos...—agregó Selmira.

—Y tú tomas una hija ajena y la haces hija tuya.

—¡Pero Alejandro! Piensa en que...

—Aguarda, Selmira. Cuidado con lo que vas a decir.

—No te preocupes. Ella casi no entiende. Pero dejemos esto, Alejandro.

—Bien. Dejémoslo de ese tamaño, ya que es bastante grande.

Se reclinó sobre la mecedora, fumó de su pipa y sin quitársela de la boca y mirando hacia el techo, dijo, con voz baja y tendida, imitación de grito a distancia lejana:

—¡Ludmila! ¡Ludmila!

Selmira sonrió y como Remota la estaba mirando, hízole señas de que se le acercara a Alejandro. Ella obedeció y fué a plantársele por delante, en silencio, con aire de no darse cuenta exacta de lo que estuviese ocurriendo.

Se enderezó rápidamente Alejandro Weimar, apoyó sus manazas sobre los hombros de la muchacha y, cerrando los ojos, murmuró, como en sueños:

—¡Ludmila Weimar! ¡Por fin va a nacer una walkiria en Maracaibo!

—Déjate de disparates, Alejandro—dijo Selmira levantándose de su mecedora, para retirarse de la sala, aunque sonriendo complacidamente.

Se puso de pie Alejandro Weimar, a toda su corpulencia, y replicó sentencioso:

—¡Selmira! No olvides que los seres humanos no hemos venido a la tierra sino a una sola cosa: a hacer disparates cariñosos. Como los que ya hicimos nosotros dos casándonos con nosotros dos.

Y Selmira se retiró de la sala diciéndose mentalmente:

—¡Las cosas que se le ocurren a Alejandro!

Pero luego, sonriendo:

—Y no le quedaría mal el nombre de Ludmila.

EL CARIÑOSO DISPARATE

Nunca había corrido tiempo tan propicio como aquél para la porción fantástica del negocio de representaciones de Alejandro Weimar. Las vacas gordas se paseaban por el mundo entero, pocos años después de la gran guerra que

puso término a aquello de *Deutschland über alles*, y si a los alemanes de Maracaibo ya se les había cicatrizado la herida de la derrota y estaban haciendo, otra vez, óptimos negocios, a Alejandro Weimar ya no le cabían más papeles en su Babilonia, copias de cartas escritas por él en las varias lenguas que dominaba y dirigidas a todos los centros industriales del mundo, hasta el extremo de que pronto le sería necesario prescindir de su chiste favorito para ocupar también Nínive... Aunque las respuestas no hacían sino aumentar la papelada, sin que ninguna trajese una nueva representación productiva.

Y acertó a suceder que aquel día le llegara de Nueva York una carta de un compatriota suyo, con una sugerencia que no era de echar en saco roto:

"En los hoteles de esta ciudad, que se ha convertido ahora en el centro del mundo, hay buenas oportunidades de empleos para personas que, como tú, dominen varias lenguas."

Y comenzó a darle vueltas dentro de la fantaseadora cabeza, junto con la sentimental tendencia al disparate cariñoso, la idea de plantarse en el propio y nuevo centro del mundo.

Eran las diez de la noche, acababa de regresar de la tertulia en el escaño de los viejos de la Plaza Bolívar y hallábase en el comedor de su casa, compartiendo con Selmira la botella de cerveza que acostumbraban tomar antes de irse a la cama—Remota en la suya, durmiendo ya—, y estaban en silencio, saboreando la bebida espumosa y atisbándose mutuamente de soslayo la expresión del pensamiento recóndito.

—¡Jo, jo, jo!—rió sonoramente Alejandro—. Pero si ya sabemos los dos lo que estamos pensando los dos. Tú lo que buscas es que yo te convenza a ti de que puedes hacer lo que deseas.

—¿Y tú?—repuso Selmira.

—La misma cosa, recíprocamente. De modo que puedes empezar a convencerme a mí. Siempre es más fácil convencer a un hombre que a una mujer, aun sobre lo que ella misma ya esté queriendo hacer.

—Pero, Alejandro ...¿Y si después, andando el tiempo, lo que ella ha sido hasta ahora le impide que pueda ser lo que se requiere de una hija nuestra?

—Yo barrí calles en mi país—replicó Alejandro el Grande—, y eso no me impide protestar contra el desaseo de las de Maracaibo.

La fuerza de la argumentación no fue muy clara para Selmira, pero sí le causó profunda sorpresa el dato histórico.

—¿Tú barriste calles?—preguntó, sobresaltada—. ¿Dónde fue eso?

—En Macedonia, cuando era Alejandro el Pequeño, que estaba muy pobre.

Y después de reírse a sus anchas del chiste, agregó:

—Ponte juiciosa, mi Gran Selmira. Y acuérdate de que no hay mejor manera de ponerse uno íntegramente juicioso como haciendo algo que los demás vayan a calificar de disparate.

—Has puesto el dedo en la llaga—afirmó Selmira—. Maracaibo entero nos lo va a criticar. Ya me parece oírlo: "Pero ¿se habrán vuelto locos los Weimar"?

Y le llegó la oportunidad y la sugerencia de la carta recién recibida.

—¿Y si nos vamos de Maracaibo inmediatamente? En Nueva York está situado ahora el centro del mundo y desde allá me llaman todas las lenguas de la tierra, que no se entienden directamente entre sí.

—¡Nueva York!—murmuró Selmira—. Realmente, dicen que allá se está ganando mucho dinero... Pero... ¿Es que la oficina no está produciéndote lo suficiente?

Bebió él de su cerveza, chasqueó la lengua, se chupó la espuma que se le había adherido a los bigotes y luego dijo:

—Lo suficiente no es nunca una cantidad determinada de la cual no se pueda pasar. Y por otra parte, un viaje a Nueva York sería muy conveniente para robustecer los negocios de la oficina.

—En ese caso...

—¡Bien!—prorrumpió Weimar—. ¡Bien, Selmira! Tus argumentos me han convencido.

Apuró el contenido de su vaso y entre uno y otro chasquido de lengua saboreadora de cerveza y disparate cariñoso, exclamó.

—¡Ludmila! ¡Ludmila Weimar! Ya está contenta la Gran Selmira. Ha nacido una walkiria en Maracaibo.

Y atacó el aire wagneriano con que acostumbraba entrar en su casa, mientras Selmira apuraba su vaso sonriendo.

Mas de pronto dejó de cantar, advirtiendo:

—¡Bueno! Esto es de Lohengrin, que no viene al caso, propiamente. Pero de todos modos, ya podemos irnos a dormir.

Y finalmente, para desvanecer los últimos escrúpulos de Selmira:

—Las walkirias todas nacieron ya mujeres formadas. De quince años, por lo menos.

Pero a Selmira le estaba haciendo más falta que a él una hija, de cualquier edad, y como tenía el corazón imaginativo, más que el cerebro, propiamente, y siempre había sido madre consentidora de todas las travesuras del hermano, ninguna violencia tenía que hacerse para prohijar a Remota, dulce y bonita.

Y aquella noche, el anchuroso Alejandro Weimar pasó sin solución de continuidad de la vigilia al sueño, viendo pasar su cariñoso disparate en la cabalgata de las walkirias, sobre los rascacielos del Nueva York, por cuyas agujas le enviaban premiosos llamamientos todas las lenguas de la tierra.

SEGUNDA PARTE

I

EL ESTUPENDO HALLAZGO

En el principio fue el mene. Brotaba de las grietas de las hondonadas fundido por el calor solar acumulado en el subsuelo y al contacto con el aire más fresco adquiría consistencia bituminosa. Los vecinos de la región lo recogían y lo amasaban para "sacarse los resfriados", aplicándoselo a los pies en plantillas de efectos revulsivos, y los pescadores de las riberas del lago lo empleaban en el calafateo de sus embarcaciones. Pero en las charcas iridescentes que se formaban en las depresiones de los terrenos, cuando las aguas de las lluvias habían corrido sobre aquellos menitos, flotaba ya el espíritu del aceite magnífico y tremendo.

Comenzaron a aparecer por allí algunos geólogos, observaron los terrenos, hicieron sus análisis y sus estudios y un buen día sacaron la conclusión de que en el subsuelo zuliano debía de haber petróleo.

Se guardaron el secreto los que estaban interesados en que no se divulgara, mas pronto empezó a advertirse el empeño que ponían en comprar terrenos a los tenedores de ejidos o baldíos, cuyas dimensiones eran aumentadas en los documentos respectivos, de acuerdo con los vendedores por el buen precio que a éstos se les pagaba y después de lo cual comenzaron a desaparecer en los registros públicos protocolos enteros, donde constaban los asientos fidedignos de los documentos originales de concesión, y no tardó en divul-

garse la estupenda noticia de que en el Zulia se estaba pisando sobre oro negro.

Y comenzó la rebatiña de las concesiones en torno al dictador omnipotente:

—¡A mí, General! ¡No me olvide, viejo! ¡Un papelito de ésos y cuente conmigo, jefe!

Los intermediarios ya de la esterlina, del florín y del dólar, que no estaban en el campo de la rebatiña, pero ya habían hecho las guiñadas de ojo del entendimiento malicioso.

Y a los bufetes, después de los forcejeos de la subasta, para que los abogados diligentes les aplicasen a los papeles su discreta ciencia.

—*All right*—aprobó el circunspecto de Londres.

Y Holanda tiernísima:

—*¡Splendid!*—suspiró.

Y el cordialote New York, a la pata la llana, como gente de la casa:

—*¡O. K. boy!*

Pero todos muy cumplidamente, al doctor aplicado, por sus buenos oficios:

—Y para usted...

Royalty. La palabra inglesa adecentó la codicia criolla entrando en el argot de la gente afortunada que ya podía ser elegante, y una inmensa porción del subsuelo venezolano pasó al dominio del taladro extranjero.

* * *

—¡La danza de los millones!—se dijo Demetrio Montiel—. Ya voy a estar sacando pareja para bailarla.

Y como tenía un compadre, campesino ribereño entre La Rita y Cabimas, llamado Roseliano Figueras, dueño de una plantación de cocos que cubría buen trecho de aquella costa, y puesto que los simples y crédulos han sido creados para que los astutos hagan su juego con ellos, un día fondeó

allí su piragua con los "rebuscos" de maduros y guineos de Encontrados que le habían dejado a bordo, por zocatos o podridos, los compradores exigentes del fruto en el mercado de Maracaibo, y después de habérselos cedido gratuitamente a Roseliano, para lo que pudiesen servirle o para que los distribuyese entre la pobrecía del vecindario, entró en materia:

—Compadre, vaya preparándose a mudarse para sus otras tierritas de más adentro. Que ya sé que no le faltan, aunque no tan buenas como ésta.

—¿Y eso por qué, compae?—repúsole Figueras—. Este es el lugar de mis preferencias, aparte lo mejor de sus tierras. La brisa del lago, el pescaíto a mano, la vista entretenía con el paso de las embarcaciones y la flor de los rebuscos que se desembarcan de este lado. Verbigracia, los que acabáis de traerme vos.

—Sí. Comprendo. Pero las compañías petroleras que ya vienen por ahí a explotar las concesiones que han obtenido en toda esta región, necesitan las orillas del lago y lo harán desocupar.

—¿A mí? ¡Pero si por aquí no hay mene, compae! Que según he escuchao decil es el anuncio del petrólio. Además, esto es mío.

—¿Por justo título de propiedad, compadre?

—¡Jim! ¡Ah caramba! Ya empezáis vosotros a jurungal la cosa. Aquí naide tiene ese justo título, si a ver vamos, hasta donde haiga que remontalse pa ver claro.

—También es verdad. Pero de todos modos, con título o sin él, a usted lo van a obligar a desocupar esta faja de costa.

—¿Y por qué? ¡No me venga! Si yo estoy plantao en mi suelo, en el suelo donde nací y se me formaron callos moniando cocos.

—Sí, sí. Pero ¿no sabe usted que una cosa es el suelo y otra el subsuelo?

—¿El su... qué, compae?

—Subsuelo. No se haga el torpe ni el desentendido, que ya sé que usted se pierde de vista a la hora de defender lo suyo. Suyo es, realmente, el suelo de este cocal, por justo título de propiedad o por derecho de ocupación ininterrumpida, conforme lo establece la ley; pero el subsuelo —haya o no petróleo aquí debajo, como me atrevo a asegurar que no lo hay, pues nunca ha habido mene por aquí, ya usted lo ha dicho—ése es de los musiúes.

—¿Y dónde está el susuelo, compae?

—Debajo del suelo.

—¡Hum!—hizo Roseliano rascándose la cabeza—. Ya me habéis quitado vos el sueño de esta noche, na más que con habelme mentao musiú. ¿Queréis decil que lo de encimita solamente es lo mío?

—Pero como lo de encima no puede estar en el aire, sino sobre lo de abajo, y lo de abajo no es suyo, sino de la Nación que ya está entendiendo con los musiúes...

—¡Ah, valse! ¡Se me hundió el cocal entonces! ¿Y diande han sacao esa ley, compae Demetrio?

—Del subsuelo.

—No me lo mentéis más, compae. ¡Je, je, je! Hasta me hacéis reíl vos con esa manera de burlarse de todo. Pero, hablando en serio. ¿Qué me aconsejáis vos que haga pa librarme de esa jeringa?

—Vender el cocal, cuanto antes. Pero reservándose el motivo, a ver si alguno cae sin ver el hoyo.

—¡Jum! Ya ese hoyo está muy a la vista. ¿Quién me va a compral sabiendo que hay musiú en puerta?... ¿Seríais vos capaz?

Demetrio Montiel guardó silencio un momento, fingiendo actitud cavilosa, mientras mentalmente se decía:

—¡Ya está el mandado hecho! Ya el hombre mordió la carnada y se va a tragar el anzuelo hasta decir bueno está.

Y luego, rascándose la cabeza, ahora él:

—¡Caramba, compadre!... Francamente... Con todo y el sacramento que nos une..., yo como que no soy el candidato.

—¿No lo dije?—repuso Roseliano—. Hasta vos te rascáis la cabeza. Pero no sería el mismo caso, Demetrio Montiel, polque vos sois más facurto que yo pa defendel los derechos sin que sean justos títulos... No te rasquéis más la cabeza, compae.

—Habría que pensarlo, Roseliano. Con musiú en puerta, como usted ha dicho... Pero... por prestarle una ayuda a tiempo, debido al sacramento que nos une y si me arranca el brazo sin dejarme recapacitar, dos mil pesos, que en este momento no me faltan—la verdad sea dicho...

—¿Dos mil pesos, compae?

—Ya lo dije. Si me arranca el brazo, porque yo no le retiro nunca a un amigo palabra que le haya dado... ¡Bueno! Dos mil quinientos. No es la primera vez que me resteo al albur de un dado corrido.

—Es tuyo el cocal, Demetrio Montiel. Yo sé que vos no sois hombre pa aprovecharse de las dificultades en que se encuentre un amigo. Quizá otro podría llegarme hasta los tres mil, buscándolo con calma, la verdad sea dicha; pero como yo tengo la idiosincrasia de que en cuanto me mientan musiú, ya estoy recogiendo mis corotos, porque sé que la tengo perdía manque me sobren razones...

—Bueno, compadre. Tres mil pesos. Negocio cerrado. Para que no diga que su compadre Demetrio Montiel no le llegó a lo que otro le habría llegado.

Y ya a bordo de *La Arrepentida*:

—¡Tres mil pesos! Doce mil bolívares para que suene a más. ¿Cuántos ceros a la derecha y en dólares a la par, tendrán que agregármeles las compañías petroleras, con todo y la ley del subsuelo? ¡La danza de los millones! Ya voy a estar bailándola.

* * *

Y brotó a chorros la providencial calamidad. Aventó válvulas, alzó negra columna gigantesca, inundó tierras, alimentó durante varios días lluvia pringosa esparcida por el viento y bajo la cual se ennegrecieron los campos y pereció ganado; pero hizo brotar también de todas las bocas venezolanas la exclamación esperanzada:

—¡Petróleo en el Zulia!

Repercutió el estupendo anuncio en la tierra coriana, se oyó en Margarita, resonó en los Andes, se extendió por los llanos y los rectos hombres de las tierras secas, el proceloso mar, la empinada montaña y la tendida llanura, pusieron el rumbo y el paso hacia la de promisión, sobre cuyas aguas y campos ya empezaban a metalizar el tierno paisaje las cabrias de los taladros.

—¡Petróleo o nada!

Y comenzó a fundirse en el crisol del campo petrolero el hijo de todo Venezuela, pero que ya no querría volver la mirada hacia la posible ternura del sembrado, hierro y aceite arideciéndole las manos, ni para nada realmente suyo y bastante estaba allí dándole su esfuerzo a la industria del rendimiento fabuloso.

El chorro de todas las energías hacia el salario que no fuese de hambre. El animoso, el desesperado, el aventurero.

Porque detrás del hombre que iba a aplicar sus músculos a la recia tarea, llegaron también los tahures, cazadores de jornal distraído, con la sonrisa insinuante, la baraja marcada y los dados que siempre pararían en suertes suyas; los taberneros de todos los alcoholes para borracheras al alcance de todos los bolsillos, y las mujerzuelas, la caminera junto con la de asiento fijo, dañadas ya y para contaminar... Porque cuando llueve es para todos y petróleo era lluvia de riqueza, aunque fuese chubasco pasajero.

La barraca de tabla de cajones, de latas abiertas y aplanadas de prisa, de tela de fardos, ¡de lo que hubiere a mano! La zahurda. ¿No eran ya sórdidos cobijos de todas

las miserias el rancho del monte o el cuarto de la casa de vecindad, de donde se salió para la aventura petrolera? El mínimo abrigo de techo para dormir sobre la estera o sobre el desnudo suelo, el angosto pasadizo de todos entre las intimidades sin recato, basurero de los desperdicios. ¡Los pueblos nuevos a la orilla de la estupenda riqueza! Nacían desmirriados, torcidos, tarados, como engendros de la vieja miseria en la irremediable incuria, mal paridos por la prisa aventurera y en el recién nacido enteco y propenso a todas las lacras, abriendo en seguida las fuentes perennes de sus llagas la cantina, el garito, el lupanar... Petróleo era riqueza y el porvenir diría si había valido la pena.

¡Venezuela en marcha!

El zumbido ululante de la planta eléctrica generadora de la inmensa energía que consumiría el prodigio; las cabrias incansables, estrepitosas cataratas de cadenas para que luego crujiesen en el aire tensas de carga; los martinetes contundentes hundiendo los pilotes de concreto armado en el fondo del lago, a fin de que sobre ellos se alzaran pronto las torres de perforación; la fragua de soldadura autógena preparando de prisa las armaduras de otros pilotes: fulmina los cabos de gruesas cabillas de hierro y en las llagas de fuego les aprieta sin piedad el costurón del empate.

El torno pulverizador de la resistencia del acero; el zumbido infernal del horno de fundición, impávidos los crisoles entre la cólera llameante del petróleo, la lengua iracunda del soplete que lame la barra atenaceada sobre el yunque y el grito vibrante del yunque inflexible bajo la mandarria que maja y lamina.

El ardiente resuello afanoso de la caldera de vapor que hace girar el taladro en la roca profunda. La ancha, continua, ondulante sonoridad producida por los martillos que fijan remaches en la plancha de hierro con que se reviste la armadura cilíndrica para el depósito de petróleo y las sirenas que piden los turnos de obreros. porque el trabajo

no puede interrumpirse en ninguno de los campos de la tremenda faena.

Locomotoras, camiones, tractores, grúas... Toneladas de hierro y acero ajenos que hacen retemblar la tierra venezolana y músculo venezolano contraído en recia actividad dirigida por palabras inglesas, entre bocanadas de humo de tabaco de Virginia, cachimba en la boca.

EL ESCAÑO DE LOS VIEJOS

El doctor Rogelio Viñas, abogado famoso en Maracaibo y persona que gozaba de la simpatía y del respeto de sus conterráneos—desde la gente del pueblo, por la llaneza y las singularidades pintorescas de su carácter, hasta las clases cultas y más exigentes por sus indiscutibles méritos intelectuales y morales—como buen zuliano amaba extremosamente su tierra; pero tenía el buen gusto de no incurrir en las formas excesivas y pedantes del regionalismo, sino que lo manifestaba bajo las apariencias paradójicas de la crítica humorística.

—A mí no me entusiasman tanto las virtudes como los defectos del maracucho—solía decir—. Porque a la hora de cojear, es cuando nosotros somos geniales.

Andaba ya cerca de los cincuenta, pero se atribuía bastantes más; era bondadoso y festivo y se cultivaba, hasta los límites de la extravagancia, la consecuente inclinación de su espíritu hacia la gente humilde, entre la cual habían nacido sus padres.

Acostumbraba madrugar, pero no tenía que recorrer mucho trecho para tomarse la primera taza de café, pues en la esquina cercana a su casa ya estaba esperándolo el cafetero Juan Caralampio, con su monifate en la acera.

Un mulato de su misma edad, con cuya amistad decía honrarse el abogado eminente.

—Buenos días, Juan Caralampio. ¿Qué me contáis vos?

—Que hoy es martes, porque ayer fué lunes.

—Y para que mañana sea miércoles.

Y el doctor Viñas aseguraba que en la práctica invariable de aquel saludo cruzado con Juan Caralampio, durante años continuos, salvo las palabras correspondientes a los días en cada semana, residía el secreto de su buen éxito ya proverbial en la profesión de abogado, pues con aquella purga de tontería sistemática con que se acompañaba la primera taza de café diaria, quedaba limpio para todo el día y no había pleito que pudiese perder por tontería en que incurriese en su defensa.

Tomando el café, que era la primera taza que salía del monifate de Juan Caralampio—porque éste a nadie más se la vendía—íbase conversando con el cafetero por el medio de la calle, hasta el Mercado del Lago, y allí se despedía de él en el sitio donde acostumbraba instalar su venta, a la orilla de la acera, e invariablemente con las mismas palabras:

—Adiós, Juan Caralampio.

—Adiós, doctor Rogelio. Que mañana será lo mismo.

—Porque será otro día.

Recorría el mercado de un extremo a otro, saludaba a los dueños de todos los puestos, que también le decían "doctor Rogelio", y le daban el vos confianzudo, y cuando ya había paseado sus miradas por todos los frutos del campo y los pescados del lago que allí se ofrecían al consumo, regresaba a su casa reconfortado de comunicación madrugadora con su tierra, a través del trabajo de sus hombres.

Y cuando se trasladaba a Caracas, en asuntos de su profesión, que debieran ventilarse en tribunales de allí, se llevaba consigo un retrato de Juan Caralampio, que siempre tenía en su escritorio, para que le sirviese de piedra de toque del paisanaje de quienes, diciéndose maracaiberos, se le acercasen a pedirle favores.

—¿Sois maracucho decís?—preguntábale a su visitante—. Me lo vais a probar diciéndome quién es ése.

E indicaba el retrato, que para el efecto siempre tenía en lugar visible de su recibimiento.

Que si el solicitante respondía sin vacilar y con agrado:

—Juan Caralampio, el monifatero.

Ya tenía logrado el auxilio, en cuanto realmente lo mereciese.

Pero a quien no acertara a dar aquella respuesta, ya tendría que oírle:

—No, mijito. Déjate de cosas, vos no sois maracucho. Ese es Maracaibo bajo la forma humana, y quien no lo reconozca al primer golpe de vista y con cariño, o no es de allá o no merece serlo.

El doctor Viñas no explicaba por qué consideraba a Juan Caralampio personificación de Maracaibo; pero nadie podría atribuírselo a desestimación de ésta, porque era bien conocido de todos los que lo trataban su gran amor a su tierra.

Rogelio Viñas era de los pocos abogados que no habían querido lucrarse con la venta del subsuelo zuliano al taladro extranjero y ya estaban cumpliéndose todas las predicaciones pesimistas que desde un principio había formulado en las tertulias nocturnas del escaño de los viejos.

Designábase así uno de los bancos de la Plaza de Bolívar, en el centro de la ciudad, situado al abrigo del más frondoso de los árboles que para entonces crecían en ella, y allí acudían, cómo a un postrer refugio del espíritu zuliano, los que ante la avalancha de la aventura minera sobre la región natal, veían sobrevenir una época de transformaciones profundas, a las cuales no podrían adaptarse.

Desaparecería el *montuno*, que amanecía en el Mercado con los frutos de su campo, dejaría varadas en las playas sus embarcaciones el pescador, abandonaría sus piraguas el marinero del lago, porque todos se sumarían al *chorro* de

brazos acudientes al mejor jornal del campo petrolero y sobre toda la tierra zuliana y encima del lago entero metalizarían el tierno paisaje de torres de perforación. Y la ciudad misma, metida a imitar lo extraño, de donde venía el dólar exigente, perdería su aspecto y su alma y a vuelta de poco se habrían secado las fuentes del sentimiento zuliano.

—Buenas noches, doctor Rogelio. ¿Qué nos contáis hoy?

—Que ya hasta Demetrio Montiel dejará de ser maracucho. Hace días que no mete contrabandos y ya no se ocupa de comprar indios en la Guajira para venderlos en Zulia y Catatumbo. Ahora anda a la caza de *royaltys*.

—Menos mal que sea en sus manos donde caigan dólares, porque como en seguida los tirará a puñados, por Maracaibo correrán. Mientras que los pocos zulianos que se han beneficiado con las concesiones petrolíferas en nada útil para el Zulia los han querido invertir.

—Pero como Demetrio Montiel tirará los suyos en los casinos y garitos, junto con el trabajador petrolero los de sus jornales, y todo eso va a parar a las manos de los rematadores del juego, aquí y en la zona, que no son zulianas...

Era cierto. Sobre el Zulia corrían los ríos de la abundancia, mas como sobre terreno impermeable, todo deslizándose hacia afuera.

—Buenas noches, doctor Rogelio. ¿Qué nos contáis hoy?

—Que he venido a despedirme del escaño de los viejos. Mañana mismo lo quitarán de aquí y troncharán estos viejos árboles, como desapareció también el chirimoyo que antes se alzaba donde ahora se reúnen a decidir la suerte del Zulia sus admirables legisladores, porque es necesario modernizar esta plaza y ya no tendremos donde charlar un rato los maracuchos viejos.

Y aquella noche fue poco lo que se habló en la tertulia del escaño famoso.

¡MISERICORDIA, PETRÓLEO!

Lagunillas de Agua se había quedado rezagada en el camino de la Venezuela en marcha y estaba aquella noche empeñada en hacer pintoresco un rincón del lago, espejo de su miseria, y aunque éste se hallaba empañado por la ruptura de un caño de petróleo que se derramó sobre el agua, se complacía en mirarse en él, entre el cabrilleo de sus luces mustias, junto al emporio de las torres ajenas.

Hacinamiento de barracas de madera y angostas pasarelas para el tránsito sobre pilotes dentro del agua, con una sola comunicación con Lagunillas de Tierra. Bullicio de gentío heterogéneo, con el acento de todo Venezuela en el rumor postrero de la vida, que allí se extinguiría pronto. Guarida de miserias, refugio de los fracasados en la gran aventura. Y de pronto el grito:

—¡Fuego!

Se estremeció toda la población, se echó fuera de las viviendas de tablas y trapos y las "planchadas" retemblaron bajo el pánico en carrera. Pero aquello estaba hecho para las llamas, y esa noche, además, se alzaba sobre combustible flotante sobre el agua y el incendio se lo apoderó de prisa. Se hundió la "planchada" que comunicaba con tierra y la población lacustre quedó a la merced del fuego en la isla de tablas.

Ardieron las casas, tabla y trapo, ardieron las pasarelas, se inflamó el petróleo derramado sobre el agua, acaso por mano culpable, y se alzó en la noche el resplandeciente horror.

—¡Misericordia, petróleo!

Es una mujer que corre de aquí para allá con su pequeño hijo en los brazos, oprimiéndolo contra su pecho a fin de que no se lo alcance el incendio.

Huye perseguida por una llamarada, otras le salen al

paso obligándola a detenerse y otras suben del lado del petróleo inflamado, a ambos lados de la pasarela, advirtiéndole que por allí tampoco hay salvación posible.

Se revuelve, se encoge sobre su amor en los brazos, se empina hacia el aire negado a su respiro por los torbellinos del enrarecimiento, y cuando ya la tienen asfixiándose a su alcance, las llamas se precipitan sobre ella, la apresan por las faldas, la ciñen, la desnudan para el sacrificio ante la negra divinidad del petróleo, le achicharran en los brazos el tierno llanto del hijo, le apagan el alarido de todos sus dolores entre un zumbido infernal, la derriban, se encarnizan y se sacian en ellos. ¡Tizones ella y el niño!

Pero ya estaban a salvo los taladros bajo las torres. Poderosas mangueras habían abierto contrafuegos sobre el agua, rompiendo y barriendo el petróleo flotante por donde se les pudiera propagar el incendio...

De Lagunillas de Agua ya sólo quedaban tizones humeando sobre el lago en la noche espantosa, brasas que luego se extinguirían...

Pero allí estaban en pie las torres intactas, para que continuasen jalonando el camino de la Venezuela en marcha.

¡SI TÚ HUBIERAS QUERIDO!

Aquella noche estuvo fondeada *La Arrepentida* frente a Lagunillas y a Demetrio Montiel se le vio desafiar, temerariamente, riesgos mortales, en el salvamento de las víctimas del incendio.

Fue el resplandor postrero y centelleante de su vida famosa. En realidad, no hizo sino lo que otros también junto con él; pero en el ánimo impresionante de la gente excitada por el espectáculo hermoso y tremendo, la figura simpática y gallarda todavía del contrabandista ingenioso y audaz, del jugador impávido ante quien habían temblado

los montes de dado y de ruleta adquirió aquella noche contornos heroicos.

Y fueron muchos los que le dijeron emocionadamente:

—¡Demetrio Montiel, si tú hubieras querido!...

Sin que faltara quien, no conteniendo su entusiasmo, le diera forma completa a todo lo que se había esperado de Demetrio Montiel:

—Al Zulia le está haciendo falta un caudillo y tú lo habrías sido si lo hubieras querido.

Cincuenta años ya. Nada que valiera la pena al cabo de ellos. Lo acompañó la fortuna, pero no recorrió sino el camino de la desdicha. Ganó, perdió, lo tiró y lo despilfarró todo. La generosa juventud, la provechosa madurez... Sólo le quedaba el triste descenso de allí adelante.

Se quemó, él también, en pocas horas. Concluído el incendio, cuando ya no había más tabla y trapo de miseria que pudiera convertirse en carbón y cenizas, extinguido, a la vez el último resplandor famoso de su vida, abandonado de pronto de la impetuosa alegría de arrostrar peligros, entró en el camarote de la piragua repitiéndose el reproche de los amigos.

¿Ya, para qué? Por delante no le quedaban sino los años yermos del envejecimiento... Resolvió tirarlos de un todo.

Y desde aquella misma noche fueron ya completamente insensatos los interminables viajes sin objeto, Catatumbo arriba, Escalante abajo, tirando faros por las vueltas azarosas y oscuras.

Pero ahora se decía:

—Allá viene Demetrio Montiel. Diablo Sombrío.

II

HARDMAN

Era la única mujer que iba en el avión y cuando éste despegó del aeródromo, Hardman, que junto con ella ocupaba uno de los asientos de los puestos, por ser el único que había encontrado libre, dijo:

—Ya estamos volando.

Comprendió ella que el yanqui había empleado el español para insinuársele, pero respetuosamente y agradeciéndoselo repuso:

—Ojalá nos acompañe buen tiempo.

—Gracias—agregó Hardman, haciéndole inclinación de cortesía.

Mientras ella, al golpe de vista y por entretenerse, dábase a pensar que no se hallaba en presencia y compañía de un ser humano, pura y simplemente, sino acaso de un superproducto de la industria del acero, cosa hasta cierto punto admisible, pues indudablemente se trataba de un ciudadano de Estados Unidos, tal vez del mismo New York, de cuyo aeropuerto acababan de desprenderse.

Un sujeto de formación no antigua todavía—quizá unos cuarenta años—de rostro aristado, sobre cuyas facciones no habría querido el artífice perder tiempo precioso en ternuras de suavizamientos, sino que lo echaría afuera apenas fraguada y soldada la armadura interior. Y para más completa y mejor apariencia de elaboración de altos hornos, tenía pupilas de acero taladrante.

Pero ya se decía ella:

—No. No parece neoyorquino. Debe ser de Texas.

Cuando él, como si le penetrase el pensamiento:

—¿Me permite presentármele?

—Con mucho gusto.

—*May name is...* ¡Perdón! Soy Hardman. De Arizona.

—Ludmila Weimar.

—¿Weimar?—repitió Hardman, mientras la miraba con expresión de extrañeza—. ¿Ludmila, también? Yo creí que usted era venezolana.

—Sí, lo soy, a pesar de los nombres germanos. Del Zulia.

—¡Oh! Del Zulia. Yo también soy ahora residente en el Zulia, perforador de pozos petroleros.

—¡Ajá!

—Yo regreso ahora en mis vacaciones a mi trabajo. En este avión hasta Miami. Ojalá usted tome también el mismo Clipper que yo tomaré en Miami para ir a Maracaibo.

—¿Sabe usted ya que me dirijo a Maracaibo?

—¡Oh! Yo estoy haciendo ejercicios de penetración de pensamiento, que no están permitidos en estos aviones. Tenga la bondad de perdonarme.

—*Never mind.*

—¡Oh! Pronuncia usted bien el inglés.

—Dieciocho años en Nueva York, algo tenían que dejarme.

—¿Nada más que eso?

—¿A qué se refiere usted?

—¡Oh! Perdón. Yo estaba otra vez haciendo ejercicios de penetración de pensamiento. Muy fáciles, por cierto.

Comprendió Ludmila que la superestructura mecánica no carecía de ingenio y de sentido humorístico y éste fue su primer hallazgo de humanidad pura y simple en su compañero de asiento.

Una breve pausa y otra vez Hardman, exclamativamente:

—¡Venezuela! Ya me ha estado una tierra querida Venezuela.

—¿Sí? ¿Quizá por el petróleo que de ella saca su compañía?

—No, no—repuso Hardman, sonriendo, a todo lo que daban las articulaciones de su rostro anguloso.

Y en seguida, recogiendo su sonrisa:

—Pero me ha agradado oírle esa pregunta que usted me ha hecho. He vuelto a encontrar en esas palabras un sentimiento de la tierra de usted que ya había aprendido yo a respetar y a compartir. No es posible dudarlo. Es un sentimiento de la tierra de usted. Yo estuve casado con una mujer venezolana. En Williams, de Arizona. Poco tiempo. Yo no soy nacido en Williams, propiamente; pero residía allí, obrero ferroviario entonces. Yo perdí esa mujer en un momento muy desgraciado de mi vida y entonces me dije a mí mismo: "Tú te llamas Hardman, que significa hombre duro."

Y como Ludmila lo miraba, deslizando sus ojos por los recios ángulos fraguados y majados y aun sobre los huecos abruptos que contenían los aceros taladrantes, tal vez para rectificar su primera impresión a causa de las palabras que acababa de oírle, él agregó:

—No. Yo no soy hombre duro. Fue una equivocación mía también. Yo debí decir hombre fuerte y sereno, que acepta el daño de la vida lo mismo que el bien que le haga.

Ludmila contrajo el ceño y el perforador de pozos petroleros continuó:

—Yo conocí a aquella mujer en una conversación de pocas palabras que ella tuvo una tarde conmigo, muy simpática, mientras esperaba el tren que debía llevarla a Los Angeles, en la estación de Williams, donde yo era la persona que, cuando se detenían allí los trenes, debía subir a ellos para inspeccionar si todos los frenos iban funcionando correctamente. Yo he aprendido mucho de esa humilde

ocupación de mi juventud, con muy buenos resultados espirituales.

Esta última palabra, pronunciada por aquel hombre de apariencia férrea, golpeó la atención vacilante de Ludmila, cuyo ceño se despejó, sustituído por la sonrisa con que el distraído se hace perdonar del interlocutor, y Hardman, sonriendo también, agregó:

—Yo estoy ahora mismo haciendo una pequeña inspección de los frenos de un tren, que tal vez se ha detenido en mi estación.

Rió francamente Ludmila Weimar, mientras replicaba:

—¿No teme usted hacerse ilusiones exageradas? Quizá no haya ningún tren detenido en su estación, en este momento.

—¡Oh! ¡Están buenos los frenos!

Y en seguida:

—Nadie sabe nunca cuál será la estación donde uno va a detenerse alguna vez. Ahora debiera decir más bien el aeródromo, porque vamos en un avión, que es más cosa del tiempo de ahora. Y vamos a decirlo. La vida es un avión que tal vez ha comenzado a volar por sí solo, porque tenía alas. ¿Sí? Sin que nadie lo haya despachado por una ruta ya pensada; pero a uno siempre le resultará más cómodo creer que en ese aeródromo de partida había alguien que despachó este avión sabiendo adónde lo mandaba. ¿No?

—Es cierto.

—¡Umjú! Va bien la cosa. Sentado uno en su asiento, va más tranquilo leyendo su periódico—como estos compatriotas míos que no pueden saber que yo estoy hablando de ellos, porque no entienden esta lengua que vamos hablando—si debajo de su atención a la lectura lleva aquel pensamiento tranquilizador, como un perro guardián echado a sus pies.

—Aguarde—díjole Ludmila, siguiéndole el humor—. Re-

cuerde que a los pasajeros de los aviones no nos está permitido llevar perros bajo los asientos.

—¡Oh! Es verdad. ¡Ja, ja, ja! Yo he perdido mi comparación.

—Vuelva al tren, entonces. Aunque tampoco en ellos... A la estación de Williams, donde hemos dejado a una compatriota mía esperando el que debía llevarla a Los Angeles.

Fue Hardman quien entonces contrajo el ceño, antes de decir:

—Sí. Estaba esperando su tren y mientras llegaba se puso a conversar, muy simpática, con el obrero ferroviario que era yo, siendo ella de una clase social más elevada que la mía, en su país, del mal negocio que para su país había estado la explotación del petróleo por capital extranjero. Ella no entendía muy bien la cosa que hablaba, pero tenía su corazón puesto en sus palabras y yo puse también el mío de entonces en éstas con que le contesté:

—¿Y ustedes, por qué soportan en su país esa gente petrolera?

—¡Vea, pues!—dijo Ludmila—. Y hoy pertenece usted a esa gente.

—*Exactly*. Ha empleado usted una palabra correcta. Pertenezco, que no es lo mismo que ser. Ella se puso muy contenta de oir esas palabras de la boca de un hombre de mi país y yo confieso a usted que aquella noche no quedé nunca muy seguro de que estuvieran funcionando correctamente todos los frenos de los trenes que se detuvieron después en mi estación de Williams.

—Lo de siempre. En todas partes.

—Sí. Lo de siempre, en todas partes... Yo no voy a contar a usted todo lo que sucedió hasta que yo me casé con aquella mujer. Ella estaba muy teosofista, yo me interesé en compartir sus creencias para estar más cerca de su corazón y todos los años, por la primavera, íbamos a oir a Krishnamurti, que predicaba todo un mes en un lugar

muy bonito de California, bajo unos árboles viejos, que eran encinas.

Ludmila había girado en el asiento para ponérsele de frente, ya profundamente interesada por aquella sustancia espiritual que brotaba de la estructura mecánica, y Hardman prosiguió, al cabo de una pausa, con ceño de reconcentración dolorosa:

—Yo esparcí con mis propias manos las cenizas de aquella mujer querida sobre la tierra de aquel lugar bonito, donde ella aseguraba que estaba siempre girando un torbellino muy suave de la vida. A mí me consolaba mucho la idea de que ella fuera a entrar dentro de ese torbellino, convirtiéndose en flores delicadas y sencillas sobre aquel campo, porque eso había sido ella en mi vida: una flor delicada y sencilla.

Ya era emoción todo el acercamiento de Ludmila Weimar a aquella alma que sorpresivamente fluía del acero templado y cortado en ángulos bruscos, cuando Hardman se frotó con recio y rápido movimiento las manos, una contra otra, las mismas que con religiosa ternura habían esparcido amadas cenizas sobre un bello lugar de la tierra para que alimentasen flores, pero que ahora producían áspero sonido de esmeriles ludidos.

Y con voz sombría, aunque sin dramatismo, Hardman concluyó:

—Yo soy ahora *driller* solamente. Perforador de pozos petroleros. Yo soy parte de una máquina grande y fuerte que se maneja desde Wall Street.

UNA LECTURA INTERRUMPIDA

Era una mañana de día feriado y Ramiro Celis estaba en el corredor de su casa, situada en la Calle Obispo Lazo, engolfado en la lectura de unos viejos manuscritos que se le habían confiado, en su carácter de director de Archivos

Municipales de la ciudad de Maracaibo, para que los incorporase a ellos, y en los cuales se trataba de uno de esos pequeños acontecimientos de la vida cotidiana de los pueblos que siempre se quedan fuera de la historia, porque de ningún modo se logrará que alguien se interese en conocerlos—a menos que sea un historiador del tipo como se lo tenía propuesto ser Ramiro Celis—, cuando, sin saber cómo ni por qué, sintió la presencia de alguien que había entrado en su casa.

Volvió la cara hacia la puerta de la entrada y comprobó que, en efecto, estaba allí, mirando hacia el interior, una mujer de muy agradable aspecto, que guardaba luto.

—Perdón—dijo ella, al darse cuenta de que en aquel asiento de ancho y alto respaldar estaba sentada una persona que ahora la miraba.

—¿En qué puedo servirla?—interrogó Ramiro Celis poniéndose de pie, todavía con los papelotes en las manos.

—En nada, caballero. Ha sido una indiscreción mía. Una curiosidad propia de turista. Me agradó lo que del interior de esta casa dejaba entrever la puerta y quise asomarme a algo más.

A Ramiro Celis no se le ocurrió sino decir:

—Si ya está complacida...

—¿Puedo seguir mi camino, verdad?—completó ella, sonriendo.

Pero ya se disponía a hacerlo, cuando de pronto se detuvo y volviéndose hacia el poco galante habitador de aquella vieja casa, le interrogó:

—¿Ha vivido usted siempre en esta casa? Y perdone también esta otra curiosidad.

—Pues en ella nací.

Avanzó ella unos pasos hacia él mirándolo interesadamente, se detuvo en silencio un momento y luego formuló esta extraña interrogación:

—¿Y ha sido usted, toda la vida, una sola y misma persona?

—Señorita...

—¿Bajo un mismo nombre siempre? ¿Es una misma actitud ante la vida, sin necesidad nunca de procurarse de prisa sentimientos nuevos para los cambios que otras voluntades hayan dispuesto operar en la existencia de usted?

Ramiro Celis comprendió que no se hallaba en presencia de una mujer de espíritu vulgar y tuvo la intuición de que aquellas preguntas envolvían una confidencia de intimidad dramática, y ella agregó imprimiéndole a sus palabras un acento acariciador de evocaciones.

—¿Contemplativo siempre?

—Esa última palabra—repuso él, haciendo un esfuerzo para sonreir—me hace creer que ya le fuera conocido yo.

Ella lo mira en silencio un momento, sonriendo, y luego:

—Dígame. ¿Se conserva todavía en esta casa cierta azotea, desde la cual es posible mirar hacia un patio de la casa vecina?

—En efecto—respondió Ramiro Celis—. Hay en esta casa una azotea.

Dejó transcurrir ella una breve pausa, moviendo la cabeza afirmativamente, antes de insistir en su interrogatorio:

—¿No le dice a usted nada esa pregunta mía? ¿No le hace recordar nada?

—Pues...

—¿Quiere que lo ayude un poco?

—Pues...

—Voy a ayudarlo. Desde esa azotea, hace dieciocho años, solía mirar un joven de esta casa hacia el rincón del patio vecino a que me he referido y en el cual solía también estar una muchacha mirando, como hacia el cielo, pero en realidad hacia dicha azotea.

Ramiro Celis se había quedado mirándola en silencio mientras empalidecía un poco y ella le dijo:

—Soy yo. Ludmila Weimar, ahora, todavía. Aunque no todavía entonces.

Ramiro Celis invirtió un buen rato en buscar las frases más adecuadas a la situación—aunque también lo empleó en contemplar aquel rostro interesante, no propiamente bello, pero cautivador de las miradas que en él se detuvieran—y por último le pareció que era del caso invitarla a tomar asiento.

—¿Quiere usted sentarse? Perdone que no se lo haya preguntado desde el primer momento; pero, en realidad, todo esto ha comenzado a ocurrir de una manera un poco rara.

—Es cierto—repuso ella—. Pero dése cuenta. Las mujeres somos generalmente sentimentales. Acabo de regresar a esta ciudad, después de dieciocho años de ausencia, y he salido a recoger los recuerdos de mi estancia en ella, que fué breve. En esta casa de al lado viví unos días; pero como está cerrada y desahabitada y desde esta suya algo de ella se ve...

—Si usted desea subir a mi azotea...

—No. Gracias. Han sido ya varias las indiscreciones en que he incurrido y no quiero abusar más de su bondad. Estaba usted ocupado y le he quitado un tiempo precioso, seguramente.

Y para retirarse:

—Una molestia más. ¿Conoce usted, por casualidad, a un tal Marco Aurelio? Un bohemio muy conocido en Maracaibo, según lo que de él me han dicho.

—¿Marco Aurelio Peripatético?—interrogó a su vez Ramiro Celis, sin disimular la extrañeza que aquella pregunta le había causado.

—¡Ese! ¿Quiere usted hacerle saber, si le es fácil, que

Ludmila Weimar desea verlo? Estoy hospedada en el Hotel Bella Vista.

—Con mucho gusto—dijo Ramiro Celis, haciendo una inclinación de cabeza, pero sin que su rostro expresara, de ninguna manera, gusto alguno.

Ella se lo penetró y sonriendo repúsole:

—Gracias, Ramiro Celis. Buenos días.

Dicho lo cual se retiró.

Ramiro Celis se quedó mirando hacia la puerta por donde ella había desaparecido y al cabo de un rato volvió a su asiento de respaldar ancho y alto y a su lectura interrumpida.

Pero el que hasta allí había sido minucioso documento de un suceso ocurrido en la ciudad en sus primeros años, comenzó de pronto a plagarse de lagunas, a causa de la atención intermitente que ahora le prestaba el lector, hasta que por fin éste prefirió abandonar la lectura para reclinarse en el sillón y formularse estas reflexiones, a propósito de su propio acontecimiento histórico:

—¿Por qué ha dicho que "solía estar"? Probablemente no fue sino una sola vez y más aún, durante breves momentos, pues a lo que ahora recuerdo fueron más las veces que vi el patio solo que con la muchacha en él... Es curioso. En los recuerdos de la infancia y de la adolescencia, también, las nociones del tiempo y espacio no corresponden nunca a la realidad, siempre son mayores. Un momento de esos años suele venir a la memoria como años enteros...

Y por aquí comenzó a escurrírsele el Ramiro Celis reflexivo—austero, soltero sin conocidas veleidades amorosas y guardián de papeles viejos que casi nadie leía, todo a los treinta y tres años ya—, al otro Ramiro Celis que tal vez nada tenía de común con el primero; el que se había quedado en la azotea y ahora demostraba propensión a acomodarse en el asiento de respaldar ancho y alto.

—Los recuerdos de los años tontos de la vida siempre

traen a la vista la señal inequívoca de la necedad. Las memorias de la adolescencia...

Pero el de la azotea insistía en ocupar el asiento de las severas lecturas y venía impregnado de romántica melancolía, formado de contemplaciones silenciosas, ya no de la muchacha en el rincón del patio vecino, sino del rincón mismo, solitario de un día a otro... Como también de un día a otro fué la inesperada y encantadora presencia...

—¡Los recuerdos de los años tontos!...

ESCOMBROS DE UNA RAZA

Ahora hallábase ante un espectáculo que la obligaba a recoger en su corazón sentimientos penosos, olvidados hacía mucho tiempo. Era en Tierra Negra, sabana de los aledaños de Maracaibo y asiento de guajiros emigrados de la península natal, en busca de existencia más tolerable al arrimo de la ciudad. Sórdida siempre, confiada a lo mezquino y precario de la mendicidad—la hamaca mugrienta bajo el mínimo abrigo de un toldo de enea a la sombra de un crují, o cuando más bajo un pequeño techo de lo mismo sobre cuatro estacas, por el suelo las múcuras de agua y los cacharros de cocina abandonados a los lambisqueos de los perros famélicos y sarnosos; pero siquiera complacido el hábito de vivir al abierto de la sabana.

Se había detenido por allí a pedir noticias de las tías Palmira y Dorila Barroso y una cerca de alambre de púas que rodeaba el campo la separaba de su interlocutora, india moza de cara redonda, casi completamente cubierta por el oscuro maquillaje de la *bija* con que la guajira se adorna y a la vez se protege del sol, bastante blanca la piel libre de aquella mixtura de sebo y polvos de hongos negros, cual si acabase de salir de blanqueo. Y esta reflexión, evocadora de recuerdos a los que nunca había querido Ludmila Weimar darles acceso, la hizo quedarse mirándola como si se

tuviese a sí misma delante, cumplido ya aquel destino de infelicidad y embrutecimiento ante el cual se le encogía el corazón a Remota.

Mientras tanto, la india interrogada sonreía y hacía melindres de timidez o de malicioso recelo y se tomaba el tiempo que le aconsejaba su desconfianza ingénita para dar respuestas categóricas, repitiendo los nombres de las personas por quienes se le había preguntado:

—¿Palmira Barroso? ¿Dorila Barroso?

—Sí, mujer. Deseo saber si aún viven y si tal vez se encuentran aquí.

La guajira remilgona guardó silencio un buen rato, sonriendo y mirándola con simpatía y luego dijo:

—Indias viejas están buscando a Dios.

—¿Quieres decir que han muerto?

Soltó la risa por la incomprensión de Ludmila, mostrando los dientes completos y perfectos, más blancos todavía por el contraste con lo negro de la *bija*, y luego explicó sus palabras mal interpretadas:

—Pidiendo limosnas. Indias viejas se rebuscan en el mercado del lago.

—¿Están allí Palmira y Dorila?

—No. Yo no sé.

Y en esto uno de los hombres que desde allí se veían, acostados en las hamacas colgadas bajo los cobertizos de enea, alzó la voz en una lenguarada en guajiro, dirigida a la interlocutora de Ludmila, y como ésta hizo gesto de apresar recuerdos, aquélla le preguntó, sonriendo:

—¿Entendiste lo que me dijo?

—No.

—Que si todavía no me habías dado nada... Pero yo no pido a señoritas simpáticas. Yo cojo lo que ellas me den, nada más.

Ya tenía Ludmila Weimar algo que hacer y en lo cual se le distrajese el pensamiento, para darle a la india el

dinero que mañosamente le pedía y mientras abría el bolso y buscaba algunas monedas, le preguntó por el hombre de la lenguarada desde la hamaca:

—¿Es tu marido ése que te aconseja pedir?

—Sí.

—¿Está enfermo?

—No. Está descansando.

—¿Trabaja mucho?

—No. Vino de Guajira anoche. Va siempre a Guajira.

—¿A qué?

—Por caminar. Indio gusta caminar.

—Mientras tú mendigas para mantenerlo a él. ¿Verdad?

—Yo no pido. Indias viejas sí se rebuscan. Yo espero lo que me den.

—Toma, toma.

—Dios te pague, simpática—díjole la india, cogiendo las monedas y disponiéndose ya a retirarse.

Pero en esto vio que por el camino que conducía a la ciudad venían algunas mujeres de su raza y le dijo a Ludmila:

—Ahí vienen indias viejas que pueden decirte lo que tú quieres saber.

Dicho lo cual se dirigió hacia el cobertizo donde descansaba su hombre holgazán, con el armonioso paso de la mujer guajira y el animado adorno del viento sabanero en la holgada manta y en el pañuelo flotante.

Allí languidecía, desmoralizada, una brava gente aborigen. Hambres anuales en la seca península natal la habían hecho emigrar hacia la ciudad propicia a los rebuscos de la mendicidad, y en aquel campo sin cultivos, a la rala sombra de los cujíes esparcidos por la sabana, con la mínima industria de un alto en el camino de sus hábitos nómadas, habían plantado los cuatro estacones de la enramada, bajo la cual colgaba el hombre su hamaca para los descansos de entre días viajeros, ida por vuelta sólo por

ejercitar la condición errante, holgazán mantenedor de los fueros del antepasado cuyo único oficio fue la guerra, mientras la mujer pedigüeña se procuraba el sustento de la prolífica familia, que con cuatro gotas de leche no alcanzaban a darle las cuatro cabras u ovejas mantenidas en torno al aduar, más para ilusión de vida pastoril sin posible asiento fijo, que para derivar de ellas beneficio efectivo. Allí estaba extinguiéndose una fuerza original, genuina de la tierra, pero no incorporada todavía a la vida del país, ni en el espíritu ni para ningún esfuerzo constructivo.

Y mientras Ludmila se hacía estas reflexiones, se le acercaron las indias viejas de regreso de sus rebuscos en la ciudad.

Se detuvieron por delante de ella. Eran cinco ancianas, de rotas, descoloridas y mugrientas vestiduras guajiras, en cuyos rostros arrugados y rechupados, el sucio emplasto de la *bija* sólo contribuía a mayor repugnancia. Despedían peste de inmundicia y componían un cuadro impresionante sobre limpio y hermoso azul de cielo; la muda presencia de la fea miseria, sin expresión de súplica ni leve sonrisa que moviesen a piedad, ceñuda, tendida la mano exigente.

Ludmila Weimar se les acercó, con las monedas que ya había sacado de su bolso y mientras se las fue poniendo en las manos, las miró en silencio, una a una y con la expresión de quien trata de reconocer a olvidadas personas.

Escombros de una raza, las cinco carantoñas patéticas, de cuyos rostros la suerte cruel y la asexualidad de los seniles años habían borrado todo lo que hubiese sido en ellas ternura femenil, soportaron las miradas escudriñadoras sin demostrar ni complacencia ni disgusto y luego mirándolas entre sí, ni aun entonces con expresión interrogante:

—¿Conocen ustedes a Palmira y Dorila Barroso?—inquirió Ludmila—. ¿Viven todavía? ¿Pueden darme noticias de ellas?

Pero las guajiras sombrías, sin quitarle la mirada, le respondieron con el silencio enigmático.

Y Ludmila se les apartó rápidamente, para dirigirse al automóvil que más allá la esperaba.

EL ESCARABAJO DEL RASCACIELO

El doctor Rogelio Viñas, que acababa de llegar a su bufete después de dos días pasados fuera de Maracaibo, recibió con sorpresa el anuncio de que Ludmila Weimar estaba allí y deseaba verlo.

—Hágala pasar—dijo.

Y abandonó el escritorio ante el cual estaba sentado, para adelantarse a recibirla.

Había sido el doctor Viñas quien asistió a Alejandro Weimar y a su esposa en los trámites legales de la adopción de aquélla y al verla ahora, dieciocho años después, elegante y majestuosa mujer, no obstante la sencillez del traje y la naturalidad de sus modales, con redoblada sorpresa y dándole ya el tratamiento confianzudo de su manera habitual, exclamó:

—¡Muchacha! ¿Sois vos aquella... walkiria que nació en Maracaibo de quince años de edad, como decía el buenazo de Alejandro el Grande?

—Yo misma—repuso ella, sonriendo, al tenderle la mano—. Aunque esas palabras realmente no me cuadren, puesto que, en este momento, por lo menos, no sé quién soy yo misma.

—Tenéis razón, muchacha—repuso Viñas—. Otro cambio en tu vida. Y una vez más me toca a mí acompañarte en el tránsito. Pero sentate, sentate. Me habéis cogido de sorpresa. ¿Cuándo llegasteis, vos?

—Anteayer, por la tarde.

—Sin previo anuncio. ¡Mal hecho! ¿Recibisteis mi carta, por supuesto?

—Sí. Y me disponía a contestársela, pero luego preferí venir a hacerlo de viva voz.

—Más placentero para mí, desde luego. Como te escribí... Pero dadme noticias primero de cómo terminaron Alejandro y Selmira.

Ella bajó los ojos y con serena tristeza respondió:

—Ella, a causa de una pulmonía fulminante que se la llevó en horas; él, tres meses después, de la tristeza de haberla perdido.

—A sus años, más o menos los míos—murmuró Viñas—, todo golpe es mortal. Cuanto más tratándose de lo que fue Selmira para Alejandro. ¡La Gran Selmira! Como él le decía.

Y en seguida, animadamente, para disipar los pensamientos tristes que ensombrecían el rostro profundamente expresivo de su interlocutora:

—¿Y qué? ¿Llegó hasta el fin Alejandro el Grande, como lo llamábamos sus buenos amigos, con aquello de grandes proyectos?

—No eran propiamente proyectos—repuso Ludmila, sonriendo tiernamente al recuerdo afectuoso—. Sino grandes realidades ya logradas. Dentro de su cabeza, por supuesto.

—Tenéis razón—apoyó Viñas—. Lo conocisteis bien, ya se ve. Grandes realidades ya logradas eran los fantásticos proyectos que flotaban dentro de aquella cabeza.

Sonrió en silencio Ludmila un momento y luego, con cariñosa complacencia que le iluminó todo el rostro, dijo:

—A usted puedo referírselo, pues fue buen amigo de él, Alejandro el Grande, después de muchos tumbos y tropiezos, por causa de lo que él habría llamado su mala suerte si hubiera podido abrigar algún sentimiento pesimista de sí mismo, terminó su vida de dura lucha por el pan como jefe de ascensoristas de un rascacielo neoyorkino, pero diciendo: "Soy el Gran Jefe de la Gran Estación Central de los Grandes Trenes Verticales de la Torre de Babel." Con mayús-

culas todas las palabras. Y no por humorismo solamente, sino porque en realidad se sentía gran jefe de una cosa extraordinaria.

—Cierto, cierto—dijo Viñas, entre los ahogos de su risa asmática—. Y no le faltaba razón, si bien se mira.

—Oigame esto otro—agregó Ludmila, pero ahora sin sonreir—. Una noche, en casa, cuando las noticias de la caída de Francia: "Ludmila, hija mía—me dijo plantándoseme por delante—. Se acerca el gran acontecimiento. Los arios puros pronto seremos dueños del mundo."

—Ya, ya—murmuró Viñas—. No podía faltar eso.

Y Ludmila prosiguió:

—Me quedé mirándolo y luego me cogí los cabellos guajiros y le pregunté: "¿Yo también, papá Alejandro? ¿No me estorbará esto?" Pero él, como si estuviera viendo oro en hebras: "No te estorbará—me respondió—. Los nibelungos tenían esos cabellos. Y las walkirias, especialmente."

—¡A prueba de bomba!—exclamó Viñas, soltando otra vez la risa, y luego—: Y no te imagináis vos, muchacha, el gusto que me proporcionáis hablando así, sin amarguras, de tus cabellos guajiros.

Se quedó ella mirándolo en silencio unos momentos y:

—¿Sin amarguras, doctor Viñas?—replicó—. ¿Está usted seguro?

La miró él a su vez, por encima de sus gafas escrutadoramente, y ella agregó:

—Déjeme contarle ahora un sueño absurdo que tuve esa misma noche. Una pesadilla muy singular. La Quinta Avenida de Nueva York, totalmente desierta, al mediodía, de uno de trabajo. Ni un alma en toda ella. Algo impresionante, anuncio de cataclismos. De pronto, comienza a aparecer en el extremo lejano una muchedumbre de hombres y mujeres viejos, ancianísimos, decrépitos. O a la inversa, mejor dicho, porque a medida que avanzaban hacia

mí iban dejando de ser viejos y comenzaban a rejuvenecerse. Pronto fueron adolescentes que danzaban y cantaban y luego niños que venían retozando y después criaturitas que gateaban y ya iban a saltar a la cuna, como recién nacidos, para de allí pasar, llorando, al vientre materno cuando desperté horrorizada.

Se quitó las gafas el doctor Viñas y mientras les limpiaba los cristales con la punta del pañuelo:

—Como sueño disparatado, no está mal—díjole—. Pero si no me ayudáis a descifrarlo, me quedaré sin entender por qué me lo habéis contado después del episodio de los cabellos.

—Fíjese usted. Marcha atrás de la vida, hacia infracuna. Más dramática que la normal hacia ultratumba, no sólo para desaparecer, sino para no haber existido.

Arrugó el ceño el abogado y sin interrumpir lo que hacía, repuso:

—Paréceme que te habéis aficionado demasiado a esa seudociencia de interpretación de los sueños que ahora anda en boga.

Y luego de ponerse las gafas y mirando el retrato que se veía sobre su escritorio:

—¿Verdad, Juan Caralampio?

Y como Ludmila hiciera gesto de extrañeza:

—Dialogando con Juan Caralampio—explicó—. Juan Caralampio el monifatero, como por aquí decimos de los vendedores ambulantes de café. Vendía el suyo por las madrugadas, a los montunos que acudían diariamente al mercado con los frutos de sus campos, y la primera taza que salía de su monifate era para mí. Porque recordaba siempre que la primera que había vendido cuando empezó su negocio, se la compró mi padre, un montuno que traía repollos al Mercado del Lago.

Y mientras Ludmila se acercaba al escritorio para ver el retrato de Juan Caralampio—un mulato viejo, pulcra-

mente vestido de blanco, con una cantimplora pendiente de la diestra—el doctor Viñas, abogado eminente a quien Maracaibo le rendía respeto, continuó:

—Siempre fue para el hijo del montuno primer cliente suyo, la primera taza de café que diariamente salía de su monifate; pero no me la obsequió nunca, sino que me la vendió siempre. Porque Juan Caralampio, como Maracaibo, como el Zulia entero, no regalaba nunca su cariño, pero lo entregaba de buena calidad y a su justo precio y no lo quitaba más de en quien lo hubiera puesto.

Ludmila restituyó a su sitio la fotografía y sonriendo con expresión de inteligencia, dijo:

—Ayer estuve en Tierra Negra, solicitando noticias de mis tías maternas Palmira y Dorila Barroso. ¿Puede usted decirme algo de ellas?

Sonrió del mismo modo el doctor Viñas y en vez de responder a lo que se le preguntaba, repuso:

—Me habéis entendido y te he comprendido. Los orgullos que se fundan en el origen racial o familiar, no son menospreciables; mas, a pesar de tu pesadilla de marcha atrás, nada revela en vos tormentos de complejos de inferioridad, como ahora es de moda decir. ¿Que somos una raza inferior? Convencido. No estuvo en nuestras manos el evitarlo, pero sí lo está el reparto de algún modo. ¡Y adelante con los faroles!

Y en seguida:

—Bien. Como te lo anuncié en mi carta, Demetrio Montiel dejó testamento en el cual te reconoce como hija suya y te constituye su heredera única. Tocante a lo primero, es potestativo de vos aceptarlo o no, y en cuanto a lo segundo, he de repetirte, en mi carácter de albacea testamentario designado por Demetrio, que la herencia, que en un principio se supuso cuantiosa, pues fue mucho el dinero que cayó en las manos de él, por ventas de concesiones petroleras, sobre todo, ha resultado casi una miseria: una

casa en San Rafael de El Moján que no vale gran cosa; tres camiones en la Guajira colombiana, en los que transportaba sus contrabandos desde Río Hocha hasta la frontera, que ya no sirven para nada, según los informes recibidos, y una piragua a motor, *La Arrepentida,* actualmente fondeada frente a El Moján. Además, pero como valores puramente nominales, unas cuantas acreencias en varias manos, que para mí son dinero perdido, por falta de comprobantes, entre otras cosas, que permitan ejecutarlas. Y finalmente, unos títulos de propiedad—muy discusibles, casi indefinibles, mejor dicho—sobre el Gran Encal situado en la Guajira. Títulos obtenidos, muy defectuosamente, con miras a la venta a las compañías petroleras, que hasta ahora no han demostrado ningún interés por tal adquisición. Total: muy poca cosa, positivamente.

Ludmila se había quedado pensativa, acaso sin prestar cabal atención a las palabras del abogado, y éste, al cabo de una corta pausa, agregó:

—Comprendo que la postrera determinación de Demetrio Montiel de reconocerte como hija suya, tenida en Cantaralia Barroso, ha venido a perturbar tu vida, más que a favorecerla. Erais Ludmila Weimar y como tal te habíais creado tu mundo...

—De mentiras consentidas—dijo ella, quitándole la palabra—. Ludmila Weimar no era sino un personaje de ficción, obra de un cariñoso disparate. Remota Montiel, hechura de apetitos sensuales irresponsables es, en cambio, una realidad.

Dijo esto con expresión de amargura y el doctor Viñas dejó transcurrir otra pausa antes de interrogarla:

—¿Queréis decir que estáis dispuesta a aceptar el reconocimiento?

—Sí. ¿De qué me valdría rechazarlo?

Y Viñas, lentamente y mirándola por encima de sus gafas:

—¿Es sinceridad o es despecho lo que te mueve a esa determinación?

Lo miró ella un rato sonriendo en silencio, y luego dijo:

—Esta determinación me la inspiró, realmente, el escarabajo del rascacielo.

—¡A ver, a ver!—repuso Viñas, intrigado.

Rió agradablemente Ludmila Weimar y reclinándose en el alto respaldar del asiento que ocupaba, con la mirada hacia el techo, comenzó a explicar:

—Fue después de la muerte de papá Weimar. Yo había subido a lo alto del *Empire State*, donde él fue aquel gran jefe de que ya le he hablado, para satisfacer una necesidad sentimental de mi espíritu afligido, y cuando estaba en la terraza superior, contemplando el espectáculo imponente de la inmensa ciudad de los rascacielos, advertí que los vigilantes del edificio que por allí estaban, se entretenían en observar un pequeño escarabajo que acababa de aterrizar en aquella altura. Un animalito del monte, una criatura de la tierra silvestre, sobre la hechura más admirable de la ciudad por excelencia. Y de esa reflexión que me hice pasé a esta otra: ¡yo y el escarabajo sobre el *Empire State Building!*

Dirigió la mirada hacia Viñas, interesadamente atento, y concluyó:

—Volví a la contemplación de la ciudad y como en las pantallas cinematográficas, los rascacielos de New York se fundieron y se convirtieron en pencas de cardonal guajireño.

—¡Umjú!—hizo Viñas.

—Pocos días después—añadió ella—recibí la carta de usted. Y aquí le traigo la respuesta, de viva voz: acepto el reconocimiento y la herencia de Demetrio Montiel.

Dicho lo cual se puso de pie, concluyendo:

—Hágame usted el favor de darle la forma legal conveniente a este nuevo cambio de personalidad que ha de efectuarse en mí.

Y se despidió.

Rogelio Viñas la acompañó hasta la puerta y luego volvió a su escritorio y encarándose con el retrato del monifatero, interrogó:

—¿Has entendido, Juan Caralampio? ¿No del todo, verdad?... Pues yo tampoco.

III

LA SEÑORA DE ENFRENTE

Estaba aquel día Ramiro Celis embebido en la lectura de un documento, de cierto interés histórico, que acababa de serle donado al archivo del cual era director, cuando se apoderó totalmente de su atención la presencia algo voluminosa de una señora que se había detenido ante su escritorio, saludándolo e interrogándolo:

—Buenos días, caballero. ¿Qué es lo que tiene que preguntarme?

Alzó la cara, esperó los instantes que se tomaría el mecanismo automático, mas no subitáneo, de la acomodación ocular, para pasar de letra menuda y complicada a señora desconocida, de buen talante, pero con cara de disgusto, escritorio por medio, y luego repuso:

—¿Yo? Nada, señora. Absolutamente nada.

Pero ella hizo un gesto de maliciosa sagacidad, al replicarle:

—Déjese de cosas, Ramiro Celis. En la cara se le ve el deseo de que lo saquen de alguna duda.

—¿A mí? ¿Está usted segura, señora?

Y ella, tomando asiento frente al archivero, escritorio por medio:

—¡Claro, hijo! Nadie sabe cuándo el pez bebe agua, pero bebe.

—Así parece—admitió Ramiro Celis, sonriendo—. Pero aunque en este caso el pez sea yo, no teniendo el gusto de conocerla...

—¡Por Dios, Ramiro Celis! Yo soy la señora de enfrente.

—¿Enfrente de qué, señora?

—De su casa de usted. Obispo Lazo...

—¡Ah, sí! Ya recuerdo haberla visto entrar y salir de la suya.

Era una sexagenaria de fisonomía distinguida y buen vestir, todo de negro, con andaluza sobre los blancos cabellos y prendedor de oro viejo al pecho, continente de un pequeño retrato de varón bigotudo y corbatudo que acaso fuere o hubiese sido su marido.

Traía en las manos y ya estaba poniéndolos sobre el escritorio, un bolso grande de piel, barrigudo de cosas, un libro de oraciones y un rosario de cuentas gordas, negro también todo ello, mientras sonreía como saboreando lo que ya tuviese pensado agregar, cuando se le acercó a Ramiro Celis uno de los empleados de su dependencia, y poniéndole por delante de los ojos, sin dejarlo de su mano, un fajo de viejos papeles, de aquellos de desteñidas manuscrituras que allí se guardaban, pero encima del cual había un trozo de nuevo y escrito a lápiz, díjole, previa una rápida guiñada de ojos:

—Fíjese. ¿Sería este legajo el que usted buscaba?

Y lo escrito a lápiz, con letra del empleado, inconfundible para Celis, decía:

"Lastenia Cortasano. Contracción y aliteración, o algo por el estilo, de: las tiene que cortan por lo sano. Tijeras, quiérese decir, pero piénsese en lengua. Y cuídese de la de esa señora, que no guarda secretos."

—Sí—respondió el director, comprensivo al oficial diligente—. Era ése. Póngalo en su sitio.

Y luego, a la Cortasano:

—Bien, señora. Yo estaba algo ocupado, como ya usted lo advertiría...

—Sí—atajó ella—. Estaba usted lo que se llama engolfado en la lectura de un documento muy interesante. ¿Verdad?

—Pues...

—No me lo niegue. Un documento interesantísimo que trata de... ¡Dígamelo, Celis, no le dé pena! Si somos vecinos.

—Voy a complacerla, señora. Se trata de si fue a la laguna de Sinamaica y no al lago hoy llamado de Maracaibo, a lo que le pusieron el nombre de San Bartolomé los descubridores.

—¡No lo dije!—exclamó ella—. ¡Interesantísimo! Y muy conveniente que se ponga eso en claro cuanto antes, para la debida seguridad de la navegación. Porque, ¿quién va a fiarle su vida a un lago que anda por ahí con nombre falso? Es decir: que no le pertenece verdaderamente.

—Señora—comenzó a decir Ramiro Celis, muy cortésmente—. Hace usted una deliciosa burla de mi oficio de archivero.

—¡Jum! ¿Archivero? ¡Estos Celis y lo que estudian! Y a propósito. Son muchas las personas de Maracaibo que andan preguntándose siempre: —"¿Cómo es posible que un hombre de las condiciones de Ramiro Celis no sirva sino para guardar papelotes?"—. A lo que yo respondo siempre: —¡Niña! Déjalo tranquilo. Será que le gusta averiguar vidas ajenas... Pasadas, por supuesto.

—¿Y usted, señora, prefiere las contemporáneas, verdad?

—¡Muchísimo! ¡Una barbaridad! Se lo confieso, Celis. A mí no me gusta que nadie me meta gato por liebre, de modo que cuídese de mi lengua. ¿No se lo han advertido nunca? ¡Ja, ja, ja! ¡Estos Celis! Ya sé que usted no me lo cree, porque si hay en Maracaibo alguien que sea un perfecto caballero, es mi vecino de enfrente.

—Gracias, señora. Es usted muy amable.

—Justicia, Celis. Justicia que ando haciéndole a usted por todo Maracaibo. Pues no es posible que se tire a la calle la buena reputación de un caballero, porque una señorita—de buena presencia, es la verdad—la haya dado por metérsele en su casa de soltero sin familia... Ayer, pongamos por día, entre diez y once de la mañana, estando la vieja sirvienta de usted, que es su única compañía, fuera de la casa...

—Señora—repuso Ramiro de Celis—. Veo que no se le escapa a usted nada de lo que ocurre en mi casa; pero preferiría que hablásemos de otra cosa, ya que no me ha sido posible lograr que no hablásemos nada.

—¿Por ejemplo? No, no se moleste en decírmelo. ¡Si se le está saliendo por los poros de la piel! ¿De Ludmila Weimar, verdad? Que dicho sea de paso, ni es Ludmila, ni es Weimar.

—Ni a mí me interesa averiguar nada relativo a la historia de esa señorita—replicó Celis, ya perdiendo la paciencia.

Pero la Cortasano, como si tal cosa:

—¡Intachable, Celis! Créamelo a mí.

Y mientras Celis hacía esfuerzos visibles por contenerse:

—Porque, ¿qué culpa puede tener ella de que un matrimonio como los Weimar, que eran, indudablemente, deschavetados los dos, la hubieran adoptado como hija suya? Y no lo digo por nada, sino porque a leguas se le ve a ella que esos nombres alemanes son postizos, pues se le sale el guajiro a chorros por todas partes. Digo. Por todas las facciones. ¡Los pobres Alejandro y Selmira! ¡En fin! En paz descansen. ¿No sabía usted que murieron ya?

—No, señora. Ni me interesaba saberlo.

—Sí. Hace poco. ¡En Nueva York!

Y dijo esto último como si estuviera afirmando que habían muerto en algún lugar de muy mala reputación.

—Allá se educó... Ludmila. Que por cierto esa palabra suena como algo lejano, remoto. ¡Ah! Pero ¿usted no sabía que Remota era el nombre de ella? Un nombre bastante feo, extraño por lo menos, ¿verdad? Uno de esos nombres que tanto les gustan a las guajiras. ¡Ah! Pero ¿no sabía usted que esa elegante señorita que se la echa de norteamericana, no es sino hija de una india guajira?

—Señora Cortasano—díjole Ramiro—. Creo que ya es bastante. Su humorismo es encantador, pero a mí no se me está pagando sueldo aquí para archivar expedientes como el que usted trae entre manos, si las muestras no me engañan.

—Pero si es éste un lugar decente y discreto—repuso ella, con un cinismo indudablemente distinguido—. Un lugar donde bien puede contarse la historia inmaculada de una señorita, de quien no hay derecho a abrigar malas sospechas, por el simple hecho de que se haya educado en Nueva York. Por más que Nueva York es una ciudad donde todo el mundo hace lo que le pide el cuerpo y tal como se lo pida. Valga lo que he oído decir.

Sacó del bolso un pañuelito de soles de Maracaibo y mientras se tocaba con él los labios, fingiendo enjugárselos, prosiguió su tarea:

—Allá murió la pobre Selmira, de una pulmonía parece, y tres meses después, hace unos cuatro, Alejandro. Seguramente de alguna de esas enfermedades de que al fin y al cabo mueren todos ustedes, los hombres. Mejorando lo presente, por supuesto. Como el mismo Demetrio Montiel, padre de la falsa Ludmila, que en paz descanse. ¡Ah! Pero ¿ignoraba usted que Demetrio Montiel se suicidó hace unos veinte días? ¡Sí, hijo, sí! Y no quiera usted saber lo que dicen las malas lenguas a propósito de ese suicidio. Que si, aun siendo su padre, estuvo siempre perdidamente enamorado de ella.

—Basta, señora—díjole Celis, enérgicamente.

Pero la implacable señora de enfrente continuó sin inmutarse:

—La hija, a la voz de la herencia, se ha dejado de tonterías y se ha venido a reclamarla. Que parece cuantiosa, Celis. ¡Coma avispa!

Se había puesto de pie y ya con todo lo recogido del escritorio en las manos y bajo uno de los brazos:

—¡En fin! He pasado un rato muy agradable, vecino. Y ya sabe: la señora de enfrente es amiga de usted. Quede con Dios. Y con el embrollo del lago, que si se llama o no se llama como lo llaman. ¡Je, je, je! ¡Estos archiveros! ¡Las mañas que se dan para justificar el sueldo que les pagan, habiendo tanta hambre en Maracaibo!

Dijo esto marchándose ya, pero al pasar cerca del oficial de la advertencia a su director, que estaba morado de los esfuerzos que hacía por contener la risa, le soltó, a su vez, ésta, que no era de echar en saco roto:

—Que otra vez no se le ocurra, jovencito, escribir cositas en papelitos, porque yo conozco historias.

Y el oficial se puso pálido.

MARCO AURELIO PERIPATÉTICO

Horas después y todavía con el mal regusto que le habían dejado las maledicencias de su vecina de enfrente, estaba Ramiro Celis a su mesa de dueño solitario de vieja casona, cuando resonó a sus espaldas un vozarrón:

—Heme aquí.

Marco Aurelio Peripatético. No porque realmente se apellidara así, sino por el sobrenombre que él mismo se había puesto, entre otros motivos, por aplicarse tanto a filósofo como a personaje extravagante, condiciones que se realizaban en él, aunque sólo en cierto modo la primera. Vestía de ajeno, raído y mugriento, que le venía largo y holgado, apestaba a licor y declamaba al hablar.

Era un caso dramático de talento perdido dentro de un fárrago de conocimientos superficiales y heterogéneos, de inteligencia disparatada y tirada a los estricotes de la bohemia, entre los rebullicios de plebe y hampa de los alrededores del Mercado del Lago y de Boburito, donde en torno a él se formaban corrillos de ingenuos admiradores de su sabiduría y de su elocuencia. Pero entre sus turbios días de excitación estrafalaria y aguardentosa, tenía sus serenas noches de condescendencia con la austeridad y la erudición discreta de unos señores maduros y graves que, como aquellos que antes hacían diaria tertulia en el escaño de los viejos de la antigua Plaza de Bolívar, ahora solían mantenerla en la de Urdaneta y entre los cuales hacía el benjamín Ramiro Celis.

Allí se le oía con tolerancia de lo enfático y con gusto de lo bien sabido y bien pensado que llevaba dentro de su fárrago intelectual, que no era realmente poco, y del placer de oírlo, conjuntamente con la pena de que así estuviera malográndose un talento efectivo, provenía la amistad que le dispensaba Ramiro Celis.

—¿Es cierto que vos me habéis mandado recado urgente de que deseabais verme?—interrogó.

—Sí—respondió Celis—. Mas sólo para cumplir un encargo que se me ha confiado. Ayer...

Pero Marco Aurelio le quitó la palabra y plantándosele por delante:

—¿A qué viene esa advertencia limitativa de la calidad y cantidad del deseo de verme que hayáis tenido vos? Bien sabéis que soy incapaz de pisar este suelo vulgar de casa de archivero, en estado de divina embriaguez. Pero he recibido un recado y como no tengo la incorrecta costumbre de desatender llamamientos de amigos, aquí me tenéis tal como me hallaba cuando ese recado se me transmitió.

—Bien, hombre—repúsole Ramiro Celis, desabridamen-

te—. Quien desea verte es una señorita llamada Ludmila Weimar.

—¡Cómo!—exclamó el peripatético—. ¿Ludmila Weimar? ¿Y vos por qué y de qué la conocéis?

—Estuvo ayer aquí y me manifestó el deseo que acabo de transmitirte. Alójase en el Hotel Bella Vista.

Rió Marco Aurelio, mientras iba y venía por el corredor, peripatéticamente, y luego dijo:

—¡Ludmila Weimar! Vos vivís en babia, Ramiro Celis, que no en Maracaibo. Pues sólo así se explica el que me hayáis transmitido esa encomienda. ¡Ludmila Weimar! Pero ¿no sabéis quién es, ni cómo realmente se llama esa peregrina persona?

—Me limito a decirte que desea verte.

Ya Marco Aurelio no reía, entregado a sus peripatéticas idas y venidas por el comedor y Ramiro Celis le vio lágrimas en los ojos cuando le oyó murmurar estos versos del Dante:

Questi, che mai da me non fia diviso,
La bocca mi bació tutto tremantes.

Lo miró de hito en hito Ramiro Celis; él se le acercó y apoyándole sus temblorosas manos sobre los hombros, cuajados de lágrimas sus ojos y con la voz quebrándosele ya en sollozos:

—¡No! No es lo que te habéis imaginado—díjole—. No hemos sido ella y yo Francesca y Paolo. Pero como se repitió la dantesca historia, con ligeras variantes, para darle origen a la mía:

Faró come colui che piange e dice.

María de los Misterios Gozosos, que así se llamó mi madre, estropeó su corazón, entregándoselo a Demetrio Montiel y luego le hizo expiar su culpa al fruto de sus entrañas plegándose a remiendos de la honra de la familia.

—Te agradecería, Marco Aurelio, que no insistieras en contarme esa historia—díjole Ramiro Celis.

—¿Preferís leerla dentro de cien o doscientos años, manuscrita en un papelote taraceado, verdad? Pues no. Vais a oírla de mi propia boca.

—¡Marco Aurelio!...

—¡Sí! Tengo el derecho de exigirte que me la oigáis. Sólo vos, quizás, la ignora en Maracaibo. Pero no podéis permitirte ya el lujo de menospreciarla, porque me está sangrando el corazón en esta confidencia. Yo soy hermano de esa Ludmila Weimar.

Guardó silencio un rato paseándose de aquí para allá, sin que Ramiro Celis pronunciase palabra, y luego, plantándosele otra vez por delante:

—Yo fui engendrado por Demetrio Montiel, alevosamente, en la novia de su hermano Remigio. El abandonó en seguida Maracaibo—no por cobarde, es la verdad—y de paso por la Guajira, en el vientre de una india y con la misma irresponsabilidad, engendró a la que hoy se llama Ludmila Weimar. Yo salí del vientre irresponsable también, al encubrimiento de una casa de expósitos...

Hizo una pausa para dominar los sollozos que ya se le escapaban y luego prosiguió, sin vozarrón, dolorosamente:

—¿Te explicáis ahora, Ramiro Celis, por qué me he apellidado Peripatético y por qué me emborracho, con el hampa de Boburito, entre la plebe del Mercado del Lago? ¿Entendéis ahora, vos que ya me habéis manifestado esa amistosa preocupación, por qué se está perdiendo en mí algún talento?... ¡No! No me respondáis ahora. Si no me equivoco, vos también estáis ya junto conmigo, dentro del mismo puño. ¡Ludmila Weimar!

Y se marchó.

EL EXTRAÑO CASO

Aquel día Marco Aurelio Peripatético bebió sin tregua hasta las seis de la tarde. Atento hacía rato al reloj de la cantina, cuando éste marcó aquella hora, alzó la copa que ya se había hecho servir, como para llevársela a la boca, pero la derramó en el suelo, exclamando:

—¡Ha muerto el hijo del hombre que dilapidó su vida! ¡Acaba de nacer el hijo de su propio y mejor sentimiento!

Hecho y dicho lo cual, se retiró a dormir su última y tempestuosa borrachera, en el suelo de uno de los depósitos de maderas que por allí había a las orillas del lago y era su dormitorio habitual.

Ahora, recién despierto, estaba despidiéndose de aquel espacio de tierra donde reposó durante varios años su atormentada bohemia—originada de la desproporción con que se le producían los sentimientos de sí mismo: el de inferioridad, por su condición de expósito, junto al de excelencia, por su capacidad realmente extraordinaria de almacenar conocimientos—y lo hacía con estas palabras:

—Ya no volverás a soportar la inmunda carga maloliente de mi suciedad y mi embriaguez; ya podrás almacenar todos los días, rincón oloroso a cedros de Perijá. Marco Aurelio Peripatético se despide de ti, porque le ha llegado una hermana y va a hacerse digno de ella.

Y abandonó el habitual dormitorio para ir a despedirse de las otras cosas amigas.

Entre el barullo del Mercado del Lago que se derramaba por las calles circundantes, *Centella* sobre un camión descargando quesos de Perijá, y *Cartucho* al borde de la acera, presumiendo su estreno de pantalón de lanilla blanco y camisa de seda azul de contrabandos, sostenían aquella mañana este diálogo:

—¿De dónde sois vos, que tan bonito estáis?

—De la prolongación de la Calle Derecha. ¡Nada menos!

—¡Oíd a ése cómo llama a la del Tránsito! Saladillero sois vos, de la vueltica de Los Biombos, si no de La Mala Ley. Que de un momento a otro te puede caer encima, por revendedor de contrabandos.

—¡Pelá el ojo, pues! Que quien dice saladillero, ya dijo: hasta ahí llegaron los hombres. Porque de ahí palante a nadie lo deja pasar la Chinca de la Basílica. Y con ella no te metáis, porque...

—¡Ya me mentáis a La Chinca! ¿No le habréis vos hecho alguna promesa que tengáis que cumplirle el día de su fiesta, haciendo como si huyeras de algún hombre? ¡Mirá que yo soy también de ese barrio famoso!

—Hacé la prueba, pues, si queréis que con vos me ensaye desde ahora, a ver quién es el que huye y quién el que persigue. Al mercado se viene a buscar a Dios, pero también se puede encontrar otra cosa.

—¿La puñalá del malecón, la otra noche, que toavía y que no se sabe quién la dió?

—O a la de la Calle de la Marina, trasantier no más. Una de tantas donde ha trabajado el *Lengüejoso,* sin que lo haigan decomisado todavía.

—¡Tais fresco, primo hermano! Mirá que ese muerto te queda grande y si no te conociera bien la Policía, ya estaría echándote la mano. Voy a hacer mi artoviento bien alto pa despencame de arriba.

—Mirá que *Cartucho* vive abajo y no lo asustan paracaidistas.

—*Centella* dirá hasta cuándo se pueden comprar camisas de seda sin tener oficio patentado.

Eran los juegos de la hombretonería jactanciosa y la esgrima de la frase aguda y pintoresca, el espectáculo que más le agradaba a Marco Aurelio Peripatético en el diario e íntimo contacto con el alma popular; pero esta vez no se complació en el diálogo fanfarrón y abriéndose paso por

entre el corrillo que se había congregado a celebrar los dichos y las réplicas, increpó al *Centella* y al *Cartucho* con vibrante expresión colérica:

—¿Hasta cuándo vais a estar despilfarrando el don de los dioses, mentecato descargador de camiones queseros y majadero exhibicionista de galas de hoy para pringues de mañana? A reñir de veras, si algún resentimiento tenéis y así le estáis dando placer solitario y mendaz. O a callar de una vez, que no se ha hecho la palabra para tirarla por los suelos en los mercados.

A lo que replicó el *Centella*, inmediatamente:

—Pero ¿qué estáis haciendo vos, Marco Aurelio, sino llenando de ellas el suelo?

Mas fue tan sinceramente iracunda la mirada que le dirigió el Peripatético, para retirarse en seguida, pero sin la acostumbrada arrogancia de sus cóleras, que el *Centella* comprendió que no le había hablado en bromas, y mientras lanzaba desde su camión el queso perijanero que otro esperaba en la acera, murmuró:

—¡Va, pues! ¿De dónde será ese roncito? Es bueno saber dónde lo estarán vendiendo, no vaya a ser cosa...

Marco Aurelio atravesó la calle y se internó en el mercado bullicioso, declamando:

—Aquí la fresca legumbre abundante y el jugoso aliño que me alimentaron con buena sazón las hambres.

—¿Tais soñando, Marco Aurelio?—repuso el verdulero ante cuyo puesto había dicho aquello—. ¿Cuándo te llevasteis vos a la boca cosa que fuera de comer?

Pero él se limitó a estrecharle la mano en silencio y continuó su marcha de despedida.

—Aquí la carne generosa, que se dejó inmolar anoche para que hoy se hartase también el Moloch de la ciudad.

—¡Bonitas palabras, Marco Aurelio! Hoy habéis amanecido en temple de pico de oro.

—No hagas caso de mis palabras y atiéndele a tu car-

nicería. He venido a dejarlas por estos suelos, como palabras tontas que siempre han sido, para que los barrenderos se las lleven junto con los otros desperdicios del mercado.

—Aquí está el queso del aperitivo, Marco Aurelio. Acercáte a probar de éste, bueno para abrirle boca al primer trago.

—Sí. Aquí los quesos rezumantes que cuajaron en las materas de Perijá.

—Este es de por los lados de Santa Bárbara del Zulia.

—Tierra nuestra siempre. Nada tiene de extraño que buen producto dé.

—Pero ¿no vais a probarlo?

—No. Adiós, Manuel Norberto.

Y por el no aceptarle el queso del diario aperitivo de licor y por el emocionado estrechón de mano, Manuel Norberto se quedó preguntándose:

—¿Qué aguardiente bebería anoche Marco Aurelio?

Y más adelante, tirando por los suelos los restos de palabras engoladas que todavía quedaban, para que fuesen a parar al basurero, con las cáscaras de las frutas que por allí se vendían:

—Y aquí la pintada fruta, como ya es de mal gusto decir. El moreno zapote, el tiernamente sonrosado icaco, el amarillo caujil de la astringente dulzura, el calumniado níspero. Porque la verdad es que quien come de él, nacido de tierra zuliana, de mieles se harta.

—¿Queréis uno, Marco Aurelio?... ¡Va pues! ¿Y pa dónde se irá Marco Aurelio, que anda despidiéndose con apretones de mano y lágrimas en los ojos?

Y en el puesto de conservas de leche, de Guajira y de Quisiro, interviniendo en la indecisión de la compradora entre unas y otras:

—No vaciléis tanto, mujer, que a éstas, por igual, no necesitan hacerlas con azúcar, pues ya la trae el blanco chorro exprimido de la rosada teta.

—¿Y si fueron cabras, Marco Aurelio?

—Di que era negra la teta, pero compra la conserva.

Y ante los puestos del pescado:

—¡Bocachicas, curbinas, doncellas!... ¿Quién buceó los cantos de las fondileras, dond...?

—¿Qué te pasa, Marco Aurelio, que no habéis completado el verso? ¡Va pues! Se ha ido sin decir hasta luego... Algún mal recuerdo repentino.

—Pero ¿no sabéis vos, compañero, que Demetrio Montiel fue buzo en sus tiempos de joven y Marco Aurelio no se transa con nada que le traiga recuerdos de él?

—¿Quién lo mandó, entonces, a mentar fondileras? Por estar haciendo versos se trompezó con el consonante.

Piraguas fondeadas frente al malecón. Respira sin afanes soplos de brisa mañanera el pulmón de la vela oreándose al sol y cabecean suavemente los mástiles trasnochados por el brisote, con el marullo en la borda amenazando la carga.

Pero la trajeron completa y todavía la muestran y la mecen, aunque ya el malecón está completamente cubierto con la que fué desembarcada: maduros y guineos de Santa Bárbara, de Encontrados, de Garcitas, de Ceuta...

—¡Veintiocho por un rial!

—¡Mijito'e mialma! ¡Ni que hubiera habío chubasco anoche!

—Veinte por medio y es suya.

Pero Marco Aurelio guarda ahora silencio y se limita a despedirse de las piraguas contemplándolas solamente.

De pie en su cayuco, manejando la palanca, pasa por entre las piraguas un mozo alegre que, al cruzarse con otro, cayuquero, anciano, que va sentado dándole al canalete a borda y borda reposadamente ante unos cuantos plátanos apilados dentro de su angosta embarcación, se los contempla desdeñoso y grita:

—Dos y pa la playa, como si hubiera escasez.

Y luego rompe a cantar:

Puedo pasar por tu banda,
que ya no me hace llorar,
pues los rebuscos que llevas
no te los pueden comprar.

Y entre los que oyen desde el malecón el canto burlesco, uno dice:

—Va contento porque ya hizo su día; si no iría ofreciendo puñaladas de albañal.

Pero a Marco Aurelio no le ha hecho gracia la copla del cayuquero jactancioso, y se retira del malecón murmurando:

—Rebuscos... ¿No serán también cosas ya despreciadas por todos, los sentimientos del peripatético arrepentido que pienso llevarle a la hermana inesperada?

Sin embargo, horas después llegaba a la casa de Ramiro Celis—donde ya éste se encontraba de regreso de sus archivos—, lavado, afeitado, vestido y calzado de nuevo y a sus medidas y explicando, desde el umbral de la puerta:

—Uno me obsequió el jabón perfumado para que me restregase y me quitase la grasienta mugre de pestíferos sudores de años sin oficio ni beneficio; otro me regaló su trabajo cortándome el pelo y rasurándome la cara; éste, esta ropa que me venía bien; otro más, estos zapatos que parecen traer ya la mala disposición de formarme callos. Vengo de estrenar mi hombre nuevo desde el mercado hasta aquí, pero como no estoy seguro todavía de que sea realmente viable, vengo a que me permitas experimentarlo en tu casa, en tu buena compañía, antes de ofrecérselo a mi hermana.

Y al pronunciar la última palabra ya le temblaban los labios y tenía los ojos llenos de lágrimas.

Ramiro Celis se puso de pie y conmovidamente le dijo:

—Adelante, Marco Aurelio.

IV

AQUEL ROSELIANO FIGUERAS

Hardman la había invitado a conocer la zona petrolera.

—Para asentar sobre la tierra misma—habíale dicho—una agradable conversación que hemos dejado en el aire.

E intencionadamente, en seguida:

—Mientras yo le muestro a usted un país mío que está pasándose una bonita temporada en el país de usted.

—¿Una temporada solamente?—habíale objetado ella.

Y Hardman había concluído:

—Yo espero que sí. Pero será una temporada larga todavía hacer un bonito paseo hasta Lagunillas, por lo menos.

Ya comenzaba a recorrer la zona—guiando Hardman su automóvil y ella junto a él—por la carretera petrolizada que iba bordeando el lago sembrado de torres de acero, donde antes apenas cabecearían de cuando en cuando los mástiles de alguna piragua anclada cerca de los cocales de la ribera. Y ya se abandonaba ella al influjo optimista de aquel poderoso esfuerzo industrial que estaba desarrollándose sobre una tierra cuyo porvenir próspero tenía que interesarle, cuando, antes de llegar a Cabimas, Hardman detuvo el auto a la puerta de una casita humilde.

—Yo quiero que usted conozca a una de las víctimas del petróleo—díjole—. Un hombre que recibió un golpe de fortuna, no muy grande tampoco, en su cabeza de pensar pequeñas ideas de campesino y todavía no ha vuelto de su aturdimiento. ¿Quiere?

—Vamos—respondió ella.

Y entraron en la casa.

La salita paupérrima ya demostraba que del golpe de fortuna nada quedaba en aquella vivienda y si no aturdido,

propiamente, sí parecía alelado el dueño de ella que salió a recibirlos, bastante entrado en años, humilde y de una condición bondadosa que se le descubría al primer golpe de vista.

—La señorita Ludmila Weimar, don Roseliano—díjole Hardman, haciendo la presentación.

—Roseliano Figueras—agregó él, tendiéndole la diestra, después de habérsela frotado en la ropa para limpiársela, aunque no la trajese sucia—. Para servirle, señorita. Tenga la bondá de sentalse y perdone lo malo del asiento que puedo ofrecele.

Y luego, volviéndose hacia Hardman, como a persona de su respeto y de sus simpatías:

—¿Y usté, místel Járman, cuándo regresó de su tierra?

—Hace tres días, don Roseliano.

—¿Dejó bien de salú a todos los suyos?

—Sí. Bastante bien dejé a todos mis paisanos, con la fiesta de la guerra.

Pero Roseliano no entendió el humorismo con que le respondía que no tenía parientes en su país y concluyó:

—Vaya, pues. Me alegro mucho.

Sentáronse y Hardman procedió a plantear la conversación conforme al propósito de aquella visita:

—Este hombre, señorita Weimar, fue uno de los que podían llamarse ricos en esta región, cuando todavía no se había encontrado el petróleo.

—¡Je, je, je!—hizo el aludido, abriendo en risa triste y bonachona la boca desdentada—. Sin sel rico, propiamente, acomodado en vida tranquila sí lo era. Sí, señorita. Tan y mientras que hoy, si todavía no hay en la casa hambre, lo que se llama hambre, empleando bien las palabras, sí está pasándose en ella unos días, que ya van pa muchos, una parienta cercana suya que se le parece bastante. ¡Je, je, je!

—Cuéntele a la señorita cómo sucedió la cosa—insistió Harman, en la prosecución de su determinado propósito.

—¿La cosa? Pues éramos algunos que teníamos nuestras tierritas, sin justos títulos, valga el decir, pero por ocupación inen... ininterrumpida, en buena paz todos y cultivándolas en comunidá, conforme a una vieja costumbre de por estos laos.

Hablaba lenta y trabajosamente, sobándose las manos para entretenimiento de su timidez y así prosiguió, al cabo de una pausa, sin duda ocupada por evocaciones íntimas de aquellos tiempos buenos:

—Entonces contábamos en pesos, los que algo teníamos que contal, pues naiden conocía por aquí a musiú dóllar. ¡Je, je, je! Mejorando lo presente.

—¡Este don Roseliano!—intervino Hardman, dándole palmadas en la espalda—. No pierde oportunidad de tirarle sus puyitas a musiú dóllar, que le quitó sus pesos.

—No jué tanto él, como nosotros mismos, que perdimos la cabeza—la verdá sea dicha—y nos volvimos locos y malucos todos. Como el propio compae Demetrio Montiel, que en paz descanse, que con todo lo desprendido que era con el dinero, y habiendo sido yo siempre buen amigo suyo, además de compadre de sacramento, por un hijito que me bautizó, vino e echarme tierra en los ojos, como vulgarmente se dice, pa que le vendiera un cocal que era mi principal fuente de entradas y con el cual, de mano en mano, de las mías a las de una compañía petrolera, y que se llevó un lienzo de ganancia.

Con repentina comprensión del objeto que había perseguido Hardman al proponerle aquella visita, Ludmila se volvió a mirarlo, pero no descubrió en aquel rostro de facciones recias nada que dejase traslucir complacencia de propósito logrado.

Y mientras tanto, Roseliano Figueras proseguía:

—¡Je, je, je! ¡Ah hombre avispado aquel compae De-

metrio Montiel! A ése naiden le echaba tierra por más que apretara la chancleta.

Hizo Ludmila un gesto de incomprensión de la metáfora empleada por el viejo campesino, y Hardman, que no perdía de vista, aunque disimuladamente, las reacciones que a ella le produjeran las palabras de Figueras, acudió:

—Es una expresión usual entre choferes. Apretar la chancleta es accionar al acelerador, para dejar atrás a quien vaya por delante de uno y hacerlo tragar el polvo que uno levante del camino. Ya don Roseliano no usa expresiones campesinas.

Sonrió el viejo y continuó, sobándose las manos:

—¡Musiú camión! Ese jué quien me arruinó a mí, viéndolo bien. Vendí otras tierritas, que me las pagaron mejor los mismos petroleros, la verdá sea dicha, y como ya me tenía ilusionao la pasadera de camiones por aquí y la conversadera de la gente sobre el dineral que y que se ganaba con los fletes, me compré dos camiones, por mengua de uno, y venga allí mismo la reventadera de cauchos y tripas y que si el motor fallaba y que si la dirección se había dío—¡qué sé yo pa dónde!—y los repuestos caros y lo que se cogían los chofeles y lo que se me diba de las propias manos sin dalme cuenta, con la fiebre del vayivenga, que pa eso y que se habían hechos los riales, que y que crecían corriendo. ¡Pero no juí yo solamente! La cabeza, que se nos había alcidentado a todos, sin que se encontraran repuestos pa esa máquina. Musiú camión nos dejó en la lona como dicen los chofeles. ¡Je, je, je! En una palabra: que se nos jué la dirección y nos desbarrancamos por el voladero del entusiasmo. Ante usté a mirar lo que hay ahora en el fondo de ese barranco. Mucha torre bonita—¡sí, señor!—pero ajenas todas. Dicho sea con el perdón de místel Járman.

Y Roseliano Figueras, que ya no usaba expresiones

campesinas, selló su relato sonriendo plácidamente, como si nada dramático le hubiese ocurrido.

EL VIOLENTO CONTRASTE

Ya continuaban el paseo, y Ludmila preguntó:

—¿Está satisfecho, señor Hardman, del propósito que perseguía con esa visita a una de las víctimas de mi padre?

Y Hardman, sin desviar la vista del camino por donde rectamente debía avanzar:

—Sí. Yo estoy satisfecho. No olvide usted que mi primera ocupación mecánica fue la de revisor de frenos.

A lo que Ludmila, sonriendo:

—¿Insistirá usted en creer que hay un tren detenido en su estación?

—Sí, lo creo.

—¿De veras? ¿Ejercicios de imposición de voluntad?

—No. Cumplimiento de un deber conmigo mismo. En todo caso, si no hay sitio para mí en ese tren, yo me quedo tranquilo en mi estación, porque sé que sus frenos están funcionando correctamente y por lo tanto no puse mi confianza en una impresión de los ojos solamente.

—Gracias, señor Hardman. Tiene usted una manera muy personal de ser galante.

—Perfectamente mecánica—concluyó él.

Y rieron ambos.

—Pero yo tenía también un propósito de otra naturaleza al invitarla a usted a este paseo—agregó luego Hardman—. Recuerde que le dije que era para que conociera un país mío que está pasándose una temporada en el de usted. Vea. Esto es ya Cabimas.

Puestos de expendio de gasolina de las compañías extranjeras y una pintoresca profusión de cartelones de propaganda en inglés de productos de la industria norteamericana fue lo que saltó al encuentro de la vista de Ludmila,

al entrar en aquella población, en cuyas calles había muchos automóviles y pululaba gentío bullanguero.

—¿De dónde proviene la denominación de este pueblo?

—Cabima llámase un árbol de este país que abundaba mucho en esta región. Da un aceite de propiedades medicinales. Una palabra aborigen, según entiendo.

—¡Por Dios!—exclamó ella riendo—. ¡Si la conocía! Y, sin embargo, pensé que fuera una palabra importada también de Estados Unidos.

Hardman sonrió un momento en silencio y luego:

—¿Se va dando cuenta ya de que el temporadista no ha entrado echando abajo las puertas?

Lo miró ella inquisitivamente y concluyó diciéndole:

—No estoy predispuesta a lo contrario. Pero le confieso que en un momento me pareció que estuviéramos entrando en alguna pequeña ciudad de su país.

—¿Olvidaba también que acabamos de estar en la casa de Roseliano Figueras, que no tiene agua de acueducto, ni dispone de cloacas públicas y dentro de ella las moscas durante el día y los mosquitos que propagan el paludismo, por la noche, son dueños de todo su aire?

Ella guardó silencio unos momentos y luego, con acento de amargura:

—No ha habido realmente necesidad de que el temporadista echara abajo las puertas, porque todos nos apresuramos a abrírselas. Mi padre, entre otros, contribuyó a que las encontrara de par en par, prestándose de intermediario para concesiones ventajosas solamente para el petrolero.

—Me gustan esas palabras en la boca de usted—dijo Hardman—. Ya le he manifestado otra vez ese sentimiento mío, pero yo quiero referirme a dos de esas palabras solamente. "Mi padre", ha dicho usted refiriéndose sin duda a Demetrio Montiel, a quien yo conocí, sin poder estimarlo,

es la verdad. Pero yo admiro a toda persona que no quiere vivir sino dentro de su verdad.

Estas palabras de Hardman le daban un sesgo inesperado a la conversación y Ludmila se reconcentró en sus pensamientos antes de decir:

—Conoce usted mi historia. Ya lo veo.

—Sí, señorita. Me la han contado. Sin que yo estuviera averiguándolo, por cierto.

Y guardaron silencio. Hardman reconcentrado en el manejo del auto. Ludmila aplicando ahincadamente su atención a las cosas exteriores ante las cuales pasaban.

Cabimas, sin confusión posible con nada que perteneciese a país realmente próspero, animación de pueblo minero que corría al azar de la circulación del jornal, pero sin muestras del progreso efectivo que debería corresponder de algún modo a la riqueza del suelo donde se asentaba, porque era riqueza ajena, ciertamente... Las Morochas, el pueblecito venezolano que no había logrado superar su pobreza, toda resignación la paz que dentro de sus casas podría reinar... Lagunilla, el albergue de todas las miserias propias frente al emporio de la prosperidad ajena.

Dos o tres calles de casas de comercio que hacían buenos negocios por gracia de la prodigalidad del jornal minero y en el resto de la población asentada donde antes fueron ciénagas el apretujamiento de la vieja sordidez en experiencia nueva: la zahurda de vecindad, el albergue construído de prisa para la avalancha aventurera y que aún se mantenía en pie como para irremediable infortunio. La promiscuidad del trabajo y el vicio, el codo a codo de la prostitución y la miseria; las pocilgas del mercado y del matadero público, como si no hubieran sido torrentes de abundancia para el Estado los que habían manado de aquella tierra ni sobre ella se esforzara y sufriese carne de la Patria.

Y los dramáticos restos de Lagunillas de Agua: las

puntas carbonizadas de los pilotes que sostuvieron el pueblo lacustre, al ras del lago, hasta donde llegó el incendio.

—Dos horas bastaron para que de una población entera sólo quedaran esos pequeños vestigios—dijo Hardman.

Regresaron. Y otra vez los ojos de Ludmila Weimar, doloridos del espectáculo lamentable y vergonzoso, al posarse sobre las miserias propias, se abandonaron involuntariamente al descanso que les brindaba el de la magnífica fortuna ajena del petróleo. El agua y la tierra erizadas de torres que se habían alzado para la perforación del subsuelo y bajo las cuales manaba sin descanso incalculable riqueza. Las floridas parcelas de los altos empleados de las compañías, extranjeros todos; las ordenadas oficinas laboriosas; los verdes prados para el juego del *golf* y las canchas de tenis donde se complaciese también la afición al deporte, después del trabajo sedentario ante el escritorio o el piano...

Los pozos trabajaban sin descanso a la presión de los gases encerrados en ellos, las bombas exprimían los anticlinales empobrecidos o mezquinos, los oleoductos conducían el milagroso torrente desde las fuentes generosas hasta los depósitos insaciables, porque más allá estaban los tanqueros con el reclamo exigente de las refinerías de Curazao y Aruba, no obstante los riesgos de submarinos alemanes que merodeasen por el trayecto, y el taladro continuaba perforando el subsuelo, porque la guerra desatada sobre el mundo necesitaba el espíritu del aceite magnífico y tremendo.

Ludmila contempla el soberbio espectáculo de las torres erguidas y con esto y sus impresiones de hacía poco, ante la indiada de Tierra Negra y las que ahora ha recogido al paso por los pueblos, formula esta conclusión:

—La estupenda suerte ajena junto al descuidado infortunio propio, sobre la misma tierra.

Hardman mueve la cabeza complacidamente y luego dice:

—La guerra necesita del petróleo, y el subsuelo venezolano nos está ayudando a ganarla. Es una fatalidad económica, pero que debe cumplirse junto con una hermosa afirmación de humanidad. Usted ha hecho la que le correspondía al formularse esa reflexión dolorosa, que debe ser un sentimiento de su tierra. A mí me ha gustado oírsela y quiero decirle, con todo mi corazón: ¡Bien, Ludmila!

Pero ella replicó:

—Remota. Remota Montiel.

—¡Oh!—exclamó Hardman, con ancha sonrisa entre sus facciones que hacían pensar en hierro majado—. ¡Mejor todavía!

Y le asentó el pie, a todo dar, al acelerador de la máquina.

CONVERSACIONES A FONDO

Ahora Hardman decía:

—Yo respeto el sentimiento que cada tierra pone en el corazón de su gente. Yo pongo también sobre el mío ese sentimiento cuando gano mi vida sobre esa tierra. Quiero también que venga pronto sobre el mundo el día de las fronteras borradas, pero no creo que pueda ser buen ciudadano de la tierra entera quien no sabe serlo hoy del pedazo de ella que es su país. Tal vez usted piense que yo estoy diciendo con mucha pedantería una cosa fácil, que no explica nada, propiamente; pero es que yo tengo dentro de mi cabeza una idea simple de los problemas humanos, porque llevo dentro de mi corazón un sentimiento sencillo de la vida: buena voluntad.

Y con énfasis:

—¡Buena voluntad! Eso bastaría.

—Pero es necesario—repuso ella—que las bonitas pa-

labras que están poniéndole música de serafines a la guerra actual, por parte de ustedes, se conviertan en realidades perdurables.

El automóvil había dejado la carretera petrolizada y ahora recorría un tramo sin pavimento, de tierra roja recién cortada, pero ancho y recto, que se internaba por una región de bosques silvestres en su mayor parte. Y Hardman explicó:

—Yo he dicho a usted que he sido perforador de pozos petroleros. Yo he contribuído en esta tierra a eso que usted ha llamado hace poco la estupenda suerte ajena. Por esta zona se está perforando actualmente y creo que a usted podrá interesarle ver ese momento del proceso de explotación del petróleo. ¿Verdad?

—¡Claro que sí!—repuso ella. Y luego, intencionadamente: —Tengo entendido que es un trabajo recio, donde se gana un buen jornal; pero jornal siempre.

—Gracias—dijo Hardman—. Usted ha querido decirme ahora que no ha sido mía, propiamente, esa estupenda suerte ajena.

—¿Pudo usted creer, siquiera un momento, que al decir así me refiriera a usted?

—No. Pero yo quiero que usted vea cómo se gana su vida un buen perforador de pozos. Es un aspecto del problema humano que hay en esta cosa de la explotación del petróleo. Yo soy siempre muy inclinado a prestar una atención especial al aspecto humano de todo acontecimiento. Para usted, además, será muy interesante este conocimiento que va a hacer dentro de un momento.

—Supongo que no irá usted a ponerse a perforar un pozo, del principio al fin, dejándome a mí dentro del automóvil—dijo ella jovialmente—. Tengo entendido que es cosa de algunos días.

—No—repuso Hardman, riendo—. Es un buen descu-

brimiento nada más, que usted va a hacer. Yo estoy seguro de eso.

—¿Algo semejante a lo de don Roseliano Figueras? —inquirió ella.

Hardman se volvió a mirarla y luego díjole:

—Usted tiene una imaginación demasiado despierta. Yo creo que es porque está toda usted delante de sí misma en estos momentos. Pero es una cosa completamente diferente. ¿Quiere descubrirlo todo usted sola? ¿No le parece más interesante? Yo le confieso que a mí me agradaba más perforar pozos antes que ahora. Uno nunca estaba seguro de que realmente fuera a salir petróleo y mientras el taladro hacía su trabajo, uno estaba preguntándose: —¿Saldrá? ¿No saldrá?—. Un porcentaje grande de aventura, en la cual se ha perdido mucho dinero. Mientras que ahora el sismógrafo da, por el contrario, un porcentaje grande de seguridad y cuando el geólogo dice: por aquí pasa un anticlinal que debe tener petróleo, el *driller* hunde su taladro confiado en que va a encontrarlo. ¿Conoce usted la teoría del sismógrafo?

Ella movió negativamente la cabeza, sonriendo, porque había comprendido que Hardman quería engolfarse en una conversación que la distrajera de la curiosidad que le hubiesen despertado sus palabras anteriores, y él, sonriendo a su vez:

—¿Quiere que se la explique? No, ¿verdad? Pero eso sí va a ser difícil que usted lo descubra por sí sola. El sismógrafo hace un trazo sobre un papel especial y usted no ve petróleo por ninguna parte sobre ese papel.

—De todos modos, ya me imagino lo que es un sismógrafo.

Se acercaban ya al lugar adonde Hardman se proponía llevarla y éste dijo, refiriéndose a los penachos de llamas que se alzaban al extremo de tubos que salían del suelo, entre los matorrales a uno y otro lado de la carretera:

—Vea. Los mechurrios. Ha sido necesario instalar muchos por aquí para quemar los gases que en gran cantidad se acumulan en el subsuelo en esta zona.

Y en seguida:

—Ya *Cabeza de Plato Fino* lo había advertido a la pitonisa...—ahora no recuerdo su nombre—que anunció el hallazgo del petróleo en el Zulia, que saldrían llamas de la tierra por todas partes.

—Conque ¿hubo nada menos que una pitonisa?—inquirió ella.

—Sí. Los grandes acontecimientos siempre han sido profetizados. Hay que admitirlo así. ¡María Trinidad Acosta! Ya recordé su nombre. Algunos dicen que vivía en Ambrosio, pero otros no están de acuerdo y nosotros podemos abrigar nuestra opinión de que vivía en estos lugares para hacernos la ilusión de que vamos atravesando tierras en cierto modo mitológicas.

—Y porque siempre es más interesante que respecto a pitonisas, o personajes por el estilo, no estén de acuerdo las fuentes históricas, ¿verdad?

—¡*Exactly*! Cuentan que María Trinidad Acosta desapareció, vamos a decir misteriosamente, en 1912, habiendo ya anunciado el hallazgo del petróleo, por revelación que le había hecho *Cabeza de Plato Fino*.

—¿Y ese nuevo personaje, de nombre tan raro?

—¿No sabe usted quién era? El Padre Eterno, nada menos.

Rieron ambos y luego Hardman concluyó:

—Tenía que haber alguna locura divertida en el origen de esta extraordinaria obra de sentido práctico que hemos estado admirando. Yo le confieso a usted que tengo un gran respeto—aunque nos hemos reído los dos, sabrosamente—por María Trinidad Acosta y su *Cabeza de Plato Fino*.

Y con esto llegaron al sitio adonde se dirigían.

Una depresión del terreno entre colinas circundantes de poca altura, en cuyo suelo, todo negro, de petróleo, no crecía la hierba y se extendían aguazales iridescentes. Alzábase allí una torre de perforación en actividad y más allá veíanse piezas de hierro que parecían restos de otra, dentro de un espacio cercado con palizadas y en el cual había una casa de cinc.

—Allí fue la primera perforación que se hizo en esta zona—dijo Hardman—. Un pozo que se incendió al saltar el petróleo. Un paisano mío era el *driller* y de él no quedaron sino unos trozos de carbón humano. Porque todo no podía ser bueno para el temporadista. ¿Verdad?

Detuviéronse cerca de la torre en actividad, bajaron del automóvil y atravesaron un espacio sobre el cual ya se había endurecido el fango gris producido por la perforación del subsuelo y que más allá brotaba de un tubo de regular diámetro, en un chorro espeso canalizado ahora en otra dirección.

—El mecanismo del taladro—explicaba Hardman—es accionado por aquella caldera de vapor que trabaja detrás de la torre, y ésta tiene por objeto sostener las piezas del árbol del taladro, que es necesario ir agregándole a medida que se profundiza el pozo. ¿Ve usted? Allí van a enchufar una de esas piezas, en este momento.

Ocupábanse en ello cuatro hombres, que protegían sus cabezas y sus manos con cascos y grandes guantes y cuyos *overoles* estaban cubiertos de negras manchas de aceite.

—Aquél es el *driller*, propiamente—dijo Hardman indicando al que dirigía la operación—. Un venezolano llamado Venancio Navas, antiguo marinero del lago, capitán de la piragua contrabandista e indiera del padre de usted.

Ella se volvió bruscamente a mirar a Hardman.

—Estamos manteniendo una conversación a fondo, Remota Montiel. Vea usted a Venancio Navas, manejando hoy justamente el mismo equipo que yo tenía a mi cargo hace

dos meses. ¿Quiere usted preguntarle por qué dejó su ocupación marinera para venirse a trabajar en el petróleo? Venancio Navas es hoy uno de los mejores elementos con que cuenta la compañía que utiliza su trabajo.

Remota se había quedado pensativa y en silencio recorrieron el trayecto que los separaba de la torre, junto a la cual se detuvieron.

Venancio Navas les hizo una inclinación de cabeza y Hardman le preguntó:

—¿Cómo marcha la cosa, Venancio?

—Muy bien, señor Hardman—respondió el perforador.

Remota avanzó hacia él sin que Hardman la siguiera.

—Remota Montiel—díjole, presentándosele.

—Venancio Navas, para servirle.

Y luego, con expresión emocionada:

—Ya el señor Hardman me había dicho que tal vez llegaría hoy hasta aquí con usted.

Era un hombre de edad cercana a los cuarenta, fuerte, recio, de ojos pardos claros que miraban con lealtad y con firmeza.

—¿Estaba usted a bordo de *La Arrepentida* la noche de mi fuga de la Guajira?—inquirió Remota, sosteniéndole la mirada.

—Sí, señorita.

—¿Puede usted explicarme por qué mi padre llegó esa noche, conmigo a bordo, hasta la boca del Catatumbo, sin recalar en Maracaibo y de allí se revolvió desistiendo del objeto del viaje?

Venancio permaneció en silencio, mirándola a los ojos y ella agregó, afirmativamente:

—Puede usted explicármelo.

—Creo que ya usted lo sospecha, señorita—repuso Venancio—. Sus mismas palabras me lo dejan entender.

—¿Tuvo usted alguna participación en ese cambio de propósito de Demetrio Montiel?

—Sí, señorita. Yo tenía una gran estimación por Demetrio Montiel. El iba jugando con su alma aquella noche y yo no podía dejarlo solo.

Remota le tendió la diestra y le estrechó la encallecida y poderosa que él le entregó—previo el sacarse el guante—diciéndole emocionadamente:

—Gracias, Venancio Navas. Yo nunca pude saber, realmente, lo ocurrido aquella noche, pero siempre tuve la impresión de que alguien había intervenido en favor mío esa vez.

Venancio la miró en silencio un momento y luego:

—Palabras de su mismo padre—díjole—. Al desembarcar con usted en Maracaibo la hizo despedirse de mí, diciéndole: No olvides nunca que a Venancio Navas tienes que agradecerle mucho.

—Es cierto.

—Pero en realidad nada tiene que agradecerme—agregó Venancio—. Y más le digo: cuando necesite de mí, para lo que sea, no tiene sino que llamarme.

—Gracias—repuso ella.

Y como ya se disponía a retirarse, Navas díjole:

—No quiero que se vaya sin haberme oído esto otro que debo decirle: la mejor hora de la vida de Demetrio Montiel la marcó el reloj aquella noche.

Se despidieron. Remota volvió a reunirse con Hardman y dirigiéndose ambos adonde habían dejado el automóvil, él le preguntó:

—¿Está contenta de su conocimiento con una buena hechura del petróleo en su tierra?

—Sí—respondió ella, aunque no propiamente a la pregunta que se le hacía—. Estoy satisfecha de haberme encarado, por fin, con lo más íntimo de mí misma.

Y Hardman, al cabo de una breve pausa:

—Yo admiro a toda persona que sabe hacer esa cosa que parece simple y fácil.

LA CANCIÓN DE ARIZONA

Ya iban de regreso, otra vez por la carretera petrolizada, ella conduciendo el automóvil, pues le había pedido a Hardman que le cediese el volante, a fin de llevar ocupación que le impidiera reconcentrarse en sí misma.

Atravesaban de nuevo los campos poblados de torres que le imprimían al paisaje una belleza nueva, un sentido magnífico del esfuerzo humano poderoso y concentrado: los patios de tanques donde se depositaba la riqueza ya extraída del subsuelo; los espacios rumorosos por donde la carretera pasaba frente a los edificios de plantas eléctricas y de talleres, de donde salían largas filas de obreros que ya habían concluído su jornada; las floridas parcelas de mansiones de altos empleados, pintadas de blanco, con techos rojos o verdes, rodeadas de prados y jardines donde jugaban felices niños rubios; las parcelas modestas de viviendas de obreros criollos que ya regresaban a ellas en silenciosos grupos o de ellas iban saliendo para dirigirse al trabajo en el turno de la noche, donde la faena requería jornada continua. El espectáculo de una fuerza pujante desarrollada en un vasto espacio, todo envuelto además en la serena hermosura de la caída de la tarde, entre suntuosos arreboles de oros calientes.

Y ahora Hardman decía:

—El petróleo está haciéndole a este país males incalculables, sin duda. Unos de orden moral, que yo no debo analizar...,

—¿Por qué no?—interrogó la conductora del vehículo—. La venta de los hombres venales al mejor postor, que ha venido siendo la compañía petrolera. Y encima de eso, la dilapidación de la fortuna adquirida en la subasta. ¿No fue mi padre uno de esos derrochadores? ¿No obtuvo concesiones también y las vendió y tiró todo el dinero? Cuando

hablé, hace poco, de la estupenda suerte junto al descuidado infortunio, no me referí solamente a la culpa del extraño, sino también y especialmente, a la del propio.

Hardman encendió un cigarrillo, para dejar transcurrir una pausa y luego díjole:

—No atormente su espíritu con recriminaciones que son justas, pero que tienen que amargar su vida inocente. Yo quería referirme sólo a los males de orden material que la industria petrolera le ha causado a este país, al convertirlo en monoproductor y de riqueza extractiva por añadidura. Pero como no hay mal que por bien no venga, en cambio de ese daño el obrero venezolano está adquiriendo un sentido de responsabilidad personal de eficacia y una conciencia de clase, que es también sentido de responsabilidad social que realmente no tenía.

—¿Por ejemplo, Venancio Navas?

—Sí. Es un hombre a quien yo aprecio mucho. Tiene gran capacidad para el trabajo inteligente y ha hecho un recorrido de eficacia muy interesante. Vino al petróleo como piloto de una gabarra, trabajó después en el drenaje de los ciénagos de Lagunillas, adquiriendo una buena técnica, fue luego sobrestante de una cuadrilla de obreros especializados y ahora ha querido conocer el oficio de perforador y está desempeñándolo muy bien. Es, además, un hombre que tiene un sentido de lealtad muy hermoso...

—Pero dígame, Hardman. ¿Le paga a Venancio Navas la compañía tanto como a usted, en igualdad de rendimiento de trabajo? ¿Le guarda las mismas consideraciones que a usted?

—No. Es la verdad. Yo soy también un obrero y encontraré siempre muy justas las aspiraciones del trabajador venezolano a igualdad de tratamiento en igualdad de circunstancias, porque yo no concibo la vida sino bajo el imperio de una estricta justicia social, y en este sentido he

cumplido también mi deber hacia mi compañero de este país.

Y en seguida:

—Pero quiero hablar ahora un poco más íntimo de mí mismo. Yo he sido ascendido por mi compañía al cargo de jefe de la sección de perforadores, entre los cuales era uno hasta ayer. Yo estaba dispuesto a ponerme otra vez mañana, terminadas hoy mis vacaciones, el *overall* y los guantes del *driller*; pero he merecido que se me eleve a una categoría de trabajo más productivo, aunque más exigente de responsabilidad. He vuelto, pues, a dejar una ocupación puramente mecánica y ahora tendré una vida mejor que ofrecerle a una mujer que quiera compartirla conmigo. Yo he dejado ya bastante atrás los tiempos de decir estas cosas poéticamente, pero creo que las he dicho de un modo respetuoso, que es lo interesante.

Remota guardó silencio unos momentos y luego dijo:

—Va haciendo usted su camino, señor Hardman.

—¿Por qué dice que voy haciendo *mi* camino? Es usted quien va haciendo en este momento el de los dos. ¿No lleva la dirección, con las manos firmes en el volante?

—En ese sentido—repuso ella sonriendo—dice usted la verdad.

Y Hardman, después de frotarse las palmas de las manos, como si ludiese esmeriles:

—Sí. Las palabras secas tienen siempre el inconveniente de que provocan otras, secas también.

—Señor Hardman...

—¡Perdón! Pero las de usted, hace un momento, me han hecho recordar, sin embargo, una canción sencilla y graciosa de mi país de Arizona, que cantan las muchachas campesinas en la boda de sus amigas, para divertirse un poco con el desposado. Dice así, traducida al español:

Yo voy por mi camino,
viene diciendo el caminante.
Este es el camino mío
y yo voy andando por él
porque me da mi gana.
Pero el camino llevaba a una casa
y por ella estaba una muchacha
que oyó lo que el hombre venía hablando
y dijo para su adentro:
El dice que viene por su camino
y está llegando a mi casa.

—Ya no son palabras secas—dijo la conductora del vehículo, disimulando su sonrisa—. Es una bonita canción de Arizona.

—Pero ha quedado muy mal traducida—repuso él, enrojeciendo más de azoramiento—. La cosa graciosa está en los versos originales.

—Recítelos.

—¡Oh! ¡Es verdad! Me había olvidado de que usted conoce el inglés perfectamente.

—Eso malo tiene la cortesía excesiva. Se empeña usted en no hablar conmigo sino en mi lengua y...

—Pero la cosa es más grave todavía. No hay tal canción de mi país. Han sido versos míos, de este mismo momento, porque está bonito ese lucero de la tarde que llevamos por delante. Pero cuando un perforador de pozos petroleros se pone a hacer versos, ya puede usted asegurar que no va a salir petróleo.

Rieron un buen rato en cordial camaradería, como de enojosa situación en que otros se hubiesen encontrado, enmudecieron después y al cabo de unos momentos pensó Hardman advertirle que iba demasiado despacio.

Pero no lo llevó a cabo, sino que se dijo mentalmente:

—No hay como los versos para estas cosas. No importa que no sean versos, propiamente; siempre despiertan deseos de que el viaje no termine nunca.

PENSAMIENTOS DE TRAVESÍA

En Palmarejo, de donde ya iba a partir la embarcación que la conduciría a Maracaibo, Hardman la había despedido diciéndole:

—Yo debería acompañarla hasta la puerta de su hotel, pero éste es el último viaje del *ferry* y necesito amanecer en la zona, para ordenar mis cosas antes de incorporarme temprano a mi trabajo. Además, es posible que usted prefiera hacer sola esta travesía en noche serena, después de tantas impresiones fatigantes. Así entrará descansada en su sueño.

—Así es—repúsole ella.

Y al estrecharle la mano:

—Hardman. Usted es un hombre agradable, interesante y de corazón singularmente noble, y yo estoy convencida de que aquella compatriota mía, cuyas cenizas se confundieron con la tierra de un bonito lugar del mundo, fue feliz en la compañía de usted. Pero creo también que usted debe olvidar su canción de Arizona.

Dijo esto en inglés concluyendo:

—*Good night*, Hardman.

Pero él movió negativamente la cabeza y corrigió:

—No. *So long*, Remota Montiel.

Ahora iba a solas con su pensamiento en la travesía de noche serena, bajo las estrellas quietas, de cara al relámpago del Catatumbo lejano y misterioso.

Una vez más le había salido al paso amor de hombre. El de Hardman, evidente desde el casual encuentro a bordo del avión y ahora respetuosamente declarado entre revelaciones de hombría de bien nada común, no era despreciable ni desde el punto de vista práctico, ni desde el puramente espiritual. Pero si lo aceptaba sería, por una parte, la mujer de Hardman, un ser perteneciente a otro, y, además, parte

integrante de aquel país extraño que, según las palabras de él, estaba pasándose una temporada en el suyo.

Ya no se trataba de aquellas repugnancias de la muchacha guajira ante el acontecimiento sexual. La mujer casta que era Ludmila Weimar, ya traspuesta la treintena y formada en un medio de afirmaciones positivistas, toda la rectitud de su conducta fiada al dominio de sí misma, poseía una serenidad, temperamental además, inaccesible a las tormentas de esa índole; pero aún repudiaba la idea de entregársele a un hombre, de pertenecerle, así fuese éste aquel mismo Hardman que con sus propias manos restituyó al torbellino de la vida las amadas cenizas de su primera mujer, no porque realmente compartiese sus creencias religiosas—era evidente que el *driller* no había sido teosofista de convicciones— sino por respeto a la voluntad de ella.

Pero Ludmila Weimar, criatura de ficción, ya estaba dispuesta a cederle el sitio a Remota Montiel, la verdadera y dramática hechura de unas circunstancias deplorables, y no era cosa de cambiarse solamente el nombre, sino de encararse totalmente con su realidad. Aún no sabía hasta qué extremos pudieran llevarla sus nuevas responsabilidades, pero ya se le alcanzaba que había más de un destino—el suyo propio—pendiente de sus determinaciones.

Allá iría Hardman, a toda velocidad de su máquina bien conducida, quizá con el desabrimiento de haber perdido su canción de Arizona; mas por su camino, a disfrutar del ascenso bien merecido, dentro del poderoso esfuerzo industrial a que pertenecía.

Ludmila Weimar, en cambio, de cara al relámpago del Catatumbo, muda tormenta perenne, iba hacia Remota Montiel, misterio también, inquietante.

V

ERA UNA TARDE FEA

Ya estaban cumplidas las formalidades legales de la aceptación del testamento de Demetrio Montiel, en todas sus partes; ya era, ante la ley, Remota Montiel. Ahora se disponía a comenzar a serlo ante la vida, tal como se la entregaban, disparatada, absurda, las culpas de su padre.

Marco Aurelio había atendido a su llamamiento y ella avanzaba hacia él, sonriendo; pero junto con la afectuosa expresión de la acogida fraternal traía a la vista la gravedad de su espíritu en los momentos iniciales de su nueva forma.

Lo abrazó y lo saludó diciéndole, simplemente:

—¿Cómo estás?

—¿Cómo quieres que esté?—repuso él, con la voz tomada de emoción profunda.

Ella sonrió y dijo:

—¡Cosas de la vida, chico! Así nos la dan y así tenemos que recibirla. Siéntate.

Marco Aurelio se sentía abandonado de su facilidad para expresarse y tartatamudeando casi sólo acertó a preguntar:

—¿Será necesario que te refiera mi historia?

—Ya la conozco—repuso ella—. Tía Selmira me la refirió con todos sus pormenores. Una de las mil bocas del secreto a voces que reinó en torno a tu nacimiento, sinceramente indignada la de ella por la irresponsabilidad de su hermano, en quien, sin embargo, adoraba, con aquella prodigiosa disposición que tenía para vivir en dos mundos contrapuestos, sin contradicciones interiores. Tu vida de niño expósito, tu adolescencia ya atormentada por la ignorancia de tu origen, tu avidez de aprender, de leer cuanto libro cayese en tus manos, quizá para aturdirte, y el choque brutal de la

verdad cuando la conociste. Todo eso se lo escribieron desde aquí a tía Selmira y ella no me lo ocultó.

—No—repuso Marco Aurelio, ya más dueño de sí mismo—. El choque brutal no me lo produjo el conocimiento de mi historia. Ya mi madre había muerto y la dejé descansar en paz. Fue cuando me le presenté a él un día, recién graduado de bachiller, con las más altas calificaciones en todos mis años de estudio, para darle cuenta del buen uso que estaba haciendo de la vida que él me había dado, como a bien tuvo, y él me miró despectivamente y me dijo, a sabiendas de que yo era su hijo: —"¿Estás borracho, bachillercito? ¿Celebrando tu grado? Anda con tu música a otra parte."

Remota guardó silencio y Marco Aurelio prosiguió:

—¿El torcedor de la traición que le había hecho al hermano? A mí se me hace difícil creer que en Demetrio Montiel hubiera conciencia responsable. Yo acababa de salir de mi grado y de allí fui a emborracharme, de veras, por la primera vez. Caí, rodé... ¡En fin! Ya te habrán contado.

—Pero eso es ya historia pasada, ¿verdad?

—Así lo espero. Yo no quería verte sino cuando estuviera seguro de que así era: pero, a tu llamada...

—Deseo compartir contigo la herencia de Demetrio Montiel—díjole ella, afectuosamente.

—¿Eso nada más?—interrogó Marco Aurelio, poniéndose de pie.

Se levantó también ella y tomándolo por los brazos y sacudiéndolo afectuosamente:

—¡No, por Dios! Lo material de esa herencia no es gran cosa, por lo demás.

—Pero siempre sería suficiente para que se dijera que Marco Aurelio Peripatético fingió abandonar sus borracheras y su crápula, para hacerse merecedor al reparto y luego desquitarse del tiempo perdido espléndidamente. Y como yo mismo no tengo la seguridad espiritual de que persistiré en mi buen propósito...

—Pero yo sí—díjole ella, quitándole la palabra—. Ya el doctor Viñas me refirió el extraño caso de conversión repentina y en esa fe quiero acompañarte. Tú necesitas de mí y yo también de ti. ¿Por qué no? Siéntate.

Pero como ya venían otros huéspedes del hotel a sentarse en el saloncito de recibimiento donde ellos estaban, Remota agregó:

—O salgamos más bien. Aquí dentro hace mucho calor.

Dejaron el hotel y siguiendo el Paseo de Bella Vista donde estaba situado, se encaminaron hacia la orilla del lago.

—¿Piensas regresarte pronto?—le había preguntado Marco Aurelio, al reanudar la conversación.

—¿A Nueva York?—repúsole—. Ni pronto, ni tal vez nunca más.

—¿No te asusta esa temeraria determinación? Acostumbrada a la vida de un gran país...

—Volveré a adaptarme a la del mío. No será cosa del otro mundo.

Marco Aurelio la miró inquisitivamente:

—Explícame—díjole—. ¿Por qué has venido? Tal vez esté pidiéndote una confidencia de las que no se le hacen a un recién conocido; pero se me hace difícil admitir que hayas venido sólo por la herencia de Demetrio Montiel, que ya sabrías que era bien poca cosa.

Y ella sonriendo:

—Comienzo por advertirte que no se trata de un drama sentimental, como parece que te hayas imaginado. Yo no he tenido nunca problemas de esa naturaleza y tampoco los tenía del orden económico. Trabajaba, ayudaba al sostenimiento de la casa y vivíamos modesta, pero muy tolerablemente. Me divertía un poco en casa con el falso mundo que dentro de ella reinaba, pues no era caso de tomar por lo dramático las graciosas ilusiones que papá Weimar se hacía de sí mismo, y fuera de casa pasaba mis buenos ratos con

los amigos y amigas de mi estimación. Sobrevino la muerte de mis padres adoptivos, en obra de meses entre ella y él, y eso, naturalmente, me afectó bastante, pues habían sido buenos conmigo. Pero ya eso iba pasando y todo parecía indicar que no ocurriría cambio radical en mi vida, pues bien podía valerme sola en Nueva York, como tantas otras mujeres, cuando comencé a darme cuenta de que la postiza Ludmila Weimar había terminado en mí.

Y tras una pausa que Marco Aurelio no quiso interrumpir:

—Porque ya no tenía razón de ser y porque el ambiente de exaltación del sentimiento nacional donde me movía, producido por la guerra, me despertó el mío, propio y verdadero, profundamente dormido hasta entonces.

—Pero ya tú pertenecías a un gran país, firmemente plantado en el mundo—repuso Marco Aurelio—. ¿No te habías nacionalizado allí?

—Sí. A un gran país, firmemente plantado, bien lo has dicho; pero yo nací y crecí en Alitasía, suelo de arenal movedizo.

Ya estaban llegando al extremo de la avenida, que terminaba en una plazoleta con barandal de cemento sobre la ribera del lago y en silencio recorrieron el trayecto que los separaba de ésta, en cuyo parapeto apoyaron los brazos para la contemplación del feo atardecer sofocante que ya comenzaba a hundirse en la noche.

La superficie del lago sin brisa era una lámina de plomo bruñida, en la cual se reflejaban las luces rojas de un hidroavión fondeado en el aeropuerto cercano, más allá del cual se dibujaban sobre el cielo triste las siluetas negras e inmóviles de unos cocoteros, y de los juncos ribereños que se extendían por delante de la baranda de la plazuela, se alzaba un ronco croar de sapos dentro del caliente aguazal.

De codos sobre el parapeto, juntas las manos y apoyada en ellas la cara, sobre los pulgares el mentón y entre los

índices la frente y con los ojos cerrados, Marco Aurelio comenzó a hablar, entre pausas:

—Sí... Pero no son tus médanos de Alitasía, especialmente. A todos en este país nos ocurre lo mismo. Nos asentamos sobre terreno inseguro y por momentos todo el país bambolea, amenazando hundirse. "Hay algo de podrido en Dinamarca"—dícese en *Hamlet*—y nosotros podemos parodiarlo diciendo: hay algo desquiciado en Venezuela... Sin embargo, tú has preferido esto, azaroso, dramático...

—Date cuenta—replicó ella—de que ya había traspuesto los treinta años, cuando el ser humano comienza a salirse de los egoísmos de la juventud y tiende a compenetrarse con la colectividad que lo rodea, porque ésta no desaparece, y en esa edad el instinto de pura conservación empieza a transformarse en instinto de perpetuación.

No esperaba Marco Aurelio oírla expresarse así, no obstante la alta idea que de ella se había formado y enderezándose se volvió a mirarla, mientras ella continuaba:

—Ante la ley, pertenecía ya a aquel país, pero sólo como también a unos padres que no me habían dado la vida. Me faltaba, pues, el sentimiento fundamental de compenetrarme con una forma más perdurable de mí misma. Aparentemente, fueron razones de espíritu práctico las que me hicieron venir a lo que de conveniente, prácticamente, hubiese en el testamento de Demetrio Montiel; pero en realidad, en el fondo de mí misma, fue el deseo de romper de una vez con todo lo que me era ajeno y postizo. No un arrebato de despecho, como a mí misma me lo pareció por un momento, sino una crisis natural de la edad en que ya comienzo a entrar. Has de tener en cuenta que en mi naturaleza son muy dramáticas las crisis de la edad.

—¿No te has enamorado nunca?—inquirió Marco Aurelio.

—Ya te he dicho que esos problemas no me han complicado la existencia.

—Pero ¿no crees que ahora, especialmente, te sería provechoso?

—De ninguna manera. Soy insensible al amor.

Y dándole un sesgo humorístico al triste caso:

—Tengo entendido que algo de eso te ocurre también a ti. ¿No será porque nuestro padre nos dilapidó también esa herencia?

Marco Aurelio le correspondió con una sonrisa forzada, porque sólo amargura le causaba siempre cualquier alusión a Demetrio Montiel, y pensando ya en su amigo Ramiro Celis, le repuso:

—Sin embargo, algo conozco de un rincón de patio desde donde se miraba, románticamente, hacia una azotea vecina. Sobre la cual, por cierto, se hallaba un joven que es ahora uno de los hombres más estimables de nuestra tierra. Soltero todavía y necesitado de tierna compañía, porque la soledad ya comienza a dañarle el corazón.

Ella sonrió en silencio y luego repuso:

—Sí. Pero ya eso quedó muy atrás. El matrimonio no está en mi destino. No carezco de sentimientos maternales e incluso me hace falta un hijo, una criatura mía en quien pueda poner ternura y abnegación. Pero dentro del orden actual y por los procedimientos lícitos, mientras no me decida a declararme revolucionaria, para llegar al hijo hay que pasar por el matrimonio y soportar marido. ¿Que los hay buenos? ¡Sí, hombre! Incluso excelentes; pero siempre dueños. Amos considerados y afectuosos, en el mejor de los casos.

—¿Has recapacitado en el drama que es para una mujer quedarse soltera? Un drama vulgar, pero espeluznante a veces.

—Una tragedia horripilante, si quieres. Pero ni aun así me decido a enajenar mi voluntad.

—¿Es que la necesitas íntegra, totalmente tuya, para algo que bien valga la pena?

—Justamente. Salvo la importancia que le des a la pena que eso valga.

Marco Aurelio la miró en silencio unos momentos y luego, seguro de haberle penetrado el pensamiento:

—¿Será posible plantar obra perdurable sobre el arenal de Alitasía? La Guajira es una pequeñísima porción de Venezuela y no es allí donde está el problema grande. Componer eso casi equivale a educar bien una familia. ¿Por qué no aceptas pura y simplemente tu destino de mujer? Cásate, concibe hijos, edúcalos bien y ya habrás prestado tu aporte al problema grande.

Y abandonando lo serio por lo chancero, agregó:

—Te confieso que me resulta un espectáculo catastrófico el imaginárteme mañana convertida en una de estas dos cosas espeluznantes: o beata rezandera o intelectual animadora de centros de cultura femenina.

—Por lo último—repuso ella sonriendo—bien se ve que eres un hombre de tu tierra y de tu tiempo, a pesar de cuanto te tengas leído y comprendido.

—No lo niego. Pero has de convenir conmigo en que cualquiera de esas dos catástrofes biológicas es realmente deplorable en una mujer.

Pero ya Remota miraba hacia el fosco horizonte del lago y al cabo de un rato murmuró cual si hablara a solas:

—¡Una mujer! ¿Seré yo realmente una mujer?

Marco Aurelio se volvió a mirarla y así lo hizo en silencio, un mal rato, mientras del cercano aguazal se alzaba el ronco reclamo de los sapos rijosos, en el feo atardecer.

LA HERENCIA DEL DERROCHADOR

San Rafael de Mara, llamado también El Moján, con sus techos rosados entre sus verdes cocales ya estaba pintando su tierna acuarela, todavía sin azul de cielo ni brillos de sol, junto a su lago sereno.

Por encima de Sabaneta de Montiel, en la ribera opuesta, no muy distante, nubecitas sonrosadas componían la cándida decoración del alba. La pedregosa isla de Toas estaba arrebujada todavía entre nieblas sutiles que descansaban sobre las aguas; pero ya a éstas les había madrugado un pescador, con su vela cuadrada tendida al respiro pausado del lago dormilón.

—¡Shss!—hizo Remota, aplicándose el índice a los labios—. No le hagamos bulla. Que despierte cuando quiera. Tal vez lo desvelaron el aguacero y los truenos de anoche.

No se esperaba de la pensativa gravedad de que estuvo revestida durante el viaje hasta allí, este juego de ternura maternal ante el dulce paisaje y el doctor Viñas sonrió complacidamente.

Salió el sol y al dorado alboroto despertó la tierna criatura. La isla de Toas se dejó de blandas actitudes entre gasas finas y se revistió de su dureza habitual con los tajos brillantes de sus pedreras; pero la vela del pescador, remendada y sucia, se puso bonita y alegre y se cargó de brisas para hacerse diligente y laboriosa.

—Buenos días, señor dormilón—dijo Remota, insistiendo en su juego—. Se te pegaron las sábanas. Hace rato estamos aquí.

Había ido a tomar posesión de su herencia, en compañía de su albacea y ya éste le había mostrado la piragua fondeada por allí. Y ahora le decía, indicando hacia una de las casas que, situadas en la calle principal del pueblo, paralela al paseo de la ribera, daban a éste por sus fondos, todos con puertas de acceso:

—Aquélla es la casa que te pertenece. Vamos a ponerte en posesión de ella y entremos por su puerta trasera para ahorrar trayecto.

Un portalón ancho, en una pared baja, por encima de la cual se inclinaban hacia el lago unas matas de coco, doblegadas al peso de su carga.

—Por aquí entraba y salía, generalmente, Demetrio Montiel—comenzó a explicar el doctor Viñas—. Habitó esta casa durante los últimos años de su vida y se dice que nunca se le vio en el pueblo, propiamente. Fondeaba su piragua en la casa por la puerta trasera, de noche por lo general, pasaba aquí dentro unas horas o unos días, descansando o haciendo quién sabe qué, volvía a salir por donde mismo, embarcaba y se marchaba otra vez, a sus viajes sin objeto, por el lago y sus afluentes.

Un tinglado espacioso de cinc, al extremo del solar plantado de matas de coco.

—Aquí—continuó Viñas—depositaba las mercancías de sus contrabandos.

Un dormitorio de paredes encaladas y piso de cemento. Un armario sencillo, una mesa pequeña, una hamaca colgada.

—Aquí dormía, en esa hamaca. Demetrio Montiel vivió un tiempo en Maracaibo en una de las mejores quintas de Los Haticos, y la tenía confortable y aun lujosamente amueblada. Era suya la finca, pero todo eso, casa y menaje, se lo jugó una noche y lo perdió.

Un despacho, en el cual sólo había un escritorio sencillo, sin nada encima de él ni dentro de sus gavetas.

—Así lo encontramos—dijo Viñas—. Sin libros ni papeles. Se presume que Demetrio se los entregó al fuego para que no quedaran constancias de sus negocios.

—Puesto que eran inconfensables—añadió Remota—. Contrabando y trata de indios.

—Sin embargo, ya has visto cómo hizo innecesario el insensato alarde de ellos al explicar en su testamento que las sumas que les debían el Adrián Gadea y otros más, eran por valor de indios que les había vendido.

Sobre el escritorio, en la pared, estaba un retrato de Demetrio Montiel, y Remota se había quedado mirándolo. Un hombre de mirada imperiosa y expresión subyugadora.

—¡Demetrio Montiel!—murmuró Remota, y luego, vol-

viéndose hacia Viñas—: ¿Qué explicación dejó de su suicidio? Y no le sorprenda que no le haya hecho desde un principio esa pregunta.

—Pues... Explicación, propiamente, ninguna. La carta donde me pedía que te sirviera de albacea, apenas contiene estas palabras: "Cansado de meter contrabando en la tierra, voy a ver si paso el de mis pecados por las puertas del Cielo."

Remota había contraído el ceño, duramente y con voz sombría murmuró:

—¡Así se malogra una vida y se tira al desprecio una memoria!

Dicho lo cual se retiró de la habitación, para abandonar la casa.

—Bien—díjole Viñas—. Ya has tomado posesión de tu herencia. Como te he dicho, hay comprador para la piragua y la casa.

Y como ya Remota le había referido que por fin obtuvo noticia de que aún vivían sus tías maternas, en la Guajira y en la mayor miseria, y a las cuales les había enviado anuncio de que pronto iría a verlas, Viñas continuó, intencionadamente:

—Aunque tal vez hayas decidido ya, y mejor pensado me parece, conservar la casa para vivir en ella con tus tías, bien merecedoras de tu ayuda. Y asimismo la piragua, con el producto de cuyos fletes podrías procurarte un aceptable modus vivendi. El Moján es un lugar agradable para vida tranquila.

—Sí. Pero yo no he dejado Nueva York, doctor Viñas, para venir a hacer vida casera y pueblerina. En la Guajira, en cambio, habiendo menos, espero encontrarme con más.

—Contigo misma—puntualizó Viñas—. ¡Ya, ya! Bien. Sólo me falta ahora mostrarte el Gran Eneal, aunque aparte el interés del paseo, que bien vale la pena, como ya te lo he dicho, es muy discutible el derecho que sobre esas tierras te asigna el testamento de Demetrio. Uno de tantos despo-

jos hechos a la colectividad, en el nombre de la utilidad pública, sarcásticamente invocado siempre y que nada tiene de extraño que adolezca de vicios, porque el delito anda generalmente de brazos con la torpeza.

—Nada se pierde con conocerlo—repuso ella—. Y como casi me cae de camino...

—Vamos allá.

LA VUELTA A LA TIERRA

Brazo del río Limón, más allá del cual comienza la Guajira. La barcaza surca las aguas verdes y en las riberas se aprieta la selva de manglares.

Reflejos de troncos secos y de fronda tierna, una línea oscura apenas la transición del árbol a su copia dentro del agua. Caños verdes y serenos por entre la verde profundidad del manglar, helechos gigantes tramando ya la selva tupida donde la tierra emerge del anegadizo, riberas cubiertas de lirios azules, bejucos florecidos de campánulas multicolores trenzando los árboles de diversas especies que ya se empinan dentro de la espesura. Lanza su canto bonito el santocristo negro y rojo y dos guacamayas agitan entre el verde silencio el banderín del escándalo, azul y escarlata.

Pero Remota no atiende al paisaje. A bordo de la barquilla va un grupo de indios guajiros, que venían desde Maracaibo en un camión que ha embarcado también y entre una india buena moza, de manta y pañuelo de seda rosada. Se le acerca y le pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Marita.

—¿Conoces a Palmira y a Dorila Barroso?

—Sí. Cerca de mi casa viven.

—Diles que has visto a Remota. Que voy para allá.

—¡Remota!—exclama la india, con asombro—. ¿La

sobrina de ellas? ¿La majayura que se convirtió en piedra sobre el cerro de Ulípichi?

—Sí. Yo misma. Diles que me has visto.

Y vuelve a su sitio, con el ceño fruncido, apretada la boca, toda la voluntad en la determinación definitiva.

Ya es el río ancho, bruñido de sol en el centro, esmaltado de reflejos inmóviles en las orillas, hacia donde todavía no llega la agitación que la barquilla va produciendo en el agua... Cocales aislados entre la verde maraña.

—Restos de plantaciones fracasadas—dice Rogelio Viñas—. Terreno firme conquistado al anegadizo mediante estacadas; pero como el río campa por sus fueros y con la crecida de un año arrasa la obra del hombre en varios, de las grandes plantaciones apenas quedan ya esos cocalitos.

Pero Remota no atiende sino a sus propios sentimientos y Viñas guarda silencio.

Mientras tanto, los guajiros compañeros de Marita, que ya les había comunicado el descubrimiento que acababa de hacer, no quitaban sus ojos de la contemplación de aquel personaje de una de las leyendas de su tierra que era la majestuosa pasajera de la balsa.

Ya ésta se acercaba al muellecito de Guerrero, donde había otro grupo numeroso de guajiros, entregados a una incesante actividad, sacudiendo paños y pañuelos. Las mujeres con sus mantas típicas y los hombres con una indumentaria absurda y repugnante a la vista: descalzos y con las piernas desnudas, pero con sombreros y camisas que les caían sobre los guayucos.

No venían así los que viajaban en la balsa, provenientes de la ciudad, sino con pantalones y alpargatas, y al reparar en aquella desnudez chocante, a Remota se le revolvieron, junto con sus delicadezas de mujer civilizada, restos de aquellas grimas que en Alitasía siempre le habían producido los hombres.

—¿Qué hacen?—interrogó, por las mantas y pañuelos que todos agitaban.

—Espantándose los jejenes—explicó Viñas—. Que a estas horas, especialmente, son nubes por ahí.

Y, en efecto, entre nubes de mosquitos diminutos y agresivos tuvieron que abandonar la barquilla, apenas hubo atracado, y atravesar luego el muellecillo de tablas, en carrera, para detenerse más allá, fuera de la zona de acción de la plaga, a esperar a que el chofer desembarcara el automóvil en que venían haciendo el viaje desde Maracaibo.

Pero los guajiros que acababan de salir de la balsa se detuvieron a conversar con los que estaban esperándola en el muelle, para embarcar en ella, y ya todos miraban hacia Remota, sin ocuparse en el sacudimiento de sus paños.

Subieron los primeros a su camión, que ya estaba en tierra, y los otros comenzaron a entrar en la barquilla, desde donde ahora miraban hacia el extraordinario acontecimiento de la majayura de piedra, en carne otra vez.

—Mira—dijo Viñas—. ¿No creéis vos que ese espectáculo reproduce las escenas mitológicas de la barca de Caronte? Muertos eran ya los que esperaban la balsa, espantándose los jejenes y ahora nuestro río Limón va a hacer las veces del Leteo.

Remota se volvió hacia él, como para replicarle algo, pero ya el chofer detenía el automóvil frente a ellos, abriéndole la portezuela para que entrasen.

Reemprendieron la marcha, al principio por un camino ancho entre brazos de manglares tupidos y frondosos, y luego a través de una llanura despejada, arenosa, blanca, en torno a la cual inmensos cúmulos de nubes resplandecientes amurallaban el ruedo del horizonte, por detrás de los negros cardonales. Y Remota Montiel, aunque era la primera vez que pasaba por aquellos lugares, recobró la penosa emoción de su tierra guajira: arena salada, cardón sin ternura.

Sinamaica, blanca, luminosa, encendida de calor y alfombrada de arenas, graciosa y sencilla bajo su cielo azul —alto cielo inmenso por encima de las casas pequeñitas—, trájole, en cambio, dulces recuerdos de la infancia, cuando por las fiestas de San Bartolomé venía con las tías entre la muchedumbre guajira... Caravanas interminables desde todos los caseríos de la península: en burros las mujeres y las niñas; a caballo los hombres pudientes, los orgullosos *alaglas* de las castas; a pie los demás, viejos, jóvenes, muchachos. Todos contentos, todos de prisa, porque San Bartolomé a nadie quizá le importaría mucho, pero sí la fiesta en la gran plaza frente a la iglesita. Cohetes en el aire, canciones guajiras al son del *masi* y del *tótoroyojoin*, bailes... Ella mirando cómo se perseguían las parejas al apresurado compás del tambor de Airapúa...

Mas el pensamiento se le quita de pronto de la dulce evocación y se le queda en una pregunta que aún no se había hecho:

—¿Qué habrá sido de Airapúa?

UN ESPECTÁCULO ANTIGUO

Llegaron a Puerto del Caño, donde cambiarían de sistema de locomoción. Un tinglado de cinc a orillas de un brazo de agua dormida que se comunicaba con la Laguna de Sinamaica. Embarcaron en una de las canoas a motor que allí estaban amarradas y ésta comenzó a deslizarse caño abajo, a palanca, hasta donde hubiese fondo que permitiera el funcionamiento de la hélice.

Angosto, turbio, entre manglares cuyas raíces sobresalían del agua, intrincados bosques salvajes a ambas márgenes, el caño atravesaba tierras pantanosas y por encima de él se entrelazaban los árboles haciéndole toldo de espeso follaje impenetrable por los rayos del sol. Pero más adelante comenzaron a extenderse alegres praderas donde pacía ganado

numeroso, con vertederos de cangilones de drenaje a trechos, y el doctor Viñas explicó:

—Tierras recién conquistadas al pantano que era todo esto. Seguramente podría hacerse lo mismo con el Gran Eneal, en beneficio de la Guajira, donde el verano diezma todos los años el ganado, única riqueza del indio.

Remota movió afirmativamente la cabeza y Viñas concluyó:

—Esa fue la finalidad aparente que justificó la venta de estos terrenos, hecha por la Municipalidad a Demetrio Montiel; pero él, como todos los venezolanos entonces, no miraba sino hacia las vacas gordas del petróleo que pudiera encontrarse por allí. Y en el Gran Eneal reina todavía el pantano, mientras al pobre guajiro lo arruina todos los años la sequía.

Y Remota movió otra vez la cabeza, afirmativamente, como respuesta de entendimiento de la idea que se le daba.

Ahora pasaban frente a cocales, en la margen derecha y ante un rancho de enea, junto al cual trabajaba una maquinaria primitiva en la extracción del aceite de coco. Un hombre desnudo de cinta arriba, una mujer andrajosa y varios niños de aspecto enfermizo que agruparon al borde del caño una curiosidad triste al paso de la canoa.

—La dura lucha en la inhospitalaria tierra—murmuró Viñas.

Y Remota agregó, repitiendo palabras suyas:

—¡El descuidado infortunio propio!

Ya el caño desembocaba en la Laguna de Sinamaica, sobre cuyas aguas se alzaban, reflejándose en ellas, pintorescas agrupaciones de chozas de enea sobre "planchadas" de tablones sostenidas por estacas de botoncillo, con pasarelas entre unas y otras para el tránsito del vecindario.

—Un espectáculo antiguo. Tal como en los días del descubrimiento—dijo Viñas—. Paraujanos que viven de los eneales que circundan la laguna, de la pesca que ésta les

procura y de la recolección de la corteza del mangle, que hoy vuelve a tener buen precio para la industria de curtir pieles.

Cúmulos de nubes, de bordes brillantes, se alzaban en torno a la laguna y sobre ésta flotaban balsas de vegetación arrastrada por el caño del río que en ella desemboca, y la serenidad de las aguas, dentro de las cuales reposaban los reflejos de aquéllas y de los caseríos lacustres—sin tránsito ni bullicio de población, toda dentro de las casas—contribuía a imprimirle a aquel espectáculo un aspecto apacible de olvidado rincón del mundo para el cual no hubiera corrido el tiempo.

Y el doctor Viñas concluyó:

—Venezuela naciendo todavía.

Descendientes de los antiguos paraujanos, a quienes los guajiros desalojaron de la península, los habitantes de aquellos caseríos, aunque ya mestizos en su mayor parte, conservaban muchas de las costumbres aborígenes, sobre todo aquella de levantar sus viviendas sobre las aguas, y casi todas las mujeres llevaban la manta y el pañuelo típicos.

Al ruido del motor de la canoa acudieron muchas a todas las puertas y ventanas de las cabañas de enea, y niños al borde de todas las planchadas, en varias de las cuales viejos cayucos descansaban de las faenas lacustres, convertidos en tiestos para jardín flotante de la muchacha amiga de habitar choza florida. Y una, de fresco rostro y ojos soñadores, que estaba perfumando el aire de la suya al avivar un fuego debajo del cual se desprendía humo oloroso, al fijarse en la pasajera de la canoa interrumpió su ocupación y sonrió embelesadamente.

La ruidosa embarcación atravesó los silenciosos caseríos en medio de la unánime curiosidad de sus moradores y enfiló hacia la boca del caño por donde la laguna comunica con el Gran Eneal. Pero a esta explicación dada por Viñas, Remota repuso:

—No es necesario que usted se tome la molestia de acompañarme hasta allá. Ya me imagino lo que es el Gran Eneal, y además me sobrarán ocasiones de conocerlo. Regresémonos a Sinamaica. Allí me espera un camión que me llevará a la Guajira, casa de mis tías, a quienes acabo de mandarles aviso de que voy a reunirme con ellas.

El doctor Viñas dejó transcurrir una pausa, mientras la canoa giraba para revolverse, y luego preguntó:

—¿Definitivamente, Remota?

—Decididamente, por lo menos.

—Se necesita coraje. ¿Por qué no decirlo?

Y Remota, al cabo de otra pausa:

—Doctor Viñas. A mi madre la rodeó su pueblo en las fiestas de Yrurpana; ahora me rodeará a mí, en una empresa útil para el guajiro. Y como en el fondo de toda obra generosa, por absolutamente generosa que parezca, siempre hay un móvil de interés o de gusto personal, en esto que ahora me anima hay mucho de esa naturaleza. Necesito vivir donde yo no sea una mujer entre muchas; donde todo se espere de mí. Y en la Guajira, entre mi gente, eso será posible.

Rogelio Viñas no halló qué replicarle y la canoa volvió a pasar ante las "planchadas", donde se agrupaba contemplativa gente humilde y sufrida en cuya curiosidad siempre parece alentar un aire de esperanza.

TERCERA PARTE

I

MALEIGUA

MALEIGUA, el dios soberano, había engendrado un hijo en una mujer descuidada, y como un día vio que el niño andaba por entre los cardonales cazando lagartijas para comérselas, bajó y le preguntó:

—¿Por qué haces eso?. ¿No sabes que las lagartijas son animales inmundos y que los hijos de los dioses no deben comerlas?

—Pero es que mi madre no me procura el alimento que necesito—respondió el pequeño—. Si no fuera por las lagartijas ya me habría muerto.

Maleigua se lo quedó mirando, y vio que su hijo ya estaba en los huesos de puro flaco, tenía el vientre abultado de comer inmundicias y ya no era blanco, sino realmente amarillo el blanco de sus ojos. Porque la descuidada mujer en quien lo había engendrado no se ocupaba en tenerlo como era debido.

Y Maleigua desató su cólera, y cogiendo al hijo entre su mano poderosa, para no verlo más en aquella triste condición, lo partió en dos por la cintura, y la parte superior la arrojó hacia el Norte—donde al caer se convirtió en pedazos de oro, algunos de ellos ya con la figura de Maleigua mismo—y la otra mitad hacia el Sur, contra cuyo árido suelo se despedazó en fragmentos de *tunas*, piedras preciosas para el guajiro.

Ya éste no idolatra a Maleigua, aunque sí le rinde memoria todavía en sus leyendas; pero un destino iracundo continúa dividiendo y aventando al hijo de la pequeña porción venezolana de la península hacia extremos opuestos: los que ambicionan una vida más apetecible, con mejores esperanzas para el esfuerzo laborioso: hacia arriba, hacia la parte colombiana donde así se les brinda; los ancianos, los debilitados por las hambres anuales causadas por las sequías, los holgazanes, los desidiosos y los desesperados: hacia el refugio de Tierra Negra, al arrimo de la mendicidad practicada en Maracaibo, o más al Sur todavía, hacia las haciendas de Zulia y Catatumbo, aunque fuesen esclavizados, en cambio del seguro sustento diario, siquiera mínimo. Y como la negligente mujer del irascible dios antiguo, la Guajira venezolana se estaba quedando sola.

Palmira y Dorila Barroso no se habían decidido a emprender el éxodo de la mendicidad. Viejas, incapaces ya de procurarse el sustento mediante alguna industria, porque ni la gastada vista ni las torpes manos les permitían dedicarse a las labores del telar; sin una mala cabra que les diese un poco de leche ni una flaca oveja en cambio de la cual pudieran obtener algunos puñados de maíz y algunas panelas para la sobria alimentación de pan y guarapo, cuando se les agotaban las provisiones de dichos víveres con que, entre días, las auxiliaban sus amigas, echaban mano de la pulpa del cardón para engañarse el hambre. Ya el médano se había apoderado definitivamente de Alitasía y ahora habitaban una choza sórdida a orillas de un cardonal cercano al antiguo asiento de la familia.

Allí estaban sentadas en sus mugrientos chinchorros bajo el ruinoso techo, en silencio, cada una en su solitario yermo de vejez y tristeza, con los ojos fijos, pero sin expresión de miradas, secas las fuentes del pensamiento, en el paisaje inmóvil del cardonal que niega la sombra y prodiga la espina.

Reinaba el verano que ya había calcinado los pastos y en las ráfagas de viento que a ratos estremecían la calma sofocante, venía el hedor de carroña del ganado muerto de hambre y de sed, sobre la tierra pelada, junto al cardón sin ternura.

Y he aquí que de pronto les llega la noticia:

—¡La majayura de piedra ha bajado de Ulípichi! La he visto y he hablado con ella. Viene para acá.

No entendieron lo que quería decirles Marita, porque ya Remota no existía en sus recuerdos, voluntariamente sepultada en el olvido por Palmira desde la misma noche de su fuga, desvanecida ya de la afectuosa memoria de Dorila hacía varios años. Y Marita tuvo que sacudirlas, como para hacerlas volver en sí, mientras repetía:

—Remota, que está en Guajira. Que ya viene por ahí...

ANSHI PIÁ

Ya se dilataba ante su vista bajo el sol del mediodía, la desierta llanura guajireña, blanca, salitrosa, desolada... como una inmensa avenida que de pronto se hubiese quedado solitaria, a la manera de aquella de la populosa ciudad en la absurda pesadilla. Pero esta vez sería desde su extremo distante, hacia donde ahora avanzaba ella, que podría observarse marcha atrás.

Soplaba el viento recio, reinaba la implacable sequía y por aquí y por allá se cernían en el cielo de azul calcinado bandadas de zamuros dispuestos a precipitarse sobre las reses que ya agonizaban sobre la arena salada.

Iba en silencio, al lado del chofer, que conducía el camión. Uno que había despachado de Maracaibo, con provisiones de boca, útiles y enseres para el remedio de las más apremiantes necesidades que tendrían su asiento en la casa de las tías, y que la había esperado en Sinamaica, donde ella dejó el automóvil que hasta allí la trajo y en el cual debía

regresarse el doctor Viñas. Iba recogiendo en su corazón amargura y tristeza, todas sus emociones de la tierra natal en su primera juventud. Y ya lo tenía colmado de melancolía.

Se acercaban a una depresión del terreno, por entre un abra de áridos montículos que allí atravesaban la llanura, y el chofer le dijo:

—Tápese las narices, señorita. Mire cómo está allí la zamurada. Ese caño, seco por esta época, debe de estar esterado de reses muertas.

Así era, en efecto. Alzáronse con ruidoso vuelo torpe las negras y repugnantes aves necrófagas que allí se regalaban con el festín de las podredumbres en los cuerpos de las reses recién muertas, entre las peladas osamentas de otras muchas que ya habían sido devoradas, y el camión pasó a toda velocidad a través de la pestilencia de que estaba saturado el aire.

—La riqueza del guajiro—dijo el chofer—. El ganadito que todos los años se lo mata el verano, dejándolo a pedir limosna. Y, sin embargo, hay quien asegura que en el Gran Eneal, no muy lejos de aquí, está la salvación de la Guajira. Una gran extensión que podría convertirse en terrenos de pastos veraneros.

Era la misma reflexión que le había oído al doctor Viñas, la voz unánime, seguramente, por la cual clamaba el remedio de una gran necesidad.

Y el chofer agregó:

—Y, sin embargo, ha habido quien no haya pensado en el Gran Eneal sino para vendérselo al petrolero.

Y Remota puntualizó mentalmente la alusión acusadora:

—Demetrio Montiel.

Otro largo trecho en silencio y una vez más el chofer:

—Y ahora vea aquello otro, allá adelante.

Algo que parecía un alto en la marcha de alguna caravana. Hombres y mujeres sentados en el suelo, a la sombra

de unos cujíes, bajo los cuales se veían también algunos burros, o moviéndose de aquí para allá con chiriguas a los hombros o sobre la cabeza en un paraje de la sabana atravesada por el camino y donde se alzaban negros cardones aislados entre el cujizal.

—¿Gente que emigra?—preguntó Remota, con recuerdos de aquellos éxodos contemplados desde la enramada de Alitasía, cuando niña.

—No—repuso el chofer—. Es que por ahí está una casimba de la que se surten de agua todos los vecindarios de estos lados, en varios kilómetros de extensión.

La casimba. El hoyo cavado hasta donde se encontrase el agua del subsuelo, no demasiado profundo generalmente, y al cual se baja por escalones cortados en la tierra, en una zanja estrecha por donde sólo puede transitar una persona.

Uno a uno, según el orden de llegada, descendían a ella hombres y mujeres a llenar sus chiriguas con el agua turbia y caliente, que se iba poniendo más y más fangosa, mientras los demás esperaban su turno de pie o sentados en el suelo, junto a sus cántaras de barro, rojo o amarillo, con asas y grecas negras. Hombres que apenas disimulaban su desnudez con un pequeño guayuco y mujeres con mantas sucias y rotas y la pringue de la negra bija chorreada en las caras sudorosas.

Algunas salían de la casimba doblegadas bajo el peso de grandes chiriguas, sostenidas sobre las espaldas mediante tiras de coleta apoyadas sobre los hombros y cuyos extremos agarraban con las manos apuñadas contra el pecho, las *achepuchías* infelices, tristes animales de carga, portadoras del agua para la casa del amo; pero otras, que no sufrían la dura condición de la esclava, aunque también debían recorrer largas distancias para llevar el agua a sus casas, indias recias y buenas mozas, portaban el cántaro so-

bre la cabeza y a la actitud erguida y al paso elegante, el viento les añadía el adorno de la manta airosa bajo el sol.

Otras, acuclilladas en el suelo cerca de la casimba, ante una batea, lavaban los trapitos de los hijos pequeños que junto a ellas estaban esperándolos, desnudos, para ponérselos en seguida, a que se los secara encima el sol por el camino a la choza distante, las plantas de los pies ya endurecidas para quebrar espinas. Un poco de agua turbia en el fondo de un pequeño hueco en la tierra, para las necesidades de gente numerosa.

Y no faltó el comentario del chofer:

—¡Ah mundo! Esta pobre gente teniendo que caminar kilómetros para llevarse al rancho la chirigüita de agua sucia y el viento perdiéndose por toda la Guajira, sin la torre de un molino que lo haga trabajar para que el indio siquiera beba un agüita limpia. ¡Ah mundo! Y no muy lejos de aquí, en la zona petrolera, ese torrerío ajeno enriqueciendo al musiú, sobre la misma tierra.

Y Remota hizo un movimiento de agradable impresión al oir en boca del chofer una frase que ya se le había ocurrido a ella cuando la visita a la zona petrolera en compañía de Hardman.

Pero si el viaje que ahora iba haciendo era de marcha al encuentro de su forma original y auténtica, con propósitos de obra útil a los suyos, también lo era de despedida de un mundo que le brindaba halagos, y el pensamiento se le quedó fijo en Hardman y su canción de Arizona.

* * *

Había entrado ya en Paraguaipoa, pequeña población situada en el centro de la angosta faja venezolana de la Guajira, asiento de un cuartel de la Guardia Nacional de Fronteras y de una Jefatura Civil de municipio, con algunas casas en torno a un vasto espacio de terreno ondulado, a manera de plaza central. Ranchos de palma, el resto de

ella, diseminados en la sabana de hierba salada, cardón y crují.

No era propiamente una población guajira, aunque abundaba en ella el elemento aborigen y todos sus moradores estaban fuera de sus casas en torno a la plaza, para ver pasar a aquel personaje casi legendario que era Remota Montiel y de cuya vuelta al suelo natal ya había corrido por allí la noticia que iba esparciendo el camión donde viajaba Marita.

Estaba a la puerta de su despacho el Jefe Civil y el chofer se detuvo a las señas de parar que le hizo, para conocer a Remota y presentársele.

Era un blanco sin mestizaje alguno, de ojos verdes, encendidos de espíritu vehemente, alto, flaco, puro haz de nervios en continuo estado de vibración. Acudió a saludar a la pasajera esperada y se le presentó, lacónica y categóricamente:

—Olavera. A sus órdenes. Baje usted, baje usted.

Y haciéndola entrar en el despacho, contiguo a un cuarto a través de cuya puerta abierta se veía a un guajiro pernidesnudo, con camisa y sombrero de palma, sentado en un taburete.

—Vea usted, señorita Montiel—díjole, indicando al indio silencioso y sombrío—. El problema político de la Guajira, ya a la vista de usted. A ese hombre he tenido que arrestarlo por riña con efusión de sangre con otro indio. Es mi deber de autoridad civil venezolana, pero él no entiende que se le pueda castigar con pena de arresto, porque ya su ley original—no escrita, claro está, pero observada por todos ellos—lo obligará a reparar el daño causado, en especie, entregándole al herido tantos o cuantos animales de su propiedad, según el caso, de donde resulta que se le van a aplicar dos penas por un delito. Y eso es lo que llamo el problema político de la Guajira; una región perteneciente a Venezuela, pero no realmente incorporada a la

nación, no verdaderamente atendida con los servicios públicos que esta obligado a prestar el Estado, que se rige por sus costumbres tradicionales, haciéndose de la vista gorda el Estado cuando así le conviene y a la cual, sin embargo, se le quiere aplicar lo odioso de las leyes, lo restrictivo únicamente, lo penal. ¿No cree usted que debiera existir una legislación especial para esta región, que está realmente al margen de la nación venezolana?

Era mucho y planteado muy de prisa, para que Remota pudiese dar una respuesta satisfactoria; pero sí comprendió desde un principio que la vehemencia de Olavera era de generosa preocupación por los problemas guajiros. Y, en efecto, ya estaba invitándola a presenciar otro aspecto del doloroso caso:

—Venga para que vea cómo está la Guajira de servicios de asistencia social.

Y la condujo a una casa paredaña con la de la Jefatura, dentro de la cual había unos cinco catres ocupados por enfermos, pura y simplemente.

—Este es el hospital de Paraguaipoa. Pero no lo sostiene el Estado, porque para esto no alcanza el situado, que se lo traga casi todo la burocracia de la capital; sino yo, con la mayor parte de mi sueldo. Dicen que la Guajira no vale la pena dentro del gran problema nacional, urgido de soluciones inmediatas de punta a punta del país. Es cierto. Pero una de las puntas es la Guajira, precisamente y con la añadidura de que es región fronteriza, donde el cuidado del sentimiento de patria es más exigente. Una faja de tierra improductiva, unos pocos millares de indios desnutridos, semibárbaros—mas, ¿por culpa de quién?—, incapaces para el gran esfuerzo constructivo, elemento étnico inferior sobre el cual no se puede fundar esperanza de futuro grande. ¡Sí! Eso y menos, si quieren que así parezca para justificar el abandono en que se la tiene. Pero lo cierto es que Colombia les abre sus puertas, se los atrae

ofreciéndoles un nivel de vida más apetecible, con escuelas bien regentadas y hospitales bien asistidos, etcétera. Y, naturalmente, todos los de acá están pasándose para allá, y la Guajira se nos está yendo de las manos, como se dice. No es que Colombia nos la arrebata, es que estamos tirándosela encima para que acabe de ser suya toda entera.

Mientras así hablaba el vehemente Olavera, echando chispas de su espíritu encendido en amor guajiro por los ojos verdes, los enfermos que ocupaban los catres del desamparado hospital contemplaban a Remota con la tristeza de la enfermedad en los suyos.

—¿De modo que el Estado no contribuye con nada para el sostenimiento de este... refugio de enfermos? Llamémoslo así—dijo ella.

—No sólo eso, sino que se me ha ordenado cerrarlo, so pretexto de que los servicios públicos deben de llevarse a cabo dentro de un sistema planificado y con todas las exigencias de la técnica moderna en cada caso. ¡Es la canción de ahora: plan, técnica! Y mientras tanto, que cada palo aguante su vela. Da gusto leer lo que se escribe, pero produce indignación ver que no se hace nada. ¿Plan? ¡Pan! Eso es lo que necesita la Guajira, como toda Venezuela; pero más que en ninguna otra parte. Porque aquí la gente tiene que comer pulpa de cardón y lagartijas, para no morirse de hambre. ¡Así como lo oye!

Y en seguida:

—¿Y usted a qué viene?

—A meter el hombro, Olavera. Desde luego le prometo prestarle la ayuda que de mí necesite para esa obra.

—¡Magnífico! Ya esperaba yo que se pudiera poner confianza en el corazón de la Majayura de Piedra, como ya se la llama a usted por aquí. Y cuente conmigo a su vez. ¡Ya no estaré solo!

Y Remota salió de Paraguaipoa con la impresión de haber atravesado una tromba de vehemencia. Pero de vehe-

mencia generosa, que barrió de su ánimo la tendencia malsana a complacerse en melancolías que pudieran debilitarle la voluntad de acción.

* * *

Ya se alzaban ante su vista los resplandecientes médanos del Alitasía, bañados de sol, al pie de los cuales apenas se veían los negros extremos de los horcones de yotojoro que habían sostenido las casas y la enramada donde nació y transcurrió su infancia.

Pensó detenerse allí para contemplar de cerca los vestigios de aquel viejo asiento de su familia, en uno de los lugares más pintorescos de la región, donde por la época de las lluvias se formaba una laguna a cuyas orillas acudía a abrevarse ganado numeroso, y cuyos árboles vecinos se llenaban de pájaros que con sus cantos saludaban la alegría del amanecer y luego despedían la dulzura de las tardes sobre Flor del Taparo.

Pero cerca del médano se extendía un cardonal, en cuya linde se veía una choza, en torno a la cual se movía mucha gente, y el chofer le dijo:

—Allí es donde viven sus tías. Parece que hay mucha gente esperándola a usted.

No era posible concebir nada más sórdido que aquella vivienda sobre aquel árido pedazo de tierra, y era inhumano hacerle a un espíritu delicado la violencia de aposentarlo allí entre la sucia y fea miseria, dentro del más descuidado de los infortunios. Y bajó del camión con la gravedad de una valerosa aceptación de destino tremendo.

Sólo las viejas Barrosos veíanse ahora por allí, bajo el techo en ruinas, escombros ellas también. No tenían ya nada de aquellas Palmira y Dorila que fueron mujeres de buena presencia: la vejez y la miseria las habían convertido en figuras lamentables, feas, repugnantes. Avanzó hacia ellas, apretando la boca para contener su emoción. Aspera emo-

ción de sí misma, también, por culpa de ingratitud y olvido.

Palmira se había llevado la mano al pecho, sobre el corazón, pero ya su rostro, acartonado y consumido, no expresaba alteración de ánimo; a Dorila, en cambio, le temblaban las mejillas fláccidas y se le veían los ojos llenos de lágrimas y de contemplación admirativa ante aquella mujer elegante y majestuosa en que se había convertido la dulce majayura más bonita que formó en Guajira. En un principio había tenido el impulso de salirle al encuentro, tendiéndole los brazos; pero la había contenido la mano sarmentosa de la hermana, reintegrada a su antiguo orgullo.

Se detuvo Remota, se le inhibió de pronto el propósito de visita cariñosa con la cual su nueva mentalidad condescendía a los vínculos de la sangre y a sus afectos de niña, postergados y olvidados, al ver que por delante de la choza, hacia un lado, había una enramada recién construída, entechada con verdes palmas de coco, cubierto el piso de blanca arena de médano y en la cual estaba colgado un chinchorro nuevo, sitio y asiento adonde debe dirigirse, en silencio, el visitante. Y hacia allá se encaminó.

Una vez sentada ella en el chinchorro, Palmira salió de la choza, se le acercó lentamente y en silencio, la contempló así unos momentos y luego, apenas con un levísimo temblor en la voz, le dirigió el saludo guajiro:

—*Anshi piá.*

Remota trató de sonreir, pero no lo logró, y gravemente repuso:

—Sí. Ya llegué.

II

MARITA

Ya había recobrado el dominio de sí misma, momentáneamente perdido al abandonarse al sentimiento fatalista que matizó de entonación sombría la respuesta dada a Palmira. Ya había gastado, al sentarse bajo aquella enramada para recibir el saludo guajiro, todo el despecho de inferioridad que se hubiera acumulado en su espíritu durante los últimos meses en el gran país extraño, de cuya alma no se había compenetrado la suya. Lo superficial de su espíritu, los hábitos adquiridos en la vida civilizada, el gusto por la comodidad, la limpieza y la decencia, ya había recibido el choque de repulsión por la sordidez que ahora la rodearía; pero lo íntimo y serenamente compenetrado de propósito de acción útil a su gente infeliz, le venía aflorando gozosamente.

Palmira y Dorila le habían referido ya la historia de sus sombríos años de envejecimiento padeciendo hambre sin ternura de afectos, y ahora ella les decía:

—Ya todo eso pasó. Ahora...

Pero Dorila no la dejó concluir:

—Cuéntame—díjole—. ¿De verdad estabas encantada sobre el cerro de Ulípichi? Airapúa dijo que te habías convertido en piedra, allá en lo alto de Ulípichi, con un perro echado a tus pies, y así te vio todo el mundo.

—¿De veras?

—Sí. Eso dijo Airapúa. Fuiste mala conmigo. No me dijiste que te ibas a escapar, y Palmira creyó que yo estaba de acuerdo contigo. Después nos contaron que te habías ido con tu padre, *Diablo Contento*, que estaba esperándote al otro lado del médano. Pero ¿aquellas huellas tuyas junto

con las de un perro hasta lo más alto del médano?... Explícame eso.

—No sé de qué me hablas. Yo no traspuse el médano. Lo rodeé por un camino que quedaba más allá de Alitasía, donde mi padre estaba esperándome.

Pero Dorila insistió, tomándole las manos entre las suyas, ya duros huesos solamente:

—Dime la verdad. ¿No estabas encantada?

—¡Tía Dorila! ¿Acabas de decirme que me fui con mi padre y al mismo tiempo crees en mi encantamiento convertida en piedra?

Dorila se quedó mirándola a los ojos y ella comprendió que en aquel espíritu bien podían caber a la vez y sin contradicción la idea positiva y la ingenua creencia en la leyenda.

—¿Y Airapúa?—interrogó—. ¿Qué noticias me dan de él?

—Se fue de Alitasía esa noche—respondió Palmira—. Nunca más supimos de él. La gente creyó que el perro de piedra que estaba echado a tus pies era Airapúa.

—¿Y tú también lo has creído?

La interrogada encogió los hombros, y Remota concluyó poniéndose de pie:

—Bien. He regresado de mi encantamiento y aquí estoy con ustedes. Pero como en esta casa, si así puede llamarse, no es posible habitar, nos construiremos otra en un lugar más agradable. Sobre aquella loma, por ejemplo.

Diciendo así, había salido de la enramada para examinar la sórdida choza donde ya había decidido albergarse mientras se alzara la nueva casa sobre la loma vecina, y al dirigirse a ella advirtió la presencia de la gente que se vio desde el camino congregada allí. Mujeres en su mayor parte entre las cuales estaba Marita, con quien había hablado en la balsa, cuando atravesaban el río Limón.

Se les acercó con expresión afable y una vez más pudo

comprobar que, para aquella gente de espíritu simple, ella era, al mismo tiempo, una persona real y un personaje de leyenda de encantamiento. Se detuvo ante una muchacha en cuyos ojos estaba pintado el asombro de su espíritu y tomándole la diestra hizo que le palpara los brazos, mientras le decía sonriendo:

—Tócame. Tócame para que te convenzas de que no soy de piedra.

Luego le dio una palmada en la mejilla y se le retiró para acercarse a Marita.

—Y a ti, buenamoza, muchas gracias por el anuncio traído.

—El camión donde veníamos va regando la noticia por toda la Guajira—repuso Marita—. Todos estos vecinos de por estos lados han venido a conocerte. ¿No te disgusta?

—Todo lo contrario.

—Ellos compusieron la enramada, que ya no tenía techo—agregó Marita, refiriéndose a los hombres—. Y si te dilatas más, encuentras toda la casa hecha de nuevo.

—Pues mañana mismo comenzaremos a levantar otra, sobre aquella loma. ¿Quieren? Trabajo retribuído, por supuesto.

—Como tú digas. Cuando tú quieras. Donde tú lo dispongas—respondieron los hombres, a cuyos rostros asomaba también, en forma de respeto, aquella confusión de sentimientos.

Los llamó el chofer para que descargasen el camión y al ver cuanto venía allí para remedio de hambres, el asombro ingenuo ante el hecho portentoso de la vuelta de la majayura de piedra, se convirtió en positiva alegría de un auxilio que para todos ellos traía la hija de la generosa Cantaralia.

En efecto, Remota repartió entre ellos buena parte de la abundante provisión de maíz y panela, base de la alimentación del guajiro, que había llevado, y con esto y la

añadidura del ingenuo asombro, todos se volvieron a sus casas contentos y de prisa, para esparcir por todas partes la noticia estupenda de la vuelta del tiempo bueno con el regreso de la majayura encantada.

Pero Marita, en cambio, se le acercó con un regalo:

—Tú no habrás traído mucha ropa en tu maleta chiquita, y yo quiero regalarte esta manta, este pañuelo y estas sandalias.

Eran de seda blanca la manta y el pañuelo, y las sandalias estaban adornadas con grandes bellotas de estambre negro.

—Yo no he usado nada de esto—agregó Marita—. Lo había comprado en Maracaibo para mí, y como tenemos el mismo cuerpo, creo que te sirven. ¿Quieres probártelas? ¿Quieres recibirlo para ti, aunque sea de mis manos?

—¿Por qué no, mujer? Pero ya me has hecho el obsequio de este chinchorro y de la hamaca donde habré de dormir, según me han dicho las tías, y estas cosas, ahora, tal vez te hagan falta.

Marita se la quedó mirando en silencio y sin sonreír, y Remota se dispuso a tomar el regalo, diciéndole:

—Dame acá. No es que te lo desprecie.

Pero la guajira se apoyó contra el pecho las cosas por las cuales Remota alargaba el brazo y le dijo, bajando la voz, a fin de que no la oyesen las viejas:

—Tengo que decirte antes, que yo... Que yo vivo de lo que me dan los hombres en Maracaibo. ¿Comprendes?

—¡Ah! Sí, sí.

—Te da asco, ¿verdad? Son cosas de la vida. Cosas que una tiene que hacer para no morirse de hambre.

Remota la miró en silencio unos momentos. No parecía una mujer pervertida aquella joven graciosa y de mirada ingenua.

—¿Hace mucho tiempo que te ganas así la vida?—le preguntó.

—No. Estoy empezando... Pero no me gusta. Fue una desgracia... No me pidas que te la cuente... En mi casa no saben la verdad, y como necesitan de lo que yo pueda darles para comer, mujeres viejas todas... Este regalo que yo quería hacerte no ha tocado mi cuerpo, pero tú no puedes recibírmelo.

—Dame acá—díjole Remota—. Si me vienen bien esas cosas, las usaré con gusto; pero con la condición de que no regreses a Maracaibo y cambies de género de vida.

La miró ella emocionadamente, con el fondo incontaminado de su alma en la expresión ingenua de los ojos hermosos y murmuró interrogativamente, ansiosamente:

—¿Tú me ayudas?... Si tú me ayudas yo me quedaré en casa.

—¡Claro que sí! Ya hablaremos más. Por ahora, dile a Dorila que me guarde eso ahí dentro y déjame sola con las tías, que tendrán muchas cosas que contarme.

Se marchó Marita y Remota fue a reclinarse en el chinchorro, murmurando, pero sin amarguras ya:

—¡Ya llegué!

LA GRAN MADRE

Ya había oscurecido hacía rato y Remota se había salido al camino que pasaba por delante de la choza, para practicar su costumbre de caminar un poco después de la comida. Iba de aquí para allá, sin alejarse mucho, con los brazos cogidos a la espalda, a la manera de los hombres que se pasean pensativos, y eran pensamientos varoniles los que ocupaban su mente.

Una obra por delante, superior a sus posibilidades inmediatas, pero digna de que se le consagrara una vida. Sobre la oscura tierra sin fragancias de fronda se alzaban hacia el cielo encapotado las negras pencas de los cardonales, como brazos de muchedumbre clamante de la misericordia

negada del agua. Descansaba el viento que todo el día había estado soplando reciamente sobre la llanura y la noche se iba haciendo más y más calurosa... El viento que bien podía trabajar jornadas enteras, moviendo las bombas que extrajesen a chorros del subsuelo el agua que afloraba turbia y mezquina en el fondo de la casimbas... Una empresa para ser acometida por hombres de acción: toda la Guajira algún día erizada de torres laboriosas, propias y para el remedio de la propia necesidad apremiante, análogas a aquellas que se alzaban en la zona petrolera para el colmo diario de la estupenda suerte ajena. Una empresa de hombres donde desembocara su mujer frustrada por la orgánica desapetencia de amor.

Dorila salió al camino, para cerciorarse de si aún estaba por allí, de que no se había regresado a la cumbre de Ulípichi, convertida en piedra otra vez.

—¿No te da miedo estar sola con esta noche tan fea?

—No.

Se había detenido junto a ella para responderle y fue entonces cuando su atención se fijó en un ruido que había comenzado a producirse hacía rato.

—¿Qué suena así?—preguntó—. ¿Una maraca?

—Sí—respondió Dorila—. La maraquita de la piacha Gregoria, que está piachando a Amaqui, la hermana de Marita.

Referíase al ejercicio de las funciones de curanderos que practican los piaches guajiros, agitando una maraquita por delante del enfermo y agregó:

—Amaqui está en blanqueo, pero se la llevará la muerte antes de que llegue a formar. Dicen que son los *guanurús* blancos, los peores de todos, los que la están consumiendo.

—No me había dicho Marita que su hermana estuviera enferma.

—Por eso vino de Maracaibo, a traerle auxilios a su familia. Marita es un poco loca, pero es buena con su gente.

—¿Viven cerca de aquí?

—Ahí mismo, al otro lado de ese cardonal.

—¿Quieres acompañarme hasta allá?

—Vamos. Pero invita también a Palmira, para que no se ponga brava conmigo. Palmira es muy susceptible. Pero la noche está muy oscura en ese cardonal y puedes caerte y aporrearte.

—Llevaré una linterna que traje en el maletín.

* * *

Dos viviendas de barro y paja separadas por un angosto pasadizo hacia la cocina, entre cuyas tapias ardía un fuego hecho de cardón, una de aquéllas, de puerta tapada con una estera de enea, la habitación de la enferma, dentro de la cual sonaba la maraquita de la piacha Gregoria.

Cinco mujeres—entre ellas Marita, aunque aparte, con manta casera de tela ordinaria y sin pañuelo—estaban sentadas en el suelo del pasadizo, por delante de la puerta cerrada, silenciosas y cabizbajas, no tanto por la aflicción del caso, sino para que ningún ruido—y menos aún de conversaciones—perturbase la reconcentración mental de la piacha en el conjuro del mal para no correr el riesgo de atraerse hacia el propio cuerpo los *guanurús* que se estuvieran desprendiendo ya de la enferma, a lo cual se exponía quien pronunciase palabras en tales circunstancias.

Los resplandores temblorosos del fogón iluminaban expresiones sombrías en el dramático grupo, al cual fueron a reunirse Remota y sus tías, en silencio, porque éstas compartían aquellas creencias supersticiosas y porque Remota, sobrecogida por la escena, se había olvidado repentinamente del verdadero propósito de su visita.

Sonaba sin descanso el ruido seco, áspero, monótono, exasperante ya, de la maraquita agitada por la piacha dentro del cuarto a oscuras, acompañando los gemidos nasales que ésta comenzaba a emitir entre ratos, más y más breves,

hasta que se convirtieron en un gemido continuo, sin pausa de respiro perceptible, pero estremecido, como lloriqueo de niño a quien se sacude en los brazos para que calle y duerma.

Era la primera faz del exorcismo y Remota se imaginó la escena con sus recuerdos de la infancia, cuando sus lechinas y su sarampión: la piacha sentada en el suelo junto a la hamaca de la enferma, masticando tabaco en rama mientras gemía y agitaba la maraquita y entregada a convulsiones de simulación demoníaca, mediante cuyo efecto autosugestivo concluiría por sentirse realmente poseída por los espíritus elementales y malignos—los *guanurús*—que se proponía sacar del cuerpo de la paciente, atrayéndolos hacia el suyo con el engaño de los gemidos que les ofrecían carne de sufrimiento, pero inmunizada por las virtudes del tabaco cuya sustancia ingería con la saliva. Y la oscuridad absoluta, las tinieblas profundas en torno a los cuerpos y dentro de los espíritus de los personajes de la escena.

Inhibida la conciencia vigilante de sí misma, Remota se abandonaba al peligroso juego del reflujo de su mentalidad hacia las hondas tinieblas ancestrales. Y Marita no le quitaba la vista, atenta a los mínimos gestos de su rostro ceñudo.

Ya comenzaban a insertarse en el gemido nasal gritos estrangulados, débiles al principio y progresivamente más frecuentes e impresionantes, reveladores de que se había entablado por fin la lucha con los *guanurús* resistidos a abandonar la carne de su víctima y entre los cuales se intercalaban, a su vez, los sonidos de expulsión de la saliva impregnada de tabaco con que la piacha rociaba de cuando en cuando el cuerpo de la enferma.

Los reflejos de las llamas del fogón desarrollaban una danza espectral sobre el dramático grupo de mujeres silenciosas cuyas miradas estaban ahora todas fijas en Remota —una más entre las sombras taciturnas bajo las lamenta-

ciones frenéticas que se alzaban en el silencio de la noche guajira—y ya ella comenzaba a reaccionar, sintiéndose sobrecogida del terror de haberse asomado, con participación voluntaria, a uno de los más tétricos abismos de la infelicidad humana, haciéndole a su alma violencia irremediable tal vez; pero sin que todavía se convirtiera en fuerza motriz de su cuerpo la idea de que debía levantarse de aquel sitio.

Ya culminaba la posesión demoníaca de la piacha, demonio de sí misma, en alaridos impresionantes, sacudidos por los estremecimientos que le recorrían todo el cuerpo, acelerando el ritmo de la maraca aturdidora de los *guanurús* y era en el pensamiento de Remota toda la Guajira la que clamaba y se retorcía bajo la espantosa noche de su propia alma.

Y por fin con esfuerzo análogo al que se hace en el duermevela para librarse de las pesadillas, se zafó de su absurdo abandono al reflujo espiritual, se levantó del grupo de las sombras taciturnas y se dirigió hacia la puerta, ya con su linterna eléctrica encendida, para penetrar en la habitación y ponerle término a la escena, ante la cual había estado cometiendo la monstruosidad de sumirse en los abismos de la mentalidad primitiva.

Produjose un movimiento de alarma entre los familiares de la enferma, cuya vida corría mortal peligro si se perturbaba en aquellos momentos críticos el trance de la piacha, ya girando en torno a ella los *guanurús* enfurecidos y dos de ellas se levantaron precipitadamente para impedirle que se acercara a la puerta.

Pero Marita se había precipitado también a defenderla y cubriéndola con su cuerpo, díjoles a las que intentaban detenerla:

—Déjenla. Ella sabe lo que hace.

A tiempo que Remota tiraba violentamente de la estera

de enea que obstruía la puerta y metía dentro de la habitación el haz de luz de su linterna.

Cesaron de pronto los gemidos de la piacha, se desplomó ésta sobre el suelo y la maraquita rodó con su sonido seco hasta el pasadizo entre las viviendas y la cocina donde ahora chisporroteaba el fuego.

—Sáquenla de aquí—díjoles imperiosamente Remota a las mujeres que detrás de ella habían entrado en el cuarto y mientras la alumbraba con su linterna.

Una mujeruca andrajosa y desgreñada, toda estremecida por la respiración jadeante y de cuya horrible boca desdentada salían negros hilos de saliva impregnada de tabaco.

La levantaron del suelo, la madre de la enferma y otra de las mujeres de la familia, cogiéndola por los brazos fláccidos y desmadejados y mientras así la obligaban a incorporarse ella murmuró entre sus resuellos angustiosos:

—Entréguensela a la Gran Madre. Háganle lo que ella diga... La Gran Madre trae el remedio de todos los males... La Gran Madre sabe lo que hace.

Era el lenguaje cabalístico con el que generalmente se expresan los piaches y tal vez se refería a la muerte inevitable de la majayura, la gran madre piadosa de los infortunados sin remedio; pero la atribulada madre de Amaqui le dio otra interpretación a aquellas palabras, volviéndose a mirar a Remota, que se había detenido junto a la hamaca de la enferma y desentendiéndose de la piacha, con la cual otras cargaron, se le acercó a aquélla.

Era Amaqui una muchacha jovencita, no propiamente una enferma, sino una depauperada por la falta de alimentación conveniente y la privación de los rayos del sol que estaba consumiéndose en la atmósfera viciada del encierro. Era su rostro casi solamente dos ojos hermosos y tristes que ahora contemplaban con ternura y esperanza a la desconocida que le sonreía.

—Es mi hija menor—díjole a Remota la mujer que se

le había acercado—. Dicen que son los *guanurús* blancos los que la están consumiendo; pero ella no tose ni tiene calentura.

Remota le tomó el pulso y luego dijo:

—Fiebre no tiene, realmente. ¡Miren cómo la ha puesto la inmunda saliva de esa mujer! Ande, caliente un poco de agua en seguida, para prepararle un baño.

—¿No le hará mal?

—Ande. Haga lo que le digo. ¿No se lo aconsejó la piacha? Primero que todo asearla. Luego la haremos tomar un alimento conveniente y alguna medicina reconfortante de las que les traje a las tías.

Y salió de la habitación, cuya atmósfera pesada y pestilente era irrespirable y habiéndose retirado un poco de las casas se le acercó Marita, diciéndole:

—No entré contigo al cuarto porque yo soy impura y corrompería a la majayura que está formando. Yo la quiero mucho. ¿Verdad que no se morirá? ¿Que tú la curarás?

—Sí mujer. Sí. Pero ahora déjame sola.

* * *

Ya había dejado a Amaqui limpia, reconfortada y abierta la clausura del blanqueo, durmiendo tranquila a todo el aire del campo que circulaba dentro de la habitación y regresaba a la casa de las tías, acompañada por ellas, una a cada lado apoyándose en sus brazos.

Iban en silencio, entregadas a sus pensamientos: Palmira a la idea positiva de que ya no estaban desamparadas; Dorila, a la búsqueda dentro de sus más lejanos recuerdos de alguna tradición guajira en la que se hablase de la Gran Madre que algún día descendería de los montes sobre aquella tierra desventurada, porque ya nadie le quitaría de la cabeza la idea de que las palabras de la piacha clarividente se habían referido a Remota; y ésta,

oyendo todavía resonar en su mente los acentos abismales del exorcismo.

Era una fosca noche, con el intermitente fusilazo de un relámpago sin trueno al ras del horizonte, por entre los negros cardonales. Era toda la Guajira en un fulgor de tormenta silenciosa, cardón sin ternura, lamento de piaches... Pero también de una conmovedora mirada agradecida y suplicante, puesta en ella desde el fondo de unos ojos hermosos y tristes que no querían apagarse.

Una pequeña porción de la inmensa tierra, pero un gran infortunio humano. ¡Bien valía una vida el remedio que pudiera aportársele!

III

EL DUENDE DEL ALBA

La despertó el anuncio de la aurora en el canto de los gallos y como había dormido bajo la enramada, a pleno aire, al incorporarse en la hamaca, dentro de la naturaleza que por todas partes la rodeaba, como nunca le aconteció a Ludmila Weimar, se encontró a sí misma toda presente en uno de los sentimientos fundamentales de su raza: la compenetración con la Naturaleza. Se abandonó a la recuperada emoción de sus amaneceres guajiros, ante el lucero del alba, entre el canto de los gallos, y de la memoria acariciada se le vino a la boca un goloso apetito de su infancia:

—Es tiempo de datos maduros—se dijo—. Debe de haber muchos por aquí.

Y abandonó la hamaca para complacer a la guajirita que se le había despertado, como a madre consentidora niña caprichosa, con ganas de desayunarse con la silvestre fruta en cuya miel solferina se enternece la penca espinosa del cardón.

Pero Ludmila Weimar acostumbraba a bañarse al saltar de la cama en una bonita aunque pequeña sala de baño, con alto zócalo de baldosas de porcelana rosada, del mismo delicado color el lavabo y las piezas que completaban el menaje íntimo, en el apartamento del Riverside, uno de los más modernos de aquel sector neoyorquino, pero muy confortable.

Ahora—ya lo había comprobado la víspera—ni sala de baño, aunque era todavía rosado el alto zócalo del horizonte auroral, ni nada que brindase comodidad y decencia. El agua se la había hecho traer Marita de la casimba próxima en una chirigua que estaba en el suelo, por detrás de la choza, y la ablución consistía en volcársela encima, al discreto oscurito del amanecer, sobre la misma tierra.

Procedió a desnudarse, diciéndose a manera de réplica contra la exigencia que le hacían su hábitos civilizados:

—¿Dónde he leído o a quién le he oído decir que la civilización norteamericana es una civilización de salas de baño? Algún francés, seguramente. Pero de todos modos, hay que remediar también esta necesidad.

Y mientras tanto, procedió a tomar el baño del agua de la chirigua, como antes, a totumadas... Los pájaros piaron en el cardonal y el zócalo de la aurora se fué encendiendo más y más.

Ya se disponía a vestirse con "el salto de cama" que se había traído en su equipaje, cuando se le acercó Dorila, ofreciéndole revestidura guajira con los regalos de Marita.

—Pero es una manta de seda—objetó—. A estas horas y en estos sitios...

—Pruébatela—insistió Dorila, deseosa de verla con indumentaria indígena—. Es fresca y liviana y como Marita asegura que no ha usado nada de esto y así parece, porque todo huele a nuevo...

—Dame acá. Tienes ganas de verme guajira y voy a complacerte.

Y mientras se probaba las prendas del obsequio:

—Las sandalias, un poco grandes nada más, pero no importa. La manta, como a la medida, por lo holgada que se acostumbra a llevarla. Del pañuelo no hay que hablar; pero tendrás que ayudarme a ponérmelo, porque se me olvidó eso.

—Así, así. ¡La majayura más bonita que ha formado en Guajira!

—¡Tía Dorila! Así me decías aquella tarde cuando me ayudabas a vestirme, sin saber que era para la fuga.

La abrazó y la besó y echó a andar su amaneciente guajira risueña por entre el cardonal, para acabar de endulzársela con la golosina predilecta de su infancia.

Mas, a poco andar, advirtió que el cardonal cantaba, dulcemente:

Remota, hermana Remota.
Te digo hermana por ser
de tu misma casta, Remota...

Tenía frío la canción madrugadora, puesto que parecía tiritar y la delgada vocecita que la entonaba reproducía el tierno sonido de las *talirayas* compañeras de melancolías.

Se acercó al lugar de donde salía la canción de su madre. Era un muchachito ocupado en recoger los datos maduros que habían caído de las pencas durante la noche y tiritaba, realmente, desnudo de cinta arriba, mientras ahora producía a boca cerrada la melodía del cantar, conforme a la costumbre guajira, pues casi todas las canciones simulan un diálogo que así se va dividiendo.

Se detuvo a oírse, emocionante, pues luego vendría la réplica de Remota y así se escuchó en el melodioso guajiro del niño:

Yo no quiero ir donde estés tú,
que andas por los ranchos
como los ciempieses y los tuqueques,
buscando arañitas para matarte el hambre.

Eran los versos de Cantaralia otra vez vagando por allí. Aquella noche en todas las casas guajiras se había recordado aquella canción, y de oírsela cantar a la madre la había aprendido el niño que recogía los datos maduros.

De nuevo la tonada entre dientes partiendo el diálogo, mientras las manos recogían las frutas reventonas de encendido color y luego la respuesta del menospreciado:

Si yo ando así por aquí
es porque estoy de paso en esta tierra.
Pero allá en la Palajuvacú
tengo muchas bestias y mucho ganado
que voy a traer para comprarte,
Remota, hermana Remota.

Lo dejó dividir el diálogo con la melodía sin palabras y luego se las quitó de la boca para hacer ella misma la réplica de Remota, no en guajiro ni con versos de la canción de su madre, sino con juguetona ocurrencia:

¿Cuatro daticos podridos
son tus muchos ganados?...
Límpiate el hociquito
cuando te los hayas comido
y dame los maduritos
para comérmelos yo.

Sorprendido el guajirito, se enderezó y se quedó embelesado contemplándola y oyéndola; pero de pronto hizo gesto de miedo supersticioso y huyó en carrera a través del cardonal, porque ella era la majayura de piedra que había bajado de Ulípichi y estaba vestida de blanco, como los duendes que se aparecen en los parajes solitarios.

Remota sonrió comprensivamente y volvió al sendero que había abandonado.

LA IRA EN EL AMANECER

Avanzó por el cardonal hacia el naciente, donde tras la ceja de un montículo desnudo de vegetación, se alzaban por entre las nubes tenues, como trompetas vibrantes enderezadas con el claro anuncio del día, tres haces de destellos dorados.

Apresuró el paso al encuentro del acontecimiento magnífico en campo despejado y el sol violento le encandiló los ojos y la hizo detenerse, mientras le convertía el blanco duende del alba en estatua de oro, ya en la linde del cardonal.

Así la vio Leonarda Fagúndez y así la vieron todas las que junto con ella estaban de pie y en silencio, con sus chiriguas bajo el brazo, al borde de la casimba seca.

La del agua más abundante y más clara por todo aquello, la que nunca faltó a llenar las chiriguas ventrudas para el abastecimiento del vecindario, ni dejó con sed al ganado que llevaran a abrevarse los bestieros a la sombra de los caimitos que la rodeaban.

Allá estaba mugiendo y bramando en torno a la canoa del abrevadero, todavía seca—ira en las trompetas del anuncio del día—y allí estaba Leonarda Fagúndez, al borde de la casimba enjuta, esperando a que la recién llegada acabara de acercársele para que le oyese todo lo que tenía que decirle.

Era una mujer cincuentenaria, de facciones duras, afiladas y secas, de cabellos rizados y esponjados bajo el pañuelo ceñido a la frente, de ojos voluntariosos, alta, huesuda. La acompañaban unas diez guajiras jóvenes y de aspecto manso y sufrido, que sostenían sobre los cuadriles sus chiriguas vacías. Ella había puesto la suya en el suelo y estaba empinada en su ira, con la boca apretada, con el ceño fruncido.

A Remota le pareció interesante el cuadro que se le ofrecía a la tierna contraluz de la mañana: las mujeres inmóviles, mantas, pañuelos y cántaros en un primer plano de armoniosa composición estática; el ganado mugiente, los cuerpos echados hacia los morrillos, los hocicos alzados; las copas de los caimitos atravesadas por rayos de sol. Y se quedó contemplándolo desde el sitio donde la había detenido el encandilamiento del amanecer.

Leonarda Fagúndez gritó algo en guajiro, empinándose más. Y ya Remota se preguntaba qué estaría diciéndole, puesto que a ella venían dirigidas aquellas palabras, cuando oyó la voz de Marita a sus espaldas:

—No vayas. Te dice que te la acerques, pero no lo hagas. Es Leonarda Fagúndez, de la casta epieyú, sobrina de Chuachuaima. De la casta ofendida por el desprecio que tú le hiciste a su alagla.

—¿Se ha referido a eso?—inquirió Remota, sonriendo.

—No. Te ha dicho que acabes de acercártele nada más. Que tiene algo que decirte, cara a cara.

Y como Remota ya se encaminaba hacia allá, Marita agregó, alarmada:

—¡No, señorita! No te le acerques. ¡Es Leonarda Fagúndez!

Remota avanzó sonriendo, dispuesta a oir los reproches de la casta ofendida y darle a la sobrina de Chuachuaima sus explicaciones para hacerla entrar en razón y sonriendo la saludó con una inclinación de cabeza al detenerse por delante de ella, casimba por medio.

Se enderezó y se empinó más todavía la iracunda y mientras indicaba con bruscos movimientos de la seca mano huesuda el fondo enjuto de la casimba, habló largo rato en guajiro vibrante, con el ceño fruncido sobre los ojos coléricos y luego recogió del suelo su chirigua vacía y le volvió la espalda, llevándose tras de sí a las otras mujeres,

al cuadril las suyas, camino de alguna otra fuente que no se hubiese secado.

Remota, que sólo había logrado entender que se trataba de la casimba, pero sin alcanzar a explicarse qué se le había dicho a propósito de ella, se quedó perpleja viéndolas alejarse y luego se preguntó:

—¿Qué significará esto?

Y el bestiero, que ya estaba arreando su ganado para conducirlo quién sabe adónde si allí no pudo abrevarlo, dijo también algo iracundo en guajiro, que hizo exclamar a Marita—que ya se le acercaba a Remota—escandalizada:

—¡Dios grande! ¿Cómo ha podido decirle eso?

—Explícame—díjole Remota, encarándosele—. ¿Qué me han dicho? ¿Qué ha sucedido en que yo pueda tener alguna culpa? Porque es evidente que me han hecho cargos.

—Leonarda Fagúndez te dijo que esta casimba la hizo un epieyú y que como anoche se cogió agua de ella para que tú te bañaras esta mañanita, el espíritu del epieyú, que murió hace tiempo, la maldijo para que nunca más tuviera agua y que por eso tú tienes la culpa de que se haya secado. Y te dijo otras cosas malas, que es mejor que no las sepas.

—Pero ¿es tonta esa mujer?—se preguntó Remota.

—No. Es brava—repuso Marita—. Tenle miedo. Leonarda Fagúndez es capaz de encender una guerra de castas por cualquier cosa y con eso te ha amenazado.

—Sería el colmo—dijo Remota—. En realidad, es grave que el vecindario haya amanecido sin agua de qué abastecerse y yo no me habría bañado hoy si hubiera sabido esto; pero... ¡En fin! ya me has dicho que Leonarda Fagúndez es sobrina de Chuachuaima.

Y se retiró de la casimba seca, con la disposición de hacerla cavar hasta que reapareciese el agua—que por lo demás no debería estar muy profunda, pues la tierra del

fondo se conservaba bastante húmeda—; pero también con el desabrimiento de espíritu que le había dejado la presencia de la ira en su amanecer.

IV

JARARAYÚ

Amaqui se reponía por momentos de la postración en que la habían sumido los días del mal comer, con varios de pulpa de cardón por todo alimento después de los de ayunos y vomitivos con que se había iniciado su blanqueo, dos meses antes, y ya era otra, conversadora y risueña, cuando por la tarde fue a verla Remota.

Charló un rato con ella, comprobando que, como ya se lo había parecido la noche anterior, se trataba de una niña todavía distante de la pubertad, prematuramente sometida a la clausura, a fin de que no se repitiera en ella el caso de Marita, que—al decir de la madre—había jugado con su doncellez en los retozos de la infancia.

Explicado lo cual, le suplicó a Remota:

—Aconséjame a Marita. Ella cree que nosotras no sabemos... Ella hará lo que tú le pidas.

Prometió la ayuda, una vez más, e invitó a Marita a que la acompañase hasta el médano cercano, entre cuyas arenas asomaban los extremos de los negros horcones de yotojoro que habían sostenido las casas de Alitasía.

Habían hecho el recorrido en silencio y ya se acercaban al solitario paraje donde se veían aquellos vestigios entre el blanco arenal, cuando advirtieron que hacia ellas avanzaban seis hombres a caballo, trajeados de mantas guajiras, de tela azul oscuro, con pañuelos ceñidos a las frentes, uno de ellos con la cabeza adornada con una pluma negra sostenida bajo el suyo, como ya no se acostumbraba

sino en ocasiones solemnes de ostentación aborigen, y portador, además, de un rifle en la diestra, apoyado sobre la pierna.

Marita se amedrentó y trató de huir, pero Remota la contuvo y de cara al riesgo posible lo esperó serenamente.

Venían al trote de las fogosas cabalgaduras tascadoras de freno espumoso y las pararon a recio tirón de las bridas, simultáneamente, y el de la pluma y el rifle descabalgó con agilidad atlética y avanzó a pie, arma en balanza en su diestra.

Rostro tallado en ángulos enérgicos, voluntarioso el perfil, erguido el cuello, anchos los hombros, bien modelado el torso, fornidos los brazos y las piernas al descubierto de la manta, el adornado y armado venía con toda su gallardía varonil transpirando gana de pelea; pero se detuvo a pocos pasos y con elegancia estatuaria y en español bien pronunciado, díjole a Remota, de quien ya se había apartado Marita:

—Soy Jararayú, de la casta uriana, y vengo a ponerme a tus órdenes.

Remota hizo memorias y murmuró exclamativamente:

—¡Jararayú!

Doce años ella, unos quince él, ya recio y arrogante, cruzados los musculosos brazos sobre el pecho estatuario, dulcificados los enérgicos ojos brillantes sobre ella y su cuento para sus compañeros en lo alto del médano. Y como entonces a uno de los de él se le ocurrió entonar el *Canto de Keirachí*, el emocionado recuerdo la hizo agregar ahora:

—¡Keirachí!

Y Jararayú, que respiraba aliento bélico, se limitó a mover afirmativamente la cabeza.

Luego dijo:

—Estuve enamorado de ti, pero tus tías prefirieron a Chuachuaima para marido tuyo.

Fue Remota quien movió entonces la cabeza afirma-

tivamente y él prosiguió, sin más alusiones a la sentimental historia:

—Fuí amigo de tu padre y vengo a ofrecerte mi brazo y mi gente, porque he oído decir que está en peligro. Este winchester me lo regaló tu padre, cuando yo necesitaba de un arma buena para defenderme de mis enemigos y me fue muy útil. Aquí lo tienes, con mi brazo, para defenderte del epieyú que se atreva contra ti.

Jararayú se expresaba con facilidad y precisión, mientras sus hombres, que habían permanecido a caballo, lo escuchaban con los ceños fruncidos por el ánimo belicoso. Remota sonrió y repuso:

—Gracias, Jararayú. Pero afortunadamente no estoy corriendo peligros.

—¿Tú que sabes? Leonarda Fagúndez está encendiendo la guerra para vengar el desaire que le hiciste a Chuachuaima y ya se ha visto a muchos epieyús reuniéndose y conversando en voz baja. En tu casta no hay hombres que puedan defenderte; pero los urianas, de quienes soy el alagla, estamos contigo.

Y dicho esto se volvió hacia sus compañeros y les dirigió unas palabras en guajiro, que Remota no pudo entender.

—¡Aá!—murmuraron los ceñudos jinetes y haciendo avanzar sus caballos al paso, se acercaron a Remota y comenzaron a girar lentamente en torno a ella, mientras la observaban con atención minuciosa, en silencio.

—¿Qué significa esto, Jararayú?—inquirió ella, sin dejar de sonreír.

Pero el arrogante caudillo no le dio respuesta y sus hombres continuaron describiendo el círculo de la inquietante observación.

Hasta que por fin se detuvieron, murmurando otra vez:

—¡Aá!

Jararayú los arengó de esta manera:

—Ya la han visto, pues. No tiene marcas de heridas ni de

golpes en su cuerpo y su manta no está rota ni manchada de sangre. Así tiene que verse siempre a la hija de Demetrio Montiel, que fue amigo de nosotros, mientras haya un uriana en la Guajira.

—¡Aá!—repitieron los jinetes.

Remota avanzó hacia él, diciéndole:

—Otra vez te doy las gracias, Jararayú; pero no quiero guerras, ni por mi causa ni por ninguna otra y tú vas a prometerme que no la habrá por parte de ustedes. A Leonarda Fagúndez no hay que hacerle caso.

Dicho esto le tendió la diestra para formalizar el pacto a que quería obligarlo; pero ya él no respiraba aliento bélico, aunque su pecho se ensanchaba y se recogía a un ritmo tumultuoso, mientras sus ojos, fijos en los de ella cercana, habían recuperado la expresión de la tarde de los quince años y nada más podían ver, siendo necesario que uno de los jinetes le advirtiera, en guajiro:

—Está ofreciéndote su mano, *alagla*. Se la has dejado extendida.

Volvió él de su embeleso, se pasó el rifle de la diestra a la otra mano y estrechó la que se le ofrecía, diciendo, como si sólo hablase su lealtad guajira:

—A la hija de Demetrio Montiel, Jararayú no puede negarle nada. Pero de todos modos Jararayú velará tu sueño.

Remota dejó de sonreír, mirándolo a los ojos de ardiente expresión varonil y con voz velada de emoción repúsole:

—Gracias, Keirachí.

Se fundió el Marte de bronce en el rojo sol de la tarde, cercano al horizonte a través del cardonal, quedando, en cambio, el hombre enamorado, y Remota soltó la mano que ya no estrechaba pacto de lealtad guajira.

Jararayú miró hacia Marita, sentada en las faldas del médano, lejos de ellos, con la cabeza hundida entre los

brazos y apoyados en las rodillas, y frunciendo el ceño díjole a Remota:

—Esa mujer no es digna de andar contigo. No la aceptes en tu compañía.

Dicho lo cual se dirigió hacia su caballo, montó y partió a la cabeza de su gente.

Remota permaneció en el sitio, junto a los negros vestigios de Alitasía, viendo alejarse al uriano de la pluma en la frente y el rifle en la diestra apoyado en la pierna, a caballo tascador de freno espumoso... Una estampa de Guajira heroica en un crepúsculo magnífico... Pero también Keirachí, tomado del canto de la voz estentórea, el de los poderosos bíceps contra el pecho estatuario, la tarde ya lejana, de su repentino sobresalto ante la mujer que ya despuntaba en ella.

Al segundo canto del gallo...

TAMBIÉN ALLÍ

Ahora estaba otra vez sobre el médano, de espaldas a la puesta del sol. Descansaba de la fatigante ascensión al monte de arenas y mientras acompasaba el respiro afanoso, contemplaba la profunda melancolía del paisaje que se extendía ante su vista: el yermo empinado y ondulante, con caprichosos dibujos del viento en la blanca superficie de colinas y hondonadas; algunos árboles que todavía lograban alimentar verdes copas entre el arenal en que se hundían sus troncos; huellas que hacían pensar en marchas de angustia por cumbres y cañadas silenciosas; lejanías tenues al esfumino azul de profundidad marina. La callada desolación de las arenas bajo las cuales, tal vez, estaba condenada a desaparecer toda la Guajira.

La acompañaba en silencio una fresca juventud sacrificada a la lujuria de los hombres y ella tenía el espíritu

inclinado a las formas melancólicas con que, desde todo punto de destino cumplido, se tiende la vista hacia los caminos que se dejaron atrás; pero formas serenas, de aceptación del que se habían propuesto emprender, así atravesase los más agrios yermos y ni siquiera se le viese término lejano en algún dulce paraje de esperanzas.

Cierto era que de las fuentes profundas de la vida en sus entrañas le subía por momentos hasta el corazón un tierno deseo de hijo y que por momentos, también, se había abandonado a imaginarse alguno suyo, ya con poderosos bíceps cruzados sobre el pecho estatuario, contemplando a alguna muchacha—¿por qué no a la misma Amaqui?—que por allí estuviese contando cuentos maravillosos: pero esto mismo demostraba que de la contemplación de la estampa heroica—la pluma en la frente, el rifle en la diestra—no le habían quedado realmente apetencias de amor para una posible ventura propia, sino nostalgias del que se le hubiese frustrado y del cual habrían tomado vida seres felices, recios, arrogantes y leales como Jararayú.

Y volviéndose hacia su compañera, todavía afligida por las duras palabras del uriana, puso en una pregunta aquellas vacilaciones de su intimidad:

—¿No has tenido hijos?

—No—respondió Marita—, afortunadamente.

—Sin embargo, te habría convenido tenerlos. Quizás te habrías librado de la prostitución.

Marita se echó a llorar, Remota la miró en silencio un rato y luego se puso de pie, de cara a la puesta del sol.

La castigada Guajira de la hierba salada y el cardón sin ternura, decoraba su desolación con los últimos rayos del sol al ras de la tierra, y era hermoso el espectáculo, tanto como podría serlo el de la más tierna feracidad de un campo afortunado.

Marita alzó hacia ella sus ojos llorosos y le dijo:

—¿Sabes quién fue el hombre que me desgració?

—Por algunas palabras de tu madre, hace poco, he entendido que siendo niña, sin darte cuenta quizás...

—No, no—atajó Marita—. Eso fue lo que yo le dije a Jararayú.

—¿A Jararayú?—repitió Remota, interrogativamente.

—Sí. Ya nos habíamos casado y mi madre estaba muy contenta, porque él había dado por mí más de lo que le pidieron: ochenta reses y treinta caballos. Pero cuando yo le confesé que no era... lo que debía ser, me hizo devolverle las prendas que me había regalado, salió de casa, montó en su caballo, arreó por delante su ganado y se fue por donde había venido. Pero no me atreví a decirle quién me había desgraciado, porque él lo consideraba como su mejor amigo.

Remota volvió a sentarse al lado de ella y se le encaró, preguntándole, para cerciorarse de la intuición que acababa de producírsele:

—Demetrio Montiel, ¿verdad?

Marita movió afirmativamente la cabeza. Luego dijo:

—A muchas les había pasado lo mismo. Demetrio Montiel siempre lograba meterse sin que lo vieran en las casas donde había majayuras en blanqueo. Pero si yo le hubiera dicho a Jararayú que había sido él, con el mismo rifle que él le había regalado...

Pero ya Remota se le había apartado otra vez y ahora le cortaba la palabra diciéndole:

—Vámonos.

Descendieron el monte de arenas. Ya se había desvanecido el encanto de la puesta del sol y sobre la triste llanura comenzaban a extenderse sombras moradas. Marita iba en pos de Remota y ahora decía:

—Yo no he debido decirte eso... ¿Qué culpa tienes tú?

—Hiciste mal en no contármelo desde un principio—repúsole Remota—. No se habría ido esta tarde Jararayú honrando todavía la memoria de Demetrio Montiel.

—Demetrio Montiel me hizo creer que si le decía a Ja-

rarayú que había sido cuando muchacha, mucho antes de entrar en blanqueo...

—Basta, basta—díjole Remota, deteniéndose y encarándosele—. Tú también traicionaste. ¿No sabías lo que era Demetrio Montiel?

Y Marita, apurando el vuelco de su espíritu simple en la sinceridad de la confidencia:

—A todas nosotras nos tenía trastornadas la historia de la majayura de piedra.

—¿Qué dices?—replicó Remota, tomándola y sacudiéndola por los brazos.

—La verdad. Yo a nadie se la he confesado. Ni a mi madre, por más preguntas que me hubiera hecho.

Dijo esto mirándola con una expresión de sinceridad absoluta, ante la cual Remota recobró el dominio de sí misma.

—Tienes razón—repúsole—. Has hecho bien en decirme todo eso.

Y reanudó la marcha, en silencio, a través del árido campo cubierto de sombras moradas.

LA HORA DEL KEIRACHÍ

Ya había oscurecido cuando se oyó relinchar un caballo en las inmediaciones de la casa. Abandonó la hamaca bajo la enramada, donde se había metido en la sombría reconcentración consiguiente a las confidencias de Marita y salió a cerciorarse de lo que sospechaba.

Era realmente la bestia de Jararayú la que había lanzado aquel relincho delatando la presencia de su amo, ya en el cumplimiento de su palabra, dispuesto a montarle guardia al sueño de la hija de Demetrio Montiel. Acababa de colgar su hamaca de las ramas de un cují que por allí se alzaba entre el cardonal y a cuyo tronco estaba arrendado su caballo, cuando lo sorprendió la presencia de aquella por quien venía a velar.

—¿Has venido a cumplir tu palabra?—lo interrogó Remota.

—Sí. Jararayú no tiene sino una sola—respondió el uriana arrogante.

—¿Porque Demetrio Montiel fue tu amigo?—insistió ella.

—Sí.

—Pues vengo a sacarte de un engaño. Fue Demetrio Montiel quien deshonró a la mujer con quien ibas a casarte. Marita me lo ha contado todo.

Como si hubiera recibido un golpe que lo privase del equilibrio, el hombre de la apostura estatuaria vacilaba sobre sus pies, a tiempo que exclamaba sordamente una y otra vez:

—¡Demetrio Montiel! ¡Demetrio Montiel!

—Sí.

—¿Y eres tú quien viene a decírmelo?

—Porque no quiero compartir la traición que él te hizo dejándote en el engaño de su amistad.

—¿Dices verdad?

—La que me confesó Marita. ¿No habías sospechado tú que Demetrio Montiel podría haberte traicionado?

—Ahora que me lo preguntas... Ciertas palabras de él... Y las preguntas que muchos me hacían de que si estaba yo seguro de que *Diablo Contento* fuera verdadero amigo mío... Pero si esa mujer no te ha dicho una mentira...

—Estoy segura de que me ha dicho la verdad. No tenía por qué mentir de esa manera. Por lo contrario, ha procurado demostrarme simpatía y tratándose de una infamia de mi padre...

—No—rugió el uriana—. Esa mujer...

—Esa mujer no ha mentido. Tengo la seguridad de que ha dicho la verdad. Tú también lo crees ya, porque sin duda conocías bien a Demetrio Montiel. Descuelga tu hamaca, monta en tu caballo y vete a descansar porque ya no tiene

razón de ser la palabra que me has dado. Además, insisto en decirte que no es cierto que yo esté corriendo peligros.

Jararayú la miró en silencio unos momentos y luego le dijo:

—Yo quiero creer que no estás engañándome.

Y dicho esto fue por su rifle, se lo echó a la cara y lo disparó al aire dos veces.

Hecho lo cual:

—Las balas que debió llevarse Demetrio Montiel—dijo—. Que lo alcancen por el camino.

Y arrojó el rifle lejos de sí y se dispuso a descolgar su hamaca.

Ya lo hacía cuando se volvió de pronto hacia Remota y con voz alterada por la cólera la interrogó:

—¿Sabes a lo que te has expuesto, Remota Montiel? ¿A lo que todavía te expones, sola conmigo en este lugar?

Avanzó ella hacia él con una determinación cuya totalidad se le escapaba y le dio la respuesta cara a cara:

—Sé que no me expongo a nada, porque Jararayú es incapaz de una venganza cobarde.

Guardó silencio el guajiro; pero descolgó su hamaca, montó en su caballo y partió sin despedirse.

Remota volvió a su enramada donde dormía al abierto del campo circundante. Pero no le fue posible conciliar el sueño y aún estaba despierta cuando el segundo canto del gallo dio en el profundo silencio la hora del Keirachí.

BUSCANDO A DIOS

Del momentáneo encanto de la estampa heroica ya no quedaba ni siquiera la posible complacencia en alguna reparación de la alevosía de Demetrio Montiel. Marita no había amanecido en su casa y seguramente de aquella vuelta desesperada a los pudrideros de la prostitución no regresaría más con deseos de enmienda; a Jararayú se le había con-

vertido en rencor toda su lealtad y ya había relevado de su compromiso a los urianas a quienes obligó a grabarse en la mente la imagen de la mujer intocable.

Ahora sería, desde el amanecer, la estampa dramática de la Guajira harapienta y hambrienta, que, como en la misma canción de Remota:

> anda por los ranchos
> como los ciempieses y los tutuques,
> buscando arañitas para comer.

La despertaron del sueño tardío salmodias de limosneros acudientes a la repentina abundancia del rancho del cardonal:

—Buscando a Dios, hermanita. Buscando a Dios.

Y toda la mañana fue para echar trozos de panela y puñados de maíz dentro de las mugrientas mochilas.

Mujeres astrosas, cubiertas de harapos, las más de ellas con dos niños a horcajadas en los cuadriles y por detrás de cuyos cuerpecitos, puros huesos, las manos grasientas se extendían acompañando el lamento:

—Buscando a Dios, majayura. Buscando a Dios.

Y toda la tarde fue para que no se apuñaran vacías, clavándose las uñas filudas, las manos implorantes de todo un pueblo.

Un pastor, a quien el verano acababa de matarle las últimas reses del rebaño detrás del cual caminó toda la Guajira en busca de pastos, siquiera de aquella hierba salada que a trechos dejaban crecer las salinetas, pero que también habían calcinado ya los rayos del sol; de casimba en casimba, secas ya casi todas, pero todas negadas ya a colmar las canoas de los abrevaderos, porque apenas les alcanzaba el agua para las chiriguas de la provisión doméstica. De lejos vino, arreando su ganado, mas ya no tenía para qué regresar a su casa, y con el atardecer de aquel día comenzó a pronunciar la salmodia limosnera:

—Buscando a Dios.

Ya había oscurecido cuando el sonido fañoso de un *masi* precedió una canción de odiseo pordiosero:

Yo fui buscando trabajo
para ganarme la vida
y me vendí como esclavo
en una hacienda maldita...

La cantaba la voz destemplada de un anciano, y Palmira le explicó a Remota:

—Uno que canta los trabajos que pasó, caminando leguas y leguas, cuando se fugó de una hacienda donde lo habían vendido como esclavo...

—¿Demetrio Montiel?...

Yo caminé treinta leguas,
yo caminé mucho más.
Yo crucé montañas feas
y jondos ríos a nado,
buscando a Dios por los ranchos
en los rebuscos del perro.
Yo salí de aquella hacienda
con mi rencor de hombre mozo;
yo volví a pisá mi tierra,
a Dios buscando, ya viejo.

Sonaba todavía el masi, alejándose en el silencio de la noche, cuando Remota se acostó rendida de cansancio, quebrantada de espectáculo lastimoso.

Se le acercaron Dorila y Palmira, y ésta le preguntó:

—¿Te pesa haber venido?

Pero ya estaba dormida.

Dorila le acarició la frente. Una mano guajira le retribuía lo que le habían exigido otras.

—Buscando a Dios.

Palmira y Dorila se miraron sonriendo, a tiempo que murmuraban, dulcemente:

—Está soñando.

V

KEEP IT QUIET

El rojo hombretón velludo, jefe de aquella sección de los campos petroleros, acababa de transmitirle a Hardman las órdenes emanadas de la dirección central de su compañía, relativas a perforaciones que debían iniciarse en un lote determinado en el gran plano de las concesiones de aquélla, que cubría una de las paredes de su oficina y ante el cual ambos se hallaban.

Pero Hardman tuvo reparos que hacerle a aquella orden que le parecía equivocada, por lo menos, pues se trataba, sin duda alguna, de un lote de reservas nacionales donde su compañía no podía explotar sin cometer acto de apropiación indebida y así lo formuló.

El rojo hombretón lo escuchó sonriendo, despectivamente, pues era un petrolero integral, para quien el mayor beneficio de la compañía que le pagaba su elevado sueldo tenía que ser, en todos los casos, la suprema y más justa ley, además de estar íntimamente poseído del fiero orgullo de pertenecer a una brigada de ocupación de un país inferior. Y acompañando sus palabras con un ademán de quitarse de encima impertinencias, repúsole a su escrupuloso paisano:

—*Keep it quiet,* Hardman.

Y volvió a su escritorio, dando por terminada la entrevista.

Hardman regresó a su oficina—de la cual ya habían salido los empleados subalternos, concluída la jornada—, se sentó a su escritorio, buscó entre unos periódicos neoyorquinos que allí tenía aún sin abrir, lo que en realidad ni estaba entre ellos ni él necesitaba encontrar, se quedó luego mirando el objeto donde al azar se había posado su vista y con el ceño fruncido y tensos todos los músculos de la

cara, se formuló mentalmente la íntima protesta de su probidad, comenzando por las últimas palabras que acababan de decírsele:

—¿Que deje eso quieto? ¿Que ejecute, callada mi boca, un acto incorrecto, de apropiación indebida, de atropello de derechos ajenos? ¿Puede ser, acaso, con un acto indigno que estrene yo la jerarquía superior a que me han elevado mis propios esfuerzos?

Y en esto oyó que le decían, desde la puerta que daba al exterior:

—A sus órdenes, señor Hardman.

Dirigió la mirada hacia allá y repuso:

—Adelante, Venancio.

E indicándole un asiento junto a su escritorio:

—Siéntese. Haga el favor. He recibido una carta de la señorita Montiel a propósito de usted. Ella quiere saber si usted se encontraría dispuesto a prestarle algunos servicios que le interesan.

—Ya tuve oportunidad de manifestarle a la señorita Montiel que dispusiera de mi persona cuando le fuere menester —repuso Venancio Navas.

—¿Inclusive retirándose del petróleo, Venancio?—inquirió Hardman.

—Sí, señor. Inclusive.

—¡Umjú!—hizo Hardman, como por algo que para él tuviese un sentido especial—. Dígame antes dos cosas, Venancio. ¿Tiene usted quejas de la compañía a la cual le presta sus servicios? ¿Le ha ido mal en el trabajo del petróleo?

—Mal del todo no me ha ido. He aprendido cosas que ignoraba y en cuanto a quejas, propiamente mías, no las tengo hasta ahora.

—¡Umjú! Propiamente suyas.

—Por otra parte—agregó Navas—he tenido oportunidad de trabajar a las órdenes de usted y de apreciarlo en cuanto vale.

—Gracias, Venancio. Pero volviendo a lo de la señorita Montiel. Ella desea saber si quiere usted acompañarla en un viaje que necesita hacer a Santa Bárbara del Zulia y a Encontrados, tomando otra vez a su cargo la piragua que ella heredó de su padre y de la cual fue usted capitán durante algún tiempo.

—Si sólo se trata de un viaje, tal vez no se necesite el inclusive que ya hemos mencionado, puesto que puedo hacérselo durante las vacaciones de que ya estoy gozando, terminada como usted sabe la perforación en que me ocupaba.

—Se trata, además, de una empresa más exigente. Ella ha sabido, por mí, que usted ejecutó trabajos de drenaje en Lagunillas, y se propone encomendarle otros de esa naturaleza en el Gran Eneal de la Guajira.

Venancio Navas reflexionó un momento, mirando al suelo y luego repuso:

—La vida, señor Hardman, lo tira a uno de aquí para allá cuando menos lo piensa. Yo estaba muy a gusto trabajando a las órdenes de usted; pero hay deberes más que otros y cuando uno tiene una deuda pendiente con su tierra, por daños que le haya hecho a la Guajira a las órdenes del difunto don Demetrio, y lo llaman a uno a pagarla, contribuyendo a otra buena, como en este caso, no hay que titubear.

Ahora Hardman había cogido uno de los periódicos neoyorquinos que estaban sobre su escritorio y de uno de cuyos titulares saltaba a la vista la palabra inglesa WAR y en ella se quedaron fijos sus ojos mientras Venancio concluía:

—Pero usted me ha llamado su amigo y como es además mi superior inmediato, quiero que sea usted quien me diga lo que debo hacer.

Hardman soltó el periódico y mirando otra vez al leal subalterno, díjole:

—Venancio. Usted ha empleado unas palabras que no se pronuncian con mucha frecuencia en la vida. Realmente tiene usted una gran deuda pendiente con su tierra, con su

gente, por haberle servido a Demetrio Montiel de cómplice y de colaborador en el negocio de esclavizar guajiros. La señorita Montiel persigue ahora el propósito de hacerle un bien a esa misma tierra y al lado de ella está el sitio donde usted debe pagar su deuda.

—Gracias, señor Hardman, por sus buenas palabras.

—De nada, Venancio. Siempre seré amigo de usted, dondequiera que haya tirado la vida, como usted dice. La señorita Montiel está en Maracaibo, en el Hotel Bella Vista. Vaya a verla. Voy a escribirle dos palabras que usted me hará el favor de poner en las manos de ella.

—Con mucho gusto, señor Hardman.

* * *

Ya se había marchado Venancio Navas y Hardman se dirigió a la oficina del hombretón rojo y velludo.

—Vengo a comunicarle—díjole—que no estoy dispuesto a que se me convierta en instrumento de atropellos de derechos ajenos, sobre todo siendo derechos del país donde estoy viviendo y por lo tanto la compañía puede disponer del cargo que me había confiado.

—Pero ¿está usted tonto, señor Hardman?—repúsole el hombretón—. Esos atropellos que usted dice se arreglan después fácilmente con dinero. Este es un país de hombres baratos.

—Yo no pienso como usted. Además, no soy un hombre barato. Puesto que habría que comprárseme a mí también, con el sueldo que se me paga, para que yo hiciese lo que se me ha ordenado y yo no estoy en venta de mí mismo.

—¡Oh! *¡Bad, bad!* Se destruye usted con sus propias manos su porvenir, señor Hardman.

Y éste, devolviéndole el irrespetuoso ademán reforzador de consejos de despreocupación y retirándose ya:

—*¡Keep it quiet!*

INVITACIÓN SENTIMENTAL

—¿Qué miro?—exclamó el doctor Rogelio Viñas, al verla entrar en su bufete.

Y ella, penetrándole el pensamiento:

—Se equivoca usted, doctor Viñas. No vengo derrotada.

—Mal efecto me habría causado—repúsole el abogado mientras le estrechaba la mano—. Porque no tenéis vos pintada en la cara sino disposición a determinaciones definitivas. Sentate. ¿Cuáles traéis ahora entre manos?

—Drenar el Gran Eneal. Convertirlo en terrenos de pastos para el ganado guajireño. Una idea de usted, por otra parte, que pronto la verá realizada.

—¡Bueno, muchacha, bueno!—dijo Viñas, complacidamente—. Ya sabía yo, esa mañana, en qué terreno sembraba mis palabras. Subsiste, en todo caso, la vaguedad de los derechos que sobre esas tierras poseyera realmente Demetrio Montiel y, por consiguiente, de los tuyos ahora.

—Pero como en esta empresa no persigo lucro personal, sino poner esas tierras al servicio de la comunidad, en las condiciones requeridas para su mejor aprovechamiento...

—¿Y todo a tus expensas?

—¡Claro!

—¿Habéis echado bien las cuentas de lo que sería necesario invertir en esa obra?

—Aún no. Pero vengo dispuesta a vender la casa de El Moján para comenzar. Y, además, a pedirle a usted que me proporcione los elementos de prueba necesarios para proceder a cobrar algunas de las acreencias especificadas en el testamento de mi padre.

—Malo, malo—exclamó Viñas—. Vos debéis recordar que faltan por completo verdaderos comprobantes de tales acreencias, y que para poder ejecutarlas no basta que Demetrio

haya escrito en su testamento: —Fulano, que me debe tanto; Zutano, a quien le presté cuanto.

—Ya lo sé. Pero vengo dispuesta a trasladarme a Zulia y Catatumbo para visitar a los hacendados de esas regiones que figuran en esa lista y confío en que algo cobraré.

—¡Ta, ta, ta! No te hagáis muchas ilusiones. Porque al insensato de Demetrio Montiel—o humorista o como pueda llamársele—se le ocurrió estampar en el testamento, de su puño y letra, como ya lo habéis visto, que esas cantidades se las debían esas personas por precios de guajiros que él les había vendido. Y siendo así, razones de ética elemental, por lo menos, impiden siquiera intentar los litigios a que nos llevaría la negativa de los deudores a pagar, ya manifestada a mí en términos que también vos conocéis, en las cartas con que contestaron a las mías.

—Sí, sí—repuso ella—. Pero quizás lleve conmigo a un testigo presencial de esas operaciones. Venancio Navas, antiguo capitán de *La Arrepentida,* con quien espero poder contar.

—Mirá que creo que te estáis metiendo en camisas de once varas—díjole Viñas afectuosamente—. Ese Adrián Gadea, por ejemplo, que figura a la cabeza de esa lista, es una persona nada recomendable, por no decir más.

—Por él comenzaré, precisamente, por ser su deuda la de mayor cuantía. Las razones de ética elemental, como bien dice usted, las pondré a un lado, porque éste es uno de los casos en que el fin justifica los medios.

—Bien—dijo Rogelio Viñas, convencido de que sería inútil insistir en que desistiera de su propósito.

Y ella, sonriendo:

—En cuanto a la inversión de toda mi herencia en esa obra, no olvide que soy hija de derrochadores. Mi madre tiró mucho más dinero en sus fiestas de Yrurpana, y mi padre... Ya usted lo conoció. Ellos se dieron sus gustos y yo voy a darme el mío.

—Suprema razón—dijo el doctor Viñas—. No hay más que hablar.

Y se levantó para ir en busca de los documentos que se le pedían, los cuales guardaba en la caja fuerte que ocupaba uno de los ángulos del saloncito.

—¿Y de Marco Aurelio, qué me cuenta?—preguntó Remota.

—En casa de Ramiro Celis, correctamente todavía—respondió el abogado mientras accionaba la combinación de la caja—. Con un sentido análogo al que acabáis vos de expresar entre chanzas y veras, Ramiro Celis ha querido utilizar el cúmulo de conocimientos adquiridos en incontables lecturas desordenadas, que Marco Aurelio venía derrochando y despilfarrando ante los corrillos callejeros, poniéndolo al frente de una biblioteca popular, para la cual ya muchos amigos hemos contribuído con libros o con dinero, donde Marco Aurelio dirija y guíe las lecturas del hombre del pueblo, con método constructivo de alguna cultura verdadera.

Diciendo así había vuelto al recibimiento con un sobre que contenía todos los documentos relativos a la herencia de Remota y se los entregó, agregando:

—Aquí están las peregrinas pruebas de tus derechos sobre las acreencias en cuestión. Haced vos ahora el milagro de convertirlas en comprobantes de las correspondientes deudas.

Remota guardó el sobre en la cartera que llevaba en las manos, mientras decía:

—Bonita idea la de Ramiro Celis. Pero ¿será Marco Aurelio capaz de llevarla a buen término?

—Claro que no, si se le deja solo—respondió Viñas—. Marco Aurelio posee gran talento, pero es dueño del mayor desorden mental que ha producido esta tierra, aparte los estragos que en su espíritu tiene que haber dejado el alcohol. Mas por detrás de él, como verdadero director de la obra, está Ramiro Celis, que vale mucho.

Y al cabo de una breve pausa e intencionadamente:

—¡Que vale mucho!

Ella lo miró a los ojos, escrutadoramente, y repuso:

—¿Sí?

—Mucho—insistió Viñas—. El mismo no se da cuenta de cuanto significa y representa en la cultura del Zulia. En apariencia sólo es un maniático guardián de papeles viejos, de documentos para la historia del Zulia; pero quien lo trata íntimamente, quien comparte a conciencia momentos siquiera de la decorosa, honesta, responsable vida espiritual de Ramiro de Celis, pronto descubre que pocas veces se habrán encontrado reunidas en un hombre tantas virtudes. Y esto. Remota Montiel, en un país donde casi toda la virtud está refugiada dentro de casas herméticas, no tiene nada de sorprendente, pero sí mucho de consolador. Ramiro Celis es de los pocos hombres que nos hacen reconciliarnos con Venezuela.

Viñas hablaba con evidente intención de interesarla por Ramiro Celis, su compañero de tertulias en el escaño de la Plaza de Urdaneta, sucesor de aquel "de los viejos" en la de Bolívar antigua; pero había dicho todo aquello con emoción sincera, y Remota guardó silencio.

—Una vida admirable—continuó Viñas—que ha transcurrido domésticamente, solitariamente, contemplando el mundo desde un alto mirador espiritual.

Y sonriendo:

—Nada tiene de extraño que, a los quince años, ya estuviera encaramado en una azotea, contemplando un bonito rincón de patio vecino.

Y al cabo de una pausa que Remota no interrumpió, alzada la vista hacia el techo, y después de cruzar una mirada maliciosa, de viejo bonachón, con Juan Caralampio en su retrato, el abogado concluyó:

—¿Queréis ir allá? Vos trajisteis el deseo de asomarte desde esa azotea a aquel rincón.

Pero ya Remota se ponía de pie, diciendo:

—Doctor Viñas. Cuando regrese de la empresa de hombre que ahora llevo entre manos...

Pero él no la dejó concluir:

—No habléis así, criatura. Ya me comunicó Marco Aurelio la ingrata impresión que le produjeron ciertas palabras de vos en la Plaza del Buen Maestro, una fea tarde. Pero al día siguiente yo escuché otras, de madre, de mujer plenamente mujer, ante un bonito niño dormido todavía.

Y como Remota hiciera gesto interrogante:

—Ante el lago, en la ribera de El Moján—explicó Viñas—. Ante el lago dormido todavía, como un niño.

Remota le tendió la mano para despedirse, diciéndole:

—En la Guajira hay hambre, doctor Viñas.

Dicho lo cual se marchó.

"GOOD BYE", HARDMAN

Venancio Navas convino en volver a su antigua ocupación marinera, gobernando *La Arrepentida* para el viaje de las reparaciones y ya se había marchado, dejándole la carta de Hardman, que decía, lacónicamente:

"He olvidado mi canción de Arizona. He renunciado al cargo que desempeñaba en este país, dentro de una máquina grande y fuerte que se maneja desde Wall Street—¿recuerda usted?—y ahora mismo me regreso al mío, que está en guerra, defendiendo una causa justa y necesita sus hombres. Le digo adiós.

Hardman."

Se quedó mirando el papel, ya leído y releído. Recogió en un abrigo de buen recuerdo imperecedero las impresiones que le había producido aquel hombre singular y en la lengua de él lo despidió murmurando, emocionadamente:

—*¡Good bye,* Hardman!

VI

LA TEMERARIA EMPRESA

Había levado anclas al comienzo de la caída de la tarde sobre el lago sereno y ya se acercaba a una "pestañeadora" cuya luz parpadeante señalaba el rumbo Sur para los viajeros nocturnos. Iba rompiendo el agua sin marullos con un rumor suntuoso de sedas rasgadas y llevaba su vela extendida en ayuda del impulso del motor.

La tripulaban cuatro hombres escogidos entre la mejor gente marinera que vagaba sin ocupación por los muelles de Maracaibo, uno de ellos en la cabina del timonel, y la capitaneaba Venancio Navas, bajo cuya indumentaria marina, pulcra y flamante, había desaparecido todo el grasiento perforador de pozos petroleros.

Remota iba en la proa, contemplando el agua bruñida de calma sobre la cual comenzaba a verse ramas flotantes de plantas acuáticas, y Venancio, que acababa de detenerse junto a ella, le dio la explicación:

—Ya empiezan a verse las balsas del Escalante. Parece que esta vez está arrastrando muchas. Son plantas acuáticas que cubren la Lagunita y que los pescadores tienen que picarlas para poder navegar por ella. El Escalante las recoge y las arrastra hacia el lago. Es lo que nosotros llamamos balsas.

Pero, además, el agua estaba teñida de limos verdes, cuya continuidad se rompía en rayas delgadas, por efecto del movimiento propagado del impulso de la quilla, y Venancio agregó, no sólo por dar explicaciones, sino a causa de la íntima necesidad de encontrarse a sí mismo, con sus experiencias marineras intactas, en el nuevo ejercicio de ellas:

—Este año están trabajando mucho los grandes afluentes

del lago. Hasta aquí llega el arrastre del limo vegetal que brotan los chorros de los ríos. Seguramente está lloviendo mucho por Zulia y Catatumbo.

Remota se volvió hacia él, con ánimo de dirigirle preguntas que aún no le había hecho. Pero en ese momento se habían encendido las luces de los campos petroleros, en trechos de la costa que se divisaba a estribor y a los encuentros se atravesaron las despedidas de Venancio, con recuerdos de varios años de trabajo por allí, mientras hacia allá miraba en silencio.

Buscó ella el objeto de aquel mirar a distancia, y como a ella también le venían desde allí emociones de despedidas, se quedó contemplando el espectáculo de los enjambres de luces, con memorias de una canción de Arizona.

Mas de pronto le dio la espalda al espectáculo y se encaró con su capitán, para hacerle aquella pregunta interrumpida:

—¿Cómo se explica, Venancio Navas, que un hombre de las condiciones de usted haya secundado durante tantos años las empresas delictuosas de Demetrio Montiel, a bordo de esta piragua?

Venancio recapacitó un momento y luego dijo:

—Si usted me hubiera hecho esa pregunta aquella noche, hace dieciocho años, de seguro le habría respondido yo de esta manera: —Porque Demetrio Montiel es Demetrio Montiel—. Yo tenía entonces una gran fe puesta en aquel hombre y hasta mi hermano recibió de mí una bofetada esa noche, por haberse atrevido a pensar mal de él. Yo era uno de tantos a quienes Demetrio Montiel nos tenía encandilados. Aquel hombre simpático, contento, audaz, hombrón y medio, aquel *Diablo Contento,* me tenía fascinado. Yo también había aprendido en El Saladillo a celebrarle las cosas diciendo: —¡Montiel Montiel de los Montieles!—. En los tiempos de ese viaje a que me he referido yo tenía unos veintidós años y ya no hablaba como el muchacho saladillero; pero De-

metrio Montiel era todavía mi caudillo y yo me tiraba de cabeza por donde él me mandara. ¿Qué quiere usted que hiciera yo? Si así somos los maracuchos cuando ponemos nuestra confianza en un hombre.

Hizo una breve pausa, para lo que tuviese que replicarle Remota, mas como ella no hacía sino mirarlo, sonriendo y moviendo levemente la cabeza, prosiguió:

—Después comencé a pensar que tras de aquel hombre, con todo lo hombrón y medio que era, no se iría a ninguna parte que valiera la pena y empecé a despegármele poco a poco. Ya había empezado, además, lo del petróleo y como eran los tiempos del chorro de todos los hombres ambiciosos de Venezuela hacia los campos petroleros, yo también me dejé arrastrar y un día le dije a don Demetrio: —Hasta aquí lo acompaño.

Y tras una pausa:

—Porque además, la verdad sea dicha, ya Demetrio Montiel estaba dando muestras de andar de cabeza.

Y en seguida:

—Pero ya están sirviéndole su comida. Acérquese a la mesa.

—¿No me acompaña usted?

—Ya lo hice, señorita. Pero le daré conversación si es su gusto.

—¡Claro que sí!

Le habían servido la comida sobre la cubierta, hacia popa, bajo un toldo extendido por delante del único camarote de la embarcación, el mismo ocupado por ella cuando la fuga de Alitasía.

Comió sin apetito, pues no se lo despertaban los guisos marineros, mas para no desairar a su capitán, que manifestaba haber puesto mucho interés en que todo quedase a su gusto.

Le inspiraba confianza aquel hombre, de cuyas explicaciones había trascendido hombría de bien y lealtad sin-

gular y cuyos servicios habrían de serle muy útiles, no sólo en aquel viaje, decidido como iba a ayudarla en cuanto fuese menester para que sus deudores se allanasen a sus justos reclamos, sino también en sus propósitos ulteriores, bien al frente de la piragua que, dedicada al comercio lacustre sería una fuente de auxilios apreciables para el mejoramiento de las precarias condiciones de vida guajira, o dirigiéndole las obras de drenaje del Gran Eneal, con el aporte de la experiencia adquirida en los trabajos de la misma índole realizados en la zona de Lagunillas. Y con la añadidura, de esencial sentido para ella, de que Venancio Navas era un rescate de rectitud y de responsabilidad hecho en los predios de los criminales despilfarros de hombría que fue la vida de Demetrio Montiel.

—¿Como que se nos prepara mal tiempo, Venancio?—le preguntó, por haber observado los nubarrones acumulados hacia el Sur y por entre los cuales comenzaba a hacerse visible el relámpago del Catatumbo.

—Ahí viene el oscurito—respondió él—y puede que a medianoche nos coja un chubasco, pero será pasajero y luego la lluvia bonanza la mar. Esa ventaja tiene el invierno. Mientras que en el verano lleva uno el marullo pegado día y noche.

—Trata usted al lago con muchos respetos. Lo llama mar.

—Costumbre nuestra. Dulce o salada, el agua por donde se navega, no siendo río, es la mar.

Y abandonándose otra vez a sus encuentros marineros:

—En este tiempo el viento reinante es el Sudeste en el día y el Sur en la noche, que cuando revienta con fuerza lo llamamos surazo. Pero esta noche cuando más correremos algunos gallos sueltos ya hacia el fondo del lago, de las tres de la mañana para abajo. No se asuste.

—¿Y eso de gallos, qué es?

—Maretazos fuertes. Que si se va en lastre y sobre todo

si el viaje del motor y el del marullo llevan la misma dirección, se corre peligro.

—¿Y todo eso me lo cuenta usted para que no me asuste, Venancio?—dijo ella riendo—. En lastre vamos esta noche.

—Pero con los viajes encontrados—repuso él—. Porque es el Sur el que está soplando y contra él vamos nosotros. Además, no tiene usted cara de asustarse por gallos corridos. Buena hija de su padre, que los corría por gusto, viaje y viaje en una misma dirección.

—¡Cuidado, Venancio, cuidado!

—¿Con qué, señorita?

—Con la admiración por Demetrio Montiel, que puede metérsele otra vez en el alma.

La miró él un momento en silencio y luego dijo:

—Mal surazo sería. Es la verdad.

Y tocándose la gorra, respetuosamente:

—Con su permiso. Voy a coger yo mismo el gobierno de la piragua para que usted duerma tranquila.

—Gracias, Venancio. Haga como le parezca, pero sepa que voy tranquila.

Y para sí misma, repitiendo las palabras dichas a Rogelio Viñas:

—En una empresa de hombre...

NOCHE DE CONTRADICCIONES

No fue amor, pero de la despedida de aquel sentimiento le había quedado tristeza de sí misma, melancolía de la mujer frustrada y aún volvió a preguntarse si alguna vez lo habría sido real y totalmente.

No obstante su educación desprovista de prejuicios de feminidad excluyente de cuanto no fuese atributo de delicadeza o de ternura decorativas de salón y hogar, tendía ahora a producirle íntima zozobra de una efectiva deformación espiritual, el verse entre hombres desconocidos a bordo

de una embarcación con estigmas de delitos, para ir a cobrarle a aquel Adrián Gadea, de quien el doctor Viñas le había dado la peor recomendación posible, un dinero que no se le podía exigir ante las leyes por respetos de ética elemental.

—¿Cómo pudo ocurrírseme esto?—se preguntaba ahora, y por dos veces trató de incorporarse en la litera, para salir del camarote, a ordenarle a Venancio Navas el inmediato regreso a Maracaibo.

Pero volvió a tenderse en la litera, por dos veces, porque la ocurrencia de regreso bien podía ser de Ludmila Weimar todavía... Remota Montiel había aceptado deliberadamente, con todas sus consecuencias, el testamento del contrabandista e indiero *Diablo Contento*.

Iba por un dinero maldito, era cierto; mas para emplearlo en obra de reparación de los daños causados por su padre a la gente guajira. Que no intentara incorporarse por tercera vez Ludmila Weimar, la absurda, realmente, la postiza. Que se estuviese quieta la simple mujer, con sus escrúpulos repentinos y aun con sus dudas perennes, para que el ser humano que iba en ella con propósitos de obra desinteresada pudiese llevarlos a cabo. Al dinero culpable que le pagase Adrián Gadea lo redimiría la utilidad del Gran Eneal convertido en terrenos de pasto para el ganado del guajiro pobre, víctima anual del verano implacable.

Por amores convenientes a la mujer refinada y sobre ternura de dulces recuerdos de todo un tiempo que bien pudo no ser sino un momento no más, bastaríale con alzar otra vez los ojos hacia la azotea de Ramiro Celis.

—Que vale mucho, que vale mucho—insistía dentro del incómodo camarote la recordada voz del doctor Rogelio Viñas...

Pero si realmente se trataba de nostalgias de amor, sin que ello fuese volverle la espalda a su pueblo guajiro, bastaríale también con volver la mirada a la estampa heroica

de una figura arrogante de varón, a caballo, con un rifle en la diestra...

Eran ya insoportables el calor encerrado en el camarote, el duro jergón de la litera, el ruido del motor muy cerca de allí y el resplandor frecuente del relámpago del Catatumbo a través del cristal de la claraboya.

Bajó de la litera, se puso encima del elegante pijama, de pantalones con vuelos de falda, un impermeable ligero y sutil ceñido a la cintura, únicas cosas de la renunciada Ludmila Weimar, y salió del camarote a pasearse por la cubierta.

Soplaba un viento recio y frío de madrugada, impregnado de lluvia menuda. Le ofreció la frente ardida de insomnio y de pensamiento atormentador a la caricia refrescante y se llegó hasta la proa.

El aleteo angustioso del resplandor del "Faro del Catatumbo", que se producía alternativamente en dos puntos del cielo, no le daba descanso a la noche sobre el lago, y era un espectáculo imponente el de aquella inagotable ira silenciosa, resto acaso de las tremendas cóleras cósmicas que produjeron la formación de la Tierra.

Remota se abandonó a la contemplación del misterioso fenómeno, ante el cual ya una vez se había decidido venturosamente su suerte, al borde de un destino dramático.

—No se juegue con el tiempo, que no está bueno—díjole Venancio Navas sacando la cabeza fuera de la cabina de timonel, donde iba gobernando—. El yelito que está soplando es peligroso. Vuélvase a su camarote, que todavía estamos lejos de la boca del Zulia y no le caeremos al chorro antes del amanecer.

—Dentro del camarote es imposible estar—respondió—. Prefiero esperar la amanecida por aquí.

—Pues tendrá que refugiarse aquí en la cabina, porque enfrente mismo tenemos una negrura de tiempo que es aguacero recio, que se nos viene encima.

Entró en la cabina y Venancio le dijo:

—Ahí detrás hay una litera donde podría sentarse.

—Por el momento prefiero ir de pie, dándole conversación, no vaya a dormirse sobre la rueda.

—No hay peligro. Su compañía no me puede ser sino agradable; pero, francamente, preferiría que me hiciera caso y se regresara a su camarote. La gente de la tripulación, que viene despierta, es de mi confianza como marinera; pero de que sean bien pensados y bien hablados, con todo el respeto que usted se merece, no puedo responder todavía.

—¡Vaya, pues! Me regresaré al camarote. Es el destino de las mujeres no poder hacer lo que nos venga en gana.

—No me lo tome a mal.

—Todo lo contrario, capitán. Tendré que agradecerle la prisión a que me confina.

Y obedeció la orden de su capitán cuidadoso.

LA VOLUNTARIOSA

Por el Escalante, aguas abajo, venía un barco doblando las últimas vueltas; pero sólo se veían los destellos movibles del fanal con que se alumbraba la marcha sinuosa, por encima de los árboles de una y otra margen, en la oscuridad de la madrugada aterida de viento y de lluvia.

Y Venancio Navas murmuró, en memoria de Demetrio Montiel:

—Allá viene *Diablo Contento*, tirando sus faros.

Y luego:

—¡Qué hombre aquel!... Miedo me da de que vaya a repetirse la historia bajo figura de mujer... ¡Bonito sería, no hay que negarlo! ¡Una mujer marinera, parada en la proa vista adelante, cayéndole ya el chorro de un río con oscurito de temporal, para remontarlo a vuelta y vuelta sin recortar motor, con el encalladero en cada golfo, si te escapas del varadero en cada playa!...

Porque la boca de un río navegable es siempre una en-

trada a regiones mágicas. No se sabe nunca lo que traiga sobre sus aguas detrás de aquella vuelta y el asombro de la tierra está parado en los árboles de sus márgenes, viéndole pasar.

Ya *La Arrepentida* había dejado atrás las maliciosas guiñadas de una *pestañeadora* y ahora eran las luces rojas y quietas de las balizas que señalaban el canal navegable, por entre los bajos formados por el chorro del río trabajador. Venía ya, realmente, una mujer marinera a pararse en la proa, al encuentro también del hechizo, y Venancio Navas le dijo cuando pasaba frente a la cabina:

—Oiga, señorita. ¿No cree usted que debiéramos cambiarle el nombre a esta piragua y llamarla *La Voluntariosa*?

—¡Hombre!—exclamó ella, comprensivamente—. ¡Magnífica idea! Así se llamará desde hoy. Pero es que dentro de ese camarote, capitán, no es posible estar. Además, pronto comenzará a amanecer.

—Y ya estamos cayéndole al chorro. Por donde va a aparecer ya la luz del faro de una piragua que viene saliendo del río, está la boca. Mírela. Pero si se va a parar en la proa póngase del lado de babor para que no me tape las balizas, porque el canal es angosto y de puras vueltas.

—¿Son casas aquello que se distingue allá?

—Sí, señorita. Una ranchería lacustre de pescadores. Y abríguese bien, que la llovizna está fría.

Venía ya con el traje que llevaría durante el día y con el impermeable, cubierta la cabeza con un pañuelo guajiro, a cuadros blancos sobre fondo negro y cuyo vuelo traía arrollado al cuello.

—No se preocupe, capitán Navas—repúsole, con buen humor—. Bien abrigada viene la voluntariosa y no le estorbará su ocupación.

Venancio sonrió y otra vez murmuró:

—¡Bonito sería, no hay que negarlo!

A vuelta encontrada les pasó a estribor la piragua que

venía saliendo al lado y sus timoneles se cambiaron voces:

—¿Cómo está el río?

—Empujando mucho, a todo chorro.

—¡Va, pues!

—¡Bueno, hermano! Que "la Chinca" lo lleve con bien.

Y comenzó a amanecer cuando ya se acercaban al término de la línea de balizas.

Luces en los ranchos de enea del caserío lacustre, plantado sobre estacas; claridad cernida a través del nublado; llovizna sutil en receso de viento y un canto de guacamayas que comenzaban a volar.

Balsas esparcidas en la entrada angosta, ciénagas tierra adentro, a una y otra ribera. Balsas floridas que mecía el impulso de la piragua cautelosa. El agua amarilla del río no se había quitado todavía la estela de la otra embarcación y ya venía *La Arrepentida* sacudiéndole otra vez sus jardines flotantes.

Tierra feraz, jugosa verdura, el junto del pantano peinado por la brisa y la selva inviolada, parada allá en el fondo su vanguardia recelosa: sus indios desnudos, sus ceibas copudas, sus laras gigantes. Custodian la fiebre del pantano para contener al intruso y preparan el veneno de sus guayacanes para las mordeduras mortales. No son solamente las márgenes del Juan Manuel las que mejor crían la brava serpiente.

Pero el hombre ya ha sembrado el platanal que allí está sosteniendo su racimos bien nutridos. Ahora también hay plantaciones de cacao, en espacios conquistados a la selva, pero ésta les monta la guardia de la asechanza entreteniendo al sembrador con el halago de los aceites de sus copaibas, cabimas, carañas y tacamahacas y la silvestre leche de sus vacajoscas, para que se descuide y se deje arrebatar lo que a su vez le arrebató a ella.

Allí también están las bombas de *La Solita,* trabajando con estruendo para que la riqueza ajena circule por los oleoductos que vienen de tierra adentro, río negro, junto al

amarillo, pero sin riesgos de vueltas azarosas... ¿Por dónde iría ya Hardman?... *La Arrepentida* rasga las aguas turbias y tira hacia las orillas marejadas de balsas.

Casas de trecho en trecho, en zancos donde el terreno es accesible a las crecidas del río o plantadas sobre el suelo realzado y firme. En las cocinas arden los fogones para el desayuno y al borde de las barrancas de las riberas acuden muchachos desnudos.

Remota va ahora en la cabina del timonel, para que Venancio le dé las explicaciones que necesite.

—Se comprende que todo esto debe de ser muy malsano —observa ella—, por el aspecto enfermizo de aquellos niños.

Y él replica, irónicamente:

—No. Aquí lo que cuesta trabajo es llegar a los diez años. De ahí para arriba, la costumbre de estar enfermo equivale a la salud.

Pero un río sinuoso es una entrada al reino de las sorpresas, y al triste espectáculo sucede de pronto una agradable visión de campos de pastos verdes bajo el tierno sol, poblados de vacas gordas de buena raza lechera, que ya habían dejado la carga diaria de sus ubres para las cuajadas del queso en los artesones de las materas. Allá, a una y otra margen del río, entre los corrales de los becerros y de las vacas, donde al amanecer fue el ordeño, coplas entre el sonido de los chorros de la abundancia en la cántara sonora.

—Toda esta región del Zulia produce leche como para alimentar al país entero—dice Venancio—. Esta es la verdadera tierra de la abundancia, en todos sentidos.

Y los verdes prados de las materas se extienden hasta donde se tropiezan con la selva, que también vigila en torno a ellas.

Silban los santocristos y los carpinteros donde todavía el bosque llega hasta las márgenes del río; cantan sobre los balsales los zamurios y los cristofués; alborota el paso de las bandadas de pericos y vuela en silencio una garza al ras

del agua, con su blancura sin mancha en un claro trayecto de sol. Los árboles majestuosos tienen ahora entre sus copas la gracia de un tierno cielo azul.

La Arrepentida pasa la desembocadura del caño de Lagunitas, de donde vienen las balsas floridas, y el Escalante abandona el turbio color, porque eran oscuras las aguas del caño, y se queda amarillo brillante y despejado a toda su anchura, bajo el sol y entre el verde jugoso que alimentan sus márgenes.

—Mire—dijo Venancio—. Ahí viene una "langosta".

Es una pequeña embarcación que navega por la orilla, a palanca, conduciendo un mercado flotante de legumbres, frutas y víveres, de los cuales se abastecen los caseríos de las riberas. Trae toda la pintoresca alegría de la abundancia de la tierra en el fruto, bien sazonado, rojo, verde, amarillo, y a las voces con que viene anunciándolo el "langostero" de pie en la popa, manejando la palanca, comienzan a acudir hacia el acostumbrado sitio de su arribada las mujeres del vecindario ribereño.

Se prepara el "langostero" para el envión del agua al paso de la piragua, ordena recortar velocidad Venancio Navas para no causarle riesgo de trambucada y mientras Remota contempla el mercado flotante, bruscamente sacudido, sin embargo, por el desplazamiento de las ondas hacia las orillas, el antiguo capitán de *Diablo Contento* cuenta:

—Uno de los placeres de don Demetrio era pasar a toda marcha frente a las langostas para hacerlas volcarse.

—¿Sí? Gracioso placer.

—No por maldad, propiamente, pues siempre les pagaba a los "langosteros" los daños causados y con creces. De modo que cuando nos divisaban muchos de ellos ya se decían contentos: —Vendí el mercado completo y a buen precio.

Y luego, con todo exclamativo de añoranzas afectuosas:

—¡Ese Demetrio Montiel! ¡Ah hombre para tener cosas, unas contra otras! No se imagina usted cómo le querían

por todas estas regiones. Daba lo que llevara en los bolsillos cuando se encontraba con algún necesitado. Y lo explotaban mucho, porque a la hora de ser bueno, lo era hasta decir no más.

—Pero a la hora de cometer atrocidades...

—¡Ah! Eso sí, también.

Remota abandonó la cabina y fue a pararse en la proa, para recobrar en silencio la serenidad contemplativa, perturbada por las alusiones a Demetrio Montiel, como siempre le ocurría que no las tolerase su espíritu sin perder el dominio de sí misma. No eran, sin embargo, formas de repulsión afectiva las que la hacían repugnar toda mención de su padre, sino inquietud de no haber encontrado todavía sitio adecuado en su alma para que se le aposentase el sentimiento filial a que la obligaba, de algún modo, su aceptación de aquella paternidad. Y tanto menos cuando acababa de oírle decir a Venancio Navas, con sinceridad indudable, que a la hora de comportarse como bueno, Demetrio Montiel lo parecía hasta los extremos de la bondad posible.

A trechos, por entre laras gigantes y ceibos frondosos, divisábanse azules lejanías de la cordillera andina, que, con aguas de vertientes suyas, contribuía a la abundancia de las que regaban aquellas tierras ubérrimas, y el luminoso y alegre paisaje de las márgenes del río adquiría entonces profundidad de grandeza. Cambiaba a cada vuelta la hermosura del aspecto de lo inmediato, pero la lejanía de monte empinado hacia cumbres de serenidad permanecía e invitaba a superaciones espirituales. Y Remota, la voluntariosa, efectivamente, se encontró en lo mejor de sí misma con el propósito, sin amarguras ni repugnancias, de reparar los daños causados por su padre.

Ahora acababan de aparecer, tras una vuelta, Santa Bárbara y San Carlos de Zulia, a una y otra margen de éste, compartiéndoselo, frente a frente con sus techos de tejas,

de cinc y de palma y las torres de sus iglesias, en pintorescos conjuntos por entre los árboles de las riberas.

—Santa Bárbara, ¿verdad?

—Sí, señorita—le respondió Venancio—. La de la izquierda; San Carlos, la población de la derecha.

Había frente a la primera, propiamente el puerto fluvial, varias piraguas ancladas, recibiendo cargamentos de plátanos y guineos, transportados por hileras de hombres que lo tomaban de vagones del ferrocarril que une dicha población con la de El Vigía, en la cordillera andina y que para el efecto estaban frente al embarcadero, atestados de aquellos frutos de la región. Subían y bajaban los cargadores apresurados por los tablones apoyados en las puertas de las bodegas y en la playa, y a la animación del trabajo, sobre la espalda encorvada la verde carga que cimbró el platanal, se añadía, pintoresca, donde agrupaban las mujeres los variados colores de sus trajes, la de la población ribereña que acostumbraba a acudir al espectáculo de las embarcaciones, fiesta de la mañana porteña. El río bruñía sus aguas con los esmeriles del sol para apurar los reflejos y ya tenía dentro de su hondón de cielo un vuelco de vida jubilosa.

Dirigiéronse todas las miradas hacia la piragua que iba a incorporarse a la fiesta del puerto, la reconocieron algunos y se oyeron exclamaciones:

—¡*La Arrepentida*!

—Que realmente lo es ahora—dijo Venancio en su cabina—. Mientras no saque su nueva patente.

Pero el gentío congregado en el puerto se había quedado en silencio, mirando hacia la proa de la embarcación de temeraria fama. Remota Montiel se enfrentó a aquellas miradas y ante la muda interrogación del pueblo hizo su acto de presencia voluntariosa.

UN PATRIOTA

Ramón Contreras, de Santa Bárbara, nervioso, sexagenario ya, con un rostro que parecía siempre sonriente, a causa de una peculiar y constante distensión de la boca tirada de las comisuras hacia los pómulos y del centelleo que parecía malicioso, de la vivacidad de sus ojos a través de los cristales de sus gafas, pertenecía a la legión dispersa de los depositarios del fuego sagrado del patriotismo regional, que los induce, en todas partes, a mostrarles a los forasteros las tristezas y necesidades de sus pueblos, para que no les vayan con cuentos de progreso.

Estaba aquella mañana entre la gente que componía la animación del puerto frente a las piraguas, junto con un hombre joven, de buena presencia y de compostura culta, que era el Jefe Civil del Distrito.

—¡Vea, vea!—díjole a su acompañante, indicando la embarcación que se acercaba—: *¡La Arrepentida* otra vez! Este pobre país no tiene remedio. Los bribones no desaparecen nunca; los Demetrios Montiel se reproducen por generación espontánea.

—Pero quizá venga verdaderamente arrepentida, don Ramón—le objetó el joven Jefe Civil—. Si no me equivoco, es la hija de Montiel quien viene a bordo. Una señorita educada en los Estados Unidos, muy culta, según oí decir en Maracaibo, donde se hablaba mucho de ella, ya para venirme.

Y a don Ramón Contreras se le iluminaron más los ojos en la contemplación de la singular forastera que le deparaba la suerte.

—¡Educada en Estados Unidos!—se decía ya mentalmente—. ¿Cómo le irán a parecer las pobres calles embarrialadas de Santa Bárbara?

Porque ya tenía decidido hacérselas transitar todas, por donde más intransitables fuesen.

Y aprovechando desde el primer momento la buena coyuntura de su conocimiento con Venancio Navas, a gritos:

—¿Qué tal, Venancio Navas? ¿Qué te trae otra vez por aquí?

—Ya le explicaré—respondió Venancio, que ya había salido de la cabina, fondeada la piragua—. ¿Y usted, cómo se encuentra? ¿Siempre el mismo?

—Siempre el mismo, chico. Yo moriré en mi ley.

Y apenas estuvo tendido de la piragua a la playa el puente del planchón de desembarco, ya don Ramón Contreras estaba subiendo a bordo junto con el Jefe Civil.

Venancio se lo presentó a Remota, diciéndole:

—Don Ramón Contreras, señorita Montiel. Una de las mejores personas de Santa Bárbara.

—Un servidor nada más, señorita—repuso él, saludándola—. Y aquí la autoridad del lugar. Todo un caballero. Venancio puede darle fe de que nunca me vio acompañado de los Jefes Civiles de antes. ¡Unos barbarotes!

—Antonio Marcial, a las órdenes de usted, señorita—dijo el presentado.

—Bueno, bajemos—díjole don Ramón a Remota, sin pérdida de tiempo—. Para que conozca la población. Le gustará mucho, seguramente. ¿Verdad, amigo Marcial?

Sonrió éste, que no era del lugar y apenas había tomado posesión de su cargo días antes, pero a quien ya le habían referido la especialidad de la cortesía hospitalaria de don Ramón, y díjole a Remota:

—Tendremos mucho gusto en acompañarla. A menos que traiga usted otras determinaciones.

—No—repuso ella—. El término de mi viaje no es Santa Bárbara, sino más arriba; pero me será muy grato conocer la población en compañía de ustedes.

Bajaron a tierra, y entre los que acudieron a contemplarla al paso, no faltó quien dijera:

—¡Pobrecitos zapatos finos! No saben el barrialero que los espera.

Porque las lluvias del tiempo y el consuetudinario abandono tenían la mayor parte de las calles realmente intransitables.

—Por aquí. Metámonos por aquí.

—¡Don Ramón!...

—¡No, no, amigo Marcial! Esto no es con usted. El señor Marcial, señorita Montiel, acaba de encargarse de la Jefatura Civil del Distrito, y a mí me consta, por el conocimiento que tengo de los hombres, que viene animado de los mejores deseos de prestarle la debida atención a las necesidades del pueblo. ¡Vea esto! Qué calle más pintoresca, ¿verdad? El cielo donde debía de estar solamente la tierra... Me refiero al que se refleja en las charcas, señorita. Que son algunas. ¿No le parece?

—Indudablemente, no faltan algunas—repuso Remota siguiéndole el humor, no obstante el deplorable estado en que ya iba su calzado.

—Por aquí—volvió a decir don Ramón, indicando la calle más intransitable de la población.

Pero el Jefe Civil intervino:

—No, don Ramón. Sería demasiado. Dése cuenta de que la señorita no tiene la culpa de estos barriales.

Y rieron los tres, después de lo cual el Jefe Civil inquirió:

—¿Y cuál es el objeto de su viaje a esta región, señorita Montiel? Se lo pregunto para ponérmele a las órdenes, en mi condición de autoridad del Distrito, en cuanto pueda necesitar de mí.

Explicó Remota a lo que iba y don Ramón prorrumpió:

—¡Un bandido ese Adrián Gadea! Téngale cuidado. Ya se lo he dicho al amigo Marcial, y ahora se lo repito: para

que usted pueda hacer algo verdaderamente útil y correcto en el desempeño de sus funciones, tiene que comenzar por meter en cintura a Adrián Gadea. Cabecilla de todos los enemigos del pueblo, que los hay bastantes por aquí. Es poderoso—¡sí, ya lo sé!—, pero hay que meterlo en cintura, con todo su dinero y toda su influencia.

Marcial sonreía discretamente y le reiteró a Remota su ofrecimiento:

—Si necesita usted de mi compañía para el propósito que persigue, estoy a sus órdenes, dentro de mis atribuciones, desde luego; pero completamente a sus órdenes.

—Gracias—respondió ella—. Prefiero ir sola. Luego le tocará a usted intervenir seguramente. Porque tengo entendido que el señor Gadea, más que peones, tiene esclavos en su hacienda.

—¿Y usted se propone libertarlos?—intervino don Ramón—. ¡Magnífico! Y cuente usted conmigo también, señorita.

Regresaron al puerto y Remota embarcó en *La Arrepentida* para llevar a cabo, cuanto antes, su temeraria empresa.

VII

LA MUJER VENDIDA

Más arriba de Santa Bárbara, en la margen derecha del río, estaba ubicada *Motilonia*, la hacienda de Adrián Gadea.

Una finca de caña en su mayor parte, pero con extensos campos de pastos, donde se criaba buen ganado lechero, platanales y algo de cacao, todo plantado en terrenos que antes fueron selva intrincada y pantano insalubre, por obra del ánimo emprendedor de sus dueños—era cierto—; pero donde se habían sacrificado centenares de vidas guajiras a la adversidad y a la iniquidad; el paludismo mortífero, la mor-

dedura del guayacán, el recio trabajo exprimido al hambre que acumulaba el jornal irrisorio y el látigo de la esclavitud en la espalda cimbrada bajo el brazo del propio Adrián Gadea, que estas faenas sí se las ahorraba con gusto a sus capataces, cuando se le fugaban peones y lograba echarles mano.

—Bueno—díjole a Remota su cuidadoso capitán Navas, al desembarcar junto con ella en el atracadero de *Motilonia*—. Ya usted sabe la clase de hombre con quien se va a entender. Acuérdese de que acostumbra a presentarse a sí mismo tal cual es, con lo de que no le vayan con cuentos de que mi tocayo Venancio Pulgar hizo mal al incendiar la Villa del Rosario. Por lo demás, ya sabe que vengo con usted para lo que sea menester.

Y por un hombre corpulento y moreno que venía hacia ellos:

—Aquél es Adrián Gadea.

Malcarado, picaraceado de viruelas, en mangas de camisa y con revólver al cinto. Venía resollando residuos de cólera ya descargada por el brazo y saludó con voz desagradable, aun tratando de aparecer jovial.

—¡Hombre, Venancio Navas! ¿No y que estabais purgando tus culpas en el petróleo? Yo nunca lo creí mucho, porque de arrepentidos como vos está el infierno lleno.

Venancio se limitó a sonreírle mientras le decía:

—La señorita Remota Montiel, don Adrián.

—¡Montiel! ¿Familia del compadre Demetrio, a quien Dios tenga donde su misericordia se lo permita?

Había dicho esto con ánimo de gracejo, pero Remota le respondió sin sonreír:

—Hija.

—¡Oh!—hizo Gadea, echándose para atrás, a fin de observarla de arriba abajo, como a ganado en pie que le estuviesen ofreciendo en venta—. ¡Ja, ja, ja! ¡Ah *Diablo Contento* y sus contrabandos, siempre de mercancía buena!

—Don Adrián—intervino Venancio—, debo advertirle desde un principio, porque conozco lo zafado de lengua que es usted, que la señorita Montiel es persona digna del mayor respeto.

Adrián Gadea se le encaraba ya; pero Remota intervino sonriendo:

—Déjelo, Venancio, déjelo. El señor Gadea prefiere presentársele tal como es, porque está de buen humor.

Se volvió hacia ella y le dijo, ya en plan de presentación sui géneris.

—Motilón de pura cepa, señorita. A mí no me veng...

—Perdón—atajó ella con sonrisa insinuante—. Ya sé lo demás. Que no le vengan con que el general Pulgar hizo mal al incendiar la Villa del Rosario, porque usted hubiera hecho lo mismo o peor.

Soltó la risa Gadea y entre los ahogos difneicos de complexión apoplética, dijo luego:

—Conque ¡ya le revelaron el santo y seña! ¿Cuentos del difunto compadre o chismes de este Venancio, que siempre me ha mascado, pero no me ha tragado?

—Cuentos que andan por ahí—repuso Remota—. Usted es bien conocido en todo el Zulia.

—Algo. Sí, señorita. Pero ¿a qué le debo el placer de tenerla por aquí?

Había empleado una frase usual de cortesía, y, sin embargo, Remota no pudo contener un impulso de repugnancia al oírse *tenida* por él, tal fue de sustancialmente grosero el tono con que pronunció aquella palabra, y le fue necesario recuperar el dominio de sí misma antes de responderle:

—A que necesito hablar con usted, señor Gadea.

—Pase adelante. Y perdóneme que no se lo haya dicho desde un principio. Esta es mi oficina, donde me le pongo a su disposición.

Ahora habían sido francamente maliciosas y casi procazmente pronunciadas aquellas últimas palabras, pero ya

Remota no llevaba remilgos de delicadeza y penetró en la oficina, mientras Gadea le decía a Venancio Navas:

—Quédate vos por aquí, Venancio, haciendo lo que queráis.

Remota se volvió para hacerle a Venancio una seña afirmativa de las palabras de Gadea, y éste la tomó por un brazo sin que ella se lo impidiera, para conducirla al asiento que le brindaría:

—Ahí. Tenga la bondad de sentarse. Para guardar después ese sillón en un santuario, con la sabrosura que le quedará encima.

Remota contrajo el ceño y replicó, al tomar el asiento:

—No olvide, señor Gadea, que ya se le ha advertido que soy persona merecedora de respeto.

—Tiene usted todo el mío, señorita—repuso Gadea, sonriendo desagradablemente—. Lo que pasa es que... como soy motilón de pura cepa... ¡No, no! Esta vez no voy a agregarle que no me venga con cuentos. ¡Ja, ja, ja!

Y tomando asiento frente a ella:

—¡A sus órdenes, señorita Montiel! Vaya diciendo. Fui muy amigo de su padre, y me será muy grato continuar en usted esa amistad.

—Pues bien. En el testamento de mi padre, cuya única heredera he sido yo, figura el nombre de usted, señor Gadea, como deudor suyo, y, por consiguiente, mío ahora.

—¡Umjú!—hizo él, repantigándose en su asiento, para agregar, con aire de suficiencia propia—: Y viene usted a cobrarme esa deuda, ¿no es así?

—Justamente.

—¡Jum! Vamos a verlo. Su palabra vaya alante, como dice el vulgo, pero lo que usted ha empleado tiene una significación muy especial, a mi modo de ver. Contra comprobante de obligación que yo haya contraído, pago inmediato es mi costumbre. Porque la buena reputación comer-

cial se funda en esa simpleza. Vaya sacando el que traiga contra mí.

Remota se lo quedó mirando un rato, con sonrisa graciosamente despectiva, para destruirle el efecto de su propia suficiencia de pícaro, y luego le dijo lentamente, pero con firmeza:

—Bien sabe usted que no puedo tenerlo, pues mi padre no se lo exigió, seguramente a causa de la íntima amistad que los unía a ustedes dos.

—¡De veras!—exclamó Gadea, a todo su gusto dentro de los procedimientos de la truhanería—. ¿Qué me cuenta?

—Está usted haciendo papel de tonto, por empeñarse en hacerlo de listo, señor Gadea—dijo Remota, sonriendo.

—¿De tonto?—recogió él—. ¿Está usted segura, señorita?

—Pues... Vea usted. Debí decir de bribón, pero preferí dejarlo para luego.

—¡Caramba! No se muerde usted la lengua. La raza que le viene del compadre, digo yo que será. Pero dése cuenta, señorita. No basta que Demetrio Montiel, que fue como Dios lo hizo, haya escrito en su testamento que Adrián Gadea le debía tanto o cuanto...

—Doce mil bolívares—dijo ella, quitándole la palabra.

—¿Sí? ¡Caramba! No son cuatro conchas de ajo. ¡Je, je, je! ¿Y por qué respectos, señorita Montiel? Si no es indiscreción...

—Por saldo de precios de indios guajiros vendidos a usted en varias ocasiones. Y no me venga con el cuento, digo yo a mi vez, de que ésas son operaciones ilícitas por las cuales no podré hacerle justos reclamos ante los tribunales, puesto que usted mismo acaba de decir que en el mundo de los negocios lo único que se requiere para tener buena reputación es que se pague puntualmente lo que se deba.

—¡Ja, ja, ja!—rió el propietario de *Motilonia* hasta donde se lo permitió su propensión difneica, mas ya no

burlonamente—. ¡Ah mujercita esta! Viene usted tapándome todas las salidas y ya casi me tiene acorralado contra la chequera del Banco de Maracaibo donde se guardan mis reales. Pero déjese preguntar una cosa, antes que me resuelva a extenderle el papelito. ¿Soy el único de los deudores del compadre Demetrio que va a pagar los platos rotos?

—El primero, por lo menos.

—¿Y a qué le debo ese honor, señorita Montiel?

—A las pésimas recomendaciones que me han hecho de usted.

—¿Cómo es la cosa?

—Muy fácil de entender. Es fama que tiene usted la costumbre de adquirir deudas, sin efectiva necesidad, sólo por hacer la experiencia de hombretonería de si alguien se atreve a cobrárselas por las malas.

Gadea había fruncido el ceño, a todo lo malcarado que era, mientras ella proseguía, administrando lo enojoso hasta donde fuere conveniente:

—A través de ciertos papeles de mi padre se descubre fácilmente que, por un sentimiento de sí mismo análogo al de usted, él le fió y le confió, para someter al hombretón de usted al riesgo de ocurrírsele negar la deuda, cuando el hombretón de él se la quisiera reclamar. ¿Me explico? Mejor dicho, ¿me entiende usted?

Pero como ya era oportuno administrar lo agradable para consumar el influjo que necesitaba ejercer sobre el ánimo de aquella hechura de brutalidad y violencia, en seguida agregó:

—Pero como no hay hombre tan galante con las mujeres como el valiente a toda prueba entre varones, yo me dije, sin temor a equivocarme: el señor Gadea... Adrián Gadea, mejor dicho, me pagará sin titubear, mientras que los demás deudores sacarán su campaña conmigo y se quedarán con mi dinero. ¿Me entiende? Mejor dicho, ¿me explico bien?

Pero Gadea, si sensible al halago bien administrado, no era galante sino a su manera y como además la misma demostración de superioridad de Remota ya lo tenía fascinado y a él todo sentimiento tenía que deslizársele a través de la sustancial grosería de los apetitos inferiores, ya estaba resollando sofocaciones de lujuria cuando empezó a decir:

—Eso de la galantería no me cae mal, la verdad sea dicha; pero mejor me cae la prenda que me anticipen de recibirla con gusto.

Había dicho esto inclinado hacia adelante, sobándose las manos, y ahora agregaba, en voz baja, saturada de lascivia:

—No ahora mismo, por supuesto, estando por ahí Venancio Navas; pero en su hora y punto... ¿Me entiende?... Que generalmente las horas más indicadas son las de la noche... ¿Me explico?

Era el colmo de la disposición a sacrificar delicadezas en que hubiese ido Remota a la entrevista con aquel hombre y, sin embargo, sin mínima alteración visible de dignidad ofendida—pues no se le escapaba el que Adrián Gadea, ya puro apetito bestial desenfrenado, no le brindaría ninguna otra actitud propicia al justo reclamo que estaba haciéndole—, replicó, sonriente, con toda la destreza de una mujer mundana:

—Señor Gadea, no tire así el dinero que tanto trabajo le habrá costado adquirir. ¿No ve que doce mil bolívares son demasiado dinero para comprarse una mujer fácil, mientras que nada, absolutamente nada, es la verdad, para conquistarse una que no lo sea y pueda poner en usted... su estimación?

Pero Gadea era bruto hasta lo inconcebible en persona de algún buen éxito en cualquier actividad y, levantándose para ir a su escritorio a extender el cheque, del pago y de la compra a la vez, dijo a su manera galante:

—¡Eso y mucho más vale usted! Ya le voy a poner en las lindas manos el chequecito.

—¿Y por qué no dinero efectivo, señor Gadea?—repuso ella.

Sonrió Gadea maliciosamente y respondió:

—Porque, como no es costumbre que se me presenten operaciones de la envergadura de ésta de hoy, no conservo en caja sino poco dinero en efectivo.

Y se sentó ante el escritorio.

Remota se pegó contra el respaldar del asiento, apretó los ojos fuertemente, para que no se le rebelara la mujer que por ningún dinero se vendería, y sólo recuperó su serena actitud habitual cuando sintió que Adrián Gadea se levantaba ya del escritorio, después de haber cerrado la gaveta dentro de la cual guardaba el libretín de cheques.

Venía resollando grueso, toda apetito la inmunda bestia difneica, y le dijo, entre resoplidos:

—Aquí tiene. ¡Doce mil bolívares! Justo lo que realmente le quedé debiendo al difunto compadre.

Con lo cual dejaba sobrentender que el bestial hartazgo que se proponía, como a buen negociante, le saldría de balde.

—Gracias, señor Gadea—dijo ella, con imponente gravedad, al guardar el cheque a su orden en su bolso de viaje. Después de lo cual se puso en pie agregando—: Bien. Muéstreme ahora su finca, señor Gadea. Me han dicho que es una de las mejores tenidas en toda la región.

—¡La mejor, sin duda alguna!—proclamó Gadea, en los ápices de la satisfacción de sí mismo, rico y macho—. Venga para que la vea.

SOMBRAS DOLIENTES

Frente a la oficina, que junto con los departamentos de viviendas del propietario de la finca componían uno de

los cuerpos de construcciones que había en ella, sobre la margen del río, alzábase la que ocupaban el trapiche y el alambique, ancho patio de tierra por medio, con una campana suspendida en el centro para llamar al trabajo y al fondo del cual se extendía una hilera de viviendas, bajo un solo techo de palmas, paredes de bahareque y dentro de un cercado de paloapique, que eran las habitaciones de la peonada.

—Comenzaremos por el trapiche—dijo Gadea, al pasar frente a Venancio Navas, que allí había estado montando la guardia de la entrevista. Y Remota le hizo señas para que se les agregara.

La caliente dulzura del olor del melado que impregnaba el ambiente del trapiche, le mitigó a Remota, al primer respiro goloso, el sinsabor de la humillante escena a que acababa de someterse, presa de la bestialidad sensual de Gadea, aunque sólo fuera en el pensamiento con que él ya la hubiese considerado suya. Pero al penetrar en el recinto del trabajo, advirtió que la brutalidad codiciosa de aquel hombre tenía allí víctimas reales sacrificadas ya, y un sentimiento de calidad fortalecedora del ánimo profundizó y prolongó el efecto superficial y momentáneo de la sensación agradable.

El humo había ennegrecido el techo y los muros, y dentro del recinto sombrío se movían, como sombras dolientes, los guajiros comprados por Gadea para la esclavitud efectiva en un trabajo aparentemente remunerado, tal vez los mismos que a su codicia le inmoló la irresponsabilidad de Demetrio Montiel. Hombres demacrados, adolescentes ya sin reservas vitales, tiernos niños raquíticos, macilentas mujeres de mirar lastimero, algunas con más esclavos ya de Adrián Gadea en sus entrañas. Gente degenerada, brutalizada, definitivamente hundida en los abismos infrahumanos de la humillación sin rebeldía.

Uno, ya anciano, silencioso y sombrío, como tal vez

nunca llegó a estarlo el esclavo Airapúa, atendía al funcionamiento de la máquina simple y poderosa del trapiche, a cuyas grandes muelas de acero dos mujeres andrajosas acercaban la caña, acarreada hasta allí por otras, sobre sus espaldas, desde el vuelco del camión que la había traído del corte del cañamelar, mientras parejas de muchachos recogían el bagazo que iba saliendo exprimido de la molienda y en angarillas lo transportaban a las bagaceras.

—Como usted ve—decíale Gadea a Remota—, aquí la máquina lo hace todo. Un motor de petróleo, allá afuera, mueve el trapiche por medio de esa correa de transmisión y las muelas de la máquina le exprimen el jugo a la caña. Las buenas mujercitas no hacen sino arrimárselas y el viejo ni que mover las manos tiene casi.

Pero Remota había advertido que las buenas mujercitas suspiraban lastimeramente y se le ocurrió que no sería por el dolor de aquella antigua llaga de esclavitud y humillación, sino por alguna reciente y viva.

—Ya la molienda está terminando—decía Gadea—. Esa es la última caña que pasará por las muelas. Diez días consecutivos, con sus noches, tenemos en esta faena. La han sacado a mitad por jornal ordinario, durante el día, y por tareas de reviro—es decir, extraordinarias—durante la noche. Turnándose, por supuesto. Pero están contentos los pobrecitos, porque ya van a terminar.

—Sí—repuso Venancio—. Se les ve por encima lo contentos que están.

—Déjate de cosas, Venancio Navas. Si están callados es porque el guajiro poco acostumbra a hablar, así sea en la fiesta.

Realmente, todos trabajaban en silencio, sin muestra alguna de alegría por buen esfuerzo realizado, sin mirarse entre sí, como si cada cual estuviese solo, sombra impenetrable e incomunicable, condenación de aislamiento en la reunión taciturna.

Y así ante la batería de pailas, donde otros hombres, solo cada cual, agitaban los remillones y las espumaderas dentro del guarapo hirviente. Y así también junto al recipiente de madera donde se batía el melado ya cocido en las pailas y en torno al banco donde con él se llenaban las hormas de las panelas.

Ante todos ellos volvió a hacerse Remota la reflexión que se había hecho ante las mujeres suspirantes. Algo que no debía de ser la tristeza habitual era en aquellos rostros dolor de llaga viva y reciente.

—Démele conversación a Gadea—díjole a Venancio, aprovechando que aquél se había acercado al mesón donde terminaba el proceso de la fabricación de la panela—. Entreténgamelo por aquí.

Y se dirigió hacia las mujeres que acercaban la caña a las muelas del trapiche, embarazadas las dos.

—¿Cuánto ganan aquí?—les preguntó.

Pero tanto ellas como el guajiro viejo que le atendía al funcionamiento de la máquina, parecían no haberse dado cuenta de su presencia, cada cual dentro de su sombrío aislamiento.

—Soy guajira como ustedes—díjoles, para inspirarles confianza—. Hija de Cantaralia Barroso. ¿No han oído hablar de ella?

Volvieron bruscamente hacia ella las miradas lastimeras las dos madres dolorosas, mientras el anciano seguía atento al funcionamiento del trapiche, como si nada hubiese escuchado, y se quedaron contemplándola con expresión de asombro.

—¿Desde cuándo trabajan aquí?—les preguntó Remota.

—Hace tiempo—le respondieron.

—¿Quién les trajo de la Guajira?

—*Diablo Contento.*

Y fue necesario que transcurriera una pausa para que continuase el interrogatorio:

—¿Cuánto les pagan?

—Lo suficiente—respondió una, mientras la otra iba por cañas para las muelas.

—¿Lo suficiente para no morirse de hambre y poder seguir trabajando para el dueño, verdad?

—Yo no sé—respondió la mujer atemorizada, cuya voz delgada y blanda parecía infantil—. Así será.

—Así es—murmuró el viejo, sin quitar la vista de donde parecía tenerla fija.

Remota se le quedó mirando y el recuerdo perdido volvió a su memoria:

—¿Airapúa?

El no respondió, ni se volvió a mirarla; pero las dos mujeres, a cuyos ojos acudieron los de Remota por la confirmación de su sospecha, movieron afirmativamente la cabeza.

—¡Airapúa!... ¿Cómo es posible?... Eras viejo ya... ¡Trabajando todavía!... ¿Esclavo siempre?... ¿Fue también mi padre quien te vendió? ¡Airapúa!...

Y ya no pudo hablar más, porque había visto que por las mejillas del anciano, silencioso y sombríamente aislado, se deslizaban lágrimas.

Ella también tenía que enjugarse las suyas, y una de las mujeres afligidas y asombradas le aconsejó:

—Quítese de aquí, que puede venir el amo. Sálgase afuera y asómese a la ventanita del calabozo. Allá junto al alambique. Salga por esa puerta.

Hizo lo que se le aconsejaba y se alejó del trapiche hasta donde comenzaban a extenderse los cañamelares de la hacienda, para desahogar en el aire del campo la opresión de su pecho. Y durante largo rato detuvieron los muchachos la marcha de las angarillas hacia las bagaceras, para contemplar a aquella mujer bien vestida y simpática que lloraba, con la diestra sobre los ojos, de pie ante los cañamelares.

Lloraba por la sequedad de su corazón durante tantos años de olvido de los dolores y los amores de su gente; por la ternura verdadera que aún no le había brotado de él ante el gran infortunio de su tierra, pues no basta el haber querido remediarlo con obras materiales, si al mismo tiempo no se ponía en el empeño, junto con el claro ejercicio del pensamiento, la tierna actitud del corazón.

Pero los guajiros que la contemplaban con la carga de bagazo en las angarillas detenidas, sólo podían explicarse aquel llanto por la causa que a todos ellos los tenía silenciosos y afligidos aquel día, especialmente, y dejando en el suelo la que conducían, dos de aquéllos se le acercaron a decirle:

—Los tienen allí, en el calabozo. Ahorita poco uno se estaba quejando mucho, pero despuesito se quedó callado.

Se enjugó las lágrimas, preguntando:

—¿A quiénes te refieres, muchachito?

—A los que iban a juyirse, porque estaban cansados de trabajal pa el amo. Los cogió el mismo don Adrián, les hizo untal achote, los metió en el cepo y él mismo comenzó a dales látigo hasta que se le cansó el brazo. Ahí están chorreando sangre, metíos en el cepo, desde esta mañana.

Se encaminó hacia donde le indicaba el niño. Una construcción estrecha y baja, de muros y techo abovedado de ladrillos musgosos, con angosta puerta de planchas de hierro, cerrada a cerrojo y candado y con un ventanuco protejido por reja de gruesos barrotes, a través del cual una persona de estatura corriente podía mirar hacia dentro.

Se asomó a él, y de la oscuridad del calabozo comenzó a surgir ante sus ojos el cuadro brutal.

Cuatro hombres jóvenes, aprisionados por el cuello en un cepo de mayor número de agujeros, de pies y con las manos atadas a las espaldas, de cara hacia la pared del fondo. Estaban desnudos de cinto arriba y sangraban desde los hombros por los verdugones de Gadea. No gemían y se

mantenían inmóviles, pero resonaban sus resuellos jadeantes dentro de la sonoridad del abovedado.

Se dieron cuenta de que alguien se había asomado al ventanillo, y tres de ellos volvieron la cabeza. Pero el otro ya no podía levantar la suya, rendida sobre el tablón del cepo.

Se quitó del ventanuco. La ira le había aridecido los ojos, pero le resplandecían en el rostro. Se lo compuso, sin embargo, para la necesaria expresión serena y risueña y regresó al trapiche.

EL RESCATE

Se acercó a Gadea, que hablaba con Navas, y dirigiéndose a éste:

—Venancio—díjole—. Ya es tiempo de que se regrese usted a Santa Bárbara. Allí estará mejor fondeada la piragua durante la noche.

—¿Es que piensa usted pasarla aquí?—interrogó Venancio, con acento de extrañeza y de protesta.

—Sí—le respondió sonriendo—. El señor Gadea me ha invitado a pasar la noche en su casa, para que pueda presenciar el ordeño de la madrugada en la matera. Cosa que no he visto nunca y deseo no perderme de ella, ya que estoy aquí.

—Pero...

—No le repliquéis, Venancio—intervino Gadea, ya saboreando su noche feliz—. Vos sois el capitán, pero a bordo no más.

—Con su permiso, señor Gadea—díjole Remota, tomando a Venancio de un brazo para salir con él al patio.

Y ya fuera.

—Váyase a todo motor a Santa Bárbara y dígale de mi parte al Jefe Civil que aquí se requiere su presencia inmediatamente. Que venga acompañado de agentes de Policía.

Respiró Venancio con alivio de su preocupación y ella continuó:

—Gadea tiene cuatro hombres bárbaramente maltratados y metidos en un cepo, uno de ellos moribundo ya, y de aquí no me iré hasta que no lo vea salir como se merece. Andese allá y vuélvase en seguida con las autoridades. Por mí no se preocupe.

—Señorita...—comenzó a decir Venancio Navas, emocionadamente; pero en seguida agregó—: Se lo diré después. Por ahora, quédese con mi revólver.

—No es necesario, Venancio. Traigo uno en el carriel.

Y regresó al encuentro de Gadea, que ya salía del trapiche.

—La cara que puso Venancio—dijo él, entre risotadas—. Pero ya me doy cuenta de lo mal que tenía que caerle la noticia, porque a los hombres nunca nos gusta hacer ciertos papeles.

—¡Gadea, Gadea!—repuso ella, complacida en su capacidad de dominio propio—. Mire que yo sólo me he quedado para presenciar una escena de vida pastoril.

—¿Sí?

—Sí. El enlazamiento de un toro bravo en medio de la sabana.

—Pero si por aquí no hay toro bravo sino yo.

—No diga eso. Prométame comportarse como un caballero, y vamos a sentarnos frente al río, a conversar amigablemente. Está bonita la tarde, como para conversaciones delicadas.

Apenas se habían sentado al borde de la barranca en que allí se cortaba la ribera, al extremo del patio entre las construcciones de la hacienda y en sillas de extensión que Gadea sacó de la casa donde habitaba, cuando éste le dio a las perspectivas un giro inesperado.

—¿No cree que hubiera sido preferible que también usted pasara la noche en Santa Bárbara?

—¿Por qué?

—Porque acaba de metérseme entre ceja y ceja la idea de casarme con usted. ¡Mañana mismo! Que para eso tengo influencias sobre las autoridades civiles y religiosas.

—¡Caramba, Gadea! Dan miedo las determinaciones repentinas de usted. ¿Sin conocer mi vida, ni yo tampoco la suya, vamos a atarnos para siempre, de la tarde a la mañana?

—Pues contémonos nuestras respectivas vidas, para que por eso no quede. Porque de todos modos, yo tengo resuelto ya que usted sea mi esposa. Me hacía falta una mujer como usted al lado mío. Soy rico y soy bruto, que es casi una redundancia. ¿No es así como se dice?

—Sí. Cuando se quiere confesar la verdad.

—Pues ya confesé la mía. De esposa es que yo la quiero. ¡Mía de verdad! Pero tiene usted la palabra. Venga de allá su historia.

—Es larga, Adrián Gadea.

—No tanto. Déjese de coqueterías al revés. Está usted en el punto de sazón en que la caña da mejor aguardiente. Y como en este corte estamos en el mismo temple...

—Muy llena de cosas raras, por lo menos, que necesitan contarse minuciosamente—insistió ella, sin que la traicionase un mínimo gesto de repugnancia por todo aquello.

—No importa. Yo estaría oyéndola a usted diez años seguidos, sin quitarle la palabra.

—Pues allá va.

Pero venía lejos todavía cuando ya estaba de regreso *La Arrepentida.*

—¿Qué le habrá ocurrido a Venancio?—preguntó ella.

—¡Suerte que tengo yo!—exclamó Gadea—. Ahora usted se va a pasar la noche en la posada de Santa Bárbara, y mañana... ¡Matrimonio y mondongo en caliente!

Lo demás fue el derrumbamiento repentino de toda la prepotencia de Adrián Gadea. El Jefe Civil, después de

haber obligado a entregar el arma que llevaba al cinto, lo hizo abrir personalmente el calabozo y poner en libertad de cepo y ligaduras, con sus propias manos, a los guajiros víctimas de su brutalidad.

Entretanto, Remota había dado en la campana del patio el toque convenido para que allí se congregase la peonada, como Airapúa se lo explicó, y cuando ya venía Adrián Gadea del calabozo entre los gendarmes que acompañaban al Jefe Civil, lanzando bufidos de cólera, ella los hizo detenerse para hacerles a los guajiros allí reunidos, hombres mujeres y niños, unas preguntas de cuyas respuestas debía de quedarle constancia a la autoridad de la región:

—¿Están ustedes dispuestos a continuar trabajando en esta hacienda?

—No—respondió un murmullo unánime.

—¿Le están debiendo algo ustedes al señor Gadea?

—El a nosotros—respondió Airapúa—. Por trabajo mal pagado con hambre y por maltratos y cepos.

—¿Están dispuestos a regresar conmigo a la Guajira?

—¡Sí!

Adrián Gadea soltó una risotada y luego interrogó:

—Y los daños y perjuicios de este sonsacamiento de trabajadores, ¿quién me los va a pagar?

—A la autoridad del Distrito le consta ya que no hay tal sonsacamiento—respondió Remota, abriendo su carriel para sacar el cheque que allí guardaba. Y, mostrándoselo, agregó—: Pero aquí hay dinero para indemnizarlo, en todo caso.

Se disponía a devolvérselo, pero Gadea replicó:

—¿Con el precio que le pagué por su cuerp...?

Mas no concluyó la frase injuriosa, porque junto a él estaba Venancio Navas, y le selló la boca de una bofetada.

Gadea intentó apoderarse del revólver de uno de los gendarmes, a falta del suyo, ya en poder del Jefe Civil, pero no lo logró, y aquéllos le echaron mano por los brazos.

Mientras tanto, Remota había rasgado en pequeños pedazos el cheque infamante y ya se lo tiraba a los pies.

Y todo lo presenció Ramón Contreras frotándose las manos hasta quemarse la piel, en cambio del gusto que estaba dándose, al ver a Gadea entre gendarmes, como un delincuente vulgar, y por añadidura abofeteado, desvanecida por fin la irritante impunidad que hasta allí le habían dado su dinero y su arrogancia valentona.

DESTELLOS DE FARO

Ya iba el rescate en *La Arrepentida,* río abajo, alejándose de Santa Bárbara. Más bocas para el hambre que reinaba en la Guajira, en vez de algún dinero para aplacarla; pero ya estaba reparada, en lo posible, la iniquidad de Demetrio Montiel.

Hombres, mujeres y niños, desnutridos, macilentos, con las espaldas destrozadas los que habían padecido la última violencia de Adrián Gadea, humillados y envilecidos por la bárbara esclavitud, tristes por los compañeros que dejaban sepultados en aquella tierra, el último de ellos aquel cuya mirada no pudo volverse hacia el ventanuco donde asomó el inesperado auxilio, había, sin embargo, en sus rostros un despertar de humanidad recuperada, una emoción de gratitud y de esperanza en las miradas fijas en Remota.

En la cabina de gobierno iba Venancio Navas tirando faros por entre las vueltas riesgosas, sumidas en la oscuridad de la noche, y ya se acercaba *La Arrepentida* a la desembocadura del río en el lago, cuando Remota subió de la bodega, donde el rescate se entregaba al sueño por la escalerilla que salía a la cabina.

—Señorita—díjole Venancio—. Cuando lleguemos al término de este viaje, despídame de su servicio.

—¿Por qué, Venancio?

—Porque he cometido la infamia de pensar mal de usted. Aunque haya sido un momento no más.

Ella le oprimió en silencio la diestra sobre la rueda del timón, y luego le dijo:

—Si no hubiera sido por usted, Venancio Navas, nada de esto habría podido ocurrir.

Y ya la piragua estaba desembocando en el lago, bajo la noche estrellada.

Remota Montiel salió a la proa. La saludó batiendo sus resplandores el Faro de Catatumbo.

FIN DE
"SOBRE LA MISMA TIERRA"

LA BRIZNA DE PAJA EN EL VIENTO

ENTREGA

Le entrego a Cuba este libro en las manos amigas de Raúl Roa, gallarda figura de su intelectualidad, a través de cuya alma ardiente y generosa me he asomado a la angustia contemplada en sus páginas; de Sara Hernández Catá, amiga cordial, quien, junto a su fervorosa cubanidad, le ha brindado tierna acogida a mi mortificación venezolana, y, de manera especial, en las de los estudiantes universitarios, que padecieron y superaron la tragedia de la cultura que aquí comparto con ellos en mi modo natural de expresión y en ejercicio de la fe que tengo puesta en la juventud intelectual de los pueblos de nuestro espíritu y nuestra lengua.

Consiéntanme las letras cubanas este entrometimiento de las mías en los dominios de sus preocupaciones, teniendo en cuenta que, además de deuda personal de gratitud, contraída por mí con esta tierra acogedora y cordial, bajo la bandera de la estrella solitaria corazón venezolano siempre experimentará emoción de patria.

RÓMULO GALLEGOS.

IN MEMORIAM

A ELLA,

VIVA Y PERENNE

EN LA MEJOR ASPIRACIÓN

DE MI OBRA LITERARIA,

EL ÚLTIMO LIBRO QUE JUNTO A ELLA

COMENCÉ A ESCRIBIR

LA VOLUNTARIOSA

I

EL FUNDADOR

En el principio, junto con el ánimo aventurero fue el buen humor, y con él llegó Pablo Azcárate hasta sus postreras. Lo rodeaban los hijos, y, después de un largo soponcio, abrió los ojos y, mirándolos uno a uno, así fue diciendo:

—Alfonso, Bernardo, Clemente, Dionisio, Eugenio, Florencia. El alfabeto Azcárate que nos habíamos propuesto deletrear hasta la zeta vuestra madre y yo. Me lo dejó en la efe...

Sonrió y luego, con aparente incoherencia:

—La verdadera historia de la conquista de América por nosotros los españoles no se ha escrito todavía, pues no fue con la Cruz y con la espada con lo que la emprendimos, como viene diciéndose, sino con la lengua. Porque desde Méjico hasta la Patagonia a los pobres aborígenes tuvo que sucederles con mis paisanos de esos tiempos lo que conmigo le ocurrió, como ya os lo he contado, al primer cubano que me oyó hablar.

Se animaron los hijos, porque lo oían expresar mente lúcida con palabras de buen humor, y él agregó:

—Tendréis que oírmelo por última vez, porque es bueno que cuando se van a dejar posibilidades de soberbia, se dejen también recuerdos de humildad. Yo era mozo de café en uno de los puertos de escape de España, y para dejar-

me de eso pasé el charco, viajando de polizón en uno de los vapores que por allí pasó y para acá venía. Se dice pronto. Llegue, pues, a esta tierra sin nombre escrito en lista de pasajeros, y cuando la pisé, acordándome de aquello de "a mal tiempo, buena cara", yo que comienzo a decirme: —Hazte cara. Y un joven que se me acerca diciéndome:

—Caballero...

—Azcárate—díjele, quitándole la palabra, ya con apellido mío de mi propia invención. Se quedó mirándome el cubano mientras se decía, como para atrapar recuerdo que se le hubiese escapado:

—¿Aza..., Azcá...? ¡Sí! Azcárate, justamente. Vengo por usted, señor Azcárate.

—Se me hundió Cuba, al pisarla—díjeme mentalmente—. Este tío debe de ser funcionario del puerto, y ya va a estar pidiéndome mis papeles. Que en esos tiempos de independencia reciente aquí tenían que ser toda una historia. Pero el joven me sacó pronto de mis apuros, aunque para meterme ya de cabeza en otro, diciéndome:

—Me envía el señor Martínez, dueño de la fábrica de tabacos de Monterrey. Azcárate, sí. Se me había olvidado el apellido de usted, que él me dio para que lo solicitara a bordo. Pero ya sabía que empezaba por Az.

Sonríe el narrador y agrega:

—Fijaos en esto, hijos míos. Un mandadero olvidadizo, precisamente donde a mí me convenía que no hubiese buena memoria. Luego supe que el apellido de la persona a quien buscaba el cubanito, comenzaba al revés, por za: Zalamea.

Hace una pausa mientras los hijos ríen, menos Bernardo, a quien ya se le veían humos de linaje, y éste dice:

—Que bien sabemos que los Azcárate...

Pero el narrador le quita la palabra:

—Ta, ta. No me los encarames todavía en árboles genealógicos. Espera a que yo me marche. Y déjame recordar

la sabrosa historia. Le eché encima al olvidadizo una mirada de esas que sólo pueden darse en pasajeros de primera clase, y le repuse: —¿Y qué quiere de mí el señor Martínez? ¿Que le haga tabacos, es decir, puros? Pues se equivoca él y se equivoca usted y se equivoca todo el Monterrey de su fábrica. ¿Trabajar yo en nada que de algún modo vaya a convertirse en humo? ¡Quite usted allá! Dígale a su señor Martínez que a Pablo Azcárate no se lo fuman de ningún modo los holgazanes de esta isla, ni los de todo el continente. ¿Estamos?

Con ruidosa risotada, genuinamente Azcárate, le celebran los hijos—menos Bernardo, otra vez—el recuento puntual del lejano episodio, y él agrega sonriendo:

—Era la reconquista de Cuba, perdida por la Corona de España y gracias al uso que yo hacía de la lengua de marras, mío ya aquel cubanito simpático. Momentos después era el señor Martínez, español, oriundo de Sevilla, él sí, con nostalgias de La Giralda, el toro que yo debía lidiar, y como descubrí que tenía ganas de que le hiciesen buena faena, y siendo necesario que, por respeto propio, yo le dejase entender que de puros no sabía ni papa, pero también que no perdiese la oportunidad que se me deparaba de comenzar a ganarme la vida, así empecé la lidia.

—Señor Martínez de mis tormentos ya. Usted mandó a por un Zalamea, como acaba de decírmelo, y le han traído un Azcárate: las mismas primeras letras, pero invertidas, a causa de reflexiones de travesía trasatlántica. No le diga usted a nadie que yo me he puesto de revés el patronímico; pero no me exija que le elabore puros finos, porque eso a ningún precio lo hace ya el zeta a, convertido en a zeta..., que ya sabe usted que los ascetas somos enemigos de buenos olores y sabores. Ordene que se me entreguen ahora mismo algunas cajas de los puros de su fabricación, por infumables que sean, dígame dónde no ha logrado todavía que se los compren. Y no quiera usted saber más.

Interrumpe el puntual relato para dejar reír y tomar respiro y luego prosigue:

—Pero el señor Martínez, ya mío también como el cubanito, quiso saber de qué parte de España era oriundo yo, y al preguntármelo salté del asiento, ya con una idea genial:

—¿Oriundo yo? No hablemos más, señor Martínez. Cuando se necesita saber dónde lo haya parido a uno su madre, es porque algo falta para que uno inspire confianza, y Pablo Azcárate no se somete a interrogatorios complementarios. Oriundo es una palabra ofensiva para un hombre que no se propone engañar a nadie. Usted se ha equivocado conmigo, y desde un principio se lo he estado diciendo, como se le dicen las cosas a las personas inteligentes.

—Repórtese, amigo Azcárate—díjome el de los tabacos, que era una bella persona—. Yo no he querido ofenderlo, no he empleado una palabra incorrecta al decir oriu...—Pero no lo dejé concluir—. No me lo repita, señor Martínez.

—Tenga la bondad, Azcárate—insistió el buen hombre, remachándome el patronímico recién puesto: pero ni por ésas desistí del plan que ya me había trazado—. ¿Sentarme yo frente a usted después de lo ocurrido?—repúsele—. Ese no lo logrará nunca de Pablo Azcárate. Yo no me siento, yo me remito a la prueba, echándome en seguida a la calle a venderle sus puros donde nunca se los hayan comprado. Disponga que se me entreguen ahora mismo unas cuantas cajas, y dígame cuántas pesetas debo traerle por ellas.

Otro descanso, ahora para maliciosa guiñada de ojo al primogénito Alfonso, por la linajuda seriedad de Bernardo, y prosigue:

—Y dicho y hecho: dos horas después regresé sin puros, pero entregando las pesetas. Y fue así, hijos míos, como empecé a ganármelas en esta Cuba de vosotros. Pero es bueno que sepáis, o que no olvidéis, que cuando casé con vuestra madre, a quien Dios tenga, ya me había procurado yo la base de mi fortuna. Bien redactados ya los papeles de

identificación, gracias a lo poderoso caballero que es Don Dinero.

Guardó silencio, un buen rato, dedicado al recuerdo de la ocasión en que había conocido a la dulce mujer que luego fue su esposa.

En Camagüey, por fiesta de San Juan que se prolongaría hasta la de San Pedro, devociones predilectas de la localidad. El señor Martínez lo había convidado, y allí estaban su esposa, criolla camagüeyana y su hija Amelia.

—Aquí tienen al gran Pablo Azcárate, de quien tanto les he hablado—díjoles Martínez, quien había puesto toda su confianza en aquel compatriota—. Pueden hacerle todas las preguntas que quieran, porque de todo sabe, menos la que ya les he advertido que no debe hacérsele.

Se enamoró de Amelia con la misma rapidez con que se había puesto nombre, y desde las primeras miradas descubrió que había reciprocidad; pero desde las primeras palabras de ella comprendió, también, que el señor Martínez le había preparado en su favor el corazón de la unigénita.

—¡Mala cosa!—díjose—. Pablo Azcárate no tiene bolsillo del lado del corazón. Vegas de tabaco y fábrica de puros podrán hacerle más ricos a sus hijos posibles; pero a él mismo no lo enriquecerán de la noche a la mañana.

Y ese mismo día le comunicó a Martínez:

—Acabo de enamorarme de su hija de usted, así como suena, y me separo desde hoy mismo de los negocios de su fábrica de tabacos.

—Piénselo mejor, amigo Azcárate—repúsole Martínez, que no sólo le había tomado afecto y con él veía bien casada a su hija, sino que sus negocios mismos los contemplaba florecientes en aquellas manos que a él le permitirían descansar, como lo deseaba—. La primera noticia me ha complacido; pero la segunda...

—Es inseparable de la primera. Yo le pediré a usted la mano de Amelia cuando me haya labrado una base de for-

tuna y no a la sombra de usted. Porque mañana puede ocurrírseme llamarlo a usted... carcamal, por ejemplo, y no voy a poder evitar que usted me corresponda llamándome chulo.

Y en esto se les reunieron unos señores de la región, amigos de Martínez y dueños de fincas ganaderas, a propósito de las cuales se entabló conversación.

Azcárate prestaba atención, y en un momento dado dijo:

—¿Dehesas? De ésas sí que entiendo yo.

—¿Sí?—repúsole uno de los camagüeyanos, celebrándole el juego de palabras—. ¿Ganadero, entonces, encima de chistoso, como buen andaluz?

—¡Qué! ¿Me ha llamado usted oriundo de Andalucía? Pues ni bueno ni malo, señor mío, sino Pablo Azcárate. Nacido en La Habana, para que se entere, en el año de gracia de... ¡Bueno! Todos los años son de gracia, aunque la mayor parte de ellos sean más pesaos que Cánovas. Y no quiera usted averiguar más, sino que en cuanto a cría de ganado, nadie sabe tanto como los toros, después de las vacas, que son las que más saben de eso. Déme usted unos cuantos de los primeros, no muchos, y otras tantas de las segundas, en número mayor y en edad de merecer, y vuelva luego, para que se le seque la lengua contando cuernos. Eso sí: con un buen espacio de esas que ustedes llaman sabanas, donde se puedan contar cómodamente.

Sonríe ahora, al recordar aquello, ya lejano, y murmura:

—Y me dio las vacas y los toros y las sabanas, el buen señor. A buen precio, para él, pero en las condiciones de pago que yo estableciera. Y todo gracias a los milagros de la lengua, por donde merecemos y por donde pecamos los españoles.

En efecto, a su verbosidad y a su peculiar manera de resultar agradable mediante expresiones y modales ásperos, manteniéndose en el difícil término medio entre el hazmerreir y el cascarrabias, logró aquella vez, como otras muchas, ganarse voluntades. Pero también contribuyeron, de una ma-

nera positiva, las buenas recomendaciones que de él hizo Martínez, de excelente reputación en el mundo de los compromisos de pago y viejo amigo del vendedor de la finca.

Los toros y las vacas—que serían los verdaderos criadores, según bien lo dejó sobrentender Azcárate, conforme a su habilidad de no soltar prenda de afirmaciones categóricas respecto a su capacidad para algo, que pudiera comprometerlo—hicieron lo que les correspondía; pero en la personal dirección de la finca el nuevo propietario trabajó esforzadamente y muy pronto pudo sacar adelante, libre de deudas, la base de fortuna propia que le permitiera aspirar a la mano de Amelia Martínez.

Casó con ella y comenzó a fundar su familia, anunciando que sería:

—De cubanos ciento por ciento. Porque yo no he venido a América a aumentar colonias, sino a poblar nación. Y en orden alfabético, aunque tratándose de letras castellanas, hay que reconocer que los primeros conservadores de nuestra lengua en el continente empezaron por dejársela estropear, y hoy no encuentra usted, desde Méjico hasta Patagonia, una jota y una zeta con las cuales se pueda decir como es debido: —¡Hijo de la gran zorra!

Ya las originarias del señor Martínez no eran en Amelia sino sonidos blandos, casi suspirantes y susurrantes, y en ella no valía la pena intentar la restauración de la prosodia conquistadora.

Deletreando su alfabeto entre gozos y penas, llegó puntualmente Amelia hasta la inicial de Eugenio, pero quedó delicada de salud, y en recuperarla pasó unos diez años, contemplando la hermosura del Valle de Viñales, donde su padre tenía una bonita residencia de temporadas: los *mogotes* que en medio al estrecho valle se alzaban pintorescamente, la ternura de los plantíos, el pasmo de diaria admiración ante los inimaginables colores, a los primeros rayos de sol, como también a los postreros. Y cuando regresó a

la obediencia conyugal, con vehemente deseo de niña, con aquella saturación de bellezas se aderezó una linda criatura.

Le tocaba la efe—y Pablo Azcárate no abandonaba propósito que se le hubiese ocurrido, y menos aún tratándose de los que componían el aspecto pintoresco de su personalidad—, y buscándosela en Fernanda, Francisca, Florencia, en ésta se la pusieron.

Pero recayó en su dolencia Amelia, cual si toda la vitalidad se la hubiese quitado aquella vigorosa niña, y la muerte no tardó en venir por ella.

Ya había muerto el señor Martínez, y vegas de tabaco de Pinar del Río pasaron a la riqueza de Pablo Azcárate, dueño ya de un viejo ingenio adquirido casi a precio de escombros cuando una violenta y extraordinaria depreciación del azúcar puso en peligro la industria básica del país. Lo dotó de maquinaria moderna, y puso al primogénito al frente de su administración. Bernardo era un mocito propenso a empinarse en alturas, y al padre le pareció más conveniente acostumbrarlo a moverse en los terrenos bajos de las vegas tabacaleras. Clemente fue destinado al manejo de la finca pecuaria, y de allí, de jinetear caballos en pastoreos de ganado, fue sacando afición a los de carrera. Dionisio le estaba saliendo populachero; pero bueno para campo también, y con el fin de aplicarlo adquirió uno de pastos y labranzas menores en las cercanías de La Habana.

En cuanto a Eugenio, que desde pequeño mostró inclinación a libros, ya lo tenía encaminado hacia la Universidad, y para Florencia hizo construir una bonita casa de campo, en parte de los destinados a la ocupación de Dionisio, sobre una pequeña colina desde donde se podía contemplar tierno paisaje de prados sobre los cuales alzaban elegancia y serenidad las palmas reales. Púsole por nombre la Casa de la Muñeca, pues así decíale a Florencia.

Allí estaba ahora, rodeado de sus hijos, cercano ya el

término de su vida y después de un largo silencio, volviendo a abrir los ojos, sobre ellos los posó y murmuró:

—Adivino lo que estáis pensando. No queréis que me marche sin que os diga dónde empecé. ¡Vamos! De dónde soy oriundo. Ocultarlo no ha sido capricho mío, que de tonto habría sido, sino una martingala. Yo me di cuenta, desde un principio, de que en el secreto de mi procedencia estaría la clave de mi éxito: arrancármelo sería un empeño de mis amigos, y mientras tanto, ellos se dejarían tomar lo que yo necesitase de ellos. No me valí de ella para ocultar pasado inconfesable, pues no fui fugitivo de ninguna justicia cuando me salí de España, sino de la injusticia que conmigo quería cometer la vida, condenándome a pobreza. Soy oriundo...

—Yo tengo bien averiguado—dijo Bernardo—que los Azcárate y Zalamea, de la provincia de Vizcaya...

Pero el viejo lo interrumpió:

—¡Esta sí no me la esperaba! Zalamea yo y vizcaíno por más señas.

Pero a Eugenio se le ocurrió, con sus buenas letras al servicio de su buen amor filial:

—Te han informado mal, Bernardo. El viejo es oriundo de aquel lugar, el más conocido de todos los de la tierra, pero de cuyo nombre no quiso acordarse...

Y el viejo, quitándole la palabra:

—Exacto. Que sus buenas razones tendría el manco famoso, para ese famoso olvido.

Y luego:

—Bueno. Ya cumplí con la lengua aquí abajo; pero allá arriba me espera, según me han prometido, nada menos que el Verbo en persona, y me propongo pasar muy buenos ratos charlando con El. Se acaba la vida en mí, pero en vosotros dejo la mano Azcárate asentada sobre Cuba, no para oprimirla, sino para exprimirle, cariñosamente, la riqueza que ella puede y debe dar. Cinco dedos los hombres

hechos y derechos, y la Muñeca, tierna y pequeña todavía mi linda muñequita, pero en la cual debe latir siempre el pulso del espíritu de la familia. Os casaréis, os multiplicaréis, pero unidos siempre, hijos míos. Indivisos los bienes, mientras la Muñeca sea menor de edad, y suya exclusivamente esta casa, adonde en los momentos difíciles se acuda a sentir las palpitaciones del pulso. Un puño de Mano Azcárate.

Dijo esto último alzando el brazo de la diestra apuñada. Se le desplomó sobre la cama, pero la mano le quedó apuñada.

LA MANO AZCÁRATE

Se abrió el testamento: el ingenio, la finca pecuaria, la de granjas, labranzas y vaquería, todo con la misma denominación de *Los Azcárates:* las vegas de tabaco, bajo el nombre de *Martiazcárate*—porque antes se habían llamado de Martínez—, y una casa de habitación en la calle de Neptuno, de La Habana, destinada a que "en ella ponga Eugenio una de estudiantes, seleccionados entre sus compañeros de carrera más merecedores de estimación y de confianza, para que allí viva junto con ellos y se procure amigos".

Era evidente que tal recomendación, de puño y letra del testador, venía dirigida a procurarle a Eugenio ascendiente de intimidad sobre un grupo de estudiantes que, bien escogidos, le permitisen reforzado asiento de la Mano Azcárate en el mundo universitario. Y así lo entendió Eugenio y así le pareció muy bien pensado y dispuesto a Alfonso, para quien la voluntad paterna había sido siempre sagrada.

A él le recomendaba, especialmente, el mantenimiento indiviso de aquellos bienes raíces, hasta cuando Florencia fuese mayor de edad y al frente de los cuales debían man-

tenerse ellos, cada uno en representación de la mano entera.

La Casa de la Muñeca era herencia exclusiva de Florencia, cuya educación y protección se le confiaba a Alfonso, que sería su tutor.

Regresó Clemente a la finca ganadera, donde ya casi no se criaban sino caballos de carrera, y Bernardo a Pinar del Río, entre cuyas muchachas de mejor sociedad varias acariciaban la esperanza—según él se lo tenía pensado—de apellidarse de Azcárate, y donde ya sus vegas comenzaban a dar, por obra de su inteligencia seleccionadora—él también se lo decía—la más aromática hoja de buen tabaco alguno.

Dionisio tenía su destino en la finca que rodeaba la Casa de la Muñeca; pero donde también ciertos enredos amorosos de su condición populachera.

Florencia fue internada en uno de los mejores colegios de La Habana; pero allí mismo comenzó su rotación por todos los bien recomendados que en la ciudad hubiese.

—Señor Azcárate—decíanle a Alfonso las directoras—, lo he molestado para manifestarle que... que su hermanita es muy inteligente, muy estudiosa y muy correcta, en cuanto a conducta espiritual... Pero hágame el favor de quitármela de aquí, pues va a acabarme con el colegio.

Contrajeron matrimonios Alfonso y Bernardo, en Santiago y en Pinar del Río, respectivamente, y en una temporada de carreras de caballos en Miami, como allí estuviese Clemente con los suyos, en el hipódromo conoció a Edith, norteamericana profesora de *College*, y con ella se casó. Eugenio tenía amores con la hermana de uno de sus compañeros de curso, ya en tercer año de derecho, y respecto a los de Dionisio, mejor era no hablar.

Pero un día llamó Eugenio a sus hermanos a Consejo de Familia y les comunicó su determinación de abandonar sus estudios.

Era el primer caso de fracaso de un Azcárate, y a Alfonso especialmente le cayó muy mal.

—No tengo vocación para el ejercicio profesional y no vale la pena emplear años en adquirir, simplemente, un título universitario—díjoles Eugenio—. Por otra parte, los negocios de la Mano Azcárate se han desarrollado y diversificado de tal modo que requieren una administración centralizada, una coordinación. Hagamos la experiencia, por lo menos.

—¡Qué casualidad!—dijo Bernardo—. Esa proposición, justamente, era la que yo traía a esta reunión.

—Bueno—dijo Eugenio—. Un voto favorable ya.

Bernardo sonrió, desde sus habituales empinamientos, y repuso:

—Sí. Pero a favor mío. Porque precisamente vine a proponerles que se ponga la coordinación de la Mano en las mías.

Alfonso frunció el ceño.

—No. Vamos a decirnos las cosas claras: ni tú ni Clemente sois partidarios de coordinaciones, sino de la partición de los bienes. Yo no les combato esa posición; pero les suplico simplemente que para eso esperemos que se cumpla la condición establecida por nuestro padre, en su testamento y en sus últimas palabras para nosotros: un puño la Mano Azcárate, mientras la Muñeca sea menor de edad.

Y Dionisio, el populachero, muy sensible a la influencia de ciertas frases, además de buen conservador de la memoria paterna, dio su parecer:

—Sí. ¡Un puño! Y que se encargue Eugenio de la Coordinación o como se llame. En algo tiene que ocuparse, ya que no ha servido para la Universidad.

Poco después Eugenio contraía matrimonio con Raquel Luciente, pianista famosa ya, aunque no profesional.

La Muñeca hizo sus estudios de *College* en Miami, don-

de hubo de enviarla Alfonso, al cuidado de Clemente, que allí residía, y en concluyéndolos regresó a la patria.

No la belleza, propiamente; pero sí otro acontecimiento. Hermosa cabeza, entre lo oscuro y lo dorado, como cosa de aurora caliente sobre ondulado monte; ojos expresivos y grandes, con lo azul y lo verde del agua marina, que es siempre inquietante; una bien tallada y bien combinada forma de voluntad y de voluptuosidad, la nariz correcta; un alarde de sangre vigorosa, la boca y las mejillas sin carmines postizos; en rostro, cuello y brazos, una pátina de sol tomado sin melindres de blancura, y bajo el somero traje, para clima fuerte y sin gazmoñerías de pliegues que desdibujaran formas, unas, perfectas, pero que hacían difícil la pura contemplación estética en miradas masculinas. Cierto aire majestuoso en el descenso del avión y una manera de sonreír que obligaba a tomarse tiempo antes de aplicarle calificativos.

Y fue Dionisio quien primero salió del fraternal asombro, exclamando:

—¡Qué mujer, caballeros! ¡Se cansa uno!

Y antes de que Alfonso le reprobase la populachería:

—Pero no hay problema, hermanos. El puño Azcárate no se dejará manosear la Muñeca.

—¡Qué bárbaro!—exclamó ella, riendo a todo gusto. Y luego—: Mas, ¿por qué no están aquí las mujeres de ustedes? ¿No pertenecen ellas, también, a la famosa mano?

—Han preferido esperarte en tu casa—le respondió Alfonso—. En el asiento del pulso de la familia. Que, por cierto, falta hace que allí se le sienta palpitar, como lo deseaba nuestro padre.

Florencia los miró inquisitivamente, uno a uno, mientras preguntaba:

—¿Qué? ¿Tiende a abrirse ya la Mano Azcárate?

Un breve silencio fue la respuesta, y ella agregó:

—No. ¡Un puño la Mano Azcárate, como nos lo recomendó el Viejo!

Y entre los que por allí estaban, algunos murmuraron:

—¡La Mano Azcárate, extendida sobre Cuba de punta a punta!

II

JUAN LUIS

El pitirre es un pájaro pequeño que en remontando vuelo acostumbra atacar al aura tiñosa, picoteándole la cabeza encarnizadamente hasta hacerla abatir el altanero vuelo; pero sería muy aventurado suponer que con ello persiguiera intención de orden moral de castigar elevamientos después de hartazgos de inmundicias.

Sin embargo, Juan Luis lo creía, y todas las simpatías de su espíritu se empinaban a complacerse en la contemplación de la hazaña del pequeño pájaro atrevido.

—¿Qué es lo tuyo, Juan Luis?—solía preguntarle la madre—. ¿Hasta cuándo vas a está mirando p'arriba?

Porque ya la guajira Rafaela le había oído decir a su marido Juan Marino, a propósito de aquello:

—Este muchacho mira p'arriba. Me da el corazón que no me va a serví pa nada.

Juan Marino era gañán, y no entendía que los ojos pudiesen servir para contemplar cosas que sucedieran en alturas, cuando el trazar surcos que saliesen derechos pedía que no se los quitaren del ras de la tierra.

Sin embargo, Juan Luis los tuvo aficionados a contemplación de campos. Los de tiernos prados y diáfanos palmares que se veían a través del ancho y alto portalón abierto en el muro que cerraba el fondo de la angosta calle ciega por delante de la cual estaba su casa, en las goteras

de Guanabacoa. El tenía unos cinco años, y desde el umbral de la puerta de aquélla miraba las invitadoras lejanías campesinas, deseoso de corretear por los verdes prados sobre los cuales volaban bijiritas, tomeguines y sinsontes y de internarse en los palmares profundos, que allá, en el fondo, alzaban elegancia y serenidad en la radiante mañana o en la tarde dorada.

Pero en medio de la angosta calle estaba siempre echado un perro corpulento, de largas orejas y seguramente de terribles colmillos, haciendo las veces de dragón guardián de país encantado, y nunca se movió del umbral de la contemplación. Imaginaciones vehementes e invencible timidez componían ya el alma atormentada del hijo de Juan y Rafaela, guajiros sencillos, rudos, de quienes no parecía posible que se heredase condición soñadora.

Pero Juan Marino era un buen hombre, laborioso y digno de que en él se pusiese confianza, y Pablo Azcárate lo quitó de gañán y lo elevó a mayoral de la granja adquirida para ocupación de su hijo Dionisio. Debido a lo cual, aquél tuvo que instalarse en ella con su familia.

Ya estaba en lo alto de una colina la Casa de la Muñeca, entre majestuosas palmas reales, y allá se alzaban el canto y la risa de Florencia, pequeña, traviesa, entre lo oscuro y lo dorado la ensortijada cabellera, y hacia allá se empinaron las miradas de Juan Luis, desde el umbral de la casa campesina, aprendiz de amores en la infancia todavía... Luego fue el morir de Pablo Azcárate y el no volver más a la Casa de la Muñeca la niña del canto de oro y la risa de plata

La escuela. El Instituto. La atormentada adolescencia, y en la vuelta a la casa campesina, por una misma calle siempre, en la puerta de una de sus modestas casas, la mulata Clorinda, jovencita, bien formada para apetitos golosos, los suyos en los ojos ardientes envolviendo a Juan Luis en fuego de amor tempestuoso y gozoso. Pero nada

de apetencias carnales, romanticismo puro y contemplación a distancia, calle por medio al pasar por la acera opuesta, y luego desde la esquina próxima. Entre ella y él, otra vez el dragón echado en el camino.

Ella sonreía y guiñaba los ojos; pero a él se le habían petrificado los músculos de la cara. De que sus piernas le permitiesen trasponer la distancia que lo separaba de aquellas invitaciones, ni pensarlo siquiera; pero cuando ella se quitaba de la puerta y él proseguía su marcha hacia la granja vecina, se le quedaban menguados todos los grandes y más atrevidos amantes que realmente fueron o han sido inventados; cuando, llevándose a Clorinda en el pensamiento, caminaba hacia su casa por entre los tiernos prados y a través de los serenos palmares, con el suntuoso crepúsculo a cuestas, larga su sombra por delante, dulcemente melancólico el arrullo de la tojosa en el vesperal silencio.

Pero una tarde, parado él en la esquina de la contemplación, pasó por allí Dionisio Azcárate jineteando uno de sus briosos caballos, con cuyos escarceos acostumbraba hacerle demostración de varón arrogante y dominador a la sensualidad femenina que le interesase excitar, y los hermosos ojos de la enamoradiza ya no vieron más para el mirador de la timidez... De donde ésta se quitó en seguida, para convertirse, en la reconcentrada intimidad, en el más tremendo atrevimiento del hombre a quien otro fuese osado a quitarle mujer de sus amores.

Y al día siguiente la brutal noticia: Clorinda se había fugado de su casa con el caballero Azcárate... Nunca fue tan triste, tan feo, el canto de la tojosa en el atardecer.

Y, en llegando a su casa, le dijo a su padre:

—No volveré más aquí, ni mientras tú trabajes para Dionisio Azcárate me llevaré a la boca pan comprado con el dinero que él te pague.

—¿Qué dices?—repúsole Juan Marino, sorprendido por aquella inusitada altanería.

Pero la repentina audacia del tímido es incontenible, y la respuesta fue:

—Lo que ya me has oído.

—Que no me lo repetirás.

Y diciendo esto, Juan Marino alzó el puño y lo descargó sobre la boca del hijo irrespetuoso.

Fue el subitáneo encrespamiento de la lealtad subalterna de Juan Marino, elevado por Dionisio a la categoría de mayordomo de la granja para no tener que ocuparse en ella. No averiguó qué le había ocurrido a su hijo con el "caballero Azcárate"—como lo mencionaba respetuosamente—; pero, en todo caso, desde lejos le venía la predisposición a acatamiento, que no le permitía admitir que un hijo suyo se rebelara contra un Azcárate, hijo de don Pablo, que puso en él toda su confianza. Además, en lo profundo de su intimidad labriega persistía aquella aprensión contra el hijo, propenso a "mirar para arriba", que no le tomó ni ejemplo ni enseñanza de su condición y de su oficio campesinos y por el camino de los estudios se le alejaba de su humildad, aunque no le hubiese contrariado tal inclinación por lo bondadoso paternal que había dentro de su rudeza.

Brotó sangre de la castigada boca y Rafaela se le acercó a Juan Luis, preguntando:

—¿Qué has hecho, hijo? ¿Qué le has dicho a tu padre para que así te haya sacado sangre?

Y él le respondió:

—No te preocupes, mamá. Es sangre de la cabeza del aura tiñosa en el pico del pitirre. Juan Marino tiene la mano recia y pega duro, pero me ha hecho aprender algo que me hacía falta. No duelen las bofetadas tanto como yo me lo imaginaba. Se me ha quitado el miedo de pronto, y eso debió enseñármelo mi padre desde mucho antes.

Se olvidaría de Clorinda y con mayor ahinco se consagraría al estudio. En su previsión de porvenir, como en

noche oscura, relampagueaba ya una invitación a destino extraordinario, dramático, pero magnífico. La participación del estudiante universitario en la lucha política contra la dictadura sufrida por el país ya le había costado a éste derramamiento de sangre generosa y apagamiento trágico de claros talentos; pero allá, en la Universidad de La Habana, había un Salón de los Mártires, donde se recogían los retratos de los estudiantes caídos, y en el relampagueo de porvenir se divisaba el de Juan Luis Marino allí también.

Por otra parte, ciertas lecturas le habían desquiciado ya los fundamentos de sus creencias religiosas; pero de modo paradójico, entre los escombros de ellas, se alzaban ansias místicas de superación, de dedicación de la vida a propósitos trascendentales. Y la bofetada injusta, encima del maltrato de amor, lo decidió a quitarse, de una vez por todas, de posturas de contemplación.

Abandonó la casa paterna, sin que Juan Marino se lo impidiese y sin atender a las súplicas de la madre llorosa; pero el guajiro recio, de la mano alzada por la lealtad subalterna, consoló a la mujer, diciéndole:

—No llores, Rafaela. Hoy se te salvó tu hijo. Créemelo a mí. Ya Juan Luis se atreve, y hombre que no se atreva para nada servirá. No sé qué le haya hecho el caballero Azcárate; pero, en todo caso, a él tendremos que agradecerle que el hijo se nos haya hombreado. Déjalo andar su camino. Desde aquí le seguiremos los pasos.

—Pero ¿de qué va a vivir?

—No te preocupes, mujer. Sin que me vea la mano, desde aquí se la arrimaré a sus dificultades. Hambre no pasará.

Se consagró al estudio con mayor ahinco, como se lo había propuesto, sin angustias económicas, gracias a la mano oculta del padre, que le procuró trabajo que le permitiese mantenerse sin faltar a la obligación escolar; pero

al aproximarse los exámenes de lo bien aprendido, hasta la medianoche el libro en las manos, comenzaba a tirarlo en arrebatos coléricos, a dudar de su inteligencia y a preguntarse si no sería preferible que se aplicara a ordeñar vacas, como a ello bien lo habría enseñado su padre. Sus profesores sabían que era buen estudiante y sus condiscípulos acudían a él para que les resolviese las dificultades, pero en la exhibición de los exámenes nunca hizo ninguno más triste papel.

Ni él mismo ninguno tan desairado como el que, por causa de otras lecturas y conforme a aquel misticismo sin formas positivas de religiosidad que se le venía acentuando, hubo de desempeñar con la rumbera de *cabaret* en que paró Clorinda cuando Dionisio Azcárate la abandonó, al principio en uno de los mejores de la ciudad, pero muy pronto en otro de grosera clientela, situado en las inmediaciones del puerto de La Habana y denominado *Cabaret de los Marinos.*

Fue a verla allí una noche, con todo un propósito apostólico de influencia tolstoiana, bien premeditado, bien escogidas previamente cada una de las palabras de la mística invitación a regenerarse y redimirse de la caída en los abismos de la lujuria.

—¡Juan Luí!—exclamó la rumbera, en cuyo rostro ya no había la frescura de la ansiosa de amor en el umbral de su puerta—. ¿Por fin aprendiste a acercártele a las mujeres?

Y luego, con entonación de tristeza de sí misma, ya sin pudor:

—Llegas tarde, chico. Yo voy rodando pabajo y ya no hay Virgen de la Caridad del Cobre que me asujete. Al principio me aplaudían los turistas y los caballeros gozadores con mucha manguá en los bolsillos, y en las comparsas de los carnavales toa Labana se desmigajaba aplaudiendo a la mulata Clorinda, fina cantidá bailando la rum-

ba sabrosa por el medio de la calle, paseo del Prado arriba, enseñando las bonitas piernas. Pero me empezó el mal y pabajo se ha dicho. Llegas tarde, Juan Luí.

—No vengo a lo que te imaginas—repuso él—. Sino a invitarte a..., a..., a que te redimas.

—¿Cómo es la figura? ¿A que me redima?

—A que abandones ese camino y te regeneres.

—¡Ay Juan Luí! ¿Tú, como que perteneces a eso que en Nuevayol llaman el Salvesión Almi, según he oído contá?

Y como en esto ya se habían sentado cerca de ellos otras cabareteras con sus correspondientes marinos, ya Juan Luis no podía con el apóstol, a punto de derrumbársele en el ridículo; pero hizo un esfuerzo heroico, y dijo:

—Lo malo, lo triste, lo desgraciado no es caer y rodar hasta el fondo del abismo, sino no poder o no querer incorporarse y enderezar el paso por el camino recto de la dignidad humana.

Y mostrándole un libro que consigo llevaba, agregó:

—Mira. He traído este libro para obsequiártelo.

Lo cogió Clorinda y, leyendo en la portada, dijo:

—*Resurrección.* ¡Hum! Yo le vi esa película a Dolore del Río. Pero tú tas atrasao, Juan Luí. Lo que se pudre no resucita, y yo estoy muerta y corrompía.

Dicho lo cual soltó una risotada, a la que le hicieron coro de burla cabareteras y marinos en las mesas cercanas.

Juan Luis se puso de pie y se apresuró a sacar de allí al apóstol, que se le había derrumbado totalmente.

Tolstoi se le cayó de las manos, para darle sitio a libros de orientación materialista que llamaban a lucha franca en persecución de bienes positivos, concretos, terrenales, sin vista alzada a cielos de artificio. Y en comenzando a leerlos, reconoció que Clorinda había tenido razón cuando le dijo:

—Tú tas atrasao, Juan Luí.

Pero así como de la ruina de las creencias positivas y

candorosas, por modos de contradicción, le salió adentro un místico, ahora también, con el materialismo devorado a tragagrueso, se le alimentó un idealista, ansioso de perennidad en el Salón de los Mártires.

Ya terminaba sus estudios de Instituto, pronto ingresaría en la Universidad, y allí conocería a Justo Rigores, líder del estudiantado en posiciones de fuego contra las supervivencias de la dictadura que oprimió y ofendió. Soñaba con el día de la ansiada oportunidad de estrechar aquella mano. Implacable, como tienen que serlo todas las que se hayan puesto al servicio del ideal.

Entre tanto, sería bueno que acostumbrara la suya a manejar pistola, como lo pedían las circunstancias; pero...

—¿No es acaso más hermoso el martirio, desarmada la mano, adelantado el pecho a la inmortalidad del sacrificio?

No había duda. Juan Luis Marino era un caso de idealismo a toda prueba. Honda raíz en la tierra cubana. Viejo dolor, pero inextinguible esperanza.

III

MAR DE FONDO

De pie, a la orilla del portal de la casa que entre airosas palmas reales se alzaba en lo alto de la colina, estaban Dulcenombre, Juliana y Raquel. Una santiagueña elegante la primera, con buena correspondencia al nombre en el rostro, donde se convertían en bondad las dulzuras del azúcar, a cuya producción se dedicaba su marido en el ingenio; una hechura de espíritu aristocrático la segunda, con cierto encogimiento de soberbia en la nariz, como si estuviese oliendo el bien logrado aroma del tabaco que su esposo cultivaba en las buenas vegas de Pinar del Río; una figura estilizada la tercera, en la cual parecía reproducirse la

función coordinadora de Eugenio, su marido, en la armonía de lo profundamente femenino y lo delicadamente artístico. Tres mujeres bien escogidas por tres hombres que perseguían un doble propósito de predominio económico y buen lucimiento social.

—¡Muñeca!—exclamaron las dos primeras, abriéndole los brazos a Florencia, a quien en seguida cubrieron de besos.

Pero Raquel se la puso a distancia de buena contemplación, y unas dos o tres veces exclamó:

—¡Mujer!...

—¡Qué gusto me da verlas!—repuso la agasajada. Y luego, con reticencias de genio burlón—: Pero ¡qué falta me hace aquí Edith, la de Clemente! Aquí estaría diciéndome, con su bonito inglés: *Darling!*

—No seas majadera—repúsole Clemente—. Con Edith has pasado buenos tiempos en Miami, y creo que de algún provecho te haya sido el trato y comunicación con ella.

—No le hagas caso—intervino Alfonso—. Habla así por buscarte la lengua.

Y en esto salió del interior de la casa la negra Natividad, que había sido aya de Florencia y aún se conservaba al servicio de la familia.

—¡Nati linda!—exclamó la Muñeca, corriendo a su encuentro—. Mi manejadora querida. ¡Qué bien te conservas, negra linda!

Y entre abrazos y besos, a la negra emocionada se le deslizó un desencanto:

—¡Mi Muñeca! Que ya no me llama como antes: mamá Otra.

Porque había sido ella quien de madre le había hecho las veces cuando pequeñita perdió la verdadera.

Cohetes lanzados al aire desde el caserío campesino que se extendía por delante de la colina, habitado por los

trabajadores de la finca que manejaba Dionisio, llamaron hacia allá la atención.

—Escucha, Muñeca—díjole Natividad—. Tu gentecita de allá abajo. La que cuida las vacas y las gallinas, y ordeña la leche, y recoge los huevos, y siembra la tierra, mientras el caballero Dionisio les caracolea el caballo a las guajiras sandungueras.

—¿Qué dices, negra charlatana?—replicó Dionisio, pero sin enojarse.

—Déjeme terminá, caballero. Tu gentecita, Muñeca, celebrando tu llegada con cuetes y voladores. Aguáitalos allá, todos mirando pacarriba, a ve si te distinguen. Asómate ahí y salúdalos con la mano en alto. La Mano Azcárate... en buena ocupación alguna vez.

Dijo esto con buen humor, y Alfonso le replicó:

—¿Qué estás diciendo, Natividad?

—No me regañe el caballero. Porque las cosas son las cosas, pero de un modo se miran dende arriba y de otro dende abajo.

Hizo Florencia lo que le aconsejaba Natividad, y Dionisio, haciendo alarde de su robusta voz, desde la colina arengó a los del caserío:

—Bueno. Se agradece aquí la alegría de allá por la reconstitución de la Mano Azcárate. Y ya saben: esta noche, función de circo, con una sorpresa en honor de la Muñeca.

Voces de júbilo le respondieron en el caserío, y Alfonso le explicó a Florencia:

—Dionisio adquirió los restos de un buen circo de acróbatas que de tumbo en tumbo vino a encallar en Guanabacoa, y con ellos les procura distracción a los trabajadores de la finca.

A lo que repuso Florencia, fingiendo gravedad:

—¡Alfonso, repara en lo que dices! Eso es aquello de pan y circo.

Pero Clemente aprovechó la oportunidad:

—No. No tanto eso como otra cosa. Entre los trabajadores de granja que maneja Dionisio—vamos a decirlo así—hay algunos que tienen hijas bonitas, y...

Era el mar de fondo que empezaba a manifestarse; pero Eugenio se llevó consigo a la Muñeca al recibimiento del portal, donde tomaron asiento todos, y así comenzó a expresarse el coordinador:

—¡Florencia! Ese nombre requiere que se le pronuncie con cierta entonación, fuera de lo común y corriente. ¡Florencia! Porque parece que anunciara persona con extraordinaria misión sobre la tierra.

—¿Tanto así?—repuso la Muñeca, soltando luego la risa.

—Sí. Cuando digo la tierra, no me refiero a todo el globo terráqueo, sino a la porción de él donde cada cual tiene alguna misión que cumplir. En la Muñeca, donde se aprieta la fuerza con que se cierra y se apuña la mano, late el pulso, y estando ya aquí la de la Mano Azcárate, en ella debe latir el de la familia.

Alfonso demostraba complacencia en aquellas palabras de Eugenio y Dulcenombre se la compartía; pero Dionisio interrumpió:

—¿Qué estás haciendo, Eugenio? Que por oírte el pico de oro no nos hemos fijado en que llega Edith, sin que hayamos corrido a su encuentro.

En efecto, bajaba ya de su automóvil Edith. Era una mujer de agradable presencia, bien educada y que poseía ecuanimidad y dominio de sí misma, pero de una manera tan norteamericana, que, traduciéndolo al inglés, había que llamarlo *self control.*

Había oído las palabras de Dionisio, que acostumbraba hablar a gritos, y entró bajo el portal, diciendo:

—Te advierto, Dionisio, que Clemente, mi marido, va a imaginarse que tú has dicho eso para dar a entender que yo he venido tarde, a fin de adueñarme de toda la atención

que debía estar puesta en Florence, por ser ella la recién llegada.

Y Clemente, de pie, como todos los demás:

—*Don't pay attention, darling.*

Tomaron asiento de nuevo, perpleja Florencia, silenciosos todos, y Edith sonrió y dijo:

—Es curioso. Siempre ha sido verdaderamente admirable... Perdón. Considerable, la cantidad de risa que los Azcárate ustedes tienen siempre dentro del cuerpo.

—¿Sí? A mí que me registren—dijo Dionisio chocarreramente.

—Ahora, no—repuso Edith con todo su *self control*—. Y por eso he dicho que es curioso. Porque ustedes son una gente dramática. De pronto se quedan callados y una siente que está dentro de un drama que de repente va a estallar.

Bernardo se atrevió:

—Edith quiere decir...

—Perdón, Bernard. Yo he dicho ya lo que he querido decir.

—Pues yo me he quedado en la luna—replicó Dionisio.

—No tiene nada de extraño—díjole Edith—, pues tú siempre estás en alguna luna... de miel.

Y Clemente:

—Edith se refiere, Muñeca, a que los jornales que se pagan en la finca que Dionisio maneja no siempre corresponden tanto a lo que en ella se trabaje como al número de guajiras buenas mozas que en sus casas tengan los colonos.

—¿Se podría saber—explicó Dionisio—si lo que tú ganas, Edith, jugando a los caballos de Clemente, va a parar a las manos del coordinador?

—¡Basta ya!—dijo Alfonso enérgicamente, descargando un puñetazo en el brazo del sillón que ocupaba—. No estamos reunidos aquí para tratar de negocios, sino para agasajar a nuestra hermana, vuelta al seno de la familia.

Pero ya se había dicho lo suficiente para que Florencia se diera cuenta de que entre los dedos de la Mano Azcárate ya no reinaba la armonía de antes.

JOVIALIDAD Y CAVILACIÓN

En la mesa, sin embargo, reinó cordialidad. Porque la autoridad de Alfonso era indiscutible entre ellos y aquel puñetazo de protesta los había metido en cintura a todos, inclusive Edith, cuya buena educación siempre le daba consejos prudentes.

En el mundo de los intereses materiales, el mantenimiento indiviso de la herencia de Pablo Azcárate ya era imposible, pues cada cual deseaba ver como suyo propio el fruto de su trabajo o de su habilidad, como en el caso de Clemente, cuyos caballos de carrera las ganaban con sus patas, pero sin duda alguna gracias al acierto con que él los escogía y los hacía entrenar. Y en cuanto al mejor beneficio que la previsión paterna quiso procurarle a Florencia con aquella disposición testamentaria, ya le estaba logrado con el incremento de la fortuna por la diligencia de los hermanos, quienes, por lo demás, estaban bien dispuestos a mejorarla en la partición. Pero en el seno de la familia los Azcárate sabían ser gente cordial.

Sentados ya a la mesa, Eugenio inició la charla en formas de buen humor.

—A ver—díjole a la hermana—. Cuéntanos cómo fue eso de salir con buenas calificaciones en tus exámenes finales.

—Muy sencillo—respondió ella—. ¿Crees tú que puede haber alguien que se atreva a reprobar a este acontecimiento de mujer? Hubo examinadores que quisieron suspenderme, es la verdad... Pero en brazos. Sólo que cuando terminó el examen ya todos estaban cansados de ver tanta

mujer por delante en una sola examinanda. Ya lo dijo Dionisio: —¡Se cansa uno!

Se lo celebraron los Azcárate con toda la considerable cantidad de risa que siempre tenían por dentro, como había dicho Edith, y sólo Juliana, la de Bernardo, agregó una observación de buen tono:

—Esa frase es algo populachera y, por consiguiente, impropia de ti.

—Descuida, que ya me oirás otras de más grueso calibre.

—No digas tonterías—intervino Dulcenombre. Y en seguida, para situar la conversación en terrenos de formalidad—: Y de Miami, ¿qué impresiones traes?

—¡Estupendas! Allí me expliqué, por fin, el milagro del paso del mar Rojo a pie enjuto.

—¿Cómo es eso?—inquirió Alfonso.

—Ya verás. En las temporadas de playa, todas las de Miami y todos los puentes que allí hay, como bien sabes, se llenan de judíos provistos de cañas de pescar, y allí se están días enteros pesca que te pesca, aunque no pesquen nada. Vienen de los cuatro extremos del inmenso país, no pasan de las orillas del mar, cuando no de junto a los parapetos de los puentes, y cuando regresan a sus casas llegan con la boca llena con estas palabras: —¡Vengo del mar! Como si dijeran: de alta mar, donde desafiaran tormentas.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo del mar Rojo?—averiguó Clemente.

—Ya verás. Esa inclinación a la pesca les viene a los judíos desde sus orígenes, en el fondo de la Historia, y cuando Moisés se los llevó en la huida de Egipto, al llegar a las orillas del mar Rojo, sacaron sus cañas, no tan complicadas como las de ahora, por supuesto, y se pusieron a pescar. Hombres, mujeres, niños. ¡Todo Israel! Se quedó mirándolos el mar Rojo y se dijo: —Estos me van a dejar

sin peces si no los dejo pasar. Y ¡zas!, abrió sus aguas, las levantó como dos paredes y les dijo: —*¡Go ahead, go ahead!*—. Bueno, no lo dijo en inglés, pero se los dijo.

Otra vez la carcajada unánime, apenas con la excepción de Edith, quien luego repuso:

—Has empleado unas palabras que merecen una explicación. Has dicho que los pescadores de los puentes de Miami regresan a sus casas diciendo enfáticamente: —Vengo del mar. —¿Será porque nosotros, los norteamericanos, tenemos demasiada imaginación, o porque tenemos una diferente de la de ustedes los latinos?

—Eso último, ni que discutirlo.

—Sí—prosiguió Edith, con algo de sus tiempos de profesora—. Una imaginación organizada para una finalidad práctica, útil. Vamos a tomar sol y aire de mar, convenientes para la salud, y mientras tanto pescamos, porque estamos acostumbrados a hacer algo siempre. A tener siempre alguna ocupación dentro de un sistema establecido, como lo es el descanso de las actividades mentales en los lugares apropiados para eso. Los que pueden ir a alta mar, allá van y allá corren los peligros que por allí los esperen; los que no, se quedan en las orillas o en los puentes, por debajo de los cuales hay aguas marinas, y por eso dicen, al regresar a sus casas: —Vengo del mar. —Porque es la verdad, ya que el mar es mar hasta en sus orillas. —Tú no puedes comprender eso porque tienes una imaginación dramática, de alta mar y con borrascas.

Acaso Edith iba a agregar algo más, pero Florencia le quitó la palabra:

—Tú lo has dicho, Edith. De alta mar y con borrascas.

Y como al decir esto frunció el ceño, bajó la cabeza y guardó silencio, los demás se quedaron mirándola y luego se miraron unos a otros, como preguntándose qué le habría ocurrido a la Muñeca, qué traería entre ceja y ceja.

FUNCIÓN DE CIRCO

Tenía cierta gracia aquella agrupación de casitas campesinas, donde no desentonaba la presumida de Juan Marino entre las humildes de los ordeñadores de las vacas. De madera algunas, pintadas de azul o de verde; de rojos ladrillos sin revestimiento otras, con portales de sentarse a tomar el fresco de la brisa nocturna las más de ellas, y pretiles sobre los cuales se alineaban cacharros con plantas floridas. No se habían puesto totalmente de acuerdo para componer calle alineada, y entre algunas de ellas se habían quedado a dar sombra viejas ceibas frondosas y a enderezar elegancia palmas reales solitarias. Los floridos arbustos de adelfas rosadas y blancas y los de rojas yuramiras y bugambilias mantenían los fueros del campo entre la presumida y los humildes; pero alrededor de todas, allí mismo, estaban los anchos prados donde pacían las vacas, los paños de labrantíos, los diáfanos palmares, las suaves colinas.

No había nadie por todo aquello, pues la población entera llenaba ya el circo, donde iba a efectuarse la función en homenaje de la Muñeca Azcárate. Una vieja carpa, con tantos rotos como descosidos, bajo la cual colgaban algunos trapecios, y a uno y otro lado de la pista gradas de madera para los espectadores. Ya estaban llenas, y entre las pardas o blancas vestiduras de los hombres, las manchas de varios colores de los trajes de las muchachas. Olía a vacas, pero también a flores, con bastante de perfumes artificiales, no de los más finos. Había impaciencia, porque el palco destinado para los caballeros—los Azcárate—aún estaba vacío.

Por fin llegaron, y grandes aplausos saludaron la aparición de Florencia, la Muñeca, quedando luego el rumor de los comentarios.

Porque las viejas recordaban a la esposa de Pablo Az-

cárate, una dulce señora de quien la Muñeca no parecía ni prójima y porque entre las jóvenes algunas tenían que recordar que, siendo niñas, habían correteado junto con ella por aquellos campos.

Comenzó la función. Dijeron los payasos sus sandeces y se las encontraron graciosas; salieron luego los maromeros, y todo el público estuvo de acuerdo en que era sorprendente cuanto hacían de sus músculos en barras y trapecios.

—Mas, ¿por qué no estaba don Dionisio Azcárate en el palco de los caballeros?—. Se preguntaban ordeñadores y mayordomos, así como también sus respectivas mujeres.

Mientras que casi todas las muchachas se hacían la misma pregunta, pero de este modo: —¿Por qué no estará él?

Porque Dionisio Azcárate, arrogante, simpático, enamorador, era para casi todas ellas él... El que les decía cosas que las hacían ruborizarse cuando pasaba por delante de sus casas caracoleando el caballo, mientras ellas—por pura casualidad—estaban en los portales regando los tiestos de plantas floridas. El que les hacía regalos los días de sus santos. El que a varias de ellas les había regalado una bonita prenda de vestir, pero tan íntima, que ellas no habían podido mostrárselas a sus madres, y tuvieron que guardarla, murmurando: —¡Las cosas que se le ocurren a él!

Y con esto de que él no estuviese en el palco de los caballeros ya casi no miraban hacia allí las muchachas que adornaban la concurrencia con los colorines de sus trajes.

Se retiraron los acróbatas, y con un recogimiento de silencio el público se preparó para las emociones del número final. Lo anunció un griterío:

—¡Los leones!

Ya los sacaban a la pista dentro de una gran jaula

rodante. Dos leones abisinios—decían los carteles de propaganda—, con cuyos rugidos en el silencio de la noche las madres del caserío amedrentaban a los chicos que se les resistieran a dejarlas descansar entregándose al sueño.

Momentos después salió el domador Gary, ojizaino, rojo, corpulento, en una mano el látigo y en la otra la toalla con la que se enjugaba el sudor, del cual se decía que apestaba a ron. Esperó que cesaran los aplausos con que se le había saludado, y:

—*Ladies and gentlemen*—dijo—. Yo estoy malo esta noche. Yo tengo un poco bastante de miedo porque uno de esos leones se ha puesto enemigo mío esta tarde.

Se elevaron voces de protesta y gritos de:

—¡A la jaula, cobarde, a la jaula!

—*Well*—dijo el corpulento Gary—. Yo voy a entrar en la jaula, porque es mi deber; pero... yo tengo un poco bastante de miedo.

Mas en esto apareció Dionisio Azcárate en la pista, y dirigiéndose a Gary:

—Déme acá ese látigo—díjole—. Aquí hay domador que no tiene miedo.

—¡Oh!—hizo bajo la carpa el asombro unánime, puesto en pie todo el público.

Y ya Dionisio estaba dentro de la jaula.

—¡El!...—exclamaron las muchachas que ocupaban las gradas. en un perfecto acuerdo de admiración que les pudo más que el miedo.

En el palco de los caballeros, las señoras de los Azcárate se alarmaron y preguntaron:

—Pero ¿qué va a hacer Dionisio?

—Domar leones—repúsoles Edith, que ni se había puesto de pie ni daba muestras de angustia.

Y Alfonso, sonriendo, las tranquilizó:

—Siéntense y no se angustien.

Ya restallaba el látigo del improvisado domador sobre

la ferocidad de los leones, aculados en uno de los extremos de la jaula, mostrando los terribles colmillos y haciendo como si rugieran; pero Florencia ya había descubierto que en aquel par de abisinios—si los carteles no mentían—ya no había ni sombra de ferocidad, sino vejez y terror al látigo de Gary, que tanto los había maltratado, ahora en la mano Azcárate.

Se puso de pie, dispuesta a salir del palco.

—Quédate tranquila—díjole Alfonso, tratando de retenerla—. Dionisio me ha asegurado que no corre riesgo, porque ha hecho eso varias veces, aunque no en público.

Pero ya ella no atendía a persuasiones.

Salió del palco, atravesó la pista, se acercó a la jaula, descorrió el pasador de la puerta y penetró en ella, ante el asombro unánime también, pero además ante la perplejidad de Dionisio, y plantándose por delante y alzando la voz de modo que pudiese oírla todo el circo, así le habló:

—¡Farsante! Te has puesto de acuerdo con el domador para representar esta comedia de bravura Azcárate, sabiendo ya que esos pobres leones no serán capaces de hacerte daño alguno. ¡Especulador de la ingenuidad de la gente sencilla que te siembra la tierra y te ordeña la vaca! ¡Atropellador de la ilusionada candidez de la guajira que está enamorada de ti, sin darse cuenta de que no podrás hacerla sino desgraciada! Suelta ese látigo y sal de aquí.

Y volviéndose hacia los leones acorralados en el otro extremo de la jaula y acercándose a ellos mientras miraba al público, agregó:

—Vean, tontos y tontas. Era con esto con lo que estaban dejándose engañar y embelesar. Esta mansedumbre, esta infelicidad de vejez y miedo. Aprendan, tontas, a no dejarse embaucar por los alardes de buen mozo valiente de este farsante hermano mío. Las enamora a todas, una a una, y a todas las hará desgraciadas si entre sus brazos caen.

Pero ya estaba Alfonso Azcárate junto a la jaula, ordenándoles:

—Sal, Dionisio. Y tú también, Muñeca, sal de ahí.

Pero Dionisio tenía recursos de que echar mano y, saliendo de la jaula, alzó hacia el público la resonante risa y luego la poderosa voz:

—*Ladies and gentlemen...*, como dijo Gary. Digan después que los Azcárate no hacemos sacrificios por divertirlos a ustedes.

Y algunos comenzaron a aplaudir, pero otros no se atrevieron a hacerlo.

IV

CUANDO SE NOS ARREBATA EL MIEDO

Coincidió aquella función de circo con la acostumbrada visita de Juan Luis a sus padres una vez por semana, aunque, en realidad, no era la noche de domingo destinada a ellos. De lo cual infirieron sus maliciosas hermanas que la equivocación se debería al deseo de ver a la Muñeca Azcárate, que, allá cuando niño, fue objeto de sus contemplaciones desde abajo. Y cosa más rara aún: asistió a la función de circo.

Cabizbajos regresaron de ella Juan Marino y Rafaela, Clotilde y Eumelia. Estas se recogieron en seguida a su habitación y aquéllos tomaron asiento en la modesta salita, pensativos, silenciosos.

Pero Juan Luis se mantuvo de pie, y, mientras iba de aquí para allá por delante de sus padres, así habló:

—Y ahora, ¿qué harán los servidores de Dionisio Azcárate, a quien le tenían miedo? Cuando se nos arrebata de pronto el miedo con que se nos ha amasado la vida, nos quedamos tambaleando, vacíos por dentro, y nos asustamos

de nosotros mismos, sin látigo de domador sobre nuestras cabezas.

Rafaela alzó hacia él mirada de incomprensión, y él agregó:

—Ella rompió el encantamiento, pulverizando una mentira contra la cual nadie se había atrevido, y nos puso el dedo en la llaga. La mentira del amo bueno, del caballero Azcárate, a quien daba gusto servirle: sembrarle la tierra, ordeñarle y pastorearle la vaca; la llaga del no querer darse cuenta de que el "caballero Azcárate", don Juan de aventuras fáciles...

Pero Juan Marino le quitó la palabra, diciéndole:

—Calla la boca. Trágate lo que ibas a decir, o...

—¿O me rompes la boca otra vez? ¿No es eso?

—¡Juan Luis!—intervino Rafaela con expresión suplicante.

Pero aquel Juan Luis ya no era el mismo de antes, que a nada se atrevía, y prosiguió:

—Aquella vez Dionisio Azcárate me había quitado novia para convertirla en concubina suya, y en vez de preguntárseme: —¿Qué te pasa, hijo? ¿Qué es lo tuyo? —Se me abofeteó.

Juan Marino bajó la cabeza y murmuró:

—Tienes razón. Después lo supe. Pero, en todo caso, eso tienes que agradecerle al caballero Azcárate. La muchacha en quien habías puestos tus ojos no era buena para novia tuya.

—No lo discuto—repuso Juan Luis—. Pero esta noche me han dicho en el circo, a voz en cuello, cosas que obligan a tomar determinaciones. Ahí están Eumelia y Clotilde, y vale la pena averiguar si por delante de ellas caracolea su caballo enamorador Dionisio Azcárate.

—¡Juan Luis!—suplicó otra vez Rafaela—. Tú tienes razón para odiar al caballero; pero...

Juan Marino se había puesto de pie bruscamente y ya se dirigía a la habitación de las hijas.

Estaban ellas sentadas al borde de una de sus camas, sin haberse quitado todavía los trajes del engalanamiento campesino para asistir a la función de circo, cabizbajas, pensativas, y Juan Marino se les plantó por delante, inquiriendo autoritariamente:

—A ver. A decirme ya si es cierto que el caballero Azcárate las galantea a ustedes.

Mas como si así hubiese preguntado más de lo que le permitiera la lealtad subalterna, en seguida agregó, corrigiendo:

—O mejor dicho. Si es cierto que ustedes están enamoradas de él, sabiendo, como deben saberlo, que él no puede cortejarlas sino para...

Eumelia y Clotilde habían alzado hacia él miradas medrosas, sin hallar qué responderle, y ya totalmente fuera de sí y sacudiéndolas por los hombros, una en cada mano vigorosa, él agregó, rugiente:

—Necesito saberlo ahora mismo. Ya.

Y, sin esperar respuesta, comenzó a golpearlas.

Rafaela, que detrás de él se había venido de la sala, acudió a quitárselas, diciéndole:

—¿Qué haces, hombre? ¿Por qué las maltratas... a ellas?

Y Juan Luis, que se había asomado a la puerta de la habitación, dio la respuesta:

—Porque cuando se nos arrebata el miedo nos enfurecemos.

CRISIS

Como en los sueños, donde las cosas pueden ser, al mismo tiempo, una y su totalmente contraria, Florencia había entrado en su alcoba bajo la impresión indiscernible

de haberse tropezado consigo misma en el preciso instante de fugarse de sí misma.

Muchas veces había sufrido desilusiones, pero todas de banal interés puesto en cosas fútiles o transitorias, y ninguna le había dejado amarguras, pues así como al sacudir la cabeza aventaba la entre oscura y dorada cabellera, así también se quitaba del pensamiento las ideas que pudieran mortificarla. En los colegios por donde había pasado fueron innumerables las lenguas que se le habían mostrado para expresarle burla o menosprecio y los encogimientos de hombros con que sus amiguitas, a sus amenazas de no tratarlas más por algo desagradable que le hubiesen hecho, le habían respondido:

—¿Y a mí qué?

Y pronto había adquirido la costumbre de sonreir cuando tal le hacían y de preguntarse:

—¿Por qué será que las mujeres, cuando algo nos disgusta, nos empeñamos en que no queden dudas de que somos tontas, sacando la lengua y haciendo morisquetas?

Las guajiritas de *Los Azcárates* no se habían atrevido a tanto cuando a la salida del circo pasó por delante de algunas de ellas; pero las miradas que le dirigieron demostraban que no le habían agradecido lo que en beneficio de ellas dijo dentro de la jaula de los leones, y Bernardo, que en ello se fijó, ya le había dicho:

—Quien por pueblo se desvive, como a necio se le admire.

Pero, si en realidad aquello le había producido algún desencanto, éste no pasó de cosa de epidermis o de brizna de paja en la cabellera, que con sacudírsela bastaba. Lo importante, lo angustiosamente necesario, por momentos, era analizar aquello de haberse encontrado al haberse salido de sí misma y que se le desvanecía de la intimidad consciente al tratar de formulárselo con pensamientos discursivos, quizá porque no estaba perfectamente claro en

su noción de sí propia qué era Florencia Azcárate. El haberse acostumbrado a que la llamasen la Muñeca podía haberle creado una superposición de personalidades, mitad mujer, mitad juguete.

Recurrió a las figuraciones externas:

—Algo así como le ocurriría a quien, disponiéndose a salir de un aposento, tomare como puerta un espejo y se diera de narices contra las de su propia imagen... No. Tampoco. Pues, en ese caso, quien va hacia el espejo y quien viene por él son una misma persona. Y en este caso mío, real y verdadero, ni sé quién iba ni quién venía.

Acudió a su memoria un recuerdo de los tiempos de colegio en La Habana. Un pintoresco consejo que una vez le diò la Hermana Teresa:

—Hijita, cuando te pierdas de ti misma, sea porque de pronto se te olvide algo que ya ibas a decir, o porque inesperadamente te asalte una de esas ocurrencias a que nos induce el Enemigo Malo, acuéstate en tu cama, derechita, quietecita, tiesecita, como una muertica—Dios te libre—, a fin de que tu espíritu, al ver el bonito cuerpo de donde distraídamente se ha escapado, se apresure a volverlo a ocupar.

Y recordó que ella había replicado maliciosamente:

—¿El bonito cuerpo, Hermana Teresa? ¿Luego debo acostarme desnudita?

Con lo cual se escandalizó la monjita y se cubrió de santiguamientos.

Sonrió al recordar el episodio, y con esto se le disipó la obsesión y comenzó a desvestirse; pero haciéndolo frente al tocador, donde había un espejo grande, se miró en él, se quedó mirando a la que en el espejo estaba, ya con brazos y hombros desnudos, y se le ocurrió decirse:

—Vamos a decirle a ésa las cuatro frescas que se merece.

Y diciendo y haciendo:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así? ¿Te me he perdido?... ¿Que no te gusto? ¡A mí qué! Tú a mí tampoco porque no eres sino una niña tonta, presumida, que por haberle oído decir a Eugenio que tu nombre debe pronunciarse con una entonación solemne, como para anunciar persona destinada a desempeñar una gran misión sobre la tierra, se te subió a la cabeza tu exagerada idea de ti misma y te metiste en una jaula de leones a dar un espectáculo que eclipsara el que había intentado Dionisio. ¡Cuándo te ha importado a ti un comino que se explote la ingenuidad de la gente que siembra tierras y ordeña vacas! Farsante, tú también, ¡Muñeca! Nada más que muñeca... ¿Me has sacado la lengua? Vuelve a hacerlo para romperte la cara.

Y cogiendo del tocador el frasco de agua de colonia, de cristal tallado, lo arrojó contra el espejo, a la cara de su imagen.

Entraba en esto la negra Natividad, y exclamó:

—¡Muñeca! ¿Qué has hecho?

—Romper la muñeca. No se te ocurra decirme así otra vez. Se acabó la Muñeca Azcárate.

—¿Y cómo te digo entonce, mijita?

—Bobera, mentecata, tonta, presumida, presuntuosa, cabeza de chorlito. ¡Muñeca!

—¿En qué quedamo entonce?—dijo Natividad riendo.

—En vidrios rotos. Recógelos y tíralos.

Y volviéndose hacia ella, afectuosamente:

—Y cuéntame cómo te ha ido desde que estás sin mí.

—Eso era lo que yo esperaba. Pues me ha díо... vamo a decí que bien. Polque, la veldá sea dicha, como negro es negro y blanco es blanco... ¡Y porái sigue!... Cuéntame tú ma bien cómo te fue en los Maiamis. Como dicen que se debe decil.

La negra se había sentado, y Florencia fue a ponérsele sobre las piernas que tanto la habían cargado, y así comenzó a decirle:

—Esta era una niña tonta, tan tonta, tonta y tan tonta, que estando tonta una tarde, la noche tonta la halló. Y por ahí sigue.

—¡Hum!—hizo la negra, acariciándole los cabellos—. No me lo niegues. Tú tas enamorá.

—Pues mira. ¿Sabes que no? Porque la tonta tan tonta ni tonto novio encontró.

Y en este juego inocente, como cuando pequeñita, se fue quedando dormida en las piernas de la manejadora.

Fue un sueño breve, instantáneo casi: ella a la cabeza de un grupo de condiscípulas en un desfile de su escuela. El marcial uniforme gracioso, la gallarda arrogancia conductora, clarines y tambores en pos de ella, y a ambos lados de la calle, la admiración en la muchedumbre al paso de la *Drum Majorett*.

Despertó bruscamente, diciendo:

—¡Me encontré, Mama Otra, me encontré!

—¿Qué dices, Muñeca?

—Muñeca no, ya te lo advertí. ¡Florencia Azcárate, capitana! Tambores detrás de mí, y por delante un camino ancho, largo.

—¡Ah! ¿Un sueño?

—Sí. Pero un encuentro.

—¿Con quién, mijita?

—Con Florencia Azcárate. Tambores y clarines detrás de ella... ¡Ja, ja, ja!

Y después de besar a la manejadora, quitándosele de las piernas:

—Ahora, a dormir tranquila.

Y AQUELLA NOCHE...

Habían regresado en silencio, y así tomaron asiento en el porche de la Casa de la Muñeca. Y fue Edith quien al cabo de un rato tomó la palabra:

—Yo no los entiendo a ustedes. Yo quizá no los entenderé nunca a ustedes. Dejan sus casas para venir a celebrar el regreso de la hermana a quien llaman la Muñeca, sabiendo que esta palabra da a entender que la persona a quien se aplica es objeto de contemplación y de consentimiento, y están ustedes felices, porque ella está otra vez con ustedes. Pero ella no puede estar sino como ella es, y cuando hace una de las cosas de su manera de ser, a ustedes se les viene el mundo encima y se les van de las bocas las palabras.

—¿Luego tú apruebas lo que ha hecho Florencia?—inquirió Clemente.

—No, no—respondió Edith—. Yo he sido espectadora, nada más, de un doble espectáculo. El primero, el del pasmoso valor de Dionisio—vamos a calificarlo así—, se dio con el consentimiento de ustedes. Un espectáculo muy Azcárate. El otro, el de Florence, también lo ha sido.

—Lo que sucede—repuso Dulcenombre—es que, aparte el natural disgusto que tiene que causarnos el espectáculo que ha dado Florencia, existe una situación familiar que acaba de hacerse más tensa. Tú no ignoras, tú menos que nadie, que entre los Azcárate hay quienes desean que se proceda a la partición de bienes, hasta ahora indivisos, y otros que, como mi marido, opinan que debe cumplirse al pie de la letra la voluntad de su padre. Indivisa su herencia, mientras la Muñeca sea menor de edad.

—Además de eso—intervino Juliana—, la Muñeca ha hecho una cosa impropia de mujer perteneciente a una clase social que exige buen tono en todos los momentos. Se ha puesto a defender a gritos, ante un populacho, unos fantásticos derechos de ordeñadores de vacas y unos muy dudosos recatos de las hijas de ellos. Es realmente chocante que Dionisio, un Azcárate, las enamore; pero, en todo caso, "a los tuyos, con razón o sin ella", y, por consiguiente, Florencia ha debido respetar a su hermano.

—¡Umjú!—hizo Edith. Y dirigiéndose a la esposa de Eugenio—: ¿Y tú, Raquel, quieres hacerme conocer tu opinión?

—Florencia ha dado un espectáculo de mal gusto, en un arrebato de su carácter—dijo Raquel—. Le ha hecho un número casi de guiñol a la función de circo. Ha incurrido, en una palabra, en un desplante.

—Bien—dijo Edith—. Tres opiniones desde tres puntos de vista: el sentido práctico y doméstico de Dulcenombre, costilla de su marido, en quien duele lo que a él duela, en este caso la posible complicación de la situación familiar a que ella se ha referido; el sentido aristocrático de Juliana, que ha visto esta noche por el suelo de una jaula de leones la dignidad del apellido y el bonito sentido estético de Raquel, que ha presenciado una escena fea. Pero yo me permito creer que desde ninguno de esos tres puntos de vista se ha contemplado al ser humano, en sí, que tomó parte en esa escena: la Muñeca. A quien todo siempre se le ha permitido y se le ha celebrado.

Hasta aquí los hombres oyeron y callaron, porque cada cual sentía que ya se estaba al borde de la partición de bienes, y unos por evitarla—como Alfonso y Eugenio—, y otros por no asumir la responsabilidad de haberla provocado, como Bernardo y Clemente, prefirieron abstenerse; pero Edith venía ya persiguiendo un propósito premeditado, y le buscó la lengua a Bernardo.

—Es posible—dijo—que Bernardo, por ejemplo, piense que el desplante de la Muñeca esta noche se debe a la educación que ha recibido en mi país...

Y Bernardo no la dejó concluir:

—Donde cada cual hace lo que le da la gana. Eso se sabe.

Y Clemente como si hablara Edith:

—Te equivocas. Es entre nosotros donde cada cual hace lo que le pide el cuerpo, como decimos; pero con la agra-

vante, muy singular, de que no sabemos tolerarle a nadie las manifestaciones de su personalidad. Somos nosotros los responsables de que Florencia sea una voluntariosa; pero cuando dice: aquí estoy yo tal como soy...

Y Bernardo, quitándole la palabra:

—Exacto. Y cuando, además, le dice a Dionisio, cara a cara, lo que todos nosotros pensamos de él, pero no nos atrevemos a...

—Sí nos hemos atrevido—dijo Edith, sonriendo—. Pero es necesario advertir que yo no estoy de acuerdo, como no podemos estarlo ninguno de nosotros, en aquello de Florence a propósito de quien siembra la tierra y ordeña la vaca.

Y Eugenio:

—Ya esperaba yo esa salvedad capitalista en la boca de Edith.

Y el puñetazo de Alfonso en el brazo del sillón, pidiendo la palabra:

—Bueno. Ya esto no tiene remedio. Se cumplió con el Viejo, manteniendo hasta aquí indivisa su herencia, ya Florencia en mayoridad; pero es evidente que si no procedemos a la partición de bienes, se dividirá la familia y nos convertiremos en enemigos unos de otros. Yo creí que el regreso de la Muñeca nos uniría más en el propósito de cumplir estrictamente la voluntad paterna; pero ha resultado lo contrario, pues, por lo menos, ya Dionisio no querrá nada en común con ella. Pero hay algo a que todos estamos obligados: a reincorporar a Florencia al espíritu de nuestra familia. Se la llevará Eugenio a su casa, para que Raquel le dé el ejemplo que puede darle; se la llevará luego Bernardo a la suya, para que sea Juliana quien le muestre modelo de conducta; vendrá luego a buscarla Dulcenombre, para que en nuestra casa...

Y poniéndose de pie:

—Y no hablemos más. Se abrió el puño de la Mano Azcárate.

V

UN BONITO MUNDO

Se frustró la previsión paterna de que en la Muñeca latiera el pulso de la familia. Florencia no estaba hecha para confluencias de corrientes borrascosas a remansos de serenidad. Le faltaba para ello, desde la voz suave y el aire dulce que apaciguan y predisponen a actitudes razonables, hasta esa forma superior de la personalidad que consiste en parecer que no se posee ninguna y en confiarle la demostración de ella a los efectos logrados y no a las imperiosas maneras empleables; a todo el tiempo y no impacientemente a cada momento de él; a la comprensión de lo distinto y diferente y no a la sistemática afirmación de lo propio, en formas espectaculares.

Juliana había propuesto que antes de ponerse en práctica el plan de Alfonso, encaminado a la recuperación del espíritu cubano de Florencia que se le hubiese desnaturalizado durante la permanencia en el país extranjero, se cumpliese debidamente con la formalidad de su presentación en sociedad, en una recepción a la altura del elevado rango social de la familia; pero Florencia se negó a ello con estas enigmáticas palabras:

—No, querida Juliana. No. Yo tengo por delante de mí un camino ancho y largo, y detrás de mí vienen sonando clarines.

No lograron que explicase lo que esto significaba, y como por encima se le veía la voluntariosa ya desatada, se desistió de la proposición de Juliana, que a todos les había parecido muy razonable.

Se regresaron Alfonso y Dulcenombre al Ingenio, en tiempo muerto a la sazón; pero donde se requería la vigi-

lancia de él en la revisión de la complicada maquinaria que después de cada zafra se desmontaba para la reparación de las piezas que durante ellas se hubiesen dañado o resentido. Se regresaron Bernardo y Juliana a Pinar del Río, donde tenían aristocrática residencia en medio de las vastas plantaciones de tabaco, y se dispusieron a marcharse Clemente y Edith, con sus caballos, adonde fuese ocasión de correrlos. Dionisio quedó donde estaba, pero desmontando el circo, aunque sin quitarse de la cabeza la idea de continuar caracoleando su caballo por delante de cada casa donde hubiese guajira bonita. Y Florencia se despidió de Natividad para irse con Eugenio y Raquel.

—¡Cómo!...—exclamó, sorprendida y compungida, la antigua manejadora—. ¿Me dejas otra güelta, ya vieja y triste, después de haberme hecho la ilusión de que no te me desapartarías más?

—No. Te dejo por unos días solamente. En tus brazos me encontré a mí misma, y eso no se me olvidará nunca; pero voy a pasarme unos días en la casa de Eugenio. Tú te quedas aquí, porque ésta es mi casa y a ella volveré.

En las alturas de Almendares, cerca del Bosque de La Habana, estaba situada la casa de Eugenio, entre árboles frondosos que le dulcificaban el rigor del clima. Llenaba las condiciones exigidas por el alto rango social y económico de su dueño, pero sin ostentaciones de fastuosidad. Para las señas, la distinguía sólo el número correspondiente entre las demás del reparto residencial; pero sus amigos predilectos, artistas y escritores que allí solían reunirse, la llamaban la casa del equivocado.

En efecto, si por fuera parecía una de tantas de hombres de negocios que por allí había, al trasponer el umbral se recibía la impresión de haber llamado, equivocadamente, a la puerta de una casa de artista. Era, desde luego, la de Raquel, cuyo dominio del piano no podía darse sino en el mundo del arte, y así se explicaba que allí reinara, en vez

del sentido práctico de lo confortable más o menos lujoso, el de lo estético, agradable y de muy fino gusto; pero además del buen piano en apropiado sitio para que de su buena ejecución disfrutasen cómodamente varias personas y de los cuadros y esculturas que componían ambiente artístico, dentro de aquella casa también había, para sumergimientos en contemplaciones y meditaciones, volúmenes de bellas y graves letras que no eran tratados sino de negocios del espíritu.

Los del azúcar, el tabaco, el ganado y cuanto fuese de consultar para mejor industria y comercio de ellos, instruían al coordinador de los negocios de la Mano Azcárate allá en las oficinas de la coordinación; pero si en ella no se incurría en equivocaciones que originasen pérdidas de dinero, era porque en la Casa del Bosque se subsanaba Eugenio Azcárate con la buena música, el fino ambiente, el reposante libro. Y con un tierno empleo cotidiano de corazón confiado: una mujer exquisita y unas graciosas hijas.

Equivocado lo llamaban sus amigos por aquello de la coordinación, y, en realidad, Eugenio era el único de los Azcárate que se había puesto a hacer lo que no habría deseado. Alfonso producía buen azúcar, Bernardo buen tabaco, Clemente sabía escoger bien sus caballos de carrera, y el mismo Dionisio—a pesar de todo—muy buenas vacas lecheras.

Eugenio, en cambio, comenzó por estudiar derecho, pero no le pareció muy recto aquel camino para él; se asomó luego a las matemáticas, y se asustó un poco de la exactitud que pedían... En la oficina de la coordinación había la necesaria en las cuentas claras; pero, sin duda alguna, dentro de ella, era el Azcárate que se había equivocado.

Llegó con Florencia a la caída de la tarde. Ya Raquel se les había adelantado. Una turbonada había descargado la atmósfera de la pesantez y el calor de julio, dejándole al sol poniente nubes tiernas para que compusiese crepúsculo

suntuoso, y en los árboles que rodeaban la casa estaban todos los rajeos, trinos y silbos del pajarío habanero.

Y Eugenio explicó:

—Los amigos de Raquel. Vienen a rendirle cuenta de lo que han hecho en el día. No todos duermen en estos árboles, pero a ellos acuden todas las tardes.

—Creí que todo ese bullicio—dijo Florencia—fuera para darme la bienvenida.

—Bien puede ser. Quizás Raquel les ha anunciado ya tu llegada. Ella y ellos se entienden maravillosamente; mas no creas que es sólo porque les procura de comer. Debe de haber algo más, que uno no se explica fácilmente, pues en el reino de la música a que ella y ellos pertenecen rigen leyes misteriosas. Ya observarás el fenómeno; pero haz como yo: limítate a observar sin hacer preguntas. Raquel es un misterio gozoso que no necesita explicación.

Era la emoción del hombre enamorado de su mujer; pero también la diaria vuelta del equivocado, del mundo de los hechos positivos aplicables a negocios, al de las puras creaciones espirituales, que, aun bajo la apariencia de juegos imaginativos, encierran ejercicios profundos de buena misión humana. Aquel día, además, era ya de vísperas de regreso definitivo, y esto explicaba, también, su humor jovial.

Entraron en la casa que ya Florencia conocía.

—¿Y ellas?—preguntó al trasponer el umbral.

—Comiendo—le respondió Raquel—. La manejadora dirige la escena, pero no se puede presenciar, pues inmediatamente se interrumpe. Ya las traerán a saludarte. Ven para que tomes posesión de tu cuarto.

Una alcoba con balcón hacia el Bosque, amueblada y aderezada especialmente para ella, como las había en las casas de todos sus hermanos, aquí con el sello del buen gusto de Raquel y sobre la cama dos cajas grandes de cartón, aparentemente atadas con cintas al uso de las tiendas de objetos de regalos.

Florencia miró a Raquel, y en alta voz le preguntó:

—¿Muñecas para mí?

—Sí—respondió Eugenio—. Muñecas para la Muñeca.

Fingió creerlo Florencia, diciendo:

—Deben de ser muy bonitas, porque en las tiendas de aquí siempre hay muñecas preciosas.

Y acercándose a la cama, quitó la tapa de una de las cajas.

—¡Oh!—exclamó—. ¡Lindísima muñequita! ¿Abres los ojos, muñequita?... ¡Ah! Abre los ojos. ¡Y qué lindos los tienes! ¡Hum! Parece que fuera a soltar la risa. Esta muñeca debe de hablar. ¿Cómo te llamas?

Pero ya dentro de la otra caja no había paciencia, y saliendo de ella bruscamente, una copia exacta de la que contenía la risa, a un mismo tiempo dijeron las dos:

—Reneta, Renata.

Y fue como si un solo nombre, una misma niña lo hubiese pronunciado.

Ya tenían dos años las mellizas de Eugenio y Raquel; pero Florencia había dejado de verlas desde recién nacidas apenas. Le saltaron encima las dos, y cada una se adueñó de una de sus mejillas para cubrírsela de besos.

—¿A que no sabes quién es quién?—díjole Eugenio.

—Esta es Reneta—repuso Florencia, refiriéndose a la que tenía en el brazo izquierdo.

—Efectivamente. Ella es.

Pero Raquel intervino:

—Se equivocan los dos. Reneta es la otra.

Las niñas rieron y palmotearon, mientras Florencia preguntaba:

—¿Cómo las distingues, mujer?

—Muy fácilmente. Mas para eso se necesita ser madre.

—¡Qué gracia!

—Cuando tú lo seas, ya verás que sí tiene gracia.

—¡Oigan a la famosa pianista!... Que no toca sino una misma pieza y plagiada.

Dijo esto último porque las mellizas se parecían a ella; pero no habría podido decir más, porque ambas se habían apoderado de su boca para sus besos.

Mas interrumpieron de pronto la amorosa ocupación, para decir:

—Mira, tiíta. Mírala.

Se referían a Raquel, que se había asomado a la ventana que daba al jardín, y en cuyos frondosos laureles comenzó a producirse *en crescendo* la sinfonía de todos los silbos, trinos y rajeos del pajarío habanero. Del padre habían aprendido las mellizas a ponerle emocionada atención a aquella escena, que diariamente se repetía, de misterioso entendimiento en el mundo de la música a que pertenecía Raquel —Eugenio no quería analizarlo, para no ponerlo en duda—, y Florencia, imitando al hermano enamorado de su mujer y en sus brazos las mellizas atentas, contempló en silencio a la cuñada, fina silueta envuelta en halo de contraluz, complacida en el canto que saludaba su aparición.

Luego Raquel, disponiéndose a retirarse de la ventana, dijo hacia los árboles sinfónicos:

—Bueno. A dormir ahora, que mañana habrá mucho que hacer.

Se retiró de la ventana, mientras las hijitas palmoteaban como de cosa comprendida y admirada; vino luego por ellas la manejadora, y cuando Eugenio y Raquel dejaron sola a Florencia en su aposento, ésta murmuró:

—¡Bonito mundo el de Eugenio!

UN MUNDO FEO

Una larga historia familiar, con barco negrero y barracón de subasta en sus blasones; con trabajo acumulador de méritos, de sol a sol, un día tras otro, un año tras otro, un siglo tras otro.

Los traían, confundidos en las sentinas, de varias tribus africanas, que hablaban distintas lenguas; pero los ofrecían a la venta pública, ya agrupados los de una misma procedencia y separados de los demás, en sendos barracones. Los necesitaba la siembra de riqueza en la tierra cubana para el tesoro de la corona española y se los llevaban de prisa los mayorales, de modo que pronto aprendiesen, todos los de las distintas lenguas, a expresarse en español, diciendo:

—Mayorá son malo, tira cuero dó mano. Tó mi cuerpo está temblá.

Trabajaron, sembraron riqueza: plantaron caña, cultivaron tabaco. Se reprodujeron, sucumbieron, una tras otra, con la misma suerte, varias generaciones, intacto el espíritu africano, congo, araná, lucumí el dialecto de las amargas comunicaciones en los corrillos del batey. .

Adquirieron la libertad, y así como habían plantado caña, plantaron patria en las jornadas de la Independencia, y de la mujer de uno de ellos, que hacía servicio doméstico, nació para servicio doméstico, negrita tinta, la negra Natividad. Una larga historia familiar, tan larga como las que dan rancio abolengo.

Nació en el traspatio de la casa de los Martínez donde se hablaba buen español; pero en el traspatio, apagada y fregada la cocina, a la luz de las estrellas—nunca en las noches de luna, cuyo pálido fulgor enfría y pasma la sangre moza—, su madre, que en este mal influjo creía, como en muchos otros del mundo mágico, le enseñó lucumí, como de la suya lo había aprendido en tiempo de esclavitud, intacto el espíritu africano.

Participó de la intimidad espiritual de la familia blanca, rezaba junto con las Martínez ante la Virgen y los santos de ellas; pero en la crisis de melancolía anunciadora de pubertad la madre le dijo un día:

—Yo voy a hacete un despojo de las cosas malas que se haigan asentao en tu cuelpo. Malo ojo, mala yerba del

monte, mala voluntá. Que toas las cosas son tre. En lo malo como en lo bueno: Padre, Madre, Píritu Santo.

Y llevándola a su cuarto y haciéndola desnudarse, le pasó por todo el cuerpo dos huevos de gallina, recién puestos, mientras rezaba unas oraciones, teniendo ella una vela encendida en la mano derecha, y luego, colocándola de espaldas a una ventana abierta hacia el solar de la casa, le dijo:

—Tú tiene en tus do manos los huevos que te han despojao de tos los males y tiras por la ventana, por encima de tu hombro izquieldo el que tiene en la derecha, sin mirá patrás y con toa tu fuerza y luego el otro, con la izquielda, por encima del hombro derecho. Fíjate bien, no sea que se revire el despojo.

Y mientras ella hacía lo indicado, la madre le pasaba por el cuerpo un manojo de ramas de ruda y albahaca, mojadas en Agua Divina, las cuales sacudía luego, mientras invocaba a Yemayá, la santa lucumí que era, a la vez, en el culto católico, la Virgen de Regla. Sobre aquellas ramas debía la despojada asentar luego los pies, pero no recogerlas del suelo, pues estaban impregnadas de los daños y maleficios.

Y practicado este rito sobre su cuerpo, ya en transformación de niña en mujer, ella se sintió libre de los accesos de melancolía.

Así, entre lo católico y lo africano correspondiente, idolátricos ambos, creció devota de la Virgen de Regla, negra como ella y de la cual acostumbraba decir:

—Es grandiosa la Negrita. Yemayá, la madre mía.

Amelia Martínez se la llevó consigo cuando casó con Pablo Azcárate, y desde Alfonso hasta Florencia a todos se los manejó. La habían educado honesta, y creció y envejeció casta, y cuando ya no hubo niños que manejar, le confiaron el cuidado de la Casa de la Muñeca, con servidumbre a su servicio y libertad de hacer y deshacer lo que le viniese en

ganas, pues no había manos más fieles para cuidar y conservar cuanto fuese de los Azcárate.

Su cuarto—en el traspatio allí también—era un oratorio de paredes tapizadas con imágenes del culto católico, y de algunas de ellas solía decir:

—Este es un santo que ya no se usa. No sé pol qué. Lo mismo que esta Vilgen. La Vilgen de la Balbanera. Pero yo les hago sus rezos, de noche en noche, polque en este mundo una no sabe en qué palo va a tené que aholcase. ¡Ji, ji, ji! Las cosas que se nos ocurren a los negros. Ni que juéramos blancos.

Dionisio, que habitaba la Casa de la Muñeca para tener a la vista la finca que administraba, sospechaba que Natividad mantuviera relaciones con el mundo negro de la santería.

—Ya te dicho que eso no es veldá, niño Dionisio—replicábale ella—. Parientes santeros sí tengo. Si es que algún negro pue decí que algotro es pariente suyo.

—¿Y brujos?

—¡Sola vaya! Mayombe es congo y Lucumí es religión. Los santos lucumises no se prestan a bilongar. Pero otra cosa te digo, niño Dionisio. Tú sí que eres aficionao a asomá los ojos a esos mundos de santería y embrujería. No pierdes toque de eso. Y haces mal en curiosiá pa réite, polque lo que se mira se almira y eso no es pa blanco.

Y otra vez estaba sola en la Casa de la Muñeca.

Se enjugó las lágrimas que le habían quedado de la despedida de Florencia, y se dijo:

—Vamos a conversá un rato con la Negrita grandiosa.

Y se dirigió hacia la población de Regla, donde aquella imagen se venera.

Ya estaba llegando al templo del poblado ribereño de la bahía, al otro lado de la cual se extendía la ciudad de La Habana bajo la puesta de sol en la tarde larga de julio caluroso. Un viejo templo, de atrio coronado por una torre

chata de campanario y cerrado por una verja de hierro, dentro del cual, en el altar mayor, se veneraba la Virgen negra con que la providencia católica salía al encuentro de las nostalgias de Africa que desde allí pudieren estar mirando hacia divinidades de idolatrías.

Al atrio del costado derecho daba la puerta de acceso al templo y cerca de ella estaba una negra vendedora de oraciones y de medallas de la Virgen.

—¡Natividá!—exclamó al verla—. Desde el año pasao no te aguaitaba, mujé. Desde la fiesta de la Negrita grandiosa, como la llamas tú. ¿Qué te trae por aquí?

—Ganas de echá una conversaíta con la Negrita. ¿Y tú qué me cuentas, Casimira?

—Serán tristezas. ¿Qué otra cosa podemos contá los pobres?

Junto a Casimira estaba, boca arriba sobre el pavimento de baldosas, un chico, negro tinto, sucio y desharrapado, sin expresión de infancia en el rostro, perversa ya la mirada.

—¿Tuyo, Casimira?—preguntó Natividad.

—¡Sola vaya!—repuso la vendedora de oraciones y medallas—. Eso es tristeza ajena.

Natividad se acercó al muchacho.

—¿Por qué andas así, mijito, enseñando las vergüenzas? ¿Por qué no te aseas, siquiera? Eres mugre desde la cabeza hasta los pies y agua no falta por aquí.

El muchacho malcarado se quedó mirándola un rato en silencio y luego le repuso:

—¿Y usté pol qué no se alisa un poco esa cara, que tiene más arrugas que un...?

—¡Muchacho!—gritó Casimira para quitarle de la boca la obscenidad que seguramente iba a proferir.

Y un hombre que cerca de allí estaba intervino, dirigiéndose a Natividad:

—No arregle mundo, señora. Ese es caso perdío. La madre de ese muchacho no se ocupa dél, porque hace la vida,

y él se está criando pa terminá en la Isla de Pinos. No arregle mundo, señora. Esa es una suerte echada ya.

El muchacho se levantó del suelo y, ya marchándose, miró de reojos al hombre que aquello había dicho, murmurando entre dientes:

—Algún día el muchacho será hombre y pué sé que en la Isla e Pino se acuerde de usté.

—¿Eso quiere decir que ya me miraste pa apuntarme en tu lista de puñalás de mañana?

—No le diga eso—intervino Natividad—. Mire que puede está dándole idea. Y es un niño, a pesar de todo.

—No se preocupe, señora—insistió el hombre, que parecía tener motivo de rencor contra aquel muchacho—. Esa es una mala idea desde el vientre de la madre. Ella dice que no lo tuvo de hombre, sino de un daño que le echó un mayombero cuando la descubrió inflaglante comiéndose los platanitos de la limpieza que él se iba a hacer.

Aludía a la práctica de los brujos de hacerse periódicas limpiezas rituales frotándose el cuerpo con varias cosas mágicas, entre ellas unos plátanos pequeños, que luego han de arrojar, atados en mazo con una cinta roja, al pie de una ceiba, árbol sagrado.

—Yo se lo llevé un día al babalao Rufino para que le hiciera un registro; pero se le reviraron los santos, a él, a quien nunca se le habían revirado, y que por ser amigo mío se prestó a oficio de babalocha.

Natividad entró en el templo, se arrodilló ante la imagen de su más fervorosa devoción indiscernible y de este modo comenzó a dirigirle su plegaria:

—¿Qué te pasa, Yemayá, Negrita grandiosa, que no te fijas en el mundo feo que está rodiándote? Mujeres perdidas que dan a luz daños de mayomberos y santeros buenos que no acieltan a sacale del cuerpo el ndiambo al pobre muchacho, el bilongo de que lo concibió la madre. Yo conozco al babalao Rufino. He visto cómo le obedecen los orishas

cuando él está haciendo un registro, con su mano de caracoles en la derecha apuñá, mientras dice las palabras debidas: *Unsoro obi paoffo, unsoro ofi paobi.* ¡Que bien sabes tú, Negrita grandiosa, que eso significa, en lengua de nosotros, ni bien para mal ni mal para bien! ¿Por qué, entonces, pelmitiste que al babalao se le reviraran los santos cuando quiso hacèle el registro al negrito, que un mal día pué terminá en la Isla de Pinos? Tú me perdones que te hable con esta franqueza, pero como te tengo cariño y confianza y soy hija de Yemayá, que tú misma eres...

Afuera seguía vociferando el hombre indignado:

—No arregle mundo, señora.

VI

EL PROFESOR LUCIENTE

Rogelio Luciente, hermano de Raquel, algunos años mayor que ella, era un caso ejemplar de responsabilidad intelectual. Y un caso también, sin duda alguna, de atormentada extravagancia por exceso de angustias cubanas profundamente vividas.

Enseñaba Filosofía como doctor en ella y regentaba, además, una cátedra libre de Historia de la Cultura, para cuyo numeroso alumnado se requería que fuese en el Aula Magna de la Universidad la docta y original exposición profesoral.

Que de esta manera, con pocas variantes, solía comenzar:

"—Cabe suponer, por falta de documentos fehacientes que permitirían afirmación categórica, que el trascendental acontecimiento ocurrió de este modo, allá en el fondo de los siglos, una mañana de inolvidable aurora: ya le resultaba al antropopitecus bastante incómodo andar sobre sus cuatro manos, por habérsele puesto más cortas las delante-

ras, y resolvió probar cómo le iría con las traseras solamente."

"—No está mal", se dijo mentalmente, ya convertido en Antropopitecus Erectus.

"Y en seguida, sacudiéndose de las desocupadas manos lo de tierra que en ellas tenía, ya definitivamente parado sobre lo que hoy son nuestras piernas, como advirtiese que en la remota claridad se empinaban cumbres serenas, frunció el ceño... ¡La primera inquietud intelectual! Se sospecha que aquello se le subió a la cabeza, por ser cosa de poca densidad, a causa de la vertical posición adoptada, así como a la superficie de los líquidos suben las burbujas de los gases contenidos en ellos. Quítense de una vez ustedes petulancias de posesión de espíritu que no obedezca a leyes físicas."

Esto, de humor jovial, reaparecía en diversos pasajes de la trabajosa marcha secular de la humana inteligencia hacia las cumbres de la cultura, y Eugenio Azcárate lo había recogido, completo el año de enseñanza, de una transcripción taquigráfica tomada por uno de los discípulos de su cuñado, en quien tenía puesta toda su admiración, junto con su afecto. y lo había editado en un volumen único para su biblioteca, sin que lo supiese el Profesor y a fin de que no se perdiese cuanto de conocimientos profundos había en su original enseñanza.

Rogelio Luciente, soltero, hacía vida solitaria en una pequeña casa situada en las alturas de La Habana; pero acostumbraba comer en la de Raquel, su hermana única, y a fin de que Florencia, que no conocía a Rogelio, se formase una idea anticipada de su carácter, Eugenio le había dado a leer aquel volumen.

—¡Estupendo! —exclamó Florencia en habiendo leído aquello del primer enderezamiento humano sobre la tierra—. No me perderé de esas lecciones oídas de viva voz.

Pero ya llegaba el Profesor y Eugenio se apresuró a restituir el volumen a su escondite.

Apareció. Se sintió la presencia de un espíritu. Tenía la frente alta, le brillaban los ojos. Avanzó rápidamente, tomó asiento frente a Florencia, sin saludarla, y en seguida comenzó a hablar de prisa:

—Pierde lamentablemente su dinero el cubano que envíe su hijo a educarse en los Estados Unidos. Se lo convierten en una quisicosa que no es de aquí ni de allá.

—¿Eso parezco?—preguntó Florencia, de cuya respetuosa simpatía ya se había apoderado el dinámico profesor, de contextura recia, pero económica de materia que no sirviese para movimiento.

—Tratándose de muñecas, buenas las hacen por allá, sin duda alguna.

—¿Es lisonja?—repuso ella sonriendo.

—Es majadería. Y no hay problema. Como acostumbramos decir en esta dichosa isla de la despreocupación, donde, entre otras regocijadas cosas, reina el gatillo alegre.

Comprendió Eugenio que las últimas palabras de su cuñado aludían a algo preciso, e inquirió:

—¿Qué? ¿Ha vuelto a funcionar?

Y Luciente, lacónicamente y con ceño fruncido:

—Sí, Manuel Darío, de Medicina. Se le dio encargo de matar y encontró la muerte. Esta tarde.

Y poniéndose de pie y dirigiéndose a Florencia:

—La tragedia universitaria. El pistolerismo dentro del recinto de nuestra cultura. Dígase si no tengo razón al calificar de inhumana la cultura cuya historia enseño. Pero ¿qué tiene de extraño que en la isla del "no hay problema" el gatillo alegre, como dice la expresión popular con su característico modo de mencionar tragedias, sea material de enseñanza dentro de nuestra Universidad, si en las cumbres de la cultura moderna se está fabricando la bomba atómica

orgullosamente, deleitosamente, como si de linda muñeca se tratara? Ya que mencioné muñecas...

Y Raquel, que ya había tomado asiento entre ellos, y para cambiar el tema de conversación:

—Te advierto, Rogelio, que a Florencia ya no le agrada que se la llame muñeca, y como en la casa del ahorcado no debe nombrarse la soga...

—Calla tú—repúsole Rogelio—. Y ordena que se nos sirva la comida cuanto antes, pues para no pensar no hay como el comer.

Raquel era el afecto único de la vida de Rogelio. Huérfanos de madre y luego de padre desde muy jóvenes, él le hizo las veces del último con ternura y abnegación ejemplares, y ella estaba convencida de que le había sacrificado sus inclinaciones amorosas a fin de que nadie le quitase nada de aquella dedicación paternal.

Esto lo sabía Raquel, y ya Raquel le había manifestado su deseo de que el hermano encontrase mujer de quien pudiera enamorarse, a fin de que el matrimonio lo rescatara de la soledad en que vivía y en la cual se le habían desarrollado las singularidades de carácter hasta los modos de la extravagancia, no obstante el perfecto equilibrio de su inteligencia en el diáfano y certero ejercicio de ella, como también el de su voluntad en el mantenimiento de la conducta recta, sensata y generosa en todos los momentos.

Y fue éste el tema de la conversación en la mesa, iniciada intempestivamente por Rogelio.

—Esta cree—díjole a Florencia, refiriéndose a la hermana—que yo no me he enamorado nunca de mujeres más o menos muñecas—que en todas ustedes hay siempre de eso más que de menos—para que nadie le disputase mi afecto; pero como eso no le impidió a ella disponer de buena parte del suyo para consagrárselo a Eugenio—y yo encantado en que así haya sucedido—, es bueno que se me ocurra que

ahora está ella deseando subsanarme y recompensarme por línea colateral recíproca. ¿Comprendes?

Florencia rió y repuso:

—¡Huy! Si más claro no canta un gallo.

E indicando hacia Eugenio:

—Y como éste puede creer, digo a mi vez, que su tonta hermana, tan tonta tonta y tan tonta que ni tonto novio encontró, esté corriendo el peligro de quedarse para vestir santos...

—¡Vamos!...—dijo Eugenio, fingiendo enojo—. No hay derecho para ponernos a Raquel y a mí en el apuro en que nos han puesto atribuyéndonos propósitos casamenteros por líneas colaterales recíprocas, como se ha dicho.

Rió Florencia, y Rogelio, descargando una manotada en la mesa:

—¡La comida!—exclamó—. ¿No te lo dije, Raquel? Dos cosas sustanciosas: buen bocado y conversación que exprese pensamientos circunspectos, por lo menos, no pueden entrarnos y salirnos a la vez por la boca.

Y Florencia, que ya no podía contenerse las ganas de oir al profesor de Historia de la Cultura disertando sobre lo que ya ella había comenzado a leer:

—¿Hay algún documento prehistórico—preguntó maliciosamente—que permita saber si el Antropopitecus Erectus había comido bien en la víspera de la mañana de su primera inquietud intelectual?

—No lo hay—respondió Rogelio, después de echarle una rápida mirada a Eugenio—. Pero puede asegurarse, sin sombras de duda, que estaba en ayunas el aspirante a *Homo sapiens*, como también que no había por todo aquello personaje del sexo femenino correspondiente, tan tonta tonta y tan tonta, como se ha dicho, que ni tonto novio hallará.

Y a Raquel le pareció que ya esto era comienzo de amor entre Rogelio y Florencia. Eugenio le penetró el pensamiento, le guiñó un ojo y movió afirmativamente la cabeza.

Se levantaron de la mesa, y Eugenio propuso:

—Un poco de música ahora.

Pero Rogelio rechazó.

—No, no. Porque puede ocurrírsele a tu mujer tocar alguna de las blandenguerías jorgesandescas de su compositor predilecto, el inaguantable Chopin. Propongo, como más conveniente, digerir los alimentos engullidos y las tonterías habladas andando por las calles de la ciudad.

—Aceptado—dijo Florencia—. Así estrenaré la máquina que me he comprado ya. Porque supongo que todo no será andar sobre lo que antes fueron también manos de nuestro ingenioso y remoto abuelo.

Un automóvil convertible, bueno para disfrutar del fresco que su velocidad pudiese comunicarle a la noche calurosa. Lo conducía Florencia; junto a ella, el Profesor, indicando la ruta que se proponía recorrer, y atrás, Eugenio y Raquel, acariciando las respectivas esperanzas fraternales de matrimonio entre aquéllos.

Se detuvieron frente al monumento conmemorativo de la voladura del *Maine*, y Luciente bajó del auto, diciendo:

—Aristóteles enseñaba paseándose junto con sus discípulos, y de ahí que a su famosa filosofía se la llame peripatética, de *perípatos*, que, como ya lo sabrás, significa paseo en lengua griega. Pero la preposición inseparable *peri*, en la misma lengua, equivale a alrededor de, en torno a, y *patos*, dolencia, enfermedad, de donde todo el que enseñe paseándose por La Habana es doblemente peripatético, porque paseando se mueve en torno a dolencias más o menos graves. Que tampoco es privilegio exclusivo de nuestra ciudad, sino desgraciada suerte que comparten todas las del mundo donde reine la cultura inhumana, cuya historia enseño yo.

Al hablar así no hacía vano alarde de erudición, sino, por lo contrario, burla de la suya, y deteniéndose ante el monumento:

—¿Hermoso, verdad?

—Ya lo conocía—dijo Florencia.

—Pero seguramente no desde este punto de vista en que yo me sitúo. El teatral acontecimiento, de cálculo imperialista aprovechador de nuestros sacrificios por la independencia. Anda tú a averiguar quién provocó la voladura del *Maine;* pero aquí está bien honrada la memoria de quienes perecieron en ella. Patria, mármol, bronce, paseo público. Que para eso existen las canteras y las fundiciones. O como ahora se prefiere decir, usando siglas: P. C. F. P. P. Para economizar palabras, no sé si porque se necesiten para cosas que más valgan la pena o porque pueden obligar a pensar de afuera adentro, y no es bueno exponerse a tanto en estos tiempos. Pero ya que mencioné canteras, vamos al Rincón Martiano, que tal vez no conozcas.

Había rebullicio de chicos del barrio en la plazuela conmemorativa, hecha para invitar a meditaciones silenciosas.

—¡Helo aquí!—dijo Luciente, que no estaba realmente enseñando nada que Florencia ignorase, sino desarrollando un tema premeditado—. El Rincón Martiano. Otra bonita idea. Los restos, elevados a monumento nacional, de las canteras donde el Apóstol sacó faenas de picapedrero por el delito de querer contemplar una patria suya sin sumisiones a extrañas metrópolis. La peor cosa que a nación o a gente puede ocurrirle, sobre todo por obra de postizas ataduras dimanadas de complejos de inferioridad, complacidos en expresarse con *I am sorry*. Más o menos mal pronunciado.

Florencia sonrió como de cosa entendida, y él agregó:

—Imagínate a José Martí—a quien parece que me le parezco, en lo físico perecedero nada más, por supuesto—, al Verbo de la independencia cubana, pica que te pica piedra en esta cantera, bajo el achicharrante sol del mediodía.

Y en esto oyeron que alguien decía:

—El profesor Luciente.

Era Juan Luis Marino, que allí estaba narrándoles el episodio de amor y dolor patrios a unos chicos del barrio.

Lo reconoció Luciente, que había sido su profesor de Historia en el Instituto, y díjole:

—¿Trasegando lo aprendido, Juan Luis?

—Sí, Profesor. Algo, por lo menos, de lo que tomé de usted.

—Bien, bien. Que te lo aprovechen, muchacho.

Y ya retirándose:

—Juan Luis Marino, hijo de Juan, mayordomo de la finca de ustedes que maneja Dionisio. Viene de abajo y en mala hora acaricia el propósito de escalar la colina de la Universidad. ¡La colina trágica! Ríanse ustedes de Esquilo.

Dijo esto andando de prisa hacia donde los esperaba el automóvil, a causa de la atormentada vehemencia que se le desataba al tratarse del drama universitario de pistola en mano de estudiantes y mientras Eugenio le decía a Raquel:

—Eso de la Universidad enferma a Rogelio.

Junto a ellos iba en silencio Florencia, acogiendo en su memoria el recuerdo de aquel niño contemplativo que desde el rústico portal de su casa, en medio de los plantíos de la granja, miraba hacia la colina donde se alzaba la elegancia de la suya y donde ella cantaba y reía para que él le oyese la bonita voz y de que no se atreviera a acercársele.

Se detuvieron frente al Parque Central, bajaron del auto y se dirigieron hacia la estatua de Martí, Rogelio adelante, diciendo:

—He aquí, finalmente, el picapedrero glorioso. ¿Cabe en tu cabeza de muñeca suponer que alguien se haya trepado a esta estatua con propósito irreverente?

—Conozco el caso—respondió Florencia—. Un marinero yanqui, borracho, irresponsable por consiguiente, que profanó esa estatua hace poco. En la escuela trataron de ocultármelo, y luego, tanto los profesores como las condiscípulas, me dedicaron un desagravio llenando de flores mi habitación.

—¡Flores! Aquí también desagravian, y, por consiguiente, hay que agregar una letra más a la sigla: P. C. F. P. P. F. ¡Y no hay problema!

—Me explico lo que se ha conseguido con esta lección peripatética—dijo Florencia—. Teme usted, Profesor, como también Eugenio quizá, que de mi educación en Miami haya venido yo desarraigada de Cuba, desnaturalizada, con *I am sorry* sobre complejo de inferioridad, como dijo hace poco; pero se equivocan, pues vengo cubanísima. De tal manera, que...

Pero Luciente le hizo seña de callar y de prestar atención a lo que se hablaba en un grupo de jóvenes que frente a ellos pasaban.

—Un buen atentado—decía uno—requiere tres cosas: valor para acometerlo, habilidad para escapar de las manos de la justicia oficial y serenidad de espíritu—llámalo cinismo, si quieres—para quedarse luego como quien no ha roto un plato.

—La escuela de Justo Rigores—agregó otro.

Y Luciente, encarándose con Florencia, profundamente excitado:

—¿Oíste? Esos jóvenes son estudiantes universitarios y la escuela que han mencionado es una de pistolerismo, que funciona dentro de nuestra Universidad, aunque te cueste trabajo creerlo. ¡Un buen atentado! No ha sido un profesional del delito quien tal monstruosidad ha proferido, sino un joven bien educado, sano, fuerte, alegre. Una víctima de la desviación a la cual yo también contribuí.

Dicho lo cual, atormentadamente, se les apartó y se alejó con pasos rápidos.

VII

REGRESO DE VISIONARIA

Estaba Clorinda ante el espejo de su tocador, cuyo deteriorado azogue apenas una parte de él permitía utilizar, aplicándose a los marchitos labios el carmín que todavía pudiese ayudarla a aparentar lozanía, cuando llamaron a la puerta de su cuarto de casa de inquilinato, en La Habana vieja.

—Empuje—dijo, sin interrumpir su ocupación. Y luego, como de reojos vio pies de hombre en el umbral—: ¿Qué se le ofrece, caballero?

Pero como los pies se mantenían en el sitio y nada se le había respondido, alzó la mirada y tuvo que exclamar:

—¡Juan Luí! ¿Otra ve atravesao en mi camino, como un espanto? Ante que empiece a hablá te repito lo que te dije la última vez que nos vimos: tú tienes la chispa atrasá. Ya eso de las redenciones no se usa. Ni nunca ha dao resultao tampoco. Si no, fíjate en lo que le pasó al Divino Redentor, que perdió su tiempo dejándose crucificá.

—No vengo a eso, Clorinda.

—Y entonce, ¿a qué? ¿A tomá el agua baboseá por otros, después que no te atreviste a probala cuando estaba cristalina?

—Tampoco.

—¡Vaya pué! Tú dirá entonce. Dentra y siéntate.

Entró, se sentó, contempló en silencio la grotesca combinación de infortunio y de vulgaridad que llenaba aquel cuarto. Ya Clorinda, ni siquiera en el *Cabaret de los Marinos*, era la rumbera más aplaudida; pero de la que fue famosa un breve tiempo estaban allí las litografías en los

carteles de propaganda que tapizaban las mugrientas paredes del cuarto.

Sin volverse a mirarlo, Clorinda inquirió:

—¿Cómo que te has tomao algunos daiquirises más de lo que podía aguantarte el cuerpo, no acostumbrao a tragos?

—No. Ni uno siquiera.

—Digo por lo trabá que pareces tené la lengua.

Y volviéndose de pronto hacia él, con expresión de horror:

—¿O es que has cometío un crimen, Juan Luí?

—Tampoco. Y te agradezco lo que haya habido de simpatía hacia mí en esa expresión de horror. He venido... Bueno. He venido a verte. Tú fuiste uno de los objetos de mi contemplación.

—¿Cómo es la cosa? ¿Un objeto na más, como quien dice un traste, y no una persona?

Juan Luis sonrió y repuso:

—Una persona de la cual estuve enamorado.

—¡Hum! Mira, Juan Luí: hablemos de otra cosa más bien. Tú has venío a algo. ¿Pol qué no acabas de soltalo?

—He venido a verte. O, mejor dicho, a verme a mí mismo, desde ti, parado en aquella esquina, contemplándote. No estoy seguro de que ya no exista aquel Juan Luis que no se atrevió a dar los pasos que lo separaban de ti.

—¡Hum! Tú tas nigmático, chico. Hasta miedo me tas dando.

—No te preocupes. Tampoco estoy loco. Lo que me ocurre es que, cuando nos arrebatan de pronto el miedo que no nos ha dejado hacer nunca lo que hemos deseado con todas las fuerzas del alma, nos queda adentro suelta la audacia y ya no sabemos qué podrá contenernos en ningún camino... Pero tú no puedes comprender esas cosas.

—¿Entonce pa qué me las dices?

—Porque es contigo precisamente con quien quiero comunicarme. Imagínate que yo me haya enamorado de una

mujer bella, rica, de la mejor sociedad de La Habana, y, además, inteligente, audaz, valiente hasta el extremo de meterse en una jaula de leones.

—Bueno. Ya me lo he imaginao. Y ahora, ¿qué va a sucedé?

—Es lo que no sé. A ti te sacó de tu casa Dionisio Azcárate, a ti te abandonó después en el medio de la calle.

—No exagere, Juan Luí. Dionisio me dejó bien acomodá: en uno de los mejores cabaretes de Labana. ¿Quiere que te diga una cosa? No le gualdo rencol. El me puso en mi camino. La veldá sea dicha.

Y después de reir a carcajadas:

—¡De la que te salvaste, Juan Luí! Si tú te me acercas aquella vez y te me declaras, y entre los paes tuyos y la mae mía se formalizan nuestros amores y nos llegamos a casá... ¡Ay Juan Luí, lo que te hubiera pasao! Pero otra cosa te voy a decí y vas a tené que creérmela, polque es la pura veldá. Yo no he hecho todavía lo que se llama la vida. ¿Te das cuenta, Juan Luí? Yo tuve mis cosas con Dionisio, y después de eso di mis traspieses. ¿Pa qué negártelo? Pero la vida, lo que rialmente se llama la vida, te juro que no la he hecho. ¿Y sabes pol qué?... Te va a causá solpresa. Polque siempre he estao enamorá de ti y no he querío faltale al Juan Luí que siempre he tenío en mi pensamiento. El que me contemplaba desde la esquina con aquella mirá de amor tan puro, tan bonito.

Juan Luis sonrió y repuso:

—Te contradices, Clorinda. Acabas de decir que si me hubiera casado contigo...

—Sí. También es veldá. Pero es que así semos las rumberas.

Dijo esto riendo, pero en seguida frunció el ceño y con acento de tristeza agregó:

—¡Las rumberas!... ¿No te conté, Juan Luí, de unos ataques que habían empezao a dame?

—Sí. Algo de eso me dijiste una vez.

—Pues me han seguío, chico, y ya me tienen destrozá. De pronto caigo sin sentío y comienzo a revolcarme como una endemoniá. Me ha dicho un babalao de Guanabacoa que es un orisha que está manifestando su voluntá de que yo lo reciba. ¿Comprendes? Parece sé que a mi mamacita, estando encinta de mí, se le ocurrió pasá cerca de un toque pa un recibo de santo. Un toque de tambol. ¿Comprendes? De donde a mí se me pegó un ser, que ahora se me está manifestando en las convulsiones que de pronto me dan. Hoy mismo me han estao amagando. Dice el babalao que el remedio es hacerme un asiento de santería. Por eso también es que no me he entregao espiritualmente a la vida. Una iyálocha me ha dicho que estoy demasiado joven pa eso, pero yo estoy haciendo mi diligencia. ¿Quién quita que yo resulte en la santería?

Y como Juan Luis se quedó mirándola en silencio, ella agregó, sacudiendo los hombros y levantándose del tocador:

—Pa haceme un vivío, chico. Las santeras ganan plata.

—¿Quién quita que yo también—murmuró Juan Luis—tenga mañana retrato en el Salón de los Mártires?

Clorinda lo miró con expresión de extrañeza.

—¿De qué habla, Juan Luí? ¿Qué salón es ése?

—Uno de la Universidad, donde se colocan los retratos de los estudiantes caídos en la lucha contra la iniquidad.

—¿Y tú qué tienes que vé con la Universidá y la iniquidá?

—He obtenido por fin el título de Bachiller y me propongo ingresar en la Universidad.

—¡Ay mi amol! ¿Universidá y novia en la aristocracia? Tú vas a terminá mal, Juan Luí. Vas a entrá en el relajo ese de los encalgos de limpiá, de que tanto se habla, y ya te estoy viendo en la Isla de Pinos (Dios te libre) y detrás de una reja.

Y echándose encima un chal de color chillón:

—Pero ya hemos conversao bastante y yo tengo algo que hacé antes dedir pa el cabaré.

—¿Te molestará que te acompañe?

—Eso es cosa tuya. Piensa que si, por una tentación, te ve conmigo la muchacha de la aristocracia...

—Voy contigo.

—Mira que voy a asomame a un mundo que tal vez no te guste. Voy a visitá a una amiga de mi mamá que está recibiendo santo hoy en el día del medio.

—A algo de eso he venido. A asomarme a los mundos absurdos por encima de los cuales se eleva el Salón de los Mártires.

—¡Hum! ¡Vuelta con el tema! Tú como que has escuchao un toque, Juan Luí.

Salieron del cuarto, bajaron la crujiente escalera y se echaron a la angosta calle de viejas casas patinosas, que antes habían sido viviendas de señorío, ahora de heterogéneo inquilinato, aturdidor alboroto de radios en todas las frecuencias de las emisoras dentro de todas las habitaciones.

Solares abrigadores de vida promiscua, llenos de bullicio maldiciente. La angosta acera, al paso de las guaguas que apenas caben en la calzada, obliga a deslizarse contra las paredes mugrientas. Juan Luis traspone los umbrales de los altos y anchos portones y se asoma a la oscura y maloliente intimidad de la pobreza.

—Casa de la condesa de la Reunión—dice luego al pasar frente a una de inquilinato que antaño fue mansión solariega y señorial.

Y Clorinda coge las palabras y juega con ellas:

—Esconde esa reunión..., que la Policía la anda buscando. Hay que reírse, chico.

Que ayel maravilla fui
y hoy sombra de mí no soy.

—¿Dónde aprendiste eso?—inquiere Juan Luis.

—Cosas que se le pegan a una... cuando la vida aporrea—responde ella, llevándose a los ojos disimuladamente la punta del pequeño pañuelo.

Juan Luis la toma de un brazo y, dominando su emoción, le dice:

—No como aquella vez de mi romántica invitación a redimirte; pero...

—No sigas, chico—murmura ella, quebrada ya la voz—. Esta noche te he dicho cosas que no debí decilte; no me digas tú las palabras que no debes pronuncial. Tú vas parriba y yo pabajo...

E indicando hacia el interior de la vieja casona, frente a la cual pasaban:

—Mira aquello, Juan Luí.

Se refería a un altar, de rojo y plata de papel de apariencia metálica, que se veía dentro de la habitación al extremo del patio largo y angosto de la vieja casa de inquilinato, y agregó:

—La imagen que está en ese altar es Changó. Santa Bárbara. Los días de ella le hacen buena fiesta, con to y tambor.

Juan Luis comenta:

—¡Changó, Santa Bárbara! Lo africano y lo católico. Tambor e incienso, seguramente, en la fiesta cubana. ¿Qué somos y adónde vamos?

Y Clorinda agrega:

—¿Qué fuimo y de dónde vinimo?... Changó es poderosa, Juan Luí. ¿Pol qué no te le encomiendas? Tú necesitas protección.

—¿Contra qué?

—Contra lo que tienes pintao en la cara.

El contrae el ceño y, empleando términos de santería que le eran conocidos, pregunta:

—¿Es alí donde le está dando el santo a la amiga a quien quieres visitar?

—No. Ella recibe Changó precisamente, pero no aquí,

sino en la casa de la iyálocha Madalena, a quien en denantes me he referío. Que por cierto ésa sí hizo la vida hasta que se cansó.

—¿Y hoy es santera?

—De las mejores. Hija de Ochún, la Caridad del Cobre. ¿Pol qué no? ¿Acaso la otra Madalena no dio también sus traspieses?... El arrepentimiento, que es una gran cosa. Ochún es la santa de nosotras.

Llegaron a la casa de la iyálocha, que en nada se distinguía de las otras de la barriada habanera, y ella la recibió, preguntándole:

—¿Por qué no viniste en el día, Clorinda? Ella ha estado esperándote.

—Polque hoy he estao con la angustia, esperando la manifestación del ser.

Era la iyálocha una mulata vieja, en cuyas fofas carnes ni sombra quedaba de lo que pudo permitirle "hacer la vida hasta que se cansó"—como había dicho Clorinda—, no obstante lo cual tenía rango distinguido en el culto de Ochún, divinización africana de la sensualidad, que en lo mitológico griego fue Venus Afrodita y en lo católico cubano—sin que se supiera por qué—se llamaba Virgen de la Caridad del Cobre.

Estaba la imagen de ésta sobre un pequeño altar que había en la sala de la casa, a la que directamente daba la puerta de la calle, y junto con ella: Santa Bárbara, Changó; la Virgen de Regla, Yemayá; la de las Mercedes, Obatalá, también Señor del Cielo; San Cristóbal, Angayú..., y una pequeña Custodia de plata en representación del Santísimo Sacramento. Lo católico encubridor de lo africano idolátrico, pero cuyas representaciones, piedras solamente, no se exhibían ante los profanos que pudiesen entrar en la sala. Sólo eran visibles los "resguardos" que protegían la casa de las malas influencias: "palos de monte", que parecían bastones rústicos; varas cortadas de determinados árboles, nudosas y

con los extremos superiores en forma de horquetas o de garfios y que estaban colocados en el ángulo de las paredes más cercano a la puerta, y colgando en la parte posterior de ésta, un mazo de finas cintas delgadas y de los colores correspondientes a aquellas divinidades, "resguardo" también contra lo maléfico mayombero, brujero, con lo cual no tenía paz lo religioso lucumí.

De la sala se pasaba a un patio largo y angosto, en cuyo suelo habían quedado los desperdicios del banquete con que obsequiaba a sus visitantes la iniciada en los misterios de la santería, y al fondo del patio había una habitación que era la sala donde ella recibía el homenaje de sus amigos.

Se entraba a dicha sala por una pequeña puerta de arco, sin batientes, por delante de la cual había una cortina blanca, y allí estaba la iniciada, ya en las últimas horas del "día del medio", rodeada de sus visitadores silenciosos, tal vez a causa del opíparo festín recién engullido: negros, mulatos, blancos y hasta una pelirroja. Al fondo había una puerta que estaba cerrada y sobre la cual se veía una palma deshilachada.

Y Clorinda le susurró a Juan Luis:

—Ese es el igbodu. El cuarto secreto donde están los santos lucumises y se hacen los ritos.

Era la iniciada una sexagenaria negra, larga, flaca, con vestidura blanca con franjas rojas—color de Changó—, y la cabeza, que le había sido rapada en la víspera, día del Itá, envuelta en una banda blanca, arrollada a manera de turbante. Estaba sentada, derecha e inmóvil como una estatua, en el "pilón", especie de trono sin respaldar y sin brazos, situado en el ángulo de dos paredes, bajo un cortinaje blanco con cenefa roja, colores de Obatalá, señor del cielo y de Changó, respectivamente. Tenía los antebrazos apoyados sobre las piernas, con las palmas de las manos vueltas hacia arriba, y en la muñeca derecha un trozo de esparadrapo protegía la herida de mordedura que se había hecho en las

convulsiones de la posesión, la víspera, cuando empezó a "darle el santo". Por delante de ella, en el suelo, sobre una pequeña alfombra blanca, había una jícara con un pañuelo adentro, sobre el cual se depositaba el donativo de dinero que debían hacerle sus visitantes.

—Haz como yo, Juan Luí—díjole Clorinda.

Y deteniéndose por delante de la iniciada, la saludó, inclinándose hasta tocar el suelo con las manos extendidas, y luego depositó su ofrenda.

La iniciada se limitó a corresponderle con una leve inclinación de cabeza, conservando la inmovilidad del cuerpo, y luego se quedó mirando a Juan Luis con una mirada inexpresiva.

Del techo colgaban un racimo de plátanos verdes y un pequeño haz de espigas que, junto con la palma deshilachada sobre la puerta del *igbodu*, era todo lo que allí parecía tener sentido esotérico.

—¿Se le pueden hacer preguntas?—inquirió Juan Luis, dirigiéndose a la iniciada.

Pero ella permaneció como si no hubiese oído o entendido, inmóvil e inexpresivo el rostro y sin quitarle de encima la mirada. Y la Madrina, que junto a ella estaba—introductora de la iniciada en la cofradía secreta de la santería—, le dijo a Juan Luis:

—Ella no sabe nada de lo que pasó ayel. Ella lo sabrá cuando lo vea en otra persona en su día primero.

Los visitantes guardaron silencio, sin dejar de mirar a Juan Luis, y Clorinda, que había tomado asiento entre ellos, díjole:

—Ella es mi madre. Ella va por delante de mí, enseñándome el camino. Ella no sabe nada de lo que pasó ayel, no oyó el canto de la invocación del oru, no se dio cuenta de cuándo le bajó el santo sobre su cabeza.

—Cállate, Clorinda—díjole la Madrina.

Pero ya era presa de la angustia precursora del ataque de histerismo, y con expresión delirante prosiguió:

—Ella no se dio cuenta de cuándo le pusieron esa ropa que lleva encima y que la acompañará hasta la tumba. Ella no oyó el toque del oru cuando la iban a sentá en el pilón, esta mañana, a la salida del sol... Pero yo sí escuché los tambores del batá. Y los estoy escuchando.

Y llevándose las manos a los oídos angustiosamente, pero sonriendo, y sin quitar la vista del rostro inexpresivo de la iniciada, repitió:

—¡Lo estoy escuchando!... Y ella va por delante de mí.

Cayó al suelo, retorciéndose y gimiendo, y la iniciada murmuró:

—Le dio el ser. Encinta della, la madre pasó cerca de un toque.

La recogieron del suelo y la llevaron a la habitación de la iyálocha Magdalena, en cuya cama la acostaron.

—Salgan todos—dijo la iyálocha.

Y a solas con ella, dejándola estremecerse y retorcerse sobre la cama, para observar el carácter de las convulsiones que la sacudían, revelador de la naturaleza del "santo" que así manifestaba su voluntad de ser recibido por Clorinda y del "camino" por donde se le presentaría, después de haberla observado en silencio un buen rato, murmuró:

—Ochún. La quiere Ochún.

Porque ésta es la divinización de la sensualidad y algo de espasmos de amor había en las convulsiones de Clorinda.

Volvió en sí, extenuada, abrió los ojos, encendidos de expresión visionaria, y murmuró:

—Juan Luí.

La iyálocha salió al patio y lo llamó.

—Está nombrándolo a usté. Dentre para que la vea.

Lo miró en silencio un rato, y luego murmuró:

—Vengo de verte, Juan Luí. Tenías por delante unos hierros... Una reja... Vengo de verte en la Isla de Pinos.

La iyálocha miró a Juan Luis, y él sonrió y dijo:

—Una sospecha repentina, hace unos momentos.

Clorinda seguía mirándolo y murmurando:

—Vengo de verte, Juan Luí. Tenías por delante unas sombras de rejas de prisión.

TIEMPO MUERTO

Es el que transcurre, en la industria azucarera, entre una y otra zafra, paralizada la maquinaria del ingenio, regresada a su ocupación habitual, en los pueblos o en otros campos, la numerosa gente que se emplea en el intenso y continuado trabajo que exige el proceso de la producción del azúcar.

En tiempo muerto hallábase el ingenio de *Los Azcárates*, en la provincia de Oriente. Descansaba la poderosa maquinaria mientras la tierra trabajaba en silencio, ya alta la caña que sería exprimida en la próxima zafra y que cubría de apretado verdor la gran extensión de la finca.

Ya se veía, desde el avión, el edificio del ingenio, de estructura de hierro revestido de planchas de cinc, donde reposaba el complicado mecanismo de la elaboración del producto, y Eugenio le dijo a Florencia:

—Mira y piensa. La tierra trabaja con esmero en la elaboración de dulzuras de buena calidad. Ya empieza a tenerlas en la caña y con serena claridad el sol se las acendra. Pero una y otro trabajan para la máquina brutal, que triturará, destrozará y exprimirá, hasta dejar convertido en bagazo seco lo que ahora es planta viva adornando campo.

A Florencia no pudo escapársele que aquello tenía alguna intención enderezada hacia ella, y dijo sonriendo:

—Miro y pienso. Yo soy la caña, dentro de la cual se ha cuidado la dulzura, y la Universidad será el ingenio donde la maquinaria de molienda triturará y destrozará a la Muñeca Azcárate; pero en el ingenio hay grandes depósitos

donde se recoge el jugo exprimido, se decanta la borra que lo enturbie, se clarifica y cristaliza en útil azúcar.

—Es cierto—repuso Eugenio—. Pero cuando la razón de utilidad no es poderosa ni ha de temerse que llegue a ser apremiante...

—Claro que no. En la partición de los bienes de la Mano, buena fortuna y bien saneada le tocará a la Muñeca, pues para eso cuenta con la rectitud y con la generosidad de los dedos laboriosos. Pero mira y piensa, digo yo. En el cañaveral, si no se le atiende, crecerá la espiga, se endurecerá en la caña la blanda dulzura, se marchitará lo verde, se pondrá feo el bonito campo de hoy y se quedarán saboreando amarguras quién sabe cuántas bocas a las cuales no pudo acercarse el azúcar que de allí habría podido sacarse.

Había dicho esto poniéndose al tono de las palabras iniciales del hermano—en una de las fugas del equivocado de los áridos números a las tiernas letras—, y luego, soltando ya la risa Azcárate, agregó:

—¿Qué tal me quedó ese trozo de literatura azucarera?

—Muy bien—respondió Eugenio—. Pero nuestra Universidad hoy tritura, pero no exprime bien, y en el bagazo quedan fermentos de equivocación.

Y ella, refiriéndose a lo que le había ocurrido a Eugenio, dijo:

—Ya sé que así sucedió en una zafra Azcárate; pero veamos si no le sucede a esta otra. En todo caso, un poco de tiempo perdido en la vida de una mujer sin problemas económicos no es una catástrofe. Imagínate que voy a invertirlo en jugar a la canasta uruguaya.

—Ya sé que será inútil tratar de quitarte esa idea de la cabeza.

—Oye, oye: alguna culpa tendrás tú de eso. Aquello de —¡Florencia!—pronunciado con la solemnidad de un anuncio de acontecimiento extraordinario.

A lo que repuso Eugenio riendo:

—¿Se te subió a la cabeza?

—Pues mira que sí. Y fue Dionisio mi primera víctima. ¿Te acuerdas?—¡Fuera de aquí, farsante!—díjele.

* * *

Era el tiempo de la revisión y reparación de la maquinaria que algún desperfecto hubiese sufrido en la zafra anterior, y para lo cual se la desmontaba en piezas, en cuya inspección se ocupaba el ingeniero de la organización; pero aquella vez Alfonso Azcárate había querido no sólo presenciarla él mismo, sino que todos sus hermanos pudiesen darse cuenta del buen estado en que él había sabido conservar el ingenio, cuyo valor positivo sería la parte más considerable de los bienes comunes de que se haría partición. Y en la casa de Alfonso estaban ya todos los Azcárate.

Dionisio y Florencia no se habían visto después de la escena de la jaula de los leones y se temía que allí se produjese alguna otra desagradable entre ambos; pero cuando ella se le acercó a saludarlo, él la miró un momento con entrecejo fruncido y luego soltó la risa Azcárate, a todo lo ancho que podía caberle en el pecho y todo lo ruidoso que de su garganta sabía salir.

Estaba allí Edith, y como en aquella ocasión había manifestado que ella no acertaba a comprender a los Azcárate, Alfonso le preguntó:

—¿Y esto, Edith, tampoco lo comprendes tú?

—¡Oh!—repuso ella—. Esto sí lo comprendo yo. Y me agrada, me agrada. Has de saber, Alfonso, que yo tengo una gran simpatía por los cubanos, ustedes, porque realizan un modo de ser que yo no puedo realizar, y es necesario que en el mundo no haya monotonía. Que seamos todos distintos y diferentes, para que la fiesta esté animada.

Mientras Edith hablaba así, todos prestándole complacida atención, su Clemente se estiraba y sonreía, como diciendo:

—Vean cómo no sólo sé escoger buenos caballos de carrera.

—Los cubanos, ustedes—prosiguió Edith, incontenible en ella la antigua profesora—, tienen tan metida dentro del cuerpo y dentro del espíritu la condición insular, que hablan y ríen en alta voz y en alta risa porque se sienten aislados y no conciben que se les pueda oir y alguien pueda escandalizarse. Pero esto no viene al caso. Aquí ha llegado Florence a participarle a sus hermanos, como es muy natural, que está dispuesta a emprender carrera universitaria. Yo no voy a tomar parte en la discusión que eso provocará, pero desde ahora quiero decir que esa determinación me parece muy plausible.

Era el debate abierto ya, y Florencia comprendió que ya Clemente había opinado en favor suyo.

—Y a ti, Bernardo—le preguntó—, ¿qué te parece?

—Pues que no es una posición muy aristocrática esa de estudiante.

Florencia lo miró un momento, sonriendo, y luego:

—No olvides que nuestro padre no tuvo empacho en confesar que él había sido mozo de café.

—¡Humorada del viejo!—rebatió Bernardo—. Del más limpio origen son los Azcárate, oriundos de la aristocrática Vizcaya, como he podido comprobarlo minuciosamente con todo, y árbol genealógico de Pablo Azcárate y Zalamea.

—¡Cómo!—exclamaron unísonamente casi todos ante la facilidad con que Bernardo incorporaba a sus sentimientos linajudos no sólo a los Azcárate, a los que realmente hubiera pertenecido su padre, sino también al dudoso Zalamea, a quien el señor Martínez se había quedado esperando para confiarle la mejor elaboración de sus tabacos.

Y Dionisio tomó la palabra:

—Tiene razón Bernardo. Zalamea era vizconde de la Tabacalera Española. ¡Nada menos! Y habría sido marqués del Hoyo de Monterrey si Cuba no la da por indepen-

dizarse de la Corona española y al señor Martínez no se le hubiera atravesado en el camino de Zalamea Pablo Azcárate. ¡Simpático el viejo!

No fue Clemente en realidad, pero sí Edith quien se rió y exclamó:

—¡Este Dionisio!...

Y como aquello de experticia en fabricación de puros —aun admitiendo que Zalamea hubiese existido realmente— no era muy de linajudas personas, Bernardo se apresuró a decir:

—No es que a mí se me hayan subido a la cabeza humos de aristocracia...

Pero ya Florencia no podía contenerse más, y quitándole la palabra:

—Que bastante tienes con los de tu buen tabaco sin necesidad de Zalameas.

—Déjate de gracejadas—repúsole Bernardo—. Y atiende al consejo que debo darte. Tú no necesitas carrera universitaria para salir adelante en la vida, y es poco elegante, por lo menos, que abraces una profesión, teniendo que codearte en las aulas con quién sabe cuanta gentuza.

—Voy a ayudarte a saberlo—díjole Florencia—. Con el hijo de Juan Marino, el mayordomo de los ordeñadores de las vacas de Dionisio. ¡Ja, ja, ja! ¡Las caras que han puesto! Lo dije para vérselas.

Más le valiera no decirlo, pues Dionisio, con cuyo voto favorable habría podido contar, se levantó del asiento, diciendo encolerizado:

—Un ingrato ese Juan Marino, un canalla ese hijo de él. Después de haberlo elevado yo a la categoría de mayordomo de la finca, Juan Marino me ha anunciado ayer que está dispuesto a separarse de ella. Le dije que podía marcharse en seguida. Y todo por las infamias con que le ha calentado la cabeza ese hijo suyo, que seguramente es un comunista. Buena paliza le haré dar si por allá lo veo.

Dicho lo cual se apartó de la reunión.

—Bueno—dijo Alfonso—. Dos votos desfavorables ya contra uno en favor de la futura doctora Azcárate. Pero como seguramente Eugenio opinará como yo, tienes ya ganada la votación del consejo de familia.

—¿De modo que tú apruebas mi determinación?

Alfonso sonrió y respondió:

—Tonto sería si pretendiera que combatiéndote algún propósito se te hiciera desistir de él. Y, por otra parte, ya que no pudo darse el deseo de nuestro padre de que hubiera un Azcárate en los campos de la cultura universitaria de nuestro país, anda tú a ver si lo logras; pero como aquí hay maquinaria desmontada en piezas para examinarlas y ver si pueden servir para el trabajo de la próxima zafra, haz contigo algo semejante. Desmóntate ese propósito de los ímpetus de la voluntariosa que eres, analízatelo bien, y cuando sepas que no corres riesgo de que de repente se pare la maquinaria ya en funcionamiento, pide corriente para que los motores comiencen a moverla y de tu caña empiece a salir buen azúcar.

Y poniéndose en pie:

—Y vayamos al ingenio. Una maquinaria en funcionamiento siempre aturde un poco; pero cuando se la contempla en reposo y desmontada en piezas, como allí está la del ingenio, aprende uno a observar que no hay pequeña rueda que no contribuya al resultado que se desea obtener y cuyo mal estado, por consiguiente, pueda ser menospreciable. El tiempo muerto, a primera vista, parece de abandono y de ruina; pero durante él es cuando se aprecia mejor lo que significa una empresa. A mí, por lo menos, me agrada más contemplar la maquinaria del ingenio en descanso. Cumplió el año pasado y debe estar dispuesta a continuar cumpliendo en el venidero.

Diciendo así Alfonso, llegaron al edificio del ingenio y entraron en él, donde las cosas estaban, como él había dicho,

en reposo o en reparación. Había silencio, penumbra discreta, un olor ácido, de costumbre de exprimir dulzuras, y en lo alto del edificio, ocupando todo un piso, grandes depósitos, en algunos de los cuales, con levísimo murmullo, los fermentos hacían su trabajo en la preparación de alcoholes.

Se comprobó que allí todo hallábase en perfecto estado de aprovechamiento, y como el ingenio era la parte más considerable de los bienes de la Mano Azcárate, además de haber sido hechura predilecta del ánimo emprendedor de don Pablo, todos estuvieron de acuerdo en que permaneciera como propiedad común administrada por Alfonso.

Pero Florencia no parecía mirar hacia lo que representaba riqueza material, y Dulcenombre, refiriéndose al propósito que les había comunicado, le preguntó:

—¿No te parece más bonito ser pura mujer? Ya recibiste la instrucción que debía adornarte. ¿Para qué eso de hacer carrera universitaria?

—¿Pura mujer sobre la tierra?—repuso ella—. ¿Adorno de la casa para regalo de los ojos del marido?

—¿Te parece poco?

—Para mí, sí; porque al dejar de ser la Muñeca me convierto en la voluntariosa, que en tiempo muerto no pasa de majadera insufrible. Imagínate que ahora se pusiera a funcionar todo esto sin caña que moler: se molerían a sí mismos los molinos y se fundirían los tachos vacíos.

Y Dulcenombre comprendió que Alfonso había perdido su tiempo al aconsejarle que desmontara aquel propósito de los ímpetus de la voluntariosa para que se los analizara en el tiempo muerto, que es cuando mejor se aprecia lo que significa una empresa.

LA DESVIACION

I

SE LO DIJO EL ARDIENTE CORAZÓN

De la siembra de violencias hecha por la aventura conquistadora en el suelo indoamericano, de la complementaria sumisión a que acostumbró el fraile adoctrinador, del apoderamiento de la riqueza por unas cuantas manos aprovechadoras de trabajo esclavo en la vasta tierra que debía producirla, de lo geográfico e incluso lo telúrico que tendían a construir sobre ella un tipo de hombre de presa que en ancho espacio pudiese campar por sus fueros; de todo eso, dentro de las modalidades propias y de la interesada complacencia imperialista del vecino poderoso para quien atrasados y oprimidos pueblos eran deseables mercados de sus industrias, provino el dictador hispanoamericano, y Cuba lo padeció.

No se toleraba dignidad que se atreviese a reclamar respeto a sus derechos inalienables, y para el castigo de sus enderezamientos ante la arrogancia del opresor no sólo hubo cárceles brutales, sino pistoleros también fuera de ellas y voraces tiburones en los trechos de mar por donde a ellas fuesen llevados quienes deberían desaparecer, y la Universidad no pudo abstenerse de la participación activa en la justa rebelión.

Un día de septiembre de 1930. Patio de los Laureles. Animosa y numerosa reunión. —"Somos una fuerza pura, conviene aclararlo desde ahora y para siempre"—, diría el manifiesto que allí se convino en lanzar, como si se presintiera que en posibles encrucijadas, camino adelante, se producirían

desviaciones. Concluía el manifiesto pidiendo la renuncia del dictador, y en la reunión se acordó entregárselo al pueblo de Cuba en las manos de un maestro de pensamiento y de conducta que por libertad y dignidad cubanas tenía alzada la voz acusadora, y que a ello fuese el estudiantado en masa absolutamente desarmado.

Víspera del día fijado. Premonición en el cambio de impresiones. Rafael Trejo—tez morena, ojos ardientes, apostura atlética, carácter jocundo—díceles de pronto a dos de sus compañeros:

—Aquí hace falta una víctima. Uno de ustedes dos, por ser de más significación que yo.

Palabras sencillas, de ocurrencia fácil en grave disposición, cuando se tiene, a buen amparo de firme voluntad, la idea exacta de lo que exige el destino revolucionario.

Pero la gravedad del caso no inhibía el buen humor, y uno de los compañeros le repuso:

—¡Tú eres bobo! A mí no me gusta el papel de muerto. ¿Por qué no lo desempeñas tú?

Rafael Trejo no replica, no retira sus palabras. Era cierto que se necesitaba una víctima cuyo sacrificio conmoviera y sacudiera. Se lo dijo el ardiente corazón.

Amanece el día fijado para la manifestación cívica, pacífica; pero también acuarteladas las tropas y vigilada la Universidad y sus aledaños por las fuerzas de la Policía, a pie y a caballo, a fin de no permitir el acceso de los estudiantes a ella.

Se dan cita en el Parque Alfaro, en la calle Infanta, y allí se reúnen.

Suena un clarín, se despliega una bandera cubana y la muchachada animosa se apresta a enfrentársele a la Policía, que ya viene en maniobra envolvente.

Disparos, carreras de transeúntes, estrépito de puertas que se cierran, gritos de pánico. Y un gran clamor dominándolo todo:

—¡Abajo la dictadura!

La Policía logra dividir la manifestación en dos grupos y, haciendo fuego contra los estudiantes desarmados, hiere, mata y dispersa. Rafael Trejo cae herido por la espalda mortalmente.

Sucumbe dos días después, con imponente serenidad; pero su sacrificio galvaniza la conciencia popular y de punta a punta todo Cuba se inflama en rebelión contra la dictadura, que ya no perdurará. Y la palabra de combate es:

—¡Trejo! ¡Trejo! ¡Trejo!

Se lo dijo el ardiente corazón.

JUSTO RIGORES

Pero no hubo entonces una organización política, con ideología bien ventilada, que canalizara aquella ideología generosa lanzada al campo del sacrificio, y a falta de ella surgieron, en las prisas de la angustia ante la frustración inminente del movimiento revolucionario, los Grupos de Acción, y con ellos, pistola en mano, quitada de libro, tomándole afición a las eficacias del gatillo, no sólo se menoscabó el ideal revolucionario, sino que también el espíritu universitario se desvió de sus fines propios.

Estudiantes valerosos recibieron encargos de matar contra los ejecutores de la iniquidad dictatorial que tenían deuda de crímenes, y de los que, cumpliéndolos o por haberlos cumplido recibieron muerte, el Salón de Mártires—uno de la Universidad—comenzó a recoger los retratos, junto al de Trejo, de bien ganado sitio. Pero entre los que cumplieron y sobrevivieron comenzaron a aparecer los desviados y los aprovechadores envalentonados; y uno de ellos fue Justo Rigores.

No se llamaba así en realidad, sino que tal fue el nombre que adoptó en el Grupo de Acción en que se enroló cuando alumno todavía del Instituto de enseñanza secun-

daria. Un muchacho valiente y peleador, de recios puños, de ánimo impetuoso por quítame allá esas pajas, bueno con la pistola, sobre todo como para duelista temible. Recibió el trágico encargo a los quince años recién cumplidos, y de su eficaz ejecución regresó palmeándose los vigorosos pectorales bajo la fresca guayabera y preguntando fanfarronamente:

—¿Qué es lo mío, por lo hecho y el derecho?

La paga y el privilegio a que ya aspiraba dentro de la organización secreta.

No carecía de inteligencia, y si se la hubiese cultivado bien, acaso habría desempeñado buen papel en la vida de oficio o profesión; pero los músculos y la buena puntería tuvieron sus preferencias, y, en cambio, diéronle lucimiento de prestado desde los bancos de la escuela, pues sus acertadas respuestas en la clase se las soplaba siempre el compañero que a su lado estuviese, y en los exámenes, cuando no era posible, con audacia y desparpajo salía de dificultades mediante este ardid:

—Profesor, a mí me pareció muy interesante la explicación que una vez le oí a usted sobre este tema.

Era el único que se había estudiado y el examinador tenía que oírselo, viniese o no al caso, y concluído el examen le retribuía lo de "interesante" explicación suya, diciendo de él:

—¡Qué muchacho tan inteligente y tan simpático ese Diego Clemente!

Que luego fue necesario decir:

—¡Ese Justo Rigores se pierde de vista!

Pero no se conformó con adoptar el nombre más apropiado a lo justiciero riguroso que realmente contenían los encargos trágicos que pudieran confiársele, sino que cuando ingresó en la universidad ya traía sobrenombre de caudillo.

Se matriculó en las asignaturas de Derecho y fue sacándolas de los desfiladeros de los exámenes, ya ni siquiera con

halagos de la vanidad profesional, como allá en el Instituto, sino a veces hasta con estos desparpajos:

—Profesor, dicen que dicen que yo pertenezco a uno de los más fogueados grupos de acción. Usted no me lo crea, pero hágame como si me oyera disertar con eficencia sobre el tema que me ha tocado desarrollar ante usted.

Y pasaba, pasaba, pasaba.

Se aplicó a lecturas revolucionarias, y con tres o cuatro frases hábilmente entresacadas de ellas se administró precocidad de cabeza dirigente entre lo fogoso y lo ingenuo que lo rodeaba y ya lo seguía, y como acostumbraba emplear con frecuencia la palabra "apostolado", no tardaron mucho sus secuaces más adictos en ponerle a su caudillismo sobrevestidura de apóstol.

Por momentos, él mismo se lo creía, a causa de la plenitud de lo propio, reflexivo o temperamental, que ponía en la empresa, bien acometida dentro de lo que fuese bravura; pero como al mismo tiempo esto le alimentaba y le desarrollaba la tendencia a sobrestimación de su personalidad, por entre los humos de lo vanidoso comenzaron a escapársele ironías de la candidez con que todo aquello se le creía y se le admiraba. Y como se tiene admitido, casi unánimemente, que la ironía es propia de los espíritus superiores, aunque esto le restó simpatías, en cambio le afianzó autoridad.

Pero la desviación sobrepasaba los límites de un concepto equivocado de lucha revolucionaria, en los campos de la acción directa, contra hombres y no contra ideas, y en la Universidad, bajo la apariencia de estudiantes, en el *bonche* había profesionales del pistolerismo de extramuros que componían la fuerza más temible manejada por el *Caudillo*. Y si al principio no se le oyó decir sino: —El espíritu del movimiento así lo impone.

Pronto comenzaron a aparecer, como en boca de jefe de banda, sus afirmaciones de predominio personal:

—Yo mando. Yo me llevaré en la golilla a quien se me ponga por delante.

Reinaba la confusión dentro y fuera de la Universidad, y así como las autoridades de ésta se sentían cohibidas ante las arrogancias estudiantiles—sin que en realidad fuesen estudiantes todos los que las exhibían—, así también el acontecimiento desbordado perturbaba y anulaba totalmente a veces el funcionamiento de los mecanismos de gobierno administrativos y judiciales. En parte, por el temor que habían llegado a inspirar los Grupos de Acción, al amparo del pretexto de lucha política, y en parte, por el uso que de ellos hacían o tuvieren que hacer, desde los tiempos del régimen cuartelario, los funcionarios públicos necesitados de respaldo armado y con dineros del tesoro público, bajo la apariencia de empleos remunerados, pero inexistentes—las famosas "botellas"—, el gatillo alegre hacía sus agostos. Y ya el *Caudillo* era dispensador generoso de regalías.

La caída de las figuras limpias y valerosas más representativas de lo universitario auténtico y de lo revolucionario genuino le había dejado campo a sus apetencias de predominio, y aunque no fuese unánime entre el estudiantado la disposición a acatarlo, pues los más inteligentes y de mejor calidad humana o no habían caído bajo su influencia o ya se habían zafado de ella, ya Justo Rigores era una fuerza temible.

Pero no era un caso particular de hombre bien fogueado y provisto de determinadas aptitudes ayudadas de fortuna, sino la personificación de un acontecimiento que tenía que producirse en el curso de aquella dramática desviación, que parecían haber previsto quienes en aquel manifiesto de la jornada inicial estamparon estas palabras de indudable sinceridad:

—Somos una fuerza pura.

LAS CARTAS VIRADAS

Mauricio Leal era un estudiante de Medicina, con altas calificaciones en todos sus exámenes, sin la intervención de la influencia caudillesca, pero que inspiraba poca simpatía y a veces ninguna, a causa de su posición cirujana en el trato y comunicación con sus compañeros, pues acostumbraba decir:

—Lo dañado, cortarlo. Extirparlo.

Y así lo practicaba.

Sufrió, como muchos otros, la desviación del espíritu universitario hacia los procedimientos vindicativos de la acción directa, por mengua de rectos y severos ejercicios de justicia en las responsabilidades de gobierno del país, y demostró voluntad bien templada en las posiciones de aquella beligerancia, practicando su norma cirujana al servicio de la salud del cuerpo social; pero siempre fue uno de los pocos que no demostraban mucho entusiasmo en el acatamiento del liderato de Justo Rigores, obra ya de las circunstancias, y luego fuè de los primeros en darse cuenta de que estaba en lo cierto el Profesor Luciente cuando, al enjuiciar el dramático acontecimiento universitario, en su exposición de la Historia de la Cultura Cubana decía:

—Aquí perdimos, en la frustración de los ideales revolucionarios y en la ofuscación de la lucha política, la visión exacta del camino propio.

Y como tal devoción a la prédica enmendatoria del Profesor Luciente ya le era insoportable a Justo Rigores, un día llamó a Mauricio Leal al despacho que se había montado en un saloncito contiguo a la Sala de los Mártires y le propuso:

—Vamos a virarnos las cartas sobre la mesa. Vengo observando que en ti, o decae el espíritu de lucha, por cansancio o por otros motivos que no quiero analizar, o está

comenzando a pasarte por la cabeza la idea de suplantarme en la dirección del movimiento, pues siempre tienes algo que objetar a las líneas de conducta que yo le trazo, con la añadidura de que mientras yo hablo, a ti no se te quita de la cara una sonrisita de superioridad.

Mauricio, a quien se le admiraba el completo dominio de sí mismo que siempre lo acompañaba y la serenidad con que sabía afrontar las situaciones más difíciles, oyó aquel requerimiento sin quitarse de los labios la peculiar sonrisa, que irritaba el *Caudillo* y sin apartar los ojos de la banal ocupación de hacer delgado rollo con una pequeña hoja de papel que en las manos traía, y al cabo de una breve pausa separatoria de sus palabras, repuso:

—¿Viradas ya todas tus cartas?

—Sí—respondió Rigores, casi fanfarronamente—. A ver qué dicen las tuyas.

—Pues dicen esto: que tú no eres un estudiante en realidad, sino un intuitivo maravilloso—hay que hacerte justicia—que, atrapando en el aire una frase ajena o al hojear un periódico, te construyes tu posición intelectual ante cualquier problema. Siempre que sea fácil, por supuesto. Y que, por consiguiente, no siendo un estudiante, ni por aplicación ni por devoción, careces por completo de espíritu universitario.

—¡Oh!—hizo Rigores socarronamente—. Decían mucho tus cartas.

—Dicen todavía algo más. Que como no eres bruto —porque no es biológicamente cierto que tengan que serlo todos los atletas—, te has conquistado posición dirigente en un movimiento cuyo espíritu has podido representar sólo a causa de la desviación que ha sufrido. O en otros términos: que no eres un líder universitario, sino un simple jefe de bonche.

—¿Sí? O lo que es lo mismo: un *gangster*. ¿No?

—Creo que sí—dijo Leal, dejando sobre el escritorio ante el cual estaba, el papel que ya había arrollado.

Y Rigores, sonriendo:

—Bien. Aunque te dije que había virado todas mis cartas, en realidad se me había quedado una sin leértela. Que dice así: Mauricio Leal es un traidor latente del movimiento universitario.

—¿Lo que equivale a decir que estoy en turno para amanecer uno de estos días con la boca llena de hormigas?

Rigores lo miró en silencio, y luego:

—Valiente eres, y en mí tienes a quien más te lo ha admirado siempre. Pero me parece que esta vez te has dejado arrastrar demasiado por la gana de demostrarlo. Yo esperaba que tú me invitarías a rectificar. Juntos hemos dado buena pelea, pero también se te reconocen y se te admiran rectitud y claridad de pensamiento.

Mauricio se puso de pie, diciendo:

—Yo he perdido mi tiempo y mi mejor voluntad, muchas veces, invitándote a rectificar. Pero tú eres absolutamente incapaz, fisiológicamente incapaz de sinceridad.

Dicho lo cual, le volvió la espalda y se retiró con sus peculiares pasos, firmes y reposados.

El *Caudillo* cogió el rollito de papel que allí había dejado Mauricio, lo desdobló y leyó lo que allí estaba escrito:

—Manuel Darío. A. C. A.... ¿Manuel Darío? No son amigos él y Mauricio. ¿A. C. A....? ¿Animarlo cometer atentado?...

Llamó a su secretario, de apellido Hinojosa—uno de sus incondicionales más fervorosos—, y le ordenó:

—Búscate por ahí a Amarelis. Dile que necesito hablar con ella ahora mismo.

AMARELIS

Era una dulce muchacha que estudiaba Filosofía, de fina inteligencia, pero muy maltratada voluntad.

Primero fue el padre quien se la doblegó a sometimiento injusto, pues recién muerta la madre de ella tomó segunda esposa, y para demostrarle que no tenía corazón sino para contemplarla y complacerla—con esa asiduidad con que los hombres declinantes ya tratan de reemplazar verdadera ternura viril cuando se hacen la ilusión de reconstruirse juventud tomando mujer que de ella disfrute—, a manera de víctima propiciatoria le entregó la voluntad de la hija a su carácter despótico.

Luego fue un confesor absurdo, en las lindes de la locura ya, que cuando ella le llevaba al confesonario sus pecados veniales, la martirizaba exigiéndole:

—¿Y los otros, los mortales, en que estará revolcándose tu alma, por qué te los guardas?

—Padre... No los he cometido.

—¿Que no? ¿Te imaginas que no veo claro dentro de tu alma? Para estado de gracia imperturbable te la formó Dios, porque tú eres una de sus predestinadas a la santidad. En la frente te veo el sello de ese hermoso destino. Y cuando eso sucede en alguna criatura humana, no hay pecado que no sea mortal.

Atravesaba ella la crisis de la pubertad, y ya la madrastra la tiranizaba brutalmente, y aquello de su predestinación a santidad la hizo entregarse sin resistencias al influjo del confesor delirante.

—¡Dale con los veniales! A registrarte bien el alma hasta el fondo, donde debe de estar Satanás tratando de malograrte el destino de santa, acariciándote la carne de las concupiscencias. La gana de lujuria reprimida; pero gana ya, apetito carnal.

Y del examen de conciencia escandalizada por aquellas afirmaciones en boca de director espiritual poseído de locura mística, surgió el propósito de contrición empeñado en encontrar pecado mortal en la misma profunda repugnancia de cometerlos contra el mandamiento de castidad.

Duró poco la tortura del confesonario, pues el sacerdote hubo de ser recluído en un asilo de enajenados; pero entre lo divino de aquel modo y lo inhumano de la madrastra, que se hizo maniática de limpieza para no permitirle descanso, le quedó propensión a sometimiento.

Era odio implacable que no le consentía ni el callar y soportar.

—Grandísima hipócrita—solía decirle—. Con tu tumbaíto de dulzura no persigues sino quitarme el amor de mi marido.

Pero, en sus noches de cenicienta, furtivas lecturas de libros de rebeldía en la biblioteca del padre—sin que a éste le hubieran impedido ser manso de corazón—y noticias que a su pueblo llegaban del movimiento revolucionario en que participaba el estudiantado de la capital, le ocuparon la hora romántica de suspirar por amores al claro de luna con imaginaciones de barricada donde se encontrase muerte, y al ingresar en la Universidad de La Habana—gracias a la madrastra, por quitársela de la vista—se afilió al movimiento dirigido por Justo Rigores.

Allí conoció a Mauricio Leal, se conquistó su simpatía y se enamoró de él; pero el estudiante del lema cirujano consideraba incorrecto aprovecharse del compañerismo revolucionario para cultivarse amores desde su posición de dirigente, y esto la fue dejando a merced de la influencia de Justo Rigores, quien le dió puesto de confianza en su secretaría, y con quien pronto comenzó a sucederle algo de aquello con el confesor delirante.

Y ya estaba en presencia de él, toda temblorosa.

—¿Qué es lo tuyo?—inquirió él, complaciéndose en

aquella muestra de temerosa sumisión—. Traes los ariques amarrados, como dicen los del interior.

Y con la entonación de malicia, de procacidad, que acostumbraba en sus maniobras de quebrantamientos de pudor cuando hablaba con sus compañeras, aun sin perseguir propósitos amorosos, agregó:

—Despójate de ellos, que estamos solos.

—He venido porque me han dicho que quieres hablarme —repuso Amarelis ruborizada—. Mis ariques son el respeto que creo merecer.

Y él, sonriendo:

—Debido a lo cual tuve que prescindir de tus buenos servicios de secretaria de confianza. Demasiado escrupulosa para ser revolucionaria. Pero en estos momentos es precisamente tu tumbaíto de dulzura pudorosa lo que viene a la medida de mis planes. Dicen por ahí que estás profundamente enamorada de mí, y como aquí estamos solos...

Ella se dispuso a levantarse del asiento que había ocupado por delante de él.

—Quieta—díjole autoritariamente—. No te he llamado para hacerte declaración de amor, cursilería en la cual no incurriré nunca, porque a ese respecto tengo mi posición personal.

Y después de una breve pausa:

—Saborear antes de apurar.

De sus aficiones a lo magnético que ha de haber en toda personalidad de jefe político—y él creía esto de sí mismo—provenía quizás una buena parte de su autocomposición de hombre, aparentemente insensible a las invitaciones amorosas que residen en la naturaleza femenina—gracia y dulzura, en el caso de Amarelis—; pero quizás había también algo de inapetencia orgánica que hubiese favorecido en él la desviación de lo varonil a las complacencias de la posesión de voluntades en el campo de la actividad política.

Mas, por una u otra causa, lo cierto era que él prefería paladear antes que apurar.

Y fue tal la repugnancia que aquellas palabras produjeron en Amarelis, que se puso de pie rápidamente, dispuesta a retirarse, con algo de lágrimas en los ojos.

Pero él le ordenó imperiosamente:

—Siéntate. No se trata de eso ahora, sino de que la causa te necesita para que Mauricio Leal no se aparte de nosotros. Tú procurarás que Manuel Darío se te acerque, se te enamore casi. Casi. ¡Eh! Fíjate bien. El y Mauricio no son amigos, y Mauricio está enamorado de ti.

—¿Por qué lo crees?

—Yo sé lo que me sé y lo que te digo. Es necesario que desde hoy mismo Manuel Darío se aficione a tu compañía. Que se les vea a ustedes dos aquí, en la Universidad, entregados a conversación.

Hizo una pausa, sonrió y luego agregó:

—Como verás, aunque ya te dije que no te había llamado para tratar de amores, de amores tuyos se trata.

De lo económico tiranizador, más que de lo psíquico maltratado, de la absoluta carencia de recursos para mantenerse y continuar sus estudios, cuando el padre le retiró la pequeña pensión que venía pasándole, a escondidas de la dominante esposa, le provenía a Amarelis la subordinación a Rigores, pues gracias al auxilio de una subvención que él le asignó—de las que tenía a su disposición por amparos prestables a un alto funcionario público—no se había visto en el caso de abandonar la Universidad para solicitar colocación que le permitiera mantenerse. Recibía esta dádiva con amargura de escrúpulos, y en su modo de ser, esto mismo, deprimiéndola, la situaba en disposición de acatamiento, aunque, por lo demás, no era ella la única estudianta que así podía sostenerse.

Pero, sin embargo, insistió en pedir explicaciones:

—¿Por qué me escoges a mí para eso?

—Porque te conozco bien—le respondió Rigores, sonriendo—. Eres viva castidad, y con tu tumbaíto de dulzura logras siempre lo que te propongas... A pesar de los ariques.

—¿Hasta cuándo eso del tumbaíto de dulzura? ¿Qué te propones?

—No soy yo, es el movimiento quien te necesita. Es menester que hagamos todo lo posible para que Mauricio Leal no se nos desvíe, pues él ejerce poderosa influencia sobre una buena parte del estudiantado y su deserción...

—Mauricio no es un desertor—repuso ella rápidamente.

Y Rigores, fingiendo complacencia:

—¡Magnífico! Así esperaba verte, dispuesta a defender a Mauricio, de quien ya sé que estás enamorada. Y como él también de ti, aunque lo disimule, viéndote en la compañía de Manuel, su enemigo, por sus fueros campará, y por no perderte a ti, no lo perderemos a él. ¿Comprendes?

—Sí—repuso ella, encendida en rubor y bajando la mirada.

—Bien. No hay más que hablar. Y no me tengas tanto miedo. No soy el monstruo que algunos creen, pues contigo, por lo menos, nunca he abusado de mi condición de protector. ¿No es así?

Inclinó ella la cabeza, más todavía, y él concluyó:

—Anda, tonta. Ya tienes tarea. Es el movimiento quien te la impone.

EL HOMBRE-INSTRUMENTO

Era una fuerza preparada para que se dispusiera de ella. Saludable, física y mentalmente sano, fuerte, optimista, sin desproporciones internas, el propósito de querer a la justa medida de la capacidad de poder. No se comprometía a más de lo que supiere realizar, y, desde luego, se podía contar con que lo haría a cabalidad y con exacta idea de sí mismo, sin amarguras, decía:

—Hay hombres manos y hombres instrumentos. Generalmente se cree que la dignidad humana sólo reside en lo primero; pero de la buena calidad de lo segundo depende también la buena ejecución de la obra, y por algo se acostumbra decir, de un buen cirujano, por ejemplo, que es un buen bisturí. Yo pertenezco a la segunda categoría. A mí, dígaseme lo que se necesite hacer; pero si me comprometo a ejecutarlo no es por obediencia, sino para realización propia.

La primera pregunta que le hizo Amarelis fué ésta:

—¿Por qué eres enemigo de Mauricio Leal?

—¿Quién te ha dicho que yo lo sea?—repúsole—. En nuestras familias ha habido algo que no nos permite ser amigos; pero yo admiro a Mauricio cordialmente.

—¿Serías capaz de prestarte a disputarle algo que pudiera ser de él?

—¿Tu amor, por ejemplo?

—¿Por qué dices eso?

—Porque sé que estás enamorada de él.

—Pero él no de mí.

—¿Quién quita? El es de los hombres que hacen su camino sin prisas; pero como en este caso es conveniente cujearlo un poco, aquí estoy haciendo lo que de mí se necesita.

—¿Luego te ha explicado el *Caudillo* que...?

—¡Claro! A mí no se me pone a hacer algo sin que se me dé el llavín de los rayos. En ti tengo puesto un cariño especial: eres la mujer enamorada de Mauricio Leal, buena para hacerlo feliz; bueno él para que tú lo seas.

—¿Y si en este momento, por ejemplo, viene y nos ve aquí?

—Me retiro yo, le explicas tú... Y en paz los tres.

Ella lo miró emocionadamente, y luego:

—¿Cómo es posible que un hombre como tú, de tu nobleza, de tu lealtad, de tu sinceridad...?

—¿Por qué no continúas con la pregunta que quieres hacerme? Pero no. Sé lo que te cuesta formularla, y te daré la respuesta como si me la hubieras hecho. Justo Rigores no es una mano, sino un instrumento él también. Yo no lo llamo el *Caudillo;* yo le digo: el martillo. Por la fuerza del consonante quizá. A él, naturalmente, no le agrada, porque se sobrestima y se imagina que los golpes en la cabeza del clavo los da él, pareciéndole deprimente admitir que los da, con él en la mano, una fatalidad histórica. Se dice pronto: desármese la Universidad; pero no se ve que realmente se quiera hacer nada para que se desarme la iniquidad, que sigue haciendo de las suyas impunemente. Yo acepto el destino que me ha tocado, porque no estuvo en mis manos el depararme otro y porque de lo que a mí me cueste, otros mañana sacarán provecho.

Amarelis le oprimió la diestra emocionadamente, e insistió:

—¿Estás seguro, Manuel, de que se te han dado todas las explicaciones que debían dársete?

—Bien podría ser que no. Pero cuando yo confío, nadie me pasa por la piedra. Yo no defraudo la confianza que en mí se ponga; pero si a la inversa me sucede, a mí me queda esta revancha, que no es cualquier cosa: —Te creí digno de alguna estimación; tú mismo te has encargado de demostrar que eres un canalla.

Y después de una breve pausa:

—Y en el peor de los casos, ya tú sabes qué estoy haciendo yo aquí. Y para no quedarme a medias en mi lealtad para con el hombre que es Mauricio, bien apellidado Leal, aunque no pueda llamarlo mi amigo, allá va el consejo que tú necesitas. Záfate de una vez por todas de la mala influencia que está ejerciendo sobre ti Justo Rigores. Cuando Mauricio te vea hacer eso, se acercará a ti. No porque le tema a Rigores, sino porque tú no serás digna de él mientras no superes esa debilidad de tu espíritu.

—¿Quieres ayudarme, Manuel?

—Te lo prometo.

Y aquel mismo día Manuel Darío le dijo a Rigores:

—Martillo...

—¿Qué es eso de martillo?

—Martillo, en la mano de la fatalidad. Es necesario que me prometas ahora mismo, como hombre, que dejarás en paz a Amarelis.

—¡Cómo! ¿Tan pronto te has enamorado de ella?

—Supón que sí.

Y Rigores, después de una breve cavilación:

—Te lo prometo, Manuel. En ti descansa en estos momentos toda la fe del movimiento. Se te ha elegido para el golpe que hay que dar.

—¿Sí? ¿Tengo ya, entonces, encargo de limpiar?

Se le había enronquecido un poco la voz cuando formuló tales palabras, y Justo Rigores lo vio empalidecer por unos momentos.

—Ya se te indicará—díjole, sonriendo—quién es el personaje que ha presentado su renuncia. ¿Comprendes?

Sacó su cartera, y mientras buscaba dentro de ella aquella pequeña hoja de papel que Mauricio Leal había dejado sobre su escritorio:

—Créemelo, Manuel—díjole—. Yo hice todo lo posible por evitar que ese encargo recayera en ti; pero...

Y ya con la hoja de papel en la mano y con la más perversa de sus intenciones, agregó:

—Y mira lo que son las cosas.

Y se la dio a leer. Hízolo Manuel, sin que la delgada hoja acusara estremecimiento de su diestra, y luego repuso:

—Ya lo sabía. Una recomendación que de mí hizo Mauricio.

Y Justo Rigores, como si leyera lo que estaba escrito en el conciso recordatorio:

—Manuel Darío. A. C. A... ¡Tremenda sigla: animarlo comisión atentado! Una imprudencia de Mauricio.

Lo miró escrutadoramente Manuel, rasgó de pronto la hoja de papel, y arrojándole los pedazos de ella a la cara, díjole:

—Te pierdes de vista cuando, combinando tu torpeza con tu perversidad, te propones algo. Esas iniciales son las de Ayudante de la Cátedra de Anatomía, para lo cual me recomendó Mauricio, sin ser amigo mío, pero con la seguridad de que yo sabría desempeñarlo bien.

—Me alegro haberme equivocado, porque mi deseo es que entre nosotros reine la mayor armonía—repuso Rigores—. Y en cuanto a lo del encargo recaído en ti...

—Queda en pie—dijo Darío levantándose—. Y fíjate en que no exijo prueba de que realmente haya sido una disposición del Directorio, tomada con todas las formalidades del caso, porque tú eres lo suficientemente maniobrero para saber llenarlas y porque es nuestra la culpa de que en el Directorio tus manos y las de tus incondicionales sean las que predominen.

Sin alterarse, Rigores replicó:

—Y porque el encargo que se te ha dado es contra persona a quien tienes que cobrarle la muerte de un hermano tuyo. ¿No es eso? Por lo cual, con formalidades o sin ellas...

—Exacto.

—Por lo demás, ya se acerca el tiempo de elegir nuevo Directorio, y, por lo tanto, otro será el martillo en la mano de la fatalidad, como dices.

Se retiró Manuel Darío, se arrellanó Rigores en su apoltronado sillón, sonrió y murmuró entre dientes:

—¡Mauricio, Manuel! No son amigos... Y eran dos aspirantes a obstáculos en mi camino... ¿Quién será mañana, cuando se elija nuevo Directorio, el que se atreva a disputarme la jefatura del movimiento?... ¡El movimiento!... ¿Qué será el movimiento, sino Justo Rigores andando?

Llamó a Hinojosa, su mano zurda para todo lo que en secreto debiese quedar, y díjole:

—Ya el hombre-instrumento recibió el encargo. Pon a funcionar el canal siete.

Hinojosa frunció el ceño; pero en seguida sonrió y, traduciendo la orden recibida a lenguaje popular, en palabra equivalente a previo aviso delator, repuso:

—¿Chivateo, entonces?

Pero Rigores prefirió repetir:

—Pon a funcionar el canal siete.

Y luego, bajando la voz:

—Que así no importa que las paredes oigan. ¡Imbécil!

Y como si hubiese oído elogio, Hinojosa sonrió, se cuadró y saludó militarmente, la zurda a la frente.

*

¡Y Manuel Darío era un buen muchacho! No llegó a empuñar la pistola, lo recibieron ráfagas de ametralladoras. Mas no le sucumbió la serenidad en la sorpresa.

Lo enterraron, junto al hermano cuya muerte no logró vengar, en el cementerio del pueblo natal. La madre no quiso que se le tributara homenaje de mártir. Ya la desviación le había costado dos hijos. No le quedaban más para el tremendo encargo.

II

PROBLEMA DE PARALELAS

Terminaron las vacaciones, y a la Universidad comenzó a acudir la bulliciosa legión. Volvía a la colina del cultivo del pensamiento cubano la perseverancia que ya había tomado sitio en ella, e iba, por primera vez, la bien alimentada ambición de escalarla algún día.

Juan Luis se detuvo a tomar respiro frente a la estatua del Alma Máter. No era para tanto la escalinata que hasta allí conducía; pero andadura largo tiempo deseada y soñada, cuando por fin se realiza siempre produce alguna fatiga.

Una pregunta lo sacó de su embelesamiento:

—¿Le parece realmente bella esa escultura?

Le pareció extraordinariamente bella quien así le hablaba. Se quedó mirándola, sin darle respuesta a la pregunta.

—¿No me conoce?—insistió.

—Sí, señorita. La Muñeca Azcárate. Juan Luis Marino, para servirle.

—No, no, no. Nada de eso: ni muñeca ni servir. Florencia, condiscípula en las asignaturas de Derecho.

A duras penas sacó de sus angustias casi una sonrisa, y repuso:

—Yo me propongo estudiar matemáticas.

—¿Sí? ¿No es por ahí donde se encuentran unos problemas de paralelas... que no se encuentran nunca, por más que vayan cerca una de otra, haciendo el mismo camino?

Tragó sin tener qué, posiblemente cambió de color, a más pálido todavía, y ya sin nada que pareciese sonrisa, respondió:

—Sí, señorita. Que no se encuentran nunca, que no lo intentan siquiera. A menos que una de ellas, por lo menos, sea indigna de llamarse línea recta.

—¡Umjú! Ya me lo suponía.

Y soltando la risa Azcárate:

—Pero si tú y yo somos paralelas desde niños. Por un mismo campo correteamos y hacia unos mismos pitirres miramos. ¿Recuerdas?

—Los retozos no los recuerdo; de las contemplaciones no tuve noticias, pues si fuimos paralelas, fué a muy larga distancia, y así continuaremos. Usted viene a estudiar derecho para aprender a defender los que llama suyos; yo,

matemáticas, porque aspiro a la precisión y a la exactitud: lo que soy y dentro de lo que soy. Ni más ni menos tampoco.

—¡Muy bien! Pero... ¡Lo que son las cosas! Ya me están gustando más las matemáticas. Vayamos a matricularnos juntos en matemáticas los dos. Ya mi título de *College* ha sido aceptado.

—¿Quiere hacerme el favor de buscar otra persona con quien divertirse?

—Te equivocas deliberadamente. Digo, a mi vez. Las matemáticas siempre han sido de mi predilección, por difíciles precisamente, y en cuanto a lo de divertirme a costa tuya, ya lo hice cuando pequeña, y no me dio ningún resultado. Yo creía tener una linda voz, y nunca te me acercaste a oírmela mejor.

Y el Juan Luis contenido traicionó al que no lo dejaba ni siquiera sonreir:

—Una voz de oro.

—¿Sí? ¿Y la risa, que siempre acompañaba el canto?

—De plata.

Pero al decir esto ya estaban de acuerdo los dos Juan Luis en que era necesario sonreir. Porque lo exigían las buenas maneras y porque cuando se dicen ciertas cosas sonriendo parece como si no se dijeran en serio.

Y fue ella quien dejó de sonreir.

—Es curioso—dijo—. Vine con la disposición de estudiar derecho, y ya estoy resuelta a matricularme en ciencias físico-matemáticas. Pocas mujeres las escogen, tal vez porque nosotras no somos amigas de la exactitud.

—¿Va en serio, entonces, el cambio de vocación?—inquirió él, animándose ya a darle el tratamiento de confianza que ella le daba—. Ten en cuenta que con las matemáticas no se juega. Paralelas son paralelas hasta el infinito.

—¡Qué suplicio! ¿Verdad?

—Y más uno, añadido a menos uno, igual cero.

—¡Qué catástrofe! Anda. A matricularnos en seguida. ¡Matemáticas los dos!

Hubo una doble desproporción inmensa, por una parte, entre el tiempo que ella empleó en decir esto y el que le transcurrió a él, en la intimidad profunda, en la embelesada contemplación de aquel rostro, y, por otra parte, entre lo substancialmente intolerable que debería serle la burla que con tales palabras ella hiciera de la mutua situación y lo deliciosamente acariciador que le había resultado, no obstante la excesiva susceptibilidad de orgullo varonil, bajo el cual siempre se había amparado su timidez ante mujeres. Además, ella lo había tomado de un brazo, echando a andar como si lo condujera, y ni aun por esto se le mortificó la quisquillosa dignidad.

Pero, sin embargo, díjole:

—Casi estoy haciendo el papel de los leones de Gary, aquella noche de función de circo.

—No te creas, con miedo vengo esta vez—repuso ella, sonriendo—. Porque:

del agua mansa me libre Dios,
que de la brava me libro yo.

—Parece que supieras mucho respecto a mí.

—Mucho me ha hablado de ti el profesor Luciente.

El brazo hizo un movimiento maquinal para zafarse de la mano; pero no lo logró.

—¿Hablas a menudo con él?

—De lo divino y lo humano. Come en casa todas las noches y me agrada oírlo. El te estima mucho.

Y ya la mano no pudo evitar que el brazo se le zafara.

Hay palabras abominables en ciertos casos, y el pronombre usado por Florencia fue una de ellas. Y fue como si hubiera juego de ecos en la intimidad de Juan Luis:

—El... El... El...

—No te extrañe—dijo ella—ese cambio repentino de

vocación mía a que te has referido. En realidad, ninguna determinada me trae a la Universidad, pues no vengo persiguiendo título para ejercicio profesional. Estoy acostumbrada a hacer lo que de pronto me pida la gana, y esta vez, como en aquella noche de función de circo, vengo a meterme en jaula de fieras. El león se llama Justo Rigores. ¿Lo conoces?

Pero él no le había prestado atención. Ello lo miró de reojos y se dijo mentalmente:

—Esto malo tienen las matemáticas. Problemas desde el principio.

Y con un movimiento de cabeza, característico de su disposición a afrontar dificultades, se sacudió la hermosa cabellera y la momentánea cavilación, diciéndose para sí misma:

—Pero no hay problema. Este me necesita y me tendrá.

Porque Rogelio Luciente, al hablarle de Juan Luis Marino, en quien había puesto estimación y afecto, le había dicho:

—Es un globo hinchado de ganas de flotar en la estratosfera, y le hace falta fuerte amarra que lo sujete a tierra. Libro que le caiga en las manos le traza un rumbo; pero luego otro le marca nuevo derrotero.

Y ella había dicho:

—Entonces, es más bien un barco, buen velero, a bordo del cual ha habido grandes capitanes que lo acostumbraron a navegación de altura.

—Exacto—repuso Luciente—. Y cuando está fondeado, sin capitán a bordo, tira del ancla para entregarse al viento.

Por lo cual—junto con lo que le venía del canto de oro y la risa de plata en la infancia—ella había concluído:

—Me gustaría correr regatas capitaneando ese barco.

Volvió a tomarlo del brazo, diciéndole:

—Ya me ha dicho el profesor Luciente que eres notable

en matemáticas. Prométeme desde ahora que me ayudarás a comprenderlas.

—Prometido—dijo Juan Luis.

¿Qué menos podría decir el barco ganoso de travesías temerarias con aquella mano capitana en la barra del timón? Toda su sensibilidad estaba complaciéndose en la porción de su brazo dentro de aquella mano.

Pero aquella graciosa arrogancia, de paso firme y decidido que a cualquier cotidiano trayecto dábale trascendencia de camino de predestinación—pues no parecía que así se pudiese marchar sino en los solemnes momentos de suerte desafiada—, y aquellas formas que a miradas de hombre no les permitían contemplación serena, sin que dejase de acompañarlas en la expresión del rostro la honestidad dispuesta a hacerse respetar, tuvieron que ser un acontecimiento entre el mocerío que por allí se movía, y en todos los corrillos se interrumpieron conversaciones vehementes—a propósito del mal suceso universitario que había sido la muerte de Manuel Darío, ocurrida durante las vacaciones—para darle sitio a la acostumbrada frase del piropo habanero:

—¡Qué mujer, caballeros! Se cansa uno.

Y Juan Luis tuvo que pagar el tributo.

—¿No vendrá ya cansado el que la acompaña?

—Buena suerte tiene; pero quizá no pueda con tanta. ¿No será conveniente ayudarlo? Sudando va, y el compañerismo obliga.

Algo de eso oyó Juan Luis, e intentó detenerse para encarárseles; pero Florencia se lo impidió:

—Paga, paga. Que ya habrás sido tú quien eso y más haya dicho, en casos semejantes, trocados los papeles, en la esquina del pecado.

Referíase a la de las calles de San Rafael y Galiano, sitio famoso del galanteo callejero, por donde las mujeres tenían que atravesar fuegos cruzados de piropos de grueso calibre; pero Juan Luis protestó, ingenuamente:

—Yo nunca he estado en San Rafael y Galiano.

Y Florencia, riendo:

—¡Ay, chico! ¡De las que te has perdido!

Y él se preguntó, tratando ya de zafarse, otra vez:

—¿Será una coqueta?... No. No puede ser. Es un espíritu emancipado de... ¿Por qué voy a meter mi mano al fuego? Nada de extraño tendría que...

El suplicio de las paralelas.

ESTABA EN EL CÁRDEX

Entre las estudiantas había varias que habían sido condiscípulas de Florencia en el recorrido que ella hizo por los principales colegios de La Habana, cuando las travesuras de la infancia y al correrse la voz de que la Muñeca Azcárate estaba en la Universidad acudieron a darle la bienvenida.

—¿Te acuerdas de mí, Muñeca?

—¡Claro! Eres Matilde Vera, que tuvo la culpa de que me expulsaran del Colegio de las Hermanas del Sagrado Corazón. Dormíamos en un mismo dormitorio, tú tenías una bonita cabellera ensortijada de la cual presumías mucho y yo unas tijeras que cortaban un pelo en el aire y una noche, profundamente dormida tú, te trasquilé la presunción.

—¡Ja, ja, ja! ¿Y a eso lo llamas culpa mía?

—¡Claro! Conmigo no se podía presumir de cabellos bonitos.

—Que todavía los conservas estupendos. ¿Te acuerdas de la Hermana Teresa?

—Me parece estar oyéndola aconsejarme: —Hijita, cuando te pierdas de ti, haciendo algo que no debas, acuéstate en tu cama, derechita, quietecita, desnudita...

—¡Florencia, por Dios!

—¿Qué te pasa, mujer?

—Que eso último no podía decírtelo la Hermana Teresa.

—Pero se lo agregaba yo, para quitármela de encima.

—No has cambiado, Muñeca.

—¿Por qué tenía que cambiar, si soy muy amiga mía?... Pero... ¿Qué se me hizo mi paralela?

—¿A qué te refieres?

Pero ella había dejado de ser el centro de la atención de las que rodeábanla, celebrándole el buen humor y Matilde le explicó:

—Justo Rigores, que está llegando.

—¿Cuál es? ¿Aquel que parece un pavo real?

—Un real hombre. No me lo negarás.

—No sólo te lo negaré, sino que me ayudarás a desplumarlo.

Lo rodeaba ya un numeroso grupo de estudiantes por encima de los cuales se alzaba su cabeza arrogante e Hinojosa le decía:

—Ya todo está preparado, *Caudillo*.

—¿Para qué?—repúsole, con aire de superioridad.

—Para la colocación del retrato de Manuel en el Salón de los Mártires. Te advierto que corre el rumor de que el profesor Luciente, secundado por Mauricio Leal y los de su grupo, se propone tomar la palabra en el acto del homenaje. Míralos allá, en plan de conspiración.

Miró hacia donde se le indicaba y dijo:

—¡Qué lástima que no podamos darnos el gusto de oir al profesor Luciente!

Y echó a andar, seguido por los suyos, hacia donde estaban Rogelio Luciente y Mauricio Leal, y al pasar frente a ellos dijo, de modo que lo oyesen:

—No habrá acto en el Salón de los Mártires, porque Manuel Darío dejó exigencia de última voluntad de que no se le rindiera ese homenaje; pero, sobre todo, porque antes es necesario averiguar de dónde partió el pitazo que permitiera que los asesinos de Manuel lo recibieran con ráfagas de ametralladoras.

—¿Sí?—repuso Hinojosa, con expresión de sorpresa de

consumado actor teatral—. ¿De modo que hubo chivateo?

—Así parece—respondió Rigores, ya alejándose de quienes aquello tenían que oírle.

Y Mauricio Leal, sonrió y preguntó:

—¿Oyó, profesor? La misma pregunta que se proponía usted formular en el homenaje: ¿De dónde partió la delación?

Pero alzando más la voz de arengador de muchedumbres ya Rigores agregaba:

—Parece que hubiera habido alguien interesado en que Manuel Darío no regresara al Jardín de los Enamorados.

Mauricio contrajo el ceño y Luciente murmuró:

—Se pierde de vista Justo Rigores. Pretende hacer recaer sobre ti las sospechas de que hayas sido tú el del chivateo.

—Así parece—repuso Mauricio, recuperando ya su habitual dominio de sí mismo—. Ha aludido a las conversaciones de Manuel con Amarelis en el Jardín de los Enamorados; pero ignora que yo poseo una carta de Manuel, al disponerse a cumplir el encargo de matar, en la que se me cuentan cosas.

—¿Y qué te propones hacer con ella?

—Utilizarla en el momento oportuno. Se refiere solamente a sus conversaciones con Amarelis y por respeto a ella no la divulgaré mientras no sea absolutamente necesario. Por ahora, se frustró el propósito de usted de formular preguntas acusadoras.

—¡Que te crees tú eso!—repuso Luciente, vibrantes los músculos de su rostro enjuto—. Las formularé. Hoy mismo.

Y se apartó Mauricio, en dirección al Rectorado.

Rigores entró en el salón del Directorio Estudiantil donde tenía su despacho, cerca del Salón de los Mártires, acompañado de Hinojosa solamente y los estudiantes que lo habían acompañado hasta allí se retiraron y se dispersaron, como por orden recibida.

—Vienen malos tiempos, Mano Zurda—díjole al tomar asiento ante su escritorio.

—¿Qué pasa?—interrogó el incondicional ejecutor de las órdenes del *Caudillo*, sin poder dominar su inquietud—. ¿Es que se ha sabido algo respecto al Canal Siete?

—No. Tranquilízate, por ahora. Lo que ocurre es que se nos han roto varias botellas. Las del Ministerio de Educación, por lo menos, no seguiremos recibiéndolas, porque allí han suprimido las nóminas de los comecandelas, cariñoso modo de llamarnos a nosotros.

—¿Cambio arriba?

—A fondo, dicen. Y era bastante el guano que por ahí recibíamos. Parece que el hombre de ahora no necesita guardaespaldas. Y es de lamentarse, porque...

—Echao palante es—observó Hinojosa, a su manera de referirse a valentía y decisión.

Y Rigores, desde el fondo de sus abismos:

—Pero en estos tiempos eso no basta.

—¿No será bueno una bombita de tiempo?... Para asustar no más. Cuando eso estalla se reconstruyen las botellas rotas. Aunque parezca absurdo.

—No, no. Nada de eso, por ahora.

—Tú dirás, *Caudillo*... Bueno. ¿Y qué hacemos con el retrato de Manuel? Hasta el clavo estaba ya en la pared.

—Quitar el clavo.

—¿Entonces, definitivamente, no hay homenaje?

—Definitivamente. Manuel Darío no era amigo nuestro.

—Lo lamento. Créemelo. No por Manuel, sino porque tenía ganas de oírte improvisar el discurso que tenías escrito. Me gustó mucho aquello de comenzar diciendo: "Amarelis, dulce novia del recio Manuel."

Pero Hinojosa se había puesto impertinente con aquello de "improvisar lo que tenía escrito" y Rigores repuso, autoritariamente:

—No es hora de discursos, sino de acción. Es necesario revisar los cuadros, sin pérdida de tiempo.

—¿Los del Salón de los Mártires? Ya les sacudí el polvo a todos.

—¡Imbécil! Los cuadros del movimiento, que puede írsenos de las manos en cuanto se sepa que nos han dejado a la intemperie.

—¡Ah! Y a propósito. Uno de los nuevos me ha manifestado su deseo de conocerte. Juan Luis Marino se llama. Lo he buscado en el cárdex, pero no lo he encontrado.

—¿Bajo qué inicial lo has buscado?—preguntó Rigores después de hacer memoria, que la tenía buena como se requiere en manejador de hombres.

—En la eme. Marino. Que, por cierto, vino acompañado por esa aristócrata a quien llaman la Muñeca Azcárate.

—¿Sí? ¿Ella también aquí? A él búscalo en la pe, Pitirre.

Allí estaba, efectivamente, con la añadidura de esta indicación de puño y letra de Rigores:

"Sueña con el reinado de la justicia sobre el mundo. Suda frío. Es un tímido de pronóstico."

Leído lo cual, dijo Hinojosa:

—No vale la pena. ¿Verdad?

—¡Claro que sí! ¿Hasta cuándo estarán ustedes sin saber por dónde le entra el agua al coco? Un tímido soñador es un arma poderosísima. Tráelo a mi presencia.

UNA ENTREVISTA DECISIVA

Florencia Azcárate había corrido regatas en Miami con bastante destreza; pero aquel barco acostumbrado a grandes capitanes tenía su manera propia de navegar y cuando trató de ponerle rumbo a mar abierto y sin escollos, hacia las escolleras enfiló la proa.

—¿Qué vas a ganar con conocer a Justo Rigores? Te

participo que vengo dispuesta a luchar contra él, pues quizás para eso sólo he decidido cursar estudios universitarios.

—Enhorabuena—repúsole Juan Luis—. Pero yo no he venido a otra cosa y no estoy dispuesto a subordinarle mi voluntad a ninguna otra.

—Ya sé a lo que has venido. A postularte candidato a retrato en el Salón de los Mártires.

—Supón que sí. ¿A ti qué te importa?

Era una manera muy personal, por parte de Juan Luis, por lo menos, de estar enamorado de Florencia Azcárate y ésta repuso:

—¿Riñendo ya? Ni que fuéramos novios.

—Procuremos no pasar de buenos amigos.

—Como te parezca. Anda a conocer a tu ideal de hombre. Anda a ponerte a las órdenes de tu *Caudillo*.

Y Juan Luis, sin que viniera al caso de manera ostensible, le replicó:

—Sigue tú bajo la buena influencia del profesor Luciente, hablando con él de lo divino y lo humano.

Y ya estaba en la presencia de Justo Rigores.

El *Caudillo* lo miraba, sin darle pie para iniciar conversación y a tragagrueso tuvo que hacerlo su admirador:

—Su nombre está asociado...

Pero allí había para esos casos todo un sistema interruptor de conversaciones que inmediatamente comenzó a funcionar, quitándole a Juan Luis la palabra que tanto trabajo le había costado.

—Perdón, *Caudillo*.

Hinojosa que se acercaba con un papel en las manos. Y como si leyera lo escrito en él:

—De la Universidad de Santiago, pidiendo líneas de conducta en este caso.

—A ver.

Hinojosa entregó el papel, porque la mayor eficacia del sistema interruptor residía en el secreto de lo que se le

planteare al jefe en solicitud de consejo o de ordenamiento; y el *Caudillo,* al leer:

—No, no. Que se abstengan de eso.

Y cuando ya Hinojosa se marchaba:

—Decías tú, Juan Luis.

—Que el nombre de usted está asociado a una de las crisis más profundas de mi adolescencia.

Mas ya venía otro de los subalternos con otra consulta, en el consabido papel en mano:

—De Pinar del Río. La persona de quien se esperaba llamada.

—Que venga personalmente aquí a recibir órdenes.

Pero a Juan Luis no se le escapó que todo aquello era un artificio encaminado a producirle la impresión de que la influencia de Rigores se extendía por toda Cuba.

—No puede uno trabajar con tranquilidad—dijo el *Caudillo*—. ¿Me contabas tú que...?

—No tiene importancia—repuso Juan Luis; y bruscamente agregó—: Ya estoy en mi camino y vengo a estudiar matemáticas, que no admite misticismos.

—Pero a incorporarte al movimiento, por supuesto. Hacías falta aquí. Se necesitan en nuestras filas hombres como tú, dispuestos a abatir los vuelos altaneros del aura tiñosa, picoteándole la cabeza, como lo hace el valiente pitirre.

Como movido por un resorte, Juan Luis se puso de pie. Desde el principio de aquella entrevista tan deseada había comenzado a derrumbársele el Justo Rigores de su más fervorosa admiración, a causa de la teatralidad de que se rodeaba para impresionar; pero la alusión a sus infantiles contemplaciones del pitirre no pudo oírla sino como cosa de burla injuriosa. Y ya estaba dispuesto a pronunciar las palabras de la ruptura, cuando se le ocurrió a Rigores decirle:

—Creo haberte visto en la envidiable compañía de Florencia Azcárate. ¿Es amiga tuya?

Y la contrapuesta reacción lo hizo tomar asiento de

nuevo, con disposición a replicar algo, pero Rigores agregó en seguida:

—Y a propósito de amigas, que a todos nos conviene tener alguna. ¿No te interesaría conocer a Amarelis? La dulce novia del recio Manuel.

Exploró el efecto que debía causarle a Juan Luis aquella frase inicial de su discurso frustrado, pero nada vio y tuvo que agregar:

—Es una dulce muchacha y una excelente compañera. Para mí Amarelis es el símbolo de la ternura que no debe faltar junto al hombre dispuesto al sacrificio que de él exija el ideal en peligro. ¿Quieres conocerla?

—Quiero conocer el Salón de los Mártires—dijo Juan Luis, para dejar sin respuesta la pregunta que se le hacía—. He oído decir que la llave está en poder de usted.

—La llave y la clave—dijo Rigores—. Y en seguida te complaceré. Ese es el santuario de nuestra mística y todo el que ingresa al movimiento debe chequearse el ánimo vindicativo ante la espiritual presencia de los que supieron caer para perpetuarse.

Llamó a Hinojosa:

—Muéstrale al compañero el Salón de los Mártires —díjole.

—Por el momento no puedo, *Caudillo*—repuso Hinojosa.

—¿Que no puedes? ¿De cuándo acá algo puede oponerse a lo que yo ordene? A ver. Responde. ¿Qué pasa?

—Que el Rector me obligó a entregarle la llave de ese salón. Y además, bueno es que sepas que tenemos insurrección de mujeres, capitaneadas por esa a quien le dicen la Muñeca Azcárate. Ahí está en la Plaza Cadenas arengando, azuzando a las estudiantas contra nuestro movimiento.

—¿Sí? Grave cosa, porque esa aristócrata de primera generación arrastrará consigo mucha gente advenediza que viene aquí...

Y Juan Luis, quitándole la palabra:

—¿A encubrirse origen humilde con título universitario?

Rigores sonrió y dirigiéndose a su subalterno, díjole:

—Retírate, Hinojosa. Ya iremos a oir esa arenga feminista. Que si estuviera por aquí Amarelis, ya se la enfrentaríamos. Amarelis, la dulce novia del recio Manuel.

Pero Juan Luis parecía insensible al hechizo de las frases iniciales de discursos frustrados y esto le bastó a Rigores para darse cuenta de que allí no había admirador incondicional.

—Me agradaría conocerla—repuso el insensible.

—Déjame escribirle cuatro letras de presentación. Como te dije, es una excelente compañera.

Rigores escribió una esquela, la metió dentro de un sobre dirigido a Amarelis y entregándoselo a Juan Luis, sin cerrarlo, dijo:

—En esa dirección la encontrarás.

—Hágame el favor de cerrar el sobre—díjole Juan Luis.

—No es un secreto lo que ahí va escrito, sino una presentación de compañero a compañera.

Y cuando Juan Luis se retiró y para sus adentros:

—En el Ministerio nos suprimieron la nómina violentamente; el Rector obliga a que se le entregue la llave del Salón de los Mártires y permite una posible insurrección de mujeres dentro del recinto universitario... Pero yo tengo en mi poder, como quien no dice nada, un aspirante a mártir.

III

LA PENSIÓN DE LAS ANGUSTIAS

En La Habana vieja, cerca de la Plaza de la Catedral, de buen sabor colonial español, estaba la Pensión de las Angustias... De las que pasaba doña María para darles de comer a sus tres pensionistas—Amarelis y dos señoritas que

hacían papeles más o menos dramáticos en las comedias radiadas de una emisora—con lo que, de lo pagado por ellas, que realmente no era mucho, le dejaban sus costosos desaciertos en la elección de números de billetes de la lotería.

Lo miró de arriba abajo la celosa patrona, que a sus pupilas no les consentía enredos amorosos con repercusiones dentro de su pensión y ya estaba dispuesta a decirle:

—Mire, caballero, aquí no vive ninguna Amarelis.

Cuando Juan Luis díjole:

—Vengo de parte de Justo Rigores.

Y fue como si hubiera pronunciado el "ábrete sésamo" de aquella pensión.

—¡Haberlo dicho antes, caballero!

Y alzando la voz hacia el silencio interior:

—¡Amarelis! De parte del *Caudillo*. Aquí un caballero. Pase a la sala, joven, y espérela un momento. ¿Una tacita de café?

—Gracias, señora.

—¡No, no, no! De parte de Rigores nadie sale de aquí sin haber probado el café de esta pensión.

Y revolviéndose de pronto, cuando ya iba en busca del café irrenunciable:

—¿Qué edad tiene usted, joven? Y perdone la curiosidad.

—Veintiún años, señora.

—¿Qué día del año los cumple?

—El ocho de agosto.

—Agosto... El octavo mes. ¿Verdad?

—Sí, señora.

—Entonces... Veintiuno, ocho, ocho... ¡Dos mil ciento ochenta y ocho! Bonito número. Lo jugaré en el próximo sorteo. A ver si cojo esta vez los mangos bajitos. Usted tiene cara de buena suerte. ¿Su nombre?

—Juan Luis Marino, señora—respondió sonriendo—. Deseoso de serle útil siquiera con mis cifras natalicias.

Doña María se cogió las manos a la altura de la boca, como para besarse la cruz de los pulgares y exclamó jubilosamente:

—¡Pero si yo me llamo Natalicia! ¡Qué casualidad! Nada, que usted me va a traer buena suerte. Me he quitado el nombre, poniéndome el de María—como nos llamamos todas las mujeres, según Nuestra Santa Madre Iglesia—, porque ya me era imposible evitar que, al decir que me llamaba Natalicia, se me preguntara qué edad tenía.

—Comprendo—dijo Juan Luis, descubriéndose, de pronto, disposición a lo humorístico, aunque muy moderada todavía—. Usted tiene una edad inconmoviblemente suya.

Pero a doña María le pareció la más original ocurrencia chistosa y se la celebró como si le hubiera hecho cosquillas, riendo y exclamando:

—¡Qué gracioso! ¡Chistosísimo!... ¿Dos mil ciento ochenta y ocho fue que me dijo?

—Lo dijo usted, señora. Yo me limité a suministrar los elementos.

Y esto le pareció a Juan Luis, ya de mejor calidad, en los inesperados productos de su vena humorística.

—Tiene gracia—aseguró doña María—. Déjeme traerle el café.

Pero ya subían por la crujiente escalera que conducía al piso ocupado por la pensión, pasos que le eran familiares a la dueña de ésta.

—¡Las Rendiles!—exclamó, porque en el estado de ánimo en que la había puesto el dos mil ciento ochenta y ocho todo tenía que salirle exclamativamente—. Mis otras dos pensionistas, del Teatro Radiado.

Y una de ellas, entrando ya en la sala, anunció jubilosamente:

—¡Felicíteme, doña María! ¡Adúltera ya!

—¡Niña! ¿Qué dices? Aquí...

—¡Oh! Perdón, caballero. Adúltera por radio, nada más.

Eran las hermanas Rendiles como si fueran una y su criada. Una—la que aquello había dicho—gordita, apretadita, graciosa no obstante el *rol* de dramática que le estaba asignado en el Teatro Radiado; la otra, con algo más de huesos que de carne, a cargo de cuyo temperamento chistoso estaban las vulgaridades y las groserías con que había que condimentar la delicadeza de las comedias en la frecuencia de la estación emisora. La dramática se había oxigenado el cabello y se llamaba Leda; la otra se lo dejaba completamente negro y decía llamarse Lidia. Y fue ésta quien explicó:

—Mire, caballero. Lo que ha dicho mi helmana no es que ella sea adúltera. ¿Comprende? Polque todavía es soltera. Sino que pol fin le han dao papel de señora de casa en la comedia que vamos a ensayá y como según el teatro radiao parece que todas las señoras tengan que ser adúlteras...

Rió Juan Luis y doña María dijo:

—Tiene gracia. ¿Verdad?

—Mucha—respondió él.

Mientras tanto la dramática Leda había estado observándolo detenidamente y ya se animaba a decirle:

—Usted tiene cara de autor dramático. No me lo niegue.

—Pues...

—Digo: no me niegue que usted escribe para teatro.

—Le juro que no, señorita.

Y Lidia intervino:

—¿Y pol qué no se anima? Le voy a dá un tema... Pero eso sí, me pone a mí el papel principal.

—¿Qué se le ocurre? Diga

—Escuche el título: *La Pensión de las Angustias.*

—¡Lidia!—exclamó doña María.

Pero Lidia continuó:

—Así llamamos nosotras esta pensión, pol las angustias

que pasa doña Natalicia pa echalnos que comel. Pura toltilla de billetes de lotería.

No quiso oir más la aludida dueña y se retiró en busca del café prometido y Juan Luis dijo:

—Ya se ha hecho algo de eso en *La Casa de la Troya.*

—¿Dónde queda esa casa?—preguntó Lidia.

—Es una novela española, de ambiente de casa de pensión de estudiantes en Santiago de Compostela.

—¿Y eso qué importa?—intervino la sedicente rubia Leda—. ¿Cree usted que todo lo que se escribe es realmente original de sus autores?

—También es verdad.

—Anímese—insistió Lidia—. Lo del título que le he propuesto fue pa aprovechá la opoltunidá...

—¿Por qué hablas así, Lidia?—díjole la hermana—. No estás ante el micrófono.

—Es verdad—repuso Lidia—. La costumbre de representar criadas mal habladas. Pero como le decía, lo del título que le indiqué fue para aprovechar la oportunidad a ver si doña María nos mejoraba el menú... polque ya estamos de toltillas hasta donde no es bueno.

—¡Vaya, pues! Otra vez las eles en vez de las eres.

—Déjame, Leda. Esto no tiene remedio, chica. La radio me ha acostumbrado a que si no hablo vulgarmente, diciendo groserías, me cambian la frecuencia. En lo que escriba para nosotras déjeme a mí carta blanca para todo lo que tenga que ser groserías; pero una cosa voy a pedirle, en serio: no me ponga adúltera a mi hermana. Porque le puede coger gusto.

—¡Lidia, por Dios!

Pero desde la cocina intervino la poderosa voz de la patrona:

—Señoritas Rendiles. Les advierto que el caballero ha venido a ver a Amarelis.

—¡Oh! Perdón—dijeron ellas levantándose de los asientos que habían ocupado.

Y se retiraron, dejando en Juan Luis algo así como un comienzo de inclinación al arte dramático para radio. Porque ya había oído decir que eso se pagaba bien.

LA TRISTE DULZURA

Doña María—o doña Natalicia—pasaba sus apuros por concertar con lo de comer lo de jugar; pero era una buena mujer a cuyo arrimo había encontrado Amarelis trato afectuoso y comprensivo y en cuanto a las Rendiles, sin entrar en muchas averiguaciones, eran unas muchachas correctas dentro de la pensión y que hacían agradables las tertulias de sobremesa, únicos momentos en que se reunía con ellas.

Desde la muerte de Manuel Darío, Amarelis casi no había salido de su habitación, dedicada al mortificante pensamiento de haber contribuído de alguna manera, quizás, al dramático fin del joven bondadoso y animoso con quien apenas había cruzado pocas palabras de intimidad, pero tan nobles las de él, que le habían dejado gusto de comunicación con buena calidad humana. No asistió a su entierro porque la noticia de su muerte le había producido una conmoción profunda que la obligó a guardar cama durante varios días y ya tenía pensado abandonar sus estudios de filosofía, para que no se le viese más la cara en la Universidad y marcharse de La Habana, aunque para ello, no disponiendo de modo de vivir, tuviese que volver a la casa paterna donde no podría esperarla sino el más enconado despotismo de la madrastra; pero donde, en cambio, rescataría su espíritu de la aborrecible influencia de Justo Rigores.

Ahora le habían dicho que había alguien con encargo de él para ella y su primer impulso fue negarse a recibir a aquel mensajero; pero habiéndose asomado por entornada puerta a ver quién sería y enterada ya de que no era ningu-

no de los conocidos secuaces del *Caudillo*, como lo oyese hablar con la patrona y luego con la Rendiles, le agradó y su espíritu necesitado de simpatía se le inclinó a comunicación con él.

Ya aparecía en la sala. Juan Luis se puso de pie y la contempló con emoción casi religiosa. Era un ser humano, delicado y adornado de dulzura triste, en quien se estaba cumpliendo un destino dramático. Le estrechó la mano y sintió que había tocado carne sagrada de sacrificios.

—Esto, para usted—díjole, entregándole la esquela de Rigores.

—Siéntese—le dijo Amarelis—. Y perdóneme que lo haya hecho esperar.

Abrió el sobre, leyó la breve esquela de presentación, que terminaba con una orden imperiosa:

—Es absolutamente necesario que vengas a verme. Hoy mismo.

Volvió a meterla en el sobre, con ceñuda expresión de contrariedad y luego alzando sus ojos hacia Juan Luis, díjole:

—¿Conque es usted uno de los recién ingresados en la Universidad?

—Sí, señorita.

—¿Ya mensajero de Justo Rigores? Se equivoca una con frecuencia.

—Creo haberle traído una carta de presentación—repuso él.

Pero ella insistió:

—Oí decir, hace poco, que tenía usted cara de buena suerte y luego de autor dramático también. No me pareció que la tuviese de mandadero de Justo Rigores. Mas como no quiero admitir que me haya equivocado, perdóneme una pregunta que es siempre desagradable. ¿Usted quién es?

—¿No lo dice la carta de presentación que le he entregado?—repuso Juan Luis, ásperamente, ya a punto de con-

vertírsele en intolerable persona aquella a la cual acababa de saludar con emoción, por el brusco efecto de sus violentas transiciones de ánimo.

—En el papel están escritos su nombre y apellidos—respondió Amarelis—. Pero lo sustancial que aquí viene es una orden del *Caudillo*. Oigala: "Es absolutamente necesario que vengas a verme hoy mismo." ¿Sabía usted que era mensajero de ella?

—No, señorita—respondió Juan Luis, dominando su inclinación al estallido desagradable—. Tengo entendido que pertenece usted al movimiento que dirige o capitanea Justo Rigores y aun cuando él no me dijo que tal cosa se le decía en ese papel, creo que no he hecho ninguno deprimente para mí al ser portador de una orden que usted deba recibir de su superior.

Y en diciendo así se puso de pie, dispuesto a retirarse.

—No he querido ofenderlo—díjole ella—. Tenga la bondad de sentarse, pues deseo charlar un rato con usted, que me inspira confianza. Perdóneme la brusquedad que haya habido en mis palabras, a causa de la profunda alteración de mi ánimo en estos días. Pero celebro haber incurrido en esa falta de tacto porque así le he dado ocasión a un rasgo del carácter de usted que me ha agradado mucho.

—No exagere, Amarelis—repuso él—. Un rasgo de mal genio es todo lo que acaba de observarme. Y no hablemos más de eso. Ya usted sabe cómo me llamo, pero como había manifestado deseo de saber quién soy, qué soy, permítame responderle de este modo: uno más, por ahora, para otro menos, después.

—¡Ah!—hizo ella con expresión sombría—. Uno más, para otro menos. Ya entiendo.

—¿No es esa la ley de la vida?—repuso él, sonriendo—. Uno más, uno menos. El diente que entra en el engranaje; el diente que sale de él. Una vieja y universal experiencia dicha con alguna pedantería.

—No es suya la culpa—dijo Amarelis, sonriendo dulcemente—, sino de la estudianta de filosofía con quien está hablando. Pero si es cierto que esa es la ley de la vida, también lo es que mientras corre el tiempo entre el más y el menos...

—Cada vez menos el más y a la inversa, cada vez menos el menos. Que siendo valor negativo—habla un aspirante a estudiar matemáticas—mientras más crece, menos vale.

Y ella, más interesada ya en aquella conversación:

—¿Y además de las matemáticas, cuáles son sus lecturas predilectas?

—Las que construyeron fe en la vida—respondió él, ya sin apariencias de pasatiempo—. Las que tienden a darle un sentido trascendental al paso del ser humano por la tierra.

—¿De veras? Creí que, por lo contrario, fuese usted aficionado a esa literatura morbosa que ahora está a la moda.

—De ella no me ha caído en las manos sino un libro, muy elogiado; pero que me quitó toda gana de conocer lo demás de la escuela. Lo arrojé lejos de mí con asco, pues no hay derecho a que se nos revuelva el estómago de esos modos.

Ella se quedó mirándolo en silencio unos momentos y luego:

—¿Me permite que le exprese mis impresiones de este conocimiento de usted que he empezado a hacer?

—¿Por qué no? Se lo agradezco desde luego.

—Me ha causado extrañeza oírle esas palabras, pues creí que fuera usted un amargado, un... ¿Me deja decírselo sin eufemismos? Un tímido.

—Y no se ha equivocado—dijo Juan Luis, con un dominio de sí mismo del cual no parecía capaz—. Un tímido soy, no con regustos de amarguras pasajeras, sino con desabrimiento habitual de mi propio sabor. Pero nadie tiene derecho a convertir su incapacidad o su infortunio en pré-

dica negativa de la exigente misión del hombre sobre la tierra.

Estaba insistiendo él en una experiencia a la cual ya le había sacado buen provecho. Con una persona que no fuese de su confianza—como Amarelis entonces—o con persona de su intimidad, pero en caso de expresar sentimientos suyos que se saliesen de lo usual y corriente, le era imprescindible imprimirle a sus palabras algún tono de altura, pues con las del lenguaje común no daría sino el triste espectáculo del pensamiento inhibido.

Y así continuó:

—Caer, sucumbir, no es nada; lo grave, lo triste, lo desgraciado, lo espantosamente desabrido—que es el peor sabor que de uno mismo se pueda tener—es no haber estado nunca de pie, siquiera un momento. Su novio de usted cayó...

Pero ella no lo dejó continuar:

—No fué mi novio. Ni Manuel Darío estuvo nunca enamorado de mí, ni yo de él.

—Como así lo ha dicho el *Caudillo*..

—Ya dirá lo mismo respecto a usted y quizás para eso le ha aconsejado visitarme. Puede que esté diciéndolo ya.

Y poniéndose de pie, y con una determinación firme:

—Pero lo interesante es que eso no vuelva a ocurrir. ¿Quiere hacerme el favor de esperarme mientras me preparo para ir hasta la Univesidad en la compañía de usted?

Ya había desaparecido de su rostro la triste dulzura.

TELÉGRAFO DE SEÑALES

Doña María había estado poniéndole la oreja a aquella conversación mientras en la mano tenía la taza del café irrenunciable, y después de retirarse un poco, sigilosamente, avanzó carraspeando y al acercarse a la puerta preguntó:

—¿Se puede?

—Adelante, señora—respondió Juan Luis.

—El cafecito que le había prometido. Recién coladito, que es como bien sabe. Pruébelo y dígame si cree lo que le ha dicho la lengua larga de Lidia Rendiles, de que aquí no se come bien porque todo se va en billetes de lotería.

—Ella habló de tortillas—repuso Juan Luis, mientras tomaba sorbos de café—. Pero ya puedo dar fe de que en esta infusión se ha procedido con honradez.

Se le acercó la patrona a distancia de comunicaciones cautelosas, previa mirada al interior por donde se había retirado Amarelis y le susurró:

—Dígale al Justo Juez que se la tengo bien chequeada, como dicen ustedes los del gatillo alegre. Que no ha salido de su cuarto en todos estos días.

—¿A qué justo juez se refiere usted, señora?

—¡Ay!—dijo la patrona—. ¿Así le dije? ¡Je, je! Como soy tan devota de la oración del Justo Juez, siempre me equivoco. A Justo Rigores me refería. ¿Sabe por qué se llama así?

—Acaba usted de confesarme que es muy devota de la oración del Justo Juez—repuso Juan Luis—. Y así se explica que su hijo lleve ese nombre.

—¿Pero de dónde saca usted que Justo Rigores sea mi hijo? Lo que pasa es que... Pero yo le hablaba de Amarelis. ¿Verdad?

—Sí, señora. Me confiaba usted el encargo de decirle a Rigores que la tiene vigilada.

—Perfectamente chequeada. No respira sin que yo sepa lo que suspira y murmura. Dése cuenta: tengo que cuidársela al muchacho. Que ya no es tan muchacho, pues pisando los treinta va ya; pero...

Y con la certeza de haber hecho un descubrimiento:

—Se le parece bastante—díjole Juan Luis—. Tiene los ojos de usted.

—¿Verdad que sí?

Y en seguida:

—¡Ay! ¡Pero qué ojos tiene usted!

—¿Muy travieso cuando chico, verdad?—insistió Juan Luis.

—¡Tremendo! No había en el vecindario muchacho a quien no le hubiera roto la boca. ¡Qué tortazos daba, Santo Dios! Pero Justo, hijo, le decía yo... ¡Ay! ¿Pero qué estoy diciéndole a usted?

—Que Justo Rigores es hijo de usted. Nada inconfesable, creo.

—¡Ay! No. ¡Por Dios! Yo no he podido decirle eso. El es Rigores y yo soy Clemente. Mi apellido de soltera, porque, aunque usted no lo crea, soltera soy. Solterona, dirá usted... Pero se le va a enfriar el café, por estar yo dándole la lata.

Se acercó a la ventana, desde la cual se veía un rincón de la Plaza de la Catedral, y después de emitir sonido de llamar la atención, comenzó a hacer señales con los dedos de ambas manos. Luego dijo:

—¿Sí?

Y quitándose de la ventana, dispuesta a echarse a la calle, al pasar junto a Juan Luis:

—Me va a perdonar que lo deje solo unos momentos. Ahí en la esquina lo tienen.

Se asomó Juan Luis a la ventana, pero ya estaba dentro de la sala Lidia Rendiles, haciéndole, para llamar la atención:

—¡Ss, ss! Un detalle muy importante para la comedia que va a escribirnos. Aquí vivimos cuatro mujeres solas; pero aquí huele a hombre, entre días.

—Explíquese mejor—díjole Juan Luis, ya sin sombra de ganas de humorismo.

Y Lidia, poniendo su lenguaje al tono de la criada que caracterizaría en la comedia deseada:

—Pues que güele, que güele. A humo de cigarrillo, pol supuesto. Y como aquí las cuatro semos mujeres sin vicios menores.

Y ya Juan Luis estaba casi en funciones de detective:

—¿A qué horas se siente ese olor?

—Pues no tiene hora fija. En vese sentimos el tufito al dentrá a almorzá y en vese a la taldecita. Pero no se vaya a imaginá ná malo. El hombre viene cuando ni Amarelis ni nosotras estamos aquí. Y es un hombre joven. El olol no engaña. Ahí viene ya doña Natalicia. No vaya a decile que yo le he contao que ella tiene un hijo... natural, pol supuesto.

Regresó la patrona con cara de fracaso:

—Me equivoqué en las señales—dijo—. Con los dedos le pregunté al billetero que estaba en la esquina si tenía el dos mil ciento sesenta y ocho.

—Habíamos quedado—díjole Juan Luis—en que era el dos mil ciento ochenta y ocho.

—¡No me diga! Y lo tenía el billetero. ¿Si se habrá ido ya?

Y volvió a echarse a la calle.

IV

LA REBELIÓN

Por el trayecto le preguntó Juan Luis:

—¿Sabe usted en qué casa vive, quién es la dueña de esa pensión?

—Una buena mujer me parece. Un poco ordinaria.

—¿Pero sabe que es la madre de Justo Rigores?

—¡Cómo!

—¿Lo ignoraba, verdad?

Le refirió cómo lo había descubierto y concluyó:

—Está usted entre las garras de Justo Rigores, de toda mi admiración como dirigente de lucha; pero que personalmente no me ha producido buena impresión. Y por el res-

peto que ya usted me inspira he de hacerle esta pregunta. ¿Quién paga la pensión de usted en esa casa?

—Rigores—respondió ella, sonrojándose—. De los fondos del movimiento, me ha dicho. Hay algunos otros estudiantes que así también se sostienen. ¿Qué idea se habrá formado usted de mí?

Y él le respondió con acento de sinceridad emocionada:

—De una manera general soy un creyente sistemático en la bondad y en la rectitud humanas y en este caso un convencido de que de la buena reputación de usted no se puede dudar y por eso me he permitido decirle cuanto le he dicho.

—Quiero que usted presencie la entrevista que tendré con Rigores—díjole ella.

—No, señorita. Le ruego que no me obligue a eso. Usted no necesita testigos presenciales de la rectitud de su conducta y es tanta la confianza que me inspira que voy a hacerle una confidencia. Soy un romántico, o lo que es lo mismo: un bobo; he gastado lo mejor de mi emoción ante la vida admirando a Justo Rigores, cultivándome el deseo fervoroso de conocerlo, de estrecharle la mano y entregarle la mía como instrumento suyo.

—¿Y al acercarse al ídolo—inquirió Amarelis amargamente—ha descubierto la tosca materia de que está hecho, verdad?

—Exacto. Me ha hecho toda una exhibición de vanidad. Ha querido deslumbrarme y en el chisporroteo se me quedó totalmente apagado.

Guardó silencio Amarelis durante unos momentos y luego dijo:

—A Justo Rigores no se le puede admirar si no se le teme. El tuvo su hora y no supo aprovecharla, fuimos muchos los que le entregamos nuestra voluntad para que realizara la obra que nos parecía necesaria; pero de tal manera se ha empeñado en maltratárnosla que ya son pocos los

que conservan fe en él. A mí, particularmente, me han convenido mucho los días de encierro y meditación, primero y ahora este conocimiento que he hecho de usted, pues le confieso que realmente yo estaba entre las garras de Justo Rigores. Y más aún: que yo sospechaba que en la Pensión de las Angustias, como la llaman las Rendiles, yo era algo más que una simple pensionista. Pero ya se lo he dejado entender: yo le tenía miedo a Justo Rigores; me tenía fascinada.

Guardó silencio y así recorrieron el resto del trayecto hasta la Universidad.

Hinojosa la hizo pasar inmediatamente al despacho de Rigores, diciéndole:

—El *Caudillo* te espera hace rato.

Y la dejó sola con él.

El *Caudillo* se tenía bien conocidos la mayor parte de los trucos que hubiesen pasado a la historia, mediante los cuales los más famosos manejadores de hombres se hubieran construído personalidad magnética y había hecho suyo este apotegma, que, allá en su sobrestimación propia, lo emparejaba con Maquiavelo: desconcertar para dominar.

Y así recibió a Amarelis:

—No me habías dicho que ya te hubieras entendido con Mauricio Leal. Yo me alegro mucho, porque, después de todo, amor es amor y siempre he admirado la entereza con que las mujeres saben soportar el tormento de la virginidad indefinida. Por otra parte, no me parece que Mauricio pueda haberle dado mucha importancia a aquellas breves conversaciones tuyas con Manuel Darío.

Pero ya Amarelis venía implícitamente emancipada del dañado influjo de íncubo que él había ejercido en su ánimo, sin duda alguna por aprovechamiento de la inclinación amorosa que hacia él fue pasajera en ella, pero que en su espíritu acostumbrado a darse mortificaciones algún estrago tenía que dejar y aquella alusión a virginidad, hecha como si pronun-

ciase palabra obscena para provocarle conmoción del pudor, no le dio esta vez el resultado perseguido, pues sin inmutarse le repuso:

—¿Ha terminado usted?

—Apenas comienzo — dijo él, sonriendo desagradablemente.

—Continúe, pues. He sido llamada a oir y vengo inmunizada contra groserías.

—¿Sí? ¿Y contra delicadezas y ternuras?

—Pruebe a ver cómo le salen.

—¿Pero ese tratamiento de usted, a estas alturas? ¿Es que ya no somos ni siquiera amigos?

—Nunca hemos sido más.

Cambió él de táctica:

—Perdóname. Tienes razón. Me he portado mal contigo. He debido ir a verte, siquiera un rato, en estos días.

—Pero como a la pensión de Natalicia no se puede ir sino cuando ella esté sola allí...

—¿Natalicia se llama la dueña? María me habían dicho que era su nombre.

—¿Soltera, verdad?

—Pues...

—¿Otro caso de virginidad indefinida, no es eso?

Y trocados los papeles, era él quien ya perdía el dominio de sí mismo.

—¿A dónde va a parar este interrogatorio a que se me está sometiendo, a propósito de una persona que...?

—Que debería interesarle mucho.

Frunció el ceño, pero luego se lo despejó y tratando de sonreir:

—Bueno—dijo—. Vienes rara. Es natural, pues debe preocuparte algo la posibilidad de que sobre Mauricio Leal recaigan sospechas en relación con la muerte de Manuel Darío. Tú entre los dos.

—Ya le habrán dicho que me he pasado estos días en-

cerrada en mi habitación. Pues allí se me tiene cuidadosamente vigilada y hasta de mis suspiros se puede rendir cuenta a quien todos, o casi todos, los días va a tomar el buen café que sabe preparar doña Natalicia o doña María, si a ella le conviene más que así se le llame. Eso es cosa de ella... y de usted cuando más.

—¿Quieres retirarte ya?

—No. Aún no se me ha dicho para qué se me ha llamado.

—Pues... Para cruzar ideas. Y para darte una mala noticia, que al caso viene, por cierto. Para anunciarte que ya los fondos del movimiento no me permiten continuar pagándote la manutención. Y como supongo que de mí, personalmente, no querrás recibirla, pues eso agravaría la situación en que pueda tenerte algún mal concepto que alguien se haya formado de nuestras relaciones... personales.

Exploró el efecto que tal noticia debía producir en ella, sin más recursos económicos que los de aquel auxilio y se tropezó con esto:

—¡Pobre doña Natalicia! Menos dinero disponible para jugar a la lotería. ¿Quién iba a decirle que su hijo fuera tan cruel?

No podía agradarle a Justo Rigores que se hubiese descubierto que Natalicia era su madre, pues este secreto formaba parte de su excesiva sobrestimación propia, que no le permitía exhibirse como hijo de aquella mujer de espíritu simple y muy humilde condición; pero sonrió, sin embargo, en pleno ejercicio de su dominio de sí mismo y repuso:

—Bien. ¿La repudias como suegra?

Y Amarelis imitándolo:

—De ella, personalmente, de su trato conmigo no tengo quejas. Ha sido afectuosa, cuidadosa e incluso me ha dicho algunas veces, como si hablara de imposibilidades: ¡Si yo tuviera un hijo y tú te casaras con él!

—Qué imprudencia, ¿verdad? Una muchacha lista y ma-

liciosa como tú tenía que descubrírselo. Pero sería bueno que no abusaras de ese secreto mío, que ya posees, porque yo puedo hundirte. ¿Oyes? Hundirte. Aquí, en la Universidad, muchas estudiantas se imaginan que tú eres mi amante. Y como de la calumnia siempre algo queda, no será tiempo perdido el que yo invierta en castigar la altanería con que ahora te atreves a hablarme. Yo soy hijo de mis obras.

—Que casi todas son como mujeres de vida airada.

Estalló el *Caudillo:*

—¡Hinojosa!

Acudió Hinojosa, diciendo:

—Mande, jefe.

Pero fue Amarelis quien le habló, antes de que pudiera hacerlo el hombre que había perdido el dominio de sí mismo:

—Lo han llamado para que me ponga en la puerta de la calle; pero antes va a contestarme esta pregunta, Hinojosa. ¿Cuál fue el canal—como aquí se dice—por donde se cursó el aviso de que Manuel Darío llevaba encargo de matar?

A punto estuvo Hinojosa de responder que él no había sido; pero se lo impidió el puñetazo que Justo Rigores descargó sobre su escritorio, al decir, a grito:

—¡Fuera de aquí!

Pero ya no era resolución, pura y simplemente, lo que había en la dulce Amarelis, sino temeridad desatada, y volviéndose hacia Justo le dijo.

—Ese otro secreto tuyo poseo. Me aconsejaste atraerme a Manuel Darío para despertar los posibles celos de Mauricio, a fin de que ahora a nadie le cause extrañeza que ese aviso partió de él. Pero estoy dispuesta a defenderlo.

Rigores se le acercó sonriendo e injuriándola:

—¿A la brava, como hembra histérica?

La respuesta fue una bofetada. Y luego, palabra a palabra:

—Puede ser que alguien posea alguna carta de Manuel Darío. Al despedirse de mí me prometió escribirla.

Y se retiró.

LA VUELTA AL CAMINO

De la brusca emancipación le quedó a Amarelis la necesidad de aturdirse. Desde luego, se había quedado en la calle, puesto que no podría volver a la Pensión de las Angustias, ni tenía manera de pagarse ella lo que en otra pudieran cobrarle.

Le pasó por la mente la idea de pedirles a las hermanas Rendiles que la introdujesen en el Teatro Radiado, donde algo pudiera ganar para mantenerse; pero en seguida se adueñó de su espíritu la convicción desoladora de que tendría que regresar al pueblo natal y a la casa paterna, donde la madrastra la tiranizaría más que antes, en el caso de que no le diera con la puerta en las narices.

Los estudiantes se habían retirado de la Universidad y la soledad que reinaba en toda ella contribuyó a aumentarle la impresión de desamparo en que de pronto había quedado. Fue a sentarse en el banco del jardín, solitario también, donde habían sido las conversaciones con Manuel Darío.

Recordó las palabras de él:

—Záfate de una vez por todas de la mala influencia que está ejerciendo sobre ti Justo Rigores. Cuando Mauricio, a quien conozco bien, te vea emanciparte de ese influjo se te acercará.

Mauricio Leal era su amor inconfesado; pero aun cuando a veces le pareció que en él hubiera alguna inclinación hacia ella, nunca pasó de mirada sonriente, compasiva más bien.

Se recriminó—como ya tantas veces lo había hecho du-

rante los días de encierro consecutivos al de la muerte de Manuel Darío—el haberse prestado a aquella maniobra de Justo Rigores, tortuosa sin duda alguna ya, de que ella fingiera interés por aquél para animar a Mauricio a que se le acercarse. Seguramente el propósito del *Caudillo* fue provocar un choque entre aquellos dos estudiantes que no eran amigos, ni muy adictos a él, a fin de que uno sucumbiese a manos del otro y esto debió de ocurrírsele a ella entonces; pero era tal la fascinación que en su ánimo ejercía la habilidad maniobrera de dirigente político de Rigores, que no le pareció imposible que con ella persiguiera la reconquista de la adhesión de Mauricio al movimiento, como sin calificarlo lo denominaba el *Caudillo*.

Se levantó del banco de las mortificaciones ahora. Era ya pasada la hora del almuerzo y casi no había desayunado, pero con el escasísimo dinero que llevaba consigo sólo podía procurarse algo de comer en el café cercano a la Universidad que frecuentaban los estudiantes y allá se dirigió.

Estaba allí Mauricio, rodeado de un numeroso grupo de estudiantes atentos a lo que él les decía. Intentó revolverse al verlo, pero se refugió en el pretexto de la imperiosa necesidad de tomar algún alimento y fue a sentarse a una mesa distante de las que ocupaban aquél y su auditorio y pidió que le sirvieran café.

Después de aquella entrevista con Justo Rigores, donde éste lo invitó a virarse las cartas, Mauricio Leal se había dedicado exclusivamente a sus estudios, dándole por completo la espalda a sus compromisos de dirigente estudiantil, con buena influencia ejercida, pues además estaba ya cercana la época de exámenes y él no se presentaba a ellos con defectuosa preparación. Por otra parte, ya se aproximaba el término de sus estudios y las perspectivas del ejercicio profesional de la medicina le trazaban desde luego nuevas líneas de conducta.

El había sido uno de los casos más deplorables de la

dramática desviación, pues a causa de aquel concepto cirujano de extirpar lo dañado, que ya traía en su vocación estudiantil al ingresar a la Universidad, en pleno auge del *bonchismo*, no tuvo escrúpulos en incorporarse al sector fanatizado por la eficacia y por el pedimento de sacrificios, a la vez, de los modos de la acción directa, originada en los iguales ejercicios de atentado que puso en práctica la dictadura, de donde se desprendió el encadenamiento de las represalias. No se le escapó que aquel modo de acto de presencia del universitario en el momento político de nada valdría si se realizaba a espaldas del pueblo y desde un principio reconoció que el profesor Luciente tenía razón cuando afirmaba:

—Al pueblo no se le hacen sus revoluciones. Es él mismo quien tiene que hacerlas y la función del intelectual debe ser simplemente conductora, porque lo que se elabora arriba, cuando llega abajo no calza. Es como mandarse hacer zapatos a la medida de la cabeza.

En realidad, el movimiento popular se había organizado ya en partidos políticos; pero la afición a las eficacias del gatillo de la pistola dentro de la Universidad era un mecanismo que no podía desmontarse de la noche a la mañana, por estar confundidas en ella la romántica inclinación a lo heroico, de buena calidad en sí misma, y las ventajas bastardas que se lograban con los ejercicios de bravura, remunerada por los políticos corrompidos que necesitaban pistoleros a sus espaldas. Y Mauricio Leal, entre los de la romántica inclinación a lo riesgoso, tuvo que admitir el hecho cumplido que se personificaba en Justo Rigores.

La ruptura con él ocurrió, además, en una crisis depresiva de su ánimo. Había puesto su amor en Amarelis, pero sin manifestárselo, esperando a que ella se emancipase de la fascinación—él sabía que no de carácter amoroso—que sobre su ánimo sugestionable ejercía Rigores, en cierto modo continuador de la obra de aquel confesor insensato que la

había martirizado, y como ella no ponía nada de su parte para librarse de aquella influencia, aun cuando fuese por el temor de perder el auxilio económico de que disfrutaba, a Mauricio se le amargó la esperanza, y esto, junto con el mal sabor de sí mismo en sus días frenéticos de desviación, le quitaron toda gana de creer y confiar.

Dispuesto a consagrarse únicamente a los estudios del último año de Medicina, había acudido a la Universidad en la apertura de cursos; pero allí se encontró con el profesor Luciente, y éste le dijo:

—Tan pernicioso y absurdo como el entusiasmo descarriado es el abatimiento. No basta con regresar de la desviación; es necesario ir en busca de los que se quedaron en el extravío e incorporarlos al buen camino. Yo vengo dispuesto a dar la pelea contra Rigores, contra lo que él representa, más que contra él personalmente, y necesito contar contigo.

Y él le respondió:

—Cuente conmigo, Profesor.

Ya se había puesto en contacto con la porción incontaminada del estudiantado y acababan de echarse las bases de una organización que lucharía por la reivindicación del espíritu universitario, sin condescendencias culpables, pero fuera de los campos del hecho de armas donde se había enseñoreado Rigores.

No se le había extinguido el amor que le inspiraba Amarelis, cuya delicadeza espiritual le era bien conocida; pero en su temperamento equilibrado y sometido a normas firmes ninguna pasión podía desbordársele en exageraciones dramáticas, ni le parecía conveniente, ni aun para ella misma, ayudarla con invitaciones sentimentales, con ofrecimiento de amor, pues tenía un riguroso concepto de la propia personalidad ante el problema propio.

Ahora la había visto entrar al café, y al terminar lo en que se ocupaba con los estudiantes, quienes se retiraron como

a cumplir consigna de ejecución inmediata, se dirigió hacia ella.

Le dio un vuelco violento el corazón al verlo acercársele, como hacía tiempo no lo acostumbraba, y buscó las palabras para la noticia que tenía que darle... Pero se le fueron las ideas.

Mauricio se detuvo por delante de ella y se limitó a decirle:

—Esta tarde dará el profesor Luciente su lección inaugural. Aula abierta, como de costumbre, en la Magna. Pregúntale al *Caudillo* si te permite asistir.

Ella no halló qué responderle y se echó a llorar; él se quedó mirándola en silencio y luego le dijo.

—Cuida tus reacciones.

Y se le retiró.

LECCIÓN INAUGURAL

El profesor Luciente había solicitado anuencia del rectorado para abrir su cátedra de Historia de la Cultura aquel mismo día, aunque el período de matriculación estuviese apenas comenzado.

—Bueno—díjole el Rector—. Como su cátedra no forma parte de un *curriculum* de estudios obligatorios con los cuales sea necesario atenerse estrictamente a los estatutos, puede comenzarla hoy mismo. Además, sospecho que usted necesita tribuna hoy precisamente y es bueno que la tenga.

Nunca tuvo tanta concurrencia ninguna otra ni tan apasionado interés jamás se vio en rostros de alumnos, pues a ninguno de éstos se le escapó el que algo muy preciso perseguiría el profesor Luciente con aquella adelantada apertura.

Estaba Justo Rigores en la primera fila del auditorio, en el centro precisamente. Sólidamente sentado, a la altura del ancho pecho cruzados los brazos, bajo cada mano la dura

masa de los bíceps, bastante visible el bulto que bajo el saco denunciaba la pistola de grueso calibre, muy bien puesta en el rostro una disposición a sonreir respetuosamente.

Subió a la cátedra Rogelio Luciente, de una manotada se quitó de la frente el mechón de cabellos que sobre ella le caía y, después de dejar que los músculos de la cara le vibraran un buen rato, así comenzó su lección inaugural:

—No le sorprenda a nadie el que este año no comience la historia de la cultura que sobre el mundo se ha desarrollado a través de numerosos siglos con la estampa de buen humor que otras veces se me ha oído. No fue en Cuba donde se produjo el acontecimiento del primer ejercicio de inteligencia sobre el mundo; pero es aquí, en la tierra de nuestro mayor dolor y nuestra mejor esperanza, donde parece que hubiera necesidad de recomenzar la trabajosa marcha desde el abrigo de la violencia en la caverna prehistórica hasta el ensanchado respiro de razón y de justicia en la serenidad de las cumbres del pensamiento.

Justo Rigores movió afirmativamente la cabeza y los que cerca de él estaban le oyeron murmurar:

—Viene cortando este año el profesor Luciente.

Pero estas palabras se las tragó el rumor de aprobación que por toda el aula se extendió.

Dejó el vibrante Profesor que se restableciera el silencio, y luego prosiguió:

—Una dramática exigencia, una angustiosa tragedia de opresión ya insoportable armó el brazo de esta Universidad para el reclamo varonil de acatamiento a las leyes, de respeto a la dignidad humana, cuyo medio natural no puede ser sino la libertad bien garantizada para que bien usada sea. De respeto a la vida, de la cual ya nadie podía disfrutar sino como regalo del poderoso ensoberbecido, cuando no a precio de humillación en colaboración con la iniquidad.

—¡Muy bien!—dijo Rigores, ya en alta voz, dando origen

a un rumor de marejada de ánimos excitados, entre el cual se oyeron palabras de protesta.

Se le encaró el Profesor, ya sin el cuidado de despejarse la frente de la impertinencia del mechón de cabellos, y, alzando la voz, dijo:

—Sí. Pero ese brazo generoso y valiente que se armó para el servicio de la justicia no está hoy sino al de las represalias. Que no son justicia. ¿Que de quiénes es la culpa, preguntará usted, Justo Rigores?

—Profesor—repuso el interpelado, ya con su sonrisa respetuosa a flor de rostro—, yo no soy alumno regular de esta cátedra y quizá no esté obligado a que se me hagan preguntas sobre la asignatura que en ella se enseña; pero, en todo caso, le confieso que no se me ocurre, así, de pronto, la respuesta adecuada.

Iba a estallar un doble rumor de aprobación y de protesta en los dos campos en que ya estaba dividido el estudiantado; pero lo impidió el Profesor, diciendo:

—No esperaba que usted me la diese. Iba a dármela yo mismo en seguida. ¡Mía es la culpa! ¡Mía y de otros que conmigo compartieron esa tremenda responsabilidad; pero yo los absuelvo a todos, a los muertos y a los vivos todavía, de la obligación de contestar cargos, para cumplirla yo solo. Ya lo he dicho varias veces al llegar a este punto de nuestra dramática historia: aquí perdimos la visión exacta de nuestro camino propio. Trágico saldo de la intromisión imperialista en la caída de la dictadura, que malogró la culminación del movimiento revolucionario, del subsiguiente predominio castrense y del restablecimiento del orden constitucional como producto de una transacción entre dos impotencias.

Se produjo una explosión de aplausos que dio origen a que los amigos de Rigores se miraran unos a otros recelosa e interrogativamente, y él, quitándose las manos de la complacencia en el contacto con los poderosos bíceps, se

las puso a aplaudir ruidosamente, continuando en ello cuando ya los demás no lo hacían.

Pero cerca de él, sin quitarle la vista de encima, estaba Mauricio Leal, y para corresponderle la mirada, en actitud de afrontamiento de contingencias, dejó de aplaudir.

—Pero hoy ocurre—prosiguió Luciente—que dentro de esta Universidad, cuyo decoro estamos obligados a defender, funciona una cátedra de pistolerismo que le hace injuria a la institución y gravísimo daño al país, desviando cada vez más el espíritu del estudiantado de sus fines propios hacia los campos de la violencia, ya no por motivos que puedan ampararse en razones políticas, discutibles en todo caso, sino por causas más o menos inconfesables del orden personal de los dirigentes del llamado movimiento estudiantil, contra cuyo calificativo han de protestar los verdaderos estudiantes que aquí me oigan. Que no lo son todos los que me oyen, ni mucho menos quien con aplausos perturbadores e irrespetuosos ha hecho alarde que por ahora no quiero calificar.

Hizo una pausa, durante la cual se sintió en el apretado silencio la expectativa de los dos bandos en que estaba dividido el auditorio, y quitándose de la frente, de una manotada, el mechón caedizo, prosiguió:

—Una vez más ha caído un estudiante en los reveses de la desviación, y hay una pregunta que exige sea formulada categóricamente: ¿Por qué se mandó a Manuel Darío al sacrificio? Una pregunta que encierra dos acusaciones.

A Hinojosa, que estaba al lado de Rigores, le pareció que éste lo había tocado con el codo y temió que alguien lo hubiese advertido, mientras Luciente proseguía:

—Hago este planteamiento dispuesto a afrontar todas las contingencias; pero no se lleve nadie la mano a la empuñadura de la pistola ni con ella se palpe el vigor de los músculos...

Y ya Hinojosa no supo qué hacer con las suyas.

—...sino póngasela sobre el corazón, porque no es a riña a lo que estoy invitando, sino a buena corazonada para meditación.

—¿Me permite, Profesor?—interrumpió Rigores, poniéndose de pie—. Ha dicho usted que la pregunta formulada encierra dos acusaciones. ¿Puede hacerme conocer la segunda?

Luciente avanzó un paso hacia él y, sosteniéndole la mirada, repuso, en el silencio de respiros contenidos que reinaba en el aula:

—La formuló usted esta mañana al pasar por delante de mí; pero voy a complacerlo. ¿Quién envió el aviso traicionero de que Manuel Darío llevaba encargo de matar?

—Gracias, Profesor—dijo Rigores, sentándose de nuevo.

Estalló un griterío de protesta:

—¡Fuera de aquí!

Rigores se puso de pie con absoluto dominio de sí mismo, paseó su mirada por el auditorio y comprobó que eran más, muchos más, los que gritaban que los que callaban, y, volviéndose hacia Luciente, díjole:

—¿Me permite, Profesor, que complazca a quienes piden que me retire?

—Puede hacerlo—le respondió Luciente.

Se retiró, como si hubiera ganado una pelea, llevándose su arrogancia intacta y sonriente; le siguieron los suyos, pero no fueron muchos los asientos que quedaron vacíos, e Hinojosa fue el último en salir.

Momentos después, terminada la lección, en el Aula Magna sólo quedó Juan Luis Marino. Habían sido años de admiración los que tenían que borrarse de su memoria.

V

LA HORA DEL AVESTRUZ

Regresó la arrogancia al despacho de los tremendos encargos rodeado de la poca adhesión que lo seguía, se sentó en su escritorio, se arrellanó en el apoltronado asiento como en los mejores días, pero ya sin sonrisa de buena cara para mal tiempo; fijó la mirada en el lejano espacio invisible que se extendía por encima del punto del techo donde al azar se le posó.

Bajo aquel entrecejo, vigorosamente contraído, debían de venir resoluciones terribles, y esperando que se le convirtiesen en órdenes imperiosas, en consignas reconstructivas del movimiento en crisis, su adeptos, entre los cuales estaban los que componían el Directorio, mirándolo en silencio, permanecieron de pie.

—Bueno—dijo por fin el pensativo—. La hora del avestruz. Viene el simún: a esconder la cabeza.

No cayó del todo bien aquella orientación inesperada.

—Pero...

—La hora del avestruz—repitió Rigores imperiosamente, sin dejar que se expresara la objeción que fuera a hacérsele.

Se encogieron los hombros y se cruzaron miradas interrogativas, porque la del jefe pasaba revista buscando a Hinojosa.

—¿Qué se hizo Hinojosa?—preguntó luego.

No eran tantos como para que fuese necesario que todos lo buscasen entre sí; pero a Hinojosa no se le pudo encontrar.

—Tal vez ande averiguando qué se propone Mauricio Leal—apuntó uno de los miembros del Directorio, a quien, por ser rubio, se le decía Rubiales.

Y otro agregó:

—Tal vez se haya quedado en el Aula Magna para oir todo lo que tenga que decir el profesor Luciente.

Pero Rigores ordenó:

—Hay que buscar a Hinojosa. Sacarlo de donde se haya metido.

Esto era ya expresar sospecha de deserción de Hinojosa, y otra vez se cruzaron las miradas interrogativas.

Pero Rubiales se atrevió a objetar:

—¿Crees tú, *Caudillo*, que Mano Zurda...?

—Hay que buscar a Hinojosa he dicho—ratificó Rigores, quitándole la palabra.

Porque en la hora del avestruz siempre hay algo de mística que puede flaquear y una simple observación, por juiciosa que fuere, no era tolerable en aquellos momentos.

Se dispusieron todos a cumplir la orden—aunque varios de ellos por salir nada más, pues aquella posibilidad de deserción de Hinojosa que parecía habérsele ocurrido al *Caudillo* sagaz, no dejaba de abrirle caminos a la desbandada—, pero Rigores agregó:

—Quédate tú, Rubiales. Tenemos que hablar.

Rubiales tomó asiento por delante del jefe y se apresuró a manifestar:

—Te advierto, *Caudillo*, que yo no meto mi mano en el fuego por Hinojosa.

—Del arbol caído...

—No, no. Recuerda que siempre te he dicho eso.

—Tantas veces cuantas Hinojosa lo mismo de ti.

Rubiales sonrió y se franqueó:

—En realidad, él y yo nos hemos disputado siempre tu confianza.

—Y es muy natural—dijo Rigores—que seas tú quien ahora la tenga sin disputa.

—Te pierdes de vista, *Caudillo*.

—Y a ti se te ve siempre como en la palma de la mano.

—Me falta la extraordinaria capacidad de hombre impenetrable que tú tienes. La capacidad de jefe.

—¿Es que estás en el erizo?

—No, *Caudillo;* no es guataquería lo que te he dicho. En el erizo estoy. ¿Para qué negártelo? Pero no son muchos los billetes a que aspiro para salir de un compromiso urgente por vencimiento de plazo de un préstamo.

—¡Qué casualidad! Billetes y depósito de confianza, sin que todavía se sepa si Hinojosa ande realmente averiguando qué se propone Mauricio Leal, como dijiste.

—Había muchos oyéndonos, y... Y no era oportunidad de decirte que Mano Zurda echó para afuera la escena que presenció esta mañana entre Amarelis y tú. Digo, entre tú y Amarelis. Aunque el orden de los factores no altere el producto.

Rigores contrajo el ceño, y:

—¿Esas también tenemos? ¿Socarronerías junto con guataquerías?

—Billetes, *Caudillo*—repuso Rubiales descaradamente—. No de los grandes. Unos trescientos pesos. Por mí no podrás decir que ha salido caro el funcionamiento del canal siete.

Rigores sacó de su billetera el dinero que le pedía Rubiales y se lo tiró sobre el escritorio, diciéndole:

—Toma y vete... a averiguar qué le pasa a Hinojosa, que también sabe algo respecto al canal siete.

Recogió Rubiales lo que de aquel modo despectivo se le daba, se lo guardó en su billetera, donde nada había, porque eso era "estar en el erizo", y se levantó, diciendo:

—Ten en cuenta, *Caudillo,* que yo no soy propiamente un estudiante, ni siquiera tanto como tú, y que el gatillo alegre necesita aceite para funcionar.

Se llevó la diestra a la frente, a modo de saludo militar, y se retiró.

Rigores volvió a fijar su mirada en el lejano punto del espacio a través del interpuesto techo del salón del Direc-

torio del movimiento, y de todo lo que le había ocurrido ese día, significativo de puesta del sol de su fortuna, sólo esto se le aposentó en la cavilación: Amarelis emancipándose de su influencia.

Era cierto que él prefería saborear antes que apurar. Pero...

Pero alguien entraba en el despacho.

MOMENTO SENTIMENTAL

Era Juan Luis Marino. Traspuso la puerta y se detuvo por delante de ella en silencio. En el rostro pálido le fulguraban los ojos negros.

Rigores se preparó para escena violenta, porque no se le había escapado que en la rebelión de Amarelis hubiese tenido culpa quien le llevó la orden de presentársele, y díjole ásperamente:

—Antes de trasponer una puerta que esté cerrada se pregunta si se puede.

Pero sin que se produjera el derrumbamiento de timidez que esperaba de Juan Luis, por lo que de él ya se decía en el cárdex, la respuesta fue:

—Cuando se viene a lo que vengo, se hace lo que he hecho.

Rigores se puso de pie con movimiento rápido, la diestra ya dispuesta a empuñar la pistola.

Pero Juan Luis, sin moverse del sitio donde se había detenido, y con palabras de serenidad, agregó:

—Vengo a hablar con el hombre que fue objeto de mi admiración durante varios años. Vengo a cumplir un deber que me impone mi buena fe, no en plan de riña, sino, por lo contrario, de amistad. Tal como yo la entiendo.

Volvió a su asiento Rigores, casi avergonzado de la momentánea pérdida de dominio de sí mismo en que había incurrido, y dijo:

—Adelante. Siéntate. ¿De qué se trata?

—De satisfacer la necesidad de no haberme equivocado por completo. Me hace daño el tener que retirar de alguien la confianza que en él haya puesto.

—¿Luego vienes a subsanarte?—inquirió Rigores, ya sin poder sustraerse a la emoción que le habían producido aquellas palabras.

—Sí. Tengo la seguridad, quiero tener la seguridad de que no doy paso en falso, porque cuando se ha contraído compromiso con el ideal no hay desviación que pueda apartar de él definitivamente.

—Dices cosas...—repuso Rigores—. Dices cosas...

—Decirlas no cuesta trabajo cuando se cuenta con que serán bien oídas. Tú también las dijiste, en tu hora buena, en los comienzos de tu historia de luchador contra la iniquidad, y yo me las aprendí de memoria cuando las vi escritas.

Rigores bajó la cabeza y repuso:

—Momentos sentimentales. No tiene uno la culpa por completo de no poder repetir a medio camino lo que se dijo al principio.

—A medio camino queda todavía otra mitad que, doblada sobre la primera, puede hacer invisible lo que en ella hubo de equivocación, de frustración o de traición.

La última palabra reconstruyó la arrogancia de Rigores. Alzó violentamente la cabeza, miró como de arriba abajo y repuso:

—Habíamos quedado en que venías en plan de amistad.

—Tal como yo la entiendo, advertí. Probablemente estás acostumbrado a las lisonjas de tus adictos...

—Apéate de ese estilo amanerado que estás empleando, y di guataquerías, al ras del suelo, en vez de lisonjas. Un guajiro como tú...

Pero Juan Luis le quitó la palabra:

—Cuando tiene que referirse a traiciones, las llama traiciones, y yo lo he hecho.

—Y tú, ¿qué fue lo que hiciste, sino traicionarme cuando te mandé a hablar con Amarelis?

—Le hice advertir que tú traicionabas a tu madre, renegando de ella en público, seguramente porque su humildad te hacía sombra en tu ambición de celebridad.

Rigores se levantó del asiento, dio pasos de aquí para allá y, por último, volvió a ocuparlo frente a Juan Luis, que no se había movido del suyo, y después de unos momentos de resuellos profundos, de costumbre de gimnasta para recuperar respiro sosegado, dijo:

—Voy a hacerte una confesión. Es la primera vez que alguien se atreve a hablarme así sin que le brote sangre de la boca rota. Tú no eres de ninguna manera un hombre temible, y en peso puedo yo levantarte para echarte afuera como un fardo; pero si entre los que me siguen alguien me hubiera hablado así...

—Serían otros de mejor calidad humana quienes te seguirían. ¿No es eso?

—Exacto—reconoció Rigores.

Pero con brusca transición a lo que realmente ya era él, agregó:

—Ya ha pasado mucha agua bajo el puente, y aquellos momentos sentimentales pertenecen a un pasado hacia el cual no se vuelve doblando caminos en dos, como si fuesen una hoja de papel. De la confesión que te he hecho no me arrepiento, pues al formularla cumplí con el Justo Rigores que acaso pude haber sido. El que ahora te habla es una realidad inmodificable, y tú lo buscarás algún día. Por ahora déjamelo en paz. Los papeles de arrepentimiento no me agradan. Y no hablemos más.

—Bien—dijo Juan Luis, disponiéndose a retirarse—. Yo cumplí mi deber de buena fe, y no me arrepentiré de mi momento sentimental.

Rigores se quedó diciendo:

—¡Estos idealistas! Por poco no entoné la canción del arrepentimiento.

UN PROBLEMA RESUELTO

De la Universidad salió Florencia junto con Amarelis, invitándola a dar un paseo en su automóvil por la avenida del malecón y hasta las playas de Miramar. Era una tarde calurosa, sofocante, y el mar tenía un color feo, como de propósitos de temporal.

—Yo no soy amiga de preámbulos—díjole Florencia—, y estoy acostumbrada a guiarme por mis corazonadas. Tú me agradas, tú me interesas..., y tú eres una tonta de capirote.

—Es cierto—admitió Amarelis, entregándose ya a la cordialidad que se le brindaba cuando más necesitaba de ella.

—Ya me contó Juan Luis—prosiguió Florencia—lo de la pensión de las angustias, a la cual no volverás, seguramente.

—Y ¿qué hago? Por lo menos, mientras esté en La Habana. Ya le he puesto un telegrama a mi padre preguntándole...

—No, no. Nada de padre tampoco. Ya también me contó el profesor Luciente—que te estima mucho, ¿sabes?—esas otras cuitas tuyas. Yo soy rica. Perdóname la desvergüenza. Y estoy acostumbrada a hacer lo que me dé la gana. Tú te vas conmigo a casa desde esta misma noche. Mi casa es, por ahora, la de mi hermano Eugenio; pero en la calle de Neptuno, cerca de la Universidad, hay una, destinada por mi padre en su testamento para que en ella pusiera mi hermano Eugenio un albergue de estudiantes pobres o algo por el estilo. Entonces Eugenio cursaba estudios de derecho, que luego abandonó, y como ahora la universitaria soy yo, a esa casa nos llevaremos unas cuatro o cinco compañeras, bien seleccionadas, corriendo yo con todos los gastos. ¡Y no hay problema!

Amarelis se había echado a llorar, y entre sollozos preguntó:

—¿No eres tú de las que creen que yo he sido la amante de Justo Rigores?

—Te rompo la boca si vuelves a pronunciar esa palabra ofensiva para una amiga mía.

Y Amarelis, sonriendo, emocionadamente:

—Tienes una manera muy generosa de ser generosa.

—Creo que a eso lo llaman redundancia. En cambio, con Mauricio Leal, esta mañana, en el café de los estudiantes, te tragaste las palabras.

—Pero...

—Lo sé todo. Y por eso, entre otras cosas, empecé diciéndote que eres tonta de capirote. Y ya se lo dije a él: "Si hubiera sido yo la que estuviera tomándose aquella taza de café, tú no me habrías dejado llorando, sino que te habrías sentado a consolarme... Y allí estaríamos todavía tomando café."

Y después de una pausa:

—Anda, anda. Pregunta lo que ibas a preguntar.

—Pero si no he pensado preguntarte nada.

—¡Ay mujer! Ni Juan Luis Marino. ¡Qué pareja harías tú con él!

—Es un muchacho noble.

—Mira que está enamorado de mí. A menos que tú quieras cambiármelo por Mauricio. Siempre que él conviniera en cambiarse también el apellido, porque podría amanecer un día con ganas de no tolerarlo más, y me llamarían la señora desleal.

Rió Amarelis y preguntó:

—¿Has sido siempre así, o lo haces por distraerme?

—Siempre. No te preocupes. Y sigue gimoteando, si quieres. Porque a ti te pasa como al mar en este trecho de playa.

Uno pedriscoso, feo, frente al cual llegaban. Detuvo el automóvil y la invitó a bajar, diciéndole:

—Ven para que oigas.

Y en llegando a la rompiente de las olas, que no lograban remontar la empinada playa de pedrusco negro:

—Oye lo que dice el idiota mar.

Y poniendo la voz a tono quejumbroso y ronco:

—¡Qué feo estoy! ¿Quién me pondría así? Parezco de plomo, casi no puedo moverme, y estoy condenado a reventar contra esta fea playa que me aporrea las olas y me ensucia la espuma. ¡Qué idiota soy!

—Tienes razón—dijo Amarelis—. Lo que hice hoy, he podido hacerlo hace tiempo.

—¿Y qué hiciste, mujer?

—Me libré, por fin, de la influencia que sobre mí ejercía Justo Rigores. Me siento como si estuviera naciendo otra vez.

—Mira que en casa no hay cuna disponible para recién nacidos.

—Eres incorregible. Nada quieres tomarlo en serio.

—¿Y te parece poco lo en serio que has tomado tú la vida? Al cura loco que te martirizó pidiéndote pecados mortales le habría tapado yo la boca soltándole unos, que ni Mesalina. Pero ya me has dicho lo que yo quería saber, y ahora no falta sino llamar a Mauricio y anunciarle: —Chico, a tu disposición. Sin caudillo ya.

Y Amarelis, abrazándola, emocionadamente:

—No te imaginas el bien que me haces.

—De eso nada. Y a la pensión de las angustias, a rescatar tus cosas de las manos de doña Natalicia.

Y ya en camino hacia allá:

—He de advertirte que con esto no me propongo hacerte un bien, propiamente, que tengas que agradecérmelo, sino darme yo un gusto, un soberano gusto. Esta mañana les di un mitin a varias estudiantas, invitándolas a declararles guerra de aislamiento a todos los estudiantes afiliados al grupo que capitanea el *Caudillo*. Ese tipo me ha caído pesado desde el primer momento, y estoy dispuesta a

no darle paz. Las compañeras con quienes hablé te estiman mucho, y tú me serás muy útil. La consigna es: ni una mirada para los del grupo de Rigores. En cuanto a la casa de estudiantas que montaremos, ya mi hermano me ha entregado la de la calle de Neptuno, y mañana mismo nos ocuparemos en su instalación. Nos la manejará la negra Natividad, que fue mi manejadora cuando niña, y que es toda una señora. Allí me daré el gusto de volver a ser *Drum Majorette,* como en los desfiles de mi escuela de Miami. ¡Clarines y tambores por detrás de mí!... Por consiguiente, nada de agradecimiento.

Duro fue para Amarelis entrar en la Casa del Bosque al arrimo de la Muñeca Azcárate; pero Raquel la acogió con delicadeza, Rogelio Luciente hizo luego encendido elogio de ella y Eugenio se esmeró en hacerle gratos los momentos de la mesa.

Y al entregarse al sueño, a su espíritu había vuelto el sosiego, como cuando se vio libre de la tortura del confesor insensato.

SU MEJOR SENTIMIENTO

En el recogijo de la novatada hizo crisis la tensión de los ánimos; pero ninguno sacó del escarnio tanto provecho como Juan Luis Marino.

Entre los motivos de sus vacilaciones para abrazar la carrera estudiantil que lo llevase a la Universidad, quizá el más poderoso había sido el temor del ridículo a que, conforme a la costumbre, lo expondrían al ingresar en ella; pero se dejó rapar la cabeza, pintarrajear la cara y voltear de revés la ropa, si no regocijadamente como algunos otros novatos, con verdadero estoicismo. Y de la prueba de las burlas salió con la seguridad de que nunca más lo detendría en ningún camino el miedo al ridículo.

Le quedaba grotesca la cabeza rapada, y Florencia no

se contuvo la risa que le provocó; pero él la soportó sin encabritamientos de susceptibilidad.

—Bueno—dijo ella cuando se cansó de reir—. No es que ya no fueras bastante feo, aunque te lo disimulaban un poco los entre crespos y lacios cabellos.

—¿Como algo de negro entre lo indio?

—¡Umjú! Entre lo demás, de menos oscuro color.

El sonrió con el provecho sacado de la prueba, y replicó:

—Lástima que a ti también no te hayan sometido a la novatada, pues sin esa cabellera que es tu corona de reina...

—¿Qué quedaría? No te lo calles.

—La reina siempre.

Y hasta para esto le fue de provecho aquello, pues lo dijo sin titubeos de timidez. Y fue ella quien se ruborizó y por salir de ahogos propuso:

—A estudiar, a estudiar. Que no hay tiempo para galanteos. Ven para enseñarte la lección.

Y comenzó la trabajosa marcha por las empinadas cuestas del álgebra superior, en el jardín de los Enamorados, a la caída de las tardes, en otros bancos los idilios.

Era evidente que no se habían hecho las matemáticas para Florencia, y en los primeros tropiezos Juan Luis le dijo:

—Pero si no tienes disposición para esto, ¿por qué te empeñas? Si buscas el adorno de un título universitario, encima de los que ya te da...

—¡Para, para, Cocoliso! Déjame quieta a la reina con su corona y todo.

—No iba a mencionar eso—replicó él, no muy a gusto por el apodo que ella le daba a causa de su cabeza rapada—. El adorno a que me refería es el de tu riqueza, que no te obliga a procurarte profesión lucrativa.

—¿Quién sabe? Mañana la doy por casarme con un tarambana, jugador y mujeriego, por ejemplo, que me tire

todo el dinero, y... ¡Y a ganarse la vida la reina, con corona y todo!

Contrajo el ceño Juan Luis, y repuso:

—La filosofía es adorno que te quedaría bien. Allí está Amarelis, que podría ayudarte..., y en esos campos se mueve también el profesor Luciente.

—¿Por qué lo mencionas? Anda, dímelo. ¿Por qué lo nombras, Cocoliso?

Y, cosa extraña, ya no le desagradaba a Juan Luis el apodo. Se quedó mirándola en silencio, y ella prosiguió:

—¿Es que te resulta pesado ayudarme a comprender esta endiablada ciencia?

—¿Pesado?...

Deliciosa fatiga le causaba ayudarla a remontar aquellas cuestas. El problema obligaba a acercarse mucho para seguir paso a paso el desarrollo, fina y menuda la letra sobre el papel, y cuando no era el golpe de viento con los cabellos de ella contra su rostro, era el profundo respiro dándole a tomar aliento tibio y oloroso. Aire que le comunicaba intimidad de ella, pero sin despertarle sensualidad propiamente. De los abrigos de la timidez él sacaba a las primeras audacias amorosas corazón puro.

Por su parte, Florencia se abandonaba a una emoción de sí misma en la que casi no había vanidad. Se sentía objeto de contemplación romántica y se complacía en preguntarse cómo se la vería a ella desde Juan Luis Marino; mas no por la distancia que en lo económico y en lo social los separaba, sino por lo que ya sabía—por su experiencia de la infancia, desde el llano la mirada, días enteros, hacia la colina del canto y la risa y luego de oídas al profesor Luciente—de la buena calidad contemplativa de aquel joven. Por su educación, ella sabía estar entre varones sin que lo femenino se le convirtiese en amor, y aunque ya no le agradaba que la llamasen Muñeca, tal costumbre le había dejado gusto de ser contemplada.

Pero había algo de la voluntariosa también. Sus hermanos—no sólo Eugenio—deseaban verla casada con Rogelio Luciente, y ya esto bastaba para que a ella no le interesase el profesor. Hablando de esto, le había dicho Amarelis:

—Es un hombre admirable y amable.

—Sí. Pero incompleto.

—¡Cómo! ¿Qué le falta?

—No ser—repúsole—. Porque le sobra ser.

Esto parecía lenguaje filosófico, quizá aprendido ya en las conversaciones con Amarelis; pero en realidad contenía una afirmación de carácter.

—Yo necesito construirme yo misma mi objeto de contemplación—añadió—. Como cuando jugaba a las muñecas, que nunca me gustaron las que me compraban en las tiendas, y por lindas que fueran, las tiraba a un lado para cargar en mis brazos y comérmelo a besos un ladrillo, medio envuelto en un pedazo de tela cualquiera. Mi muñeca mía, que un día tenía negros los ojos y otros azules, según me amanecieran las ganas.

—No digas tonterías—repúsole Amarelis—. No te creo capaz de enamorarte de un hombre sin personalidad.

—Te equivocas si crees que mi novio no la tenga.

—¿A quién te refieres? ¿A Juan Luis?

—Sí. Pero que no es el Juan Luis que tú conoces. ¿Te has fijado en la horrible cabeza que le dejó la novatada? Pues bien: Cocoliso tiene una cabellera hermosísima.

—Cuidado, Florencia. Mira que con el amor no se juega. Yo estimo mucho a Juan Luis; pero tal vez no sea el hombre que te convenga.

—Pero ¿quién ha hablado de amor?

—¿Generosidad entonces? Peor todavía.

—No. Egoísmo puro. Pero no hablemos de mí. ¿Cómo van tus cosas con Mauricio?

—Bien. Ayer se me acercó.

—¡Y te lo tenías guardado, mujer! ¿Qué te dijo? Cuéntame.

—¿Qué te ha dicho a ti Juan Luis?

—Nada todavía. Bueno. Sí. Me dijo reina.

—¡Huy!

—¡Qué! ¿Te parece cursi?

—No. Pero...

—Anda. Confiésalo. Cursilerismo, ¿verdad? Ese día le amanecieron los ojos azules...

Era como si ya se hubiese disipado por completo dentro de la Universidad aquel ambiente de pasiones y preocupaciones provenientes de la lucha política, debido, por una parte, a la consigna del avestruz en el grupo de Justo Rigores, y en el campo contrario, a la prudente disposición de Mauricio Leal de no provocar choques que perturbasen la línea de conducta reivindicativa del espíritu genuinamente universitario, no sólo en el cuidado de la dignidad de la institución, sino también en el de conservar y depurar la influencia del estudiantado en el orden político y social como fuerza moralizadora proyectada hacia las esperanzas populares.

A Justo Rigores no se le escapaba que ya se había iniciado la decadencia de lo que él llamaba "el movimiento", sin calificativos ideológicos y que sólo había llegado a sus manos por efectos de inercia, conjuntamente con los compromisos contraídos con los personeros de la corrupción política y con elementos del pistolerismo profesional, para cuya buena paga hubo dinero distraído de rectas aplicaciones administrativas. Ya se le retiraba, y así no podría sobrevivir su caudillismo. Por lo demás, él mismo no era sino la creación de esa decadencia, ya en los últimos trechos del sendero desprendido del camino recto, y aun cuando todavía fuese oportuno rectificar, no podía escapársele que él no era bueno para andadura derecha. Fingía haberse quitado por completo de aquella actividad, sólo dedicado a los estudios del último año de su carrera; pero no perdía de vista las posibilida-

des de recuperación de su predominio dentro de la Universidad mientras en ella estuviese, y luego desde el ejercicio profesional.

Y en Juan Luis Marino estaban puestas, de una manera especial, sus esperanzas.

Un día, haciéndose el encontradizo con él, sin detenerse le deslizó al oído:

—Y después dicen que los idealistas son bobos.

Juan Luis se revolvió y se le emparejó, preguntándole:

—¿A qué te has referido?

—A tus amores con la Muñeca Azcárate. Esa está metida contigo cantidad. ¿Sabes? No te la dejes quitar. A ti te consta que esa fortuna se la han amasado a los Azcárates sus colonos y sus mayordomos.

—Uno de ellos mi padre, ¿verdad?

—Que no en balde ha engendrado un hijo revolucionario. Yo no te aconsejo afiliarte al comunismo, porque es indudable que simpatizas con la burguesía; pero con buen dinero disponible es mucho lo que se puede hacer desde arriba hacia abajo.

—Me parece que estás entrometiéndote quizá demasiado en mi fuero interno—repuso Juan Luis.

Pero Rigores le replicó:

—Tal vez tanto como tú en el mío cuando me aconsejaste doblar la hoja del camino para que una mitad no dejase ver lo que se había hecho en la otra... Pero conste que yo no te censuro tus acercamientos a Florencia Azcárate. Yo haría lo mismo si me resignara a que las mujeres me ayudaran a llevar a cabo mis empresas.

Y ya tuvo Juan Luis motivo suficiente para que le resultara pesado ayudar a Florencia a remontar las cuestas de su incomprensión de las matemáticas.

Insistió en aconsejarle que desistiera de ellas:

—Cada día me convenzo más de que tu bonito talento no puede con esto. Si quieres añadirle al dorso de tu riqueza

y de tu alto rango social el de un título universitario, dedícate a optarlo en Filosofía y Letras. Allí...

—Sí, sí—repuso ella, no dejándolo continuar—. Allí está Amarelis, que puede ayudarme.

—Pero ahora quiero decirte muy especialmente: allí está el profesor Luciente. Ya emparentado con tu familia.

Ella lo miró de soslayo, y luego repuso:

—Ya es tarde para matricularme en Filosofía y Letras.

—Quizá no. Pues seguramente puede obviarte las dificultades el mismo profesor Luciente.

Volvió a mirarlo de soslayo, y al cabo de un rato de silencio, él agregó:

—El mejor sentimiento de mi vida, sin duda alguna, es el de mi admiración por el profesor Luciente. Por lo que él es en sí y por el modo como se comportó conmigo cuando fui su discípulo en el Instituto. Le debo la confianza en mí que he logrado construirme.

—Que, por cierto, no es mucha todavía.

—Pero ya bastante para que el agradecimiento me obligue a evitar que algo de egoísmo y de amargura me dañe la lealtad para con él. Y lo cierto es que ya eso ha comenzado a suceder.

Florencia guardó silencio. Luego cerró el libro que tenía en las manos y dijo:

—Bien. No más ayuda. Veré si yo sola puedo.

EL TRAGICO ENCARGO

I

ZAFRA

Por enero, cuando madura la caña, empieza a elevarse sobre el campo cubano el humo de las chimeneas de los ingenios en tiempos de zafra. Tiempo de la esperanza, con algo de azariento, sembrada en el cañaveral.

En la Provincia de Oriente, a no mucha distancia de Santiago de Cuba—caliente reserva de cubanidad—, traspuesta la Sierra Maestra por el puerto de Boniato, donde acaricia el aire fresco de las alturas, estaba situado el ingenio *Los Azcárates*.

Algo más de trescientas caballerías de tierra alimentadora de buena caña. Ni el coloso—como por allí se designa la gran plantación latifundista donde el capital dominante en la industria, norteamericano en su mayor parte, extrae la más grande porción de la riqueza azucarera—ni el cachimbo, como se denomina al pequeño ingenio, de escasa producción. Alrededor de cuatrocientos mil sacos en la zafra normal.

Ondulada y empinada tierra, donde el palmar cubano, gracia y majestad del tierno paisaje de la isla cordial y risueña, tiene que remontarse a cumbres para conservar su elegante señorío y hasta con la escarpa del monte se atreve. En el cangilón boscoso le da el búcaro al café sombra de flores que parecen fuego, y entre el verde del apretado cañaveral en la llanada, a las guardarrayas les pone setos vi-

vos, con delicado adorno, el piñón florido. En los copudos mangos, la dorada flor prepara la sabrosa fruta; recuerda la guásima su oficio justiciero en las guerras por la independencia; aísla del matorral la ceiba señera su orgullo de árbol sagrado en la mitología del alma negra; cuida su verdor perenne el laurel frondoso, y si del algarrobo y del tamarindo se apodera el curujey, aprovechador de descuidada vejez, entre sus ramas se posan, y con alegría de incansable juventud, al melancólico arrullo de la tojosa, le responden el sinsonte, el senserenicio, el chocholí.

Ya había terminado la tierra su silenciosa elaboración de la dulzura de la caña, y llegaba la ruidosa hora del hierro del *tandem* que debía exprimírsela y del fuego cocinador en los tachos.

Volvió el brazo jornalero que en el tiempo muerto regresaba del ingenio a la diversa ocupación, y comenzaron a poblarse los compartimientos del vasto y viejo barracón del batey, donde un tiempo vivieron y moraron esclavos.

—A ver, tú: ¿cómo te llamas?

—¡Ah caramba, don Alfonso! Si yo tengo más años tumbando caña en este ingenio que usté endulzando su café con el azuca della.

—¡Es verdad! Pero con haber dicho que eres Soledad Reynoso habría sido suficiente. Que, por cierto, ese nombre de mujer...

—Ya lo ha pasiao bastante por esta tierra un hombre completo. Entre otros Soledades y Encarnaciones y Matirdes que por ahí andan con pantalones bien puestos. Gustos del negro.

Complacíase Alfonso Azcárate en buscarle la lengua a aquel negro, confianzudo sin dejar de ser respetuoso.

—Ya no puedes con los curujeyes de la vejez encima, y todavía eres lenguaraz y faramallero.

—¡Hum! No miente curujeyes, don Alfonso, que ya a usté también se le comienzan a mirá encima, y anóteme en

su lista de cortadores mal pagados... Este que digo... ¡Je, je, je!... Este don Alfonso, y que olvidándose de Soledad Reynoso... Coltadol de oficio y beneficio..., vamos a decí. Polque cuando no es caña en el ingenio, con la mocha en la mano, afilaíta la condená, pa que no haiga cepa que se le resista, es con la tijera contra las tumusas de negros como usté... me mira que lo soy, echándomelas de barbero por esos montes, en el tiempo muerto.

—Bueno, Soledad Reynoso. Procuraré que no se me olvide tu nombre el año que viene.

—Si Dios quiere, don Alfonso. Que ya bastante nos ha aguantao sobre esta tierra a usté y a mí. Usté mandando, pol supuesto.

Y luego, en el corte del cañaveral, entre otros negros tan lenguaraces como él, machete en mano:

—¡Ah, Cosmito!

—¿Mito? Aguáitame el tamaño, que te llevo dos cuartas.

—¡Virgen de la Caridá del Cobre! ¡Qué hombre tan grande y coltando caña entuavía! Yo con ese tamaño...

—Estarías creciendo tuavía, pa podéteme igualá en los otros menesteres de hombre.

Y la risa negra, risa, risa. Blancos los dientes.

—Escuche el juapi juapi, don Alfonso, de esta carga de mochas que le estamos dando a este cañaveral. Ni suya es ya esta caña.

Las carretas, tiradas por bueyes, atestadas de caña, camino de las romanas, para las pesadas de acuerdo con las cuales los colonos les pagaban a sus cortadores y los camiones que de allí conducían la caña a la báscula del ingenio.

Dentro del alto y vasto edificio donde funcionaban las maquinarias y aparatos empleados en la elaboración del producto, armazón de hierro revestida y techada de planchas de cinc recién pintadas de rojo, ya estaba el personal distribuído en los sitios correspondientes, esperando la orden

de comienzo del trabajo que daría Alfonso Azcárate, quien, rodeado de sus hermanos por delante del *tandem*, reloj en mano, esperaba la hora puntual de rompimiento de molienda.

No tenía Alfonso Azcárate problemas de trabajo con la gente que le servía, igualmente bien tratados desde el cortador de caña hasta el maestro de azúcar, y todos compartían la emocionada expectativa.

—¿Listo, maquinista?

—Listo, don Alfonso.

Y sobre el alto techo del ingenio un alarido vibrante de sirena anuncia:

—¡Rompió la zafra en *Los Azcárates!*

Comienza a funcionar el sistema de molienda del *tandem*, y estalla la risa del personal, ante el espectáculo del pánico entre los ratones y alimañas que allí se habían instalado y reproducido durante el tiempo muerto de maquinaria en reposo. Vuelcan los camiones su carga al basculador, en cuyo fondo ya se mueve la estera metálica que conducirá la caña a la cuchilla, que la cortará en trozos, y por delante de la cual gira "el gallego" que la empareja y la enfila. Y viéndolo funcionar, dice Alfonso:

—El gallego. El único obrero que no mete pleito por leyes de trabajo mal cumplidas... Como no los metía, tampoco, el gallego de carne y hueso que hacía ese trabajo en los viejos tiempos, por no haber entonces leyes que lo protegieran.

Entra la caña entre las mazas que la trituran y la exprimen, y por el canal comienza a correr el turbio jugo hacia su claro y dulce destino de azúcar.

Bosque de hierro trepidante, maraña intrincada de escalerillas, tubería de bombas, barras, cables de acero. Grandes ruedas dentadas, movidas por calderas de vapor dentro de las cuales zumba el fuego, mediante los piñones en que engranan, les transmiten a los molinos el movimiento regu-

lado por las voladoras, y en lo que ya es bagazo, de olor agrio por el maltrato sufrido por la dulzura, la maceradora vierte jugo que ayude a exprimir el que allí quede todavía.

—¡Ah, don Alfonso!—dícele el obrero que vigila el funcionamiento del *tandem,* confianzudo sin dejar de ser respetuoso, como buen hijo de Soledad Reynoso—. ¡Qué buena es la maceradora! ¿Verdá? Cómo le devuelve al pobre bagazo su poquito de jugo, siquiera.

—Ya sé lo que viene después de eso—le contesta Alfonso—. La comparación con la comida que se le deja ganar al obrero, para poder exprimirle todo el jugo. ¿No es eso?

—Usté que lo dice.

Ya huele a dulce cerca del tanque donde se recoge y se calienta el guarapo. De ahí al clarificador para que se decante la cachaza, luego al pre-evaporador, donde comience a condensarse y luego al "cuádrupe", de donde saldrá más espeso para los tanques de meladura, de los cuales pasará a los tachos donde se inicia la cristalización.

Ya lo espera allá el maestro de azúcar que vigilará el proceso de la "templa". Y, finalmente, unas veinte horas después de la entrada de la caña en los molinos, a la centrífuga, de donde saldrá azúcar morena. Un silbato anunciará que se va a "botar una templa" para que el "purgador" —el obrero que atiende a la centrífuga—se disponga a recibirla.

Ciento cincuenta días de trabajo continuo convertirían el apretado verdor de los cañaverales de *Los Azcárates* en cuatrocientos mil sacos de azúcar morena dentro del amplio depósito del ingenio.

Pero materia prima para la industria de refinería de los Estados Unidos. Alfonso Azcárate soñaba con verla salir de las manos laboriosas de su gente cubana, blanca, cristalina. cubana por completo.

La apertura de zafra siempre la presenciaban los Azcá-

rate con regocijo familiar y allí estaban todos—menos Dionisio—esperando la señal de que se iba a "botar la primera templa" para celebrar el anual acontecimiento con copas de champán. El año había sido bueno para la cosecha de las esperanzas; robusta la caña en el apretado cañaveral, en buena sazón de dulzura la promesa de azúcar.

Pero con el alzamiento de las copas coincidió una llamada telefónica que perturbaría el regocijo familiar. Fue a atenderla Alfonso y al cabo de un rato regresó con aire de contrariedad.

—¿Qué pasa?—le preguntó Eugenio.

—Dionisio que ha hecho una de las suyas. Ya me lo temía.

II

CONSEJO DE SANTERA

No fueron celos—se había dicho Juan Luis—. ¿Por qué podrían serlo? Florencia Azcárate no era sino su compañera de estudio, agradable y beneficiosa para él la ayuda que le prestaba, pues explicándole una y otra vez el modo de resolver el problema difícil a él se le grababa mejor. Casi un ejercicio de egoísmo.

Por otra parte, cómo podía él abandonarse a la mala pasión de los celos tratándose del profesor Luciente, a quien admiraba y le agradecía la generosidad con que siempre lo había tratado y respecto al cual tenía que agradarle todo lo que fuese buen acontecimiento, como sin duda lo sería el tomar esposa en mujer de las condiciones de Florencia Azcárate, a cuya familia ya estaba ligada la suya.

—No fue, tampoco—decíaselo, insistentemente—, efecto de las palabras pérfidas de Justo Rigores, respecto a hombres que se busquen solución de su problema económico

enamorándose de mujeres ricas; aunque sí del haberle echado en cara el que un hijo del guajiro Juan Marino, engendrado para revolucionario, traicionase a su clase aspirando a la mano de una burguesa rica, pues para ninguna otra cosa que mereciese la pena podía haber nacido él sino para que luchase contra la injusticia social que tenía dividido al mundo entre Azcárates y...

—Entre Dionisios y Clorindas.

Y por haberla mencionado decidió ir a visitarla.

Toda la confianza en sí mismo que había logrado construirse se le derrumbaba ya en las complacencias del despecho.

—¿No es acaso Clorinda una criatura de infortunio —preguntábase—en quien podrían estar mejor puestos mis ojos, sin amarguras de inferioridad, que en la voluntariosa Florencia Azcárate, de quien el amor no puede venirme sino por gana de ella de jugar con la suerte, la propia y la ajena, la suya y la mía?

Y al expresarlo así, con cierto cuidado de estilo literario, el despecho le parecía sentimiento digno de complacerse en él.

No la encontró en la casa de inquilinato donde la había visto hacía unos meses y como le dijeron que estaba haciéndose el "asiento de santo" de que ya le había hablado, fue a buscarla en la casa de la santera Magdalena donde aquella noche la dejó.

—No está—díjole la dueña—. Recibe santo en el *ilé ocha* del babalao Rufino Porta. En la casa de él, allá entre Regla y Guanabacoa. Pero no pierda su tiempo yendo a verla hoy, que está en el primer día. Déjelo pa mañana, día del medio, ella en el pilón, como la que usté miró aquí aquella noche. Que por cierto, ya me han contado los que esta mañana estuvieron allá, presenciando la letura del polvenir de Clorinda, que en las letras della ha aparecido visita a un presidio. ¿Recuerda usté lo que ella le dijo aquí en casa

aquella noche, cuando volvió de su... ataque, como dicen ustedes los que no creen?

—Sí—respondió Juan Luis—. Que por lo visto aquella sospecha se le ha convertido en idea recurrente. Es decir: en obsesión.

—Dígalo usted a su modo, que nosotros le damos otro nombre.

Y como ya le parecía tener cliente por delante, agregó:

—Anuncio o alveltencia fue aquella visión. Pero eso no se puede poné en claro sino haciéndose un registro. Que usté tiene un ndiambo—una dificultá con otro hombre—eso se le ve por encima. No es que yo le proponga que se haga ese registro conmigo, pero como Clorinda me habló mucho de lo buena persona que es usté, sin ser de nuestra religión, no sería malo que se lo hiciera con el babalao, si hasta allá se acerca. Aunque me parece difícil que él pueda hacérselo esta noche. Anuncio, no tiene remedio; pero alveltencia, de algo sirve siempre.

—Esta noche no podré someterme a esa experiencia—dijo Juan Luis—. Pero volveré por aquí.

Y se retiró.

Nunca se había descubierto inclinación de asomarse al mundo negro de la santería, pero entre las complacencias del despecho se le deslizó el recuerdo de aquellas palabras de Florencia a propósito de lo ensortijado de sus cabellos y entregándose a todo lo que le fortaleciese su fundamental complejo de inferioridad se dijo:

—Nada tiene de extraño que algo de los ríos de sangre negra que se derramaron sobre esta tierra en los tiempos de la esclavitud corra por mis venas y siendo así, por qué no someterse a la práctica de la superstición africana que se me aconseja.

En su mejor sentimiento, la admiración afectuosa que le había inspirado el profesor Luciente, ya había algo de riva-

lidad que podía convertirse en odio. Y la santera se lo había descubierto:

—Usté tiene un ndiambo.

Y una palabra de santería que le era conocida se le vino a la mente:

—Olokún. Agua negra de mar profundo.

Parecía una invitación a suicidio...

ASIENTO DE SANTERÍA

De la tierra yoruba, en la Nigeria africana, provino la santería lucumí trasplantada a Cuba y en ella era pontífice de gran fama el babalao Rufino Porta. Un negro viejo, alto, flaco, de pocas palabras, que en su juventud fue belicoso y temible, hijo de Changó, divinidad poderosa, a la que corresponde, en el encubrimiento católico, Santa Bárbara, la guerrera.

Estaba situada su casa—templo a la vez—entre Regla y Guanabacoa, en un pequeño campo en medio del cual se alzaba una frondosa ceiba señera, árbol sagrado con el cual hablaba el babalao, abrazado a su tronco, en sus comunicaciones con la divinidad. Una casa corriente, de campesino pobre, pero en la cual había un cuarto secreto, destinado a los ritos, el *igbodú*.

Allí, en los estantes del "canastillero", estaban colocados los dioses lucumíes, por categorías: la sopera blanca, cubierta con collares de abalorios del mismo color, y dentro de ella, sumergida en agua, la piedra de Obatalá; la sopera amarilla que contenía la piedra de Ochún, diosa del amor y de los manantiales, cubierta con collares del mismo color y pulseras de cobre, recuerdo del abalorio con que se compraban los esclavos, especie de Venus Afrodita, diosa de la sensualidad, protectora del vientre y del sexo; la piedra de Yemayá, diosa del mar y de la fecundidad, sumergida en agua salada dentro de una sopera azul, color correspon-

diente a uno de los "caminos" por donde se presenta la diosa, agua negra de mar profundo si el "camino" es Olokún, el temible. Y junto al canastillero, en sitio especial, la piedra de Changó, rojo el color del recipiente que la contenía y de los collares que lo cubrían y adornaban... El panteón lucumí, en piedras de idolatría rudimentaria, a las cuales correspondían, por encubrimiento de intención ya olvidada, imágenes de culto católico.

Ya había comenzado la iniciación de Clorinda. Recibir santo y de manos del babalao, exigía disponer de buena cantidad de dinero, para lo cual no alcanzaban los ahorros de la rumbera venida a menos; pero ella acudió a Dionisio Azcárate y él se mostró espléndido.

Primero fue la consulta del babalao sobre qué santo le correspondería. Descalzo, sentado sobre una estera, con las piernas abiertas y en la cabeza un gorro alto de tela almidonada, el babalao hizo la consulta mediante el collar de Ifá —ocho cáscaras de nuez de mango, abiertas por la mitad y enlazadas con una cadena—, echándolo al suelo varias veces, mientras murmuraba en lengua lucumí unas palabras de conjuro. Del modo como cayeron las cáscaras del okpelé dedujo el oficiante cuál era el dios—el oricha—que debía recibir la iniciada.

—Tú tienes que recibir Ochún—díjole.

La madrina—aquella en cuyo día del medio de la iniciación en santería visitaron Juan Luis y Clorinda y a quien le correspondía presentarla en la cofradía y acompañarla— le echó encima una sábana blanca, a manera de sudario en simulación de su muerte en el mundo de los profanos y así la condujeron ante la puerta del igbodu, recinto secreto destinado a los ritos y dentro del cual estaba el babalao.

—¿Quién es?—preguntó éste, al toque de llamada.

—Una aleya que quiere hacer santo—respondió la *yubona*, la madrina.

—¿Qué santo?

Haciendo como se le había explicado, Clorinda pronunció los nombres de varios de ellos:

—Changó, Obatalá, Yeguá, Yemayá...

Y por último el del "santo" que recibiría, como ya se le había dicho:

—Ochún.

Le temblaban las piernas, se le iba el mundo del pensamiento, se le escapaba la noción de sí misma, ya en los umbrales del trance, porque sabía que lo que ocurre en el día del Itá, el primero de los tres de la iniciación, escapa a la conciencia del iniciado y ningún recuerdo deja en la memoria y a ello se preparaba su ánimo sugestionable.

La desnudaron, le raparon la cabeza—sobre la cual luego se le pintarían círculos concéntricos, del color amarillo correspondiente a Ochún—, le dieron baño lustral con una infusión de hierbas, mientras le tenían los ojos cubiertos con una venda, todo acompañado con la invocación del Oru en canto llano, larga y monótona letanía obsesionante, al cabo de la cual se pronunciaba el nombre de Ochún...

Ya se hundía en los limbos de la ausencia precursora de las convulsiones y la madrina murmuró:

—Le sube el santo.

Y luego mientras ella se estremecía y se retorcía como en espasmos de sensualidad:

—Le da bien el santo. ¡Qué Ochún más bueno!

Afuera sólo se oía un murmullo; pero como también los gemidos de la iniciada, entre la numerosa concurrencia de iyálochas y babalochas que había en torno a la casa, también se comentaba:

—Le da bien el santo.

Oscurecía ya cuando llegó Juan Luis, manifestando deseo de ver a Clorinda.

—Eso no está permitido en el día de hoy—dijéronle—. Pero ahí se asoma el babalao, ande y hable con él.

Se limitó el de las pocas palabras a mover negativamente la cabeza; pero luego se decidió a hablarle:

—¡Umjú! ¿Conque usté es Juan Luis?

—Juan Luis Marino. Sí.

Y fingiéndose crédulo, agregó:

—¿Es cierto que en las letras de Clorinda ha aparecido ella visitando un presidio en su porvenir?

—Usté no es de la religión—repuso el babalao—, y a su pregunta no debiera yo responderle, pero de algo pué servile sabé que usté es la persona por delante de la cual figura se ven sombras de rejas de prisión.

Dicho lo cual volvió a entrar en la casa, cuya puerta cerró al trasponerla.

Juan Luis se retiró, diciéndose mentalmente:

—Una idea recurrente. Ya Clorinda, en sus cabales, tuvo una repentina sospecha de que yo hubiera cometido un crimen. Nada tiene de extraño que así me mire cuando le sube el santo, como dicen éstos...

¡Clorinda!... La invitación al amor en la atormentada adolescencia. La timidez que no le permitió dar los pasos que lo separaban de ella. Y una tarde, Dionisio Azcárate deteniéndose por delante de ella, acercándosele en seguida, arrebatándosela ya... ¡Dionisio Azcárate! La arrogancia del buen mozo con la insolencia de la riqueza... Se la llevó, la abandonó pronto, entregándosela al cabaret y a las calles de hacer la vida... ¿No tenía dinero suficiente para evitar que Clorinda fuese una criatura de infortunio, caída ya en los abismos de la santería?

Decidió ir a encarársele.

UNA MÁS

Ya no podría echarle en cara Justo Rigores traiciones a su clase por propósitos de deslizarse dentro del mundo de los Azcárates, al abrigo del amor de Florencia.

Iba dispuesto a echarle en cara, enérgicamente, al seductor de Clorinda la inhumanidad del desamparo en que la había dejado, cuando le sobraba dinero, con una pequeña parte del cual habría podido remediar aquel infortunio y así llegó a la Casa de la Muñeca, donde residía Dionisio Azcárate, ya noche oscura.

—El caballero no está aquí—le dijo el negro sirviente de Dionisio, al abrirle la puerta.

—¿Dónde podré encontrarlo?

—No te lo digo, Juan Luí. No te lo digo.

—¿Por qué no?

—Polque tú trae la sombra en la cara. Y eso es una bobera tuya, Juan Luí. Permíteme que te diga que las mujeres son también personas, que puén disponé d'ellas mismas como mejor les parezca. Yo me doy cuenta de lo que eso tiene que significá pa ti; pero con la pelea que vienes buscando no vas a remediá ná, sino a empiorá más bien.

—¿Sabes que Clorinda ha tenido que meterse a la santería?—repúsole, creyendo que a ella se refería.

—Sí. Ya lo escuché decí. Pa hacerse un vivío, polque ya la rumba no la ayudaba. Mañana es su día del medio y mucha gente de por aquí se prepara pa visitarla y rendile su pleitesía.

Y en esto se oyó dentro de la casa risa de mujer. Una manera de reir que no le era desconocida a Juan Luis.

—¿Quién está ahí?—preguntó.

Y el negro, disponiéndose a cerrar la puerta:

—Ella, Juan Luí. Yo no hubiera querío decítelo.

—¿Clorinda? ¿Cómo es posible?

—No... ¡Ah! No, Juan Luí: una más. Y peldóname que no puea seguí atendiéndote. Ya te dije que el caballero no está aquí.

Y cerró la puerta.

No lejos de allí estaba la pequeña granja que Juan Marino se había comprado con sus ahorros de cuando mayor-

domo de *Los Azcárates* y hacia allá se encaminó Juan Luis. que no veía a sus padres hacía algunos días, pues residía en una pensión de estudiantes cerca de la Universidad de La Habana.

La noche de enero estaba exhibiendo en el aire transparente todas sus estrellas y no necesitaba Juan Luis de mejor iluminación para ver por donde iba el camino, atravesando prados sobre los cuales volaban cocuyos; de la tierra se desprendía un olor de fecundidad que le era familiar y siempre le había sido grato al caminante de aquellos senderos. Pero éstos se le perdían de pronto, como caminos extraños y hostiles y en el olfato hipersensibilizado la hierba tierna olía a podredumbre. Y la misma gallardía con que se alzaban las palmas reales, en cuya nocturna ocupación —puliendo estrellas al suave movimiento contra el cielo— tanto se había complacido el contemplador de alturas, ahora no le parecían sino actitudes de asechanza.

—Una más...

Y apresuraba el paso.

Le salió al encuentro la menor de sus hermanas, Clotilde, con estrago de llanto en los ojos y ya no le quedaron dudas: de Eumelia era aquella risa.

Salió la madre, lo abrazó gimiendo:

—¿Qué te parece, Juan Luis? ¡Hacernos eso el caballero Dionisio! ¡Pagarle así a tu padre la lialtá con que él siempre les ha servido a los Azcárate!

Pero él se limitó a preguntar:

—¿Cuándo fue eso?

—Anoche. No amaneció en casa. A medianoche yo escuché pasá el caballo, pero no se me ocurrió que el caballero...

—Hazme el favor de no emplear más esa palabra para mencionar a Dionisio Azcárate...

—Tu padre no ha querido que te mandáramos aviso.

—¿Y él, dónde está?

—En su cuarto. En su cama. Acaba de darle una cosa rara al oir que tú llegabas.

Estaba tendido en la cama el recio guajiro, hizo esfuerzos por hablar y no articuló sino sonidos ininteligibles. La mitad del rostro, la mitad derecha de todo el vigoroso cuerpo ya no tenía movimiento; pero en los ojos, fijos en Juan Luis, había una expresión suplicante.

Y Juan Luis se dio cuenta de que a él se le había aridedecido el corazón, que no acertaba a pronunciar la palabra afectuosa.

Juan Marino no había sido nunca efusivo en sus afectos, ni con la mujer ni con los hijos; pero todos sabían que en los momentos de la acción correspondiente se podía contar con el suyo. Juan Luis, ciertamente, siempre había echado de menos una comunicación más íntima con su padre, de quien no recordaba que alguna vez le hubiese dicho:

—Ven acá, hijo, vamos a conversar un poco.

Pero si de esa falta de compenetración con intimidad recia, por dura que fuese, le provenía mucho de la timidez que lo había atormentado siempre, ahora en aquella insensibilidad ante el sufrimiento paterno había algo de otra naturaleza: una instintiva necesidad de defenderse contra toda inclinación a ternura.

—Es necesario que lo vea un médico—dijo, secamente—. Voy a buscarlo.

Y como al retirarse de la cama se vio en un espejo de turbio cristal que allí había, maquinalmente se acercó a él, a buscarse en el rostro las sombras de barrotes de prisión que le había visto Clorinda en sus trances.

LA TREMENDA SEGURIDAD

Del examen médico resultó lo que ya suponía Juan Luis.

—Hemiplejia. Tensión arterial alta, una fuerte conmoción emotiva, hemorragia cerebral, compresión de los centros

nerviosos... Y muy pocas posibilidades de reabsorción que permita regreso, siquiera parcial, de la motilidad perdida. Hacerle lo que he indicado... Y acariciar la esperanza de que esto sea pasajero.

—Aguárdeme, doctor. Lo acompañaré hasta su casa.

Y volvió al cuarto del enfermo.

Juan Marino le hizo seña de que se le acercara, con el índice de la mano obediente y cogiéndose luego con ella la diestra que ya no le pertenecía, mediante ademanes y entre balbuceos le hizo entender:

—La mano con que te pegué.

Comprendió y dándole palmadas afectuosas repuso:

—Prohibido pensar en nada desagradable. Voy a acompañar al médico y a buscar los medicamentos indicados por él.

Abrió unas gavetas, encontró por fin lo que en ellas buscaba, se lo metió en uno de los bolsillos traseros de los pantalones y volvió a salir.

Hizo lo que había dicho, pero antes de regresar a su casa se dirigió hacia la de la Muñeca Azcárate. Y al negro que le abrió la puerta:

—Dígale a su... caballero que aquí está Juan Luis Marino.

—El caballero no está, Juan Luí.

Se lo quitó de por delante y penetró en la casa, mientras el negro lo seguía, diciéndole:

—No está, Juan Luí. Se jueron los dos, hace rato.

No estaban, en realidad.

—¿Supo él que yo había estado aquí?

—Sí. Y en cuanto se lo dije, armó viaje.

—¿Luego no sólo Eumelia se fugó de casa, sino que también Dionisio Azcárate de la suya, cuando comprendió que Juan Luis Marino volvería por él?

—Sí, Juan Luí. Pero déjate de eso. Ya tú te portaste.

Regresó a su casa, consoló y acompañó y al amanecer

del día siguiente, sin haber pegado los ojos en toda la noche, cantando afuera los gallos, se acercó a la cama de Juan Marino y le dijo:

—Bueno, Viejo. Una cosa por otra. Una menos en la casa; pero uno más. Juan Marino en mí. A ver si se niegan las vacas a que yo las ordeñe.

Había quienes lo hiciesen y en ello estaban.

Ternura de hora temprana con algunas estrellas esperando si lograban ver la salida del sol, ternura de tibias espumas en las cántaras donde se recogía la leche que daban las ubres generosas. La arrogancia de los gallos, el agachamiento de las gallinas y la frivolidad de los pájaros...

—¡Qué asco todo!

Pero una buena presencia de hombre en cumplimiento de pasajera obligación, sencilla, fácil. Al cinto ahora, definitivamente puesta al alcance de la mano, la pistola de Juan Marino. No deseaba heredarle más.

Hablaba apenas lo imprescindible, pero no se le veían en el rostro señales de tormenta interior. Se defendía del ensimismamiento poniendo toda la atención en el aprendizaje de lo que no podía ignorar quien tuviese que hacer las veces de Juan Marino, por breves que fueren, porque no sería largo, seguramente, aquel viaje de luna de miel de Dionisio Azcárate... Después podría ser su madre quien en aquella vigilancia de ordeños se ocupara, porque sabía hacerlo y era fácil manejar una granja pequeña... A ratos se le distraía la atención, se le iba hacia adentro; pero aun entonces era conveniente comprobar que ni sombra de Florencia Azcárate vagaba por aquella profunda soledad. Como tampoco de alguna afición puesta en las matemáticas.

Mas no era serenidad de renuncia firmemente mantenida. Todo aquello de Universidad y amor de mujer había sucedido en otra persona, pues en la que estaba allí aprendiendo manejo de granja para cosa de pocos días, de todo lo que antes le hubiese ocurrido no había sino la seguridad

tranquila, confiada, de que en las visiones de Clorinda había aparecido su propia figura con sombras proyectadas por barrotes de prisión. Y no era aprensión supersticiosa, sino sentimiento pleno de sí mismo, sensación. En su costado izquierdo había una, desconocida hasta allí, de pistola al cinto, que ya formaba parte del nuevo Juan Luis.

Bien podía suceder que a la mitad de Juan Marino regresare el movimiento; pero a él nunca más nada de lo que hasta la víspera habían sido aspiraciones desproporcionadas, incertidumbres y tormentas espirituales. Algún día tenía que disfrutar Juan Luis Marino de una seguridad tan quieta, tan profunda, tan imperturbable como aquélla.

III

LA IRA EN EL PULSO

Había considerado prudente Florencia aprovechar la temporada en el ingenio para hacerse examen de intimidad respecto a la verdadera naturaleza del sentimiento que le inspiraba Juan Luis; pero al enterarse de lo hecho por Dionisio comprendió que se le había creado una situación con la cual se le impediría la libre escogencia de su conducta y no dispuesta a aceptarla, así les dijo a sus hermanos:

—Quiero conocer la opinión de cada uno de ustedes, sin ambages.

—Ese requisito final me parece innecesario—repúsole Alfonso—. Pues ninguno de nosotros puede aprobar que Dionisio le haya cobrado así a un antiguo servidor de nuestra familia, desde los tiempos de nuestro padre, el que se haya atrevido a retirársele del trabajo donde él lo necesitaba. Ni de ninguna manera que haya irrespetado, profanado tu casa, llevándose allí a la muchacha raptada.

—Dionisio no solamente ha profanado la Casa de la Mu-

ñeca—intervino Bernardo—, sino que también le ha hecho injuria al nombre que lleva. Un Azcárate y...

Pero Alfonso acudió:

—Cuidado, Bernardo. Deja quieto al Zalamea, que no estamos para ostentaciones de linaje. Dionisio Azcárate ha cometido una infamia, aunque nos duela reconocerlo.

Pero Florencia le replicó:

—Déjalo, Alfonso. Deja que Bernardo diga todo lo que tenía que decir, que si no me equivoco ya sé por dónde viene.

—Pues allá va. Bien puede ser que en el pensamiento de Dionisio haya habido también el propósito de cobrarte a ti, de alguna manera, la desairada situación en que lo pusiste la noche de la fea escena de los leones; pero de todos modos le ha hecho injuria al nombre que lleva, repito, al descender hasta las hijas del guajiro Juan Marino —buen hombre, sin duda alguna—para poner en una de ellas, no digamos su amor, que ya sería el colmo, sino sus devaneos amorosos. Porque un Azcárate y Zalamea, y muchísimo peor una Azcárate...

—Que no hay sino una y sin Zalamea—interrumpió Florencia—, y ya te ha oído lo que deseaba oírte. A ti no te importa un comino que al buen hombre de Juan Marino, que ha contribuído con su trabajo y su lealtad a enriquecer a los Azcárates, uno de ellos, canalla a quien debería expulsársele del seno de la familia, le haya asestado un golpe mortal, alevoso y cobarde, deshonrándole una hija.

—Serénate, Muñeca—dijéronle a un mismo tiempo Eugenio y Alfonso.

Pero ella prosiguió, iracunda ya:

—Has mencionado una Azcárate, que soy yo, e ibas a decir, para que me curase en salud, que sería el colmo de la injuria al nombre el que yo pusiese mi amor en un hijo del guajiro Juan Marino. Yo me lo esperaba, y por eso dije que quería conocer la opinión de ustedes sin amba-

ges. Ustedes reprueban la conducta de Dionisio, no lo dudo; pero confiésenme que le agradecen el que con ella haya contribuído a solucionarles favorablemente el problema familiar que les crearía mi inclinación amorosa hacia Juan Luis. ¿Es o no cierto que así piensan?

Intervino Clemente:

—Tú lo has dicho.

Y ella, ira desatada ya:

—Y he tomado ya mi determinación. ¿Qué tú te crees? A Florencia Azcárate no le elige destino sino Florencia Azcárate. Aconséjenle a Dionisio que no me ponga la cara al alcance de la mano, porque se la abofeteará, y actívese la partición de bienes para que se me entregue a mí lo que me corresponda, advirtiéndoles, desde luego, que debe ser para mí la granja cuyos terrenos rodean mi casa.

—¿Quieres oírme, Florencia?—intervino Eugenio—. Es justa tu indignación contra Dionisio, que ha profanado tu casa; pero no la recriminación que acabas de hacernos.

Pero ya en ella no había cabida para reflexiones, y, poniéndose de pie, repuso:

—Di tiempo para que se me dijera lo que se pensaba de mí, que era lo que me interesaba, y fue Bernardo quien habló por todos. Entiendo que legalmente puedo disponer ya de mis bienes y de mi persona, y así lo haré. Mañana mismo regresaré a La Habana y me instalaré en mi casa.

Y les dio la espalda.

Alfonso murmuró:

—La ira en el pulso. Se equivocó el viejo.

RECUERDO DE LA INFANCIA

En hosco silencio hizo el vuelo desde Santiago de Cuba hasta La Habana, y separándose de los hermanos en el aeropuerto de Rancho Boyeros, se dirigió a la granja de Juan Marino, en Guanabacoa.

Rafaela la recibió sollozando emocionadamente.

—Usté se lo dijo, señorita. Usté se lo dijo a todas bien claramente.

—No hablemos de eso, Rafaela. Vengo a informarme de qué puedan necesitar de mí.

—Con su buena voluntá nos basta, señorita. Haber, hay lo que se necesite para médico y botica. A Dios gracias.

—¿Y él? ¿Convendrá en que yo entre a saludarlo?

—¿Por qué no? Usté es otra cosa. Déjeme avisarle.

Y momentos después:

—Pase, señorita. Hablarle no podrá, pero en los ojos va a verle el bien que le hará su visita.

Profundamente emocionado, el hemipléjico la recibió haciendo esfuerzos por hablar, pero apenas pudo entendérsele:

—Pab... Pabl...

Comprendió ella, y repúsole:

—Sí, viejo. Pablo Azcárate, aquí, con Juan Marino, su amigo.

Juan Marino, con la mano útil, le hizo ademán de que saliese de allí, y Rafaela le explicó:

—No es que la despida, señorita, sino que le indica que él está afuera. A Juan Luis me refiero. Y le pide que se le acerque a hablarle.

Ya Juan y Rafaela le habían descubierto al hijo su amor por la Muñeca Azcárate, y aunque a ellos no podía agradarles que a tanto aspirase, pues no sería sino para labrarse desventura, en aquellos momentos ambos deseaban que ella se le acercara, a fin de que se le quitase de la cabeza la mala idea que le adivinaban.

—Andese allá, señorita. Por el amor de Dios.

Lo encontró presenciando el picoteo de las gallinas en la tierra donde al escarbarla les aparecían gusanillos, y era como si nada mereciese mejor atención.

Lo rodeaba la clara serenidad del campo en el cercano mediodía. Sobre los verdes pastos, la alzada elegancia de

las palmeras; en el limpio cielo, el canto de los pájaros; entre el olor de la boñiga en el establo de las vacas, el de las flores silvestres, y las vacas paciendo sosegadamente, bien cumplida la generosidad matinal de la leche. No sería extraño que el hijo del guajiro Juan Marino supiese estar a gusto en el campesino cuadro.

La vio acercársele, pero no tuvo necesidad de componer actitud para recibirla, ni luego de fingir dominio de sí mismo para preguntarle antes de que ella hablara:

—Muy interesante la zafra, ¿verdad?

—Sí. ¿No has presenciado nunca una zafra?

—No he tenido esa curiosidad. Me la imagino como si estuviese viendo la escena. Una máquina que tritura cañas y les exprime el jugo, y otros artefactos a través de los cuales se efectúa el proceso de la elaboración del azúcar. Quizá ustedes echaron de menos a Dionisio, que no pudo presenciar el comienzo de la zafra por tener cosa que hacer.

—No hablemos de Dionisio—dijo ella—. Hagámonos cuenta de que no existe y ocupémonos solamente de nosotros. ¿Te agrada el campo? Te encuentro muy campesino.

—Aburre un poco. Pero no exige tanto esfuerzo de inteligencia como las matemáticas, por ejemplo.

—Difíciles, ¿verdad? Pero no creo que la atención a esta granja te impida continuar los estudios.

—Por ahora, por lo menos. El viejo está enfermo y debo hacer sus veces. Hay unas vacas, hay unas gallinas que exigen atención

—¿Crees que el viejo se restablezca?

—Es difícil. Ha debido de ser grande la hemorragia cerebral que produjo la compresión de los centros nerviosos y es difícil que se reabsorba totalmente.

—¿Desearías que Mauricio Leal viniera a verlo? Ya él termina sus estudios, tiene buena práctica de hospitales y quizá tenga algo que recomendar. ¿Quieres que le diga...?

—¿Por qué no?

—¿Caminamos un poco?

—¿Por qué no?

Pero ya era demasiado para Florencia.

—Mira, Juan Luis—díjole bruscamente—. Tú estás hemipléjico también. Casi no hablas. Déjate de eso y suelta la lengua.

Sonrió él y repuso:

—Si nos cuentan las palabras que nos hemos cruzado, se verá que han sido más las mías.

—Pero es que tú tienes algo que contarme. Un sufrimiento tuyo que quiero compartir.

—De ninguna manera. Ante lo ocurrido, tu posición no puede ser como la mía, y, por otra parte, compartir un sentimiento no es sino compadecer. Compadecerse. Y no quiero que me llueva sobre mojado. Ya has cumplido conmigo y basta.

—¿Qué te propones?—inquirió ella temerosamente.

—Lo que te imaginas, ya no. Lo pensé en los primeros momentos y lo habría realizado si no hubiera tenido necesidad de ir en busca de un médico antes que todo; pero cuando fui a eso supe que Dionisio Azcárate se había marchado de aquí. Se había fugado. En cuanto a mi hermana, tenía derecho a disponer de su persona y lo hizo como mejor le pareció. En esta casa hay dos mujeres que sufren, pero un solo hombre hemipléjico, pues el otro tiene su cerebro totalmente despejado de compresiones. Al enfermo yo tengo que hacerle las veces en esto de las vacas y las gallinas y rodearlo de las demostraciones de cariño que hoy más que nunca necesita. Andate allá y despídete de él, diciéndole que me has visto absolutamente tranquilo... Y hazme el favor de que no te vea más.

Y después de una corta pausa, que Florencia no pudo interrumpir:

—¿Contaste las palabras? ¿Ves que no estoy hemiplé-

jico?... Pero me habías manifestado deseo de caminar un poco a través de este bonito campo. ¿Quieres?

—Ya me has dicho que no deseas verme más.

—No, no—repuso él sonriendo—. Enojada, no. Has venido a cumplir con nosotros como era de esperar de Florencia Azcárate y debo agradecértelo.

Y tomándola de un brazo:

—Caminemos. Desarrollemos el problema de las paralelas. ¿Te acuerdas?

—Yo estoy hemipléjica—repuso ella.

—Caminemos entonces en silencio—repuso él sonriendo.

Hiciéronlo así durante un buen rato hasta llegar a un sitio desde donde se veía parte del muro que limitaba el campo de la granja, a poca distancia de ellos, y en el cual había un ancho y alto portón, cerrado entonces.

—¡Qué casualidad!—exclamó—. El portón que no se traspuso. Es ahora cuando vengo a darme cuenta de que es él realmente. Mira: ese portón da a una calle estrecha, de las afueras del pueblo, enfrente de la cual justamente está una casa que habitamos nosotros cuando yo era un niño. Yo me asomaba a su puerta, y cuando ese portón estaba abierto, desde allá contemplaba parte de este bonito campo, que me invitaba a corretear por él. Pero en el medio de la calle estaba echado un dragón que no me permitía aventurarme.

—¿Un dragón?

—Un perro. Mansísimo quizá, pero al cual le tenía un miedo atroz. Y en el umbral de la contemplación me quedé sin realizar el vehemente deseo. ¿Quién iba a decirme que lo realizaría paseando por el bonito campo, mío en parte, nada menos que con la Muñeca Azcárate? Bien sufrido está todo. Pero no hablemos más. Cuando en la vida pasan estas cosas, es natural que ocurran también las otras.

DE MUCHO SIRVE A VECES...

En la casa que Pablo Azcárate había destinado en su testamento para que en ella pusiese Eugenio "una de estudiantes" ya había instalado Florencia a Amarelis y a tres compañeras seleccionadas por ésta, corriendo aquélla con todos los gastos y encargando del manejo de ella a la negra Natividad; pero ella se había mantenido en la Casa del Bosque, a la sombra de Eugenio, acatando la voluntad de Alfonso, aunque de su tutela la habían emancipado sus años cumplidos.

Del breve paseo por el campo de las contemplaciones de Juan Luis ahora no venía la voluntariosa, capaz de llevar a cabo la fea amenaza proferida en el arrebato de ira, y entró en la casa de Eugenio—donde la recibió Raquel, que no había asistido a la apertura de la zafra—recordando aquellas palabras oídas a su cuñada Dulcenombre, la de Alfonso: "La pura mujer sobre la tierra."

Claro que no Juliana, la de Bernardo, bonito adorno de salón elegante, de Azcárate y Zalamea, sin que ya se pudiera evitarlo; pero sí Raquel, por ejemplo, si no con todo lo que de arte y delicadeza había en ella, por lo menos con la mitad siquiera de la acupación de su ternura en el doble caso de las graciosas mellizas.

¿Para qué las matemáticas, ganas de torturarse el cerebro inútilmente y ya sin justificación? ¿Para qué tampoco el adorno de filosofía que le había aconsejado Juan Luis, si con una regular biblioteca en la casa y una buena dirección de lecturas, como las que podía aconsejarle Rogelio Luciente, por ejemplo?...

Era una tontería que se empeñara en conducirse como si fuera una sentimental, incapaz de llevarse a la cabeza lo que se le hubiere deslizado en el corazón. Juan Luis Marino le inspiraba simpatía y su temperamento generoso no

se la ocultó, aunque probablemente hubo también en ello algo de originalidad en la coquetería, junto con lo mucho, además, de la voluntariosa que no le gustaba que sus muñecas tuviesen ojos, a fin de podérselos ver según y como le amaneciesen las ganas de negros o azules. Pero lo acontecido la obligaba a reflexionar.

En la vida familiar de Juan Luis Marino ya un Azcárate había dado un zarpazo irremediable y bien podía Dionisio estar riendo por allá a carcajadas por la manera como le había frustrado a Juan Luis la posibilidad de su amor, siempre que no se atreviese a acercársele, porque de una vez por todas había dejado de considerarlo hermano suyo. Pero de la conversación con Juan Luis le quedó la convicción de que sería un disparate intentar que aquella simpatía se convirtiera en amor. No por el punto de vista de los Azcárate, si no por el respeto que a ella le inspiraba la dignidad del ofendido.

Fina emoción le habían producido las últimas palabras de él al recordar el frustrado deseo de la infancia contemplativa:

—Cuando en la vida pasan estas cosas, es natural que ocurran también las otras.

Y ella podía complacerse en la seguridad de haber dejado en el corazón de un hombre bueno, injustamente maltratado, una impresión inolvidable:

—¿Quién iba a decirme que realizaría aquel deseo de pasear por este bonito campo nada menos que con la Muñeca Azcárate?

La hora más noble, más fina, de una vida injustamente maltratada.

La recibieron las mellizas de Eugenio y Raquel con una noticia estupenda:

—¡Tía, una pajarita tuvo niñitos!

—¿Cómo va a ser?

—Sí. Ven para que veas. Desde la ventana de tu cuarto.

Dos feísimos pichones en un nido, en un árbol del jardín cercano a la ventana.

—¡Qué cosa más lindita! ¿Verdad, tiíta?

—¡Bellísimos!

Y en seguida la interesante disputa:

—Yo los vi primero.

—No; fui yo quien primero los vi.

A lo que dijo Florencia, que aún no lograba distinguirlas:

—Que por cierto es no poder asegurar si fue Reneta o Renata quien hizo el descubrimiento.

Y a la manera de Juan Luis:

—Pero bien está que estos problemas se planteen en la vida cuando han sucedido otras cosas.

Vino por las niñas la manejadora y Raquel se acercó a Florencia, diciéndole:

—Ya me ha contado Eugenio la injusticia en que has incurrido con él y con Alfonso especialmente.

—Es verdad—repuso—. Ofendí y ofrecí bofetadas como una verdulera. Que, por cierto, no sé por qué cargan con esa fama las verduleras especialmente.

—Eugenio y Alfonso se disponen a visitar a Juan Luis Marino para desagraviarlo y prestarle el auxilio que necesite.

—Harán bien. Pero creo que allá no les recibirán nada, pues vengo de ofrecer ayuda y nada han querido aceptar.

—Y a él, ¿lo viste?

—Te refieres a Juan Luis, ¿verdad?

—Sí.

—Nómbralo, mujer. El pobre no manoha labios que su nombre pronuncien. Lo vi, hablé con él y vengo enamorada de él. Ahora sí, realmente, pues pocas veces se dará en un alma humana lo que he contemplado en la de Juan Luis Marino a través de sus palabras. Pero no te alarmes: no se propone matar a Dionisio, y me ha pedido que no lo vea más. De manera que pueden estar tranquilos los Azcá-

rate, con Zalamea o sin ellos: ni muerte ni matrimonio infamante. La pura mujer que Dulcenombre me aconsejó ser ya tiene una ocupación espiritual muy propia de ella: un amor imposible.

Hizo una pausa, que Raquel no quiso interrumpir, y luego agregó:

—Es curioso. Cada vez que se desata en mí la voluntariosa me ocurre el tropezarme conmigo al querer salirme de mí misma. Ya me ocurrió la noche de la escena en la jaula de los leones, y ahora, habiendo pronunciado unas palabras violentas, después de las cuales no debía volver a pisar esta casa, aquí me tienes otra vez.

—Habría sido el colmo de la insensatez que no regresaras a ella—repúsola Raquel—. Lo que te ocurre...

Sonrió Florencia, y dijo, quitándole la palabra:

—Lo que me ocurre, Raquel, es que al querer salirme de mí misma, al escaparme de la voluntariosa que ha hecho o dicho algo propio de su carácter, me tropiezo con la Muñeca, que no es propiamente una persona. Dos formas de una misma majadería. ¿Podría ser esto lo que llama Dulcenombre la pura mujer sobre la tierra?

Pero si, después de la escena del circo, la crisis se resolvió con la fractura del espejo que reflejaba su imagen, y para lo cual bastó un frasco lanzado contra él, ahora tuvo que ser el derrumbamiento de toda ella, de bruces sobre la cama, llorando.

Raquel la contempló unos momentos en silencio y luego se retiró, dejándole el sitio a la negra Natividad, que acababa de entrar.

Y a la antigua manejadora se le ocurrió preguntarle al cabo de un rato de contemplación con ojos lacrimosos:

—¿Qué se te hizo, Muñeca, aquello de clarines y tambores detrás de ti, marcando el paso por camino ancho y largo?

En el alma sencilla de la negra Natividad había quedado

grabada la gallarda figura de Florencia, descrita por ella misma, en los desfiles de su escuela, y parecía una simple ocurrencia repentina aquella pregunta.

—Bonita se te vería—agregó—. Y yo habría pagado algo por está en la orilla de ese camino ancho y largo, esperando que me anunciaran: "¡Allá viene la Muñeca Azcárate, marcando el compás de los tambores y los clarines, con su bastón de mando en la mano!" Y me escurriría por entre el gentío, asina me apretujaran y me quitaran el resuello, pa vé pasá ese desfile bonito. ¡Tran tatatrán, tatatrán, tatrán!

Pero ¿no sería también una vieja esperanza mesiánica la que suspiraba en aquellas palabras de la vieja Natividad? En el alma sencilla, profundos anhelos toman a veces forma de triviales ocurrencias repentinas, y venturoso advenimiento tenía que estarle prometido, desde tiempo inmemorial, a la negra Natividad.

Se incorporó la llorosa, enjugándose las lágrimas e interrogando:

—¿A qué viene esa pregunta que me has hecho?

—¡Cosas que se le ocurren a una, mijita! Pero no vine a eso, sino a recordate que allá, en la casa de las estudiantas, se está acabando el dinero que me dejaste. Y a comunicate que la señorita Amarelis como que tiene dos tamboreras más.

—¿Dos tamboreras?

—Dos estudiantas más, de esas que por llevá a cabo su propósito de hacerse un buen vivío con un título de dotora, pasan a veces más hambre que un ratón en un saco de clavos. ¡Je, je, je! Allá las dejé esperando la razón que yo llevara de aquí después de habé hablao contigo.

—Recíbelas e instálalas.

—Recuerda que en la casa ya no hay sino un cuarto habitable. El que tú habías destinao pa ti.

—Dáselo a ellas. Yo continuaré aquí.

—Hacen falta dos camas con sus ropas.

—Ya las compraré.

—¡Santa palabra! ¡Je, je, je! ¿De modo que el tan tatatrán se va a escuchá más fuerte detrás de la...? ¿Cómo jué que me dijiste que te llamabas en el desfile bonito?

—*Drum Majorett*. Tambor Mayor. Cosa de pura mujer sobre la tierra también.

Y, poniéndose de pie, abrazó y besó emocionadamente a su antigua manejadora.

De mucho sirve, a veces, haber dejado en un alma sencilla el deseo de que se anuncie:

—¡Allá viene!

Y ya podía Florencia Azcárate escaparse de la voluntariosa sin tropezarse con la Muñeca.

IV

AUTOANÁLISIS

Alfonso Azcárate nunca se alejaba del ingenio durante la zafra, y ya debía regresarse; pero quiso dejar cumplida la obligación de consecuencia respecto a Juan Marino, en quien su padre había puesto toda su confianza, bien correspondida por el guajiro, y ocupándose en ello junto con Eugenio descubrieron que aquél no había pagado todo el valor de la granja comprada a un amigo de ellos, y momentos después tenían en su poder un documento en el cual el acreedor reconocía haber recibido a su entera satisfacción el monto de la deuda.

En seguida fueron a visitar al antiguo servidor de la familia, qué ahora residía en lo suyo propio. Juan Luis no quiso estar presente durante la visita, pero su madre los acogió con emoción de agradecimiento, llegando hasta lamentar, con indudable sinceridad, lo atolondrado que era el "caballero Dionisio", y en manos de ella dejaron el documento y

algún dinero, además, para evitarle al enfermo los escrúpulos con que pudiera recibir aquella reparación del agravio, precio de hija raptada y deshonrada.

Rafaela no los tuvo—no podía tenerlos—porque con delicadeza se le entregó aquello y porque con marido amenazado de muerte deuda pagada no era tranquilidad desechable.

Se fueron los Azcárate, dejando a Juan Marino desagraviado y agradecido, y la buena mujer no pudo contenerse el deseo de darle la tranquilizadora noticia y lo hizo en presencia de Juan Luis. Se asomaron lágrimas a los ojos del hemipléjico y de su emocionado tartamudeo se pudo reconstruir esto, muy natural, muy humano:

—Los Azcárate son buena gente.

Juan Luis oyó y calló, pero en seguida se retiró de la habitación y, echándose al campo, se alejó de la casa.

Era una hermosa tarde y todo lo tenía ya envuelto en oro magnífico el sol poniente.

Se sentó en la tierra, recostado al tranco de una palmera, donde en la mañana se había detenido junto con Florencia a recoger el buen recuerdo de la infancia contemplativa, mirando el ancho y alto portón en el destartalado muro.

Toda aquella serenidad que había podido mostrar en la conversación de la mañana con la amada mujer imposible se le había convertido ya en cavilación sombría. Se había fugado Eumelia con quien quiso llevársela en el anca de su caballo; pero, en cambio, vino el precio del agravio, sin regateos seguramente, a dar propiedad tranquila de aquella finca.

¡Aquel bonito campo! ¿Podría acaso volver a pasearse por él sin el humillante pensamiento de precio de honra? Que nunca más se abriera aquel portón, para que ningún otro contemplativo, mirando las invitadoras lejanías del campo a que por él se entraba, acariciase deseos de trasponerlo.

Juan Marino había recibido precio de hija deshonrada. Pero ¿qué podía reclamarle él a su padre, amenazado de

muerte, si ante la puerta de la Casa de la Muñeca reconoció aquella risa en el interior y no traspuso el umbral? Luego lo hizo, ciertamente, y con pistola al cinto, pero "¿y los brazos, los puños, para qué los tenía, cuando reconocí la risa y comprendí?"

Y con aquel profundo desabrimiento de sí mismo lo encontraron momentos después el profesor Luciente y Mauricio Leal.

Este había examinado al enfermo y nada esperanzador tenía que decirle; y fue Rogelio Luciente quien tomó la palabra:

—Me agrada encontrarte así, sentado en la tierra, en contacto con ella. Cuando Anteo la tocaba volvía a su cuerpo el vigor que hubiera perdido. El infortunio te ha golpeado y es necesario que tu voluntad no flaquee.

—Despreocúpese, Profesor. Yo he renunciado al amor y a la venganza, a la vida y a la muerte; mas por delante de mí hay otros barrotes de presidio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Permítame que no se lo explique—repúsole—. Pero recuerde que cuando le dije a usted que me proponía estudiar matemáticas tuvo usted una ocurrencia de buen humor al anunciarme que ellas me maltratarían al místico que había en mí. Y eso ha sucedido muy pronto. Yo ingresé en la Universidad deseoso de conocer el Salón de los Mártires, para contemplar el sitio donde pudiera ser colocado mi retrato. Ya eso no me interesa, debo decírselo a usted; pero ya mi voluntad, lo que usted ha querido llamar mi voluntad, le está entregada al encargado de matar.

—Hablas tonterías—díjole Luciente.

Y Mauricio, que había estado observándolo en silencio:

—Cuida tus reacciones. No seas brinza de paja en el viento.

—Levántate de ahí—agregó Luciente—. Me has estro-

peado el recuerdo del mito de Anteo, pues de nada parece que te esté sirviendo el contacto con la madre tierra.

Y Juan Luis, levantándose y sonriendo con expresión sombría:

—Porque ésta no es madre mía, Profesor, sino concubina de mi padre. Le pertenece gracias a que una hija se le fugó de la casa en el anca del caballo de Dionisio Azcárate. Y es muy fácil, Mauricio Leal, aconsejar "no seas brizna de paja en el viento" cuando lo que nos rodea no puede alimentarnos sino confianza en la vida. Yo les agradezco la buena compañía que han venido a hacerme, pero les suplico que me dejen correr mi suerte.

Y cuando ellos se marcharon, anochecido ya, abandonó la casa sin despedirse de sus padres.

Se lo llevó el camino que por allí pasaba, a través de la oscuridad reinante, y horas después se lo entregó a la ciudad para que hiciese con él lo que quisieran sus calles.

Las de La Habana vieja se lo quitaron pronto de encima, entregándoselo a la plaza de la Catedral; pero ésta tampoco quiso quedarse con su sombrío ensimismamiento y momentos después lo recibió la casa de la Pensión de las Angustias.

—¡Usted aquí!—exclamó Natalicia—. ¿Cómo se atreve a pisar esta casa después de lo que me hizo?

—¿Está aquí Justo Rigores?

—Estoy yo solamente—respondió Natalicia, convertida en furia grotesca, más que imponente—. Porque a las llamadas señoritas Rendiles las puse de patitas en la calle por los chismes que le metieron a usted y que usted luego se los sopló a Amarelis...

—Desenfurézcase, señora—díjole Juan Luis—, que con eso no logrará intimidarme. No me interesa saber qué haya hecho usted con las Rendiles; vengo en busca de Justo Rigores, a quien necesito ver esta misma noche.

Dijo esto entrando en la sala y tomando asiento en una de las mecedoras, sin que Natalicia lograra impedírselo.

—Que no está aquí, le he dicho ya. Y déle gracias a Dios, pues ya estaría usted rodando escaleras abajo.

—Quizá no. Pero tranquilícese, señora. No vengo contra él, sino en busca de él. A entregarle al viento la brizna de paja.

—¡Ah!—hizo ella, plantándosele por delante con los brazos en jarras, resollando furor—. ¿Viene usted borracho? ¿Va a obligarme a que sea yo quien lo haga contar con sus costillas cuántos escalones hay desde aquí hasta la calle?

—No me interesa averiguarlo, señora, y vaya a prepararme una taza de café, pues aquí esperaré a su hijo y no quiero que me encuentre dormido.

Lo miró inquisitivamente doña Natalicia, y de pronto se desenfureció:

—Pero si no le había dicho que gané con su número. ¡Sí, hijo! Cogí los mangos bajitos, por fin. Por eso también me quité de encima a las Rendiles. ¡A descansar unos meses!—me dije—. Pero explíqueme, joven: ¿para qué viene buscando a mi hijo?

—Ya lo he dicho, señora: vengo a entregarle al viento la brizna de paja.

—¡Ah!...—exclamó Natalicia risueñamente—. ¡Una clave! Un santo y seña del movimiento, ¿verdad?

—Una taza de café. Por favor, señora.

—Ya voy a preparársela.

Y mientras se dirigía a la cocina:

—¡Pobre muchacho! Tiene cara de buena suerte, pero no para él. Debería dedicarse a vender billetes de lotería. Se los comprarían todos... "A entregarle al viento la brizna de paja"... Bonito santo y seña... No creí que él también perteneciera al movimiento. Pero ¿qué podrá hacer ese muchacho con una pistola, con esas manos tan temblorosas?

Y en esto sintió que entraba Justo Rigores. Prestó atención, y no oyó palabra, y en puntillas se dirigió hacia la

puerta de la sala a fisgonear lo que allí estuviese ocurriendo.

—¡Oh!...—había exclamado Rigores—. ¿Tú aquí?

—¿Te sorprende?—repúsole Juan Luis, sin moverse del asiento—. ¿No me dijiste una vez que yo te buscaría, que yo vendría a ponerme a tus órdenes tal como eres?

—Es cierto—respondió Rigores, sentándose frente a él. Y después de mirarlo un rato, en silencio, sonrió y agregó—: Me han dicho que Dionisio Azcárate se ha raptado a una de tus hermanas. ¿Lo limpiaste ya?

—No. Eso pensé en el primer momento.

Y Rigores, sonriendo despectivamente:

—Pero luego lo pensaste mejor, ¿verdad?

—Exactamente. Lo pensé mejor, y aquí estoy. Aquí está ya la brizna de paja a la disposición del viento.

Rigores sintió que Natalicia estaba por allí, en su costumbre de fisgonear, y, levantándose de pronto, se dirigió a la puerta que comunicaba la sala con el interior de la casa. La sorprendió con la oreja puesta a la escucha, y ella tartamudeó:

—Vi... vine a pre... preguntarte si tú también querías café.

Y él mirándola severamente:

—Vaya a prepararlo; pero espere en la cocina a que yo la llame.

Y volviendo a sentarse frente a Juan Luis:

—¿Será necesario que yo te diga que esa persona a quien le he hablado es mi madre?

—Comprendo—respondió Juan Luis—. Comprendo que se me ha hecho esa pregunta para averiguar qué concepto me merece el hijo que así le habla a su madre; pero yo no le he dado la espalda a mi problema familiar para venir a inmiscuirme en el de Justo Rigores. La vida me ha dado encargo de matar en ejercicio de venganza personal contra Dionisio Azcárate; pero...

—Ya, ya. Pero lo has pensado mejor, porque la capaci-

dad de venganza, el don de los dioses, no se nos ha dado para que lo malbaratemos en las mezquinas cuestiones personales, habiendo ideales exigentes de sacrificios. ¿No es eso?

Juan Luis lo miró en silencio unos momentos, y luego, sonriendo amargamente, murmuró:

—Es curioso. Se puso fe y se desvaneció de pronto, y cuando se desconfía totalmente, se viene a entregar voluntad.

Reclinó la cabeza en el respaldar de la mecedora, y, mirando al techo, así prosiguió:

—El personaje se llama Juan Luis; pero la biografía la han hecho varios autores sin haberse puesto de acuerdo previamente. Lo engendra Juan, lo concibe Rafaela, gente zafia ambos, y de ellos nace un soñador. ¿Cómo es posible? Se asoma un día a la puerta de una casa, ve un trozo de campo a través de un portalón abierto, y se pone a construir castillos en el aire en aquella bonita lejanía. Primera contradicción: se ha dicho ya que es hijo de campesinos, campesino él también. ¿Quién ha visto que alguien que lo sea...? Pero esto no importa por el momento. Segunda contradicción: le caen en las manos libros demoladores de creencias, y cuando esto ocurre, sale de las ruinas de su fe un místico. Decide cultivárselo, y se lo pone a estudiar matemáticas. ¿Qué místico resiste la brutalidad del dos más dos son cuatro?... Le raptan una hermana, le arrastran por los suelos una honra, se derrama una arteria dentro de un cerebro, y la mitad de su padre ya no es sino la mitad de un cadáver. Va a verlo la hermana del atropellador de su honra, se pasea con ella por aquel campo precisamente, y cuando la tiene a su disposición en la soledad propicia, en vez de... Pero esto tampoco importa ya. Tercera contradicción: ha ido, en hora de buen hijo, a meterle el hombro a la carga familiar con la cual ya no puede el padre hemipléjico; le dice un amigo: no seas brizna de paja en el viento, y se le ocurren estas dos cosas absurdas: abandonar la casa sin despedirse del padre,

y venir a que lo encuentre en la suya y disponga de él Justo Rigores.

Este sonríe y dice:

—Estás declamando. Quizá tengas fiebre y deliras. Ven para que te acuestes y reposes. Hay aquí una habitación para ti.

Estaba dormido ya. Profundamente.

ORACIÓN Y PREMEDITACIÓN

El aparato no había sido desmontado, pero no funcionaba dentro de la Universidad. Justo Rigores asistía con puntualidad a sus clases, y se retiraba en cuanto concluían, sin que se le viese cruzar palabras con sus compañeros de grupo, muchos de los cuales se habían incorporado al de reivindicación del genuino espíritu universitario organizado por Mauricio Leal.

Pero en la casa de Natalicia, que ya no era de huéspedes, y en la cual vivía Rigores, funcionaba el Directorio de su movimiento, siguiendo todavía la consigna del avestruz.

En la instrucción del sumario de la muerte de Manuel Darío la justicia oficial no había podido descubrir, con todas las formalidades de la ley, quiénes habían sido sus autores, a causa de que no dejaron huellas visibles dentro de lo que fuese explorable sin empeños temerarios que pudieren conducir a peligrosos tropiezos, y a este respecto podía estar tranquilo Justo Rigores, pues Hinojosa había desaparecido del país, llevándose consigo el secreto del funcionamiento del "canal siete" en aquel caso.

Pero el retiro de los suministros de dinero le había quitado el alma al movimiento, y ya eran muy pocos los que todavía conservaban alguna "mística" en torno al *Caudillo*.

Reuníanse en el comedor de Natalicia, entre noches, previo el ordenarle Justo que los dejase solos en la casa, y cuando a ella volvía encontraba los ceniceros colmados de

colillas de cigarrillos sobre la mesa, como por causa de largos e intrincados debates y por haber cometido la imprudencia de decir, una noche, al recogerlos:

—¡Válgame Dios! ¡Qué cantidad de humo habría aquí!

El hijo le replicó duramente:

—¿Quién tiene la culpa de que eso no más sea el hijo de Natalicia? ¡Humo! ¿Se me preguntó, acaso, si yo consentía en que se me concibiese sin garantía de la calidad humana que se me transmitiera?

Se le volcaron a Natalicia sobre la mesa todas las colillas de los ceniceros que ya tenía en las manos, y se le asomaron lágrimas a los ojos, fijos en las espaldas que le daba el hijo, mientras se preguntaba mentalmente:

—¿Qué culpa tendré yo de que eso no más...?

Porque aquella noche había llegado a punto crítico el acontecimiento de mesa redonda, en la de comer.

—Yo no le exijo a nadie que continúe acompañándome en momentos difíciles—había tenido que decir el *Caudillo*.

Y Rubiales, saltando en su asiento, le había replicado:

—¿Es que te imaginas que tenemos miedo? De eso nada, respecto a mí, por lo menos. Pero estamos en el erizo, y yo no veo que aquí se esté haciendo nada que pueda producir billetaje. Ya no se nos teme, y por eso no se nos paga.

Rigores no perdió su serenidad, y así le repuso:

—Hay algo con lo cual puedes hacerte temible.

—Di qué.

—Limpiar a Mauricio Leal.

—¿A Mauricio? No le veo la punta a eso, a menos que haya alguien que esté dispuesto a pagar lo que por eso se cobre.

—Detrás de Mauricio se nos han ido muchos—repuso Rigores—, y golpeando en la cabeza de la desbandada, podemos volver a ser la fuerza temible y respetable, además, que fue el estudiantado.

Y sonriendo sarcásticamente concluyó:

—¡El ideal en marcha!

Pero Rubiales ya estaba en su camino:

—La historia no se repite, por más que lo digan los historiadores. Por lo menos, con los mismos hombres, y ya tú diste todo lo que podías dar.

Rigores contrajo el ceño y apretó la boca para que no se le escaparan las palabras de la ruptura con Rubiales, el más animoso entre los que le rodeaban adictos... Y fue Natalicia quien esa noche tuvo que oir desahogos de cólera.

Ahora tenía a Juan Luis Marino, acostado ya, sin desvestirse, en una de las camas que ocuparon las Rendiles.

Natalicia se había quedado contemplándolo, con la ternura maternal que se le había frustrado ante el hijo menospreciativo.

—Tiene la bondad pintada en la cara—murmuró—. ¡Si fuera hijo mío este muchacho!... "La brizna de paja..." ¡Ah! Ya entiendo, ya entiendo... ¡Pobrecito!

Se inclinó sobre él, lo besó en la frente, y luego, murmurando la oración del Justo Juez, a la que tenía mucha fe:

—Que tus enemigos te busquen y no te encuentren, que tengan ojos y no vean...

Mientras Justo Rigores se decía:

—Era lo que yo necesitaba, y ya lo tengo: un aspirante a mártir. Vuelve el espíritu al movimiento. ¡Qué gran cosa es el espíritu... de los bienaventurados pobres de espíritu!... Y puede que también vuelva algo de dinero, con el secuestro de Dionisio Azcárate, a quien Juan Luis tiene que cobrarle el estropeo de la hermana.

LA SOLUCIÓN DE CONTINUIDAD

Se había producido una solución de continuidad, una hendidura ancha y profunda en aquel terreno, y a uno y otro lado de ella estaban los dos, él y él, diciéndole el de allá al de acá:

—Tus cosas, que te las he traído... Tus recuerdos, tus pensamientos más íntimos, tus miedos y tus ambiciones, tus amores.

—Deja allá todo eso, que de nada me servirá de este lado, y no quiero ni recordar que fue mío.

—Aquí te lo dejo. Luego tú lo pondrás en orden.

Despertó. La hendidura se cerró otra vez, pero quedó sobre el terreno como un costurón de cicatriz profunda. No dolía. Habían quedado insensibles los bordes de la solución de continuidad, y sobre la otra cama que en la habitación había estaban sus libros, su ropa, sus cosas de uso personal... Quizá había sido Justo Rigores quien le dijo que se las había traído de la pensión donde estuvo alojado el del lado de allá.

Acá estaba sentado al borde de la cama, ya pasado el mediodía, reconstruyéndose y localizándose en el nuevo lugar del espacio. Pero no valía la pena averiguar si estaba completo, quizá más bien sobraba algo, innecesario acá.

Momentos después se oyó la voz de Natalicia:

—¿Se puede?

—Está en su casa, señora. Acabo de comprobar que estoy en la casa de usted.

—Que es mi pensionista preferido—repuso Natalicia, entrando en la habitación—. Bueno: no hay otro; pero, aunque los hubiera, serías tú el preferido y consentido. ¿Dormiste bien?

—Parece que sí, señora.

—Dormiste largo. Más de doce horas, porque ya es la una de la tarde, y las once de la noche serían cuando te quedaste dormido.

—Pues dormí catorce horas.

—¡Qué facilidad para sacar cuentas! ¡Qué bueno! ¡Qué lástima que todo no sea bueno en la vida! Y que tenga yo que... ¿Viste que te trajimos tus cosas? Allá no queda nada. Hasta una cuentecita que tenías pendiente te la recogimos.

Pero no te ocupes. Pero también te traigo una mala noticia. De tu casa avisaron esta mañana, a la pensión donde estabas, que... tu padre... murió anoche.

—¿Sí?

—¡Ay! ¡Por Dios! Pero ¿no vas a echarte a llorar? Un padre no se pierde sino una sola vez.

—Y hay que aprovecharla, ¿verdad?

—No hables así, que hasta miedo me das. Llora, llora, que eso te hará bien.

—Cuando usted me haya dejado solo, procuraré complacerla.

—Es que todavía no he acabado de darte las noticias. Parece que... tu hermanita ha regresado al hogar. El hombre se marchó de Cuba, después de haberla acompañado hasta la puerta de su casa, dejándole, según dicen, buena cantidad de dinero para...

—¿Quiere usted marcharse, también, si no del país, por lo menos de esta habitación?

—¡Ay! No exageres. Ustedes los hombres son muy exagerados en cosas de la honra. Pero yo estoy segura de que para tu pobre madre será un consuelo tener otra vez a la muchacha en la casa. Y le será muy útil. Ya lo verás. Porque no hay persona más útil en una casa que una mujer de la familia que ha dado un traspiés. Es la que lava, la que plancha, la que remienda, la que cocina, la que friega...

—Lo dice usted por experiencia propia, ¿verdad?

—¡Ay! ¡Qué malagradecido! Cómo me sacas las vergüenzas a la cara. No te hablo más. ¿Con qué quieres desayunar? O almorzar, mejor dicho, porque ya es más de la una.

—Con nada, señora.

—Me lo explico—repuso ella, sarcásticamente—. Esas cosas quitan las ganas de comer. Vuelve a acostarte, sigue durmiendo.

Y desde la puerta, que ya trasponía:

—Y ya sabes: hazte cuenta de que estás en tu casa, de que soy tu madre... Tú y yo estamos necesitados de afectos, de cariñitos.

Se retiró enjugándose lágrimas, y Juan Luis volvió a tenderse en la cama, con las manos entrelazadas bajo la nuca, fija la mirada en el techo.

Algo así como cuando contemplaba los atrevimientos del pitirre contra el aura tiñosa. Pero de aquello no había recuerdo. Había sucedido en otra vida.

V

SOSPECHAS

En San Rafael y Galiano, en la hora culminante de la galantería callejera al paso de las mujeres por entre los corrillos de mozos, yendo Florencia Azcárate de tiendas, alguien le soltó a la cara un piropo tan insolente, que ella se detuvo y alzó la mano para castigar aquella boca; pero ya el galanteador procaz tambaleaba y caía al suelo, y había sido el puño de Justo Rigores el que dio lo merecido.

—¡Ah!—exclamó ella—. ¿Venía usted detrás de mí sin que me hubiera dado cuenta?

—Y ahora continuaré a su lado, si usted me lo permite, mientras acaba de atravesar los fuegos cruzados de este desfiladero.

—¡Qué bueno es usted!—repuso ella, riendo irónicamente.

—Y, sin embargo, se me ha declarado la guerra, privándoseme del placer de tener amigas en la Universidad.

Hablaban así, dirigiéndose ella hacia donde iba, y ya nadie se atrevía a dedicarle piropos.

—¿Le ha producido a usted algún efecto esa guerra de aislamiento? ¡Ja, ja, ja! ¿De eso nada, verdad?

—¿Por qué lo cree?—repuso él sonriendo—. Guerra que en este país declaren los Azcárate, algún estrago tiene que causar.

—¿Sabe que se me están despertando ganas de cruzar ideas con usted? Ya sabrá que una vez me metí en una jaula de leones. De modo que no le sorprenda que ahora quiera averiguar qué hay de verdad en la fama de monstruo de que goza usted. Si es que a eso se le puede llamar gozar.

—¿Sí? Mire que aquellos leones, según ya he oído contar, eran mansos como corderos. Y que, por cierto, a consecuencia de esa audacia de usted, Dionisio Azcárate se ha ha llevado a una hermana de Juan Luis. ¿No teme usted que Juan Luis...?

Se habían detenido ante las puertas de la tienda donde Florencia se disponía a entrar, y dejando en suspenso la pregunta hecha, Rigores formuló otra reticencia:

—Desde luego que con esto de mencionar a Juan Luis no pretendo yo...

—Concluya—díjole Florencia, sonriendo—. Que ya estoy logrando lo que me proponía.

Pero en esto se les acercaban dos transeúntes, uno de los cuales le decía al otro, con la excitación con que se dan las noticias sensacionales:

—Una descarga de ametralladora, desde una máquina de alquiler ocupada por dos jóvenes, estudiantes al parecer. Lo dejaron muerto.

—¿Desde una máquina de alquiler?—repuso el otro—. Esos golpes se han dado siempre desde un colepato.

—Pero parece que ya no les regalan Cadillac.

Rigores contrajo el ceño, Florencia lo miró a los ojos, y él dijo:

—Le agradezco el mal pensamiento, señorita Azcárate. Y como usted ya está a buen resguardo de piropos ofensivos, puedo retirarme.

—Sí—díjole Florencia—. Ande a averiguar qué ha sido eso.

Entró en la tienda; pero en seguida salió para dirigirse a la Universidad.

Ya había llegado allí la noticia. La víctima del atentado había sido aquel antiguo esbirro de la dictadura, a manos de cuyos guardaespaldas había encontrado muerte Manuel Darío. Estaba allí Mauricio Leal, y lo rodeaban algunos estudiantes, comentando el caso, cuando llegó Florencia.

—La embestida del carnero—decía uno—. Mucho duró la retirada. Ya lo decías tú, Mauricio. Justo Rigores...

—Acabo de encontrármelo—dijo Florencia.

Y refirió cómo había sido.

—¡La coartada!—exclamaron varios de los oyentes—. ¡Ese Justo Rigores!...

—Cuidado, compañeros—dijo Mauricio—. No sea que en esa exclamación se les haya deslizado algo admirativo.

Y uno de ellos protestó.

—Somos insospechables de rigorismo, Mauricio.

Llegaron otros con la noticia completa.

—Fueron dos estudiantes. Les dio alcance una perseguidora de la policía por los lados del Country Club. Ellos hicieron fuego; pero cayeron mortalmente heridos. Y prepárate, Mauricio, para recibir sorpresas: dos de los nuestros. De los que más alardes hacían de estar contra Justo Rigores.

—No me sorprende—repuso Mauricio—. Siempre he temido que en nuestro movimiento existan posiciones tomadas por Justo Rigores. Que no es tonto ni perezoso.

ALARDES

El estudiante Rubiales—uno de los de nunca con un libro en las manos—tenía un pie en la colina de la Universidad y el otro en el barrio de Colón, y por ahí fue a bus-

carlo Justo Rigores cuando se despidió de Florencia en San Rafael.

Una casa de dos pisos, de vida alegre abajo, de dormitorios de fumadores de marihuana arriba, a la que Rubiales designaba:

—Mi casa de los pasos perdidos.

Donde en la fuga del amor mercenario una de las de abajo se aplacaba necesidad de pasión romántica adorando y manteniendo al revolucionario buen mozo, a todo trapo de buen vestir, por añadiduras.

Una escalera angosta, adosada al mugriento muro del oscuro portal, y en cuyos escalones subidas y bajadas de miseria y de vicio durante muchos años habían dejado surcos profundos de pasos perdidos, conducía al estrecho pasillo al cual daban las puertas de los dormitorios alquiladizos.

Rigores se detuvo ante la primera de ellas, que estaba cerrada, y dio los toques del entendimiento secreto.

Rubiales, que estaba en la cama—como de costumbre cuando allí se hallaba—, sonrió como de cosa esperada y accionó el mecanismo mediante el cual se abría la puerta desde el lecho, y entre bostezos, mientras se desperezaba, interrogó:

—¿A qué se debe ese madrugón? Todavía no han empezado a cantar los gallos del mediodía.

—A que se me debe una explicación, y vengo a buscarla—repuso Rigores ásperamente.

Aprovechando el pretexto de desperezamiento, Rubiales apoyó la diestra sobre la mesa de noche donde tenía su pistola, y allí la dejó mientras decía:

—Fumé mucho anoche, viejo. Tengo todavía dentro de la cabeza los paraísos infernales de la marihuana. No me había atrevido a eso todavía; pero en este estudio que estoy haciendo de la vida y milagros del hampa, era necesaria esta experiencia... entrañable.

Rigores esponjó la arrogancia del pecho, engarzándose

los pulgares en la pretina de los pantalones bien puestos, y repuso:

—Te equivocas si pretendes intimidarme con esa mano al alcance de la pistola. Vengo a que me des la explicación de lo ocurrido esta mañana.

—¡Ah! ¿Se trata del que presentó la renuncia y le fue aceptada?

Era, en el lenguaje pistoleril, la manera de referirse a quien hubiera recibido muerte, y empleándola también, Rigores replicó:

—Pero esa renuncia no se me presentó a mí, que soy quien debe resolver si se aceptan o no.

—Es verdad. Pero como tú estás tan ocupado en la dirección estratégica del movimiento, no quise molestarte para una operación de simples tiroteos de exploración. Y, además, el dimisionario ha sido aquel contra el cual recibió Manuel Darío encargo de limpieza. De viva voz tuya, por cierto.

Y después de una pausa, sin retirar la mano de la mesa de noche y socarronamente:

—No me mires así, que no merezco reproches, sino más bien palabras de agradecimiento. Se ha cumplido una ley natural: lo que no cabe en la güira, se desborda. Pero yo lo hice con el debido acatamiento de tu antigua superior autoridad. Orden del *Caudillo*, dije. Y santa palabra.

—¿Conque lo que no cabe en la güira? ¿Y si yo te obligara a recoger lo que se ha desbordado?

Se miraron en silencio un rato, y luego Rigores ordenó imperiosamente:

—Levántate de ahí.

Rubiales sonrió y repuso:

—Perdóname que no te complazca. Estoy dándoles descanso a mis antepasados. Son varias generaciones de vagancia las que me tienen sobre esta cama... Convéncete, Justo; ya tu hora pasó.

—Tal vez no.

—En todo caso, sería bueno que formalizáramos una alianza, con división del trabajo: yo doy los encargos y tú colocas los retratos en el Salón de los Mártires. Sí, Justo. No lo tomes a mal. Tú te la comiste, y en los momentos más difíciles; déjame ver si yo también me la como, haciéndole honor a tu escuela. Tu fama pasará a la historia; la mía no te hará sombra.

Rigores fingió reflexión pesarosa y murmuró:

—¡Mi fama!

Y echando a andar de un extremo al otro de la habitación, continuó, cabizbajo:

—No es nada envidiable, en realidad. Pusimos nuestra fe y nuestra voluntad en un movimiento regenerador de nuestro país; pero haciéndole concesiones a la podrida realidad social, como forzosamente ha de hacerlo un dirigente político, fuimos perdiendo la fe y...

Pero ya estaba cerca de la mesa de noche, y echándole mano rápidamente a la pistola de Rubiales, díjole a éste:

—Levántate de ahí y entrégame el dinero que seguramente has recibido por el golpe de hoy.

Disponiéndose a incorporarse, Rubiales dijo:

—Bueno. Me mareaste con tu discurso, pico de oro, y tengo que reconocer que todavía cabe mucha agua dentro de la güira. ¡Justo Rigores, el *Caudillo*, jefe supremo del movimiento!

Y mientras sacaba el dinero de donde lo tenía oculto, bajo el colchón de la cama:

—En tus manos lo pongo, jefe. Quise saber si todavía eras quien fuiste. A mí me queda tiempo por delante para ver si puedo ser quien soy.

Cogió Rigores los billetes que se le entregaban, se los metió en uno de los bolsillos de los pantalones sin contarlos, y disponiéndose a marcharse, volvió a poner la pistola de Rubiales en el sitio de donde la había tomado.

—¡Qué! ¿Me la devuelves sin quitarle los proyectiles?

—Voy a darte la espalda a ver si te provoca probar en ella tu puntería. Ancha la tengo.

Y se retiró.

ATREVIMIENTOS

Primero fue el esponjamiento de arrogancia, a todo lo que le daba el pecho, por la habilidad y la superioridad demostradas; pero luego el impertinente recuerdo de las palabras de Rubiales:

—Se ha cumplido una ley natural...

Y en seguida el regusto de las propias:

—Pusimos nuestra fe...

¿Se le habría deslizado, acaso, alguna sinceridad bajo el artificio de que se valió para distraer y sorprender a quien ya tenía la mano cerca de la pistola vuelta contra él?... Hubo, sin duda, momento de buena fe cuando en la adolescencia peleadora, pero generosa a pesar de todo, abrazó la causa de los estudiantes revolucionarios; mas aquello desapareció pronto en las rachas de la violencia desatada, y ya nada de lo que regía su conducta se parecía, de ningún modo, a fe puesta en ideales, ni aun con vagas sombras de amargura por haberla perdido. Unos billetes de Banco, de cuyo procedencia no quiso informarse, estaban en su poder, sin que le pasara por la mente la idea de rendirle homenaje al ideal revolucionario colocando en el Salón de los Mártires los retratos de los estudiantes caídos aquella mañana en el revés del atentado. Había pasado definitivamente el momento romántico de la desviación con supervivencias de espíritu de lucha justificable, y en él no había ya sino una hechura de ejercicios profesionales: un jefe de banda de pistoleros.

—¿De banda?... "Lo que no cabe en la güira se desborda", insistía el recuerdo impertinente. Pocos me quedan,

en realidad; pero, uno a uno, los someteré de nuevo. A mí no se me deja solo.

Y la necesidad de alardes lo condujo hacia la Universidad.

Aún estaban por allí Mauricio Leal y sus amigos en los comentarios del acontecimiento. Les pasó por delante, y sin mirar hacia el grupo, dijo:

—¿Te convences, Mauricio Leal, de que no está en nuestras manos impedir que se cumplan los modos propios de un momento histórico?

Los que rodeaban a Mauricio se dispusieron a responderle como se lo merecía aquella jactancia; pero Mauricio se lo impidió con un ademán, y repuso:

—Así parece.

—Déjenme acabar de hacer mi experiencia—dijo Florencia, disponiéndose a seguir a Rigores.

—¿Qué vas a hacer?—inquirió Amarelis temerosamente.

—Cerciorarme de si realmente el monstruo es algo más que un espantapájaros.

Sonrió Rigores al darse cuenta de que ella lo seguía, y sin volver la cabeza, preguntó:

—¿Viene siguiéndome la domadora de leones? Advierta que un Justo Rigores exige algo más que un Juan Luis Marino.

—No diga eso—repúsole ella, emparejándosele ya—. Porque alguien puede creer que está usted celoso.

—No juegue con su alma, Florencia Azcárate.

—¡Cómo! ¿Cree usted en la existencia del alma?

—Como esa palabra se emplea para designar diversas y distintas cosas, puede también aplicársele a lo que dentro de usted venga.

—No se asuste. Es simplemente una curiosidad muy propia de mujer.

—¿Se propone preguntarme si fui realmente yo quien dio el encargo de matar que hoy se ha ejecutado?

—¡Por Dios! Mire que eso se parece mucho a intranquilidad de conciencia. Como antes se decía. Que ya sé que ahora se emplean términos científicos.

—Las burguesas bien educadas, como usted, tienen una conciencia delicadísima, tiernísima.

Diciendo esto, socarronamente, había tomado asiento en uno de los bancos del solitario jardín adonde habían llegado, y agregó:

—Y es muy natural que usted quiera librarse de la atormentadora sospecha de que haya sido su buen amigo Mauricio quien haya dado ese tremendo encargo a dos de sus adictos más fervorosos.

—¡Por Dios! Repito: ¿cómo es posible que usted se deje descubrir el juego tan pronto?

Contrajo Rigores el ceño violentamente, la miró en silencio unos momentos, y luego:

—¿Qué se propone usted, Florencia Azcárate?

—¿Me permite sentármele al lado mientras se lo explico?

Y haciendo lo que decía, agregó:

—Voy a decírselo con toda mi sinceridad. Porque es así como entiendo que deben tratarse, desde un principio, los que quieran ser amigos. Deseo penetrar en las entrañas del monstruo, para convencerme de si es o no, realmente, nada más que un espantapájaros.

Rigores contuvo el movimiento de dignidad ofendida y ya con un plan repuso, serenamente:

—Bien. Ha hablado usted con todo su atrevimiento Azcárate. Con todo el atrevimiento que dan los millones... bien habidos. Dentro del concepto capitalista, por supuesto.

—Que yo misma no estoy segura de que todo lo que poseemos haya sido realmente adquirido por los Azcárate, con la gota gorda de su propio sudor.

—No diga eso. Aconséjole a mi vez. Mire que puede llegar a los oídos de Juan Luis, por ejemplo, a quien uno de los Azcárate le ha estropeado una hermana. Y como él

ha demostrado empeño en verme, quizás para que lo ayudemos a cobrarse el estropeo de honra... Y la muerte del padre, a causa de eso.

—¡Cómo! ¿Ha muerto Juan Marino?

—Ayer murió. Hoy lo enterraron.

—¿Cómo es posible que no lo hayamos sabido nosotros?

—La ingratitud de los subalternos, que no saben perdonarles a sus amos el pequeño mal que les hayan causado.

Florencia guardó silencio y Rigores sonrió y agregó:

—Esta noche irá a verme Juan Luis. Trataré de hacerlo desistir de sus propósitos vengativos, le aconsejaré procurarse algún dinero que le permita marcharse del país.

Exploró de soslayo el efecto que hubieran producido estas palabras y luego agregó:

—Sé que ha abandonado su casa porque a ella ha vuelto la hermana... estropeada por Dionisio Azcárate.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Lo ignoro. Pero esta noche irá a verme. Quizás no en casa, propiamente, porque ya mi madre me ha enviado aviso de que anda rondando por allí la policía secreta... A causa del encargo que ejecutaron los amigos de Mauricio. Si algo puedo decirle respecto a esta conversación que hemos tenido... tú dirás. Perdón: usted dirá.

No se advirtieron indicios de que a Florencia le hubiera cruzado por la mente alguna sospecha y Rigores se la confirmó añadiendo, mientras ella permanecía con la vista fija en el suelo:

—A menos que prefiera usted—por lo delicadas que son siempre las ofertas de dinero—hacerlo de viva voz, dentro de la confianza que existe entre ustedes. Si el movimiento dispusiese de recursos yo le suministraría a Juan Luis lo que necesitare para alejarse de las murmuraciones.

Sin alzar la mirada, Florencia dijo:

—Sí. Es preferible que sea yo misma quien le haga ese ofrecimiento, donde sea necesario ir a hacérselo.

—¿Con todo tu atrevimiento?

—Sí. A más me arriesgué al seguirte.

Y mirándolo a los ojos, mientras apoyaba su mano sobre la diestra de él, haciendo hipócrita la conmoción de su ánimo ante el infortunio de Juan Luis, emocionadamente agregó:

—¿Me perdonas el mal pensamiento de hace poco en San Rafael?

Rigores la miró sonriéndose y repuso:

—De eso nada. Oportunamente te indicaré dónde puedas ver a Juan Luis.

Florencia se levantó del banco de los atrevimientos, estrechó en silencio la mano de Rigores, con su fácil emoción hipócrita y abandonó el jardín. Rigores volvió a sentarse, murmurando:

—Día de billetes, este de hoy.

VI

EL RESCATE

Allí estaba, mirando al techo desde la cama, con las manos entrelazadas bajo la nuca, detenido el pensamiento en una idea fija:

—La brizna de paja en el viento.

—¿Se puede?—inquirió Natalicia, y como no obtuvo respuesta, se preguntó—: ¿Estará dormido todavía?

Y entró en la habitación:

—Juan Luis. Juan Luis. ¿No me oyes?

—¿Qué desea?

—Ahí te buscan—díjole; y sonriendo maliciosamente agregó—: Y quien te busca no te engaña

Y como él no se movía:

—Quítate de eso, hijo. Desde ayer estás mirando para

arriba, sin probar bocado. Mira que sólo de café no vive el hombre.

—Con no traérmelo tiene. No estoy pidiéndoselo.

—¡Qué mala suerte tengo con mis hijos! Me desvivo por ellos y siempre me dan con las puertas en las narices. ¡Je, je! No te enojes. No he venido sino a decirte que ahí te busca una señorita muy mona y simpática.

Juan Luis contrajo el ceño, dolorosamente, y Natalicia agregó:

—Tu adorado tormento. ¿Crees que no lo sé? Ya le he oído decir a Justo que ésa está metida contigo hasta afuera. Quéjate después de mala suerte.

—Dígale que no estoy aquí.

—Pero si ya le he dicho que sí estás.

—Dígale ahora que no puedo atenderle. Que estoy enfermo. Que no quiero recibirla.

—Baja la voz. Mira que puede oírte, porque en esta casa lo que se dice en la cocina se oye en la sala.

Y, en efecto, ya desde allí decía Florencia:

—Dígale usted, señora, que es absolutamente necesario que me reciba.

—¡Umjú!—hizo Natalicia, sonriendo maliciosamente—. ¿No te lo dije? ¿Quién te manda a buscarte rollos?

Momentos después Juan Luis entraba en la sala, con el rostro sombrío y ceñudo, preguntando:

—¿Qué buscas aquí? ¿No te supliqué que me hicieras el favor...?

—De no verte más—repúsole ella, quitándole la palabra—. Y así lo habría hecho si te hubieras mantenido en la disposición de espíritu de esa mañana. Porque te advierto que, aun cuando estuviese locamente enamorada de ti, habría sabido portarme como quien soy.

—No lo dudo—dijo él, tomando asiento frente a ella—. ¿De qué se trata?

—En primer lugar, de manifestarte que comparto tu sen-

timiento por la muerte de tu padre, de la cual acabo de enterarme.

—Fue un buen hombre—repuso Juan Luis, haciendo esfuerzos visibles para dominar su emoción—. Pero engendró un mal hijo.

—Se te ve en la cara—dijo ella, sonriendo.

Y a Juan Luis se le derrumbó de pronto el empeño de aparentar indiferencia. Hundió la cabeza entre las manos y lloró en silencio. Luego murmuró:

—Gracias, Muñeca.

Y Natalicia, que por allí estaba poniendo la oreja, tuvo que retirarse para que no la oyeran sollozar.

Juan Luis se enjugó los ojos y luego interrogó:

—¿A qué otra cosa has venido?

—A reclamarte la asistencia a las lecciones de matemáticas que estoy dándote.

Y como él sonrió, ella agregó:

—¡Qué! ¿Pones en duda que sea yo quien está enseñándote álgebra superior?

—Así era—repuso él—. Pero te advierto que estás empleando inútilmente tu gencroso buen humor. Ya todo eso pasó, como si hubiera ocurrido en otra vida. Ahora estoy en otro camino.

—Lo sé. Ya me han dicho que esta noche vas a pedir encargo de matar. Que, por cierto, se quiso ocultárteme que ya estabas aquí. De lo cual saqué esta sospecha: algo se trama contra mí.

—¡Cómo! ¿Qué dices?

—Ata estos cabos: el avestruz ha sacado la cabeza, hoy se ha efectuado un encargo de matar; al movimiento le han retirado los auxilios, como ya lo sabrías, y está—como se dice—en el erizo; pero los Azcárate tienen dinero y darían el que se les pidiera por el rescate de la Muñeca. ¿Comprendes?

Juan Luis guardó silencio y ella prosiguió:

—A lo que replicarás tú, preguntándome: ¿Cómo es posible que con tal sospecha te hayas metido... en la jaula de los leones?

—¿Luego te imaginas que yo...? ¿Pero a qué te has referido al decir que hoy se ha efectuado un encargo de matar?

—¿Lo ignorabas? Mira que se te ve en la cara algo así como disgusto de que no se te haya dado a ti. Como decepción, mejor dicho.

Juan Luis se puso de pie, bruscamente, diciendo:

—¿Quieres hacerme el favor de retirarte de una vez?

Ella lo miró sonriendo, sin moverse del asiento y replicó:

—¿Temes que el secuestro pueda efectuarse en presencia tuya?

—Hazme el favor de retirarte, repito.

—¿Sola? ¿No temes que me echen mano antes de que pueda salir a la calle?

—Te acompañaré.

Pero ella, poniéndose de pie, segura de haber logrado el efecto que se proponía:

—No—díjole—. He cambiado de idea, pues si me ven contigo recaerá sobre ti la sospecha y como existen antecedentes que puedan justificarla... Además, no he venido a sacarte de aquí. Quítate de la cabeza esa idea. Aquello de las paralelas también ocurrió en otra vida.

Y se marchó, sin estrechar la mano que él le tendía.

Juan Luis volvió a la obstinada contemplación del techo desde la cama y una y otra vez murmuró:

—Tendrá que explicarme Justo Rigores qué se propone contra ella. Tendrá que verme la cara.

Pero Justo Rigores no apareció por allí en todo el día, a causa de la vigilancia de la casa por la policía, de lo cual le había enviado aviso Natalicia por los canales secretos de que disponía; y al anochecer ella se le acercó a Juan Luis con estas enigmáticas palabras:

—Recado del *Caudillo,* en el cuartel general de la contrasecreta. Caminando por la derecha, como si fuera por la izquierda, se cruza a la izquierda y se cae en la derecha. El tres en el quince.

—¿Qué dice usted?

—El recado que te manda Justo. Que allá te espera... Pero... ¡Qué cara has puesto, Juan Luis!

—No he entendido lo que usted me ha dicho.

—¡Ah! Creí que conocías la clave. Voy a explicártela. Caminando por la derecha, es doblar a la derecha al salir de aquí y cruzar a la izquierda en la primera esquina y a la izquierda otra vez en la siguiente y a la derecha luego en la próxima. Casa número quince, piso tres. Allí estará esperando Justo a las ocho de la noche. Que tiene algo muy importante que comunicarte.

Y frotándose las manos, regocijadamente:

—Estoy en mi elemento, Juan Luis. ¡La clandestinidad! Me rejuvenezco, me siento en los tiempos de Catalino Rigores... Bueno. El no se apellidaba así, pero ya tu supondrás a quién me refiero.

Momentos después Juan Luis se echó a la calle, dispuesto a exigirle a Justo Rigores la explicación relativa a la sospecha de Florencia, ya compartida por él; mas para desorientar a quienes pudieran seguirle los pasos a fin de descubrir el escondite de aquél y mientras llegaba la hora de cita fue a pasearse por el malecón.

Comenzaba a soplar el norte y había mar grueso, cuyo

oleaje reventaba a trechos sobre el solitario paseo y al abrigo del estruendo marino el pensamiento empezó a exteriorizarse en diálogo.

—¿Revolucionario tú? ¿Cuándo te has detenido a contemplar los problemas de tu pueblo con visión y con ánimo realmente revolucionarios? Tú te quedaste bajo la influencia romántica del libro tolstoyano.

—Exacto. Ya te lo dijo Clorinda: "Tú estás atrasado, Juan Luis."

—¿Y qué es eso de pedir encargos de matar, sino forma de suicidio? ¿Ni qué es el suicida sino un desertor?

—Exacto.

—¿Y de todo lo que te ha sucedido, no es el tener que renunciar al amor de la Muñeca Azcárate lo único que realmente te importa? Confiésate la verdad. Tú no eres sino un simulador de tormentas espirituales.

—Exacto.

Pero ya esto lo había dicho alguien que caminaba junto a él.

—¡Ah! ¿Usted, Profesor?

—Sí—repuso Luciente—. Se te aconsejó no ser brizna de paja en el viento y fuiste a realizarlo, tal vez sólo por el efecto que te produjo la frase de Mauricio Leal. ¡Qué dramática situación! ¡Qué interesante ser personaje de un drama de destino trágico! Todo Cuba debe de estar pendiente de lo que vaya a hacer el viento con la brizna de paja. ¿Dónde la arrojará?—se preguntará toda ella, consternada...—. En un basurero, respondo yo.

Juan Luis bajó la cabeza, Luciente guardó silencio y así caminaron un rato bajo el estruendo del mar

Luego volvió a hablar el Profesor:

—Ya te he demostrado en varias ocasiones la estimación y el afecto en que te tengo. Posees algún talento, alguna bondad, alguna rectitud, sin que nada de eso sea cosa extraordinaria, merecedora de admiración; mas como tienes una

sensibilidad excesiva y te ha tocado vivir en un tiempo angustioso, realmente dramático, reaccionas excesiva y desordenadamente. Una vez te dije que no te avergonzaras de ser un tímido, porque la timidez es la crisálida dentro de la cual se abriga para defenderse, instintivamente, lo que de buena calidad humana haya sido puesto en nosotros; pero ahora, sin contradecirme, debo aconsejarte esto otro: no te detengas en tus atrevimientos, porque audacia que se frustre—en quien no sea un desfachatado—se pudre y daña la vida para siempre.

—¿A qué audacia mía se refiere, Profesor?

—A la de haberte enamorado de Florencia Azcárate.

—¿Por qué no la llama más bien insensatez?

—Por no incurrir en redundancias. Porque quien dice amor ya dijo lo otro. Ella acaba de referirme la conversación que ha tenido contigo esta mañana y por eso he salido a buscarte. Sin que te dieras cuenta oí el diálogo que sostenías contigo mismo. Calificaste de desertor al suicida y tienes razón. Mátalo. Dale muerte al suicida que haya en ti. Toda la vida te ha tenido deslumbrado la ambición de terminarla con un sacrificio por un ideal noble, a causa de tu complejo de inferioridad que así desnaturaliza la buena calidad de tu ambición; pero sacrificio supone apegamiento a la vida, realización de uno mismo ya lograda. Realízate, primero. Un retrato en el Salón de los Mártires no es siempre un mártir en el salón de los retratos. Anda y devuélvele a Justo Rigores el encargo de matar que ya te ha dado.

Dicho lo cual, apretó el paso, dejándolo atrás bajo el estruendo del mar.

VII

TENIA ENCARGO DE MATAR

Del desbordamiento de la obra en la iniciativa tomada por Rubiales, síntoma inequívoco de crisis de la autoridad de Rigores dentro de lo que persistiese en la desviación del espíritu universitario, no le había quedado al caudillo declinante ni siquiera la complacencia de que el atentado se atribuyera al grupo de Mauricio Leal, pues sus ejecutores ya eran bien conocidos por las autoridades como rigoristas fervorosos, por lo cual era la casa de Natalicia la que tenía vigilancia de policía.

Refugiado en escondite, sin embargo todavía alimentaba esperanzas de predominio; pero confiando en que sólo podría recuperarlo mediante demostraciones de audacia que ante nada se detuviera: golpeando aquí y allá, sin miramientos, en pleno ejercicio de bonchismo, ya se tenía trazado todo un plan sobrecogedor.

Lo acompañaban en el escondite tres de aquellos de los conciliábulos en el comedor de Natalicia y cuando le anunciaron que llegaba Juan Luis, a la hora de la cita que le había dado, les ordenó ocultarse en una habitación paredaña con lo que era su despacho de dirigente en clandestinidad.

—Adelante, Juan Luis—díjole, sin levantarse del asiento que ocupaba, más engreído que nunca se le viera—. Espero que hayas tomado todas las precauciones a fin de que la policía no pudiera seguirte los pasos, pues de lo contrario podría recaer sobre ti el estigma del delator.

Era comenzar amenazando para amedrentar y dominar y, en seguida, para demostrar que no se le habían ido de las manos los hilos manejadores de sus marionetas:

—Reventaba mucho el mar sobre el paseo del malecón,

¿verdad? ¿Qué te dijo el atormentado profesor Luciente?

Pero Juan Luis no se inmutó

—Si supieras—repúsole sonriendo—. Me dio muy buenos consejos.

Y después de una pausa:

—Del orden personal. De mi exclusivo interés personal.

Rigores sonrió y dijo:

—No pretendo violar el sagrado de tu fuero interno, pidiéndote que me comuniques tus intimidades. Sé que tienes un espíritu delicado y sumamente susceptible. Como tampoco voy a pedirte que me cuentes cómo te fue esta mañana con la visita de Florencia Azcárate.

—¿No sería preferible que entráramos en materia de una vez? Se me ha dicho que tienes algo importante que comunicarme y como recíprocamente a mí me sucede lo mismo...

—Pues sí. Se trata de algo muy importante. Se trata de saber si tú eres un hombre capaz de acompañarnos en este fogueado trecho del camino. Te confieso que yo no habría ido a buscarte...

—¿Porque dudas de mi hombría?

—Aún no te he visto dar prueba de ella. Es como si yo te pidiese que creyeras en mi bondad, con fe de carbonero. Pero como todo cabe en lo posible y de tu fuero interno partió el impulso de acercarte a mí, aunque en una de las estupendas contradicciones de tus biógrafos, como me dijiste, ya con humor de celebridad... Que por cierto me impresionó mucho aquel despiadado autoanálisis que esa noche hiciste.

Juan Luis sonrió y repuso:

—¿No sería preferible, en obsequio a la brevedad con que debe hablar un jefe de movimiento, que te dejaras de ese habilidoso juego de gato con ratón?

—Pues...

—Perdón.

Dijo esto Juan Luis levantándose del asiento que ocupaba, para acercarse a la puerta del escondite contiguo y agregando:

—Déjame ver qué anda por ahí.

Abrió la puerta y dijo hacia el interior del escondite de los compañeros de Rigores:

—No, no, mis amigos. Los guardaespaldas no son escuchas y deben dar siempre la cara, por detrás del jefe cuya custodia les haya confiado el movimiento.

—Salgan de ahí—dijo Rigores sin perder su aplomo—. Vengan a presenciar esta trascendental entrevista.

Salieron, entre avergonzados y encolerizados, y tomaron asiento, la diestra dentro del bolsillo donde estaba la pistola.

Rigores les guiñó el ojo que aconsejaba ver, oir y callar y luego díjole a Juan Luis:

—Bien. Ya has demostrado que no se te enfría el guarapo y por consiguiente podemos entrar en materia. Estos compañeros que aquí están oyéndome serán tu escolta desde hoy, pues al buscarme—como ya te lo había vaticinado—te comprometiste a aceptar encargo. Tácitamente; pero definitivamente.

Juan Luis empalideció, pero en seguida reaccionó, y Rigores, que lo había advertido, díjole sonriendo:

—No te preocupes. Los de ánimo más entero y más resuelto, han empalidecido cuando el movimiento les ha dicho: —Tú matarás.

—¿A quién?—preguntó Juan Luis, serenamente.

Los guardaespaldas se miraron entre sí, mientras Rigores respondía:

—Eso se dirá después. Pero podría suceder que ese encargo se permutara por otro. Desagradable sin duda alguna, pero no tanto como el ya entregado, sin escapatoria posible. ¿Sabes? Nos hace falta dinero y tenemos que procurárnoslo a toda costa, y como tú tienes algo que cobrarle a Dionisio Azcárate, de ahí vendrá lo que necesitamos. ¿Qué te pa-

rece un secuestro de ese mal sujeto? Previa una invitación tuya a encontrarse en un lugar solitario. Se sabe que Dionisio Azcárate no es un cobarde y nada tendría de extraño que te tuviera a ti por tal y que por consiguiente acudiera a demostrarte su hombría, encima de como ya lo ha demostrado, causando la muerte de tu padre.

Juan Luis no pudo contener un respiro de alivio. No se había equivocado Florencia al sospechar que se planeaba un secuestro; pero no se trataba de ella. Pero ni aun así le faltó la rectitud.

—¿Qué te has imaginado de mí?—repúsole—. ¿Me crees capaz de sacar a subasta mi deshonra?

—Comprendo que tu natural delicadeza se resista a convenir en tales procedimientos—dijo Rigores, sin alterarse—. Mas, por una parte, necesitamos dinero, y por la otra, un sentimiento de compañerismo nos mueve a cobrarle a Dionisio Azcárate la injuria que te ha hecho.

Y dirigiéndose hacia los testigos presenciales de la entrevista:

—¿No es así, compañeros?

—Así es—respondiéronle.

Y luego uno de ellos:

—Lo que se le hace a uno de nosotros, se nos hace a todos.

Y Rigores, para quebrantar las resistencias de Juan Luis:

—Como ya he dicho, comprendo que te costará trabajo allanarte a lo propuesto, sin duda no por temor a Dionisio, sino por el disgusto que tendrá que causarle a Florencia...

—Hazme el favor de no nombrarla—protestó Juan Luis.

—Ya lo hice. Porque era necesario analizar, con absoluta franqueza, todos los aspectos del problema. No estamos aquí cinco bobos sentimentales—cuatro de ninguna manera, desde luego—, sino cinco hombres comprometidos con el movimiento a dar lo que él exija de nosotros. De mucha mayor gravedad es el encargo que tácitamente ya has acep-

tado, pues no se trata de una venganza, común y corriente, contra asesinos de compañeros nuestros, sino de golpear valientemente en la cabeza de la desbandada que se ha producido en nuestras filas, suprimiendo a Mauricio Leal. ¿Me has oído? A Mauricio Leal.

Los guardaespaldas hicieron un movimiento de sorpresa, mientras Rigores, sin haberlo advertido, concluía:

—De modo que tú escoges, Juan Luis Marino: o la vida de Mauricio Leal o el dinero de Dionisio Azcárate.

Pero Juan Luis sí se había dado cuenta del movimiento de sorpresa de los guardaespaldas y dirigiéndose a ellos:

—¿Qué les parece, compañeros? En la Universidad se sabe que Justo Rigores estaba enamorado de Amarelis y se sabe también que ella es hoy la novia de Mauricio Leal. ¿Está dispuesto el movimiento—como se dice—a resolverle a su jefe su problema sentimental, haciendo las veces de él, como hombre, ante el que le ha quitado la novia posible?

Rigores se corrió la diestra del pulgar enganchado en la pretina de los pantalones hasta el contacto con la pistola que llevaba al cinto y repuso:

—Aquí no hay, ni ha habido nunca, nadie que pueda hacer las veces de Justo Rigores. Y supongo que las palabras que acabamos de oírte te las haya inspirado el miedo. ¿No les parece, compañeros?

Pero uno de los interpelados le respondió:

—Parece que no, compañero. Porque ha dicho cosas muy claras y muy precisas.

Y otro de ellos, por desviar la cuestión:

—Yo he oído decir, *Caudillo,* que Dionisio Azcárate no está en Cuba. Que los hermanos lo han obligado a irse a los Estados Unidos.

Pero ya Rigores tenía la mano en la empuñadura de la pistola, pálido de ira, en las horas de la desesperación, y repuso:

—Pues secuestraremos a Florencia Azcárate. Mediante

invitación que ya le va a hacer Juan Luis Marino, para procurarnos el dinero que pediremos por su rescate. A Florencia Azcárate. ¿Has oído, Juan Luis Marino? Disponte a escribir la invitación, de tu puño y letra, para darle curso inmediatamente. Ten en cuenta que Justo Rigores es implacable.

Sin alterarse y sin llevarse la mano al cinto, donde llevaba la pistola que había sido de su padre, Juan Luis dijo:

—Te equivocas, Justo Rigores. Ni yo formularé esa invitación, ni tú llevarás a cabo tu propósito...

—¿Quién va a impedírmelo?

—Yo.

—¿Qué tú te crees, hermano de...?

—Que ya tú no eres el hombre que fuiste—repuso Juan Luis, serenamente—. Y una vez más te invito...

Comprendió Rigores que iba a insistir en la exhortación a que abandonase el camino del extravío; pero ya tenía perdidas totalmente la cordura y la serenidad y, poniéndose de pie, interrogó:

—¿A cruzarnos unas balas?

Y ya tenía la pistola en la mano homicida. Sacó la suya Juan Luis, sin levantarse del asiento. Sonaron dos disparos. Cayó Rigores, muerto ya. Y Juan Luis, sin levantarse del asiento, murmuró con voz sombría:

—Yo tenía encargo de matar.

LA PURA MUJER SOBRE LA TIERRA

Los testigos presenciales declararon en favor suyo y un poderoso movimiento de opinión interesada en las contingencias del acontecimiento universitario abogó por él.

Pero él no quiso ampararse en la atenuante de defensa propia que se desprendía de las declaraciones de los testigos, sino que, por lo contrario, se atribuyó premeditación,

pero ni siquiera con el propósito saludable de ponerle fin a la tragedia universitaria, sino porque:

—Yo le tenía miedo a Justo Rigores y quise someterme a la prueba enfrentándomele. Por otra parte, yo cometí homicidio, al ponerme a la disposición de Justo Rigores para los encargos de matar. Cúmplase en mí la justicia.

Lo condenaron aplicándole la pena mínima y oyó con serenidad el impartimiento de justicia. El profesor Luciente, Mauricio y Amarelis le estrecharon la mano, con la emoción con que se saluda dignidad, y Florencia, sin lágrimas en los ojos, entera la voz:

—Ve y vuelve—díjole—. Yo te esperaré.

Alfonso se la llevó consigo al ingenio, todavía en actividad de zafra, y Dulcenombre, conocedora de las palabras de su despedida de Juan Luis, la recibió con éstas, al abrazarla emocionadamente:

—¡Así, Florencia! ¡La pura mujer sobre la tierra!

Entraron las últimas cañas entre las mazas de los molinos y corrió el turbio jugo hacia su destino de azúcar. Cesó el estruendo del hierro y luego el zumbido del fuego; regresó el brazo jornalero a la diversa ocupación habitual durante el tiempo muerto y entre las guardarrayas, desnuda, la incansable tierra se tendió a esperar que volviesen a surcarla y a sembrarla.

FIN DE
"LA BRIZNA DE PAJA EN EL VIENTO"
Y DE LAS
"OBRAS COMPLETAS DE
RÓMULO GALLEGOS"

INDICE

INDICE

NOVELAS

CANAIMA:

Cap.	I.—Pórtico ... ...*Pág.*	11
	Guayana de los aventureros	16
	Marcos Vargas	20
—	II.—Por el camino y ante la vida	29
	Unas manchas de sangre	34
	Juan Solito	41
—	III.—Upata de los carreros	48
	Vellorini Hermanos	50
	Claro de luna	54
—	IV.—Los Ardavines	60
	Ases y suertes	64
	El fantasma encarnado	74
—	V.—Las palabras mágicas	79
	Entre las reflexiones y los impulsos	85
	Camino de los carreros	90
—	VI.—El poder moderador	95
	El tesoro de los frailes	103
	También Marcos Vargas	109
—	VII.—Nostalgias	114
	Promesas	122
	Childerico tenía un corcel	126
—	VIII.—La Bordona	135
	"Musiú" Vellorini toma medidas	139
	El mundo de Juan Solito	145
—	IX.—Las carcajadas de Apolonio	151
	Estampa negra	159

El Varadero 165
El matrimonio del muerto 176

Cap. X.—El avance 182
Noche de "Yagrumalito" 186

— XI.—Las horas menguadas 194
Y fue así como Marcos Vargas... 200

— XII.—Canaima 206
Angulos cruzados 211
El corrido del purgüero 220

— XIII.—El mal de la selva 231
El "Sute" Cúpira 235
Tarangué 245

— XIV.—Tormenta 252

— XV.—Un alma en delirio 264
De regreso 268
El derrumbamiento 275

— XVI.—Mitología griega y solución lógica 281
Remansos y torrentes 287
Unas palabras de Ureña 291

— XVII.—Contaban los caucheros 296
Oro 303

— XVIII.—Aymara 315
El racional 324

— XIX.—¡Esto fue! 333

POBRE NEGRO:

Jornada I:

Cap. I.—Tambor 339
El extraño mal 342
Humillados y burlados 348
Noche de embrujamientos 355
El salto más allá del límite 360

— II.—El Cachorro 364
La herencia de Don Nadie 372
Nostalgias y pedagogías 381
Día de acontecimientos 389

Cap. III.—El catecismo de los mazorcas 399
Candiles en la oscuridad 405

Jornada II:

Cap. I.—Las vacaciones del humanista 414
El diálogo de la incertidumbre 426

— II.—Disputas y vacilaciones 430
El de las esperanzas 433

— III.—El sacrificio 441
Décimas y fulías 448

— IV.—¿Qué te pasa, Pedro Miguel? 459
La revelación 466
Como endenantes 474

Jornada III:

Cap. I.—El regreso del andarín 480
Un amor absorbente 486
Los piélagos de Tapipa 492
Las aleluyas de la enfermera 500
La nueva Luisana 509

— II.—La convencioncita 513
Diálogo del sembrador y otras extravagancias ... 520
Diablos y angelitos 528
Una invitación 538
Al remover las cenizas 543

— III.—La sombra de la espada 548
Hágote capitán 557
Una declaración de amor 564

Jornada IV:

Cap. I.—La furia 573
¡Aquel silencio! 576
Aquella visión atroz 579
Fascinación 583
Venezuela 587
La facción 590

— II.—Vivac 596
El pacto 604

La malla rota 610
La inútil sangre 615

Cap. III.—Pánico 624
Serenidad 627
El desertor 629
El hombre de las circunstancias 633
La capitana 636

EL FORASTERO:

Parte I:

Cap. I.—Un alma transformada y hermética 645
La hora del bárbaro 648
El mantenedor 658
Unos hombres un poco raros 662
Estacadas y lirios de agua 669

— II.—¿Qué estaría haciendo Anterito? 672
Era rubio, tenía los ojos azules 675
Parmenión rectifica su concepto de autoridad ... 679
Otros pensamientos de Parmenión 684
Y el tiempo echó a andar 689

— III.—A manotadas... 691
Marta Elena 696
Eran quince y un Gonzalito 697
Martín Campos 700
El inconcebible maestro 703
Diálogos después de las clases 707
La casa de papel 710
El hombre de Besarabia 713
Cuando sufre el alma de un gran pueblo 716

Parte II:

Cap. I.—La peligrosa experiencia 719
Una determinación intempestiva 724
La trinitaria y el laurel 727
El insensato alarde 731

— II.—Estaban saliendo espantos 740
Rábanos y lechugas 744

Aquel día fue escogida la víctima 750
En el lindero de los campos 755
El hombre de acción 758
El pacto 764
Jaque a la reina 769
Cambio de piezas 774
Don Alirio Querrequerre 778

Cap. III.—Puro y libre 785
El hijo predilecto 789
La protesta 794
Filomena Rompecabezas 798

Parte III:

Cap. I.—Afloramientos 800
El gallo enano 805
Cabo pisao 811
Un encuentro al mediodía 814
Las primeras lepras 817
Cuenta aplazada y remedio heroico 820

— II.—Un calabozo de las sabandijas 825
Protesta obliga 832

— III.—Sociologías desconcertantes 838
La mano que le negaron 842
El río 848
El pecado contra el ideal 853

— IV.—Jefe es jefe 859
El imperio de la ley 861
La rifa del aliento 863
Sin embargo, angustia 867

SOBRE LA MISMA TIERRA:

Parte I:

Cap. I.—Montiel Montiel de los Montieles 872
Cantos de fondileras 875
María de los misterios gozosos 877
El encuentro 885
El "lloro" 887

Cap. II.—El canto del Keirachí 891
El blanqueo 896
La profecía de Airapúa 899
La majayura 901
Chuachuaima 904
Diálogo sobre el Médano 909

— III.—Diablo contento 911
Tirando faros 915
Una proposición inesperada 918

— IV.—La doncella de piedra 921
La temeraria travesía 929

— V.—Un mundo nuevo y raro 934
Alejandro el Grande 937
El cariñoso disparate 941

Parte II:

Cap. I.—El estupendo hallazgo 945
El engaño de los viejos 952
¡Misericordia, petróleo! 956
¡Si tú hubieras querido! 957

— II.—Hardman 959
Una lectura interrumpida 964
Escombros de una raza 969
El escarabajo del rascacielo 973

— III.—La señora de enfrente 980
Marco Aurelio peripatético 985
El extraño caso 989

— IV.—Aquel Roseliano Figueras 995
El violento contraste 999
Conversaciones a fondo 1003
La canción de Arizona 1010
Pensamientos de travesía 1014

— V.—Era una tarde fea 1016
La herencia de derrochador 1022
La vuelta a la tierra 1026
Un espectáculo antiguo 1029

Parte III:

Cap. I.—Maleigua 1033
Anshi piá 1035
— II.—Marita 1044
La gran madre 1048
— III.—El duende del alba 1055
La ira en el amanecer 1059
— IV.—Jararayú 1062
También allí 1066
La hora del Keirachí 1069
Buscando a Dios 1071
— V.—Keep it quiet 1074
Invitación sentimental 1078
Good bye, Hardman 1082
— VI.—La temeraria empresa 1083
Noche de contradicciones 1087
La Voluntariosa 1090
Un patriota 1097
— VII.—La mujer vendida 1100
Sombras dolientes 1107
El rescate 1113
Destellos de faro 1117

LA BRIZNA DE PAJA EN EL VIENTO:

La Voluntariosa:

Cap. I.—El fundador 1125
La Mano Azcárate 1134
— II.—Juan Luis 1138
— III.—Mar de fondo 1145
Jovialidad y cavilación 1150
Función de circo 1153
— IV.—Cuando se nos arrebata el miedo 1157
Crisis 1159
Y aquella noche... 1163
— V.—Un bonito mundo 1167
Un mundo feo 1172

Cap. VI.—El profesor Luciente 1178

— VII.—Regreso de Visionaria 1187
Tiempo muerto 1197

LA DESVIACIÓN:

Cap. I.—Se lo dijo el ardiente corazón 1204
Justos rigores 1206
Las cartas viradas 1210
Amarelis 1213
El hombre-instrumento 1217

— II.—Problema de paralelas 1222
Estaba en el Cárdex 1228
Una entrevista decisiva 1232

— III.—La Pensión de las Angustias 1236
La triste dulzura 1241
Telégrafo de señales 1245

— IV.—La rebelión 1248
La vuelta al camino 1254
Lección inaugural 1258

— V.—La hora del avestruz 1263
Momento sentimental 1266
Un problema resuelto 1269
Su mejor sentimiento 1272

EL TRÁGICO ENCARGO:

Cap. I.—Zafra 1279

— II.—Consejo de santera 1284
Asiento de santería 1287
Una más 1290
La tremenda seguridad 1293

— III.—La ira en el pulso 1296
Recuerdo de la infancia 1298
De mucho sirve a veces... 1303

— IV.—Autoanálisis 1308
Oración y premeditación 1315
La solución de continuidad 1317

Cap. V.—Sospechas 1320
Alardes 1322
Atrevimientos 1326
— VI.—El rescate 1330
Bajo el estruendo del mar 1334
— VII.—Tenía encargo de matar 1337
La pura mujer sobre la tierra 1342